AÑO 303

INVENTAN EL CRISTIANISMO

FERNANDO CONDE TORRENS



Año 303

Inventan el Cristianismo

Fernando Conde Torrens

Primera edición, Abril de 2.016.

Edita. Alta Andrómeda, S.L.

ISBN. 84-932919-4-3

Depósito Legal: NA-255-2016

Prólogo

Aparentemente, el lector tiene en sus manos una novela. Una novela es una obra en prosa en la que predomina la ficción. En el libro que el lector se dispone a leer, por el contrario, domina la realidad histórica. Cierto que no es la historia que hemos oído desde niños. Pero esto es así porque la historia que nos han contado no es la verdad histórica.

Ha sido necesaria una investigación de más de veinte años para averiguar lo que sucedió en el siglo IV, a partir del año 300, relacionado con la religión cristiana. El camino estaba plagado de dificultades y era, según todas las apariencias, una misión imposible. Y más para un particular, que sólo podía contar con sus propios medios. Han sido precisas miles de horas de trabajo y mucha paciencia, para llegar a desentrañar lo que ocultaban los "textos sagrados" cristianos. Y ha sido necesario aprender a traducir griego antiguo, latín y hebreo antiguo para poder leer los libros en su idioma original. No cabía trabajar con traducciones, siempre susceptibles de contener deformaciones.

El objetivo era averiguar quiénes habían escrito los cuatro Evangelios y los demás escritos que forman el Nuevo Testamento. Y para ello se partió de una idea muy sencilla: No hay dos personas que escriban igual una carta. Cada ser humano escribe de una forma única. Analizando los escritos debía poderse averiguar qué texto era de qué autor. La clave estaba en los propios textos, era allí donde había que mirar. Nada de

comparaciones con otros textos, o con otras religiones. No. Había que analizar los textos cristianos, sólo ellos.

Veinte años después, podemos ofrecer al lector el resultado de los hallazgos logrados. Y el resultado es demoledor: Todo el Cristianismo nació como iniciativa de un solo individuo, que convenció a alguien con mucho poder y éste respaldó su invento. Todos los personajes que aparecen en la historia primera del Cristianismo son inventados, no existieron. No existió Jesucristo, ni concepción virginal, ni Nacimiento, ni Apóstoles, ni muerte en la cruz, ni resurrección, ni fundación de Iglesia alguna, ni mandato de "*id y predicad*". Todo fue una idea luminosa concebida por una sola persona.

Y todo arrancó el año 303. Antes de esa fecha no hubo Cristianismo en ninguna parte del Imperio, ni hubo persecuciones, ni mártires sacrificados por Nerón, ni por Emperador alguno. Todas esas historias fueron inventos de una mente un tanto especial.

El lector asistirá a lo largo del libro a la detallada explicación de todo el proceso de creación de la ficción cristiana, conocerá a sus creadores y sabrá las distintas posturas que mantuvieron, la pugna ideológica que se planteó y cómo se reflejó esa pugna ideológica en los textos que se iban redactando.

Este libro es una "reconstrucción histórica" de lo que realmente sucedió en el tormentoso siglo IV, cuando el rumbo que iba a tomar el Cristianismo quedó fijado de manera irremediable. Al final del libro se explica cómo se ha llegado a averiguar cada una de las fases del proceso histórico.

Lo que más novedad puede suponer para el lector es el relato de cómo nacieron los "libros sagrados" cristianos, los Evangelios y el resto del Nuevo Testamento. En ese tema, lo que se refleja en este libro está mucho más cerca de la realidad que cualquier otra versión que el lector conozca. Los protagonistas de este libro, y entre ellos los inventores del Cristianismo, fueron personajes históricos. Aparecen en un listado al principio del libro. Se han añadido, al novelar el relato, unos pocos personajes ficticios. Al lector no le será difícil distinguirlos. No aparecen en el citado listado.

Conocer cómo se escribía en la Antigüedad nos va a mostrar un mundo nuevo, un mundo en el que la falsificación - hoy llamada interpolación - era la norma habitual. Para defenderse de tales

falsificaciones - consistentes en añadir párrafos a la obra original - los escritores inventaron unas defensas. Conviene entender cómo eran tales defensas, porque los Evangelios también las tienen. A fin de cuentas, eran libros escritos en una época, con las costumbres y modos propios de la época. Encontrar estas defensas ha sido un gran paso adelante en el descubrimiento de la trama total.

Hablemos ahora de los aspectos técnicos. Para que se entienda cómo se escribieron los Evangelios, hay que explicar cómo se escribía en la Antigüedad, las reglas que había. Ello supone cierta complejidad. Las explicaciones se han escalonado en tres niveles. En el texto principal del libro, en la novela, se explica cómo se escribió el Nuevo Testamento, de forma que se entienda el proceso de redacción que se dio, pero no se prueba casi nada. En los Anexos se prueban las afirmaciones del libro, y se dan enlaces a la *Web*, donde se exponen nuevos pasajes y nuevas pruebas. El lector elegirá hasta qué nivel desea profundizar para saber el origen de la religión que se ha profesado en Occidente desde hace 1.700 años.

Por tanto, hay tres maneras de leer el libro. Al lector que no le interesen las pruebas de lo que en el relato principal se expone, no necesitará acudir a los Anexos. El relato principal le será suficiente. El relato principal es completo, y se entiende sin necesidad de ampliarlo con Anexos.

Para el lector que le interese entender a fondo las pruebas y las defensas, o estructura, que se dio a los Evangelios, están hechos los Anexos. En algunos se ofrecen textos en griego, idioma en el que estaban escritos los Evangelios originales. Se coloca primero la traducción, para que el lector sepa de qué pasaje estamos hablando. Ya se comprende que colocar un texto griego en una novela puede romper el hilo de la narración.

Y, finalmente, para el lector muy interesado en la historia del Cristianismo, se ofrecen enlaces a artículos colgados en la *Web*. Amplían lo dicho en los Anexos. Si el libro debía tener una extensión limitada, la *Web* lo acepta todo. Por eso, en los artículos de la *Web* se explican los temas hasta el último detalle. Se supone que quien los lea está interesado a fondo y pretende entenderlo todo a la perfección, sin limitación de longitud del texto.

Al final del libro se ofrece un pequeño diccionario con todas las palabras en latín que aparecen en el texto. En las contraportadas y en

páginas interiores, varios mapas del Imperio romano en la época del relato detallan los hechos más significativos.

Este libro descubre hechos de una tremenda gravedad. A fin de actuar con responsabilidad, el autor investigó, antes de averiguar la historia de los Evangelios, qué doctrinas existían en Occidente antes del año 303. Unos aspectos interesantes de tales doctrinas - a las que en el libro se llama Conocimiento griego - se facilitan asimismo en la mencionada *Web*.

Feliz lectura, lector.

Relación de personajes históricos

Diocleciano. Emperador romano, llamado Augusto Iove, o Augusto Júpiter. Era el primero en jerarquía. Rescató el Imperio del desorden en el que estaba sumido desde decenios atrás. Nombró como Augusto a **Maximiano**, general bajo sus órdenes. Implantó la Tetrarquía, gobierno de cuatro. Se reservó Oriente. Su mujer se llamaba **Prisca** y su hija, **Valeria**.

Valeria, hija de **Diocleciano**, casó con **Galerio**, sucesor de **Diocleciano**.

Maximiano. Natural de la Lucania (Italia). Emperador romano, llamado Augusto Hércules. Hércules era un semi-dios, mientras Júpiter era el Dios de los dioses. Rigió Occidente y tuvo tres hijos, **Majencio**, que usurpó el poder en Italia; **Teodora**, que casó con **Constancio**, y **Fausta**, que casó con **Constantino**.

Galerio. Emperador romano. Fue nombrado César de Oriente por **Diocleciano**, que lo hizo su yerno, casándolo con su hija **Valeria**. Sucedió a **Diocleciano** al retirarse éste y pasó entonces a ser el Augusto de Oriente.

Constancio, apodado *Cloro*, *Pálido*. Padre de **Constantino**. Fue nombrado César de Occidente por **Diocleciano**. Al ser César de **Maximiano**, y siguiendo instrucciones de **Diocleciano**, aquél lo casó con su hija **Teodora**, convirtiéndolo en su yerno. Al retiro de **Maximiano**, pasó a ser el Augusto de Occidente.

Teodora, esposa de **Constancio** *Cloro*, hija de **Maximiano**, de una mujer anterior. Madre de cinco hijos.

Constantino. Hijo primogénito de **Constancio**. Casó con **Minervina**, en primeras nupcias, y con **Fausta**, hija de **Maximiano**, en segundas.

Majencio. Hijo de **Maximiano**. Un año después del retiro de éste, fue proclamado Augusto por la Guardia Pretoriana de Roma, usurpando el puesto de **Severo**.

Severo. Alto mando militar al que **Galerio**, por delegación de **Diocleciano**, eligió como César de Occidente. Estaba a las órdenes de

Constancio.

Maximino Daya. Otro militar, sobrino de **Galerio**, al que éste eligió como su César. A la muerte de **Galerio** se convirtió en el Augusto de Oriente.

Licinio. Militar nombrado por **Diocleciano** y **Galerio** para sustituir a **Severo**. Casó con **Constancia**, hermana de **Constantino** por parte de padre. Fue nombrado Augusto de Italia en sustitución de **Severo**, pero las circunstancias lo hicieron Augusto de Oriente.

Elena. Primera esposa de **Constancio**, de origen humilde. Madre de **Constantino**. Fue repudiada al ser nombrado **Constancio** César de Occidente y casar con **Teodora**.

Minervina. Joven de origen humilde, primera esposa de **Constantino**. Le dio un hijo, **Crispo**.

Crispo. Primer hijo de **Constantino**, fruto de su matrimonio con **Minervina**.

Constancia. Hija de **Constancio** y **Teodora**, la mayor de las hermanas de **Constantino** por parte de padre. Éste la casó con **Licinio**, de quien tuvo un hijo, **Liciniano**.

Lactancio. Ciudadano de África. Fue el miembro principal del equipo redactor.

Eusebio. Historiador, bibliotecario de *Cesarea Marítima* (Siria) y amigo de **Constantino**.

Eusebio de *Nicomedia*. Amigo de **Eusebio**, el historiador.

Osio. Hispano que entró a las órdenes de **Constantino** cuando éste conquistó Roma.

Eutropio. Joven licenciado en Historia.

Eroc, alias *Crocus*. Príncipe *alamán*, natural de *Germania*, aliado de Roma y amigo de **Constancio**, al igual que lo había sido su padre.

Elena. Hija de un general de **Constantino**. Éste la casó con su hijo **Crispo**. Dio a éste un hijo, **Claudio**.

Dalmacio. El mayor de los hijos de **Constancio** y **Teodora**.

Julio Constancio. El segundo de los hijos de **Constancio** y **Teodora**. **Anibaliano**. El tercero de los hijos de **Constancio** y **Teodora**.

1

Ciclo de

Tribuno

Capítulo 1
Confidencias.

Año 325

- "Mi querido amigo, ya conoces mi dolor por el castigo que ha caído sobre ti, que yo merezco más que tú. Pero antes de que partas para el destierro, quiero comunicarte una parte de la historia que he vivido y que desconoces. Conforme la vayas oyendo comprenderás por qué te pido encarecidamente que guardes secreto sobre ella mientras yo esté vivo. Te llevo algo más de veinte años. Por ley de vida me tocará a mí reunirme antes con mis antepasados. Mientras yo viva, debemos ser nosotros dos los únicos depositarios de este secreto."

El rostro de Eusebio de Tiro reflejó una extrañeza que a su anfitrión no le sorprendió. Pocos secretos había tenido él con su amigo durante la larga batalla que habían librado juntos. Pero lo que iba a confiarle sí lo había mantenido en secreto.

- "Pero cuando yo muera, tú serás el único que lo conocerá y comprenderás que esa situación no es deseable. De modo que, a imitación mía, deberás encontrar una persona de tu plena confianza con la que tendrás, no lo dudo, la misma conversación que nos disponemos a tener hoy aquí."

Aquel día era el cuarto de las calendas de Septiembre del año decimonono de Constantino (año 325). El tiempo en *Nicea* (Iznik) era pésimo. Un cielo oscuro vertía agua a cántaros sobre la ciudad, convertida en residencia de verano por el difunto Diocleciano. En *Nicea*, y mientras durase la estancia del Augusto y de su séquito en la ciudad, disponía Eusebio de un despacho en la Biblioteca, donde refugiarse y trabajar si fuera necesario. Y aquel día lo era.

Eusebio, el anfitrión, prosiguió.

- "Llegará un tiempo en que la persecución de que somos objeto terminará. Entonces será posible desvelar el importante secreto que voy a confiarte. Nadie sabe cuándo sucederá tal cosa. El momento de sacar este tema a la luz deberá decidirlo algún depositario de lo que vas a oír. Ojalá seas tú. Pero estoy seguro de que no seré yo."

Un pequeño despacho del edificio y una sala anexa le estaban destinados y sólo él, Eusebio, tenía acceso al reservado: Gozar del favor del Emperador tenía sus ventajas. El despacho hacía de biblioteca particular. Allí tenía los rollos que le interesaban para sus trabajos. Sobre una amplia mesa estaban los útiles de escritura. Otras dos mesas, más sencillas, servían para mantener extendidos los rollos que empleaba. La sala hacía de estancia comodín. Eusebio había mandado traer una litera, una silla, una jofaina y una jarra con agua. Podía dormir allí si le convenía. Era la única alcoba, sin comunicación con el exterior. Su despacho disponía de amplios ventanales con vistas a la ciudad.

El despacho era para recibir a sus visitas, aunque Eusebio lo empleaba para trabajar. Normalmente esa mesa estaba cubierta de legajos, papiros enrollados, rollos de pergamino, algún códice y un pequeño montón de papiros nuevos, amarillentos, tersos, aptos para escribir. Pero hoy la mesa estaba vacía y su amplia superficie reflejaba la luz de cuatro candelabros que iluminaban la estancia. Atardecía.

Estaba con él su amigo, de nombre Eusebio. Esa coincidencia de nombres les hizo intimar desde el primer día en que se conocieron, hacía más de veinte años. No sólo influyó la igualdad de nombre; sus caracteres eran muy similares y sus gustos, también. Eusebio pensaba hacer partícipe a su amigo de ciertos asuntos que éste desconocía.

Eusebio, el recién llegado, había nacido en Tiro. Su padre era un acaudalado comerciante, propietario de barcos y caravanas que hacían la ruta de Oriente. Ambos se habían dedicado a la Filosofía y habían coincidido en *Cesarea*, estudiando con el bibliotecario, Pánfilo. Eusebio era, en aquella lejana época, el ayudante principal de Pánfilo. Ahora, Eusebio había cumplido ya sesenta y tres años, aunque por su aspecto parecía tener diez menos. Eusebio, el de Tiro, tenía cuarenta y uno.

La situación de los dos no era envidiable. Los ecos del Concilio de *Nicea*, convocado por el Emperador, todavía no se habían apagado y, aunque ambos capearon como pudieron la derrota sufrida, podían haber salido inmunes de la misma si no se hubiera ordenado firmar además la denuncia de Arrio, el portavoz de su postura en la reunión. Esa denuncia superaba el límite al que los dos estaban dispuestos a llegar.

No obstante, Eusebio, el de Tiro, había convencido a su amigo de que firmara la denuncia de Arrio y pudiera seguir así junto al Emperador. Él sería el que, por negarse a firmar, partiera para el destierro. Destierro

que se demostró no iba a ser duro, ni, posiblemente, duradero, pues el Emperador no le había privado de sus posesiones y el lugar de residencia se había fijado en *Nicea* de *Macedonia* (Capari), en la frontera con la *Iliria*, una ciudad mediana, sobre la *Vía Egnatia*. Un síntoma del enojo imperial era la importancia del lugar de destierro Y Eusebio de Tiro no había salido tan mal parado. Pero el tema de la conversación no era ése, sino algo que sólo el otro Eusebio conocía.

- "Sabes que hace ya dieciocho años partí para la *Galia*, a trabajar a las órdenes de nuestro Augusto Constantino. Entonces era el César Constantino, ya que su padre, Constancio, había muerto poco antes. Dije a mis amistades que el César Constantino, con quien me unía una cierta amistad, requería mis servicios como bibliotecario. Eso era sólo parte de la verdad. Realmente el hoy Augusto Constantino quería de mí algo más: Quería que yo colaborara en redactar los textos sagrados de una nueva religión que él pensaba apoyar y convertir en la religión predominante del Imperio, el Cristianismo. Lo que hace pocos días se ha hecho aquí, en *Nicea*, en su Palacio, no ha sido sino la presentación en Oriente de la religión creada por el Emperador.

Para no cansarte con detalles menores, te diré sólo lo que debes saber y transmitir cuando creas oportuno, tras mi muerte. La idea de crear una nueva religión y unos textos sagrados no era de Constantino; era de un asesor, alguien que le había convencido, un tal Lactancio, ciudadano de *Leptis Magna* (Al-Khums), en el África. Afortunadamente para nosotros Lactancio ha muerto. Murió hace nueve años.

Cuando me incorporé al servicio de Constantino, éste sólo dominaba las *Galias*. Era el segundo año de su ascenso al trono. Para entonces, Lactancio había redactado ya una parte importante de los textos sagrados, lo que ahora se ha dado en llamar Nuevo Testamento. Pero era incapaz de redactar los Evangelios propiamente dichos. La doctrina y la vida del que iba a ser Hijo de Dios era demasiado para su capacidad de inventiva. Para eso me necesitaba y por eso Constantino me requirió.

De modo que a mi llegada, Constantino me ordenó trabajar a las órdenes de Lactancio. Debíamos escribir cuatro Evangelios, o vidas del Hijo de Dios. Yo apunté que los discípulos debían escribir también alguna Carta y quedamos en que él escribiría dos y yo, otras dos. A partir de mi llegada, lo que redactamos lo hicimos al cincuenta por ciento. Estaba, además, lo que él había escrito con anterioridad a mi llegada. Lactancio

había compuesto también multitud de obras de falsos autores cristianos de todo el tiempo intermedio entre la época de la vida del Hijo de Dios y nuestros días.

Yo asentía a cuanto se me proponía, como si lo considerara la cosa más normal del mundo. Pero en mi interior estaba horrorizado del plan. No obstante, y a pesar de mi repulsa, debía mostrarme de acuerdo. No era cuestión de valentía, sino de elegir entre la insensatez y la eficacia.

Si me negaba, iba a perder la vida, ahora que conocía los secretos del plan. Sería sustituido por algún otro historiador con menos escrúpulos que yo, que los hay. Comprendí que negarme abiertamente era una estupidez. Así que decidí boicotear el plan desde dentro, allá donde el destino me había colocado."

El anfitrión hizo una pausa. Eusebio, el de Tiro, le miraba con los ojos abiertos de par en par, sin perder una sílaba de cuanto decía Eusebio. Se daba cuenta de que le estaba comunicando un secreto atroz, una confabulación que implicaba a la cúpula del Imperio. Eusebio prosiguió.

- "Estuve pensando detenidamente cómo dejar en los propios escritos huella de que todo era un invento, una falsificación. Así que me dispuse a aplicar varias técnicas que conozco bien, por ser escritor e historiador. Tenían que ser imposibles de percibir a simple vista. Lactancio era Profesor de Retórica y tenía conocimientos tan profundos, o más amplios incluso que los míos.

La mejor manera de demostrar que los textos sagrados no estaban escritos por quienes figuraban como sus autores era dejar un sello, o marca común, en todos los que redactara yo. De esa forma quedaría claro, cuando se descubriera la marca puesta por mí, que todos aquellos libros tenían un mismo autor.

La suerte vino en mi ayuda, ya que cuando llevaba unos diez años dedicado al trabajo de falsificar Evangelios, Cartas y muchas obras cristianas posteriores, Lactancio enfermó y en pocas semanas falleció. Eso dejaba a mi alcance toda su obra.

Nadie supervisaba lo que escribíamos. Sólo al Emperador se informaba de la marcha de la falsificación. Lactancio le exponía los avances realizados desde la revisión anterior, pero sin entrar en detalles y sin que se tomara nota de nada. Sólo asistíamos a la reunión el Emperador, Lactancio y yo. Esa falta de control jugó a mi favor y, a la muerte de Lactancio, pude manipular los Evangelios redactados por él."

Eusebio hizo una pausa, para que su amigo lo asimilara todo, y luego prosiguió.

- "Lactancio tenía una idea fija: El Hijo de Dios debía pasarse la vida haciendo milagros. Su carácter, del que no te he hablado aún, era muy difícil, amante de la discusión, autoritario. Y ese modo de ser lo había transmitido a las Epístolas de Pablo que ya había terminado.

Como Lactancio era incapaz de inventarse él solo la vida del Hijo de Dios, tuve que redactar un primer Evangelio, como modelo a seguir por los dos que elaborara él. Luego, redacté un cuarto relato de la vida del Hijo de Dios.

Hice también algo más. Aquí debo diferenciar entre las obras que elaboré como propias, desde un principio, y las que interpolé a Lactancio tras su muerte. En las primeras hice lo que se me antojó. En los Evangelios que eran el lote de Lactancio, sólo interpolé ciertos capítulos. En los demás escritos de Lactancio no hice nada. Los dejé tal y como Lactancio los redactó. No tuve tiempo y tampoco tenía ganas.

Yo dispuse mis textos de modo que ese personaje fuera un Maestro del Conocimiento griego. Alguien que predicara una doctrina que coincidiera con ese Conocimiento. Pero un escrito así hubiera chocado frontalmente con lo que Lactancio había escrito. El texto en que el Hijo de Dios aparecía como un Maestro del Conocimiento era muy corto, y era la primera etapa de redacción.

Cuando lo hube acabado, interpolé mi propia obra. La interpolación, lo añadido, era diez veces más extenso que la redacción original y la hice con el tipo de doctrina de Lactancio, con falsedades evidentes para todo el que tenga un mínimo sentido común. Así, mis escritos se parecían a lo que ya había redactado Lactancio. Y a un lector hábil le resultaría fácil distinguir la primera etapa de redacción de la segunda.

En esta segunda etapa de redacción - lo añadido en segundo lugar - figuraban la divinidad del personaje, su resurrección, todos los milagros, la fundación de la nueva religión y el mandato de predicarla por todo el mundo.

Cuando se lograran separar ambas etapas de redacción quedaría claro que la primera reflejaba, en el mejor de los casos, la realidad, y la segunda era un añadido posterior, inventado y falso. Con ello cumplía mi

objetivo de boicotear la invención de Lactancio, implantada por Constantino.

Ni que decir tiene que la redacción de todos los "textos sagrados" del Cristianismo se hizo con estructura. No podía ser de otro modo, siendo Lactancio Maestro de Retórica. Eso favorecería la separación de las dos etapas de redacción, puesto que ambas tenían su estructura. La primera etapa de redacción tenía su estructura y, claro está, el escrito total. Me costó más trabajo, pero lo conseguí.

Todavía pude hacer algo más ... "

La conversación siguió durante un buen rato, en el que Eusebio de Tiro estaba absorto escuchando a su amigo. El visitante no daba crédito a sus oídos. Cuando Eusebio terminó su exposición se quedó como clavado en el asiento, incapaz de articular palabra.

Eusebio de Tiro no despegaba los labios. Le costó un rato salir de un extraño ensimismamiento. Al fin intervino:

- "Permíteme que te haga una pregunta, Eusebio. ¿Qué será de ti si nuestros enemigos descubren tu labor y te señalan con el dedo ante el Augusto Constantino?"

Eusebio sonrió y le miró fijamente.

- "He tomado mis precauciones, claro está. Nadie, salvo tú, sabe cuál fue mi trabajo. En ningún lugar consta. Puedes estar tranquilo. Una vez que yo haya desaparecido, ninguno de los depositarios del secreto correrá riesgos, pues de muchos será sabido quién elaboró los textos, yo."

- "¿Por qué dices que muchos lo sabrán, si la redacción de los textos que habéis elaborado Lactancio y tú se va a conservar en el más absoluto secreto?"

- "Un trabajo de este estilo, mi querido Eusebio, no puede conservarse secreto. Ahora mismo estamos haciendo cientos de copias de esos textos en la biblioteca de *Cesarea*. Tengo allí un equipo de copistas expertos en caligrafías antiguas, que están copiando los Evangelios y demás textos cristianos - supuestamente escritos en siglos pasados - con el tipo de letra que se empleaba en aquellos tiempos.

A todos les he hecho comprometerse con el más firme de los juramentos a que nunca dirán a nadie el trabajo que están haciendo. Todos ellos son conscientes de que están interviniendo en una falsificación y me ven al frente del equipo que reproduce textos falsos. Y saben lo que dicen los textos."

- "Entendido."

Eusebio de Tiro quedó en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de oír. El silencio se mantuvo tanto que tuvo que ser el de *Cesarea* quien lo rompiera.

- "Bien, amigo mío, éste el secreto que he guardado celosamente todos estos años. Cuando llegó el momento de divulgar e implantar la nueva religión en Occidente, en el Sínodo de *Arelate* (Arlès), hace once años, el Cristianismo se presentó como una religión que había sido predicada desde antiguo, desde tiempos del divino Tiberio, pero que era poco conocida. Sin embargo, era la verdadera religión, la más agradable a Dios y tenía el apoyo del Augusto. Ésta fue la versión oficial. Ha funcionado bien en la mitad occidental del Imperio, y, desgraciadamente, se ha implantado también en la mitad oriental, a pesar de la oposición de todos nosotros, que hemos defendido una religión que no anule el Conocimiento … "

El de Tiro suspiró y replicó:

- "Mejor dejar eso ahora, Eusebio ..."

Un silencio pesado envolvió a los dos amigos. Al rato, el visitante preguntó:

- "Sólo por curiosidad, ¿cuántos copistas hay puestos al trabajo?"

El otro Eusebio sonrió.

- "No te sorprendas, más de cincuenta. A algunos, que vinieron de *Hispania* y del África, ni los conocía. Vinieron por indicación de Lactancio. Todos tienen más de cuarenta años y deben ser muy diestros imitando letra antigua."

- "Habéis pensado en todo. ¿Y cuántas personas forman el equipo que ha dirigido este asunto?"

- "En un primer tiempo, sólo Constantino, Lactancio y yo. A la muerte de Lactancio alguien debía ocupar su lugar como redactor y elegí a Eutropio, un joven despierto y sensato. Cinco años antes se había incorporado Osio, un aventurero que se nos unió en Roma. Es el hombre de acción. No hay nadie más. Pero la autoridad del Augusto nos abre todas las puertas. Y medios no nos faltan ..."

- "Me imagino."

Los dos amigos siguieron su charla hasta que la noche empezó a languidecer y el nuevo día apuntaba. Las calles empezaban a vaciarse del

tráfico nocturno cuando Eusebio de Tiro salió de la biblioteca de *Nicea* camino de su residencia, situada no lejos de allí.

Capítulo 2
Disidentes.

Año 325

Constantino había mandado llamar a Osio, su persona de confianza para asuntos religiosos. Ambos se reunieron en su despacho del Palacio de *Nicea* (Iznik). Osio, a raíz de su búsqueda de dirigentes para la nueva religión del Augusto, había conocido a muchos personajes importantes del Imperio. Y ninguno mantenía un despacho tan ordenado como su Augusto. Resultaba difícil de entender cómo un hombre que tenía a su cargo todos los asuntos del Imperio podía tener todas sus mesas limpias, todos los documentos y planos ordenados en sus estanterías. Daba la impresión de que acababa de hacerse cargo del puesto y estaba en su primer día de mandato. Pero Osio sabía que no era así. El Augusto llevaba ya veinte años con las responsabilidades de la púrpura.

Él, Osio, era de los escasos miembros del Consejo Privado del Augusto que tenían el privilegio de no postrarse de rodillas al iniciar una entrevista con él. Bastaba que hiciera una inclinación de cabeza, que él hacía siempre lenta y respetuosa. Se había hecho el propósito de que su saludo con la cabeza durara tanto como la genuflexión de otros súbditos de Constantino. El Augusto tomaba este detalle como una muestra de sumisión y lealtad. Y le agradaba. "Cada cual en su lugar", pensaba.

Constantino inició la conversación, como era la norma.

- "Bien, mi fiel Osio, ¿cómo van vuestras conversaciones con los *epískopos* asistentes al Concilio? ¿Qué opiniones manifiestan sobre los desterrados?"

- "Marchan por buen camino, *Dómine*. Como no podía ser menos. Todos os están muy agradecidos por las atenciones que habéis tenido con ellos. En especial, la idea de alojarlos en mansiones destacadas les ha causado una grata impresión, y les ha sorprendido."

Osio calló, esperando a que los cumplidos servidos fueran asumidos por el anfitrión de los algo más de sesenta asistentes al Concilio. En los Cánones - cuyos borradores se estaban elaborando, y que él repasaría - se había multiplicado por cinco la cifra, para dar más importancia a las

conclusiones allí tomadas. Pero Constantino esperaba una respuesta más concreta.

- "¿Y sobre los reticentes a aceptar los acuerdos adoptados?"

- "La idea que prevalece es que habéis sido muy magnánimo con ellos, *Dómine*. La mayoría esperaban que incautarais sus bienes, y algunos, incluso, que les condenarais a muerte, no sólo al destierro. Pero ya conocéis mi idea."

El Emperador guardó silencio por un momento. Luego, lentamente, como sopesando cada palabra que decía, repuso.

- "Mantendré la promesa que os hice, de ello podéis estar seguro. A ninguno de vuestros *epískopos* condenaré a muerte. Por otra parte, no quiero que la implantación de mi doctrina se realice con violencia. O al menos, que lo sea con la menor posible."

Osio recordó la conversación que había mantenido con su Augusto pocos meses antes, cuando él se dio cuenta de que había una cierta facción de obispos que defendía tesis contrarias a la del Augusto y suya. Arriesgó mucho con la manera de plantear el problema a Constantino. Pero conocía ya suficientemente a su superior para saber cómo podría obtener lo que deseaba sin incurrir en sus iras y sin ponérselo en contra. Por un lado, tenía que informarle de que una parte de los obispos iban a defender una posición diferente a la que él les había enseñado cuando los designó. Y, por otro lado, quería proteger la integridad de sus elegidos.

- "*Dómine*, quisiera solicitaros una gracia que es muy importante para mí."

Constantino le había mirado con cierto recelo. No le parecía adecuado que Osio le empezara a reclamar favores, ni siquiera llevando varios años trabajando para él. Lo que tuviera que concederle, ya se lo daría él, pero lo haría por iniciativa propia. Con cierta duda en la voz, le había respondido:

- "¿Y qué podéis necesitar que yo no os haya concedido ya?"

Osio había respondido con el más humilde de los tonos.

- "No es para mí, *Dómine*, sino para los obispos que os sirven."

Constantino había mostrado una mirada sorprendida. Con cierto tono de impaciencia le había dicho:

- "Hablad."

- "Os pido por su vida, *Dómine*. Que sea cual sea su respuesta a vuestros deseos, si éstos entraran en pugna con las concepciones de alguno

de ellos, que lo desterréis, pero sin perjuicio para su vida, ni para su hacienda. Esto es todo que lo que deseaba solicitaros.”

El Augusto había relajado el semblante. Si sólo era eso, no tenía ningún inconveniente. Osio había dejado la información sobre la pequeña facción de obispos disidentes para el día siguiente. Cuando la había recibido, Constantino se había indignado. Pero él se las había arreglado para calmarlo y asegurarle que lograría torcer su voluntad y que acataran las decisiones de su Augusto. Casi lo había logrado, salvo media docena escasa. Felizmente, entre ellos estaba Eusebio, el historiador. Y Osio sabía del afecto que aquel hombre despertaba en su Augusto. Seguramente eso era lo que le había empujado a mostrarse benévolo con los disidentes, cinco en total.

Capítulo 3
Preparativos

Año 302

- "¡Moveos, zánganos, el barco no espera! ¡Id más aprisa! ¿Deberé hacerlo todo yo?"

Los esclavos de la casa, se movían pesadamente. Lactancio estaba impaciente por partir y no dejaba de protestar en su fuero interno por el retraso.

"No puedo perder más tiempo. Ya he esperado demasiado. Debiera haber partido al final de la primavera, pero las cartas de presentación de mis amigos me eran necesarias, y ahora el otoño amenaza, con todos sus problemas ..."

La navegación de *Leptis Magna* (Al-Khums) a *Nicomedia* podía hacerse por dos vías: La directa, vía Creta, y, bordeando el *Peloponeso*, subir a Atenas, sorteando luego la gran isla de Eubea hasta *Nicomedia*. O si no, bordeando toda la costa, tocar Alejandría, *Cesarea Marítima*, *Tyrus* (Tiro), *Beritus* (Beirut), y, tras rodear la isla de Chipre, Rodos, Éfeso y finalmente, pasando por *Esmirna* (Izmir), llegar a *Nicomedia*.

Lactancio no dejaba de dar vueltas al propósito de su viaje.

"Sólo con haber cogido el barco un mes antes, hubiera podido elegir. Ahora … he de hacer el viaje largo. Es peligroso desafiar a Eolo en otoño. El viaje largo es más seguro, eso sí, pero me llevará completarlo dos o tres *hebdomadae* (1), al menos. O incluso una *luna* (2).

Pido a los dioses que el Augusto Diocleciano esté en su residencia de *Nicomedia*, no en una de sus campañas. Hace ya tiempo que no emprende ninguna … quizás esté envejeciendo … Hará en breve veinte *anni* que accedió a la púrpura ...

Aunque no debo pensar así del único hombre que puede, con mi ayuda, lograr salvar al Imperio. ¿Al Imperio? ¡Más aún! ¡Salvar al mundo! Por eso mi presencia es necesaria … más que necesaria, es imprescindible, junto al Príncipe. He de llegar a *Nicomedia* como sea … hay demasiadas cosas en juego …"

Enfrascado totalmente en sus pensamientos, Lucio Coelio Lactancio Firmianus siguió gritando a sus esclavos que todo estuviera listo para, al alba del día siguiente, con las dos galeras de la casa, llevar su equipaje al puerto. Los baúles estaban cerrados y precintados hacía cuatro días, pero quedaba aún mucho que hacer, según el amo de la casa. Sólo trataba bien y se abstenía de gritar a los cuatro *pedisequi* (3) y al *nomenclator*, que iban a acompañarle en su viaje.

El *nomenclator* era hijo del anterior esclavo con el mismo cometido, recordar a su dueño el nombre y condiciones de los clientes que venían a presentar su saludo al dueño de la casa. Su padre tenía clientes, que venían a diario a darle su *Ave*, o saludo, pero él había roto esa costumbre. El *nomenclator* había pasado a ser el secretario particular de Lactancio.

Cuando decidió organizar el viaje a *Nicomedia*, a ver al Augusto Jove Diocleciano, mandó mensajeros a sus propiedades para que le eligieran esclavos jóvenes y fornidos que pudieran formar su guardia personal. Reunió una docena y encargó a un maestro de gladiadores de *Leptis Magna* que seleccionara los más adecuados y los entrenara en la lucha cuerpo a cuerpo, armados con bastones. Así formó una escolta de cuatro fornidos esclavos que le protegerían, sus *pedisequi*.

(1) Nuestras semanas.
(2) Una *luna*, un mes.
(3) *Pedisequi*, esclavos que siguen a su amo a pie.

Lucio Coelio Lactancio Firmianus era uno de los ciudadanos con más abolengo de *Leptis Magna*. Descendía de una familia antigua e ilustre, que había dado tres procónsules y varios altos cargos en las Legiones. Era el único varón de la familia y, a pesar de su rango familiar, era poco apreciado entre sus conciudadanos. Era rétor y había sido profesor de Retórica, si bien con escasos alumnos, tal vez por su carácter, arisco y huraño. Contaba 57 años y era alto, delgado, moreno, de movimientos rápidos. De cabeza grande, frente prolongada por una avanzada calvicie, pelo blanco e hirsuto, mirada dura, rostro severo, cejas pobladas y nariz aguileña. Raramente sonreía y, cuando lo hacía, destacaba su amplia boca, que descubría unos dientes muy blancos y perfectos.

La familia, y por tanto Lactancio, tenía extensas posesiones en toda el África, hasta *Icosium* (Milianao, Argelia), en la *Mauritania*. Grandes

fincas, con plantaciones de olivo, vid y palmeras, y abundantes rebaños, proporcionaban a Lactancio unas rentas de unos 500.000 sestercios anuales, que le permitían vivir holgadamente y aumentar incluso el patrimonio familiar.

Todos esperaban con ansia que amaneciera el nuevo día para ver cómo el amo tomaba el barco que lo alejaría de la mansión, para no volver, al menos durante una larga temporada. La vida bajo el mayordomo no podría ser peor. Aunque él también se parecía al amo …

Nadie de la casa lo sabía, pero Lucio Coelio Lactancio Firmianus nunca retornaría a su hogar, ni volvería a ver su ciudad. El asunto que le impulsaba a realizar su viaje lo separaría más y más de su África natal. Los esclavos habían vivido mejor bajo un mal amo, bastante mejor, que lo harían bajo el mayordomo, y al cabo de muchos años, muerto éste y buena parte de los esclavos, la casa, y todos sus dominios, pasaría a un sobrino del amo; sobrino que en la actualidad correteaba por los pasillos de la mansión.

Capítulo 4
Diocleciano

Año 302

Aquel día, del año mil cincuenta y cinco desde la fundación de Roma, era un día más en la vida de Caius Aurelius Valerius Dioclecianus, Augusto Jove. Había anulado todas las visitas y ordenado que no le molestaran. Necesitaba reflexionar. Se sentía cansado y acariciaba, en privado, su anhelado retiro.

Diocleciano, como será conocido por la posterioridad, rememoró su ajetreada vida pasada. Hijo de un escriba, había nacido en *Dalmatia*, cincuenta y nueve años atrás. Sabía leer y escribir, pero poco más. Había hecho su carrera en el ejército, enrolándose, como voluntario, a los dieciocho años. Había servido desde entonces bajo el mando supremo de siete Emperadores.

Y de los siete, uno, Galo, había muerto aplastando una sublevación. El que le sucedió, Valeriano, había sido hecho prisionero, luchando contra los *Partos*, y había muerto en cautividad. Otro, Claudio II, había fallecido de muerte natural.

Los otros cuatro fueron asesinados por sus propios soldados. Sólo dos habían muerto como debe hacerlo un Emperador, luchando contra el enemigo, o por desgaste natural. Ni sublevaciones, y menos todavía asesinatos, eran muertes aceptables para un Emperador. Algo estaba fallando.

Conforme iba pasando el tiempo, ocupando puestos de más responsabilidad, iba entendiendo mejor la situación, pensando los posibles remedios a tantos y tan graves males. Fue viendo claro los puntos débiles del sistema, y sus posibles soluciones, y concretándose luego la posibilidad de llevar a cabo tales mejoras.

Había visto claro que el Emperador era un puesto muy elevado y, sin embargo, trataba a diario con demasiadas personas. Cualquiera tenía acceso al Emperador, y entre la multitud que le contactaba a diario, alguno podía tener malas intenciones. Bastaba con que hubiera uno sólo de sus

oficiales que albergara intenciones criminales respecto al Emperador, para que éste sufriera un atentado que podía costarle la vida.

Un suceso así era adverso para el Imperio por tres motivos, llegó a deducir Diocleciano cuando era ya un alto oficial de las Legiones. Porque extendía la idea de que cualquier legado ambicioso, al mando de un par de Legiones, podía intentar hacerse con el Imperio sin más que liquidar al Emperador reinante. El éxito de un magnicidio abría el camino al siguiente.

No todos los generales de las demás Legiones estaban dispuestos a aceptar estar a las órdenes de un Emperador que, antes de serlo, fuera general, como ellos, y que, en alguna ocasión, les había estado subordinado. Con ello se abría la posibilidad de una guerra civil, como ya había ocurrido varias veces en la historia reciente de Roma. Y ello suponía bajas en un ejército que era necesario, e incluso insuficiente, para mantener las fronteras protegidas de los enemigos que las presionaban.

Y, por último, un Emperador que moría de muerte natural se cuidaba de proponer como sucesor a alguien con cualidades para el mando del Imperio. La catadura moral de quien accedía a la púrpura asesinando al Emperador reinante era, por lo general, despreciable, y sus actos posteriores confirmaban tal extremo. Ello favorecía que otro general se sintiese mejor preparado que él y tentado a probar suerte.

En suma, se decía Diocleciano, la falta de protección del Emperador era nociva para el Imperio y lo estaba haciendo rodar en una cuesta abajo que nada bueno presagiaba. Había que poner remedio a tal situación.

Con cuarenta años, hacía de esto diecinueve, Diocleciano era comandante de la guardia personal del emperador Caro. No pudo impedir que otro general lo asesinara, con la intención de izarse en el trono. Pero los soldados de Diocleciano se adelantaron y, ante el vacío de poder, lo proclamaron a él Emperador. Aceptó, arrestó al asesino de Caro, lo llevó a juicio y lo condenó a muerte. El hábito de matar Emperadores, para ponerse en su puesto, tenía que desterrarse del ejército.

Diocleciano comenzó a aplicar, de inmediato, sus ideas para impedir tal estado de cosas. Los Emperadores confraternizaban en exceso

con su tropa. Perdido el respeto, por el frecuente trato, siempre habría algún general ambicioso que blandiera el puñal traidor.

Diocleciano cambió las formas de relación del Emperador con el entorno. Eligió una guardia, reducida y fiel, entre sus propios soldados, vistiéndola de forma muy llamativa. Nombró, además, dos personas de plena confianza, ambos incondicionales, y ordenó que todos las comunicaciones pasaran por esas dos personas. Él, en lo sucesivo, no estaría visible para nadie.

Cuando debía acudir a un acto oficial y multitudinario, lo hacía totalmente rodeado de una guardia armada ampliada, que impedía que nadie se le acercase. Las escasas audiencias eran individuales, con un complejo ritual, copiado de los monarcas orientales, que marcaban una enorme distancia entre el Emperador y el súbdito. Diocleciano no gustaba de tantas reverencias, genuflexiones, postraciones y muestras de sumisión, pero era su vida la que defendía con todo ello.

Ya tenía decidido ayudarse de algún colega y recuperar la vieja figura del hijo adoptivo y sucesor, como hicieran, con tan buen resultado, doscientos años atrás, los Emperadores Antoninos. Tras una larga reflexión eligió a Marcus Aurelius Valerius Maximianus, general amigo suyo. Maximiano era tan buen guerrero como él. Diocleciano le había ayudado en su ascenso y sabía que le sería fiel. Lo adoptó y le dio el mando de la mitad occidental del Imperio. Su capital, *Mediolanum* (Milán). Él dispuso su capital en *Nicomedia*, en la costa de Asia.

De esa forma, él estaba cerca de la frontera Este, atento siempre a los *Partos*, y su colega, cerca de la frontera Norte, amenazada por los *Germanos*. Caso de tener que apoyarse, las distancias no eran insalvables.

Pero antes de adoptar a Maximiano, le explicó la totalidad del plan. Debía asegurarse la sucesión imperial. Había hecho que le calcularan la media de gobierno de los Emperadores que había tenido Roma. Eliminando a los Emperadores de reinado inferior a diez años, desde el propio Augusto, el reinado medio era de diez y ocho años. Ellos regirían el Imperio veinte años. Pero transcurridos diez años, cada uno elegiría un joven oficial, con las virtudes exigidas a un militar.

Los elegidos se curtirían, durante diez años, con mando sobre la mitad del territorio, supeditados al Augusto, aunque con gran libertad de acción y decisión. Y pasados esos diez años, tomarían el relevo. Ellos,

Maximiano y él, serían los Augustos, los Emperadores *senior*. Los jóvenes recibirían el título de Césares. Serían los Emperadores *junior*.

Siempre que ello fuera posible, y en su caso lo era, los casarían con una hija suya. Así, además de ayudantes, serían también sus yernos, lo que daría más solidez al equipo rector del Imperio. A su vez, ellos repetirían posteriormente el proceso. Maximiano había aceptado el plan.

Asentado ya en el poder, Diocleciano pudo establecer sus medidas, para asegurar al mando supremo del Imperio. Redujo los efectivos de las Legiones, de modo que un legado, o general, sólo tuviera a su mando a unos tres mil soldados. El número de Legiones se duplicó. De ese modo, ninguno tenía efectivos como para intentar una sublevación.

Había separado la administración civil de la militar, independizando ambos cometidos. Los impuestos, el dinero y las obras a realizar serían responsabilidad de un gobernador en cada provincia. El legado, por su parte, que mandaba una Legión, manejaba la paga de sus soldados y los fondos para vituallas y armamento. Con tales fondos no podía hacer gran cosa. Aumentó el número de provincias, que así fueron menores, disminuyendo el dinero en manos de cualquier persona del estamento civil.

Controlando a los gobernadores nombró a un Prefecto del Pretorio, para cada uno de los cuatro Emperadores, una persona de plena confianza. Todo se controlaba mediante una red de confidentes, que informaban directamente al Augusto, a través del Canciller Imperial.

Con estas medidas, y otras, de menor calibre, la seguridad volvió de nuevo al Imperio. Las fronteras estaban controladas, y se habían evitado asesinatos y sublevaciones. No del todo, porque a él le había tocado acudir con sus tropas a Egipto, a someter al legado local, que había querido controlar aquella Diócesis.

Sus diecinueve años en el poder eran prueba de que sus ideas habían sido acertadas. ¡Habían vuelto los reinados habituales en Roma! Este pensamiento le llenaba de satisfacción. La posteridad le recordaría por eso.

Éstos eran los problemas ya resueltos, pero otros no lo estaban aún. E, incluso, Diocleciano desesperaba de lograr su solución definitiva. Eran los problemas no militares, los económicos y sociales: La pobreza de muchos agricultores y artesanos, que tenían prohibido cambiar de oficio, de los pequeños propietarios, incapaces de sacar rendimiento a sus

explotaciones ... La avaricia y nula solidaridad de los terratenientes, que subían los precios de los bienes escasos en períodos de hambruna, cuando la sequía se cebaba en una región.

Ni la autoridad del Emperador podía obligarles a pensar en el Imperio, en el bien general, más que en sus bolsas ... Pero … ¿qué podía hacer él? Se acercaba la fecha de su retiro, y el de su colega, Maximiano … algo debía quedar para ser resuelto por sus sucesores …

Aún tenía varios asuntos pendientes de decisión, entre ellos la elección de los siguientes Césares. Era muy importante acertar. Más que importante, vital. Dependía de ello la continuidad de su sistema, sistema de gobierno de cuatro que la posteridad llamará Tetrarquía.

Diocleciano pasó a cavilar sobre el futuro. La prueba de fuego del sistema que había puesto en marcha sería precisamente lo que sucediera en los diez años posteriores a su retiro.

Capítulo 5
Nicomedia.

Año 302

El viaje tocaba a su fin. El viajero estaba ya harto. Había durado cuatro semanas, encerrado siempre en su camarote, mientras sus escoltas dormían en cubierta. Hubo un incidente, en Alejandría. Incidente que le había amargado todo el viaje: Un joven, insolentemente, se había afincado en su camarote, impuesto por el capitán del barco.

Eran órdenes del armador, decía el capitán ante los improperios de Lactancio. Éste amenazó con denunciarlo a las autoridades de *Nicomedia*. Pero de nada sirvió la amenaza: Tuvo que compartir su camarote con el muy imbécil. Era de buena familia, inmejorable, el hijo del Prefecto de la Diócesis de Oriente, con sede en Alejandría.

No se hablaban. El joven bajaba a tierra en cada puerto; parecía tener amigos que visitar. Seguro que visitaba a alguien, pero no a amigos, sino a fulanas. Pero Lactancio nada dijo. Antes de zarpar aparecía de nuevo, puntualmente, en el muelle.

Hacer que sus escoltas intervinieran para solucionar el inconveniente, eliminándolo, no le pareció una opción sensata. Podía poner en peligro el objetivo de su viaje. Así que comprendió que sólo le quedaba resignarse y soportar la compañía. Tampoco el joven era asiduo del camarote; se pasaba la mayor parte de la travesía en cubierta, jugando a los dados con otros pasajeros. Sus *pedisequi* le informaban de las pérdidas que sufría en el juego.

Lactancio tenía previsto visitar a un conocido en Alejandría, y lo hizo, seguido de su escolta. Pero estaba de viaje, le dijeron en su villa, nada más llegar. Le invitaron a un refrigerio, en el *ninfeo*, a la sombra de unas palmeras enanas. La escolta esperó fuera. Se estaba bien allí, pero no tenía ningún tema de qué hablar con la matrona que le atendió. Sus tres hijas, sentadas algo más lejos, no hacían sino cuchichear entre ellas y reírse. Se sintió incómodo y se despidió pronto. Volvió al barco y pasó la noche en su camarote. Dentro del puerto no se notaba el oleaje y durmió bien.

Cuando atracaron en *Cesarea Marítima*, y siempre seguido de sus cinco escoltas, Lactancio dio un paseo por el puerto y subió al Templo de Augusto y Roma. *Cesarea* era una ciudad pujante. Construida trescientos años atrás por el rey Herodes, aliado de Roma, sobre una torre de vigilancia, la torre de *Estratón*, era más pequeña que *Leptis Magna*, pero a Lactancio le agradó. Era limpia. Se notaba que era una ciudad relativamente nueva.

El Templo de Augusto y Roma se alzaba dominando el puerto, en una explanada elevada, cerrada por un grueso muro pintado de blanco, con una cenefa coloreada en lo alto. Así, quienes subían a honrar a Augusto y a Roma se aislaban del mundo exterior. Era ésta una característica de los templos romanos, aislar a sus visitantes del ruido de la ciudad y facilitar su comunicación con los dioses. El Templo tenía seis columnas al frontis y ocho laterales. Con su *cella* y el habitáculo posterior, para el sacerdote, resplandecía al sol, con mármoles blancos y anaranjados.

Allá quemó su ofrenda en honor del divino Augusto, invocándole con cierta sensación de angustia, para que le ayudara en su misión. Necesitaba todas las ayudas, no cabía el fracaso. Pidió que el actual Augusto supiera valorar lo que le iba a ofrecer.

Lactancio, en su juventud, había sido un ferviente adorador de los dioses romanos, pero luego había estudiado los dioses egipcios, los dioses griegos, el dios único judío y conocer tantos dioses enfrió en él el aprecio por los suyos. Se dio cuenta de que había venerado a Júpiter porque había nacido ciudadano romano.

Desde hacía bastantes años el estudio que estaba llevando a cabo sobre la religión verdadera había hecho tambalearse sus ideas juveniles. Pasó a considerar el asunto como un tema de análisis, no de práctica.

El que más le atraía, de todos los libros que llevaba consigo, era la traducción de los Setenta de los libros sagrados hebreos. Encontraba en ellos ejemplos sencillos para todas sus ideas.

Lactancio llevaba toda su vida analizando la religión egipcia. Quiso penetrar su secreto, la razón de su eficacia, de ser tan bien aceptada por el pueblo egipcio. Llevaban los egipcios desde tiempo inmemorial creyendo en los mismos dioses, encabezados por Amón-Ra. También los judíos, que adoraban a un solo dios, permanecían fieles a Él, generación tras generación. La idea de un Dios principal, como el Amón-Ra egipcio, o

el Dios único hebreo, fue ganando terreno y acabó por ganarle a su causa. Además, las Sibilas [1] apoyaban también la idea de un Dios único.

Por el contrario, los griegos eran unos descreídos. Tenían tantas posibilidades para elegir ente los dioses del Olimpo, los cultos mistéricos de Eleusis, la Filosofía … que, con tanta confusión, muchos decidían no creer en nada. Los romanos, por desgracia, cada vez se parecían más a los griegos.

César Augusto dictó leyes para mejorar la moralidad de sus súbditos, pero desde entonces nadie se había vuelto a preocupar de tales asuntos. Así iba el mundo, caminando paso a paso hacia su perdición. El Dios supremo estaba furioso con los humanos, que cada vez se apartaban más de Él. Y mandaba avisos, con los pueblos enemigos, permitiendo que atormentaran a sus descuidados fieles.

Nunca tuvo Roma tantos castigos como en los últimos tiempos. Y sólo él parecía darse cuenta de la causa, la infidelidad de Roma a quien, desde lo alto de los cielos, rige los destinos del hombre. Había que reaccionar y él era el instrumento para iniciar esa reacción, lo sabía.

Por culpa de la infidelidad de todo el Imperio, su ciudad natal, *Leptis Magna*, que tiempo atrás había sido la mayor ciudad del África, no era hoy ni una sombra de lo que fue. Su población se había reducido a algo menos de la mitad. Sus queridas Termas, de las que tantos recuerdos tenía de sus años mozos, estaban descuidadas; las estatuas que adornaban los pórticos, desconchadas; el Teatro, con sus tres niveles, apenas se utilizaba. La ciudad había perdido el brillo que tuviera. Era preciso remediar con urgencia todo este deterioro suicida …

Roma estaba necesitando una nueva guía. Eso sí, guía que sólo hombres cultivados, como él mismo, eran capaces de diseñar. Un camino seguro que les hiciera recuperar el favor del Dios. De nuevo los hombres clarividentes, los dotados de una cultura universal, tendrían que actuar.

Cuando desembarcó en *Tyrus*, notó que el puerto olía mal. Todos los puertos tienen un olor característico, pero el de *Tyrus* olía también a podredumbre. Observando a las gentes, vio muchas personas de aspecto sospechoso y se retiró rápidamente al abrigo del barco. También en *Tyrus* durmió solo en su camarote. Ésta era la ventaja de atracar, no tener que compartir el camarote con el joven alejandrino.

A partir de *Tyrus*, no volvió a visitar puerto alguno. Tan sólo, una vez amarrado el barco, daba un paseo por las inmediaciones de la nave, sin

perderla de vista, seguido de los *pedisequi*, siempre de día. No quería arriesgarse a un mal encuentro.

El resto del tiempo en puerto se quedaba en el barco, leyendo algún libro de los muchos que traía en uno de sus baúles. A Lactancio le gustaba mucho leer. Podía hacerlo en latín, griego, demótico, hierático y jeroglífico.

(1) Mujeres sabias a las que se atribuía espíritu profético.

El viaje prosiguió y atracaron en *Salamis*, al Este de la isla de Chipre; en *Side*, de *Panfilia*; en *Patara*, de *Licia*; en *Mileto*, ya en la *Caria*; en *Éfeso*, de la *Lidia* y en *Cízico*, de la *Misia*. El siguiente destino era *Nicomedia*.

Nicomedia, la ciudad residencia de Diocleciano, al fondo del *Astacus Sinus* (golfo de Ástaco), se extendía, vista desde el puerto, por delante de las colinas. Detrás de ellas, el *Ponto Euxino* (Mar Negro), inmenso. La ciudad, fundada quinientos años antes, ya era la principal ciudad de *Bitinia* antes de haber sido embellecida por Diocleciano. Su puerto, al lado izquierdo del golfo, constaba de dos zonas: La más exterior era la zona comercial; la interior era la zona militar. Los muelles del puerto comercial hervían de actividad. El hecho de ser la capital principal del Imperio atraía a su puerto a embarcaciones de todas las provincias y reinos cercanos y aun lejanos.

Una gruesa cadena, situada entre dos torres de piedra, se tendía por la noche y se recogía al alba, permitiendo el tránsito de los barcos. Una sólida muralla rodeaba la ciudad, con torres cada quinientos pies [1]. Desde el puerto se veían los primeros tramos, que se perdían en dirección a las colinas.

Lactancio no tuvo problema con el oficial de aduanas. Le indicó que deseaba ser recibido por el Augusto, hecho al que el funcionario estaba acostumbrado. La mirada que le echó al oír su petición parece que fue aprobatoria, pues el tono de voz cambió, volviéndose más respetuoso. Justificando su pretensión, y a petición del oficial, le citó las cartas de recomendación que traía: Eran del Prefecto del Pretorio de *Leptis Magna*, de otro alto funcionario de su ciudad, del *Pontifex Máximus* de Alejandría, su amigo, al que quiso visitar, y del *Pontifex Máximus* de *Cirene*, al que había accedido a través del anterior. Cuando hubo anotado dónde pensaba hospedarse en *Nicomedia*, el oficial de aduanas le facilitó un permiso

provisional. Debería renovarlo al cabo de un mes, si seguía en la ciudad. Sus esclavos pasaron ante el oficial tras él.

Alquiló una gran carreta para llevar su equipaje al hospedaje que ya desde *Leptis Magna* traía anotado. Era una *ínsula* (2) situada en el barrio acomodado de la ciudad, no lejos del Palacio imperial. Tenía forma rectangular, con la longitud doble que la anchura, y cuatro pisos. Las dos terceras partes del perímetro de la planta baja estaban ocupadas por *tabernae*, tiendas de diferentes dimensiones. La residencia central había sido dividida en cuatro apartamentos, cada uno con su propia entrada. Tan pronto se presentó Lactancio en el lugar, el *ostiario* (3) mandó llamar al *nomenclator*, que residía en la villa del propietario, a poca distancia de la ciudad.

El propietario no estaba, pero se tenía noticia de su llegada y había dos apartamentos libres, que le fueron mostrados por el *nomenclator*, un esclavo de mayor categoría que el *ostiario*. El mayor ocupaba la parte central de la ínsula y constaba de seis habitaciones (*cubícula*) de tamaño medio, que se comunicaban con un peristilo, adornado con un hermoso estanque rodeado de columnas. Había también una gran sala. Al peristilo daban las ventanas de los pisos superiores y esto a Lactancio no le agradó.

El otro apartamento era cerrado, sin patio. Constaba de un amplio vestíbulo al que se abrían cuatro habitaciones, o *cubícula*, y una gran sala. Para él era suficiente. Esto era lo que le convenía. Incluso el precio era menor. Lo apalabró sin dudar. Dejó en él su equipaje, pagó al conductor de la carreta, se cambió de ropa y mandó al *ostiario* que le encargara un carruaje digno que le llevara a Palacio. Desharía el equipaje, con sus esclavos, a la vuelta. Sus hombres acompañaron al vehículo detrás, a pie. Una vez en el Palacio del Augusto, entregó las cartas al oficial de la puerta de Bronce. Había transcurrido toda la mañana.

(1) Unos 150 metros.

(2) Manzana de casas

(3) Portero

El Palacio, situado en la parte Norte de la ciudad, constaba fundamentalmente de tres edificios principales, unidos por avenidas con pórticos, con bóvedas en el centro de cada uno, dotadas de aberturas para recibir la luz. Los edificios principales apenas tenían ventanas y constaban de dos pisos. La monotonía de las fachadas se rompía con numerosas hornacinas que cobijaban estatuas de anteriores Emperadores y dioses.

Cada edificio disponía de una puerta principal, cuajada de relieves, y varias secundarias, más pequeñas y modestas, en la fachada posterior.

Había además otros cuatro edificios secundarios, para el personal de administración. Detrás, un teatro, con capacidad para diez mil espectadores. En la parte trasera del Palacio, pero dentro de sus muros, había un espacioso jardín.

Diocleciano recibía visitas en el edificio central, donde estaban sus dependencias. Pero antes era necesario pasar por el filtro que él había establecido, sus altos oficiales y su Canciller Imperial. En el edificio oriental resolvía temas civiles, con una Puerta de Bronce. En el occidental trataba temas militares, y su Puerta era de Hierro. El edificio central sólo era usado por el Emperador y por sus invitados regios, con Puertas de Oro.

Normalmente, los visitantes terminaban su recorrido en Palacio siendo recibidos por el Canciller Imperial, en uno de los dos edificios laterales. A primera hora, los temas militares. Y a media mañana, los civiles. El Canciller era el encargado de consultar con el Emperador, si la importancia del tema lo requería. Así, con Lactancio, el Canciller Imperial tuvo que recurrir al propio Emperador. Éste concedió la audiencia para tres días más tarde.

Lactancio, como buen romano que era, había consultado los oráculos sagrados sobre su viaje, y éstos le habían sido favorables. Aun así, estaba nervioso. Por primera vez en su vida iba a estar en presencia de la suprema autoridad del Imperio. Y eso imponía.

Tres días después de su llegada y con sus mejores galas - ahora se alegraba de haber traído tanto equipaje - fue recibido por el Canciller Imperial. Él le indicó los formalismos a seguir en su inmediata entrevista. Cuando le franquearan la puerta, caminaría hacia el sitial del Emperador mirando al suelo. Cuando llegara a la línea azul, se arrodillaría, tocaría tres veces el suelo con la cabeza, y seguiría arrodillado.

El Emperador, o un oficial de rango, le indicarían que se levantase. Puesto en pie, debía exponer su petición, con sencillez y brevedad. Le llamaría *Dóminus* (Señor); no Emperador, ni Augusto, sólo *Dóminus*. Al hablar nunca miraría su rostro, sino sus manos. Sus manos le indicarían cuándo debía hablar y cuándo callar.

Una clara señal le diría cuándo debía retirarse. Debía arrodillarse de nuevo, postrarse tres veces, agradecer al Emperador por la audiencia, levantarse y retroceder hacia la puerta, sin volver nunca la espalda al

sagrado Augusto. Una cenefa azul en el mosaico del suelo le diría cuándo estaba ya junto a la puerta. Un guardia estaría allí para abrírsela.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Lactancio entró en la sala, con columnas corintias en derredor, abundantes estatuas, varias mesas cubiertas de planos y múltiples trofeos, en las paredes y en trípodes. Sentado en un pequeño trono, al fondo, estaba el Augusto Diocleciano.

Capítulo 6
Constancio

Año 302

En las frías tierras de la *Galia*, lindando con los bosques de *Germania*, tierra de bárbaros, en la ciudad de *Augusta Treverorum* (Tréveris), la capital de la Diócesis de la Galia, todo era actividad. La ciudad se había convertido en la residencia del César Constancio, al que sus soldados apodaban cariñosamente “Cloro”, el pálido.

Nueve años llevaba ya el César Constancio residiendo en *Augusta Treverorum*, desde su nombramiento, aunque habían sido frecuentes las ausencias, para castigar una incursión *germana*, para apagar una sublevación en la *Galia*, para revisar las fortificaciones de ciudades limítrofes, o para pasar revista a sus tropas en cualquiera de las tres Diócesis que caían bajo su jurisdicción, las *Galias*, *Hispania* - con la *Mauritania Tingitana* - y *Britania*.

Los habitantes de las *Galias* apreciaban a su César, porque les dejaba vivir. En eso contrastaba con legados anteriores, que procuraban enriquecerse en poco tiempo, a base de sobornos, comisiones y extorsión. Constancio, eso era obvio, había sido nombrado para mucho tiempo, y no era de esa clase de hombres.

Su experiencia era más militar que administrativa. Y no paraba de tener hijos. Su esposa le daba uno cada dos años. Y el César Constancio tenía un carácter familiar, era un hombre de su casa. No se le conocían aventuras con mujeres. Cuando salía de campaña no se llevaba esclavas jóvenes metidas en una carreta, como estaba socialmente admitido que hicieran los altos mandos. Frecuentemente eran las esposas de éstos quienes las elegían. Y las elegían hermosas, para que fueran usadas, pero insulsas, para que tocaran el miembro del *Dóminus*, pero no su corazón. Tampoco se procuraba Constancio prisioneras jóvenes, fruto de sus conquistas, para satisfacerse con ellas, como hacían casi todos los legados en campaña. La vida de campaña era dura. El retorno, no garantizado. Los soldados tenían los burdeles fuera del campamento. Los altos mandos los tenían dentro.

En su despacho, el César Constancio rememoraba su pasado y pensaba en el futuro. Su principal anhelo se cifraba en su hijo primogénito, Constantino, ausente en *Nicomedia*, junto a Diocleciano. Había tenido que confiarlo a su Augusto, como prueba de entrega al Imperio. Se le explicó detenidamente que allí se formaría junto al mejor de los maestros. Él aceptó, pero sabía que había algo más.

Sus recuerdos pasaron a la madre de Constantino, a su primera esposa, Elena. Fueron muy felices, eran tan jóvenes, tan inexpertos e ingenuos ... De su primera esposa, pasó a recordar a Claudia, su querida madre, noble matrona, de buena familia, que veló su infancia. Sus recuerdos eran muy vagos, pues su madre murió al dar a luz a su hermana pequeña, nacida seis años más tarde. Y de su padre, siempre ausente, apenas recordaba nada. Había sido comandante de las Legiones y su madre quedaba en la casa familiar, en la *Dardania*, región de la Provincia de *Moesia*, situada entre la *Panonia* y la *Dacia*. En su capital, *Naissus* (Nis), había nacido Constantino.

Su padre murió joven, cuando Constancio tenía apenas diez años, en una emboscada, luchando con los *Godos*. Sus legionarios no pudieron recuperar su cadáver, que quedó en el bosque en que le tendieron la emboscada. Apenas unos pocos legionarios lograron escapar. Pero su padre había hecho muchos amigos en la milicia, y ellos se ocuparon de su educación, visitando a su madre con la frecuencia que sus deberes militares les permitían.

Como primogénito de un alto cargo de las Legiones, comenzó su *cursus honorum* muy joven, a imitación de su padre. Constancio pronto destacó por la agudeza de sus observaciones sobre movimientos del enemigo, que propiciaron algunas rápidas victorias. El recuerdo de su padre, muerto heroicamente en una acción militar, su parentesco lejano con el Emperador Claudio - pues su madre era sobrina suya – y sus cualidades personales le ascendieron con rapidez. Ya con el Emperador Aureliano, a los veintitrés años, era el ayudante del general de una Legión.

En su primera campaña, en el Danubio, dirigida contra *Gépidos* y *Marcomanos*, conoció a Elena, hija de un mesonero, de origen muy humilde, en contraste con el suyo, y se enamoró perdidamente de ella. Fue un amor a primera vista. La boda se celebró sin tardanza. El fruto llegó pronto, su primogénito Constantino. Él tenía entonces veinticuatro años.

Sus destinos siguientes fueron en el Norte de la *Galia*, donde peleó con éxito contra *Francos* y *Turingios*. También contribuyó a la derrota de Tétrico, el usurpador alzado en la *Galia* e *Hispania*, siempre con éxito. Su intervención en *Durocatalauni* (Chalons-sur-Marne) le cubrió de gloria. Estaba al mando de la caballería.

Tal vez por eso supo de él Diocleciano, que también había servido con los mismos Emperadores, y lo eligió para ocupar el puesto de César, adjudicándole precisamente la *Galia*, perfectamente conocida por él, como lo era la *Hispania*. Más tarde conoció la *Britania*, donde los problemas eran incluso mayores, debido a la cercanía de vecinos bárbaros.

Sobre las campañas de entonces flotaba la conciencia de tiempos difíciles. Como militares, todos sabían cumplir con su deber, que era batir al enemigo. Sin embargo, en los cuarteles de invierno, cuando el mal tiempo impedía la guerra, se comentaba con preocupación cada muerte violenta del Emperador del momento.

Había inquietud, pero sólo durante el mal tiempo. La primavera borraba siempre, con sus vientos y lluvias, esas inquietudes: El enemigo podía acechar en cualquier vaguada.

Con el Augusto Diocleciano parecía como si un nuevo sol luciera en el firmamento. Finalmente el sentido común se había asentado en la cúspide del Imperio, recordaba ahora Constancio. Todas las medidas adoptadas desde entonces eran no sólo acertadas, sino también sabias.

Cuando fue nombrado César, Constancio tenía cuarenta y tres años. Constantino, diecinueve. La separación le costó. Tanto como le costó repudiar a Elena, para desposar a Teodora, hija de Maximiano, su Augusto. Era una causa de fuerza mayor y Elena lo comprendió bien. Era su carrera política, la culminación de su *cursus honorum*.

Y Elena desapareció de su vida, sin escenas, retirándose a la hospedería familiar, que ahora era de sus hermanos, en lo más profundo de la *Dardania*. No había sabido nada de ella, aunque tenía entendido que su hijo mantenía correspondencia con su madre, si bien nunca hablaron de eso entre ellos.

La boda con Teodora, fue también inmediata. Ella tenía en aquel momento dieciocho años y era muy hermosa. Era un hombre afortunado. Además de hermosa, Teodora era una hembra de constitución sana. Había tenido de ella tres hijos, una hija, y algo estaba llegando. Su descendencia estaba bien asegurada: Tenía cuatro varones, sanos y fuertes.

Teodora, a diferencia de su madre Claudia, había acompañado a su esposo en todos sus destinos. Claro que él era el César, y su padre, sólo un oficial. Por su parte, Teodora era hija del Augusto Maximiano, acostumbrada a hacer su propia voluntad, una vez emancipada de la tutela paterna. Eso suponía una diferencia.

Su pensamiento fue luego hacia su primogénito, en quien cifraba todas sus esperanzas. También Elena había ido siempre con él, viviendo frecuentemente en campamentos no todo lo cómodos que él hubiera deseado. Constancio recordaba su propia infancia, su crecer medio huérfano en la casa familiar, mal cuidado por todos, y no quería que eso le sucediera a su hijo.

Sus obligaciones en el ejército le impidieron dedicarle todo el tiempo que hubiera querido. Él siempre había antepuesto su deber como militar a sus obligaciones familiares. Elena había cultivado su corazón, y siendo como era una mujer buena, lo había hecho bien. Él procuró hacerle un hombre firme, valiente, respetuoso con sus superiores y reservado. Tenía la idea de que, si hay calor entre padre e hijo - calor que debe poner el padre - no importa tanto la presencia del padre como la unión que se logra entre ambos. Y él estaba satisfecho y orgulloso de la confianza que había conseguido entre su hijo mayor y él, máxime con el escaso tiempo que le había podido dedicar.

Quiso hacerle sereno ante la adversidad. "*Todo tiene arreglo*", le repetía con frecuencia. "*Y si la muerte nos arrebata a un ser querido, si se fue con los antepasados, allá descansará.*" Y quiso hacerle desconfiado. Las gentes de alrededor nos tienden trampas, y cuanto más subes, más trampas te acechan.

Le enseñó a observar a cuantos le rodearan, en todo momento, con disimulo. Le enseñó a ser "*confiado en la piel*" - ello favorecería que los demás le confesaran sus intenciones - y "*reservado en el interior*". Actuando así aprendería a conocer a las personas, crecería más rápido que sus compañeros. Ésa sería su ventaja.

Muchas más cosas le enseñó, pero esto era tal vez lo principal. No obstante, tenía muchas ganas de verle, de darle nuevas e importantes instrucciones. Los nueve años que llevaba como César le habían enseñado mucho, detalles que de oficial nunca pudo captar. Y si Constantino seguía sus pasos, estas nuevas enseñanzas serían todavía más valiosas que las que le diera antaño

A sus cincuenta y dos años, el César Constancio estaba cansado. Su organismo ya no era el de antes, envejecía. Y por sus responsabilidades, envejecía más deprisa que Teodora y que sus hijos pequeños. El mayor de ellos, Julio Constancio, tenía ya ocho años. Era fuerte y manejaba con destreza su espada de madera.

La pequeña Constancia tenía sólo dos. Era una preciosidad de criatura. Cabellos rubios, como su madre, ojos grandes, boca pequeña, pómulos amplios y redondeados, la sonrisa en sus labios permanentemente. Era muy cariñosa, y corría a abrazarle en cuanto lo veía. Era la alegría de la casa y le rejuvenecía verla. Constancio pensó en su esposa Teodora y una sonrisa distendió su rostro, curtido, poblado de arrugas y enmarcado por una espesa pelambrera, en la que predominaban ya las canas. Era lo más grato de su vida, en estos momentos ... junto con su hijo Constantino …

Capítulo 7
La audiencia.

Año 302

Tras seguir el protocolo que se le había indicado, Lactancio, ya de pie, pero sin mirar a su Augusto, comenzó su exposición.

- "*Domine*, nuestro primer Emperador, el divino César Augusto, dio la paz al Imperio. Pero hizo algo más importante aún, se ocupó también de su bienestar moral. Dictó leyes que regulaban las costumbres del Imperio. Esas leyes obligaban a todos sus ciudadanos, a todos. Vigiló celosamente su cumplimiento, y castigó a quienes las trasgredían. Y no vaciló en castigar, desterrándola, a su propia hija Julia, cuando comprobó que mancillaba, con su conducta, el buen nombre de Roma.

El divino César Augusto entendió que las costumbres de los ciudadanos han sido encargadas al Emperador, que el bienestar de los espíritus es un deber para quien rige el Imperio. Que él dispone de ayudas y colaboraciones sabias, que no están al alcance de los ciudadanos. Es el único que puede usar tales instrumentos, por el bien común.

Vos, *Domine*, habéis restaurado la paz y la gloria de Roma. Pusisteis fin a un período desgraciado, impidiendo, con vuestra sabiduría, que continuaran la anarquía y el caos en que Roma había caído. Sólo resta, en mi humilde opinión, para alcanzar las alturas del divino Augusto, que atendáis al bienestar moral de vuestros servidores.

Pocos, de cuantos os precedieron, se ocuparon de tal tarea, ¡oh *Dómine* invicto! Y las sobrias costumbres romanas se corrompieron paulatinamente por la inmoralidad y pereza de los pueblos sometidos a Roma.

Estudiando con detenimiento los albores de la Humanidad, he comprobado que los primeros hombres adoraron a un único dios. En aquel tiempo reinaba la paz y los hombres desconocían la guerra. A los primeros héroes, que realizaron hazañas humanas, les levantaron monumentos. Y ese afán de fama y gloria, volvió agresivos a los hombres. Se apartaron del Dios Único. Empezaron a adorar a sus héroes, llamándolos dioses, aunque no lo eran, sino hombres singulares, que realizaron grandes hazañas.

El Dios Único veía nuestros errores y callaba. Pero últimamente el vaso de su ira se ha colmado. La proliferación de creencias de todos los pueblos sometidos ha irritado al Dios supremo y éste permite que nuestros enemigos nos venzan, saqueen nuestras provincias, violen a nuestras mujeres, esclavicen a nuestros hijos …

En vuestras augustas manos está terminar con esta decadencia e impedir el fin de nuestro mundo. Podéis ser ¡oh *Dómine* Diocleciano! el Salvador del mundo y como tal ser recordado. Para ello bastaría que, con vuestro poder, favorecierais el retorno a las primeras edades, cuando los hombres adoraban a un único Dios, y entre ellos reinaba la paz, porque obedecían a Dios.

Ordenad tal cosa, y recibiréis el aplauso de vuestros súbditos ahora, y el reconocimiento de la posteridad por siempre. Mis conocimientos, la profundidad de mi saber, a lo que he dedicado mi vida, están a vuestro servicio. He estudiado todos los detalles, que con gusto expondría ante quienes queráis designar. Todo está pensado, ajustado y planeado, pero evitaré explicaciones engorrosas.

Conceded vuestra venia y un pequeño grupo de sabios reunirá las mejores doctrinas, los más profundos misterios, para que vuestros ciudadanos, incluso los bárbaros, aquellos que sirven en nuestras Legiones, queden convencidos de que sólo así es posible honrar al Dios Universal, al Dios Único, al Dios de nuestra Roma, al que egipcios y judíos veneran, aunque imperfectamente, desde tiempos inmemoriales.

Que no permanezca Roma dividida en múltiples facciones, sino que siga la fe del Salvador del mundo, del sagrado Diocleciano, mi señor y *Dóminus* por siempre."

Terminada su alocución, se postró por tres veces. Ya levantado, y tras una profunda reverencia, que estaba fuera del ritual establecido, Lactancio esperó a que le dieran la señal para levantar la cabeza, que casi rozaba sus rodillas. Se hizo un largo silencio.

- "Alzaos, gentil Lactancio."

Era la voz del Emperador. Sonaba profunda y neutra, sin reflejar emoción alguna. Cuando Lactancio volvió de nuevo a su posición erguida, Diocleciano prosiguió.

- "He escuchado atentamente vuestra exposición, que os agradezco y que recibirá mi mejor estudio. Veo en ella vuestro celo, vuestro interés

por el Imperio y ello me place. Sabéis que vuestro tema es complejo, lo que proponéis requiere una seria reflexión."

Diocleciano calló. Lactancio no advirtió señal alguna de sus manos y calló también. Al poco, el Augusto retomó su discurso.

- "Quiero que expongáis estas mismas ideas al César Cayo Galerio. Sabréis que reside en *Sirmium* (Sremska Mitrovica), al Norte de la *Panonia*. Utilizad para el viaje la posta imperial; se os dará un salvoconducto. Mañana os entregarán en la oficina civil la documentación necesaria y una carta para el César Galerio. Volved con equipaje al día siguiente, por la mañana. Os atenderán en la Puerta de Bronce.

Podéis retiraos, Lucio Coelio Lactancio."

Siguiendo el ritual, Lactancio salió de la sala. Explicó al oficial que le acogió a su salida de la audiencia que, siguiendo las órdenes del Augusto, debía acudir a *Sirmium* por la posta imperial y que llevaba una escolta de cinco esclavos. Éste asintió y le dijo que se ocuparía de ello. Pero antes de dejar el Palacio, Lactancio preguntó al oficial quién era el joven que había acompañado al Augusto en la audiencia. Supo entonces que era el hijo del César de las *Galias*, un tribuno llamado Constantino.

Dentro de la sala de audiencias, el joven, que había asistido a toda la sesión en completo silencio, hizo ademán de retirarse, pero el Emperador le hizo una seña con la mano, diciéndole:

- "No, Constantino, quiero saber qué pensáis vos. ¿Qué opinión tenéis sobre lo que ha expuesto nuestro visitante?"

Capítulo 8
La familia de Narsés.

Año 302

El Rey de Reyes y Soberano Máximo del Imperio *Parto*, Narsés (293-302) [1], yacía en su lecho de muerte. Cuando se sintió empeorar y supo que sus días llegaban a su fin, dio orden a su Chamberlán Mayor de que a nadie de la Corte se comunicara su enfermedad. Quería morir en paz.

Después de nombrar sucesor a su hijo primogénito, Ormuz, se sabía vulnerable. No podía olvidar las discusiones tenidas con los principales nobles de *Partia* tras su fracaso con los romanos. Si él no podía olvidar sus enfrentamientos pasados, suponía, y no sin razón, que los que habían sido sus contrincantes tampoco olvidarían. Y podrían querer resarcirse, ahora que se encontraba postrado en cama y no controlaba todos los resortes del poder.

Él era el tercer hijo del gran Sapor I. Si su abuelo Ardasir había sido el fundador de la dinastía sasánida, rebelándose y venciendo al último monarca arsácida, Artabán V, su padre, Sapor, había ampliado los dominios del reino y había dado al Imperio *Parto* un esplendor desconocido hasta entonces.

"¡Ah - suspiró Narsés – si yo hubiera sido el primogénito de mi padre …!"

Pero Ahura Mazda quiso que fuera el tercer vástago, no el primero. Y debía conformarse con los designios del Dios Supremo. Pero de haber sucedido a su padre, Sapor, estaba seguro de que habría continuado sus victorias sobre los romanos y ampliado el Imperio aún más. Porque los últimos "Emperadores fugaces", como los llamaban en *Partia*, hubieran sido presa fácil de sus tropas. Si no eran capaces de evitar ser asesinados a los dos años de ser elegidos, menos iban a poder derrotar a un enemigo temible como eran ellos, los Sasánidas.

Su padre, Sapor, había extraído conclusiones muy inteligentes de sus primeros enfrentamientos con los romanos. Comprendió enseguida que la infantería romana, las Legiones, eran un enemigo temible para sus

soldados de a pie. Los infantes *partos* estaban peor armados y eran menos hábiles en el manejo de las armas que sus enemigos romanos. En sus primeros enfrentamientos, desplazó sobre el campo de batalla varios jinetes, cuyo cometido era observar y tomar nota de los efectivos romanos, y de cómo se comportaban a lo largo de la batalla.

Conociendo las tácticas romanas, comprendió que la única manera de vencer a sus enemigos era con una enorme superioridad en caballería. Por eso amplió su ejército con jinetes, hasta multiplicar por diez los jinetes que observó tenía cada Legión. Y armó a sus jinetes con arcos y lanzas ligeras. Con tales armas podían alcanzar a los legionarios desde una distancia superior a los 25 metros, que era el alcance de las lanzas de que disponían los romanos.

Las órdenes que tenían sus soldados a caballo eran acercarse hasta 25 metros, disparar sus flechas, o arrojar sus lanzas ligeras, y retroceder. De ese modo resultaban invulnerables para las Legiones romanas. La superioridad numérica aplastante les permitía realizar simultáneamente esa labor de ataque y retirada tanto de frente, como en los lados y en la retaguardia. Las Legiones romanas no estaban preparadas para sufrir un ataque por todos los flancos y eso jugaba en su favor.

(1) (293-302) = (Acceso al trono sasánida-muerte).

Esta estrategia le dio el triunfo en todas las batallas que libró contra el Imperio vecino, Roma. Cuando las Legiones estaban ya con muchas bajas entre muertos y heridos, y habían roto la formación - a causa del desorden que los caídos suponían para los legionarios todavía en pie - la infantería entraba en acción y remataba la tarea de la caballería, con el concurso de ésta.

Esto su padre se lo explicó a los tres hijos. Pero a la muerte de su padre heredó el trono su hermano mayor, Ormuz, a los 41 años. De manera incomprensible desoyó todas las recomendaciones de Sapor, y no sólo en el terreno militar, también en lo religioso. Persiguió al gran Profeta que fuera Mani, al que su padre protegió y apoyó, y lo mandó encarcelar y ejecutar. A consecuencia de la insensatez de su hermano mayor, la suerte con los vecinos romanos cambió y los ejércitos *partos* conocieron la derrota.

Afortunadamente, Ormuz murió en una escaramuza con los romanos a los dos años de reinado. Esto no le hubiera sucedido si hubiera sido más prudente, como le había recomendado su padre. Pero daba la impresión de que el hijo mayor tenía por norma llevar la contraria a su padre. Y así le fue.

Como Ormuz murió sin descendencia, le sucedió su hermano menor, Barán I (273-276). Barán contaba 40 años al ascender al trono. Y para esas fechas su esposa favorita le había dado un hijo, el que luego sería Barán II (276-293), que contaba ya 23 años al subir al trono su padre. Para esas fechas Barán II ya tenía un sucesor, otro pequeño Barán. Barán I tenía otras tres hijas, pero ellas no contaban.

Su hermano Barán I imitó más a su hermano que a su padre. Persiguió la doctrina de Mani y no empleó sus ejércitos para ganar terreno a los romanos. Fue una lástima, porque en su tiempo todavía siguieron los Emperadores fugaces sucediéndose al mando de Roma.

Él mismo se sorprendió cuando un día le anunciaron que su hermano el Rey había fallecido repentinamente, a causa de una indigestión. Cierto que Barán era más dado a los festines y a las juergas posteriores que a empresas militares, pero era poco creíble que muriera a causa de una de sus orgías. Estaba acostumbrado a celebrarlas con demasiada frecuencia. No obstante, en Palacio se tomó la noticia con naturalidad, lo cual era señal de que el suceso estaba preparado. Narsés se guardó de mostrar extrañeza alguna y siguió la pauta general. A su hermano, Barán I, le sucedió su hijo, Barán II, que contaba 26 años. Narsés siempre pensó que su sobrino no se resignó a suceder a su padre cuando tuviera ya 50 años y sobornó al cocinero real para que lo envenenara.

Ahora el Rey de Reyes era su sobrino, Barán II, con quien procuró llevarse bien y a quien aduló durante su reinado, que fue de 17 años. El propio Narsés contaba 41 años al subir al trono su sobrino y con él alcanzó el mando de una de las alas de la infantería. Tuvo que sufrir la humillación de ser derrotadas sus tropas por las Legiones romanas al mando de Caro, otro Emperador fugaz, que invadió *Mesopotamia* al frente de un numeroso ejército. Llegó hasta el Tigris y tomó *Antioquia* y *Ctesifonte*.

Barán II tardó demasiado en reunir un ejército con el que enfrentarse a los romanos, y en la batalla que se dio, en la margen derecha del Tigris, sus fuerzas fueron derrotadas. Afortunadamente, la batalla se

dirimió entre la caballería de ambos ejércitos. Los romanos habían reforzado la suya, y la propia no pudo emplear las tácticas que tan buenos resultados dieran con su padre, Sapor. Eso hizo que el desprestigio de la derrota no afectara a Narsés, al mando de parte de la infantería, que no llegó a entrar en combate, ya que Barán II dio la orden de retirada al ver su caballería derrotada por la caballería romana. Con más motivo lo iba a ser la infantería.

Así, al finalizar el reinado de su sobrino, gran parte de *Mesopotamia* seguía siendo romana.

Barán II, tenía 43 años cuando, al igual que su padre, murió repentinamente. Y el hecho de que los nobles no se soliviantaran ante la muerte de su soberano, le demostró que, de nuevo, el magnicidio, que daba acceso al trono a su hijo, Barán III, contaba con la aprobación de las personas más influyentes del Imperio.

Por esas fechas Narsés tenía 58 años. Era demasiado viejo para ser comandante en jefe de un ala de la infantería, cargo que - por indicación del Rey, su sobrino - había tenido que dejar a un militar más joven. Pero no era demasiado viejo para ser Rey de Reyes. Se cansó de ver cómo, en la línea directa, los envenenamientos marcaban la ley de sucesión. Nunca hubiera pensado en deshacerse de ninguno de sus hermanos. Tampoco del hijo de su hermano, su sobrino. Pero con el hijo de su sobrino fue distinto.

Y decidió emplear la misma técnica para alcanzar el trono. Trono que estaba seguro de merecer más que su sobrino-nieto, un joven imberbe y jactancioso. Tenía contactos y medios económicos de sobra para sobornar a medio Palacio. Los nobles, previamente contactados, sobornados con oro y con promesas de medrar, estuvieron esta vez a su favor. Su astucia y su veteranía le bastaron para desalojar del trono al joven Barán III, al que sólo permitió reinar cuatro meses.

Capítulo 9
A examen.

Año 302

Constantino presintió que su mentor le ponía a prueba. Y prefirió evadirse.

- "No sabría deciros, *Dómine*. Como vos habéis dicho, el asunto expuesto es complejo …"

Pero el Augusto no se lo permitió.

- "No hagáis comedias conmigo, Constantino, os doblo en edad. Habéis formado ya una opinión sobre el tema igual que yo, y quiero conocerla. Sois el hijo que nunca tuve, y trato de ser para vos el padre que tenéis lejos. Estoy enseñándoos todo lo que sé. En este tema debo considerar seriamente el sentir de Galerio, mi César. Pero quiero saber qué opinan quienes me rodean. ¿Qué le responderíais si estuvierais en mi lugar y la decisión dependiera de vos?"

El rostro del joven se iluminó y el Augusto supo que iba a sincerarse.

- "*Dómine*, ese hombre me ha parecido sincero. He captado una fuerte pasión en su interior, una preocupación honesta por las gentes y por Roma … Y respecto a las medidas que él propone … respaldar una nueva religión que sustituyera a tantas como hay entre nosotros … no me parece una mala idea ... Eso uniría más al Imperio… Sería bueno tener al pueblo unido, tras de vos, como su Pontífice Máximo, *Dómine*."

El Emperador sabía que cuando su interlocutor usaba frecuentemente la palabra *Dómine*, eso significaba que tenía miedo. En el caso de Constantino, miedo a decir algo inconveniente. Diocleciano apreciaba ese miedo, le daba seguridad. Era lo que se había propuesto, ese miedo; crearlo sin tener que gritar, o que mandar ejecuciones para conseguirlo.

- "¿Y no creéis que esa labor sería un peso más sobre vuestros hombros?"

Constantino reflexionó unos segundos y en su rostro algo cambió.

- "No. Formaría un pequeño equipo, *Dómine,* como ha dicho nuestro visitante. Y al menos ya tengo una persona capaz de formar parte

de él, y aportar al trabajo toda su ciencia. Conozco un hombre sabio.”

También Diocleciano conocía a la persona, pero preguntó:

- “¿Y quién es ese sabio desconocido?”

- “Vos lo conocéis, *Dómine*. Es Eusebio, mi amigo, el bibliotecario de *Cesarea*. Es historiador, ha escrito varias obras, domina varias lenguas y tiene mi confianza. Creo que, junto con Lactancio, bastaría para formar el equipo. Además, Eusebio es muy sabio. Tendrá unos cuarenta años, pero habla en ocasiones como si tuviera ochenta …”

Diocleciano rió. Fue una carcajada franca que resonó en las paredes del salón.

- “Decís bien, *¡Mehercule*! Vuestro amigo Eusebio es un hombre sabio, aunque anciano. Eso no lo negaré. Bien, esto quería exactamente, tener ante mí diferentes opiniones, sopesar luego todas ellas, y elegir la más conveniente al Imperio. Os agradezco vuestra sinceridad, Constantino. Podéis ir a vuestras obligaciones.”

Y Constantino se retiró, dejando al Emperador solo, salvo los guardas de la puerta. Diocleciano reflexionaba, y una sonrisa de tristeza asomó a su semblante. Hubiera preferido una opinión distinta, más parecida a la suya. O que Constantino hubiera sugerido recabar informes del visitante en África, cosa que iba a poner en marcha de inmediato. Para cuando Lactancio volviera de *Sirmium*, un mensajero podía hacer el doble viaje hasta *Leptis Magna*, y recabar informes de las autoridades locales. Pediría asimismo información al Prefecto de Alejandría.

Ya tenía una opinión, que le parecía evidente, sobre el tema, pero la respuesta de Galerio y los informes personales posiblemente reforzarían su opinión. Caso de no hacerlo, volvería a reflexionar sobre el asunto. Llamó a su secretario de turno. Tenía dos secretarios, que estaban en Palacio todo el día, aunque Diocleciano pocas veces trabajaba de noche. Dictó lo que luego se convertiría en el siguiente mensaje:

“*De Caius Aurelius Valerius Dioclecianus, Augusto Iove, a mi César, Cayo Galerio Valerio Maximiano. Salud.*

El ciudadano Lucio Coelio Lactancio Firmianus, portador de ésta,
*natural de Leptis Magna, me expuso ciertos plane**s**.*
*Quiero que los conozc**a**s.*
*Dame escuetamente tu opinió**n**.*
*Retenle cuatro días ahí contig**o**.*

*Que vuelva a Nico**m**edia.*
*Cuídat**e**."*

El texto lo redactaron de acuerdo con las claves acordadas con el César Galerio. En los finales de las frases debían contenerse alguna de las palabras que ambos tenían convenidas y que figuraban en una lista común. Para cada longitud de la misiva había dos palabras, a elegir. Para las cartas de seis frases, las palabras clave eran "sanome" [(1)] y "ni oses" [(2)]. El número clave con Galerio, para escritos de no más de 8 frases, era el 11. Eso significaba que las letras de la palabra clave debían colocarse de manera tal que, sumadas la propia letra y las que le seguían hasta el final de la frase, todo ello sumara un total de 11 espacios. La letra "s" sumaba un espacio, el propio. La letra "a" sumaba dos espacios, el propio y la letra que le seguía. Las tres letras "n", "o" y "e" sumaban un solo espacio, el propio. Y la letra "m" sumaba 5 espacios. En total, 11.

También le dictó dos peticiones de información sobre Lucio C. Lactancio, para el *Pontifex Máximus*, dirigida a Alejandría, y para el Pretor de *Leptis Magna*, que con carácter urgente serían recogidas por el mismo mensajero. El secretario colocaría las claves correspondientes. Luego se olvidó del tema.

Al principio de su mandato le costaba más tomar una decisión, pero pronto adoptó el hábito de zanjar los temas "en un solo tramo", como decía él. Dejarse llevar por el primer impulso, por la primera ráfaga interior. En las decisiones de cierta importancia, solicitaba contrastes, informaciones cruzadas, para comprobar que su primer pálpito no le había traicionado. Lo fundamental era terminar el día con un mínimo de asuntos pendientes. Y retirarse con su esposa a la vida privada sin posos de su trabajo oficial. Esto no era fácil, pero más de la mitad de los días lo lograba.

[(1)] Equivalente a "me curó".
[(2)] Equivalente a "ni te atrevas".

Capítulo 10
En *Sirmium*.

Año 303

Lactancio estaba desanimado. Las buenas perspectivas que albergaba, tras la audiencia tenida con Diocleciano, en *Nicomedia*, no se repitieron con el César Galerio, en *Sirmium*. Diocleciano estuvo atento durante su exposición. Constantino también. Galerio, en cambio, se había mostrado frío y distante.

A mitad del discurso Galerio le pidió que lo resumiera. Era evidente que, con lo ya oído, había tomado ya su postura: El asunto no le interesaba en absoluto. Él no recortó su exposición, no podía. Había ensayado infinidad de veces su discurso, no cabía resumirlo. Improvisar un resumen daría al traste con el mensaje que quería transmitir. Y además, Galerio no conocía, no podía conocer, el discurso completo, luego nunca sabría si lo había resumido o no. Así que interrumpió su discurso, hizo un ademán de asentimiento, y siguió con su exposición íntegra. Había viajado demasiados estadios de *Nicomedia* a *Sirmium* como para andarse ahora con resúmenes ...

Terminada su exposición, el César Galerio le indicó que esperara su respuesta durante cuatro días. No le ofreció alojamiento en *Sirmium*, así que Lactancio tendría que alargar su estancia en la posada, que había tomado para él y sus escoltas, pagando la estancia. Ese detalle suponía otra señal adversa.

Lactancio no tenía problema alguno de dinero. Se había traído consigo, desde *Laeptis Magna*, una suma importante en el equipaje, que llevaba siempre consigo, y podía pedir dinero a sus banqueros en *Nicomedia* sin cuidado alguno. Tenía bienes que le aseguraban una vida más que holgada; incluso si quisiera, suntuosa. Pero Lactancio no quería. Tenía la idea de que la opinión que sobre él forjaría su familia, a su

muerte, dependería exclusivamente de la suma que dejara tras de sí. Y quería que fuera buena, la opinión. De modo que se esforzaba en ahorrar y, de las cuantiosas rentas que percibía, procuraba gastar lo menos posible. Nunca se daba un capricho, nunca realizaba un gasto superfluo. No se percataba de que tal actitud había acabado con las numerosas amistades de su juventud.

No tuvo humor para visitar *Sirmium*, un lugar adonde nunca volvería, y que ninguno de sus conocidos de África conocía. En algún momento vio que había un Foro, unas buenas Termas, demasiado grandes, a su juicio, para lo modesto de la ciudad, un anfiteatro, pequeño y vulgar, mucho más humilde que el de su querida *Leptis Magna*, un teatro, y el Palacio del César Galerio, menor que el del Augusto Diocleciano, lo que era normal. No se había fijado en ningún detalle de la ciudad. Antes de la audiencia, porque sólo pensaba en ella. Después, preocupado, sólo pensaba en qué respuesta obtendría del César Galerio y qué sucedería a su vuelta a *Nicomedia*.

Tras los cuatro días de espera que le fueron impuestos, acudió de nuevo a Palacio. Pero el César Galerio estaba ausente. Mientras su escolta esperaba en la gran plaza, ante el Palacio, un oficial, ayudante del César, le indicó que debía regresar a *Nicomedia* y presentarse al Augusto Diocleciano. Y nada más. Lactancio trató de disimular su decepción, aunque no lo logró en un primer momento. Cuando recuperó la serenidad, se reunió con su escolta en la plaza. Nada tenía que hacer en *Sirmium*, donde, además, el clima era mucho más fresco que en *Nicomedia*. Se alegró de dejarlo atrás.

Recogió de la posada su escueto equipaje, pagó lo que le pidieron, contrató un carruaje, para llevar su equipaje y la escolta, y se dirigió al edificio de la posta imperial, situado extramuros.

Allí había dejado su carruaje y el último relevo de caballos y allí le proporcionaron un nuevo par, y asimismo provisiones para una jornada de marcha. Partió esa misma mañana.

El viaje de vuelta le pareció mucho más largo, y también mucho más incómodo, aunque sólo supuso un día más que el de ida. Durante el viaje, Lactancio se decía una y mil veces:

- "No puede ser. Los augurios eran favorables … He de confiar en mi sino... "

Pero era difícil confiar en nada, tras ver el rechazo del César. El Augusto había dejado una posibilidad, aunque no sabía bien a qué atenerse respecto a él. En cambio en *Sirmium* … Lactancio era consciente de que su plan requería el acuerdo unánime de todas las cabezas del Imperio, que, desde Diocleciano, eran cuatro. Él se había dirigido a *Nicomedia*, porque no dudaba del gran poder de decisión del Augusto Diocleciano. Pero ahora tenía en su contra al César de Diocleciano, Galerio.

El que el Augusto Diocleciano, suprema autoridad del Imperio, le hubiera recibido acompañado del joven Constantino, al que todos auguraban un gran futuro en el Imperio, según se había enterado, significaba que Diocleciano daba a su audiencia la debida importancia. Se pasó el viaje cavilando. Quizás el Augusto Diocleciano quería pulsar la opinión de los máximos responsables, si Constantino sucediera en un futuro a su padre en el Oeste … Los esclavos, a los que no les pasó desapercibido el rostro adusto de su amo, ni se movían, agazapados en el fondo del carromato.

Finalmente, Lactancio logró recuperarse de la mala impresión recibida en *Sirmium*. Cuando divisó *Nicomedia* la esperanza se instaló de nuevo en su corazón. Dependía ahora del Augusto Diocleciano. Tenía que confiar en él porque era su única opción.

Hubiera estado menos confiado si hubiera leído el pergamino que el Emperador tenía sobre su mesa, enviado por su César Galerio. Decía:

"De Cayo Galerio, César, desde Sirmiun,
a Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, mi Augusto Iove. Salud.
Llegó el ciudadano de Leptis Magna.
Le he oído.
Mi opinión, ese hombre está loco.
No desearía yo aplicar sus fabulaciones.
Todo salvo vuestra mejor opinión, que sabéis siempre respetaré.
Cuidaos Augusto."

Al día siguiente, con su mejor indumentaria, Lactancio acudió de nuevo a Palacio. En la Puerta de Bronce, cuando se identificó, un oficial le entregó un mensaje del sagrado Diocleciano. Lactancio lo recogió y se retiró. Se dirigió a la terraza que se extendía ante Palacio. Y allá leyó:

"De Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, Augusto Iove, a Lucio Coelio Lactancio, de Leptis Magna. Salud.

He reflexionado sobre vuestras propuestas, y he realizado consultas, para conocer otras opiniones. Tras reflexionar sobre todo, llego a esta decisión: Rechazar vuestra propuesta, por considerarla intrínsecamente nociva para Roma.

Ningún Augusto que me precediera intervino en las esferas superiores, intentando modificar las creencias de los ciudadanos. Las relaciones con los dioses son asunto de cada ciudadano, no de su Augusto. Os agradezco, sabedlo, vuestro interés por Roma."

Una piedra demoledora se abatió sobre el corazón de Lucio Coelio Lactancio Firmiano. Y lo aplastó. Era el adiós a sus sueños de gloria. Todo estaba perdido. ¿Cómo era posible que sólo él, Lactancio, ciudadano de *Leptis Magna*, se diera cuenta de que el mundo caminaba hacia su perdición? ¿Cómo podía suceder que, ni aun explicándoselo con tan meridiana claridad, las máximas autoridades del Imperio hicieran oídos sordos y rechazaran sus bien fundamentadas sugerencias? No había solución, el mundo caminaba derecho hacia su ocaso. Él había hecho todo lo que había podido. Había emprendido un largo viaje, atravesando medio Imperio, había expuesto los resultados de años de investigación ... Y todo para nada … Menos mal que el fin llegaría cuando él ya no estuviera. Y como no tenía familia directa …

Su ocasión de pasar a la Historia como colaborador en la salvación del mundo se cerraba definitivamente. Su gran obra, los miles de horas de estudio que había dedicado, tantos años de su vida entregados, todo ello para nada, empleados en algo inútil …

Era como si estuviera muerto. Nada le atraía ya. Todos sus temas de interés hasta ese momento se habían esfumado. Nada le impulsaba, de nada servía vivir. Su sentido de la hombría le impedía llorar. El de la vergüenza, gritar. Permaneció un tiempo indefinido con el pergamino desplegado ante sí, absorto, ausente. Luego, al percatarse de dónde estaba, lo enrolló, lo anudó, se levantó y anduvo no supo cuánto tiempo, como un borracho, por las calles de *Nicomedia*, sin rumbo. Sus esclavos le seguían, atemorizados, esperando una explosión de ira en cualquier momento.

Ni se dio cuenta de que sus pasos lo conducían a su residencia. Cuando llegó a ella, el portero de la ínsula le vio entrar con el rostro pálido, la mirada perdida y un paso cansino. Le preguntó si se sentía bien. Lactancio no respondió. Cuando llegó a sus aposentos se dejó caer en la cama, agotado, y se durmió profundamente, todavía vestido con sus mejores galas.

No tenía ganas de comer, y no salió de sus habitaciones el resto del día, permaneciendo sobre la cama, o, con la cabeza entre las manos, sentado en la única silla que había disponible. Era incapaz de pensar. Tenía el cerebro totalmente embotado.

Por la noche tuvo pesadillas horribles, con monstruos que surgían del abismo para devorarlo, pero sin éxito. Varias veces se despertó, sudando, angustiado, desolado. Fue una noche infernal, fluctuando entre un insomnio turbulento y un ensueño amenazador. Finalmente, amaneció un nuevo día. Con él volvió a la realidad: Había fracasado. Todos sus planes de grandeza y reconocimiento se habían venido abajo. ¿Qué podía hacer? ¿Volver a su ciudad y reconocer el fracaso de su viaje a la capital del Imperio?

En su ciudad natal había comentado, con los pocos conocidos que aún trataba, que tenía un asunto que proponer al Augusto Diocleciano. No había nadie, sólo él, que pudiera ser interlocutor en cierto tema. Muchos le volvieron la espalda, otros le miraban con marcado escepticismo. Ninguno le dio crédito. Nadie se interesó por el asunto que llevaba entre manos.

¿Reconocer ante todos que su proposición era una quimera? ¡No, por Júpiter! ¡Eso nunca! Decidió darse unos días para recuperarse y poder pensar sobre el futuro. Tenía dinero suficiente para pasar un año fuera de casa. Reflexionaría sobre qué hacer. Tenía tiempo.

A media mañana alguien llamó a su puerta. El *nomenclator*, velozmente, se dirigió a la entrada y abrió la puerta. El casero, un hombre grueso, llamado Sisinos, sonreía abiertamente.

Capítulo 11

La recepción.

Año 303

Cuando Lactancio regresó a su domicilio y pasó ante el *ostiario* sin siquiera verlo, éste se alarmó. No era normal que sus inquilinos se comportaran del modo que Lactancio lo había hecho. Tenía órdenes de informar al propietario si veía algo extraño en el comportamiento de alguno de los inquilinos. Y el comportamiento del inquilino recién llegado había sido realmente extraño. Parecía borracho, o, lo que sería peor aún, trastornado. Así pues, decidió enviar a un muchacho del que se servía para los recados, con un pequeño billete a la finca de Sisinos, el propietario:

"Algo raro le sucede al inquilino recién llegado de África."

Ésta era la razón de que Sisinos, con la mejor de sus sonrisas, se presentara a la mañana siguiente ante la puerta del apartamento de Lactancio, situado en la planta baja de su ínsula. Había hechos que no debían resolverse por delegación, que exigían estar allí, y a Sisinos le pareció que éste era uno de esos casos.

Lo que vieron sus ojos al primer golpe de vista le dieron la razón, su inquilino parecía haber perdido el juicio. Era muy diferente al severo y dominante personaje que entró en contacto con él la primera y única vez que se vieron, al poco de su llegada a *Nicomedia*. Ahora parecía confuso, ausente, con los modales perdidos. Ni siquiera le invitó a pasar. Tuvo que ser él quien forzara su recepción con un amable "¿le resulta suficiente el espacio de este apartamento?", al par que alargaba la cabeza mirando hacia el interior.

Lactancio se echó para atrás y murmuró algo en señal de afirmación. Pero ya Sisinos se había colado en el pequeño recibidor y pasaba a la sala primera. Si algo había en Lactancio que funcionara de manera automática era su sentido del ridículo, su temor al qué dirán. Fue ese reflejo instintivo el que devolvió la lucidez a su cerebro y por momentos fue recuperando sus facultades normales, despejada la bruma de su cerebro.

Sisinos se interesó por su estancia en *Nicomedia*, por el viaje reciente que sabía había hecho, pues el portero le informaba puntualmente de las novedades que observaba. Lactancio fue correcto en sus respuestas, como su educación le dictaba, pero calló sobre lo sucedido en *Sirmium*. A las preguntas más o menos directas del casero Lactancio respondió con un

hermetismo que le resultaba grato y familiar. Mantener el secreto le daba importancia.

Sisinos vio que su interlocutor no iba a darle ninguna información más, comprobó que había recuperado su carácter habitual, por lo poco que le conocía, y expuso el verdadero motivo de su visita, tratar de conocer mejor a ese ciudadano de lejanas tierras que se codeaba con el mismísimo Augusto. Tenía que ser alguien importante, ya que no todos sus inquilinos eran recibidos en Palacio.

- "Me proponía, si no tenéis la tarde ocupada, invitaros a cenar en mi villa, que sólo está en las afueras, *dómine*. Podría venir a recogeros uno de mis carruajes …"

A Lactancio no le hacía ninguna gracia establecer relaciones nuevas en *Nicomedia*; máxime ahora, que no tenía futuro en la ciudad, pero pensó que un poco de compañía le vendría bien. Así pues, aceptó la invitación de su casero y quedó convenido que al anochecer le recogería un carruaje de Sisinos para llevarle a la villa. Esta vez Lactancio despidió a su casero con toda deferencia, acompañándole hasta la entrada del edificio, pasando delante del *ostiario*.

A la hora convenida el mejor carruaje de Sisinos, un *cisium* con pasamanos de maderas nobles y embellecedores de plata, esperaba a la entrada de la ínsula donde residía Lactancio. En muy poco tiempo recorrieron los diez estadios que distaba la villa de Sisinos de la capital. El propietario le esperaba a la puerta de la mansión, rodeada de un amplio jardín y éste de un alto muro.

Le recibió afectuosamente y le condujo directamente al *triclinium*, que daba al atrio de la casa. Era el atrio un rectángulo abierto, con el típico estanque en el medio, rodeado de columnas, que formaban una pérgola. El *triclinium* estaba preparado para dos personas. Lactancio esperaba que su anfitrión le mostrara las partes más sobresalientes de su palacio, pues de un auténtico palacio se trataba, pero no fue así. Se recostaron en sus divanes y a una señal de Sisinos a su mayordomo, comenzaron a traer platos a cual más exquisitos.

Sisinos no paraba de hablar, preguntando a Lactancio por su ciudad natal, *Leptis Magna*, que no conocía, por su familia y por sus negocios. Lactancio era terrateniente y Sisinos, comerciante. Y aunque sus fortunas pudieran ser parejas, un abismo social y cultural se abría entre

ambos. Sisinos hablaba con cierta vulgaridad - se notaban sus esfuerzos por comportarse educadamente - como consecuencia de su falta de formación de niño. Era el hijo único de un comerciante y desde niño había trabajado en el negocio paterno, negocio que ya era pujante en tiempos de su padre, y que mejoró gracias a las buenas artes de Sisinos y a la importancia que adquirió *Nicomedia* en los veinte últimos años.

Había heredado Sisinos de su padre varios locales en *Nicomedia*, entre ellos la ínsula en que vivía Lactancio, y una flota de media docena de barcos mercantes. Comerciaba en tejidos, productos de belleza, especias y joyas, productos todos ellos de escaso volumen y alto precio. Eso hacía más rentable cada viaje.

Sus barcos subían hasta *Olbia*, en el Norte del *Ponto Euxino*, lugar al que llegaba un ramal de la ruta de Oriente, y allí se surtían de productos orientales. Esta ruta tenía su origen en la lejana China, cruzaba Asia al Norte de la India y, apenas pisando la *Sogdiana*, pasaba sobre el Mar Caspio, o *Hircano*, y llegaba al *Ponto Euxino*.

Otros barcos bajaban a *Halicarnaso*, que también era punto final de otra ruta comercial, y algunos más alargaban su viaje hasta Tiro. Por Tiro pasaba la ruta que desde la China y la India surtía de mercancías a Egipto y toda el África. Eso hacía que Sisinos tuviera una gran variedad de productos listos para la venta en sus almacenes de *Nicomedia*, procedentes de tres rutas comerciales diferentes. Controlando qué productos tenían más demanda y le daban más beneficios, decidía sus próximas compras y los destinos de sus barcos.

Su aportación al negocio había sido hacerse dueño de un par de caravanas que hacían la ruta terrestre, llegándose hasta *Nínive*, *Ecbatana*, *Ctesifonte* y *Susa*. Al principio participó sólo como socio y cuando, tras cuatro años de sociedad, dominó los secretos del oficio de caravanero, le compró al antiguo dueño, viejo ya, su parte en el negocio. La ampliación que supusieron las caravanas le permitió hacerse con su actual villa en las afueras de *Nicomedia*. La había comprado al hijo de un colega suyo, muerto años atrás. El hijo quería dejar la ciudad y malvendió las propiedades de su padre, entre ellas, la villa. Sisinos no dejó escapar la oportunidad. En los mismos terrenos, algo alejados de la villa, construyó unos almacenes para sus mercaderías, que ahora vendía en varias *tabernae* situadas en *Nicomedia*, una de ellas en su propia ínsula.

Su padre viajaba mucho en sus barcos. Él había seleccionado varios esclavos de confianza, les había prometido la manumisión tras quince años de servicio si le eran fieles y los enviaba con cada barco y cada caravana. Los había casado y las familias de cada uno, que vivían en su villa, eran el lazo con el que los sujetaba en la distancia.

Los dejaba marchar, pero, eso sí, con instrucciones muy concretas, de las que no debían salirse jamás. Era mejor no encontrar algún producto de la lista, o traerlo en menor cantidad, que improvisar y decidir por su cuenta. Eso lo tenían prohibido. El negocio iba mejor que nunca; los mares y las rutas se habían vuelto más seguros desde que el Augusto Iove Diocleciano regía los destinos del Imperio.

Había estado casado, pero había enviudado al dar a luz su mujer el primer hijo, que nació muerto. No se había vuelto a casar, sino que se dedicó más intensamente aún al negocio de compra-venta. Su fortuna rondaría los diez millones de sestercios.

También Lactancio había estado casado. Lo comentó de pasada a Sisinos y ello estableció un nuevo lazo entre ambos, a juicio del anfitrión. Lactancio había contraído matrimonio con la hermosa hija de un magistrado de *Leptis Magna* cuando era joven. Su matrimonio había durado apenas quince meses. No tuvieron descendencia. Un día ella le dijo que no podía aguantar más la convivencia con una persona tan huraña y tan insensible. Como las discusiones entre ellos eran frecuentes, Lactancio aceptó el trato que ella le proponía, pero dijo que sería él quien fuera ante el magistrado civil para obtener el acta de repudio. Ella aceptó. Ya se encargaría de decir a sus amistades lo sucedido en realidad.

Lactancio se dio cuenta del poco gusto del propietario para decorar interiores. Las paredes estaban casi vacías, sin pintura alguna, y sólo de vez en cuando se veía, amén de unos pocos muebles vulgares, alguna vasija de forma exótica y gusto dudoso, sin duda traída de la lejana India, de la *Escitia* o de algún país ignoto.

La cena fue abundante y bien cocinada. El cocinero de Sisinos se salvaba del mal gusto de su dueño y señor. Consistió en una bebida fría como inicio, que acompañaba a unas cazuelillas de pequeños huevos rellenos de carne con una salsa picante de color rojizo. Ello requirió el primero de los vinos con que Sisinos quería agasajar a su invitado, un tinto de Sicilia aderezado con miel. Luego siguieron nuevas cazuelillas con ostras, hígados de pato y revuelto de hongos, cada uno de los platos con

sus salsas respectivas. Servían los platos dos jóvenes esclavos. Un tercero les trajo sendos cuencos con agua perfumada, para lavarse las manos.

Y se entró en la parte central de la cena, mientras Sisinos hacía casi todo el gasto de la conversación, ya que su comensal era hombre de pocas palabras y no estaba esa noche especialmente inspirado. El peso de los acontecimientos recientes le restaba su ya escasa vivacidad habitual. Se sirvió mújol con salsa *garum* y aceitunas, todo ello bien regado de especias, sesos de ternero, albóndigas de ciervo, mero del Mediterráneo, más sabroso que el del Egeo, según era bien sabido, tortillas diminutas de champiñones, aptas para tomarlas de un bocado, y paté de hígado de faisán, a extender sobre panecillos recién horneados, que trajeron de la cocina. Todo ello regado con dos vinos procedentes de las viñas de Mesenia, en el *Peloponeso*, y de Cerdeña, de una finca propiedad de Sisinos, y que éste ensalzó mucho.

Un flautista, un citarista y un atabal, instrumento de percusión muy usado en las llanuras de Asia, que Lactancio no conocía, amenizaban la cena. Pero Lactancio apenas escuchaba la música, atendiendo de manera intermitente la charla de su anfitrión. Tuvo que reconocer internamente que no había cenado así desde que había dejado *Leptis Magna* y tampoco en su casa cenaba así desde antes de su divorcio. Elogió la buena calidad de los platos y el delicado gusto de Sisinos, que mantenía tal cocina.

Tras los postres - fresas cortadas en diminutos trocitos en un vino acaramelado y denso, y macedonia de melocotón, melón, pera, uva, guindas y trocitos de frambuesa - sirvieron un vino suave mezclado con agua y se retiraron todos, músicos y esclavos. Quedaron solos Lactancio y su anfitrión y aquél notó un brillo especial en los ojos de su improvisado amigo.

Sisinos se dirigió a su invitado.

- "Ahora, mi apreciado huésped, me complace ofreceros algo que no veréis en ninguna otra villa de *Nicomedia*, ni posiblemente de toda la *Bitinia*, un espectáculo que he logrado formar en mi propia casa. Espero que os agrade …"

Lactancio hizo un vago gesto de asentimiento, ignorando a qué se refería realmente su interlocutor. A éste le bastó, dio un par de palmadas y, como si lo estuvieran esperando, aparecieron dos de los jóvenes sirvientes y se llevaron con rapidez las mesas sobre las que habían comido. Aparecieron de nuevo con unos cojines, que colocaron al costado de cada

diván, y acto seguido trajeron un biombo, que colocaron entre los dos divanes. Lactancio y Sisinos dejaron de verse.

Una joven de agradable apariencia surgió al lado de Lactancio y se acomodó en los cojines que el esclavo trajera para ella. Nada dijo la joven y Lactancio aparentó no darse cuenta de su presencia. Lo mismo sucedía en el lado de Sisinos. Eso Lactancio lo ignoraba, aunque lo supuso. No ignoró el dueño de la casa a la mujer que le sonreía, no tan joven como la que acompañaba a Lactancio, y ella también le sonrió.

Una música suave y lejana de flauta comenzó a sonar y al poco una danzarina apareció en el peristilo. Otra se le unió, saliendo del otro lateral, y ambas hicieron una profunda inclinación de cabeza ante los dos hombres. La música de flauta comenzó a sonar con más fuerza y las muchachas empezaron a bailar.

Lactancio supuso que iba a presenciar un número de baile, espectáculo frecuente en las cenas privadas, pero tal idea se borró de su mente cuando las dos muchachas, en un momento dado y con un rápido movimiento de ambas manos, dejaron caer la túnica principal que llevaban y descubrieron los muslos. La caída de las túnicas vino acompañada de un ligero toque de atabal que había amenizado la cena, y que ahora resultaba invisible para los comensales, al igual que los otros dos músicos.

Mientras tanto, las dos muchachas seguían sus giros y pases ante los dos hombres, moviendo los brazos para seguir la música con todo el cuerpo. Un nuevo golpe del atabal y la prenda más exterior de ambas bailarinas quedó en el suelo. Las restantes, casi transparentes, dejaban ver ya los ágiles cuerpos de las dos esclavas. La música se hizo más sensual, más lenta y pegadiza, repitiendo con frecuencia la misma melodía. Las contorsiones de las bailarinas se efectuaban ahora más cerca de donde los dos hombres las miraban.

La música siguió con la misma cadencia y una de ellas dejó caer la gasa que le cubría el busto. Sus pechos aparecieron a la vista de los espectadores sin nada que los disimulara. El pequeño y desconocido tambor dio la señal esperada. Al poco, la otra bailarina le imitó y también sus pechos lucieron la belleza que les daba su edad. Nuevo toque de atabal.

Capítulo 12
Narsés triunfador.

Año 302

Narsés, en su lecho, del que sabía que no iba a levantarse, se sentía débil y limitado. Numerosos sirvientes se ocupaban de él, y los dos médicos de Palacio le visitaban todos los días, para ocuparse de su salud. Pero él sabía que se estaba muriendo y lo había aceptado. Ya nada le quedaba por hacer. Había hecho todo lo que pudo, pero no había sido suficiente.

Había reinado durante nueve largos e interminables años. Ya al acceder al trono se percató de que el Emperador de Roma no era un Emperador fugaz, pues se había mantenido en el cargo diez años. Esto le hizo comprender que algo tenía aquel tal Diocleciano mejor que quienes le precedieron. Por eso fue muy cauto y preparó cuidadosamente durante tres años su expedición guerrera, para recuperar las provincias perdidas. Concentró más de veinte mil jinetes, cuarenta mil infantes y maquinaria de sitio para tomar *Ctesifonte* y *Antioquía* sobre el Tigris.

Cuando estudiaban sobre los mapas la ruta a seguir para recuperar las antiguas posesiones persas en *Mesopotamia*, uno de sus ministros le había sugerido la idea de utilizar la misma ruta que empleó en su día Alejandro el macedonio, pero en sentido inverso. Eso sería todo un símbolo. Ahora él, Narsés, iba a devolver el golpe a los occidentales.

Dio su aprobación a que la infantería se concentrara en *Susa*, que estaba más cerca de la frontera. Él, con la caballería, partiría de

Persépolis, reconstruida tras el saqueo a que la sometió el macedonio, pasaría por *Susa*, donde se le unirían la infantería y las máquinas de sitio, y se dirigiría con todo su ejército hacia el Tigris. Allá iniciaría el sitio de *Ctesifonte* y de *Seleucia* sobre el Tigris, ciudades situadas en ambas márgenes del Tigris. Luego se tomaría *Antioquia* y se continuaría hacia el Norte, siguiendo la calzada que bordea el Tigris por el Este, hasta *Bezadbe*, donde la calzada pasa al otro lado del río. Seguirían por *Arbela*, *Nisibis*, *Carrae*, *Niceforium* y *Tapsacus*. Y, si no había habido encuentro con el enemigo, allí decidirían si adentrarse en Siria, hacia el Sur, o penetrar en *Asia Menor*, hacia el Norte.

Los planes se desarrollaron como se había previsto. Todo el ejército sitió *Ctesifonte* y *Seleucia*, emplazándose las máquinas de sitio. Los defensores decidieron no rendirse y se procedió al sitio de las mismas. Para no perder tiempo, se destacó la otra mitad de las máquinas de sitio a *Antioquía* sobre el Tigris, cien millas romanas (1) más al Norte. Al cabo de una semana, viendo que ninguna de las dos ciudades caía, tomó la decisión de seguir adelante con el grueso de su ejército y dejar dos partidas menores con la misión de rendir cada ciudad por hambre. Nadie iba a venir a socorrerlas. Y eso lo sabían también los defensores.

Libres de las máquinas de sitio, el grueso de sus tropas avanzó más rápido y en cinco semanas estaban ya en territorio que ahora controlaban los romanos, pero que unos pocos años antes había sido propio. Eso hizo que las ciudades les abrieran las puertas a su paso, máxime a la vista del inmenso ejército que le acompañaba. Él ya contaba con eso, y en esta primera fase de la invasión la caravana de provisiones no tenía el volumen que sería necesario caso de haberse adentrado en territorio enemigo. Cuando dejaran atrás *Mesopotamia* y penetraran en la provincia romana de Siria, habría que hacer acopio de víveres. Pero no fue necesario.

(1) 150 km.

Los romanos les esperaban pocas millas al sur de *Carrae*. Las avanzadillas de caballería ya le habían avisado que el enemigo avanzaba por la misma calzada en dirección opuesta y que se encontrarían a media tarde. Así fue y esa noche cada ejército durmió en su campamento, separados ambos por un par de millas romanas. Los dos generales al mando tenían deseos de librar la batalla sin más tardanza. Pero, teniendo en cuenta que ambos llevaban varios días de marcha, optaron por dejar pasar una jornada, a fin de que sus soldados recobraran fuerzas.

Narsés alineaba 36.000 infantes y 18.000 jinetes. El César Galerio mandaba las fuerzas romanas, consistentes en cuatro Legiones más las tropas auxiliares. En total, tenía bajo su mando 30.000 infantes y 4.000 jinetes. Por estar el Augusto Diocleciano en Egipto, sofocando una revuelta, había tenido que partir hacia la frontera Este con urgencia y no había tenido tiempo de reunir una fuerza mayor.

El lugar del encuentro era una llanura de unos 20 km. de anchura, situada entre dos afluentes del río Eúfrates, donde no cabía lograr una posición ventajosa. Narsés había dado instrucciones a su caballería para que aplicara las tácticas que tan buen resultado habían dado a su padre, el difunto Sapor: Acercarse, lanzar sus lanzas o sus flechas y retroceder. Esta maniobra realizada una y otra vez les daría la victoria. Su caballería pesada, los *catafractas* (2), debería repeler y eliminar a la caballería enemiga.

Por su parte Galerio, consciente de su inferioridad en caballería, formó a sus jinetes en las dos alas y los apoyó con abundantes arqueros, con orden de no alejarse del cuerpo principal de infantería, para no verse rodeados de jinetes enemigos. La táctica de los romanos sería maniobrar continuamente alrededor de las tropas propias para agotar a la caballería de los *Partos*, y sobre todo a los *catafractas*. Los arqueros debían dirigir sus flechas a los caballos enemigos, para inutilizarlos.

Formados ambos ejércitos frente a frente, la orden de ataque la dio Narsés. Se desplegó su caballería, iniciando la acción los jinetes *catafractas*. A éstos se opuso la mitad de la caballería romana. La otra mitad esperó el ataque de la caballería ligera enemiga. Durante toda la mañana y media tarde la acción se limitó a enfrentamientos entre ambas caballerías. Al final de este tiempo la peor parte la llevaba la caballería romana. Los *Partos* habían tenido mucho mayor número de bajas, pero su superioridad hizo que los jinetes romanos que quedaban sobre el terreno resultaban insuficientes para proteger a su infantería.

Era la ocasión que Narsés había estado esperando. Su caballería ligera pudo acercarse hasta las Legiones y asaetarlas a placer. Las legiones y las tropas auxiliares adoptaron la formación de *testudo*, protegiéndose con sus escudos de las flechas que llegaban de continuo desde todos los lados. Sólo la noche puso fin a la carnicería que estaban sufriendo los romanos. Narsés tuvo que ordenar el cese de las hostilidades cuando ya sus jinetes no distinguían a sus compañeros de los jinetes romanos.

Narsés no lo supo, pero cuando los romanos se retiraron a su campamento, contabilizaron 3.000 bajas entre sus jinetes y 12.000 entre sus infantes. Galerio dio orden de abandonar el campamento y retirarse durante la noche para retroceder hasta *Callinicum*, distante 90 km. Los heridos que pudieron recogerse del campo de batalla se amontonaron en carretas y marcharon hacia la citada plaza fuerte a menor velocidad que las tropas que habían salido ilesas de la contienda.

Lo que sí recordaba Narsés era que a la mañana siguiente, cuando se disponía a dar orden a su caballería de que persiguiera a los romanos, un mensajero le llevó la noticia de que las tribus del extremo Este de la *Sogdiana* se habían rebelado y ocupado incluso parte de la *Bactria*. Aquella noticia era muy grave. Por allí pasaba la Ruta de la Seda, ruta que Narsés no podía dejar de controlar.

(2) Caballería acorazada, el antecedente de los caballeros medievales.

Tuvo que conformarse con la derrota infringida al enemigo y volver grupas. Estaba en el extremo más occidental de su Imperio. Cruzarlo hasta el extremo Este le iba a llevar al menos tres meses. Eran los primeros días de Junio. Como muy pronto en Septiembre estaría en la *Bactria*. Necesitaba un tiempo para reducir la rebelión. Y decidió volver.

Más tarde se arrepintió de su decisión. Debiera haber perseguido a los huidos y hacer la derrota más efectiva y más humillante. Quizás sus jinetes se hubieran deshecho de Galerio y se hubiera evitado lo que luego sucedió. Pero eso ya no tenía remedio. Sus generales y ministros le colmaron de felicitaciones, lo compararon con el macedonio, que no perdió ni una batalla de las que librara. Todo eran elogios.

- "Con su Alteza, iríamos al fin del mundo."

Aún recordaba al agrado que le produjo oír aquellas palabras.

Fue dejando guarniciones suficientes en las ciudades recuperadas, para asegurar la conquista. Nada digno de ser recordado hubo durante la larga marcha de vuelta, tediosa e inquietante. Pero sí recordó el escarmiento que hizo entre las tribus de la *Sogdiana*, las que habitaban entre los ríos *Jaxartes* y *Oxus*. Al ver llegar al Rey con semejante ejército, algunos huyeron a los montes, pero la mayoría se entregaron. No tuvo piedad. Empaló a todos los hombres en edad de tomar las armas y entregó las mujeres y los niños a sus hombres. Cuando ya no les sirvieran debían empalarlos también. Se vengó en ellos de lo que no pudo hacer a los

romanos. Y de paso, contentó a sus hombres, que disfrutaban con los preparativos del suplicio a infringir, con los alaridos de los empalados, muerte lenta y muy dolorosa, y sobre todo, con el botín femenino. Sus hombres habían atravesado el Imperio dos veces, así que les dejó descansar todo el invierno con el merecido botín entre sus brazos. Cuando llegó la primavera y, con ella, la marcha, empalaron a los niños y a las mujeres que habían sobrevivido al invierno. Algunas se habían quitado la vida durante la cautividad con algún utensilio cortante o ahorcándose.

Entre su victoria sobre los romanos y las concesiones a sus soldados en el Este, gozó de una fama extraordinaria a todo lo ancho del Imperio. Pero ahora reconocía que eso le perdió.

Capítulo 13
El espectáculo.

Año 303

Si Lactancio hubiera podido ver lo que sucedía al otro lado del biombo, hubiera visto que la mujer que se había colocado junto a su anfitrión le acariciaba suavemente el miembro y que Sisinos sonreía y se distendía. Pero no lo vio. Por eso se sorprendió cuando su joven compañera le echó mano a la cintura y fue bajando lentamente. Tras la sorpresa, Lactancio reaccionó y dio un fuerte golpe a la mujer en la mano; ella la retiró rápidamente. En ese momento, ambas bailarinas desprendían sus cortas y transparentes faldas y quedaban cubiertas sólo con una estrecha cinta, que, rodeando las caderas, apenas cubría su sexo, y que, poco más tarde, caería también. Siguieron evolucionando, para deleite de los dos hombres, y desaparecieron luego por los laterales del peristilo.

Siguió un largo silencio. La música había parado. Todo era quietud, quietud no exenta de tensión. Lactancio y su acompañante estaban en tensión. Ella no sabía cómo actuar, dudaba entre complacer a su amo, Sisinos, o complacer a su acompañante. No veía la manera de contentar a ambos. Decidió esperar, a ver si con la danza siguiente el extranjero cambiaba de actitud y le permitía "trabajar". Lactancio tampoco sabía cómo actuar. Le molestaba verse en evidencia ante una mujer desconocida, sin duda una esclava.

El dueño de la casa debiera haberle puesto en antecedentes y pedido su aprobación antes de hacerle participar en el espectáculo. Porque una cosa eran las danzarinas semidesnudas y otra, la mano de los cojines. Recordó que Sisinos no tenía educación, era un patán. Rico, pero patán. Pensaba que lo que le gustaba a él, complacería a todos. Ni se le ocurrió pensar que un patricio como Lactancio no quisiera mostrar sus inclinaciones en público, y menos ante desconocidos.

No tuvo tiempo de tomar una decisión, pues de nuevo la música, esta vez la cítara, empezó a sonar. En el intervalo, los jóvenes habían colocado un diván en el centro del peristilo, muy cerca de la puerta del *triclinium*. También habían pasado una cuerda por una viga del techo, al

extremo de la cual colgaba un travesaño de madera, que izaron a algo más de dos metros de altura sobre el suelo.

Aparecieron de nuevo las dos muchachas vestidas de forma que sus cuerpos casi se transparentaban bajo el ropaje. Ambas iban descalzas, llevaban el pelo recogido y una túnica de seda, corta, con cintas anudadas sobre los hombros como tirantes. Sólo la túnica les cubría. Volvieron a danzar, ahora en círculo, en torno al diván, como si una persiguiera a la otra. Reían. La luz de las antorchas les iluminaba y daba a sus cuerpos un tono rojizo, de intimidad.

Cuando la que parecía más joven se dejó alcanzar por su compañera, ésta la volvió contra ella y le besó en la boca. La primera se zafó del beso y siguió huyendo, pero sólo para ser atrapada de nuevo, un par de vueltas más tarde. Se repitió la escena y se repitió el rechazo. Entonces la perseguidora dio una sonora bofetada a su presa. Hubo un pequeño forcejeo y un tirante de la más joven se soltó. Uno de sus pechos quedó al descubierto.

Trató de cubrírselo con la túnica, pero la otra no se lo permitió. Al contrario, tiró del otro tirante y la túnica calló al suelo, dejándola desnuda. La muchacha trató de tapar sus partes más íntimas con las dos manos. Fue entonces cuando su compañera dio un grito, como pidiendo ayuda, y dos esclavos salieron a escena. Eran musculosos y sus cuerpos brillaban. Apenas una prenda de paño cubría sus partes.

Con movimientos deliberadamente bruscos tomaron a la joven y la arrastraron hasta debajo de la cuerda y el travesaño. La joven se retorcía y gemía, resistiéndose en vano. La levantaron del suelo y ataron sus muñecas a los extremos del travesaño. Hecho esto desaparecieron de la escena.

Todo estaba cuidadosamente calculado, pensó Lactancio, porque la joven atada llegaba justamente de puntillas al suelo. La otra joven, la agresiva, tomó un látigo del diván y se acercó a su compañera. La agarró por los pelos, tiró hacia atrás de la cabeza y le dijo algo. Si no se plegaba a hacer su voluntad iba a azotarla. La joven que colgaba de la cuerda negó lentamente con la cabeza. Entonces la otra se echó hacia atrás y el látigo cruzó el aire. Se oyó un fuerte chasquido y, al instante, un gemido de la joven que sufría el castigo. Los golpes se repitieron, y también los gemidos. La joven azotada se retorcía a cada golpe. Sus movimientos hacían que la cuerda girara y recibía los latigazos unas veces en la espalda

y otras, en los pechos o el vientre. Con los giros del cuerpo, los espectadores veían a veces sus pechos y el pubis, y al golpe siguiente la espalda y las nalgas. Sus gemidos aumentaron en volumen, hasta ser auténticos gritos.

Lactancio notó que, en contra de su voluntad, su pene estaba ya en plena erección. También lo notó la joven que estaba sentada a su lado y reanudó sus caricias. El hombre le aplicó un nuevo golpe en la mano y logró que se estuviera quieta. Bastante lo excitaba el espectáculo que estaba presenciando.

Lactancio estaba asombrado de que fuera realidad lo que estaba presenciando. Hasta que, en una ocasión, el chasquido del látigo sonó un instante después del latigazo propinado a la víctima. Entonces comprendió que el látigo que manejaba la castigadora debía de ser de un material que no produjera ni ruido, ni dolor. Y que alguien oculto daba latigazos auténticos, posiblemente al suelo, coincidiendo con los azotes a la supuesta víctima. De no haber sido por esa falta de sincronismo, el efecto era como si la joven recibiera el castigo que más frecuentemente se daba a los esclavos. Aunque tal espectáculo como cierre de una cena resultaba un tanto sorprendente.

A partir de ese momento, pues el simulacro de flagelación duró un buen rato más, Lactancio se entretuvo en observar a la falsa víctima y su actuación. Cuando notaba la cuerda alrededor de su cuerpo, fingía un estremecimiento, gritaba y giraba su cuerpo. Todo ello, perfectamente sincronizado con el chasquido del látigo auténtico, daba la sensación de estar siendo efectivamente azotada.

Lactancio oyó un jadeo al otro lado del biombo. Sisinos estaba llegando a la cima del placer. De haber podido ver a través, o por encima, del biombo, hubiera visto a la mujer que estaba a su lado con la cabeza inclinada sobre su vientre, colaborando.

La joven azotada lanzó un gemido y dijo algo que Lactancio no pudo entender. La otra cesó en su castigo y volvió a llamar a los dos esclavos corpulentos. Éstos desataron a la joven del travesaño de madera y llevaron su cuerpo desmadejado hacia el diván, sobre el que la tiraron sin más contemplaciones.

Cuando los esclavos hubieron desaparecido, la otra joven tiro el látigo y con lentitud calculada avanzó hacia el diván. Mientras se acercaba, la joven verdugo deshizo los nudos de los tirantes y su túnica

cayó al suelo. Como su compañera, tenía un cuerpo perfecto, que se reflejaba a la luz de las antorchas. Se puso luego de rodillas sobre el diván. Hubo un compás de espera, mientras la música se volvía más lenta y melodiosa.

La muchacha dominante comenzó a acariciar los pechos, el vientre y el pubis de su compañera. Ésta no se resistió. La joven que permanecía sentada junto a Lactancio aprovechó que la atención del hombre estaba centrada en las esclavas y volvió a intentar hacer su trabajo con él. Pero Lactancio reaccionó de inmediato y golpeó con su mano derecha, con toda la fuerza de que fue capaz, la mano de la esclava. Ésta comprendió que el hombre no aprobaba el plan de su amo y no insistió más.

Mientras tanto, en el diván de las muchachas el panorama había cambiado. La joven azotada aceptaba las caricias de la que había sido su verdugo y se las devolvía. La muchacha dominante comenzó a besar a su presa en el cuello, en los pechos y fue bajando hasta llegar a la cintura y al pubis. Ésta parecía disfrutar y, agarrándose a la cabecera del diván, comenzó a estirarse y a moverse suavemente, emitiendo quejidos de placer. Cuando la esclava dominante llegó al bajo vientre, la joven, apoyándose en el diván con los pies y las manos, se arqueó. Los gemidos se intensificaron. La joven movía su cuerpo con sensualidad. Su compañera, arañando con las dos manos la parte interna de sus piernas, le chupaba golosamente la vulva, provocándole un orgasmo auténtico. Los gemidos de la atacante se unieron a los de la atacada.

En el diván de Sisinos la mujer que le atendía llevaba todo el tiempo satisfaciendo a su amo. Ella se empleaba a fondo y el amo le dejaba hacer. El trabajo estaba hecho cuando terminó la falsa flagelación, pero la mujer tenía orden de continuar, por si había una nueva ocasión. Lactancio seguía el espectáculo de las muchachas, pero ya había dejado claro que no iba a participar sino como espectador.

Pasado un tiempo de caricias, gemidos y contorsiones, las dos muchachas cambiaron sus posiciones. La muchacha dominante expresó sus sensaciones casi a gritos. Pasado un buen rato de caricias mutuas, las muchachas dieron por terminada la representación, se levantaron, tomaron sus túnicas, se cubrieron con ellas los senos, hicieron una reverencia hacia el amo y su invitado, y se fueron por un lateral, el brazo de la mayor sobre el hombro de la joven, mientras ésta rodeaba la cintura de su compañera.

La joven azotada no mostraba ningún signo de herida de látigo en el cuerpo.

La música había cesado. La joven junto a Lactancio se levantó, se volvió a postrar ante él, y se retiró. Éste tenía las pupilas dilatadas y su miembro aún erecto, pero se levantó, se movió y disimuló como pudo. Se oyeron algunos ruidos, de pasos que se alejaban sigilosamente. Toda la servidumbre había presenciado el espectáculo, si bien ocultamente.

Al poco apareció Sisinos por delante del biombo. En sus ojos saltones bailaba una pregunta. Lactancio, que no tenía ganas de fingir un entusiasmo que estaba lejos de sentir, hizo un gesto afirmativo, aprobatorio, al que supo dar un aire de complicidad. Eso fue suficiente para Sisinos. Le ofreció quedarse a pasar la noche en su villa, pero Lactancio ya tenía decidido no aceptar tal hospitalidad, si llegaba a darse. Pensó incluso que quizás le mandara a alguna esclava a su habitación, así que cortésmente respondió que estaba muy cansado y necesitaba descansar. Sisinos no insistió. Sus buenos oficios como casero estaban más que cumplidos.

Mandó a sus criados que llevaran a su huésped a su alojamiento. El *cisium* estaba ya preparado y los caballos, inquietos. Una escolta de seis jinetes con antorchas acompañó al carruaje hasta la ínsula propiedad del amo. Lactancio volvió a la tranquilidad de su refugio y a su vida privada. Esa noche durmió perfectamente.

Sisinos también lo hizo, satisfecho de la actuación de sus esclavas. La esclava madre, de nombre Suna, tenía grandes dosis de imaginación. Había ido inventando escenas, a cual más atrevidas, para satisfacer a su amo. A Lactancio no le había ofrecido las escenas más duras. Por la esclava que le atendió supo que su huésped se había negado a disfrutar plenamente del espectáculo.

Sisinos, antes de conciliar el sueño, pensó qué quizás debiera haberle ofrecido un plato más fuerte, alguna de las escenas de sexo y violencia que Suna había preparado para él. Empezó a pensar en la que más le satisfacía, en la que una de ellas azotaba a la otra y luego la forzaba con un simulacro de órgano masculino que se colgaba de la cintura. El chasquido del látigo contra el suelo, mezclado con los gritos de la esclava sometida, lo excitaban. Y con tan gratas ensoñaciones se quedó dormido.

Lo que Lactancio nunca supo fue que las dos bailarinas eran hijas de Sisinos y de la mujer que le procuraba placer. Poco antes de enviudar había

comprado una esclava, joven, morena, con aspecto de niña, a pesar de contar ya dieciocho años, según supo luego. Le había costado bastante dinero para ser hembra, ochocientos sestercios, y eso que esperó a que los precios bajaran, tras venderse varios lotes de esclavos traídos de la *Dacia*. La muchacha comprada era *goda*, no hablaba griego ni latín, y eso rebajaba su precio. Pero era sumamente hermosa y por eso tuvo que pagar un plus.

La hizo suya, después de que la lavaran y prepararan, la misma noche que la compró y ella no opuso resistencia. Poco a poco se adaptó a él, a sus gustos. Era modesta de día y apasionada de noche. Su esposa estaba en las últimas semanas antes del parto. Cuando ella murió, la nueva esclava ocupó su lugar. A los pocos meses quedó encinta y dio a luz una niña. Al año siguiente volvió a nacer otra niña.

Si hubieran sido niños, los hubiera adoptado – reconocerlos como propios no hubiera estado bien visto en su círculo de hombres de negocios – pero al ser niñas, quedaron como esclavas; eso sí, con un carácter especial. Cuando tuvieron trece años su madre les enseñó lo que sabían. Era su manera de asegurarles un futuro.

Capítulo 14
La primera cita.

Año 303

La vida seguía, desafortunadamente para Lactancio. Nadie parecía darse cuenta del drama que se desarrollaba en su interior. Pasaron dos días y no había tomado ninguna resolución. Tal vez la decisión que debía tomar fuera la más difícil de cuantas se le habían planteado en su vida. Hasta el divorcio le fue solicitado por la que fuera su esposa, sin duda anhelante de una vida de fiestas y bullicio que él no pensaba darle. Y por ello Lactancio sólo tuvo que decir que sí. Pero esta vez todo su mundo se había venido abajo. No fue así cuando repudió a su mujer, hecho frecuente entre patricios.

Pero el destino vino a resolver su dilema, en forma de mensajero. El *ostiario* avisó que un mensajero esperaba fuera. Lactancio se sorprendió, pues no esperaba recibir más invitaciones de su casero. Su secretario le entregó el mensaje. Pero no era de Sisinos la misiva que el *nomenclator* puso respetuosamente en sus manos. El pequeño billete decía:

"Constantino, hijo de Constancio, César, a Lactancio, ciudadano insigne de Leptis Magna. Salud.

Cenemos juntos, mañana mismo. Os espero en casa. Responded con el portador de ésta. Cuidaos."

Las lágrimas inundaron a Lactancio, incluso en presencia del *nomenclator*. La tensión acumulada, las esperanzas muertas, la sensación de fracaso existencial, todo despertó a un tiempo con una fuerza incontenible.

"¡Benditos sean los dioses …!" musitó entre labios el lloroso Lactancio.

Una vez recuperado el control, Lactancio encargó que se dijera al mensajero que iría gustoso. Con una pizarra en la mano, el *nomenclator* preguntó al correo la dirección, y la anotó en la pizarra.

La vida volvía a tener sentido para Lactancio …

Al día siguiente, avanzada la tarde, Lactancio se dirigió, acompañado de su escolta, a la dirección indicada, en la mejor zona de *Nicomedia*. Constantino, hijo de Constancio, no se merecía menos, pensó Lactancio. Cada mansión, en aquella zona, era una *ínsula*. Eso significa que estaba aislada, sin paredes comunes con otra casa. Era por seguridad. Al exterior no había ventanas, ninguna, tan sólo dos puertas. Así sólo había que controlar las puertas. Lactancio llamó a la puerta principal. Un esclavo le abrió inmediatamente. Le ayudó a despojarse de su manto y le condujo al *triclinium*. Los esclavos quedaron fuera. En el umbral del mismo estaba Constantino.

- "Sois bienvenido, noble Lactancio."

Lactancio no recordaba un saludo similar, por el calor que Constantino puso en él. Se sintió sumamente complacido. Entraba en un mundo desconocido. Mundo en el que él, Lactancio, era una persona de valía, alguien importante. Y sintió que era un mundo grato, deseable. Le vino a la memoria su infancia, la única época de su vida en que fue valorado, aunque sólo por su madre.

Antes de cenar, Constantino le presentó a su esposa Minervina. Era una mujer muy bella, de ojos castaños, morena, sencilla. Hizo una reverencia ante el invitado, retirándose a continuación, para poder organizar la cena con la servidumbre. Crispo, el hijo de ambos, que tenía seis años, estaba ya en la cama.

Una vez sentados en sus divanes, cuando los esclavos trajeron los primeros platos, comenzó Constantino diciendo:

- "Gentil Lactancio, mi interés en vos tiene un carácter muy especial, que quiero dejar claramente asentado desde el principio. Ya sé que nuestro Augusto ha rechazado vuestra proposición. Su augusta palabra es ley, de modo que la tal proposición está fuera de toda discusión.

No obstante, vuestra propuesta me intriga enormemente, por lo desconocida que resulta para mí. En los campamentos militares he asistido a infinidad de reuniones, y he oído muchas propuestas sobre cómo vencer al enemigo, cómo organizar las Legiones, cómo usar la caballería, las tropas auxiliares … en fin, la estrategia militar. Unas acertadas, otras no. Pero nunca había oído disertar sobre cómo organizar las creencias de un pueblo.

Ése es el motivo de haberos invitado hoy. Estoy muy intrigado sobre vuestra exposición al Augusto Diocleciano. Y como vuestra propuesta no tiene ya ningún futuro, pues el Augusto ya se ha definido con toda nitidez, y precisamente porque no tiene ningún futuro, quisiera conocer los detalles que en aquella audiencia omitisteis. Hoy os solicitaré tales detalles. Os pediré que lo hagáis respondiendo a mis preguntas, si ello no os molesta."

Lactancio comprendió las precauciones de Constantino, su amable anfitrión. Trataba de dejar claro que aceptaba la decisión del Augusto Diocleciano. Y que sólo deseaba información. Lactancio accedió gustoso. No había otro tema sobre el que más le gustara hablar.

- "No me molesta en absoluto, *Dómine*, os comprendo."

- "No. No me llaméis *Dómine*. Llamadme "tribuno", lo que nuestro Augusto ha decidido que sea, hoy por hoy. ¿Me responderéis escuetamente?"

- "Eso haré y muy gustosamente, tribuno."

- "En primer lugar, responded al mensaje del Augusto, que conozco, por habérmelo leído él. ¿Qué diréis en vuestro descargo?"

Lactancio decidió que era él quien debía ir unos pasos por delante de su anfitrión. De ese modo, su suerte estaría en manos de Constantino y no al revés. Era como debía ser. Lactancio era muy consciente de su papel subordinado.

- "Siento decir que, en mi opinión, el Augusto, con todo su saber, no es consciente de todas sus responsabilidades. Las medidas que ha

tomado han sido todas muy efectivas y han logrado los frutos que, sin duda, se proponía. Sin embargo, hay un tema que ha dejado de la mano. La ideología de los ciudadanos del Imperio pudiera ser ese tema.

La Historia demuestra de forma clara que, aun con aspecto similar, los dioses permiten que unos hombres nazcan de humilde cuna, y otros hombres nazcamos con unas posibilidades que no tienen los humildes. Nos diferencia la cultura, el saber.

Unos hombres nacen para ser dirigidos, otros para dirigir. Cierto que si los que han nacido para dirigir no lo hacen, hacia algún lugar caminarán los otros, lugar que ya no será el óptimo.

Los nacidos para dirigir tienen el deber de hacerlo, por el bien de todos. Sólo ellos tienen la posibilidad de estudiar las mejores formas, los mejores sistemas, experimentados en otros lugares, por quienes no dimitieron de su misión en el pasado.

Por todo ello, no puedo estar de acuerdo con su decisión, aunque la acepto con sumisión, como debe hacer todo buen ciudadano, tribuno."

- "Así es, en efecto. Habladme entonces de los medios a poner en marcha. ¿Qué tendría que hacer el Augusto Diocleciano para seguir vuestra propuesta, si ésa hubiera sido su voluntad?"

- "Le bastaría con reunir un equipo, un pequeño equipo redactor, de hombres sabios y escritores experimentados. Todos ellos debieran gozar de la absoluta confianza del Augusto. Mi trabajo consistiría en aportar las ideas fundamentales, el plan de trabajo. La redacción de los textos se haría entre todo el equipo."

- "¿Que textos tendría que hacer ese equipo?"

- "Unos textos sagrados, suficientes para dar forma a esa nueva religión que el Augusto decidiera favorecer, tribuno."

- "¿Cuál sería el contenido de esos textos sagrados?"

Lactancio hizo ademán de reflexionar, como si la pregunta le cogiera de sorpresa. Realmente, se la había hecho mil veces y la había respondido otras tantas. Así:

- "Tiene que haber un mensajero, un enviado, que transmita al Imperio la voluntad de la Divinidad Suprema. En mi opinión, y en base a la experiencia que poseo, lo más aconsejable es que sea un Hijo de Dios, un Hijo de Dios que baje a la tierra y enseñe él mismo la nueva religión. A los judíos, el Dios Único les dictó la Ley por medio de Moisés, un Profeta.

A los egipcios les nace un Hijo de Dios, el Faraón, siempre que muere el anterior.

Lo mejor sería que naciera un Hijo de Dios, que el fundador de la nueva religión fuera no sólo un Profeta, sino el Hijo de Dios, el Hijo del Dios único, dejando claro que no hay más Hijos de Dios. Nacería en algún lugar ignorado del Imperio, para salvar al mundo de sus pecados, aunque no a todo el mundo, sólo a los que crean en la nueva religión. Predicaría la fe en el Dios Único que Roma necesita."

Lactancio se interrumpió, para ver el efecto que sus palabras causaban sobre su interlocutor. Vio que éste le seguía con gran atención. Entonces, prosiguió.

- "Al final … lo mejor sería que los habitantes de su propio país lo mataran … y violentamente. Un final de sangre está atestiguado en libros antiguos judíos, y en los oráculos de las Sibilas. Y muchos predicadores han muerto así, en su propia ciudad.

Así pues, lo matarían, pero al poco resucitaría, y finalmente volvería a reunirse con su Padre, el Dios Único. Más tarde, sus discípulos habrían extendido la nueva religión por todo el Imperio romano."

- "¿Dónde nacería ese Hijo de Dios?"

- "No en Roma, ni en una provincia cercana. Y menos en Egipto, donde la similitud sería evidente. Tampoco en la Hélade, donde la llamada Filosofía sería enemiga mortal de la nueva religión. Quizás … en Asia o en Siria, donde haya una gran variedad de religiones y razas, y donde sea escasa la información que pueda obtenerse de lo sucedido allí en tiempos lejanos."

Esta conversación se desarrollaba entre ambos mientras duró la cena, servida por dos esclavos jóvenes. Luego, salieron fuera, al peristilo.

Capítulo 15
Eladio

Año 303

Joppe (Tel Aviv) era una aldea pesquera situada entre *Cesarea Marítima,* al Norte, y *Ascalón*, al Sur. Se ubicaba sobre una pequeña colina, de 30 metros de altura. En la parte más elevada de la misma siempre había existido una fortificación, llamada la Acrópolis. No era muy grande, pero sí lo suficiente como para albergar a los habitantes de la aldea en los tiempos inciertos del pasado. Desde que Pompeyo el Grande limpió de piratas el *Mare Internum* [(1)], la Acrópolis nunca se había utilizado.

Una calzada corría a lo largo de la costa. Y eso hubiera dado mucha vida a *Joppe* si no hubiera habido otra calzada veinte millas hacia el interior que también corría paralela a la costa. La ventaja de esta segunda calzada era que en ella se situaban ciudades más importantes que las aldeas que jalonaban la carretera de la costa. Ciudades como *Bethar*, *Antípatris*, *Gilgal*, *Jehud* o *Diospolis*. Al Sur de *Joppe*, apenas a dos millas, partía una calzada que, pasando por *Diospolis*, la unía con *Aelia Capitolina* [(2)]. Eso también hubiera dado vida a *Joppe*, como la salida al mar de *Aelia Capitolina*, si hubiera tenido un puerto digno de tal nombre, para barcos de carga y pasajeros. Pero no era así. Tanto *Cesarea* como *Ascalón*, situados a sólo 38 y 30 millas, respectivamente, tenían puestos comerciales y se llevaban el tráfico marítimo de *Aelia Capitolina*.

En consecuencia, *Joppe* no pasó nunca de ser una pequeña aldea olvidada en la costa oriental de Siria. Una aldea en la que nunca pasaba nada. *Joppe* no era un lugar demasiado grande; tendría dos mil habitantes. Tenía la ventaja de estar a orillas del *Mare Internum*, y disponía de un puerto pesquero desde el que faenaban media docena de barcos de pesca. En *Joppe* todos se conocían. Algunos viajeros pasaban por *Joppe*, hacia el Norte o hacia el Sur, pero nadie se quedaba a vivir en la aldea, que era un pequeño puerto de pescadores con media docena de *tabernae*.

Eladio, hijo de Samuel, era un joven de 16 años como otros muchos de aquella aldea siria. Era alto, moreno, bien parecido y aparentaba tener algo más edad de la que tenía. Sus padres habían comprado hacía cuatro años un pequeño local en una *ínsula* del centro de *Joppe* y estaban terminando de pagar la *taberna* (3) al propietario. La habían dedicado a vender comestibles y ellos hacían el pan en un horno que tenían en el patio de la *ínsula* donde estaba ubicada la *taberna*. El terreno sobre el que montaron el horno también lo habían comprado sus padres al propietario del inmueble.

El padre de Samuel, Valerio, era panadero y se había pasado la vida suministrando pan a medio *Joppe*, pues eran dos los panaderos de la localidad. Marcaban el pan al mismo precio y se habían repartido el mercado de la ciudad por zonas. Claro está que cada habitante de *Joppe* podía comprar el pan donde quisiera, pero el hecho de estar ambos hornos en dos extremos opuestos de la ciudad empujaba a los clientes a comprarlo, al mismo precio, en el horno más cercano. Samuel se había dado cuenta de que su padre estaba perdiendo facultades y, para no correr riesgos, había decidido hacer pan por su cuenta, para venderlo en su *taberna*. Así, cuando su padre tuviera que dejar el negocio del horno por la edad, él quizás heredara su clientela.

Cuando Samuel abrió su *taberna* en el centro de *Joppe*, visitó al otro panadero y se comprometió a comprarle la mitad del pan que vendiera, para no dar ventaja al horno de su padre y mantener las buenas relaciones. Lo vendería al precio pactado.

(1) Mar Mediterráneo.

(2) Anteriormente, Jerusalén.

(3) *Taberna* = Tienda.

Uno de los habitantes de *Joppe* había estudiado en Alejandría y ejercía como pedagogo para jóvenes de ambos sexos de *Joppe*. Dado lo escaso de la población joven, el pedagogo, de nombre Rutilio, procuraba convencer a todos los padres de la aldea de lo importante que era que tanto sus hijos como sus hijas conocieran algo de Letras. Eladio había acudido a sus clases desde un principio. Sus padres habían llegado a un arreglo con el pedagogo: Él daría clase a Eladio y tendría pan gratis para sí y para la casa de sus padres. Rutilio era hijo único.

Fue Rutilio el que advirtió las buenas cualidades de Eladio para los estudios. No sólo tenía una inteligencia despierta, sino una gran fuerza de

voluntad y una gran constancia, que le hacían destacar entre los demás alumnos de Rutilio. Eladio tenía prestigio ante el pedagogo y ante sus padres, pero no sucedía lo mismo con algunos compañeros de clase, sobre todos dos muchachas que asistían a las clases. El último día de clases, antes de las vacaciones del verano, Eladio hizo una composición en verso y la pasó por la clase, escrita en un pequeño trozo de papiro. Decía así:

Vuelto de mis vacaciones,
que pasé en Alejandría,
se me ocurrió dar lecciones
de Ética y Filosofía.

Como ordenó mi tutor,
me dirigí al domicilio
de un severo profesor
que se llama Don Rutilio.

Cuando me abrieron la puerta
y pasaron al ninfeo,
vi allá una mosquita muerta
y vi allá un patito feo.

La mosquita, de amarillo,
se llamaba Dulcesol,
y era más loca que un grillo
y más tierna que una col.

……………………..

El verso seguía y no perdonaba a ninguna de sus dos compañeras de clase por las muchas burlas que había tenido que soportar de ellas durante todo el curso. Nadie sabía que Eladio fuera aprendiz de poeta. Los versos que solía hacer trataban de temas familiares y sólo se los leía a sus padres y sus dos hermanas, menores que él. El verso corrió entre la gente joven de *Joppe* y fue una invitación a la juerga y motivo de que las chicas de la edad de Eladio lo apreciaran más que antes de conocer sus capacidades líricas. Alguna, incluso, llegó a hacerle proposiciones, a las

que Eladio se negó. Tenía metida en la cabeza la idea de que hasta que no fuera capaz de ganarse la vida con un oficio, no era momento de cortejar a las chicas.

En su tiempo libre, que era mucho, Eladio ayudaba a su padre en el horno y a su madre en la *taberna*.

Capítulo 16

Narsés derrotado.

Año 302

Narsés, en su lecho de muerte, seguía recordando.

A su vuelta a *Susa*, donde decidió que residiría hasta terminar de resolver la confrontación con Roma, Narsés convocó a sus generales. Se imponía hacer volver al Imperio a los reinos de *Armenia* y de *Georgia*. Ambos estaban en el extremo Oeste, lindando con el territorio romano. El Imperio *Parto* siempre había tenido dos tipos de territorios distintos. La parte central del Imperio era *Partia*. Y alrededor de la *Partia* propiamente dicha se situaban una larga lista de reinos vasallos. Por eso el Emperador se hacía llamar Rey de Reyes, los de los reinos tributarios.

Al Rey de la *Sogdiana* ya le había advertido que la próxima vez que sus súbditos se rebelaran y tuviera que desplazarse él con sus ejércitos a abortar la rebelión, lo trataría como a un rebelde. El tembloroso Rey le aseguró que eso no sería necesario jamás.

Cuando volvía hacia la *Sogdiana*, a ahogar la rebelión, mandó emisarios a los reinos de *Armenia* y *Georgia*, indicándoles que había recuperado el control de ambos reinos derrotando a los romanos y que en lo sucesivo los tributos que enviaban a Roma debían llegar a *Susa*. A principios del invierno llegaron noticias de ambos reinos demorando el pago de los tributos, alegando empobrecimiento de ambos reinos por los abusos cometidos por Roma durante los años últimos. La información le llegó en un mal momento y se dijo que escarmentaría a ambos monarcas, que lo eran gracias a la benevolencia del Rey de Reyes *parto*.

Pero, y aquí vino su error, no consideró la expedición a *Armenia* y *Georgia* como una campaña militar. Daba por sentado que, con la derrota

sufrida, Roma se resignaría a perder lo que había conquistado el Emperador Caro pocos años antes. Sólo más tarde, después de lo que sucedió en la expedición a *Armenia*, supo que el otro Emperador, Diocleciano, estaba reprimiendo una rebelión en Egipto al mismo tiempo que el César Galerio salía a su encuentro y era derrotado.

En su viaje a *Armenia* llevó sólo la mitad de las tropas que había llevado en su expedición anterior. Y, lo que fue peor, se hizo acompañar de su corte, de los nobles y de su harén. Sus esposas, sus concubinas y todos los sirvientes del harén viajaron con él. Tras su victoria sobre Roma, el objetivo de llevar consigo tantas tropas era impresionar a los monarcas de ambos reinos y conseguir unos tributos adecuados, que traería consigo. Nunca sospechó que los romanos pudieran contraatacar.

Pero lo hicieron.

Armenia era una región montañosa, de difícil acceso. Muy pocas calzadas, construidas por los romanos, la cruzaban. Desde *Susa* una calzada subía hacia el Norte, bordeando el río Tigris, y se adentraba en *Armenia* hasta empalmar con la calzada que discurría junto al río *Araxes*, que dividía horizontalmente a *Armenia* en dos mitades. El monarca de *Armenia* tenía tres residencias reales, *Armauria*, *Artaxata* y *Dubios*, distantes entre sí unas cuarenta millas, y todas ellas en la ribera del *Araxes*. Narsés le envió mensajeros exigiéndole un tributo de veinte libras de oro para cuando él llegara a *Armenia*, a principios del verano. El Rey de *Georgia*, reino al Norte de *Armenia*, que comprendía las regiones de la *Cólquide*, *Iberia* y *Albania*, todas ellas situadas al Sur del *Ponto Euxino* (Mar Negro), debería encontrarse con él llevando diez libras de oro como tributo.

Alguno de los dos monarcas traidores había informado a los romanos de su proyectado viaje. Porque de nuevo Galerio apareció en el camino nada más pisar *Armenia* su comitiva. Les estaban esperando en las inmediaciones del *Arsissa Lacus*, en una llanura, al Norte de los Montes Taurus, que habían salvado por un collado Y esta vez lo efectivos romanos duplicaban las tropas de que disponía Narsés. La llanura tendría diez millas de lado y los romanos les esperaban formados en orden de combate. Eso significaba que sus exploradores los habían localizado sin que los suyos se percataran de su presencia. No había escapatoria.

Narsés formó a su pequeño ejército. Dispuso que el harén, los pertrechos y los nobles que no vinieran preparados para el combate

retrocedieran mientras se daba la batalla, para tratar de alcanzar *Tigranocerta*, situada mucho más al Sur. Les protegería una pequeña guardia de arqueros y jinetes. Pero Narsés era consciente de que sólo el tiempo que durara la batalla sería la ventaja que tendrían sus seres más queridos para intentar escapar de los romanos.

Sin apenas despedirse, volvió apresuradamente para ponerse al frente de su ejército y lanzar una arenga que diera esperanzas a sus hombres.

- "Les vencimos el año pasado y les volveremos a vencer también hoy. Emplead lo que se os ha enseñado y Ahura Mazda hará el resto. ¡Por Ahura Mazda!"

Y todo su ejército respondió a gritos:

- "¡Por Ahura Mazda!"

Narsés terminó:

- "¡¡Por *Partia*!!"

- "¡¡Por *Partia*!!" clamaron 25.000 gargantas desesperadas.

Narsés era consciente de que sólo un milagro podía salvarles. Todos los soldados de a pie eran conscientes de que su única posibilidad consistía en derrotar a los romanos. Si resultaban ellos derrotados, todos morirían. Estaban lejos de su tierra y, aunque huyeran, serían alcanzados por la caballería enemiga y perecerían uno a uno. Su propia caballería debía resistir y apoyarles. Ellos sí podrían huir y salvarse, si tenían suerte.

Y fue esto lo que sucedió. Esta vez fue el César Galerio quien dio la orden de atacar a su caballería, situada en los extremos de su amplia formación. Se le enfrentó la caballería de los *Partos*. Las Legiones y la infantería enemiga permanecieron en formación, mientras las escaramuzas de los jinetes tenían lugar en el espacio entre ambas formaciones. Paulatinamente, los jinetes *partos* fueron perdiendo terreno, pero siguieron enfrentándose a los jinetes romanos. Entre los jinetes *partos* estaba Narsés, dando ejemplo a sus hombres.

Galerio no había mandado a toda la caballería a la batalla. Envió una primera partida en persecución del grupo que había huido. Y se reservó la cuarta parte para emplearla en el momento oportuno. Cuando la lucha entre los jinetes se situó por detrás de la formación enemiga, ordenó que las Legiones avanzaran a paso lento. Era la señal que todos estaban esperando, también los *Partos*. Era el momento de vencer o morir.

Pero ni toda la rabia que guardaban en su interior pudo impedir que la mejor preparación física de los romanos, sus mejores protecciones, y sus armas, más adecuadas para la lucha cuerpo a cuerpo que las lanzas de los *Partos*, se impusieran. El suelo se fue cubriendo de cuerpos caídos, la mayoría de los cuales eran *Partos*. Al cabo de un tiempo, éstos debieron retroceder y al hacerlo tropezaban con los cuerpos de sus compañeros caídos y caían a su vez. Y entonces eran presa fácil del legionario que tenían enfrente. Los romanos sabían que en esa situación debían avanzar despacio, para evitar caer. Ante de dar un paso hacia delante se aseguraban de que pisarían suelo firme.

Debían avanzar toda la línea a la vez, para así empujar al enemigo hacia atrás. Pero de todo eso ya tenían experiencia. Al avanzar despacio se creaba a veces un espacio libre entre romanos y *Partos*. Eso daba un respiro a ambos contendientes. Pero los centuriones romanos y los legionarios sabían que ese intervalo daba ocasión a pensar y al enemigo que iba retrocediendo y perdiendo terreno solía ocurrírsele la idea de dar media vuelta y tratar de encontrar la salvación en la huída.

Tardó en fraguar esa idea en las mentes de los *Partos*. Pero, finalmente, varios infantes *partos* de la primera fila de combate dieron la espalda al romano que tenían enfrente y salieron huyendo, como pudieron, entre sus compañeros. Esta fue la señal que puso en marcha el desastre. Al ver que huían los primeros combatientes, los posteriores les imitaron y pronto la infantería en bloque huía en desbandada ante las Legiones romanas. Éstas no avanzaron. Tenían órdenes. Lo hizo la caballería de reserva. Galerio la envió a terminar la acción de los infantes.

La caballería de los *Partos* estaba ya muy lejos del campo de batalla de la infantería. Pero algunos jinetes *partos* vieron a sus compañeros infantes huir en desbandada. Y entonces ellos les imitaron. No tenía sentido seguir luchando si la infantería huía. Lo que había que hacer era aprovechar el caballo, antes de que quedara exhausto, y poner tierra de por medio, huyendo por el mismo camino que habían venido.

También Narsés, que estaba entre los jinetes *partos*, herido en un hombro y en la cabeza, se dio cuenta de la desbandada de sus hombres y a partir de ese instante supo que sólo le quedaba huir y salvar la vida. Lo logró, rodeado de un puñado de jinetes que, como él, buscaban la salvación huyendo hacia el Sur. No siguieron la calzada, sino que, para pasar desapercibidos, se desviaron y cabalgaron, sin forzar mucho a sus

monturas, rodeados por los árboles de un bosquecillo no demasiado tupido.

De haber seguido la calzada, hubieran visto a la comitiva del harén rodeada de jinetes romanos que les habían dado caza. Pasaron la cordillera del Taurus por otro lugar distinto y tomaron la calzada un poco más lejos, ya en territorio propio. Esa noche no pararon a descansar. Caminaron, cuando fue necesario, con el caballo a la brida. Llegaron a *Tigranocerta* al atardecer del día siguiente. Poco a poco fueron llegando más jinetes. Infantes, ninguno.

Al Rey de Reyes, Narsés, le hacía daño recordar lo que siguió a la derrota en *Armenia*. Apenas 8.000 jinetes volvieron con él camino de *Susa*. Sus 18.000 infantes quedaron esparcidos sobre las duras tierras armenias. Y, con ellos, otros 10.000 jinetes, caídos frente al enemigo, o abatidos por la caballería romana cuando trataban de huir. Fue un desastre que anuló su victoria del año anterior.

Cuando bajaban por la calzada que bordeaba al río Tigris, les alcanzó una misión romana. El general Galerio le comunicaba que tenía en su poder a todos los miembros de su harén; le daba los nombres de los nobles que habían caído prisioneros, y le anunciaba que estaba haciendo el borrador de un tratado de paz que dejara las fronteras como correspondía a la nueva situación. El río Tigris sería la nueva frontera. La *Mesopotamia* romana comprendería hasta la ciudad de *Ctesifonte*, que pasaría a ser romana. Y los reinos de *Armenia* y *Georgia* pasaban a la tutela de Roma.

Narsés sólo podía aceptar. Respondió que pagaría por la vida e integridad de los miembros de su harén y de los nobles capturados. Su silencio sobre las condiciones establecidas por Galerio se interpretó como una aceptación, lo que era.

Sus mujeres, hijos, y los nobles le fueron devueltos dos años después. Pero antes tuvieron que pasar por la humillación de marchar a pie, en un desfile triunfal que Diocleciano y Galerio celebraron en *Nicomedia* para festejar su victoria.

Capítulo 17

Los primeros pasos.

Año 303

Después de cenar, con toda la casa en silencio, Constantino y Lactancio prosiguieron, cómodamente sentados en el peristilo, su conversación.

- “Decidme, supongamos que le hemos hecho nacer, a ese Hijo de Dios, donde decís, lejos, en algún lugar del Imperio. ¿Qué se haría después?”

- “Los textos sagrados deberían describir su vida, definir su doctrina, que fuera compatible con los deseos del Augusto y que, además, fuera de un Dios Único. Ya sabéis lo importante que es esto. Hay que terminar con el politeísmo, que será la causa de nuestra perdición si, como ya expliqué en la audiencia, no se erradica. Esa doctrina debe ser, claro está, compatible con los valores morales de Roma, y promover además, como podéis comprender, la adhesión al Imperio, al Augusto. Se escribirían luego varios libros posteriores, escritos por sus seguidores, hasta la época final de los Severos aproximadamente.”

- “¿Por qué hasta los Severos?”

- “Por la memoria de los más viejos, *Dómine*. No se pueden escribir libros con hechos falsos que puedan recordar los más ancianos. Y que se pueda saber, lo que resultaría fatal, que tales hechos son espurios y no sucedieron. Se dejaría un periodo de sesenta años, para mayor seguridad, sin libros de la nueva religión. Posteriormente, dentro de esos años, otros escritores podrán añadir más libros, los que cubran este periodo de los sesenta años vacíos, que, en un primer momento, no pudieron escribirse. Como veis, tribuno, todo está pensado.”

Constantino hizo un gesto de admiración, gesto que no pasó desapercibido a Lactancio.

- “Bien, supongamos que están esos libros, que llamáis sagrados, redactados por ese pequeño equipo que dirigís. ¿Cómo debería actuar el Augusto una vez que estuvieran escritos vuestros libros sagrados?”

- “El Augusto elegiría entonces a los Pontífices de la nueva religión en cada Diócesis. Éstos debieran ser también personas de plena confianza del Augusto, o que los miembros del equipo redactor respondieran de ellos. Ellos designarían en su ciudad a los ministros locales. Los ministros estudiarían los libros sagrados, y con ellos predicarían, como siempre hicieron los sacerdotes de todas las religiones.

El Augusto ordenaría simultáneamente la construcción de grandes basílicas. Deben ser grandes, *Dómine*. Hasta ahora las religiones han sido muy laxas en la educación del pueblo. En la nueva religión se deberá educar al pueblo, que deberá acudir, obligatoriamente, a los cultos religiosos organizados. Por eso las basílicas deben ser grandes, para que en ellas se reúna el pueblo a celebrar los misterios de la nueva religión, porque debe incluir misterios, ritos que son muy del gusto del pueblo."

- "Bien, pero ¿dónde obtendrá el equipo redactor, que dirigiríais, la doctrina que predicarían ese Hijo de Dios, sus discípulos, y luego los sacerdotes de esa religión?"

- "En los textos sagrados egipcios, que conozco bien, hay tal cantidad de doctrina, de pasajes educativos, y de personajes, como para crear, no una, sino cinco o seis religiones nuevas. Respondiendo a vuestra pregunta, de Egipto y de las demás creencias populares del Imperio."

Constantino se puso la mano en el mentón y reflexionó durante un buen rato. Al tiempo, repuso:

- "Recordadme las características de los hombres del equipo redactor."

Lactancio recitaba la lección que había preparado cien veces en la soledad de su estudio de *Leptis Magna*.

- "Absolutamente fieles a la persona del Augusto, tribuno. Ésa es la condición imprescindible. Su lealtad ha de estar plenamente asegurada. De no ser así … habría que prescindir de ellos cuando terminaran su trabajo …"

Constantino entendió el significado del verbo "prescindir".

"No. No sería necesario", pensó en su interior.

Él estaba totalmente seguro de la lealtad de Eusebio. Pero le quedaba todavía una duda, quizás la más importante.

- "Y decidme, mi noble Lactancio, ¿qué garantía podéis ofrecerme de que vuestro plan tendrá éxito? ¿Se ha llevado a cabo con anterioridad un plan similar al que proponéis?"

- "Se ha aplicado, noble tribuno, y con éxito, en el antiguo Egipto. Celebro que lo preguntéis. Dejadme relataros lo que sucedió en Egipto, hace muchos siglos, al inicio de la dinastía XII, según el testimonio del sacerdote egipcio que me habló de sus misterios sagrados.

Reinaba entonces un Faraón, que murió sin hijos. En su lecho de muerte nombró heredero a su Visir. Al no tener sangre divina, al no ser

hijo del Faraón difunto, el Visir fue rechazado por parte de la corte y por la familia del Faraón muerto. Pero el Visir era hombre inteligente. Sobornó al Sumo Sacerdote de Amón, uno de los dioses de *Tebas*. Acordó con el Sumo Sacerdote que, cuando fuera coronado Faraón, favorecería al Templo de Amón y haría del dios Amón el primer dios de todo Egipto, a cambio del apoyo del clero para coronarse Faraón.

Los sacerdotes crearon nuevos libros en que los dioses reconocían que Amón, dios con sede en *Tebas*, era el primero entre ellos. Para ello, inventaron una simbiosis divina e identificaron a Ra, el dios supremo hasta entonces, con el dios tebano Amón, de modo que Amón-Ra fuera el dios supremo egipcio. El Visir se convirtió en el siguiente Faraón, fundando una nueva dinastía.

Mi respetado tribuno, la unión de la corona y la mitra es la más poderosa unión que pueda existir. Nada ni nadie puede oponerse a tal unión de poderes. Y en unos tiempos difíciles, como éstos, despreciar ese arma es suicida, *Dómine*."

Y Lactancio bajó la cabeza tras mirar fugazmente a su anfitrión.

Se produjo un largo silencio. Lactancio lo veía con meridiana claridad, se le había abierto una nueva puerta, aunque aún quedaban muchos enemigos.

Capítulo 18

Ante un dilema.

Año 303

Las circunstancias habían colocado a Constantino ante un dilema. Para resolverlo había procurado aplicar las enseñanzas de su padre, el César Constancio, pero fue completamente inútil. Nada de lo aprendido se adaptaba a su problema. Debía improvisar.

Ordenó las circunstancias, según su importancia, como las premisas de un silogismo. Sería nombrado César, en sustitución de su padre, que pasaría a ser Augusto. Tenía la buena voluntad del Augusto Iove Diocleciano, máxima autoridad del Imperio. Pero eso sucedería dentro de dos años.

El Augusto había rechazado la proposición del africano, plan que a él le atraía. Se preguntó por qué le atraía tanto. Y, siendo sincero consigo mismo, tuvo que reconocer que era porque daba una salida a su problema. Y el problema era que él se sentía un segundón, una persona mediocre, que iba a llegar tarde a la llamada de la gloria. Tenía casi 30 años y para esa edad Alejandro ya había conquistado medio mundo. Y él estaba allí, sin hacer nada, esperando que a su padre le hicieran Augusto para poder gobernar, como César, bajo el control de su padre, la cuarta parte de un Imperio menor que el de Alejandro. El plan del africano le daba una pauta, una misión: Debía hacerse el dueño absoluto del Imperio, para poder cambiar las ideas de los ciudadanos y pasar a la Historia como el Augusto que salvó al mundo.

Por eso le atraía, porque le marcaba un camino. Su presente era muy limitado. Ni siquiera podía convencer al Augusto Diocleciano de que el plan del africano era bueno. Lo intentó, pero Diocleciano no le hizo el menor caso. Él no podía oponerse a la decisión de su Augusto. No en los próximos dos años. Cuando fuera César, podría llamar a Lactancio junto a sí, y poner en marcha el plan que el Augusto había considerado perjudicial. Antes, no.

Pero no quería dejar marchar a aquel hombre a su oscura y lejana provincia. "*Aprovecha las oportunidades que el destino te ofrece*", recordaba haber oído decir a su padre. Y tenía una ante él. Si el Augusto no le hubiera llamado para asistir a aquella audiencia, él nunca hubiera

sabido del plan de regeneración que Lactancio había concebido. Aquello era algo querido por los dioses y él no podía darles la espalda.

Por otro lado, quería atraer a su amigo Eusebio, asegurarse de que estaría a su lado, de que secundaría su plan cuando ello fuera posible. Lo necesitaba. Era la única persona con la que podía contar. Era perfecto para crear una nueva religión, con toda la sabiduría que encerraba en su interior. Pero no podía abrirle su corazón. Tenía que atraerlo, comprometer su colaboración, pero sin que supiera la totalidad del plan.

Porque el plan que empezaba a presentir, el que los dioses le ofrecían, era que él, Constantino, hijo de Constancio, llegara a ocupar una posición como la del Augusto Iove Diocleciano, siendo la cabeza absoluta del Imperio. Entonces podría lograr que todo el Imperio siguiera la religión de la salvación. Siendo sólo César, no. Y de todo ello, nadie debía conocer nada. La menor indiscreción podía costarle la vida.

Poco a poco, los primeros pasos del plan fueron apareciendo claros en su mente. Tenía que ganarse a ambos, pero sin confiarles sus previsiones a futuro. Con Lactancio lo tenía más fácil: Bastaba con ponerle a trabajar, supuestamente para juzgar sobre la credibilidad de su plan.

Había comprendido que el insigne ciudadano de *Leptis Magna* era muy sabio en un tema, y muy ignorante en todos los demás. Podía manejarlo con facilidad y, al mismo tiempo, asegurar su silencio.

Con Eusebio sería más difícil. Pero tenía que lograrlo, ahora que podía entrevistarse con él. De hacerlo por carta, desde la *Galia*, dentro de dos años, corría el riesgo de recibir una negativa cordial. Y él no quería cordialidades, precisaba colaboraciones. Tenía que atraerlo, aun sin confiarle por completo el plan. Lo haría.

Aliviado por haber encontrado una vía de solución a sus problemas, recordó su pasado anterior. Vino a su mente el disgusto sufrido cuando su padre le anunció que debían despedirse por una temporada larga, que se debía educar junto al Augusto Diocleciano. Habían pasado ya diez largos años. Su padre le explicó que era por el bien de los dos, aunque él, por su juventud, no lo viera con claridad. Al poco tiempo comprendió que con esa separación se le abría un horizonte nuevo, mucho más amplio. No por la separación, sino por haber ido a formarse al corazón del mundo, junto al primer mandatario del Imperio, el Augusto Diocleciano, que sólo había tenido una hija.

Su padre le había dicho: "*Hijo mío, saca ante tu ilustre anfitrión lo mejor que yo te he enseñado*." Y eso es lo que había hecho. Con buen fruto: Gozaba del favor del Augusto Iove, que le consideraba como un hijo.

Se sabía fuerte internamente, capaz del sacrificio, de la más extrema austeridad. Se sabía valeroso, sin ser temerario. Leal, pero no obsequioso. Reservado, sin llegar a taciturno. Procuraba asemejarse al ideal romano que referían los clásicos. Tomaba, para ello, como modelo al gran Alejandro.

Podía recitar, casi de memoria, su vida y hazañas. Admiraba su perspicacia militar, sus grandes dotes de estratega, su capacidad para ver las debilidades del contrario, y aprovecharlas con fulmínea eficacia. Soñaba con asemejársele.

Pero no podía menos de entristecerse, porque a su edad, a los veintinueve años, Alejandro era ya dueño de toda el Asia conocida, mucho más allá de Roma y su Imperio. Claro que el padre de Alejandro era Filipo, rey de *Macedonia*, un gran conquistador también, aunque no de la talla que su hijo. En cambio, su padre era sólo… César de Roma, mandando sobre una cuarta parte del Imperio … Y eso no era suficiente. Tampoco lo iba a ser para él.

Su mente rememoró la separación de su querida madre, unos pocos meses antes. Realmente, había sido una época dura, de separaciones familiares, de destierros. Primero desterraron a su madre. Luego, el desterrado fue él. Su madre volvió con su familia, en la *Dacia Inferior*, el límite Norte del Imperio. Él le mandaba, un par de veces al año, un mensajero y ella le respondía con el mismo envío. Cartas largas, regadas a veces con lo que él adivinaba eran sus lágrimas. Él la consolaba y le aseguraba que crecía fuerte, alegre y recordándola.

No quiso seguir rememorando aspectos lóbregos de su pasado. Prefirió pasar sus recuerdos a sus primeros tiempos con Minervina, la joven que cautivó su corazón. Su padre le había advertido, poco antes de despedirse: "*Cuida tu corazón, ciérralo con cuatro llaves. Eres joven, tienes un magnífico porvenir. Las mujeres lo sabrán y te tenderán lazos. No te dejes atrapar. No hagas nada sin el permiso del Augusto o sin el mío.*" Pero él no le había hecho caso.

Conoció a Minervina, se enamoró locamente de ella y no pudo menos de hacerla suya. Aquella fue la mejor etapa de su vida, casi podría

decir que la única en que fue plenamente feliz. Meses más tarde, cuando ella le confesó que esperaba un niño, la desposó. A nadie consultó. Su sentido de la responsabilidad pudo más que las advertencias de su padre.

Se lo comunicó luego, en una larga misiva, pidiendo su bendición. Bendición que su padre no le regateó. Todo había sucedido a gusto de todos, parecía.

El fruto de su amor - amor que no había decaído en los años últimos - Crispo, tenía ahora siete. Crispo se llamaba su bisabuelo materno. Había sido hermano del Emperador Claudio Gótico, uno de los Emperadores recientes de mejor memoria. Constantino quiso rendir así un homenaje a su antepasado. Crispo era un niño despierto y nervioso, pero a la vez obediente y bien educado. Constantino tenía grandes planes para él.

Volvió a la realidad. Y ello ensombreció un tanto su semblante. El futuro se vislumbraba pletórico, pero aún había escollos que evitar. Se puso a reflexionar sobre la manera de captar a Eusebio dándole datos que le sedujeran, que lo ganaran a la causa y que, a la vez, no le comprometieran a él. Tendría que limar mucho los detalles. Eusebio era, además de sabio, listo.

Capítulo 19
Sumatoriales

Año 303

Eusebio esperaba que un día u otro su sobrino, Eladio, de *Joppe*, apareciera por *Cesarea Marítima*. Si la familia de su padre era escasa, la familia de su madre era enorme. Sus abuelos habían tenido trece hijos, cosa no muy frecuente en *Joppe*. Y tres de sus tíos también habían sido prolíficos, teniendo siete hijos cada uno, con lo que se había formado una familia en la que ni siquiera se conocían todos los primos, ya que algunos de ellos habían decidido emigrar, buscando un futuro mejor.

Su primo, Samuel, le había enviado una carta en la que le explicaba el interés de la familia en la formación de Eladio y las dificultades económicas para enviarle a cursar estudios en Alejandría o en Atenas. El muchacho valía, había despertado el interés de su maestro, pero sus padres no podían costearle la estancia fuera de casa. Por eso acudían a Eusebio, a ver si podía formar a su sobrino como un favor. Un conocido de la familia,

al que habían podido acceder, que vivía en *Cesarea*, se había prestado a alojar y mantener al muchacho, a cambio de que éste le ayudara en su tienda. Era comerciante en telas. De modo que Eusebio sólo tendría que ocuparse de su educación superior.

Eusebio había respondido afirmativamente. No podía negarse. Pensó que, en primer lugar, hablaría con el joven, para saber de su interés y los planes que tenía de cara al futuro. También le interesaba conocer su talante, su forma de ser. Luego pensaba ponerle alguna prueba escrita, para medir el alcance de sus conocimientos. Y, en función de los resultados de ambas pruebas, vería si podía enseñarle él en solitario, o necesitaba la colaboración de alguno de sus subordinados de la Biblioteca.

Al día siguiente le anunciaron la visita del joven Eladio. Eusebio le recibió con su acostumbrada amabilidad y le preguntó por sus padres, hermanos y demás familia. Le agradó el muchacho. Parecía respetuoso, algo tímido, lo cual le agradaba y era normal: Estaba fuera de su ambiente. Decidió no empezar de inmediato con el trabajo. Le sugirió que diera una vuelta para conocer *Cesarea* y lo citó, pasado el mediodía, para comer juntos. Lo harían en una taberna del puerto, pero quedarían en la Biblioteca, que el muchacho ya conocía. Vivía en la parte Norte de *Cesarea*, en casa del comerciante, pero en *Cesarea* no había distancias, y menos para un joven como Eladio.

Fue durante la comida, viendo los barcos que entraban y salían del puerto de *Cesarea*, cuando Eusebio empezó a conocer y a apreciar a su sobrino. Eladio se mostró muy franco con él, respondiendo a sus preguntas con naturalidad, como si no le hubiera conocido aquella misma mañana. Vio que era un muchacho sencillo, con buena madera. Tal vez … tal vez pudiera ofrecerle algo más que unas clases sobre Letras. Pero aún debía conocerlo mejor.

Pasó a preguntarle por sus estudios y vio que sus conocimientos eran suficientes para la formación que debía recibir de él. El muchacho empezaría sus lecciones con él la semana siguiente. Había encontrado un hueco en sus obligaciones y podría dedicarle su tiempo un par de días a la semana, a la hora décima. Lo primero que tendría que enseñarle era a escribir de manera profesional. Y ello requería enseñarle la teoría y la práctica, para que fuera capaz de componer escritos dotados de estructura, como hacían todos los autores antiguos.

En la primera sesión que tuvo con su sobrino, Eusebio comenzó así su exposición.

- "Mi querido Eladio, vamos a estudiar la manera correcta de escribir textos. Textos de poesía, o de prosa, da igual. Todos los escritos de los antiguos dignos de ser leídos, son textos que se han escrito de acuerdo con unas reglas. Reglas que debes comprender y practicar.

Quiero que me preguntes todo lo que no entiendas, y no temas volver a preguntar si mi aclaración te resulta confusa. Debes entender todo lo que te explique, porque luego te pediré que lo pongas en práctica como tarea para el día siguiente."

El joven asintió con un mudo gesto de la cabeza.

- "Bien, cuando escribes, vas añadiendo palabra tras palabra, frase tras frase, párrafo tras párrafo, para expresar las ideas que quieres dejar reflejadas en el escrito. Debes pensar que continuamente vas añadiendo más y más palabras, de modo que a cada final de frase, el escrito tiene, por ejemplo, veinte palabras; luego treinta y tantas; luego cuarenta y tantas, cada vez más. De todos los números de palabras que puede haber en un escrito, no todos son iguales. Hay unos pocos números singulares y otros, la mayoría, son comunes. Veamos qué números son singulares.

Sabes sumar. Pues bien, suma los tres primeros números. ¿Qué obtienes?"

Eladio miró a lo lejos y enseguida respondió:

- "Obtengo seis, maestro."

- "Efectivamente. Seis es un número singular, por ser la suma desde uno hasta tres. Ahora le sumamos el siguiente número, cuatro. Y resulta diez. Diez es otro número singular. Si seguimos sumando del uno al cinco, obtenemos quince, otro número singular. ¿Cuál será el siguiente número singular, Eladio?"

El joven respondió, tras un segundo de reflexión.

- "Supongo que será el veintiuno, quince más seis."

- "Exacto. Pues bien a estos números que son la suma desde uno hasta el número, los llamamos *Sumatoriales*. Así, el *Sumatorial* de tres es seis. El de cuatro es diez. El *Sumatorial* de cinco es quince. El de seis es veintiuno, e igual los demás. Como primer trabajo vas a formar una lista de todos los números hasta 200. Y en ella, quiero que encierres en un cuadrado todos los *Sumatoriales*. Mañana a esta hora te la revisaré.

Ya conoces una clase de números singulares, los llamados *Sumatoriales*. Ahora vamos a conocer el otro tipo de números singulares, los *Ianuales*. Si en vez de empezar en uno, empezamos en tres y hacemos una suma de tres números, tendremos tres, más cuatro, más cinco. Y eso suma doce. Doce es el *Ianual* de tres. El siguiente *Ianual* es a partir de cuatro, sumar cuatro números. La suma de cuatro, cinco, seis y siete, da veintidós. Luego veintidós será el *Ianual* de cuatro. Treinta y cinco es el *Ianual* de cinco. Y cincuenta y uno es el *Ianual* de seis.

En esa lista de los doscientos primeros números, deberás subrayar los *Ianuales* que haya. A esa lista le añadiremos más cosas, pero con lo que va a tener tu lista pasado mañana a esta hora, ya podrás empezar a escribir de manera correcta.

Cuando escribas, deberás contar las palabras que añadas en cada frase. Y mirar la Tabla, porque a partir de que el escrito tenga una cierta longitud, debes empezar a pasar, o pisar, tanto *Sumatoriales* como *Ianuales* según una cadencia que tú mismo marcarás, siempre la misma, o parecida. Los antiguos, Eladio, idearon una manera de escribir por la que se obligaban a pasar por unos números especiales, los que ya conoces. De ese modo el lector sabe que está leyendo el original. Una sola palabra añadida o eliminada, por error, cambia la estructura y queda detectada.

Veamos un ejemplo. Supongamos que las primera cien palabras las escribes con cierta libertad. Y que a partir de 100 te has propuesto pasar por un *Sumatorial* de cada dos. A partir de 100, los *Sumatorial* son **105**, que es el *Sumatorial* de 14; **120**, que es el de 15; **136**, el de 16; **153**, el de 17; **171**, el de 18 y **190**, el de 19."

Eusebio observó que su sobrino le miraba fijamente y que sus ojos tenían un brillo especial. Él sabía que era el brillo de quien entiende algo nuevo, lo comprende y le gusta lo que aprende. No era la primera vez que veía ese brillo en un alumno. Siguió.

- "Deberás añadir las palabras justas para que tu escrito tenga 105 palabras. Y luego para que contenga exactamente 136 palabras. Y al poco tu texto debe tener 171 palabras. Y así seguirás, pasando por los *Sumatoriales* que te has propuesto, hasta que termines tu obra.

Esto, Eladio, es hacer que tu escrito tenga una estructura. Una estructura elemental, simple, fácil de detectar, pero una estructura.

Debo añadirte algo más. En esas cien primeras palabras, auque te he dicho que tienes cierta libertad, has de colocar una frase con una

palabra, otra con dos, otra con tres palabras, otra con cuatro … Es decir, no eres totalmente libre, tienes que preparar el primer *Sumatorial*, al llegar a 105 palabras, que es el *Sumatorial* de 14.

Ahora me queda aclararte a qué llamamos frase en un escrito: A las palabras que están separadas por signos de puntuación. Puedes terminar una frase con un punto y seguido. La puedes terminar con una coma, o la puedes terminar con punto y coma [1]. A tu elección. Pero una frase es una serie de palabras separadas por dos signos de puntuación, sean los que sean. ¿Te ha quedado esto claro?”

Eladio se quedó callado unos instantes. Y luego dijo:

- “Me parece que he entendido todo lo que me habéis explicado, maestro, pero no comprendo para qué sirve toda esa preparación de un escrito ...”

- “Es normal que no te aparezca clara la utilidad de esta manera de escribir, que se remonta a los inicios de la escritura, nadie sabe en qué época, ni en qué reino. Hay varias utilidades, pero sería trabajoso explicártelas con tan escasos conocimientos. Por ello, retengo tu pregunta, pero déjame que te explique algo más, antes de responderte.

Te voy a encargar, además de elaborar la relación de *Sumatoriales* e *Ianuales* en los 200 primeros números, que hagas un escrito, el que se te ocurra, y en él pases por todos los *Sumatoriales* que hay en esa lista. Pero como segunda enseñanza de hoy, te explicaré la notación que usamos para indicar la estructura de un texto.

El *Sumatorial* de un número es la suma de todos los números que hay entre uno y ese número. Eso se indica escribiendo el uno, que es el primer número que entra en la suma, y luego, entre paréntesis, cuántos números forman la suma. Para terminar se pone una pequeña flecha y el último número de la suma. Es decir, se expresa el primer número, cuántos hay y el último. Así, el *Sumatorial* de once, que es 66, se indica así:

→ **66 = 1(11)** **11**

Por su parte, los *Ianuales* se indican igualmente con el primer número que entra en la suma y, a continuación, entre paréntesis, la cantidad de sumandos que hay en ella. Por último, la flecha y el número final de la suma. Así el *Ianual* de siete, que es setenta, se expresa así:

→ **70 = 7(7)** **13**

Observa este detalle: Los *Sumatoriales*, como empiezan la suma en uno, crecen lentamente. En cambio, los *Ianulaes*, como la suma empieza en el propio número, crecen más rápidamente. Por eso, un escrito que tenga 100 palabras ha tenido ocasión de pasar por 11 *Sumatoriales*, pero sólo ha podido pasar por 6 *ianuales*. ¿Comprendes?"

A lo que Eladio asintió con la cabeza. Y prosiguió Eusebio.

[1] Antiguamente, el punto bajo era nuestra coma. El punto medio, nuestro punto y coma. Y el punto alto equivalía a nuestro punto y seguido.

- "Además de la lista de los 200 primeros números y del escrito que pase por todos los *Sumatoriales*, te voy a encargar para mañana que me respondas a dos preguntas. Tomemos un número cualquiera. Mañana quiero que me digas cuántos números hay entre el *Sumatorial* de ese número y el *Sumatorial* siguiente. [1]

Y debes decírmelo, no con un ejemplo, que se ve en la lista, sino relacionando la respuesta con el número que interviene en el primer *Sumatorial*. Y lo mismo con el *Ianual* de cierto número. ¿Cuántos números deben pasar para encontrar el siguiente *Ianual* en la tabla?

Si no tienes, te puedo dar un trozo de papiro. Supongo que has traído tus útiles de escribir ... "

El joven respondió afirmativamente. Finalmente, Eusebio concretó la tarea que encargaba a su sobrino.

- "Bien, mañana debes traer:

* La lista que te he dicho.

* El escrito de 200 palabras que pise todos los *Sumatoriales* de la lista, indicando, al final de las frases, el número total de palabras, con la notación que has aprendido. Coloca una frase en cada línea de tu papiro. Así se verá más claramente la estructura que formes. Los *Ianuales* los dejamos, de momento, descansar.

* Respuesta a las dos preguntas sobre intervalo entre *Sumatoriales* e *Ianuales* consecutivos.

Supongo que no hace falta que te diga que debes trabajar en firme. Por eso te encargo mucha tarea, para que aproveches el tiempo cuando no

estés recibiendo estas lecciones. Lo lejos que llegues en la vida va a depender del trabajo que hagas.

Tienes trabajo para varias horas, para tantas como puedas. Quiero advertirte algo: De una cosa has de huir, de perder sueño por estudiar. A la hora en que tu casero se acueste, hazlo tú también. El sueño a la noche es el equilibrio del día que viene. Aprovecha las horas de luz, respeta las horas de sueño. ¿Queda todo claro?"

- "Perfectamente claro, maestro."

Y Eladio salió con paso rápido de la Biblioteca. No escapaba del edificio, tenía ganas de llegar a casa y ponerse a trabajar.

(1) Una Tabla con los Sumatoriales e Ianuales hasta el número 4.600 viene en el siguiente enlace:

http://sofiaoriginals.com/303.htm

Capítulo 20

La visita.

Año 303

Constantino decidió que debía pedir permiso al Augusto Diocleciano para viajar a *Cesarea Marítima*, a visitar a su amigo Eusebio, el bibliotecario. Además de verle, quería pedirle libros. Eusebio siempre proporcionaba a su amigo un pequeño hato de rollos, en cada ocasión que

se veían. Diocleciano estuvo tentado de negar su consentimiento. Pero pensó que, si lo hacía, podría despertar el recelo del joven, y que corrigiera sus planes. Prefirió aceptar y dejarle llevar a cabo su propósito. De modo que, finalmente accedió, aunque, por seguridad, quiso que le acompañara una pequeña escolta, al menos seis soldados de caballería, mandados por un oficial. Cuatro de ellos eran conocidos de Constantino. Al oficial era la primera vez que lo trataba. El Augusto Diocleciano lo había decidido, el viaje sería por mar, más seguro que hacerlo por tierra, atravesando toda el *Asia Menor*.

Todo quedó listo para la madrugada del día siguiente a la fiesta del Sol, día de descanso para las labores ciudadanas. Los campesinos, por el contrario, podían trabajar tal día libremente, si así lo decidían. Era ya bien entrada la primavera y el tiempo era caluroso para la época. Zarparon en una nave militar, de las empleadas para llevar el correo pesado, pertrechos para las guarniciones del África, oficiales que marchaban a nuevos destinos y viajeros de especial relevancia, como Constantino.

Procuraban matar las largas horas de travesía jugando a los dados en el camarote de Constantino, uno de los dos que tenía el barco, o bien en cubierta, en la popa. Había un ambiente de gran camaradería. Quienes no se conocían al embarcar pronto se trataban como amigos de toda la vida. Ésa era una cualidad de los viajes y los destinos compartidos, forjar amistades que se reanudarían posteriormente.

Atravesaron el *Helesponto*, dejando las colinas del *Quersoneso* a estribor, y Troya, la vieja *Ilión*, apenas reconocible ahora, dibujándose a babor. Entraron en el Mar Egeo, bordeando el litoral por el costado de babor. El Egeo estaba tachonado de islas, que ocultaban profundas radas, donde se asentaban las ciudades que dieron origen a las viejas luchas de la antigua Grecia con los *Persas*. La de *Lesbos*, que ocultaba *Pérgamo*. La de *Quíos*, cerraba la bahía de *Esmirna*. *Samos*, *Icaria* y *Patmos* tapaban *Mileto*. Un ramillete de pequeñas islas y la isla de *C*os apenas dejaban ver el Mausoleo de *Halicarnaso*.

Tras cuatro días de navegación, divisando en la lejanía las cumbres de las Islas Cícladas, atracando sólo donde había mercancía que descargar, algo o alguien que subir a bordo, dejaron atrás la isla de *Rodas* y se navegó con la costa siempre a la vista, a babor. Estaban en el *Mar Internum* (1). Dejaron atrás *Atalía* y echaron anclas en *Trajanópolis*, donde dos oficiales

tomaban posesión de sus cargos. Todos se abrazaron y se encomendaron mutuamente a los dioses.

De allá marcharon a *Pafos* y a *Salamis*, en la isla de Chipre, para allí descargar pertrechos. De *Salamis* fueron directamente al encuentro de la costa de Siria, pues el destino de los siguientes pasajeros era *Cesarea Marítima*. Vieron desde el navío las murallas de Trípoli, *Byblus*, *Beritus*, *Tyrus* y *Ptolemais*. Finalmente, el gran faro de *Cesarea* apareció en el horizonte, a babor.

Habían hecho la travesía en doce días, con el viento a favor y escaso uso de los remos. La despedida fue la habitual y Constantino, y sus acompañantes bajaron a la barca que los llevaría a tierra firme.

(1) Mar Mediterráneo.

Constantino había estado un par de veces en *Cesarea*, en la Biblioteca que dirigía Eusebio. Eusebio le había visitado en media docena de ocasiones, siempre con rollos de Historia como obsequio. Constantino venía a por libros. Felizmente, los acompañantes no estarían en la entrevista, ni siquiera el oficial al mando de su escolta.

Hubo mutua alegría en ambos, al momento de reconocerse. A Eusebio la visita le cogió de sorpresa, no estaba avisado.

- "¿Y qué os trae por aquí, mi querido Constantino?"

- "Oficialmente vengo a pediros algún libro, que todavía no posea, de Alejandro. Con ellos se supone que perfecciono mis conocimientos de estrategia. Y ello porque, entre otros, tengo ya los Comentarios a la Guerra de las *Galias* y la Guerra Civil, de Julio César. Toda la obra de Tito Livio, que también he estudiado a conciencia. Y los libros de Paterculus sobre el Augusto Tiberio. ¿Qué más podéis ofrecerme, amigo mío?"

- "Bien, daremos luego una vuelta por la parte privada de la Biblioteca, y veremos qué encontramos. Pero quizás no sería mala idea pasar al *ninfeo*, donde estaremos más tranquilos y hablaremos de asuntos más personales, si os parece ..."

Eusebio había mostrado una ligera y especial sonrisa cuando hacía la invitación. Atravesaron la sala común de la Biblioteca, donde varias personas se inclinaban sobre sus pupitres; pasaron por varias salas dotadas de grandes ventanas, donde los escribas copiaban pergaminos viejos, sacando a la luz nuevos ejemplares, y llegaron a las habitaciones del propio Eusebio, y al jardín, con un estanque en la parte trasera.

Recordó Constantino que ya había estado allí una vez, un par de años atrás. Se sentaron en dos sillas con apoyabrazos, una junto a la otra, frente a una pequeña fuente. Constantino apreció la situación de las sillas, que les permitía hablar en voz muy baja y sin mirarse. El ruido del agua al caer amortiguaba sus voces.

- "Mejor será que vaya directo al tema que me trae aquí, Eusebio. Como sabéis, todos en *Nicomedia* dan por cierto que en unos meses, tal vez un par de años, caerán responsabilidades importantes sobre mis hombros …"

Eusebio asintió con la cabeza.

- "Pues bien, caso de darse ese evento, deberé partir para el Oeste y responsabilizarme de regir una parte del Imperio, siempre a las órdenes del Augusto de Occidente, mi padre Constancio."

Eusebio se vio obligado a repetir su mudo gesto.

- "Y quería saber si podré contar con vos, Eusebio, para favorecer un plan de recuperar, en los territorios bajo mi mando, las buenas cualidades del ciudadano romano. Se trataría de fundar una cofradía, o escuela - la naturaleza jurídica habría que ajustarla adecuadamente a los fines propuestos - cuyos miembros promovieran el amor universal entre los hombres y el culto al Dios Único que rige realmente el mundo."

Eusebio procuró ocultar el asombro que las palabras de su interlocutor le habían producido. Era lo último que podía esperarse en aquel momento. Dejó pasar unos instantes, lo que le permitió sobreponerse a su sorpresa, y luego preguntó.

- "¿Y esa súbita intención? ¿Acaso os habéis pasado a la Filosofía, combinándola con la estrategia militar?"

- "¿Desconfiáis de mí, Eusebio?" dijo Constantino con una sonrisa forzada.

- "En modo alguno, mi querido amigo. Pero no puedo ocultar que me ha sorprendido vuestro repentino interés por el amor entre vuestros futuros servidores … "

- "¿Y qué me decís, repuesto de vuestra sorpresa?"

- "Para tan noble fin, podéis contar con mi persona en todo momento, tribuno."

Constantino adoptó de nuevo la expresión distendida que tenía antes de la intervención de Eusebio. Éste sintió que una nube había

cubierto el *ninfeo* por unos segundos. Más tarde, cuando ya su visitante se hubo marchado, estuvo reflexionando si no habría sido demasiado apresurado su ofrecimiento, contando con tan escasa información.

"Siempre estaré a tiempo de retirarme - pensó - si viera connotaciones que vayan contra mis principios."

Al día siguiente prosiguió la estancia, con una visita a *Cesarea*, invitando a la misma a la escolta. El punto de partida fue la Biblioteca, situada al Sur de la ciudad, cercana a la Puerta de *Escalón*. Visitaron, guiados por Eusebio, el Teatro, que tenía cabida para tres mil quinientos espectadores, y el antiguo Palacio de Herodes, hoy Pretorio. Estaba rodeado de agua por tres lados, situado en una pequeña península, aprovechada por Herodes para hacer sobre ella un Palacio digno de su rango. Constaba de dos cuerpos, cada uno con un patio rectangular interior. La antigua sala del trono era hoy la sala de audiencias. Vieron los calabozos, enormes, lóbregos, donde Herodes mantenía presos y ejecutaba a sus súbditos disconformes, que no eran pocos.

Siguieron por el Hipódromo, construido sobre la playa, con magníficas vistas al mar. Eusebio no les llevó a ver el puerto militar porque, les dijo, lo verían mejor desde el Templo de Augusto y Roma. Así que, dejando las murallas del puerto militar a su izquierda, subieron al Templo de Roma y Augusto, donde ofrecieron un sacrificio.

El Templo estaba levantado sobre una gran plataforma rectangular que dominaba el puerto. Era un Templo exástilo y períptero, con una *cella* (santuario) doble, en la que se veneraban una estatua de mármol con la armadura de oro de Augusto y otra, de igual tamaño y composición, de la Madre Roma. Todo estaba preparado para un doble sacrificio por parte del sacerdote del Templo. Y, en efecto, la vista del puerto era inmejorable desde la escalinata que conducía al Templo.

El puerto era alargado y, mediante cadenas tendidas entre torres enfrentadas, podía dividirse en tres partes. A la entrada del puerto, dos torres con linternas en sus cimas, una de tres pisos, y otra dos, aunque con igual altura, ceñían la primera barrera. Otra más interna, opcional, podía tenderse entre una torre de las murallas y otra torre, algo menor, que se había construido a tal fin en la dársena derecha. Y una tercera cadena se tendía en la parte más interna, cuando algún navío conducía a un personaje de especial relevancia a *Cesarea*. *Cesarea* era el mayor puerto militar de Siria.

Dieron un rodeo, hacia la izquierda, para ver el puerto comercial, de menor capacidad, y terminaron su visita a la ciudad paseando bajo las murallas septentrionales, donde se abría la Puerta de *Séforis*. Luego siguieron el trazado de las mismas y, tras seis torres, pasaron junto a la Puerta de *Scitópolis*, hasta desembocar en los jardines de Afrodita, donde Eusebio había encargado al cocinero de la Biblioteca y a varios escribas que trabajaban en la misma que, bajo un toldo, preparan la mesa. La comida fue servida por el personal auxiliar de la Biblioteca y fue ciertamente de lujo. Eusebio quería dejar buena impresión en sus visitantes. Constó de varias verduras al horno, varias fuentes con ostras frescas, adquiridas aquella misma mañana en el mercado, tres enormes mújoles, con *garum*, que pronto desaparecieron, igual que seis liebres, bocado muy apreciado, y se completaron con fresas en vasijas de agua, frutas y varias fuentes de pastelitos, hechos de encargo.

Toda la escolta agradeció el agasajo, cuando ya tocaba iniciar el viaje de vuelta. Constantino estaba de inmejorable humor, el viaje había logrado su objetivo. Sólo Eusebio quedó pensativo. Algo le decía que era ciertamente extraña la proposición de su amigo.

Capítulo 21

El plan.

Año 303

Una vez lograda la colaboración de Eusebio, que para Constantino resultaba de la mayor importancia, citó de nuevo a Lactancio en su casa. Habían acordado que Lactancio permaneciera en *Nicomedia* un tiempo, en espera de acontecimientos. Lactancio estaba nervioso. Esperanzado, pero nervioso. Respiró aliviado cuando le llegó el mensajero de Constantino, y acudió a su casa puntualmente. Pasaron directamente al atrio, donde había un pequeño refrigerio preparado. Un esclavo les sirvió refrescos. Luego, obedeciendo órdenes previas, se retiró.

Constantino inició la conversación.

- “Llevo tiempo dándole vueltas, mi apreciado Lactancio, a las sugerencias que me hicisteis en la visita pasada ...”

Aparentó reflexionar, como si las ideas le vinieran en ese momento.

- "Para el caso de que en un futuro me fueran encomendadas responsabilidades supremas, y sólo a modo de ensayo, quisiera conocer más en detalle vuestro supuesto plan. ¿Cómo se llevaría a la práctica?"

- "Mi estimado tribuno, la primera labor sería, como ya os comenté anteriormente, reunir a las personas del equipo redactor. Y, todos bajo vuestra dirección, se comenzaría por exponer el plan de acción."

- "¿Y cuál sería éste? Porque eso es lo que pido de vos en este momento."

- "Lo primero sería concretar los detalles para empezar a escribir los textos sagrados de la nueva religión. He llegado a la conclusión de que lo más eficaz sería que varios discípulos del Hijo de Dios relataran la vida y doctrina del Fundador, que sería, junto con vos, Salvador del mundo, siempre que el fiel creyera en su doctrina y adorara al Dios Único."

- "Y una vez escritos esos textos sagrados con la vida y doctrina del Hijo de Dios, ¿qué se haría a continuación?"

- "Se haría un calendario de los años que han pasado desde la muerte del hijo de Dios hasta hace poco menos de sesenta años, como ya os comenté. Y se crearían textos de seguidores de la nueva religión, que deberían refutar ataques que a la nueva religión hicieran los partidarios de otras religiones. Incluso se escribirían desviaciones de la nueva religión, para dar verosimilitud a todo el plan."

- "¿Cuántos escritos habéis pensado que sería necesario elaborar? ¿Y cuánto tiempo llevaría esa labor?"

Lactancio aparentó reflexionar, como si no le fuera conocida la respuesta.

- "Según mis previsiones … un mínimo de seis seguidores de la nueva religión que escriban obras, de defensa o divulgación, cada cien años, tribuno. A cada seguidor no se le crearían el mismo número de escritos, sino a unos más y a otros menos. Habría autores con un solo libro, pero para otros habría que escribir, incluso dos docenas de libros, para que no quede la menor duda de su existencia. He sopesado unos y otros, y diría que una media de diez libros por autor."

- "¿Y sobre el tiempo necesario? ¿Qué decís a eso?"

- "Va a depender de cuántos escritores formen el equipo redactor, tribuno. Preconizo que no sean muy escasos, pero tampoco una multitud.

Dos sería un equipo insuficiente. Diez serían demasiados. En mi opinión, no son necesarios más allá de cuatro componentes. Con cuatro se podría ir rápido.

Si así fuera, en un máximo de seis años todos los textos, los sagrados y los posteriores, estarían redactados. Esto se basa en que hayan pasado cuatro siglos desde la muerte del Hijo de Dios, y que haya cuatro escritores en el equipo redactor."

- "Entiendo, entiendo …"

Hubo un silencio. Constantino, según sus estimaciones, modificaba las cifras que acababa de escuchar. A su juicio, el plazo de seis años se acomodaba a sus previsiones. Pero había que reducir el número de redactores, y, por tanto, el período a cubrir con los escritos posteriores.

- "Voy a modificar vuestras previsiones en un doble sentido, mi gentil Lactancio. El equipo redactor lo formarán dos escritores, vos y alguien que, de momento, no puede incorporarse al equipo. Eso no tiene importancia, ya que sólo estamos simulando una posibilidad futura. Pero eso nos llevaría a acortar el tiempo desde la muerte del Hijo de Dios hasta nuestros días. Como sólo podrían ser dos escritores, el plazo debiera bajar a tres siglos, y no los cuatro que mencionasteis."

- "Como vos digáis, tribuno."

- "Pues bien, quiero que os pongáis en marcha y que empecéis a redactar escritos. Quiero verlos, quiero leerlos, y así juzgar sobre su verosimilitud."

- "Permitidme que os sugiera, tribuno, que el equipo debe comenzar por redactar los textos sagrados. Para ello, uno de los miembros del equipo debe ser historiador, conocedor de lo sucedido en tierras lejanas en el pasado. Humildemente reconozco no poseer esos conocimientos ... Con él estableceríamos el tiempo, el lugar y comenzaríamos la redacción de la vida del Hijo de Dios. Luego, los seguidores posteriores citarían dichos y hechos de la vida del divino Fundador. Los textos sagrados son lo primero a dejar escrito. Y para ello es necesario el historiador del equipo …"

Constantino comprendió que tenía que jugar fuerte para imponer su voluntad.

- "No va a ser así, amigo mío. Vos debéis empezar a redactar escritos y, más adelante, se incorporará el historiador."

- “Pero en tal caso, mi respetado tribuno, los textos con la vida del Hijo de Dios no pueden ver la luz, y los escritos que se redacten antes no pueden citar ni un solo hecho de la vida del Fundador. Y eso supondría un problema serio.”

- “Pero vos sabréis resolverlo, insigne Lactancio. Las cosas no pueden ser de otro modo. A menos que me digáis que no habíais previsto contrariedad alguna y que, cuando surge la primera, todo vuestro plan se viene abajo.”

Ahora fue Lactancio el que guardó un largo silencio. Su cerebro bullía, tratando de salir del callejón en el que su interlocutor lo estaba metiendo. Vio esfumarse su plan, ahora que todo parecía salir adelante. Se dijo que tenía que haber una salida. Él tenía que empezar a redactar, no podía decir que no al futuro César, y, sin duda, futuro Augusto. Lo que no pudiera hacer en un primer momento … lo podría hacer más tarde. ¡Interpolaría sus propios escritos! Sonrió para sus adentros, aliviado. Constantino lo notó. Con un brillo especial en los ojos, Lactancio comenzó.

- “En modo alguno, tribuno. Mi plan no se viene abajo. Se puede hacer. Es un contratiempo, pero es mínimo. Se puede hacer. Y si vos lo veis conveniente, se hará.”

Se guardó cómo podría hacerse. Constantino sonrió y su rostro se distendió. Había aprendido a dominar su rostro y se servía de esa habilidad para lograr su objetivo cuando quería forzar a alguien, y casi siempre lo lograba.

Y una vez resuelto lo principal, Constantino prosiguió con otro tema que quería amarrar. La permanencia de Lactancio en *Nicomedia* debía quedar asegurada. Sabía que Lactancio disponía de rentas para permanecer en la capital sin problemas. Pero acordaron que buscara una forma de conseguir ingresos que justificaran su estancia.

La solución, propuesta por Lactancio, fue abrir una pequeña academia para enseñar Retórica. Poco importaba cuántos ingresos hubiera. Se trataba de aparentar que estaba allí por otro motivo distinto al real. Y la academia era una excusa perfecta. Lo que no podía hacer en una ciudad de provincias, buscaba hacerlo en la capital: Enseñar sus amplios conocimientos de Retórica.

Con todos los objetivos conseguidos, Constantino despidió a su invitado. Estaba satisfecho. Había arriesgado, pero la apuesta le había

salido bien. Lactancio tenía tantos deseos como él de que su sueño se hiciera realidad.

"No hay como herir al amor propio de los hombres para conseguir de ellos lo que uno desea", pensó Constantino mientras caminaba pensativo hacia sus aposentos.

Esto no se lo enseñó su padre. Esto era se su propia cosecha.

Capítulo 22
Los acrósticos.

Año 303

El día convenido Eladio llegó puntual y con un rollo de papiro en la mano. Estaba eufórico. Se daba cuenta de que estaba aprendiendo temas que en *Joppe* nunca hubiera conocido. Estos secretos del buen escritor no los enseñaba cualquiera, tenía que ser un sabio como su tío. Le agradaba mucho su modo pausado de hablar, la paciencia que tenía con él, cómo se prestaba a repetir si algo no quedaba claro … Daba gusto recibir clases de un maestro así. Empezaba a admirar a su tío.

Cuando comenzó la clase, desenrolló el papiro y se lo tendió. Eusebio leyó la lista de los *Sumatoriales* e *Ianuales* y vio que estaban todos, sin fallo alguno. Luego leyó el escrito. Decía así:

	Palabras	Total
Padre,	1	**1**
te saludo.	2	**3**
Estoy en *Cesarea*.	3	**6 = 1(3)**->3
He visto al tío,	4	**10 =1(4)**->4
y estoy estudiando con él.	5	**15 =1(5)**->5
La casa de Fulgencio es amplia,	6	**21 =1(6)**->6
y mi habitación tiene cama y silla.	7	**28 =1(7)**->7
Creo que tendré una estancia útil en *Cesarea*.	8	**36 =1(8)**->8

....

La carta seguía hasta completar las doscientas palabras, con similar disposición a la inicial. Era lo mejor que Eladio podía producir con sus aún escasos conocimientos. Estaban escritas en el papiro las respuestas a sus dos preguntas. Eran éstas: La distancia entre dos *Sumatoriales* consecutivos es el mayor número de los dos. La distancia entre dos *Ianuales* consecutivos es el triple del menor más uno. Ambas eran correctas.

Tras leer lo escrito por el joven, Eusebio le felicitó. Había hecho un buen trabajo. Había aprovechado el tiempo y comprendido los temas del primer día de clase.

- "Ahora debemos proseguir el aprendizaje. Ya comprenderás que el método que has usado no es el que usan normalmente los escritores. Es sólo un ejercicio inicial. Hacer la primera frase de una palabra, la segunda

de dos, la tercera de tres, etc., no es un sistema admisible, jamás se emplea. Hay que dar la impresión de fluidez en la escritura. Por eso, se recomienda no comenzar a generar *Sumatoriales* hasta tener en el texto entre 50 y 100 palabras.

Pero, como ya dijimos ayer, en ese texto inicial hay que cuidarse de no poner frases demasiado largas, y colocar frases con 1, 2, 3, 4 … palabras, que sirvan para formar el primer *Sumatorial*. Una vez se ha formado correctamente el primero, luego basta con ir añadiendo las palabras que completen el siguiente *Sumatorial*, cosa que puede hacerse con una o más frases.

Antes de hablar de los acrósticos, ligados a la seguridad en las comunicaciones, debo decirte algo sobre el uso de los *Ianuales*. No hemos dicho para qué sirven. Ya te he dicho que los *Ianuales* son más escasos que los *Sumatoriales*. Por tanto, pasar por un *Ianual* es más difícil, y por tanto, más valioso, que hacerlo por un *Sumatorial*.

Los *Ianuales* pueden emplearse como los *Sumatoriales*, para pasar por ellos, dando con ello una señal al lector de que está leyendo la estructura original del autor del escrito. Pero también pueden emplearse como compromisos de paso. Así, si después de colocar en el texto 66 palabras, lo que significa pasar por 66, que es el *Sumatorial* de 11, pasas por 70, que es el *Ianual* de 7, estás diciendo que te comprometes a colocar siete *Sumatoriales* en ese escrito, o en ese Capítulo. Puedes usar los *Ianuales* para diversos fines, los que se te ocurran, pero siempre los mismos en ese escrito.

Imagínate que te has propuesto lograr una estructura bastante cerrada, pasando por todos los *Sumatoriales* impares, es decir, de 11, como lo has hecho con 66 palabras, de 13, de 15, de 17, de 19, de 21, etc. Eso es una seguridad que tiene el lector de que está leyendo al autor en su obra original.

Tal vez estas reglas te confundan un poco, Eladio, ¿es así?"

Eusebio sabía que los alumnos tienen tendencia a responder siempre que "sí" a las preguntas de sus profesores. Por eso, a veces él daba la vuelta a la pregunta, para que el alumno tuviera que responder negativamente. Eso le mostraba si sus alumnos estaban atentos.

Eladio lo estaba, porque respondió negativamente con la cabeza.

- "Bien, en ese caso, vamos a ver el uso de los acrósticos. Hay dos tipos de acrósticos, el que debe verse claramente y el que debe permanecer

oculto. Las reglas a que obedecen unos y otros, claro está, son opuestas. Los primeros deben colocarse en la cabecera de las frases, para que sean vistos tan pronto el lector trate de comprobar si el texto los lleva.

Por el contrario, los acrósticos que deban pasar desapercibidos, se sitúan, por lo general, al final de las frases. Eso dificulta mucho su detección.

El éxito de un acróstico estriba en que sólo sea detectado por la persona a la que está dirigido. Generalmente, los acrósticos son claves privadas, para ser conocidas y leídas por muy pocas personas; a veces por dos solamente, quien envía la carta, y el destinatario. Por eso, la palabra y el lugar en que ha de ir colocado el acróstico deben estar pactados. El que aparezca el acróstico en el lugar convenido es señal de que la persona que hizo el pacto es quien escribe el texto, y no otra, haciéndose pasar por ella.

Vamos a hablar de claves en forma de acrósticos pactados por un padre y su hijo, como ejemplo. Éstas se llaman claves privadas. Luego veremos las claves públicas, que se comparten por todos los individuos de una determinada jerarquía, o nivel.

Veamos un ejemplo de clave privada. Supongamos que, cuando termines tus estudios en *Cesarea*, tú y yo establecemos un convenio. Ese convenio de claves tendría que ser amplio, ya que nuestras cartas pueden tener mayor o menor longitud, y el acróstico debe comprender casi toda la carta, pues de lo contrario, un falso mensaje en la parte exterior al acróstico pasaría como auténtico, sin serlo.

De modo que diríamos: Tamaño mínimo de las misivas, seis frases, separadas por punto y seguido. Para misivas de 6, 7 u 8 frases, establezcamos tres o cuatro palabras de 6 letras, para poder usar una u otra, no siempre la misma palabra clave. Y acordemos que sean “sésamo”, “manida”, “coloco” y “parada”. Deben ser palabras con letras comunes, no debería ser “zuncho”, algunas de cuyas letras son poco frecuentes.

¿Dónde se coloca la clave? ¿Cómo última letra de cada frase? No. Se acuerda a qué distancia del extremo deben ir las letras de la clave. Nosotros podríamos acordar que las seis letras de la clave fueran a un total de 9 lugares del extremo de las frases. La posición concreta de cada letra la decide quien escribe, pero él sabe que la suma de las distancias ha de ser nueve lugares, contados desde el extremo de las frases.

Supongamos que "sésamo" es la clave, o acróstico. Yo podría colocar las dos letras "s" en el extremo de dos frases, con lo que consumiría 2 lugares. Si colocara las tres vocales también en lugares extremos, coincidiendo con el final, consumiría otros 3 lugares. Como he colocado esas letras sumando 5 lugares, me quedan 4. La letra "m" la he de colocar con tres letras detrás, para que ocupe el cuarto lugar desde el extremo de la frase. No podría terminar la palabra de la frase que queda en "tene**m**os", sino en una palabra tal como "pri**m**era".

Ya tenemos cubiertas las cartas con 6, 7 y 8 frases. Hay que hacer la salvedad de que si la carta tiene más de 6 frases, por ejemplo 7 u 8, la clave deje libre las frases extremas y vaya situada en el centro del texto.

Una carta que tenga 9, 10 u 11 frases, debe tener otras 4 posibles claves, de 9 letras. La distancia en este caso sería de 14 lugares. Para cartas más largas, de 12, 13 o 14 frases, acordaríamos otra serie de cuatro palabras de 12 letras cada una. El lugar de esta larga clave, 18 lugares desde el extremo de las frases. Como ves, el lugar se suele tomar el número de letras más la mitad de las mismas, para que sea bastante legible, pero sólo para el que ha pactado la clave.

¿Y para escritos con más frases? Repetiríamos dos claves diferentes del primer grupo. O tomaríamos claves de diferentes longitudes, de modo que entre ambas cubran la práctica totalidad de la misiva.

Éste sería el trabajo para ponernos de acuerdo nosotros dos. Para claves colectivas, se opera de igual modo, con la diferencia de que es el mando superior de ese nivel quien establece las claves para las diferentes longitudes de las misivas y las comunica en privado a los mandos que van a escribirse entre ellos con la clave propia de ese nivel de jerarquía. En estos casos, las claves se cambian cada cierto tiempo, para evitar fugas inadvertidas.

Otro detalle es que cada usuario no puede tener las claves escritas en un trozo de papiro, en un cajón de su escritorio. Debe escribirlas de su propia mano junto con otras falsas claves, de modo que él sepa que la clave auténtica es la que ocupa, por ejemplo, el lugares cuarto, octavo, doceavo, etc. de su lista. Así, si alguien accede a esa lista, no podrá deducir cuál sea la clave auténtica.

Hay más detalles, pero con esto que te acabo de explicar ya sabes más de lo que posiblemente usarás en tu vida. Salvo que asciendas en las

Legiones y llegues a legado, en cuyo caso usarás estos trucos y algún otro más.”

Eladio suspiró aliviado. Había tomado apuntes en su pizarra, pero la pizarra estaba llena ya a mitad de la sesión. Así que tomaba los últimos apuntes en papiro. Y el papiro era caro.

Eusebio concluyó la clase con los acostumbrados deberes. Eladio debería escribir una misiva describiendo *Cesarea*, usando alguna de las claves establecidas en la clase. Debería lograr una redacción fluida, no comenzar los *Sumatoriales* hasta tener 50 palabras, e incluir tanto *Sumatoriales* como *Ianuales*, con la particularidad explicada para los segundos. (1)

Nota del Autor.

(1) Todas las Cartas de unos personajes a otros en este libro tienen estructura. Cuando los hay, los acrósticos se remarcan en negrita y subrayado, como tene**m**os y pri**m**era en esta página.

Capítulo 23
Perseguidores

Año 303

Tras la conversación mantenida con Constantino, Lucio Coelio Lactancio Firmiano se sentía radiante. Ya podía poner en marcha su gran obra. No había convencido a Diocleciano, el actual Augusto Iove, a quien los dioses maldigan, pero tenía el apoyo del joven Constantino, hijo del César de Occidente, Constancio, apodado Cloro.

Por ello, desde el fondo de su corazón, Lactancio bendecía a su protector, Constantino, y acumulaba odio y resentimiento hacia Diocleciano y hacia su César, Galerio, que le había tratado despectivamente en su palacio de *Sirmium*. Y que, pensaba, había influido en la negativa final del Augusto Diocleciano. Aquella retención,

totalmente inútil, de cuatro días, en *Sirmium*, ahora lo veía claro, era para enviar un mensajero a *Nicomedia*, exponiendo a Diocleciano su rechazo. Esta convicción hizo que aumentara su odio hacia el César Galerio, culpable del rechazo del Augusto Diocleciano.

Pero esas adversidades, que tanto dolor le habían causado, estaban superadas. Ahora debía ponerse en marcha y realizar el plan de su vida. Había traído sus útiles de escribir, en un pequeño envoltorio, envueltos en trapos de lino. Y también unos pocos rollos de papiro en blanco, por si quería escribir en el viaje. Pero el disgusto con su acompañante impidieron la inspiración de las Musas. Las Musas, lo había observado, sólo le visitan a uno cuando la vida le sonríe. Ellas forman parte de esa sonrisa. La diosa Fortuna las enviaría, pensaba Lactancio, ahora que la suerte le sonreía.

Para el plan de escrituras que tenía pensado acometer, tenía de sobra con el material que traía. Desplegó cuidadosamente uno de los rollos de papiro, cortó una tira de anchura un palmo, se sentó a la mesa y empezó a reflexionar.

Hubiera sido más deseable acometer la labor con el apoyo de Diocleciano. Porque él, Lactancio, tenía ya cincuenta y ocho años. Se conservaba bien de salud, casi no había tenido enfermedades en su vida. No tenía vicios, nunca había bebido, no se mezclaba con mujeres, comía frugalmente … Pero tenía cincuenta y ocho años. El trabajo podía terminarse en seis años, como ya había comentado a Constantino. Pero ... ¿tendría suficiente poder el ahora tribuno Constantino dentro de seis años como para imponer la nueva religión en todo el Imperio? “Mejor no pensar en esos asuntos. Haga yo mi trabajo y el tribuno Constantino hará el suyo cuando corresponda. Todo se arreglará a su debido tiempo”, se dijo.

Entonces enfrentó Lactancio la segunda adversidad, que el equipo redactor no se constituiría todavía. Al finalizar su última visita, Constantino le había dicho claramente que se hiciera la idea de trabajar dos años en solitario. Por tanto, debía escribir libros de la nueva religión sin citar los textos sagrados de la misma durante dos años. Era un reto sumamente difícil.

Tras barajar unas cuantas opciones, llegó a la conclusión de que no podía escribir libros de seguidores de la nueva religión durante dos años ignorando los textos fundacionales de la misma. Tendría que escribir

libros propios, libros en los que expondría sus ideas, demostrando que hacía falta una nueva religión. También haría unos pocos libros ajenos. Y más tarde, tras redactar el equipo los textos sagrados, les añadiría citas. Tendría que hacerlo al final de los capítulos, para no estropear la estructura que formara ahora.

Rememoró lo que había pensado muchas veces en los últimos años. La nueva religión, que tenía decidido se llamara Cristianismo, debía incorporar como suyos los textos sagrados judíos. Era la judía la única religión que adoraba a un Dios Único desde tiempos inmemoriales, más antigua que la griega, y más antigua que la romana. Esta incorporación daría prestigio a la nueva religión, no pudiendo acusársela de ser una religión reciente. Pero eso obligaba a que el Hijo de Dios tuviera que ser judío.

Lactancio siempre pensó hacerle nacer en alguna comunidad judía esparcida por el Imperio, cuatrocientos años atrás. Pero la reducción del equipo a Lactancio y el historiador, disminuía todo en cien años. Miró en uno de los muchos libros que había traído con él y con trescientos años hacia atrás se llegaba a los reinados de Augusto y Tiberio. Ahí había que ubicar el nacimiento del Hijo de Dios, que ahora podría nacer en Judea, romana desde tiempos de Pompeyo.

Recordó el origen de la palabra, ideada por él, y que consideraba una muestra de ingenio. El judío era el único pueblo que adoraba a un Dios Único. El Hijo de Dios tenía que ser judío, para poder adoptar los textos sagrados judíos como propios. Iba a ser el Salvador del mundo, el auténtico rey de Israel. Como rey judío que era, debía ser ungido, ser "el Ungido". Y "Ungido" en griego - pues había que escribir los textos fundacionales en griego, la lengua de la Cultura - se decía "Cristos". Los seguidores del Cristos, se llamarían cristianos, y su religión, Cristianismo.

También le había puesto ya nombre al Hijo de Dios. Puesto que "salvar" en hebreo era "iashá", el Salvador, el que salva, sería "Iesus". Iesus, el Cristo, así se llamaría el Hijo de Dios.

Lactancio también tenía decidido que el Cristianismo sería perseguido a lo largo de los reinados de ciertos Emperadores. Él tenía divididos los Emperadores en buenos y malos Emperadores. Los respetuosos con los privilegios del Senado eran los buenos Emperadores. Quienes habían prescindido del Senado y se habían vuelto autoritarios, ésos perseguirían al Cristianismo, ordenando la ejecución de miles de

mártires. Él se encargaría de convertirlos en Emperadores viles, eternamente odiados. Ellos habrían ignorado las buenas tradiciones romanas, mereciendo el desprecio de todos los patricios, y serían además perseguidores de la nueva religión, el Cristianismo.

El destino había movido los hilos para que los malos Emperadores tuvieran un mal fin. Habían sido asesinados, víctimas de un complot palaciego, o muertos de enfermedades dolorosas. El destino estaba descontento con ellos y lo demostraba así.

Tomando un rollo de papiro hizo una lista de los que serían los Emperadores perseguidores. En orden cronológico iban a ser Nerón, Domiciano, Decio, Valeriano, Aureliano, Diocleciano y Galerio. Nerón y Domiciano murieron asesinados en sendos complots palaciegos. Decio, según Lactancio, había muerto traicionado por sus hombres, luchando contra los *Carpos*. Realmente no fue traicionado; cayó en una emboscada, y, superado en número, pereció honrosamente.

Del Emperador Valeriano, apresado por los *Partos*, nunca llegaron noticias. Lactancio supuso que éstos lo habrían torturado y, finalmente, habría sido ejecutado. Por ello, tenía que ser del grupo de los perseguidores. El Emperador Aureliano, de nuevo, había sido asesinado en un complot tramado por su secretario. Luego Aureliano tenía que ser perseguidor.

Éstos eran los malos Emperadores según su criterio inicial. Pero después de las afrentas de *Nicomedia* y *Sirmium*, el Augusto Diocleciano y su César, Galerio, tenían que pasar a engrosar el grupo de los perseguidores del Cristianismo. Además, como inicio de la persecución de Diocleciano, pondría la fecha en que le persiguieron a él, la auténtica fuente del Cristianismo, el vigésimo año del reinado de Diocleciano [(1)].

[(1)] El año 303.

Cierto que adjudicándoles persecuciones a Diocleciano y a Galerio incumplía su norma de no escribir hechos falsos sucedidos en los últimos sesenta años … pero pudo más su odio hacia quienes la habían despreciado. Aquellos mal nacidos no podían pasar a la Historia con un juicio favorable. No mientras eso dependiera de él.

Dejaría indicaciones para que este libro suyo fuera editado más tarde. O sólo circulara entre personas de toda confianza … algo se le ocurriría.

Llegaba el momento crucial, el verdadero inicio de su labor literaria - en la que podría lucir adecuadamente sus conocimientos de Retórica - la hora de componer obras nuevas, que habrían sido escritas por los seguidores del Hijo de Dios hecho hombre. Su ocasión de modificar la Historia, de asombrar al mundo. Aquél era su gran momento.

Lactancio se sentía henchido de satisfacción, de orgullo, de veneración hacia su benefactor, Constantino, de desprecio por todos los que no habían creído en él, de rencor hacia todos sus enemigos. Iba a poder saciar su venganza contra ellos. ¡Iban a saber todos aquellos miserables quién era él! Contando ya con el apoyo de Constantino, él demostraría al mundo su valía. ¡Dejaría recuerdo eterno de su nombre!

Capítulo 24
Estructuras

Año 303

Eusebio seguía explicando a su sobrino Eladio las reglas a seguir.

- "Hemos estudiado, eso sí, de manera muy resumida, las reglas para escribir bien. Ya te he comentado que todos los antiguos escribían siguiendo este método. Por ello, en sus obras tienes una fuente inagotable de enseñanzas y ejemplos. Hoy debo responder a tu pregunta, para qué se ha actuado así, por qué esas limitaciones a las que, voluntariamente, se someten todos los autores.

Y la respuesta, Eladio, es triple: Por seguridad, como defensa y, finalmente, como complemento de la simple lectura. Pero para que queden claras estas facetas, debemos analizar qué sucede cuando el autor ha terminado un escrito.

Ya tienes - supongamos que eres tú el autor – tu historia terminada. Imaginemos que tu obra consta de cuatro rollos. Tienes los cuatro rollos, transcritos de tus borradores, perfectos, sobre la mesa. Ahora quieres publicar tu obra, y que sea conocida. Ya sabes que para eso se precisa dinero y contactos. Supongamos que tienes ambas cosas. Eres terrateniente y tus fincas te proporcionan bastante más que lo necesario para el sustento, tuyo y de los de tu casa. Además, eres bien conocido en tu región y tienes amistades que te pueden recomendar en otras regiones.

Así pues, decides editar tu obra, para lo que necesitas el dinero, y mandarla a las bibliotecas cercanas, para lo que te servirás de tus contactos y amistades. Conoces varios escribas de tu ciudad y les contratas

para que hagan copias de tu obra. Nombras al de más confianza maestro editor y le encargas un número apropiado de ejemplares. Sean cincuenta.

Si el lugar donde resides es una ciudad importante, tal vez puedas reunir a diez copistas, además del maestro. Si no es así, serán menos los copistas. Si fueran diez, el maestro leerá la obra cinco veces y los diez copistas la copiarán. Y ya tendrás tus cincuenta ejemplares. Antes deberás hacerte con el material de base, que te recomiendo sea pergamino. Viviendo en una ciudad grande, habrá maestros curtidores locales que te preparen el pergamino en la cantidad necesaria. Si no, lo harían llegar de fuera.

Esos copistas pueden cometer errores al hacer las copias de tu obra. El maestro copista las corregirá, o hará que ellos mismos, por parejas, las corrijan. Y los rollos, con sus cápsulas, irán a parar a varias bibliotecas no lejanas a tu ciudad. Tal vez tú, en uno de tus viajes a cierta ciudad, y con cartas de presentación de tus buenos amigos, las entregues en mano al bibliotecario jefe de la misma. Y allá, si tu obra lo merece, él ordenará hacer copias, que iniciarán una nueva expansión de tu obra. Si este proceso de copiado se repite varias veces, las copias últimas contendrán, sin duda, errores. Basta que no se corrija un error en una copia, para que todos los rollos que procedan de ella tengan ese fallo.

Casi todas las obras de esta biblioteca han tenido el proceso que te acabo de describir. En breve plazo deberé viajar a Alejandría y traerme de su biblioteca varias obras, que varios copistas, a los que no conozco, copiarán para mí. De modo que los errores abundan en las copias que circulan entre las manos de los lectores.

Con el método empleado para escribir que te he enseñado, disponiendo de dos copias de una obra, cada una con sus pequeños errores, es posible reconstruir el texto original. ¿Cómo, me dirás, si no se sabe dónde están los errores? Éste es el principal mérito del método que te acabo de explicar.

Pero hay otro caso, más sibilino, en el que está en juego la seguridad, y en el que también el método que ahora conoces, tiene su papel: Las interpolaciones voluntarias. Si tú posees una obra, puedes encargar una copia y añadir un pasaje que te gustaría ver en la obra. Imagina que tienes una obra con personajes importantes en la historia de *Joppe*, tu ciudad. Y no se habla de ninguno de tus antepasados. Tú sabes que tu bisabuelo hizo cosas importantes en favor de la ciudad, pero el libro que posees no las

cita. Y decides incorporarlas a tu copia. Encargas una copia a un copista y le indicas en qué punto debe intercalar un texto con una referencia elogiosa hacia tu bisabuelo. Y luego, haces media docena de copias de la obra modificada, para tu familia. Eso es una interpolación.

Los errores en las copias y las interpolaciones se pueden subsanar con los siguientes medios: Dos o más copias, procedentes de ediciones distintas, y el método que ya conoces. Cotejando las copias, frase a frase, y anotando las variantes que aparezcan, estarás en condiciones de abrir alternativas de redacción. De las dos alternativas que analices, el método se aplicará en una de ellas y sólo en ella. Ahora ya comprendes que una sola palabra, una sola, que se añada, o se elimine, hace que la línea principal de desarrollo deje de pasar por los hitos que el autor dispuso en su día. Pasará una palabra por arriba, o una palabra por debajo. Y esto se repetirá en un *Sumatorial*, o *Ianual*, tras otro. Eso es señal de que una palabra del original ha sido eliminada, o añadida, por inadvertencia del copista. Los errores de copia son fruto del destino, se producen de manera única, aislada, y se detectan con facilidad, gracias al método.

Una obra que se edita para la posteridad, es usual tenga unas defensas muy marcadas, muy cerradas. Por otra parte, cada autor tiene una manera peculiar de realizar la estructura de su obra. En alguna ocasión ha sucedido que la obra de un autor conocido ha sido interpolada, añadiéndole ideas peligrosas, ajenas al autor original. Si éste es acusado de propagar ideas contra el Imperio, la obra original, siempre en su poder, y las defensas habituales que en ella existen, son su mejor prueba, a juicio de los entendidos designados en el proceso, para demostrar su inocencia del cargo que se le impute.

En la correspondencia estratégica, la que se da entre monarcas, o entre mandos del ejército, los acrósticos en clave, pactados conjuntamente, aseguran la inviolabilidad de la correspondencia oficial. Nadie, salvo la persona idónea, conoce las palabras que deben intercalarse y el lugar en que debe hacerse.

Así que, como ves, todo está pensado para que sea posible averiguar, con un poco de trabajo, cuál es el texto primitivo de cualquier obra. Ello fue necesario al comprobarse la degradación que sufrían los textos al pasar por media docena de copistas. Ten en cuenta que el copista cobra por *stichos*, por líneas escritas, no por el tiempo empleado en hacer la copia. Y que el tiempo dedicado a corregir no se paga. Eso hace que ganen más

cuanto más rápido escriban. Y la rapidez va, frecuentemente, reñida con la precisión.

Te he explicado, por tanto, el aspecto de seguridad y de defensa del autor, ante los errores de copia, ante las interpolaciones y la seguridad en las comunicaciones oficiales. Además, hay otro aspecto que añade un aliciente al hecho de tener una obra escrita, el estudio que el lector puede hacer del estilo del autor. Descubrir la estructura de un escrito puede ser un entretenimiento que proporciona tanto o más placer que la misma lectura de la obra.

Con una pizarra al lado, el dueño de un libro puede emplear horas y horas, anotando la manera que tiene un autor de formar la estructura de los capítulos de su obra. Y de allí puede aprender, como será tu caso, y tomar numerosos ejemplos de estructuras hermosas, dignas de ser recordadas e imitadas.

O puede simplemente disfrutar de la belleza de una obra bien hecha, admirando el ingenio del autor. Por eso, una biblioteca privada con media docena de obras puede ser suficiente para satisfacer el ansia de saber de un romano culto y permitirle disfrutar durante toda su vida, comparando estilos y maneras de un autor y otro.

Hay - lo verás en breve, en cuanto empieces a analizar las obras de los buenos escritores - mucho que aprender en las obras antiguas. A mí me ha sorprendido comprobar que, no ya los primeros autores latinos, como Nepote o Catulo, sino incluso los primeros autores griegos de los que se ha conservado obra, como Homero o Hesíodo, ya escribían con estructura, y éstas eran perfectas y complejas. Lo que significa que las aprendieron, que no las inventaron ellos. Y las tuvieron que aprender de los egipcios, la cultura más avanzada de aquellos tiempos.

Los hebreos también las tienen en sus obras más antiguas, notoriamente en su Torá. Y, en este caso, la aprendieron, sin duda, de los asirios, cuando fueron deportados a Babilonia. Pero los asirios eran un pueblo guerrero, incapaces, como todos los pueblos guerreros, de crear en el campo del arte y del saber. Luego ellos lo recibieron de pueblos anteriores a los que conquistaron. Los asirios conquistaron Egipto, pero los hebreos ya residían en Babilonia antes de esta conquista, luego no fue de los egipcios de quienes aprendieron los asirios. Y aquí se pierden mis conocimientos de Historia antigua.

Así que, como conclusión, llego a la convicción de que escribir con estructura oculta se ha practicado desde tiempo inmemorial. Tal vez quien inventó la escritura, inventó al mismo tiempo la estructura de los textos. Tal vez, como defienden los amigos de lo mágico, algún dios nos reveló en sueños, la forma de escribir y la forma de ocultar en lo escrito la armonía y el orden divinos. Y la escritura sería, como dicen los tales, un regalo de los dioses. Creo que es más bien fruto del ingenio del hombre, tanto más agudo cuanto más nos remontamos en el tiempo.

No puedo evitar, mi querido Eladio, un cierto poso de tristeza al comprobar que, de cuanta más riqueza nos rodeamos, más romos se vuelven nuestros intelectos. Los antiguos no tenían alcantarillas en sus ciudades, no tenía agua corriente en sus mansiones, ni mosaicos y frescos en sus moradas; no tenían calzadas empedradas, ni ciudades defendidas por altas murallas de piedra cuajadas de torres, y sin embargo eran capaces de crear obras inmortales, plenas de ingenio y sabiduría. Obras que hoy, nosotros, sólo sabemos imitar y copiar.

Ojalá que cuanto aquí aprendas, Eladio, sirva para espolear tu ingenio y volverte, a imitación de los antiguos, creativo e innovador. No te limites a copiar lo ya inventado por otros, profundiza en lo conocido, llégate a los límites del saber humano en el campo a que te dediques, explora allá y añade algo realmente propio, tuyo, al saber de la Humanidad. Sólo entonces habrá merecido la pena tu esfuerzo, cuando tu saber sea útil a otros. Y podrás ser, tú también, recordado por muchas generaciones."

En los ojos de Eladio brillaba la admiración, y a Eusebio le pareció que quizás algún principio de lágrima.

Capítulo 25

Las dos primeras obras.

Año 303

Lactancio había nacido en la Colonia romana de *Hippo Regius* (Annaba), en la *Numidia* (Argelia), en una espaciosa villa, propiedad de su familia. Su padre no heredó los bienes familiares a la muerte de su abuelo, al ser el segundo varón nacido del matrimonio. Por tal motivo, la infancia de Lactancio transcurrió en su ciudad natal.

La familia tenía propiedades a lo largo de toda el África, desde la *Mauritania Tingitana* hasta el valle del Nilo. Cuando Lactancio entraba en la pubertad, su tío mayor falleció sin dejar hijos, y la titularidad de los bienes familiares pasó a su padre. Éste decidió mudarse a *Leptis Magna* (Al-Khums), a la casa familiar, donde había vivido su hermano mayor, el heredero. A la vista de *Leptis Magna*, Lactancio se propuso olvidar su estancia en *Hippo Regius* y comenzó a pensar que él era ciudadano de *Leptis Magna*, la misma ciudad en la que había nacido el Emperador Septimio Severo.

Cuando su padre murió, poco antes de cumplir Lactancio los treinta, entró en posesión de una cuantiosa herencia y de las propiedades familiares. Ya en vida de su padre, había ayudado a éste como inspector y administrador temporal de algunas posesiones más alejadas de *Leptis Magna*, que era el centro geográfico de los dominios familiares. Había viajado mucho a *Cartago* (Túnez), en la *Tripolitania*. Su padre, en cambio, se encargaba de supervisar las propiedades familiares al Este de *Leptis Magna*.

Recordaba muchas personas nativas del África, con las que había tratado desde su juventud. Decidió que uno de los autores cristianos a los que adjudicaría obras se llamaría Cipriano, el nombre del encargado de su finca cercana a *Cartago*. A otro lo llamaría Arnobio, como el viejo Arnobio, notario, amigo de su padre, ya difunto. Había vivido en *Útica*, ciudad costera, como *Hippo Regius*, distante cuatro jornadas de viaje. Lactancio había mantenido la amistad con él, hasta que murió, una lástima. Era muy provechoso tener amistad con un Notario afamado, con contactos. No tuvo hijos, desgraciadamente. Sería otro autor a inventar. También se llamaba así su Profesor de Retórica.

Lactancio conocía muchos nombres de la región, Tertuliano, Minucio ... Se los pondría a los supuestos autores de libros antiguos cristianos, la religión a crear. En un trozo de papiro que tenía consigo relacionó a los nuevos escritores cristianos y sus características, según antigüedad. Arnobio sería el primero. De esa forma, el segundo podría citar al primero, aunque no al revés. Y el hecho de que unos autores citaran a otros terminaría por crear una tupida red de referencias, que daría total credibilidad al engaño. Ésta era la lista de supuestos autores cristianos que confeccionó Lactancio.

Arnobio. Su viejo maestro de Retórica ... Murió al poco de dar sus clases con él. Sería autor de una apología, o escrito en defensa del Cristianismo.

Minucio Félix. Un rétor [1] que escribiría una apología.

Cipriano. Lo haría inspector [2] de la comunidad cristiana de *Cartago*. Escribiría cartas. Más adelante, con el equipo ya formado, escribiría tratados, con citas sagradas.

Tertuliano. Un rétor convertido al Cristianismo, autor de numerosas obras. Lo ubicaría en *Cartago*, aunque no a la vez que Cipriano, sino antes.

(1) Un rétor era el equivalente a un abogado actual. Había aprendido Retórica para convencer al juez, en un juicio, y era pagado por uno de los litigantes.

(2) "Inspector", en griego *epískopes*, se convertirá en el actual "obispo".

Iba a empezar por el primero. Adjudicaría un libro al que fue su maestro de Retórica. Su maestro era natural de *Útica*, ciudad costera, cercana a Cartago, en el *África Zeugitana*, pero él lo haría nacer en *Sicca Veneria*, ciudad menos importante de la misma región, pero en el interior. Sabía que no debía adjudicar un libro sobre el Cristianismo a un personaje tan cercano en el tiempo, por eso cambiaba su lugar de nacimiento, para hacerlo irreconocible, ya que no había ningún Arnobio, rétor contemporáneo, natural de *Sicca Veneria*. Pero conocía muy bien a su maestro y quería aprovechar esa circunstancia.

Le inventó unos antecedentes, como en los ejercicios que hacían en la Escuela. Se habría convertido al Cristianismo en los últimos años de su vida y habría escrito un libro en defensa de la nueva doctrina, lo que los griegos llamaban una apología. En ella, más que defender el Cristianismo,

atacaría a los no cristianos. Como se dirigía a ciudadanos no convertidos a la nueva religión, no tenía por qué emplear citas de los textos sagrados cristianos. Les hablaría en su mismo idioma. Esta obra le serviría como ensayo.

Lactancio tuvo buen cuidado de diferenciar entre la versión cristiana de su maestro, Arnobio, y la que sería la suya propia, la acertada. No iba a darle a su supuesto maestro la gloria que sólo él se merecía …

Así, hizo a Arnobio defensor de que el Dios Único no sentía ira por los desvaríos de los humanos, cuando sí que la sentía. Ya tenía decidido que uno de sus primeros libros se titularía "*De ira Dei*", de la ira de Dios. Porque Dios, sentir ira, claro que la sentía …

Otra barbaridad que hizo decir a su maestro era que había dioses, los múltiples dioses que adoraban los habitantes del Imperio. Pero que tales dioses eran dioses de segunda categoría, servidores del Dios Único. Cuando la realidad era que sólo había un Dios, Padre Todopoderoso, que lo había creado todo. Esto se lo reservaba para él.

Otro error en que su maestro, Arnobio, incurriría sería decir que el Hijo de Dios, el Cristo, era un dios de segunda categoría. No era así, era igual que Dios Padre, que lo había producido, pero de su propio interior. Era una parte del Dios Único. Y como tal, era plenamente Dios.

Puesto a adjudicar errores a su antiguo maestro, Lactancio no escatimó esfuerzos. En su libro, "*Adversus Nationes*", "contra las Naciones", Arnobio defendería que no era preciso pedirle favores a Dios. Todos los humanos pedían a los dioses su protección. Por tanto, la postura de su maestro era absurda, pero eso a Lactancio le agradaba. No acababa de caerle bien el tal Arnobio, tan soberbio como era ...

Y para que no quedara duda de que él, Lactancio, era más veraz que su maestro, puso en boca de Arnobio que el alma del humano era mortal, que moría al morir el cuerpo, que era creación de un dios de segunda categoría, de ésos que no existían realmente. Él se reservaba la gran verdad, el alma era inmortal. Tanto terminara su vida adorando al verdadero y Único Dios, como no, el alma recibiría el pago de sus obras después de la muerte. Premio eterno, si era ya cristiana, y castigo, también eterno, si no lo era. El modelo egipcio le parecía más acertado que el modelo judío. Además, ¿cómo, si no, podía convencerse a los súbditos del Imperio a hacerse cristianos?

Puso manos a la obra. Y en seis meses ya tenía la obra terminada. Un total de siete libros. No era tan laborioso escribir libros sobre las propias ideas. Había hecho un esquema de qué asuntos iba a tratar y luego lo había seguido, como cuando estaba en la Escuela de Retórica de *Leptis Magna*, y como tantas veces había enseñado a sus alumnos. Para un Maestro de Retórica como él, aquello era sólo un pequeño ejercicio.

Satisfecho con su obra, la leyó varias veces, corrigiendo las frases que le parecían ambiguas. Debía tener buen cuidado de que las palabras que eliminara y las que introdujera fueran iguales en número, para no alterar la estructura.

Lactancio estaba orgulloso de su estilo como retórico. Sus estructuras eran muy cerradas, todo quedaba ligado. No conocía a nadie que estructurase tan bien sus escritos. Ni el mismísimo Cicerón escribía con tal orden. Y así escribiría todas sus obras. Que la posterioridad supiera que él, Lactancio, no sólo salvó al mundo, sino que, además, lo hizo con inmejorable estilo.

A lo largo del tiempo que a Lactancio le costó escribir el libro que adjudicó a Arnobio, Constantino fue notando que el Augusto Diocleciano lo llamaba cada vez menos a su presencia, hasta que dejó de verle durante semanas. Supo que en algo había disgustado a Diocleciano y sospechó que había sido la acogida que había dado a Lactancio. Pero la suerte estaba echada y Constantino supo que no podía volver las tornas a su favor. Entrevistándose con Lactancio, él había pasado su Rubicón. Aún faltaba saber si, como Julio César, triunfaría o resultaría vencido tras hacerlo.

De momento comprendió que su situación era débil, y mandó un mensaje a Lactancio, por medio de un criado, aquél de cuya fidelidad estaba más seguro, diciéndole que no convenía que les vieran juntos, por lo que, hasta nuevo aviso, le ordenaba que no apareciera por su casa. Ya sabía lo que tenía que hacer. Y así, Lactancio, en su casa de *Nicomedia*, por la que no aparecía alumno de Retórica alguno, prosiguió su obra literaria.

Él mismo se había inventado, tiempo atrás, las acusaciones que los creyentes en las religiones ancestrales habrían hecho a los cristianos, acusaciones falsas y muchas de ellas absurdas. No sería difícil desmontar tales acusaciones, según las cuales se habrían convertido al Cristianismo las personas con menos cultura, las más miserables de cada villa, y sobre todo, mujeres, viejos y niños.

Además de ser las más incultas, pretendían conocer al Dios verdadero, y aseguraban que todos los demás estaban en el error, adorando a los dioses que adoraron sus antepasados. Despreciaban la Filosofía y todos los escritos que no conocían; negaban el culto al Emperador, incluso se negaban a servir en el ejército, cuando el Emperador necesitaba las Legiones para proteger de los bárbaros tanto a los cristianos como a los no cristianos. Los cristianos se reunían en secreto, se entregaban a una vergonzosa promiscuidad, llamándose todos "hermanos", y practicando sexo indiscriminado. Incluso, en ocasiones, comían carne humana.

A su vez, Lactancio se había inventado las acusaciones que los cristianos podían hacer a las religiones politeístas, que pululaban en el Imperio. Los dioses no eran sino héroes humanos que, tras su muerte, habían sido elevados por sus admiradores al rango de dioses. Lo mismo se hacía con los Emperadores, una vez difuntos, aunque sólo a aquellos de los que el Senado conservaba buena memoria.

Pero, incluso siendo dioses, se entregaban a los mismos vicios que los humanos, y copulaban unos con otros, se engañaban, y hasta recurrían al rapto de humanos, hembras y varones, para satisfacer sus pasiones. Sus imágenes eran simulacros de madera, recubiertos de metales brillantes, hechos por mano humana, sin ningún poder. Se podía blasfemar de ellos, sin que castigaran al blasfemo. Y podían destruirse sus templos, sin que movieran un dedo para protegerse de tal injuria.

El método que Lactancio había pensado consistía en elegir distintos personajes en distintas épocas, y poner en boca de unos y otros una parte de las acusaciones en uno y otro sentido. De ese modo, irían saliendo los libros supuestamente escritos por cristianos cien o doscientos años atrás.

Tras dar por concluida la apología de Arnobio "*Adversus Nationes*", había empezado otra apología diferente. La de Arnobio era un tratado, con argumentos, expuestos por Arnobio, al modo que los expondría un retórico. La que iba a adjudicar a Minucio Félix tendría forma de conversación entre un cristiano, Octavio, y un infiel, - así se llamaría a los no cristianos - Cecilio. Al final de la misma, Cecilio se convertiría al Cristianismo.

Lo cierto es que aunque se había propuesto que su primer libro y el segundo fueran completamente diferentes, le resultaba difícil inventarse un diálogo fluido entre dos personas, los dos protagonistas del libro,

Octavio y Cecilio. Por ello, rompiendo el rollo de papiro en el que había empezado a escribir una conversación entre ambos, reunió en un largo discurso el ataque de Cecilio al Cristianismo.

Y acto seguido, Lactancio elaboró para Octavio otro largo discurso, a modo de defensa en un juicio, rebatiendo los argumentos de Cecilio y mostrando los suyos propios. En la argumentación de Octavio, Lactancio aprovechó que tenía delante el "*Adversus Nationes*" de Arnobio, su obra primera, para incluir dos frases de Arnobio en la obra de Minucio Félix, su obra segunda.

Tras terminar el libro de Minucio Féliz, que tituló "Octavio", Lactancio quedó agotado. Era más difícil de lo que había pensado escribir obras adjudicándoselas a personas del pasado. No se quedó a gusto con su segundo trabajo, algo echaba en falta. Por eso, decidió que no haría, de momento, más apologías, y que, en lugar de adjudicar obras a terceros, escribiría sus propias obras.

Y empezó la primera de las suyas, la que tituló "Las obras de Dios". Era el primero de sus tratados para explicar su visión del mundo. Al menos, en él no estaba obligado a colocar citas de unos textos que aún no estaban escritos ...

Capítulo 26
Designaciones

Año 304

Diocleciano había mandado llamar a su César, Cayo Valerio Galerio Maximiano, a *Nicomedia*. Diocleciano tenía absoluta confianza en su César. Galerio era una persona sencilla, responsable, con sentido común, esa sabiduría natural tan escasa entre la juventud. En suma, el perfecto romano de tiempos de la República, alguien que no se ha dejado enviciar por las riquezas del Imperio. Por eso lo había casado con su hija Valeria. Y por eso lo nombró su César, el futuro Augusto Iove.

Diocleciano pensaba que sólo el sentido común podía salvar al Imperio. Y sólo alguien que lo tenía era capaz de percibirlo en otros. Por eso toda su obra dependía de la actuación de Galerio como Augusto, de que siguiera aplicando esa su mejor cualidad, ahora que se avecinaba el relevo, y que lo siguiera haciendo en los próximos diez años. Era muy importante lo que Galerio hiciera el año próximo, para encauzar los siguientes diez. Debía elegir a su sucesor, a su César. Y debía ser una persona como él, dotada de esa sabiduría natural, don escaso.

Diocleciano le había enviado un mensaje diciéndole que viniera a *Nicomedia* cuando sus obligaciones se lo permitieran. Y no se extrañó de que Galerio le anunciara su visita una semana después del regreso del mensajero.

A Galerio le agradaba visitar a su suegro en *Nicomedia*. La relación entre ambos era óptima, sin haberse dado nunca distanciamientos. Ni siquiera cuando fue derrotado por los ejércitos de Narsés, al inicio de su

mandato. Su suegro le animó, le mandó refuerzos, dejándole a él al mando del ejército, sin querer intervenir directamente, para que pudiera rehacer su imagen, cosa que logró y que siempre agradeció.

Cuando entraba de nuevo por las puertas de la capital de su suegro, al frente de una numerosa tropa, Galerio recordó la primera vez que se reunió con el Augusto Diocleciano, siendo él comandante de las Legiones del Danubio. Ignoraba el motivo de su citación y a nadie dijo que el Augusto le había llamado. Le trató con cortesía, le preguntó por sus opiniones sobre la situación en la frontera, qué haría para mejorar la eficacia de las tropas, con qué personas de confianza contaba, qué tipo de relación tenía con sus iguales y con sus inferiores.

Durante la conversación Galerio pensó que tal vez pensaba nombrarle para algún puesto de Palacio. Más tarde comprendió que lo había estado tanteando, comprobando si su hoja de servicio reflejaba correctamente sus cualidades y aspiraciones. Sólo muy lentamente le fue desvelando el plan que había fraguado. Y cuando lo hizo al completo, Galerio quedó estupefacto, sin saber qué decir. Pero las dificultades se fueron superando y Galerio siempre encontró en el que sería su suegro una persona razonable, afable y sumamente práctica.

Cuando a Diocleciano le anunciaron que su César esperaba en la antesala, se levantó del trono que ocupaba para las audiencias y se adelantó a recibirle. El César estaba excusado de la ceremonia que regía en Palacio. Galerio entró en el salón de audiencias con el polvo del viaje, quitándose el casco y sonriendo. Se abrazaron. Hubo un corto intercambio de saludos, parabienes y noticias sobre el viaje.

Galerio le entregó una carta de Valeria, su esposa, la hija del Augusto, que rogaba respuesta, a entregar a su marido. Diocleciano se la guardó. Se la daría sin abrir a su esposa, eso le agradaría. El Augusto hizo una seña para que les dejaran solos y los guardias se retiraron, cerrando la puerta tras de sí. Galerio inició la conversación.

- "Vos diréis, Augusto."

- "Ha llegado el momento, mi querido Galerio, de que hablemos de ciertos asuntos importantes a la altura en que estamos. Sabéis los Césares, y sabe mi colega Maximiano, que en menos de dos años procederemos al relevo. Tú ocuparás mi puesto Y el César Constancio, el de Maximiano. Él y yo nos retiraremos. Él a sus posesiones de la Lucania, y yo a mi retiro de *Spalatum*, sobre el que luego te preguntaré"

- "Tengo novedades actualizadas, Augusto, y todo va con las previsiones."

- "Me alegro, pero antes vamos al asunto que te trae aquí. Tiempo atrás, cuando os nombramos Césares, pensé que el hijo del César Constancio podría ser un futuro dirigente máximo del Imperio. Tenía que quedarle muy claro que no era por ser hijo del César, sino por sus propios méritos por lo que ascendía al puesto máximo.

Pero sucesos recientes me han hecho ver que Constantino no tiene la cualidad que yo pido para ser elegido. Carece de esa sabiduría natural que permite a quien la tiene captar el interior de las personas y no caer en las redes de los embaucadores."

Galerio guardaba un absoluto silencio y miraba con fijeza a su Augusto.

- "Os di a los dos la misma información, la de aquel ciudadano de *Leptis Magna*. A ti, hijo mío, te bastó con escuchar su discurso para darte cuenta de que aquel hombre era un visionario, y así me lo dijiste, con la franqueza que te caracteriza. Debes saber que mandé pedir informes de quienes le conocen de toda la vida, y éstos confirman nuestro juicio: Ese ciudadano es un apestado en su propia ciudad. De buena familia, con importante patrimonio, pero se ha alejado de los de su clase y está considerado como alguien excéntrico, sin prestigio entre sus conciudadanos.

Constantino, en cambio, ni en la audiencia, ni más tarde, ha podido ver lo que tú y yo vimos sólo con oírle hablar. Por algunos de mis informadores sé que lo recibe en su casa y que sigue en contacto con él."

Galerio se sobresaltó.

- "¿Deseáis hacer algo al respecto?"

- "No. Dejaré las cosas estar, por respeto a su padre, pero quiero que sepas que he cambiado mi juicio sobre él. En modo alguno recibirá responsabilidades similares a las de su padre. Su *cursus honorum* debe proseguir. Será un buen legado, puede ser cuestor, y pretor, incluso llegar al consulado, pero nunca deberá ser César. Se deja influir por quienes no debiera."

- "Lo tendré en cuenta, Augusto."

- "Vayamos ahora a tu trabajo, Galerio. Debes encontrar un César, que colabore contigo en el gobierno de la parte oriental del Imperio. Debes decidir si tu futura Prefectura será la actual, ampliada, claro está, o

prefieres asumir la de Oriente. Sitúate donde creas que tu deber te llama. La otra Prefectura será para tu César. Uno tendrá su residencia en *Sirmium* y cuidará de las fronteras del Danubio, incluso de la *Tracia*, si se diera el caso. El otro deberá asegurar la frontera oriental y mantener contenidos a los *Partos*. Vendrás a *Nicomedia* el día del traspaso de poderes."

- "Lo que digáis, Augusto."

- "Y ahora debemos ocuparnos del Oeste. Por la red de informadores que creé, sé que el hijo de mi colega Maximiano no es persona apta para el gobierno imperial. Maximiano ha sido un magnífico Augusto y sé que Constancio no lo será peor, tal vez al contrario. Mi plan era poder decirle que su hijo iba a ser su propio César, pero no será así. Y no puedo ordenarle que elija a su César, desechando al hijo.

Por eso, ese trabajo va a caer sobre tus hombros. Debes encontrar a dos Césares, el tuyo y el de Constancio. Aunque luego vaya a gobernar la *Galia*, *Britania* e *Hispania*, debe tener las mismas cualidades que quien elijas como tu César. Que ambos sean personas que puedas confiar en ellas como confías en ti mismo.

Ya me has oído alguna vez, que tengan ese sentido común, innato, que no es fácil de hallar, pero que, entre tanto buen oficial, sin duda encontrarás. Cualidades militares, para ocuparse de las fronteras, y sentido común, para regir con acierto la vida civil. Alguien como tú, hijo mío."

- "Lo haré, Augusto, no os defraudaré. ¿De qué tiempo dispongo para elegirlos?"

- "Tienes un año. No te precipites, agota el plazo. Recuerda que no puedes equivocarte. Tienes medio Imperio a tu disposición para elegir a esas dos personas. Roma necesita que aciertes. Con ambos. Me informas de tu elección, porque seré yo quien se lo comunique a ambos. Pero de eso ya trataremos a su tiempo."

- "Dejad ese tema en mis manos. Augusto."

Hubo un silencio. Luego Diocleciano, que parecía cansado hablando de la sucesión, se animó. Su cara rejuveneció cuando hizo la siguiente pregunta.

- "¿Cómo va mi futuro refugio de *Spalatum* (Split)?"

- "Como vos pensabais, Augusto. Ya está casi terminada vuestra residencia, y se avanza según el plan previsto en los demás pabellones. Las murallas y sus torres ya han sido coronadas. Estará todo terminado para la fecha prevista, tal vez un par de meses antes. Os traigo los esquemas con

la situación actual, hechos por vuestros arquitectos. Mandé a por ellos tan pronto me llegó vuestro mensaje."

La conversación derivó luego sobre la situación en el Imperio, que se mantenía favorablemente en paz.

Capítulo 27

La petición.

Año 304

Mientras, en Occidente, el Augusto Hércules, Maximiano, tuvo que resignarse, de no muy buen grado, a retirarse a la vida privada. Maximiano no cesaba de hacerse una pregunta.

"¿Por qué tiene que abdicar Diocleciano, obligándome a abdicar a mí? Ningún Augusto hizo nunca tal cosa ... Con el Imperio ya pacificado, ahora que todos los enemigos de Roma habían sido sometidos definitivamente, pasadas las campañas e inquietudes que hubo que padecer en los inicios, ¿por qué no aprovechar y permanecer unos cuantos años más en el poder?" Pero había hecho a Diocleciano una promesa, y él haría honor a su palabra. Estaban cometiendo un gran error, dejando el mando a los Césares, que aún no estaban preparados para tan alta responsabilidad ..."

Las preocupaciones del César Constancio tenían otros derroteros. Hasta hace bien poco, sus informadores en *Nicomedia* le daban cuenta del favor que su hijo gozaba por parte del Augusto Dioclecinao. Pero las noticias que últimamente le habían llegado de *Nicomedia* eran otras. Era evidente que algo había pasado y Constantino no seguiría sus pasos hacia la púrpura. Esto le contrarió enormemente. Sea por la causa que fuere, la situación había cambiado. Constancio presentía que su hijo podía correr peligro en *Nicomedia*, si seguía allí tras la abdicación de Diocleciano. Por eso, lo primero era traerlo a casa. Luego ya se enteraría de qué había sucedido para que su hijo perdiera el favor de Diocleciano.

Lo pensó detenidamente y decidió apelar al fondo de nobleza que sabía que había en el interior de su Augusto. Una noche, a finales del invierno, cuando Teodora y los niños estaban ya acostados, tomó el cálamo y sobre un pergamino nuevo redactó cuidadosamente lo que sigue. Entregó el pergamino a su secretario, para que pusiera las claves acordadas con el Augusto Iove. Una vez revisado, partió el mensaje, por la *posta imperial*, para *Nicomedia*. Decía así:

"El César Constancio, al Augusto Iove, Diocleciano. Salud.

Ahora que, porque vos así lo dispusisteis, el proceso de sucesión se ha puesto en marcha, permitidme que os haga, mi

respetado Augusto Diocleciano, un ruego de padre.

Os confié, porque lo considerasteis conveniente, a mi hijo, Constantino. Han pasado ya diez años.

Y en las circunstancias presentes, deseo servirme de su reconocida habilidad militar, organizando una expedición contra los Pictos, bárbaros despiadados del Norte, que han invadido nuestras tierras, sembrando la ruina y la muerte.

Reiterándoos, Augusto, mi respeto y absoluta lealtad, os ruego escuchéis mi súplica de padre, y le permitáis que vuelva conmigo.

Cuidaos."

Además de su temor, el César Constancio tenía otro motivo para reclamar la presencia de su hijo. Su salud había empeorado recientemente. Los médicos no sabían el origen de su mal, que le ocasionaba fiebres altas durante unos pocos días. Fiebres que luego desaparecían. Pero no quiso comentar nada de este asunto a su Augusto.

Ahora que se acercaba la fecha de su ascenso al rango de Augusto, su salud no debía empañar tan magno acontecimiento. En la primavera debería viajar a *Mediolanum*, donde su Augusto, Maximiano, le revestiría con el manto de púrpura que hasta ese momento llevaba él. Constancio pasaría a ser el Augusto de Occidente. Por su parte, Diocleciano cedería el puesto a su César Galerio, y se retiraría a la residencia que se había hecho construir en *Spalatum*, cercana a su *Salona* natal.

Constancio se acercó al mapa que cubría gran parte del muro oriental de su despacho. Representaba las cuatro partes en que el Augusto Diocleciano había dividido el Imperio.

El Augusto se había reservado el Oriente, que incluía Egipto, la *Siria-Fenicia*, el *Asia Menor* y la *Tracia-Moesia*. Su capital, *Nicomedia*, al Norte del Asia Menor. Diocleciano guardaba la frontera oriental, protegiéndola de los *Partos*, enemigos declarados de Roma.

A su César, Galerio, le había confiado la menor porción de todas, la *Panonia*, *Macedonia* y la *Acaya* (*Grecia*). Pero la longitud de su frontera era equiparable a las demás Prefecturas. Su capital, *Sirmium*, estaba junto al Danubio.

Su Augusto, Maximiano, regía la *Tripolitania* y la *Mauritania*, en África, junto con Italia y la *Iliria*, que comprendía *Retia* y *Dalmacia*.

Maximiano tenía por capital *Mediolanum*, al Norte de Italia.

Su zona era la más occidental. Llegaba desde el extremo Norte de *Britania*, el muro de Antonino, hasta la *Mauritania Tingitana*, en el extremo occidental de África, incluyendo, además, las *Galias* e *Hispania*. Constancio, por su parte, residía en *Augusta Treverorum*, junto a la frontera del Rhin.

De ese modo, la frontera Norte, allá donde el riesgo era mayor, estaba vigilada por los dos Césares, capaces de recibir ayuda de sus dos Augustos, si hiciera falta. Esta inteligente disposición de las fuerzas, diseñada por el Augusto Iove Diocleciano, había hecho que la paz reinara de nuevo en todo el Imperio, cosa que no había sucedido desde tiempo de los Severos, hacía de ello setenta años.

Constancio estaba seguro de que, con el relevo que en breve se realizaría, la situación se mantendría no sólo los diez años que les previsiones le otorgaban, sino muchos decenios más. No conocía al que sería su César, pero confiaba en que sería un colaborador eficaz. No en vano pasaría el control que, no dudaba, Diocleciano realizaría respecto a él. Sólo le faltaba su hijo, Constantino, a su lado, para tener el horizonte plenamente despejado y favorable.

Nota del Autor.

La estructura de la Carta citada en este Capítulo figura en el Anexo 1.

Capítulo 28

Las “Institucionres divinas.”

Año 305

Desde hacía varios meses Lactancio atravesaba una época de fertilidad literaria. Terminado “*De opificio Dei*”, “La obra de Dios”, había iniciado una serie de escritos, que atribuiría a un tal Tertuliano. Lo ubicó en *Cartago*, ciudad que conocía, y lo situó en los tiempos de Septimio Severo, uno de sus Emperadores favoritos, no perseguidor de cristianos. Tertuliano, igual que él, era retórico, y, también como él, polemista.

No pudiendo citar ningún texto sagrado cristiano, porque no estaban escritos todavía, le escribió tratados del tipo apología, defendiendo a los cristianos de las acusaciones, todas ellas forjadas en su imaginación, que les lanzaban los infieles, sus encarnizados enemigos.

En la historia que Lactancio había forjado, en sus años de estudio y preparación, necesitaba un mundo polémico, repleto de discusiones y enfrentamientos dialécticos, donde un retórico como él se hiciera valer, pudiendo demostrar sus dotes lingüísticas.

Había estudiado y anotado cuidadosamente la Septuaginta (1), la Biblia hebrea, traducida al griego por los Setenta. Y tenía una larga serie de profecías y detalles con los que había ido estructurando la vida del futuro Hijo de Dios.

Además, se había dado cuenta de que una manera de escribir con rapidez un libro era seguir libros de otros autores anteriores y contradecirles. A él se le daba bien contradecir; podía contradecir cualquier argumento ajeno. De ese modo, llevando la contraria a autores conocidos, los libros surgían con cierta facilidad de su escritorio.

En la Biblioteca de *Nicomedia* estaban representados la casi totalidad de autores clásicos. Se pasaba todas las mañanas en la Biblioteca, tomando referencias de autores a los que en sus escritos rebatiría. Y a la tarde se dedicaba a escribir su obra y a llevar la contraria a todos los escritores anteriores. Y su producción se acumulaba, a la espera de la cita con su benefactor, Constantino.

Lactancio había terminado ya una nueva apología, que tituló “*Apologeticun*”, el tratado “A los paganos”, que le dio para dos libros, y otro, más corto, que tituló “El testimonio del alma”. En el primero, y sin

darse cuenta, repitió muchos argumentos ya sacados a la luz en su obra anterior de Minucio Félix [2]. En el segundo se promocionaba la fe. Fe que iba a ser necesaria, para creer en todo lo que él iba a dar a conocer al mundo.

A continuación Lactancio sacó a la palestra a Cipriano, también de Cartago. Haría de él inspector, o jerarca, de la nueva religión. Como inspector iba a ser famoso por su elocuencia. Eso le permitiría escribir cartas a comunidades cristianas extendidas por todo el Imperio.

[1] Cuenta la Tradición que setenta y dos traductores se pusieron a traducir la Biblia hebrea en habitaciones aisladas, y todos ellos, inspirados por Dios, coincidieron en la traducción. Una más de las leyendas que tanto gustaban en la Antigüedad.

[2] **Nota del Autor**. Haber escrito el "Octavio", supuestamente de Minucio Félix, y a continuación el "*Apologeticum*", adjudicado a Tertuliano, resultó en una similitud tal de pasajes, que los "estudiosos" de muchos siglos después verán con claridad que uno de ellos había influido en el otro, pero no podrán decidir si fue Tertuliano quien copió a Minucio Félix, o sucedió al revés.

No costaba mucho inventar cartas que los obispos de otras comunidades le escribieran a él, y las que él respondía. Eso probaría que el Cristianismo ya estaba extendido por todo el Imperio hacia el año 200.

Cipriano sería el término posterior de los escritos. Para cuando pasaran los seis años establecidos por Constantino y se publicaran los libros que él estaba ahora redactando, habrían pasado unos setenta años y nadie podría reclamar que en Cartago no había habido obispo alguno con tal nombre, ni que, lo que era más importante, tampoco había habido cristianos.

Escribió dos docenas de cartas sin cita alguna de textos sagrados. Cuando los tuvieran ya redactados, formado el equipo redactor, escribiría otras dos docenas de cartas con citas. Luego las mezclaría, y sería imposible descubrir el verdadero proceso de redacción.

Hasta ahora había escrito todo en latín. Tenía que escribir al menos una obra en griego, el idioma de la Cultura en el Imperio, y disimular su carencia respecto a este idioma. No conocía *Antioquía Epidafne*, pero le escribiría un par de libros a un instructor, u obispo, de tal ciudad. Decidió

que se llamara Teófilo, el que ama de Dios, y que Teófilo escribiera a un detractor del Cristianismo, amigo suyo, que llamaría Autólico.

Decidió hacerlo como había hecho el Octavio, un largo discurso, en el que defendiera los conceptos cristianos, lo que siempre se llamó una apología. Alternó el ataque a las demás creencias con la defensa de los valores de que él pensaba dotar al Cristianismo.

Para atacar a las creencias ajenas citó estrofas enteras de Homero, Hesíodo, Sófocles, Eurípides, y otros poetas menores, con los que discrepó. También repudió la Filosofía, aunque sólo de pasada. Por el contrario, se extendió largamente en la creación del mundo y del hombre, tomando los pasajes iniciales del Génesis, y explicando su versión de lo que hizo Dios y por qué lo hizo.

Terminó el libro segundo copiando la continuación del libro del Génesis, hasta llegar a Caín y Abel, el diluvio y el politeísmo que vino luego, cuando la confusión de las lenguas en la torre de Babel. Y terminó el libro con una larga cita de la Sibila.

Iba a dar por concluida la obra cuando se dio cuenta de que podía incluir en ella una defensa de la antigüedad del Cristianismo. Decidió añadir un tercer libro, incluyendo los Diez Mandamientos, tomados del Éxodo, y una larga genealogía que demostrara que la Biblia hebrea - que el Cristianismo adoptaría como propia - era más antigua que Homero y que Hesiodo, los poetas griegos que habían dado a los griegos la genealogía de sus dioses. Con eso se quedó satisfecho.

En esta obra, como en casi todas las suyas, Lactancio incluyó listas de virtudes y, sobre todo, listas de maldades. Le parecía, además, muy pedagógico incluir semejanzas, analogías. Tenía gran facilidad para idearlas. Defendió en los libros a Autólico su idea de que los dioses múltiples de los pueblos eran humanos que habían sido divinizados después de muertos. Y que las imágenes de los dioses, hechas de madera recubierta de metales preciosos, eran simples leños, ajenos por completo a la divinidad que se les atribuía. Mostró un notable desprecio por la Filosofía, ridiculizando a sus defensores. [1]

[1] **Nota del Autor**. Muchos siglos después, unos Editores de esta obra expresarán una penosa impresión del autor de la misma, diciendo de él que era "*un tipo profundamente antipático, que desdeña y desprecia lo que no ha llegado a entender*." (Padres Apologetas Griegos. Edición

bilingüe completa. Daniel Ruiz Bueno. Biblioteca de Autores Cristianos, 1.996. Pág. 758.)

Hasta que Constantino, con quien no debía verse, le presentara al otro miembro del equipo, Lactancio seguía con sus libros. Sobre la situación, se consolaba:

"Resignación, las cosas podían haber ido peor."

No hacía sino pensar en el historiador, con frecuencia, maldiciéndolo. Estaba claro que sólo serían dos, y, cuando se conocieran, planearían conjuntamente los textos sagrados. Pero hasta entonces, debía seguir escribiendo libros de la nueva religión, el Cristianismo, sin citar ni una sola frase de los textos sagrados, aún no elaborados.

Lactancio estaba ya cansado de escribir tantas apologías - escritos defendiendo el Cristianismo contra los extraños - lo que había hecho hasta el presente. Nunca lo iba a reconocer, pero sabía que no lo hacía bien. Era evidente que las apologías escritas se parecían demasiado. Empleaba los mismos argumentos, aunque se esforzaba por cambiar el orden de los temas, la forma de hablar de los autores ...

Su forma de pasar a la Historia, dado que no dejaría descendencia, tenía que ser por su propia obra, por sus ideas. Y se había enamorado de sus explicaciones sobre el pasado y de sus previsiones para el futuro. Él había llegado al núcleo de la verdad universal y su gran obra sería regalar esa verdad al Imperio, hacerla realidad, salvando el mundo de su final.

Entusiasmado con tales ideas y tras hacer un esquema de lo que iba a enseñar en sus "Instituciones Divinas" comenzó la redacción de la que tendría que ser su obra cumbre. Lactancio comenzó explicando lo que se proponía hacer. De ahí que desde un principio, escribiera:

> *"He creído conveniente prestar ayuda a los que erraban ... para que los sabios se dirijan hacia la verdadera sabiduría, y los ignorantes hacia la verdadera religión."* (1)

Había un fondo de resquemor en Lactancio. No podía olvidar que todos los conocidos a los que se dirigió para exponerles sus incipientes ideas, le dieron la espalda al poco de empezar sus explicaciones. No se daban cuenta del peligro que se cernía sobre el Imperio. Y no querían reconocer que él, Lactancio, había encontrado la solución. Ni sus compañeros de la escuela de Retórica, ni los responsables de la Biblioteca

de *Leptis Magna*, ni las autoridades de la ciudad, nadie le había escuchado, nadie se había interesado. De ahí que, en toda la doctrina que se disponía a sembrar, iba a ser muy despectivo con los, según él, mal llamados "sabios".

Un poco más adelante, añadió:

> *"No hay ningún alimento más dulce para el alma que el conocimiento de la verdad. A afirmar y explicar esta verdad he dedicado estos siete libros, a pesar de que este objetivo necesitaría una obra casi infinita e inmensa ...*
>
> *Pero yo lo resumiré todo brevemente, porque es tan claro y evidente lo que yo voy a aportar, que lo que resulta realmente extraño es que siga apareciendo tan oscura la verdad a los hombres, sobre todo a ésos que generalmente son llamados "sabios"; y también porque sólo pretendo instruir a los hombres, es decir, llevarlos desde el error en que están inmersos al camino recto."* [1]

[1] Instituciones divinas. Biblioteca Clásica Gredos. E. Sánchez Salor. 1.990. Págs. 66 y 69, respectivamente.

La lógica reclamaba que hubiera un solo Dios al mando del mundo.

> *"... de la misma forma que no habrá ejército si no está todo él bajo un solo general y guía ... de la misma forma, si no estuviera al frente del gobierno de este mundo solamente uno, sobre el cual recaiga el poderío de la totalidad, el universo se destruiría y arruinaría."* [1]

Citó luego los pocos filósofos y poetas que habían defendido la existencia de un Dios único. También las Sibilas eran partidarias de un solo Dios. Por el contrario, eran numerosos, empezando por Hesíodo, los partidarios de los muchos dioses. El colmo del error era suponer que había diosas - ¡horror de horrores! – idea contra la cual Lactancio argumentó que los dioses, caso de existir, no las necesitarían, pues ellos no copulaban; estaban ocupados dirigiendo el mundo.

Pasó revista a los diferentes dioses griegos y romanos, sacando fallos a todos y cada uno. Como lo tenía a mano, incluyó en el libro

primero de sus "Instituciones Divinas" una cita del "Octavio", supuestamente de Minucio Félix, recientemente escrito, sobre Saturno. No obstante, Minucio no había explicado las cosas con toda propiedad, así que él lo hizo, corrigiéndole.

Insistió en que los dioses múltiples no eran otra cosa que hombres divinizados a su muerte. Aprovechó los recién terminados libros a Autólico para citar, al final de su libro primero de las Instituciones divinas, alguna frase del tercero de ellos.

En el segundo libro arremetió contra las estatuas de los dioses, simulacros hechos por los hombres; y también contra los filósofos, que no acertaban con la doctrina verdadera, porque la verdad no puede ser hallada con las fuerzas humanas, y aseguró:

> *"Esta facultad* (la de hallar la verdad) *nos fue concedida a nosotros, los cristianos, a quienes Dios concedió la ciencia de la verdad."* (1)

En el tercero, tras nuevos ataques a la Filosofía, concluyó que …

> *"la única esperanza y la única salvación del hombre está en la doctrina que nosotros defendemos."* (1)

En el cuarto libro alabó la labor de los Profetas de Israel, para justificar la antigüedad de la nueva doctrina, pero calificó de pérfido, ingrato y aborrecido de Dios al pueblo judío, basándose en los mismos Profetas.

Nada más iniciar el libro quinto volvió a citar a Minucio Félix, a Tertuliano y a Cipriano. Insistió en la edad de oro de Saturno y la perdición que vino con Júpiter, siendo ambos, padre e hijo, reyes. En el libro siguiente, Lactancio hizo una recopilación de temas ya tratados. Y eligió el último libro, el séptimo, número sagrado, para hablar del final de los tiempos. Las cuentas, para él, estaban claras: Habían pasado más de cinco mil quinientos años desde la creación del mundo - el cálculo exacto estaba hecho en el tercer libro a Autólico. Dado que un día para Dios (un día de la creación) son como mil años humanos, los seis días de la Creación, es decir, los seis mil años de vida en este mundo, estaban a punto de finalizar. Luego se estaban viviendo las inmediaciones del final del mundo. Este final se adelantaría si Roma sucumbía.

Y Lactancio procedió a describir cómo iba a ser ese final, más pronto o más tarde. Lactancio terminó su magna obra pocos días antes de recibir un mensaje de Constantino. Era el mes de Marzo del año veintidós de Diocleciano (año 305).

(1) Instituciones divinas. Biblioteca Clásica Gredos. E. Sánchez Salor. 1.990. Págs. 75, 176 y 340, respectivamente.

Capítulo 29

Anuncio de marcha.

Año 305

Diocleciano había recibido la carta del César Constancio, que aguardaba sobre su mesa del despacho, pendiente de respuesta. Veía claro que sólo tenía una salida, permitir el regreso del hijo con su padre. Así, cuando Diocleciano terminó de despachar con su *Magister Officiorum*, llamó a uno de sus secretarios. Y dictó lo que luego sería:

"El Augusto Diocleciano, a Constancio, César.

He recibido la vuestra, que considero apropiada.

Efectivamente, Constantino, vuestro hijo, aprovechó su estancia entre nosotros; ha dado muestras de su valía. Se parece a vos, tiene vuestro carácter.

Espero - y sé que no me defraudaréis - que con él, consigáis realizar vuestro propósito, libraros de esos bárbaros que acosan a nuestros ciudadanos, impidiendo la paz romana en Britania.

He dispuesto, respondiendo a vuestros deseos, que os reunáis en Mediolanum, en dos meses, cuando recibáis la púrpura.

Ello revalorizará sin duda vuestra investidura. Sabéis que entonces me retiraré a Spalatum, cerca de Salona. Apreciaré recibir vuestras nuevas, sobre los Pictos, o sobre otros asuntos."

Al día siguiente, un mensajero partió para *Augusta Treverorum*, la capital de Constancio. Diocleciano hizo llamar a Constantino, que estaba acantonado con su escuadrón en las afueras de *Nicomedia*. El joven se presentó a las pocas horas, con su coraza reluciente.

Se inclinó ante el Augusto, quien le mandó sentarse ante su mesa. Lo había recibido en su despacho, no en el salón de audiencias. Constantino sabía que la llamada del Augusto anunciaba novedades importantes. Permaneció, prudentemente, en silencio. Hacía meses que el Augusto no le llamaba.

- "He recibido carta de vuestro padre."

Constantino no dijo nada. No se movió. Diocleciano continuó.

- "En ella me pide que os permita volver a su lado. Y he decidido que podéis servir a Roma junto a él, tanto como aquí. Por eso voy a daros mi permiso para partir. Disponéis de tiempo suficiente para preparar vuestro equipaje, comprar un carruaje adecuado y cerrar vuestros asuntos en *Nicomedia*."

El Augusto miró a Constantino con una mirada fija. Éste se supo descubierto. No obstante, sostuvo la mirada por un momento, antes de agradecer la noticia.

- "Sois muy generoso, Augusto. Me alegran mucho vuestras palabras. Estaré encantado de volver con mi padre."

Dudó un momento, porque esta eventualidad ya la había previsto y quería hacer algo antes de irse de *Nicomedia*.

- "¿Puedo preguntaros cuándo y cómo se hará el viaje?"

- "Partiréis dentro de una semana. Vuestro destino será *Mediolanum*, donde vuestro padre será investido Augusto, como sabéis. He previsto que os acompañe una escolta de veinte jinetes. He respondido a vuestro padre de vuestra seguridad. Iréis por *Tracia*, cruzando el estrecho, por la vía que bordea *Macedonia*, hasta *Tesalónica*. De allá, por *Dirraquium*, subiréis por el *Ilíricum*, hasta *Aquileia*. Y por *Brescia*, a *Mediolanum*. No debéis tomar barco alguno. Es más segura la ruta por tierra."

La larga exposición del Augusto había dado a Constantino el respiro que necesitaba para lanzar su pregunta.

- "Augusto, habéis sido muy bondadoso conmigo durante todo este tiempo, y ello me anima a pediros un último favor. No quisiera partir sin despedirme de mi mejor amigo en estas tierras. Deseo vuestro consentimiento para hacer un viaje rápido a *Cesarea Marítima*, para dar mi último adiós a mi estimado Eusebio.

Diocleciano reflexionó unos segundos. Sopesó ambas respuestas. Decidió no darle facilidades al joven.

- “Deberéis despediros de vuestro amigo por carta. Vuestro padre me encarece que os cuide hasta que paséis a su responsabilidad. No quiero otra cosa que enviaros a su presencia, sin dilaciones. Nos despediremos en una semana. Preparad el viaje.”

Constantino asintió con la cabeza.

- “Como deseéis, Augusto.”

Y Constantino se levantó, hizo una profunda inclinación y salió de la amplia habitación sin dar la espalda al Augusto, con la mirada baja. Viéndole salir, Diocleciano experimentó una cierta sensación de fracaso. Había casado a su hija Valeria con su César, Galerio. Sabía que su hija era feliz. Durante años creyó que había ganado un hijo con Constantino, y tal creencia se había visto frustrada. Él siempre ponía el interés de Roma por encima de sus anhelos personales. Pero ello no le impedía tener una cierta sensación de pérdida.

Constantino, lejos de sentirse contrariado por la negativa recibida a su encuentro con Eusebio, salió de Palacio con el corazón desbordante. En algún momento, meses atrás, había temido alguna reacción del Augusto contra él, conociendo el enfado que sin duda sentía. Pero nada de eso ocurrió. Todo lo contrario. ¡Sus días de destierro iban a ver su fin! Empezaba para él una nueva vida, y en ella lo iba a tenerlo todo: A su esposa, a su hijo, y a su padre, Constancio.

Pensó por un momento en la nueva esposa de su padre, Teodora, la hija del hasta ahora Augusto Maximiano, a la que justo tuvo tiempo de ver un par de veces, antes de la boda con su padre. Sabía que su padre había tenido cinco hijos con ella, pero eso no le causaba ninguna emoción. Pensó en su madre, Elena, pero aún era pronto para darle noticias. Y pensó, por último, en Lactancio. Tenía que hablar con él ...

Nota del Autor.

La estructura de la Carta citada en este Capítulo figura en el Anexo 2.

Capítulo 30

Planes de marcha.

Año 305

Tras su conversación con el Augusto Diocleciano, Constantino hizo llamar a Lactancio. No había tiempo que perder. Quedaron en su casa, a media tarde. Constantino quiso obsequiar a su huésped. Para ello, mandó que Minervina, su esposa, encargara una cena especial, regada con buen vino, que los esclavos servirían en el jardín. Así, pensó Constantino, le compensaba del alejamiento que le había impuesto.

Constantino lo recibió en el *atrium*. Lactancio lucía su mejor indumentaria, que había comprado para la ocasión, una elegante toga de lino blanco, con bordados en verde y plata. Se había hecho cortar el pelo, y, vestido así, parecía bastante más joven. Eso le agradaba. Tenía buena figura y maneras refinadas. Era alto, delgado, majestuoso en el porte, de pelo entrecano. Sabía aparentar seguridad y dominio del entorno, si bien, interiormente, gran parte era apariencia. La buena educación recibida, el pertenecer a una de las familias más nobles de *Leptis Magna*, todo ello le proporcionaba ese aspecto impecable.

Cenaron los dos solos, en el *triclinium* de la casa. Esta vez Minervina no apareció. Lactancio se fijó, cosa que no hizo en la anterior ocasión, que el suelo estaba decorado con un mosaico hermoso, pero austero. En blanco y negro, dividido en doce cuadrados, con motivos geométricos y florales. Lo bordeaba una cuidada cenefa. En las paredes del *triclinium* alternaban escenas de arquitectura y campestres, pintadas al

fresco. La vajilla, de cerámica de Samos, famosa por su finura, no tenía, sin embargo, la calidad que Lactancio solía usar en su casa, heredada de sus padres, cuando tenía invitados ilustres. Las copas eran metálicas, amplias, sin asas.

Terminada la cena, pasaron al *atrium*, donde estaba el *lararium*, el altar de los dioses domésticos. Constantino cumplía fielmente las viejas costumbres romanas, y eso agradó a Lactancio. Constantino empezó, con aire jovial.

- "¿Cómo os ha ido en todos estos meses, amigo mío?"

Lactancio procuró estar a la altura del humor que mostraba su superior.

- "Creo poder decir que francamente bien, tribuno. He podido completar siete obras, con un total de dieciocho libros, porque unas deben ser más detalladas y extensas que otras."

- "Bien, bien… eso me indica que sois capaz de trabajar en solitario, como esperaba de vos. Me agrada poder comunicaros que el proceso avanza favorablemente, y que ya falta menos para que podáis trabajar a vuestras anchas. Pero se impone un cambio de escenario."

- "Vos diréis, tribuno."

- "Hace apenas dos días el Augusto Diocleciano me ha indicado que debo ir junto a mi padre, reuniéndome con él con ocasión de su elevación a la púrpura en *Mediolanum*, dentro de dos meses, aproximadamente. Eso supone que hemos de cambiar nuestro lugar de trabajo. Si yo debo ir a *Mediolanum*, vos, amigo mío, deberéis acompañarme."

Lactancio suspiró. Su rostro se iluminó.

- "No podía oír nada mejor, *Dómine*. Permitidme que os felicite, junto con vuestro padre, por el honor que ello va a suponer. Y, por los dioses que cuidan de nosotros, os aseguro que veré con buenos ojos cambiar la incomprensión de *Nicomedia* por un ambiente más grato en *Mediolanum*."

- "Me temo que me habéis entendido mal, Lactancio. No residiremos en *Mediolanum*, sino en *Augusta Treverorum*, algo más al Norte. *Mediolanum* sólo será una estación de paso. Allá deberéis dirigiros tan pronto como podáis poner vuestros asuntos en orden. Yo partiré, con una escolta, atravesando la *Tracia*, el *Ilírico* y el Norte de Italia, hasta la ciudad donde será la investidura. Vos deberéis esperarme allí. Una vez mi

padre investido como Augusto, podréis viajar en nuestra comitiva, que será muy extensa. Allá pasaréis desapercibido."

- "Como digáis, tribuno. Acompañaros será siempre mi mayor deseo."

- "Pero debemos ser muy discretos, insigne Lactancio. Ya os dije que nadie debe conocer nuestra relación, a nadie confiaréis que habéis tenido trato conmigo. Eso debía estar claro ya."

- "Lo está, tribuno, lo está. Nadie puede relacionarme con vos. De hecho, nadie me ha abordado en el tiempo que llevo en *Nicomedia*. Aquí no es como en mi ciudad, que se inquiere sobre qué lleva a los foráneos a acudir a la capital. En esta ciudad parece que a nadie le importa lo que hacen los demás."

- "Mejor, así está mejor. Pues bien, deberéis empaquetar vuestras pertenencias, incluidos los libros, y dirigiros a *Mediolanum* por una ruta diferente. No lo hagáis por mar. Id por tierra, por la Vía *Egnatia*, como haré yo mismo, hasta *Dyrraquium*. Tomad un barco para *Brundisium*, en el sur de Italia. Y de *Brundisium*, por la *Vía Apia*, llegaréis a Roma. Luego, por la *Vía Aurelia* alcanzaréis *Genova* y, de allí, subiréis a *Mediolanum*, donde me esperaréis.

Deberéis uniros a caravanas que se formen en esas rutas, para evitar sorpresas indeseables. Tal vez con ello os retraséis, pero debéis viajar seguro. Por eso, debéis partir cuanto antes. Ya os enteraréis de nuestra llegada. Cuando eso ocurra, contactadme."

- "Lo haré sin tardanza, tribuno. Podéis estar seguro."

- "Recordad que, una vez llegado a *Mediolanum*, proseguiréis vuestro trabajo."

- "Podéis contar con ello. Y con nuevos ánimos, tribuno."

Y se despidieron ambos hombres, hasta que se volvieran a encontrar, a miles de millas de distancia de donde se hallaban.

Cuando Lactancio salió de la mansión de Constantino, iba exultante. Su plan avanzaba. El primer paso había sido el más difícil: Convencer a algún miembro de la cúspide del Imperio de la necesidad de poner en marcha su plan. No lo había logrado con el Augusto Diocleciano, ni con su César, Galerio, pero el hijo del próximo Augusto de Occidente confiaba plenamente en él.

Estaba ya a punto de terminar la segunda etapa, que también había sido dura, por la necesidad de redactar textos cristianos sin contar con los

textos fundacionales, los que describieran la vida y enseñanzas del Hijo de Dios, del Cristo, del Salvador. Pero esta etapa terminaba ya. Y Lactancio esperaba que en *Mediolanum*, o, más posiblemente en *Augusta Treverorum*, le estuviera esperando el otro miembro del equipo redactor.

Se sintió algo contrariado de tener que embalar su equipaje, ya que dos días antes había iniciado la redacción de una Epístola nueva, dirigida a los Hebreos. No sabía aún a cuál de los discípulos del Cristo se la adjudicaría, porque sólo tenía decidido el nombre de los dos principales, Pedro y Pablo. Pero a alguno de ellos, o a otro, tanto daba. Pero no importaba. La proseguiría en *Mediolanum*, mientras esperaba a Constantino.

Al día siguiente, Constantino, midiendo cada palabra, por si la carta llegaba a manos indebidas, y esforzándose por lograr una estructura perfecta, escribía:

"Constantino, hijo de Constancio, a Eusebio. Salud.

Hubiera querido verte, pero no he podido hacerlo. Mi padre pide vaya con él, y, concedido el permiso, parto de inmediato.

Hubiera querido recoger tu última remesa de libros, y charlar de nuevo en tu jardín, tan solitario, tan entrañable. Recuérdame siempre, como yo. Espero volver a verte, aun precisándose tener que cruzar el Imperio de Este a Oeste. Que no pase mucho tiempo sin gozar de tu presencia.

Cuídate entretanto." (1)

Cuando Eusebio la recibió, un mes después, entendió para qué le escribía Constantino. Supo que debía esperar.

(1) La estructura de esta Carta está en el Anexo 3.

Capítulo 31

***Tracia* y *Macedonia*.**

Año 305

Constantino se había despedido de Diocleciano. La despedida había sido bastante fría, peor que la última entrevista. No le preocupó. Su estancia en *Nicomedia* tocaba a su fin. Daba igual.

Luego, adquirió una *raeda*, carro de cuatro ruedas, en el que podría viajar cómodamente su pequeña familia. Compró también dos caballos. Los cambiaría en la primera parada de la posta. Quería llegar cuanto antes a *Mediolanum*. Había calculado el tiempo: Tardarían entre veinte y treinta días. De ir solo, a caballo, quince. Pero con la *raeda* sería diferente. No importaba, había tiempo suficiente. La investidura de su padre sería en mes y medio. Podrían hacer algún descanso, pero ya cerca del destino.

Encargó a Minervina llevar lo imprescindible, lo necesario para el viaje, para el cuidado del niño y los recuerdos más queridos. No tenían demasiado sitio. Él llevaba varios envoltorios menores, con sus libros. En el suelo de la *raeda* dejó espacio para un jergón, que normalmente no se usaría. Era para Minervina o Crispo, en caso de emergencia, a fin de no tener que interrumpir el viaje. Llevaban comida para un día. En la posta imperial se avituallarían.

El día anterior a la partida, pasó por Palacio y recogió el salvoconducto, los mapas y las tablillas para la posta. Con el jefe de su escolta, al que tampoco conocía, quedó convenido en partir al amanecer, citándose en la *Puerta Tracia*. Ese día se acostaron pronto. Todos los pensamientos de la casa estaban pendientes del viaje.

La salida fue puntual. A tales horas no había transeúntes por las calles. En las afueras de la Puerta había numerosos jinetes. Los que formaban parte de la escolta de Constantino y otros, que esperaban allí a

que les contrataran para enviar mensajes a lugares lejanos. Se formó la comitiva. La mitad de la escolta iba en cabeza, con Constantino y el jefe de la misma. Dos parejas flanqueaban la comitiva. Un soldado guiaba el carruaje. El resto iba detrás. El primer día, con la costa a su izquierda, sólo dos jinetes marchaban separados, a la derecha de la expedición. La previsión era avanzar 75 millas diarias [(1)].

Bordearon las murallas de *Calcedonia* (lado asiático de Estambul), por una calzada, girando a la derecha. La siguieron, adentrándose en el Bósforo. Debían pasar al otro lado del estrecho del Bósforo en barca. Al dejar atrás una colina, vieron el embarcadero, antes de llegar a *Crisópolis*. El oficial explicó a Constantino la razón: La corriente empujaba durante el día los barcos hacia el Suroeste. Por eso, avanzaban hacia el estrecho, de modo que la corriente los empujase hacia *Bizancio* (Estambul), donde, tras unos golpes de remos, harían noche.

Dos barcazas estaban dispuestas, en cada orilla, para la posta imperial. Así pasó la comitiva el Bósforo. *Bizancio* gozaba de una óptima situación estratégica, aunque todavía estaba reponiéndose de dos destrucciones, que había sufrido cien y cincuenta años antes, respectivamente. En ambas ocasiones se había puesto de parte del candidato perdedor, y dos guerras civiles se cebaron en ella. Por ello, las murallas, derruidas dos veces, habían sido levantadas de nuevo. Su entorno impresionaba. Era una ciudad rodeada de agua por tres lados.

[(1)] Equivalente a 110 kilómetros por jornada.

Se acomodaron los tres en la *mansio*, el edificio mejor dotado de la posta imperial, destinado a los viajeros selectos. También lo hizo el jefe de la escolta. Los soldados durmieron en la posada común.

Constantino había decidido forzar la marcha y hacer cinco relevos cada día, en vez de los cuatro que se admitía como normal. Si se presentaban dificultades por parte de los pasajeros, siempre habría tiempo de reducir la marcha. Además, había que aprovechar el buen tiempo. Caso de llover, la marcha se retrasaría forzosamente.

Durante el cuarto día de marcha, a derecha e izquierda de la *Vía Egnacia* todo eran bosques. El terreno, muy cerrado, inspiraba inquietud. Constantino y el jefe de escolta lo comentaron. Adoptaron las prácticas militares y mandaron tres jinetes de flanqueo por cada lado, con consigna

de informar cada milla. Era un terreno ideal para posibles asaltantes. Nada anormal sucedió.

Avanzada ya la tarde cruzaron el *Hebrus Flumen* (río Evros). El *Hebrus*, el mayor río de la *Tracia*, nacía en las laderas de los montes *Haemus*, cordillera situada mucho más al Norte. Era el único río que se abría paso a través de los montes *Ródope*, para desembocar en el Egeo, o Mar *Trácico*, como se le llamaba en la *Tracia* que estaban atravesando. El puente sobre el *Hebrus*, de piedra rosácea, era una obra digna de admiración. En la margen occidental del *Hebrus*, estaba *Doriscus* (Alexandropolis), donde pernoctaron.

Constantino iba comprobando en la práctica lo que le habían explicado a lo largo de su carrera militar, la forma de diseñar la red de calzadas que cubriría un territorio que se incorporaba al Imperio.

El primero que dio gran importancia a las vías de comunicación fue Julio César. Pero fue su sobrino y sucesor, César Augusto, quien pudo llevar a la práctica las ideas de su tío. Cuando Roma conquistó la *Acaya* (Grecia), o la *Tracia*, los ingenieros militares recorrieron el país estudiando las mejores vías para comunicar las ciudades importantes y preparar la unión con los reinos vecinos. De todos los caminos que había en el territorio, generalmente estrechos y mal conservados, elegían los que, ampliados, trazaran una red suficientemente tupida como para unir todo el país con Roma y las provincias romanas. Se aprovechaban los ríos, los pasos entre montañas y las llanuras, buscando que las calzadas tuvieran la menor pendiente posible.

Una vez establecido el plan director y aprobado por el Emperador, se comenzaban las obras, empezando por el extremo más cercano a Roma. Tal vez el Emperador que empezaba una Vía no la terminaba, pero lo hacía el siguiente, o el que viniera después. Las mansiones de la posta imperial, o *cursus publicus*, eran núcleos de futuras ciudades de menor importancia. Lo estaba viendo en el viaje. De todas las ciudades que habían cruzado en los últimos tres días, sólo *Bizancio*, *Perintus* y *Doriscus* eran ciudades importantes. Las demás habían sido sólo pequeñas aldeas antes de que la *Vía Egnacia* les diera vida y habitantes.

En la séptima jornada pudieron recorrer menos tramos. Llovió y la lluvia retardó la marcha. Al mediodía llegaron a la desembocadura del *Echedorus Flumen* (río Gallikos), antes de la cual se alzaba *Therma*, o *Tesalónica*. Cambiaron los animales en la posta, situada en la otra parte de

la ciudad y, después de comer, siguieron su camino. Hubiera sido una buena ciudad para descansar. *Tesalónica* estaba situada en una posición privilegiada, en el fondo del *Sinus Termaicus*, y, además, era una ciudad floreciente.

(1) Una milla romana equivale a kilómetro y medio. El viaje de *Nicomedia* a *Mediolanum* (Milán) suponía 2.900 kilómetros.

Había sido fundada por Casandro, general de Alejandro Magno, en honor a su mujer, que se llamaba así. Era hermanastra de Alejandro. Galerio la había convertido en residencia imperial, y residía allí cuando se desplazaba al Sur de sus dominios.

Dejaron *Tesalónica* a sus espaldas y, siguiendo la *Vía Egnacia*, recorrieron todavía algo más de 12 millas bajo un aguacero infernal. Constantino decidió parar en la primera posta imperial. Hubieran querido llegar a *Pella*, la capital donde se crió Alejandro, pero no era viable seguir viajando en aquellas condiciones. A Constantino le contrarió el retraso. Pernoctaron en una posta situada en una pequeña aldea, nacida al amparo del establecimiento.

A media mañana del día siguiente, con un cielo encapotado, pero sin lluvia, llegaron a *Pella*, situada junto a un lago, y en su posta descansaron. Mientras el resto de la expedición cambiaba los caballos y quedaba en la posta, Constantino y el oficial subieron a la ciudad antigua, de la que sólo quedaban ruinas. Roma se vengó así, dejando la capital de su rival, Filipo V, desolada y yerma. Constantino, desilusionado, junto con su oficial, volvió a la posta y siguieron camino, para llegar a *Aegaea-Edessa*.

Llegaron a su destino, *Edessa*, a primera hora de la tarde. En la ladera de unas suaves colinas, cubiertas de verdes sembrados, *Edessa* era una ciudad pequeña, pero atractiva. Tener la tarde libre se les antojó un lujo. De *Edessa* admiraron sus cataratas, pues la ciudad disponía de abundantes pozos de agua, con un lago cercano. Pasearon por los alrededores de la ciudad, viendo a lo lejos, al Sudeste, el *Sinus Termaicus*.

Constantino había observado que alternar jornadas largas con otras cortas hacía más soportable el viaje a su familia. A la mañana siguiente, y con el mapa del viaje en la mano, conversó con el oficial al mando de la escolta y decidieron combinar las paradas en postas alternando jornadas largas, de cinco cambios de caballos, con otras de sólo cuatro relevos. Con

ello, mantenían holgadamente la jornada media de setenta y cinco millas y aliviaban el viaje a los dos viajeros no habituados a este tipo de incomodidades.

Llegaron al atardecer a *Heraclea Lyncestis* (Bitola), donde tenían previsto pernoctar. Se informaron en la posta de que lo indicado en su mapa era correcto: En la siguiente ciudad, *Scampa* (Elbasan), se abría una desviación que subía hacia el Norte. No había necesidad de llegar hasta *Dirraquium*, podían atajar y ganar tiempo. Tenían dos posibilidades para continuar el viaje. Podía seguir la *Vía Egnacia*, por *Scampa*, *Clodiana* y *Dirraquium*, o podían dejarla en *Scampa* y dirigirse directamente al Norte, hasta tocar la costa del Adriatico en *Bassania*.

Constantino ya tenía decidido que subirían directamente a *Bassania*, evitando *Dirraquium* (Dulles): No quería encontrarse con Lactancio. En primer lugar, le desagradaba tener un nuevo encuentro con quien trabajaba a su servicio. Pero, mucho más importante, no le convenía tener testigos de su relación con él. El oficial y los soldados volverían a *Nicomedia* tras su misión. Y era seguro que el oficial daría parte al Augusto. Así que indicó al oficial su deseo de, llegados a *Scampa*, marchar directamente hacia el Norte. Así se haría. Las órdenes que tenía el oficial eran que el tribuno decidía la ruta, siempre que se hiciera dentro del marco que el Augusto había fijado.

Desde lo alto de la pequeña sierra ya se veía el azul del Adriático. Llevaban doce días de viaje. Como venía siendo habitual Crispo lanzó un grito de alegría. Cada vez que volvía a ver el mar creía volver a casa. La madre disfrutaba con las expresiones risueñas del hijo. Su padre, que cabalgaba en vanguardia, al lado del oficial, apenas podía oírlos. Tampoco le importaba. Cuando había otras personas delante, Constantino ignoraba a su familia. Minervina pensaba que debería hacerlo, por su posición, y lo aceptaba sin contratiempo alguno. Por las noches era sólo suyo.

Constantino se daba cuenta de que conforme el viaje se alargaba, su humor empeoraba. La causa era múltiple. El viaje le había puesto en evidencia que Diocleciano lo había arrancado de su hogar, llevándoselo al otro extremo del Imperio. A ello se sumaba que, por la política de matrimonios que había establecido para los Césares, había roto su familia, obligando a su padre a repudiar a su madre y a casarse con la hija de Maximiano, Teodora. Pero el mayor agravio era que lo había apartado del poder, le había cerrado el camino a la púrpura. A todo ello se sumaba que

tenía prisa por poner fin a su destierro y poder llegar junto a su padre. Todos esos pensamientos le enfurecían. Diocleciano estaba ahora cada vez más lejos, y no sólo geográficamente.

El Augusto Iove le había dicho que su padre saldría de campaña contra los *Pictos* tan pronto recibiera la púrpura de Augusto. Constantino ansiaba verse en una expedición militar de castigo. En tales ocasiones todo estaba permitido. Y eso relajaba la tensión interior. En campaña matar es un deber y cada enemigo muerto, un trofeo. Y a Constantino le agradaban tal tipo de trofeos y lo que había que hacer para conseguirlos. Había que demostrar ser más fuerte. Y eso satisfacía su orgullo.

Minervina notó el mal humor de Constantino. Conocía el estado de ánimo de su esposo sólo con verle la cara cuando lo miraba. E incluso sin mirarle. Cuando lo sabía de mal humor, procuraba no cruzar con él la mirada. Había tenido la fortuna de ser la esposa de una persona de rango muy elevado; y ella, que era de una familia humilde, sabía estar en su sitio. Cuando su esposo estaba de peor humor, ella procuraba estar más cariñosa y entregada a él. Su amiga Melodia diría que eso eran "artes de mujer". Sabía que la mayor parte de las veces funcionaba, aunque no siempre.

En estos días últimos Constantino estaba comprobando lo que ya sabía, que las calzadas romanas se diseñan con frecuencia al lado de los ríos, lo que asegura una pendiente uniforme y muy ligera. Además, un trazado de la calzada bordeando un río tenía dos ventajas adicionales: Facilitaba la defensa de la calzada y evitaba emboscadas por ambos flancos, pues el lateral del río estaba protegido de manera natural. Y, por otra parte, el río suministraba el agua para la bebida, las reservas y las necesidades médicas. Saber el motivo de las cosas daba al viaje un aliciente que pasaba desapercibido para quien no había estudiado el arte militar.

Constantino estaba orgulloso de su pertenencia a Roma, la nación dominante, la elegida entre todas para conducir el mundo. Nadie como Roma utilizaba la inteligencia para mejorar la vida y las costumbres de los ciudadanos. No le sorprendía que, en numerosas ciudades que antaño rendían culto a otros reyes, se hubieran construido Templos a la diosa Roma. Era lo menos que podían hacer.

Hicieron dos tramos más y pasaron la noche en la siguiente posta imperial. Las ganas de ver la ciudad de los primeros días, si llegaban a

media tarde, se habían visto sustituidas por un deseo de llegar a la habitación, darse un baño, si era posible, cenar y acostarse, en busca del deseado descanso. Tantos días de viaje seguidos hacían mella en el ánimo mejor dispuesto. Tampoco los soldados de la escolta tenían la vivacidad de las primeras jornadas.

Poco antes de *Bassania* se encontraron de nuevo con lluvia. El *zefirus*, amenazador, soplaba del Oeste, trayendo negros nubarrones sobre la región del *Ilírico*. Aunque la jornada doceava hubiera sido algo más corta en recorrido, el cansancio se notaba en todos los rostros. Tampoco el lugar ofrecía atractivo alguno, y menos con la escasa luz del atardecer, la lluvia persistente y el fango. *Bassania* era un puerto fluvial.

Construir una ciudad con un puerto fluvial, algo alejado de la costa, era un medio de defensa contra ataques piratas. Esto, con Roma, no era necesario, pero en la época de fundación de la ciudad, debió serlo. Lo mismo iba a suceder en la siguiente ciudad que visitaran, *Lissus* (Lezhë), 13 millas más al Norte.

También *Scodra* (Shkodër), situada 28 millas más al Norte, era un puerto fluvial. *Scodra* era una ciudad de mediana importancia, en la ribera derecha del *Barbana Flumen* (río Kir). Un canal artificial la unía al *Labeatis Lacus* (lago de Skadar). Era, además, una bifurcación, pues de ella salían dos calzadas. Una, que subía hacia el Norte, por la costa, y otra, que iba hacia el interior. *Scodra*, como ciudad de cierta importancia, y sobre todo por ser bifurcación de calzadas, disponía de una posta mejor preparada.

La posta imperial gozaba de una continua afluencia de viajeros, todos ellos necesitados de comida, lecho y las demás necesidades que acompañan a los viajes. De ahí que con prontitud se formaba un enjambre de tiendas, tabernas, posadas, prostíbulos (*cauponae*), y más de un herrero, carpintero, médico, veterinario, fabricante de vasijas de cerámica, comerciante en vestidos y pieles, y otros oficios, venían a instalarse en las aldeas que una posta imperial creaba, o engrandecía.

Toda posta imperial constaba de, al menos, tres edificios principales. Uno que alojaba los cambios de animales, caballos y mulos, para el uso general del servicio, abierto al público que pudiera pagarlo. Se llamaban *mutationes*. Había otro edificio, con el mismo o mayor número de animales, para los usuarios de la posta imperial. Y había un tercero, la *mansio*, para hospedaje de las personas importantes que usaban la posta.

Los soldados y los criados, se alojaban en dormitorios comunes o en las cuadras de la *mansio*, respectivamente.

Pero tampoco todas las mansiones eran iguales. Así, la de *Scodra* disponía de baños, con su hipocausto y agua caliente, para uso de los huéspedes importantes. Y era muy agradable darse un baño tras una jornada de duro viaje. Constantino los empleaba, dondequiera que había tal comodidad. El *mansionarius*, al saber quién era su huésped, cosa que el oficial se encargaba de indicar tan pronto llegaban, se desvivía en atenciones. Se quedaron en *Scodra*, aunque no habían cumplido el plan de la jornada. Y ello, por las instalaciones de que estaba dotada la posta imperial.

El paisaje había cambiado desde que costeaban el Adriático, dejada atrás ya la *Macedonia*. Ganaba en dureza. Grandes moles rocosas emergían del mar, por lo que la calzada se alejaba del litoral, discurriendo entre colinas pedregosas, muy distintas a las suaves colinas con sembrados de días anteriores. No obstante, siguieron avanzando la misma distancia cada jornada, pues los relevos se efectuaban con igual precisión.

El día catorceavo de marcha, Constantino miró el mapa y dijo al oficial:

- "Si todo sigue como hasta ahora, el viaje nos llevará veinticinco o treinta días."

En los primeros trece días casi habían cumplido las previsiones, acumulando un pequeño atraso de tal vez dos días por el mal tiempo. Ahora, y hasta *Aquileia*, en el Norte de Italia, viajarían con el Adriático a su izquierda. Pasarían por *Salona* y *Spalatum* (Split) Al comentarlo, los dos hombres intercambiaron una mirada.

Habían cruzado la *Dacia*, por la costa adriática, territorio todo él, como la *Macedonia*, bajo el mando del César Galerio. Atravesando la *Dacia*, Constantino pasaba relativamente cerca de *Naissus*, su lugar de nacimiento y el lugar donde ahora vivía su madre. Pero era impensable hacerle una visita. Eso debería esperar.

Por otra parte, en su mapa no venía indicado el trayecto hasta *Naissus*, porque no formaba parte del programa del viaje. Había dos clases de mapas. Los mapas para uso militar y los de uso civil. Para el viaje, se les había provisto de un mapa civil. La diferencia era que en los mapas militares, las regiones se representaban a una escala uniforme, de modo que el terreno era de la misma forma que el mapa, aunque a escala

superior. En el ejército había cartógrafos, cuyo trabajo consistía en revisar y elaborar mapas y planos con los detalles solicitados por el legado al mando de las tropas.

Para los civiles se habían elaborado unos gráficos esquemáticos que mostraban las ciudades que había a lo largo de una ruta y las distancias, en millas, entre cada dos ciudades consecutivas. Los límites de las regiones indicados en el mapa civil no se correspondían con la realidad del terreno, pero eso a un viajero no le importaba. Su interés se centraba en las ciudades de la ruta en que podía contar con recambio de animales y tiendas. Y las distancias entre ellas. De ese modo, podía prever qué dinero y provisiones debía llevar en las alforjas de su caballo, o en su *ascopera*, si viajaba a pie.

Desde los tiempos de César Augusto se ordenó tal distinción de mapas. Su yerno, Marco Vipsanio Agripa, gran general, gran viajero y gran cartógrafo, comprendió la importancia de una cartografía precisa, para vencer a los ejércitos enemigos, y de una cartografía borrosa, para uso de los viajeros civiles. Y fue su hija y heredera la que grabó el mapa completo del Imperio, elaborado por su padre, en unas tablas de mármol, que cedió al Senado y al pueblo de Roma. El Senado ordenó que quedaran expuestas en el Foro. Allí acudían cuantos iban a hacer un viaje y, en un papiro, o por encargo, si podían permitírselo, se hacían con la copia del itinerario deseado.

El Augusto Diocleciano había dispuesto que en el Foro de *Nicomedia* hubiera una copia del que se exhibía en Roma. Y también en las capitales de las demás Diócesis, *Mediolanum*, *Augusta Treverorum* y *Sirmium*, sobre el Danubio.

Lo completo que fuera el mapa civil dependía de quien lo hubiera elaborado y de la anchura del papiro o pergamino base. Quien lo realizaba tenía en cuenta el interés del usuario. De ahí que no todos los mapas reflejaran los mismos itinerarios. El que manejaba Constantino, y consultaba con el oficial, contenía los detalles de las rutas alternativas entre *Nicomedia* y *Mediolanum*, pero circunscritas a la que el Augusto había designado, la que iba de *Nicomedia* a *Dirraquium*, subía por el Adriático y, cruzando Italia, llegaba a *Mediolanum*. Contenía todas las rutas alternativas, como las que habían dejado atrás, pero sólo ésas. Si algo

sabía hacer bien el Augusto Iove Diocleciano era dejar clara su voluntad, incluso sin palabras.

Capítulo 32
Minervina

Año 305

Minervina recordó el día en que se conocieron Constantino y ella. Eran las fiestas de las Saturnales, a principios del invierno. Se celebraban con gran alborozo en todo el Imperio, porque eran las fiestas de los más humildes. Hasta los esclavos intervenían en ellas, en cierto pie de igualdad con los ciudadanos libres. Duraban tres días, durante las cuales se cerraban las Escuelas y los Tribunales. No se podía hacer la guerra y sólo se podía trabajar para hacer la comida.

Aquellas fiestas no hubieran supuesto nada especial para ella, si su grupo de amigas no se hubiera topado con un grupo de oficiales romanos, entre ellos, Constantino. Ellos habían bebido, eso se notaba. Ellas no. Ellos propusieron formar parejas. Siguiendo las normas vigentes en las Saturnales, sus amigas reclamaron elegir las parejas ellas. Como los romanos aceptaron, ella eligió a Constantino. Esa noche tuvieron su primer encuentro íntimo.

Minervina no tenía experiencia de trato con hombres. De modo que al día siguiente consultó con una amiga de su hermana, mucho más experimentada. Estaba casada, pero antes había tenido muchas relaciones. Melodia se llamaba. Melodia le explicó, en una larga charla, que casi duró toda la tarde, cómo podía una chica de humilde cuna, atrapar a un oficial romano de buena familia. A pesar de haber sido tan larga la charla, Minervina la recordaba entera.

Según Melodia, había cuatro condiciones para triunfar en la tarea propuesta: Ser hermosa, mantener un bello cuerpo, nunca negarse y dar placer sin arriesgarse. Ella, le dijo Melodia, cumplía las dos primeras. A sus dieciséis años, con un bonito rostro y un cuerpo perfecto, tenía recorrida la mitad del camino. El resto se lo explicaría ella, que conocía a los hombres. Y lo hizo como era ella, desenfadadamente.

- "Desengáñate, hijita, todos los hombres son iguales. Sólo quieren una cosa, follar. Y si quieres que tu hombre sea sólo tuyo, si no lo consideras una diversión, que hoy interesa y dentro de un mes no, como yo he hecho a veces, debes seguir también las otras dos reglas."

- "Dame más detalles", había pedido Minervina.

- "La tercera regla es muy importante: Nunca digas que no. Cuando él te requiera, aunque estés agotada, sonríele y que parezca que le estabas esperando. Los hombres no son muy agudos, son todos unos zopencos. Saben mucho de pelear y de matar, pero saben muy poco de agradar y de amar. Por eso mismo, no se dan cuenta de lo que nosotras sentimos. Hay que hacer que eso juegue a nuestro favor. Puesto que somos las más frágiles, empleemos nuestra cabeza. Ellos sólo saben usar su miembro."

- "He entendido bien la tercera regla, es fácil de comprender, aun sin explicaciones, pero no acabo de ver clara la cuarta. ¿Qué es eso de sin riesgo?"

- "¡Ay, hija mía, qué inocente eres …! Verás, al principio una se entrega con todo el ser, porque, como me parece ver en ti, el amor te ha

atrapado en sus redes. Estás enamorada, y por ello, ciega. No importa que el primer apasionamiento traiga consecuencias y quedes preñada. Ese fruto lo unirá a ti, si también él está enamorado y ciego. El problema viene a continuación. El asunto es cómo acceder a lo que pide sin volver a quedarse preñada. Porque una mujer pariendo continuamente pierde pronto su buena figura, que es la condición segunda.

Y aquí vienen los dioses a facilitarnos la clave, con el punto débil de los hombres. Al principio, tu amante te acaricia, pero enseguida quiere frotar su polla contigo, porque eso le causa placer. Pero así te arriesgas a volver a ser madre.

Para cumplir con él, para decirle que sí sin correr ese riesgo, debes aprender a hacer posible el roce, pero sin que tengas que usar tus órganos de engendrar. Piensa, un poco, pequeña. ¿Por qué tiene que ser con tus labios inferiores? Usa los superiores; emplea lo más suave que tienes, tu lengua. Te acostumbrarás. Incluso acabará gustándote. Y si notas que tiene la polla sucia, límpiasela con saliva y con las manos, o con un trozo de seda, mientras se la acaricias, y luego, ya limpia, se la chupas hasta que se corra. Y así, todos contentos.”

El desparpajo de Melodia casi la escandalizó. Pero en el fondo tenía razón; lo había comprobado.

Minervina volvió a embelesarse con el paisaje, con el azul del mar, cuando lo veían, con el verde de los campos, o con los matices rojizos o azulados de las rocas. Eran tan limpios …

Capitulo 33
Lactancio de viaje.

Año 305

Lactancio, ya de viaje, rememoraba las últimas horas pasadas en *Nicomedia*.

Al día siguiente de su entrevista con Constantino, y con el mejor de los humores desde que abandonara su casa de *Leptis Magna*, Lactancio ordenó a sus esclavos hacer el equipaje. No teniendo lugar para almacenar un carruaje, lo compraría el último día, el de la marcha. Un día más tarde, todo estaba empaquetado. Suspiró. Había comprado dos nuevos baúles, con cerradura, para los libros escritos y los papiros que adquirió. Pagó el alquiler debido, los días del mes actual que ocupara la casa, que Sisinos guardó rápidamente. Había venido a verle, al enterarse de su marcha.

Estaba consternado, pero nada podía hacer para retener a su huésped. De nadie más tuvo que despedirse, con nadie trataba. Por ser así Lactancio pensaba ser especial. Era un ser especial, un ser con una misión. Y, por fin, estaba cumpliendo su misión.

Se marchaba de *Nicomedia* con satisfacción. Por dos sólidos motivos. Porque en ella había conocido a su benefactor, Constantino. Y en breve iba a vivir allá donde Constantino tuviera poder, no como hasta el presente. Y porque dejaba atrás a dos personajes odiados, el Augusto Diocleciano y su César Galerio, que lo habían despreciado.

Fue al Foro con sus cinco acompañantes y estuvo interesándose por carruajes. Tras varios regateos, acordó la compra de dos *carpentum*, carruajes cubiertos de dos ruedas, y cuatro caballos, para poder turnarlos. En un solo vehículo resultaba imposible colocar todas sus pertenencias y viajar las seis personas.

A la hora sexta [(1)] de ese mismo día, por la *Puerta Tracia*, se pusieron en camino hacia la lejana *Mediolanum*. El *nomenclator* guiaba uno de los carros, con Lactancio al lado. Uno de los cuatro *pedisequi* guiaba el otro carruaje. Los otros tres iban en él. Un caballo iba, atado, detrás de cada *carpentum*.

El viaje de Lactancio se inició seis días antes que el de Constantino y su familia. Sin embargo, por las diferentes velocidades a que lo hicieron, Lactancio llegaría a su destino, *Mediolanum*, casi un mes más tarde que su benefactor.

Estuvieron a punto de coincidir a lo largo de la *Vía Egnatia*, que ambos utilizaron, pero la comitiva de Constantino, no llegó a *Dirraquium*, sino que había tomado un atajo hacia el Norte. Lactancio debía llegar a *Dirraquium*, y buscó en la ciudad dónde pasar la noche con sus carruajes. De todas formas, aunque Constantino hubiera llegado a *Dirraquium*, Lactancio ya habría partido, un par de días antes, en barco, hacia *Brundisium*.

Los escenarios por los que discurrió el viaje de Lactancio no sirvieron para inspirarle optimismo, libertad, ni esperanzas. Iba absorto en sus pensamientos y las jornadas eran para él un mal menor, necesario para alcanzar un bien: Poder trabajar con el otro miembro del equipo redactor en *Augusta Treverorum* (Tréveris). Por eso, no se fijó en cuanto le rodeaba, ni disfrutó de los atractivos del paisaje. Lactancio era lo que ya en

aquellos tiempos se llamaba “rata de biblioteca”. Sólo disfrutaba con sus libros; sólo se entretenía con el *cálamo* (2) en la mano.

(1) Entre la once y las doce, aproximadamente.
(2) Caña afilada con la que se escribía en la Antigüedad, untándola en tinta.

Desde que comprendió, bastantes años atrás, que la adoración a muchos dioses era un tremendo error de los humanos, de casi todos los pueblos, salvo el judío, se dio al estudio de los clásicos, para ver quiénes opinaban como él. Años de estudio le permitieron averiguar la historia de la Humanidad, desde su creación por el Único Dios, hacía de ello más de cinco mil quinientos años. Todo ello según estaba escrito en el único relato de tal evento, la Biblia judía, que podía leer en hebreo, aunque le resultaba mucho más cómodo manejar la versión traducida al griego, la Septuaginta.

Poco a poco se fue forjando en su mente la posibilidad, primero, y la obligatoriedad, después, de advertir a la Humanidad de sus hallazgos. Para ofrecer la esencia completa de la verdadera doctrina, había entresacado las frases más acertadas de cuantos libros había leído, fabricando, para su uso personal, varios florilegios, recopilaciones de pasajes seleccionados de obras ajenas.

En ellos – y tenía cuatro – se reunían todos los pensamientos acertados de cuantos le habían precedido. La práctica de las virtudes, como la amabilidad, la lealtad, la paciencia, la mansedumbre, la fe … tenía múltiples citas que las ensalzaban. Esas citas y esas virtudes eran las que Lactancio iba a incluir en la nueva religión a crear, que llamaría Cristianismo.

Le contrariaba tremendamente tener que pasar un largo período sin poder leer sus queridos libros, y sin escribir prácticamente nada. Llevaba un pequeño códice, ese invento tan útil para viajes, donde, en las paradas, en su habitación, cuando se le ocurría alguna nueva idea, podía tomar algún pequeño apunte. Tenía, desde siempre, un estuche con todo lo necesario para escribir, incluido un pequeño frasco de tinta, que había que renovar de tiempo en tiempo, pues se secaba. Lo llevaba en el carruaje, a mano, en su *ascopera* (1).

Pero Lactancio tenía por delante al menos otro mes de viaje, sin poder visitar Biblioteca alguna, sin poder desenrollar sus libros, ni extender en la mesa sus papiros, ni cotejar, comparar y escribir sus conclusiones. Y por eso le parecía que estaba perdiendo el tiempo. Claro

que aquel viaje era necesario, al haberle dado crédito el hijo del Augusto de Occidente, del que lo iba a ser en poco tiempo. ¿Estaría el hijo de acuerdo con su padre?

Tras dormir en *Dirraquium*, logró pasaje al día siguiente para *Brundisium* [(2)], en el Sureste de Italia, en un barco mercante. Pero no le admitían el carruaje, ni los caballos, que tuvo que vender en el mercado de *Dirraquium*. Trató de venderlos directamente a algún viajero que viniera de Italia, pero no pudo hacerlo, por no estar inscrito en el censo de vendedores del Foro de *Dirraquium*. Le dieron la cuarta parte de lo que pagó por ellos, los muy ladrones …

A media tarde, con la marea, el barco soltó amarras y enfiló la bocana del puerto. Lactancio no miró atrás; quería dar la espalda definitivamente a tantos sinsabores como había sufrido desde su llegada a *Nicomedia*, tres años atrás. Italia era también un lugar de paso. Su futuro estaba en la noble ciudad de *Augusta Treverorum* (Tréveris), donde podría trabajar como siempre había soñado.

La verdad es que había soñado tener a varios letrados a sus órdenes, pensando que el equipo lo formarían media docena de personas como mínimo, correspondiéndole a él el papel de Supervisor. Con sólo dos personas … poco iba a poder supervisar. Un equipo redactor tan minúsculo le había rebajado de Supervisor a amanuense. Pero no había otra opción. Occidente apostaba por su plan. Al Oriente … que se lo tragara el abismo.

[(1)] Morral, o mochila grande, para llevar los objetos de primera necesidad en los viajes.

[(2)] La actual Brindisi, en la Calabria.

Capítulo 34

Apadrinamiento

Año 305

A Eusebio cada vez le agradaba más la forma de ser de Eladio. Era un muchacho fuera de lo común. Tenía un gran sentido de la responsabilidad, era inteligente, pero, sobre todo, era voluntarioso. Nunca dejaba una tarea sin hacer y casi siempre las hacía bien. Asimilaba con rapidez sus enseñanzas y, lo que no es frecuente, sus preguntas eran sobre

los temas más oscuros que quizás él no había dejado suficientemente claros a sus ojos. Un maestro se da cuenta de cómo es un alumno al escuchar sus preguntas. Y las de Eladio tenían una lógica, un por qué.

Se dijo que sería una lástima que su sobrino no pudiera alcanzar una posición respetable en la vida porque había nacido en *Joppe* de padres humildes, del dueño de una taberna de comestibles. Estaba seguro de que el muchacho tenía unas grandes capacidades y se propuso hacer lo que estuviera en su mano para apoyarle.

Lo primero que debería hacer era aprender a hablar y escribir correctamente en griego. No podía alcanzar ningún puesto de cierta relevancia hablando sólo latín. Había en la biblioteca un *grammateos* (1) que había estudiado en Alejandría y que hablaba un impecable griego. Le hablaría a ver si estaba dispuesto, con un estipendio discreto, a darle clases de griego. Él proseguiría con las clases de Literatura.

Eladio debía practicar algún Arte. Tenía facilidad para versificar. Le había mostrado varios versos que se había traído a *Cesarea* y no lo hacía mal, para los conocimientos que tenía. Cultivando esa capacidad, tal vez en un futuro podría ser un poeta de renombre.

Por su parte, Eusebio dominaba la Historia. Había más poetas que historiadores, de modo que procuraría inculcar en su sobrino el amor por la Historia. Eso en primer lugar. Luego vería si ese amor se convertía en pasión. Porque para ser un historiador de profesión había que tener pasión por la Historia, como la tenía él. No era suficiente la afición, ni el gusto, debía ser auténtica pasión. Pasión que te incite de modo permanente a buscar libros, a bucear en bibliotecas, a mantener correspondencia con colegas más sabios que uno, a gastar los muchos o pocos caudales que tengas en acrecentar tu biblioteca. Había que ser un enamorado de los libros, de los papiros, de los rollos de pergamino, y consultarlos a solas en el despacho, a la noche, inmerso en un silencio total, a la luz de las candelas, para desentrañar sus misterios, para beber de su sabiduría.

Y para poder leer libros, había que aprender idiomas. Los idiomas en los que tales libros estaban escritos. Era un programa continuo para toda la vida. Porque aprender un idioma, de modo que sea posible leer un libro completo en un tiempo aceptable, era un proceso largo. A él, llegar a tal grado de dominio de un idioma le costaba entre tres y cuatro años. Podía traducir libros en latín, griego, hebreo, sánscrito y demótico. Ya sabía que existían otros muchos idiomas, algunos muy interesantes, pero

ya había decidido no aprender ninguno más. Con los que ya sabía le faltarían años de vida para leer todo el Conocimiento que se escondía en libros escritos en esos idiomas. ¿Para qué quería aprender más?

Decidido a apostar por su sobrino, lo primero que debía hacer era consultar el plan con el interesado. Tenía que contar con su entusiasmo. Para el proyecto que le iba a ofrecer, una respuesta tibia no era suficiente.

(1) Escriba con estudios.

Dos días después Eladio acudió a clase con él. Eusebio repasó la tarea que el joven traía ya hecha y la corrigió ante él. Como era costumbre, estaba bastante bien, casi perfecta. Hecho esto, Eusebio comenzó la entrevista más importante que había tenido con su sobrino.

- "Eladio, hoy no daremos la clase habitual."

Eladio mostró su extrañeza arqueando levemente las cejas.

- "Hoy tenemos un tema más importante que las ideas básicas de la métrica latina. Hoy quisiera que habláramos de ti. Siéntate en esa silla."

- "¿De mí, maestro?" respondió Eladio, sentándose en la silla, frente a su tío.

- "Sí, de tu opinión sobre un plan que quiero proponerte."

El muchacho no salía de su asombro. Con cierta cautela en la voz, añadió:

- "Vos diréis, maestro."

- "Verás, Eladio. He estado pensando en qué podríamos hacer para completar tus estudios en *Joppe* y los que has empezado aquí. Hasta ahora hemos hecho una pequeña parte de lo que te había recomendado tu maestro Rutilio. Y eso está bien, vamos por el buen camino.

Ahora bien, he estado pensando en ti a largo plazo. Y tengo la impresión de que podríamos ampliar esos planes y acometer lo que podríamos llamar una formación total. Prepararte para tener un oficio similar al mío, por ejemplo. Porque es en este oficio mío en el que te puedo ayudar."

Eusebio calló para ver el efecto que sus palabras iban produciendo en el muchacho. Éste permaneció mudo por unos instantes. Daba la impresión de estar asimilando lo que acababa de oír. Al cabo de un rato preguntó:

- "¿Y como sería eso?"

- “Bueno, en primer lugar deberías aprender griego. En el mundo en que vivimos no se puede lograr nada de valor si no se domina ese idioma. Deberías aprender a hablarlo y a escribirlo con soltura. Eso, Eladio, te exigiría un nivel de estudio muy superior al que estás acostumbrado actualmente. Deberías estudiar todo el día. “

Eladio interrumpió:

- “Pero, maestro, ¿y mi trabajo en casa del comerciante amigo de mi padre?”

- “Eso lo resolveríamos, hijo, hablando con tu padre y pidiéndole permiso para que dejaras ese trabajo y vinieras a vivir a la biblioteca.”

- “Pero, maestro, mis padres no podrían pagar tales estudios. Están pagando la taberna que han comprado …”

- “No te preocupes por el dinero. A tus padres no les costarían nada tus estudios.”

Eladio empezó a captar la envergadura de lo que le estaba proponiendo su tío. No supo qué decir. Eusebio prosiguió.

- “Y no sólo griego. Tendrías que completar el trabajo aprendiendo las reglas para escribir correctamente en griego, sobre todo Poesía, que sé que es lo que más te gusta y se te da mejor. Harías pequeños trabajos, que tu maestro de griego te corregiría, y luego seguirían otras materias que un futuro bibliotecario debe dominar, como la técnica de las copias, los tipo de soportes, la conservación de los mismos, la restauración, en fin, más o menos todo lo que yo sé.“

A Eladio se le llenaron los ojos de lágrimas. Intentó hablar, pero no pudo. Antes de que Eusebio pudiera reaccionar, se levantó de la silla y se arrojó a los pies de su tío. Abrazándole los tobillos, apenas tuvo voz para musitar:

- “Gracias, maestro ... Gracias, maestro …”

A Eusebio le conmovió la respuesta de su sobrino. Le agarró suavemente por los brazos y le levantó, poniéndose él de pie. Los dos se fundieron en un abrazo que duró una eternidad.

Esa noche Eusebio redactó la siguiente carta para Samuel, su primo:

Eusebio, hijo de Eusebio, a Samuel. Salud.

Eladio es un muchacho magnífico, capaz, con unas capacidades excelentes, poco frecuentes, que no deben desaprovecharse.

Por eso me permito proponerte algo, querido primo, que tengo la esperanza que aceptarás. Convendría ampliar sus estudios, para que, en un futuro lejano, pudiera llegar a ser también bibliotecario, oficio que ya sabes conozco bien.

Para ello, en primer lugar, debe hablar griego, y escribirlo también correctamente. Por eso, debería recibir clases de griego diariamente, y estudiar cada día. Eso exige que deje de trabajar. Tengo medios para hacerme cargo de su mantenimiento. Tendría una habitación aquí, comería conmigo, y recibiría cierto dinero, no demasiado, para tener sus gastos.

Claro está que todo ello debes aprobarlo, y me parecerá bien lo que decidas, evidentemente.

Espero que el compromiso con el comerciante sea evitable, y así, poder completar sus estudios de Letras y forjarse un futuro.

Cuídate mucho.

Tu primo. [1]

[1] La estructura de esta Carta figura en el Anexo 4.

Capítulo 35
El *Ilírico.*

Año 305

La jornada siguiente discurrió por el interior. La calzada torcía primero a la derecha, se alejaba del mar y, cruzando una sierra de montes, paralela a la costa, bajaba suavemente hacia *Narona* (al NO de Metkovic), otro puerto fluvial en la margen derecha del *Naro Flumen* (río Neretva). Precisamente en *Narona*, su próximo destino, entrarían en territorio del Augusto Maximiano Hercúleo, el suegro de su padre, quien le iba a investir con la púrpura en *Mediolanum* dentro de unos días.

A la mañana siguiente estaban en el décimo-octavo día de marcha. Al principio, Constantino hablaba con el oficial jefe de la escolta sobre detalles a seguir en el trayecto. Pero, al cabo de los días, la conversación derivó hacia la vida común, el ejército. El joven oficial no tenía experiencia de combate, sólo lo habían empleado en labores de reconocimiento, en el *Ister Flumen* (río Danubio), frente a los *Godos*. Pero nunca había llegado a entrar en combate.

Anhelaba hacerlo, sabía que no progresaría en su carrera sin experiencia de campaña. Deseaba saber cómo era una batalla, qué se sentía al matar a un enemigo, a qué sabía el triunfo. Constantino simuló desinterés, respondiéndole con evasivas. No quería abrir su experiencia a nadie.

- "Que aprenda por sí mismo, como he hecho yo", pensaba.

No obstante, a Constantino le gustaba rememorar sus hazañas del pasado. Durante los dos primeros años de su estancia en *Nicomedia* fue el protegido del Augusto Iove Diocleciano. Su padre ya le había enseñado el manejo de las armas. No él directamente, sino por medio de varios

centuriones, a los que encargó la formación práctica de su hijo. Y Constantino se manejaba bien con el *gladium*, y con la lanza. Sus maestros de armas le habían enseñado que era fundamental la rapidez de reflejos. Ellos decidían entre la vida y la muerte del combatiente. Y Constantino, con tan buenos maestros, había aprendido a ser rápido, como el rayo.

Mientras cabalgaba al lado del oficial, recordó su primera escaramuza con las tropas del legado de Egipto que se había rebelado contra Roma, Lucio Domicio Domiciano, al que sus hombres llamaban "Aquiles", por su hábil manejo de las armas. Iba en una misión rutinaria de reconocimiento, con una *turma* [1] de jinetes a su mando, cuando divisaron un grupo reducido de infantes enemigos que, al verlos, intentaron huir. Para su desgracia estaban en Egipto y el país era una inmensa llanura. Los jinetes de Constantino les dieron caza enseguida y, uno tras otro, fueron abatidos. Pero el oficial al mando enemigo iba montado y Constantino, con dos jinetes más, salieron tras él para darle alcance. Lo lograron, después de cabalgar furiosamente cerca de dos millas. Uno de los jinetes, que cabalgaba ya a su altura, le acertó con una lanza y el oficial cayó de su caballo, herido en un costado.

Rápidamente, Constantino y los tres jinetes desmontaron, dirigiéndose donde el herido trataba de contener la sangre que manaba de su herida. Los soldados dejaron que Constantino tomara la iniciativa. Éste se acercó al caído. El herido le miró a los ojos, con una mirada suplicante. Constantino sacó su espada de la vaina y, mirándole también él fijamente a los ojos, la clavó en el pecho del herido. Éste tuvo un estremecimiento y quedó quieto.

[1] Escuadrón de 30 jinetes, al mando de un oficial.

En el momento de clavar la espada, un pensamiento atravesó su cabeza.

"Soy mejor que tú. Por eso yo vivo y tú mueres."

Y ese pensamiento le tranquilizó. Había hecho lo que tenía que hacer. Había demostrado su valía. Había dado ejemplo a sus hombres: No hay piedad para los enemigos. Sintió que había cumplido como buen romano. Y cada vez que había matado a un enemigo - romano o bárbaro, tanto daba - le había venido la misma grata sensación. Se sentía más fuerte cuantas más ocasiones tenía de demostrar su valía.

Constantino tenía prestigio entre sus compañeros de armas, aunque no tenía facilidad para congeniar con ellos. Seguía las recomendaciones de su padre y no había cometido errores, pero ello había sido a costa de su sociabilidad. Tenía la convicción de que él era diferente a todos sus colegas. Ninguno de ellos tenía por padre a un César, que en breve sería Augusto. Por eso, evitar confraternizar con el jefe de su escolta fue algo instintivo en él, algo natural.

Sólo se sinceraba con una persona en el mundo, con su esposa Minervina. Y eso, dentro de los límites obligados por la diferente condición de ambos. Ella era mujer. La observaba, como a todos los demás, como le indicara su padre, y se había dado cuenta de los temas que a ella le interesaban, los pequeños detalles, qué comían en el campamento, qué mujeres acompañaban a sus hombres cuando éstos salían a las fronteras, qué tal le había ido el día a Crispo, y otras minucias por el estilo. Y le hablaba de eso. Y eso bastaba. A él no le hacía falta que Minervina le hablara. Incluso mejor si no lo hacía. Le gustaba estar absorto en sus pensamientos.

Habían acortado algunas etapas. Y todo ello para que una de sus paradas se hiciera precisamente en *Salona*, pudiendo visitar con tiempo el nuevo Palacio que el Augusto Diocleciano se había construido, para vivir en él el resto de sus días, tras su próximo retiro.

Los dos oficiales habían hecho ese plan antes incluso de salir de *Nicomedia*, aunque a nadie habían hecho partícipe de su intención. Se trataba de aprovechar al máximo el viaje. Porque pasar por *Salona* y no ir a visitar el nuevo Palacio del Augusto, del que todo el mundo hablaba en *Nicomedia*, era algo impensable. Y, al fin, *Salona* estaba a sus pies.

Una vez instalados, viajeros y soldados, en sus aposentos de la posta imperial, Constantino y el jefe de la escolta se desplazaron a caballo a *Spalatum* (Split), que distaba algo más de tres millas de *Salona*. Bordearon la costa por la calzada que las unía y, al girar un recodo, apareció el Palacio, al borde del mar.

Era de planta cuadrada y su diseño recordaba a un pequeño campamento romano. Tenía tres puertas, del lado de tierra, protegida cada una por dos torres octogonales. Cuatro torres cuadradas se erguían en las cuatro esquinas y dos torres más se espaciaban entre las esquinas y las puertas, a cada lado. El espacio interior se dividía, a su vez, en cuatro cuadrados, dos para el Augusto, y dos para el personal administrativo del

Palacio. Un pequeño puerto, con una entrada secundaria, se abría en el lado del mar. Había otros edificios menores, diseminados por los alrededores, para uso del personal común.

Se identificaron ante la guardia y les condujeron ante el oficial responsable. Les acogió con gran deferencia y les mostró, en una visita rápida, dada la hora, las dependencias imperiales, algunas de las cuales estaban terminándose a marchas forzadas. Defendido por suficientes legionarios, el lugar resultaría inexpugnable.

Improvisaron una cena en los aposentos del oficial al mando, que sirvieron desde las cocinas. Se notaba que el oficial al mando sentía gran admiración por el Augusto Diocleciano, por los términos que usaba al referirse a él. En un momento de la cena, y buscando adular a su huésped, exclamó, dirigiéndose a Constantino:

- "Es admirable la decisión que ha tomado nuestro Augusto, dejar la púrpura a generales más jóvenes, tras formarles durante diez años. Nunca antes se hizo tal cosa. Nuestro Augusto antepone el bienestar de Roma a sus preferencias personales."

Hubo un embarazoso silencio, pues el oficial de la escolta no despegaba los labios, y Constantino tampoco. Al poco lo rompió éste, diciendo escuetamente:

- "Sí que tenéis razón."

El comandante de la guarnición no insistió en sus alabanzas al Augusto y achacó la falta de entusiasmo al cansancio de los viajeros. El oficial de la escolta era demasiado joven para captar el significado de los silencios. Ya se había echado la noche cuando cabalgaban de vuelta a la ciudad.

Al día siguiente salieron para *Burnum* (Zadar). Allí comieron, en la posada de la posta. Esa noche llegaron a *Clambetae* (Bunic). Ahora a lo agreste del paisaje, se sumaba la belleza incomparable de los atardeceres. El sol se ponía sobre el mar y lo incendiaba. El fuego no duraba mucho, pero el espectáculo superaba todo lo imaginable, cuando el horizonte se teñía de púrpura, oro, marfil y ámbar.

El pequeño Crispo no paraba de gritar, señalando con el dedo:

- "¡Mira, madre!"

Minervina respondía siempre:

- "Sí, hijo, sí.", y sonreía.

Desde *Narona*, ciudad dejada atrás el día anterior, varias islas e islotes corrían paralelos a la costa. Eso salpicaba el horizonte de lejanos montes, en ocasiones claramente visibles, algunos pelados, otros cubiertos de bosques. La vegetación en los valles y colinas era abundante, contrastando con la rojez de la roca. El conjunto parecía imitar la dureza de los hombres de la región, famosos por su bravura, según se comentaba en los campamentos. El mismo Diocleciano, Galerio y los dos Césares que ya había seleccionado Galerio y en breve iban a ser proclamados, eran de la *Dalmacia*, la provincia que ahora atravesaban.

Habían dejado atrás las cuatro quintas partes del viaje. Lo que quedaba sería en tierras de Italia. Eso a Constantino no le decía nada, pues había sido Maximiano el Augusto de esta parte del Imperio y tampoco sería su padre quien lo rigiera en el futuro, confinado en su territorio propio, las *Galias*, *Hispania* y *Britania*.

Conforme iba avanzando en su viaje, una idea nueva iba surgiendo en lo más recóndito de su mente. Cuando estuvo retenido en *Nicomedia*, su objetivo principal fue no cometer errores y granjearse la buena opinión del Augusto Diocleciano. No tenía otro objetivo, lo veía ahora, que sobrevivir. Pero conforme había ido sintiendo el peligro más atrás, durante el viaje, afloraba otra idea dominante, utilizar el plan de Lactancio. Ahora veía que había actuado acertadamente. Había dado pasos, había establecido pactos tácitos, pero sin tener seguridad de que esos planes iban a tener futuro. Ahora la tenía.

Conocía la frontera del Danubio. Él mismo había nacido en *Naissus*, en la *Moesia*. Había viajado, acompañando a Diocleciano, hasta Egipto; había sitiado y entrado en Alejandría. Viendo nuevas partes del Imperio, pudo estimar la magnitud del mismo, ya que recorrer la mitad y por la posta imperial, iba a llevarles treinta días. ¡Harían falta cincuenta días de viaje para ir de de un extremo al otro del Imperio!

A medida que captaba la potencia del Imperio, su extensión, su riqueza, iba apoderándose de su ánimo lo deseable que sería que, al igual que ocurriera antaño, todo él fuera regido por una sola mano, y que esa mano fuera la suya. Así podría dar a todo el Imperio unas mismas creencias. Hacerlo con el Imperio dividido en cuatro partes resultaba imposible. La idea no le vino de pronto, fue madurando lentamente a lo largo de los siete días de su subida por el Adriático.

Capítulo 36

Lección de Eusebio.

Año 305

En *Cesarea Marítima*, Eusebio dirigía la Biblioteca desde hacía doce años. Le gustaba su trabajo, porque le permitía practicar su gran amor, los libros. Tenía un presupuesto, limitado, insuficiente, pero sólo porque Eusebio pretendía abarcar demasiado. Lo sabía, por eso no se preocupaba. Lo mejor de su trabajo era que decidía según su criterio. Con la mitad del presupuesto traía a la Biblioteca obras de interés general, para su lectura, y con la otra mitad, obras que le interesaban a él.

Su mitad, de nuevo, la dividía en dos partes: Una, para la Historia; la otra, para el Conocimiento. Diez años atrás lo alcanzó, y desde entonces sólo le interesaban las obras que trataran sobre el Conocimiento griego. Pero él, por ser bibliotecario, tenía que actuar con profesionalidad. Él era historiador. También debía adquirir libros de Historia, y lo había hecho.

Eusebio había establecido una clasificación de los ciudadanos que iban a la Biblioteca de Cesarea Marítima. Los amantes de la Poesía, podían elegir allí entre Virgilio, Horacio, Ovidio, Catulo, Tibulo, Propercio, Lucrecio, Lucano y otros más, si leían en latín; y deberían leer a Homero, si lo hacían en griego. Los amantes de la Historia disponían de las obras de Cornelio Nepote, Quinto Curzio, Tito Livio, Julio César, Salustio, Valerio Máximo, Velleius Patérculus, Plutarco, Tácito, Suetonio y algún otro más. Si lo que el lector deseaba eran temas serios para reflexionar, disponía de obras de Cicerón, Séneca, los dos Plinios, e incluso Columela, aunque éste en un tema diferente.

Luego venían, para Eusebio, los lectores más frívolos, los que sólo buscaban divertirse al leer. Para ellos estaban las obras de Esopo, Fedro, Terencio, Marcial, Persio, Juvenal, Petronio o Plauto. Para los amantes de la Geografía había disponibles las obras de Estrabón y de Pomponio Mela. Y para los lectores de habla griega, una selección de sus principales autores, como Aristófanes, Isócrates, Sófocles, Eurípides, Esquilo, Hesíodo y algún otro.

A Eusebio, dentro de la Historia, le había interesado, desde siempre, el tema de las creencias de los pueblos. Tanta variedad … Tras

varios años de estudio comprobó que todos los pueblos creían prácticamente en los mismos dioses, que representaban las fuerzas de la Naturaleza desatadas. Y pedían, rogando a los dioses propios, protección para las cosechas, para sus vidas, muchos hijos varones, vida para sus hijos, victorias para la ciudad contra las ciudades vecinas … en suma, vivir.

Pocas veces aparecía el Conocimiento en los libros de historia de las creencias de los pueblos. Él percibió otro asunto, el poder. Leyendo entre líneas las obras él captaba el interés de los sacerdotes por hacerse con el control del poder y del pueblo, pugnando con el rey de la ciudad, o del Imperio.

Los rollos de Conocimiento los tenía en su dormitorio. Eran su lectura preferida. Los libros de los Maestros griegos del Conocimiento, Empedocles, Parménides, Demócrito, Heráclito, Anaxágoras … eran tan condensados, sólo Sabiduría. Eso no sucedía más que con los griegos. En los libros egipcios y del Oriente la Sabiduría estaba mezclada con la moral y con el miedo, con el error y con la manipulación.

Eusebio deducía que los escritos de los Maestros que habían esparcido el Conocimiento habían sido mezclados, por manos interesadas, con otros autores, con ideas de menor altura.

Eusebio había explicado ya a su sobrino Eladio - que ahora tenía su residencia en la biblioteca, en una pequeña alcoba que le estaba destinada – el origen del Conocimiento griego. Un día le llamó a su despacho, fuera del horario de clases, y tuvo con él una “conversación profunda”, como las llamaba Eusebio. No las tenía con muchas personas.

- “Bien, mi querido Eladio, hoy quiero hablarte de un tema serio, de un tema personal. De las creencias que hay en el mundo. Porque supongo que tú tendrás tus creencias.”

Eladio se sorprendió - su tío le sorprendía con frecuencia - porque su tío nunca antes se había interesado por sus creencias. Pero no le costó nada responderle.

- “Sí, claro, maestro, tengo mis creencias. Creo en la Tríada Capitolina y en mi casa participaba del culto que ofrecían mis padres a los dioses familiares ...“

Eladio pensaba que eso lo haría todo el mundo. Y Eusebio se dio cuenta de la simplicidad de Eladio en cuanto a creencias. Recordó que él a su edad era igual. Y antes de partir para Alejandría debía explicarle la

diversidad de opciones que había en ese tema y la que él seguía. No porque él la siguiera, sino porque estaba convencido de que era la senda más apropiada. Y porque en Alejandría Eladio oiría hablar mucho del Conocimiento griego. Y debía saber de qué se hablaba.

- "Eso está bien, sobrino. Pero hoy quiero hablarte de otras opciones. Verás. Hace muchos años, cientos de años, en Grecia surgieron hombres sabios. Aquellos hombres sabios explicaron el mundo de forma diferente a como lo hacían los sacerdotes de los cultos clásicos; entre nosotros, de Júpiter, Juno y Minerva, la Tríada Capitolina.

A diferencia de los sacerdotes, aquellos hombres explicaban que había un solo Dios, al que uno de ellos llamó Logos, en el sentido de "Causa de las cosas". Y el Logos había sembrado en cada humano una partícula de su propia Naturaleza, una semilla de Logos. Nuestro trabajo debe consistir en hacer crecer esa semilla, para participar más y más de la naturaleza divina."

Eladio se quedó callado. Le invadía la sensación de estar asomándose al borde de un mundo desconocido. Eusebio prosiguió.

- "Ellos dieron la manera de hacer crecer esa semilla, practicando las virtudes. Y escribieron docenas y docenas de libros sobre esa naturaleza secreta del hombre y sobre cómo ponerla de manifiesto. A eso, Eladio, llamaron Conocimiento, o Sabiduría."

Eladio seguía escuchando en silencio. Su tío prosiguió.

- "En esta Biblioteca he reunido muchos libros de Conocimiento, que, cuando sepas griego, estarán a tu disposición. Ése es otro de los motivos por los que debes aprender griego, para poder acceder al Conocimiento que se contienen en los libros de los Maestros."

Eladio se extrañó de lo que acababa de decir su tío.

- "¿Y no hay Maestros en latín?"

- "Sería bueno que los hubiera, pero me temo que no es así. Sólo en griego."

- "¿Y por qué los Maestros ésos se fueron todos a nacer en Grecia y no nació ninguno en Roma?"

La pregunta hizo sonreír a Eusebio. Más por la forma de expresarla que por el fondo. Él también se había preguntado eso mismo hacía muchos años.

- "Verás. Esto que te voy a decir es mi deducción personal. Puede que esté en lo cierto y puede que no. No nacieron en Roma porque en

Roma no se daban las condiciones para poder desarrollar e intercambiar ese tipo de ideas.

En Grecia, en aquellos tiempos - hace de esto unos ocho siglos - cada *polis* [1] tenía sus leyes, su territorio, su propio Estado. A veces una ciudad luchaba contra otra vecina, pero ninguna se había propuesto adueñarse de las vecinas y crear un Imperio, como estaba haciendo Roma. En Roma nos dedicábamos a la guerra y en Grecia se dedicaban al pensamiento. Por eso ellos llegaron al Conocimiento y los romanos, no. Hemos estado siempre atareados sometiendo al vecino, Eladio."

Eladio parecía reflexionar sobre lo que acababa de oír.

- "¿Y qué pasa cuando uno hace crecer la semilla ésa de Logos?"

- "Buena pregunta. Resumiendo mucho te puedo decir que los que no la hacen crecer son muy poco felices, más bien son desgraciados. Y, en cambio, los que la riegan, la abonan, y la hacen crecer, ésos son felices y nada les contraría. Pero no porque les sucedan cosas distintas a los otros, sino porque saben tomarse las cosas que llegan de manera distinta."

Eusebio calló para ver qué efecto tenían sus palabras sobre su sobrino. Éste también calló y el silencio duró un buen rato. Eladio cambió de tema.

- "¿Y por qué me contáis esto hoy, maestro?"

- "Otra buena pregunta … Te he comentado esto porque estás en vísperas de acompañarme a un viaje. Y en ese viaje vas a tener ocasión de oír hablar del Conocimiento."

- "¿Puedo preguntar adónde será ese viaje?"

- "Estaba deseando que lo hicieras. A la mismísima Alejandría."

Eladio pegó un brinco en su silla.

- "¡¡¡No!!!"

En su rostro se leía la inmensa alegría que le producía la noticia. Se abrazó a su tío con entusiasmo. No se lo había dicho a su tío, pero, por una conversación con un escriba, ya sabía que éste hacía viajes periódicos a la lejana Alejandría y albergaba la secreta esperanza de que algún día le dijera que le acompañara a conocer la mítica Alejandría. Pero no esperaba que esa invitación llegara tan pronto.

- "¿Y cuándo será ese viaje?"

Eladio respiraba impaciencia y entusiasmo por cada poro de su cuerpo.

"Muy pronto, hijo, muy pronto."

[1] *Polis* = Ciudad

Capítulo 37
Italia

Año 305

Llegados a *Tergeste* (Trieste), faltaban quince días para la investidura. Siguiendo el nuevo ritmo, más pausado, llegarían a *Mediolanum* en siete días. Tanto Minervina como el niño estaban muy cansados; no en vano llevaban ya veintidós días de viaje, sin ninguna jornada de descanso. Por eso había decidido Constantino aminorar la marcha, haciendo sólo tres o cuatro relevos de tiro por jornada, en vez de cinco. Con ello, el viaje se alargaría dos o tres días, pero llegarían a *Mediolanum* más descansados.

El jefe de la escolta había comentado con sus compañeros, allá en *Nicomedia*, el viaje a realizar. Un camarada suyo era de la zona del *Benacus Lacus* [1]. Le recomendó que hicieran un alto en *Sirmium* (Sirmione), en una península situada al Sur del lago. Contaba con parada

de la posta imperial, y apenas a una milla, lago adentro, había una villa digna de verse.

El padre del camarada, ya muerto, fue capataz, tiempo atrás, de varias fincas que los Gayo Valerio poseían no lejos de *Sirmium*. Le recomendaba visitar la villa de la familia, situada en la península. La estructuración del viaje restante se hizo con la premisa de hacer noche en *Sirmium*, para lo que las jornadas anteriores se modificaron lo que hizo falta. Eso permitiría tener tiempo libre el día de la llegada y al día siguiente, con lo que podrían entretenerse en *Sirmium* prácticamente una jornada.

Haber reducido la duración de las jornadas fue reavivando poco a poco a la mujer y al niño. Éste ya no se entusiasmaba con los atardeceres, a pesar de que seguían siendo radiantes. Y cuando recuperó parte de su vivacidad, con las jornadas más cortas y llevaderas, el sol ya no se ponía por el mar, sino por encima de frondosos montes, y, aun siendo grato el espectáculo, no tenía el encanto anterior.

- "Madre, ¿cuándo llegaremos?" era ahora la pregunta más frecuente de Crispo.

- "Pronto, hijo mío, pronto" respondía siempre su madre.

De *Tergeste*, por la *Vía Postumia*, viajaron a *Aquileia*. Allí hicieron noche, aunque podían haber seguido un par de postas más.

Se adentraron luego en la Italia Septentrional, y el paisaje se dulcificó, comenzó a hacerse más verde, los bosques, más cerrados, los montes, menos rocosos. Al día siguiente, al salir de viaje, mandaron un par de jinetes, para advertir a los dueños de la villa de su llegada, pasada la mañana. El recorrido, de sólo 45 millas, les permitió llegar a *Sirmium* a la hora de comer.

La aldea de *Sirmium* no tenía ningún encanto especial. Era una minúscula aldea, al borde de lago *Benacus*, como había centenares en el Imperio. Su única singularidad era que la península que se adentraba en el lago terminaba en una pequeña isla rocosa. Pero lo mejor de *Sirmium* era la villa de Catulo, así se la llamaba, dada la fama de su constructor, Gayo Valerio Catulo, poeta insigne, nacido en Verona.

El propietario actual, descendiente colateral del poeta Catulo, advertido, había preparado una comida digna de su huésped, el hijo del próximo Augusto. Él y su esposa salieron a recibir a los viajeros, Constantino, Minervina, Crispo y el oficial. Sus esclavos les ayudaron a

refrescarse, quitándose el polvo del viaje, y pasaron luego a la terraza principal. La villa estaba situada en el extremo de la isla rocosa, rodeada de agua por tres costados. Las vistas eran magníficas. Crispo no paraba de correr, de un lado a otro.

[1] Lago de Garda.

Comieron Constantino, su familia, el jefe de la escolta, el propietario y su esposa, bajo unos toldos en la terraza nordeste, que daba al lago. Soplaba una brisa suave, algo fresca. La comida se basó en pescado y mariscos, regada con vino blanco y tinto. Servidos los postres, los hombres pasaron a departir bajo el pórtico principal, situado unas gradas más arriba, y las mujeres se retiraron a la casa. Cuando Crispo terminara la siesta, que la propietaria impuso como obligatoria para niños en aquella casa, visitarían la mansión. Las mujeres pasaron a una sala cercana, donde estuvieron charlando amigablemente.

La visita de la casa la hicieron a media tarde. El niño lo dejaron al cuidado de un esclavo griego. Se veía que los propietarios, Lúculo y Vitelia, estaban orgullosos de sus dominios. Explicaron que su antepasado, el poeta, construyó la villa sobre un terreno muy desigual. Entre los extremos de la villa había un desnivel de veintidós codos [1], que salvó mediante un cripto-pórtico de dos pisos, en el superior de los cuales vivían los esclavos que servían la casa. Así se formó una gran plataforma, rectangular, con dos salientes en sus extremos. Según la dirección del sol o del viento, ellos comían en una terraza o en otra. Ambas tenían vistas al lago.

Había dos grandes edificios, cada uno de ellos con un pequeño patio porticado interior. Y ambos se unían mediante dos largos pórticos, paralelos. Uno con vistas al exterior; y, separado por un muro, otro con vistas a un enorme jardín interior, de trazado austero, que disimulaba la cisterna subterránea. Así quedaba un recinto protegido del viento exterior o del mal tiempo. [2]

Disponían de 10 habitaciones para invitados, decoradas con frescos alegres, de flores, pájaros de vistosos plumajes, jardines y paisajes marinos. En los suelos, mosaicos geométricos, todos a dos colores. En tiempos de Julio César, la norma era la austeridad, explicó Lúculo, y ellos no habían alterado el aspecto inicial de la mansión.

Luego visitaron las habitaciones principales de la mansión, las de los dueños. En ellas la decoración era más moderna, más colorista. El

respeto al fundador sólo se aplicaba en la zona de invitados y en la zona del servicio, los subterráneos. Admiraron las hermosas vistas que se disfrutaban desde cualquier lugar de la casa. Ante la insistencia de Lúculo y Vitelia, Constantino y su familia pernoctaron en la villa. Cenaron en la otra terraza, que daba al Sur-Oeste, bajo los últimos rayos del sol. Luego, se encendieron antorchas. Al igual que la comida, la cena fue opípara. Tras una corta sobremesa, se retiraron a descansar. El niño había cenado con los siervos y dormía ya.

A la mañana siguiente, tras un frugal desayuno, los hombres fueron andando a *Sirmium*, a saludar al oficial al mando de la pequeña guarnición y a los dos propietarios más importantes. Era una deferencia de la que se hablaría en *Sirmium* durante años. Mientras, las mujeres permitieron que Crispo, junto con dos niños algo mayores que él, hijos del mayordomo, jugara en el jardín de la casa. Crispo era un niño muy sociable.

La comida de despedida fue temprana y frugal, debido al viaje que faltaba por hacer. Tras la despedida, se unieron a la escolta, que esperaba fuera. Sólo tuvieron que hacer dos relevos de caballerías y llegaron a *Brixia* (Brescia). Llevaban veintiséis días de viaje. De allí a *Mediolanum* (Milán) sólo quedaban dos jornadas más.

El viaje final, hasta *Mediolanum* (Milán), careció de novedades. La penúltima jornada, de cincuenta y tres millas, les llevó a pernoctar en *Bergomum* (Bérgamo). Fue grata y muy corta la última, con tres relevos que cubrieron las 32 millas que separaban *Bergonum* de *Mediolanum*. Poco después de comer apareció a lo lejos la ciudad, rodeada de murallas.

(1) Un codo romano mide 0´444 metros. Veintidós codos son 10 metros.

(2) Hay cuatro artículos sobre la villa de Catulo, tal como nos ha llegado, en http://www.sofiaoriginals.com/may714catulo.htm y siguientes.

Se notaba mucho movimiento de carros y viandantes en las cercanías. Se aproximaban fechas importantes para el Imperio. Habían mandado un mensajero, al partir aquella mañana, para avisar al César Constancio de la llegada de su hijo.

El Cesar Constancio, mientras estaba en *Mediolanum*, residía en el Palacio de Maximiano, su Augusto y suegro, quien le investiría en breve con la púrpura de Augusto. Cuando le llegó el mensaje de Constantino, estaba tratando con él los últimos detalles del relevo de poderes. Llevaban

varios días reunidos, a veces los dos solos, otras, con sus ayudantes principales.

Constancio, en cuanto leyó el mensaje de su hijo, preguntó al mensajero a qué hora estaría su hijo en la ciudad.

- "Poco después de comer, *Dómine*." fue la respuesta del mensajero.

- "Vuelve junto a mi hijo y transmítele mi deseo de verle una vez se haya quitado el polvo del camino. Lo recibiré en la puerta de este mismo Palacio."

Y el mensajero desapareció entre reverencias. En cuanto quedaron solos, Maximiano dijo a su César.

- "Estarás contento con la llegada de tu hijo."

- "Ya te lo puedes imaginar, Maximiano. No hay noticia que me cause mayor satisfacción. Pensando en dónde hospedarlos, a Constantino, su mujer y el pequeño, ¿qué les podemos ofrecer?"

- "Quedan suficientes habitaciones para ellos, pueden quedarse aquí. Mandaré que pongan en orden las tres habitaciones del ala izquierda, que normalmente no se usan. Este edificio es demasiado grande para mi mujer y para mí. Porque Majencio, nuestro hijo, vive entre la casa familiar, en la Lucania, y Roma. Y las pocas veces que viene por *Mediolanum*, prefiere vivir por su cuenta, en casa de algún amigo, que con su madre y conmigo."

Maximiano era de mediana estatura, de complexión fuerte, cara ancha, cejas espesas, pelo abundante, ya blanquecino, cuello corto y manos grandes. Tenía cincuenta y cinco años y una gran energía. Encajaba más al mando de una centuria de legionarios que al mando de medio Imperio. Pero su amistad con Diocleciano le había valido la púrpura.

Nota del Autor: Más tarde, la historia de este viaje sufrió modificaciones importantes, tanto en el tiempo, como en el modo. Constancio Cloro habría dejado que se realizara el relevo imperial sin reclamar a su hijo. La decisión de permitir el regreso del hijo habría pasado a depender del nuevo Augusto, Galerio.

A éste, se le convirtió en enemigo de Constantino, enemigo que deseaba su muerte. Galerio habría tendido varias trampas a Constantino, durante su estancia en *Nicomedia*, de las que éste habría salido ileso por medios casi milagrosos. El viaje se describió - años después de sucedido - como una huida a uña de caballo, en la que Constantino inutilizó, en la próxima parada de la posta imperial, tras salir de *Nicomedia*, todos los

caballos que no utilizaba, desjarretándolos, para evitar la persecución de Galerio.

Constantino habría llegado a la *Galia* justo a tiempo de pasar a *Britania* y abrazar a su padre en su lecho de muerte. Ni el Augusto Constancio ni su hijo habrían tenido ocasión de preparar lo que, luego de muerto Constancio Cloro, sucedería.

Este tipo de leyendas, de persecución del héroe por personajes con mucho poder, eran del gusto de la época y con ellas se adornaban las vidas de personas famosas. Los Santos Inocentes y la huída a Egipto son ejemplos de este tipo de relatos. En este caso, además, de la misma mano, la de Lactancio.

El Augusto Maximiano siempre se había sentido a gusto con su yerno, Constancio. Podía hablar con él con total franqueza, sin los fingimientos que debía emplear con otros altos dignatarios. Ya le hubiera gustado verlo con más frecuencia, pero Constancio había estado sofocando levantamientos de agricultores en la *Galia* y otra rebelión de más envergadura, que duró años, en *Britania*. De todas sus misiones había salido con éxito, todos los problemas se habían resuelto, y todos los cabecillas habían sido eliminados.

- "Bien, yerno, tendrás que pensar en tu hijo que va a llegar dentro de poco. Lo mejor será que hagamos los dos juntos una comida breve, y luego te dejo con él."

- "Cuando le haya dado un par de abrazos, subiremos, para que lo conozcas."

- "Ya le conozco, aunque fue hace casi diez años, cuando pasó por aquí camino del Este. Pero entonces era un jovenzuelo imberbe y no le dediqué mucha atención. Se habrá convertido en todo un hombre …"

- "Sin duda lo será. Pronto vamos a verlo. Tienes razón, comamos cualquier cosa y esperaré su llegada, ya sin compromiso alguno. Nunca se sabe cuándo termina un viaje. Y menos si se hace con la familia, aunque ésta sea pequeña."

Y el Augusto ordenó que les sirvieran una comida ligera en su despacho. Luego se despidieron.

Mientras tanto, Constantino y su escolta habían llegado al edificio de la posta imperial, extramuros de la capital. Constantino tomó una habitación para su familia, donde se aseó, encargó a Minervina que esperase noticias suyas, y partió para Palacio.

Su padre le esperaba en el patio principal del Palacio, paseando con las manos a la espalda, como león enjaulado. El reencuentro sucedió como era de esperar entre un padre y un hijo que no se habían visto en doce años. Primero se agarraron las manos y se miraron, sin decirse nada. Al poco, Constancio sintió un picor en la nariz, preludio de algo que no quería que sucediera, por lo que abrazó a su hijo, y al rato empezó a hablar, aún abrazado.

- "Menos mal, menos mal que por fin estás aquí … Creí que nunca iba a llegar este momento. Mañana haré una ofrenda especial a los dioses del larario, para agradecerles este instante. Déjame que te vea."

Se separaron, permaneciendo cogidos por las muñecas. Constancio miró largamente a su hijo. Había crecido, había madurado. Ya no era el joven impulsivo, que mandara a *Nicomedia* años atrás. Volvía de allí un hombre, un hombre recio, una persona ya hecha.

- "Has cambiado. Y eres lo que necesito a mi lado, un hijo que me ayude."

- "Tú, en cambio, no has cambiado; estás como te recordaba de cuando nos despedimos, tanto tiempo atrás."

Mentía. Por amor filial, pero mentía. Veía a su padre envejecido, cansado, a pesar de la alegría que empañaba su rostro. Pasearon por los alrededores del Palacio, hablando quedamente. La escolta esperaba en el patio, a distancia. Constantino subió con su padre, a saludar al Augusto Maximiano, padre de su madrastra, Teodora.

Maximiano saludó jovialmente al viajero, pero Constantino percibió que aquella afabilidad a primera vista estaba vacía, era fácil y sin calor. Hubiera herido a su padre si le hubiera comentado sus impresiones, de modo que se guardó la sensación de vacío que le produjo el Augusto de Occidente. A fin de cuentas, en breve dejaría de serlo.

Se entabló una conversación entre su padre y Maximiano, en la que, de vez en cuando, se hacía alguna mención a él. Cuando fue oportuno, se despidieron. Constantino debía recoger a su familia e instalarse en Palacio. Bajó a reunirse con su escolta. Se abría una nueva etapa en su vida. Por fin estaba en casa.

Capítulo 38

Viaje a Alejandría.

Año 305

Eusebio había reunido los presupuestos de cuatro meses, sin gastar nada en todo ese tiempo, y ahora ya podía viajar a Alejandría, su centro de suministro de libros. Nada como Alejandría, con diferencia. Allá, su amigo Arrio, que también había llegado al Conocimiento, posiblemente gracias a las indicaciones que Eusebio le había dado en los cinco últimos años, le diría lo mejor que había leído desde la última vez que se vieron.

Era una suerte para Arrio vivir en Alejandría y poder acudir a su Biblioteca casi todos los días. Eusebio no podía ir más que una o dos veces al año. Los viajes corrían por su cuenta, porque se suponía que los libros se encargaban, no se iba a por ellos. Pero, además de charlar con su amigo, quería conversar con Fulgencio, el director de la Biblioteca, y mostrarle todo ello a Eladio, que le acompañaría en el viaje.

El viaje lo hacía casi siempre por barco, pues sólo viajaba con buen tiempo, entre Mayo y Septiembre. Ahora le tocaba realizar el primer viaje del año. Antes de Octubre haría el segundo viaje. Si se atrasaba, iba por tierra. Tardaba algo más, pero tampoco mucho más. El viaje por mar le llevaba cuatro días. Por tierra, seis o siete.

En cuanto llegaron a la Ciudad, que así era llamada Alejandría, fueron a casa de Arrio. Éste les esperaba, ya que Eusebio había avisado de su llegada semanas antes por mensajero. Arrio le recibió con gran entusiasmo, extensivo al sobrino de su amigo. Ese día hicieron una visita conjunta y rápida a la ciudad. Eusebio la conocía bastante bien. Por eso Arrio dirigía sus explicaciones al joven Eladio.

- "Alejandría, Eladio, está en una franja de tierra entre el *Mareotis Lacus* y el mar. Tu tío dice que es al menos diez veces más extensa que *Cesarea Marítima*. Será verdad, si él lo dice ...

Los romanos introdujeron aquí algunas de sus costumbres, como es construir un Foro. Tuvieron que situarlo al lado del puerto. En ese terreno estaba el ágora y algunos edificios no muy importantes, que se demolieron. Cerca del Foro, están los Palacios reales de los Ptolomeos y la Biblioteca.

Frente al Foro, al fondo, puedes ver la isla del Faro, unida a la ciudad por un sólido acueducto, el *Heptastadium*, que, asimismo, hace de

rompeolas y de vía de acceso a la isla. El Faro está a lo lejos, allá, a la derecha, sobre un pequeño islote, en el extremo más oriental de la isla."

Y Arrio señalaba lo que iba explicando a Eladio. En el Foro había mucha animación. No era un Foro muy grande; tal vez por eso parecía repleto de grupos paseando, tanto en el espacio interior como en los pórticos que lo rodeaban.

Arrio explicó a Eladio que la Ciudad tenía diez puertos. Ahora estaban frente al *Portus Magnus*, que era el principal puerto comercial. A su izquierda se encontraba el otro puerto comercial, el de *Eunostos* (buen viaje, en griego). A la derecha estaba el *Portus Regius*, al lado de los Palacios reales. El otro puerto militar, el de *Cibotos*, a Oriente, no era visible, lo tapaba el *Heptastadium*. En el lago *Mareotis* había otros dos puertos comerciales, para las embarcaciones que iban o venían del interior de Egipto.

Fueron hacia el centro de la Ciudad y llegaron a la *Vía Canópica*. Arrio explicó:

- "La *Vía Canópica* la construyó Alejandro de 70 codos de anchura [(1)]. Recorre la Ciudad de Este a Oeste, paralela a la costa, con Puertas en sus dos extremos.

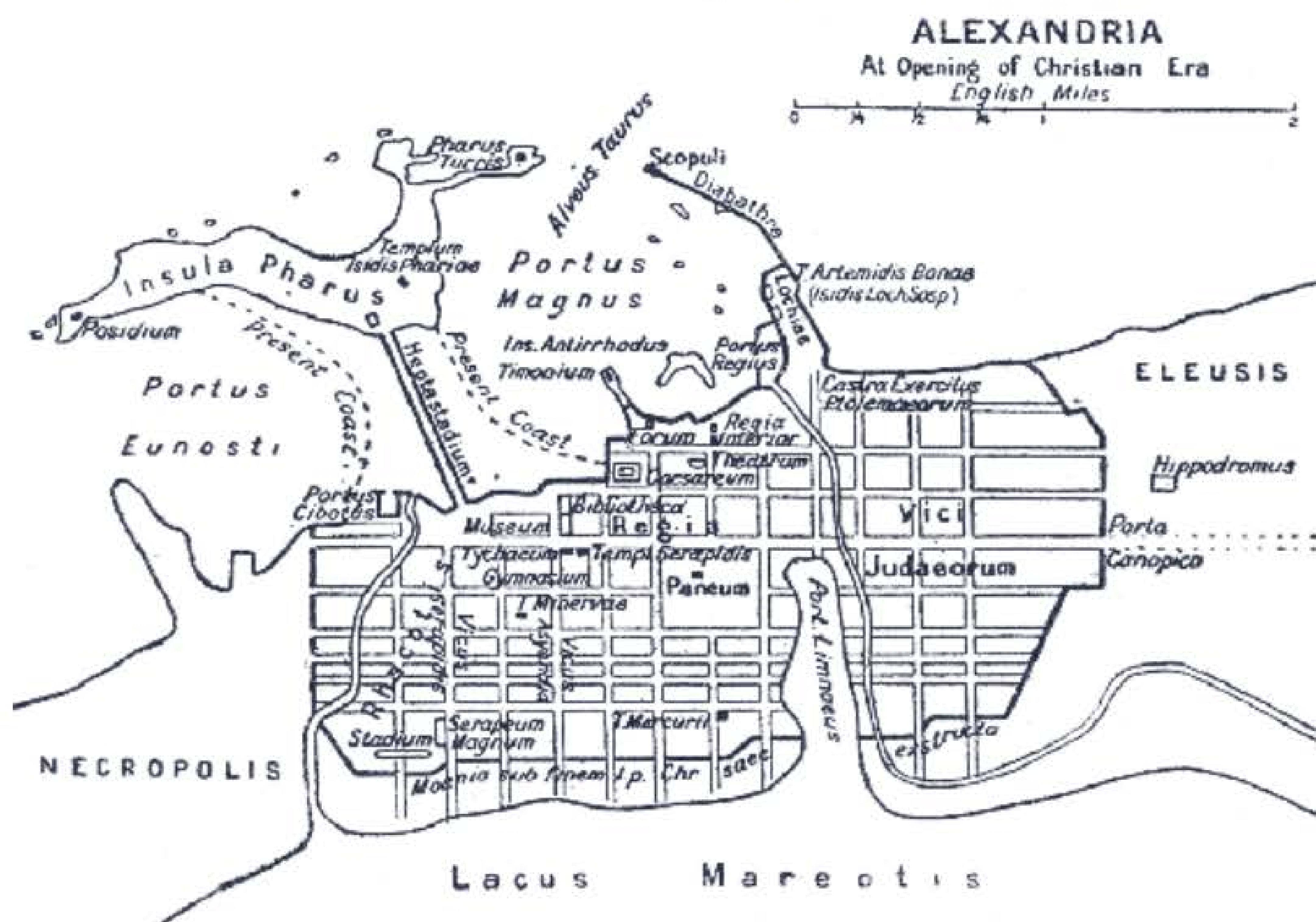
[(1)] Treinta metros.

El *Cardo Máximo*, que ahora veremos, tiene una anchura similar, y va del mar al lago *Mareotis*. La ciudad está dividida en siete filas de bloques de edificios y está rodeada de murallas, reforzadas por ciento veinte torres, que la rodean incluso por el lado del mar. Un canal de agua dulce la abraza por detrás; todo él extramuros, salvo en la parte Oeste, en que entra en la Ciudad."

Fuera de las murallas se encontraba el *Hipódromo*, al Este, con capacidad para quince mil espectadores, pero no lo vieron. Arrio explicó que en la Ciudad había seis Termas, tres Teatros y muchos edificios monumentales. Los Ptolomeos la habían hecho su capital y esa elección, mantenida durante tres siglos, había hecho en ella una de las mayores ciudades del Imperio.

Al día siguiente, Eusebio, acompañado de su amigo y su sobrino, fue a saludar a Fulgencio, el bibliotecario jefe. Aprovechó para presentarle a Eladio y le pidió si podría enseñarle la Biblioteca, a lo que el bibliotecario accedió. Quedaron para esa tarde.

Plano de Alejandría



(Fuente: Atlas of Ancient & Clasical Geography. Everymans´Library, 1.942.)

Mientras Eusebio y Arrio se integraban en una "tertulia flotante", el bibliotecario se dispuso a enseñar a Eladio los rincones más recónditos de la Biblioteca. Fulgencio era más alto aún que Eladio, de pelo cano, de aspecto grave, al que todos cuantos le conocían saludaban con gran respeto.

Hacía diez años que ostentaba el cargo, designado por el gobernador de Egipto. Antes había sido uno de los cuatro ayudantes del bibliotecario anterior. Por tal motivo conocía la Biblioteca como la palma de su mano.

- "Daremos un vistazo rápido a los tres edificios, y luego te mostraré los tesoros más preciados de la Biblioteca", le dijo a Eladio con aire fingidamente misterioso.

Eladio no supo que responder, tanto le imponía la presencia de su guía.

- "Igual que hace tu tío, aquí diferenciamos según el tipo de visitante que recibimos. Los que vienen simplemente a leer, casi todos de ellos de la Ciudad, y los que viene a estudiar, en su mayoría personas de fuera. Un trato aparte tienen los que han llegado al Conocimiento. Te insisto en lo que ya dije ayer, pregunta todo lo que no entiendas, o tengas duda."

A Eladio, que algo sabía del Conocimiento, por su tío, le surgió una pregunta.

- "¿Puedo haceros un pregunta, maestro?"

Ante la respuesta afirmativa del bibliotecario, Eladio la hizo.

- "¿Y los que están interesados por el Conocimiento sin haber llegado aún a él?"

Fulgencio sonrió. Sospechó que era el caso del joven.

- "Todos los que se interesan por ese tema tienen nuestro mejor apoyo. Los que indicas pertenecen al grupo de los estudiosos. Suelen acudir al edificio del medio, que pronto visitaremos, donde están los rollos más antiguos, los de más valor y los de Conocimiento. A las obras de los Maestros los tenemos considerados como de gran valor, y están junto con las de Euclides y los textos más antiguos que poseemos. Los veremos al final de la visita."

Visitaron en primer lugar el edificio general de la Biblioteca, donde estaban las obras más leídas. Era un edificio cuadrado, de 120 metros de lado. Estaba elevado sobre el nivel de la calzada. Se accedía a él por una escalinata que daba acceso a un pórtico, imitando la entrada de un Templo.

- "Ptolomeo I fue un general de Alejandro de Macedonia, uno de los Diadocos, los Sucesores. Le correspondió Egipto, la satrapía que Alejandro arrebató a los Persas sin derramar una gota de sangre. Estaba decidido a hacer un Templo a la Cultura, y puso los cimientos de la Biblioteca, que adquirió su esplendor máximo con su hijo, Ptolomeo II. Este edificio que veremos en primer lugar es el que alberga las salas de lectura y consulta de los libros más comunes."

Fulgencio mostró al joven el primero de los dos edificios abiertos al público.

Las salas de lectura eran amplios corredores de 10 metros de anchura por 60 de longitud, con vidrieras en el techo, por donde entraba

luz suficiente para trabajar. Las columnas que sustentaban el techo eran de los estilos habituales en Egipto, papiriformes, lotiformes, campaniformes, poligonales y hatóricas. El techo era de madera labrada, formando complicados adornos decorativos. Las paredes eran de estuco que imitaba mármol. Numerosos armarios de madera, con anaqueles dispuestos cada tres codos (un metro) permitían almacenar los rollos, envueltos en cápsulas de plomo. Una etiqueta colgaba de cada cápsula. Los anaqueles estaban dotados de un código y así se controlaba el lugar ocupado por cada ejemplar. Regularmente espaciadas a lo largo de las salas había mesas alargadas y bancos corridos, para el trabajo o copia de los rollos por los lectores. Se disponía de un servicio de copias por encargo.

En la parte más interna del edificio, anexos al jardín, estaban los cubículos para los empleados del edificio. En el centro del edificio se abría un jardín porticado, con cuatro pequeñas fuentes en las esquinas y una mayor en el centro. Había bancos en donde los visitantes podían descansar de su trabajo con los libros. No se permitía sacar ejemplares de la Biblioteca al jardín.

Fulgencio bajó la voz para decir:

- "Pero lo más interesante está en el otro edificio, el reservado a los profesionales del saber y del Conocimiento. Vamos a visitarlo ahora."

Y saliendo de aquél en el que estaban, pasaron a otro que en todo se le asemejaba, con la misma entrada y diferente disposición interior. Los pasillos eran más cortos y había muchas pequeñas salas, donde se reunían personas con los mismos intereses.

Tampoco los ocupantes eran similares. Allá se encontraban letrados, historiadores, filósofos, artistas, escritores y poetas del *Ponto*, *Bitinia*, *Judea*, *Tracia*, Italia, de toda la cornisa africana, de Grecia, *Macedonia*, *Partia*, *Babilonia*, o incluso del *Punjab*. No se veían dos vestimentas iguales. En el edificio anterior cada lector tenía ante sí un rollo y estaba sentado, él sólo, ante su ejemplar. En el edificio actual abundaban los grupos, reunidos en salas, donde se discutía sobre los temas más elevados y extraños. Había estudiosos de todas las ramas del saber, que buscaban aumentar el suyo, usando los miles de obras escogidas que se alineaban en sus estantes. Para algunas obras se precisaban permisos especiales, que escribas y subalternos del bibliotecario controlaban y anotaban.

Fulgencio le hizo seña para que le siguiera.

- "Ven, te enseñaré nuestros ejemplares más valiosos. Y te contaré cómo los Ptolomeos se hicieron con ellos. No siempre fueron métodos … honestos."

Sacó de su bolsa un llavero, buscó la llave apropiada y abrió una enorme puerta de bronce. Varios empleados guardaban la puerta.

- "Es necesario un permiso firmado por mí para tener acceso a estas salas. Y siempre se entra acompañado de dos empleados, que mostrarán al visitante los rollos, pero no le permitirán manipularlos; tal es su valor. Son ejemplares únicos."

Dos guardas les acompañaban. Pasaron por otra puerta que Fulgencio volvió a abrir. Eladio notó que el aire estaba algo enrarecido. Hacía tiempo que aquella sala no se abría. Fulgencio no pareció notarlo. Las paredes estaban recubiertas de armario con puertas de madera. Fulgencio abrió uno de ellos. Docenas de cápsulas con rollos dentro se alineaban en sus estanterías. Buscó uno de ellos, lo sacó y lo extrajo de la cápsula. Era un rollo como otro cualquiera, le pareció a Eladio. Eso sí, muy antiguo. Y tenía dibujos, a primera vista muy sencillos. Fulgencio le mostró los dibujos geométricos.

-"Están hechos por el propio Euclides. Ptolomeo I lo llamó a la Biblioteca para sistematizar la Geometría, tan necesaria para poder recomponer las lindes de los terrenos después de las crecidas del Nilo. Euclides escribió trece libros, cuyos originales son éstos, los que acabas de ver. Tienen más de seiscientos años y se conservan muy bien, gracias a que en las cápsulas no entra nada de luz, por estar dentro de armarios cerrados. Ya sabes que la luz acaba por comerse la tinta. También tenemos copias, revisadas por él mismo, en las salas abiertas a los matemáticos, pero estos originales sólo se enseñan a muy escasas personas."

Fulgencio le mostró otras obras, muy antiguas, de las que Eladio jamás había oído hablar, según el bibliotecario, de mucho valor.

Finalmente, como colofón de los valiosos contenidos en aquella enorme sala, el Bibliotecario abrió otro armario. Había cuatro estantes con seis cápsulas en cada una. Total, veinticuatro cápsulas.

- "Te contaré la historia de estos libros, que tienen más de mil años de antigüedad. Son los originales de la Ilíada, obra del insigne Homero. Se guardaban con todo esmero en la Biblioteca de la Acrópolis de Atenas en tiempos de Ptolomeo II. Antes se habían guardado en la *Jonia*, de donde Homero era oriundo. Ptolomeo II envió una armada a Atenas con un

cargamento de mil libras de oro. Solicitó le prestaran los originales de la Ilíada y la Odisea, para sacar copias en Alejandría, y dejaba, en depósito, el oro en Atenas. A su devolución, los atenienses podrían retener doscientas libras de oro, cien por cada obra prestada, devolviendo el resto.

Los atenienses aceptaron el compromiso egipcio y dejaron marchar los rollos hasta Egipto. Lo que las autoridades de Atenas no sabían era que Ptolomeo no pensaba devolver los rollos y que daba por perdido el oro. Sus minas del Sinaí y de *Nubia* le producían esa cantidad al año.

Y aquí siguen, custodiados como lo que valen, una montaña de oro."

Eladio escuchaba embelesado cuanto Fulgencio le explicaba. En otro armario gemelo, estaban los doce libros de la Odisea, que Eladio vio, pero no tocó.

El tercer edificio, el oriental, era más austero. Según le explicó el Bibliotecario, estaba cerrado al público y servía de almacén y de taller de restauración y de copias. Se encontraban allí también la carpintería y los almacenes de papiro, pergamino y tintas. En él trabajaban los servicios de clasificación, los archivos, los copistas y los restauradores. No tenía jardín interior y toda el área del edificio estaba cruzada por cuatro pasillos centrales, a los que daban las diferentes salas de trabajo de los empleados de la Biblioteca. El director de la Biblioteca, el Bibliotecario, tenía su despacho principal en el centro de este edificio, al que se accedía por pasillos transversales desde cualquiera de los cuatro pasillos centrales. Contaba con el apoyo de cuatro auxiliares con los que llevaba el control de todo lo que se realizaba cada día en la Biblioteca.

Fulgencio le explicó.

- "Aunque es el menos llamativo de todos y no es visitado, salvo alguna excepción, como es tu caso, es aquí donde se mantiene la Biblioteca viva. Aquí se llevan los ficheros del inventario, se hacen las copias necesarias cuando un rollo se estropea, se copian las nuevas adquisiciones, se deciden éstas. En tiempos de los Ptolomeos, se registraba cada nave que llegaba a Egipto y se requisaban los libros, que se devolvían al capitán de la nave, si ya obraban en poder de la Biblioteca, o se copiaban y en un futuro viaje se devolverían. Ahora no es necesario hacer eso. Con los presupuestos disponibles se encargan obras a otras Bibliotecas no lejanas, como la de *Pérgamo*, *Antioquía* de Siria, *Palmyra* o *Edessa*."

Eladio pudo ver el despacho de Fulgencio. Había en el suelo muchos depósitos metálicos circulares, para contener provisionalmente los rollos que se estaban usando. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, formando una pequeña biblioteca.

- "Aquí tengo una copia de las obras de Conocimiento que hay en la Biblioteca. Son mi lectura favorita."

"Como mi tío", pensó Eladio para sí.

Anexas al edificio más occidental se encontraban las *tabernae*, tiendas donde los lectores podían comer, o adquirir los útiles necesarios para sacar copias de los rollos de la Biblioteca.

Para Eusebio lo más notable de Alejandría, y lo que le hacía volver a ella un año y otro, no era su extensión, sus puertos, su tráfico o el colorido de sus calles, sino la cultura que se generaba en torno a su Biblioteca. En la Biblioteca de Alejandría Eusebio se perdía, y no había nada que le gustara tanto como saber que le sería imposible leer todas las obras que le interesaban. Ni siquiera podría hacerlo aunque viviera en la misma ciudad. Mucho menos residiendo a cuatro días de viaje en barco. Su objetivo, además de ver a Fulgencio y a Arrio, era repasar las posibles opciones y elegir varias obras de Conocimiento, que se llevaría a la vuelta, media docena de obras de Historia que faltaran en *Cesarea*, sin olvidarse de las diez o doce obras nuevas para los usuarios de su ciudad.

Mientras Eladio estaba con Fulgencio, Eusebio y Arrio tenían ocupación. Fulgencio, el director de la Biblioteca, había formado lo que él llamaba una "tertulia de hermanos mayores". Igual que Sócrates, Fulgencio evitaba la palabra Maestro. Defendía que el papel de quien alcanzó el Conocimiento era el de un hermano mayor, que, muertos los padres, podía favorecer el crecimiento de sus hermanos.

Sólo eran admitidas en dicho círculo personas que hubieran alcanzado la Sabiduría. Cualquiera podía presentar un candidato, que mantenía una conversación con Fulgencio.

Si éste lo aceptaba, la sesión de acogida se daba tras haber respondido el candidato a preguntas de los que acudieran a la siguiente reunión. Generalmente quien era presentado al resto pasaba a ser un miembro del círculo.

El trabajo en las tertulias flotantes - así llamadas porque asistían diferentes miembros del círculo, los presentes en la ciudad - consistía en aportar textos de Conocimiento, que cada miembro encontraba en los

libros que caían en sus manos. Fulgencio mandaba copiar, o hacía traducir, los textos que estuvieran en otros idiomas, y se guardaba una copia para cada miembro del círculo. En estas sesiones Eladio no podría estar presente, pero su tío le había buscado algunas obras interesantes que pudiera leer en la Biblioteca.

Tras un par de charlas con Fulgencio, Eusebio recibió un par de rollos con las últimas traducciones. Entre ellas, una lista de parábolas copiadas de un antiquísimo rollo del *Punjab* (un Maestro de aquel país había sido admitido al círculo recientemente). Y una elegía de Xenófanes, que había aparecido en la Biblioteca.

El segundo aliciente de viajar a Alejandría era encontrarse con su amigo Arrio. Hacía ya veinticinco años que se conocían. Arrio tenía cinco años menos que Eusebio. Alto, jovial, delgado, austero en porte y en gustos, hijo de familia adinerada, lo que le había permitido dedicarse a la Lírica y la Música, además de al Conocimiento, su auténtica pasión. Tenía una más que notable biblioteca en su casa, que es donde Eusebio residía en sus visitas a la ciudad, que hacía las delicias propias y de Eusebio. En esta ocasión, Eladio también residiría en la casa. Tenía los libros repartidos en cuatro habitaciones de la ínsula, situada cerca del Foro.

En un amplio salón, donde recibía a sus visitantes, exponía en un lujoso mueble sus obras de más lustre, las que habían pertenecido a su familia desde generaciones atrás. Según algunas anotaciones encontradas en los rollos, un antepasado de su madre, había iniciado la colección de rollos 150 años atrás.

En una habitación contigua, un poco más pequeña, guardaba en un armario hasta el techo, recubierto de seda, obras más modernas. En un dormitorio pequeño, destinado a huéspedes, tenía las obras de consulta, que usaba muy ocasionalmente. Y en su despacho, con grandes estanterías en tres lados y amplios ventanales en el otro lateral, para aprovechar la luz mediterránea, tenía los rollos más queridos, todos ellos en sus cápsulas, para evitar la luz. Había, separados por estantes, rollos sobre Conocimiento, Historia, Poesía, Música, Pintura, Sanación, Egipto antiguo y Geografía.

Arrio no dejaba de comprar rollos. Cuando Eusebio le preguntaba si había leído todos los rollos que se acumulaban en sus estanterías, Arrio le respondía que en una biblioteca hay que perderse, es decir, la biblioteca te tiene que poder, y no poderle tú a ella. Él no se compraba libros para

leerlos de inmediato, sino para hacerlo cuando tuviera necesidad de ellos. Hasta entonces, el rollo debía esperarle a él.

- "Pero no vas a poder leerte todos estos rollos antes de morir. Tienes ya treinta y nueve años …" le argumentaba Eusebio.

- "Quizás tengas razón, pero siempre viviré sabiendo que hay cosas en mi biblioteca que me son desconocidas. Llevo una relación de todo lo que compro, pero no la empecé desde el principio y con frecuencia me encuentro con un libro que no sabía que tenía. Y eso me produce una gran satisfacción. Es un regalo de lo Alto."

Ambos se quedaban hasta altas horas de la madrugada hablando de sus cosas en el *ninfeo* de la casa. Eladio se había acostado antes, poco después de la cena. No obstante la confianza que tenían, nada le dijo Eusebio de sus contactos con Constantino. Realmente, había apartado el tema de su mente, pensando que nunca más volvería a saber de Constantino.

A su vez, eran incontables los escritos sobre Conocimiento que Eusebio había reunido en la biblioteca de *Cesarea*. Llevaban registro de quiénes pedían cada obra. Y Eusebio sabía que los escritos de este tema no eran los más solicitados por los lectores. Era lo opuesto a lo que sucedía a los asistentes a las tertulias flotantes, que sólo se interesaban por la Sabiduría.

Siempre que iba a Alejandría le sucedía lo mismo, que el tiempo de estancia, una semana, le resultaba corto. Y que el equipaje a la vuelta era dos o tres veces más pesado, que en el viaje de ida. Esta vez no fue una excepción.

La despedida con su amigo fue sentida. Se abrazaron, confiando en volver a verse en breve, en medio año, el tiempo que Eusebio necesitaba para poder ahorrar lo suficiente como para volver a invertir en libros de la Biblioteca de Alejandría. Eusebio y Eladio se despidieron la tarde anterior. Para cualquier viaje se precisaba madrugar. Partieron ambos muy temprano de vuelta en una caravana con destino a *Cesarea Marítima*, que salía de la Puerta Canónica, situada al Este de la ciudad, al amanecer. Arrio a esa hora dormía a pierna suelta.

Capítulo 39
La sucesión.

Año 305

Las previsiones se cumplieron, y el César Constancio Cloro, al mediar la primavera, en *Mediolanum*, fue investido de la dignidad máxima, pasando a ser el Augusto *Sebastos*, el primero en dignidad del Imperio. Maximiano, su suegro, le invistió, tras un escueto discurso, que nadie del auditorio entendió. No obstante, todos los presentes, durante largo tiempo, vitorearon a Constancio, golpeando su escudo con la espada los soldados, gritando a grandes voces su nombre los civiles.

Constancio permaneció serio, inmutable, como debía, pues Diocleciano, cuando le nombró César, le había advertido sobre ello. Hubo luego, como se había anunciado oportunamente desde varios meses atrás, fiestas en *Mediolanum*, que duraron diez días. En ellas, el pueblo tuvo juegos gratuitos cada día. Pero los Emperadores no asistieron. Los Emperadores, como los dioses, eran insensibles al clamor de los humanos. Era una defensa contra la excesiva familiaridad del pasado, así se lo explicó Diocleciano. Pero, aunque Constancio confiaba más en otro tipo de defensas, decidió seguir las del sabio Augusto *Iove*. Las precauciones jamás eran excesivas, si de defender la vida se trataba. De paso, le añadió, se evitaban guerras civiles, y Roma salía ganando.

Constancio admiraba al Augusto Diocleciano. Era un soldado ejemplar y un civil con una visión extraordinaria. Había resuelto problemas que sus antecesores no habían sabido ni siquiera detectar. Era un honor servir a sus órdenes y un privilegio haber aprendido de él. Aunque lo cierto es que Constancio se pasó sus diez años como César batallando en la *Galia*, *Hispania* y, sobre todo, *Britania*.

Ahora, a la vez que él ascendía a la cúpula suprema, Diocleciano se retiraba a su Palacio cercano a *Salona*. Su hijo ya le había contado su paso por *Spalato*, y la buena impresión que sacó del Palacio imperial. También su Augusto directo, Maximiano, se retiraba. Pero Constancio sabía que lo hacía en contra de sus deseos. Si de él dependiera, seguiría al frente de medio Imperio. A Maximiano le atraía el poder.

Pasadas las felicitaciones de propios y extraños, había que volver a *Augusta Treverorum* (Tréveris). Constancio no había tenido demasiado tiempo para tratar con su nuera, Minervina, y con su nieto, Crispo. Ella le había parecido una joven agradable de aspecto y de trato, dedicada a su

marido, y una buena madre, por detalles que vio en el trato que el niño tenía con ella. Su nieto le pareció despierto, seguro de sí mismo, un niño feliz, antesala de un hombre maduro.

Se sorprendió cuando, al mencionarle el regreso, su hijo le dijo que estaba esperando a una persona que para él resultaba importante. Era, le dijo, alguien a cuya familia debía mucho, que le había ayudado durante su estancia en *Nicomedia*. Y quería nombrarle pedagogo de Crispo. El muchacho ya tenía edad de que alguien se ocupara de instruirle en las materias que su madre, Minervina, carente de estudios, no podía enseñarle. Hubiera querido coincidir con él en *Mediolanum*, pero se había retrasado.

Constantino le había pedido que dejara una buena escolta, en contacto diario con el Palacio Imperial, donde un día u otro aparecería el futuro preceptor de su hijo, de nombre Lucio Coelio Lactancio Firmiano.

Una vez que descansara del largo viaje desde *Nicomedia*, la escolta lo acompañaría por la posta imperial hasta *Augusta Treverorum*. Constancio le dio permiso para designar los veinte jinetes y el oficial al mando que Constantino le pidió como escolta del pedagogo, y no pensó más en el tema.

Pasados doce días de la ceremonia de investidura, el séquito de Constancio se puso en camino para *Augusta Treverorum*. Vitelio se llamaba el Prefecto del Pretorio de *Mediolanum*, que quedaba al mando hasta la llegada del nuevo César, Severo. A él se dirigió Constantino, para prevenirle sobre la llegada de Lactancio y su interés en que partiera luego en su seguimiento, recibiendo plena seguridad de que así se haría.

Con el oficial al mando de la escolta Constantino fue más directo.

- "La persona a la que escoltaréis me es muy querida. Poned vuestro empeño para que su viaje sea cómodo. Aceptaréis sus órdenes como si fuera yo quien os las diera. Respondéis con vuestra vida de la suya. Espero haber sido claro y que os hagáis cargo."

- "Perfectamente claro, tribuno. Os respondo con mi persona."

Constantino quería dejar claro también un último aspecto.

- "Cuando os dirijáis a él, llamadle *Dómine*, como si os dirigierais al Augusto, mi padre."

Sabía que un tratamiento por encima de su categoría halagaría a Lactancio y darle esa satisfacción no costaba nada. Eso le compensaría por el tiempo que iba a tener que trabajar aún sin su colega el historiador, al que tanto anhelaba. Constantino era consciente de que eso mostraba el

lado débil de Lactancio, no podía completar la tarea de redacción él solo. Pero para eso tenía él a su amigo Eusebio. Cuando fuera el momento.

La orden de dar el tratamiento supremo al desconocido sorprendió al oficial, pero éste no mostró signo alguno de extrañeza. Estaba acostumbrado a cumplir las órdenes y no pretender saber la razón de las mismas. No obstante, tomó buena nota de que la persona a la que debía escoltar era alguien de la máxima categoría. Eso sí debía tener en cuenta.

Cuando Constantino dio media vuelta - pues la entrevista había tenido lugar en el patio del Palacio Imperial, donde Constantino lo había llamado - el veterano oficial alivió la tensión que mantenía su cuerpo rígido. Supo que no sólo su Augusto sabía mandar. Su hijo era uno de esos oficiales que sabe agarrarle a uno por el cuello sin tener que tocar, para ello, ni un pelo del cuerpo. Un oficial así daba confianza. Oficiales como ellos precisaba el Imperio.

Capítulo 40

El viaje de Lactancio.

Año 305

Apenas habían pasado diez días desde la partida del Augusto Constancio y su comitiva, cuando una mañana apareció por el Palacio que había sido de Maximiano, y ahora esperaba a su nuevo dueño, el César Severo, un fatigado y ya maduro viajero, con su escolta de esclavos.

Aunque se había aseado, a su llegada el día anterior, su atuendo, su rostro cansado, y su andar pesado, denotaban al viajero que, por llevar varias semanas durmiendo en diferentes posadas, espera finalizar su viaje cuanto antes. Aun sabiendo que el Augusto Constancio y su hijo habían partido días atrás - noticia de la que se enteró nada más entrar en la ciudad - Lactancio preguntó por Constantino, el hijo de Constancio. Inmediatamente los guardias de la puerta, advertidos, hicieron venir al oficial de la escolta, quien conoció al viajero al que debía acompañar.

Antes de partir para *Augusta Treverorum*, Constantino había ordenado que su protegido se hospedara en una habitación del Pretorio para invitados ilustres, lo que así se hizo. Lactancio dejó de dormir en posadas vulgares. Así, él también, al igual que hiciera su protector, Constantino, se dijo que por fin volvía a estar en casa y entre los suyos. Y, por contraste, se incrementó en su interior un odio feroz hacia quienes, hasta ahora, no habían sido capaces de comprender su valía, sus virtudes, sus conocimientos.

Hubiera querido quedarse más días, disfrutando del papel de invitado en el Pretorio, pero Constantino sabría el tiempo que había necesitado para reponerse, y aunque su cuerpo lo reclamaba con fuerza, no le convenía dar señales de su debilidad. No obstante, sus huesos no estaban ya para estas aventuras. Se sentía descoyuntado, y le horrorizaba la idea de ponerse de nuevo en ruta. El oficial de su escolta le indicó que sólo serían diez días de viaje. Y que lo harían con trayectos más cortos si la jornada establecida le resultaba excesivamente larga. Así pues, salieron de *Mediolanum* al amanecer del sexto día tras su llegada.

Avanzaban sin forzar la marcha, en una lujosa *raeda*, que Constantino había dispuesto para el viaje. Su equipaje y la escolta iban en un *carpentum*, guiado por un soldado. Ir como invitado, hacía el viaje mucho más soportable. Lactancio empezó a saborear las mieles del poder. Dejó hacer al oficial y pasó las dos primeras jornadas de viaje sin hablar con el jefe de su escolta.

A la mañana del tercer día decidió interpelarle.

- "¿Por qué motivo hemos elegido este camino para llegar a mi destino?"

- "*Dómine*, así me lo dejó indicado el tribuno Constantino, hijo del Augusto. Y así figura en el mapa que he recibido. No obstante, para los detalles de la marcha, he de obedecer vuestros deseos."

Lactancio no pretendía decidir él el itinerario, así que prefirió cambiar de tema.

- "¿Y cuál es el nombre de esta calzada?"

- "La llaman la Vía Mala, *Dómine*."

- "¿Y no podíamos haber elegido una Vía mejor?"

- "Veréis, *Dómine*, el nombre no se refiere a la calidad de la Vía, sino a cómo la llaman los legionarios."

- "No os entiendo."

- "Los legionarios, que marchan a pie, prefieren una cuesta empinada y corta, que una subida suave pero larga. Por eso le llaman Vía Mala, porque tiene abundantes pendientes suaves y largas.

Pero para nosotros, que vamos a caballo, tanto da si la pendiente es suave o fuerte."

Lactancio asintió con la cabeza y emitió un sonido con la garganta. Y ésa fue la conversación del día. Lactancio quería dejar claras las distancias. A lo lejos se veían los Alpes, que deberían cruzar. Iban ascendiendo, aunque suavemente, remontando un río. A media tarde llegaron a *Eporedia* (Ivrea), a las orillas del *Duria Flumen* (Dora Báltea), otro afluente de *Padus Flumen* (río Po), en cuya estación de la posta pernoctaron.

Al día siguiente siguieron remontando el río *Duria*, y a media tarde avistaron *Augusta Praetoria Salassorum* (Aosta), en la vertiente Sur de los Alpes Peninos. Era una ciudad importante. Sus murallas formaban un cuadrado casi perfecto, y en ella tenían que pasar la noche. El oficial creyó oportuno dar alguna información a su huésped.

- "*Augusta Praetoria Salassorum*, *Dómine*, fue una conquista del divino César Augusto. Ya veis que está en un alto. Era la capital de un reyezuelo local que se opuso al divino Augusto y luchó contra Roma. La protegía un triple cerco de murallas, pero no pudieron resistir el ataque de nuestras catapultas y onagros. Cuando las Legiones romanas tomaron la ciudad, todos los supervivientes, hombre, mujeres y niños, fueron

vendidos como esclavos; la ciudad recibió un nuevo trazado y fue repoblada con veteranos de las Legiones."

- "Curioso", fue la escueta respuesta de Lactancio.

El oficial interpretó el comentario como una señal de aprobación.

Allí comenzaba la travesía de los Alpes Peninos. El oficial tenía gran experiencia en marchas. La última, la bajada desde *Augusta Treverorum* a *Mediolanum*, dos meses atrás. El retorno estaba siendo muy tranquilo a causa del viajero. Éste le había dicho que no deseaba madrugar, ni mucho menos levantarse al alba. Y que el traqueteo de la *raeda* le producía dolor de riñones, por lo que exigía ir más despacio**.** Así, iniciaban el viaje casi a media mañana, y en lugar de las 75 millas por jornada a las que todos estaban acostumbrados, hacían menos de cuarenta, realizando sólo dos, y a veces hasta tres, relevos al día.

Al final de la jornada, el más veterano de los jinetes se acercó al oficial. Los años de servicio común le habían dado cierta confianza con su superior y le preguntó:

- "Disculpe, oficial, mi atrevimiento … ¿No son de temer reproches, cuando lleguemos a destino, por hacer el viaje a una marcha tan lenta?"

- "Descuida, Leo, órdenes son órdenes. ¿Acaso preferirías madrugar con el alba?"

- "Lo cierto es que no, oficial."

"Dennos los dioses marchas como ésta", pensaba toda la escolta.

Ni Lactancio ni el oficial se dieron cuenta, pero el ascenso de la cara Sur de los Alpes Peninos lo hicieron siguiendo el curso del *Duria Flumen*, afluente del *Padus Flumen*.

Llegados a la cima de la cordillera, hicieron un alto en una pequeña aldea con vistas impresionantes. Se llamaba *In Summo Poenino* (En lo alto de los Alpes Peninos). Allí Lactancio tuvo que comprar ropa gruesa y mantas para él y sus esclavos. El oficial le dejó un capote de abrigo, pero sus esclavos no podían aguantar el frío con la ropa que trajeran de *Leptis Magna*.

Fue por el frío que Lactancio empezó a fijarse en el paisaje. La diferencia con lo que estaba acostumbrado le llamó la atención. Nunca había visto un entorno tan hostil. Las rocas, grises y blancas, parecían querer arañar a los viajeros; tan cerca de ellas pasaban. La vegetación apenas dejaba ver un pequeño tramo de la calzada.

Lactancio no se fijaba en el verdor, ni en la exhuberancia. Sólo tenía ojos para lo lóbrego del paisaje, la altura de los árboles, la estrechez de la calzada. En cambio, sus esclavos no cesaban de señalar, asombrados, las mil curiosidades del paisaje. Apartando un trozo del toldo del *carpentum*, el paisaje era para todos ellos un espectáculo nunca visto.

Aun con la nueva ropa de abrigo, Lactancio seguía con frío. Empezó a sospechar que quizás su estancia en el Norte de las *Galias* no iba ser tan cómoda como había supuesto.

- "Decidme, oficial, ¿este clima es el habitual en *Augusta Treverorum*, adonde nos dirigimos?"

Antes de responder, el oficial pensó unos instantes en el alcance de la pregunta. Decidió ser cauto.

- "A decir verdad que en los días crudos de invierno, cuando sopla el cierzo desde la *Germania Magna*, puede hacer, si nieva, aún más frío que ahora, *Dómine*. Por el contrario, no hay clima más placentero que el verano de *Augusta Treverorum*. Lo veréis vos mismo en cuanto lleguéis."

Lactancio se quedó sin saber qué pensar, pero no iba a decírselo al oficial. En cualquier caso, la suerte estaba echada, su futuro estaba junto a su protector, el hijo del Augusto Constancio.

Y tras seis días de marcha, la jornada les llevó a *Argentoratum* (Estrasburgo), un campamento militar fortificado, en la margen izquierda del *Rhenus Flumen*. Allá dejaron la *Vía Mala*, tomando otra calzada que partía hacia el Oeste. Si desde el lago *Lemanus*, tres días atrás, habían ido al lado de ríos y entre valles, el terreno se volvía ahora accidentado y montañoso.

Lactancio había viajado mucho durante su vida, visitando las propiedades de su familia en la *Cirenaica*, la *Numidia* y la *Mauritania*, y mirando al Sol sabía cuándo se marchaba hacia el Norte o al Oeste, como era al caso actual. Se dirigió al oficial.

- "¿A qué se debe esta cambio en la dirección de marcha, oficial?"

- "Debemos dejar la *Vía Mala*, *Dómine*, y buscar la *Vía Germánica*."

- "Y ésta que ahora recorremos no es ninguna de las dos, deduzco."

- "Así es, *Dómine*. Sobre la que ahora marchamos es la llamada *Vía Legionaria*. Tal vez queráis saber la razón de que se llame así."

Lactancio no respondió. El oficial siguió su explicación.

- "La primera parada en esta calzada se denomina *Tres Tabernae* (Saverne) y en ella hay, efectivamente, tres posadas, y, por cierto, muy bien surtidas … ya me entendéis."

Y, soltando una carcajada, hizo un signo en el aire con las manos dibujando el contorno de una mujer.

- "La siguiente es una aldea surgida al lado de un campamento que defiende el puente sobre el *Saravi Flumen* (río Sarre) y por eso se llama *Pons Saravi* (Sarrebourg). Y como en todo campamento militar, hay también abundante oferta de mujeres. Unas millas más allá está la parada de la posta llamada *Decem Pagi* (Moyenvic). La posta se colocó en una de las diez aldeas del valle del *Mosella* (río Mosela). Y las otras nueve se trasladaron allí, cada una con su prostíbulo. De forma que decir *Decem Pagi* (Diez Aldeas) es lo mismo que decir diez lupanares. La última aldea surgida al amparo de una parada de la posta fue el campamento de la Cohorte Duodécima de la Legión asentada en el Norte de la *Galia*. Por eso se llama *Ad Duodécimum* (De la Doceava/Delme). Y, como en todo campamento, abundan las cortesanas en las *cauponae* cercanas.

Por eso los legionarios quieren hacer viajes por esta calzada, porque saben que tienen suministro disponible en todas las paradas."

Al ver el rostro serio de su acompañante, el oficial calló. Lactancio estaba comprobando el ambiente de lujuria que imperaba en la vida civil y militar. Ya fueran civiles, como Sisinos, o militares, como su jefe de escolta, todos pensaban sólo en el sexo, en fornicar. A todas horas, con cualquiera, incluso con esclavas y prostitutas. Era una vergüenza. Había que frenar tanta concupiscencia o el Dios Único castigaría tanta indecencia. Él se encargaría de ello en los próximos libros que escribiera. Cada vez confirmaba con más argumentos la renovación que era necesario realizar urgentemente en el Imperio.

La calzada serpenteaba entre sierras. Pasaron por todas las estaciones de la posta que el oficial había citado, aunque no usaron los servicios disponibles. Al día siguiente y ya en terreno llano, llegaron a *Divodurum* (Metz), en la ribera derecha del Mosela, donde pernoctaron. Allá tomaban la *Vía Germánica*, así llamada porque unía *Masilia* (Marsella) y *Lugdunum* (Lyon) con *Augusta Treverorum* (Tréveris) y *Colonia Agripina* (Colonia), ambas en la frontera de la *Germania Magna*.

El viaje se tornó agradable; estaban en el valle del Mossela. Comieron en *Catenusca* (Cattenom), una pequeña aldea. A media tarde

apareció en la lejanía *Ricciacum* (Remich), donde pararon a pernoctar.

La siguiente parada, *Augusta Treverorum* (Tréveris), sólo distaba doce millas. La ciudad, fundada por César Augusto, ocupaba la cima de una pequeña colina. Había sido el *oppidum* [(1)] principal de los *Tréveros*, habitantes de la zona antes de la llegada de los romanos. Pero a diferencia de otros, los *Tréveros* se aliaron con Roma. Les fue mejor. Con forma oval, en sus murallas se abrían cinco Puertas, la más monumental de las cuales, la *Porta Negra* - negrura debida a la humedad - daba al Norte.

Otra Puerta estaba en el Anfiteatro; otra daba al Este, y la *Porta Alba*, daba al Sur. Al Oeste se abría la Puerta sobre el Mossela. Al lado estaba al Palacio Imperial; a continuación, el Foro y las Termas Imperiales, que llegaban hasta el Anfiteatro. Había otras Termas, un Circo, la Basílica [(2)], situada al Norte, y varios Templos. Su situación estratégica, en las orillas del Mossela, le había hecho crecer y convertirse en un importante centro agrícola, militar y comercial.

[(1)] Aldea primitiva situada sobre una colina, rodeada de varias murallas de tierra. Capital de un reino aborigen.

[(2)] Basílica: El mayor edificio de la ciudad, dedicado a oficinas municipales, a Tribunal de Justicia y a otros usos similares. Su destino y uso no coincide con el de las basílicas cristianas, dedicadas al culto cristiano, que son posteriores a Constantino.

Capítulo 41
De padre a hijo.

Año 305

El mes largo que Constancio estuvo ausente de *Augusta Treverorum*, la campaña contra los *Pictos*, que estaba en preparación, las novedades de las tres provincias, todo ello le había dado trabajo a Constancio. Por fin, dos semanas después, estuvieron todos los asuntos ordenados. Los preparativos para la expedición a *Britania* estaban a punto de concluir. Respondidas las peticiones, y mandadas las órdenes pertinentes, Constancio pudo pensar en su hijo. Había reflexionado mucho sobre el tema que quería plantearle, su sucesión. Y lo mandó llamar. Constantino acudió de inmediato. Vivía en Palacio, donde se había instalado, con Minervina y Crispo, en cuatro habitaciones, una para Crispo, el dormitorio, su despacho, donde recibía las visitas, y otra, cerrada con llave, donde, sin comentárselo ni a su padre, había puesto sus pertenencias.

- "Siéntate, hijo mío, porque lo que tengo que decirte es largo, y quiero que lo escuches con toda atención."

Su hijo mostró cierta sorpresa en el rostro, pero se sentó frente a él.

- "No he tenido ocasión de hablar contigo a solas, hijo mío, aunque, desde el día que te vi no hago sino pensar en esta conversación entre nosotros. Pero quería tener tranquilidad, poder dedicarte el tiempo que fuera necesario. Y han pasado dos semanas."

- "Lo comprendo, padre. Yo también he estado bastante ocupado en este tiempo. He podido tratar a Teodora, tu esposa, a quien no conocía, y a mis hermanos, a los que nunca vi. Y llegar a una mayor confianza y familiaridad con ellos. Todos ellos han conocido a Minervina, mi mujer, y a Crispo, mi hijo. Así, pues, estos días han sido útiles para unir nuestra familia, y no ha sido tiempo perdido."

Eso era lo que Constancio deseaba oír, y su hijo lo sabía.

- "Tengo muchas nuevas que comunicarte, hijo mío. He reflexionado mucho sobre el orden en que debía dártelas. Y, como sé que eres fuerte, y porque la peor de las nuevas que te reservo va a influir sobre todas las demás, la pondré en primer lugar."

El rostro de Constantino cambió. No esperaba una mala nueva en boca de su padre. No recién investido de la púrpura imperial. No dijo una palabra, aunque sus ojos reflejaban la intranquilidad de su corazón.

- "Mi fin está cerca, hijo mío. Sé que no terminaré mi mandato. Ni siquiera la mitad. He tenido varios ataques de una enfermedad que los médicos no saben ni por qué se origina, ni cómo se cura. Los libros de Medicina que manejan hablan de ella, y dicen que en todos los casos conocidos es mortal. Los pacientes que la sufren duran meses o años, según su naturaleza. Y tú ya sabes que la mía no es robusta en exceso. Mis soldados, cariñosamente, me apodan Cloro, lo sé. La palidez que ellos ven en mi rostro es la prueba de que mi naturaleza sucumbirá pronto.

Por eso quería tenerte junto a mí, para poder preparar el futuro con sosiego e inteligencia. Nada de esto le dije al anterior Augusto Iove, Diocleciano. La campaña contra los *Pictos* era el motivo ideal para justificar mi petición de tenerte a mi lado. Él no podía negarse, y no se negó. Pero debes saber esto, porque esa espada que pende sobre mi cabeza debe guiar nuestras actuaciones."

Constancio calló. Un silencio pesado descendió sobre el despacho privado del Augusto, donde se celebraba la reunión entre padre e hijo.

Constantino estaba desconcertado. Nunca esperó algo parecido. En las últimas semanas había fraguado ciertos planes, confiando suceder a su padre, pero dentro de diez años, no antes.

-" Padre, eso que dices me parece … increíble, pero sé que no me engañas. No sé qué decir … "

- "No hace falta que digas nada, hijo. Los dioses lo han establecido así. Ellos tienen sus razones, que nosotros, los humanos, no podemos comprender. A un soldado no le asusta morir. Pero su deber es hacer los preparativos. Yo he querido hacerlos contigo. Por eso estás aquí."

Constantino tuvo que esforzarse para que su emoción no le traicionara. Vivir tantos años alejado de su padre y, nada más llegar, enterarse de que la muerte le ronda ... No estaba seguro de lo firme que sonó su voz cuando dijo:

- "Dime, padre, qué has dispuesto."

- "Te diré mi plan, y tú me darás tu opinión sincera. En estos diez años pasados, la relación con mi Augusto, Maximiano, ha sido constante y, más que amistosa, familiar. No le he tratado, ni él lo quiso, como mi

Augusto, sino como mi suegro, como el padre de Teodora, mi esposa. Con el Augusto Diocleciano no me traté demasiado, no podía hacerlo.

Tampoco sé qué grado de confianza había entre los dos Augustos. Supongo que su relación era de jerarquía, no de amistad. Pues bien, me propongo estrechar mi relación con Galerio, mi colega Augusto, y cuando vea llegar mi fin, recomendarte a él, pidiéndose que, cuando yo falte, te nombre César de este territorio. No creo que se niegue."

Constantino ya tenía estudiado ese tema, lo que debía suceder cuando su padre acabara su mandato, los planes a poner en marcha en tal ocasión, planes que estaban muy lejos de la idea concebida por su padre. Él no confiaba en Galerio, ni podía dejar en sus manos su acceso al poder. Pero, de pronto, todo se adelantaba. Constantino decidió actuar en consecuencia, los dioses lo habían querido.

- "Padre, mucho me temo que no conoces bien al Augusto Galerio … Yo he podido conocerle mejor, porque él visitaba con frecuencia a su Augusto, Diocleciano, y éste tenía confianza conmigo y me contaba algunos de los asuntos que trataba con su César. El César Galerio, por estar casado con la hija de su Augusto, tenía mucho ascendiente sobre él. Diocleciano, aunque era muy inteligente, era muy condescendiente con su yerno, y tomaba muy en consideración sus sugerencias.

El Augusto Diocleciano me había insinuado en muchas ocasiones que yo tenía reservado un papel muy importante en el Imperio. Pero, estoy seguro, Galerio fue haciendo labor de zapa, como los minadores ante las murallas de la mejor fortaleza, hasta conseguir colocar como Césares a dos hombres suyos: Su sobrino, Maximino Daya, y un amigo de la milicia, Severo. Si Diocleciano, padre mío, no logró imponer su criterio ante la presión de Galerio … tengo serias dudas de que tus cartas lo consigan ..."

Constancio se quedó pensativo. Su hijo parecía tener razón, la capacidad de maniobra con su colega era muy inferior a la que tuvo el Augusto con su yerno. Tras un largo silencio Constancio habló lentamente.

- "Hijo mío, tengo que pensar en lo que me dices, no es bueno tomar decisiones apresuradas. Reflexionemos ambos. Pero dejemos los temas sombríos. Sea mi mandato largo o corto, hay cosas que te quiero comentar, para que te sea de utilidad mi experiencia.

La última vez que nos vimos, cuando partiste para *Nicomedia*, a vivir con el Augusto Diocleciano, te di consejos que eran fruto de mi

conocimiento de los hombres como comandante de las Legiones, como el legado que había sido.

Pero en estos diez años han sucedido muchas cosas, he tratado a muchas personas, y he almacenado muchas enseñanzas. Máxime si lo que me dices es correcto, ellas te harán falta quizás antes de lo que imaginas."

Constancio se tomó un respiro. Estaba un poco cansado. Luego siguió.

- "Para empezar por el origen, te diré, hijo mío, que Diocleciano no era una persona con gran cultura. Sin embargo, de Historia del Imperio lo sabía casi todo. O al menos, mucho. Nos comentó a Galerio y a mí que la seguridad de los Emperadores se había reducido de manera notable, desgraciadamente para Roma, por el continuo trato que tenían con sus generales.

Legados de cualquier Legión, con seis mil hombres a su mando, se entrevistaban con el Emperador, a solas los dos, bien en su tienda, o bien en lugares improvisados, entre unas tiendas, en víspera de una batalla. Y, si acaso ambicionaban la púrpura, impunemente, lo asesinaban. Y su Legión, entusiasmada, le proclamaba nuevo Augusto. Calígula fue asesinado así, en un pasillo, cuando estaba solo. Para que esto no se repita jamás, nos dio Diocleciano reglas a seguir de manera tajante, absolutamente siempre.

Habrá doble número de hombres armados, de plena confianza, que los visitantes que el Emperador reciba. Y los visitantes serán previamente desarmados por quien concede la audiencia. Así, si ocultan algún arma, serán dagas, que precisarán el contacto directo con el Augusto, hecho que la guardia presente no permitirá. Los visitantes jamás se acercarán al Emperador, estarán siempre a distancia, en un nivel inferior. Cada soldado que custodie al Augusto irá armado, además del armamento habitual, con un *pilum* arrojadizo, y practicará diariamente con tal arma.

Para el gobierno del territorio del Imperio a él confiado, cada Emperador trabajará cotidianamente con dos o tres altos oficiales de su plena confianza. Éstos transmitirán las órdenes recibidas a otro escalón inferior. Con ello, la integridad del Emperador quedará a salvo, tema imprescindible para la buena marcha del Imperio.

En la línea de eliminar la familiaridad entre el Emperador y el resto de los hombres, en las audiencias y en los actos públicos, el Augusto y sus Césares evitarán todo contacto con el resto de ciudadanos del Imperio.

Mediante un estricto protocolo en las audiencias, previendo las distancias en los desfiles, de modo que el Emperador se muestre distante, lejano e inasequible, al modo de los dioses.

La confianza que diera el trato en el pasado deberá suplirse por el respeto y la veneración. Porque ambas favorecen la seguridad de Césares y Augustos. Los veinte años que Diocleciano ha gobernado sin atentados son prueba de que estas medidas son acertadas.

Hasta aquí, hijo mío, las instrucciones que recibí de Diocleciano, que, por ser convenientes, es necesario que sepas, por si alguna vez te vieras con el mando supremo. Ahora, te daré otros consejos, fruto de mi experiencia a lo largo de los diez años que hemos estado separados.

Si llegaras a tener tal responsabilidad, deberás alternar la severidad y la benevolencia con tus enemigos. Y ello, para mantener tu prestigio ante tus hombres. Si siempre fueras severo con quienes han incurrido en tu ira, todos sabrían que eres un hombre sin piedad, que recibirán un duro castigo, y se te enfrentarán a muerte. Las ciudades que sities nunca se te rendirán, porque sospecharán que les espera lo peor.

Si, por el contrario, fueras siempre indulgente, terminarías por no ser respetado, todos se atreverían a enfrentarse a ti, incapaz de castigar tal hecho. Por eso, deberás ser implacable en ocasiones, para que te teman, y otras serás benévolo, para que confíen en tu posible misericordia. "

Constantino interrumpió el relato de su padre.

- "Padre, ¿a qué has dado tú más peso, a la dureza o al perdón?"

- "Buena pregunta, hijo. Te diré que la mitad de las veces he sido severo, y la otra mitad, magnánimo. No he mezclado decisiones particulares y generales. He llevado cuenta de unas y otras, por separado, procediendo en ambos casos como te acabo de indicar.

Pero hay más. Deberás rodearte de hombres eficaces y fieles. La eficacia la podrás ver por su historial: Deben ser buenos militares, o buenos administradores, ya antes de que tú los conozcas y elijas. Pero lo más difícil es juzgar sobre su fidelidad a ti. Te podrá ayudar lo que he captado de la naturaleza humana durante mi mandato como César.

Desconfía de quien siempre te halaga, de quien siempre coincide con tu opinión. No es fiel quien habla siempre en segundo lugar, y repite tus ideas con sus palabras. Déjales que hablen en primer lugar. Pregúntales qué piensan de tal asunto, sin que hayan sabido qué piensas tú. Quien evite la respuesta, aléjalo de ti. Quien, respetuoso, te la dé, ése es íntegro y te

será útil. Quien te ofrece lo que lleva dentro, trabaja para tu triunfo. Quien te adula, trabaja para el suyo. Elige a los primeros y aléjate de los otros.

Sé, pues, astuto y ponles a prueba. Así sabrás elegir hombres eficaces y fieles. El grupo de altos mandos de que te rodees es vital para tu buen gobierno, porque uno no gobierna solo. El César debe acertar, pero son sus ayudantes quienes realizan sus órdenes. Ellos ven los niveles inferiores, y allí puede haber insuficiencias. Deben verlas y comunicártelas. De ahí que deban ser observadores y fieles a ti.

Otro tema importante, hijo mío: Nunca reconozcas haberte equivocado. Recuerda, nunca. Un César no se equivoca jamás. Un Augusto, menos aún. Sí, ya sé, lo leo en tus ojos, ¿y cuando uno comprende que verdaderamente ha cometido un error? Porque alguna vez va a pasar. Pues bien, cuando uno comprende internamente que ha errado, asegura, con toda firmeza, que ha acertado. Tú puedes tener informaciones secretas que indican que, efectivamente, acertaste. Y eso el inferior no lo va a saber jamás. No trabajes en tu contra, jamás revises una decisión. Tú nunca te equivocas."

A Constantino le gustó esta última recomendación. Su padre continuó.

"Como añadido a lo que te acabo de decir, recuerda este otro detalle: La mejor información sobre cualquier asunto de tu decisión la has de tener tú. Por tanto, un César acierta la práctica totalidad de las veces. Para acertar la mitad de las veces, arrojarías un denario al aire. Así podría decidir cualquier necio. Pero así no se comporta un César.

Te iré hablando de otros detalles de menor importancia a lo largo del viaje a *Britania*, que haremos juntos en breve, para dar escarmiento a los *Pictos*, esos bárbaros que bajan de la Caledonia, al Norte de nuestras tierras, asolando cuanto encuentran a su paso.

Pero no quiero terminar esta conversación sin decirte algo sobre las costumbres de nuestros antepasados. En Roma siempre se ha dado mucha importancia a los augurios. Y ninguna guerra se declaraba sin consultar a los arúspices [(3)]. Si se les consulta y ellos deciden, me preguntarás dónde queda tu capacidad de decidir y de acertar.

Úsalos. Te dará prestigio. Pero, en secreto y de antemano, hazles saber lo que esperas de ellos. Luego recompénsales, también en secreto. Es conveniente seguir las costumbres romanas con vistas al exterior, pero haz tu voluntad en el interior."

Constancio daba muestras de estar realmente fatigado. Constantino lo veía, pero no quería interrumpir una conversación tan útil para él. Finalmente, su padre propuso.

- "Prosigamos esta conversación mañana temprano. Entonces estaré mejor."

Y Constantino salió de su despacho.

(3) Sacerdotes que realizaban augurios, o vaticinios, sobre el futuro.

El Augusto Constancio quedó solo. No iba a trabajar más por ese día. Tenía que pensar en lo que su hijo le había dicho sobre Galerio. Eso influía en sus planes. En el interior del Augusto habían luchado dos fuerzas opuestas. Por un lado, el respeto por las decisiones tomadas por el que había sido su Augusto Iove, Diocleciano. Y por otro, su afecto como padre. Confiaba plenamente en su hijo. Sabía de su valía, de sus cualidades y sabía que estaba bien preparado para asumir la púrpura a su muerte. No se explicaba qué había pasado en *Nicomedia* para que su hijo perdiera la confianza del Augusto Diocleciano. Y era inútil preguntárselo. Posiblemente ni él lo sabría.

Su respeto a la legalidad pugnaba con lo que él planeaba hacer. Pero ya había encontrado una solución. Todo podía encajar bien si su hijo se comprometía a respetar la legalidad a su muerte. Lo que debía plantear a su hijo era tan crucial que tendría que hacerlo por etapas. Debía darle ocasión a asumir la situación poco a poco. A él le había costado meses llegar a la solución final.

La conversación tuvo lugar al día siguiente, en el despacho del Augusto, sin guardias, los dos solos. La inició el padre.

- "He pensado en lo que comentamos ayer, hijo, sobre mi capacidad de influir en mi colega Augusto. Está claro que tienes razón. No bastará, no puede bastar sólo con mi petición. He pensado mucho sobre ti, sobre Teodora y los pequeños, sobre qué pasará si me fallaran las fuerzas. Y sólo veo una solución viable y legal. Pero debo contar contigo antes de tomar ninguna determinación."

- "Dime qué quieres de mí, padre."

- "Que cumplas la legalidad, Constantino, que la cumplas siempre. El sistema instituido por el Augusto Iove Diocleciano es lo que el Imperio necesita en estos momentos. Son muchos los peligros que acechan. Para eliminar uno de ellos nos dirigimos ambos a *Britania*. Hemos de actuar

con visión imperial, no movidos por apetencias personales. Quiero que me des tu palabra de que no emprenderás ninguna acción ilegal, nada que se oponga a la ordenación que el Augusto Diocleciano estableció. Confío en ella, la obedezco por encima de todo, y quiero que tú también la respetes, cuando llegue el caso."

Constantino vio que estaba llegando el momento esperado, cuando su padre le propusiera ocupar su lugar a su muerte. Tenía que acertar en la postura. Y para eso debía procurar que su padre le diera la información lo más lentamente posible, para poder ver clara la respuesta que su padre esperaba de él. En los temas cruciales no se puede decir la verdad, sino lo que el interlocutor desea oír. Eso ya lo había puesto en práctica con el Augusto Diocleciano durante muchos años. Sabía hacerlo.

- "No veo cómo podría yo no respetar la ordenación, padre."

- "Tengo la sensación, hijo, de que me estás dejando que sea yo quien haga la propuesta en la que piensas. Es normal, soy tu padre y, además, tu Augusto. Quiero que si, en previsión de que algo me suceda antes de finalizar mi mandato, procuro promocionarte ante mis generales, y ellos, a mi muerte, te proclamaran su César, tu someterás tal nombramiento, que no es legal, al Augusto Galerio, y obedecerás su decisión, sea la que sea."

Constantino reflexionó apenas un instante, y, con la idea clara de lo que su padre deseaba oír, miro directamente a su padre a los ojos.

- "Padre, te juro por los dioses que no haré nada en contra de lo establecido por el Augusto Diocleciano, con quien tanto he tratado. Si algo te sucediera, y las cosas se desarrollaran como indicas, someteré mi nombramiento a Galerio, y obedeceré su decisión, sea ésta en mi favor, o en mi contra."

Constancio pareció haberse quitado un peso de encima al oír la respuesta de su hijo.

Hasta ese momento se veía atrapado entre dos ideas opuestas. Por un lado, intuía que favorecer a Constantino era no sólo trabajar en su favor, sino hacerlo en pro de toda su familia. Dejar que los acontecimientos marcharan sin favorecer opción alguna le parecía insensato. Y por otro lado, algo en su interior se oponía abiertamente a favorecer una rebelión, una alteración del orden imperial tan sabiamente establecido por Diocleciano. La única salida dependía de su hijo, que

aceptara tal orden y se comprometiera a someterse a él. Y, felizmente, su hijo había respondido como él deseaba.

- "He pensado, hijo mío, no sólo en tu futuro, sino también en el futuro de Teodora y de tus hermanos. Ellos son ahora demasiado pequeños como para que puedan estar presentes en esta conversación. Pero ya comprenderás que su seguridad me preocupa en el mismo orden que la tuya. Pues bien, tengo que pedirte que aceptes hacerte cargo de ellos y protegerles cuando yo falte.

Cuando eso suceda, te convertirás en el *paterfamilias* de tu casa, que será la de ellos. En modo alguno quiero que Teodora y mis hijos pasen a depender de nadie, sino de ti."

- "Gracias, padre, yo también he pensado, desde que me hablaste de tu salud, en el futuro de nuestra familia. No soy adivino, como los augures, pero sí he aprendido a tomar medidas para que los dioses las completen con su favor. Y tengo la sensación de que el camino que has visto como conveniente, que coincide con lo que yo también deseo, es nuestra manera, tuya y mía, de trazar un futuro seguro para todos. Si los dioses no están de acuerdo, ya nos lo harán ver. Pero nuestro deber es, me lo parece, aprovechar las armas que nos ha concedido el destino."

- "Entonces, Constantino, debemos aprovechar esta campaña contra los *Pictos* para dar ocasión a que mis generales aprecien todos tus cualidades. Tú, que tan bien conoces el medio militar, dame ideas de cómo podría hacer yo mi labor."

Constantino supo que el peligro ya había pasado, que su padre promocionaría su ascenso a la púrpura. Lo que faltaba ahora eran las medidas tácticas. Las políticas y estratégicas ya habían sido encauzadas, y favorablemente. No tenía sentido cavilar sobre lo que podía pasar en *Nicomedia* tras la muerte de su padre y su aclamación como César. Cada cosa a su tiempo.

- "Sí, padre. Mis preferencias militares se orientaron, desde un principio, hacia la caballería. En ella he hecho todas mis campañas, en el Danubio, contra los *Godos*, y en Alejandría, contra las Legiones del legado Domicio Domiciano, que se sublevó en Egipto. Me gusta la caballería, porque es un arma rápida, con la que se pueden asestar golpes certeros al enemigo, si se emplea bien. Ponme al mando de toda la caballería de tu expedición, y apoya mis propuestas cuando nos reúnas, junto con tus generales, antes de las batallas. Eso será suficiente."

- “Cuenta con ello, hijo. Lo haré con gran placer.”

Y también con gran placer, le contó Constancio a su hijo lo mucho que amaba a *Britania*. Y las campañas que librara diez años atrás para recuperarla y limpiarla de *Pictos*.

- “Nada más acceder a la púrpura como César, hijo mío - comenzó Constancio su relato - tuve que venir a *Britania*, donde un usurpador, Carausius, se había levantado contra el Augusto Hércules Maximiano.

Para atacar a los *Germanos*, que hacían incursiones sobre la *Britania*, Maxiamiano había ordenado construir una flota. Le llevó dos años. Puso al mando de ella a uno de sus generales, a Carausius. Carausius tenía experiencia como marino, por ser natural de un pueblo costero de la *Galia* del Norte. Pero Carausius no era una persona digna de confianza.

Derrotó a los piratas *germanos*, pero luego pactó con ellos y se proclamó Emperador. Incluso, sirviéndose de la flota, mandó emisarios con sobornos y llegó a conseguir el apoyo de las guarniciones de varias ciudades costeras de la *Galia*, que se declararon en su favor. Dominó la *Britania* y parte de la *Galia* durante seis años.

El Augusto Maximiano construyó una nueva flota, pero los dioses no le fueron propicios, ya que en el trayecto de la *Galia* a la *Britania*, una fuerte tormenta deshizo la flota romana, pereciendo la casi totalidad de las tripulaciones. Maximiano no podía hacer nada más contra él, estando ocupado en sofocar disturbios en otras zonas bajo su mando.

Nunca he sabido si fue por esta traición en *Britania* o el Augusto Diocleciano lo tenía previsto así, pero por aquellas fechas Galerio y yo fuimos nombrados Césares. Ya sabes que yo recibí como territorios bajo mi mando *Hispania*, la *Galia* y la *Britania*. Tras pacificar la frontera Norte de la *Galia* de correrías germanas, centré mi atención en el principal problema, la *Britania* y Carausius.

En primer lugar debía privarle del apoyo de las guarniciones costeras de la *Galia*, la mayoría de las cuales se habían sumado a la rebelión. El honor de Roma me impedía negociar con un general rebelde. Por eso ideé una treta para no negociar y conseguir mi objetivo, recuperar las guarniciones que se habían pasado a Carausius.

Decidí mostrarme generoso con quienes volvieran a la obediencia del Imperio. Elegí la ciudad con mayor guarnición de la costa *gala*, *Gesoriacum* (Boulogne). Desde *Agusta Treverorum* envié a su gobernador a un oficial al mando de un escuadrón de caballería con un mensaje verbal.

Debía transmitir al gobernador de *Gesoriacum* que yo, personalmente, deseaba que él recibiera a un general de mi plana mayor, quien le indicaría mi propuesta. Debía decidir si recibiría o no a mi persona de confianza.

El gobernador decidió recibir al miembro de mi plana mayor. Éste le transmitió asimismo un mensaje verbal: Si, junto con sus tropas, rompía su relación con Carausius y volvía a la fidelidad al Imperio, permanecería en su puesto y no habría represalias, ni contra él, ni contra ninguno de sus oficiales. Mi emisario debía volver con la respuesta ese mismo día, antes del atardecer. El gobernador hizo una rápida consulta a sus oficiales y dos de ellos acompañaron de vuelta al emisario, en prueba de sumisión a la autoridad legítima.

A continuación despaché oficiales al mando de un escuadrón a las demás ciudades que habían jurado fidelidad a Carausius. Debían dar el mismo mensaje personal del nuevo César, que se les enviaría un miembro de mi plana mayor, añadiendo que *Gesoriacum* ya había vuelto a la fidelidad al Imperio. En esta ocasión no envié a ningún general, sino a oficiales de menor rango. Todos volvieron con la sumisión de las ciudades *galas*.

Como ves, en ocasiones es mejor utilizar la inteligencia que las Legiones. La sumisión de la *Galia* la obtuve sin poner en marcha ningún ejército. De todo ello di cuenta en un largo informe a mi Augusto. Hecho esto, debía ocuparme de recuperar *Britania*. Allí tendría que emplear la fuerza, evidentemente.

Me llevó tres años construir una nueva flota y, pasado ese tiempo, con veinte mil hombres, invadí *Britania*. En ese tiempo, Carausius había sido asesinado por su oficial de finanzas, Alectus. Los dioses, que no habían sido favorables a Maximiano, me lo fueron. Alectus no tenía el conocimiento militar del que había sido su superior y fue incapaz de plantear una batalla naval, única oportunidad en la que tal vez hubiera podido salir victorioso. Para evitar un posible encuentro adverso, había dividido mi flota en dos. Una parte zarpó de *Gesoriacum* (Boulogne) con destino a *Dubrae* (Dóver), mientras otra dejaba *Portus Itius* para desembarcar en *Rutupiae* (Richborough).

Ninguna nave enemiga impidió el desembarco, ni la reunión de ambos contingentes. Sabía dónde estaba mi enemigo y avancé hacia el Oeste. La batalla se dio a las afueras de *Regnium* (Chichester). La batalla fue muy breve, ya que, el poco de iniciada, numerosas cohortes se

retiraron del campo de batalla, obedeciendo órdenes de sus oficiales. Al verse traicionado, Alectus huyó a uña de caballo a *Londinium*, distante apenas setenta millas. Cuando el ejército que yo dirigía se presentó ante *Londinium*, Alectus vino a nuestro encuentro, solo y a caballo, por el puente sobre el Támesis, y se rindió. Esa misma noche su cabeza estaba clavada en una lanza a la entrada del puente. Varios oficiales que le secundaron de manera notoria siguieron su misma suerte. La secesión de *Britania* había terminado.

Como ves, actué como te he comentado con anterioridad, alternando la benevolencia con la severidad. Fui benévolo con los mandos *galos*, y severo con los mandos de *Britania*. A los primeros les perdoné su traición. Al Augusto Maximiano referí que se habían pasado a nuestra disciplina por iniciativa propia. Nadie podrá nunca mostrar ningún documento en que les ofreciera mi perdón. En cambio en *Britania* tenía que ser riguroso y media docena de cabezas recordaron a los oficiales destinados allí que con Roma no se juega.

Pero no terminó el problema de *Britania* con la muerte de los responsables. Alectus había reunido su ejército para hacer frente a mi ataque a base de desguarnecer la frontera Norte. Los Muros de Adriano y Antonino quedaron con unas guarniciones a todas luces insuficientes para la misión que siempre habían cumplido, disuadir a los *Pictos* de la *Caledonia* de atacar nuestras tierras. Se produjeron correrías y toda la parte Norte de *Britania* padeció la imprevisión y la ambición de Alectus. Los destrozos se extendieron hasta *Eboracum* (York) y *Deva* (Chester), que hubo que reconstruir. Así que ésta es la segunda vez que debo remediar el mismo problema, la invasión de nuestras tierras por los bárbaros del Norte. Pero esta vez te tengo a ti y espero que lleguemos a ver la manera de actuar en el futuro para que no haya que volver una tercera vez. De modo que no sólo debemos expulsar a los *Pictos* de nuestras tierras, sino establecer las medidas para que no vuelvan a darse invasiones de esas alimañas."

- "Te comprendo, padre. Estaré atento para poder darte mi opinión sobre cómo hacer de *Britania* una Diócesis segura y bien defendida contra invasiones como la que debemos atajar."

- "Sólo me resta referirte la organización que di a *Britania*, siguiendo las indicaciones del Augusto Iove Diocleciano. Hasta esa época la isla estaba dividida en dos provincias. Yo la dividí en cuatro: La

Britania prima, todo el Sur de la isla, cuya capital sería *Corinium* (Cirencester); la *Britania Secunda*, la parte Oeste que queda sobre la *Britania* prima, que incluía la parte abrupta, con su capital en *Isca Silurum* (Caerleon), sede de la Legión II Adiatrix; la *Flavia Cesariensis*, las tierras bajas situadas al Este de la anterior, con capital en *Londinium*, y, finalmente, la *Máxima Cesariensis*, con capital en *Eboracum* (York), al Norte, sede de la tercera Legión de la isla, la Legión IX Hispana, ya que la segunda se había repartido en torno al Muro de Adriano.

También según el sistema establecido por el Augusto Diocleciano, separé la autoridad civil de la autoridad militar. La máxima autoridad civil de la Diócesis era el Vicario. Subordinados a él se nombraron cuatro gobernadores, cada uno al frente de los asuntos civiles de su provincia.

Las tropas estacionadas en la isla las puse al mando de dos generales. Ellos no dependían del Vicario, sino directamente de mí. El responsable militar de la frontera Norte se llamaría *Dux Britaniorum* (Duque de Britania). Las tropas de guarnición en el Muro de Adriano y la Legión de guarnición en *Eboracum* estaban bajo su mando.

Sería la segunda autoridad militar en categoría, quedando la primera reservada al *Comes Tractus Maritimi* (Conde de la Región Marítima), responsable militar de la defensa de la costa Sur. Tenía bajo su mando la Legión estacionada en *Isca*, la guarnición de *Londinium* y nuestra flota en la isla, que él debía distribuir a su criterio.

De ese modo, repartiendo la autoridad entre más hombres, se dificultaban insurrecciones como la de Carausius y Alectus. No obstante, algo ha fallado en el Muro de Adriano. El *Dux Britaniarum* me tendrá que dar algo más que explicaciones.

Se despidieron. El padre, satisfecho por el compromiso asumido por su hijo, que le quitaba la sensación de estar actuando en contra de las disposiciones de su Augusto Iove Diocleciano. Y el hijo, viendo llegada su hora. Por fin iba a poner en práctica las enseñanzas aprendidas en sus libros y de su mentor favorito, Alejandro, el hijo de Filipo, rey de *Macedonia*.

Capítulo 42

Las Epístolas de Pablo.

Año 305

Lactancio anhelaba llegar junto a Constantino. Estaba convencido de que en *Augusta Treverorum* todas sus dificultades iban a tener fin. El otro miembro del equipo, el historiador que había pedido, le estaría esperando, y podrían ponerse de acuerdo para redactar, finalmente, los textos sagrados del Cristianismo. Luego seguirían redactando nuevas obras, que adjudicarían a escritores cristianos, y podrían en ellas citar pasajes de los textos fundacionales, lo que daría verosimilitud al conjunto. Tener que escribir obras cristianas, de escritores posteriores, sin disponer de los textos primeros, los que narraban la vida y milagros del Hijo de Dios, estaba siendo una pesadilla. Felizmente, esa pesadilla quedaba atrás, pensaba Lactancio.

No pudo repetir en *Augusta Treverorum* lo que había hecho al llegar a *Mediolanum*, asearse en la posada y descansar. El oficial le condujo, nada más entrar en la ciudad, al Palacio del nuevo Augusto, Constancio. Allí preguntó por Constantino, el hijo del Augusto. Y entregó al hijo del Augusto a su personaje custodiado, Lactancio, retirándose a continuación.

Constantino le recibió muy afectuosamente, preguntándole por detalles de su viaje, el itinerario, las contrariedades sufridas, y el trato recibido en la última etapa de su viaje. Lactancio explicó la diferencia entre su viaje en solitario y el realizado bajo su protección, que había sido inmensa. Y aprovechó para agradecer el cuidado que Constantino había tomado en asegurarle un viaje placentero. Cumplidas las formalidades habituales, se entró en temas de interés.

- "Estoy a vuestra disposición, *Dómine*. Tras una serie de adversidades y retrasos, al fin las condiciones externas dejan de ser impedimento para proseguir la labor iniciada. Vos diréis de qué manera se trabajará en la capital de vuestro padre, a diferencia de cómo había que trabajar en la del Augusto Iove anterior."

- "Precisamente de eso quería hablaros, mi noble Lactancio. Todavía no se dan las condiciones para que pueda reunirse el equipo que tanto deseáis. Es un contratiempo, lo sé, pero debemos ser prudentes. Hay que dar ciertos pasos previos. Acabo de volver junto a mi padre, él me necesita para temas de gobierno, y no es aconsejable precipitarse. No por mucho tiempo ya, estoy seguro, pero deberéis seguir trabajando en

solitario. Vos tenéis muchos recursos y sabréis comprender las circunstancias que atravesamos y adaptaros a ellas. Voy a tener que aceptar cualquier solución que me propongáis, Lactancio."

Lactancio se quedó mudo durante un buen rato. Su interlocutor suponía que estaba reflexionando, en busca de la solución pedida. Realmente, Lactancio se reponía de la ducha fría que suponía para él saber que seguía en las mismas condiciones que en *Nicomedia*, solo. Comprendió que, si había habido soluciones allá en el Este, debería haberlas también ahora, que no estaba ya entre extraños. Pero se sentía incapaz de hallar ninguna en ese momento.

- "Seguro que la hay, *Dómine*, aunque, tal vez por el cansancio del viaje, mi mente no las encuentre con la rapidez que yo quisiera. Os ruego que me deis un par de días, para reposar un poco y refrescar mis ideas. Tened por seguro que os presentaré la forma de proseguir el trabajo de manera que os plazca."

Aquello era lo que Constantino estaba esperando. Despidió a Lactancio, a quien llamaría pasados al menos dos días.

Nada le dijo sobre su plan de nombrarlo preceptor de su hijo Crispo. Ese asunto podía esperar. Lactancio estaría más solícito sin ataduras que con ellas. Toda su dedicación debía volcarla en su padre, de quien tanto podía recibir.

Lactancio, por su parte, volvió a encontrar en la puerta del Palacio al oficial de su escolta. Le indicó las habitaciones que el hijo del Augusto había destinado para él. Las habitaciones no eran tan suntuosas como las de *Mediolanum*, pero superaban todo lo que él había conocido desde su marcha del propio hogar, allá en *Leptis Magna*, hacía dos años y medio. Se sintió satisfecho y honrado.

Esa noche no pensó. Cayó rendido en la cama tan pronto se echó sobre ella. Al día siguiente, reflexionó sobre qué podría hacer. No iba a ser una situación transitoria, algo que pronto se resolviera. Si Constantino no le había dado ninguna fecha, el nuevo intervalo para trabajar solo iba a prolongarse durante muchos meses. Al menos un año o quizás más.

Lactancio aceptó la adversa situación como inevitable. Y, en vez de decidir qué iba a hacer, pensó en lo que no debía hacer. No debía seguir escribiendo apologías. No se podía, sin los textos primeros. Había comenzado apenas los primeros párrafos de una Carta a los Hebreos. A

algún discípulo del Hijo de Dios se la adjudicaría. La terminaría. Si se veía cómodo escribiéndola, podía escribir más.

Si no se quedaba satisfecho, recordó que las Cartas de Cipriano, tratando algún problema concreto de los obispos de su tiempo, le resultaban fáciles de redactar. Bastaba con imaginar un problema doctrinal y escribir la solución, poniendo el problema en la carta del interlocutor, y la solución, cedérsela a Cipriano, el obispo cristiano. Recurriría a este tipo de obras, caso de necesitarlo.

Con la solución encontrada, Lactancio recuperó la confianza en sí mismo, que le había abandonado súbitamente en la entrevista con su protector. Se sintió aliviado. Las cosas no se desarrollaban como él había imaginado cuando estaba en *Leptis Magna*. La vida real resultaba mucho más difícil de lo previsto. Pero estaba claro que lo peor había pasado. Ya no dependía para nada de Diocleciano, ni de Galerio, el actual Augusto de Oriente. Estaba a salvo, en la lejana *Augusta Treverorum*. Saldría adelante.

Lactancio se instaló en las dependencias del Pretorio que le habían sido asignadas. Eran tres habitaciones, dos de ellas amplias y luminosas, la tercera, su dormitorio, una alcoba, pequeña, sin luz del exterior. La mayor habitación disponía de una mesa, útiles para escribir, y dos grandes estanterías, de las habituales en las bibliotecas. La otra estaba vacía.

Él no trataría con el Prefecto del Pretorio, sino con el comandante de la guardia de Palacio, quien transmitiría su petición a Constantino. El propio Constantino le había dicho que, caso de necesitar hablarle, mandaría a por él. Si algo precisara, Lactancio hablaría al comandante de la guardia.

Se buscó acomodo para la escolta de Lactancio, que residiría en unos edificios cercanos al Pretorio. Lactancio les ordenó desembalar todas sus pertenencias y colocarlas cuidadosamente en sus dependencias. Pidió los muebles necesarios para colocar todo ordenadamente, como le gustaba. El comandante de la guardia no le escatimó nada. Todo lo contrario, le atendió con la máxima solicitud. En *Nicomedia* había sacado del equipaje sólo lo necesario. En *Augusta Treverorum*, en cambio, previendo una estancia larga, hizo de aquellas habitaciones su casa.

La biblioteca de *Augusta Treverorum* era muy inferior a la de *Nicomedia*, sobre todo en textos griegos. Había hablado con el director, un tal Prisco, y le había deslumbrado con sus conocimientos sobre libros.

Tendría que conformarse con sus propios libros y con lo poco que podría recabar de Prisco.

Se había presentado como rétor, sin mencionar nada de trabajo alguno. A fuerza de hábito, se había acostumbrado al disimulo. Guardaba todo cuanto escribía, también los borradores. Así, pudo proseguir la redacción de la Carta a los Hebreos, como si no hubieran pasado casi tres meses desde que la inició.

Siguiendo el guión preparado en *Nicomedia*, demostró, en el segundo capítulo, que Jesús era Sumo Pontífice, tomando media docena larga de citas de los Salmos. Echó en cara a continuación a los judíos su ignominia. Para que no quedara duda alguna del estado de pecado en el que estaban, les recordó que habían crucificado al Enviado de Dios, al Cristo. Y les exhortó, luego a tener fe; la fe que mostraron Abel, Enoc, Noé, Abrahán, Sara, Isaac, Moisés, los Jueces y los Profetas.

Cuando Constantino le llamó, Lactancio pudo confirmarle que había encontrado la manera de seguir escribiendo libros sagrados cristianos. Había empezado ya a componerle Epístolas a uno de los seguidores del Hijo de Dios. Constantino se conformó con tal información. Era lo que deseaba oír.

Cuando Lactancio terminó la Epístola a los Hebreos, y con tanta cita de la Biblia judía, quedaba claro que el redactor de la carta conocía al dedillo los textos sagrados judíos. Ése era el punto fuerte de Lactancio. La carta a los Hebreos le había costado apenas dos semanas, incluyendo los dos días de trabajo en *Nicomedia*. ¡Y la había escrito casi de corrido! Cada dos días había escrito un capítulo, de los seis de que constaba la Carta. ¡Aquello era un triunfo!

Recordó las penalidades para escribir las Apologías, y para intentar que no fueran sospechosamente iguales. En cambio, predicar la Buena Nueva, como Lactancio llamaba a la nueva doctrina, el Cristianismo, le había resultado sencillo y cómodo. Decidió que se dedicaría, en primer lugar, a escribirle una docena de cartas más al apóstol Pablo.

Tuvo que esbozar un esquema de los lugares que Pablo visitaría en su predicación, para decidir a quiénes dirigir las cartas. A la vista de un mapa con la *Hélade* (Grecia) y *Anatolia* (Turquía) que poseía, trazó dos triángulos. El primero comprendía las ciudades de *Filipos*, *Tesalónica* y Corinto. Un viaje, bordeando la *Hélade*, permitiría visitar esas tres ciudades.

Asimismo, un viaje por el interior de la antigua *Anatolia*, o *Asia Menor* (Turquía), le llevaría a *Colosas* y a *Éfeso*, además de pasar por la *Galacia*, región interior, al Norte de *Asia Menor*. Pablo escribiría a los fieles cristianos a los que habría visitado en el primero de sus viajes, pasando por tales ciudades.

Pero Pablo no predicaba solo. Tenía que tener ayudantes, que llevaran sus cartas a las comunidades cristianas que habría formado en sus viajes. Improvisó algunos nombres, como Silvano, Timoteo, Tito …

Cuando el equipo se hubiera reunido, ya concretarían los viajes completos de Pablo, que deberían incluir las ciudades elegidas por Lactancio, e introducirían en la historia completa a los ayudantes de Pablo, cristianos convertidos que se habían ganado su confianza.

A modo de prueba, aunque ya estaba bastante seguro de lo que hacía, Lactancio escribió una carta muy sencilla, muy corta, a los fieles de *Tesalónica*. En el encabezamiento, puso, junto a Pablo, a dos de sus supuestos ayudantes.

Si en la dirigida a los Hebreos Lactancio debía argumentar mucho, para probar a personas no afines las excelencias del Cristianismo, en las dirigidas a los fieles cristianos no había necesidad de argumentar. Lactancio iba a suponer que los fieles de *Tesalónica* habían acogido favorablemente la doctrina predicada por Pablo. Tras el saludo inicial, se refirió a la favorable acogida que le dieron cuando les visitó, y cómo él, Pablo, les predicaba al Señor Jesús.

Hacia la mitad de la carta hizo una referencia a los judíos, que mataron al Señor Jesús y ahora perseguían a los cristianos. Vino luego una serie de recomendaciones, apoyando Pablo la fe, la esperanza y la caridad, y denostando de la fornicación. Seguidamente, insistió en la idea de la segunda venida del Señor, que calificó de inminente y por sorpresa. Poco antes de la despedida, echó mano a algunas de las máximas morales sacadas de los textos egipcios. Eran escuetas, indiscutibles, y, a su juicio, profundas. Lactancio terminó la Epístola en una semana.

Animado por la facilidad con que la había redactado, decidió hacer otra, también a los *Tesalonicenses*, con quienes se había familiarizado.

Empleó un esquema muy similar. Tras el saludo, expresó su satisfacción porque la fe y la caridad estuvieran creciendo en la comunidad cristiana de Tesalónica. Dedicó luego unas pocas líneas a la segunda venida del Señor Jesús, y al enemigo diabólico que le precedería.

Cantó las excelencias de la fe, y, previendo que algunos, convencidos del inminente fin del mundo, se dedicaran a la holganza, estableció que "el que no trabaje, que no coma". Recomendó a los fieles que hicieran el bien, y se despidió. La segunda a los *Tesalonicenses* le había costado sólo tres días de trabajo.

Nota del Autor.

Por la similitud de temas entre ambas Epístolas, y porque, a finales del siglo XX, las jerarquías del Cristianismo decidirán eliminar parte de las Epístolas de Pablo, esta segunda Epístola a los fieles cristianos de Tesalónica será diagnosticada como no escrita por Pablo.

En lo fundamental acertarán, aunque lo mismo podría decirse de todas las demás.

Capítulo 43
Plan de vida.

Año 305

Eusebio había encomendado a Cuarto, el *grammateos* (escriba) mejor preparado de la Biblioteca, para que diera clases de griego a Eladio. Y Cuarto le informaba periódicamente del grado de aprovechamiento de su sobrino, que era óptimo. Cuarto estaba extrañado de que Eladio, al poco de empezar las clases, le hubiera pedido que le pusiera más trabajo para hacer de un día para otro.

- "Es la primera vez que un alumno me pide que le aumente la tarea …"

- "No te sorprendas - le había contestado Eusebio - mi sobrino se sale del rango habitual."

Los informes siguientes lo fueron en el sentido de que aprendería a escribir y a traducir el nuevo idioma en un par de años, aprendizaje que a otros les llevaba el doble de tiempo. Hablarlo de manera fluida le llevaría quizás un par de años más. En vista de que los estudios de Eladio se encauzaban de manera sólida, Eusebio decidió tener con él una conversación sobre el futuro, sobre su futuro. Su sobrino tenía diecisiete años y era ya el momento tener con él una conversación de hombre a hombre.

Cuando Eladio apareció por el despacho de su tío, éste le hizo sentarse al otro extremo de la mesa. Quería dejar una distancia entre ambos y que su sobrino se sintiera con cierta sensación de libertad. La iba a necesitar.

Quería saber a qué atenerse con su sobrino en el terreno personal y para eso debía someterlo a un interrogatorio feroz. Para que el muchacho no se sintiera acosado, había decidido dar ejemplo. No era habitual que Eusebio hablara de estos temas, con nadie, ni siquiera con su amigo Arrio. Éste la había hecho algunas confidencias y él había correspondido en igual medida.

- "Bien, bien, Eladio. Tengo buenos informes de tu maestro de griego. Me comenta que atiendes a sus explicaciones y que progresas a buena marcha. Eso me satisface y quiero empezar felicitándote."

Notó que Eladio se ruborizaba ligeramente y, bajando la vista, respondió:

- "Hago lo que puedo, Maestro."

- "Así debes seguir, hijo. Pero hoy no vamos a hablar de tus estudios. Hoy quisiera que habláramos de ti. De qué planes tienes para el futuro."

A Eladio este enfoque de la conversación le sorprendió. No entendía muy bien a su tío.

- "No comprendo qué queréis decir, Maestro …"

- "Es muy sencillo. Te lo diré de otra manera. ¿Qué me responderías si te preguntara cómo crees que estarás, dónde vivirás y con quién dentro de doce años?"

Eladio se le quedó mirando fijamente. Luego desvió la mirada y pareció mirar al infinito. Al rato volvió a mirar a su tío.

- "No he hecho ningún plan para un tiempo tan lejano, maestro. Mi plan es más cercano. Abarca sólo los próximos dos o tres años, el tiempo de mis estudios."

- "¿Y puedo saberlo?"

- "Desde luego, Maestro. No son ningún secreto: Consisten en dedicarme de lleno a los estudios. He venido a una ciudad desconocida. En *Joppe* dejé a mis padres, pero ningún otro afecto. Tampoco lo quiero tener en *Cesarea*. No hasta que no haya terminado los estudios y sea capaz de mantener una familia."

- "Luego te propones formar una familia en el futuro ..."

- "Claro, Maestro …"

Eusebio estaba convencido de que sería así, pero quería oírlo de boca de su sobrino. Para lograr la plena confianza del muchacho, decidió poner en marcha su plan.

- "Verás, Eladio. Yo no suelo hablar de estos asuntos personales, incluso íntimos, con casi nadie. Pero tú eres mi única familia en *Cesarea*, y quiero tratar contigo el tema de cómo enfocar la vida. No sólo porque en este tiempo suplo a tu padre, sino porque me interesa mucho que todo te vaya en la vida de la mejor manera posible."

Eusebio hizo una pausa. Su sobrino, en silencio, esperaba acontecimientos.

- “Debemos hablar de las diversas formas que hay de enfocar la intimidad. Y para que no te sientas acosado por mis preguntas, quiero hablarte en primer lugar de mí. De cómo he enfocado yo mi vida personal. Porque tú verás que no estoy casado”.

Eladio no dijo nada, pero negó con la cabeza.

- “Y un hombre tiene un vigor natural que le hace buscar la intimidad con otros seres, de uno o de otro sexo.”

Nuevo asentimiento de su sobrino con la cabeza.

- “Verás, yo tuve más de una ocasión de hacer un matrimonio ventajoso. Pero mi maestro, Pánfilo, me lo expuso con toda claridad. Yo tenía mi trabajo. Era en aquel entonces su ayudante, en esta misma Biblioteca. Él me dijo un día:

- “Eusebio, en un plazo no muy lejano vas a tener que elegir. Hasta ahora dedicas la mañana y algunos días media tarde al trabajo en la Biblioteca. Las demás tardes las dedicas a tu afición favorita, leer a los Maestros. Eso está muy bien. Pero llega un momento en la vida de un hombre en que éste se plantea qué hacer con su vida, a qué dedicarla. O tal vez sería más exacto decir a quién dedicarla. Y cuando el hombre ha bajado la guardia, alguna mujer que estaba esperando la ocasión se le mete en el corazón. Y si el hombre es honesto y fiel, como sé que eres tú, ese hombre se compromete a dedicarle su vida. Y ella acepta y se unen en matrimonio.

Lo cierto es que no le va a dedicar toda la vida, porque ese hombre tiene un trabajo. Tú, en la Biblioteca, pero otros en la milicia, sólo pueden dedicar a esa mujer la mitad, o menos, de su vida. Pero a ella eso le basta. Porque luego suele llegar la prole y también está la familia de la esposa, que también requiere un tiempo de dedicación. Ella suple con la prole la ausencia del esposo. Y si la prole no llega, tiene a su familia.”

Eusebio recordó que él escuchaba a su maestro, Pánfilo, con la misma expectación que Eladio tenía en estos momentos.

- “Mi Maestro prosiguió: Tú estás llegando a una edad en la que cada vez se abrirán más posibilidades de que bajes la guardia. Y debo advertirte de cómo suceden las cosas, para que puedas elegir el camino que realmente quieres para ti, sin sorpresas, con plena conciencia.

Mi Maestro me habló de muchos más aspectos, pero el resultado fue que yo decidí no seguir el camino del matrimonio. El Conocimiento me atraía demasiado, me parecía demasiado valioso como para cambiarlo por

las caricias de una esposa. Y elegí un camino de menos compromiso. En casa de mis padres había una esclava joven, muy hermosa y muy tímida, de nombre Lidia. Le dije a mi padre que quería que Lidia fuera mi favorita. Él dio su aprobación, aunque me dijo que deseaba que mi capricho fuera pasajero, porque un hombre de Letras como yo podía aspirar a uno de los mejores partidos de la ciudad, y no conformarme sólo con una esclava hermosa. Que lo uno no quitaba lo otro. Pero mis planes eran otros. ¿Te aburro?"

Eladio abrió mucho los ojos. Y protestó.

- "¡En modo alguno, Maestro!"

- "La verdad es que yo ya había mostrado mi pasión por Lidia antes de hablar con mi padre. No sé si mi padre estaba al tanto o no, pero todos los esclavos lo sabían.

Por eso nadie se acercaba a ella. Pero no fue hasta que mi padre me dio su aprobación que me llevé a Lidia a mi habitación y nos unimos. Y cuando, un año después, abandoné la casa de mis padres y vine a vivir a una pequeña casa, cercana a la Biblioteca, la traje conmigo y la emancipé. Le dije que no quería estar unido a ella como esclava, sino como mujer libre. Y desde entonces ella me ha servido fielmente y yo he sido fiel con ella. Hemos tenido tres niñas, a las que trato como hijas, aunque sólo figuran legalmente como hijas de Lidia.

Y esta situación me libra de la familia de ella y me deja libre para dedicarme a mi afición, la Sabiduría, sin más compromiso que mi voluntad. Lo cierto es que he dedicado y dedico mucho tiempo a ver crecer a mis niñas, a enseñarles lo que ellas pueden comprender sobre la vida y el mundo. Y mi vida transcurre plácidamente entre un trabajo que me gusta, Lidia, que me adora, y mis tres hijas, Rut, Raquel y Rebeca, que son una delicia. Rut, la mayor tiene ya doce años y empieza a dejar de ser una niña para convertirse en una mujer. Y tengo también a mis Maestros, a los que no he abandonado y que, a su manera, me llenan la vida. La verdad es que fue una buena elección."

En ese momento llamaron a la puerta. Eusebio fue a abrirla, pues la había cerrado con el cerrojo de seguridad. No quería que le interrumpieran en medio de la conversación con su sobrino.

- "Maestro, le dijo apresuradamente uno de los escribas más veteranos de la Biblioteca, hay un problema serio en la sala de copias. Un

original de Orígenes que se estaba copiando ha sido dañado de forma grave. Deberíais verlo cuanto antes ...”

Capítulo 44
Osio

Año 305

La vida en *Cartago Nova* (Cartagena), capital de la provincia *Cartaginensis*, se había vuelto insulsa y aborrecible para Cayo Valerio Osio. Cierto que sus antepasados le habían proporcionado desde la cuna todos los lujos a los que un patricio de provincias podía aspirar. Pero, a pesar de todo, Osio se sentía insatisfecho, harto de la pequeña urbe en la que había transcurrido casi toda su vida.

Había sido el primogénito de sus padres y tras él llegaron dos hermanas, con las que se llevaba tres y cinco años. Su madre había tenido además tres abortos y, como consecuencia del último, estuvo al borde la muerte. Sobrevivió, pero quedó estéril. Su madre nunca se recuperó del trauma del último aborto, bien sea porque perdió mucha sangre durante el parto, o bien porque el niño - porque iba a ser un niño - nació muerto. La comadrona que le cuidó durante el parto cometió el error de lavar al recién nacido, ya muerto, y entregárselo a la madre. Ésta lo retuvo varias horas entre sus brazos, hasta que su marido le obligó a dárselo a los criados, para que procedieran a su inhumación.

Osio recordaba el suceso porque ya tenía catorce años cuando su madre tuvo el último parto y recordaba los gritos que hicieron retumbar las paredes de la mansión durante la mañana de aquel aciago día. Aciago porque la unión entre sus padres nunca volvió ser la que había sido antes. Su padre empezó a tener aventuras en la ciudad. Su madre lo supo, por sus amigas. Primero fueron los reproches. Y más tarde el silencio, que se extendió como un pesado manto sobre la mansión. Su madre sólo tenía ojos y atención para sus dos hijas. Su padre llevaba los negocios de la familia y apenas se cuidaba de él. En consecuencia, había crecido solo. Sólo su amigo Sempronio le hacía caso. Sempronio era el hijo segundo de la villa vecina.

La C*olonia Urbs Iulia Nova Cartago* - categoría máxima a la que puede aspirar una ciudad - llenaba una pequeña península en el Sur de la provincia *Cartaginensis*, una en las que el Augusto Diocleciano había dividido *Hispania*. Sobre la *Cartaginensis*, que ocupaba la parte central de *Hispania*, llegando hasta el mar *Cantábricum*, estaba situada la *Tarraconensis*, con capital en *Tarraco* (Tarragona). La *Tarraconensis* llegaba desde los Pirineos hasta *Cesaraugusta* (Zaragoza) y *Valentia* (Valencia).

La parte occidental de *Hispania* la formaban tres provincias. La *Galecia*, la nueva provincia creada por Diocleciano a costa de territorios

que siempre habían pertenecido a la *Cartaginensis*; la *Lusitania*, al Sur de la *Galecia*; y la *Bética*, entre la *Lusitania* y la *Cartaginensis*. Aun mermada de lo que ahora era *Galecia*, la *Cartaginensis* tenía casi tanto territorio como el resto de provincias hispanas. Eso daba mucho trabajo a los oficiales y magistrados del Convento Jurídico de *Cartago Nova*, donde se zanjaban los litigios más importantes de la provincia.

Además de la capitalidad, *Cartago Nova* era una ciudad floreciente, donde se comerciaba con el plomo y la plata que se extraía de las cercanas minas, con productos manufactureros, como lino, lana, esparto o *garum*, y con ganado, en el que destacaban los corderos, los caballos y los elefantes, traídos del África por barco. Todo ello establecía un continuo tráfico entre las aldeas y poblados del interior y el puerto de *Cartago Nova*, un puerto natural, el mejor protegido del *Mare Internum* (Mediterráneo). La *Vía Augusta*, descendía desde *Narbo Martius* (Narbona), pasaba por *Barcino* (Barcelona), *Tarraco*, *Valentia*, *Ilici* (Elche) y moría en *Cartago Nova*.

De *Cartago Nova* partían dos calzadas menores. Una bordeaba la costa, hasta *Malaca* (Málaga) y *Gades* (Cádiz). La otra cruzaba *Hispania* por el interior y comunicaba con *Córduba* (Córdoba), con *Hispalis* (Sevilla) y ascendía luego por la *Lusitania*, hasta llegar a *Olisipo* (Lisboa).

El *Campus Spartarius*, del que *Cartago Nova* ocupaba el extremo Sur, era rico en minería, ganadería y cereales. De ahí que hubiera sido objeto de disputa desde la Antigüedad. Había memoria de las luchas entre los ejércitos púnicos, de la *Cartago* africana, al mando de Amílcar, Asdrúbal y Aníbal, y los ejércitos romanos al mando de Escipión. El inicio de la decadencia púnica en *Hispania*, territorio que dominaban hasta el *Hiberus Flumen* (río Ebro), fue precisamente la toma de *Cartago Nova*, por Escipión.

La península sobre la que se asentaba *Cartago Nova* estaba rodeada de agua por tres lados. Al Norte antaño hubo un pequeño Mar, que luego, por efecto de la sedimentación, pasó a ser una laguna. La laguna se comunicaba con el *Mare Internum* mediante un ancho canal. El canal bordeaba la ciudad por el Oeste. El Sur lo ocupaba su enorme puerto natural, cerrado por una isla, situada en la bocana del puerto. El istmo, de una anchura de dos estadios [(1)] se situaba al Este y era fácil de defender.

En la península había cinco colinas, tres al Norte, una al Este, y otra al Sur. La más occidental de las tres del Norte era la colina que eligió Asdrúbal, el fundador de la nueva capital de su territorio, para edificar su

Palacio. Al menos, eso se decía. Se llamaba “monte Asdrúbal”. Opuesta a ella, al Sur de la ciudad, se alzaba la colina de *Esculapio*, con un Templo dedicado al Dios de la Medicina. Dos colinas menores, al Norte, la de *Cronos* y la de *Aletes*, el descubridor de la minería, miraban hacia la laguna, mientras que la dedicada a *Vulcano*, al Sureste, miraba al mar.

El agua venía a *Cartago Nova* por un acueducto construido en tiempos de Pompeyo. Tomaba sus aguas muy lejos, en el nacimiento del *Talus Flumen* (río Taibilla), apenas un riachuelo anónimo con un caudal ahora insignificante. Todo su caudal se aprovechaba para surtir de aguas a la capital de la provincia cartaginense.

Osio conocía de memoria todos los recovecos de su ciudad, ya que, aunque su familia residía en una villa de las afueras, había pasado los días de su infancia correteando por las callejas y plazas de la capital. Sus antepasados se había dedicado desde tiempo inmemorial a la minería y eso les había dotado de una economía más que floreciente. Un ancestro de hacía diez generaciones había adquirido los terrenos sobre los que él y su hijo construyeron la villa Valeria.

Villa Valeria estaba ubicada en el extremo Norte de la laguna, mirando hacia *Cartago Nova*. Las construcciones ocupaban una franja de seis estadios de longitud, bordeando la ribera de la laguna. Se dividían en cuatro zonas. La más occidental era la mansión principal, con un jardín posterior. La mansión tenía una planta, salvo la mitad posterior, que tenía dos. En aquella mansión habían nacido Osio, su padre, su abuelo y todos los ancestros cuyas imágenes se veneraban en el larario familiar. El jardín posterior imitaba la configuración urbana de la ciudad, con una plaza central, provista de un amplio estanque, que emulaba el Foro de la capital. Del estanque partían ocho veredas en las direcciones de los cuatro vientos y en las direcciones intermedias. *Cartago Nova* estaba diseñada de forma similar.

Contigua a la mansión estaba “la huerta”. La llamaban así porque era la cabeza de todas las plantaciones de árboles frutales, verduras y cereales, que estaba esparcidas por las localidades cercanas, que sumaban casi medio centenar. Un edificio mayor aún que la mansión servía para realizar las labores de almacenamiento y preparación para los envíos al mercado de *Cartago Nova*. En “la huerta” trabajaban veinte esclavos. En todas las plantaciones, más de seiscientos, contando los acarreadores.

(1) Un estadio eran 190 metros.

Un poco más al Este estaba la fábrica de *garum*, salsa de pescado muy apreciada en Roma, adonde se realizaban envíos siempre que el estado de la mar lo permitía. Al frente de ella, como encargado, estaba un liberto. Su padre apenas la visitaba.

Y cerrando la línea de propiedades de la familia estaba la mansión de invitados. El *paterfamilias* - en la actualidad, su padre - y la familia directa vivían en la mansión principal. Los hermanos y hermanas del *parterfamilias*, con su descendencia directa, podían vivir en la mansión de invitados. Si el volumen de personas con derecho a vivir allí excedía de la capacidad de la mansión de invitados, el *paterfamilias* decidía quién se quedaba y quién se iba. De modo que toda la familia permanecía muy unida al *paterfamilias*, aunque a veces surgían rencillas entre los habitantes de la segunda mansión.

En el *tabularium* de su padre, que antes fue de su abuelo, éste llevaba el control de los negocios de la familia, las minas de plomo y plata, el *garum* y las hortalizas de todas las propiedades familiares. Era un continuo ir y venir de mensajeros desde y hacia las diversas plantaciones esparcidas en un área de muchas millas a la redonda de *Cartago Nova*.

Osio tenía treinta años y una posición envidiable en la zona, siendo como era el heredero de un emporio de riqueza. Su padre tenía ya cincuenta y ocho años. El trabajo continuo - desde que sustituyó a su padre, hacía de eso más de treinta años - los viajes, el disgusto familiar y los enfrentamientos tenidos con otros miembros prestigiosos de la ciudad le habían envejecido prematuramente. Su salud era delicada, pero se mantenía al frente de todo y no quería ni oír hablar de delegar. Tampoco su hijo tenía muchos deseos de ayudar al padre. Osio veía su futuro lejos de su ciudad natal.

Capítulo 45
La avanzadilla.

Año 305

Desde tiempos inmemoriales el lugar donde el Támesis se convierte en estuario había sido un puerto fluvial de primera categoría. Lo fue de *Verula*, la capital del reino celta local. El año 43 el Emperador Claudio decidió completar la labor de Julio César - que había explorado, pero no conquistado, el Sur de *Britania* - y entró con veinticinco mil hombres en el Sureste de *Britania*, venció a *Cantios* y *Trinobantes*, tribus celtas asentadas en la zona, y puso su primera capital en *Caesaromagus* (Chelmsford).

La propia *Caesaromagus* no tenía puerto, y se comunicaba con el puerto más cercano, *Londinium*. Eso hizo que la ciudad de *Londinium* creciera, que numerosos mercaderes se establecieran en ella y que, con el paso de sólo diez años, superara en habitantes a los de la primera capital de Claudio. Ya el gobernador Agripa el año 100 informaba en un *memorandum* al Emperador Trajano del siguiente modo:

"La decisión tomada en su día de hacer de Calleva Atrevatorum la capital de la Britania no tiene en cuenta las prioridades militares. Todos los suministros que llegan para Calleva Atrevatorum deben descargarse en Londinium y llevarse a través de las 55 millas de calzada que las separa. Sería más eficaz hacer de Londinium la capital principal ..."

Trajano entendió las razones que aconsejaban abandonar *Calleva Atrevatorum* (Silchester) como la segunda capital que Claudio había establecido, y emitió un edicto para ordenar el paso de la capitalidad a *Londinium* y la construcción de un nuevo Foro acorde con la categoría de la ciudad. También ordenó la construcción de un *castrum*, o campamento militar, intramuros, para alojar las tropas necesarias para proteger la capital. Se situó al NorOeste, adosado a la muralla.

En tiempos de Constantino la ciudad de *Londinium* era ya la capital de la *Flavia Caesariensis*. Estaba situada en la parte Sur de la provincia, lindando con la *Britania Prima*. Al Oeste de la *Flavia Caesariensis* se extendía la *Britania Secunda*, región más montañosa, sobre todo su parte más occidental. Por encima de la *Flavia Caesariensis* estaba la *Máxima Caesariensis*, cuya capital era *Eboracum* (York). Por último, y por encima, estaba la reciente provincia de *Valentia*, que comprendía la zona escasamente poblada situada entre los dos Muros, el Muro de Antonino, al Norte, y el de Adriano, al Sur.

Londinium era una ciudad impresionante para todos los *Britanos* que nunca hubieran cruzado el *Oceanus Britannicus*, nombre con que lo designó Claudio en honor a su hijo Britanico. Para quien hubiera pasado a la *Galia*, *Londinium* perdía majestad, ya que varias ciudades de la *Galia* podían comparársele. *Lutecia* (París), *Lugdunum* (Lyon) y *Augusta Treverorum* (Tréveris) la igualaban o aventajaban en extensión, historia y monumentalidad.

Asentada sobre el Támesis, *Londinium* tenía forma de rectángulo. Su *Cardo Máximo*, paralelo al río, medía alrededor de 1.650 metros, poco más de una milla romana. El *Decumano*, que se cruzaba en ángulo recto con el *Cardo Máximo*, medía la mitad, unos 800 metros. La ciudad tenía un trazado hipodámico, de forma que casi la totalidad de las calles eran paralelas a una u otra vía principal. Las zonas contiguas a las murallas, sobre todo al Oeste y al Este, se habían dejado sin trazado.

Además del Támesis, que la limitaba al Sur, el río Walbrook tenía una importancia especial. Cruzaba la ciudad de Norte a Sur, hasta desembocar en el Támesis. Su desembocadura era el primitivo puerto fluvial de la pequeña *Verula*. Los ingenieros que diseñaron el trazado de *Londinium* decidieron conducir el pequeño y molesto río por una de las calles descendentes hacia el Támesis. Antiguamente, los muelles en torno al Walbrook eran suficientes para cubrir el comercio con el exterior. Pero al tiempo resultaron ser absolutamente insuficientes y los ingenieros tomaron el Támesis como nuevo puerto, proyectando unos amplios muelles en la ribera norte, sobre la que se asentaba la ciudad.

El Foro y la Basílica Civil se situaban en el cruce del *Cardo Máximo* y el *Decumano*. Tras fijar el Emperador Claudio su capital definitiva en *Calleva Atrevatorum* (Silchester), *Londinium* fue diseñada como una ciudad de provincias. Contaba con un Foro, una Basílica, al Norte del Foro, y un Templo a la Tríada Capitolina. El Foro ocupaba una cuadrícula del trazado de *Londinium*.

Convertida en capital, el nuevo Foro, construido sobre el primitivo, ocupaba un cuadrado de unos 170 metros de lado. En su extremo Norte se construyó la nueva Basílica. Ésta medía 155 metros de longitud y 50 de anchura. Se usaba la Basílica para la administración de Justicia, el cambio de moneda, y la administración de la ciudad.

Londinium contaba con tres Templos. El de la Tríada Capitolina, cerca del Foro. Otro pequeño, dedicado a Mitra, en la zona alta de la ciudad. Y otro al Este, dedicado a la Diosa Madre, deidad celta asumida por los romanos. Las tres Termas públicas con que contaba *Londinium* estaban situadas al Oeste de la ciudad, cerca de la entrada del acueducto. El Pretorio y residencia del gobernador estaba ubicado en el centro de la muralla sobre el río.

Una parte notable de la población de *Londinium* pertenecía a la clase alta de la sociedad de *Britania*. Se habían establecido en la ciudad como comerciantes y, al cabo de dos o tres generaciones, comerciaban con la *Galia*, dirigían un emporio y contaban con una flota de naves que iban y venían hasta la lejana Alejandría. En su mayoría eran veteranos de las Legiones que habían ocupado puestos bien remunerados, y un escaso número de pobladores aborígenes que habían hecho fortuna sumándose a las costumbres romanas. Eran frecuentes las villas, situadas cerca de las

murallas, de no muy amplia extensión, pero con exquisitos detalles constructivos y ornamentales.

La guarnición destinada a la ciudad estaba acantonada en el *castrum* (campamento fijo). De allí salían a realizar ejercicios con sus mandos cada día. No lejos de allí habían surgido media docena de burdeles, que aseguraban la clientela por la proximidad. Los muelles bajo las murallas del Sur bullían cada día de marinos, cargadores, aventureros, comerciantes, vendedores, cortesanas que se ofrecían a unos y otros, y un sin fin de tipos de difícil catalogación. Los barcos se apretaban contra los muelles, procurando descargar su mercancía y volver a partir. Había que hablar a gritos para hacerse entender. En la parte Sur de la ciudad alcahuetes y prostitutas no tenían apenas tiempo libre. En los días de calor del verano el olor era insoportable para los no habituados. Pero aquel mare mágnum generaba riqueza y era el tributo que *Londinium* debía pagar por su prosperidad.

La ciudad estaba cercada por una sólida muralla de nueve metros de altura, tachonada de bastiones semicirculares, que superaban la altura de la muralla en tres metros. En total había 20 bastiones, o torres. La ciudad contaba con siete Puertas. Al Oeste, la Puerta a *Calleva Atrevatorum* (Ludgate). Un poco más arriba, se abría la Puerta que daba salida al *Cardo Máximo*, llamada *Porta d'Aqua* (Newgate), por cercanía al acueducto que suministraba el agua a las Termas.

En el lienzo que cubría el Norte, estaba la Puerta de *Venonae* (Aldersgate). El *castrum* contaba con una Puerta (Cripplegate). En el extremo Este de dicho tramo de muralla se abría la Puerta (Bishopsgate) a *Lindum* (Lincoln). Otra Puerta conducía a *Camulodunum* (Aldgate). Por último, la Puerta Sur, que daba al puente. El puente primitivo sobre el río era de madera. Se derribó y en su lugar se construyó un sólido puente de piedra. Tenía 30 vanos y un gran vano central, de mayor anchura, de madera.

Si los vivos se agrupaban y vivían a la manera romana, los muertos descansaban en múltiples "ciudades de los muertos", contiguas a las murallas, tanto en el Este, como en el Oeste y en el Sur de la ciudad, al otro lado del río.

Ésta era la ciudad por la que el Augusto Constancio pasaría con sus tropas, con destino al Norte. No se detendría en ella. No admiraría sus murallas conforme se acercara a la ciudad por el Sur, ni cuando cruzara el

puente sobre el Támesis, ni cuando pasara la noche en el Pretorio, frente al río. Su mente estaría ocupada en otros asuntos, en el problema que debía resolver antes de que las Parcas lo llevaran consigo y en la suerte que esperaba a su familia a su muerte.

La flota romana, atracada en *Gesoriacum* (Boulogne), se componía de 75 trirremes [1], más 80 naves menores, para transportar los animales. Cada trirreme llevaba 180 hombres como tripulación, y podía llevar 130 soldados de carga. La flota ya había hecho dos viajes previos, de sus bases, *Gesoriacum* e *Itius Portus* (Calais), a *Dubrae* (Dover) y *Rutupiae* (Richborough), los puertos de *Britania* más cercanos. En el tercer viaje viajaron Constantino, Constancio, y su plana mayor.

Ya en *Britania*, se les unió el equivalente a una Legión, la guarnición habitual acantonada en la parte Sur de la isla. El Augusto Constancio, al mando de aquellos dieciocho mil hombres, debía rechazar la invasión. El Vicario de *Britania*, dos gobernadores de las provincias más meridionales, con su plana mayor, y el comandante de las tropas de refuerzo estaban esperándoles. Llegados a *Dubrae*, desembarcaron y pernoctaron en el Pretorio. Según los informes recibidos en *Londinium*, los *Pictos*, bárbaros procedentes del Norte y del Oeste, estaban saqueando *Britania*. Constancio, su hijo, sus generales, y los mandos de guarnición en *Britania* se reunieron sin tardanza con ellos. Los mandos de la isla explicaron la situación.

Había realmente dos invasiones, la procedente del Norte y la que provenía de *Hibernia* (Irlanda). Los primeros habían sobrepasado los Muros de Antonino y de Adriano y habían invadido la *Valentia* y la *Máxima Caesariensis*, la parte superior de *Britania*. Los *Pictos* del Norte habían atacado *Eboracum* (York), pero fueron rechazados y no habían llegado a *Lindum* (Lincoln). Los procedentes de *Hibernia* (Irlanda) habían desembarcado en la costa del Oeste. Habían tomado *Segontium* (Caernarvon), *Conovium* (Conway), *Deva* (Chester) y *Rigodunum* (Warrington), utilizando los puertos de estas localidades para fondear sus barcos. Luego, extendiéndose hacia el Sur, habían invadido toda la *Britania Secunda* y habían puesto los pies en la parte occidental de la *Britania Caesariensis*, hasta llegar a *Etocetum* (Wall), que había caído en sus manos. No se tenían noticias de *Glevum* (Gloucester), ni de *Corinium* (Cirencester), ciudades situadas al Oeste de la *Flavia Caesariensis*.

Los romanos llamaban *Pictos*, a un conjunto de tribus de diferentes etnias que para pelear se pintaban. La costumbre de pintarse el cuerpo cuando iban a la guerra era muy habitual entre los pueblos primitivos. La razón de tal comportamiento era unirse a los ancestros, para lograr su fuerza y su sabiduría, necesarias para triunfar en la guerra. Cada clan tenía unos trazos distintivos y, dentro del clan, cada familia tenía otros propios. Por último, cada guerrero añadía un par de trazos como distintivo personal.

[1] Naves de guerra con tres filas de remeros.

Adoptando los rasgos de los antecesores invocaban su ayuda y se consideraban conducidos por ellos, que, por estar en el Más Allá, eran más sabios y poderosos. La vuelta de la guerra era prueba de que el ancestro les había guiado sabiamente. Los que no volvían habían ido a reunirse con los ancestros, como fruto de esa unión que se había establecido entre el guerrero y ellos. De ese modo, los familiares aceptaban los designios de los ancestros, mientras la mujer y la prole pasaban a pertenecer al guerrero familiar designado por el consejo de ancianos.

Al Norte de la *Britania* había varias tribus, que hablaban asimismo diferentes dialectos. Inmediatamente al Norte del Muro de Antonino vivían los *Epidinos*, los *Horestios* y los *Venicones*. Sobre éstos se situaban las tribus de los *Caledonios* y los *Vacomagos*. Y en el extremo Norte de *Caledonia* vivían los *Cedones*, los *Smertos* y los *Cornavos*.

En *Hibernia* había casi una docena de etnias distintas. Las más orientales, que habían tomado una parte más activa en la invasión, eran los *Darinos*, los *Voluntios*, los *Eblanios* y los *Caucos*. Éstos habían propuesto a sus tribus vecinas participar en una expedición de rapiña contra las tierras romanas. Contaban con información sobre las ciudades fortificadas y protegidas por una guarnición de la parte de *Britania* más cercana a ellos, la *Britania Secunda*. Sabían que sólo en unas pocas ciudades había soldados romanos. El resto del país estaba desprotegido. Por tanto, se decían, bastaba una expedición de 500 guerreros para tomar la ciudad que quisieran, apoderarse de sus riquezas y volver con los barcos llenos de oro, joyas y mujeres, que serían sus esclavas.

Ofrecer la participación en la *razzia* anudó relaciones entre vecinos, ya que en el pasado fueron estos vecinos los que soportaron invasiones, robos y raptos. Que los afanes guerreros apuntaran a los

romanos era una ventaja. Así opinaron los ancianos de las tribus afectadas. Y por tal motivo, casi todas ellas se avinieron a participar en la invasión propuesta. De modo que a los antes citados se unieron contingentes, mayores o menores, de *Manapios*, *Coriondos*, *Brigantes* y *Robocios*.

Poner de acuerdo a todas estas tribus, unas de *Hibernia* y otras de la lejana *Caledonia*, requirió un año de mensajeros y reuniones. Pero finalmente, al inicio de la primavera del año 305, la doble invasión se puso en marcha. Unos 10.000 guerreros procedentes del Norte sorprendieron a los guardias del Muro de Antonino, les dieron muerte y lo sobrepasaron hacia el Sur.

Un mes más tarde, dos viajes de ochenta naves repletas de guerreros procedentes de *Hibernia* desembarcaron algo más de 8.000 *Pictos* en la costa occidental de *Britania*. Los que habían llegado a través de la isla *Monaeda* (Man) tomaron *Deva* y *Rigodunum*. Los que, viniendo de más al Sur, usaron la isla de *Mona* (Anglesey) como puente, se hicieron dueños de los puertos de *Segontium* y *Conovium*. No había naves romanas en ninguno de los puertos. En *Deva* había un *castrum*, que en tiempos albergó casi una Legión, pero en la actualidad la extensa muralla del *castrum* estaba defendida sólo por una cohorte, unos 500 legionarios, y eso permitió que los asaltantes escalaran los muros por diversos sitios y tomaran el campamento fortificado. La matanza fue general.

Dado que conocían la situación de las tropas romanas en toda la *Britania Secunda*, se fueron extendiendo lentamente hacia el Sur y sólo unos grupos menores tomaron y asolaron *Mediolanum* (Chesterton) y *Etocetum* (Congleton), ciudades de la *Flavia Caesariensis*, situadas más al Este.

El daño que infringieron las huestes del Norte fue mayor. En las siguientes ochenta y cinco millas, que era la distancia entre ambos Muros, se apoderaron de todas las pequeñas aldeas romanas nacidas al abrigo de las dos calzadas que unían ambos Muros.

Así, *Coria Damniorum* (Kirkintilloch), *Vanduara* (Paisley), *Colonia* (Lanark), *Trimontum* (Newstead), *Bremenium* (Rochester) y *Habitancum* (Risingham) fueron saqueadas. Los *Pictos* no las quemaron, ya que a la vuelta podrían necesitarlas. Tampoco perjudicaron a los poblados nativos de la zona, compuesta por *Damnonios*, *Otadinos*, *Selgoves* y *Novantes*. Eran tribus pobres, dedicadas a la ganadería, con una agricultura de subsistencia. Los invasores se abstendrían de perjudicarles

si se les unían. Les informaron de la suerte que habían corrido los habitantes de las ciudades romanas: Los hombres, muertos, y las mujeres y los niños, tomados como esclavos. Dentro de unos sacos llevaban dos docenas de cabezas, que esparcieron por el suelo. El argumento fue definitivo y la mayoría de los hombres se unieron a los *Pictos*, si bien no pocos de ellos desertaron luego, aprovechando la oscuridad de la noche. Con esta postura, los *Pictos* respetaron las aldeas de población autóctona.

Las referencias que en *Londinium* se tenían de los *Pictos,* por algunos supervivientes que habían logrado llegar a la capital, eran desoladoras: Cuando tomaban una ciudad, pasaban a cuchillo a todos los varones, a los niños y a los viejos. Las mujeres se las repartían y las violaban por grupos. Luego se las llevaban con ellos. Iban en grupos reducidos, salvo los que intentaron tomar *Eboracum*, que eran más de mil. No tenían técnica, ni aparatos de sitio para establecer un cerco. Si no podían incendiar los muros, intentaban apoderarse de alguna puerta y si no lo conseguían abandonaban el sitio. Las ciudades con murallas de madera habían caído, tras ser incendiadas.

Ambas invasiones estaban concertadas y los *Pictos* del Norte también se habían procurado información sobre qué ciudades albergaban tropas romanas, ya que habían atacado en primer lugar dichas ciudades. Habían tenido éxito en todas ellas menos en *Eboracum*, donde una guarnición fuerte y prevenida había resistido. Se sabía qué zona estaba en poder de los bárbaros y la zona a la que aún no habían llegado. La *Máxima Caesariensis* estaba totalmente en poder de los *Pictos*. Respecto a la *Flavia Caesariensis*, había una amplia zona de la que no se tenían noticias.

De todas estas informaciones se enteró el Augusto Constancio en la reunión celebrada en el Pretorio. Todos los presentes hablaban, informando de los temas que mejor conocían. El Augusto Constancio preguntó, con un tono de ira en la voz, cómo era posible que los *Pictos* hubieran sobrepasado el Muro de Adriano y su fuerte estructura defensiva. Él personalmente había restaurado los fuertes destruidos y dejado la guarnición suficiente para hacer impenetrable aquella frontera.

Todos los asistentes se miraron y guardaron silencio. El Vicario de *Britania*, la máxima autoridad de la isla en temas civiles, tomó la palabra. Con voz insegura expuso al Augusto que cuando se tuvieron las primeras noticias de movimientos masivos de *Pictos* hacia el Sur, el legado de la Legión establecida en el Norte salió de *Luguvalium* (Carlisle), una de sus

residencias temporales, hacia *Castra Exploratorum* (Netherby), situado al Norte, a fin de conocer la situación sobre el terreno. Un fuerte contingente de *Pictos* parecía estar esperando ese movimiento de nuestro legado, porque cayó en una emboscada y pereció con la mayoría del ala de caballería (1) que le escoltaba.

No era lo que debiera haber sucedido, pero con el legado iba su segundo, que también había resultado muerto en la emboscada. A partir de ahí las noticias llegaron sólo parcialmente. Se supo que centuriones y tribunos de los diferentes fuertes se habían reunido para tomar una postura común y la mayoría optó por permanecer en sus puestos y esperar órdenes del mando establecido. Para cuando esta noticia llegó al Cuartel general en *Londinium*, los *Pictos* se habían extendido por toda la *Valentia* y parte de la *Máxima Caesariensis*. Más tarde la ocuparían por completo.

(1) Un ala de caballería la formaban 250 jinetes.

A la vez que se pidió ayuda a *Augusta Treverorum* se habían reforzado las guarniciones de *Glevum* (Gloucester), *Corinium* (Cirencester), *Aquae Sulis* (Bath), *Lactodorum* (Towcester) y *Durovigutum* (Godmanchester), formando una línea que impidiera el paso de los bárbaros, y se mantenían tropas de reserva en *Londinium*, habiendo dejado en el Sur de la isla las guarniciones mínimas. No habían reforzado ciudades más alejadas por temor a llegar tarde, o a que fueran atacados los refuerzos durante el viaje.

El Augusto comprendió que no era el momento de exigir responsabilidades, ni de enjuiciar comportamientos. Se necesitaba un ejército plenamente cohesionado para derrotar al enemigo. Constancio aceptó las explicaciones de su Vicario y pidió la opinión de los presentes sobre cómo limpiar *Britania* de *Pictos*.

La mayoría de los generales asistentes a la reunión eran partidarios de formar un frente desde la zona todavía no invadida, partiendo de la línea defensiva establecida, y avanzar en dirección Noroeste, hasta encontrar al enemigo y batirle. Los invasores debían estar dispersos y no sería difícil reducir a los grupos que se fueran encontrando. La idea general era avanzar en un movimiento envolvente, hasta arrojarlos al mar. Luego se enfrentarían con los *Pictos* del Norte, aplicando la misma táctica, de ir subiendo hacia los muros de Adriano y Antonino, que los *Pictos* habían sobrepasado.

El Augusto reflexionaba. Entonces Constantino, aprovechando un momento de silencio, tomó la palabra.

- "Apreciados compañeros, vuestro plan es inteligente y sin duda nos dará la victoria. Nuestras Legiones sabrán dar su merecido a esas pandillas de salvajes, incendiarios de granjas y ladrones de ganado. No obstante, considerad, os lo ruego, una variante. Destaquemos un cuerpo de caballería que en punta de lanza se dirijan, a la mayor velocidad posible, a los puertos de desembarco. Su misión sería destruir la flota de los *Pictos* antes de que éstos tengan tiempo de reaccionar. Podrían aprovechar la noche para lograr su propósito. Así, los grupos de *Pictos* que hayan descendido hacia el Sur y el Este, estarán a merced de nuestras Legiones. Tendrán cortada la retirada."

Hubo un silencio sepulcral tras la propuesta de Constantino. Todos miraban al Augusto. Éste hizo un ademán a sus generales, diciendo:

- "Hablad."

Sin necesidad de palabras, varias cabezas asintieron. Nadie se opuso y al poco todos eran unánimes en que la propuesta del hijo del Augusto era la mejor forma de afrontar la invasión. Constancio y su hijo cambiaron una mirada de inteligencia. Constantino, ya en *Augusta Treverorum*, había pedido a su padre mapas sobre *Britania*. Había estudiado detenidamente la topografía de la isla, sus vías de comunicación, la situación de las ciudades más importantes y las distancias. Sabía que las calzadas eran realmente fronteras, líneas defensivas. En ellas siempre se construían, cada ciertos intervalos, ciudades fortificadas; de modo que, reforzadas las guarniciones de dichos fuertes, fuera fácil ofrecer una resistencia tenaz al enemigo. Le pareció ver claro que los ingenieros que había diseñado las vías ya habían pensado en una situación como la actual. Además, sabía que debía adquirir protagonismo, que debía destacar. Se jugaba su futuro en aquella expedición. Por eso, tomó de nuevo la palabra.

- "Por encargo de mi padre, aquí presente, he estudiado la manera en que nuestros ingenieros dispusieron las comunicaciones en la *Britania*. Conforme se iba conquistando la isla, se establecía una nueva frontera, una calzada con plazas fuertes. Así se formaron cuatro líneas defensivas frente a un posible ataque del Norte: El Muro de Antonino, es la primera línea. Ella nos protege en tiempos de paz. Pero puede ser sobrepasada por una invasión masiva, como la actual.

Por eso, ochenta millas al Sur, construyeron una segunda línea de defensa, el Muro de Adriano. Hay una tercera línea defensiva, la calzada que arranca en *Deva* (Chester) y por *Mancumium* (Manchester), llega a *Eboracum* (York) y termina en *Praetorium* (Flamborough). Su trazado es similar al de los Muros, de Este a Oeste y es el tercer "Muro". Hay una cuarta línea defensiva, que arranca en *Deva* y desciende hacia el Este por *Mediolanum* (Witchurc), *Ratae* (Leicester), y *Camboricum* (Cambridge), hasta *Camulodunum* (Colchester)."

Conforme hablaba, Constantino iba señalando en un gran mapa, colocado sobre un trípode, los lugares citados.

- "Fijémonos ahora en las calzadas que se construyeron al Oeste de la *Britania*. Son sucesivas fronteras y pueden ser líneas de contención de una invasión. La primera línea defensiva sería la vía que une *Isca* (Caerleon), con *Deva* (Chester), pasando por *Mediolanum* (Witchurc). Estas ciudades están separadas por distancias de unas veinte millas. Detrás de esta primera línea hay una segunda, la calzada que va de *Glevum* (Cirencester) a *Eboracum* (York), pasando por *Etocetum* (Wall). Sus ciudades están separadas por una distancia de unas cuarenta y cinco millas. Y todavía hay una tercera calzada que va de *Aquae Solis* (Bath) a *Lindum* (Lincoln), pasando por *Venonae* (High Cross) y *Ratae* (Leicester).

Si esta tercera línea cediera, que los dioses no lo permitan, la capital, *Londinium* no tendría otra defensa que sus murallas. Con esta realidad ante nosotros, no será difícil definir cuál es la situación y dónde podremos establecer nuestra línea de partida para resolver la situación en el menor plazo posible."

De nuevo un largo silencio siguió al discurso del tribuno. Su claridad de ideas y la sencillez con que las expuso hizo que llegaran a todos los asistentes. Tomó la palabra el Augusto Constancio.

- "Te felicito, hijo, por tu análisis. Nos va a ser de gran utilidad. Ahora debemos forjar un plan de actuación y para ello quiero las opiniones de todos los presentes."

La discusión, en la que Constancio ponía orden, duró hasta pasada la media noche. Se extendieron más planos sobre la gran mesa de la sala y se pusieron en orden las misiones y los objetivos a alcanzar en un avance coordinado. Constantino, con la mitad de la caballería disponible, mil jinetes, cruzaría la isla en diagonal, a fin de llegar cuanto antes a los

cuatro puertos del *Oceanus Hibernicus*, y quemar los barcos invasores. Había que atacar simultáneamente los cuatro puertos, quemando las naves *pictas*. Hecho esto, retrocederían por la calzada que habían recorrido a la ida.

El resto de las tropas, al mando del Augusto Constancio, subiría hasta *Lactodurum* (Towcester) y *Venonae* (High Cross). *Venonae* sería el cuartel general del Augusto. La columna al mando de Constantino habría seguido hacia el Noroeste, tras pasar por *Etocetum* y *Mediolanum*. Con el grueso del ejército el Augusto Constancio reforzaría las guarniciones más meridionales, desde *Venonae* hasta *Aqua Solis*. Logrado esto, y manteniendo a buen recaudo los puertos recuperados, se reunirían las dos columnas y volverían a establecer un plan conjunto para hacerse con toda la parte occidental de la isla. Luego, ya se encargarían de los invasores del Norte.

Llegaron cartógrafos para realizar más copias de los planos que se necesitaban. Trabajarían toda la noche para tenerlos listos al amanecer.

Constancio eligió para la misión en la que intervendría su hijo un contingente de caballería procedente de las *Galias* y otra parte de jinetes con base en *Britania*. Quería que Constantino se acostumbrara a colaborar con mandos desconocidos. Por eso no le asignó a ninguno de los que venían de las *Galias*, sino a Cneo Mansilio Turcio. Era un veterano en *Britania* y conocía muy bien el terreno.

Había sido auxiliar del legado en la *Flavia Caesariensis*, a la que ahora se dirigían. Aunque Turcio tenía más autoridad que Constantino, la intervención del hijo del Augusto en la reunión, y el hecho de serlo, igualó la balanza y el trato fue de iguales.

Marchando a setenta millas diarias, objetivo ambicioso, ya que no tenían caballos de refresco, la columna de Turcio y Constantino recorrería las doscientas cuarenta millas hasta *Mediolanum* en tres jornadas y media. Se había establecido que el bagaje fuera el mínimo. Se añadieron dos carros con teas. Asimismo, deberían recomponer la posta imperial conforme avanzaban, aunque tal labor no debía retrasar la velocidad de marcha del grupo principal. El factor sorpresa era fundamental.

Las fuerzas al mando de Constantino se pusieron en marcha al amanecer y en un día llegaron a *Londinium*. Día y medio más tarde y sin hallar enemigos, alcanzaron *Venonae*, que estaba parcialmente devastada y desierta. El bagaje y los carros viajaban en la segunda mitad de la

columna. Los dos jefes se repartían la vanguardia y la retaguardia, alternándose.

Constantino sabía que aquella misión era de vital importancia para su futuro. No bastaba lo que había aportado en la reunión de todo el cuerpo expedicionario. Tenía que triunfar en su misión. Para ello se impuso estar presente en todos los lugares donde pudieran darse problemas, para participar al momento en su solución. De ahí su continua vigilancia, a lo largo de toda la marcha, a cualquier altura de la columna. Y su continuo contacto con sus oficiales de caballería, para recibir nuevas de los jinetes de flanqueo.

Tras el primer día de marcha, ya separados de las tropas al mando del Augusto, el legado y Constantino reunieron a sus tribunos y jefes de escuadra. El legado, que tomó el primero la palabra, fue tajante:

- "Se nos ha encomendado una misión crucial, cortarle la retirada al enemigo. Ello requiere que la noticia de nuestra presencia no se extienda. Por ello debemos aniquilar las partidas de *Pictos* que nos encontremos. En esta misión no hay prisioneros. *Picto* hallado, *Picto* muerto. Cuando una partida de *Pictos* sea localizada por la caballería, se destacarán dos *turmae*, un total de 60 jinetes, para darles caza. Si el enemigo huye, la caballería dará cuenta de ella. Si les hacen frente y precisan ayuda, deben pedirla, y se enviará la ayuda que soliciten. El resto de la tropa esperará en formación, hasta que la caballería que ha salido de patrulla se reincorpore.

Es posible que, a pesar de las precauciones que tomemos para no dejar supervivientes, alguna partida nos evite y vaya a informar de nuestra posición al resto de su grupo. Si eso sucede, nuestra velocidad de marcha debe evitar que nos puedan dar alcance. Que nos alcancen después de haber quemado sus barcos, no antes. Por eso, debéis exigir el máximo esfuerzo a vuestros hombres. Han de esforzarse como nunca antes lo hicieron; toda *Britania* depende de ellos."

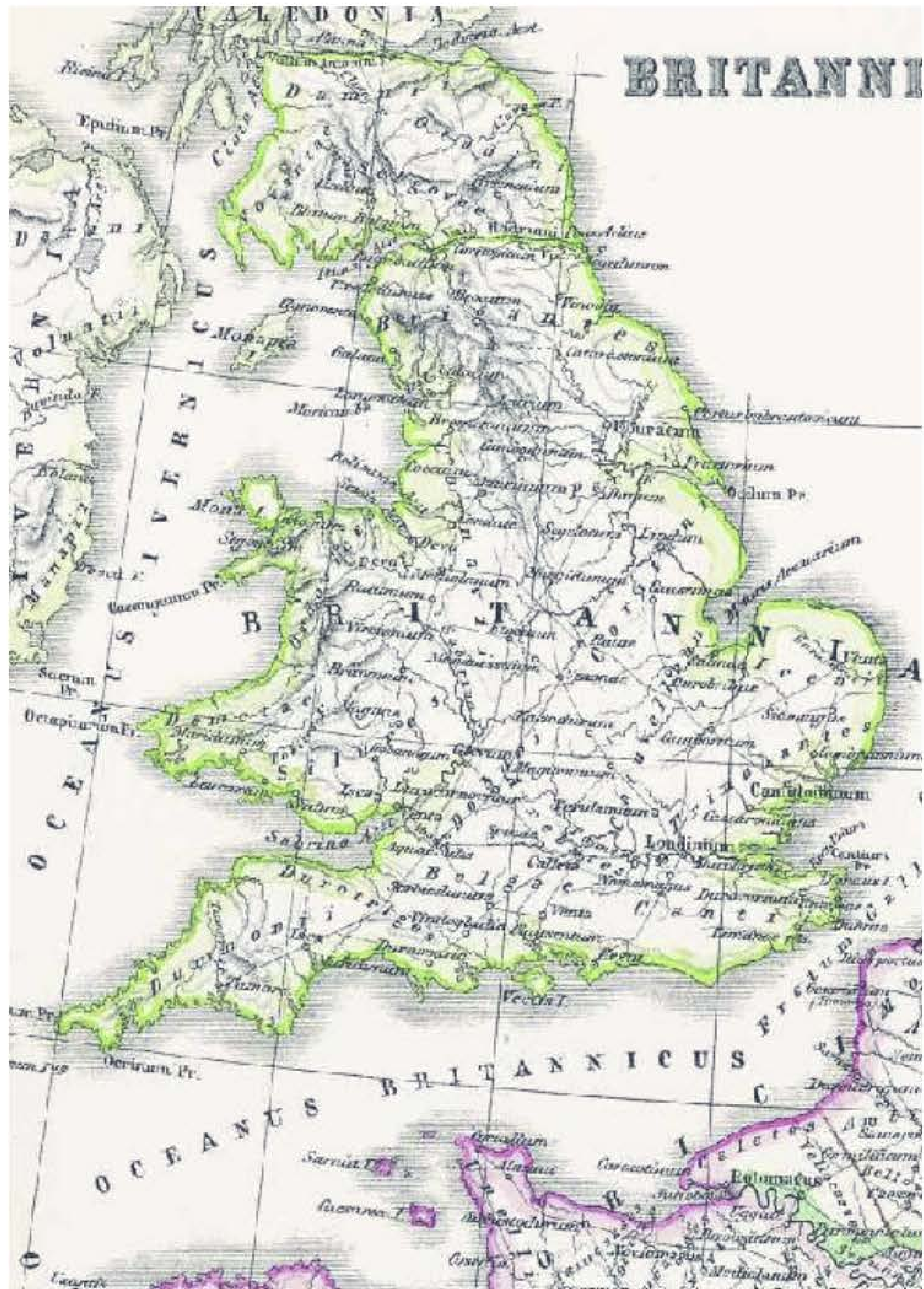
Todos asintieron con severidad en el rostro. Constantino quiso añadir algo.

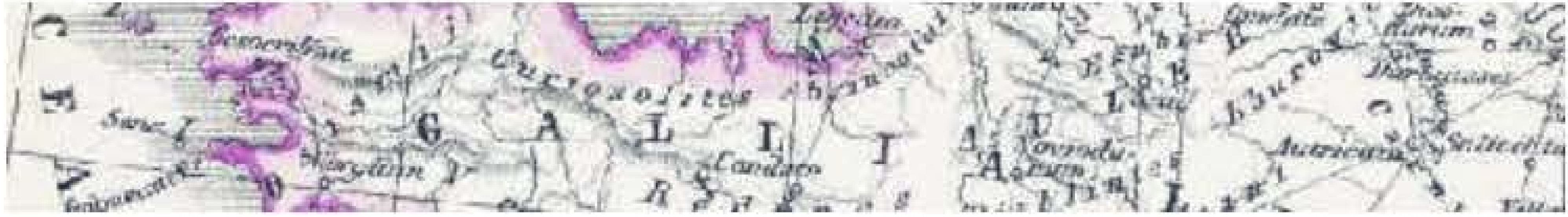
- "Ya lo habéis oído. La orden de no dejar un *Picto* vivo tiene dos objetivos. Que no puedan delatar hacia dónde nos dirigimos es el primero. Pero que todos sepan que si invaden el Imperio, el Imperio acabará con ellos. Pueden venir, pero no volverán. Habrán violado a algunas mujeres

romanas, pero nunca más yacerán con las suyas. Sabéis que es muy fácil decapitar a un enemigo que huye. Así quiero que se actúe."

Las directrices se transmitieron a todos los hombres. No habría cuartel. Y eso elevó más aún la moral de la tropa. Ninguno de los componentes de la partida había participado en una guerra de las dimensiones de la actual. Y, estando como iban a estar en mayoría, y con la sorpresa de su parte, todos saboreaban por adelantado el éxito al alcance de la mano y los enemigos que iban a poder pasar por la espada.

Mapa de Britania





Capítulo 46

Las primeras Epístolas.

Año 305

Lactancio había descubierto un filón. Por primera vez, desde que había empezado su trabajo, lo hacía plenamente a gusto. Predicar a los cristianos le resultaba sumamente cómodo, igual que lo fuera reflejar sus ideas en su obra, las "Instituciones divinas". Intentó explicarse la diferencia entre este tipo de escritos, la predicación a los cristianos, y las apologías.

Pronto se dio cuenta de que, para explicar Cristianismo a los fieles cristianos, sobraban argumentos, no hacían falta citas, bastaba simplemente con expresar las propias ideas con familiaridad. Para argumentar, en cambio, contra adversarios, contra los no cristianos, había que planear el discurso. Eso exigía un trabajo enorme: Preparar el esquema a seguir, buscar citas en libros ajenos, y luego, encajar todo cuidadosamente, en el momento de redactar. ¡Y que las apologías parecieran distintas!

Todo eso quedaba eliminado cuando escribía para cristianos. Bastaba entonces con sacar las ideas del interior, directamente. Él era el mejor predicador que nunca habría del Cristianismo. ¡Él era el Cristianismo!

Sonrió ante la idea. Al comprender lo que acababa de deducir, la opinión sobre sí mismo alcanzó su cenit, que nunca antes lograra. Se sintió importante, se sintió imponente. Se vio capaz de componerle cartas a Pablo y a cualquiera de los seguidores primeros del Hijo de Dios. Tantas como quisiera.

En un principio había pensado repartir el trabajo entre el historiador desconocido y él, a medias. A partir de ahora decidió que él redactaría una amplia mayoría de los textos sagrados pendientes. Tal vez dos tercios, o mejor, tres cuartas partes. Para eso la idea había sido suya, y el trabajo de convicción. Para eso había atravesado el Imperio, desde la tórrida *Leptis Magna*, hasta la húmeda *Augusta Treverorum*. No iba a entregarle la mitad de la gloria a quien

nunca aparecía. Tres cuartas partes serían obra suya; una cuarta parte, del historiador, cuando apareciera. ¿Cómo se atrevía a hacer esperar al hijo del Augusto Constancio?

Había escrito a los de *Tesalónica*. Ahora escribiría a los de *Filipos*, ciudad cercana a *Tesalónica*, ambas en la *Tracia*. Comenzó elogiando a los filipenses, por la atención que había puesto desde el principio en su predicación. Mencionó una segunda vez que esperaba ir a verles. Elogió la misericordia, la caridad, la humildad y la obediencia.

Mencionó a Timoteo y al portador de la Epístola, Epafrodito, un nuevo ayudante de Pablo, y les previno contra los judíos, poniéndose a sí mismo como ejemplo de lo que debían hacer. Volvió a elogiar a los de *Filipos* por lo mucho que le había ayudado en el pasado y terminó con una corta despedida. ¡La Carta le había requerido sólo diez días de trabajo!

Cuantas más Epístolas le escribía Lactancio a Pablo, más claro veía la facilidad con la que parecían brotar por sí solas del cálamo con el que escribía: Como Pablo era el mismo predicador, la repetición de ideas, o de formas de expresarlas, ya no eran inconvenientes, ni algo a evitar. Lactancio podía escribir ágilmente, sin tener que mirar si había dicho algo parecido en una obra anterior, aspecto que le mortificaba y le irritaba, cuando escribía apologías de supuestos autores diferentes.

Así que decidió que iría alargando las Epístolas de Pablo. Se veía redactar con soltura y a Lactancio le gustaba explayarse relatando sus ideas. Le encantaba leerse a sí mismo. De forma que acto seguido inició la que iba a dirigir a los *Colosenses*.

La comenzó exaltándoles la fe, la esperanza y la caridad. Les recomendó seguir la senda de la sabiduría, la que él predicaba. Pero quiso añadir doctrina nueva sobre la Iglesia que se había fundado y puso a Jesús, el Cristo, a la cabeza de la misma, ensalzándolo como Hijo de Dios. Se ensalzó también a él, ministro que era del propio Cristo. Y denostó de los no creyentes, de los gentiles, que profesaban filosofías perniciosas y podían desviar a los fieles cristianos del camino recto. Volvió a arremeter contra los judíos, que se circuncidan en la carne, mientras los fieles cristianos lo hacían en el espíritu.

Como no podía faltar, arremetió contra la fornicación, la impureza y la concupiscencia, vicios que le atormentaban y de los que tanto le costaba alejarse. Añadió otros defectos, para completar el cuadro de vicios propios de los gentiles. Y a ellos contrapuso las virtudes del fiel cristiano, la misericordia, la humildad, la bondad y varias otras.

Y, una vez más, expuso resumidamente la retahíla de consejos a cumplir por mujeres, maridos, hijos, padres y siervos. Nombró a dos nuevos ayudantes suyos, Tíquico y Onésimo. Y en la despedida citó a varios más, entre ellos

Aristarco, Marcos y un tal Jesús. La Epístola a los *Colosenses* había resultado un poco más larga que la dirigida a los *Filipenses* y a pesar de ello no le llevó más allá de una semana.

Viendo el buen ritmo de redacción al que estaba llegando, por primera vez en todo el tiempo que llevaba redactando escritos falsos, se paró a reflexionar sobre su trabajo y el esfuerzo que estaba poniendo en él. Comprendió que el historiador no iba a llegar antes de que Constantino volviera de *Britania*. Y que, teniendo en cuenta las fechas en que habían partido él y el Augusto Constancio para la isla, era seguro que no resolverían la invasión de *Britania* en el presente año. Luego él iba a disponer de más de doce meses para redactar cuantas Epístolas se le ocurriesen. Si sus dos últimas Epístolas le habían costado una semana cada una, hizo un pequeño borrador y dedujo que podría terminar una docena de Epístolas en menos de seis meses, alargando algunas de ellas para que fueran incluso dos o tres veces más extensas que las que llevaba escritas.

Esto le llenó de tranquilidad. No debía escribir apurado, apremiado por el tiempo. Realmente, tenía más tiempo del que necesitaba. En los próximos doce meses nadie iba a pedirle cuentas de los escritos que había redactado. Y en la mitad de ese tiempo podía tener terminadas la docena de Epístolas que pensaba adjudicarle a Pablo. Luego ya vería a qué se dedicaba.

A cualquier cosa menos a escribir apologías, escritos difíciles de redactar sin tener antes los textos fundacionales, los relatos de la vida del Hijo de Dios. Por el problema de las citas. Este asunto le había inquietado durante mucho tiempo. Pero había encontrado dos tipos de escritos que no precisaban citas del Hijo de Dios: Sus propias obras, como las "Instituciones Divinas", ya terminadas, y las Epístolas de Pablo.

Cuando terminara las doce Epístolas de Pablo podría iniciar otra obra de su puño y letra, sobre la ira que Dios tenía contra el hombre pecador. Porque había falsos filósofos que defendían que Dios no podía tener ira, o no sería perfecto. Y eso era un gran error, que él debería refutar. Pero de momento debía centrarse en completar las Epístolas de Pablo. Sin prisa, con calma. El verano en *Augusta Treverorum*, como le había advertido el oficial de su escolta, era muy agradable.

De manera que al día siguiente, rezumando optimismo y con más calma que nunca, Lactancio empezó a entresacar de sus escritos egipcios las ideas para redactar la que sería la Epístola de Pablo a los *Gálatas*.

Capítulo 47

Nuevas lecciones de Eusebio.

Año 305

Aunque la de *Cesarea Marítima* era una Biblioteca modesta, en comparación con las de *Aelia Capitolina* (Jerusalén), *Antioquia* sobre el *Orontes* o *Éfeso*, disponía de todo lo necesario para restaurar documentos dañados.

La restauración se había hecho siguiendo sus instrucciones, pero Eusebio tuvo que reconocer que el resultado final había sido sólo aceptable. La mitad del tintero había caído sobre un papiro de Orígenes. De haber sido pergamino, hubiera tenido más fácil arreglo, pero el papiro era un material que no soportaba un tratamiento con ácidos o fenoles. Lo rasparon con todo cuidado, pero la tinta quedaba visible y manchaba varios *stikos* (líneas de un texto) del escrito. No hubo más remedio que cortar del rollo la parte dañada, guardarla, y sustituirla por una copia hecha con papiro antiguo.

Pero a Eusebio le interesaba terminar la conversación con su sobrino, de modo que cuando lo tuvo sentado delante, le preguntó:

- "Me dijiste el día pasado que te habías propuesto terminar tus estudios y que más tarde pensarías en cómo organizar tu vida."

- "Así es, Maestro."

- "Eso está bien, pero me gustaría saber de dónde te ha venido esa idea, ¿de tu padre, quizás?"

- "No, Maestro. Mi padre no me ha hablado de mi futuro. Nunca. Las cosas importantes las trato más bien con mi madre."

Eusebio sonrió interiormente. No era la primera vez que sabía de una situación similar. Pero externamente no hizo ningún gesto que delatara sus pensamientos.

- "De acuerdo, pero si ni tu padre ni tu madre te han dado la idea, ¿de dónde ha surgido?"

- "Se me ocurrió a mi, Maestro."

- "¿Y cómo fue?"

El muchacho se quedó pensativo unos instantes. Finalmente, y con cierta inseguridad, respondió.

- "La verdad es que no sabría decíroslo … Siempre he visto claro que cortejar a una muchacha es algo serio; algo que sólo se debe iniciar si tienes la vida resuelta, o la vas a resolver en un plazo menor que el que dure el cortejo. Y yo en *Joppe* no tenía la vida resuelta, de modo que todavía no podía empezar a verme con ninguna muchacha del pueblo."

Eusebio quería conocer mejor a su sobrino.

- "Entonces, no te gustaba ninguna muchacha de *Joppe*, supongo ..."

- "¡Ya lo creo que me gustaban! Varias …"

- "Háblame de ellas."

Eladio sonrió, bajó la vista y se sonrojó ligeramente. Parecía dudar. Eusebio esperó a que su sobrino rompiera a hablar.

- "Lo cierto es que desde siempre me han gustado las chicas, Maestro. La primera me gustó cuando yo tenía … doce años. No supe como se llamaba. Era amiga de una de mis primas. Tampoco era de *Joppe*. Vino con sus padres y se quedó un día en casa de mis tíos y la vi allí, una vez solamente. Era rubia, con pelo largo y me miró de una forma que no creo que jamás olvide esa mirada. Luego he comprendido que significaba que yo también le gustaba. Pero nunca más he sabido de ella."

- "¿Y no se te ocurrió preguntarle a tu prima?"

Ahora Eladio se mostró sorprendido.

- "Yo nunca me hubiera atrevido a decirle a mi prima que me gustaba su amiga. Esas cosas me las he guardado siempre para mí. Sois el primero que sabe de ella."

Eusebio se sintió obligado a agradecer a su sobrino la confianza que le mostraba.

- "Te agradezco la confidencia, Eladio. Cuéntame lo que te apetezca."

Eladio prosiguió.

- "Estuve varios años recordándola y no me gustó nadie más, pero luego …"

Nuevo silencio. Esta vez su rostro reflejaba cierta vergüenza.

- "De pronto empezaron a gustarme varias a la vez. Esto pasó … hace un par de años, a los dieciséis."

- "¿Y qué hacías?"

- "Nada. No hacía nada. Las miraba."

- "¿Y no te acercabas a hablar con ellas?"

- "¡¡No!! Yo no quería que ellas se dieran cuenta de que me gustaban."

- "Ya comprendo. Es como si esa forma de portarte te saliera de dentro, sin que tú te lo propongas, ¿no?"

- "¡Eso es! Lo habéis descrito exactamente como pasa. Sale de dentro y tú no puedes hacer otra cosa."

Los dos guardaron silencio. Eusebio iba captando la forma de ser tan limpia de su sobrino. Éste preguntó.

- "¿Os parece que está bien actuar así, guardárselo uno todo dentro?"

- "Sí, Eladio, está bien. Está bien todo lo que te salga de dentro, aquello en lo que tú no mandes, lo que te venga como … dado. Está bien porque es genuino, porque es tuyo, porque tú eres así. Y ser fiel a nosotros mismos es lo mejor que podemos hacer. Siempre. Recuérdalo."

El muchacho parecía como si se hubiera quitado un peso de encima. Eusebio vio llegado el momento de poner sobre la mesa el tema que le

interesaba, hacer reflexionar a su sobrino sobre el futuro.

- "En relación a eso que me acabas de contar, te quería hablar de cómo puede ser tu futuro a partir de ahora. ¿Te parece que ha cambiado algo como para cambiar tú tus planes?"

Eladio se quedó pensativo.

- "Ahora que lo decís, sí que me ha venido a la cabeza que en *Cesarea* me estoy formando y que el momento de poder pensar en una familia podría no estar tan lejos. Pero aún no sé qué tiempo falta para poder empezar a trabajar."

Era lo que Eusebio estaba esperando oír.

- "Bien, pues de eso quería que tratáramos hoy, de los próximos años. De lo que puedes hacer en ellos, de cómo organizar tu vida."

Esperó a ver si su sobrino aportaba alguna idea, pero no fue así. Por ello, prosiguió.

- "Calculo que en tres, o como máximo cuatro años, habrás terminado de aprender lo que aquí podemos enseñarte. Entonces tendrás veintiuno o veintidós años. Y tendrás una formación suficiente como para poder ganarte la vida en el futuro. Entonces se te abrirán dos posibilidades."

Eladio le escuchaba con la máxima atención.

- "La primera sería que te buscáramos trabajo en alguna Biblioteca cercana. Con las amistades que he hecho, no sería nada difícil. Incluso podrías tener la posibilidad de elegir entre *Aelia Capitolina*, *Antioquía* sobre el *Orontes*, *Éfeso*, *Tarso*, *Sidón*, o incluso Alejandría."

Al oír el nombre de Alejandría los ojos de Eladio brillaron por un instante. Pero nada dijo.

- "Claro que sería un trabajo como auxiliar, como *grammateos*, como Cuarto, tu profesor de griego. Podrías ser secretario del bibliotecario de cualquiera de esas ciudades, salvo Alejandría, y quizás tampoco de *Antioquía*. Pero sí de alguna de las otras."

Eusebio se calló. Y Eladio, al ver que su tío no seguía, tomó la palabra:

- "¿Y la otra opción?"

- "La otra opción exigiría mucho más sacrificio. Para seguirla deberías dedicar a tu formación al menos otros tres años más. Deberías irte a vivir a Alejandría, o a Atenas, y estudiar allí a las órdenes de un Maestro que habría que elegir con cuidado. Pero eso no bastaría. Para completar el plan, deberías comprometerte interiormente a seguir tu política de no entregar tu corazón a ninguna muchacha de las muchas que conocerás en ese tiempo."

Eusebio calló. Quería que las ideas calaran en su sobrino. Tras un largo silencio, Eladio lo rompió.

- "¿Y eso por qué, Maestro?"

- "Porque tras esa formación bajo un Maestro de renombre, buscaríamos una ciudad media, preferiblemente una Colonia, dónde hubiera un puesto de bibliotecario para ti. Y es fundamental que ese puesto lo ocupes sin compromisos en el corazón. Tú ya me entiendes."

Eladio entendía lo que su tío quería decir, pero no comprendía por qué era tan importante el grado de ocupación de su corazón. Y lo preguntó.

- "A ver cómo logro que lo comprendas. Fíjate bien, hasta ahora nos hemos ocupado de tu formación, de lo que debes saber. Eso es importante, pero hay alguien al que hemos dejado completamente de lado. ¿Adivinas de quién se trata?"

Eladio frunció el ceño. Pensaba con toda la rapidez de que era capaz. Pero al rato se dio por vencido.

- "No, Maestro. No lo sé."

- "Del padre de la novia. No hemos pensado en el padre de tu futura esposa."

El rostro de Eladio era el paradigma perfecto de la extrañeza. Eso ya era una pregunta. Y Eusebio vio que debía responderla.

- "Si optas por la opción exigente, la más elevada, deberías unir tu formación con tus posibilidades. Y tienes muchas más posibilidades si, cuando ocupes tu puesto como bibliotecario, estás soltero."

Nuevo silencio. Eladio lo iba captando, a juzgar por la distensión de su entrecejo. Eladio sonrió. De modo que había que pensar en el padre de la novia … Su tío era astuto como un zorro. Quería tener controladas todas las circunstancias. Al ver a su sobrino sonreír, Eusebio preguntó algo de lo que ya sabía la respuesta.

- "¿Lo ves claro?"

- "Claro como el agua, Maestro."

- "¿Y lo ves posible?"

- "Si me lo propongo no será difícil, me parece, salvo alguna mala jugada de la diosa Fortuna."

- "Si tú no le dejas, la diosa Fortuna no podrá contigo, hijo."

Este comentario le recordó que había un tema que no debía dejar de lado.

- "Algún día hablaremos de los dioses. Eso también forma parte de la formación que aquí recibirás. Pero quiero estar seguro de que comprendes el esfuerzo que requiere el camino más largo."

- "Lo entiendo, Maestro. Me estáis pidiendo que guarde mi corazón y que mantenga las puertas cerradas, como lo he estado haciendo hasta ahora."

- "Atención, Eladio, yo no te pido nada. Te expongo que tienes ante ti dos caminos. Y el que te puede llevar más arriba te exige un sacrificio, no dejarte

llevar del corazón hasta que puedas ocupar un puesto de responsabilidad en la vida civil."

- "Entiendo. Pero si lo he hecho así hasta ahora, no hay razón para pensar que no lo pueda mantener unos cuantos años más."

- "Es cierto, pero hay un factor que debes tener muy en cuenta. Hasta ahora no tenías cualidades especiales que te hicieran destacar sobre tus compañeros de la escuela. Pero en un futuro las vas a tener y habrá muchachas que se fijarán en ti y que buscarán atraerte. Y las mujeres saben hacer muchas cosas para atraer a un joven que promete. Deberás estar vigilante. Y seguir tu camino, el que te has propuesto."

Eusebio calló. Eladio parecía pensar. Por esta vez, Eusebio había llegado donde quería llegar. Iba a dar por terminada la charla cuando su sobrino dio un giro brusco a la conversación.

- "¿Y relaciones con otro varón? ¿Qué opinión tenéis de las relaciones íntimas entre dos hombres?"

La pregunta le pilló por sorpresa. A Eusebio le atraían los enigmas, los problemas de los que todavía no se conocía la solución. No de manera generalizada. Y el asunto de la homosexualidad era un tema que le había intrigado y al que dedicó sus esfuerzos. Había llegado a una teoría personal, fruto de la observación y de conversaciones mantenidas con muchas personas, algunas de ellas homosexuales.

Comenzó hablado muy lentamente.

- "Qué opino de las relaciones entre varones …"

¿Le diría a su sobrino todo lo que había averiguado …? ¿Estaría preparado? Pero la ignorancia no era algo recomendable ... Decidiría sobre la marcha. Comenzó:

- "Ese tipo de relaciones generalmente se dan entre jóvenes, hasta una cierta edad. Algunos las mantienen más allá del paso a la madurez, pero la mayoría las abandonan. No trato de hurtarte la respuesta, la vas a tener, pero permíteme que te pregunte, antes de decirte nada, qué opinas tú sobre ellas."

Eladio se tomó un tiempo antes de responder.

- "Si he de ser sincero, las veo como algo extraño, lejano. No las imagino en mí. No es que me repelan, pero me resultan incomprensibles. Por eso os he preguntado."

Era todo lo que Eusebio quería saber. Eladio las consideraba desde un punto de vista exterior, no comprometido. Entraría a fondo en el tema.

- "Verás, Eladio. Tengo para mí que ese tipo de relaciones pueden obedecer a tres causas completamente diferentes. Y conviene separar el origen de esa costumbre, que se dio más entre los griegos que entre nosotros, aunque también en Roma se da.

Es una manera de encauzar la sexualidad distinta a la más frecuente, a la relación entre personas de distinto sexo. ¿Es aceptable? ¿Es conveniente? Socialmente tú sabes que es aceptada, no es considerada una conducta punible, ni algo que desprestigie a quien la practica o la ha practicado. Pero lo importante es ¿a qué se debe? ¿Por qué razón aparece ese hábito en la vida de los hombres?

Como te he dicho, yo distingo tres motivos por los que dos varones pueden habituarse a tener relaciones íntimas. Por obligación circunstancial, por imitación social o por compulsión familiar."

Por el gesto del rostro, Eusebio comprendió que Eladio no entendía ninguna de las tres causas de la homosexualidad. No se sorprendió. Precisamente las había etiquetado con esos nombres para lograr ese efecto. Así que prosiguió.

- "A la primera causa la llamo "obligación circunstancial". Con un ejemplo lo entenderás mejor, posiblemente. Imaginemos dos jóvenes *hoplitas* [(1)]. Están de campaña, lejos de su ciudad. Suponte que pertenecen a las falanges de Alejandro, el macedonio. Forman parte de un inmenso ejército, en Asia Menor, sin perspectivas de volver a su ciudad natal en varios años. Pueden saciar su sexualidad en solitario.

Pero todos los hombres sabemos que ese juego da muy poco de sí. Carece apenas de aliciente. Hecho en compañía es mucho más interesante, más enigmático, más completo. Y recurre a la compañía que tiene más cerca, a alguien que tiene las mismas necesidades que él, al compañero de al lado. ¿Comprendes por qué le llamo obligación circunstancial?"

Eladio asintió con la cabeza.

- "La vida les ha colocado en unas circunstancias que no son deseadas en su totalidad. Hubieran preferido tener mujeres con ellos. Pero no las tienen. Y recurren a un sucedáneo del ayuntamiento carnal con una mujer, se dan placer mutuamente. Ambos saben lo que gusta a los hombres. Y cumplen con el ritual. Ésta sería una de las maneras de generarse esa relación íntima, la sustitución de una unión heterogénea que no se pude dar por circunstancias. ¿Está claro?"

Lo estaba. Eusebio prosiguió.

- "Vamos con la segunda causa. Le he llamado "imitación social". El caso es completamente distinto. Los casos que responden a este tipo se dan, no entre muchachos en campaña militar, sino en la propia ciudad. Les he llamado por "imitación social", por mimética.

Alguien sabe de un grupo de personas que practican las relaciones íntimas entre varones y desea ser aceptado en ese grupo. O quiere simplemente no ser menos, poder hablar del tema con experiencia personal. Y comienza a practicarlas. Nada le obliga, pero quiere imitar a los que las tienen. A nadie le disgusta sentir placer carnal, de modo que el que se inicia se mantiene en el hábito, salvo que surjan problemas de incompatibilidades por parte de terceros.

No voy a establecer valoraciones ni juicios sobre ambos casos, pero, como ves, sus motivaciones son muy distintas. Por eso no se puede hablar de la homosexualidad en general, sino que hay que distinguir la razón por la que nace eso en cada persona."

- "¿Y el tercer tipo, Maestro? ¿Qué significado dais a la compulsión familiar?"

- "Ese caso ya es más doloroso, Eladio. Hasta ahora a los practicantes de las relaciones entre varones no se les puede compadecer, porque lo hacen voluntariamente. Por satisfacer una necesidad sexual, que de otro modo no quedaría satisfecha, o por imitar a quienes hacen algo digno de imitación, a juicio del imitador. Pero el caso familiar es diferente. Es más complicado y más penoso.

Por eso, antes de entrar en ello y para que lo entiendas, debes conocer una clasificación que yo hago de las personas. Esta clasificación es importante porque explica varios aspectos de la vida cotidiana, no sólo la homosexualidad en su tercer grado, la homosexualidad inducida."

Eusebio prosiguió.

- "Tanto si son hombres como si son mujeres, las personas se dividen en tres grupos completamente diferentes: Personas cortas, personas justas y personas largas."

Nuevo signo de extrañeza por parte de Eladio. Algo que Eusebio ya esperaba.

(1) Soldados de la Grecia antigua.

Capítulo 48

Camino de *Cartago Nova*.

Año 305

- "Mi amo, su amigo Sempronio está en el atrio, esperándole."

- "¡Por los dioses!", exclamó Osio saltando del lecho.

Se había olvidado. Tres días atrás habían quedado en que el viernes subirían a la ciudad. Pero anoche se había acostado tarde, leyendo a Petronio, y a nadie había dejado indicado que le despertaran. Su aseo diario tendría que esperar.

Ni se lavó. Se vistió a toda prisa, se alisó el pelo con los dedos de ambas manos y bajó a la planta baja. Antes de asomarse por el atrio, donde su amigo estaría esperándole, pasó por la cocina. Media docena de esclavos, al mando de su madre, se afanaban preparando lo que iba a ser la comida de los señores para ese día. En ese momento su madre había ido con las llaves a la despensa a traer algún alimento de los que se guardaban bajo llave. Cogió un pedazo de pan de la alacena y un buen trozo de huevas de mújol de la fresquera. Con eso desayunaría, camino de la ciudad.

- "¡Ave, Sempronio!", saludó jovial a su amigo.

- "Los dioses te guarden, Osio. Por lo que he esperado sospecho que … ¿te he levantado de la cama?"

- "Así es, ¡por Júpiter! Pero la culpa es mía. Luego te contaré lo que estuve leyendo anoche. Vámonos."

Sempronio era algo más joven que él, tenía veinticinco años. Su posición como segundón de la familia le había modelado. Era tranquilo, respetuoso, agradable. Y lo era tanto con sus padres y su hermano mayor, como con él, su amigo y vecino. Precisamente su diferencia de caracteres era lo que les había unido desde pequeños. Osio llevaba la iniciativa en casi todo y Sempronio era el compañero ideal de juegos, primero, y de aventuras, después. Porque habían tenido aventuras.

- "¿Te acuerdas del día que subimos al *Arx* y nos metimos por las alcantarillas hasta llegar a los depósitos, la cara que pusieron los legionarios cuando nos vieron nadando allá dentro?"

Y ambos soltaban una carcajada, recordando sus proezas, como ellos las llamaban. Aunque luego vino la purga, ya que el centurión al mando llamó a los padres de los nadadores y les contó lo que sus hijos habían hecho. Se pasó una semana recluido en la mansión; ni siquiera se le permitió salir al jardín. Tenían doce y siete años.

Más tarde sus aventuras cambiaron de objetivo y se centraron en las faldas.

- "¿Te acuerdas de la hija mayor del molinero del almarjal, cuando su madre os sorprendió a los dos en el pajar, antes de hacer lo que querías?"

Y Sempronio le recordaba, entre carcajadas, su intento frustrado. Él también reía. Esa fue una de sus experiencias menos lucidas.

Nada se habían dicho, pero ambos sabían en qué acabaría su visita a la ciudad. Pasarían la mañana recorriéndola y curioseando en el mercado. Luego, ya verían.

Los viernes subían del *Campus Spartarius* numerosos hortelanos y vendedores ambulantes que no tenían puesto fijo en la ciudad y que, pagando un pequeño impuesto, podían vender sus mercancías en Cartago Nova por ese día.

Los puestos ambulantes se colocaban en el lado Sur del Foro. Los comerciantes de la ciudad dejaban un retén en la taberna que regentaban, generalmente la mujer, y colocaban un puesto desmontable en el Foro, para no perder ventas en favor de los foráneos.

Fueron bordeando la laguna por la ribera Oeste, el camino más corto si partían de casa de Osio. En cambio, desde casa de Sempronio el más corto era bordearla por el lado Este. Entraban así por la Puerta de Tierra. En cambio, desde casa de Osio entraban por la Puerta del Mar

Iban por el camino que corría paralelo al acueducto, andando despacio, despreocupadamente, no tenían prisa. Osio llevó la conversación al tema que le interesaba. Con tono de preocupación comentó:

- "No tengo nada entre manos en estos momentos."

Su amigo ya le conocía.

- "Quieres decir ninguna zagala a la que cortejar."

- "Claro … ¿Qué si no?"

Ninguno de los dos habló. El tema era serio.

- "Y éste es mi problema, amigo mío, que las mujeres de *Cartago Nova* pasan de mí. No sé qué les he hecho, pero una tras otra me dan largas. No me dicen que no, pero nunca obtengo un sí."

Sempronio conocía el motivo, pero dudó en ser franco con su amigo, no fuera que éste se disgustase. Trató de llevar la conversación por otros derroteros.

- "¿No les basta saber que eres el heredero de las propiedades de tu familia y que a no mucho tardar serás uno de los hombres más importantes de la ciudad?"

- "A lo que parece, no les basta."

Sempronio permaneció callado. ¿Cómo iba a decirle a su amigo que se había creado una fama de mujeriego, de joven encantador, pero que sólo quería llevar a su acompañante a la cama, sin más compromiso? Eso lo sabía por su hermana pequeña, que tenía sólo diecisiete años, pero sabía de la vida de la ciudad más que su propia madre. La madre fue la primera que le había prohibido concertar una cita a solas con el vecino. Eso tampoco lo sabía Osio. Estaban ya a la vista de la Puerta de la ciudad.

- "¿Qué me ibas a contar que leíste anoche?"

- "¡Ah, es cierto! Verás, es un relato de Petronio que me hizo mucha gracia. Resulta que muere un patricio en una ciudad de Italia. Su viuda, que es joven y muy agraciada, se queda desolada con la muerte del marido. Y va a velarle en el mausoleo de la familia. Y tanto le echa en falta que se queda a pasar la noche con él, ya embalsamado.

Hasta aquí todo normal. Pero cerca del cementerio, a la salida de la ciudad, está el lugar de ejecución de los malhechores. Y al mismo tiempo que el

entierro han crucificado a un ladrón. Hay, como es normal, un soldado custodiando al ajusticiado, para que sus familiares no roben el cuerpo y lo entierren.

El soldado ve a la atractiva mujer entrar al mausoleo y ve que no sale. Todo el mundo abandona el cementerio y ella sigue dentro. Así que él se va al mausoleo. Allí traba conversación con la viuda, le pregunta por su difunto esposo, ella se echa a llorar, él la consuela, sentado junto a ella. Ella se deja consolar y acariciar. Primero en los hombros, luego en la espalda, luego en la cintura y luego, subiendo un poco, en los pechos. Y al poco están los dos en pleno trajín, desnudos, sobre la mesa de las ofrendas.

La escena de la consolación se repite por dos noches consecutivas más. Pero al salir del mausoleo la tercera noche, el soldado ve con estupor que mientras él se la trabajaba, alguien ha robado el cuerpo del crucificado. Ya puedes imaginarte su horror, va a morir apaleado por sus compañeros por abandonar la guardia. Vuelve al mausoleo donde ella se está componiendo el atuendo. Y le dice lo que ha pasado y lo que le va a pasar a él por abandono de servicio. Y entonces a ella se le ocurre una idea feliz. En la cruz hay un cadáver de menos y en el mausoleo hay un cadáver de más. Y los sustituyen. Y todo solucionado. Fin de la historia."

Ambos soltaron tal carcajada que los caminantes que entraban y salían de la ciudad se volvieron extrañados a mirarles. Bordearon el *Mons Asdrúbal*. En la cima, los restos de unas construcciones púnicas, que los romanos dejaron abandonadas al tomar la ciudad, casi quinientos años atrás, se había convertido en burdeles de la clase alta. Conforme las construcciones descendían por la ladera del monte, la calidad de las casas era menor y el precio de los servicios que se ofrecían en ellas también bajaba.

Desde siempre, las autoridades de Roma habían dado la importancia que tenía a la satisfacción de las necesidades de sus hombres. Y favorecían la creación de burdeles en cuanto se creaba un asentamiento militar. Muchas veces los burdeles eran el primer paso para que se crease en su entorno una ciudad. Era frecuente que las primeras que construían sus chozas a la salida del campamento fueran las prostitutas.

Y también en este oficio había una jerarquía, como en todo lo militar. Para subir a lo alto del *Mons Asdrúbal* se había construido un camino enlosado, más cómodo y discreto, que daba la vuelta por detrás, mirando a la laguna. Lo usaban los oficiales y mandos. Sólo conducía a los prostíbulos de lo alto, las que estaban a la altura de sus clientes. Los soldados y paisanos usaban varios caminos de piedras que llevaban a las casa de putas de media ladera y a las más bajas.

Sempronio vio la ocasión de ayudar quizás a su amigo a resolver el problema.

- "¿Y no te basta con el *Mons Asdrúbal*?"

Osio hizo un movimiento enérgico con la cabeza

- "¡Por favor, Sempronio … no es lo mismo! Claro que uso los servicios de las cortesanas del *Mons Asdrúbal*, pero yo deseo obtener los favores de mercancía de primera clase, no del deshecho de nuestra sociedad. Y menos en la ciudad que me vio nacer. Eso equivaldría para mí a un deshonor, no ser capaz de yacer con una mujer de bien y tener que recurrir a una ramera."

- "Lo siento", masculló éste sin apenas voz.

- "No te preocupes, ya resolveré el problema de una manera u otra. Vamos al Foro."

Y entraron en el bullicio de la urbe, tomando el *Cardo Máximo*, una calle enlosada que unía la Puerta del Mar, por donde habían entrado, con el Foro y el mercado, situado en él.

Capítulo 49

Las naves *pictas*.

Año 305

El invasor *picto* no temía nada, no esperaba reacción, creía estar en su propia casa. Los romanos eran como conejos, que al verles, corrían a esconderse en sus madrigueras. Eran unos seres despreciables, cobardes, incapaces de hacer frente a unos auténticos guerreros como ellos.

Habían tomado las ciudades que se habían propuesto, habían matado a los romanos que encontraron, se habían apoderado de sus mujeres y las llevaban consigo en carretas que habían cogido de las villas y aldeas por las que habían cruzado. A una que intentó escapar la habían colgado desnuda de la rama más baja de un árbol y, tras azotarla salvajemente, le habían abierto las entrañas, que se esparcieron por tierra. Los alaridos de la víctima se oyeron a millas de distancia. Las demás fueron obligadas a presenciar el suplicio. Al poco fue necesaria otra ejecución similar. Luego ya no hizo falta llevar a las mujeres amarradas durante la noche. Ninguna trató de escapar.

Llegada la noche, buscaban dónde acampar. Con el buen tiempo se podía dormir al raso. Se dirigían hacia el Sur e iban desvalijando todas las localidades que hallaban a su paso. Cargaban los productos valiosos, las joyas, los candelabros de oro y plata, las pulseras y colgantes, los vestidos que llamaban su atención y garrafas de vino en carros que tomaban de los lugares por los que pasaban. También se llevaban el ganado y a las mujeres. Los carros retardaban su marcha, pero ellos no tenían prisa, la isla era suya.

Si los invasores realizaban su pillaje de manera despreocupada, los vigilantes de las naves fondeadas en los estuarios de *Rigodunum* (Warrington), *Deva* (Chester), *Conovium* (Caerhun) y *Segontium* (Caernarvon) no eran menos. Las rondas de vigilancia de los primeros días fueron disminuyendo y al cabo de un par de semanas, no había vigilancia alguna. La mayoría de los *Pictos* terminaban el día borrachos, ya que las reservas de bebidas de cada aldea daban de sobra para sus necesidades diarias.

Situada más al Norte y al Este, *Rigodunum*, era un campamento permanente romano, diseñado para convertirse en un pequeño *vicus*, o aldea civil. El campamento, o *castrum*, estaba situado en lo más profundo del *Bellisama Aestuarium* (Bahía de Liverpool). La mayor ciudad de las cuatro a atacar era *Deva* (Chester). Por eso se la reservó Turcio. *Deva* había sido en tiempos sede de varias cohortes de la Legión II *Adriatix Pia Fidelis*. Y en la desembocadura del *Toesobius Flumen* (río Conway) estaba el *castrum* de *Conovium*. Era un campamento militar, diseñado para convertirse en *vicum*, rodeado de murallas, protegido por un foso.

Los exploradores romanos comprobaron que los campamentos *pictos* de *Rigodunum*, *Deva* y *Conovium* estaban sin centinelas. Aunque el plan previsto era quemar en primer lugar las naves, por seguridad el tribuno al mando en *Rigodunum*, Turcio, en *Deva*, y Constantino, en *Conovium*, decidieron suprimir a

los guardianes antes de quemar los barcos. Con eso evitaban una reacción que podía causar bajas.

Los soldados designados se acercaron sigilosamente a las tiendas donde dormían los vigilantes, entraron en ellas y en el cuerpo a cuerpo que se originó les fue fácil degollar a los *Pictos*. Eliminados los vigilantes, arrojar las teas que traían preparadas fue la labor más sencilla que jamás realizaran. El fuego prendió enseguida, ya que tanto las velas como los remos estaban completamente secos. Los soldados prorrumpieron en gritos de júbilo al contemplar los barcos enemigos presa de las llamas. Los mandos cortaron el espectáculo ordenando inspeccionar las callejas de la aldea.

Faltaba *Segontium*, el objetivo más difícil. Al ver el resplandor del incendio de *Conovium*, un grupo de habitantes de la misma, que se habían refugiado en los montes del Suroeste, llenos de cañadas, lagos y cuevas, salieron de la oscuridad para dar la bienvenida a los soldados. Tras un rápido cambio de información, Constantino organizó la marcha por el camino que los lugareños - cuatro de los cuales les acompañaban a caballo - conocían bien, para llegar a *Segontium* sin tardanza, a fin de repetir allí la destrucción de las naves enemigas.

La marcha nocturna fue rápida. El camino era fácil de recorrer de noche, ya que discurría bordeando la costa. Pararon a las dos horas de marcha el tiempo justo para tomar un pedazo de pan seco con cecina, echar un trago de agua de su cantimplora, y siguieron la marcha. Cada soldado llevaba comida para una semana, y llevaban sólo cuatro días desde que abandonaron *Dubrae*.

Amanecía cuando llegaron a *Segontium*. Constantino quiso analizar el terreno, antes de tomar una decisión. Con los guías y varios de sus oficiales ascendió a una colina que domina la isla de *Mona*, el cauce entre ella y *Britania* y la villa de *Segontium*. No se veía movimiento alguno, ni en la pequeña ciudad, ni en el puerto. Los barcos seguían allí, aparentemente sin vigilancia. Habían dejado las dos Puertas de la ciudad abiertas. Viendo la situación del puerto, Constantino eligió el ataque directo de sus jinetes por el camino de la costa, que se acercaba a *Segontium* por el Este. Era el camino que mejor podía pasar desapercibido para quienes tuvieran su atención centrada en los barcos, si los centinelas se habían despertado y vigilaban ya el puerto.

El plan se cumplió sin dificultades. Cuando los más de trescientos jinetes, con Constantino a la cabeza, avistaban las murallas de *Segontium*, un clamor en una extraña lengua se elevó de la ciudad. Pero ya era tarde. La caballería romana invadió el muelle al mismo tiempo que unos treinta *Pictos* llegaban al muelle procedentes de la ciudad. Venían armados con espadas, mazas, lanzas y hachas y trataron de oponerse a los jinetes. Pero éstos les arrollaron y luego les envolvieron. Había diez jinetes por cada bárbaro luchando a pie. Al poco tiempo no quedaba *Picto* alguno blandiendo su arma.

Sin perder tiempo, prendieron las teas con yesca y las lanzaron sobre los barcos. El espectáculo, no por conocido, suscitó menor alegría entre los jinetes. Se hizo un recuento de bajas. Sólo un jinete había recibido una herida mortal, de hacha. Otros tres sufrían heridas, pero no de gravedad.

Fue en *Segontium* donde comenzó a correr entre los soldados el rumor de que los dioses protegían al hijo del Augusto. El interesado nada hizo para suscitar tal comentario. Tampoco para desmentirlo.

A Constantino no le cabía la menor duda de que lograrían expulsar a los *Pictos* de *Britania*. Pero tal objetivo no era posible alcanzarlo en la campaña en curso. Era ya muy avanzado el mes de Julio y las operaciones deberían terminar a finales de Septiembre. En dos meses era imposible atajar las dos invasiones, la procedente de *Hibernia*, al Oeste, y la que había bajado desde la *Caledonia*, al Norte. Si los dioses les eran favorables, podrían resolver la invasión de la *Britania Secunda*, la zona Oeste de la isla. Para ello era necesario que los *pictos* se concentraran y presentaran batalla abierta.

Una guerra de desgaste, a base de pequeñas escaramuzas contra partidas de 100 ó 200 *Pictos*, les iba a llevar lo que quedaba de campaña y, con suerte, toda la campaña siguiente. Sería muy trabajoso limpiar de *Pictos* un territorio tan amplio como la *Britania Secunda*, máxime con los montes, que la surcaban en más de la mitad de su extensión, cubiertos de bosques casi impenetrables para una fuerza importante. Por eso pensó que, si él fuera quien mandara las Legiones de *Britania*, ordenaría a las tropas que no persiguieran al enemigo si éste huía.

Era mejor que huyeran libremente, cuantos más huyeran a alertar a los suyos, mejor, y que avisaran a sus compañeros de aventura que había una fuerza romana considerable hacia el Este. Y que los bárbaros estuvieran frescos y se sintieran fuertes como para presentar batalla campal. Si hacían tal cosa, era seguro que la victoria sería romana y se alcanzaría en una sola jornada.

Constantino conocía la disciplina y la preparación de las Legiones y de sus jinetes. Todos los soldados del ejército romano se preparaban permanentemente para la batalla. Se les mantenía fuertes y ágiles por medio de un entrenamiento diario, de marchas frecuentes, con una preparación física que no se descuidaba en ningún momento. Para eso se les pagaba. Además, las Legiones romanas habían adquirido una táctica en el campo de batalla que mejoraba incluso la que poseían las falanges de Alejandro.

Habían pasado por sus manos todos los libros escritos sobre la guerra y la historia guerrera de griegos y romanos. Y no sólo los había leído, los había estudiado. En su biblioteca secreta, a la que sólo él tenía acceso y que guardaba bajo llave en un par de arcones, tenía más de una docena de rollos con sus apuntes y reflexiones sobre lo que habían escrito sobre tácticas militares Salustio, Julio César, Tito Livio, Tácito, Cornelio Nepote, Suetonio y Velleius

Patérculus, entre los romanos. Y Jenofonte, entre los griegos. Últimamente sus anotaciones las hacía en pequeños códices, más fáciles de transportar que los rollos.

Él sacaba sus conclusiones particulares, fruto no sólo de sus lecturas, sino de sus observaciones sobre la vida real. Fue el padre de Alejandro, Filipo II, quien aprendió la manera de guerrear de los tebanos, cuando fue rehén entre ellos, por ser pariente del rey macedonio en el trono. Con la formación en falange y sus largas *sarisas*, las falanges tebanas lograron derrotar incluso a las falanges espartanas, consideradas como invencibles. También los espartanos eran, como los romanos, guerreros profesionales. Por eso un espartano valía, como guerrero, más que diez griegos de cualquier otra ciudad. Pero sucumbieron ante la falange tebana, armada con sus largas lanzas.

Él sabía que desde siempre los griegos en el campo de batalla formaban en falange y luchaban hombro con hombro con el compañero de al lado. Con la izquierda levantaban el escudo y con la derecha empuñaban la lanza por encima de sus cabezas. Y con ella herían la cabeza o el pecho de su enemigo. Cuando un soldado de la primera fila de la falange se sentía agotado por el esfuerzo realizado, hacía un gesto hacia atrás y un compañero de la segunda fila tomaba el relevo.

Seguidamente, el guerrero agotado iba perdiendo posiciones y se situaba en la última fila, la del fondo, que podía ser la sexta o la octava, según la profundidad de la formación que el estratego había decidido. Allí descansaba y tomaba aliento. Iban llegando más compañeros que habían realizado la misma misión que la suya en la primera fila, matar enemigos, y poco a poco iba subiendo, hasta que, al cabo de un tiempo, ya descansado, volvía a la primera fila y tenía que vérselas de nuevo con el enemigo. Ese modo de pelear minimizaba las bajas y era muy eficaz sobre todo si el enemigo no conocía la forma de luchar en falange. Si se enfrentaban con otra falange, perdería la batalla, y posiblemente la vida, la falange que primero rompiera su formación. Sobre todo si estaban lejos de casa.

La innovación de los tebanos fue alargar la lanza y convertir la falange en un grupo imposible de ser atacado sino por otra falange con las mismas lanzas. La falange tebana fue la dueña del campo de batalla. Podía cambiar, lentamente y con orden, de dirección y destrozar al enemigo, fuera éste infantería o caballería, que se pusiera enfrente. Su única dificultad era que necesitaba operar en terreno llano. Nadie podía tropezar y caer, formando, como formaban, un cuerpo único y sólidamente trabado.

Alejandro con sus 40.000 hombres conquistó todo el Imperio Persa, inmenso, si se medía con unidades de medida macedonias. Y no conquistó todo el mundo porque sus soldados se rebelaron y se negaron a seguir avanzando

hacia el Este. Ni los elefantes del rey Poros pudieron frenarle. Lástima que la muerte lo hubiera arrebatado sin poder enseñar a sus hijos sus secretos militares, su táctica genial, su capacidad de improvisar y aprovechar las debilidades del enemigo conforme éstas se evidenciaban sobre el terreno.

Había leído que finalmente se habían dado batallas entre las Legiones romanas y las falanges macedonias, con triunfo final para las Legiones, mucho más aptas que las falanges para luchar en terreno algo accidentado. Aunque Constantino no sabía cuál hubiera sido el resultado de las batallas si fuera el mismísimo Alejandro quien hubiera mandado las falanges. Tenía la sospecha de que los generales macedonios que se habían batido contra las Legiones romanas habían pecado de cierta ingenuidad.

La ventaja de las Legiones era su mayor movilidad, su flexibilidad para volverse hacia cualquier frente, la capacidad de adaptarse a cualquier terreno. La razón era que la unidad en que formaba una Legión, la cohorte, era una unidad menor que la falange. La cohorte constaba de 80 soldados, mientras que un cuadro de falange debía tener más de 120 hombres y, posiblemente, más de 180. Y les era difícil realizar los cambios de objetivo que se plantean en la mitad de una batalla.

La Legión era la mejor manera de afrontar al enemigo y superarle. El turno continuo de los soldados que luchan en primera línea era el primer acierto. Aunque ése ya venía de los griegos. Leyó en algún sitio, no recordaba en qué autor, que los griegos lo hacían así porque eran pocos y buscaban tener el mínimo de bajas. Por eso nunca mandaban a la guerra sino a la mitad de sus hombres. La otra mitad quedaba en la ciudad, cuidando los campos, las cosechas y las casas de los que habían ido a guerrear. Y, si éstos no volvían, tenían la misión de mantener la ciudad viva y ocupar sus huecos.

El segundo acierto era la disciplina y el entrenamiento, que hacía de los soldados romanos auténticas máquinas de matar. Hasta el punto de que debían medirse con ejércitos superiores en número, siempre que no fueran otras Legiones quienes estuvieran enfrente. Un legado, el general de una Legión, no temía enfrentarse a un enemigo superior en número, que duplicara o triplicara sus efectivos. Debía, en tal caso, elegir muy bien el escenario de la batalla, para evitar ser flanqueado. Y debía acertar con las órdenes que diera a sus hombres, aprovechando los errores tácticos del enemigo en su favor. Haciendo ambas cosas, el triunfo sería suyo con toda probabilidad.

Tenía que saber cuándo debía retroceder de manera calculada, haciendo creer al enemigo que la resistencia de la Legión cedía. Debía manejar su caballería con astucia, ya que la orden de cargar se daba una vez, pero no se sabía el resultado ni cuántos jinetes volverían a las filas de la Legión. La caballería debía proteger los flancos de las cohortes y, además, hacer el máximo

daño al enemigo, desbaratando su estrategia. Era un arma de un solo uso, que el legado debía guardarse para emplearla en el momento exacto. Constantino creía haber descubierto las estrategias que Alejandro empleaba en el uso de su caballería, que siempre mandaba él mismo. Y, de tener ocasión, quería hacerlas suyas y emplearlas para mayor gloria de Roma y de sí mismo.

Pero sabía que el arma principal de la Legión era el legionario, su motivación, la confianza en su comandante y su técnica de lucha. Había leído que los espartanos que detuvieron a Jerjes en el paso de las *Termópilas* avanzaban hasta la mitad del estrecho paso y allí esperaban a sus enemigos persas. Retrocedían despacio, a la vez que luchaban contra sus enemigos, hasta que la bolsa se llenaba de persas. Y entonces, comenzaban a avanzar contra ellos, lentamente también, matando con sus lanzas a los enemigos que tenían enfrente. Hasta que vaciaban el paso de persas, dejándolo lleno de cadáveres.

Entonces volvían a retroceder, para que una nueva remesa de persas llenara el paso. Y volvían a avanzar de nuevo. Repitieron esa táctica una y otra vez, un día y otro. Tenían algunas bajas, pero el ejército de Jerjes no podía atravesar el paso. Sólo la traición pudo con ellos.

El legionario romano peleaba empleando la misma técnica que Leónidas y sus espartanos: Empujar con su escudo, abrir un pequeño espacio entre el enemigo y él, sacar la espada detrás del escudo y asestar un tajo al cuerpo del contrario. Tras ello, dar un paso atrás y protegerse de nuevo con su escudo. Ese movimiento se repetía una y otra vez, miles de veces, en el entrenamiento diario.

El enemigo se enfrentaba a una línea casi continua de escudos, a través de la cual no podía pasar. Tenía que batir al legionario que tenía enfrente y buscaba el cuerpo a cuerpo con él. El soldado romano le impedía el paso con su escudo. Y cuando el contacto se había efectuado comenzaba su rutina de empujar, retroceder, dar el golpe y volver a empujar.

Era una forma de actuar que raramente fallaba. Porque un golpe del *gladium*, la espada corta y ancha que los romanos usaban, era mortal la mayoría de las veces. O inutilizaba al enemigo para el combate, cortándole un brazo o abriéndole el vientre. Una ventaja adicional del soldado romano es que llevaba una cota de hierro con la que protegía su pecho y un sólido casco para protección de la cabeza. Los britanos guerreaban vestidos con sus prendas de piel de cabra, sin defensa alguna contra las armas romanas. De ahí que a la primera herida seria, y casi todas lo eran, quedaban fuera de combate. Luego, tras la batalla, serían rematados, si aún seguían vivos sobre el campo de batalla.

Si la habilidad del legionario para deshacerse del enemigo que tenía frente a frente era alta, las tácticas defensivas y ofensivas que el legado, o jefe de la formación militar, podía emplear eran otro instrumento muy importante a la hora de decidir una batalla.

El legado debía estar al tanto de cómo iba la marcha de la batalla, de cómo se cumplían las órdenes dadas a los tribunos la noche precedente, de si alguna cohorte encontraba dificultades no previstas, del empuje del enemigo y de las maneras de avanzar y de retroceder. Si el enemigo mostraba signos de flaqueza, podía darse la orden de avanzar en formación, generalmente la de *triplex acies*. Todas las cohortes, de *hastati*, *príncipes* y *triari* [1] comenzaban a adelantar sus filas al mismo tiempo, empujando al enemigo hacia atrás. Era una manera de reducir bajas y de forzar la huida del contrario, si era dada en el momento adecuado. El enemigo, que ya tenía conciencia de que no podía superar a la Legión romana, pero que luchaba con su adversario en el terreno elegido por él, pasaba a verse rechazado y debía retroceder. Había un factor emocional que jugaba en su contra y la experiencia decía que, tras ser rechazado una cierta distancia, era muy frecuente que se diera media vuelta y huyera en desbandada. A los soldados de la primera fila les empujaban sus compañeros de atrás y el empuje que ello daba a su escudo resultaba imparable por un solo adversario, el que tenían enfrente.

En otras ocasiones podía ser conveniente avanzar en cuña. Si la trompa lo ordenaba, las cohortes adoptaban la forma de cuña, cerrando filas y formando una línea quebrada. En tales casos, la caballería y los *velites*, la infantería ligera, debía estar especialmente atenta a que la Legión que avanzaba no fuera flanqueada, ya que la formación se estrechaba. Esta técnica pretendía dividir en dos al enemigo, lo que introducía un factor de desorden entre sus líneas, mientras que las romanas permanecían unidas.

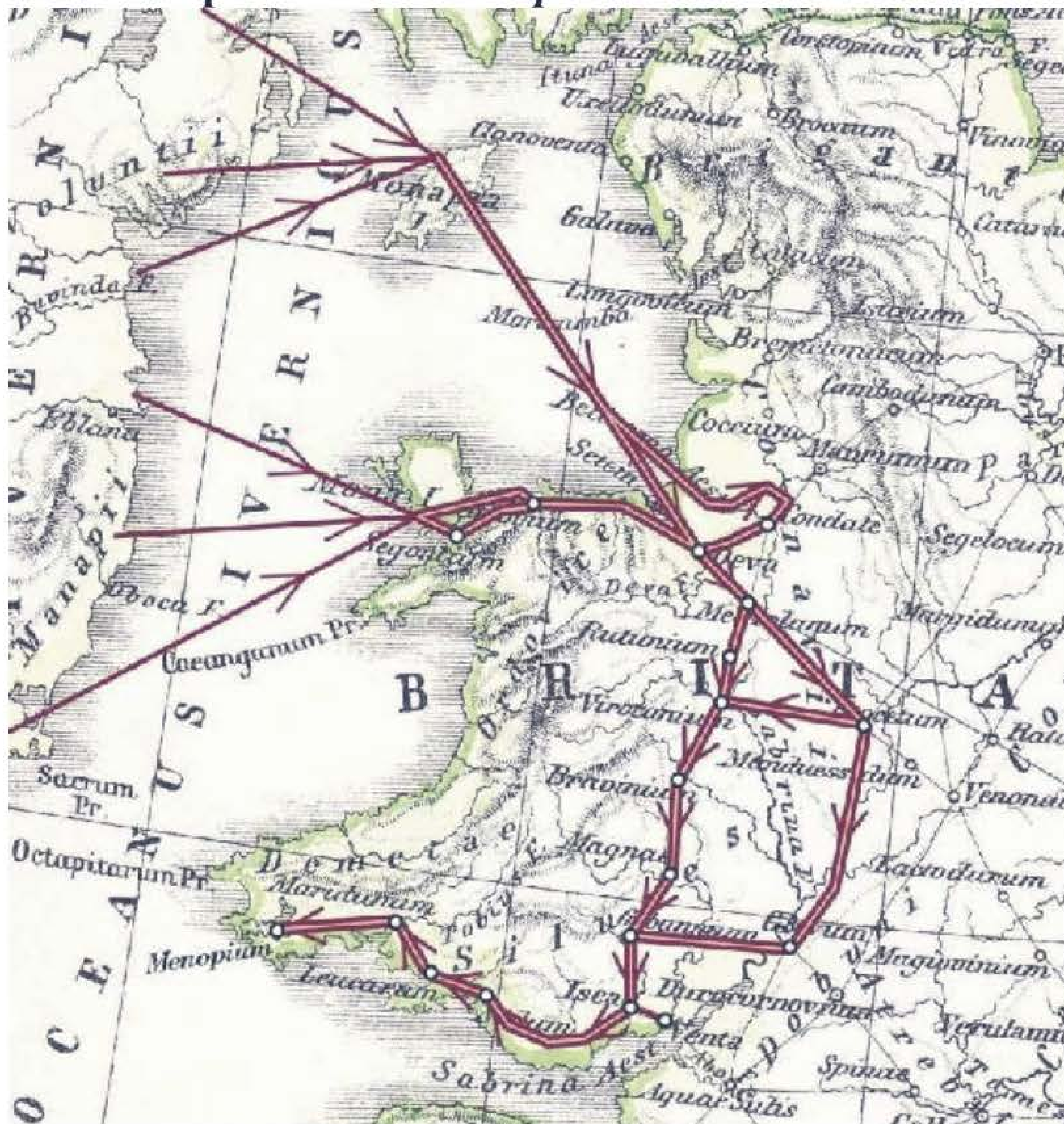
[1] Legionarios que ocupaban la primera, segunda y tercera líneas de combate.

También cabía ordenar un avance envolvente. En tal caso, la caballería y las tropas auxiliares, eran las que avanzaban, formando una media luna. Era otro movimiento psicológico, para provocar la desmoralización del adversario y su retirada, por el temor a verse rodeados. Se requería que el enemigo hubiera disminuido fuertemente sus efectivos, de modo que las tropas propias pudieran rodearlo.

Si de retroceder se trataba, la decisión debía ser muy medida y darse en el momento oportuno. Había una retirada que no era tal, la retirada estratégica. A un toque de la trompa, las alas debían mantenerse y el centro retrocedía, formando una bolsa. El enemigo debía adentrarse en la bolsa, confiado en su victoria. Antes de que el centro propio se rompiera era el momento de enviar la caballería y las tropas de reserva, reforzando las alas, para superar mejor al contrario. El objetivo era envolver al enemigo, atacándole por los laterales, e

incluso por la espalda. Un enemigo flanqueado y rodeado se daba a la fuga, o era destrozado, si persistía en la lucha.

Mapa de la invasión *picta* desde Hibernia.



Capítulo 50

Minervina en Palacio.

Año 305

Minervina, la esposa de Constantino, no se hallaba a gusto en el Palacio Imperial de *Augusta Treverorum*. Echaba en falta la existencia, sencilla y familiar, de *Nicomedia*. Cierto que no había comparación entre el lujo con que había vivido en su nuevo hogar, junto a Constantino, tribuno y protegido del Augusto Diocleciano, y la atmósfera que había sido suya hasta sus esponsales con el tribuno. Al casarse había roto con su modo habitual de vida. Había dejado atrás la casa humilde, casi pobre, de sus padres, y se había ido a vivir al mejor barrio de *Nicomedia*, cerca de Palacio, donde ya residía Constantino.

Y sin duda, la vida en su casa de *Nicomedia* era mucho más austera. Allí no había el lujo que se había encontrado en *Augusta Treverorum*, donde había un sirviente, un soldado, o alguien, pendiente de sus necesidades, hasta el punto de que le resultaba incómodo tanta servidumbre, tanta gente a su alrededor. Procuraba desprenderse de ellos diciendo que no necesitaba nada, que lo haría ella misma, pero nunca lograba su propósito.

Su madre, allá en *Bitinia*, le había enseñado sus mejores artes culinarias desde niña, para prepararla para el negocio familiar. Ella, que ya estaba acostumbrada a hacer las comidas de la casa cuando su madre se lo pedía, puso todo su empeño en aplicar en su hogar sus habilidades. Y su esposo le elogió en muchas ocasiones los platos con los que procuraba agasajarle los días que comía en casa. Constantino apenas había tratado con sus padres. Sólo los vio una vez, el día de los esponsales. Por eso ella tampoco los fue a ver, y les escribió un mensaje para decirles que se iba a vivir a la *Galia* con su marido.

Pero lo que más añoraba de los años pasados en *Nicomedia*, cuando vivían en privado, era la intimidad que había en la casa, solos su esposo y ella, la seguridad de que nada iba a cambiar, de que aquello era estable. La llegada de Crispo no alteró aquella paz, aquel recogimiento. Recordaba no haberse dado cuenta de la felicidad que tenía. Le parecía natural, como si aquella paz fuera a durar toda la vida. ¡Qué ingenua había sido! Aquello sólo duró poco más de ocho años.

Recordó el día, aciago día visto desde el presente, en que su esposo volvió a casa radiante, diciéndole que tenía el permiso del Augusto Diocleciano para dejar *Nicomedia* y que podrían marchar a reunirse, allá en *Mediolanum*, con su padre, el César de Occidente, que en breve iba a ser elevado a la categoría de Augusto. La alegría fue general. Pero no sabía que el paso iba a ser hacia atrás.

Minervina prefería no recordar los hechos dramáticos de su segundo embarazo, que tan mal terminó. Constantino le había dicho, con toda rotundidad,

que no tendrían un nuevo hijo hasta que él, como *paterfamilias*, no lo viera oportuno. Al principio ello le alegró, recordando las recomendaciones que le diera su amiga. Conforme pasaban los años iban aumentando sus deseos de quedarse de nuevo embarazada. Y cuando, pasados cinco años, Constantino le dijo que había llegado el momento, lo acogió con todo el ardor del mundo.

Pero la diosa madre, protectora de los partos en las creencias de su patria, la *Dacia*, no había querido ver fructificar su vientre. No en esa ocasión, ni en ninguna otra. Y la dejó estéril. Constantino llamó, con el permiso del Augusto, a los físicos de Palacio para que la atendieran. Pero no pudieron evitar lo decidido por la diosa.

El diagnóstico que le dieron, desgraciadamente, no dejaba lugar a dudas: Era imposible que se quedara de nuevo en estado. Y así fue. Ella tenía veintitrés años recién cumplidos cuando quedó estéril. Se recuperó bien, de cuerpo y de espíritu. Era aún demasiado joven para captar las consecuencias de aquel percance. Ya en la *Galia*, se fue dando cuenta de lo que iba a significar, un día u otro. Mientras, Crispo iba creciendo. Era un niño especial, pensaba ella. Era listo, obediente, dócil y al mismo tiempo alegre y abierto. Ella le enseñó a leer y a escribir. Muchas veces se sorprendía de lo rápido que aprendía y de las preguntas que hacía. Tenía una enorme curiosidad y ella a veces se veía con dificultades, por su escasa cultura, para responderle.

Su hijo era su tesoro, el bien más preciado de su vida, ahora que sabía que ya no tendría más. Constantino le había anunciado que habría que ponerle un preceptor, y eso le inquietaba, pues suponía que ello iba a disminuir el tiempo que su hijo estaría con ella. Pero Constantino se había tenido que ir con su padre, a resolver un problema grave surgido en la *Britania*, y eso la dejaba a Crispo totalmente para ella. Pero también la dejaba sola frente a Teodora, la esposa del Augusto Constancio.

Minervina había visto la diferencia entre Teodora y ella nada más llegar a la capital de las *Galias*. Teodora se sentía a sus anchas entre oficiales, altos mandos militares y sirvientes. Ignoraba a los primeros, era cortés pero algo distante con los segundos y daba órdenes airadas a los últimos. Había observado que era mucho más dura con sus hijos que con sus hijas. Lo achacó a que las niñas eran las pequeñas y los tres chicos, por haber llegado los primeros, eran los que recibían toda la autoridad de su madre.

Pero ni con toda su autoridad había logrado Teodora que sus hijos aceptaran al hijo de Minervina, Crispo. Sobre todo el mayor, Dalmacio, le hacía objeto de burlas casi de continuo. Crispo tenía la misma edad que el segundo de Teodora, Julio Constancio, pero tampoco eso hacía que se llevara bien con Crispo, tal vez por influencia de su hermano mayor. Y el pequeño, Anibaliano, con sólo seis años, era aún demasiado niño como para tener relación con Crispo.

La única que se entendía bien con Crispo era Constancia, la hija mayor de Teodora. Tenía un año menos que Crispo. Detrás de ella estaban Anastasia y Eutropia, con cuatro y dos años, respectivamente. Constancia era una pequeña madre para sus dos hermanas. Las cuidaba según sus posibilidades, y nunca se peleaba con ellas. Constancia prometía tener un buen carácter y lo demostraba en la amabilidad que empleaba con Crispo. Éste la acogía con entusiasmo, a falta de trato con los chicos de la casa. Pero también esta buena relación era objeto de burlas por parte de los hermanos.

El hecho era que ni las madres se trataban de manera cordial, sino más bien de forma fría y distante, ni los hijos se sentían parte de la misma familia. Todo se disimulaba en presencia de los respectivos esposos. Cuando estaban delante del Augusto o de su hijo, todo eran sonrisas y se daban un tratamiento exquisito. Pero Minervina sabía que eso era artificial y pasajero, y que la verdadera Teodora volvería a surgir en cuanto los hombres fueran a sus obligaciones. Un día, Minervina le había preguntado a Teodora por los nombres de sus hijos. Ella se animó de pronto.

- "Mi esposo - respondió Teodora, recalcando el "mi" - quiso que nuestros hijos llevaran nombres que le recordaran su carrera militar. La empezó bajo el Augusto Aureliano, como oficial en *Dalmacia*. Por eso a nuestro primer hijo lo llamó Dalmacio.

Algunos años más tarde fue destinado a la *Retia*, ya bajo Maximiano, mi padre. Quiso que nuestro segundo hijo le recordara la época de legado en la *Retia*, y llamó a nuestro segundo hijo Julio, en honor a Julio César, y como segundo nombre Constancio, de forma que las siglas J.C. sirvieran para los dos, para el gran Julio César y para nuestro hijo.

Y a nuestro tercer hijo lo llamó Anibaliano. Mi esposo siempre ha sentido gran admiración por la figura de Aníbal, el general cartaginés que supuso un peligro a la Roma republicana. No quiso que nuestro hijo tuviera su mismo nombre, pero deseaba que nuestro hijo tuviera unas cualidades similares como estratega. De ahí el nombre que eligió.

Vio claramente que Teodora se sentía cómoda hablando con ella de sus hijos. Pensó era una ocasión inmejorable para acortar distancias entre ella y Teodora, de modo que prosiguió el tema.

- "¿Y las hijas?"

- "Con nuestras hijas, siguió otro criterio, como era obligado. A la mayor, Constancia, la llamó como él. Había nacido siendo él César y quería que su hija mayor se le asemejara en todo. La segunda se llamó con el nombre de la abuela materna de mi esposo, Anastasia. Y la última, como su abuela paterna, Eutropia. Mi esposo es muy riguroso, y no quiso dejar ninguna rama de su familia sin vástago homónimo."

Luego la conversación siguió hablando de banalidades. Minervina mantuvo por unos días la esperanza de que se diera un acercamiento entre Teodora y ella como resultado de aquella conversación de madre a madre, pero no fue así. En ausencia de los hombres, Teodora volvió a su actitud habitual, distante y reservada, para con ella.

Jamás se quejó a su esposo por la situación en que vivía. Todo su afán consistía en satisfacerle. Sabía que éste estaba satisfecho de que su relación con Teodora fuera la que se fingía en su presencia. Y ella convertía esa ficción en realidad cuando estaba a solas con su marido.

Minervina se sabía hermosa, aunque tenía ya veintiséis años. Cada mañana se escrutaba el rostro, temerosa de ver aparecer en él las primeras señales de que los años iban pasando. Y sabía que gustaba a algunos de los oficiales que frecuentaban el Palacio. Pero ella no se permitía concesión alguna en este aspecto. Para ella, no existía, ni existiría nunca, otro hombre que Constantino. Y eso no le costaba. Era como una ley marcada a fuego en su corazón, que sólo pertenecía a Constantino.

Por eso se había sentido turbada la primera vez que el ayudante del Prefecto del Pretorio, un joven de grata apariencia, aunque insensato hasta la locura, se le insinuó de forma clara y directa. Constantino había partido ya para la *Britania* con su padre. Por eso posiblemente se atrevió. Ya hacía tiempo que venía observando que la miraba de forma extraña cada vez que se encontraba en su presencia. Como si quisiera decirle algo. Y un día se lo dijo.

- "Haría cualquier cosa por vos, mi señora."

Se quedó inmóvil por un momento. No se esperaba aquello. Cuando se recuperó del asombro que le causaron aquellas palabras, dio media vuelta, sin decir palabra, y se alejó de él. Esperaba que aquello le sirviera de respuesta. Pero no fue así. Dos días más tarde volvió a coincidir con él. Estaban solos en aquella estancia. Ella buscó la salida y se dirigió hacia ella, pero él dio unos pasos rápidos y la atajó en el camino.

- "No me habéis respondido nada, señora ..."

Esta vez Minervina estaba preparada.

- "Sí os he respondido - dijo con tono glacial. Si volvéis a hablarme, se lo comunicaré a mi esposo, para que él tome las medidas oportunas. Sé escribir."

Apartó al hombre de un empujón y salió de la habitación. La amenaza de la misiva surtió efecto, porque el oficial cambió su conducta. Minervina notó que la rehuía. Ella se quedó más tranquila. Se sintió satisfecha de haberlo resuelto ella sola.

En medio de tanta aridez, su único consuelo era Crispo.

Capítulo 51

Los *Pictos* de *Hibernia*.

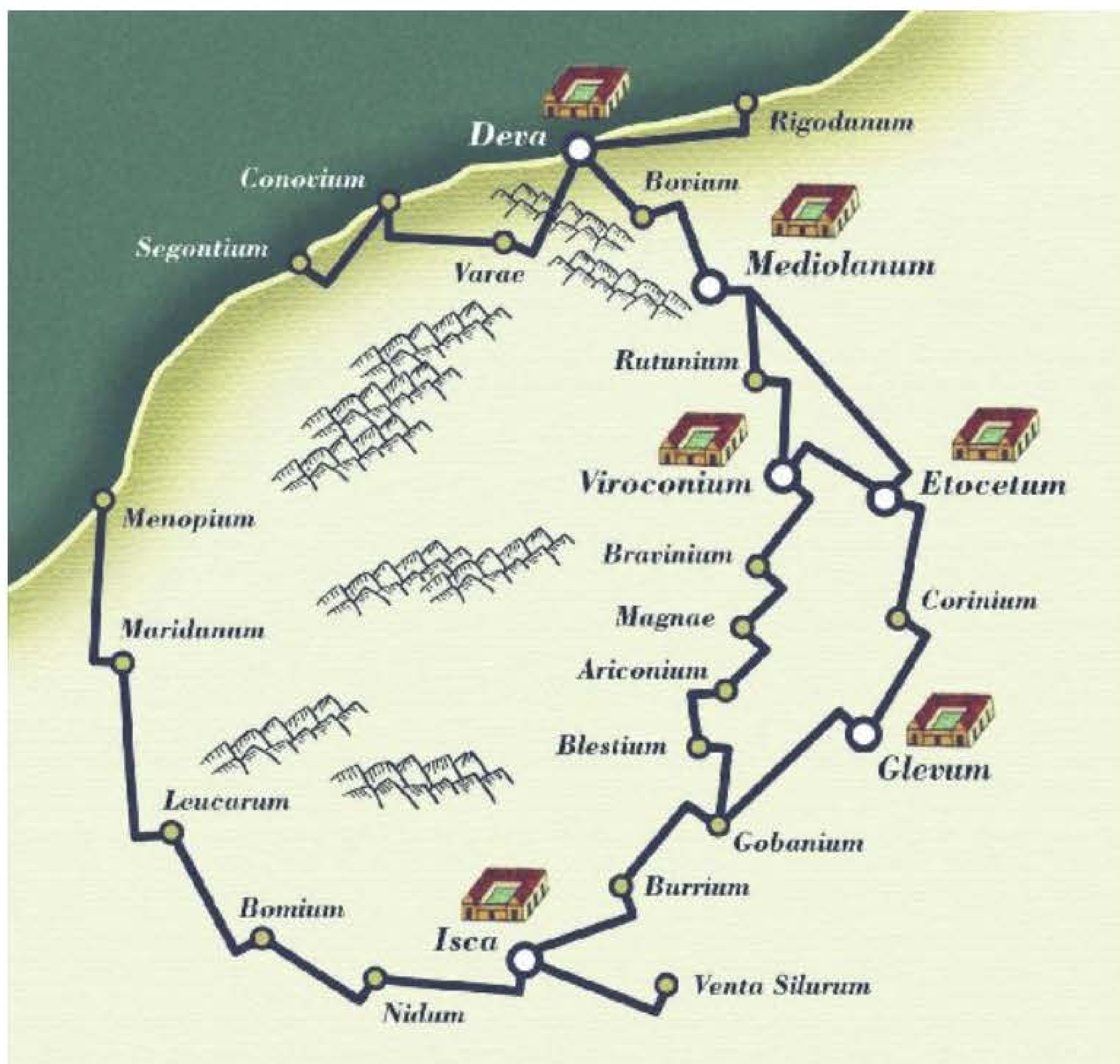
Año 305

Si el Augusto Constancio hubiera conocido el mapa de *Britania* que poseían los *Pictos* de *Hibernia*, su preocupación hubiera disminuido varios grados. Pero no lo sabía. La carencia de noticias de una parte de la *Flavia Caesariensis* le indujo a pensar que tales ciudades habían caído en poder de los bárbaros invasores. Pero no era así.

Ciertos nativos de la tribu de los *Belgae*, al Sur de la *Britania Prima*, habían elaborado un mapa civil de la *Britania Secunda*, que lograron enviar a *Hibernia*. De ahí que sólo indicaba las calzadas que unían los diferentes lugares y las distancias entre dos lugares consecutivos. Su intención era causar problemas a las autoridades romanas.

No fue el mapa el origen de la invasión, sino el hambre. En los tres años últimos el granizo había arruinado las cosechas y se había declarado una peste entre los cerdos, pereciendo gran parte de la camada. Los precios de los alimentos, al escasear, se habían elevado tanto que pocos podían mantener un sustento mínimo. El mapa fue la gota final, ya que abría las puertas de la rica *Britania*. Los mensajeros explicaron a los jefes *pictos* la manera de interpretar el mapa. Bastaba seguir las calzadas indicadas en él y recorrerían la parte más rica, les dijeron, de la *Britania* romana.

Mapa civil de la *Britania Secunda* en poder de los *Pictos*.



En el mapa estaban señalados los cuatro puertos fluviales que había en el Norte, los más cercanos a las costas de *Hibernia*: *Segontium*, *Conovium*, *Deva* y *Rigodunum*. Y a partir de *Deva*, la calzada indicada comprendía todas las ciudades de la *Britania Secunda*. Terminaba en *Menopium*, que era puerto de mar. Incluso podrían apoderarse de *Etocetum* (Wall) y *Glevum* (Gloucester), ricas ciudades de la *Britania Prima*.

Cuando el plan de invadir la *Britania* fue acordado por las tribus afectadas por la hambruna, se discutió si las naves esperarían a los marinos en los puertos donde estaban fondeadas, o sería más conveniente que bordearan la costa y atracaran en *Menopium*. Tras una viva discusión, se decidió que las naves quedarían en los puertos de llegada y que los expedicionarios harían el camino de ida, aumentando el botín, y el de vuelta, llevándolo a las naves.

Los *Pictos* tampoco lo sabían, pero los jefes militares romanos, habituados a lidiar con situaciones similares a la que ahora se daba en *Britania*,

sabían perfectamente que el mejor momento para hacer frente a una invasión no era cuando ésta se estaba produciendo, cuando los bárbaros entraban en el Imperio, sino cuando volvían a sus tierras, portando un rico y pesado botín. Porque eran más lentos en sus desplazamientos y porque tenían un motivo muy fuerte para luchar por su botín, su orgullo de haber triunfado en el saqueo. Volver a sus tierras con las manos vacías supondría ser objeto de burla entre los suyos. Y eso era inadmisible. Por eso, se sabía que un bárbaro con botín caerá junto a él antes de abandonarlo.

De forma que mientras el César Constancio era coronado en *Mediolanum*, volvía a su capital, *Augusta Treverorum*, y ultimaba los preparativos para acudir a *Britania*, los *Pictos* de *Hibernia* descendían lentamente por la *Britania Secunda* y aumentaban su botín, que, al llegar a *Menopium*, necesitaba más de cien carretas para contener los objetos valiosos acumulados en las treinta ciudades que habían saqueado. Además, otras cuarenta carretas transportaban a las mujeres que les servían la comida de día, les satisfacían al atardecer y dormían una sobre otra en sus carretas por la noche. Cierto que en varias ciudades los habitantes había huido poco antes de la entrada de los *Pictos*. Pero, en su apresuramiento, no se habían llevado todo lo que los *Pictos* deseaban, y que añadieron a su botín.

Cuando el Augusto Constancio desembarcaba en *Dubriae*, los *Pictos* inciaban el retorno hacia sus puertos de origen. Cuando Constantino y el legado Turcio quemaban las naves *pictas* en los puertos de atraque, el grueso de la invasión subía hacia el Norte por la calzada única que recorría la *Britania Secunda*, a la altura de *Magnae* (Kenchester).

Tras el éxito de su misión, y vueltos todos a *Deva*, tras haber dejado guarniciones en los otros tres puertos, hubo una reunión en la tienda de Turcio, en *Deva*. Presidía el legado, rodeado de su plana mayor, y asistieron dos oficiales de la caballería de Constantino, además de éste. El comandante inició la exposición.

- “Debemos felicitarnos por el éxito de nuestra misión, culminada sin apenas bajas entre nuestros soldados, lo que la hace doblemente meritoria. Quiero vuestra colaboración para redactar un comunicado a nuestro Augusto, dándole tan fausta nueva.”

No hubo ninguna discrepancia en la redacción del documento, a la que algunos de los asistentes aportaron detalles menores. Constantino expresó su deseo de incluir un mensaje personal a su padre, interesándose por su salud. Constantino ya llevaba redactada, cerrada y sellada su misiva. El comandante Turcio la incluyó junto a la suya, que firmó, cerró y selló en presencia de los asistentes. El comunicado de Constantino decía así:

"Constantino, hijo de Constancio, al Augusto Constancio. Salve, padre.

Sabrás, por el mensaje del legado, lo conseguido. Los dioses nos siguen siendo favorables.

He observado que los Pictos, en ningún caso, incendian las ciudades que toman. No hemos encontrado ni un solo picto.

Sus barcos, que dejaron mal vigilados en los puertos, ya no existen.

Yo diría que los bárbaros, creyéndose invencibles, han bajado por la calzada de la Britania Secunda, saqueándola y, cargados con un abundante botín, volverán obligatoriamente por el mismo camino.

Podríamos salirles al paso, con tu aprobación, en algún lugar adecuado situado entre Deva y el Sur de la Britania Secunda, y por las calzadas que las unen, que son pocas.

Vigilando continuamente a los Pictos, labor que nuestra caballería sabe hacer bien, tus Legiones podrían acabar con ellos.

Cuando nos veamos, en una reunión general como la anterior, si así lo dispones, te ampliaré detalles.

Cuídate mucho, padre."

Una escuadra de caballería, formada por 30 jinetes, partió con el correo imperial, rumbo al Sur. Pero lo prioritario de la reunión era trazar el plan de acción para los próximos días. Las órdenes recibidas eran retroceder hacia *Venonae*, manteniendo el control del pasillo abierto, *Deva-Venonae*, y restablecer la posta imperial en dicho pasadizo. Constantino propuso que, mientras el grueso de la expedición procedía a cumplir tales órdenes, se enviaran patrullas de caballería a las aldeas más cercanas, con la exclusiva misión de ver la situación del lugar e informar. De ese modo se pondría en conocimiento del Augusto la situación en las ciudades más cercanas al pasillo recorrido, *Venonae-Etocetum-Mediolanum-Deva*.

Las Legiones de Constancio habían tomado posesión de *Venonae* y habían mandado varias cohortes que se habían establecido en *Ratae*, *Durocornovium*, *Margidunum* y *Lindum*. Todas ellas estaban limpias de *Pictos*, con la incógnita de la situación en la parte Sur de la *Flavia Cesariensis*, a partir de *Aqua Solis*. *Venonae* no había sido atacada, aunque sus habitantes la habían desalojado en su mayoría, ante el temor a los *Pictos*. Con la presencia del fuerte contingente, la normalidad se estaba restableciendo y la población estaba retornando a la ciudad.

Con los informes de las patrullas de reconocimiento enviadas, Constantino pudo hacer un esbozo de la ruta que habrían seguido los *Pictos*.

Todas las ciudades al Oeste de la ruta seguida por el legado Turcio y él mismo, *Etocetum-Mediolanum-Deva*, habían sido atacadas por los *Pictos*. Tras desembarcar en los cuatro puertos ya conocidos, habían bajado por *Deva* para reunirse en *Mediolanum*. Habían descendido por las calzadas romanas hasta *Viroconium* y *Etocetum*. Y por la calzada del interior habían seguido asolando el Sur de la *Britania Secunda*.

El viaje de vuelta lo harían por el camino más corto y seguro, el del interior, que ya conocían. Con sus carretas cargadas no podían volver campo a través. Y, con estas premisas, todos los asistentes a la reunión convocada por el Augusto Constancio, en la que Constantino expuso sus averiguaciones, vieron con claridad que el tramo de calzada donde esperar al grupo invasor era el comprendido entre *Rutunium* (Rowton) y *Viroconium* (Wroxeter). Ése era un tramo que obligatoriamente deberían tomar los *Pictos*.

Constancio había decidido concentrar sus esfuerzos en la invasión procedente de *Hibernia*. Mandó por caminos diferentes un par de patrullas a *Eboracum*, dando noticias de su llegada a la isla y prometiendo ayuda tan pronto terminara con la invasión occidental, tal vez antes de las nieves, y, en caso contrario, con la llegada del buen tiempo. Constancio se sentía bien, aunque la enfermedad seguía su curso y la vida de campamento no era la mejor medicina para su mal. Los médicos le aconsejaban quietud, pero ¿qué descanso puede darse un Augusto al que los bárbaros han invadido parte de su territorio y están destruyendo las ciudades, matando a los hombres y violando a las mujeres? Y de una parte tan querida como la *Britania*, en la que había pasado varios años de su mandato como César ...

Mandó patrullas de exploración hacia el Suroeste, para localizar a los *Pictos* y saber su número y medios de combate. Y mandó patrullas hacia el Noroeste, para conocer la orografía del terreno donde sería el encuentro. Sabía que la región entre *Viroconium* y *Rutunium* era llana. El *Sabrina Flumen* dibujaba incontables meandros y ambos lugares estaban situados a apenas 12 millas de distancia. Constancio contaba con el equivalente a casi cuatro Legiones, un total de 18.000 hombres. Pero no quería mover sus tropas sin tener información.

Viroconium se extendía en la ribera izquierda del *Sabrina Flumen* (rio Severn), en uno de los meandros que el río hacía en la zona. Era un fuerte creado en tiempos de Agripa, en torno al cual había crecido un pequeño *vicus* (aldea). Como pequeña villa que era, tenía una discreta basílica y un pequeño Foro en su centro.

Las patrullas de exploradores que Constancio había mandado hacia el Noroeste, con ciertos conocimientos de estrategia, le indicaron que el río protegería el ala izquierda de la formación romana. Y que podría elegirse el

escenario que se deseara, aprovechando un meandro, si se creía conveniente, para delimitar el campo de batalla.

Un par de días más tarde llegó información sobre los *Pictos*. Dos patrullas diferentes habían avistado la caravana de *Pictos*. Se encontraban al Norte de *Bravinium* (Leintwardine). Marchaban muy lentamente, en una larga hilera que ocupaba todo lo que abarcaba la vista. Se calculaba que llegarían al tramo fijado en cinco días, o incluso alguno más. Su número podía oscilar entre 10.000 y 15.000 hombres.

Estos datos causaron una inmensa satisfacción en el Augusto. El triunfo era seguro. Ya no tenía tanta importancia la orografía del lugar del encuentro. Los *Pictos* estaban perdidos. Pero había que apresurarse, a fin de estar en el lugar apropiado con anterioridad a la llegada del enemigo. El que elige el terreno tiene media victoria ganada. Máxime, si tiene superioridad numérica.

El Augusto se proponía terminar con todos ellos, que no hubiera supervivientes. Y para eso sí que había que tomar posiciones con inteligencia y tiempo. En una reunión convocada con urgencia, tras la llegada de las patrullas, los mandos de las Legiones, Constantino y el Augusto volvieron a estudiar la situación a la luz de las últimas noticias. En cuanto el Augusto expuso la información recibida, la euforia se extendió entre los asistentes. Fue opinión común que la victoria sería fácil y rápida. Pero un par de legados, el Augusto y Constantino guardaban silencio. La situación era favorable, demasiado favorable. El objetivo ahora era dar a entender al enemigo que su situación no era tan desesperada como los romanos sabían que era.

La primera opción en la que había pensado Constancio era presentar batalla con la mitad de los hombres. Se bastaban para aniquilar a los bárbaros, que, al igual que en otras ocasiones, luchaban de manera fiera, pero desordenada, sin defensas de indumentaria y sin técnica. Esa opción significaba poder enviar de inmediato la mitad de su ejército en apoyo de *Eboracum*. La tentación era fuerte, pero el Augusto quería oír más opciones.

Esta petición de colaboración y el hecho de que en muchas ocasiones la solución propuesta por un simple general era la que el César Constancio hubiera hecho finalmente suya era algo que gustaba mucho a sus oficiales. Constancio pidió más opciones, tras explicar su pensamiento de manera directa y clara.

- “Sin duda que sería la decisión que recomendarían nuestros soldados del Norte, dejar aquí las tropas necesarias para terminar con la invasión del Oeste y mandar el resto al Norte de manera inmediata. Pero necesito conocer otras alternativas.”

Los cerebros de los asistentes empezaron a funcionar. No era fácil la decisión, y tampoco era fácil proponer algo que pudiera ser una alternativa válida a la sugerencia del Augusto. Se dio un largo y denso silencio. Muchos

asistentes miraban al suelo con el ceño fruncido; otros se miraban entre ellos. A nadie sorprendió que Constantino se levantara y pidiera al Augusto permiso para hablar. Permiso que su padre le dio.

- "Padre, compañeros, la opción del Augusto es razonable, somos demasiados para cazar el jabalí. Pero tal vez si nos concedemos una semana podamos ofrecer al Imperio un modelo de campaña y a los bárbaros que nos invadieron un escarmiento del que se hable en generaciones. Quisiera proponeros una alternativa que va a suponer retrasar una semana, o poco más, el envío de tropas al Norte, en ayuda de *Eboracum* y de las demás ciudades romanas.

Consiste en llegarnos a *Viroconium* por el camino más rápido, acampar a una milla de la calzada por la que el enemigo pasará y desplegar las Legiones de forma adecuada al enemigo que deben hacer frente. Tres Legiones, un total de trece mil hombres, formarán en *triplex acies*. La cuarta Legión formará en la retaguardia, dejando un espacio divisorio, y en un primer momento no intervendrá en el combate. A una señal de trompa convenida, esta Legión se situará desplegada a la derecha de las otras, para formar una tenaza. Y procederá a envolver al enemigo.

La caballería de esta Legión irá a dar buena cuenta de los bárbaros que hayan quedado apostados en las carretas. La misión de esta cuarta Legión es impedir que ningún guerrero *picto* salga vivo del campo de batalla. Contando desde hoy, nos debe costar dos días llegar al lugar preciso, un día o dos de espera, otro de batalla y otros dos o tres de vuelta. Es la semana de retraso en atender a nuestros soldados del Norte."

Hubo un silencio total. El Augusto comprendió que su hijo tenía un don especial que pocos líderes poseen, una claridad de análisis y una fertilidad de ideas que le hacían ver la solución óptima a cada situación planteada en el campo de batalla.

Y también captó que en las dos reuniones en que había intervenido se había ganado el respeto de todos sus oficiales. El informe que le dio el legado Turcio no podía ser más elogioso: Constantino se había portado en campaña como el mejor de los generales. Esta constatación, el prestigio que se había ganado en tan poco tiempo, le satisfizo más que la alternativa que su hijo le ofreció respecto a los *Pictos*. Dividir sus fuerzas le inquietaba. Ahora tenía un medio de asegurar la victoria y no dejar abandonados a sus hombres en el Norte de *Britania*. Podrían presentarse en *Eboracum* en Septiembre, después de haber liquidado la invasión de *Pictos* de *Hibernia*. Preguntó:

- "¿Alguna otra alternativa?"

Todos negaron con la cabeza. La mejor opción estaba dicha. Era ya media tarde y había que poner en marcha a todo un ejército. De *Venonae* a *Viroconium* había 85 millas romanas. Teniendo en cuenta que en la mitad del verano el día

era largo, podrían recorrer esa distancia en tres jornadas de marcha. Dejarían en el campamento de *Venonae* los aparatos de sitio y las balistas: No los iban a necesitar. Así evitaban desmantelar el campamento. Se partiría al alba y los mandos debían transmitir a sus oficiales y suboficiales que de nuevo la velocidad era fundamental. Ya descansarían una vez llegados a destino.

Esa noche en el campamento reinaba una alegría inusitada. Se había corrido el rumor de que la campaña en la *Britania Secunda* estaba a punto de finalizar y que en breve se encontrarían con el enemigo. Al atardecer, muchas tonadillas de diversas tierras y en diversas lenguas se elevaron al aire, aunque en voz queda, de modo que la canción se oyera poco más allá del corro que la entonaba. Estaba prohibido levantar la voz en el campamento, pero ese atardecer los centuriones fingieron no oír nada.

Pocas novedades aportó la marcha, veloz como solían ser las marchas en períodos de guerra. A partir de haberlos localizado, patrullas de caballería vigilaban de continuo a los *Pictos*. Éstos se habían dado cuenta de que eran observados y varias veces habían tratado de forzar una escaramuza con los escasos caballos con que contaban. Pero las órdenes del Augusto a sus patrullas eran de rehuir el combate, ni siquiera trabarse en una escaramuza. Convenía confiar a los bárbaros. Así, cada vez que una pequeña partida de jinetes de la columna se desgajaba y se dirigía hacia la patrulla romana, ésta daba media vuelta y se alejaba, hasta perderse de vista. La información que debían lograr ya la habían obtenido.

Con tal información supo Constancio que disponía de dos o tres días para preparar el campo de batalla. La misma tarde que llegaron, casi a media luz, recorrió la zona que le habían descrito como la más propicia para hacer frente al enemigo. Estaba a ocho millas al Norte de *Viroconium*. Entre el río y unas colinas boscosas se extendía una llanura, cubierta de pequeños matorrales, de siete kilómetros de longitud y cinco kilómetros de anchura. Antes de llegar a ella, la calzada se estrechaba entre las colinas y el río, al poco de salir de *Viroconium*. Constancio reconoció que sus exploradores habían acertado: El lugar era ideal. El río hacía un meandro de modo que flanqueaba la posición romana por la izquierda y por detrás. Las Legiones romanas se desplegarían en la mitad de la calzada, tapando el puente por donde los *Pictos* debían cruzar hacia sus puertos. Quedaba libre el lado derecho, para cuando hubiera que desplegar la tercera Legión. El Augusto aceptó la propuesta de sus exploradores y en su tienda, junto a sus oficiales superiores y Constantino, concretó las instrucciones para el día siguiente

La caravana de *Pictos* se encontraba a dos días de camino. La tercera jornada de marcha se había alargado y los soldados de Constancio instalaron el campamento a la luz de las antorchas. Poco antes habían pasado por *Viroconium*,

a la derecha de la calzada, sin pararse. El lugar olía a muerte y las aves carroñeras sobrevolaban la desierta ciudad. Nada podía hacerse, para no advertir a los *Pictos* de la presencia romana

El Augusto quería ensayar la maniobra que debían efectuar en pleno combate. Las tropas a su mando nunca la habían realizado, ni había noticias de que se hubiera empleado en alguna ocasión. El día siguiente se ordenó a todo el personal poner en orden su equipo. Se pasaría revista después de la comida. Eso casi equivalía a dar la mañana de descanso y los soldados lo agradecieron. A la tarde se ensayó la formación a emplear y el despliegue de la cuarta Legión, saliendo de detrás de las otras tres y formando perpendicular a éstas. La caballería saldría en primer lugar, para mantener el lado derecho libre de enemigos. Las tropas auxiliares y la caballería de la Legión situada a la derecha de la formación de combate deberían adelantarse, para dejar libre el terreno de despliegue a la cuarta Legión. Se ensayó el movimiento de esa Legión por dos veces.

Cuando todo estuvo claro, las Legiones se retiraron a sus campamentos, situados unos al lado de los otros, un poco más allá de la zona reservada al combate, siguiendo el curso del río. Los *Pictos* tendrían sitio suficiente para emplazar el suyo, aguas abajo del río, caso de que alcanzaran la llanura avanzada la tarde. Al Augusto le interesaba contar con todo el día para la batalla, a fin de que la noche no ayudara a los supervivientes a escapar.

El siguiente día fue un día de espera. Los *Pictos* tardarían otro día más. Constancio ordenó que se siguiera la rutina de un día de entrenamiento normal. Las prácticas se hicieron en el que iba a ser campo de batalla; de ese modo los legionarios se familiarizaban con el terreno. Las patrullas de reconocimiento no dejaban de ir y venir a la tienda del Augusto, el Pretorio del campamento, informando paso a paso de la marcha del enemigo, que había dejado atrás *Bravinium* y estaba a menos de 30 millas al Sur. Constancio calculó que llegarían al campo de batalla esa tarde, por lo que la batalla se daría a la mañana siguiente. No era previsible que los *Pictos* demoraran el encuentro, debían tener prisa por llegar a su destino.

Las tres Legiones que se mostrarían al enemigo formarían en *triplex acies*, como era habitual desde siglos atrás. Por cada Legión, cuatro cohortes de *hastati* formarían la primera línea. Cada cohorte se componía de seis centurias, y cada centuria contaba con 80 hombres, que formaban en cuatro filas de veinte soldados, uno al lado de otro. La cohorte de *hastati* ofrecía, por tanto, una fila continua de 120 legionarios. Entre cada una de las cuatro cohortes se dejaba un frente de 180 metros, el mismo que ocupaba cada una. Así, una Legión ocupaba un frente de poco más de un kilómetro.

Las tres Legiones ocupaban poco más de cuatro kilómetros de frente. En ambos extremos se situaría la caballería, las alas, 300 jinetes de cada Legión, más los 300 de la Legión situada en la retaguardia de las primeras. Era lo que los *Pictos* iban a ver cuando avanzaran por la llanura. No verían que había otra Legión detrás.

Tras las cuatro cohortes de *hastati*, y dejando treinta y cinco metros de hueco entre ambas formaciones, había tres cohortes de *príncipes*, que llenaban los tres huecos que dejaban los *hastati*. De esa forma, de una masa humana que atacaba de frente, la mitad se topaba con los *hastati* y la otra mitad con los *príncipes* y ambas formaciones soportaban igual carga de enemigos. Si los *hastati* eran los miembros más jóvenes de la Legión, los *príncipes* eran los soldados de entre 25 y 35 años, edad que se consideraba como la mejor para servir en el ejército.

La distribución de los *príncipes* era idéntica a la de los *hastati*, pero había sólo tres cohortes de *príncipes*, como había tres cohortes de *triari*, los veteranos de la Legión, que eran las tres cohortes más atrasadas. También los *triari* se colocaban al tresbolillo de los anteriores, los *príncipes*. Éstos entraban en liza cuando el enemigo había desbordado las dos líneas defensivas anteriores, de *hastati* y *príncipes*.

La distancia que separaba las cohortes primeras, de *hastati*, de las segundas, de *príncipes*, estaba calculada para que cuando los *príncipes* lanzaban sus *pilum* a un enemigo que había sobrepasado a los *hastati*, éstos no pudieran llegar a herir a ninguno de sus compañeros situados delante. El alcance de un *pilum* era de 30 metros. Las cohortes distaban 35 metros.

Una descarga de *pilum* sobre un colectivo que avanzaba a pecho descubierto causaba una gran cantidad de bajas. Casi tantos enemigos inutilizados como *pilum* se arrojaban. La orden de lanzar la daban los centuriones, jefes de una centuria, formada por 80 legionarios, que estaban al frente de su unidad, en primera fila, y que, por esa razón, sufrían una alto porcentaje de bajas. En esta ocasión tenían orden de lanzar un *pilum*, pues no habría tiempo de lanzar el segundo.

Se suponía que el enemigo iba a sobrepasar las dos primeras líneas romanas, porque los romanos luchaban fuertemente agrupados, siendo cada cohorte, con sus 480 hombres, una estrecha y larga fila de 120 legionarios con, usualmente, otras tres filas detrás, filas que no peleaban directamente en ese momento. Si sólo uno de cada cuatro soldados se enfrentaba a un enemigo, era claro que iban a quedar enemigos restantes. Pero era ésa la ventaja del soldado romano, que peleaba una cuarta parte del tiempo y el resto se reponía en una de las tres líneas posteriores.

El enemigo, en cambio, estaba continuamente en primera fila y eso le hacía más propenso al agotamiento a media batalla. Además, el legionario romano peleaba en el lugar elegido por su jefe, el legado. Los bárbaros peleaban en el puesto a que les guiaba su intuición y estaban solos. Unido todo ello a la mejor técnica del legionario, adiestrado día a día. Y como reserva se disponía de una cuarta Legión, situada en la retaguardia, preparada para desplegarse en el mismo orden, la *triplex acies*, o triple línea, una vez iniciado el combate y formar perpendicularmente a sus compañeros, con ánimo de envolver al enemigo, mediante una maniobra que ya había sido ensayada.

Los *Pictos* no llegaron ese día. Las últimas patrullas los situaban en *Viroconium*, donde se acomodaron la mayoría, mientras el resto pernoctaba en torno a las carretas del botín. Sabían que un día u otro se enfrentarían a un contingente romano, ya que las patrullas de vigilancia eran continuas. Sin embargo, no montaron patrullas de reconocimiento, como hicieran los romanos. Tampoco era seguro que hubieran modificado su plan de marcha de haber sabido que doce millas más allá les esperaba el ejército romano encargado de darles caza.

Al día siguiente los campamentos romanos iniciaron su actividad al alba, para estar ya en formación cuando el enemigo asomara por la curva tras el primer puente, pasado *Viroconium*. Y a mediodía se dio este hecho. Una patrulla ya había indicado que se habían puesto en marcha y que llegarían en algo más de una hora. Un grupo de jinetes *pictos* aparecieron en el recodo, apenas distinguibles a simple vista. Las Legiones ya estaban formadas. El día era despejado, el calor no era excesivo. Todos estaban deseando que empezara el encuentro.

La caravana de guerreros *pictos* fue concretándose conforme avanzaban por la vía. Al darse cuenta de que los romanos tapaban la calzada y que era un ejército preparado para hacerles frente, hubo un revuelo entre las filas *pictas*. Se vio un ir y venir de jinetes, hacia las filas de atrás, todavía no visibles. Pasaron dos horas y el grueso de la caravana *picta* ya estaba en la llanura en que iba a tener lugar el encuentro. Las carretas, que aparecieron en último lugar, se apartaron ligeramente, a la derecha de la marcha, entre la calzada y el río.

La hueste *picta* se abrió y ocupó toda la anchura de la llanura. Era imposible saber su número desde la posición romana. Había que confiar en la información recibida a través de las patrullas. Los exploradores se habían cubierto las espaldas, había realmente en torno a 8.000 guerreros.

El Augusto Constancio se había situado en el extremo derecho de la formación romana, allá donde debía desplegarse la cuarta Legión. Desde allí distinguía todo el que iba a ser el campo de batalla y disponía de 60 jinetes, dos *turmae,* para mandar mensajes puntuales allá donde creyera necesario. Su plana

mayor, su hijo y las cuatro trompas para dar las señales estaban a su lado, para las órdenes generales. Sólo cabía esperar a que el enemigo iniciara la carga.

Los *Pictos* estaban situados a unos tres kilómetros de distancia de la formación romana. Comenzaron a caminar, lentamente, hacia los romanos. No había caballería. Constancio echó en falta sus balistas y catapultas, pero había ordenado dejarlas en *Venonae* y eso ya no tenía remedio. Cuando les separaron menos de trescientos metros de la formación romana, se oyó un grito a modo de señal, al que respondieron una masa de voces estentóreas y los *Pictos* se lanzaron a la carrera hacia la posición romana.

Al poco tiempo, las primeras filas romanas podían distinguir ya el arma a la que posiblemente deberían enfrentarse. Había entre las filas visibles guerreros con espadas, hachas, mazas con la punta redonda, lanzas, bastones, incluso hoces. El griterío era ensordecedor. Los romanos guardaban silencio: Debían oírse con claridad las órdenes de sus centuriones.

Cuando la distancia que separaba ambos grupos fue de cien metros, todos los centuriones de los *hastati* dieron la orden "¡¡*Pilum* listo!!" Los soldados tomaron uno de sus dos *pilum* y echaron el brazo derecho hacia atrás. Cuando les separaban menos de cuarenta metros de la primera fila de *Pictos*, se oyó: "¡¡Lanzad!!" Una nube oscura se vio salir de las filas romanas, ascender en el aire, pararse un instante a media distancia y caer sobre los *Pictos* a continuación.

El efecto de la descarga fue tremendo. La primera fila de bárbaros quedó reducida a la mitad y gran parte de la segunda también resultó afectada. Un *pilum* tenía fuerza suficiente como para atravesar a un hombre de parte a parte, y ése fue el caso de muchos guerreros de las dos primeras filas. Al caer atravesados, o heridos, por lanzas de cerca de dos metros, el obstáculo que se formó hizo tropezar a las filas siguientes y paró el impulso de la carrera de los *Pictos*. Fueron más afortunados los guerreros *pictos* que daban frente a los huecos que formaban las cohortes de *hastati*, que no sufrieron el efecto de las descargas de éstos.

Pero sólo lo fueron durante unos pocos segundos, los que tardaron en recorrer 35 metros a la carrera, porque los centuriones de los *príncipes* repitieron las mismas palabras que sus compañeros *hastati* y la escena se repitió frente a las filas de los *príncipes*: Siete montones de *Pictos*, gravemente heridos o muertos, yacían ante las filas romanas. Sumando las bajas producidas por las descargas de *hastati* y *príncipes*, cerca de mil *Pictos* no pudieron entrar en combate con las cohortes romanas: Tenían un *pilum* clavado en el cuerpo.

Pero los *Pictos*, lanzados a la batalla, no sabían de números, ni conocían a las Legiones. Seguían pensando que ellos eran una fuerza formidable e invencible, y que a las primeras de cambio acabarían con aquellos

soldaditos que necesitaban protegerse con un ridículo escudo pintado de rojo. La expedición de los ocho mil guerreros *Pictos* era una fuerza temible para una población civil. Irresistible para una pequeña guarnición romana. Pero eran presa fácil para cuatro Legiones bien dirigidas. Se enfrentaban a más de 13.000 soldados bien entrenados. Y ellos, tras la descarga recibida, apenas llegaban a 7.000 hombres.

El ímpetu arrollador de los *Pictos* había sido cortado, pero las primeras filas romanas tenían que hacer frente ahora al encuentro frontal. Los soldados romanos apoyaron los escudos en el suelo, defendiendo su vertical con su hombro izquierdo. Las filas traseras se unieron a las primeras, para hacer fuerza y soportar la fuerte presión que iba a darse en el momento del encontronazo. Las cabezas se bajaron, de modo que sólo los ojos asomaban por encima del escudo. Todas las cohortes de *hastati* eran un solo bloque, las doce, preparadas para el choque que había que resistir sin romper la formación.

Los primeros guerreros llegaron junto a las filas romanas corriendo y haciendo gestos amenazadores; algunos saltaron por encima de los escudos. Otros chocaron de frente con la apretada fila de escudos. Las filas siguientes de *Pictos* se sumaron al impacto. Muchos legionarios de la primera fila perdieron la respiración ante el brutal golpe, alguno el conocimiento, por un golpe desafortunado en la cabeza. Varios *Pictos* de la primera fila saltaron por encima de la fila de escudos, cayendo en la tercera o cuarta fila. Fueron rematados conforme caían, cada uno por media docena de espadas romanas.

Tras el trastorno que en las filas romanas se produjo con el choque, hubo un momento de inactividad en que la iniciativa de cada soldado iba a decidir la vida o la muerte del mismo. Hubo legionarios que se recuperaron del encontronazo, pudieron rechazar al contrario y echarse hacia atrás para dar el tajo con el *gladium*, sacando el brazo por el lado derecho del escudo.

Y hubo quién tenía a tres *Pictos* cargando sobre su escudo y no pudo realizar la maniobra de abrir un hueco para castigar al oponente que la fortuna le había deparado. Si el *Picto* reaccionó de modo más rápido y pudo dar él el primer golpe, el resultado fue el inverso, y el legionario se desplomó con la cabeza aplastada, el hombro desgajado del tronco o una lanza atravesándole el cuello. Ese legionario no llegaría nunca a *triari*. Había un factor de preparación, pero había también un factor de suerte, que decidía, impertérrita, quién vivía y quién moría.

Los *Pictos* de la primera línea, los que entraron en contacto con la primera fila de *hastati* o *príncipes* supieron lo que era un enemigo a su nivel, la mayoría de ellos por primera vez en su vida. Y supieron que aquellos soldados guarnecidos por un escudo metálico eran duros de pelar y no huían ante sus ademanes, ni resultaban fáciles de abatir. La lucha se generalizó y los primeros

en caer fueron los guerreros *pictos*. En su último momento muchos de ellos comprendieron que se habían equivocado respecto a los romanos, pero ya era tarde.

La relación de tres o cuatro filas *pictas* luchando cuerpo a cuerpo con cuatro filas de soldados romanos hizo que más de la mitad de los legionarios no llegaran a primera fila y no participaran en la batalla. Los *hastati* y *príncipes* cansados de su lucha con el guerrero enemigo pronunciaron la palabra "¡Relevo!" y el legionario situado a sus espaldas ocupó su lugar, retirándose el legionario inicial a la última posición de la formación. Pero al mismo tiempo que esta lucha intensa, mortal y despiadada tenía lugar en el frente de la formación, otro proceso se desarrollaba a sus espaldas.

Muy pocos *Pictos* se derramaron por los laterales de los *príncipes* y echaron a correr hacia los *triari*. No había número suficiente para ello. Pero unos pocos lo hicieron. Era el momento esperado por el Augusto Constancio para dar la señal de despliegue de la cuarta Legión. Nadie de las filas *pictas*, ocupados en abrirse camino hacia el romano más próximo, fue consciente de que unos soldados nuevos aparecían por detrás del ala derecha romana y corrían hacia delante y luego hacia la izquierda. De hecho, no podían verlos. Toda su atención estaba centrada en las espaldas de sus compañeros, que luchaban con la larga fila de romanos, o en el escudo que les impedía hacer blanco con su maza, espada o hacha en el soldado romano que se mantenía frente a ellos.

En poco más de diez minutos, la cuarta Legión estaba desplegada al completo, iniciando un arco más allá del extremo del ala derecha romana, hacia el centro del campo de batalla. La mitad de la caballería de dicha Legión, un total de 150 jinetes, espadas en ristre, habían llegado ya junto a las carretas aparcadas a un lado de la calzada y daban cuenta de las cinco docenas de *Pictos* - los menos hábiles para el combate - que habían quedado encargados de custodiar el botín y las mujeres. Como en el campo de batalla, los jinetes atacantes superaban en una proporción de dos a uno a los defensores de a pie. Y aunque éstos estaban armados y vieron venir a los jinetes, poco pudieron hacer y fueron arrollados y luego muertos en una pelea desigual que duró apenas diez minutos.

A la vez que esta escena tenía lugar junto a las carretas, se oyó un segundo toque de trompa y la cuarta Legión empezó a cerrar la tenaza que formaba con sus compañeras, con la caballería disponible desplegada en el lado derecho. Apenas se movían las centurias próximas al ala derecha de la formación romana, de la que estaban muy cerca, dando tiempo a que sus homólogos, situados en el extremo opuesto del campo de batalla, se cerraran sobre las espaldas de los *Pictos*. Alguno de los guerreros *Pictos* miró a sus espaldas de manera fortuita y vio la fila de soldados que les cortaban la retirada. Dio la voz de alarma y los *Pictos* se dieron cuenta en bloque de su situación.

Alguien gritó algo con voz potente, y los *Pictos*, dando media vuelta, iniciaron una carrera desesperada hacia atrás, dirigiéndose hacia la cuarta Legión. Una media de doscientos metros los separaba de ella. El legado de ésta ordenó con la trompa formación cerrada. Los centuriones de la cuarta Legión también sabían hacer su trabajo. Y se repitió la escena de los *pilum*, ordenando cada centurión el lanzamiento en el momento preciso, lo que para ellos era simple rutina. Esta vez los *pilum* cayeron sobre una formación mucho más exigua y desigual. La décima parte de los *Pictos* que huían interrumpieron su carrera, con un *pilum* clavado en su cuerpo. Los pocos cientos que quedaban aún en pie comprendieron por fin que no verían el atardecer y se dispusieron a vender caras sus vidas.

Con un alarido espantoso y generalizado se abalanzaron sobre la primera fila de *hastati* de la tercera Legión. Pero esta vez era hombre contra hombre. Los *hastati* de la primera fila aguantaron mucho mejor el golpe y pudieron contraatacar como tenían aprendido. La pelea se prolongó durante unos pocos minutos, hasta que apenas quedaron unas docenas de *Pictos* en pie. Entonces, las centurias más próximas se cerraron sobre ellos y, cuando se separaron, sólo unos cuerpos ensangrentados se veían sobre el suelo.

Vino entonces la labor de recoger a los heridos y muertos propios y rematar a los enemigos. Cada centuria inspeccionaba el territorio que le había sido asignado y cumplía su cometido en dicha zona. Se oyeron los quejidos de los heridos, pidiendo ayuda, y los aullidos de los *Pictos*, cuando se terminaba con su vida, generalmente con un *pilum*, arrancado poco antes de allí donde estaba clavado.

La batalla había durado menos de dos horas y en ella la columna de *Pictos* de *Hibernia*, un total de 8.000 hombres, había sucumbido en su totalidad. Al hacer el recuento, los romanos supieron que habían tenido 37 legionarios muertos y algo más de cien heridos, de los que en los siguientes días murieron, o quedaron inútiles para el servicio, once. La relación de pérdidas no podía ser más favorable, si bien las bajas romanas no podrían ser sustituidas, dado el estado de anarquía en que la *Britania* estaba sumida.

Se organizó el traslado de los cuerpos de los fallecidos a su campamento, tarea que corrió a cargo de sus compañeros de centuria. Los heridos tuvieron el mismo trato, fueron conducidos a los hospitales de que estaba dotada cada Legión, al lado del Pretorio. Era el momento de ocuparse de las carretas. El Augusto, Constantino y algunos legados se llegaron hasta el extremo de la llanura, donde habían quedado las carretas, ahora custodiadas por soldados de caballería de la cuarta Legión. Un centenar de ellas estaban cubiertas con mantas y trapos. Contenían objetos valiosos, sacados de cualquiera de las ciudades por las que habían pasado los *Pictos*. En otras dos docenas de carretas había, atadas

con cuerdas por las muñecas, unas ochocientas mujeres, harapientas, malolientes, con aspecto de pordioseras. Destacaban sus ojos, abiertos desmesuradamente, y su expresión, enloquecida o ausente. Ninguna articuló palabra. Devolver el botín iba a ser difícil, casi tanto como devolver a cada mujer a su ciudad de origen. Pero eso quedaba para los miembros no combatientes, los administrativos del cuerpo expedicionario romano.

El Augusto Constancio recibió la felicitación de sus oficiales de estado mayor. Había sido una gran victoria, obtenida con una cantidad insignificante de bajas. Lo que quince días atrás parecía problemático, cortar la invasión procedente de *Hibernia*, había demostrado ser más sencillo de lo imaginado. Ahora quedaba la procedente de la *Caledonia*. Pero antes sería preciso llegar allí. Todos los objetivos del Augusto se estaban cumpliendo. Y los de su hijo, también.

Capítulo 52

Otras lecciones de Eusebio.

Año 305

Eusebio seguía explicándole a su sobrino Eladio algo relacionado con las prácticas homosexuales.

- "Son las personas "largas" las que causan los problemas que nos interesan. Pero antes de entrar en lo que me has preguntado, debes conocer bien y distinguir a los tres tipos de personas, porque es fundamental.

La denominación de "cortas", "justas" o "largas" se refiere al grado de autoridad que emplean en su vida. Hay personas que, por su carácter, son más propicias a obedecer que a mandar a sus semejantes. Y por semejantes debes entender a quienes tienen su misma edad. No entra en este concepto el tener autoridad con los niños, sino con personas mayores.

Éstas serían las personas "cortas". Puedes reflexionar y encontrarás que en tu vida te has tropezado con personas de las que denominamos "cortas". Esas personas, en general, no dan problemas a quienes conviven con ellas, porque no se entrometen en la vida de los demás.

Pasamos a las personas que suelo denominar "justas". Son las que han encontrado el nivel correcto de autoridad a emplear en sus vidas. Y lo ponen en práctica. Llevan ventaja en la vida a las personas "cortas", porque no se dejan manipular por los demás. Tienen claro en qué mandan ellas y en qué aspectos, por el contrario, mandan los demás. Tienen claro que son ellas las que deciden su propio comportamiento, y no los otros. Claro que si, por ejemplo, están en el

ejército, saben que quien tiene el mando es el oficial superior. Y se ha de hacer lo que ordena el oficial, no lo que les parezca a ellos.

Ya comprenderás que este nivel de autoridad es lo óptimo. El mundo sería más grato si todas las personas que lo pueblan fueran personas "justas". Creo que estarás de acuerdo conmigo."

- "Lo estoy, Maestro, plenamente."

- "Pues bien, vamos ahora a definir a las personas "largas". Son las que entienden que tienen pleno derecho a mandar sobre los demás, no sólo sobre sí mismas. Y se empeñan en decirle a todo el mundo cómo debe actuar. Y si un hijo, o el cónyuge, o el pariente, o el vecino, no hacen lo que ellas dicen protestan, discuten, se enfadan y gritan. Las personas "largas" son las manipuladoras natas. Su objetivo *semper et ubique, siempre y en todas partes*, es que se haga su voluntad, imponer su autoridad.

Como puedes imaginar, Eladio, estas personas crean problemas. Voy a preguntarte con quiénes te parece que se crearán problemas. ¿Con las personas "cortas" o con las personas "justas"?"

- "Con las personas "justas", Maestro, porque las "cortas" se dejarán mandar …"

- "En efecto, Eladio, así es. Con las personas "justas", que no van a aceptar que alguien externo les imponga su autoridad sin tener razón alguna para ello. Muy bien. Vamos a empezar ahora a analizar qué sucede cuando en la vida se reúnen personas de estos tres tipos. Si te fijas bien en los matrimonios, es muy frecuente que se den ciertas combinaciones, pero casi nunca se dan otras. Lo haremos en forma de preguntas. ¿Con quién tendrá amistad o formará pareja una persona "larga"?"

A lo que Eladio, tras dudar un instante, respondió:

- "Sólo con personas "cortas", me parece."

- "Así es. Con una persona "justa" ya hemos visto que saltarán chispas de continuo y la convivencia se volverá imposible. Ni amistad, ni unión estable entre ambas."

- "Ahora me debes decir con quiénes tendrán una relación fácil las personas "justas"."

- "Con todo el mundo menos con las personas "largas"."

- "En efecto. Lo has captado sin gran esfuerzo. Y queda la última combinación. ¿Tendrán relación fácil dos personas "cortas"?"

Eladio arrugó el ceño. Pensó un rato y respondió.

- "No se me ocurre ningún motivo por el que vayan a tener problemas, si cada una le deja hacer a la otra …"

- "Quizás es que no te he hecho la pregunta de forma suficientemente clara. Es verdad que no tendrán problemas al tratar una con otra si se encuentran en el

Foro un día. Pero lo que te quiero indicar es que en un matrimonio difícilmente se unirán dos personas "cortas". Porque, de manera difusa, serán conscientes que no hay una guía, de que nadie es capaz de llevar el timón de forma constante. Y eso les empujará a ir cada una por su camino.

Una persona "corta" va a buscar su complemento, lo que a ella le falta, en alguien que sea capaz de ejercer la autoridad. Unas tropezarán con - o sabrán elegir a - una persona "justa", y otras darán con una persona "larga" y enlazarán con ella.

Y como el problema está en las personas "largas", vamos a entrar en esa casta y vamos a matizar. Las personas "largas" tienden a manipular, a controlar, a dominar a los demás. Pero hay grados en este intento de control. Las hay extremadamente "largas" y las hay "largas" pero no tanto. ¿Vas entendiendo?"

- "Sí, Maestro, os sigo perfectamente. Ya estoy pensando en personas concretas de mi familia. "

Eusebio sonrió.

- "No, no quiero que personalicemos. Eso que piensas guárdatelo para ti. Hablamos en general. Verás, he observado que las personas "largas" deforman a las personas que tienen a su alrededor. Deforman, para ser exactos, a las personas "cortas", a las que no saben ejercer la autoridad. Las anulan, las vuelven indecisas, temerosas, apocadas. Las inhabilitan, en mayor o menor grado, para la vida de relación. Son como arañas, que tejen su tela y atrapan en ella a quienes tienen cerca. Y las inmovilizan, y las tienen siempre cautivas en su tela de araña. Y mandan sobre ellas. Y eso les satisface.

Esto no sería grave si esa labor la hicieran con personas mayores, con personas de su edad. Porque una persona mayor tiene medios para quitarse de encima un control indebido, el control de una persona "larga". Pero el problema viene cuando esa labor de sometimiento, de anulación, de deformación del carácter, se hace con los propios hijos."

Hubo un silencio. Eusebio quería que las ideas se posaran en la mente de su sobrino y que éste las asimilara. Por eso no se dio prisa en proseguir. Estaban llegando al fondo del asunto. Eladio le miraba con una mirada especial; una mirada en la que iban mezcladas la sorpresa y la interrogación. Estaba invitándole a seguir.

- "Imaginémonos la situación. Una persona "larga" ha contraído matrimonio con una persona "corta". Y tienen hijos. En esa familia manda la persona "larga", que ha ido anulando la voluntad de su cónyuge, de modo que en esa casa se hace lo que ella ordena. Esa persona "larga" va a estar ordenando a sus hijos todo lo que tienen que hacer, lo que tienen que decir, cómo se han de comportar, obedeciéndole siempre a ella. Y en los muchos años que dura la niñez, esos hijos van a tener anulada su voluntad."

Al callar Eusebio, Eladio continuó:

- “Pero esa situación no va cambiar con la pubertad, ni en la juventud ... Esa persona dominante va a querer dominar a los hijos como ya domina al cónyuge. Entonces, ¿qué va a pasar con esos hijos?“

- “Ése es el problema, Eladio. Puede haber hijos fuertes, con gran confianza en sí mismos - lo que aquí estamos llamando personas “justas” - que se sobrepongan a la deformación que intenta su progenitor, y mantengan, a pesar de todo, sus criterios. Serán los más débiles los que se sometan, y, como reacción, vayan acumulando tal odio hacia ese progenitor, padre o madre, que les ha oprimido durante todos esos años, que ese odio lo transmitan a todas las personas del sexo de su padre o madre dominadora.

Si es el padre el dominante, las hijas pueden reaccionar odiando al padre y con él, en su persona, a todos los hombres. Y resultará deformada su inclinación sexual. Y si es la madre la persona dominante, los hijos pueden sentir aversión instintiva a todas las mujeres, y convertirse en homosexuales compulsivos.

De modo que he observado que un progenitor dominador, autoritario, un progenitor que se impone, deforma la personalidad de todos los de la casa, y puede invertir la inclinación sexual de los hijos del sexo opuesto. Los hijos del mismo sexo que el progenitor dominante y autoritario no resultan afectados en su inclinación sexual, pero sí pueden serlo los del sexo opuesto.

Y entonces llegamos al tercer tipo de personas con la sexualidad alterada, a lo que llamo “compulsión familiar”. Y le he llamado “compulsión”, porque “compeler” es obligar a uno, por la fuerza, a hacer lo que no quiere. Y eso es lo que un progenitor “largo” puede hacer a sus hijos del sexo opuesto.

Y ello, ante la pasividad y la inacción del otro progenitor, que por ser “corto”, no tiene energía para impedir la castración eventual de sus hijos. Ni, posiblemente, conocimiento de lo que se está produciendo en su propio hogar.”

Ambos guardaron un largo silencio. Casi todo estaba dicho ya sobre ese tema. Eladio, al rato, trató de buscar alguna solución.

- “¿Y no conocéis, Maestro, alguna manera de evitar todas esas atrocidades?”

- “No hay más que una solución, Eladio, y es madurar. Te he explicado todo como uso insuficiente, correcto o excesivo de la autoridad. Pero eso es parte del total. La autoridad es el efecto, no es la causa. Falta decir que en el fondo yace un problema de madurez. Ni el “corto” ni el “largo” son seres maduros. La causa de todo esto es la madurez.

Sólo el que hemos llamado “justo” ha alcanzado una madurez suficiente como para poder zafarse de los lazos de la dominación, del aniquilamiento de su personalidad. Y ése es el camino del Conocimiento que abrieron los Maestros griegos y que tú, Eladio, deberás recorrer. Ésa está prevista que sea tu labor

cuando vayas a formarte a Atenas, o a Alejandría. Aunque algo te adelantaremos incluso en *Cesarea* de Siria."

Eladio se quedó mirando fijamente a su tío. ¿Qué tenía su tío que le sorprendía cada vez que hablaba con él?

Capítulo 53

Monte Asdrúbal.

Año 305

Ya dentro de la ciudad, subieron hasta la Acrópolis, como de niños hicieran. A pesar de que había visto otras ciudades - algunas incluso más importantes que su *Cartago Nova* natal, como *Hispalis* (Sevilla), *Tarraco* (Tarragona) o *Busadir* (Melilla) - a Osio le atraía volver a pasar, una y otra vez, por los lugares que frecuentó de niño. Era para él retornar a un pasado que fue feliz, despreocupado, libre.

Pasaron bajo los muros de la sobria fortaleza, que vigila la bocana del puerto. En la cima del monte de Esculapio soplaba una agradable brisa. Miraron a la fortaleza. Por sus almenas asomaban los onagros, las balistas, a la espera de alguna nave enemiga. La ciudad tenía la laguna a sus espaldas, a un flanco el canal, y el mediodía protegido por la imponente fortaleza, construida por los cartagineses y mejorada por los romanos. Vieron a los centinelas, charlando junto a la puerta. No pusieron buena cara al ver a los dos jóvenes merodeando, cerca de los fosos. En vista de eso, dieron por terminada su visita.

Luego, bajaron del monte, y, por callejas estrechas, llegaron a la explanada en la que el Circo se asienta. Osio recordó los espectáculos que se daban en él años atrás. Era un gran anfiteatro, con capacidad para quince mil espectadores. Ahora, soberbio, inmenso, en silencio, apenas era una sombra de lo que él recordaba de niño, cuando acompañaba a su padre, porque ya apenas se emplea.

Pasaron junto a la Curia - que constaba de un edificio central, circular, con dos alas rectangulares - donde tanto se pleitea. Muchos letrados entraban o salían del edificio principal. Se estaban celebrando algunas vistas, a juzgar por los curiosos, que, fuera del edificio, parecían esperar noticias. Osio pudo ser letrado. Su padre se lo había propuesto años atrás. Quería tener un letrado en la familia. Pero Osio rehusó. Prefirió las Letras, el saber por el saber. Quería ser culto, pero no para emplear su saber a favor de otros ciudadanos, y no andar con componendas. ¿Iba a trabajar para otros él, con la vida resuelta? Y si no iba a emplearla en las querellas judiciales, ¿para qué estar tiempo y tiempo dedicado a la Retórica?

La Curia le recordaba las discusiones que tuvo con su padre al rehusar él las indicaciones paternas. Por eso dijo a su amigo.

- "Vamos, hace mucho calor aquí."

Bordearon las murallas por una pequeña senda, y bajaron hasta el llano, hasta la Puerta de Tierra. Era el istmo de la península sobre la que se asentaba la ciudad. Por ser día de mercado había una actividad superior a la normal. Por ella pasaban muchas gentes de toda ralea.

Los dos amigos apresuraron el paso. A ninguno de ellos les agradaba el olor a sudor y a otros olores, aún peores, de la plebe. Dejándola atrás, subieron, por una empinada cuesta, al Templo en que al gran Aletes se da culto y se venera. Aletes, contaba la tradición, había sido el primero que montó una explotación minera, descubriendo así la fuente de la principal riqueza. Osio estaba convencido de que el tal Aletes nunca había existido. Era un arquetipo, un ser imaginario. A los antiguos les gustaba personificarlo todo, a los fundadores, a los dioses, a los héroes. Osio preguntó a su amigo.

- "¿Qué opinas del tal Aletes?"

Sempronio pareció dudar. Lo cierto era que nunca se había preocupado de pensar en el tal Aletes. Intentó escabullirse.

- "La gente se acuerda mucho de él cuando llega su fiesta mayor, tras la vendimia. Pero me parece que les interesa bastante más la comida gratuita - ésa que se organiza en el Foro - que la figura del ilustre ancestro."

Tampoco a Osio le interesaba mucho la historia del ilustre antepasado, ni lo que su amigo pensara del personaje, ficticio o no. Desde el monte de Aletes se divisaba una amplia panorámica. Y no había ni centinelas, ni muchedumbre. Se sentaron en la escalinata del Templo. Eran los únicos que habían subido a la colina ese mediodía. La vista era clara y amplia. Más allá de la ladera, con varios barcos pesqueros, se extendía, azul, inmensa, la laguna, que era enorme, poco profunda. Decían los mayores que en sus tiempos era más profunda. A su vera se distingue el acueducto, que conduce agua a las Termas, a las casas, a las fuentes, a los edificios públicos, y a las mansiones selectas.

Se había hecho la hora del almuerzo. Sempronio había tomado su desayuno habitual, consistente en pescado, frutos secos, higos de pala y dátiles. Para terminar, un vaso grande de zumo de naranja, la fruta que tanto se cultivaba en el Norte de la provincia. En cambio, Osio, que la noche anterior, y a la luz de las candelas, había estado leyendo a Petronio, no había tomado apenas nada. Pero tampoco quería hacer una comida en toda regla. No para lo que luego pensaba hacer.

De allí bajaron al Foro, por la calle que allá lleva, una de las ocho calles que a la gran ciudad vertebran, una calzada empedrada a la que bordeaban tres *insulae* (manzanas) a cada lado. Sobre todo las in*sulae* cercanas al Foro contaban con varias *tabernae* (tiendas). Viendo mucho gentío en el Foro, entraron a comer alguna cosa a una taberna que estaba atendida por una joven y un mozo. Gastaron bromas a la tendera en el mostrador, mientras le encargaban los pescados más sabrosos que había a la vista, un poco de pan y una jarra de buen vino. La muchacha ya les conocía y les trató con amabilidad, sabiendo de qué familias procedían.

El Foro de *Cartago Nova* no tenía la forma rectangular del típico Foro romano. Tenía forma de óvalo. Había sido construido por Asdrúbal, con el lado más estrecho mirando a la Puerta de Tierra. Los romanos habían respetado el trazado de la ciudad púnica. Habían fijado como *Cardo Máximo* la vía que dividía el Foro por el medio y que unía ambas puertas, la de Tierra y la del Mar, situada al Oeste de la ciudad. El *Decumano* era perpendicular al *Cardo Máximo*. Dividía también el Foro en dos mitades. Iba del monte de Saturno, al Norte, a la parte baja de la Acrópolis, o fortaleza, al Sur.

Un pórtico, donde estatuas con las columnas alternan, rodeaba el Foro. El pórtico estaba elevado tres pies sobre el nivel de las calzadas que confluían en él. Tenía cuatro accesos, que coincidían con las cuatro desembocaduras del *Cardo Máximo* y del *Decumano* en el Foro. Y justo en el centro estaba, esbelta, la Basílica.

Por ser Cartago Nova la capital de la provincia cartaginense, disponía de Curia, donde se celebraban los juicios y se trataban los demás asuntos de la Justicia. Eso hizo que la basílica romana, construida sobre la basílica púnica, fuera sólo dedicada a los temas de la ciudad, y, por tanto, más pequeña que si fuera a servir también como Tribunal de Justicia. Pero habían suplido el tamaño de la Basílica con la riqueza derrochada en su construcción. Al igual que se hiciera con el Teatro, capiteles de los mejores artistas de la propia Roma habían intervenido en la decoración de sus columnas. Era la Basílica, de mármol y pórfido recubierta, el orgullo de la ciudad, donde firmar los negocios que en el pórtico se gestan.

Pero aquel día, y con motivo del mercado, es tanta la multitud que en el Foro se congrega que, huyendo de aquel tumulto, se van, por la parte opuesta, hacia el Palacio de Asdrúbal.

La primera vez que, de adolescente, oyó aquella expresión, se extrañó de que en la ciudad hubiera un Palacio que él no hubiera visto ya. Tal Palacio, luego lo supo, era un circunloquio, eufemismo que se emplea por todos, y que designa la zona que allá se encuentra, el barrio del placer, la zona de los burdeles, las casas de las rameras. No tuvieron más que seguir el *Cardo Máximo* hacia la Puerta de Tierra y, al poco, se encontraron al pie de la colina. Sempronio sabe muy bien, porque Osio así lo plantea, cada vez que van juntos a la ciudad, que allí acaba la visita. En ese tema Osio es un lobo solitario.

Es posible que existieran allí Palacios y Templos, nadie lo sabe, y a nadie le importa, pero de ellos nada queda; solo prostíbulos caros, en la cima, donde cuesta cien denarios una cama y el servicio que se presta. Las mujeres públicas que trabajan en los mejores prostíbulos de lo alto de la colina de Asdrúbal se consideran a sí mismas "cortesanas". También se hacen llamar "*hetairas"*, la palabra griega para "cortesana". Son la cúspide de la pirámide y tiene a gala ser llamadas como tales.

Las que trabajan en la cima, pero no en los mejores lupanares, se llaman "prostitutas", un título que aún tiene entre ellas cierto renombre. Colaboran con la dueña del local en atraer clientes al mismo. En algunos casos, tras la que aparece como dueña está la figura de un patricio acaudalado local, que pone el dinero y saca sus beneficios.

Hay "rameras" más baratas, bajando por la ladera, las que no trabajan en una casa organizada para el placer, con ciertas instalaciones de lujo, sino en su propia vivienda. Cobran bastante menos que las "prostitutas", y mucho menos que las "cortesanas". Tampoco ofrecen los lujos que se ofrecen colina arriba. Finalmente, algunas lo hacen sin cama; por haber, hay mil maneras. Todas las demás a éstas las llaman "putas", el nivel más bajo de la escala. No pocas empiezan, cuando son jóvenes, hermosas y deseadas, siendo "cortesanas". Cuando cumplen demasiados años pasan a otros burdeles menos exquisitos, y son ya "prostitutas". Y acaban, si no mueren antes de una paliza, de una enfermedad, o marchan a otro lugar, de "rameras", generalmente en una casa que han conseguido de otra "ramera" que dejó el negocio.

Cuando llegan a este punto la rutina se conserva: El uno elige un sendero, y el otro, la vía opuesta. Tanto da que elija uno o el otro. Y se reparten el monte, y en medio monte campea cada amigo, según gusta el género que se muestra. Media colina es suficiente para encontrar un lugar en que hallar placer.

Sempronio, que es segundón, a la cima nunca llega. Los precios de la cima no están a su alcance. Una vez llegó arriba y guarda desde entonces

recuerdo de los decorados, del ambiente perfumado, de las cortesanas a la entrada, adornadas con joyas y apenas cubiertas con sedas, y de lo importante que se sintió eyaculando en lo alto.

Osio, que es un primogénito, sube raudo la ladera, porque arriba encuentra siempre gratas opciones, abiertas a dejarle satisfecho por unas cuantas monedas. Desde que entró en el mundo del placer, a los quince años, es cliente de los tres prostíbulos más lujosos. Y en ellos suele alternar la "cortesana" de su preferencia. Tiene dos reglas, tomadas de un amigo, el que le acompañó la primera vez, y que hizo suyas. Reglas que cumple cuidadosamente: "Con fulanas, nunca dentro". No las considera dignas de conservar su simiente. Podría fructificar y ello, si todo se pusiera en su contra, podría suponer un problema. La otra es "nunca con la misma". Piensa que de ese modo todas tendrán un mayor aliciente por satisfacerle.

La vez pasada, con Drusila, una "cortesana" nueva de "la gran mansión", allá en lo alto, probó uno de sus métodos. Quizás esta vez incumpliera su segunda regla. Tras su exhibición, sus caricias y mil cambios de postura, Drusila le había dicho:

- "¿Cómo quieres terminar, encanto, quieres *correrte* entre mis piernas por delante, por detrás, entre mis pechos, o en mi boca?"

Capítulo 54

Final de la campaña.

Años 305 y 306

Esa noche, en el campamento romano, la euforia por la victoria lograda sobrepasó todo lo imaginable. Varios centuriones, con voz agria, tuvieron que ordenar silencio a sus hombres.

En la tienda del Augusto, mientras tanto, padre e hijo conversaban. Constantino no quería volver a plantear sus planes en público. Quería comunicárselos a su padre con anterioridad. Fue él quien, por la misiva enviada, había pedido hablar con su padre y fue quien inició el tema. Se mostró bastante pesimista.

- "Padre, la defensa de *Britania* es un tema de difícil solución. Las costas occidentales están muy expuestas, mal defendidas y con enemigos a menos de 150 millas. La única solución viable sería construir un fuerte contiguo a las murallas de cada puerto, donde pudieran resistir la guarnición, y los hombres en edad de empuñar las armas, hasta la llegada de refuerzos. Pero ya ves qué refuerzos ha tenido la guarnición del Muro de Adriano cuando ha sido superada

… La mejor arma que tenemos, por no decir que la única, es el escarmiento que inflijamos al invasor *picto* …"

El Augusto quedó en silencio. Mirando el plano extendido sobre la mesa y con las explicaciones de su hijo, comprendía la situación: Era imposible defender las costas de una isla tan extensa con sólo tres Legiones. Y no se podían retirar Legiones de la frontera germana. Era un problema sin solución. La solución debía haberse puesto mucho tiempo atrás, conquistando todas las islas, *Hibernia* incluida, no sólo la parte inferior de *Britania*. De ese modo, los ataques de los bárbaros sólo hubieran podido producirse desde Germania, y por mar. Y Germania estaba muy lejos. Pero eso ya no tenía remedio. Y ahora Roma no era tan fuerte como para hacer lo que no se hizo antes. Su hijo le sacó de sus pensamientos.

- "Hay algo más, padre, prosiguió Constantino. Si más de una Legión ha de estar estacionada en nuestra frontera Norte, con la otra Legión y media es posible montar guarniciones en las principales ciudades de *Britania*, de modo que puedan hacer frente a una correría de una tribu o dos. Pero no pueden hacer frente a una invasión masiva, como la que se acaba de dar. El Norte se guarneció desde Adriano, pero el Oeste está librado a las naves procedentes de *Hibernia*. Necesitaríamos más tropas para proteger adecuadamente la parte meridional de la *Britania Secunda*. Ahora mismo la tenemos librada a sus enemigos *pictos*."

- "Está bien, hijo ... Ordenaré la construcción de los fuertes que indicas en cada uno de los puertos que miren a Occidente. Claro que el coste deberá sufragarlo la población de la zona, puesto que es en su propia defensa. El Tesoro imperial contribuirá durante dos años reduciendo a la mitad las tasas que deben pagar las ciudades que estén a menos de veinte millas del lugar a defender, que son las que deberán contribuir con materiales y hombres a la construcción."

Constantino habló luego sobre el futuro, sobre la invasión del Norte.

- "Creo que debemos rodear al enemigo, retardando el contacto con él hasta no haber alcanzado el Muro de Adriano. Me parece que conseguiremos nuestro objetivo si damos un rodeo, llegamos a *Eboracum*, ascendemos hacia el Muro de Adriano por la carretera más oriental de la isla y ocupamos la totalidad del Muro. De eso modo, cortamos su retirada y los cogemos en una bolsa. En la próxima campaña podremos acabar con ellos."

Su padre era de la misma opinión y había forjado un plan muy similar. Pero Constancio se sentía muy fatigado. Sabía que los ataques le llegaban después de pasar períodos de fuerte tensión y ahora estaba en uno de ellos. Él había reflexionado mucho sobre los *Pictos*. Si dejaban volver a los invasores a sus hogares, a la campaña siguiente u otra cercana, volverían a probar fortuna en las tierras del Imperio. En cambio, si lograban exterminarlos a todos, o a casi todos, sus tribus quedarían escasas de hombres adultos.

Los niños bárbaros que ahora tenían 12 años y no habían sido admitidos como guerreros, dentro de 10 ó 15 años serían adultos y podrían volver a intentarlo, pero la cantidad de varones existente no aconsejaría correr el riesgo de tener un nuevo bache de natalidad y habría que esperar otra nueva generación, para que las bajas habidas durante la última expedición se repusieran. Había que cuidar el ganado, trabajar la tierra y defender el campamento de posibles ataques de otras tribus. Eso suponía otros veinte años más de paz para los romanos. Y ésa era la herencia que Constancio quería dejar a su hijo. Ya había puesto en marcha un plan para transferirle el mando. Plan que guardaba en secreto.

En la reunión con los legados, tribunos y miembros de su Estado Mayor, el Augusto expuso el plan que veía más conveniente para cumplir la misión que les había desplazado hasta *Britania*. Sus generales escucharon con atención lo que se les explicaba. No se les ocultaba que padre e hijo lo habían decidido conjuntamente. Al día siguiente levantaron el campamento y subieron hacia *Ratae* (Leicester). De allí siguieron la calzada más oriental y, pasando por *Lindum* (Lincoln), llegaron a *Eboracum* (York). La marcha era lenta debido a los carros con la maquinaria pesada.

En la tienda del Augusto se indicaba en un gran mapa los lugares donde se habían encontrado partidas *pictas*. Pronto conocerían los bárbaros que un importante ejército se disponía a hacerles frente. Pero los invasores estaban extendidos por un área enorme. Las comunicaciones entre ellos, muy deficientes, y el hecho de estar más al Sur, les impedirían reorganizarse y presentar batalla antes de que el ejército romano hubiera recuperado el Muro de Adriano y cerrado el cerco.

La marcha puso a prueba a todos, pero el que peor la soportó fue el Augusto. En las últimas jornadas Constancio tuvo que dejar su caballo y viajar en su litera cubierta, tirada por tres caballos negros. Llegó a *Eboracum* al noveno día y allí fijó su residencia. Realmente, no podía resistir más jornadas de marcha, ni siquiera en su vehículo especial. Estaba macilento, muy débil y tenía fiebre. Toda la expedición reposó un día, acampada en las inmediaciones de la ciudad, incapaz de albergar a tantas personas.

Eboracum constaba de tres zonas diferentes: El fuerte legionario, las barracas comerciales y la Colonia, separada ésta de las primeras por el *Maior Flumen* (río Ouse). El fuerte tenía forma rectangular. El lado que daba al río disponía de seis torres. Eran poligonales, salientes, en forma de bastiones. Esto daba a este frontal del fuerte un imponente aspecto. Además de las cuatro torres de las esquinas, existían cuatro puertas, una en cada lado, aproximadamente en la zona media.

Las barracas crecieron como lo hacía todo *vicus*, a la sombra de una fortaleza romana. Vivían en ellas los recién venidos al lugar, los comerciantes,

marineros, artesanos, herreros, galenos y otros múltiples oficios. Se extendía entre el fuerte y el río. Iba creciendo conforme se construían nuevas casas, todas de madera, cada vez más alejadas de la Puerta Pretoria, que daba al río y unía el fuerte con la Colonia.

La Colonia acogía a los veteranos de dos Legiones, de la IX *Hispana* y de la VI *Adiatrix*, que la sustituyó en tiempos de Adriano. También podían vivir en ella ciudadanos romanos. La Colonia estaba amurallada; no así las barracas.

En la Colonia instaló su cuartel general el legendario Agrícola, que se había convertido en la residencia del Gobernador de la provincia. Otro edificio público, de grandes proporciones y lujosa fachada, daba al río. Era la residencia del *Dux Britaniorum*. De una extensión algo mayor que el fuerte, la Colonia disponía de edificios públicos notables, como una Basílica, el Foro, unas Termas, un Teatro, varios Templos y unas pocas villas en los alrededores.

Fue la parte de las barracas la que quedó en ruinas tras el ataque de los *Pictos*. Los soldados de la Legión se dividieron entre el fuerte y la Colonia, ambos amurallados. En la Colonia se trataba de defender las construcciones y las vidas de sus vecinos, del orden de 6.000, incluyendo mujeres y niños. Los habitantes de las barracas se refugiaron en la Colonia, con lo que conservaron sus vidas y lo que de valor se llevaron de sus casas.

El Augusto se quedó en *Eboracum* (York), pues su dolencia se había vuelto a manifestar. Su médico no se alejaba de sus habitaciones. Con él quedó una de las Legiones que componían la expedición. El resto de tropas siguió la ruta hacia el Norte, con objeto de establecerse en todas las estaciones y fuertes del Muro de Adriano hasta *Luguballium* (Carlisle). Desde el inicio de la marcha hasta la llegada al punto más occidental transcurrieron quince días.

El tiempo se volvió fresco, con densos nubarrones cubriendo el cielo. Las lluvias empezaron un par de días después de terminada la marcha. Había dado el tiempo justo para instalar los campamentos. Y no cesó de llover durante semanas. Tal hecho favorecía a los romanos.

Los *Pictos* se asentaron en las zonas donde las lluvias les habían sorprendido y se dispusieron a pasar allí el invierno. No tenían prisa por volver a sus tierras. La mayoría de ellos no sabía que iban a encontrar el camino a casa cortado.

El invierno transcurrió inclemente, impidiendo el tránsito por las carreteras, cubiertas de nieve. Con mucho esfuerzo se pudo mantener abierta la calzada por la que el ejército romano había subido hasta el Muro de Adriano, para que el correo funcionara con cierta normalidad. Así se supo en *Eboracum* que los *Pictos* habían destrozado media docena de fuertes en la parte más occidental del Muro. También se deberían reconstruir los fuertes adelantados situados al Norte de los citados, que habían sido previamente saqueados e

incendiados, entre ellos *Castra Exploratorum* y *Blatobulgium*, de los que no quedaban sino ruinas.

Constantino, que había llegado hasta *Luguballium*, en el extremo más occidental del Muro, retornó a *Eboracum* para pasar la mayor parte del invierno junto a su padre. Aún hizo un viaje de reconocimiento por todo el Muro, dando cuenta a su padre de la situación y moral de las tropas estacionadas en la frontera, del reparto hecho con las de refresco y de las tropas que habían quedado en cada fuerte.

Constancio se iba recuperando muy lentamente. Con el buen tiempo primaveral pudo abandonar el lecho y pasear por su residencia, pero en modo alguno podría guiar a sus tropas en la batalla que se avecinaba. Con el buen tiempo una extraña hueste, formada por cuatrocientos guerreros se presentó en *Eboracum*. La mitad eran arqueros; la otra mitad, soldados de a pie. Portaba su jefe un salvoconducto firmado por el propio Augusto, por quien solicitó ser recibido.

Es más, al Canciller que concedía las audiencias le indicó que el Augusto le estaba esperando. Era alto, rubio, frisando la cuarentena. Piel curtida, frente amplia, ojos claros, que se clavaban en su interlocutor cuando hablaba. Nariz recta, boca fina, dientes blancos, barbilla prominente. Cuerpo fornido, sin ser grueso. Llevaba una vestimenta bárbara, germánica. Dijo llamarse Eroc y que los guerreros que le seguían eran *Alamanes*. El Augusto parecía estar esperando tal visita.

Días más tarde, Constancio hizo llamar a su hijo. Esa mañana parecía estar mejor que nunca, incluso como para poder retomar sus responsabilidades de mando. Pero el Augusto no se hacía ilusiones. Ya otras veces había pasado por lo mismo y sabía que si volvía al ajetreo habitual, recaería en menos de una semana. Pero ahora tenía un apoyo con el que nunca antes contara. Esta vez fue el padre quien inició la conversación.

- "Hijo mío, hoy quiero hablar contigo del futuro, de un futuro que me temo que no se va a hacer esperar."

Constantino esbozó un gesto de protesta, pero su padre no le dejó hablar.

- "No me interrumpas. Quiero que me escuches con atención, porque quizás no tendremos más ocasiones como la de hoy. Vas a tener que salir a guerrear con los *Pictos* en breve. Y nadie sabe cuándo terminará la campaña. Yo no podré acompañarte, pero esperaré tu vuelta. Confío que me traigas buenas noticias.

He hablado ya con mis legados y les he dicho que quiero llevar la dirección de las operaciones, a través de ti. Nadie ha objetado nada. Les he dicho que en nuestras conversaciones del invierno te he aleccionado sobre mi sistema para ganar esta guerra. Y que tú vas a ser mi brazo derecho, que tienes toda mi confianza y que conoces mis intenciones hasta el menor detalle. No serás tú quien les guíe, sino yo mismo. Todos han aceptado que tú mandes las fuerzas que actúan en *Britania*."

Constantino hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. No quería interrumpir a su padre y al mismo tiempo deseaba indicar que la medida le complacía.

- "La siguiente tarea será localizar la masa principal de *Pictos*. Algo similar a lo que hicimos en la campaña pasada. Los que han bajado de la *Caledonia* estarán esparcidos en grupos por toda la *Máxima Caesariensis* y parte de la *Flavia Caesariensis*. Convendrá no impedir que se reúnan, pero tampoco podemos hacerles creer que tememos el enfrentamiento con ellos, no sea que, en lugar de volver a sus tierras del Norte, quieran conquistar toda *Britania*."

Nuevo asentimiento por parte de Constantino. El padre prosiguió.

- "La batalla decisiva debiera darse en un terreno que nos sea favorable. Para ello debes huir de presentar batalla en zona rocosa. Ellos están acostumbrados a moverse en ese tipo de terrenos y ello jugaría a su favor. Si fuera yo quien guiara mis tropas, procuraría dejarles subir, cargados del botín, que no pueden abandonar, y preparar la batalla en un terreno adecuado, a la altura de *Voreda* (Old Penrith).

Las tropas que intervengan en la batalla deben ser las estacionadas en el Muro, con los refuerzos que hemos llevado. Se trata de inducir en ellos la confianza en su número, la avaricia por el botín y la proximidad a su tierra. Los tres factores les empujarán a entrar en combate. Si lo hacen, están perdidos. Nosotros podremos alinear unos 15.000 soldados. Ellos tendrían que ser más de 60.000 para ponernos en apuros. Y no pueden llegar ni a la mitad de esa cantidad, según estimaciones de la población de la *Caledonia* que me han dado mis asesores. Es importante que elijas el terreno y que lleves contigo los ingenios de guerra. Cuando los tengas delante, formados, hostígalos con las catapultas y las balistas. Eso les hará abalanzarse contra tus soldados, que es lo que asegurará nuestra victoria.

Las patrullas deben estimar su número. Quizás sea tarea ardua, si están desperdigados, pero es muy posible que sigan la calzada occidental,

que sube desde *Deva* (Chester) hasta *Luguvallium*. En cuyo caso tendríamos la misma situación que tan favorable nos resultó en la *Britania Secunda*. Recoger esa información es asunto de la caballería y ése es tu fuerte. No te diré qué tienes que hacer."

Constantino sonrió. El enfermo continuó.

- "Ya sabes el objetivo, que no quede uno con vida. No voy a poder cumplir ese objetivo por mi propia mano - ya me hubiera gustado - pero ahora te tengo a ti. Y ahora que todo está dicho sobre lo que hay que hacer, déjame que te hable de aspectos que he ido comprendiendo a lo largo de mi vida. Algo ya te adelanté cuando marchaste con el Augusto Iove Diocleciano, pero no tuvimos mucho tiempo, ni yo toda la experiencia que tengo hoy.

Hay más cosas que debes saber para llevar bien las riendas que el futuro te confíe. Quizás no hayas visitado países bárbaros. Conozco tu trayectoria militar y no has estado apenas en la frontera. Hay que vivir muchos años a caballo sobre el *limes*, y pasar al otro lado, para comprender la diferencia entre nosotros y los bárbaros. Poco importa que las chabolas de los germanos sean de troncos de árboles y las chozas de los celtas sean de piedra. Unos y otros viven en estado salvaje.

Cocinan sobre leños que arden, no se lavan, no se bañan, no tienen alcantarillas para las aguas fecales, viven semidesnudos con el buen tiempo y recubiertos de pieles de animales cuando hace frío. Huelen mal, viven sucios, hablan gritando, copulan bajo los árboles, a la vista de toda la tribu … Son unos salvajes. Y son iguales todos los pueblos bárbaros que he conocido, tanto al Norte de la Panonia, como en Germania, como en la cercana Caledonia. Iguales. Roma representa la forma más digna de vivir del ser humano y debes estar orgulloso de formar parte de Roma y de dirigir una parte del Imperio romano."

Constantino se dio cuenta de que su padre hablaba como si su designación fuera cosa hecha. No dejó de sorprenderse por el detalle, pero se cuidó mucho de expresar en voz alta sus pensamientos.

- "Pero tampoco debes caer en la ingenuidad de pensar que el Senado de Roma, en el pasado, y los gobernantes de ahora, desde el Augusto hasta el *propretor* de la última provincia del Imperio, buscaron o buscan elevar la forma de vivir de los pueblos que forman parte del Imperio. No es así. Se ha buscado siempre, desde los tiempos más remotos, la riqueza personal y el poder. Y tú, como gobernador supremo de una parte del

Imperio, debes tenerlo claro y mantenerlo. Favorece siempre a los poderosos, a los líderes locales. Es la forma de tener paz en el territorio bajo tu mando. Ellos, los líderes, ya se encargarán de apaciguar a los habitantes de su zona. No hagas justicia cuando un plebeyo pugne con un patricio. Pon, con astucia, tu jurisdicción a salvo y deja que las cosas se resuelvan por sí solas. Así tendrás el apoyo de las más poderosos cuando lo necesites. Trata al pueblo con magnanimidad, pero siempre que no vayan contra los líderes locales. Hazles saber que si van en esa dirección, no tendrán tu benevolencia; que Roma quiere la paz, que la impone, si es necesario.

Llévate bien con tu Augusto, cuando seas César, y llévate bien con tu César, cuando seas Augusto. Que no haya la menor fricción entre vosotros. Si sospechas que empieza a interponerse un ligero velo, háblale y deshaz el velo. No dejes que se torne espeso, que entonces será más difícil de cortar. Es vital que entre los dos no haya cortesía, ninguna tensión, que haya una absoluta franqueza, como la que hay entre tú y yo. Tenéis el mismo objetivo, gobernar dos partes contiguas del mayor Imperio jamás creado. Nunca pierdas esto de vista."

Ante el signo de protesta que se pintó en el rostro de su hijo, añadió.

- "Sí, ya sé, Alejandro creó un Imperio mayor que el de Roma, pero su Imperio no duró unido ni una década. Sigamos.

Es posible que debas desposar a una hija o una hermana de tu Augusto, como hice yo. Tu corazón deberá plegarse a las prioridades de tu vida, de tu destino. No lo dudes ni un instante.

Esto me recuerda otro aspecto que quería tocar en esta charla: El mundo que te va a tocar vivir es un mundo duro. Fíate de muy pocos hombres. Pero no confíes en lo que te diga, o pida, ninguna mujer. Ya te he dicho cómo deben ser los hombres que te pueden ayudar. Las mujeres … son otra cosa. Ellas son débiles por naturaleza y en ellas habla el corazón. Los dioses quisieron que ellas nos llevaran en su seno, nos alimentaran, y nos cuidaran cuando éramos niños. Y es una noble tarea. Por eso les dieron un corazón blando, capaz de dar cariño. Ésa es su misión. Por eso no deben intervenir en los asuntos de los hombres. Y gobernar es cosa de hombres. Los temas de gobierno no los trates con la que es hoy, o será mañana, tu esposa. Te complicarías la vida más de lo debido. No se puede gobernar con el corazón. Hay que hacerlo con frialdad; recuerda, guardando un

equilibrio entre magnanimidad y dureza. Y una mujer no entenderá nunca esa dureza, tan necesaria para gobernar.

Una última indicación. Ayer se nos unió mi viejo amigo Crocus. En su lengua le llaman Eroc, pero nuestros hombres lo empezaron a llamar Crocus, que es el nombre romano de una hierba silvestre, y él lo aceptó gustoso. Debes conocer su historia. Crocus es el hijo mayor de Gundemaro, un viejo aliado de Roma en la frontera germana. Gundemaro nos avisó de una rebelión que se estaba forjando entre sus vecinos y nos evitó muchas pérdidas y quebraderos de cabeza. Murió en una emboscada de tribus rivales y le sucedió Crocus, que ha mantenido el pacto que su padre suscribió con nosotros. Ha hecho más.

Él y una gran parte de su tribu se han enrolado como tropas auxiliares. Lo hizo en *Germania* y ahora ha querido venir a ayudarnos. Trae a sus mejores arqueros; empléalos. Andamos escasos de ellos.

Trátale como yo le trataría. Sé cortés con el. Preséntalo a los generales y tribunos y dale muestras de deferencia, sin que ello te indisponga con tus inmediatos colaboradores. Ya me entiendes …"

- "Sí, padre, perfectamente."

- "No me hace falta recordarte tu promesa de vivir dentro de la legalidad sucesoria, sometiéndote a las reglas que dictó el Augusto Diocleciano. Mis informadores me han hecho saber que las cosas en Italia están complicándose. Hay tensiones entre el Senado de Roma y el César Severo, a causa de unas leyes emitidas por Severo. Y hay cierta coincidencia de intereses entre la Guardia Pretoriana y el hijo del anterior Augusto, Majencio. No es difícil deducir que Majencio se considera con derechos sucesorios sobre su padre. Sin mi intervención, que no puede haberla, no sería extraño que se dieran irregularidades en Italia. Y tales circunstancias podrían ser beneficiosas también para nosotros, aunque nunca vayamos a alentarlas. Si las cosas suceden como preveo, un terremoto en Italia podría favorecer tu posición en el futuro."

Constancio calló. Estaba haciendo una pregunta a su hijo. Éste lo comprendió.

- "Padre, ya que me has hablado con tanta franqueza, responderé del mismo modo. No te avergonzaré. Cumpliré la promesa que te hice. Si no lo hiciera, no sólo me deshonraría a mí, sino que mancharía tu memoria. Sé lo importante que ha sido el deber para ti a lo largo de toda tu vida.

También lo es para mí. Pero sólo por el respeto que te profeso, haría lo que me pediste aun a riesgo de mi vida."

Un abrazo largo y sentido siguió a estas palabras.

- "Bien, hijo, ahora ve a cumplir tu misión y da buena cuenta de esos salvajes. Yo necesito descansar. Incluso esta charla me fatiga. Antes de tu marcha te convocaré a una reunión junto con los generales y les confirmaré tu mando en mi nombre."

Constantino había respondido lo que su padre esperaba oír. Esperaba poder hacerlo, siempre que el Augusto Galerio le confirmara en el mando. De no ser así … ya vería.

A partir de ese día, Constantino se esforzó por mostrarse dialogante en los primeros contactos con los legados y tribunos de las tropas que su padre ponía bajo su mando. Y cuidó de hacer frecuentes alusiones a instrucciones recibidas de él. Hizo que en todas las reuniones estuviera presente el caudillo *alamán* Eroc. Eroc hablaba un latín con fuerte acento gutural, pero su carácter abierto suplía su escasez de vocabulario y pronto fue uno más entre los asistentes.

Según las informaciones recogidas a lo largo del invierno, los *Pictos* del Norte habían descendido por la calzada que parte de *Luguballium* (Carliste). Llegados a *Voreda* se habían dividido y habían avanzado por las dos vías que allí confluyen. Unos, por la calzada hacia el Sur, barrieron la costa occidental hasta llegar a *Mancunium* (Manchester). Los otros, por el Sureste, tomaron *Cataractorium* (Caterick), *Isurium* (Aldborough) e intentaron hacerse con *Eboracum*, sin éxito. Siguieron bajando y tomaron *Danum* (Doncaster) y *Lindum* (Lincoln).

Llegados a *Deva* y *Lindum*, las dos partidas se dividieron en grupos más pequeños y fueron moviéndose hacia el Sur. Los más audaces llegaron hasta *Lactodorum* (Towcester) y *Durovigutum* (Godmanchester), donde toparon con las guarniciones reforzadas por el Vicario de *Britania*. No eran número suficiente para asaltar las murallas de estas ciudades y volvieron sus pasos hacia el Norte, o se dedicaron a asolar villas y aldeas alejadas de las ciudades bien guarnecidas.

Varios grupos *pictos* se cruzaron con tropas romanas. Tanto con las que ascendían hacia *Deva* (Chester), al mando de Constantino y Turcio, para incendiar las naves *pictas*, como con las que cruzaron la *Flavia Cesariensis* con el propio Augusto a la cabeza. Los primeros se mantuvieron ocultos y mandaron emisarios al Sur, para advertir a los

Pictos de *Hibernia* que un contingente romano de caballería no demasiado importante trataba de darles caza. Otros grupos de *Pictos* del Norte supieron del paso romano a través de la *Britania* media. Se mantuvieron ocultos y sólo adivinaron que se dirigían a *Eboracum*, como así era.

El grupo *picto* procedente del Norte tenía un calendario previsto para su campaña de pillaje. Con el solsticio de verano, a finales de Junio, todos los grupos retornarían al Norte, con su botín, pasando por *Mancunium*. Pero al saber que un fuerte contingente romano se dirigía a *Eboracum*, los dirigentes de la invasión, que habían quedado en *Mancunium*, enviaron mensajeros hacia el Sur para acelerar la vuelta a casa. Dos lunas después del equinoccio de primavera (finales de Mayo) todos los grupos deberían estar en *Mancunium* para iniciar la retirada. Los que no llegaran a tiempo, quedarían rezagados, con el peligro que ello podía suponer

Por su parte, Constantino dio órdenes para que las tropas estacionadas el invierno en el Muro de Adriano, con la primavera dejaran unos retenes mínimos en cada fuerte y torre y se dirigieran con todos sus pertrechos hacia el Oeste, siguiendo la calzada militar que corría paralela al Muro. Una vez llegados a *Luguballium* (Carliste), debían descender y construir su campamento al Norte de *Voreda* (Old Penrith).

Fue al enviar una *turma* de caballería a explorar *Mancunium* (Manchester) cuando los romanos supieron que allí se había establecido el cuartel general *picto*, a juzgar por el volumen de guerreros que ocupaban la villa. Esta información confirmó que los *Pictos* emplearían la calzada occidental de la isla como vía de retorno a su país y, por tanto, la conveniencia de apostarse en los alrededores de *Voreda* para dar allí la batalla final. Se mantuvo una vigilancia intensa sobre el cuartel general *picto* y con la llegada del buen tiempo se comprobó la afluencia de numerosos grupos y su acampada en los alrededores. A finales de Mayo el grupo reunido era inmenso y una semana más tarde inició la marcha hacia el Norte. A la velocidad que llevaban, 10 millas romanas por jornada, llegarían a *Voreda* en quince o veinte días.

Teniendo en cuenta las tropas que mandaba, Constantino decidió que necesitaba algo menos de tres millas romanas (cerca de cuatro kilómetros) para desplegar a sus 15.000 soldados junto con la caballería. Debía haber una amplia llanura al Sur de la formación romana, para permitir que los *Pictos* formaran en orden de combate.

No contaba con toda la caballería que le hubiera gustado. Dio, por tanto, órdenes a varias patrullas que desplegó sobre los alrededores de *Voreda* para que encontraran esa distancia perpendicular a la calzada y limitada por accidentes naturales en ambos costados, lo que impidiera el flanqueo por parte de los *Pictos*.

Al cabo de un par de días volvieron los decuriones enviados con la solución óptima: A cinco millas al Sur de *Voreda* había un pasaje que cumplía las exigencias requeridas. Era una amplia llanura cuya parte Norte tenía una anchura de cinco millas y estaba flanqueada por el río y un espeso bosque. Fue entonces cuando, puestos de acuerdo todos los mandos, cargados con los suministros pesados de campaña, partieron de *Eboracum* camino de *Voreda*. Siguieron la calzada oriental hasta *Cataractonium* y luego tomaron la desviación hacia el Noroeste, camino de *Voreda*.

La distancia, de poco más de cien millas romanas les llevó 10 días recorrerla, cargados como iban con el armamento pesado. Nada más llegar, Constantino y los mandos fueron a inspeccionar la zona seleccionada. Era exactamente lo que se necesitaba. Las catapultas y balistas se colocarían en el flanco derecho de la formación romana, al otro lado del río. El campamento de las tropas que venían de *Eboracum*, una Legión reforzada con tropas auxiliares, se levantó contiguo al de las tropas llegadas del Muro de Adriano, e incluía las máquinas de guerra en su extremo Sur.

Todo general de un ejército debía tener muy en cuenta los conocimientos tácticos de su enemigo. Debía conocer la forma de guerrear del contrario.

El combate más difícil era entre dos generales romanos. En tales casos, cada comandante de un bando conocía todos los trucos que su contrincante podía emplear, la importancia de la elección del terreno, la importancia de conservar las posiciones y esperar a que fuera el contrario quien abandonara su posición y se lanzara al albur de un ataque, las diversas formaciones que podían tomarse en medio de un combate … Era entonces cuando alcanzaba la victoria el más astuto.

El siguiente caso era el de un comandante romano que luchaba contra bárbaros que habían peleado ya contra legiones romanas, o mandados por alguien que había combatido en el bando romano y conocía las tácticas romanas. En este caso, las dificultades alcanzaban cierto nivel, pues el enemigo conocía las tácticas propias.

El caso más apetecido era luchar contra bárbaros que nunca se habían enfrentado a un ejército romano. Y ése era el caso presente. El armamento de los bárbaros era menos adecuado para la lucha cuerpo a cuerpo que el romano. Lo romanos había acortado su espada, tomando modelo de la *falcata* hispana, espada corta y algo curva, que se adaptaba a la lucha cuerpo a cuerpo mejor que la antigua espada romana, más larga y menos manejable. Las defensas para proteger el tórax y la cabeza eran otra ventaja importante para el soldado romano.

Un tajo al tronco, lanzado por el enemigo, no produciría una herida mortal; sería parado por la coraza. Al contrario, el bárbaro no llevaba coraza y un tajo de la espada corta romana dirigido a su pecho pondría al *Picto* fuera de combate. Los *pilum*, que el contrario no empleaba, eran armas mortales, empleadas sin riesgo, a distancia. El entrenamiento, la disciplina, la forma física en que se mantenían los legionarios eran otras tantas ventajas para el soldado romano.

El conjunto hacía que un general no retrocediera ante un ejército bárbaro que cuadruplicara sus efectivos, aunque si quería merecer el triunfo debía acertar en todas sus decisiones. Todo ello resolvía casi todas las batallas a favor de los romanos.

Durante varios siglos la Legión romana fue el mejor ejército del mundo occidental. Ni los *Partos*, con toda la extensión que llegó a tener su Imperio, eran enemigos temibles. Por este motivo, Constantino, secundado por los que siempre habían sido subordinados de su padre, adoptó la misma preparación para el combate que tan óptimos resultados les diera en la *Britania Secunda*: Como disponía de un pequeño refuerzo de jinetes y arqueros, Constantino unió los jinetes *alamanes* a los propios y pudo formar un fila de cinco jinetes de anchura que protegieran los dos flancos de la formación romana. Asimismo, ordenó a los arqueros que maniobraran en el espacio entre las cohortes romanas, protegiéndose tras la caballería en caso necesario, y hostigaran a los *Pictos* desde lejos, cuando avanzaran, y por detrás, cuando estuvieran enzarzados en lucha con sus hombres. La caballería del ala derecha, debería defender las máquinas de guerra si llegaban a ser atacadas.

Las patrullas de caballería seguían vigilando el largo convoy que formaban los 20.000 *Pictos* que habían venido a saquear las dos provincias norteñas de la *Britania* romana. Habían dado cifras inciertas sobre el

contingente *Picto*. Pero todos coincidían en afirmar que eran más del doble de los que batieron en la *Britania Secunda*

Subían por la calzada de la costa lentamente. Los guerreros de más rango abrían camino. Venían luego los jefes de tribus, en sus carros de guerra, arrastrados por un solo caballo, de grandes proporciones, y guiados por un auriga, que no peleaba. Esta función quedaba reservada al jefe tribal, con el arma a la que estaba más habituado. Al lado del jefe y del carro corría a pie un escudero, o ayudante, tanto durante la marcha como durante la batalla. Seguía la mitad de la hueste, antes de los carros con el botín, que incluía varias docenas de carros con carga humana. Protegían la retaguardia la otra mitad de guerreros, seguidos de unas docenas de jinetes.

Cuando los primeros jinetes alcanzaron la llanura que se extendía al sur de *Voreda* (Old Penrith), y divisaron la formación romana, volvieron grupas y desaparecieron durante un tiempo que a los romanos les pareció una eternidad.

Pasado el mismo, aparecieron varios carros, junto con los jinetes exploradores. Eran los carros de los jefes tribales. Hubo un largo conciliábulo y todos desaparecieron de nuevo. Pero al poco fueron apareciendo ordenadamente jinetes, carros y una fila interminable de guerreros a pie, que se iban abriendo a derecha e izquierda de la calzada, hasta abarcar una anchura superior a la romana. Desde la posición romana no se distinguía la profundidad de la línea enemiga. Pero tanto daba. La suerte estaba echada, frase que cada general se repetía interiormente, como Julio César hiciera en voz alta y por primera vez casi cuatrocientos años antes.

El planteamiento fue en todo semejante al de la batalla anterior y el desarrollo de la lucha también siguió el mismo modelo. Como novedad, y en el campo *picto*, los jefes decidieron formar los carros con el botín detrás de la formación *picta*. Los romanos no entendían tal maniobra, que casi impedía, a los *Pictos* la retirada.

Por su parte, Constantino quería que los *Pictos* aceptaran la batalla campal. Por ese motivo se abstuvo de ordenar hacer fuego a las máquinas de guerra hasta que el despliegue *picto* estuvo terminado. Este hecho convirtió en casi simbólico la aportación de catapultas y balistas al desarrollo de la batalla. Cuando llevaban lanzadas las dos primeras cargas,

los enemigos estaban tan cerca de las líneas romanas que el lanzamiento de proyectiles tuvo que interrumpirse.

Otra preocupación de Constantino era que en el campo romano se produjeran las menos bajas posibles. No por consideración a sus soldados, sino por amor propio. Si el ejército mandado por su padre había liquidado a 8.000 *Pictos* con menos de 40 bajas, él lograría mejor proporción si sus bajas no llegaban al centenar. Su meta era no sólo batir a su padre, sino ganar prestigio ante los mandos militares, que un día iban a serlo suyos.

Los generales y tribunos al mando de cohortes y unidades superiores no ignoraban que tal vez estaban luchando al mando del que pudiera ser su próximo César o Augusto. Además, la batalla anterior había sido todo un éxito, guiados por el propio Augusto. La presente debía serlo igualmente. Todos querían hacerlo de modo impecable, mostrando las mejores virtudes del oficial romano.

Sabiendo que había unos cincuenta carros de combate en la formación *picta*, Constantino consultó a los mandos y fue criterio común dividir los arqueros con los que se contaba en doce pelotones y repartirlos a lo largo de la formación romana. La orden que tenían era disparar a los caballos, no al guía, ni al guerrero montado en el carro. De ese modo, el carro quedaría inutilizado y el guerrero tendría que proseguir el combate a pie, o, mejor aún, los caballos heridos se volverían locos por el dolor y seguirían una trayectoria errática, tratando de huir de los arqueros, saliéndose del campo de batalla.

Al observar que los *Pictos* situaban los carros con el botín en su retaguardia, todos los mandos con experiencia recordaron lo que se debía hacer en casos similares, aprovechar esa circunstancia en favor propio. Tras una rápida consulta, se llegó al acuerdo obvio: Sería Constantino quien diera la orden de avanzar, tras consultar la idoneidad del momento con los jefes militares. Para caso de darse novedades, estaban los trompetas al lado de los jefes. Había que confiar ahora en que los centuriones y los soldados supieran hacer bien su trabajo.

Se dio la orden de disparar las catapultas y balistas mediante un toque seco de trompeta. Los *Pictos* empezaron a recibir proyectiles incendiarios que, aunque no dieron directamente sobre su formación sino dos de ellos, les incitaron a iniciar el ataque sin más demora. Ése era el objetivo de la agresión por el aire.

Lanzando sus gritos ancestrales, se lanzaron a recorrer los escasos trescientos metros que separaban ambas formaciones. Los romanos esperaban a pie firme, agrupados en torno a las primeras líneas de *hastati* y *príncipes*, que serían los que recibirían en primer lugar la fuerza de choque del enemigo.

Los carros se adelantaron ligeramente al resto de guerreros. Cuando estaban a mitad de la distancia que separaba ambas formaciones, varias nubes de flechas se alzaron de entre las filas romanas, dirigidas a los carros. La mayor parte de los caballos que tiraban de ellos recibieron varias flechas cada uno. Casi todos se desplomaron a los pocos pasos. Algunos cambiaron su trayectoria y se desviaron hacia los laterales. Sólo dos persistieron en su carrera y se introdujeron en las filas romanas.

Los legionarios afectados pudieron apartarse a tiempo y el carro pasó de largo entre los *hastati* y los *príncipes*. Fueron los *triari* quienes dieron cuenta de ellos y de los dos hombres que había en cada uno. Una ventaja de la Legión era su flexibilidad para hacer frente a imprevistos de este tipo, debido a la poca profundidad de sus filas, sólo cuatro hombres.

Se repitieron las escenas que se dieron en la primera batalla. Los *pilum* de los *hastati* y los *príncipes* volaron, con un corto intervalo, hacia su destino, las primeras filas de guerreros *pictos*. Muchos de ellos cayeron heridos mortalmente por los *pilum*. Los demás recompusieron la línea rota y chocaron, con bastante menos impulso que el que traían, con la formación romana.

Una parte importante de *Pictos* no hallaron lugar para luchar contra las filas de *hastati* y *príncipes* y se dirigieron hacia el último bastión romano, los *triari*. Éstos eran soldados veteranos, menos ágiles que quienes les precedían, pero que contaban con una mayor experiencia; que, como decían fanfarronamente entre ellos, "*se las sabían todas*".

La orden de avance la dio Constantino, tras recibir la conformidad de los jefes por medio de un jinete mensajero, cuando las cohortes habían realizado un relevo completo.

Se podía esperar a que se resolviera con las actuales posiciones, en el lugar en que los romanos se habían desplegado. Pero era experiencia sobradamente confirmada que en el cuerpo a cuerpo se luchaba mejor avanzando hacia delante. El campo estaba cubierto de cuerpos heridos o muertos.

A la señal de la trompeta, cada centurión dio la orden verbal de avanzar y muy lentamente las filas legionarias comenzaron a caminar hacia delante, empujadas por las que, detrás de ellas, no combatían. El enemigo debió retroceder, entrando con ello en la posición de debilidad que se pretendía.

Los *Pictos* de Caledonia eran en su mayoría pastores, ganaderos, cazadores y sólo una pequeña parte formaba parte de las escoltas personales de los jefes de las tribus. Éstos últimos tenían una preparación inferior, aunque podían equipararse con la del legionario romano, sobre todo con los *hastati*, los menos veteranos. Pero eran una minoría, suficiente para mantener la autoridad del cacique, pero mínima en el conjunto de la población *picta*. Esto hacía que la pericia del guerrero *picto* no fuera en paralelo a su complejo de superioridad. Este complejo, alentado por el éxito tenido en sus guerras locales, allá en la *Caledonia*, y su corta, aunque intensa, experiencia en el saqueo del Imperio, que acababan de realizar, les hacía no temer al ejército romano, desconocido aún para ellos. Los pequeños triunfos logrados frente a guarniciones menores en *vicus* poco guarnecidos y mal amurallados, contribuía asimismo a alentar este complejo.

Por eso, la sorpresa y el desconcierto iba cundiendo entre ellos conforme veían caer a sus compañeros a manos de aquella pared de escudos que resultaba tan difícil de romper. Y la alarma hizo acto de presencia cuando observaron que el enemigo comenzaba a avanzar. Las fuerzas estaban aún bastante equilibradas y los *Pictos* siguieron la lucha, aun retrocediendo, pero sus bajas iban en aumento. Cuando llevaban retrocedidas las dos terceras partes de la que había sido su carrera de ataque, en los *Pictos* que quedaban aún en pie se forjó la convicción de que estaban perdidos. Con un grito que en su idioma significaba "¡¡*Atrás*!!" echaron a correr hacia la línea de carros.

Fue el momento esperado por Constantino, que ordenó la carga de toda su caballería. Los jinetes ya sabían que, de un momento a otro, se los requeriría para perseguir a los huidos. E iban tomando posiciones entre las líneas de legionarios desde las que iniciar la persecución con mayor ventaja. Cuando la orden llegó, partieron como rayos en busca de su presa. Cogidos de espaldas, cansados, los fugitivos *pictos* fueron cayendo uno tras otro bajo las lanzas de los jinetes romanos o con el cuello partido por

una espada que silbaba un segundo en el aire. Sólo muy contados llegaron a la línea de carros, se metieron entre los caballos y pasaron al otro lado.

Los jinetes tuvieron dificultad en rodear el carro, pero una vez hecho, prosiguieron la caza. De los escasos *Pictos* que sobrepasaron la línea de carros, sólo media docena tuvieron ocasión de esconderse en el bosque más cercano, situado a la derecha de la formación *picta*, y lograron huir. Los demás fueron cazados y muertos.

Para ese momento, todos los soldados romanos se entregaban a la regocijante tarea de rematar a los enemigos heridos. El campo de batalla se llenó de aullidos de muerte, gritos que hacían las delicias de los soldados romanos. Se lo tomaron con calma, haciendo el trabajo a conciencia. Los gritos se prolongaron durante una hora.

Éste era el colofón esperado, tanto por unos como por otros. El invasor sabía desde que forzaba el Muro de Adriano, que tenía que triunfar en su correría. Si lo lograba, volvería a su tierra dueño de una carreta llena de botín, con el que mejorar la economía de los suyos y que era una muestra de su valor.

Sería reconocido como un héroe de por vida, y sus herederos y deudos lo alabarían incluso después de muerto. Si fracasaba, le esperaba la muerte en cualquier paraje desconocido de la *Britania*, que habría saqueado para nada.

Si no moría en el combate directo, con el pecho atravesado por una lanza, hendido el corazón por un tajo bien dado, o con el vientre abierto, desangrándose en el suelo, sería rematado sin piedad cuando todo hubiera acabado, si había conservado la vida hasta ese momento.

Pasar de parte a parte el tórax con la lanza, cortar el cuello al herido que el compañero asía por los pelos y tiraba de ellos hacia arriba, meter la espada corta en el abdomen y girar ésta, para ver si el cuerpo pertenecía a un muerto o no, eran las formas más habituales de rematar a los heridos.

En otras ocasiones se tomaban prisioneros, pero la forma más expeditiva, la que más agradaba a los soldados, era lo que se llamaba en jerga legionaria "*permiso para limpiar el campo*". Constantino lo había dado antes de iniciar el combate. Eso aumentó la moral de las tropas y redujo las bajas. Cuando se hizo el recuento, tras formar todas las centurias, cohortes, alas auxiliares y *turmae* de caballería, se supo que

había habido 67 muertos y dos centenares de heridos. Constantino sonrió. Lo había logrado.

Ningún soldado romano tenía permiso para despojar al caído, romano o enemigo, de ningún objeto. Si alguno era sorprendido *in fraganti*, recibía la pena suprema, morir apaleado por sus compañeros de cohorte. Eran los *administri* quienes hacían tal labor, pero lo hacían en nombre del comandante. Éste formaba así el botín, que tenía una forma de reparto preestablecida: Un tercio era para el Emperador, otro tercio para el comandante en jefe, y el tercio restante para los mandos y la tropa.

Constantino, al igual que su padre, dio orden de que lo que los *Pictos* transportaban en las carretas no formara parte del botín de la batalla. Se llevaría a *Eboracum* y se devolvería a sus propietarios. La mayoría de las mujeres estaban embarazadas y en un estado lastimoso. Un decenviro y quince jinetes salieron para *Eboracum*. La vuelta a los lugares de origen se inició pasados tres días, empleados en las exequias de los muertos. Se les incineró con honores militares.

La Legión acuartelada en el Muro de Adriano retornó hacia el Norte, con la orden de comenzar de inmediato la reconstrucción de los fuertes e instalaciones que los *Pictos* habían destrozado. Las tropas venidas de *Eboracum*, con la maquinaria pesada, volvían a su cuartel general. El Augusto había encargado a Constantino que le acompañaran todos los miembros del Estado Mayor. Esto debía indicárselo acabada la campaña contra los P*ictos*. Y ésta había terminado con la máxima prontitud. Constantino ya sabía lo que el Augusto iba a decir a ciertos jefes. Éstos, también.

Pero si lo sucedido en *Voreda* era favorable a los romanos, la situación en *Eboracum*, en lo que respecta al Augusto, eran por demás desesperanzadora. Y ésa fue la información que trajeron los mensajeros a su regreso. Aunque Eroc trataba de hacer amable la ruta de retorno, los mandos militares tenían cara de preocupación. Habían vencido a los *Pictos*, pero ahora tendrían que enfrentarse a su Augusto.

Constantino, por su parte, parecía temer una reprimenda paterna, pues su rostro estaba taciturno y evitaba las conversaciones. Eroc se acercó a él.

- "Al ver la cara tuya parece que nosotros perder la batalla y no los *Pictos*, Constantino", comentó jovial el *alamán*.

- "Estoy preocupado, Eroc."

- “¿Por qué?”

- “Es por mi padre. Las últimas noticias de *Eboracum* no son buenas. La salud de mi padre ha empeorado desde que salimos de campaña. Se teme por su vida.”

Eroc quedó silencioso. Apenas acertó a musitar en voz baja y con torpeza.

- “Yo sentirlo, tribuno …”

Y el *germano* no supo qué más decir. Seis días más tarde llegaban a *Eboracum*. Constantino se dirigió a las dependencias del Augusto en Palacio.

Le salió al paso el médico personal de su padre, Sempronius, que ya había sido advertido de la llegada de las tropas. Ante la muda pregunta del joven, Sempronius bajó los ojos.

- “Tenía orden tajante del Augusto de ocultar a todos la gravedad de su estado, tribuno. De hecho, ya el año pasado le aconsejé que pospusiera su viaje a *Mediolanum*, que diera una excusa … pero se negó. No debía haber salido para la *Britania*, pero dijo que era su deber. Sólo resiste gracias a las pócimas que le preparo y que toma a cada momento, cuando nadie le observa.

Experimentó una notable mejoría cuando vos llegasteis, tribuno. Parecía curado. Pero eso duró apenas un mes. Luego, la enfermedad hizo acto de presencia de nuevo. Es un hombre muy fuerte, nunca vi nada igual. Pero su tiempo se acaba. La ciencia médica no tiene remedio para su mal. Sólo podemos compensar su debilidad con substancias excitantes y aliviar su dolor con hierbas calmantes. Pero eso es sólo para prolongar su vida consciente. Llegará un momento en que entrará en un sopor del que ya no despertará.”

- “Pero, ¿qué tiene? ¿Cuál es su enfermedad?”

- “Es algo que va en su naturaleza, tribuno. No se sabe qué pueda ser. Alguno de sus órganos internos tiene un déficit de nacimiento. O puede que se contagiara en alguno de sus destinos, tal vez por alimentos, por agua en malas condiciones, o que alguien le contagiara esa enfermedad. Vos ya conocéis la vida en campaña …

Esa palidez, sobre todo en los labios, es la señal delatora. Soy su médico desde hace más de diez años y sé que lleva una vida austera. No es por lo que hace ahora, sino por lo que pudo haberle pasado hace muchos años, posiblemente en su juventud.”

- "¿Podré hablar con él?"

- "Mejor mañana a media mañana, tribuno. Es la hora en que está más despejado. A estas horas sería incapaz de seguir una conversación con vos."

Constantino hizo un gesto de desaliento y dio media vuelta, camino de sus aposentos en el Palacio del Gobernador, donde se alojaba con su padre.

Esa noche a Constantino le costó conciliar el sueño. Su mente era un hervidero. Pensamientos halagüeños dejaban paso a otros amenazadores, sin que ninguno de ellos se asentara definitivamente. Su padre estaba grave; había grandes posibilidades de que estuviera viviendo sus últimos días. Esta situación le cogía desprevenido. El momento tan deseado podía estar a punto de presentarse. Se centró en cuál debía ser la postura más favorable a sus planes. Poco a poco diversos aspectos le iban quedando claros. La mayor familiaridad y trato con su padre, el Augusto Constancio, le daba una llave que debía emplear inteligentemente. Con ella podía abrirse puertas. Vio claro que debía tomar las riendas, ganar la iniciativa. Hablando, claro estaba, en nombre de su padre. Conforme fue ganando en seguridad, la tranquilidad le invadió y, finalmente, en la mitad de la segunda vigilia, pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente Constantino se dirigió a las habitaciones de su padre. Sempronius salió de la habitación para recibirle. La saludó con deferencia.

- "Salve, tribuno. Como ya os dije a estas horas se encuentra mejor, siempre que haya podido descansar por la noche. Esta noche ha dormido bastante bien, con sólo unas pocas interrupciones. En estos momentos habla con lentitud. Eso es consecuencia de la sedación. Caso de no tenerla, tendría fuertes dolores en el vientre, y su capacidad de relación sería muy inferior. Debemos conformarnos con lo que su estado de salud permite ...

Podéis pasar a verle, pero procurad no cansarle. No le comuniquéis noticias adversas y sed breve, os lo ruego, en vuestra alocución. No puede seguir párrafos demasiado largos. Tened en cuenta que lo hacéis por su salud."

Y el médico se hizo a un lado, abriendo la puerta de la habitación en que descansaba el enfermo. La amplia habitación estaba en penumbra. Un fuerte olor a medicaciones varias era perceptible nada más entrar. En el fondo, en un amplio lecho, su padre agonizaba. Constantino se acercó sin

hacer ruido. Constancio Cloro tenía los ojos cerrados, la faz demacrada, amarillenta. Era muy diferente al padre que dejó al salir de campaña, hacía apenas un mes. Constantino permaneció de pié, junto al lecho. Su mente estaba en blanco.

Como si adivinara que había una presencia a su lado, Constancio Cloro entreabrió los ojos. Esbozó lo que quería ser una sonrisa, sin llegar a serlo.

- "¿Eres tú …? Loados sean los dioses …"

Parecía fatigarse al hablar. Pasó un tiempo que a Constantino se le hizo muy largo. No sabía qué decir a su padre.

- "Hijo … ya sabes … lo que debes hacer … Confío en ti …"

Hubo un largo silencio. Constancio había cerrado los ojos. Constantino se decidió a preguntar.

- "Padre, ¿debo llamar a Teodora y a mis hermanos?"

Su padre mantuvo los ojos cerrados. En un murmullo, respondió:

- "No … no llegarían … y no quiero que me vean así … Tampoco quiero ver a nadie … salvo a ti … Habla tú a mis generales … ya sabes lo que debes hacer …"

Y cerró los ojos. Algo le dijo a Constantino que la entrevista había terminado. Dijo en voz alta, para estar seguro de que su padre le oía.

- "Como digas, padre. Más tarde volveré. Descansa."

Se quedó pendiente de su padre, pero éste no hizo signo alguno. Al cabo de un tiempo, retrocedió lentamente y salió de la habitación. Sempronius estaba junto a la puerta, al otro lado.

- "Volveré mañana a la misma hora", dijo Constantino.

Constantino comprendió que se había quedado solo. Su padre había trabajado en favor de su elevación a la púrpura, pero en lo sucesivo tendría que contar sólo con sus medios. Se había comprometido con su padre a comportarse de manera impecable, con el Imperio y con la legalidad. Pero él sabía que eso había sido sólo un recurso formal. Haría lo que mejor conviniera a sus planes, pesara a quien pesara. No iba a retroceder ahora, después de haber superado todas las pruebas, desde cuando vivía en *Nicomedia*.

En sus cavilaciones nocturnas había decidido actuar poco a poco, persona a persona. Para conocer a todos los mandos de su padre, para que ellos le trataran de manera individual, y para construir al mismo ritmo que la llama de su padre se apagaba. Debía reforzar los lazos de todos ellos

con él, pero hacerlo de modo que no se viera interés por su parte. El objetivo de sus contactos decidió que fuera la opinión de los mandos sobre los planes que su padre había trazado de acuerdo con él. Las opiniones serían más libres si se expresaban aisladamente, de ahí su intención de hacer las entrevistas de manera individual.

Además, ese motivo serviría para justificar la orden del Augusto de que todos los mandos vinieran a *Eboracum* a tratar con él. Sería él quien les dijera que no había intención alguna de petición de cuentas, ni de destituciones, aunque él sabía que era ésa la intención de su padre. Era inadmisible que ninguna de las tres Legiones estacionadas en *Britania* hubiera movido un dedo para atajar la invasión *picta*. Pero ahora no era el momento de entrar en ese tema. Al contrario, debía usarlo para favorecer sus planes.

Tanto en el fuerte romano, como en la Colonia, la actividad en los pasillos era intensa. En todos los corros se comentaba la enfermedad del Augusto y su gravedad. Las voces se apagaban cuando pasaba Constantino, pero él aparentaba no darse cuenta y seguía su camino.

Las entrevistas produjeron el fruto esperado por el joven tribuno. Todos los mandos con los que se entrevistó fueron muy deferentes con él y apoyaron como un solo hombre las medidas previstas por su padre, según la versión del joven, aunque la mayor parte de las propuestas habían partido de él. Todos apoyaron la construcción de fuertes en los puertos occidentales de *Britania*. Para tales obras todos los mandos se ofrecieron a mandar destacamentos de sus unidades durante el tiempo que duraran las obras. Constantino tomó nota en sus tablillas de cera, que siempre llevaba consigo, de tales ofrecimientos. Al segundo día, un tribuno *laticlaudius* le preguntó por el juicio que tenía el Augusto sobre la eficacia de las tropas estacionadas en la isla. Era la oportunidad que Constantino estaba esperando.

- "El Augusto está muy satisfecho con el comportamiento de sus tropas, tanto en la batalla contra los *Pictos* de *Hibernia*, librada bajo su mando, como contra los invasores del Norte. Me dijo que quería grabar una lápida mencionando las unidades que intervinieron y sus comandantes. No llegó a decirme dónde tenía decidido colocar dicha lápida. Tal vez fuera uno de los temas que pensaba consultar a los mandos."

No hubo más cuestiones sobre tan espinoso tema, sin duda porque el tribuno se encargó de transmitir a quienes debía la postura expresada por

el hijo del Augusto. Constantino pensó, como así era, que el tribuno que le abordara no actuaba por su cuenta, sino que había sido enviado por los mandos superiores. Una mayor distensión se notó en el ambiente tras saberse las intenciones del moribundo Augusto. Y un obstáculo quedó removido para lo que, con el concurso de todos, se estaba fraguando.

En las conversaciones que continuamente se mantenían en los despachos de los mandos militares y en los pasillos de los tres edificios militares había un personaje que estaba trabajando en la misma dirección que Constantino. Era el jefe *alamán* Eroc. Tan pronto supo que el Augusto Constancio se encontraba en estado crítico, perdida la esperanza de recuperación, inició una actividad tendente a llenar el vacío que la muerte del Augusto iba, previsiblemente, a dejar.

Eroc - Crocus para sus aliados romanos - recordaba bien las indicaciones que le había dado el Augusto Constancio meses atrás, aparentemente en buen estado de salud, tan pronto llegara a su Cuartel General de *Eboracum*.

- "Mi estimado Crocus, he de pedirte dos favores que suponen mucho para mí. Para eso te he llamado. No andaré con rodeos.

Soy portador de una extraña enfermedad que los médicos no saben ni por qué se origina, ni cómo se remedia. Mal podían, sin saber el origen, ponerle fin. Siempre he sabido que mi cuerpo era débil, pero no le he dado descanso. Tal vez con ello haya adelantado mi fin. Pero quiero que sepas que éste está cerca.

No te sorprendas, sin mucha tardanza comprenderás que tu viejo amigo y aliado estaba en lo cierto. Cuando eso ocurra, cuando comprendas que el momento de que te estoy hablando ha llegado, quiero que trabajes en secreto para ayudar a que los mandos militares elijan a mi hijo Constantino como mi sucesor.

Debe hacerse la proclamación el mismo día que yo muera. La noticia de mi muerte debe ir acompañada de la aclamación de mi hijo por mis Legiones. Esto es de vital importancia. No quiero que nadie tenga ocasión de impedir mis deseos. Tendrás tiempo; mi médico, Sempronius, me ha advertido que mi agonía será larga, aunque él se encargará de que sea indolora.

El segundo favor que necesito es que guardes esta conversación absolutamente en secreto. De cara a todos, actuarás por tu cuenta. A nadie, nunca, dirás que el encargo venía de mí. Ni siquiera en el caso de que todo

el plan peligrara. Haced lo que esté en vuestras manos; lo demás hay que fiarlo a los dioses. Cuando hayas logrado mi deseo, dile a mi hijo lo que has hecho. Él sabrá recompensarte."

Recordó cómo el Augusto, puesto en pie, le tomó de ambas manos y le hizo jurar por el descanso de su padre que actuaría de acuerdo a sus indicaciones. Eroc tenía decidido seguir fielmente las instrucciones recibidas. Y así lo estaba haciendo.

Y lo hizo bien. Cierto que el colectivo sobre el que debía trabajar, los legados y altos mandos de las tres Legiones estacionadas en la isla, estaba ya en óptima disposición para sumarse a su iniciativa. Con ello iban a mantener sus cargos y evitar cualquier acción punitiva.

Así, cuando, el 25 de julio, el Augusto Constancio dejó este mundo, su hijo Constantino fue aclamado - cumpliéndose el último deseo de su padre - no ya como César, sino como Augusto. Y Constantino, aunque al principio aparentó dudar, aceptó enseguida el destino que se le brindaba. Había trabajado mucho y bien, y al fin el premio estaba sobre sus hombros, en forma de clámide púrpura.

Ahora era interlocutor válido del Augusto Galerio y de los Césares Severo y Maximino Daya. Sólo cuatro personas en el Imperio estaban investidas. Y él era una de las cuatro. Debía seguir jugando sus bazas con la misma maestría que hasta ahora. Y ahora tenía una baza inmensa en sus manos, su aclamación por las tropas de las *Galias* y *Britania*, la púrpura. Arrebatarle la púrpura requeriría presentar batalla a las Legiones que le respaldaban. Veía difícil que Galerio se decidiera a ello, desde el Oriente. Y era también difícil que enviara al César Severo a enfrentársele, teniendo como tenía problemas en Italia.

No obstante, le mortificaba que tuviera que ser una persona ajena, como Galerio, quien tuviera que hacer oficial el nombramiento preparado por su padre y realizado, por aclamación, por sus tropas. En cierto modo, equivalía a someterse a él. Pero era sólo un trámite. Tampoco Galerio, con todo lo Augusto que fuera, iba a librarse de seguir el plan que él tenía ya forjado. Eso le compensaba. "*El último que ríe, ríe mejor*", se decía en su fuero interno Constantino.

Capítulo 55

El futuro de Sempronio.

Año 306

Sempronio llevaba tiempo pensando en su futuro, aunque nada le había dicho a su amigo Osio. Era algo que exigía mucho sigilo. Su plan dependía de demasiadas voluntades ajenas como para dejar cabos sueltos. No quería depender de la voluntad de su hermano mayor, Lucio, que sabía que no le era favorable. Lucio estaba demasiado creído con su primogenitura y siempre le consideró a él, cuatro años menor, como un juguete, alguien sin voluntad, ni derechos. Y ahora que se habían hecho mayores no quería estar bajo la potestad de su hermano, que se convertiría en el futuro *paterfamilias* en cuento su padre muriera. Y eso podía no estar lejos.

Sempronio tenía 21 años y su padre, 65. A su padre le costó mucho reunir una buena fortuna con sus fábricas de cordeles y sogas para barcos. Sólo entonces pudo aspirar a la mano de la que era su madre, Sevilia, hija de un patricio de la clase alta local, familia de arrendatarios de minas de plomo. Su padre, por el contrario, era hijo de un comerciante de *Cartago Nova* que tenía una fábrica de redes y calzado barato en las afueras de la ciudad. Su padre amplió el negocio y comenzó a fabricar redes y sogas para barcos de pesca y mercantes. Ahora intentaba introducirse en el mercado de las naves de guerra. Pero eso era muy difícil. Había que tener contactos en las altas esferas militares y su padre era sólo un comerciante local, sin relaciones importantes.

Tras largas reflexiones, Sempronio había elegido *Tarraco* como su futuro lugar de residencia. Allá formaría su familia, cuando se independizara y pusiera su negocio. Negocio que dependería de las fábricas de su padre para el suministro del material, los cordajes. Por eso debía lograr su propósito en vida de su padre.

Tenía decidido abandonar el mercado de las alpargatas. Cualquier tendero con una pequeña *taberna* (tienda) de la ciudad y de las aldeas limítrofes venía cada mes a comprar media docena de alpargatas a su padre. Y dejaba unas pocas monedas de cobre. En cambio con los clientes de redes se hacían negocios mucho más lucrativos, sobre todo con los armadores, que disponían de una pequeña flota de barcos. El negocio de las sogas y jarcias era - lo veía Sempronio - el futuro. Con frecuencia su padre no podía servir el pedido completo a un armador, y debía hacerlo en dos o tres envíos.

Sempronio tenía previsto abrir él también unos talleres en Tarraco, aunque eso sería en una segunda fase. Y tales planes debía guardárselos para sí, para no granjearse la oposición de su hermano. El momento más delicado era el de poner en marcha el plan. Por eso esperó a que su madre estuviera de buen humor. Eso no era frecuente, su madre estaba últimamente casi siempre malhumorada. Era mucho más joven que su padre, pero tendría ya alrededor de cuarenta años. La preferida de su madre era su hermana pequeña. El preferido de su padre era su hermano. Él, nacido entremedio de ambos, no tenía protector. Por eso debía coger en un buen momento a su madre.

Su madre había sido su confidente a la hora de tratar algunas dudas que había tenido en su juventud. Su padre siempre estaba fuera, en los

talleres, y tenía menos confianza con él. No obstante, Sempronio llevaba varios meses esmerándose en el trato con su madre. Y se daba cuenta de que ésta lo había notado, pues le sonreía con más frecuencia que anteriormente. Una mañana en que tanto su padre como su hermano estaban fuera de la mansión principal, Sempronio abordó a su madre. Su madre, cuando estaba en la casa, siempre iba acompañada de dos esclavas. Y de media docena de fornidos esclavos las pocas veces que salía a la ciudad.

Al ver llegar a Sempronio, las esclavas se alejaron unos pasos de su Señora.

- "Madre, quisiera hablaros, si os parece bien."

La madre le miró con ojos de sorpresa. Tardó en responder.

- "Ahora tengo tiempo. ¿De qué se trata, Sempronio? ¿Alguna muchacha?"

- "No madre, no es eso."

Sempronio hablaba despacio, eligiendo las palabras. Continuó.

- "La verdad es que tampoco la he buscado, me parece demasiado prematuro. Es otra cosa, aunque no menos importante."

- "Tú dirás …"

- "Madre, el tema del que debo hablaros es confidencial …"

Y Sempronio dirigió una mirada a las esclavas. Su madre comprendió. Con la mano hizo dos señas consecutivas de alejamiento. Las esclavas sabían que si su *Dómina* (Señora) hacía una seña, ellas debían alejarse, pero dentro de la misma habitación. Dos señas era la orden de salir y cerrar la puerta. No debían oír lo que los amos hablaran.

Cuando se quedaron solos, Sempronio continuó, ante la mirada curiosa de su madre.

- "Deseaba hablaros de mi futuro, madre."

Su madre le miró con fijeza.

- "¿No estás bien en esta casa, hijo mío?"

Sempronio se dio cuenta de que el plan que iba a proponer a su madre no iba a ser de su agrado. Por eso debía ser exquisito en la exposición.

- "Sí madre, lo estoy. No podía haber encontrado una casa mejor que ésta para pasar en ella mi vida, ni una madre mejor que tú."

Su madre sonrió y le tomó de la mano. Estaba sentada en una tumbona de anea, con respaldo alto, y Sempronio se había sentado en el

suelo, a sus pies. Era la posición que siempre había tomado cuando le consultaba algún problema.

- "Dime, hijo, te escucho."

Sempronio vio el momento de decidirse y dar la información problemática.

- "Madre, yo con Lucio me llevo bien. Le respeto, como tú me has dicho muchas veces que haga, porque es mi hermano mayor. Sin embargo, creo que él no tiene muy buen concepto de mí."

Se hizo un silencio. La madre preguntó con la mirada al hijo. Y éste prosiguió.

- "He pensado en mi futuro, madre. Yo quisiera continuar el negocio de nuestro padre, pero ésa es la misión de mi hermano. Yo debo buscarme mi futuro de otra forma. Y he pensado que si en *Cartago Nova* no tengo esa posibilidad, la tendría en otro puerto de mar, en una ciudad importante, como *Tarraco*. Así estaría cerca y podría venir con frecuencia a veros, a padre y a ti."

Lo principal estaba dicho. Felizmente, su madre sonrió. Permaneció un rato en silencio.

- "Sí, Sempronio, ya me he dado cuenta de lo que dices. A una madre le gustaría que sus hijos se llevaran bien. Pero ya he comprobado que Lucio y tú no sois de la misma pasta. Y apruebo tu decisión, aunque para mí sea un sacrificio perder un hijo tan pronto."

Sempronio interrumpió.

- "No madre, no me vas a perder …"

- "Ahora déjame hablar a mí, hijo."

Hubo un silencio.

- "Me lo estaba esperando. No te veo viviendo bajo el mismo techo que tu hermano. Y presentía que no te conformarías con depender de él durante toda tu vida. Tienes una mezcla de sangres, pero todas son de familias de emprendedores.

Tu padre viene de una familiar de cordeleros y la mía, de una familia dedicada desde antiguo al negocio de las minas. Era de esperar que tú también pensaras en montar tu negocio. Y éste debía seguir la línea de tu padre. ¿Y por qué me cuentas esto?"

Sempronio vio los cielos abiertos. Los dioses le eran favorables.

- "Madre, necesito tu ayuda. Como otras veces. Me gustaría que fueras tú la que se lo comentara a padre. Y que él acceda a mi propuesta

cuando sea el momento que yo se lo comunique."

Era la manera que tenía pensada de solicitar la ayuda de su madre. Ella sabría cuál era el mejor momento de plantear los planes de su hijo segundo a su padre. Si ella no lograba poner a su padre de su parte, nadie lo iba a conseguir. Su suerte estaba ahora en manos de su madre.

Y ésta ya tenía pensada la manera de lograr la aprobación de su marido. Despidió a su hijo y, al verle salir, las esclavas se apresuraron junto a su ama. Ella cambió la fisonomía al hablarles.

- "Preparadme una tisana de hierbas para el dolor de cabeza, que ya me ha empezado."

Habían pasado ya varios días desde su pasada excursión a la ciudad y Osio no sabía nada de su amigo. Normalmente era siempre Sempronio el que venía a buscarle.

- "Para eso es más joven", se decía Osio.

Pero como Sempronio no aparecía, Osio decidió ir él a la villa de su amigo, que sólo distaba quinientos pasos de su casa. Allí el *ostiarius* (portero) le informó de que el señorito Sempronio estaba con su señor padre en el Taller. Osio se extrañó de tal hecho, pero se dirigió al edificio del Taller, que se veía al fondo. Él había visitado unas cuantas veces a su amigo y conocía la disposición de la villa. Ante el edificio del Taller un capataz le recibió y le dijo que esperara. Al poco apareció su amigo.

Nada más verle Osio notó que su amigo estaba eufórico. Le abrazó con más efusividad que nunca. Osio le dejó hacer. Sempronio, sonriendo, dijo a voz en grito:

- "¡Mi querido amigo! ¿Cómo tú por aquí?"

Osio respondió más calmado, haciendo un gesto con la mano:

- "Hacía días que no te veía y me preguntaba si habrías caído enfermo ..."

Había dado a su frase una entonación especial, como de complicidad. Al mismo tiempo esbozó una sonrisa irónica. Sempronio cayó en la cuenta.

- "¡Ah, no, de ninguna manera! Ni una, ni tres visitas seguidas al Monte de Asdrúbal me harían caer en cama agotado. Eres un mal pensado."

Y ambos amigos rieron con ganas. De pronto Semporonio se puso serio y le dijo, tomándole del brazo y conduciéndole hacia la puerta

principal de la villa:

- "Vamos, tenemos que hablar."

Osio no supo por qué, pero la seriedad con la que su amigo pronunció la frase no le sonó a preludio de noticia favorable. Todo lo contrario. Cuando hubieron salido de la villa de Sempronio, camino, claro está, de la ciudad, éste comenzó a hablar lentamente.

- "Hay algo que venía dándole vueltas en mi magín desde hacía tiempo, Osio, y que no veía claro. Por eso nada te comenté."

Se interrumpió. Tampoco Osio dijo nada. Sempronio continuó.

- "Es sobre mi futuro, amigo mío. Debo pensar en mi futuro. Y al fin me decidí y he hablado con mis padres. Para mi sorpresa, tengo ahora la sensación de que ambos estaban esperando que yo diera el primer paso, el de plantearles que era llegado el momento de pensar qué iba a hacer yo en la vida."

- "¿Y qué vas a hacer?"

- "Verás … Ya sabes que no me llevo muy bien con Lucio. Por eso he pensado que lo mejor será que yo me abra camino en una ciudad no lejana y abra allí un negocio como el de mi padre. Y he decidido que sea en *Tarraco* (Tarragona). Y había pensado solicitar tu ayuda para dar allí mis primeros pasos."

- "¿Para qué me necesitas? Yo no entiendo del negocio de redes y maromas de tu padre ..."

- "No es para nada relacionado con la fabricación de las redes, ni de las cuerdas que fabrica mi padre. Es para ayudarme a establecer relaciones en *Tarraco* y ver terrenos donde montar mi futura casa y el futuro almacén. Tú tienes mucho más mundo que yo, has viajado más y sabes regatear mejor que yo."

Osio calló. Sempronio sabía - porque su amigo se lo había contado - que Osio siempre regateaba con la cortesana de turno el precio del servicio. Y siempre conseguía alguna rebaja. Sabía que el arma principal de su amigo era dar media vuelta y encaminar sus pasos al burdel de al lado, pero él no se decidía a hacer lo mismo.

En el fondo sentía cierta lástima por las mujeres que se entregaba a él por un puñado de *cuadrantes*. Después de consumado el negocio que le traía allá arriba, solía preguntar por su vida a la fulana con la que yacía. Comprobó que casi todas estaban deseosas de contarle su historia, su triste historia. Y había comprobado que todas las historias de sus fulanas eran

muy parecidas. Por ser sus padres pobres, por tener demasiados hermanos, por un embarazo furtivo, por un padre que abusaba de ella o la maltrataba, a ella y a su madre, cuando volvía a casa, borracho, a la noche, o por la causa que fuere, se habían visto obligadas a marchar de su casa y buscarse la vida por su cuenta. Y la forma casi única de resolver esa situación era vender su cuerpo. Buscar un trabajo era, para una muchacha joven y sola, casi imposible. Los hombres eran como cuervos y olían la presa fácil a distancia. Y todas terminaban acogiéndose, como defensa, a la dueña de un prostíbulo de mejor o peor fortuna.

Por eso nunca regateaba lo que le pedían, y pagaba puntualmente al terminar el servicio. Él tenía una fuerte amistad con su amigo, pero no comprendía su frialdad, su desapego. ¿Era que sólo pensaba en él y nunca en los demás? Tampoco se lo preguntó. La amistad no requería identidad de formas de pensar. Por esa habilidad de Osio en discutir el precio de las cosas lo quería junto a él al ir a Tarraco por primera vez. Por eso y por su mayor conocimiento del mundo exterior. Osio había viajado mucho y eso le había dado una experiencia en el trato con las personas que él no tenía. Igual que había convencido a sus padres, debía ahora convencer a su amigo. Y para ello tenía planeado adularle.

Su amigo estaba reflexionado sobre la petición recibida. No quería comprometerse a la primera intentona.

- "¿Y quiénes te acompañarán en ese viaje, sólo yo?"

- "Como persona para aconsejarme, sólo tú."

- "¿Y?"

- "Había pensado que me acompañara mi futuro capataz, para los temas relacionados con la fabricación de sogas y redes. Mi padre ya me ha asignado uno, de entre su cuadrilla de capataces. Es el más joven y me parece una buena elección. Y, claro está, tres esclavos armados como guardia personal. ¿Qué te parece?"

- "Me parece bien. Veo que has pensado en todo. Pero no voy a decidirlo ahora, lo tengo que pensar."

En realidad tenía que consultarlo con su padre, pero se abstuvo de ser tan claro. La propuesta de acompañar a su amigo le agradaba. Lo que no le resultaba tan grato era que iba a perder a su único amigo en *Cartago Nova*. Pero él ya había pensado más de una vez que el futuro de Sempronio no estaba en *Cartago Nova*. El suyo, tampoco.

- "Lo comprendo, yo también lo pensaría antes de hacer un viaje así."

Sempronio vio llegado el momento de iniciar la conversación que tenía pensada.

- "¿A qué años hiciste tu primer viaje fuera de la ciudad?"

Osio entornó los ojos, rememorando. Su rostro se contrajo por un instante.

- "Tenía ocho años. Pero en ese viaje me acompañó mi padre. Pasé el verano en la granja de un comerciante de *garum*, en *Cimbis* (Chiclana de la Frontera), muy cerca de *Gades* (Cádiz). Recuerdo que apenas estuve un par de veces en la fábrica de *garum*, que apestaba. Mientras estuvo allí mi padre, yo vivía con él, en una casa junto a la de los dueños. Cuando él se volvió, yo pasé a vivir a casa del comerciante, que tenía una hija un poco menor que yo, y un hijo de apenas un año, que estaba aprendiendo a andar. Había un pequeño jardín delante de la casa y allí pasaba muchos ratos. Otras veces nos íbamos la chica y yo a nuestra huerta, al lado del camino, y allí plantábamos alubias, guisantes y habas. Además, en la plantación había una pequeña piscina, junto a la casa. Allí aprendí a nadar, yo solo, en la piscina; al principio, de esquina a esquina."

Osio se sentía a gusto recordando su primera niñez.

- "Era verano y el tiempo de la cosecha. Jugábamos en la era y nos subíamos a los *parvones*, las montañas del desperdicio del trigo, que eran enormes, para un niño de ocho años. Aventaban el grano y el viento llevaba la cáscara contra unos muros no muy altos que colocaban cerca. Cuando la paja desbordaba por el otro lado, se formaba un gran montón. Allí, con los otros chicos de la finca, aprendí a tirar con honda y le di a un pájaro. Todos le vimos caer, pero no pudimos encontrarlo."

Osio suspiró, como si estuviera viviendo el momento.

- "Al final del verano me vino a buscar el mayordomo de mi padre y así se acabaron mis vacaciones ..."

Se hizo un largo silencio. Sempronio nada dijo, convencido de que Osio pasaría a contarle con más detalle el que había sido su segundo viaje. Algo sabía de él. Había sido cuando tenía catorce años. ¡Y había pasado al *África Tingitana*! A Sempronio siempre le había intrigado la vida en África, aunque África sólo estuviera a doscientas millas de su propia ciudad. Todos le habían dicho que África era distinta. Misteriosa, peligrosa, un mundo diferente. Sobre todo cuando uno abandona la costa y

se adentra en el interior. Por eso escuchó con toda atención cuando Osio continuó.

- "Pero aquel viaje a *Gades* no fue nada comparado con mi primera visita al África. Mi padre hacía frecuentes viajes de negocios, por el asunto del *garum*. Y cuando cumplí los catorce años me propuso acompañarle a *Cesarea* de *Mauritania* (Tenès), una colonia similar a *Cartago Nova*, puerto de mar, en el Norte de la *Mauritania*. Yo acepté entusiasmado. Mi madre se opuso, pero se hizo la voluntad de mi padre. Siempre se hace en mi casa lo que mi padre quiere. Mi madre no cuenta."

Osio esbozó entonces una sonrisa.

- "En *Cesarea* me estrené con las mujeres."

- "¿De veras? ¿A los catorce?"

- "A los catorce. Estoy convencido de que mi padre tenía ya la idea cuando me habló del viaje. Aunque nada me dijo hasta que sucedió."

Osio dejó de hablar.

- "¿Hasta que sucedió, qué?"

Osio sonrió. Era lo que esperaba oír.

Capítulo 56

Organizando *Britania*.

Año 306

A los tres días, como era habitual, en la gran explanada de la Colonia, se celebró el funeral. Estuvo presente todo *Eboracum*. El sol, como si quisiera sumarse al homenaje, lucía espléndido. Constantino, revestido de una túnica púrpura, presidía el acto. El cadáver fue velado, con la capilla ardiente situada en el Pretorio del fuerte. De allí, cuatro tribunos militares, con su mejor uniforme de gala, lo sacaron del fuerte, atravesaron el puente sobre el río y lo llevaron a la gran explanada, único lugar con capacidad suficiente para la totalidad de legionarios presentes en

la ciudad. Detrás del féretro iba Constantino, y, tras él, la plana mayor del difunto y las autoridades de la isla. Ya en la explanada, Constantino subió a la tarima allí preparada y pronunció el elogio fúnebre. No le fue difícil, conociendo como conocía a su padre, preparar una lista de sus buenas cualidades. A las que todos sus subordinados conocían había añadió la de ser un buen padre. Lo había sido para él. Todo lo que sus obligaciones militares y las circunstancias le habían permitido. Terminado el discurso, se hizo el silencio. Entonces Constantino, mano derecha sobre el corazón, gritó el nombre del difunto. Era la despedida final.

- "¡Flavio Valerio Constancio! ¡Flavio Valerio Constancio! ¡Flavio Valerio Constancio!"

Como respuesta, un ensordecedor alarido, salido de miles de gargantas, se extendió por toda la ciudad. Eran sus soldados, muchos de los cuales, llegados a la isla con él, le habían seguido también por la lejana Galia, y en el grito ponían el corazón. Tras ello, Constantino bajó de la tarima. Ya le tenían preparada la antorcha para prender fuego a la pira, sobre la que se había colocado, gracias a una escala da madera, el féretro. Constantino la tomó, se encaminó hacia la pira y la aplicó a la parte inferior. Cuando el fuego prendió en la madera, arrojó la antorcha sobre la pira y se retiró despacio. Todos los allí presentes guardaban un silencio absoluto, sólo se oía el chisporroteo de la madera seca apilada. Todos permanecieron firmes hasta que el fuego empezó a extinguirse. Se oyó un toque de trompa, y las Legiones fueron desfilando hacia al fuerte. Sólo quedaron en el lugar el nuevo Augusto, los oficiales superiores y las tropas encargadas de hacerse con las cenizas.

Su padre le había expresado algunas semanas atrás su voluntad de que sus cenizas fueran inhumadas en *Augusta Treverorum*, junto a su familia. Cuando las llamas estaban a punto de extinguirse, Constantino hizo una seña y el grupo se dirigió a su residencia, el Palacio del Gobernador. Antes de despedirse convocó una reunión para el día siguiente.

A primera hora se celebró la reunión. Estaba presente el Vicario, máximo responsable civil, con rango de "Respetable". El Vicario ostentaba el mando civil sobre las cuatro provincias la Britania: La *Britania Prima* y la *Britania Secunda*, las primeras en pertenecer al Imperio, al Sur de la isla, la *Flavia Caesariensis*, en el Centro, y la *Máxima Caesariensis*, situada al Norte, cuya capital era *Eboracum* (York). La *Valentia*, la zona

pequeña y pobre comprendida entre los dos Muros, no tenía gobernador. No podía considerársela una provincia. Asistían los cuatro Gobernadores de las provincias. Todos ellos eran "Clarísimos", el rango inferior a los "Respetables". No asistía el *Dux Britaniorum* (Duque de *Britania*), muerto por los *Pictos*, pero sí el *Comes Litoris Saxonici* (Conde del Litoral Sajón).

El *Dux Britaniorum* era responsable de la frontera Norte, defendida por casi dos Legiones. El segundo protegía el litoral Sur, con casi una Legión y la flota. Ambos eran "Respetables". Sobre los "Respetables" estaban los "Ilustres". Formaban parte de dicho rango las máximas autoridades, no ya de las Provincias, como *Britania*, sino de las cuatro Prefecturas, las *Galias*, *Italia*, *Iliria* y *Oriente*, en que Diocleciano había dividido el Imperio Romano.

Constantino, que había conocido en *Augusta Treverorum*, el poco tiempo que trabajó con su padre, a todos los "Ilustres" de la Prefectura que regía éste, las *Galias*, debía habituarse a tratar a todos ellos desde una posición superior. Lo que había aprendido en *Nicomedia*, junto a Diocleciano, le servirían a tal fin. Para hacer sentir el peso de su autoridad, separó al Vicario y se reunió a solas con él, dejando a los demás esperándoles.

Con el Vicario, en una sala aislada, fue tajante:

- "Vicario, aunque mi padre estaba satisfecho con el comportamiento de sus tropas y la derrota infringida al enemigo, yo necesito saber qué error se cometió antes de la invasión, que pasó para que se diera esa falta de reacción de las tropas de *Britania* para oponer la debida resistencia a los bárbaros del Norte y del Oeste. Quiero saberlo por vos, y antes de hablar con los demás."

El Vicario miró al suelo y reflexionó con rapidez. En un instante comprendió que su destino dependía de sus palabras. Podía intentar disculparse, pero decidió jugar la baza de la sinceridad. A fin de cuentas el fallo había sido militar.

Él era sólo el responsable civil de la isla. Aunque su obligación le debía haber llevado a informar del estado de cosas entre los mandos militares. Decidió inculparse incluso más allá de su obligación. Sabía que eso daba buenos resultados.

- "Cierto, mi Príncipe, os hemos fallado. Os hemos fallado todas las autoridades supremas de *Britania*. Las relaciones entre el *Dux* y el *Comes*, jefes militares de la frontera Norte y del litoral Sur, no podían ser

peores. No se trataban sino para disputar. Sobre ésta o aquella guarnición, sobre tal o cual oficial, sobre las retribuciones …. Eso rebajó la moral de sus hombres; las deserciones aumentaron, y el espíritu de combate decayó.

La muerte del Duque y de su segundo en una emboscada hizo el resto. Las guarniciones norteñas fallaron en su labor de defensa y las del Sur se negaron a considerar la invasión como problema que ellas debieran solucionar. Yo debía haber informado a vuestro padre de la situación, pero no lo hice. Y ésa es mi falta. No puedo deciros nada en mi defensa."

Constantino reflexionó. La postura del Vicario sonaba a sincera. Él necesitaba un apoyo en *Britania*. Y sintió que aquel hombre, que no había dudado en inculparse, debía ser tal apoyo.

Poner a un hombre nuevo, curtido en *Britania*, pero desconocido por él, o a un oficial traído de las *Galias*, pero desconocedor de los asuntos de *Britania*, eran opciones peores. Constantino tomó su decisión.

- "Hablaremos más delante de lo que yo espero de vos, pero ahora me urge más trazar el plan de actuación. Hay que remediar tanta insensatez. Quiero tratar sólo con vos cuando esté en las *Galias*. Vos seréis mi único contacto, todo debe pasar por vos, también las novedades militares, que vos conoceréis y me enviaréis con vuestros comentarios, pero sin modificarlas. Quiero que designéis a dos oficiales. Serán los nuevos *Dux Britaniorum* y *Comes Litoris Saxonici*. Las demás tareas que he de encomendaros las debo exponer con los demás mandos presentes."

Y Constantino dio media vuelta, dirigiéndose a la salida. El Vicario le siguió. De haberse vuelto, Constantino hubiera visto mudar el rostro del Vicario. Pasó del respeto al alivio en cuanto él le dio la espalda. Cuando estuvieron de nuevo ambos en la gran sala del Palacio del Gobernador, Constantino tomó la palabra.

- "He conversado con vuestro Vicario y he decidido que hasta mi próxima visita, él será mi interlocutor en la isla. Todas las comunicaciones, todas las órdenes, todos los informes deberán serle entregados a él y él me los hará llegar. Es necesaria una labor de reconstrucción en gran parte de la *Britania*. Cuando salga de esta sala, quiero que bajo la coordinación del Vicario se elabore la relación de las obras a realizar.

Las obras en la *Britania Secunda*, que compensen los destrozos de los invasores de Oeste. Y otra lista con las instalaciones a reconstruir en las otras dos provincias, la *Flavia Caesariensis* y la *Máxima Caesariensis*, desoladas por los *Pictos Caledones*. Cada obra tendrá un oficial responsable, el mando, civil o militar, más próximo al lugar.

Él me dará cuenta de la terminación de la obra cuando realice mi próxima visita a *Britania*, dentro de doce meses. El Vicario responderá del conjunto. Cuando vuelva, pediré también la opinión de las autoridades civiles de cada *vicus* o Colonia en que se hayan hecho obras, para comprobar que la población civil ha contribuido en su justa medida. No quiero abusos. Cuando tengáis terminada las listas, podéis terminar esta reunión. El Vicario me las entregará esta tarde.

Dirigiéndose ya a la salida, Constantino señaló al *Comes Litoris Saxonici*.

- "Vos, con vuestra familia, vendréis conmigo a las *Galias*, donde serviréis al Imperio en un nuevo destino."

Nadie dijo una palabra. Todas las miradas se volvieron al Vicario, el nuevo hombre fuerte de *Britania*. Él, orgulloso del protagonismo que el nuevo Augusto le había dado, llevó la reunión con habilidad y la lista se confeccionó rápidamente.

Esa tarde, el Vicario le presentó los dos nombramientos requeridos. Constantino los firmó sin mirar siquiera los nombres, ni pedir ninguna información. También le presentó el plan de reconstrucción que Constantino había ordenado hacer. Éste lo leyó atentamente. Reflejaba lo que había pedido. Constantino añadió:

- "Revisaré cómo se han cumplido todas mis instrucciones en mi próximo viaje, dentro de un año. No admito atrasos, Vicario. Sé que es posible realizar lo que he ordenado. Pero hay que ponerse a trabajar de inmediato y no perder ni un solo día. Habrá que trabajar con buen tiempo y con malo. ¿Qué opináis vos, Vicario?

El Vicario tragó saliva. No esperaba la pregunta. Miró a los ojos de su superior, y respondió con voz firme.

- "Se hará como indicáis, mi Príncipe. Respondo de ello."

- "En tal caso estamos de acuerdo. Cada mes me enviaréis un informe con el estado de las obras. Quiero estudiar los planos con mis asesores en *Augusta Treverorum*."

Constantino no quiso tratar más temas. En *Britania* se imponía ahora una tarea de reconstrucción. En su próximo viaje se ocuparía de organizar la isla desde el punto de vista militar. Para ello necesitaba estar más tiempo en la isla. Ahora no tenía tiempo. Era urgente volver a la capital de su Prefectura, a *Augusta Treverorum*. En *Britania* era impensable un ataque bárbaro en mucho tiempo, dado el escarmiento recibido por los *Pictos*. Empezó a organizar el viaje de regreso con las tropas que volverían con él, casi todas las llegadas con su padre. El Vicario le solicitó que las tropas llegadas con él quedaran en *Britania*. Constantino repuso que con las tres Legiones estacionadas en *Britania* debían ser suficientes, claro está, sin incompetencias de los superiores. El Vicario retiró su petición.

Capítulo 57

Yela niña.

Año 306

Yela era morena. Por eso había pertenecido, desde niña, a la "banda de las negras". Las muchachas de la aldea se dividían en dos bandas, "las blancas" y "las negras". Si Yela hubiera sido rubia, hubiera pertenecido a la otra banda.

Su madre la dio a luz con mucha dificultad. El parto duró toda la noche y Yela nació al amanecer. La comadrona *Chamavi* de la región la asistió y en algún momento temió por la vida de ambos, del nonato y de la madre. Pero al final las cosas se arreglaron; logró darle la vuelta y la niña salió de cabeza.

El padre de la recién nacida era Gelujor, el jefe de la aldea *Chamavi*. Gelujor deseaba que el que naciera fuera un hijo varón, pero al ver el sufrimiento de su mujer para darle el primer hijo, había decidido que lo que llegara sería bienvenido, con tal de que vivieran la madre y el primer fruto de su unión. Tanto temió perder a ambas durante aquella larga noche, que el padre cedió a la madre la decisión de poner nombre a la niña.

Todas las palabras en *Chamavi* tenían tres sílabas y eran agudas. "Nacida" en *Chamavi* se decía "*yebatú*" y "amanecer" era "*lamaní*". Por eso la madre eligió el nombre de la recién nacida, "Yela", "nacida al

amanecer". Y la crió con el mayor cuidado, por lo que le costó tenerla y por ser niña, porque sería su ayuda hasta el fin de sus días. Si hubiera sido un niño … La madre sabía que los muchachos se dedican a la guerra tan pronto cumplen quince años. Y eso supone una separación y un distanciamiento de las madres, ya que los chicos pasan a ser educados bajo la responsabilidad conjunta del *chamán* y del preparador militar de la aldea.

Mientras los jóvenes son educados y preparados para su futura labor como guerreros, el jefe de la aldea, Gelujor, cuida de las necesidades de la aldea ayudado por los guerreros adultos. Entre sus obligaciones principales estaban la caza, la pesca, la buena entente con las tribus vecinas, y, llegado el caso, la defensa del territorio propio de la aldea. Porque la aldea necesita dominar un territorio para poder atender a sus necesidades, para poder subsistir.

Cuando Yela tenía cuatro años, su madre dio a luz el varón esperado. El parto fue mucho más fácil y rápido. Y su padre, Gelujor, le impuso el nombre de Juhentó, como el abuelo paterno. Hubo un tercer hijo, Yanticó, que llegó dos años más tarde. Ahora Yela tenía ya doce años y se había convertido en una muchacha atractiva, espigada, decidida, de ojos verdes. Sus ojos tenían una extraña profundidad en la mirada. Era una curiosa mezcla de desafío y de penetración en el interior del que estaba enfrente. Daba la impresión de que la chica quería saber qué había dentro de la persona con la que hablaba. Y ello retraía un tanto a sus interlocutores. Pero Yela no sabía mirar de otra manera.

Los cinco miembros de la familia vivían en una tienda, hecha de pieles de animales. Estaba situada en el centro de la aldea, como correspondía a la calidad de Gelujor, jefe de la misma. La aldea era de mediano tamaño; constaba de ciento setenta tiendas. Estaba al borde de un río, uno de los muchos que regaban la región de la *Germania* ocupada por los *Chamavi*. La aldea, como todas las aldeas de *Germania*, estaba rodeada por una empalizada y por la noche los guerreros hacían turnos de vigilancia. El río protegía un lado del poblado. Fuera de la empalizada se encendían todas las noches seis hogueras.

En cada una de ellas hacían turnos de cuatro horas dos guerreros, mientras otro iba pasando de hoguera en hoguera, para comprobar que todo estaba dentro de la normalidad. En caso de peligro se hacía sonar el cuerno, que despertaría a toda la aldea.

Los *Chamavi* eran enemigos declarados de los romanos. En la ceremonia ritual de paso a la edad adulta, todos los muchachos hacían un juramento a *Manno*, el supremo dios de los *Germanos*, de no dejar romano con vida si tenían ocasión.

La materialización de tal juramento era orinar sobre un trofeo conquistado a los romanos. En la aldea de Gelujor lo hacían sobre un casco, que algún romano había perdido en alguna incursión pasada, sea sobre territorio romano, o sobre territorio *Chamavi*. Otras aldeas tenían un escudo, o una coraza, o una espada. Tenía que ser sobre un útil militar. Hacia el final de la ceremonia se organizaba una procesión. Cada aspirante a guerrero portaba sus armas y se paraban, uno por uno, ante el trofeo romano, colocado en el suelo, y se orinaba encima, profiriendo amenazas contra los romanos. Como el ritual era muy largo, todos lo hacían, y profusamente. Era considerado un rechazo de los dioses que algún muchacho fuera incapaz de mojar el casco romano. Un desagüe, practicado en el suelo, llevaba los orines al río.

Las muchachas eran también educadas en el odio al romano. Todas sabían que si una de ellas era apresada por los romanos, sufriría el castigo que tenían preparado para las muchachas *Chamavi* que caían en sus manos. Al atardecer serían sorteadas y adjudicadas a alguno de los centuriones que dirigían las fuerzas romanas. Al día siguiente serían violadas. Primero, por el centurión, y a continuación, por los cien soldados de su centuria. En cada campamento romano había una sala, donde se llevaban a cabo estos castigos. Y en ella había jaulas, postes y varios lechos de piedra, en el suelo, con argollas en las esquinas. Allá los soldados violaban a las prisioneras *Chamavi*. Al atardecer, a la mujer *Chamavi* le cortaban los pechos, se los cauterizaban con un hierro al rojo, y luego la crucificaban junto a la puerta principal del campamento.

Esta educación lograba que tanto las mujeres como los guerreros odiaran todo lo que Roma significaba. Cuando salían de incursión contra los romanos, o cuando se disponían a hacer frente a una incursión romana en territorio *germano*, las mujeres acompañaban a sus maridos a la guerra, dispuestas a apoyarles cuanto hiciera falta, si llegaba la ocasión. Para ello la mayoría de ellas aprendían a manejar la espada y el escudo, aunque no fueran en ello tan hábiles como los guerreros. Yela no era una excepción y bebió este odio desde bien pequeña.

La educación de las chicas corría a cargo de las bandas de chicas de la aldea. Las madres no paraban de trabajar. Tenían que atender a los hijos más pequeños, fabricar y cocer los útiles de arcilla para la cocina, labrar la tierra, sembrarla, cuidarla y cosechar lo poco que la tierra daba, preparar la comida para todos, curtir las pieles, coser la ropa y atender al marido cuando volvía de caza, con caza o sin ella. Las madres enseñaban a sus hijas a fabricar recipientes de arcilla y a cocerlos en el horno comunal. También les enseñaban a cocinar, a cuidar de los pequeños, a fabricar ropa con pieles de animales y, cuando eran ya mayores, a labrar la tierra, a sembrar y a cosechar. Antes, las mandaban a recoger semillas y a por agua al río.

El resto de la enseñanza la daban las bandas. Las bandas dividían a las chicas en cuatro categorías: Renacuajos, Larvas, Crisálidas y Mariposas. A los cinco años se entraba en la banda correspondiente, según se fuera rubia o morena.

Las castañas y pelirrojas debían ser admitidas en alguna banda. La admisión se decidía a votación de las Mariposas de la banda. Había un interés en aumentar la banda, pero sin admitir a Renacuajos no deseados por las mayores, las Mariposas. La elección se basaba en de quién fuera hermana la Renacuajo. Si tenía una hermana en la banda, la admisión era automática.

Quedar fuera de una banda teniendo ya edad de Larva equivalía a ser rechazada por todas las muchachas de la aldea. En tales casos solían intervenir las madres, implorando a otras madres por su hija.

Con siete años se pasaba a la categoría de Larva en una ceremonia que se celebraba el primer día de la primavera de cada año. Siendo Larva no se tenía ni voz, ni voto, pero se asistía a las reuniones de la banda. Siendo Crisálida, con diez años, se tenía voz, pero no voto. El voto se lograba a los doce años, al ser admitida como Mariposa, que era el miembro de pleno derecho de la banda. Jefa de la banda era la Mariposa elegida por sus compañeras para serlo. Generalmente, la Mariposa de más edad. Al casarse con algún muchacho de la tribu, la muchacha dejaba la banda y pasaba a vivir en una tienda propia.

Un par de veces al año, al inicio de la primavera y del otoño, las jefas de las dos bandas eran citadas por el Jefe de la aldea, Gelujor, para informarle de la marcha de ambas bandas y, si era necesario, recibir instrucciones del mando supremo de la aldea.

Lo que podría llamarse educación cívica era misión de las bandas. Leer y escribir era algo que ni los muchachos ni las chicas aprendían, por inútil. Las bandas enseñaban en cambio los conocimientos para la vida, a sobrevivir en el bosque, a matar, a defenderse, y a reproducirse. A los siete años se explicaba a las Larvas las diferencias entre ellos y ellas, sólo a nivel de teoría.

Cuando Yela fue Crisálida, con diez años, le explicaron cómo se fabricaban los niños. Comprendió entonces lo de sus padres. Llevaba tiempo sin entender qué pasaba en su tienda a la noche. La tienda en que dormían los cinco miembros de la familia se dividía en tres zonas: El lugar donde comían, la zona de los hijos y la zona de los padres. La zona de padres estaba separada del resto por una cortina de pieles. A las noches Yela se despertaba con el ruido que sus padres hacían. La primera vez que recordaba haberse despertado con los sollozos de su madre, Yela pensó que estaban enfadados. Pero a la mañana siguiente vio que se mostraban cariñosos el uno con el otro. Así que pensó que había soñado.

Cuando el episodio se repitió varias veces se dio cuenta de que aquello no era un sueño. Sólo cuando fue Crisálida comprendió qué pasaba en la tienda por las noches. Y a partir de entonces, cuando su hermano Juhentó se pasaba a su piel, en el suelo, asustado por los jadeos de su madre, Yela le decía que había sido un sueño, que se volviera a dormir. Y Juhentó se dormía abrazado a ella.

Capítulo 58
La confirmación.

Año 306

Lo primero que había hecho Constantino al día siguiente del fallecimiento de su padre, fue encargar al mejor pintor de *Eboracum* la realización del retrato a enviar a *Nicomedia*, capital donde residía el Augusto Galerio. Él debía ratificar su aclamación por el ejército. Realmente, tal elección era irregular, ilegal. Y él había jurado a su padre respetar la decisión del Augusto Galerio. Por eso había ordenado que se le llamara Príncipe, no Augusto, ni *Dómine*.

Se vistió con su uniforme de gala y cubrió el mismo con el manto púrpura de su padre. Eran de parecida estatura y el manto le quedaba bien. Posó para el pintor una mañana. Y ya mientras posaba le dijo que pintara su rostro, porque para el resto del retrato le mandaría un doble. Y así se hizo. El pintor no tuvo mucho tiempo para captar la fisonomía exacta del modelo. Por eso puso con letras muy visibles sobre el retrato, una vez concluido, el nombre completo del retratado, Cayo Flavio Valerio Constantino. Para que no hubiera dudas.

Cuando el retrato estuvo listo, se metió cuidadosamente en una caja de plomo y el conjunto se introdujo en una caja mayor de madera noble. Escoltada por una *turma* de caballería, al mando de un tribuno, el cuadro partió para *Nicomedia* con una carta escrita por Constantino. Había meditado mucho su contenido para no parecer altivo, ni excesivamente sumiso. Decía así:

Cayo Flavio Valerio Constantino, desde Eboracum, a Cayo Flavio Galerio Maximiano, Augusto de Oriente. Salud.

A la muerte de mi padre, las Legiones de Britania, derrotados los Pictos, me han aclamado su Augusto. Siendo ello ilegal, someto mi nombramiento a vos. Me conocéis, mi Augusto, y sabéis que serviré fielmente a Roma. Con mi aprecio, pongo mi destino en vuestras manos.

Guardaos.

Al cabo de veinticinco días, tiempo que costó recorrer las 2.700 millas romanas (4.000 km.) entre *Eboracum* y *Nicomedia*, la carta llegó a poder del Augusto Galerio. Cuando éste la leyó, un cálido día a finales de Agosto, se llenó de consternación. No por la muerte de su colega en Occidente, hecho que no le sorprendía - siempre había sabido de su precaria salud - sino por no haberse enterado antes. Tenía informadores en la corte de *Augusta Treverorum*, pero no los tenía en una ciudad tan lejana como *Eboracum*. Otra cosa era *Londinium*, pero la campaña había llevado a Constancio al Norte de *Britania*.

Hubiera necesitado tener la información de la muerte del Augusto antes de recibir la petición del hijo. Así hubiera tomado sus medidas y nombrado un sucesor antes de recibir la solicitud que la misiva le transmitía. Pero los hechos habían sucedido de manera distinta. Estaba ante un dilema, arduo como pocos. Su primera intención había sido rechazar la petición del hijo del difunto Augusto. Pero si éste no lo aceptaba, no podía pedir a Severo que marchara sobre *Augusta Treverorum* y lo derrotara. Bastantes problemas tenía Severo en Italia.

En tiempos, el Augusto Diocleciano había dado orden de que toda Italia pagara los mismos impuestos que el resto de provincias. Los tiempos en que Italia llevaba la carga de defender el Imperio habían pasado y en la actualidad era una provincia más, sin derecho a prerrogativas especiales. Durante los años en que Diocleciano y Maximiano estuvieron al mando del Imperio no hubo protestas por tales cambios. Pero al llegar Severo a Milán estalló la tormenta. Toda Italia aparentaba estar descontenta y había motines en varias ciudades por el mismo tema, los impuestos. Impuestos que venían pagándose desde quince años atrás.

Le habían llegado informaciones repetidas de un acercamiento de mandos civiles de Italia, junto con altos mandos de la Guardia Pretoriana, al hijo de Maximiano, Majencio. Había consultado con Severo, persona de su plena confianza, sobre la conveniencia de arrestar a Majencio y someterlo a juicio en Milán, pero éste no era partidario de atizar el fuego. Y ahora llegaba la petición de Constantino … Si al menos el Augusto Constancio hubiera vivido hasta que se resolviera la crisis de Italia …

Tenía claro que no iba a nombrar Augusto a Constantino. Eso, de ninguna manera. En todo caso, César, por debajo de Severo, que pasaría a ser el Augusto de Occidente. Pero esa solución no le satisfacía. Las indicaciones de su suegro, Diocleciano, eran que Constantino era un peligro para el Imperio. Cuando pensó en su suegro, le vino una idea: Le consultaría. No lo pensó dos veces. Llamó a su secretario y le dicto las ideas a exponer en la carta. Éstas, convenientemente modeladas por el secretario, dieron origen al siguiente texto:

Cayo Galerio Valerio Maximiano, Augusto de Oriente, a Caius Aurelio Valerio Diocleciano. Salud. Recuerdo bien, tres años ha, cuando apartasteis a Constantino, hijo de Constancio, de la púrpura. Y recuerdo vuestros justificados motivos. Tras la muerte de su padre, sus Legiones lo han aclamado como Augusto. He recibido su retrato, pidiendo mi confirmación.

La lejanía, y la situación en Italia, con media Prefectura alborotada contra Severo, me incitan a ratificarle, aunque sólo como César.

Pero antes de hacerlo, como mi mentor, deseo consultaros. Hoy, como entonces, vuestras palabras me guiarán. Cuidaos.

Dio orden a los mensajeros de que acortaran el viaje todo lo posible. Por la posta imperial un correo podía llevar el mensaje a *Spalatum* en once o doce días. Sabía que su suegro le respondería en el día. Siempre había sido un hombre expeditivo. Luego podía tener la respuesta en no más de veinticinco días. Se tomaría ese tiempo. Constantino podía esperar. Después de enviar el mensaje hizo como su suegro le había enseñado, se olvidó del tema, y se dedicó a los asuntos de gobierno de su Prefectura, que abarcaba desde la *Iliria* hasta *Asia Menor*.

En su Palacio de *Spalatum*, Diocleciano no recibía apenas correspondencia, ni visitas. Desde su retiro, dos años antes, vivía recogido en el Palacio, leyendo libros de historia - eso sí, en latín, ya que no hablaba griego - cuidando la huerta y paseando con su esposa, Prisca, por el jardín del Palacio o por los alrededores. El Mar Adriático suavizaba el clima de la zona. Descansaba de veinte duros años de púrpura y de toda su vida anterior como soldado. Se lo había ganado. Desde la quietud de su retiro y desde la altura de la vida en que estaba, se había vuelto un tanto

filósofo, y miraba los afanes del mundo con cierta distancia. En su momento cumplió con su deber, pero por nada del mundo volvería a asumir responsabilidades de mando. Vida verdadera, pensaba el que fuera Augusto, la que llevaba ahora.

La carta que había recibido de su yerno esa misma mañana suponía un reto a su decisión de dejar el gobierno a los jóvenes. Jóvenes que se piensan adultos, pero que no dejan de tener la inocencia de los niños en ocasiones. Veía claro que no debía interferir, ni dar una opinión siquiera. La decisión que tomara su yerno traería consecuencias y a ellas debería hacer frente su yerno. Eso obligaba a que la decisión fuera suya, sin consejos ajenos. Así se sentiría responsable y haría frente a las consecuencias de su decisión de manera decidida, por considerarlas también suyas. La vía fácil, para su yerno, era recibir una indicación. Para él, darla. Pero no siempre la vía fácil es la acertada. El inefable Galerio ... No obstante, quiso darle ánimos. Y colaboró con su secretario para que la carta quedara firme y cercana al mismo tiempo. Decía así:

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, desde Spalatum, a Cayo Galerio Valerio Maximiano, Augusto de Iliria. Salud.

Cuando, hace sólo dos años, abdiqué, te transferí las plenas responsabilidades de gobierno. Roma tiene hombres capaces de llevar sus riendas, y tú eres, bien lo sé, el mejor. Y los demás, similares. Decidir yo sería reconocer haberme equivocado eligiéndote. Y contigo, yerno mío, sé que no me equivoqué. Decide tú, según tu recto saber. Ése nunca te engaña. Ten confianza en él, y te guiará. Apruebo lo que decidas, sé que acertarás.

Cuídate mucho, yerno.

Diez días después la misiva llegaba al Augusto Galerio. Éste quedó un tanto decepcionado de que su suegro no aportara ninguna alternativa. Dejaba todo en sus manos, lo que era tanto como evadirse.

Capítulo 59
La iniciación de Osio.

Año 306

Osio contaba a su amigo sus experiencias juveniles.

- "Verás. Íbamos a estar en *Cesarea* de *Mauritania* dos semanas. Mi padre quería establecer contactos con comerciantes del Norte de *Mauritania* y proponerles formar una asociación de fabricantes de *garum*. La acogida fue bastante buena, eso me dijo mi padre. No sólo visitamos *Cesarea*, sino que también nos desplazamos a *Tipasa* (Beni-Haqua) y a *Icosium* (Larhat), ambas Colonias romanas.

Mi padre sólo quería trato con colegas que residieran en Colonias. Decía que así era más fácil perseguir a quien no pagara. El caso es que al final de la segunda semana mi padre estaba muy contento con las relaciones establecidas, que parecía iban a permitirle acceder a clientes de

importancia en un futuro próximo. Y me dijo que quería celebrarlo. Le pregunté:

- "¿Y cómo lo celebraremos, padre, lejos como estamos de casa?"

- "No importa", me dijo. "Vamos a divertirnos."

- "Siempre nos acompañaba, además de la escolta de mi padre, el mayordomo del contacto primero que mi padre había hecho ya desde *Cartago Nova*, antes de iniciar el viaje. Era un hombre muy delgado, moreno, con barba en punta. Se entendía muy bien con mi padre. El caso es que al atardecer nos llevó, por unas callejuelas por las que yo no había pasado nunca, a un barrio similar al *Mons Asdrúbal*. Yo no lo sabía y creí que íbamos a cenar. Pero al ver tantas mujeres jóvenes vestidas sólo con sedas transparentes ya me imaginé que no era a cenar a lo que íbamos.

Mi padre se fue a hablar con el dueño del local, mientras yo me quedaba en el vestíbulo, con el mayordomo de su cliente. Al poco volvió y me dijo:

- "Te he buscado una compañía que te va a gustar."

Y enseguida apareció detrás de él una chiquilla encantadora. Encantadora y casi desnuda. Tenía el pelo largo, era morena y una diadema estrecha le ceñía la frente. Unas mangas negras se ajustaban a sus brazos. Una cinta negra apenas le cubrían el sexo, dejando ver sus caderas angulosas. Y esa era toda su vestimenta. Su rostro era ovalado, con facciones que revelaban una inocencia que, sin duda, tenía perdida. Tenía cara y cuerpo de niña, aunque sus pechos redondos y firmes denotaban que era ya una mujer. Pero lo mejor de ella era su mirada. Era cálida y me llegó al alma. No me dijo nada, pero tampoco hacía falta. Sólo me miró y me cautivó. Mi padre me dijo:

- "Es tuya. Pero sólo hasta que tú decidas."

Y se fueron. La niña me guió hasta una habitación con poca luz y una cama muy sencilla, sólo cuatro patas y un colchón sobre un lecho de madera. Luego supe que mi padre le había dicho que yo no tenía experiencia con mujeres y que ella debía iniciarme.

Me dijo:

- "Tú no hagas nada, sólo fíjate."

Y a continuación, muy lentamente, me desnudó. Cuando lo hacía, sus manos me rozaban la piel y me hacían temblar. Empezó sus lecciones diciéndome:

- “Cuando las desnudes, debes rozarles, pero muy poco. Para que ellas deseen más.”

Luego me hizo acostarme en la cama. Y empezó a acariciarme, besarme y lamerme el cuello, el pecho, los costados, el vientre ...

Conforme iba bajando me iba excitando, pensando en lo que iba a venir. Pero cuando iba a llegar al lugar clave, cambió de posición y se puso de rodillas al pie de la cama. Empezó a hacer lo mismo en los dedos de mis pies, en las piernas, subiendo hacia las rodillas, luego los muslos. Para entonces yo estaba duro como una piedra. Lo notaba.

Ella me dijo:

- “Esto está muy bien, eres un chico muy bien dotado.”

Y empezó a acariciarme por esa zona. Cerré los ojos y la dejé hacer. Creí que iba a venir lo que ya conocía, pero por mí solo. Pero no. Me seguía enseñando.

- “Todo el mundo sabe hacer manar la fuente a la primera intentona. Pero la maestría está en no pulsar la espita de la fuente y seguir jugando. ¿Quieres que juguemos?”

Le hice una seña con la cabeza, afirmando. Y ella estuvo jugando conmigo un tiempo que se me antojó eterno. Luego me hizo acariciarla, tumbada ella sobre la cama, boca arriba, boca abajo. Luego se puso en pie y se pegó contra la pared, levantando los brazos. Me hizo besarle todo el cuerpo, mientras ella se retorcía y gemía. Me hizo quitarle toda la ropa y besarle las zonas que descubría. De nuevo estaba con todo tieso. Me dijo:

- “Saboréame.”

Y lo hice, por todo su cuerpo, que era perfecto. Me decía:

- “Más despacio.”

Y yo la obedecía, e iba despacio, recreándome. Su sexo olía bien, debía haberse puesto allí un perfume especial. Cuando lo saboreé, ella se retorcía y gritaba. Al rato, me agarró del pelo y tiró de él hacia atrás. Me llevó de nuevo a la cama y me hizo acostarme boca arriba. Y allí culminó el juego y abrió por fin la fuente, que manó impetuosamente. Luego se acostó a mi lado y se puso encima de mí. Apenas pesaba. Yo notaba sus pechos apretados contra mi pecho.

Le pregunté:

- “¿Cómo te llamas?”

- “Jasmine”, me dijo en voz baja, al oído, como si fuera un secreto.

Pero yo sabía que ése era su nombre de guerra, sólo en el prostíbulo. Su verdadero nombre no me lo quiso decir. Tampoco me dijo dónde vivía. Yo sabía que partíamos al día siguiente, de modo que nunca la volvería a ver. Se quedo dormida sobre mí. Yo también me dormí. Fue el sueño más dulce que nunca había tenido. Al despertarme ella había desaparecido.

Mi padre había terminado antes y sólo el mayordomo me esperaba en el vestíbulo, con cara de sueño. Volvimos en silencio a casa del comerciante amigo de mi padre con las primeras claridades del nuevo día. Mi padre estaba durmiendo y yo me acosté también.

Esa mañana zarpamos, rumbo a *Cartago Nova*. Nunca he podido olvidar a Jasmine, la primera mujer que me dio placer. Ha habido muchas, pero ninguna como ella ... Ninguna ha sabido jugar conmigo como hizo ella, ni siquiera las del *Mons Asdrúbal*.

Capítulo 60
El retorno.

Año 306

Con los asuntos militares resueltos, Constantino escribió a los suyos. Aún le quedaba doce días de viaje hasta *Augusta Treverorum*. Los *Tréveros* eran la tribu gala que poblaba aquellos lugares. Construyó Augusto una ciudad sobre el montículo en que se asentaba su plaza fuerte (*oppidum*) y la llamó *Augusta* de los *Tréveros*, *Augusta Treverorum*, en latín, para distinguirla de otras muchas ciudades *Augustas* que creó. Por estar cerca de la frontera Norte, se había convertido en la capital de la Prefectura de las *Galias*. Constantino escribió a su madrastra, Teodora, ahora viuda de su padre, comunicándole el fallecimiento de su marido, y procuró consolarla por la pérdida. Le anunciaba su llegada en cuanto pudiera liquidar los

asuntos que aún le retenían en *Britania*. También escribió a Minervina, su esposa, preguntándole, porque sabía que eso le gustaba, por la salud y el aprovechamiento de Crispo. Le decía que llegaría en un par de semanas.

Constantino descendió por la calzada que comunica *Eboracum* con *Lindum*. Y desde *Lindum*, por la gran calzada que, pasando por *Durabrivae* y *Durolipons*, conduce a *Londinium*. En *Londinium* se alojó una sola noche. Allí revisó las defensas, tanto de la ciudad como del fuerte, y al día siguiente, después de comer en el Palacio del Gobernador, emprendió viaje, por *Durovernum*, hacia *Rutupiae*. En todas las ciudades por las que pasó la población había salido a la calzada por la que pasaba la larga comitiva y le vitoreó con inmenso alboroto. Constantino no estaba acostumbrado a este tipo de homenajes y se sintió incómodo. Le molestaba que le vitorearan gentes tan vulgares, como si él dependiera de sus aplausos. De vez en cuando levantaba la mano derecha, a modo de saludo, pero se sentía molesto. Pronto superaban la aldea, o Colonia, y volvía la normalidad de la marcha, sin alborotos.

Finalmente llegaron a *Rutupiae*, distante setenta y tres millas romanas (ciento diez km.) de la capital. Una parte de las naves de carga, con la mitad de las Legiones procedentes del continente, ya habían partido. El puerto era un hervidero de naves, soldados, vendedores de todo tipo de productos, marinos y prostitutas. La nave de Constantino esperaba al extremo del muelle. Las diez naves que le acompañarían estaban ya con el personal militar y la marinería, listos para partir con la marea. Comprobó personalmente que todo estaba dispuesto para iniciar la travesía a la mañana siguiente. Esa noche la pasó en el Pretorio de *Rutupiae*.

En un momento, ya acostado, le vino a la mente qué pasaría con el permiso solicitado al Augusto Galerio. Pero se prohibió pensar en tal asunto. Seguía los consejos de su padre, que muchas veces le había dicho:

- "Hijo, nunca te preocupes por los problemas que surjan. No te preocupes, ocúpate de ellos."

Él había trabajado mucho para suceder a su padre en la púrpura. De una u otra forma, con permiso o sin él, todo se arreglarían. Y con ese pensamiento se durmió.

El día siguiente amaneció radiante. Un cielo despejado auguraba una feliz travesía. El viento soplaba favorable. No obstante, los remeros tendrían que trabajar duro para salir del puerto. Todas las autoridades de la isla le habían acompañado, y se despidieron de él en el muelle.

Constantino subió a su nave y se acomodó en su lujoso camarote, que ocupaba toda la popa.

Le acompañaban dos de sus ayudantes más directos. La flotilla levó anclas y se dirigió, nave tras nave, hacia la embocadura del puerto. Con viento favorable, la travesía duraría alrededor de seis horas. Navegaban al Este, con el sol a la proa. La suave corriente del estrecho les empujaría hacia el Sur, lo que favorecía su llegada a *Itius Portus* o a *Gesoriacum*, en la *Galia*.

Durante la travesía Constantino se refugió en su camarote. Se mareaba, y no quería que sus hombres se percataran de aquella debilidad. Recordando lo que había escrito a Minervina, le vino a la mente la solución que iba a dar a la educación de Crispo. El muchacho haría nueve años dentro de unos meses. Hasta el presente lo había educado su madre, pero ya era tiempo de que se ocupara de él un pedagogo. Había pensado en delegar ese trabajo en Lactancio, pero había cambiado de opinión. Elegiría un pedagogo, uno que le fuera bien recomendado, y lo pondría a las órdenes de Lactancio. El pedagogo informaría a Lactancio de los progresos de su hijo y Lactancio le informaría a él. De ese modo Lactancio podría seguir con su trabajo de redacción de los textos que tenía encomendado. Cuando estuviera ausente, nombraría a algún oficial de confianza para que recibiera los informes de Lactancio. Ahora que los planes empezaban a salir bien, preveía que iba a tener que atender numerosos asuntos y ello le iba a llevar lejos de *Augusta Treverorum* largas temporadas.

Les costó ocho horas avistar la tierra de las *Galias*, ya que el viento cambió. Soplaba el céfiro, viento del Noroeste, ligero y fresco. Pero a media travesía pasó a viento Norte, el septentrión, que era más frío. Ello hizo necesario emplear los remos y contra el viento lucharon los remeros las diez horas largas que duró la travesía. Todas las naves llegaron a *Gesoriacum*, aunque alguna se retrasó hasta casi temer por ella. Pernoctaron en *Gesoriacum* y a la mañana siguiente emprendieron la marcha hacia *Augusta Treverorum*. Constantino ordenó a las tropas que le acompañaban que volvieran a sus destinos, salvo veinte *turmae* de caballería (un total de seiscientos jinetes), que formarían su escolta hasta destino, *Augusta Treverorum*, distante unas trescientas millas (450 km).

En el viaje, utilizando la posta imperial, preparada ya para el viaje del Augusto, evitaban entrar en las ciudades - ya que los edificios de la

posta estaban siempre en las afueras - con lo que se evitaban las molestas aclamaciones de la plebe. La primera noche pernoctaron en el edificio de una parada, a medio camino entre *Samarobriva* y *Augusta Suessionum*, otra ciudad fundado por César Augusto. La segunda jornada les condujo a *Mosa* (Sedán), aldea de relativa importancia, que distaba ochenta millas (120 km.) de *Augusta Treverorum*, adonde llegaron a media tarde del tercer día de viaje.

La recepción fue apoteósica. Toda la ciudad, y muchos campesinos de las cercanías, salieron a las calles para aclamar al nuevo Augusto, el joven Constantino, el hijo del difunto Constancio, del que tan buen recuerdo guardaban los ciudadanos de *Augusta Treverorum*. Pensando que era la ciudad donde iba a pasar sus siguientes años Constantino hizo un esfuerzo y se mostró satisfecho con la recepción de que fue objeto. Respondió a los saludos de la multitud y lució una sonrisa abierta. Se sorprendió a sí mismo porque las aclamaciones de los ciudadanos de *Augusta Treverorum* sí que le agradaban. No así las de otras ciudades lejanas. Renunció a averiguar por qué.

La recepción fue especialmente grata a las puertas del Palacio Imperial. En la entrada principal esperaban a Constantino Teodora, sus seis hermanastros, Minervina y su hijo. Éste, cuando vio de lejos a su padre, fue corriendo a su encuentro, y Constantino, agachándose, lo cogió en brazos. Con él en brazos fue al encuentro de su mujer. Dejó al niño en el suelo antes de abrazar a Minervina. Ésta, presa de la emoción, no pudo articular palabra, y se echó a llorar.

Cuando Constantino deshizo el abrazo con Minervina, Teodora se adelantó, y al llegar frente a él, le tomó la mano y se arrodilló. Besó su mano. Constantino no esperaba este gesto. Le agarró suavemente de los hombros para levantarla. Ella dejó hacer y se abrazó a él. Le susurró, al oído:

- "Ahora que eres el *paterfamilias* de esta casa, permíteme que te trate con el mismo respeto que traté siempre a tu padre."

- "Sea, respondió él, pero no dejes de ver en mí a tu hijo."

- "Así será."

Y, siguiendo un ceremonial que sin duda alguna tenían ensayado, sus seis hermanastros, Dalmacio, Julio Constancio, Hanibaliano, Constancia, Anastasia y la pequeña Eutropia, se arrodillaron respetuosamente ante él y besaron su mano. Era como si lo tomaran por su

padre, o al menos así lo entendió Constantino. En adelante él tendría una gran familia, de la que tendría que cuidar. La idea le agradó. Para una labor tan inmensa como la que se había forjado en su mente, bien le vendría tener una familia amplia. Varios hijos varones, para mandar, y hembras jóvenes, para concertar alianzas

Entraron en Palacio. En el patio estaba la guardia, formada en uniforme de gala. Todo el Estado Mayor de su padre se encontraba presente, tanto los que le habían acompañado a *Britania,* como los que quedaron al cuidado de los asuntos más urgentes. Todos saludaron militar y respetuosamente a Constantino. Éste conoció en primera persona lo que era el ejercicio del poder. Se supo la persona situada muy por encima de todo el resto, el elegido de los dioses, el que detentaba el poder supremo Y esa sensación, que era nueva en él, le agradó sobremanera.

Tenía decidida ya cuál sería su postura sobre su nombramiento. Podía declarar en público que estaba a la espera del reconocimiento por parte de *Nicomedia*. Pero entendía que hacerlo le colocaría en una incómoda y ambigua posición. Y podía dar por hecho que Galerio había dado o daría su aprobación. Aunque no se refería a lo mismo, lo relacionó con la recomendación de su padre de nunca reconocer un error. Él podía saber detalles que los demás desconocían, y esa idea le dio la clave de qué hacer: Actuaría como si todo fuera a suceder como él quería. Y así actuó. Comportándose como el Augusto que había sido su padre. En consecuencia adoptó las maneras que había visto a su padre cuando trabajaron juntos. Dando por hecho que todos le debían obediencia. Y todos se la dieron. Le bastó comprobar que así era. Estaba fatigado por la premura dada al viaje de retorno desde *Eboracum*. Llevaban seis días de cabalgar casi sin descanso, desde el amanecer hasta el atardecer. Satisfecho porque todo salía como mejor había deseado, sabiéndose impuesto en su nuevo papel, reunió a sus subordinados y les dijo:

- "Señores, nada me agradaría más que compartir con todos las informaciones que sin duda tienen que ofrecerme, pero supongo que nada es tan urgente como para no poder esperar a mañana. Mi cuerpo y mi familia reclaman mi atención."

Sus subordinados asintieron unánimemente y se retiraron. Constantino quedó solo en la sala. Se quitó lentamente la coraza. Su secretario le ayudó a ponerse más cómodo. Subió hacia las habitaciones superiores. Minervina estaba esperándole, emocionada. Se arrojaron uno

en brazos del otro. Pronto Constantino empezó a soltarle las cintas del vestido.

Capítulo 61

Tomando posesión.

Año 306

Constantino tardó varios días en llamar a Lactancio. Antes de hablar con él quería tener decidido el pedagogo de Crispo. Unas indagaciones de su secretario en la ciudad proporcionaron media docena de candidatos. La toma de referencias llevó un par de días. Al tercero Constantino ya tenía designado a un joven retórico, Domicio, como futuro tutor de su hijo. Era Domicio el segundo hijo de una de las mejores familias de *Augusta Treverorum*, los Tilburni. El hermano mayor había seguido la carrera de las armas y estaba asignado como tribuno *laticlaudius* en una unidad de la *Galia Lugdunensis*.

Domicio tenía treinta y dos años y permanecía soltero. Dominaba el griego, había estudiado con los mejores maestros de las *Galias* y había participado en las labores administrativas de la ciudad. Constantino lo mandó llamar, para conocerlo personalmente y en la entrevista Domicio le causó buena impresión. Fue respetuoso, demostró su educación y buenos modales y habló poco. Lo hacía con una voz suave y firme a la vez. Lograría buenos frutos con su hijo, que era un muchacho dócil y bien educado. Le explicó que su superior inmediato sería Lactancio, a quien debería dar cuenta de los progresos o dificultades que tuviera con Crispo. Quedó convenido que Domicio acudiría a Palacio y allá dispondría de un par de salas para su labor. La comida del mediodía la haría en Palacio. Dormiría en su casa. Quedó fijada su retribución. Finalmente lo despidió.

Un par de días más tarde Constantino hizo llamar a Lactancio. Éste, que esperaba ser llamado un día u otro, se presentó con su mejor

atuendo. Ya tenía preparado lo que iba a referir al nuevo Augusto. Cuando le pasaron a su presencia, Lactancio se llegó hasta cerca de Constantino y se arrodilló ante él, inclinando la cabeza hasta el suelo. Constantino, que ya conocía el formalismo de su colaborador, le dejó hacer. Cuando levantó la cabeza del suelo, le indicó con la mano que se levantara. Lactancio quedó callado, a la espera de que Constantino iniciara la conversación.

- "Os he mandado llamar, gentil Lactancio, para conocer los progresos de vuestro trabajo durante mi ausencia. Han sido muchos meses los que me he visto obligado a acompañar a mi padre y quería saber cómo os ha ido en vuestro trabajo."

- "*Dómine*, tengo la satisfacción de comunicaros que, en lo que se refiere a los textos que podríamos llamar sagrados, los que tratan de la vida del hijo de Dios, he completado la totalidad de lo que puedo escribir en solitario. Las Cartas del Apóstol Pablo, un total de trece escritos, están todas terminadas. He completado el ciclo de Pablo con un largo escrito, que titulo Hechos de los Apóstoles, que supone la continuación de la vida del Hijo de Dios. Narra lo sucedido tras su muerte y resurrección, la vida de los primeros años y cómo se inició la predicación de la doctrina cristiana."

- "Magnífico, Lactancio." - respondió Constantino con la mejor de sus sonrisas luciendo en el rostro - "Debo confesar que no esperaba menos de vos. Y ahora decidme, ¿significa eso que ya no podéis escribir nuevos textos?"

- "¡Oh, no, *Dómine*, en modo alguno! Hace ya tres meses que terminé el trabajo que os acabo de comentar, y me he puesto a escribir textos de los primeros escritores cristianos, apologías del Cristianismo. En ese terreno aún está casi todo por hacer, *Dómine*."

- "Muy bien, Lactancio, muy bien, me tranquiliza saber que vais a seguir trabajando en los textos. Como ya imaginaréis, mi nombramiento para suceder a mi padre era un requisito imprescindible para que el plan que iniciamos tiempo atrás pueda ir avanzando. No obstante, sigue siendo fundamental que nadie sepa a qué os dedicáis. La discreción es imprescindible."

- "No temáis, *Dómine*. A los esclavos que me acompañaron desde Egipto a *Nicomedia* y a *Augusta Treverorum* les concedí la libertad, les di una gratificación generosa para que se establecieran como siervos en el campo y ya nada saben sobre su amo. Sólo he conservado al *nomenclator*,

que es una persona de confianza y que es el encargado de dirigir a los tres nuevos esclavos que he comprado, ninguno de los cuales sabe latín. Son bárbaros recién apresados. Espero que estas medidas os parezcan apropiadas."

- "Lo son, mi fiel Lactancio. Y respecto a vuestro *nomenclator*, podéis informarle, si es vuestra intención hacerlo, de que os he nombrado pedagogo de mi hijo Crispo; que para eso vinisteis aquí. Pero no os inquietéis, porque seréis el superior del pedagogo. Las labores directas las hará un joven que ya he designado, Domicio es su nombre. En breve os lo presentarán. Espero que os llevéis bien con él, pues tiene mi confianza. Ha superado una dura selección entre varios candidatos.

Vuestra labor será recibir cada semana un informe de los progresos de mi hijo y dar a Domicio indicaciones sobre las tareas a realizar con Crispo. Si todo va como es de esperar, nada me diréis. Si vierais algo que ni Domicio, ni vos, sois capaces de corregir y que penséis que yo deba saber, seréis vos quien me lo comunicará, para que yo intervenga. Espero que Crispo no os dé problemas. Ha sido su madre quien lo ha educado hasta ahora y me consta que lo ha hecho bien. Nada os digo sobre qué espero de vos como pedagogo jefe, pues la enseñanza se os da mejor que a mí."

- "Os agradezco la confianza, *Dómine*. No os defraudaré, estad seguro. Entiendo que debo esperar a conocer a ese tal Domicio y, mientras no cambie la situación, seguir escribiendo textos de los primeros autores cristianos ..."

Constantino comprendió la muda pregunta de su interlocutor. Y como la noticia que podía darle al respecto sabía que iba a mejorar su moral y rendimiento, añadió:

- "Me queda deciros que en breve podré escribir la misiva para que venga el historiador del equipo. No reside en un lugar bajo mi jurisdicción, por lo que tardará en llegar, pero su llegada se producirá tan pronto sea posible. Quería que lo supierais."

El rostro de Lactancio se iluminó.

- "Me agrada mucho oír tal cosa, *Dómine*. Seguiré trabajando, a la espera de poder colaborar con él para terminar los textos."

Y tras el saludo de Lactancio, postrado de nuevo de rodillas, terminó la audiencia. Lactancio salió de la estancia radiante de gozo. Había terminado su misión en lo que a "textos sagrados" se refería. El Augusto

Constantino había elogiado su trabajo. Le había nombrado tutor de su hijo Crispo. Además, le había dado la mejor noticia de todas, iba a llamar de inmediato al historiador. ¿Qué más podía esperar? Sus planes se estaban cumpliendo paso a paso. Si pudieran verle, los ciudadanos de *Leptis Magna* se morirían de envidia. Él, tratándose a diario, en Palacio, con el Augusto Constantino …

También Constantino quedó satisfecho de la reunión mantenida. El plan de redacción ideado por Lactancio marchaba a la perfección. Con Eusebio a su lado, se podría completar todo en un plazo más que suficiente. Y ahora tenía autoridad para ordenarle venir a su lado. Respecto a Lactancio, se confirmaba una vez más que no había como desoír las quejas de los subordinados y ordenarles hacer lo que uno quiere, por más que ellos digan que es imposible. Saber que el Augusto lo quiere lo hace todo posible.

Constantino se reunió acto seguido con los mandos militares. Lo hacía a diario desde que llegara de *Britania*. Las novedades no eran favorables. Los informadores que tenían más allá de la frontera germana habían avisado reiteradamente de que los bárbaros de las tribus de los *Sicambri* y *Tencteri*, situados cerca de *Colonia Agrippina*, al otro lado de Rhin, se estaban preparando, posiblemente, para lanzar un ataque sobre el territorio romano. Se observaba mucho movimiento de carros que enlazaban a los jefes de tales tribus y eso solía ser el preludio de una concentración de fuerzas y de un ataque masivo posterior. Todos los asistentes a la reunión eran partidarios de llevar tropas a la frontera para anular el ataque y contraatacar con la mayor rapidez posible. Con la información que se poseía dejar pasar el tiempo sin actuar era insensato. Constantino se alegró de la situación. Tener que salir a pelear a la frontera aun antes de recibir la confirmación de su nombramiento sólo podía trabajar en su favor.

La distancia entre *Augusta Treverorum* y *Colonia Agrippina*, lugar más cercano a la previsible invasión de *Sicambri* y *Tencteri* era sólo de 95 millas romanas, trayecto que, a caballo, se podía hacer en una jornada de viaje.

En circunstancias normales, el Augusto de las *Galias* hubiera salido hacia la frontera de inmediato, tratando de estar *in situ* cuando la invasión se produjera. Constantino entendió que, dada su situación, era preferible actuar cuando la invasión se hubiera producido, a pesar de las

víctimas civiles que se generaran. Por eso esperó hasta tener noticias más concretas y no sólo meras sospechas. No podía alejarse de la capital e invirtió la espera en recorrer la región, para familiarizarse con ella.

Remontó el curso del Mosella hasta *Divodurum*. Y bajó por el *Rhenus Flumen* (río Rhin) hasta *Bontobrica* y *Vosalia*, ambas villas fronterizas. Conforme se acercaba el Mosella al *Rhenus*, su curso se alargaba en grandes meandros, de modo que el río aparecía y desaparecía a la izquierda de la calzada. A esa altura de su curso, el Mosella era un río amplio, majestuoso, de aguas limpias, rodeado de bosques por doquier.

Constantino comprobó que los bosques ocupaban la mayor parte de la provincia y que, por tanto, desplazarse sin ser visto era muy fácil para una hueste invasora. Eso iba poner las cosas difíciles. Les sería fácil a los bárbaros eludir a las Legiones romanas, refugiándose en unos bosques que podían conocer mejor que sus enemigos. Constantino se temió, aun antes de pelear con sus futuros enemigos, que no le iba a ser fácil despejar una zona de bárbaros, si éstos adoptaban la táctica de pelear en guerrillas y de rehuir el combate.

Lo comentó con los oficiales que le acompañaban y todos estuvieron de acuerdo con él. De hecho, con el anterior Augusto ésa fue la táctica que adoptaron los invasores. No se dio ni una sola batalla abierta. Todo fueron escaramuzas de la infantería en pequeña escala. Por eso su padre había optado por la estrategia de acción y reacción. Tras una correría de los bárbaros, realizar una correría de represalia, tratando de destruir sus aldeas y causar todo el daño posible. Eso había hecho que las tribus más cercanas a la frontera se trasladaran unas millas al Norte, a fin de evitar las acciones romanas de castigo. Pero ello no impedía nada, pues los romanos avanzaban hasta satisfacer su ansia de castigar al enemigo.

Las exploraciones se dirigieron luego hacia el Oeste, llegando hasta *Meduantum* y *Mosomagum* en la ribera derecha del *Mossa*. La configuración del terreno era la misma, ríos y bosques formando una tupida malla, con aldeas sólo al borde de la calzada. Al Este, al Sur del *Rhenus* se extendía una cadena de montañas que habían hecho desistir a los constructores de trazar vía alguna a su través. Salvo la que desde *Divodurum* llevaba a *Argentoratum*, al borde del *Rhenus Flumen*. Pero viajar por ella suponía alejarse de *Augusta Treverorum* más de lo deseado, que era hacer el viaje de inspección un día, pernoctar en la aldea final y volver al día siguiente.

2

Ciclo de César

Capítulo 62
Los *Germanos*.

Año 306

Los mensajeros que habían llevado el retrato de Constantino a *Nicomedia* tenían órdenes de llevar consigo el mensaje de respuesta, siempre que ello le pareciera bien al Augusto de *Iliria*. Ésas eran las instrucciones que el oficial al mando había recibido en *Eboracum*. Galerio estuvo de acuerdo. No obstante, tenían que esperar varias semanas. Galerio dispuso que el tribuno al mando se alojara en el Pretorio de *Nicomedia* y que los jinetes se desplazaran a los cuarteles del invierno que había a pocas millas de la ciudad, camino de *Bizancio*, en la costa.

Departió un día con el tribuno, al que llamó a su despacho, para saber nuevas de la lejana *Britania*. Éste, que pertenecía a las tropas que habían ido a *Britania* con Constancio, le contó la situación en la isla a su llegada y las medidas tomadas por el Augusto. Le refirió con entusiasmo las gestas llevadas a cabo por la caballería, a la que pertenecía, en la quema de naves *pictas* en los cuatro puertos del Noroeste de la isla. Supo así del protagonismo de Constantino. Y le contó la actuación de la caballería en la retirada de los *Pictos* en las dos batallas celebradas contra ellos por Constancio y su hijo Constantino. A instancias de Galerio, que preguntó por el tema en concreto, el tribuno le narró el estado de ánimo de

las Legiones a la muerte del Augusto Constancio y cómo Constantino fue proclamado Augusto por ellas.

Galerio comprendió que, a pesar de su animadversión hacia Constantino, éste había actuado de modo ejemplar en la campaña contra los *Pictos*. Y gozaba sin duda de mucho prestigio entre los altos mandos de su padre. Éstos le serían fieles en caso de una confrontación con otras Legiones. Reflexionó mucho sobre ello en el tiempo que tardó en llegar la respuesta de su suegro Diocleciano. Y, al leer el mensaje de su suegro, vio clara la postura a tomar.

Para mantener el Imperio apaciguado al máximo no tenía otra opción que aceptar la propuesta de Constantino como un mal menor, rebajándolo, eso sí, de Augusto a César. No se veía cruzando el Imperio para enfrentarse a Constantino. Y en este momento no contaba con Severo para esa labor. Bastante tenía con sus problemas en la propia Italia. Ya decidido, hizo llamar a su secretario.

La estructura que dio a su carta, menos cuidada que las que habitualmente escribía, le diría algo al destinatario. Sentía cierta prevención en contra del hijo del difunto Constancio. Así como su colega en el mando le había parecido siempre una persona noble, quizás un tanto anodino, pero un buen militar, su hijo tenía un algo oscuro, no le parecía digno de confianza, como si bajo su apariencia impecable se ocultara algún interés inconfesable. No le caía simpático, eso estaba claro. No obstante, había que rendirse a la realidad. La carta de respuesta, que iba a enviar a *Augusta Treverorum* decía así:

Cayo Flavio Galerio Maximiano, Augusto de Oriente, a Cayo Flavio Valerio Constantino, en Eboracum. Guardaos.

He reflexionado sobre vuestra petición, y, considerando la situación del Imperio, acepto recibiros como César de Severo. Tendréis la jurisdicción de vuestro padre, las Galias, Britania, Hispania y Mauritania Tingitana. Y en mí, un padre para lo que necesitéis.

Salud.

Terminada la redacción, Galerio se quedó reflexionando sobre lo arduo que resultaba ser el Augusto máximo. Su suegro lo había tenido más fácil. Él había sido el salvador del Imperio, el fundador de una nueva dinastía. Dinastía no de la sangre, sino del valor demostrado en el campo de batalla. Que es la moneda que Roma necesitaba en los nuevos tiempos.

En cambio él, con los ciudadanos ya habituados a la paz, de la que venían gozando veinte años, lo tenía más difícil. Los ciudadanos ponían mala cara al precio que esa paz tenía, al coste de mantener fuerzas en todas las fronteras del Imperio.

Los italianos querían la paz sin pagar nada por ella. Tal vez pensaban que la tranquilidad de cada día les era debida. Él sabía que no era así; que había que ganarla cada día, respondiendo con dureza a cada nueva incursión del enemigo, dondequiera que ésta se produjera. Y que la respuesta fuera el escarmiento que les hiciera desistir de la siguiente. Los bárbaros no entendían otro lenguaje que el de la fuerza. Y practicar esa política costaba la vida a un puñado de legionarios por cada respuesta. Y costaba mantener a todas las guarniciones de *comitatenses*, las que guardaban las fronteras. Y aún harían falta más. Malditos ciudadanos italianos …

Las expediciones de reconocimiento se prolongaron hasta los primeros días de Septiembre. En ese momento llegó la noticia de que los bárbaros habían atacado *Novesium*, *Durnomagus* y *Buruncam*, aldeas situadas pocas millas al Norte de *Colonia Agrippina*. En previsión de que los mensajeros procedentes de *Nicomedia* llegaran en su ausencia, Constantino había dado orden de que, acompañados de cien jinetes, se dirigieran a *Colonia Agrippina* para entregárselo en mano.

Constantino había tenido tiempo de reunir cerca de dos Legiones, procedentes de guarniciones de ciudades al Sur, y con ellas, casi 9.000 hombres, se dirigió hacia la zona atacada por los bárbaros. Marchando a veinticinco millas por jornada, gracias a que iban sin maquinaria pesada, inútil en la guerra que se avecinaba, les costó cuatro días llegar a la que iba a ser su zona de operaciones. Constantino fijó su cuartel general en *Colonia Agrippina*. Las tropas recién llegadas montaron sus campamentos, según la rutina habitual, en las afueras de la Colonia.

“Ahora van a saber esos bárbaros cómo las gasta el nuevo Augusto”, pensaba Constantino mientras se dirigía al Pretorio de *Colonia Agrippina* para pasar allí la noche. No les perdonaba que hubieran cortado su vida familiar, tanto tiempo interrumpida.

Lo que Constantino ya sabía tras su visita de inspección y lo que veía sobre el terreno le hizo comprender que no era posible repetir en

Germania la actuación, eficaz y brillante, llevada a cabo en *Britania*. Las circunstancias en una y otra frontera eran muy diferentes.

Él había recorrido el Muro de Adriano y sabía perfectamente que la frontera con los *Caledones* tenía sólo 75 millas romanas (unos 125 km.). La frontera Norte con *Germania* tenía diez veces más, superaba las 750 millas. Si para defender *Britania* de los *pictos* Caledones hacían falta casi dos Legiones, para la frontera de *Germania* harían falta cerca de 20 Legiones. Casi la mitad del total de efectivos romanos de todo el Imperio, consistente en algo más de 45 Legiones. Eso era impensable. Y en toda la provincia de las *Galias*, él contaba sólo con 5 Legiones, incluyendo las tropas de campo, o palatinas, que cubrían el resto del territorio. La defensa fronteriza en las *Galias* era más débil que en la *Britania*. De ahí que dicha frontera fuera permeable, fácil de traspasar. Para evitar la irrupción masiva que se diera en *Britania*, y dado que dicha eventualidad era más probable aquí que allí, las tropas de campo eran numerosas.

Estaban establecidas, por cohortes, en Colonias, o ciudades importantes, que distaban entre 100 y 200 millas de la frontera. Ellas debían acudir a la zona en que se diera una invasión y abortarla, el papel que las Legiones al mando de su padre habían hecho en *Britania*. Las tropas fronterizas, o *comitatenses*, eran las encargadas de frenar el primer golpe. Debían repeler, si fuera posible, o retrasar, en el peor de los casos, la entrada del enemigo en el Imperio y avisar de que estaban siendo atacadas. Las guarniciones de campo vendrían en su ayuda o atacarían al invasor, si habían sido superadas las guarniciones de *comitatenses*. Ésta era la situación en cuanto a la frontera gala.

La táctica operativa de las tropas de campo en la frontera germana, las que Constantino traía consigo, no había sido nunca la de enfrentarse a una invasión masiva. El ataque de los bárbaros de *Germania* consistía en razias de pillaje. El objetivo de los bárbaros era, por lo general, limitado: Asolaban una zona, la que podían recorrer en tres o cuatro días, y luego se retiraban con el botín, lo que les llevaba otros dos o tres días. Sabían que ése era el tiempo de reacción de los romanos. A los seis u ocho días se presentarían en la zona tropas romanas cinco o diez veces más numerosas que su partida, contra las que no debían combatir. Para ese momento ellos debían haber vuelto a cruzar el *Rhenus Flumen* (río Rhin), la frontera natural que los separaba de Roma.

Por ello, la única reacción posible por parte de los romanos era devolver el golpe. No ya para obtener botín, aunque el botín nunca se desechaba, sino para castigar el ataque sufrido. Una idea que se había hecho ley era conseguir matar al doble de bajas sufridas. Hasta que ese objetivo no se conseguía, el jefe de la expedición de castigo tenía el deber de proseguir la batida. Una vez logrado, quedaba a su criterio alargar el castigo o retirarse con los prisioneros hechos, si había alguno.

Para poder moverse con cierta seguridad en territorio bárbaro, desde tiempos de Augusto se había desplegado una tupida red de *rastreadores*. Los *rastreadores* eran espías disfrazados, cuya misión consistía en trazar el plano de una zona enemiga. Generalmente eran comerciantes autóctonos que se prestaban a tal trabajo a cambio de una sustanciosa gratificación. Cada *rastreador* tenía asignada una zona muy amplia y debía proporcionar mapas de las aldeas y accidentes geográficos de esa zona.

En *Augusta Treverorum* se llevaba un exhaustivo control de las informaciones recibidas, cotejando los planos de la misma zona proporcionados por *rastreadores* de tribus diferentes, desconocidos entre ellos. De ese modo, el comandante de una expedición de castigo podía moverse con cierta seguridad en una franja de alrededor de cincuenta millas más allá de la frontera. Conforme la zona de castigo se alejaba del territorio romano, lo que se conocía de ella era menor y el riesgo, mayor. Toda expedición de castigo guardaba grandes precauciones a la hora de acampar y pasar la noche. La experiencia era que los germanos, conocedores de su territorio, aprovechaban la oscuridad para atacar a las expediciones romanas.

Al tanto de éstas y más informaciones, Constantino visitó la zona afectada. Sobre la frontera, en poco más de 25 millas se situaban *Colonia Agrippina*, que no fue atacada, *Buruncum*, *Durnomagus*, *Novaesium* y *Gelduba*. Todas estas localidades habían sido asoladas por los bárbaros. Las casas habían sido quemadas, los ganados sacrificados, las cosechas robadas, las mujeres violadas y, las más jóvenes, secuestradas y llevadas a *Germania*. Los hombres, muertos, excepto los que lograron huir.

La pequeña guarnición de *Durnomagus* fue atacada de noche, sorprendida y pasada por la espada. Los atacantes saquearon las casas una por una, llevándose los objetos que llamaron su atención. Luego las quemaron. Parecían tener compañeros en la frontera, porque en cada lugar

fronterizo se organizó una pequeña columna con el botín, de retorno a sus aldeas de origen.

La mayoría de los asaltantes penetraron en territorio romano y se llegaron hasta *Mederiacum*, distante 25 millas de *Novaesium*, por el Norte, y hasta *Tiberiae* y *Juliacum* en el Sur, a la misma distancia de la frontera. Saquearon también estas tres aldeas. En ellas se emplearon con más crueldad que en la frontera, ya que mataron a todos los habitantes con los que toparon. Los dejaron sobre el sitio y el espectáculo que se ofreció a los ojos de las tropas que retomaron dichos lugares era escalofriante. Los romanos no estaban acostumbrados a ese nivel de crueldad con sus enemigos.

Los jefes enemigos capturados podían morir enfrentados a fieras en el circo. Podían ser llevados a Roma, participar en el desfile del triunfo y luego ser estrangulados en la cárcel *Tuliana*. Las mujeres y los niños solían ser vendidos como esclavos. Pero, salvo para obtener información y en casos muy contados, no se empleaba la tortura con el enemigo vencido.

Los *Germanos* no pensaban así. De los árboles de la aldea colgaban los restos de muchos de los que habían sido sus habitantes. A los hombres los habían despellejado y luego abierto el vientre con la espada, de modo que sus vísceras colgaban hasta el suelo. Las mujeres no se habían librado de un tormento similar, aunque a la mayoría no las habían desollado, sólo a las que se resistieron. Esto se supo posteriormente.

A otros hombres los habían amarrado, colgado del árbol dentro de una red y habían prendido una fogata debajo, quemándolos lentamente. Había hombres y mujeres atados a troncos de árboles que, amputadas varias partes de su cuerpo - en todos los casos los pechos y los órganos genitales - habían muerto desangrados. De otros árboles colgaban miembros sueltos, brazos, piernas, troncos ... Y de otros, cabezas cortadas - incluidas las de algunos niños - que los asaltantes colgaron por los pelos.

Todo parecía una pesadilla. Varios soldados vomitaron cuando tuvieron que desatar a los muertos para sepultarlos. No sólo se había dado en aquellas aldeas el saqueo y el incendio final. Además de tortura, hubo sadismo y burla. Ello marcaría un nivel nuevo en la represalia.

En total, de los más de dos mil habitantes de la zona siniestrada, sólo sobrevivieron la mitad. Constantino se reunió con los principales mandos militares para enfocar la acción a tomar. Se imponía una dura expedición de castigo. Se disponía de los mapas de la zona. En la zona del

otro lado de la frontera habitaban los *Chattuarii* en la parte Norte, y los *Tencteri* en el Sur. Su región se extendía en una franja de 20 millas al otro lado de la frontera, o *limes*. Más allá de estas dos tribus, con una posible participación en el ataque vivían los *Bructeri* y los *Sicambri*. Se situaban a 45 ó 50 millas de la frontera. En los planos de que disponían figuraban las aldeas principales de unos y otros. Entre los exploradores alistados en las tropas romanas figuraban miembros de todas las tribus citadas, por lo que interrogar a los prisioneros no sería problema.

Todo estaba dispuesto para iniciar la contraofensiva pero la primera dificultad era atravesar el río *Rhenus*. Los asaltantes bárbaros lo hacían en pequeñas barcas. Constantino decidió hacer un puente de barcas, por donde pasarían sus tropas con rapidez. También decidió y dio la oportuna orden de hacer el mayor número posible de prisioneros. Quería dar un escarmiento que diera que hablar.

Capítulo 63

César

Año 306

La misiva de respuesta del Augusto Galerio, mandada desde *Nicomedia* el 21 de Septiembre, llegó a *Augusta Treverorum* el 12 de Octubre y a manos de Constantino, en *Colonia Agrippina*, dos días más tarde, el 14 de Octubre. Éste la leyó a solas.

Y volvió a experimentar algo que ya le había sucedido en ocasiones anteriores, concretamente cuando su elevación a la púrpura gracias a sus legionarios. Un suceso favorable, largamente acariciado, por el que había trabajado durante largo tiempo, cuando tal suceso se convertía en realidad, la emoción se ausentaba. Recibía el evento como algo frío, sin mérito. Mil

veces había pensado que el día que alcanzara la púrpura su corazón estallaría de alegría. Pero había llegado ese día y la frialdad había sido la respuesta a tal hecho.

Ahora, ni siquiera se inmutó por la rebaja que Galerio había hecho, reduciéndole a ser el César de Severo. Constantino ya sabía que él no podía ser Augusto, pasando por encima de Maximino y de Severo, nombrados antes que él. Pero sus Legiones no lo sabían. Pues bien, lo mismo le sucedió con la misiva de Galerio. Tenía más valor incluso que la aclamación de sus tropas. Pero le dejaba frío. Como si no tuviera la trascendencia que tenía.

- "Será ésa la condición humana", se dijo Constantino.

A nadie comunicó nada. Tenía ya decidido que si la respuesta era afirmativa, como esperaba, la daría como un mero formulismo. Como si él supiera ya por adelantado que iba ser afirmativa. Eso justificaba su postura de instalarse en el poder, porque sabía que sería confirmado. Quería restar protagonismo a la supremacía de Galerio. Porque en sus planes figuraba ya la idea de que en un futuro tendría que enfrentarse al Augusto de *Iliria*. Pero antes había muchas cosas por hacer.

Fue entonces cuando se permitió pensar en qué habría hecho si hubiera sido negativa. Y la duda le vino a la mente. Por un lado estaba el juramento dado a su padre. En el otro lado de la balanza estaba su idea de salvar a Roma, estableciendo un sistema de creencias único en todo el Imperio. Lo que Lactancio estaba preparando, siguiendo sus órdenes. Ya eso justificaba una posible desobediencia a la legalidad vigente. A fin de cuentas, la legalidad actual sólo llevaba veinte años vigente, y había sido obra de Diocleciano.

Además, su propia supervivencia y la de toda su familia dependían de su suerte. De ser despojado del poder y ser éste asumido por un enviado de Galerio, posiblemente la primera medida que se tomaría respecto a él sería quitarle la vida. Y nada podría hacer ya para proteger a su familia. Eran razones de peso para no prestarse voluntariamente a tal opción. Siendo sincero consigo mismo, Constantino tuvo que reconocer que no hubiera aceptado una negativa de Galerio.

Pero, afortunadamente, los dioses habían querido protegerle a él y a los suyos. Era una prueba más de que sus planes contaban con la aprobación de los dioses. Porque era lo que más convenían a Roma. Eso era lo importante. Constantino volvió a meter la misiva recibida en su

cápsula de metal y la depositó en su arcón personal. Lo cerró con llave. Y volvió a sus ocupaciones habituales.

Los trabajos para construir el puente de barcas llevaron tres días. Igual que hiciera Julio César cuando construyó sobre el mismo río un puente de madera, Constantino mandó levantar un fuerte en la orilla opuesta a *Colonia Agrippina*, donde tuvieran cabida las tropas que protegerían la construcción del puente y a los que trabajaran en la otra orilla. Más tarde defenderían el fuerte de cualquier ataque enemigo. De momento el fuerte se construyó de madera, con un amplio foso relleno de agua del río y un parapeto de tierra, sobre el que se levantó una empalizada.

Mientras se realizaban las obras, tuvo tiempo de escribir dos cartas que tenía *in mente* desde hacía semanas. Llamó a su secretario y le dictó una carta a Eusebio, bibliotecario de *Cesarea Marítima*. Decía así:

"De Cayo Flavio Valerio Constantino, en Augusta Treverorum, a Eusebio, en Cesarea de Siria. Salud.

Si recordáis mi última visita ahí, recordaréis que os hablé de un trabajo. Ha llegado el momento de ponerlo en marcha. Deseo que dirijáis la Biblioteca de Augusta Treverorum, Eusebio. Cifrad vuestra remuneración. Nada puede pagar vuestra Ciencia y vuestra experiencia, a fe mía.

Considerad ésta como una llamada en firme. Deseo veros cuanto antes, pero tomaos el tiempo que preciséis. Este dinero, que os entregarán, es para pagar vuestro viaje, preferiblemente por tierra.

Cuidaos mucho."

Como ya había visto hacer a su padre, combinaba la suavidad con la orden. Había dado orden de que le entregaran una suma que suponía el doble de los gastos de su viaje. Esto podía hacerlo en su nuevo papel. También escribió a su madre. En el año último no le había escrito ni una sola vez, absorto con su expedición a Britania.

"De Constantino, en Augusta Treverorum, a Elena, mi querida madre.

Salud, madre. Ha habido novedades. Constancio, mi padre, falleció en Julio. No murió en el campo de batalla, pero sí luchando contra los

enemigos de Roma. Yo estuve a su lado sus últimos quince meses. La enfermedad finalmente pudo con él. Murió en la Britania.

Los soldados me aclamaron, y Nicomedia me ha confirmado como César.

Quiero que vengas a vivir conmigo. Te confío al portador de ésta, oficial de mi plena confianza.

La escolta te esperará si precisaras algún tiempo."

Ahora que ya era César podía mandar esta carta. Antes, no. Para ambas empleó los mismos correos que usara para enviar su retrato a *Nicomedia*. Quería que acompañaran a ambos viajeros en sus viajes de vuelta. A su madre dedicó treinta jinetes y un oficial. La vuelta debían hacerla ambas escoltas a *Augusta Treverorum*, donde ya estaría él una vez terminada la campaña contra los invasores germanos. El invierno no estaba lejos.

Despachadas las dos escoltas, Constantino se dedicó a concretar con sus mandos la manera más idónea de llevara cabo la operación de castigo. Se establecería una línea de suministros, con puestos permanentes, cada dos millas, por donde se enviaría el correo y los heridos, y se realizaría el avituallamiento, si fuera necesario. Cada soldado llevaría comida para diez días. Partirían de *Colonia Agrippina* y bordearían el territorio de los *Tencterii*, siguiendo el río *Rhenus* hasta encontrar el afluente que corta en dos el territorio de los *Chattuarii*. Guiándose por él, comenzarían la táctica de tierra quemada, tomando, si era posible, prisioneros.

Capítulo 64

Majencio

Año 307

A muchos cientos de millas al Sur, en Italia, la Prefectura que comprendía Italia, el *Ilírico* y África tenía su capital en *Mediolanum* (Milán). Allí residía normalmente su Augusto, Severo.

Flavio Valerio Severo había sido compañero de armas de Galerio. Era un buen militar, pero su capacidad como hombre de relaciones era, no

ya deficiente, sino prácticamente nula. Cuando fue investido con la púrpura como César del Augusto Constancio dio por hecho que recibiría la misma obediencia que la demostrada al Augusto Maximiano durante los veinte años que rigió Italia, también desde *Mediolanum*. Pero no fue así. Tan pronto se instaló en su Palacio, se desencadenó una ola de protestas populares en Roma y en toda la mitad Sur de Italia.

Lo que sucedió en Italia, y más concretamente en Roma, durante los años 305 y 306 venía gestándose desde muy atrás. La raíz de los hechos puede deberse a que el principal Imperio enemigo lindando con Roma era el Imperio *Parto*. Eso obligó a Diocleciano a establecerse en la parte oriental del Imperio y no residir en Roma. Utilizó como residencias *Nicomedia*, *Antioquia* y *Nicea*, todas ellas ciudades de *Asia Menor* o de Siria, no de Italia.

El otro gran peligro para el Imperio lo constituían los bárbaros del Norte. Desde la desembocadura del Rhin, en *Germania*, hasta la desembocadura del Danubio, en el *Ponto Euxino* (Mar Negro), la frontera Norte del Imperio se extendía a lo largo de 3.000 millas romanas, unos 4.500 kilómetros. Defender esa inmensa frontera, más allá de la cual se agolpaban una gran variedad de pueblos belicosos, primitivos, ansiosos de hacerse con las riquezas que había al sur del río, era una labor ciclópea.

Las capitales de las Prefecturas en que Diocleciano, con muy buen criterio, dividió el Imperio estaban cerca de las fronteras a defender: *Augusta Treverorum*, al Norte de las *Galias*; Milán, y no Roma, al Norte de Italia; *Sirmium*, en Panonia, junto al Danubio, y *Nicomedia*, cerca de la frontera con *Partia*, y eran los centros neurálgicos del Imperio. Roma no contaba casi para nada. Eso creó un fuerte descontento en el Senado de Roma y en la Guardia Pretoriana.

En el pasado el Senado dirigía el Imperio. La Guardia Pretoriana había puesto y había quitado Emperadores ... Ahora eran piezas de museo, llevaban una existencia residual, vivían del recuerdo. Ese sentimiento creó un instinto de rebeldía, que quedó sofocado mientras Diocleciano, con su brazo derecho, Maximiano, se mantuvo en el poder. Porque él era el *factotum*, el nuevo Augusto, el que había librado al Imperio de la decadencia. Pero al abdicar se había removido la tapa de la olla y ésta, en su interior, hervía.

Habían tenido lugar en Roma, durante la segunda mitad del año 306 y en el siguiente, innumerables reuniones y contactos entre personajes

influyentes y la intención general era oponerse al orden establecido.

En boca de algunos empezó a sonar el nombre de Majencio, el hijo de Maximiano, como alguien que podía hacer recuperar a Roma su papel de capital de la Prefectura de Italia. Y que el Emperador residiera en Roma, no en *Mediolanum*. Según los partidarios de Majencio, éste había sido injustamente postergado en su acceso a la púrpura. Y en su lugar había venido un militar inculto y torpe, que se había encerrado en su palacio de *Mediolanum* y nada hacía, ni por Roma, ni por Italia.

En cuanto Majencio lo supo, se puso en contacto, por medio de un par de tribunos, con los altos oficiales de la Guardia Pretoriana. Se hicieron sugerencias y se oyeron promesas. Y fue a mediados de Agosto cuando llegó a Roma la noticia de que en *Eboracum*, en la *Britania*, las Legiones había aclamado como Augusto al hijo de Constancio, a la muerte de éste. Faltaba saber qué respuesta recibía esta aclamación ilegal por parte del Augusto Galerio.

Pero no toda la cúpula civil y militar de Roma opinaba así. Varios magistrados y el Prefecto del Pretorio, Abellius, comandante supremo de la Guardia Pretoriana, no eran partidarios de romper la legalidad. Se reanudaron las reuniones y los conciliábulos. Pasaban las semanas y los partidarios de la legalidad no cedían. Aumentaba la presión y la excitación en los conjurados. A finales de Octubre, llegó a Roma la noticia de que Galerio había aceptado a Constantino como César y había elevado a Severo a la calidad de Augusto de Occidente. Quedaba marcado un camino. Los conjurados pasaron a la acción: Varios magistrados y el propio Abellius perecieron asesinados en un complot múltiple para acabar con la oposición. Ese mismo día, el 28 de octubre, la Guardia Pretoriana, el Senado y el pueblo de Roma - parte de él, el resto no se enteró de qué sucedía - proclamaron Augusto a Marco Aurelio Valerio Majencio.

Con ocasión del acceso al poder de Galerio y Constancio, diez años atrás, Galerio, en un gesto para unir lazos entre los tetrarcas, había dado en matrimonio a una hija tenida de su primera mujer, a Majencio, el hijo de Maximiano. En aquellos tiempos todo era optimismo y fraternidad. Pero Majencio demostró ser un mal esposo. Acostumbrado a gozar, como hijo del Augusto, de todo tipo de privilegios, había crecido en la molicie y en el libertinaje. Trató mal a su nueva esposa y ésta se quejó a su padre. Esto supuso el inicio del fin para Majencio como sucesor formal de su padre.

Majencio había aprendido de su padre el arte de la guerra. Maximiano se había esforzado en enseñarle todos sus conocimientos y transmitirle su experiencia. Pero, con el paso de los años, el hijo había preferido la vida de solaz con sus amigos a colaborar con el padre. Hasta su propio padre comprendió que Diocleciano nunca daría el mando de una Prefectura a su disipado hijo. El único que no juzgaba rectamente los actos de Majencio era el propio Majencio. A su juicio la púrpura le era debida. Así había sido siempre en Roma. Los hijos heredaban el cetro del padre y formaban un linaje, una dinastía. Así fue en la familia Julia, en los Flavios, en los Antoninos, en los Severos …

Elevado al trono, Majencio conoció, como le había sucedido a Constantino, los halagos del poder. Pasaron apenas unas pocas semanas y llegaron noticias a Roma de que Severo, instigado por su Augusto Jove, Galerio, estaba preparando tropas para dirigirse al Sur y someter al usurpador, Majencio. Éste comprendió de pronto que el juego en que se había metido podía costarle la vida. E, inseguro como era, recurrió a su padre. Maximiano, en sus propiedades de la Lucania, al Sur de la península italiana, veía con agrado la marcha de los acontecimientos y pensaba que el hijo no tardaría en recurrir a él, como así fue. Tan pronto el hijo le pidió ayuda para vencer a Severo, Maximiano se presentó en Roma.

Capítulo 65

Represalia

Año 306

A finales de Septiembre del año 306 el puente de barcas sobre el *Rhenu Flumens* había demostrado su solidez como para pasar una fila

continua de hombres sobre él. También se había probado con caballerías y con carros. Las barcas habían sido atadas a postes hundidos en el fondo del río. Sobre ellas se había extendido una capa de sacos y lonas y, encima, tierra. Tenía una baranda por el lado de aguas abajo. La tropa que acompañaría a Constantino empleó toda la mañana en pasar al lado del fuerte. En *Colonia Agrippina* quedaba la guarnición habitual y cinco cohortes de refuerzo.

Los mandos explicaron a Constantino que tal vez los habitantes vecinos no fueran los que habían asaltado las villas romanas. Pero Constantino cortó la explicación apenas iniciada. Él no iba a estar preguntando a cada bárbaro si había sido uno de los asaltantes o no. La correría se había iniciado en esa zona y todos sus habitantes eran enemigos, o beneficiarios de la actuación del enemigo. Por tanto todos debían pagar por lo sufrido por los ciudadanos romanos de la región. Tanto daba si fueron causantes directos o si lo fue un familiar suyo. Todos eran culpables. No hubo más explicaciones.

Constantino había captado que su palabra era ley. Por tanto y en lo sucesivo, se harían las cosas a su manera. Él quería tener al menos doscientos prisioneros. Y un número diez veces mayor de bárbaros muertos. No le importaba sexo, ni edad. Eso ya lo contarían los supervivientes cuando los enterraran, si acostumbraban hacerlo.

Los soldados acogieron las instrucciones en silencio. Pero luego sus gestos de aprobación eran elocuentes. Eso les daba un amplio margen de actuación. Vengarían a los romanos sacrificados por los bárbaros, a la mayoría de los cuales tuvieron que arrojar en fosas comunes, por el estado de descomposición de sus cuerpos.

La expedición avanzó, como estaba previsto, bordeando el *Rhenus Flumen* aguas arriba. Por los mapas que poseían de la zona se sabía que no había aldea alguna en las inmediaciones del río. Por eso se había elegido ese itinerario. Cuando llegaron a un afluente del *Rhenus* de nombre desconocido, lo siguieron alejados de su curso, ya que había dos aldeas en el lado opuesto del mismo. Pero los exploradores advirtieron que ambas estaban vacías. Sus ocupantes las habían abandonado. Constantino, temiendo que todos los *Chattuarii* hubieran abandonado su zona de residencia, ordenó proseguir la marcha bordeando el afluente a una distancia suficiente para no ser visto ni oídos por posibles habitantes de

aldeas situadas en su curso. No obstante, los exploradores, que marchaban en torno al grupo expedicionario, avisaban de todo movimiento extraño.

Cuando, ya bien avanzada la tarde, localizaron una aldea habitada, se procedió a lo habitual en estos casos. Rodear la aldea, cercarla y, en silencio, irrumpir en ella espada en mano. No debía quedar nadie vivo. Los únicos gritos eran de los *Chattuarii*, sobre todo de sus mujeres. Los hombres intentaron defenderse, pero los legionarios estaban mejor armados. Sólo dos legionarios resultaron levemente heridos. Los más de doscientos habitantes de la aldea yacían, al cabo de media hora, en el suelo, cubiertos de sangre. No en todas las aldeas las cosas fueron tan fáciles. En otras el alboroto empezó antes de estar cercada la aldea. Un aborigen había dado la voz de alarma. Los *Chattuarii* tuvieron tiempo de tomar sus armas y la pelea se generalizó. En esa ocasión se hizo docena y media de prisioneros, entre ellos el jefe de la aldea. Dos legionarios resultaron heridos de gravedad. Tenían que ser evacuados. Más tarde se comprobaría que ni los dos heridos, ni los seis compañeros que fueron con ellos, llegarían al fuerte.

La operación de exterminio prosiguió durante diez días, los que tenían comida de reserva los legionarios. Al noveno día, se volvió hacia el Sur, dando un rodeo para encontrar el río que les guiara al inicio. El terreno batido no era tan grande y la vuelta se realizó sin dificultad. Habían exterminado a cerca de mil *Chattuari*, en total. Llevaban casi cincuenta prisioneros.

Constantino concedió dos días de descanso y de avituallamiento. La noticia de la razia de castigo ya se habría extendido por la zona y ahora no se encontraría ninguna aldea desprevenida. En la segunda expedición Constantino se llevó las cinco cohortes de reserva. En esta ocasión la expedición siguió el curso del *Renus* aguas abajo, hasta dar con el afluente mayor que cruzaba el territorio de los *Tencteri*. Una vez llegados a la altura del afluente, repitieron la experiencia.

Esta segunda vez el balance de la expedición fue menos favorable. No llegaron a quinientas las bajas producidas en las aldeas de los *Tencteri* atacadas, contra cuarenta muertos entre las Legiones y más de cien heridos. Por su parte, los romanos consiguieron sólo veinte prisioneros, diez de los cuales estaban heridos, pero no de gravedad. No se llegó a ninguna batalla en campo abierto, pero algunas cohortes cayeron en

emboscadas tendidas por los naturales. Allí fue donde se produjeron la mayoría de las bajas.

Para evitar el problema del avituallamiento, a los nueve días de recorrido se dio la orden de volver. Hubo que dar algunos rodeos hasta alcanzar el camino de ida y eso retrasó la vuelta en un día. Día que los soldados no tuvieron qué comer. Felizmente, los cursos de agua en la zona eran abundantes y ése no fue el problema. Cuando vieron el puente de barcas, todos los miembros de la expedición suspiraron aliviados.

El objetivo de la campaña estaba cubierto. Se habían vengado los muertos sufridos en la razia de los bárbaros. Lo que Constantino nunca supo es que sus oficiales tenían razón al sospechar. No fueron los *Chattuarii* ni los *Tencteri* los que asolaron las villas romanas, sino los *Bructeri* y los *Sicambri*, ubicados más al Norte. Su situación, con una pantalla de otras tribus interpuesta entre ellos y los romanos les daba la ventaja de que las represalias posiblemente no llegarían a ellos.

Pero si la premura que Constantino quiso imprimir a la campaña de represalia les valió por esta vez, no siempre iba a ser así. Al inicio del invierno una embajada de ancianos *Chattuarii* se presentó ante el fuerte *Divitia*, al otro lado del *Rhenus Flumen*. Pidió ser recibida por el nuevo Augusto. Constantino ya estaba en *Augusta Treverorum*. Dio orden de que escoltaran a los bárbaros hasta su presencia.

Con un intérprete los emisarios lograron explicar lo que sigue:

- "Ni los *Tencteri* ni ellos habían atacado las ciudades romanas. Habían sido los *Bructeri* y los *Sicambri*. Ellos querían vivir en paz con los romanos. Y pedían humildemente al nuevo General romano que castigara a los culpables, no a los inocentes."

Constantino les hizo saber que tomaba buena nota de lo que acababa de oír y que la próxima vez que tuviera que pasar la frontera para castigar, lo haría sabiendo quién había atacado a Roma. No obstante las buenas maneras mostradas en el encuentro, las intenciones de unos y otros no eran tan sinceras. Una parte de ambas tribus favorecía la embajada, pero otra parte más numerosa no estaba dispuesta a respetar el compromiso y en su fuero interno sólo pensaba en cómo vengar el injusto trato recibido de los romanos. Ya llegaría la próxima primavera.

Por su parte, Constantino había salido del paso de una manera digna, pero no se sentía comprometido ante aquellos desarrapados como si hubiera dado su palabra en una reunión con sus subordinados. Siguió

pensando que cumpliría lo dicho si le era factible. En caso contrario, haría lo que en el momento decidiera.

Capítulo 66

Severo

Año 307

En los primeros días del año 307, Flavio Valerio Severo partió con cinco Legiones hacia Roma. Salir a castigar al usurpador era su deber. Pero algo le hacía sentirse muy contrariado por lo que estaba sucediendo. De hecho, no todo había sido como él había esperado cuando recibió la noticia de su designación como César. Bregar a diario con los superiores y con los inferiores en la milicia le suponía un desgaste continuo. Él sólo se sentía a sus anchas cuando salía de campaña para hacer una incursión en territorio enemigo, más allá del *Ister Flumen* (río Danubio). Las tribus que vivían cerca de la frontera, los *Turones*, los *Varisti* y los *Campi,* habían aprendido que les convenía estar en paz con Roma. Los romanos no se quedaban cruzados de brazos cuando alguien irrumpía en su territorio a sangre y fuego. Respondían con contundencia. En el pasado ellos sufrían el castigo. Pero enviaron embajadas a los romanos para explicarles que ellos apreciaban la paz y que eran los *Marcomanos*, los *Quados*, los *Sármatas* y los *Carpos*, situados más al Norte, los que arrasaban los territorios romanos, no ellos. Ellos no podían evitar el paso de tales guerreros por su territorio, porque eran miles y muy feroces.

Con el tiempo se llegó a un entendimiento. Las tribus vecinas avisarían cuando se enteraran de movimientos de sus vecinos del Norte. Los romanos sobornaron a elementos de las tribus vecinas para que actuaran como *rastreadores* y elaboraran mapas de las regiones propias y de las más alejadas. Los romanos se comprometían a respetar las vidas y haciendas de los *Turones*, los *Varisti* y los *Campi*, las tribus vecinas, cuando pasaran el *Ister* persiguiendo a los guerreros que habían asolado sus tierras.

Severo disfrutaba en tales ocasiones. Eran los únicos períodos en que se sentía en su elemento, la batalla, la lucha contra un enemigo astuto, feroz, al que había que vencer con las prácticas que había aprendido en su

vida militar. Por eso había acogido con alivio su nombramiento como César. Ya no tendría superiores a los que dar cuentas e informar continuamente. Distaría de su superior, el Augusto Constancio, más de 400 millas y sólo se comunicaría con él por escrito, no de palabra, ni todos los días.

La vida fue agradable en su nuevo destino, como César de la Prefectura de Italia, *Iliria* y África. Los bárbaros de su frontera, lo sabía por sus generales, apenas hacían incursiones por tierras romanas y su trabajo consistía, quince días más tarde, en invadir los territorios fronterizos y destrozar cuanto encontraba en sus territorios, más allá del *limes* (frontera). Realmente, eran escaramuzas más que batallas. Su superioridad numérica, cuando atacaban una aldea germana casi eliminaba cualquier riesgo. Podían actuar a su antojo, en las mismas condiciones que los bárbaros cuando rodeaban y entraban en una villa romana sin guarnición armada.

Pero tener que salir a enfrentarse a un ejército romano era otra cuestión. Estaba acostumbrado a la guerra y no tendría ninguna inquietud si no fuera a luchar contra el hijo del anterior Augusto. ¡Todas las tropas que mandaba habían servido bajo el Augusto Maximiano hacía sólo dos años! Y ahora marchaban contra Roma, la que había sido capital del Imperio, y contra Majencio, que conocía a muchos de los altos oficiales de su ejército, por haber compartido milicia con ellos cuando acompañaba a su padre. Eso le inquietaba. ¿Permanecerían los oficiales en sus puestos cuando él diera la orden de cargar contra Majencio?

Desde que tuvo conocimiento de la proclamación de Majencio, cambió los modos con sus oficiales. Procuró ser más benévolo, menos duro. Pero no estaba seguro de hasta dónde debía mostrarse afable. Lo malo de ser Augusto era que no podía consultar a nadie. No podía consultar a su esposa, que nada sabía de la milicia. Y estas cosas no podía consultarlas por correo con Galerio, su amigo. Sería humillarse ante él. No creía en los augurios, le parecían comedias de los augures para asegurarse una vida fácil. Sólo ante el peligro, decidió confiar en la diosa Fortuna. Hasta ahora le había sido favorable. No había motivos para pensar que la diosa fuera a volverle la espalda.

Se había informado de las capacidades militares de Majencio y no parecían ser brillantes en absoluto. Maximiano sí que sería un enemigo temible en el campo de batalla, pero su hijo … definitivamente no. Ahora

bien, ¿y si el padre se aliaba con el hijo? ¿Y si éste le pedía ayuda y el padre accedía? Esa posibilidad hacía que el vientre de Severo se contrajera y le entrara un malestar que no sabía dominar. No tenía que pensar en tal cosa. Cuando lo hacía, su cerebro se nublaba y no sabía qué pasos dar. Lo dicho, confiaría en la diosa y que ella le guiara.

"¡Maldito Majencio y maldito Constantino!", se decía para sus adentros Severo. "¡Y maldito Diocleciano!, que era quien, eliminando a los hijos de los dos Augustos, había puesto la chispa que había provocado este incendio. Claro, como él sólo tenía una hija …"

Éstas eran sus reflexiones cuando lentamente, para no cansar a sus hombres y por propia iniciativa, avanzaba por la *Vía Flaminia* en dirección a los Apeninos, que se divisaban en la lejanía. Atravesaban la región de la Umbría y el clima hacía honor al nombre. Un cielo gris oscuro, lluvia, frío y nieve en lo alto de las montañas. No era tiempo para viajar, pero Galerio había sido tajante. No había que dar ocasión a que Majencio recibiera refuerzos de África. Con la navegación cortada, Majencio sólo tenía la Guardia Pretoriana y unas cuantas cohortes esparcidas por el sur de Italia. Sería presa fácil si le sorprendía antes de la primavera. Claro, pero mientras Galerio estaría la mar de cómodo en su Palacio de *Nicomedia* …

Los peores temores de Severo eran realidad. En el centro de Roma, en la Casa Áurea, rodeados de todo el lujo que la poderosa Roma había sido capaz de atesorar, Maximiano y su hijo Majencio hacía planes sobre cómo deshacerse de Severo.

- "Conozco bien las fuerzas que Severo ha podido reunir. Dejando la frontera con una guarnición de emergencia, puede haber logrado hacerse con más de 20.000 hombres, de los cuales una quinta parte pueden ser de caballería. Nosotros difícilmente podemos soñar en alcanzar los 10.000 soldados, aunque tendríamos más caballería que ellos. Por tanto no debemos entrar en combate con Severo. Esa relación sería esperanzadora si las huestes de Severo fueran bárbaros, pero no siendo legionarios romanos, igual que nuestras fuerzas."

- "Pero, padre, tenemos a la Guardia Pretoriana. Y siempre se ha dicho que los pretorianos son la flor y nata del ejército imperial."

- "Tonterías, hijo. Un legionario curtido por mil escaramuzas con los bárbaros vale tanto como dos pretorianos, adiestrados en lucir sus uniformes por las vías de Roma. Los pretorianos se entrenan, pero no pelean. A lo más que deben enfrentarse es a un populacho borracho o enojado, armados de palos, en el peor de los casos. No te hagas ilusiones con tus pretorianos. No valen mucho en un enfrentamiento contra las Legiones. Son tu Guardia personal, pero yo los conozco en el campo de batalla y sé lo que valen."

Majencio calló y bajó la cabeza. Hubo un rato de silencio. El padre veía que todo salía como él había pensado. Su hijo sin él estaba perdido. Eso avivó sus deseos más profundos, su anhelo de volver al poder. Él estaba hecho para mandar, para idear estrategias con las que engañar al enemigo. Roma perdía a un inmejorable estratega relegándole a las campiñas de la Lucania, controlando esclavos y ordenándoles podar las viñas mañana, o recoger el grano pasado mañana.

Los pensamientos del hijo iban por otros derroteros.

"El viejo me tiene que sacar de este aprieto. Pero, ¿qué me pedirá luego a cambio? De momento, que solucione el problema de Severo. Luego, ya veremos."

De sus labios salió una pregunta, dicha en tono sumiso.

- "¿Y cómo saldremos de ésta, padre?"

- "Debo adelantarme a Severo, hijo. Saldré de Roma hacia el Norte, por la *Vía Flaminia*, por donde él viene. Llevaré exploradores y me detendré donde él acampe. Luego, de noche, mandaré a su campamento a un par de tribunos que conozcan a oficiales de Severo con mi invitación a reunirse conmigo. Y en cuanto hable con ellos sabré convencerles de pasarse a nuestro bando. No en ese momento, sino en alguna acampada posterior. De ese modo Severo se lo pensará dos veces antes de sitiar Roma. Como debe traer ingenios de guerra, irá muy despacio, y eso dará más oportunidades a los que quieran pasarse a nuestro lado. Tendremos que pensar en destinos favorables para los comandantes que se nos unan … Eso mejor que tocar el Tesoro de Roma."

Majencio asintió, esperanzado.

- "Lo que digas, padre."

La aventura de Severo, alejándose cuatrocientas millas de su capital, *Mediolanum*, y adentrándose en territorio enemigo, era una operación de

alto riesgo. Si resultaban derrotados, la muerte de los componentes de la expedición era segura. Eso hizo que el plan de Maximiano diera un resultado inmediato. Los tribunos al mando de las cohortes de Severo no deseaban enfrentarse a otro ejército formado por romanos. Desde el acceso al poder de Diocleciano y Maximiano, eso no había sucedido. Y ahora era el propio Maximiano, al que tan bien conocían casi todos, quien les pedía que depusieran las armas y se pasaran al bando suyo y de su hijo. No tuvo que argumentar mucho. Todos los mandos con los que llegó a entrevistarse le dieron su palabra de dejar a Severo. Y de que hablarían con el resto de compañeros para que hicieran lo mismo.

Aún no habían dejado atrás los Apeninos y el ejército de Severo se había visto reducido a menos de la tercera parte de su número. La invitación a desertar y a pasarse al bando de Maximiano, evitando así una guerra que nadie deseaba, era el tema de conversación de todos los círculos. Severo estaba desesperado. Ordenó parar la marcha y convocó a los mandos que aún le eran fieles. Con unas pocas cohortes se volvió por el mismo camino que había recorrido. Pero al mismo tiempo se enteró de este hecho Maximiano, acampado no lejos de su enemigo. Maximiano, que había salido de Roma con una pequeña escolta, se vio dueño de más de la mitad del ejército de Severo. Por ello, viendo la confrontación ya ganada, se apresuró a perseguir a su rival. Éste no pudo volver a su capital y se refugió en la ciudad de *Ravenna*, que estaba sólo a 120 millas, y era una ciudad de difícil acceso, por estar rodeada de pantanos.

En *Rávenna* se encerró Severo, con sus escasos defensores. Podía haber esperado a recibir ayuda de Galerio, pero aceptó recibir un mensajero de Maximiano. Éste le proponía resolver la situación como caballeros. Nadie tenía por qué perder la vida. Bastaba que Severo renunciara a la púrpura y él le garantizaba que se respetaría su vida y la de su familia. Incluso sus bienes, los que trajo consigo al ser investido como César, se los podría llevar en una nave que se fletaría hacia los dominios de Galerio. Severo dudó.

No debiera haber dudado. Debiera haber confiado en los suyos, en Galerio. Pero, como muchos buenos militares, Severo tenía una mente sencilla para las cosas civiles. Pensaba que todos iban a ser tan rectos como él mismo. Por medio de una segunda embajada, Maximiano le ofreció un encuentro personal. Sería bajo las murallas de la ciudad. Y en esa entrevista el talante abierto y bonachón que Maximiano mostró le

indujo a pensar que no tenía nada que temer y que podría volver a casa con su familia. Severo debía renunciar a la púrpura como primera condición. Severo aceptó. La renuncia formal y por escrito se hizo en el Pretorio de *Rávenna*, con testigos de ambas partes. La renuncia escrita llegó a poder de Maximiano.

Ese mismo día Severo, ya como un ciudadano privado, salio de *Rávenna* y fue escoltado hasta el campamento de Maximiano. Allá éste le recibió con toda ceremonia y cordialidad, como si todavía se tratara del Augusto. Pero, esa misma noche, Maximiano mandó un mensaje a su hijo comunicándole que ya tenía a Severo en su poder. Que una escolta de treinta jinetes lo conduciría por la *Vía Flaminia* a Roma. Él daría orden al oficial de esa escolta para que, bajo ningún concepto, el prisionero corriera riesgos, ni se diera enfrentamiento alguno con soldados romanos.

Majencio debía enviar una partida suficiente de la Guardia Pretoriana para que lo tomaran bajo su custodia. Luego, él sabría qué debía hacer con él. De ese modo Maximiano pensaba salvar su responsabilidad y mantener la palabra dada. Él se había comprometido con Severo. Lo que hiciera su hijo no era responsabilidad suya.

El hijo hizo lo que el padre indicaba Y Severo cambió de manos y cambió de destino. En vez de dirigirse a Roma, sus guardianes le condujeron a *Tres Tabernae*, una pequeña localidad, a treinta millas al Sur de Roma. Lo retuvieron allí hasta recibir órdenes. Majencio había recibido un nuevo correo de su padre, indicándole que no le diese, si no se la había dado ya, una muerte afrentosa. Como él le había perdonado la vida, al menos que le dejara elegir la muerte que deseaba y fuese respetada su voluntad. Una vez muerto, sabía del mausoleo de un Emperador anterior, Galieno, asesinado cuarenta años antes, en la *Vía Apia*, cerca de Roma. Allí podían enterrarle

Majencio siguió las indicaciones de su padre. Un oficial y cuatro pretorianos se presentaron en la habitación donde estaba recluido el preso. El oficial comunicó a Severo que tenía orden de poner fin a su vida, pero que se haría de la manera que él eligiera. Y esperó. Severo había alentado esperanzas de que en un momento u otro apareciera Maximiano y le sacara de allí. Pero el mensaje del pretoriano cortó de golpe tales esperanzas. No pensó en él, la muerte no le asustaba. Estaba acostumbrado a convivir con ella, a distribuirla entre sus enemigos. Pensó en su mujer e hijo, allá en *Mediolanum*. ¿Quién les protegería cuando él faltara? ¿Qué sería de ellos?

Ante el silencio del preso, su anterior Augusto, el oficial pretoriano se impacientó. Terminó por sacar la espada lentamente de la vaina. El áspero roce metálico trajo a Severo al presente. Pareció despertar de un mal sueño. Y, con voz ronca, eligió abrirse las venas.

Lo llevaron a los baños, y allí, dentro de una pequeña bañera vacía, con capacidad para una persona, con un pequeño estilete que el oficial puso en sus manos, Severo se produjo abundantes y profundos surcos en las muñecas, en ambos brazos y en la parte interna de los muslos, cerca de la ingle. Quería acabar pronto.

La sangre empezó a manar en abundancia. Nadie se movió. Nadie, hasta que, un rato más tarde, Severo cerró los ojos y se desmayó. Unos minutos después estaba muerto. Había tomado un color amarillo pálido. No hubo necesidad de rematarlo, resultaba evidente que era ya cadáver. Se envolvió su cadáver en una lona, procedente de una tienda de campaña desgarrada, y se le metió en un carruaje tirado por dos caballos, camino de Roma, hacia el mausoleo donde su cuerpo, en un ataúd de madera sin inscripción alguna que lo identificara, descansaría para siempre.

Capítulo 67

Preparando el futuro.

Año 307

Muerto Severo, padre e hijo se reunieron en *Mediolanum*, adonde ambos viajaron. El primero desde Roma; el segundo desde *Rávenna*. Maximiano, que llegó antes, se hizo cargo de la autoridad, siendo vitoreado por sus soldados de antaño. El sonido de sus voces, aclamándole, le llenó de satisfacción. Dos días más tarde llegó su hijo. En un rasgo de deferencia, y para evitar desconfianzas, Maximiano se había abstenido de visitar las dependencias donde se guardaban los fondos de la Prefectura del que ahora eran Augustos su hijo y él. Lo hicieron juntos y Majencio quedó embelesado al ver tanto oro y plata juntos.

Pasado el primer momento de euforia, padre e hijo se reunieron en el Palacio Imperial, para tratar del futuro inmediato. Ahora eran dueños no sólo de media Italia, las islas y África, sino del *Ilírico*, la *Retia*, el *Nórico*, toda Italia, las islas y África. Pero Galerio era el vecino del Este, que gobernaba en la *Panonia*, la *Moesia*, la *Macedonia*, la *Tracia*, Grecia y

Asia Menor (Turquía). La situación no había cambiado para las dos Prefecturas extremas. Constantino era César en las *Galias*, *Britania*, *Hispania* y la *Mauritania Tingitana*, mientras que Maximino Daya ejercía su jurisdicción sobre Siria, Egipto y la *Cirenaica*.

Las cabezas de cada Prefectura tenían a gala tener en cuenta el orden de preferencia entre ellos. Así, Galerio era el Augusto Máximo. El difunto Severo había sido, aunque por poco tiempo, el Augusto subordinado al anterior, el número dos en el escalafón supremo. La tercera posición la ocupaba Maximino Daya, nombrado por Diocleciano como César de Oriente. Y en cuarto lugar, Constantino, el último nombramiento, realizado recientemente por el Augusto Galerio. La posición de Majencio era oscura. Podía ser reconocido, por Galerio, en cuyo caso ocuparía la última posición; o bien, no serlo, y quedaría pendiente qué iba a ser de la Prefectura de Italia.

Pero todo ello no le preocupaba a Maximiano, que tomó la palabra.

- "Lo primero que hemos de hacer es llevar el Tesoro de la Prefectura desde *Mediolanum* a Roma, donde siempre estuvo. Fue Diocleciano quien me ordenó llevar el Tesoro conmigo, a *Mediolanum*. El poder requiere dinero. "Así podrás dar prioridad a lo que más convenga al Imperio", me dijo. Eso contrarió al Senado, pero era inevitable. Reponiéndolo allí nos ganaremos la voluntad de todo Roma.

Pero además, hijo mío, cuando se ejerce el poder hay que adelantarse a lo que el contrario va a hacer. Para ello has de ponerte en el lugar del enemigo. Y pensar qué hará él. Ahora debemos ponernos en el lugar de Galerio. Galerio va a saber lo sucedido, como muy tarde, en una semana, si la noticia le llega por tierra. Es posible que lo sepa ya si fue informado por mar. Al saber la suerte de Severo es seguro que montará en cólera. Nos convendría que aceptara lo sucedido y no reaccionara, pero no va a ser así. Le conozco bien.

El invierno está terminando y en breve se abrirán los pasos entre las montañas, si va a venir por tierra, y los puertos, si va a venir por mar. Por un medio u otro podrá transportas sus Legiones a Italia. Teniendo en cuenta cuál es su territorio, el camino más corto para Italia lo tiene por tierra. Además, si quiere transportar máquinas de sitio, para echar abajo las murallas de Roma, hacerlo en barcos resultaría muy problemático. Y fabricarlas durante el sitio alargaría mucho su estancia en Italia, con los riesgos que ello conlleva.

Debemos esperar que suba por el *Ilírico* y entre en Italia por la región de *Venetia*. Nosotros podríamos salir a su encuentro en cualquier paraje que nos pareciera adecuado. Pero en Roma tenemos la ventaja de las murallas construidas por Valentiniano, que podemos revisar y remozar en los meses que tenemos de plazo hasta su llegada. Tenemos la ventaja del gran tamaño de la ciudad. Sitiar Roma es una tarea de gran dificultad. Casi podría decirse que resulta imposible. Podríamos hacer una salida por cualquiera de sus diecisiete Puertas y, atacándoles por la espalda, incendiar sus máquinas de sitio. Necesitaría una cantidad enorme de soldados para abarcar todo el perímetro de la Ciudad.

Es evidente - Maximiano seguía pensando en voz alta - que nos conviene hacernos fuertes en Roma. Eso daría tiempo a que yo intentara ganarme a parte de sus tropas, aunque no hayan servido bajo mis órdenes. Y reducir así sus efectivos. Eso le haría aún más difícil tomar la Ciudad.

Pero veo claro que ocuparnos sólo de Galerio sería un error. Maximino Daya, que gobierna Siria y Egipto no creo que tenga intención de aportar tropas a Galerio. Tengo entendido que últimamente sus relaciones se han enfriado. No es fácil que envíe refuerzos por mar. No obstante, habrá que requerir a nuestros espías en África, Siria y Egipto que informen si hay movimientos de tropas hacia la frontera con *Asia Menor* (Turquía).

Y por otro lado está Constantino, nuestro vecino del Oeste. Si él se aliara con Galerio y nos invadieran ambos al mismo tiempo, sería muy difícil salir victoriosos del combate con dos ejércitos enemigos. Me han llegado informes de que Constantino está muy unido a sus Legiones. Las campañas en *Britania* han estrechado los vínculos entre los soldados, los oficiales y su comandante supremo. Tenemos que hacer algo para atraerlo a nuestro lado."

Majencio callaba.

- "He pensado que la mejor vía sería darle en matrimonio a tu hermana Fausta. Eso lo pondría a nuestro lado para siempre. Así que debemos apresurarnos. Tú volverás a Roma con el Tesoro y con todas las tropas que puedas retirar del Ilírico y del Norte de Italia. En cuanto llegues a Roma deberás reclamar refuerzos del África. Hay que dejar allí las tropas mínimas para mantener a raya a los *Getulos*, que son hábiles jinetes, y enviar el resto a Roma, para hacer frente a las huestes de Galerio.

Reforzarás las murallas de Roma allá donde más falta haga. Me envías a Fausta, convenientemente escoltada. En cuanto Fausta llegue a *Mediolanum*, anunciaré mi visita a Constantino y saldremos hacia *Augusta Treverorum*. Una vez que haya logrado atraer a Constantino a nuestro lado, y él y Fausta hayan contraído matrimonio, bajaré a Roma, para preparar contigo el recibimiento a Galerio."

Majencio se daba cuenta de que su padre le trataba como siempre le había tratado, como el hijo que sólo debe escuchar y obedecer. Pero el Senado le había aclamado como Augusto a él, no a su padre. Su padre sólo era su invitado. Él le había llamado para que le ayudara, no para que le dijera todo lo que tenía que hacer. Y menos en ese tono, como si todo lo supiera él y fuera él el Augusto. Cuando volviera a Roma ya tomaría medidas para poner las cosas en su sitio. El Augusto era él, no su padre.

Capítulo 68

Ejerciendo el poder.

Año 307

Constantino había pasado el invierno en *Augusta Treverorum*, con su familia, con la frontera tranquila. El país estaba cubierto de nieve, hielo, y, cuando no nevaba o helaba, llovía continuamente. El clima en Germania era ciertamente duro, muy distinto al que había conocido en *Nicomedia*. Había vivido con su madre, acompañando a su padre en sus destinos. Los inviernos de Panonia se parecían a los inviernos de *Germania*. Había que tener un motivo serio para salir de casa.

Constantino no había formado su círculo de personas de confianza. Le costaba introducir cambios. Mantenía en sus puestos a los que habían sido ayudantes de su padre. Éstos le habían hecho llegar los anhelos de

varios ciudadanos notables, los cuales se quejaban de que no había en *Augusta Treverorum*, aun siendo la capital de la Prefectura, unos Baños acordes con la importancia de la capital. Tanto *Lutecia* (París), como *Arelate* (Arlès), o *Massilia* (Marsella), tenían instalaciones que duplicaban el área de las de *Augusta Treverorum*. Asimismo, sugerían los notables, *Augusta Treverorum* no tenía una Basílica acorde con ser residencia principal del César Constantino. La Basílica actual era del siglo I; se había construido en tiempos de Augusto y se había quedado pequeña para las necesidades de *Augusta Treverorum*, máxime en los tiempos recientes, en que se había convertido en la residencia habitual del Augusto.

Otras residencias imperiales eran *Arelate*, donde estaba el Tesoro de la Prefectura, y *Lugdunum*. Anteriormente, el Tesoro estaba en *Lugdunum* (Lyon), pero su padre decidió retirarlo más al Sur, en previsión de una invasión masiva desde la frontera Norte. Podía haberlo llevado a la *Tarraconense*, en *Hispania*, pero decidió que se quedase en las *Galias*.

Su padre, siguieron argumentando los asesores, había estado ocupado resolviendo problemas militares en *Britania*, originados por Carausius y Alectus; visitando *Hispania*, donde había sólo una Legión para mantener la paz en toda la Diócesis. Y peleando en la *Galia*, donde se dieron revueltas entre los campesinos. Toda su actividad se había centrado en aspectos militares, y las necesidades civiles habían quedado relegadas y mal atendidas.

Le habían indicado también que atender estas peticiones contribuiría a estrechar las relaciones con el pueblo. Ello no era imprescindible, pero sí conveniente. Cuando estos temas se trataban, no se habían celebrado aún los Juegos que Constantino pensaba ofrecer en su capital, pero los preparativos seguían su marcha cuidadosamente. Antes de tomar ninguna decisión, Constantino llamó a su oficial para temas financieros, al *Dux* de la *Casa Regia*. Le pidió una relación histórica de los ingresos de la Prefectura durante el mandato de su padre. Y le ordenó hacer una previsión para los próximos cinco años. Lo llamó **P**lan a **L**argo **P**lazo (***D**esignatio **L**ongum **T**empus*, en latín). El **DLT** sería lo que decidiría si la Basílica para usos municipales podía ser construida.

Cuando los asesores le presentaron el **DLT**, Constantino comprobó que le quedaba un amplio margen para iniciativas civiles. Las finanzas de la Prefectura estaban saneadas. Los ingresos superaban los gastos militares, aun sin contar con botín alguno que pudieran obtener en las

expediciones de castigo en la *Germania Magna*, la *Germania* no romana, que eran las tierras situadas más allá del *Rhenus Flumen* (río Rhin).

Estudiado todo ello, Constantino dio su aprobación y el Ingeniero Jefe comenzó sus estudios. Lo primero era encontrar la ubicación de la Basílica y de los Baños. Fue entonces cuando llegó a *Augusta Treverorum* la noticia de la muerte de Severo. Constantino ya sabía que el Augusto de Italia había dejado *Mediolanum*, para dirigirse al Sur. Cuando Constantino supo, tanto el pronunciamiento de Majencio, como la campaña contra él por parte de Severo, se alegró. Ambos hechos favorecían sus planes. Uno de los dos debía morir.

En Julio del año pasado su posición era la más débil del Imperio. Su nombramiento había sido obra de las Legiones, lo cual no era legal. Esto se resolvió cuando el Augusto Jove, Galerio, lo ratificó como César. El Augusto de Occidente pasaba a ser Severo. El puesto prioritario era para Galerio, sucesor de Diocleciano en la Prefectura de la *Tracia* y *Asia Menor*. El segundo puesto lo había ocupado Severo. En tercer lugar, Maximino Daya, en Siria y Egipto. Él era el cuarto de la Tetrarquía, el sistema de gobierno de cuatro, instaurado por Diocleciano. Pero al alzarse Majencio en Italia y morir Severo, él ascendía un lugar en la jerarquía y Majencio quedaba en la posición final. Con el agravante de que Majencio no había solicitado la confirmación de Galerio, ni la podía pedir tras haber matado a Severo. Eso le convertía en un usurpador para siempre, y hacía posible que él pudiera, en un futuro, hacerse con la parte de Majencio. Ello a salvo de la reacción de Galerio, que no se haría esperar.

Constantino vio claro que Galerio tomaría cartas en el asunto y marcharía contra Majencio. Eran vecinos. Es más, que dos de sus colegas en el mando supremo se enfrentaran sólo podía ocasionar un debilitamiento de ambas partes. Él, en cambio, seguiría manteniendo sus tropas íntegras y entrenadas en las campañas contra los *Germanos*. No había nada mejor para mantenerlas en forma. Por eso él daba por bienvenidas las correrías de pillaje *germanas*.

Con la experiencia que había tenido en *Britania*, Constantino distinguía entre una correría y una invasión. Ni los daños eran los mismos, ni el riesgo al salir a combatirlos eran comparables. Mientras las correrías se repetían, quizás año tras año - siempre había una tribu fronteriza con malas cosechas en su territorio - las invasiones se daban con muchos años de intervalo. Eran mejor las fronteras con correrías frecuentes, para

mantener en forma a las tropas de una Prefectura. Y la suya tenía esa propiedad. Eso le haría estar al mando de unas tropas bien preparadas. Y las iba a necesitar así para sus planes futuros.

De estas cavilaciones le sacó la información llegada de *Mediolanum* con un mensajero. Maximiano deseaba visitarle. En las circunstancias por las que pasaba, con su hijo como usurpador del poder imperial, y él involucrado en la apuesta por el poder, sólo podía buscar una cosa, su alianza. ¿Qué le ofrecería a cambio el viejo zorro Maximiano? Constantino se sentía alejado del que había sido suegro de su padre. Sabía que su padre, cuando era César, tenía una estrecha relación de afecto con su suegro, Maximiano. Pero él no había heredado ese afecto. Al contrario, era consciente de que su primer paso hacia el mando supremo pasaba por hacerse dueño de la Prefectura de Italia. Eso llevaría sus fronteras hasta la vecindad de Galerio. Necesitaba esa amplitud para poner en marcha su plan. No tenía sentido hacerlo mandando sobre la cuarta parte del Imperio.

Como Lactancio aún no había completado los textos, y Eusebio no se había incorporado todavía, aún le quedaban varios años para prepararse. En ese tiempo debía poner a punto la extensión de sus dominios. En un corto mensaje, Constantino comunicó al ex-Augusto que estaría encantado de recibirle. Tal aceptación partió hacia Italia con los mismos mensajeros, como en la misiva de Maximiano se rogaba que se hiciera.

Capítulo 69

El compromiso.

Año 307

Maximiano no podía esperar a que su mensaje hiciera el doble recorrido *Mediolanum-Augusta Treverorum* para ponerse en marcha hacia la capital de Constantino. A los cuatro días de haber enviado su mensajero a *Augusta Treverorum* llegó su hija Fausta desde Roma. Al día siguiente Maximiano y Fausta, escoltados por una inmensa comitiva, partían de *Mediolanum* hacia los Alpes Peninos, ruta que les llevaría en diez días a la residencia de Constantino. De ese modo no perdían tiempo, ya que Maximiano estaba seguro de que Constantino no se iba a negar a recibirlos. Lo que Constantino no sabía era que en la comitiva iba la que en un futuro sería su esposa. Eso siempre que Maximiano lograra

convencerle. Pero el veterano Augusto confiaba en sus dotes de persuasión, confiaba en su experiencia. Todos los jóvenes eran igual de impulsivos, ingenuos y moldeables. Constantino tenía treinta y tres años, la mitad que él. Era como si una persona mayor tratara con un niño. Era indudable que el mayor dominaría al niño.

Seis días después de partir el mensajero con la aceptación de Constantino, anunciaron a éste la llegada de Maximiano y su comitiva. Esto sorprendió a Constantino. No había dado tiempo para que el mensajero llegara de *Augusta Treverorum* a *Mediolanum* y, a continuación, saliera de *Mediolanum* Maximiano y llegara a *Augusta Treverorum*. Era evidente que Maximiano no había podido esperar la llegada de su mensajero. Luego tenía prisa.

"Es normal" - pensó Constantino. "Galerio estará haciendo los preparativos para marchar hacia Italia."

Le vino a la mente la recomendación de su padre:

"Es fundamental tener claro a favor de quién corre el tiempo. Y en contra de quién marcha *Cronos* (dios del tiempo). Si el tiempo está a tu favor y en contra de tus enemigos, aprovéchate de ello. Puedes retardar tus decisiones y eso te dará la supremacía sobre tu adversario. Y él tendrá que hacer concesiones, porque está apremiado por el dios. Nunca desperdicies los regalos de los dioses."

Aquella llegada prematura indicaba que el tiempo corría contra Maximiano. Debía aprovecharlo. Recordaba el recibimiento que Maximiano le hizo a su llegada de *Mediolanum*, procedente de *Nicomedia*. Fue atento, pero nada más. El suyo también lo fue. Supo que a Maximiano le acompañaba su hija Fausta. Eso le bastó para saber cuál iba a ser el pago por su neutralidad. Y como un rayo le sacudió la idea de que se le ofrecía una solución al problema de su descendencia.

Cuando ésta le fue presentada y la joven Fausta - sólo contaba catorce años - se postró ante él, la observó con interés. Prometía ser hermosa, aunque no fuera más que una niña. De estatura media, cabello rubio, con grandes ojos claros, tirando a verdes. Nariz recta y pequeña - que no había heredado de su padre, que la tenía ancha y enorme - boca pequeña, labios finos, y barbilla con un gracioso hoyuelo en el centro. Cuello largo y delgado - a diferencia de su padre, que tenía el cuello de un toro - pechos pequeños, cintura estrecha, como correspondía a una

jovencita núbil, y piernas sin duda delgadas, que no podía ver por la vestimenta que las cubría.

Constantino la ayudó a levantarse. La miró a los ojos y ella mantuvo la mirada. En ese breve intervalo Constantino captó una voluntad recia, una personalidad firme. Eso no le disgustó.

La conversación entre Maximiano y él versó sobre el viaje, el tiempo, la incomodidad de las estaciones de la posta imperial y otros temas intrascendentes. Los viajeros se hospedaron en el ala de Palacio destinado a invitados. Siempre había una zona dispuesta para los posibles visitantes del máximo nivel. Necesitaban descansar y reposar del viaje. La cena se les sirvió en sus aposentos. Al día siguiente Maximiano y él hablarían de los temas importantes, mientras Fausta visitaba la ciudad guiada por su hermanastra Teodora, la viuda de su padre.

Mediada la mañana, Constantino, que ya había despachado con sus mandos militares los asuntos pendientes, se reunió con Maximiano. Éste tenía un magnífico aspecto, como si nada turbara su futuro más inmediato.

- "Veo que has hecho tuyas todos las buenas costumbres de tu padre, al que apreciaba mucho. Su temprana muerte fue una sorpresa para todos nosotros."

- "Para mí el primero. Cuando me lo dijo no podía creerle. Pero, desgraciadamente, no me engañaba. ¿Qué os trae por mi fría capital?"

- "Sí, será mejor que vayamos a los temas que nos interesan. Como ya sabrás, últimamente hay mucha tensión en el ambiente. Mi hijo Majencio ha tenido que acceder a la petición de muchos notables de Roma, Senadores y oficiales de la Guardia Pretoriana, para poner orden en una Prefectura mal llevada y que caminaba hacia la descomposición. Severo era ciego a tales circunstancias y trató de imponer el orden por la fuerza, pero sus oficiales desertaron de él y se pasaron a nuestro bando. Yo hubiera querido que saliera sano y salvo de Italia, rumbo a *Nicomedia*, pero un malentendido frustró mis planes.

No me sorprendería que ahora Galerio intentara repetir el error de Severo y marchara contra nosotros. Y estoy tratando de impedir que el desorden afecte también a tu Prefectura. Debemos procurar que al menos medio Imperio, el de Occidente, no caiga en la anarquía y el desorden. Ése es el motivo de mi viaje."

Constantino ya esperaba algo similar. Pero tuvo que reconocer que Maximiano era hábil presentando las cosas del modo más favorable. Pero

no era él quien debía dar contenido a la entrevista, así que se limitó a seguir el hilo de la conversación.

- "Quiero tranquilizaros, Maximiano. No veo forma de que los enfrentamientos entre tu hijo y Galerio vayan a afectar a mis territorios para nada …"

- "Eso piensas, Constantino, pero no me sorprendería que Galerio te mandara emisarios pidiéndote que intervengas con tus mejores tropas, invadiendo nuestro territorio por el Oeste, mientras él lo hace por el Este."

- "Nada de eso se ha dado, Maximiano, os lo puedo asegurar. Y, caso de darse, dudo mucho que me involucrara en una contienda que no es mía. Precisamente, en breve debo partir para Britania, a revisar las obras que dejé ordenado se construyeran para evitar nuevas invasiones bárbaras. Como mi padre, tengo mucho trabajo con atender mis propios territorios como para intervenir en los que no caen bajo mi jurisdicción."

También Maximiano reconoció en su interior la madurez del joven que tenía ante así. Se zafaba de sus lazos con bastante habilidad. Así que decidió atacar a fondo.

- "Valoro en mucho tu postura, mi apreciado Constantino, y así se lo comunicaré a mi hijo. No obstante, añadiré algo que sin duda esperas. Has visto que mi hija Fausta viene conmigo. Es una joven hermosa, sana, educada e inteligente. Creo que sería una buena idea, para unir más nuestros destinos, que la tomaras por esposa. Vuestra actual esposa no tiene el rango que se merece un César que puede ser Augusto en cualquier momento ..."

Constantino quedó callado. Notó el cambio de tono de Maximiano cuando mencionó a Minervina, sin decir su nombre. Mirando con fijeza a su interlocutor, expuso el punto de vista que ya tenía estudiado desde la tarde anterior.

- "Tendré que pensarlo, Maximiano. Ahora que he conocido a vuestra hija, tengo elementos de juicio para formar una opinión. Pero estaréis de acuerdo conmigo en que una decisión de este tipo no se puede tomar en el curso de una conversación, ni siquiera en lo que dure vuestra visita a estas tierras ..."

Constantino empezaba a hacer uso del factor tiempo, que sabía que no corría a favor de su interlocutor. Procurando no hacerlo de manera diáfana, observaba el rostro y las manos de su interlocutor con gran

atención. Había aprendido que el rostro y, sobre todo, las manos revelan lo que realmente sucede en el interior de nuestro interlocutor.

- "Mi joven Constantino, creo que haríais mal en tomar a la ligera lo delicado de la situación. En menos de tres meses la guerra puede estar haciendo estragos en todo el Imperio. Toda la labor de Diocleciano y mía, durante veinte años, caería por tierra. Debemos poner los medios para evitar tanta locura. Establecer una unión estrecha entre nuestras familias, similar a la que había entre la de tu padre y la mía, es algo no sólo conveniente, sino incluso necesario. Por la paz de medio Imperio. Al menos, salvemos lo que puede ser salvado."

- "Tengo que pensarlo, noble Maximiano."

Se había propuesto no citar ninguno de los títulos del pasado de su visitante. Necesitaba un mayor tiempo para sopesar ventajas e inconvenientes de la propuesta de Maximiano. Éste comprendió que había hecho su oferta y que la respuesta bien podría esperar unas horas, las que quedaban hasta el próximo día. Maximiano no quiso visitar la ciudad. Tenía asuntos que resolver, que había traído en su equipaje. La despedida fue cortés, pero fría. Quedaron citados para la mañana siguiente.

Constantino siguió ese día la rutina normal, como si nada le hubiera dicho el suegro de su difunto padre. Tenía la experiencia de que de noche su mente era más fértil y lúcida. Esa noche no llamó a Minervina a sus habitaciones. Tenía que reflexionar.

Negarse a la proposición de Maximiano le supondría la animadversión del viejo. Y eso era un obstáculo gratuito. Pronto Crispo tendría diez años. Dentro de ocho años tendría edad para asumir responsabilidades de gobierno. Podía alegar que Fausta era muy joven, que debería esperarse para consumar el matrimonio. La negociación se centraría en cuánto estaba dispuesto Maximiano a esperar y cuánto estaba él dispuesto a ceder. El tiempo era la gran trampa a la que debía llevar a su interlocutor. Con la idea de qué iba a responder ya en su mente, Constantino se durmió.

Al día siguiente continuó la conversación. Constantino habló el primero.

- "He pensado mucho, gentil Maximiano, en vuestra propuesta. Y puedo deciros que, en principio, estoy dispuesto a aceptarla, pero con unas condiciones."

- "Os escucho."

- "Mi hijo Crispo cumple ahora diez años. Necesito tiempo para preparar el terreno y que acepte abandonar a su madre, con la que está muy unido. Esto es fácil de entender."

El rostro de Maximiano no pudo ocultar la contrariedad que le infundían tales palabras.

- "Qué tiempo sería ése?"

- "Un año", respondió Constantino. Ya sabía que su propuesta era inaceptable, pero sería un punto de partida para la negociación.

Maximiano se levantó de su asiento con un gesto de desesperación.

- "Pero, ¿estáis loco? Galerio pisará Italia mucho antes de que este año termine. Vuestra respuesta es un no en toda regla, César."

Maximiano se había dado cuenta de que Constantino no le aplicaba título alguno y quería dárselo a entender.

- "Ya sabéis mi preocupación, mi hijo Crispo. Dadme vos una solución que nos satisfaga a ambos ..."

Maximiano se volvió a sentar, pero se le notaba nervioso, como león enjaulado. Quedó callado mientras trataba de hallar una solución que le resultara aceptable. El silencio se prolongó mucho tiempo. Constantino estaba sereno. Maximiano parecía tener fiebre; su semblante se había puesto rojo. Intentó calmarse. Necesitaba un acuerdo. No podía volver a Italia con las manos vacías. Como fuera, Fausta debía quedarse en las *Galias*. Al rato, comenzó lentamente, mirando a Constantino con una mirada feroz, que no quiso, o no pudo disimular.

- "Sois hábil, de eso no cabe duda ... Tengo una propuesta para vos. Yo acepto el año de plazo para despedir a vuestra primera esposa y vos tomáis a Fausta como vuestra esposa de inmediato."

Constantino sabía que había tensado la cuerda hasta el máximo. No podría sacar más de Maximiano. Su viaje podía cerrarse con un acuerdo y él se habría quitado un problema de encima. Luego ya vería cómo organizaba él su vida privada y, por la vía de los hechos, hacía su voluntad.

- "Acepto, pero la boda se celebrará en *Arelate* (Arlès), en la costa Sur de las *Galias*, suficientemente lejos de *Augusta Treverorum* como para que ni mi esposa, ni mi hijo tengan noticias de ello."

Maximiano hizo un cálculo rápido de distancias. Entre *Augusta Treverorum* y *Arelate* habría unas quinientas millas (750 km.) Esa distancia se podía cubrir a caballo por la posta imperial en siete u ocho días. Fausta iría en su carruaje. Estaban a mediados del mes de Marzo.

Para finales de Marzo podían estar en *Arelate* y celebrar la boda. Encajaban sus previsiones. *Arelate* estaba muy cerca de Italia. Todo se arreglaba.

- "Por mí no hay problema. Aceleremos los preparativos para que el asunto quede zanjado este mismo mes."

Todo fueron amabilidades a partir de ese momento. Los dos hombres comieron juntos en una sala privada de Palacio. Las mujeres lo hicieron por su cuenta. No era prudente involucrar a las mujeres en la celebración del acuerdo logrado. Constantino dio las órdenes para preparar el viaje. Él iba a acompañar a sus huéspedes en su regreso a Italia.

Y así se hizo. Sin repudiar a Minervina, Constantino contrajo matrimonio con Fausta, la hija de Maximiano. Su padre ya había advertido a su hija que Constantino no sería de hecho su esposo hasta, como máximo, doce meses más tarde. Mientras tanto, ella residiría en la residencia imperial de *Arelate*, lejos de la frontera germana y de los peligros que encierra.

A Flavia Maximiana Fausta la frase "*los peligros que encierra*" le pareció una excusa diplomática. No sabía si de su padre o del que iba a ser su esposo. Minervina, la esposa de Constantino, corría tales peligros de continuo. Pero estaba educada para aceptar lo que los hombres de la familia le indicaran y nada preguntó, ni hizo gesto alguno de extrañeza. Era lo que su padre estaba esperando. Además, no se sentía cómoda en *Augusta Treverorum*. Había observado que Minervina rehuía su mirada. Con Teodora se había llevado bien, aunque no la recordaba. Nunca la había visto antes, o lo hizo siendo muy niña. Por eso, la idea de partir de inmediato hacia el Sur le agradó sobremanera. Cuanto antes dejara atrás aquella fría ciudad, mejor.

Minervina temió lo peor. Aunque no se interesaba de manera directa por la situación del Imperio, sabía por Teodora de los sucesos de Italia. La llegada de Maximiano y, sobre todo, que le acompañara su hija, la llenó de inquietud.

Aquella niña podía suponer un gran peligro para ella y su futuro. Pero, ¿qué podía hacer ella? Presintió que ni siquiera debería exponer a su marido sus temores. Se hizo el propósito de ser todavía más complaciente con él, si ello fuera posible. Y procurar disfrutar aún más de su hijo Crispo. Pero un velo de pesar le había caído encima.

En cuanto se celebró la boda, a la que asistieron sólo los contrayentes, Maximiano y un alto mando militar de Constantino, esa misma tarde, Maximiano partió para Italia, de la que estaba ya muy cerca. Antes se despidió de su hija. Ambos parecían contentos.

Una hora más tarde Constantino, con su pequeña comitiva de acompañamiento, emprendió camino al Norte. No se despidió de Fausta. Quería dejar bien sentado que, a pesar de la ceremonia, ella no significaba nada para él.

La alegría desapareció del rostro de Fausta. No entendía. No entendía nada. Pero se consoló diciéndose que ella era una pieza importante en un planteamiento muy complejo, que excedía su capacidad de comprensión. Las cosas se resolverían. Ella debía aceptar el presente y confiar en el futuro. Como si lo sucedido fuera lo que ella esperaba, ordenó a sus dos damas de compañía, casi tan jóvenes como ella, que le acompañaban desde Roma, que deshicieran su equipaje. Se quedaban en *Arelate*.

Capítulo 70
Juegos Fránquicos.

Año 307

Mientras las dos Prefecturas centrales del Imperio, la de Majencio y la de *Iliria*, al mando de Galerio, se disponían a medir sus fuerzas, las otras dos Prefecturas seguían la marcha normal. Constantino sabía que tenía que realizar su viaje de inspección a *Britania*, según había acordado el año anterior. Se había planteado si daba prioridad a su viaje a *Britania*, o a los Juegos que se organizaban en *Augusta Treverorum*, y decidió que éstos se celebrasen antes del viaje. Se aceleraron los preparativos de los mismos. Todo iba a estar a punto para el 21 de Marzo, el inicio de la temporada militar. Pero la visita de Maximiano, y el viaje que le siguió, atrasaron la celebración hasta mediados de Abril.

En *Augusta Treverorum*, los Juegos - que fueron llamados *Juegos Fránquicos* - resultaron un éxito, apoteósico. El Anfiteatro se llenó por completo. Acudieron de *Germania*, de *Bélgica*, y hasta de la *Galia Lugdunensis*. *Augusta Treverorum* fue una fiesta los cuatro días de los Juegos. Hubo comedias, festejos populares y una feria. Artistas y músicos de renombre, llegados de todos los rincones de las *Galias*, mostraban sus habilidades en las calles. Pero el número fuerte era la lucha entre los bárbaros. Había gran expectación por verles morir. El Anfiteatro se llenó. Los primeros días doce *Germanos* lucharon entre sí hasta quedar uno.

Estaba dispuesto que al ganador se le enfrentara un león. Si sobrevivía, sería liberado. Pero el ganador estaba tan malherido que, al enfrentarse con el león, éste lo mató al primer zarpazo. Lo mismo sucedió los tres días.

El último día de los Juegos salían los treinta y dos prisioneros restantes. Peleaban todos contra todos. Las gradas se pusieron en pie y vociferaron hasta el paroxismo. Antes de Constantino, nunca se había dado en la ciudad un espectáculo semejante. Cuando acabó la pelea y la fiera que se dejó suelta, después de terminar con los pocos que aún se movían, fue abatida a flechazos, los rostros de los espectadores, congestionados y sudorosos, se volvieron hacia el palco imperial y vitorearon al César, que además de haber capturado a los bárbaros, les había ofrecido semejante espectáculo. Constantino saludó sonriente. No esperaba que el resultado de su expedición le reportara tantos beneficios.

La intención inicial de Constantino, luego modificada, había sido dejar libre al último combatiente de cada día, para que fuera a su tierra a relatar el final de sus compañeros. Pero, tras recibir la embajada, cambió su plan. Si los bárbaros tenían que enterarse, que lo supieran por otra vía.

Los bárbaros se enteraron, pocos días después de los Juegos, a través de espectadores, miembros de la tribu a la que pertenecían los prisioneros. Éstos eran miembros más o menos romanizados, pero que conservaban vínculos con los que habitaban más allá de la frontera. Ellos lo relataron con espanto. Y la historia de los Juegos resonó, a la luz de las hogueras, en las aldeas *germanas* de más allá del gran río durante muchos decenios. Los que apoyaban la embajada enviada a los romanos quedaron reducidos a un puñado de ancianos.

Capítulo 71

Campaña frustrada.

Año 307

Maximino Daya seguía en *Antioquía* sobre el *Orontes*, ocupado en sus asuntos de trámite. Galerio le había pedido máquinas de guerra, para organizar el ataque a las murallas de Roma. Y Daya le envió la mitad de las que tenía en Siria. No podía menos.

Galerio cometió el error de salir a atacar a un enemigo sin conocerlo. Si su rival hubiera sido Majencio, el triunfo posiblemente le hubiera acompañado. Pero tenía enfrente al viejo Maximiano, y eso ya era otro asunto. Maximiano sí se preocupó de conocer a su enemigo, de conocer sus puntos débiles. A mediados de Abril Galerio partió con cerca de 60.000 hombres al encuentro de Majencio y Maximiano. Una importante flota le acompañaba por mar, llevando pertrechos, provisiones y las máquinas de guerra, que retardarían su marcha si las llevaba por tierra.

Galerio esperaba que sus enemigos salieran a su encuentro y plantaran batalla en un terreno que creyeran favorable. Ellos conocían perfectamente la región, mucho mejor que él. Pero no fue así, y su marcha no se vio interrumpida ni siquiera por las habituales escaramuzas de la caballería. Esto le contrarió, porque tendría que sitiar Roma, y una operación de sitio era siempre una operación larga, en la que el tiempo corría en contra del sitiador.

Tan pronto llegaron noticias a Roma de que Galerio estaba en el *Ilírico*, Maximiano envió informadores de primera calidad, de todos los rangos posibles, para conocer cuántos hombres marchaban contra él, y con qué máquinas de sitio contaba Galerio. También se interesó por los nombres de los principales oficiales de Galerio.

Costó algunas semanas reunir toda la información que Maximiano requería. Pero con las tropas de Galerio a media distancia entre *Venetia* y Roma, Maximiano pasó a una segunda fase. Envió generosas bolsas a los seis principales oficiales de Galerio. Maximiano no propuso a tales oficiales que se pasaran a su bando. Su labor debía ser socavar la determinación de Galerio de atacar Roma.

Maximiano no metió en Roma los 40.000 hombres de que disponía para hacer frente a las Legiones de Galerio. Alojó en Roma la mitad, y la otra mitad la distribuyó entre *Praeneste*, *Velitrae* y el puerto de *Ostia*, todas ellas al Sur de la Ciudad y distantes unas 25 millas de la misma. Maximiano sabía que el sitio, si llegaba a establecerse, sería fácil de romper para unos mensajeros a caballo y de noche. Si los necesitaba, ya les daría las órdenes de lo que tenían que hacer.

Cuando Galerio apareció con su enorme ejército en la llanura de Roma, sus soldados quedaron impresionados por el perímetro de la Ciudad. Los límites de las murallas casi se perdían de vista a ambos lados del horizonte. Galerio, con sus oficiales de más alto rango, bordearon las murallas. Tenían una longitud de 19 kilómetros y un total de diecisiete Puertas. Tomarla tras un sitio regular era una misión prácticamente imposible. Galerio estaba acostumbrado a ciudades como *Nicomedia*, *Antioquía*, *Sirmiun*, o incluso Alejandría. Pero Roma estaba a otro nivel.

Habida cuenta de las dificultades de la misión, empezaron a actuar los sobornos de Maximiano. Galerio se encontró con que la mayoría de sus hombres de confianza le disuadían de establecer el sitio. Sospechó lo que pasaba y de pronto le vino a la mente que podía pasarle a él lo mismo que le había pasado a Severo, que de cazador se convirtiera en cazado. No llegó a repartir sus tropas por el perímetro de la Ciudad. No montó las máquinas de sitio.

Dio orden de retirada y las tropas de Galerio se volvieron por donde habían venido. Nadie le hostigó. Maximiano y Majencio habían salido bien librados sin haber derramado ni una gota de sangre.

Ése había sido, precisamente, el argumento para acompañar el soborno, que los romanos no debían luchar entre ellos. Y eso lo entendieron todos, soldados, oficiales leales y oficiales comprados. Nunca más volvería Galerio a intentar derrocar a Majencio. Había aprendido la lección, Roma no estaba a su alcance.

Nota del Autor.

Respecto a la retirada de Galerio con sus tropas a través de media Italia y el *Ilírico*, se forjó otra leyenda para desprestigiar a todos los Emperadores, salvo Constantino

La forma de tejer una leyenda peyorativa hacia un personaje consistía en adjudicarle actos de crueldad indiscriminada e inútil. Galerio estaba en el punto de mira de un escritor de nula ética. Y el tal aprovechó la retirada de Galerio desde Roma para forjar la leyenda de que, despechado por haber fracasado en su expedición, dejó libres a sus soldados para que asolaran el territorio por el que pasaban y se comportaran como bárbaros, convirtiéndose en dueños de vidas y haciendas. Y destrozándolas.

Puede afirmarse, con toda seguridad, que no hubo tal cosa. La expedición que había querido conquistar Roma volvió por la *Vía Flaminia* y abandonó Italia sin perjudicar a nadie.

Capítulo 72

Revista en *Britania*.

Año 307

Al final del verano del año 307 Constantino partió para *Britania* con una Legión como escolta. Le hubiera gustado adelantar el viaje, pero les había dado a sus hombres de *Britania* un año de plazo para terminar las reconstrucciones y no quería que tuvieran disculpas por no haber terminado las obras. Antes de partir llamó a Lactancio. Éste se presentó con la formalidad habitual.

- "Insigne Lactancio, empezó Constantino. En primer lugar debo decir que estoy satisfecho de la labor que vos y el joven Domicio estáis haciendo con mi hijo, al que noto más respetuoso y más adulto que lo que podría esperarse a su edad."

Lactancio respondió con una inclinación.

- "Pero el motivo de esta cita es anunciaros que finalmente el historiador que pedíais llegará en breve a *Augusta Treverorum*. Lo hará, con toda seguridad, durante mi ausencia. Por ello quiero daros instrucciones sobre cómo debéis aprovechar el tiempo desde el día siguiente a su llegada. Quiero que ambos colaboréis estrechamente en el plan trazado. Eusebio, natural de *Cesarea Marítima*, ha sido, hasta atender mi llamada, el responsable de la Biblioteca de su ciudad natal. Ha escrito varios libros y es una autoridad en Historia. Nadie mejor que él para completar el trabajo. Además, es una persona de mi total confianza, como podéis serlo vos."

- "Os agradezco que así me consideréis, *Dómine*. Estad seguro de mi total entrega y de mi mejor colaboración con ese tal Eusebio que indicáis."

Y con esto, Constantino salió de *Augusta Treverorum* con destino al puerto de *Gesoriacum*, primero, y a la *Britania*, después. Lactancio siguió componiendo escritos de autores cristianos primitivos.

Constantino estaba satisfecho de la marcha de su vida. Tenía treinta y tres años y había realizado una parte de sus sueños, se había izado hasta la posición que le correspondía. Rememoró su pasada entrevista con Maximiano, ahora formalmente su suegro. Constantino se sentía muy libre de cualquier compromiso a que llegara con Maximiano. Comparaba la situación de su padre, cuando repudió a su madre, Elena, y se casó con Teodora, hija de Maximiano. Maximiano era quien le iba a ascender a la púrpura. Por contra, él ya era César cuando Maximiano le había ofrecido la mano de su hija. Y, además, Maximiano había hecho tal oferta para garantizar su neutralidad en el conflicto que se les avecinaba, a él y a su hijo Majencio.

Por tanto, ni tenían el mismo valor, ni se le debía la misma fidelidad. Él recordaba la conversación tenida con su padre, muchos años atrás, cuando éste la comunicó que debía repudiar a su madre, Elena, y contraer matrimonio con Teodora. Constantino había comprendido los motivos. Cuando esto sucedió, él tenía diecinueve años, y a esa edad un hombre es ya adulto y puede entender las prioridades como las entiende un adulto. Él no iba a dejarle a Maximiano que produjera tensiones, ni distancias, en su familia, para eludir su responsabilidad ante la persona contra la que se había alzado, Galerio. Realmente, se habían alzado contra la organización establecida por Diocleciano. Él, por tanto, no estaba en modo alguno obligado a respetar lo acordado con Maximiano. Cumpliría el acuerdo de neutralidad, pero su vida familiar seguiría su curso hasta que él lo considerara conveniente.

Había un motivo, conocido por muy pocos, por el que la oferta de Maximiano le podía resultar favorable. Minervina había tenido un segundo hijo de ambos, pero el niño nació muerto y en el parto la madre quedó lesionada en sus órganos. Los físicos le habían dicho que le sería imposible volver a quedar en estado. Y Constantino era consciente de los peligros de tener un solo hijo. Cualquier enfermedad inesperada, como le había ocurrido a Alejandro el Grande, y se truncaba el linaje. Cualquier accidente militar y todos sus planes quedarían frustrados. Por eso y con anterioridad, ya había germinado en él la idea de que en un futuro, si Minervina no se quedaba encinta, él iba a repudiarla y tomar una segunda esposa que garantizara la continuidad de su linaje. Pero eso se haría cuando él quisiera, no cuando quisiera Maximiano.

Otro problema era que su suegro, junto con su hijo Majencio, se había convertido en el primer obstáculo a eliminar de cara a su proyecto de hacerse con el control del Imperio. Ese tema debería esperar. Todavía no hacía un año que Majencio había usurpado el poder en Italia y lo sucedido, la muerte de Severo y la retirada de Galerio, dejaba la Prefectura de Italia al alcance de su mano. Su siguiente meta, Italia, estaba ahora mucho más asequible que cuando Severo, legalmente constituido, la gobernaba. No se le ocurría ninguna forma de resolver la contradicción entre sus planes de dominio único y su suegro y su cuñado dirigiendo la Prefectura vecina. Y tampoco pensaba buscarla.

En cambio, Constantino había aprendido a confiar en su destino. Él nunca había creído en los dioses, una vez alcanzada la mayoría de edad.

Jamás tuvo devoción por ninguno de ellos, ni creyó nunca que ellos dirigieran a los humanos. Eso estaba bien para la plebe, que era ingenua, ignorante y crédula. Y para los mayores, más crédulos que la nueva generación a la que él pertenecía. Por eso seguía la corriente a su padre cuando éste le hablaba de los dioses. Estaba claro que él creía en ellos.

Para Constantino, los Césares y Augustos estaban por encima de los mismos dioses, si los hubiera. Desde que conoció a Lactancio - hacía de ello cuatro años - poco a poco se había ido forjando en su mente la idea de que él tenía una misión. Los acontecimientos le iban dado la razón. Había un destino, escrito en algún sitio, y su destino era brillante. Pasaría a la Historia como el Emperador que salvó al Imperio.

Capítulo 73

El primer contacto.

Año 307

Muy avanzada ya la primavera, Eusebio había terminado sus obligaciones como bibliotecario, buscando un sustituto, y podía dejar *Cesarea Marítima*. Eusebio de *Cesarea* revisó su voluminoso equipaje antes de ponerse en marcha. Había comprado dos carruajes. El mayor, un amplio *carpentum*, y en él había metido dos copias de sus obras. No sabía vivir separado de sus obras. Además, llevaba consigo una buena colección de libros. Entre sus obras y sus libros había ocupado la mitad posterior del carruaje. En la parte delantera de ambos carruajes viajarían él y el esclavo que tenía por secretario. Era un joven tracio, de habla griega. Había sido raptado cuando volvía de Alejandría, terminados ya sus estudios, por unos bandidos árabes y había llegado a sus manos en el mercado de *Antioquía*. Era culto y le ayudaba en sus trabajos literarios. Lo trataba como un familiar, más que como un esclavo. Y Neón, que ése era su nombre, le estaba agradecido.

Eusebio guiaba el *carpentum* que contenía sus libros. El otro lo guiaba Neón y viajaban en él Lidia y sus hijas. Eusebio había dado a elegir a Lidia si quería quedarse en *Cesarea* con sus hijas. Le pasaría todo su patrimonio. Pero Lidia le tapó la boca nada más empezar y le dijo que donde estuviera él estarían ella y las niñas. De modo que los cinco viajeros y Neón salieron de *Cesarea Marítima* con destino a *Augusta Treverorum*, escoltados por diez jinetes enviados por Constantino.

La despedida con Eladio había sido muy difícil para ambos. Eladio era ya para él como un hijo. Había dejado bien amarrada su formación, confiado a los cuidados del actual secretario de la Biblioteca, Cuarto, el que había sido su profesor de griego. Cuando pasara el verano Eladio iría a terminar su formación a Alejandría, bajo el cuidado de Arrio. Eusebio le había dejado una bolsa aparte, con dinero para pagar el envío de la correspondencia, que pasaría a ser la manera de estar ambos en contacto.

Con el dinero recibido de Constantino podía alquilar caballos de recambio en las estaciones de la posta imperial. A veces dormían en el mismo *carpentum*. Otras lo hacían en el edificio secundario de la posta imperial, pagando el hospedaje. En esas ocasiones aprovechaban y usaban todos los baños. Eran un lujo, cuando se estaba de viaje.

Recorrieron la costa de Siria y llegaron a *Antioquia*. En *Antioquia* descansaron una jornada y preguntaron en la posta imperial por la mejor ruta para llegar a *Nicomedia*. Les recomendaron seguir por la costa. Yendo por el interior ahorrarían unas cuantas millas, pero las calzadas iban

bordeando montañas y se decía que abundaban los bandoleros. A algunos se les compraba con un peaje, pero otros no se conformaban con tan poco. Neón puso cara de terror cuando se nombró tal posibilidad.

Por tanto, siguieron las calzadas de la costa, pasando por *Cilicia*, *Pisidia*, la *Caria*, la *Lidia* y la *Misia*. Por último, en la *Bitinia* estaba *Nicomedia* y, a una jornada de viaje, la *Propontis* (estrecho del Bósforo). Desde allí siguieron la misma vía que siguiera Constantino y su familia, por la *Vía Egnatia*, hasta *Dirraquium*. De haber sido su destino Italia, hubieran pasado a Italia en barco, pero yendo como iban a *Augusta Treverorum*, subieron por el *Ilírico* y siguieron, sin saberlo ellos, el camino que habían tomado las tropas de Galerio en su frustrada invasión de Italia.

Eusebio, su familia y Neón llegaron a la capital de Constantino a mediados de Agosto. Fueron directamente a Palacio, donde había órdenes de facilitarles hospedaje en una posada cercana a Palacio.

Había instrucciones del César para que Eusebio fuera recibido por Lactancio. Unos guardias condujeron a Eusebio a las dependencias del Pretorio donde estaba alojado Lactancio. Eusebio se dio cuenta de que él no tenía lugar en el Pretorio y, salvo modificación posterior, debía alojarse en una casa de huéspedes. Eso le hizo ver su papel subordinado a su anfitrión y tomó buena nota de ello. Le hicieron esperar en un pasillo del Pretorio, y al poco apareció un hombre de cierta edad, alto, enjuto, de nariz aguileña, pelo entrecano y ademanes educados. Era Lactancio.

- "Vos debéis ser Lactancio …" dijo Eusebio a modo de presentación.

- "Y vos, Eusebio, supongo …"

- "En efecto. Me alegro de conoceros. Creo que me debéis poner al corriente de los planes del César Constantino, pues debo colaborar en ellos, pero aún no sé de qué se trata exactamente."

Y Lactancio le puso al corriente. Le llevó toda la mañana hacerlo.

Si el plan que oía le hubiera sido propuesto por un desconocido, Eusebio no hubiera dudado en calificarlo de locura y necedad. Se pretendía sustituir el Conocimiento acumulado por los Maestros de varias generaciones por una moral insulsa, básica. Pero, si el plan contaba con la aprobación de Constantino, el asunto cambiaba. A un César no se le podía llevar la contraria. Eusebio tuvo que hacer un gran esfuerzo para que su anfitrión no se diera cuenta del horror que le producía lo que escuchaba.

Asentía con la cabeza, pero todo el plan le parecía la mayor insensatez que pueda cometerse. Eusebio comprendió que si el destino le había traído al centro de la locura, algo podría hacer él para remediar tanta aberración.

Lo primero era granjearse la confianza de Lactancio. Tenía que disimular y adaptarse a lo que se esperaba de él. Y para ello tenía que aparentar que el proyecto ya en marcha le parecía beneficioso y digno de ser promovido. Ya se le ocurriría más tarde qué podía hacer él para contrarrestar tanta necedad. En su exposición Lactancio le había dicho que llevaba escritos ya un número considerable de libros sobre el Cristianismo. Eusebio le pidió leerlos, pero quería hacerlo en el orden en que fueron escritos.

- "Debo conocer la evolución de vuestro pensamiento conforme ibais redactando tan magna obra. Es sabido que la manera de captar la forma de pensar de un autor es leer sus libros en el orden en que fueron escritos. Supongo que ello no será un obstáculo para vos."

- "En modo alguno, en modo alguno. Os los dejaré en el orden que deseéis. Pero deberéis leerlos en este despacho; tengo instrucciones muy precisas de guardar la máxima cautela y tomar todas las medidas posibles para evitar indiscreciones."

- "Me hago cargo, gentil Lactancio, me hago cargo. Vuestro trabajo es demasiado importante como para que vaya circulando por la calle como si fuera una hogaza de pan. Pero en ese caso he de venir con mis útiles de escritura, pues debo hacer anotaciones sobre las que luego os comentaría, si no os parece mal."

- "Me parecerá excelente. Mientras vos vais a por vuestros papeles, yo localizaré los primeros libros que debáis leer."

Media hora más tarde, Eusebio tenía ante sí el "*Adversus Nationes*" (Contra las naciones) de Arnobio. Luego leyó el "*Octavio*", de Minucio Félix. Y acto seguido el tratado "*De Opificio Dei*" (Las obras de Dios) firmado por Lactancio. Y luego, una tras otra, todas las obras que Lactancio había creado. Le llevó cuatro días leerlas todas y tomar notas cuidadosamente para captar las directrices con las que Lactancio había compuesto sus escritos.

Sus notas eran muy extensas, las partes más confidenciales las escribió en taquigrafía, técnica que había aprendido de joven. En taquigrafía escribía las críticas que se le ocurrían conforme leía. Era

imposible que Lactancio hubiera aprendido taquigrafía en la misma escuela que lo hizo él. Por tanto, no podía entenderla.

Leyendo la obra de Lactancio, Eusebio caló en el interior del hombre. Y lo que vio le dio ánimos. Lactancio no era alguien versado en la vida. Se veía que no había tenido que luchar para abrirse camino. Lactancio era, en el fondo, muy ingenuo, muy elemental. No había tenido dificultades serias, ni ninguna adversidad que vencer, y caminaba por el mundo, a su edad, con la inocencia de un niño. Lo que le sorprendía era que una persona tan simple hubiera captado el interés y la confianza de Constantino.

Había cometido fallos de escritor neófito, lo que demostraba que no era escritor. Era más bien un teórico. Y había creado unos escritos que cualquier persona culta descubriría, al primer vistazo, que eran una falsificación.

El mayor error que Lactancio había cometido consistía en que había escrito todas las obras de diferentes autores con el mismo tipo de estructura. Una estructura compleja, poco frecuente por lo perfecta que era. Éste era un fallo de primera magnitud. Eusebio, desde luego, se abstuvo de informarle de tal tema. Todo lo contrario, elogió repetidamente la perfecta estructura que sabía dar a sus obras.

Y además, las ideas que exponían muchos autores de diferentes épocas tenían una gran similitud. Se usaban los mismos conceptos, las mismas defensas de la religión propia, las mismas acusaciones a las religiones ajenas, las mismas referencias bíblicas. Por ejemplo, el "*Octavio*" de *Minucio Félix* repetía frases del "*Apologeticum*" de Tertuliano. Eusebio comprendió que de alguna manera podría manejar a Lactancio, aunque Lactancio debía tener la impresión de que era él quien mandaba en el equipo.

Terminada la lectura de los textos escritos por Lactancio, Eusebio le planteó:

- "Bien, mi estimado Lactancio, ahora estoy al tanto de lo que habéis hecho vos. Me falta saber qué espera el César Constantino de mí. Supongo que vos habréis tenido ocasión de tratar este tema con él. ¿Cuál debe ser mi aportación a este notable trabajo?"

Lactancio sonrió con suficiencia.

- "Puedo deciros claramente qué debéis aportar, vuestra experiencia como historiador para elaborar la vida del Hijo de Dios. No

uno, sino varios relatos que expliquen su vida y su muerte. Y la resurrección que vino después."

A Eusebio no le pasó desapercibida la idea que Lactancio se había hecho de quién debía dirigir el trabajo. Y no iba a ofrecer ninguna resistencia.

- "Entiendo, entiendo. Bien … Si vamos a escribir la historia de su vida, ese trabajo debemos adjudicárselo a varios de sus discípulos, que son los que más motivos tenían para conocer su doctrina y querer divulgarla. Podrían ser cuatro relatos, obra de cuatro autores distintos. Vos escribiríais dos y yo, otros dos, si os parece aceptable."

- "Me parece bien. Seguid."

- "Antes de escribir nada debemos caracterizar a los cuatro supuestos autores. Es decir, establecer la personalidad de cada uno. Deben ser cuatro personajes distintos; por ejemplo, uno podría ser una persona poco culta. Otro podría ser una persona muy culta, de habla griega. Otro podría ser una persona con mentalidad judía, que explicara la historia del Hijo de Dios usando la manera de razonar de un judío. Y otro … podría ser una persona … completamente distinta, un idealista, alguien muy espiritual. Por ejemplo, el autor judío podría citar textos de la Biblia judía, cosa que no deben hacer ni el autor inculto, ni el autor de ascendencia griega. ¿Comprendéis lo que quiero decir?"

Lactancio pensó:

"Claro que lo entiendo. Nada más llegar y ya está tratando de hacerse con el control del trabajo."

Pero su rostro no se inmutó y respondió pausadamente:

- "Lo entiendo perfectamente. De los que habéis mencionado me siento más identificado con el autor judío y con el autor griego."

- "Bien. Perfecto entonces. Yo escribiré con el estilo de los otros dos. Ahora, fijémonos en el contenido de la vida y enseñanzas de cada relato. Hay que pensar que unos se escriben antes que otros. La Historia enseña que los relatos de vidas de personajes famosos son sencillos en su origen y luego, con el paso del tiempo, se completan con más detalles y precisiones. He visto que en el gran relato de los viajes de Pablo le hacéis realizar milagros. Debemos concretar qué tipos de sucesos va a haber en la vida del Hijo de Dios."

Lactancio se apresuró a replicar:

- “Tiene que haber milagros, muchos milagros. Para eso era el Hijo de Dios. Poseo una larga lista. Los milagros son la prueba de que Dios, su Padre, está con él.”

Eusebio debía ganarse la confianza de Lactancio. Para eso tenía que dar por buenas todas sus afirmaciones. Respondió por tanto:

- “Completamente de acuerdo, mi estimado Lactancio. Pondremos muchos milagros. En primer lugar debemos poner a punto el material base de que disponemos.”

Lactancio buscó entre sus libros y sacó dos gruesos rollos. En él venían relatados una treintena de milagros. Lactancio los había recopilado de diferentes relatos antiguos, la mayoría egipcios.

- “Muy bien, Lactancio, éste es muy buen material y nos va a facilitar mucho el trabajo. En el primer relato, el del autor poco culto, podríamos colocar, si os parece bien, veinte milagros. Me imagino que preferiréis que ese primer relato lo escriba yo.”

- “Exactamente.”

- “Bien, bien ...”

Eusebio parecía estar pensando en voz alta.

- “Una vez que tenga terminado el primer relato, vos lo leéis y, en vuestro relato del autor judío, añadís las enseñanzas que juzguéis oportuno, elimináis algunos milagros, por ejemplo media docena, y añadís otra media docena de los que no se han usado. Os quedan cuatro milagros que no han sido empleados todavía. Ésos y casi todos los que aparecen en mi primera obra pueden aparecer en el tercer relato, el del griego culto.

Cuando vos tengáis terminados ambos relatos, los escritos en segundo y tercer lugar, yo, tras leerlos, comenzaré el último relato. Ya me esforzaré para que tenga un estilo diferente a los tres anteriores. Aún no puedo deciros exactamente qué tendencia le adjudicaré, qué estilo tendrá. Eso dependerá de vos y de vuestros relatos.”

Eusebio calló para ver el efecto de sus palabras en Lactancio. Éste se sentía relajado. Por fin se podía empezar a trabajar en serio.

“Este hombre debía haber estado a mi lado desde el principio”, pensaba Lactancio para sí. Pero tampoco quería resaltar la importancia del recién llegado y nada dijo de lo que pensaba.

En cuanto a enseñanzas, no hizo falta concretar demasiado antes de empezar a escribir. Lactancio tenía rollos y rollos de parábolas, relatos cortos, moralejas, consejos morales y enseñanzas para distribuir en los

relatos del Hijo de Dios. Se los dejó revisar a Eusebio. Éste comprendió que sobraba material. Él emplearía los que creyera conveniente, aunque también se hizo el propósito de emplear parábolas y enseñanzas de Sabiduría, que conocía bien.

Capítulo 74

Nueva razia *germana*.

Año 307

La visita de Constantino a *Britania* se desarrollaba como era de esperar. Todos los mandos involucrados en las reconstrucciones que había que hacer se esforzaron lo indecible para que el César quedara satisfecho con sus realizaciones. Si alguno esperaba felicitaciones, sus esperanzas se vieron frustradas. Lo más que hacía el César cuando le explicaban y enseñaban lo realizado, era un mudo gesto de asentimiento con la cabeza. Podía querer decir que aprobaba lo hecho, o que simplemente comprendía lo que le decían. Pero Constantino lo hacía con toda premeditación, para sentar la imagen de un jefe exigente. Joven, sí, pero exigente.

Su táctica dio resultado dondequiera que fue de inspección y contribuyó a aumentar el prestigio que se había ganado en las campañas llevadas contra los invasores bárbaros. Habían ascendido desde *Londinium* por la calzada que ya conociera y habían visitado los puertos de *Deva*, *Conovium*, *Segontium* y *Rigodonum*. Todos los objetivos se habían cumplido. Constantino expresó su intención de reforzar aún más las villas extremas de *Conovium* y *Segontium*, edificando en ambos puertos un fuerte de piedra que dominara el muelle. Los mandos militares presentes expresaron un cierto asombro y una no menor contrariedad, pero se guardaron de poner la menor objeción. Constantino les preguntó si en el plazo de un año serían capaces de tenerlos terminados y operativos. Con ello forzaba un compromiso y los comandantes tuvieron que asumirlo.

Hecho esto, partió para *Eboracum* (York). Había resultado dañado el perímetro defensivo, sobre todo del fuerte militar, y destrozada la zona de

barracas. A su llegada Constantino se sorprendió. La zona de barracas era el triple que antes del ataque. Y ello a pesar de que carecía de murallas. Sólo la Colonia y el fuerte estaban defendidos por murallas. Pero, al parecer, se había extendido la confianza y el *vicus* comercial se había ampliado notablemente.

"Tanto mejor", pensó Constantino para sí.

Realizó la visita de inspección de *Eboracum*, también a su plena satisfacción, a juzgar por los movimientos afirmativos de cabeza que empleó. Y cuando ya se disponía a partir hacia el Muro de Adriano, a visitar la zona más dañada por la invasión de los *Pictos*, llegó la noticia de que los *Bructeri* habían invadido la frontera germana, por lo que se le rogaba que volviera en cuanto le fuera posible. Constantino dudó. Podía retrasar su vuelta diez días y dejar revisadas las instalaciones que guardaban la frontera norte de *Britania*, la que más expuesta estaba al ataque de los *Caledones*. Pero pensó que esa revisión podría hacerse también un año más tarde con igual fruto. En cambio, diez días de retraso en su vuelta podían ocasionar pérdidas sustanciales. Alguna villa importante podía ser arrasada, algunas tropas *comitantenses*, las que guardaban la frontera, podían perecer. Era más urgente acudir a la frontera atacada que a la frontera reconstruida. Quedó con los mandos que posponía su revisión a la campaña siguiente, cuando vendría sin previo aviso. Y partió, con su Legión de escolta, camino del Sur.

Mientras volvía hacia *Londinium*, Constantino pensó que los *Bructeri* y los *Germanos* en general, debían tener espías en la *Germania* romana. Era forzoso que alguien hubiera informado a los bárbaros que él se había ausentado y éstos habían aprovechado esa circunstancia para realizar su correría habitual. En el mensaje se hablaba de invasión, pero él se inclinaba a pensar que sería una razia de pillaje.

Igual que los romanos se habían buscado informadores para saber lo que pasaba más allá de sus dominios, los bárbaros también habrían tendido sus redes para lograr información sobre los movimientos en el territorio romano. Y él era la pieza principal en el campo romano. ¡Qué ganas tenía de que Crispo creciera lo suficiente como para poderle dejar al cargo de la frontera germana y poder tener libertad de movimientos para completar su obra en el Este y hacia el Sur! Pero para eso aún tendría que esperar al menos … seis o siete años.

A Constantino le hubiera gustado adelantarse a la tropa que llevaba consigo y acelerar su llegada a la frontera, pero las tropas que llevaba eran el excedente que le permitiría reforzar las guarniciones de la zona atacada sin tener que hacer nuevas sacas de tropas de la frontera. Lo sensato era acudir con las tropas, no sólo con su persona.

Recordó a Crocus, el amigo de su padre que había ayudado a su nombramiento en *Eboracum*. Cuando resultó nombrado Augusto por las Legiones, había tenido una entrevista a solas con él para agradecer su labor. Le había preguntado qué quería como muestra de agradecimiento. El hombre le había pedido un cargo fijo en algún puesto de la frontera, por ejemplo, *Mogontiacum*, donde tenía cierto interés personal. Y con ambas manos y sonriendo dibujó un perfil en el aire con muchas curvas. Constantino entendió. Y le nombró comandante en jefe de la guarnición de *Mogontiacum* a perpetuidad. Con eso se sentía suficientemente pagado. Constantino hizo que se le concediera una generosa gratificación extra por servicios prestados con anterioridad.

Cuando, cuatro semanas después, pasó por *Augusta Treverorum*, supo que Eusebio ya había llegado, pero no tuvo ocasión de citarle en una audiencia. Estuvo apenas unas horas en la capital, las suficientes para saber de primera mano la zona afectada, los daños causado y las bajas, civiles y militares, sufridas. La correría era más amplia de lo que imaginó, pero no llegaba a la categoría de invasión. Los *Bructeri* eran un tribu más grande que los supuestos invasores del año anterior, los *Tencterii* y los *Chattuarii*, máxime porque debían haberse unido los *Bructeri Superiores*, que eran el grueso de la tribu, y los *Bructeri Inferiores*, que tan bien librados habían salido el año pasado de su correría de pillaje. Daba la impresión de que habían invitado a sus colegas de más al Norte a participar en la razia de este año.

Constantino había llegado a la convicción de que tenía que vérselas con adultos con mentalidad de niños. Tenía la impresión de que las decisiones en aquellas tribus de la *Germania* profunda las tomaban jovenzuelos imberbes, totalmente ajenos a las consecuencias de sus actos. Llevaban cientos de años lindando con Roma. Llevaban cientos de años organizando partidas de caza y expoliando las tierras del vecino, de Roma. Y Roma llevaba el mismo tiempo respondiendo con la política de tierra quemada. Correrías en que se les causaba mucho más daño que valor tenía el fruto de sus rapiñas por territorio romano. En todo ese tiempo ni una

sola vez los romanos habían tomado la iniciativa y golpeado primero. Nunca.

Roma quería la paz, la convivencia con sus vecinos de más allá de las fronteras. Sin embargo, era inútil. A cada nueva expedición de represalia, respondían, al año siguiente, con una nueva incursión depredadora. Era como luchar con un pueblo de locos, de personas que no usan la lógica humana, que piensan y actúan como los leones del África o las serpientes de Siria y la India, de manera irracional, por puro instinto. Por eso Constantino tenía dudas de que se pudiera hacer algo con las gentes bárbaras, como Lactancio aconsejaba. Claro que Gundemaro y su hijo, Eroc, eran bárbaros y eran diferentes. Razonaban como los romanos. Pero eran tan pocos …

Para cuando Constantino regresó de *Britania* y llegó a la frontera germana con su Legión de refuerzo, se había echado encima el mes de Octubre y el mal tiempo reinante desaconsejaba iniciar operaciones de castigo contra los *Bructeri*.

Estas tribus no eran exactamente vecinas de Roma, sino que vivían más al Norte que los *Tencteri* y los *Chattuarii*, los vecinos inmediatos. Su territorio se extendía hasta las 80 millas más allá de la frontera (120 km.). Constantino consideró la situación. El ataque llevado a cabo por los *Bructerii* había sido muy al Norte.

Constantino decidió modificar la táctica para hacer frente a los ataques recibidos de *Germania*. Su respuesta no iba a ir en la línea que sus enemigos esperaban. Tomaría la iniciativa.

El año anterior había construido un puente de balsas en *Colonia Agrippina* y un fuerte de madera al otro lado del puente, que había llamado *Divitia* (Fertilidad). El fuerte lo reconstruiría en piedra, y de mayor tamaño. Y asimismo, el puente sería fijo, de piedra. Ambos serían la base de operaciones desde la que, si los bárbaros seguían molestando a los romanos, se iniciaría una ampliación del territorio romano. Cualquier tribu que realizara incursiones de saqueo sobre territorio romano debía ser neutralizada. Las obras empezarían la primavera siguiente. Constantino ya sabía que su programa de construcción del puente requeriría varios años antes de verlo terminado. Pero se imponía pensar en una solución definitiva.

Capítulo 75

Preparando la cumbre.

Año 307

A la vuelta de su fracasada expedición contra Majencio, Galerio se sintió descorazonado. De hecho, fue más que descorazonamiento. Llegó a enfermar. Sus médicos se preocuparon, porque no daban con el origen de la enfermedad que le postraba en la cama y le producía fiebre alta. Afortunadamente, la calentura pasó en un par de semanas y el Augusto Galerio recuperó sus facultades habituales.

Vuelto a la normalidad, Galerio decidió que en las actuales circunstancias no debía confiar sus preocupaciones a las frías líneas de una misiva. Iría en persona a visitar a Diocleciano para contarle con detalle el fracaso sufrido ante Maximiano. Quería que Diocleciano supiera por su boca el vergonzoso papel jugado por el que había sido su Augusto y hombre de confianza. Se llevaría a su esposa, Valeria, porque eso sabía que alegraría enormemente a su suegro.

Cierto que no era época para viajar; el invierno había empezado antes de tiempo. Pero, yendo en el carruaje imperial y apoyados por la caballería palatina, todo se podía lograr. Nunca el Imperio había pasado por esta situación. Había habido usurpadores, muchos, pero todos habían sido militares de segunda fila, o incluso comerciantes ricos con ansia de poder. Pero jamás se había izado contra Roma alguien que ya tenía experiencia de haber llevado la púrpura.

Galerio no sabía que Maximiano ya había escrito a su antiguo superior, Diocleciano, en busca de apoyo para su impresentable plan. Lo hizo en cuanto Galerio emprendió la retirada. La misiva de Maximiano decía así:

"De Marcus Aurelius Valerius Maximianus, Augusto, a Caius Aurelius Dioclecianus, Augusto. Salud.

Se han dado, en Italia, sucesos no todos favorables. Creo conveniente, si a ti también te lo parece, tener una reunión. Galerio debería asistir. A ver si entre todos recomponemos el Imperio.

Cuídate."

Diocleciano había sabido del viaje de ida de su yerno Galerio hacia Italia porque el mismo Galerio fue a visitarle, al pasar la expedición por *Spalato* (Split). Fue grata la visita, porque se vieron. No lo fue tanto por el motivo del viaje. Diocleciano estuvo de acuerdo con el plan de su yerno.

Había que desalojar a Majencio del puesto al que se había alzado sin ninguna justificación, máxime después de haber asesinado a la autoridad legal, Severo.

A la vuelta, en cambio, Galerio no entró en *Spalato*. No obstante, Diocleciano se enteró, como todo el personal de Palacio, del revés de Galerio ante las murallas de Roma. Fue la gran noticia que circuló de boca en boca durante semanas. Diocleciano comprendió la reticencia de su yerno a reconocer su fracaso ante él. Galerio también tenía su orgullo y eso, para un Augusto, era imprescindible. Supo de la enfermedad de Galerio a su vuelta de la fracasada expedición, porque las noticias sobre el Augusto parecían volar sobre las llanuras y las montañas del Imperio. Deseó que se recuperara y se alegró cuando lo hizo. Era cierto, según decía Maximiano, que se habían producido novedades. Lo que el viejo zorro evitaba decir era quién las había causado.

Diocleciano estaba dispuesto a aceptar que Maximiano no había estado en la sublevación de su hijo desde los orígenes. Quizás lo estuviera, o quizás no. Y también estaba dispuesto a aceptar que el hijo pidiera ayuda al padre y que éste se viera obligado a prestársela. Y a ayudarle a vencer a Severo. Y que lo lograra. Él lo había elegido como su César por sus habilidades en el campo de batalla. En el terreno militar Maxiamiano sabía improvisar. Y tenía astucia para hacerlo. Pero esa astucia la había aplicado esta vez contra Severo. Hasta ahí Diocleciano estaba dispuesto a comprender, aunque no a aprobar, los motivos que había tenido Maximiano para actuar como lo hizo.

Pero, una vez apresado Severo, la postura de Maximiano, sabiendo que Severo era la autoridad establecida por él, por Diocleciano, debía haber sido mantenerlo vivo, nunca terminar con él. El camino que había seguido su vecino, Constantino, izado a la púrpura tras la muerte de su padre y confirmado por Galerio, se había cerrado para siempre con la ejecución de Severo. Nadie podría jamás dar la conformidad de la púrpura al asesino de Severo. Maximiano, al ejecutar a Severo, se había colocado más allá de todo entendimiento, de toda negociación. Y eso tenía que decírselo precisamente el que había sido su superior, él mismo.

Había que reunirse con Maximiano. Y Galerio debía estar presente, desde luego. Para acordar lugar y fecha, Diocleciano escribió a su yerno.

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, en Spalato, a Cayo Galerio Valerio Maximiano. Augusto de Oriente. Salud.

Maximiano me ha escrito, pidiendo reunirnos las tres partes, él, tú y yo. Me parece oportuno. Espero que estés de acuerdo. Buscando un punto intermedio, me he fijado en Carnuntum, en Panonia. Yo subiría desde Spalato. Él vendría de Mediolanum. Tú, que eres el más joven, tendrás que viajar bastante más. Por ello, y por tus obligaciones, si tú aceptas, decide la fecha. Cuídate.

Cuando se disponía a escribir a su suegro, Galerio recibió dicha carta a finales de Septiembre. Calculó que le costaría cerca del mes llegarse a *Carnuntum*, en la frontera de *Panonia*. Para no arriesgarse a llegar tarde, propuso el diez de Noviembre como fecha para celebrar la cita. De inmediato, respondió:

Cayo Galerio Valerio Maximiano, Augusto de Oriente, a Marco Aurelio Valerio Diocleciano, en Spalato. Salud.

Había pensado escribiros, pidiéndoos esa reunión. Totalmente de acuerdo. Antes deseo hablaros privadamente. Puedo estar en Carnuntum el diez de Noviembre. Cuidaos.

Cuando Maximiano recibió la respuesta a su propuesta de reunión a tres partes, y vio que ésta era aceptada, se llenó a satisfacción y alegría. Sus gestiones parecían ir por buen camino. Daba la impresión de que Diocleciano se hacía cargo de lo peligroso de la situación y se decidía a intervenir. El hecho de que el punto de cita fuera el Norte de *Panonia*, y no su residencia de *Spalato*, le parecía otro indicio de concordia. *Carnuntum* había sido residencia imperial ocasional, desde los tiempos de Trajano, cuando éste conquistó la *Dacia*. De ahí que Dioclecinao la eligiera para la reunión. Maximiano se apresuró a dar su conformidad. Él llegaría tres o cuatro días antes, para tener ocasión de hablar con Diocleciano y preparar el terreno. Maximiano se frotó las manos. Nada como un pequeño toque de diplomacia para resolver los asuntos arduos, se dijo entre dientes.

Si hubiera conocido la forma de pensar de Diocleciano, su entusiasmo hubiera descendido varios puntos. Éste echaba pestes por la boca cada vez que pensaba en su antiguo compañero de armas y Augusto.

"La culpa es mía, pensaba Diocleciano. Tengo lo que busqué. Yo necesitaba un buen comandante que supiera poner orden en un Imperio

sometido a ataques por todas partes. Y elegí al mejor. Pero sólo atendí a las necesidades militares. Yo ya sabía que Maximiano no tenía cualidades para la vida civil. No era diplomático, no sabía escuchar a otro que a mí, que había sido su legado. Era rudo, incluso brutal, incapaz de sutileza alguna. De los que eligen una línea de ataque e insisten, e insisten, hasta que perece el enemigo o perecen ellos. No se daba cuenta de en qué ocasiones estaba equivocado, fatalmente equivocado. Y era incapaz de comprender las tremendas equivocaciones a que le lleva la escasa fertilidad de su mente y su empecinamiento.

Como sólo me escucha a mí, tendré que explicarle el abismo en que se han metido su hijo y él mismo. Cuando oiga que la única salida es que su hijo deponga su actitud y que deberá pagar con la vida su crimen de traición, perderé todo ascendiente sobre él y cortará su relación conmigo para siempre.

El caso es que tampoco puedo hacerle a Galerio responsable de atajar el mal que ha sacudido a Italia. Él tiene que defender el Imperio de los *Partos*, nuestro enemigo mejor organizado y más peligroso. Habrá que nombrar un sustituto para Severo y que sea él quien se encargue de recuperar el control sobre la Prefectura rebelde. Pero esta vez nombraremos a un buen militar y a un diplomático capaz, no a un cabeza dura como Maximiano, que sólo sabe dirigir su Prefectura si alguien le dice todo lo que tiene que hacer y no piensa con esa cabeza llena de serrín.”

Capítulo 76
El Evangelio de Marcos.

Año 307

Eusebio recordaba como una pesadilla la segunda conversación que tuvo con Lactancio. Habían pasado solo dos días en la ciudad, adaptándose a la nueva vida allí, poniendo en orden la casa, acomodando a Lidia y las niñas y organizando sus libros y útiles de escritura. Nada más llegar él al Pretorio, Lactancio comenzó a explicarle cómo había estudiado con todo detenimiento las religiones de los diferentes pueblos y había llegado a la conclusión de que no existían muchos dioses, como las diversas religiones defendían. La creencia en muchos dioses era, a su juicio, por la cortedad del ser humano. Se fijaron los antiguos en un aspecto de la Naturaleza, como el parto de las mujeres, y ese aspecto se lo adjudicaron a un dios. Se fijaron en otro aspecto no menos importante, como las cosechas, y surgía el dios de las cosechas. Y así hasta que no se les ocurría ninguna faceta importante de la vida. Y surgió la adoración a muchos dioses, motivo por el que el Dios verdadero estaba enojado con los humanos y se disponía a castigarlos. Si no ponían remedio pronto, el fin del mundo estaba cercano.

De vez en cuando Lactancio se detenía y le preguntaba, con un gesto mudo, qué le parecía su explicación. Eusebio fruncía el ceño y asentía invariablemente con un gesto de aprobación en el rostro. Y Lactancio proseguía. Cuando Lactancio, siguiendo una exposición similar a la que había hecho a Constantino, le hubo referido el plan general, le dijo cómo él había adelantado ya casi un centenar de obras de autores cristianos primitivos. ¡Y había tenido que escribir todas esas obras sin tener aún escrita la vida del Hijo de Dios! Había sido una tarea difícil, pero lo había conseguido. Por eso era urgente terminar los relatos sobre la vida del fundador del Cristianismo. Eusebio debía terminar cuanto antes el relato de la vida del Hijo de Dios hecha por un tal Marcos, un discípulo de escasas luces, y ese relato serviría de modelo a los dos que compondría Lactancio.

Cuando al atardecer Eusebio se quedó solo, su mente era un hervidero. Debía adaptarse a la inmensa falsificación en la que se veía involucrado y, por otra parte, intentar compensar tanto desatino. Lactancio y el propio Constantino eran dos ignorantes, ambos. Pero, en su ignorancia, no captaban el daño que podían causar al Imperio y a los seres humanos presentes y futuros. Le parecía obligado minar el plan forjado por el fanático Lactancio. Podía suponer un retroceso desastroso para todo el Imperio. Equivalía a sustituir el camino de la Evolución enseñado por multitud de Maestros por unas consejos ramplones que satisfacían sólo a ignorantes como Lactancio.

Al leerlos, se había dado cuenta de que los escritos de Lactancio tenían un fallo, la estructura común de todos ellos. Pero también sabía que ese fallo tenía una fácil corrección: Bastaba que, detectado el fallo, se entregaran las obras de Lactancio a un retórico capaz, y éste modificaría lo necesario, apenas unas pocas palabras en cada escrito, para que cada supuesto autor tuviera su manera propia de estructurar esos mismos escritos. Ese fallo se podía solucionar. Así que decidió colocar en los escritos que él escribiera las pruebas de que todas sus obras habían sido realizadas por el mismo autor. Todas sus obras sobre el Cristianismo las escribiría como si hubieran sido redactadas en dos etapas. A él le parecía un mal menor que alguien inventara un sabio inexistente, un Maestro de Sabiduría ficticio. En comparación con lo que se estaba tramando, esa ficción era algo inofensivo.

Así, la primera etapa de redacción de sus dos textos sobre la vida del Hijo de Dios relataría la vida de éste como si fuera un Maestro sabio. Sin milagros, sin divinidades, sin apariciones en sueños, sin ninguno de los adornos que Lactancio se había inventado, copiándolos de todos los "textos sagrados" que había encontrado. Acto seguido, sin mostrar el texto original a nadie, lo añadiría, lo interpolaría con ideas similares a las de Lactancio. Lo añadido debía ser mucho más extenso que el original, de modo que el total de la obra reflejara mayoritariamente las ideas de Lactancio.

Eusebio decidió componer Marcos con capítulos cortos, que hicieran agradable la lectura. Sabía que si uno se proponía enseñar, no debía alargarse. Se lograba más en dos clases de media hora, y un descanso entre ambas, que en una larga exposición de hora y media. Puesto que Lactancio escribía sus obras mediante capítulos largos, él lo haría con capítulos cortos. Colocaría unos cuantos Sumatoriales en cada Capítulo. Y tal vez algún Ianual. Pero no se esforzaría mucho. El autor iba a pasar por ser una persona de poca cultura, no tan sofisticada como Lactancio.

Empezó con el que iba a ser el primer Capítulo de Marcos Original, un capítulo corto. Colocó en él 10 Sumatoriales. El primer Capítulo de Marcos Original tenía siete frases y constaba de 145 palabras. Presentaba al personaje, y éste iniciaba su predicación, ganándose el respeto de sus oyentes.

Marcos Original. Capítulo 1.

Vino Juan, el-Bautista [1]***, en el desierto, predicando un bautismo de-penitencia, para perdón de-los-pecados.***

Y venían a él, toda la-región de Judea, y de Jerusalén, todos, y los bautizaba, en el río Jordán, habiendo confesado sus pecados.

Y sucedió, en los días aquellos, vino Jesús, de Nazaret de Galilea, y bautizose, en el Jordán, con Juan.

Después de la prisión de Juan, vino Jesús a la Galilea, predicando el Evangelio del Reino de Dios, enseñando: Se cumplió el tiempo, se acerca el Reino de Dios, arrepentíos, y creed en el Evangelio.

Y entran en Cafarnaúm, y frecuentemente, en sábado, enseñaba en la sinagoga, y se asombraban de su enseñanza, ya que la decía como con autoridad, y no como los escribas.

Pronto se extendió su fama, por toda la comarca de Galilea.

Y, temprano, apenas amanecido, levantándose, salía, y marchaba a lugar desierto, y, allí, rezaba. [2]

Luego redactó el texto con el que interpolaría ese Original. Iba tomando fragmentos del Original y les añadía ideas de Lactancio. La interpolación le requirió 400 palabras. Así, el Total daba la impresión de estar todo él compuesto con el estilo milagrero de Lactancio. En total, este primer Capítulo de Marcos tenía 545 palabras.

[1] El griego, como el latín, se declina. Eso quiere decir que, por ejemplo, "***el-Bautista***", se dice con una sola palabra. Al traducirlo, hemos tenido que unir las dos palabras de nuestro idioma con un guión ("***el-Bautista***") para que "formen" una sola palabra. El número de palabras es clave para la estructura.

[2] En el "Anexo 6. Marcos", se ofrece el texto en griego del Original, la traducción que conserva la estructura, la Interpolación y el texto Total del primer Capítulo de Marcos.

Siguió Eusebio redactando nuevos Capítulos de Marcos. Eusebio estaba componiendo el primer relato que se escribía sobre la vida del Hijo de Dios según las normas establecidas por Lactancio. Corría el año 307 de nuestra era. Como todos los escritores que habían existido antes que él, Eusebio se obligó a pasar por ciertos números especiales, si se sumaban todas las palabras del escrito. Números que se han llamado Sumatoriales. [1]

En todos los Capítulos, de todos los escritos, de todos los Autores, se pasaría, una y otra vez, por esos números especiales. Así, el lector tenía la seguridad de que no faltaba ni sobraba una sola palabra del texto definido por el Autor. Y el Autor tenía la seguridad de que su obra se reproducía con exactitud.

El inicio de cada Capítulo indicaba que había que empezar a contar de cero, para captar la estructura que tenía dicho Capítulo. Por eso, los

Capítulos solían ser cortos. Y estaban perfectamente definidos por separaciones. [2]

Eusebio se sorprendió cuando una mañana llegó a la posada donde vivía un mensajero de Siria. Traía un mensaje en un papiro. Al desenrollarlo pudo leer:

"De Eladio , en Cesarea de Siria, a Eusebio, mi querido Maestro.

Con Cuarto, mi nuevo maestro, aprendo muy rápido. Os saluda.

He recibido, como me dijisteis antes de marcharos, carta de Arrio. Se ofrece a hospedarme, gratis, cuando vaya a Alejandría, para estudiar. Conoceré a sus amigos, y tendré un estudio para trabajar, con libros, de los de su misma biblioteca. Él me ayudará, siempre que pueda, en mis dificultades cotidianas. Su saber lo pone a mi disposición. Tenéis unos amigos muy generosos. Habré de corresponder según mis posibilidades.

Deseo que acabe el verano y poder partir, dejando aquí todo arreglado, para Alejandría. Aún recuerdo, con nostalgia y emoción, el viaje con vos, las explicaciones que nos daban los Maestros en las aulas de Filosofía, y lo mucho que aprendí asistiendo a ellas diariamente.

Maestro, teníais razón. Un par de muchachas procuran atraerme y lograr mi amistad. Es clarísimo, si te han prevenido de ello. Pero de no haber estado prevenido, hubiera picado el anzuelo. Como ya me dijisteis, debo pensar en el padre de la novia; no éstas, el de la que conoceré cuando haya obtenido mi título. Estudiaré fuerte, y aprovecharé el tiempo. Cuidaos mucho, Maestro."

A Eusebio se le ensanchó el corazón. Al fin tenía noticias de su sobrino Eladio. Supo que el mensajero descansaría ese día en *Augusta Treverorum* y emprendería el regreso al día siguiente. Esa noche redactó su respuesta.

"Eusebio, desde Augusta Treverorum, a Eladio, mi más querido hijo.

Me alegraron, ya imaginas cuánto, todas las noticias que me das. Felicítale, cuando estés en Alejandría a Arrio, porque a primeros de Octubre cumple años. Dile, aunque seguramente él ya lo sabrá sin yo decírselo, que lo echo en falta.

[1] La costumbre de escribir con estructura se practicó de forma general en la Antigüedad, y antes de inventarse la imprenta. Con la imprenta no se dejó de practicar tal costumbre, que duró hasta tiempos de Víctor Hugo (1.802-1.885).

[2] Decenios más tarde, las autoridades eclesiales decidieron añadir y quitar palabras de muchas frases y alterar los Capítulos, fundiendo varios en uno solo. Con ello, las estructuras de Eusebio y Lactancio quedaron borradas. Además, en Occidente se tradujo el texto al latín - la Vulgata - y se prohibió el uso de los textos griegos.

Aprovecha bien el tiempo. No todos los jóvenes tienen la oportunidad que tú estás teniendo. Sé que lo harás.

Me alegra que hayas aplicado las lecciones aprendidas. Ya ves que son útiles y para aplicar en la vida de uno. Persevera. De nada vale que las apliques un tiempo si luego fallas y caes. Acuérdate de ese personaje tan importante que es el padre de ella, y no fallarás.

Aquí la vida sigue con normalidad tanto para las niñas como para Lidia y para mí. Aprovecho el mismo mensajero para mandarte todo mi afecto."

Capítulo 77
La cumbre de *Carnuntum*.

Año 307

En *Carnuntum* (Halnburg) todo eran preparativos para la reunión que ya se sabía iba a celebrarse en la ciudad. Casi desde su fundación, unos ciento sesenta años atrás, la ciudad no había conocido mayor movimiento. Habían llegado tropas que habían ocupado el Pretorio y se habían hospedado en casas particulares. El Palacio imperial se preparaba para recibir al gran Diocleciano, que jamás había estado en la ciudad.

El primero en llegar fue Maximiano, que llegó un día antes que su anfitrión, Diocleciano. Eso les dio ocasión de tener una conversación privada. Era lo que estaba buscando Maximiano. A pesar de las protestas y justificaciones que tenía preparadas, en línea con la exposición hecha en *Augusta Treverorum*, Diocleciano no le dejó continuar.

- "No tienes ningún tipo de justificación, Maximiano. Mírese por donde se mire, tu actuación es indefendible. Si a tu hijo lo aclaman como Augusto los Pretorianos, la salida puede no ser otra que aceptar el nombramiento. Todos sabemos que del amor al odio no hay sino un paso. Tu hijo podía ver peligrar su vida si no aceptaba. Pero, pasado el primer arrebato, y más contando con tu consejo, debiera haber sometido su aclamación a Galerio, como hizo el hijo de Constancio. Él tenía a su padre muerto. Tu hijo te tenía vivo, a su lado. ¿Cómo no fuisteis capaces de ver entre los dos lo que vio Constantino por sí mismo? Respóndeme a esta pregunta."

Maximiano se quedó callado. Todos sus argumentos quedaban en nada cuando había que exponérselos a su antiguo jefe. Maximiano tuvo que reconocer que, a pesar del paso de los años, Diocleciano tenía aún la cabeza sobre los hombros. Con ánimo más conciliatorio, preguntó:

- "¿Y qué salida existe ahora?"

- "En esta reunión se va a nombrar a alguien que ocupe el puesto de Severo. Desconozco quién va a ser. Eso es cosa de Galerio, a quien le he pedido que piense en dos o tres candidatos. Tu hijo tendrá que someterse al nuevo Augusto que se nombre. No hay otro camino legal."

- "Él no va a aceptarlo, Diocles. Tú tampoco lo aceptarías."

- "Yo nunca hubiera cometido las barbaridades que ha cometido tu hijo. Y yo tengo mi sentido del honor. No te atrevas a decirme lo que yo haría y lo que no."

- "Pero su vida quedaría a merced de un desconocido …"

- "Maximiano, cuando uno aspira a lo más alto, tenga o no tenga méritos para ello, ha de ser consciente de que en esa apuesta va incluida la vida. Basta un resbalón para perderte. Tu hijo no resbaló cuando aceptó la aclamación de la Guardia Pretoriana. Resbaló cuando le quitó la vida a Severo.

Y no vamos a seguir hablando de este tema. Te he dicho mi criterio y nada me lo va a cambiar. Ahora sólo queda esperar a Galerio, ver quién sustituye a Severo, nombrarlo y que tú negocies con Galerio la salida que

recomendarás a tu hijo. Pero en esa última conversación yo no estaré. Eso será algo que quien lleva el gobierno decidirá sin mí. Yo ahora estoy dedicado a otras cosas."

Maximiano realizó la última tentativa.

- "¿Por qué no volvemos al poder y decidimos esto entre los dos, como antes?"

- "Mi querido Maximiano … si vieras qué acelgas y qué escarolas estoy cosechando en mi huerta de *Spalato*, no me propondrías volver a la vida de antaño.

La que ahora llevo es la vida más placentera que se puede llevar, a nuestra edad y a cualquier edad. Nadie me reclama nada, hago mi voluntad todas las horas del día, todos los días del año. Si me apetece pasear, paseo. Si prefiero leer, leo. Si me llama la atención bajar a la huerta, la tengo entera a mi disposición. ¿Y me tientas con la vida de antaño? No sabes lo qué dices.

Vamos a dar un paseo por la ciudad, que se ha engalanado para recibirnos."

Y ambos salieron de Palacio y caminaron, rodeados de la guardia, por la calle principal de *Carnuntum*. Maximiano iba pensativo, mirando al suelo.

Al día siguiente llegó la comitiva de Galerio y Valeria. La hija abrazó al padre y luego se reunió con su madre, Prisca. Galerio lo hizo con su suegro, contrariado de que Maximiano se le hubiera adelantado. Diocleciano le tranquilizó.

- "No te disgustes. Ha intentado hacerme llegar su perspectiva, pero no le he dejado. Ya le he dicho que matando a Severo su hijo ha pasado su particular Rubicón y que no hay vuelta atrás. No le queda más salida que someterse al criterio del sucesor de Severo, que tú traes en la mano. Supongo que te llegaría mi mensaje."

- "Así es, Augusto. Y os agradezco que abandonéis vuestro retiro para apoyarme en este delicado momento."

- "Es por ti y es por Roma, hijo. ¿En quiénes has pensado para ocupar el lugar de Severo?"

- "Traigo tres nombres, pero tengo claramente un favorito."

- "Háblame de él directamente."

- "Se trata de un compañero de mi época, llamado Licinio. Tiene una buena edad, treinta y ocho años, y respondo de él. Es muy buen militar y muy hábil en el trato con las personas. Ha tenido varios destinos en los que ha hecho valer sus buenas cualidades, a juicio de las autoridades civiles. Creo que es el candidato ideal."

- "No se hable más. Tendrás que prepararle como tú lo fuiste en su día. Teniendo en cuenta su edad y que suple a un Augusto caído en el cumplimiento de su deber, accederá al rango de Augusto directamente. Ha de pensar que éste es su segundo mandato, no el primero. Y que cuando llegue el momento en que hubiera sido relevado Severo, Licinio deberá dejar el puesto. Debe aceptar estas condiciones.

Además, y dadas las circunstancias en que accede a la púrpura, parece conveniente que resida contigo en la parte occidental de tus dominios. Con ello se le facilita la recuperación de los territorios que le son propios."

- "Sí, ya había pensado que deberá trabajar en estrecho contacto conmigo. Y que debo ayudarle a recuperar su Prefectura en la medida de lo posible. Precisamente por eso había pensado en la posibilidad de facilitarle un lugar de residencia en la *Dacia*, cercana a la parte oriental de la Prefectura de Italia. Tal vez *Sirmium* podría ser su lugar de residencia de momento.

Tendrá que bregar con un problema serio, pues ni siquiera mi Prefectura actual tiene la extensión que tiene la Prefectura que antes fue de Maximiano, que abarca toda el África, desde la *Mauritania Caesariensis* hasta la *Tripolitania*, más la *Retia*, el *Nórico*, la *Iliria* y toda Italia."

- "Tienes razón, hijo, pero así son las cosas. Tu candidato debe ser un hombre valeroso para querer asumir un papel tan incierto. Queda a tu cargo hacer la comunicación a cada Prefectura."

Había quedado un tema en el aire y a Galerio no le gustaba que las cosas quedaran sin definir. Por eso preguntó.

- "Augusto, cuando Licinio cumpla su mandato será Constantino quien le suceda como Augusto de Occidente. Seguro que ya habéis pensado en ello."

- "Sí, hijo, he pensado en ello. Y tengo algo que decirte: Uno, ni aun siendo Augusto, puede oponerse a los designios de los dioses. Ellos están por encima de nosotros. Y hay que aceptar lo que disponen, aunque no lo entendamos."

Un silencio cayó sobre ellos. Un silencio pesado, demoledor. Lo rompió el de más edad, con voz animosa.

- "Y ahora hablaremos, con Maximiano delante, sobre la salida legal que hay para su hijo."

Esa tarde la reunión fue de los tres hombres. Maximiano, que no había podido resolver el problema a solas con Diocleciano, nada esperaba de la reunión final.

Diocleciano estuvo presente, pero no intervino. Galerio estuvo frío, aunque no hiriente. Su postura fue que Majencio tendría que someterse sin condiciones. Había ajusticiado a un representante del gobierno de la Tetrarquía y debía responder por ello. El Derecho romano era aquí de aplicación. No cabían excepciones moviéndonos en la cúpula del Imperio. No se nombró la expresión, pero la pena de muerte por traición sobrevolaba la sala. Maximiano no imploró clemencia. No lo haría al que había derrotado sin necesidad de plantear batalla.

La despedida entre Maximiano y Diocleciano fue fría. Ambos sabían que era su último encuentro. Y éste se cerraba en vacío. Maximiano partió con su escolta hacia *Savaria* y *Aquileia*, con lo que se encontraría ya en Italia.

Diocleciano, su esposa Prisca, Galerio y Valeria se quedaron un par de días más en *Carnuntum*, disfrutando de la tranquilidad de la villa, de las aguas del *Ister Flumen* (río Danubio), que corría al Norte de la ciudad, y de la vida de familia. Por un tiempo, si bien fue muy corto, los problemas desaparecieron y la vida fue agradable y simple.

Galerio partió primero, reclamado por sus obligaciones. Valeria volvió con él. Diocleciano hizo de anfitrión hasta el último momento. A fin de cuentas, estaba casi en casa.

Con su esposa sumida en la melancolía, el que fuera Augusto Diocleciano partió finalmente hacia su retiro en *Spalato*. A Prisca no le llamaban la atención las lechugas, ni los tomates de la huerta. Seguía añorando a su hija.

Capítulo 78

Un relato paralelo.

Años 307 y 308

Pasados dos meses desde la cumbre celebrada en *Carnuntum*, un decreto imperial emitido por Galerio, con la firma de Diocleciano, llegó a poder de Constantino. Le llegó también el retrato del nuevo Augusto, Valerio Licinio Liciniano, vestido de púrpura. Y una larga carta de Galerio en la que le comunicaba las decisiones tomadas en *Carnuntum*. Al día siguiente, cuando volvió a leer la comunicación de Galerio, se dio cuenta de algo en lo que no había reparado el día anterior.

"*Todos - y con vos contamos - debemos apoyar al Augusto Licinio para restablecer la legalidad de la Tetrarquía y desalojar al usurpador Majencio de un trono que no le pertenece con todos los medios que se nos presenten, en el presente y en el futuro.*"

Constantino sabía que un decreto de la importancia de aquél no se escribía a la ligera. Se repasaba una y mil veces, se retocaba, se pulía. ¿Qué había querido decir Galerio al dejar escrito que "*todos debemos ... desalojar* al *usurpador Majencio con todos los medios que se nos presenten, en el presente y en el futuro"?*¿Era una invitación a entrar en guerra con Majencio y derrotarlo, ocupando su territorio? Pero eso no podía hacerse viviendo Licinio, que era el responsable de tal misión.

¿Y si Licinio, en alguno de sus enfrentamientos con Maximiano y Majencio, perdía la vida? ¿Entonces sería de aplicación la cláusula que le parecía entrever en el decreto? ¿Y si el que perdía la vida era Galerio? Le había llegado la noticia de que había caído enfermo al regreso de su fracasada expedición contra Majencio. ¿Podría sucederle lo que a su padre, una enfermedad letal que apareciera por sorpresa? ¿Era eso lo que Galerio podía temer?

Todo eran preguntas sin respuesta. Constantino decidió hacer caso a su padre. "*Desprecia los futuribles y ocúpate del presente*", le había repetido muchas veces. Y eso fue lo que hizo. No obstante, cuando algunas noches le costaba conciliar el sueño, le agradaba dejar volar la imaginación suponiendo que, o bien Licinio, o bien Galerio, fallecían y los acontecimientos le dejaban al puerta abierta para realizar sus planes. Eso le atraía el sueño.

A la vuelta de la frontera, Constantino se había entrevistado con Eusebio, a solas. Quiso darle la bienvenida y anudar de nuevo con él la amistad y la confianza que siempre habían tenido mientras residía él en *Nicomedia*. Ahora, a diferencia del pasado, el trato era directo, sin la supervisión ni la obediencia debida a Diocleciano. Pero el hecho de haber aparecido en escena Lactancio suponía un cambio. Ya nada era igual. Aunque Lactancio no estuviera presente, Constantino percibió que algo del pasado se había perdido. La relación diáfana de los tiempos de *Cesarea Marítima* no se recuperó.

Eusebio se dio cuenta de que Constantino había cambiado. Ya no era el joven despreocupado, hambriento de saber, que hablaba con libertad interior. Cuando hablaba con él era un Constantino mediatizado por las ideas de Lactancio. En cierto modo era con Lactancio con quien hablaba, era el mundo de Lactancio el que Constantino le pedía que reprodujera para él. Y a Eusebio eso le costaba. Le costaba mucho. Por eso su franqueza se resentía. Procuraba disimular su contrariedad, y estaba convencido de que no lo hacía mal, pero algo había cambiado.

"Así tendrían que ser las cosas", pensó Eusebio más de una vez. Pero le apenó el cambio.

Constantino quedó muy satisfecho al comprobar que sus dos colaboradores habían empezado a trabajar en el proyecto común, antes incluso de llegar él a *Augusta Treverorum*. Y de que ambos congeniaran perfectamente. No esperaba menos. Ambos trabajaban para él. En otra

entrevista con ambos les animó a seguir esa colaboración. Y luego se desentendió del tema durante todo el invierno.

Ese invierno, el del año 307, lo pasó atendiendo a su madre, Elena, que había llegado durante el verano desde *Naissus*, en la *Dardania*. Y ocupándose de la Basílica y los nuevos Baños, a construir. También se dedicó a mejorar la residencia de su padre, donde vivía con su familia. No es que no fuera cómoda, pero Constantino pretendía que sirviera para realzar su posición a la hora de recibir visitas. Y en ese aspecto, a su juicio, dejaba mucho que desear.

Él conocía varias residencias imperiales. Además de la de *Nicomedia*, las de *Éfeso*, *Antioquia* y Alejandría. Las conoció cuando viajó a Egipto acompañando a Diocleciano para sofocar una rebelión. Y todas ellas aventajaban a la de *Augusta Treverorum*. Su padre no había cuidado nada el aspecto de la representación, de la monumentalidad. Aspecto que para Constantino era muy importante. Ya estaba haciendo algo para remediarlo, pero debería hacer más.

Sin que el hecho llegara a oídos de Constantino, pero entre Eusebio y Lactancio habían surgido las primeras diferencias. La tardanza, según Lactancio, de Eusebio al redactar el primer relato sobre la vida del Hijo de Dios le impedía a él comenzar el suyo. Lactancio estaba impaciente por empezar a redactar, él también, su Evangelio. Tenía todo el material preparado. El "autor" judío que lo iba a componer ya tenía nombre: Se llamaría Mateo.

A Lactancio ya se le había ocurrido una forma concreta de llamar al relato de la vida del Hijo de Dios. A Lactancio le encantaba inventarse palabras nuevas. Usaba para ello los varios idiomas que conocía. Había unido la palabra "mensaje" en griego, que se dice "*agelio*", con el prefijo "bueno", que en griego es "*eu*", y así acuñó el vocablo "Evangelio", buen mensaje, o buena nueva. Eusebio había decidido que su autor, el poco culto, se llamara Marcos. De modo que Lactancio empezó a hablar del "Evangelio de Marcos" para referirse a lo que Eusebio estaba componiendo. Y Eusebio le siguió el juego. Estaba surgiendo el "Evangelio de Marcos". Y surgía, por la complejidad de su redacción, lentamente.

Tan pronto como Eusebio inició el Capítulo primero del "Evangelio de Marcos", Lactancio ya se lo estaba pidiendo, para iniciar él el suyo, tomando el de Eusebio como modelo. Eusebio tuvo que reclamar más

tiempo para estar seguro de que el texto estuviera perfectamente encajado. Debía repasar cuidadosamente todo lo escrito, para corregir posible fallos. No quería quedar en evidencia ante el antipático Lactancio.

Pero sobre todo, no podía dejarle a Lactancio un texto pequeño, que él pudiera analizar con minuciosidad y, tal vez, descubrir el secreto que encerraba, la doble redacción. Debía tener terminado un texto más amplio. Y tampoco podía decirle que le costaba tanto porque lo estaba dotando de una doble estructura. Esta situación se prolongó varios meses y originó cierta tensión entre ambos. Pero Eusebio no cedió.

Al cabo de seis meses de redactar el "Evangelio de Marcos", Eusebio entregó a Lactancio una copia con los ocho primeros Capítulos de Marcos. Lactancio comenzó de inmediato a redactar el que él llamaba ya "Evangelio de Mateo".

Cuando, algún tiempo después, Eusebio leyó lo que Lactancio había escrito comprendió por qué Lactancio le pedía su Evangelio. Los pasajes en que Lactancio se había inspirado en el suyo eran no sólo parecidos. Eran idénticos.

Tenían casi las mismas palabras. Todo lo más, se producía alguna ampliación, alguna simplificación o algún cambio en el orden en que lo había escrito Eusebio. Lactancio apenas tenía capacidad creativa. Se limitaba a tomar las palabras del relato de Eusebio y a repetirlas en el suyo. A pesar de todo, Eusebio ensalzó la labor de su colega. Sabía lo que le gustaban las alabanzas y ésas no le costaba nada dárselas a manos llenas. Era, además, una forma de mantener la unión, que Eusebio precisaba, porque no estaba jugando la partida con lealtad. No con lealtad a Constantino, y eso era lo peligroso.

Contrariamente, en cuanto Lactancio terminaba un Capítulo de su "Evangelio de Mateo", ya se lo estaba enseñando a Eusebio, para que éste le diera su opinión. Eusebio analizó el estilo y la estructura dada por Lactancio a su "Evangelio de Mateo". Era la misma que ya conocía y que había dado a sus libros atribuidos a Arnobio, Minucio Félix, Tertuliano, a su propia obra "Las Instituciones divinas" y a un largo etcétera. Eusebio no se sorprendió. Lejos de sacarle de su error, elogió el estilo que sabía dar a sus obras y se reconoció incapaz de igualarlo. Lactancio no cabía en sí de orgullo.

A Eusebio le convenía que Lactancio cometiera error tras error. Su objetivo era doble. Por un lado, agradar a su César y amigo, Constantino.

Por otro, y más importante, dotar a los “textos sagrados” del Cristianismo del mayor número posible de fallos, para que, cuando fuera conveniente, pudiera descubrirse la falsificación que suponían. Y esto sólo tenía que saberlo él, ya que se estaba jugando la vida.

Eusebio terminó la redacción del Evangelio de Marcos a finales del verano del año 308.

Capítulo 79

La ambición de Maximiano.

Años 307 y 308

El Augusto Maximiano volvió de *Carnuntum* a Roma. Su hijo Majencio esperaba con ansia su llegada. La reunión padre e hijo no se hizo esperar.

- "Bien, padre, cuenta. ¿Cómo te fue la reunión con Diocleciano?"

Maximiano no pudo ocultar el resultado negativo de su intento.

- "Hijo, son todos ellos unos mal nacidos. No he podido convencer a Diocleciano. Casi tuve que llegar a arrastrarme a sus pies, estando los dos solos, desde luego. Pero Diocles es más terco que una mula. Debemos olvidarnos de él."

Majencio no ocultó su decepción.

- "Me habías dicho que conseguirías su confirmación a mi elección …"

- "No la necesitamos, hijo. Constantino es ahora tu cuñado y no levantará la mano contra ti. Galerio no fue capaz, ni con el ejército que trajo de *Tracia*, de plantar sitio a Roma. Nunca va a ser Licinio más poderoso que su amo, ya que no tiene un ejército, ni territorio, para reclutarlo. Y Maximino Daya está demasiado lejos y no le incumbe Italia. Por tanto, no necesitamos su aprobación. Podemos vivir sin ella."

No obstante, Majencio siguió disgustado por el fracaso del viaje paterno. En ausencia de su padre, había tratado ya con todo el personal con mando en Palacio sobre qué postura debían mantener todos con el viejo Augusto. Y todos le había jurado lealtad sólo a él, no a su padre. Porque sabía que su padre pronto desaparecería de Roma, deseaba tanto saberse con las espaldas cubiertas por el manto de la legalidad. Pero tuvo que conformarse sin ella.

Maximiano, por su parte, no tardó en comprobar que algo había cambiado en Palacio. Sus antiguos subordinados le hacían el vacío. Nadie le prestaba la más mínima atención, ni siquiera cuando los trataba directamente. Indignado, apremió a uno de los mandos con los que más confianza había tenido en el pasado. Supo por él que su hijo, aprovechando su viaje a *Carnuntum*, les había amenazado con mandarlos a África, a luchar contra los *getulos*, si atendían a sus órdenes.

Maximiano lo comprendió. Tenía la partida perdida. No podría con su hijo. No pudo evitar plantarle cara y recriminarle duramente por lo desagradecido de su postura. Pero el hijo negó todo. Y la conversación se convirtió en una sucesión de gritos, sin acuerdo posible. Maximiano, despechado, se retiró a sus posesiones de *Lucania*, en el extremo Sur de Italia.

Si el padre tenía problemas, el hijo pronto los tuvo. Y el problema vino del Sur, del África. En la Diócesis de África, perteneciente a la Prefectura de Italia - que abarcaba toda la costa africana, salvo la *Mauritania Tingitana*, que pertenecía a *Hispania*, y la *Cirenaica* y Egipto, pertenecientes a la Prefectura de Oriente - gobernaba como Vicario un tal Alejandro. Era un antiguo militar de edad ya avanzada. Eran las tropas del África las que se habían negado a reconocer al Augusto Majencio. Majencio quiso asegurarse la lealtad del Vicario, o gobernador civil, al menos. Y le reclamó que, como rehén, le mandara a su hijo. A lo que Alejandro se negó.

Majencio, indignado, envió un par de sicarios con una orden, asesinar a Alejandro a su llegada al África. Pero fueron descubiertos, y, torturados, confesaron. Las tropas, entonces, aclamaron a Alejandro como su Augusto. La secesión estaba servida.

Majencio pensó en bajar al África, con su Guardia Pretoriana, y someter al rebelde. Pero sospechó que su padre no se quedaría quieto en la Lucania, sino que muy posiblemente aprovecharía su ausencia para intentar hacerse con el poder. Majencio, cautamente, prefirió conservar Roma y perder Cartago, que hacerse con Cartago y perderlo quizás todo. De modo que se encargó de que los arúspices, los adivinos de la época, le aconsejaran no partir contra Alejandro, ya que los presagios no eran favorables. El problema de África quedó congelado.

Entretanto, Maximiano se hastiaba por la falta de acción y la monotonía de la vida en la Lucania. Mediado el verano del año trescientos ocho, decidió ir a visitar a su hija Fausta, a la que había dejado en *Arelate* más de un año atrás. Confiaba que para entonces, su hija viviría en *Augusta Treverorum*, siendo la esposa de Constantino. Planeó el viaje subiendo hasta Roma y, bordeando la costa, pasar por *Massilia* (Marsella) y *Arelate* (Arlés) y llegar finalmente a *Augusta Treverorum*. Ese camino le evitaba cruzar los Alpes y suponía un viaje mucho más cómodo.

Todas sus previsiones se cumplieron puntualmente, salvo que en *Arelate* se encontró con su hija, que seguía residiendo allí. Constantino no había aparecido en todo el tiempo. Fausta no se mostró molesta por la ausencia del que legalmente era su esposo. Se había acostumbrado a la vida fácil que se le ofrecía en *Arelate*, donde todo el mundo la trataba con gran deferencia. Algo parecido a lo que estaba acostumbrada como hija del Augusto Maximiano. Seguía sin entender el silencio de la persona con la que la habían casado, pero no se sinceró con su padre.

Ante su hija Maxiamiano quitó importancia al hecho. Pero en su interior se sintió engañado por Constantino. Y eso le humillaba. Constantino se había aprovechado de su prisa por concluir un acuerdo, y más tarde, una vez él se marchó de las *Galias*, lo había ignorado. Juró vengarse. No dejaría que nadie se burlase de él. Y menos, alguien con edad como para ser su hijo.

Tal vez el vacío en el que había caído tras la negativa de Diocleciano a compartir de nuevo el poder con él, tras el rechazo y la ingratitud de su hijo Majencio, con su vida rutinaria en la Lucania, junto con el desprecio que creía ver en Constantino, todo ello le hizo concebir la idea de desalojar a su yerno del poder y ocuparlo él mismo.

Si Maximiano hubiera sido algo más realista, hubiera comprendido que no había base alguna para tal plan. Constantino era el César, y el hijo del anterior Augusto. Llevaba más de dos años ejerciendo el poder, luchando contra los enemigos del Imperio en la región, tenía prestigio entre sus hombres y éstos le serían leales. Nada de esto jugaba en favor de él, que era un desconocido en las *Galias*. A pesar de todo, cuantas más vueltas daba a su descabellado plan, más fácil le parecía hacerse con los resortes del poder en las *Galias* y desplazar a su yerno.

Maximiano pensaba que la clave de todo radicaba en el Tesoro de la Prefectura, que se guardaba en *Arelate*, donde residía su hija. Él tenía acceso directo a la ciudad; era el suegro del César Constantino. No le sería muy difícil lograr acceso al dinero y, con él en sus manos, sobornar a quien hiciera falta para dominar el Sur de las *Galias*. Lo demás vendría por sus pasos. Con dinero se compran todas las conciencias. Y las que no se dejan comprar, se silencian para siempre.

Estas ideas se forjaron en su mente en la semana que permaneció en Arelate, junto a su hija. Pasado ese tiempo, le anunció que debía subir a la frontera, a ver a Constantino. Fausta nada dijo sobre el que era su

marido. La joven llevaba bien su soledad. Tenía media docena de doncellas que le ayudaban y le hacían compañía. La vida siempre había sido fácil para ella. Y las circunstancias por las que pasaba no eran una excepción. Era su padre el que veía una afrenta en el comportamiento de Constantino.

Pocos días después, en *Augusta Treverorum* Constantino recibió un mensajero, anunciándole la llegada de Maximiano, desde *Arelate*. Esto le hizo ponerse en guardia. Constantino pagaba bien a sus informadores. Había aprendido de Diocleciano la importancia de contar con una buena red de espías. "*La información es poder*", le había dicho más de una vez su padre adoptivo. Y tenía razón. Estar informado de lo que pasaba en el mundo era una manera de poder regirlo con acierto.

Por ejemplo, antes de que llegara Maximiano a la capital, sabía que Fausta había recibido su visita, que había estado con ella una semana, que no habían salido de *Arelate*. Pero Constantino tenía también información de qué pasaba en Italia y de los problemas de Majencio en África. La noticia de que Constantino pagaba bien las informaciones interesantes había hecho que se multiplicaran los oficiales que pasaban informaciones, más o menos confidenciales, de más o menos valor, a la autoridad en *Augusta Treverorum*. Cada informador usaba siempre el mismo mensajero, alguien de su plena confianza; con frecuencia, un miembro de su propia familia.

Así había sabido Constantino las dificultades surgidas entre padre e hijo, allá en Roma. Y sabía también que Majencio se estaba dedicando a reforzar las murallas de Roma. Eso le hacía ser muy bien valorado por todos los romanos, que habían visto cómo sus monumentos envejecían y nadie se ocupaba de remozarlos. Ahora, con Majencio, Roma estaba recuperando su esplendor.

Constantino sabía que había faltado a su palabra con su suegro. Y esperaba un enfrentamiento con él en cuanto Maximiano pusiera un pie en su capital. Por eso quedó muy sorprendido cuando Maximiano lo estrechó calurosamente entre sus brazos nada más verle y, más aún, cuando, en sus primeros días de estancia en *Augusta Treverorum*, para nada sacó el tema de su hija confinada en *Arelate*.

Decidido a poner a prueba a su suegro, Constantino le presentó a su madre, Elena, y al mismo tiempo que Maximiano tuvo ocasión de conocer a Minervina. Por toda reacción, Maximiano le hizo un comentario en voz baja, a solas, sobre la posibilidad, que estaba dejando pasar, de tener una

esposa más joven, su hija. Constantino calló. Un poco más tarde preguntó a Maximiano cómo iban los asuntos por Roma. Y Maximiano ocultó también sus diferencias con Majencio. Habló de la construcción de nuevas murallas como si fuera cosa de ambos.

Todo ello convenció a Constantino de que su suegro tramaba algo. Pero había aprendido que es mejor tener al enemigo cerca que lejos. Por eso le invitó a quedarse en *Augusta Treverorum*, para que le asesorara. Le llevó a ver las obras que estaba promoviendo en la capital, la Basílica y los Baños, que ya estaban con los cimientos terminados. Ellos daban una idea de la magnitud de ambas obras. Lo subió a la frontera, donde visitaron el puente sobre el *Rhenus* y el fuerte *Divitia*, ambos a medio construir.

Tanta confianza y tanta amabilidad convencieron a Maxiamiano de que Constantino no sospechaba nada y no hicieron sino fortalecer sus intenciones. El invierno pasó dentro de la más placentera normalidad familiar. Maximiano acompañaba a Constantino en todas las reuniones, tanto militares como civiles. Los bárbaros habían tenido un buen año climático y no se dieron al pillaje.

Mientras tanto, Eusebio y Lactancio seguían su trabajo. El primero dando los últimos toques al "Evangelio de Marcos". Lactancio haciendo un "Evangelio de Mateo" mucho más largo, con mucho contenido nuevo, que sacaba de sus rollos egipcios.

Y con los primeros rayos de la primavera llegó también la noticia de que los bárbaros habían vuelto a invadir el territorio romano, esta vez frente a *Mogontiacum*. Entonces se demostraron efectivas las medidas que Constantino había tomado el otoño anterior.

Había dispuesto que, con los primeros deshielos, ciertos contingentes de tropas que tenían sus cuarteles de invierno en la *Galia* y la *Bélgica* se trasladaran a la frontera. Cada unidad tenía marcada su villa de destino.

Estas medidas habían permitido resistir mejor a las guarniciones locales y los bárbaros sólo habían podido penetrar en las zonas sin guarniciones. Habían asolado el campo, habían robado las reses, pero no había habido demasiadas bajas entre la población civil. Al tenerse noticia del ataque bárbaro, no obstante, en *Augusta Treverorum* todo fueron preparativos para la salida hacia la frontera. Y fue entonces cuando Maximiano le quitó importancia al hecho y recomendó a Constantino que

con seis o siete cohortes que partiera hacia al frontera serían más que suficientes para dar un escarmiento a los *Bucinovantes*, que tales parecían ser los autores de las correrías.

Constantino fingió aceptar y se dispuso a partir de *Augusta Treverorum* hacia la frontera con sólo cuatro cohortes, un total de dos mil hombres, las que tenía preparadas en todo momento en la capital. En cuanto supo del ataque y que su suegro pensaba ir a visitar a su hija en *Arelate*, Constantino dio instrucciones precisas exigiendo estar informado al día de los movimientos de su suegro. Y con tales medidas, salió para *Mogontiacum*, donde estaba como comandante Eroc, el *alamán*.

Con la escolta que le acompañaba, un total de cien jinetes, Maximiano partió para *Arelate*, en el Sur de la Galia. Pero nada más llegar a *Divodurum*, distante apenas cincuenta millas de *Augusta Treverorum*, puso en marcha el insensato plan que había forjado. Con abundante dinero que traía entre sus pertenencias desde la Lucania, sobornó al comandante de la guarnición local y, con la información que éste le facilitó, envió cartas a los comandantes de las cohortes situadas a lo largo del trayecto hasta *Arelate*, informando de que Constantino había muerto en una emboscada con los *Germanos* y que él tenía que hacerse con el poder para evitar el caos.

Se creó un desconcierto total, que Maximiano favoreció con su presencia y con las órdenes contradictorias que daba. Todo su afán era llegar a *Arelate*, donde esperaba hacerse con el Tesoro de la Prefectura. Pero varios oficiales reaccionaron correctamente y enviaron emisarios a la frontera para informarse de si era cierta la noticia de su muerte y, de no ser así, para informar a Constantino de lo que estaba sucediendo. Habían pasado apenas cuatro días desde el inicio de la falsa alarma creada por Maximiano, cuando Constantino tenía conocimiento de lo que su suegro estaba intentando.

Salió con todas las tropas que le acompañaban de *Mogontiacum* y bajó, con la rapidez que le caracterizaba, hacia el Sur, tras los pasos de su suegro. Éste llegó a *Arelate*, y, empleando la violencia, consiguió hacerse con las llaves del Tesoro en el que tanto había confiado. Pero ni todo el oro del Imperio podía servirle para enderezar su alocado plan. Supo ya que su yerno estaba a dos días de camino.

Con las escasas tropas que trajo de la Lucania buscó refugio en la cercana *Massilia*, ciudad con fama de inexpugnable. Constantino, que

seguía a su suegro cada vez más cerca, llegó a *Massilia* y rodeó la ciudad, para evitar la fuga del usurpador. Maximiano supo que estaba perdido. Su plan se hundió por completo en cuanto la guarnición de *Massilia* supo que era el propio Constantino quien estaba a las puertas de la ciudad. Mientras Maximiano se encontraba con sus hombres en las murallas, en la puerta principal, la guarnición abrió las demás puertas a su legítimo César.

Maximiano fue detenido y llevado ante Constantino. Cuando los dos hombres estuvieron frente a frente, Maximiano se deshizo en improperios contra su yerno, acusándole de haberle engañado y haber ultrajado a toda su familia. Constantino no se molestó en contradecirle. Dio una orden mediante una seña y se llevaron a Maximiano a otra habitación. Allá dos soldados obligaron a arrodillarse a Maximiano y un tercero, de un tajo, le separó la cabeza del cuerpo.

Capítulo 80

El Evangelio de Mateo.

Años 309 y 310

Lo sucedido en la primavera y verano del año 309, la irrupción de Maximiano, su trágica muerte, tuvo repercusión en todas las altas esferas del Imperio. Maximiano era el padre de Teodora, la viuda de Constancio y madrastra de Constantino. Y era asimismo el padre de Fausta, aunque Fausta sólo se enteró de sus actuaciones una vez muerto. Maximiano no la visitó durante los dos días que estuvo en *Arelate*, antes de partir para *Massilia* (Marsella), donde murió.

Toda la familia quedó consternada. Teodora no comprendía el comportamiento de su padre. Y se lo hizo saber a Constantino. Llegó a pedirle disculpas por su comportamiento. Constantino quitó importancia a lo que había sucedido y los sucesos unieron algo a ambos.

Constantino había interrumpido su labor de preparación en la frontera *germana*, y, al volver de *Massilia*, los efectos de la pequeña incursión de los *Bucinovantes* sobre el territorio cercano a *Mogontiacum* pertenecían a un pasado que parecía lejano. En consecuencia, ese año no hubo expedición de castigo sobre el territorio bárbaro. Las visitas que hizo

el César a la frontera fueron para supervisar la marcha del fuerte *Divitia*, que ya estaba casi terminado, y las obras del puente, que iban mucho más lentas. Los cimientos sólo podían construirse en verano, cuando la corriente era menor. Y así y todo se daban continuas rupturas de los diques y continuos accidentes.

La muerte de Maximiano afectó a su hijo Majencio. Favorablemente, creyó él en un primer momento. Pero se había quedado sin su apoyo militar, y eso lo iba a acusar. Las alianzas que se establecieron a partir de entonces fueron consecuencia de que existía una Prefectura débil, la gobernada por el solitario Majencio.

Con el tiempo, la normalidad se fue imponiendo y Constantino pudo pensar en los acontecimientos pasados con frialdad. Y paulatinamente se fue forjando en su mente una valoración de la nueva situación. Y empezó a considerar como positivo el balance de lo sucedido. Era cierto que el usurpador era Majencio. Pero era evidente que fue con la astuta intervención de su padre como Majencio se había librado de Severo, y había salido airoso de la expedición de Galerio. En ambos episodios el papel de Maximiano había sido determinante. Ahora Majencio se había quedado solo y eso lo debilitaba. Constantino empezó a pensar en Majencio como su enemigo inmediato. Majencio no tenía experiencia de combate. Llegado el caso, no tendría en él un enemigo peligroso.

El año 309 fue pasando sin que se dieran novedades importantes. El equipo redactor, Lactancio y Eusebio, seguía su trabajo, ya en plena rutina redactora.

Si Eusebio había terminado el Evangelio de Marcos aproximadamente en doce meses, a Lactancio le iba a llevar más de dos años completar el "Evangelio de Mateo" [(1)]. Lo terminó el verano del año 310. Era su primer Evangelio y lo hizo bastante más largo que el "Evangelio de Marcos", que era su fuente. En cuanto lo terminó, inició el siguiente relato, que llamó el "Evangelio de Lucas". Lucas escribiría en un griego culto. Sería un convertido al Cristianismo con tendencias helenizantes, muy diferentes a la mentalidad judía de Mateo.

[(1)] Se ofrece en el "Anexo 7. Mateo" la estructura del primer Capítulo del Evangelio de Mateo, y acceso al segundo.

El tiempo parecía no pasar ni para Lactancio, que escribía en su apartamento del Pretorio, ni para Eusebio, que vivía con su familia en la posada donde se hospedaba. Constantino le había ofrecido hospedarlo en el

Pretorio, así trabajaría con Lactancio. Pero Eusebio fue lo suficientemente explícito como para que su interlocutor comprendiera que no le facilitaría el trabajo si le obligaba a trabajar junto a Lactancio. Constantino sonrió y dejó las cosas como estaban.

Llegó el invierno y la vida se recluyó en las ciudades. Constantino aprovechó la inacción a la que obligaba el mal tiempo para planear las nuevas obras con las que había decidido embellecer su capital. Además de las que ya tenía pensadas, una plaza y un Circo, quiso preparar una mansión digna, un Palacio, para su madre. Había observado que había demasiadas mujeres en Palacio. Teodora se creía con ciertos derechos, por ser la viuda del Augusto Constancio. Las relaciones con Minervina eran fluidas y no había diferencias entre ellas. Pero la llegada de Elena, su madre, alteró un tanto el buen ambiente. Constantino se dio cuenta de ello. Y pensó que su madre viviría mejor en un pequeño Palacio que arreglaría para ella.

Pero para que no fuese tan evidente su intención de alejarla de Palacio, fue forjando la idea de construir un Palacio Imperial, pero hacerlo fuera de *Augusta Treverorum*. Ya había visto un paraje que le había parecido adecuado, tres millas al Norte de la capital. Estaba en la margen izquierda del río Mosella. Así él podría trabajar sin tener que pasar por delante de todo el pueblo cada vez que saliera o entrara en la capital. La muchedumbre le desagradaba, ahora incluso la de su capital. Eran vulgares, sucios, miserables e incultos. Sus aclamaciones tenían el efecto de acercarle a ellos. Y eso le repelía.

Constantino hizo un borrador con la disposición que deseaba para su nuevo Palacio. Estaría distribuido en dos terrazas. En la terraza superior estaría el cuerpo del Palacio. En la terraza inferior irían los cuerpos de guardia, los almacenes, las cocinas, la administración y el personal de servicio. Las cocinas y los comedores estarían en los extremos de un pasillo que uniera ambos edificios. Unos jardines rodearían todo el complejo y una muralla, con torres más elevadas, bordearía los jardines. Lo llamaría *Palatiolum*, pequeño Palacio.

Con la llegada del buen tiempo, al año siguiente, comenzaron las operaciones de tala de árboles y la apertura de cimientos. Llegaron noticias de una nueva correría de pillaje por las tierras altas, entre *Insula Batavorum* y *Vetera*. La componían una alianza de *Bructeri*, *Chamavi*, *Usipetes* y *Tubantes*. La falta de reacción a la incursión del año anterior

había excitado los ánimos y esta vez cuatro tribus se habían aliado para atacar el territorio romano. La zona estaba alejada de *Colonia Agrippina*, demasiado alejada como para iniciar la expedición de castigo tan al Este. Para solucionar el problema, ordenó fabricar dos puentes de barcas sobre el *Rhenus*, uno desde *Colonia Trajana*, al Norte, y otro desde *Vetera*, más al Sur. Dividió a sus tropas en dos secciones, y se adentraron fuertemente en territorio enemigo. La consigna era no hacer prisioneros y acabar con todo género de vida en la zona.

Un nuevo puente de barcas en *Asciburgium*, para obtener víveres, les permitió seguir la batida hacia el Sur y el Este. Un cuarto, en *Novaesium*, permitió que la campaña de exterminio durara un mes. En ese tiempo la cantidad de *Germanos* muertos sumaba más de cinco mil. Constantino se dio por satisfecho con el resultado de la expedición. Y para mediados de Mayo ordenó la retirada y la destrucción de los puentes de barcas. Esperaba que el mensaje dejado en territorio *germano* fuera suficientemente disuasorio de cara al futuro. Aunque de cara al futuro él tenía un tratamiento a aplicar a las tribus limítrofes, incorporarlas al territorio romano. Pero eso debería esperar, como otros asuntos no menos importantes.

Tenía la intención de subir, ya avanzado el verano, a *Britania,* y revisar el Muro de Adriano, que no pudo visitar en su viaje del año 307. Y ésa fue la labor que realizó entre Julio y Septiembre del año 309. Constantino ya había nombrado un nuevo *Dux Britaniorum*, que trabajaba en estrecho contacto con el *Comes Limites Saxonii*, como siempre debió ser. Constantino relevó al Vicario de su labor de coordinación y los mandos militares recuperaron su capacidad de tratar con el César los asuntos de su competencia, como debía ser en la normal organización de una provincia. El antiguo *Dux Britaniorun* no volvió a *Britania*.

Constantino quedó satisfecho con las obras realizadas. Todos los mandos cumplieron sus compromisos y apenas pudo encontrar alguna deficiencia sin atender, aunque en temas de escasa importancia y que afectaban a la parte civil de las zonas reconstruidas. Y eso le importaba menos.

Capítulo 81
Preparativos de campaña.

Año 311

Constantino había llegado a la convicción de que a un año de intensa actividad guerrera le sucedía un año apacible. El año anterior, el 310, había sido movido, luego el presente se preveía un año tranquilo, dedicado a mejorar la capital, *Augusta Treverorum*. Y todo parecía suceder de acuerdo a tal perspectiva. Pero a finales de Abril se dio en *Sérdica*, en la *Tracia*, otro de los lugares de residencia de Galerio, un suceso que iba a alterar la vida de todo el Imperio: El Augusto Galerio enfermó gravemente.

El estado de la Medicina no permitía establecer unos diagnósticos precisos, ni se disponían de remedios para todas las enfermedades conocidas. El Augusto fue atendido por los mejores médicos del Imperio. A pesar de todos los cuidados y todas las recetas aplicadas, Galerio falleció el 15 de Mayo del año 311. En su lecho de muerte, el Augusto Licinio recogió sus últimas palabras. Galerio le confiaba su territorio, desde el *Ilírico* hasta Asia Menor, le recordaba su compromiso de someter al usurpador Majencio, y dejaba a su cuidado a su esposa, Valeria, y al hijo tenido con ella, Candidiano.

Había dejado establecido que sus cenizas se llevaran a su lugar de nacimiento, en la *Panonia*, y allí fueran inhumadas, no en *Tesalónica*, otra de sus residencias, donde años atrás había construido un mausoleo a tal fin.

El primero de los Emperadores en enterarse del final de Galerio fue Maximino Daya, que gobernaba el Oriente, salvo *Asia Menor*, que se la había reservado Galerio. Y lo primero que vino a la mente de Daya fue recuperar el *Asia Menor* y la *Tracia*, que habían pertenecido a la Prefectura de Oriente bajo Diocleciano, pero se las habían sustraído cuando pasó él a regir Oriente. Reunió sus tropas al Norte de Siria, la provincia limítrofe con *Asia Menor*, y avanzó hacia territorio de Galerio, adentrándose en Asia Menor. Ninguna ciudad le ofreció resistencia.

Licinio, ahora al cargo del territorio de Galerio, supo que su vecino venía en su contra. Reunió las tropas que pudo y marchó hacia el estrecho del Bósforo. Cuando llegó a él, Maximino Daya, dueño ya de *Asia Menor*, sólo había tenido ocasión de hacer pasar el estrecho a una pequeña parte de su ejército. Él estaba, con el grueso de sus tropas, al lado Sur del mismo. Y

fue con esa pequeña parte con la que Licinio luchó y a la que arrojó al otro lado del estrecho. Pero la suya fue una victoria efímera, pues la mayor parte del ejército de Daya estaba aún en el lado Sur del Bósforo.

Daya mandó embajadores a negociar con Licinio. Licinio, en línea con la idea de no enfrentar Legiones romanas contra Legiones romanas, aceptó las condiciones que Daya la proponía: Que el estrecho fuera la frontera, como había sido antes, entre ambas Prefecturas, la de Oriente y la que en tiempos había sido de Galerio, de la *Tracia* al *Ilírico*. Realmente, Diocleciano se había reservado también la *Tracia*, pero Daya estaba dispuesto a no reclamarla. Y así quedó acordado entre ambos Augustos. La paz reinaba de nuevo en el Imperio.

Licinio tenía intención de arremeter, cuando se hubiera consolidado en los dominios que habían pasado de la noche a la mañana a sus manos, contra Majencio y arrebatarle el *Ilírico*, Italia y el África. Con estas nuevas adquisiciones, su Prefectura sería la mayor de las tres en que quedaría dividido el Imperio. Y tampoco era cuestión de querer abarcar más de lo que el propio Diocleciano había querido que estuviera bajo el mando de un solo Tetrarca. Por eso había cedido ante Daya.

Lo que Licinio no sospechaba era que Constantino venía acariciando la idea de hacerse con la Prefectura de Majencio desde hacía años. Y que si no lo había hecho ya era por un cierto respeto a la persona de Galerio. Éste lo había confirmado en su cargo, y Constantino no podía desalojar de Italia a Majencio habiendo sido designado Licinio para gobernar Italia.

Otro factor que retrasaba a Constantino era la edad de su hijo Crispo. Si él tenía que ausentarse de la *Galia*, era preciso dejar en su lugar a un joven que mantuviera a raya a los belicosos *Germanos*. Y Crispo sólo tenía quince años en el momento presente. Tres años más y la fruta estaría madura.

Pero, muerto Galerio, Constantino vio llegado el momento de poner por obra sus planes y controlar medio Imperio, el de Occidente. No podía esperar tres años, no fuera que Licinio se asentara en sus dominios y lo intentara él. Tenía que adelantarse. Él estaba ya asentado en su Prefectura y tenía el mejor ejército del Imperio.

Pero no podía lanzarse hacia el Sur, por las fértiles tierras de Italia, para luchar contra Majencio, dejando a sus espaldas a Licinio. Era imprescindible conseguir la neutralidad de Licinio. Y para ello

Constantino echó mano del medio usual en tales ocasiones, una alianza matrimonial. Su medio-hermana, Constancia, hija de Teodora, tenía 16 años. Dentro de dos años tendría 18 y sería una edad muy apropiada para contraer matrimonio con Licinio. Cierto que Licinio tenía casi veinticinco años más que Constancia, pero eso no suponía dificultad alguna.

Constantino eligió a un alto oficial de entre sus consejeros militares y le dio cartas credenciales como su embajador. Debía trasladar al Augusto Licinio su intención de ofrecerle la mano de su hermana Constancia como medio de establecer una alianza entre ambos Augustos, con vistas a establecer "un nuevo equilibrio" en el Imperio. El embajador debía dar a entender que, al igual que se pretendía que Italia cayera en breve bajo la zona de influencia de Constantino, bien pudiera en el futuro caer todo el Oriente en la zona de influencia de Licinio. Aunque tal extremo debía ser tratado personalmente entre ambos Augustos.

Licinio, que acababa de ceder una parte de su territorio a Daya, se veía ahora con las manos libres para terminar haciéndose con la parte cedida y toda la Prefectura de Oriente. Contaría para ello con el apoyo del que podía llegar a ser su cuñado, Constantino. La opción no era a despreciar. Hacía unos meses que apenas tenía territorio sobre el que ejercer su autoridad, y ahora, de pronto, se le ofrecía medio Imperio. Licinio aceptó de buen grado la oferta del embajador y éste partió de vuelta a *Augusta Treverorum* con una carta firmada por Licinio en tal sentido.

Tampoco Majencio quedó en Italia a la espera de acontecimientos. Muerto su padre, no tenía razón para temer suplantación alguna, y el año anterior había preparado tropas para pasar a África y hacerse con la rebelde provincia. La muerte de Galerio puso alas a sus pies, y llevó a cabo un desembarco en la vieja *Cartago* al mando de unos efectivos muy superiores a los que el viejo Alejandro contaba para oponerse. Estaban éstos desentrenados, de modo que a las primeras escaramuzas entre la caballería, los jinetes de Majencio pusieron en fuga a los de Alejandro, dejando a las cohortes de legionarios de éste con los flancos descubiertos. Éstas se dieron a la fuga y Alejandro fue preso en el mismo campo de batalla. Poco después su cabeza, clavada en una pica, se exhibía frente a las murallas de *Cartago*. La ciudad abrió sus puertas al vencedor y la secesión de África terminó aquel mismo día.

Majencio revisó las tropas que podía retirar de la provincia africana en caso de necesidad. Los *Getulos*, tribus guerreras que limitaban con el territorio romano, llevaban varios años tranquilos. Siempre, desde tiempos de Julio César y Augusto, habían sido hostiles a sus vecinos romanos.

Por el contrario, los *Mauros*, habitantes de la Mauritania, enemigos ancestrales de los *Getulos*, eran favorables al Imperio y se alistaban cada año como tropas auxiliares. Majencio estimó que podría reclamar el equivalente a una Legión, unos cinco mil soldados, entre legionarios y tropas auxiliares, de la provincia recién recuperada. Satisfecho por el rápido éxito de su empresa, volvió a Roma con sus hombres.

Desde su capital en *Augusta Treverorum*, Constantino no perdió el tiempo y comenzó a tomar medidas para preparar la invasión de Italia, a realizar el año próximo. Las lecturas sobre temas guerreros a que se había dedicado desde joven y el análisis de lo leído, le habían dado unas reglas que todo mando militar sensato debía seguir. Lo primero que el mando debía tener era lo que se llamaba genio militar. Tener genio militar era como el resumen de las cualidades que el líder militar innato debía reunir. Alejandro el Grande las tenía. Su padre, Filipo II de Macedonia, también. Eso le inclinaba a pensar que el genio militar se heredaba. Su padre, Constancio, había triunfado en todas las misiones que se le habían encomendado. Su hijo no había convivido con él lo suficiente como para poder asegurar si su padre era un genio militar o no. Pero se inclinaba a pensar que sí lo había sido.

El comandante que quisiera convertirse en un líder militar natural debía ser capaz de prever sus campañas hasta el menor detalle. Luego ya surgirían imprevistos y desviaciones que le obligarían a retocar sus previsiones. Pero previsiones, debía haberlas. Además de prever, el líder innato debía mostrarse brillante en la acción. Debía ser el comandante que estaba presente en el campo de batalla para arengar a sus tropas, ordenar su despliegue en el momento preciso, e incluso tomar la iniciativa y encabezar la pelea en los momentos más difíciles, para aumentar la moral de sus hombres con su ejemplo. Además, debía dedicar tiempo y energías a cuidar el estado de ánimo de sus hombres. Debía tratar a los mandos con familiaridad, conocerlos por su nombre, conocer las circunstancias personales de los más destacados y hablar con ellos de tales extremos. Todas estas cualidades del líder militar debían lograr que sus hombres lo

veneraran, sintieran una absoluta confianza en sus dotes, en sus decisiones, y lo consideraran poco menos que un semi-dios. Sus hombres debían estar dispuestos a ir al fin del mundo si su comandante así lo decidía.

Constantino se había obligado a mostrar, desde que salió de campaña contra los *Pictos* con su padre, las cualidades y los comportamientos que sabía debía mostrar. Y sus hombres tenían, a su vez, las cualidades que debían tener una tropas destinadas a triunfar. Sus hombres tenían siempre la moral alta, porque, como consecuencia de la previsión de su jefe y de sus conocimientos tácticos, triunfaban siempre sobre sus enemigos.

El proceso por el que los soldados adquirían confianza en su jefe y moral alta era bien conocido por Constantino. En la primera batalla en la que él intervino, allá en la *Britania Secunda*, se enfrentaban a una horda de *Pictos* del Oeste. Uno de los dos bandos enfrentados debía resultar vencedor; el otro estaba destinado a ser exterminado. Aquel día la victoria se alzó del lado romano. Sus jefes les dirigieron bien. El mismo planteamiento se dio el día de la segunda batalla contra los *Caledones*, los *Pictos* del Norte. En esta ocasión los mandaba Constantino. Podían haber sido vencidos y terminar sus días en la llanura de *Voleda*, pero su jefe les mandó bien y resultaron vencedores.

Se dieron luego las dos campañas de castigo contra los bárbaros de *Germania*. Y en ambas resultaron victoriosos y castigaron duramente a sus enemigos, siempre liderados por su César, Constantino. Eso creaba la convicción en sus hombres de que mientras su César los guiase, la victoria sería suya, siempre, contra cualquier enemigo.

Ésta era la base de su alta moral. Y eso generaba un anhelo de reciprocidad, de emulación. Si su comandante era invencible, ellos también lo eran. Y se comportaban en batalla como tales, derrochando energía y valor para estar a la altura de su comandante en jefe. Claro está que no bastaba con una alta motivación. El cuerpo debía acompañar y sus tropas estaban en una perfecta forma física. Constantino obligaba a un diario entrenamiento en tiempos de paz, con ejercicios militares continuados y marchas extenuantes.

Además, había que cuidar las convicciones religiosas de sus soldados. Había que favorecer la devoción a los dioses, cualesquiera que fuesen. Sus hombres debían sentirse protegidos por sus dioses y era labor

de su comandante cuidar que tuvieran Templos y altares para realizar las ofrendas que su religión marcaba. Felizmente el culto al dios Mitra era el predilecto de sus legionarios y ello requería Templos muy modestos, donde bastaban unos bancos, una mesa, una cesta de pan y un cántaro de vino. Y al rato los soldados salían de su banquete místico con la moral muy alta, considerándose los seres más afortunados del universo.

Constantino pensó por un momento en la religión que Lactancio y su amigo Eusebio estaban creando. Sería una religión para los civiles, no para los militares. Sus soldados debían seguir adorando al dios que desearan. Las victorias que él necesitaba dependían de la comunión de cada uno de sus hombres con su dios. Y eso no era negociable.

Pero, además de las cualidades de sus hombres, había que poner en marcha medios materiales para salir airoso de la prueba donde el Augusto Galerio había fracasado. Constantino había acompañado al Augusto Diocleciano en su marcha sobre Egipto. Y había sido testigo de los preparativos que Diocleciano emprendió el año anterior, para tener todo el material dispuesto para el inicio de la campaña, el equinoccio de primavera. También había sido testigo privilegiado de los preparativos que su padre hizo para marchar a *Britania*, contra los *Pictos*.

Constantino decidió que accedería a Italia por el Oeste. No por la calzada de la costa, sino por la que arrancaba en *Vienna* y, por *Catorissium*, entraba en la Prefectura de Majencio por *Segusio*. Dejado atrás *Segusio*, estaría a dos pasos de *Augusta Taurinorum* y de *Mediolanum*. Esta sería la ruta que seguiría él con sus Legiones. En cambio, los vagones de carga, con la maquinaria de sitio y parte de las provisiones, seguiría una ruta más cómoda: Partiría de *Arelate* y *Massilia* y por *Apta Iulia*, *Seleucus* y *Brigantio*, se uniría a la expedición en *Segusio*, la primera plaza fuerte en territorio de Majencio. De ese modo podía recibir refuerzos de *Hispania*, que deberían llegar a *Massilia* y *Arelate*. Las tropas reclamadas de *Hispania*, cuatro cohortes, servirían de escolta a las máquinas de sitio, fundamentales para el posible asedio a Roma.

Constantino había calculado que las diecisiete Puertas de Roma, junto con otros doce puntos en los lienzos de las murallas, hacían un total de treinta puntos de ataque. Eso dispersaría a los defensores. Cada zona a atacar requeriría al menos seis *onagros* (catapultas) y otras tantas *balistas* (grandes arcos). Se necesitarían, por tanto, doscientos onagros y doscientas balistas, y así tener máquinas de repuesto para sustituir las que

se averiaran durante el sitio. Para pasar los Alpes - aunque lo harían por el camino más suave, los Alpes Marítimos - Constantino prefería llevar más carros de menor tamaño que menos carros, pero enormes. Cargando dos máquinas de sitio por carro, precisarían doscientos carros, sólo para las máquinas mayores. En otros cincuenta carros se llevarían las máquinas menores, *scorpios*, jabalinas, arcos y flechas. Y otros cien carros con grano y demás provisiones. Añadiría veinte carros con material médico, para formar veinte hospitales de campaña.

En total, resultaría un convoy con cerca de cuatrocientos carros de carga, para los que dos mil legionarios - las cuatro cohortes hispanas - resultaban ser una adecuada escolta, máxime para viajar por la *Galia*. Dejando la frontera *germana* suficientemente protegida, Constantino podría reunir un total de cuarenta mil hombres, entre ellos ocho mil jinetes. Era exactamente el ejército con el que Alejandro había conquistado el Imperio Persa. Debía bastar para hacerse con la cuarta parte del Imperio Romano ...

Constantino debía enfrentarse a Majencio, el general que se le opondría. Majencio, a su juicio, era el contrapunto de las cualidades que a sí mismo se reconocía. Había pasado su vida disfrutando del *status* de hijo del Augusto Maximiano. Le sabía dado a las mujeres, voluble, inseguro, necesitado de la experiencia de su padre para salir de los atolladeros en que se había metido. Para alcanzar la púrpura no había tenido más méritos que ser hijo de su padre. Nunca estuvo en campaña, luego no había unión entre sus tropas y él. Se había limitado a reforzar las murallas de Roma para conseguir la adhesión entusiasta del Senado y de la Guardia Pretoriana. Ésos eran sus poderes.

Y estos datos, que él tenía a través de informadores, estarían también en la mente de todos los oficiales de Majencio, que conocerían su vida anterior mejor que Constantino. Éste esperaba que se dieran abundantes deserciones, procedentes del bando de Majencio. En la misma medida en que tales deserciones facilitarían su labor de conquista, dificultarían la posible defensa que tendría que realizar su contrincante.

Constantino había reflexionado mucho sobre el lugar en que se daría la batalla definitiva. El terreno lo debía elegir Majencio, dueño del territorio que pisaba. Él tendría que adaptarse, con la ayuda de su Estado Mayor, para suplir con sus facultades la inferioridad del terreno. Existía la posibilidad de que Majencio eligiera algún lugar del valle del *Padus*

Flumen (río Po), en el Norte de Italia, para hacerle frente. En tal caso él tendría su ejército descansado y al completo. Y todo terminaría pronto. Favorablemente a sus deseos, de eso estaba seguro.

Y cabía la posibilidad de que Majencio se encerrara en Roma, como hizo con Galerio y tan buenos resultados le había dado. Constantino pensaba que ésta era la alternativa con más posibilidades. Majencio era, a su juicio, un cobarde. Y la elección más cómoda era retrasarlo todo, no plantear batalla abierta y encerrarse en la ciudad cuyas murallas había reforzado. Tal opción contrariaba profundamente a Constantino. Moriría personal civil y sería más difícil volver todo a la normalidad tras su conquista. Pero si ésa era la elección de Majencio, él sólo podría ofrecer a la población civil que abandonara la ciudad antes de iniciar el asedio. Quien decidiera quedarse detrás de sus murallas sería responsable de su propia suerte.

Todos estos extremos Constantino los había discutido reiteradamente con los miembros de su Estado Mayor, en el que ya había hecho algunos cambios, introduciendo oficiales de su confianza, de edades similares a la suya. Procuraba, como viera a su padre, pedir ideas nuevas y considerar atentamente las que se la ofrecían. Tenía que reconocer que en ocasiones se le daban ideas muy aceptables, que mejoraban el plan que él ya había ideado. Se habilitaron cuarteles de invierno complementarios en las ciudades del Sur de las *Galias*, *Arelate*, *Nemausus*, *Massilia*, *Vienna* y *Apta Iulia*, para alojar a las tropas que a la primavera siguiente descenderían a Italia.

Y así fue transcurriendo el verano y el otoño del año 311. Fue mediado el invierno cuando Constantino habló con Teodora, primero, y con Constancia, después, para informarles de lo que había decidido para ella. Constancia, prevenida por su madre, aceptó. Era lo que una mujer de la familia imperial debía hacer. Y, con la llegada de las nieves, todo quedó listo para el siguiente acto, que tendría lugar tras la ceremonia de inicio del nuevo año militar, el 21 de Marzo próximo.

Capítulo 82

El Evangelio de Lucas.

Años 310 y 311

Lactancio seguía componiendo con gran entusiasmo su Evangelio de Mateo. Eusebio no quería empezar su cuarto Evangelio hasta que Lactancio no hubiera terminado los dos suyos. Sabiendo la copia que estaba haciendo Lactancio de su Evangelio de Marcos, Eusebio quería que su segundo Evangelio fuera muy diferente. Se dedicó a hacer vida de familia y a estudiar con más detenimiento los escritos que Lactancio había compuesto. Así pudo comprender mejor su mentalidad para amoldar sus futuras obras a la misma. Claro que sería la parte añadida la que se asemejaría a lo ya escrito por su colega redactor. No la parte original, que sería sólo suya.

Apenas empezado el verano del año 310, Lactancio terminó su Evangelio de Mateo. Lactancio quedó muy orgulloso de él. Eusebio había dado su aprobación a todos y cada uno de los capítulos del mismo. Le había costado dos años completar su obra, que tenía una extensión doble que el Evangelio de Marcos, al que había seguido. Pero Lactancio había agregado abundante material, no contenido en Marcos, sacado de sus rollos egipcios.

Una vez finalizado su primer Evangelio, el de Mateo, Lactancio acometió el segundo, que se llamaría Evangelio de Lucas. En él podría lucir mejor su amplio vocabulario griego. Le costó año y medio terminarlo. Y, siguiendo su costumbre - si se analizan los cuatro primeros capítulos - los compuso con 600 palabras de media y colocó en cada capítulo una media de once Sumatoriales [1].

Una vez estuvieron terminados los tres primeros Evangelios, Eusebio comenzó a elaborar el cuarto, que se iba a denominar Evangelio de Juan. Quiso darle un estilo totalmente diferente de lo que ya estaba escrito. Los Evangelios de Mateo y de Lucas eran copias demasiado exactas de su Evangelio de Marcos. Decidió aumentar el carácter ideológico del cuarto Evangelio. Este Evangelio iba a estar escrito no por un escritor corriente, sino por alguien que viviera fuera del mundo, embebido en sus ideas filosóficas. Para contrarrestar la pesadez de lo escrito por Lactancio, iba a darle a su nuevo Evangelio un tono lírico, casi poético. Y, ¡por Júpiter! iba a incorporar a los textos cristianos que estaban escribiendo el tema del *Logos* de Heráclito.

Eusebio aborrecía el perfil que iban tomando los textos de la nueva religión, que él se negaba a llamar Cristianismo. A veces lo llamaba así

delante de Lactancio, para no despertar su recelo, pero odiaba ese nombre. Seguidores del Cristo. ¡Habrase visto desvergüenza ...! Lactancianismo, la llamaba Eusebio cuando pensaba en ella. La idea de un fanático, de un visionario, de un loco. Convencido de que el Dios Supremo iba a destruir el mundo, furioso al ver que los ciudadanos del Imperio adoraban a muchos dioses. Y lo iba a hacer a sangre y fuego, precipitando las estrellas sobre la Tierra.

"¡Qué barbaridad!", pensaba Eusebio. Pero vio que dar vueltas en su cabeza a lo que se estaba fraguando le producía desazón, malhumor y un cierto dolor en el estómago, de modo que cuando eso le sucedía, dejaba su despacho, donde escribía y tenía todo el material, y se iba a disfrutar de Lidia y de las niñas, que ya iban creciendo y eran unas mujercitas, sobre todo Rut. El cariño de sus cuatro mujeres - como decía él en broma - la compensaba los desaguisados de su colega redactor.

(1) Para conocer el estilo de Lactancio en el "Evangelio de Lucas", en el "Anexo 8. Lucas" está el primer Capítulo, con la estructura que su autor le dio.

Fue al comenzar la redacción del que iba a llamar Evangelio de Juan, cuando un día alguien dejó a la puerta de su casa un cachorro de perra. Era negra, de apenas uno o dos días. Aún tenía los ojos cerrados y un pelaje sedoso como el terciopelo. Las tres hijas rogaron a su madre para que la recogieran. Lidia no se atrevió a darles su aprobación sin contar con la opinión de Eusebio, que había salido en ese momento. Pero las niñas cogieron una caja de madera, la revistieron con unos trapos y pusieron dentro la perrita. Su madre no les dejó meter la caja con la perra en casa. Y ellas se salieron a la puerta de la casa y allí hicieron guardia al cachorrillo, que sólo sabía gimotear.

Cuando Eusebio llegó, vio el espectáculo y pronto tuvo a sus tres hijas colgadas de la ropa pidiéndole que, por lo que más quisiera, les permitiera hacerse cargo de la perrita. Consultó con la mirada a Lidia y ésta sonrió. No supo negarse. Puso como única condición que fuera él quien pondría nombre al animal. Sus hijas accedieron encantadas. Aquello era un sí en toda regla.

Eusebio pensó por un momento. Quería que la perra le recordara el momento en que entró en sus vidas. Y como su proyecto del momento era el Evangelio de Juan, pensó ponerle de nombre "Juana". Pero para no darle

un nombre de persona, lo cambio a "Jana". Cuando se lo dijo, las hijas aceptaron jubilosas. Y la "Jana" pasó a ser un miembro más de la familia.

Lactancio había tratado el tema de las tinieblas en su Evangelio de Lucas, en un himno que puso en boca de Zacarías, el padre del Bautista. Se había inspirado en los Libros Sagrados hebreos.

"Si sabrá este Lactancio de luz y de tinieblas ..." pensaba Eusebio para sí. Decidió que él trataría el tema en su nuevo Evangelio. No para enseñarle nada a Lactancio, que poco podía aprender y nada iba a cambiar de lo ya escrito, sino para no dejar tan pobre el tema. Porque todo se reducía, en el fondo, a estar en la Luz o estar en las Tinieblas. Lo malo era que Lactancio estaba en lo más profundo de las tinieblas y era el primero en no darse cuenta de ello. E incluso pretendía guiar a los demás hacia la Luz …

Viendo lo laborioso que le había resultado redactar el Total en el Evangelio de Marcos, decidió que con el de Juan iba a actuar de modo diferente. Él tenía que cambiar el tono del relato entre la primera etapa de redacción y la segunda. Y eso lo había resuelto cortando en frases la primera etapa, en que el Hijo de Dios era un Maestro de Sabiduría, y mezclando esas frases con un texto mucho más amplio con todas las barbaridades que tanto le gustaban a Lactancio. Así y todo, le había resultado muy complicado darle una nueva estructura al escrito final, porque no podía cambiar las frases de la primera etapa de redacción, lo que él llamaba el Original. Por eso había tardado tanto tiempo en terminar el Evangelio de Marcos.

Con Juan haría distinto. Colocaría el Original, la primera etapa de redacción, toda seguida. Y detrás de ella añadiría la segunda etapa, la de los milagros y las apariciones. De ese modo acabaría antes, porque la estructura de la primera etapa valdría para el texto completo. Y es que iba atrasado. Lactancio ya había terminado sus dos Evangelios y ahora empezaba él el segundo que le había tocado en suerte. Y no quería que la culpa del retraso, si lo había, recayera sobre sus espaldas.

Pero Lactancio, tras terminar su Evangelio de Lucas, había quedado ocioso. Y aquel hombre no se podía estar quieto. Era el movimiento perpetuo, una pesadilla. No tuvo más remedio que acordar con él que, para hacer Lactancio algo mientras Eusebio terminaba su Evangelio de Juan, cada uno escribiría cartas de dos discípulos. Lactancio se adjudicó a Pedro y Judas, pero no el Judas traidor, sino otro Judas que

había habido en el grupo de discípulos del Hijo de Dios. Eusebio elegiría los suyos cuando terminara el Evangelio de Juan.

Conforme avanzaba en su redacción, Eusebio decidió no tomar ningún episodio de los que ya habían salido en los otros tres Evangelios anteriores. Aunque repetiría algunos párrafos con los movimientos del Hijo de Dios, todo el material de su nuevo Evangelio sería inédito, sacado de su propia imaginación. Estaba harto de los milagros de Lactancio.

Eusebio terminó su Evangelio de Juan en Abril del año 312. Por esas fechas Lactancio había escrito ya las dos Cartas de Pedro y empezaba la de Judas. Felizmente, no se había dado mucha prisa en terminarlas. Y entonces empezó Eusebio a escribir las Cartas de Juan y de Santiago, los discípulos que eligió.

Capítulo 83
Verona

Años 311 y 312

El invierno del año 311 no fue un invierno normal. Al menos no en la parte occidental del Imperio. La actividad por las calzadas romanas en esa parte del Imperio no cesó en todo el invierno. Constantino había exigido ser informado de cualquier novedad que afectase a las fuerzas que se estaban concentrando de cara a la campaña siguiente. Los correos no cesaban de llegar a *Augusta Treverorum* procedentes de la *Tarraconense*, de *Massilia*, de *Arelate*, y de casi todas las ciudades importantes de la *Galia*, la *Bélgica* y la *Germania*. Constantino se reunía a diario con su Estado Mayor para ultimar planes, concretar órdenes a las diferentes contingentes del ejército y estudiar mapas.

El principal problema lo constituía la caravana con las máquinas de sitio, los demás pertrechos y las provisiones. Constantino, informado puntualmente por sus espías en Italia, estaba convencido de que Majencio no pensaba plantarle batalla en el valle del *Padus Flumen* (río Po). Las obras que había hecho en Roma, reforzando sus murallas, le obligaban a

esperarle dentro de la ciudad. Eso suponía un serio contratiempo. Debería llegar hasta Roma con sus máquinas de sitio intactas, a fin de poder rodear la ciudad y atacarla adecuadamente. Y eso iba a retrasar su marcha por toda Italia. Sus generales le indicaban que había que contar con cinco meses para conducir la caravana de pertrechos desde *Segusio*, la plaza por la que entrarían en Italia, hasta Roma.

Constantino sabía que en más de una ocasión, algún general romano impaciente, como lo fue Marco Antonio cuando fue a sitiar la ciudad de *Fraaspa*, se adelantó con la fuerza principal y dejó atrás el convoy de máquinas con una escolta. Escolta que no fue suficiente para evitar que el enemigo las destruyera, frustrando así su plan de conquistar la ciudad. El propio Galerio había caído en la misma trampa. Sus máquinas no eran suficientes para rodear las inmensas murallas de Roma. Las suyas lo serían, pero también, como las de Galerio, eran pesadas.

Las cifras estaban ahí: Debían recorrer algo más de 650 millas (unos 1.000 km.) hasta llegar a la ciudad de Roma. Constantino quería que en cada jornada la caravana pesada recorriera 10 millas (16 km.) A esa velocidad llegarían a Roma en poco más de dos meses de viaje. Pero sus generales le decían que no se conocía caso alguno en el pasado militar romano en que se lograra, en una marcha de más de un mes, una velocidad superior a las 5 millas diarias (8 km.). Duplicar esa velocidad era impensable.

Esta dificultad orientó las previsiones de Constantino a preparar una labor de propaganda para tratar de conseguir que la Italia al Norte de Roma le abriera sus puertas. Si las ciudades colaboraban, cediendo animales de carga, la marcha podría acelerarse y llegarían a Roma antes de que se iniciara al otoño. Un asedio con mal tiempo se convertiría en un infierno para las tropas acampadas a la intemperie. Podían aparecer las enfermedades y terminar todo en un desastre.

A llegar la primavera todo estaba estudiado y planeado. Se puso en marcha la maquinaria bélica de la Prefectura de las *Galias*. Finalmente, Constantino había logrado retirar de las fronteras del orden de la mitad de sus efectivos, un total de 32.000 infantes y 8.000 jinetes, además de 6.000 hombres como personal de servicio, con los que esperaba hacerse con el control de Italia. Si Constantino hubiera sabido los acontecimientos que se estaban dando en el otro bando, se hubiera inquietado menos.

A Majencio le llegaron noticias de que en las *Galias* se estaban dando movimientos de tropas a mediados del verano del año anterior. Su primera reacción fue no dar importancia a las informaciones recibidas, pero al reiterarse las alarmas, tuvo que tratar el tema con sus generales. Éstos eran de la opinión de que debía elegirse un terreno adecuado, en la *Galia Transpadana*, que comprendía todo el valle del *Padus*, y plantar batalla al presunto invasor. Esto se haría tras conocer el camino que el enemigo había elegido para pasar los Alpes. Se debía trasladar el grueso de las fuerzas de Italia, del *Ilírico* y de África al Norte de Italia, para oponerse al ejército de Constantino.

A pesar de todas las argumentaciones recibidas, Majencio se mostraba partidario de resistir en Roma, tras sus murallas. Sus generales dejaron a un lado los argumentos militares y recurrieron al sentido del deber. Un Augusto no puede mostrarse ajeno a que se invada su territorio. Diocleciano había salido contra Aquiles cuando éste se alzó en Egipto. Y no dudó en adentrarse en territorio en poder del usurpador, hasta sitiarle en Alejandría y capturarle. El César Constancio había embarcado con sus tropas en una flota y había cruzado el *Oceanus Británicus* para someter a *Alectus*, que se había hecho con el poder en *Britannia*. Severo había abandonado su residencia en *Mediolanum* para bajar a Roma con su ejército. El intento le había costado la vida, pero no había dudado en cumplir con su deber. Y hasta el Augusto Galerio había venido, desde su lejana *Nicomedia*, a Roma, a dominarla con su ejército, aunque luego había tenido que retirarse.

Había ejemplos suficientes y todos en el mismo sentido, el deber del Augusto de defender sus dominios, espada en mano, en el campo de batalla. Pero Majencio no definía su postura y todo quedó en suspenso. Algo más tarde, Majencio se reunió con Ruricius Pompeianus, su Prefecto del Pretorio. Éste, viendo la decisión de su Augusto de permanecer en Roma, se ofreció, al frente de un ejército, a oponerse a Constantino en Verona, la plaza con mejores defensas de todo el valle del *Padus*. Majencio dio su aprobación al plan de su Prefecto.

Cuando, llegada ya la primavera, los miembros del Estado Mayor de Majencio supieron la decisión tomada, y que Pompeianus se disponía a partir con la mitad de la Guardia Pretoriana camino de Verona, cundió el desánimo entre ellos. Ninguno exteriorizó su opinión - podía ser peligroso - pero todos coincidieron en pensar que Majencio, su Augusto, estaba

deshonrándose a sí mismo. Más de uno pensó que se habían equivocado al elevarlo a la púrpura. El hijo de Maximiano no estaba a la altura de su padre. Resultaba desolador ver que en un momento en que había que dar un paso al frente, la máxima autoridad del Imperio permanecía inmóvil y nada hacía por impedir la invasión, como si el peligro no fuera con él. Su falta de visión era total.

En todas las guarniciones de la *Galia Cisalpina*, lugar por donde las tropas de Constantino tenían que pasar, existía aún más inquietud que en la propia Roma. Ellos estaban en primera fila y esperaban que el Augusto, con un poderoso ejército, viniera a hacer frente al invasor. Pero no había noticias en ese sentido.

Cuando, finalmente, el ejército de Constantino se presentó ante las ciudades de Italia, fue el criterio del comandante de la guarnición de cada villa el que decidió si la ciudad se resistía al ejército que acampaba ante ella o le abría sus puertas. No había ninguna otra autoridad.

Constantino había salido de su capital tres semanas antes del 21 de Marzo, a fin de celebrar sobre el *limes* (frontera) la fiesta de inicio de la campaña militar. Esa jornada fue un día de descanso en las afueras de *Gesdao*, la villa fronteriza donde estaba el grueso de las tropas de Constantino. Se celebraron las ceremonias militares y se descansó el resto del día. Hacía frío y nevaba.

La plaza fuerte de *Segusio* guardaba la frontera de los Alpes *Cotiae*, los situados al Norte de los Alpes Marítimos. Una calzada los atravesaba desde *Brigantio*, allá en las *Galias*. Ésa había sido la ruta elegida por Constantino. El oficial al mando de la guarnición decidió cumplir con su deber y no entregar la plaza al enemigo. Constantino llevaba consigo las máquinas de sitio procedentes de la *Bélgica* y la *Germania*, las provincias más cercanas a *Augusta Treverorum*. Ellas fueron suficientes para lanzar un ataque intensivo sobre las murallas de la pequeña villa de *Segusio*. Mientras, sus minadores atacaban las tres puertas de la villa, derramando sobre ellas líquidos inflamables e incendiándolas. Y las balistas barrían con sus dardos la parte alta de las murallas, para impedir la reacción de sus defensores. La guarnición resistió el ataque durante media mañana. Y cuando se iba a producir el asalto de las Legiones, para entrar por dos brechas abiertas en las murallas y por dos de las tres puertas, que habían ardido, solicitaron parlamentar.

Constantino los trató con benevolencia. Tenía claro que era una ocasión para usar de ella y dar motivos a otras muchas ciudades a confiar en su nuevo Augusto. No había tenido bajas entre sus hombres, sólo algún minador herido, y la resistencia de la ciudad le atrasaría apenas cuatro días. Perdonó a los soldados y se llevó preso al oficial jefe. Ya decidiría qué hacer con él más adelante.

Otras 33 millas más adelante estaba *Augusta Taurinorum* (Turín). La guarnición de la ciudad, conocedora de lo sucedido en *Segusio*, sabiendo que toda resistencia era inútil, que no cabía esperar refuerzos y que nada podía hacer una ciudad aislada contra un ejército de más de 30.000 soldados, abrió las puertas a Constantino y lo recibió con alborozo.

La siguiente parada era *Mediolanum*, situada a 100 millas de distancia. La ciudad le envió emisarios para comunicarle que le recibía gustosa como su nuevo Augusto. Constantino decidió hacer una parada en *Mediolanum*, para poner orden en los asuntos oficiales y tomar posesión de la ciudad. Las autoridades le ofrecieron parte de las tropas de guarnición en la ciudad. Constantino ya había estudiado ese tema con su Estado Mayor. Las tropas que se le quisieran unir formarían unidades separadas de su ejército y mantendrían sus propios mandos, pero cada dos cohortes - unos mil hombres - las mandaría un tribuno nombrado por Constantino.

Cuatro días más tarde se inició la marcha hacia Verona y *Aquileia*, en la primera de las cuales se tenían noticia de que se había hecho fuerte la Guardia Pretoriana, al mando de su Prefecto del Pretorio, Ruricius Pompeianus. Constantino siguió la ruta del Norte, por *Brixia* (Brescia), la que ya conocía por haber venido de *Nicomedia* por ella cuando su padre fue proclamado Augusto. Prefería viajar por lugares conocidos.

Tras 20 días de marcha a la lenta velocidad que imponían los carros con la maquinaria pesada, llegaron a Verona. Verona era una ciudad de mediana importancia, estratégicamente situada. El *Athesis Flumen* (río Adigio) la rodeaba por tres lados, dejando sólo desprotegido su lado Sur-Oeste. La *Vía Postumia* ascendía desde Cremona, pasaba por el Sur de Verona, y seguía hacia el Este, por *Vicetia* y *Aquileia*, para perderse en el *Ilírico*. No entraba en la ciudad. Una calzada la unía con *Sirmio*, *Brixia* (Brescia) y *Bergomun* (Bérgamo), para cruzar luego los Alpes, adentrándose en la *Retia*. Y dos calzadas más la conectaban, por el Sur, con *Mantua* y *Hostilia*. La ciudad tenía dos puertas. Ambas se abrían al

Sur, y eran llamadas Puerta de *Brixia* y Puerta de *Vicetia*. Al Norte de la muralla se abría un portillo, que, por un puente de madera, daba acceso a caminos que se dirigían al Norte.

Esta posición, defendida por accidentes naturales, era la causa de que el Prefecto del Pretorio la hubiera elegido para hacer frente a la invasión de Constantino. No había información sobre la cuantía de las tropas refugiadas tras sus murallas.

Constantino comenzó a preparar las operaciones de sitio antes de que su ejército hubiera llegado a la planicie sobre la que se asentaba Verona. Escoltado por la mitad de su caballería, se había adelantado un par de horas para inspeccionar el terreno y establecer los campamentos. Con los datos facilitados por los exploradores que envió, pudo distribuir sus Legiones de manera idónea para el asedio. Repartiría sus hombres en cinco campamentos. El suyo lo situó al Sur-Oeste de la ciudad. Lo formarían los soldados de una Legión, la mayor parte de la caballería y la mitad de los carros de carga. Otros cuatro campamentos se situarían al Norte y al Este de la ciudad. En cada uno se instalaría una Legión, una *turma* (33 jinetes) de caballería y las máquinas de sitio a usar en esa zona. Los exploradores guiaron a las Legiones para pasar por los vados.

Una vez instalados sus hombres y mientras se montaban los ingenios de guerra, Constantino, con los altos oficiales, rodeó la ciudad, buscando sus puntos débiles. Constantino iba a emplear en Verona la mitad de las máquinas de asedio que traía. Quería ver la capacidad de ataque que podría desplegar frente a Roma, si llegaba el caso. No deseaba emplear mucho tiempo en rendir la ciudad; tenía prisa por superar el obstáculo surgido y proseguir la marcha hacia Roma. Por eso atacó con un número desmesurado de ingenios de guerra para la ciudad que era Verona.

En Verona había abundancia de agua, bordeada, como estaba, por el río *Athesis*. Eso les había permitido inundar de agua el foso que rodeaba la ciudad por el Sur. Ello suponía una dificultad para acercar torres de asalto. En su lugar se construyeron abundantes puentes de madera, que permitieran el paso de un hombre sobre el foso. Los puentes se tenderían por la noche y al día siguiente se daría el asalto por medio de escalas de madera. Las murallas, por efecto de los onagros (catapultas), estarían rebajadas en varios puntos. Incluso se podrían escalar por los montones de escombros que se iban a formar en varios lienzos de muralla.

Cuando todo estuvo dispuesto, se ordenó iniciar el asedio y balistas y onagros comenzaron a mandar proyectiles sobre lo alto de las murallas. Era una continua lluvia de piedras y flechas la que caía sobre las murallas de Verona. Constantino había prohibido usar el fuego. No sobre una ciudad romana.

De la ciudad había respuesta, pero contaban sólo con una veintena de piezas y los impactos eran muy escasos. Los campamentos estaba fuera del alcance de la máquinas de la ciudad y las bajas sólo se dieron entre los servidores de las máquinas sitiadoras. Éstas continuaron su labor sin descanso.

Al cabo de cinco días de asedio las murallas de Verona empezaron a denotar el castigo a que estaban siendo sometidas y dos lienzos de muralla, en la parte Norte, habían sido derribados casi completamente. El Muro Sur resistía mejor, aunque ya habían empezado a caer trozos de muralla de las partes altas. Constantino había aumentado el número de máquinas en la muralla Sur, que se estaba revelando como la más sólida. Por allí debería ser al asalto principal, aunque se realizarían otros ataques simultáneamente por el Norte y el Este, como distracción.

Mientras esto sucedía en el bando de los sitiadores, los sitiados, romanos también, se daban cuenta de que estaban siendo atacados según las mejores formas de llevar el sitio de una ciudad. Ruricius Pompeianus comprendió que tenía enfrente un general bien preparado, que, con medios más que suficientes, le iba a vencer. Por eso ideó un plan para salvar lo que se pudiera salvar. Era evidente que, si se llegaba al asalto, sus hombres no iban a poder mantenerse indefinidamente en lo alto de las murallas repeliendo al enemigo. Una parte de las mismas sería tomada por los sitiadores y, a partir de ese instante, la debacle se extendería por toda la ciudad, parcialmente tomada ya por Constantino y sus huestes.

Antes de llegar a ese momento, pensó en el recurso de todo sitiado, fiarlo todo al éxito de una salida. Sopesó bien todas las posibilidades. Pero como el objetivo de las misma no era sólo salvar a su hombres, sino advertir a su Augusto de la manera de llevar un sitio que tenía su enemigo, decidió que la salida se efectuara allá por donde sus hombres tuvieran un acceso más fácil a Roma, por la parte Sur de la ciudad, por la calzada que llevaba a *Mantua*, para, tomando más al Sur la *Vía Emilia*, llegar rápidamente a la capital usando la posta imperial. Ruricius instruyó a sus oficiales para que comprendieran perfectamente el mensaje que debían

trasladar al Augusto Majencio: Constantino era un hábil general y encerrarse en una ciudad era condenarse a sufrir un asalto, con pocas posibilidades de salir victorioso.

Hecho esto, y por la noche, después de una cena frugal, realizada en medio de un silencio solemne, Ruricius y sus hombres, durante la tercera vigilia, salieron sigilosamente por las dos Puertas al Sur de la ciudad, unos a caballo, otros a pie, buscando desesperadamente una salida con destino a la lejana Roma.

Capítulo 84

El Evangelio de Juan.

Años 311 y 312

Eusebio se debatía ante una doble perplejidad. De una parte, la aparición de Lactancio en la vida de Constantino le llenaba de consternación. ¿Por qué no se habría quedado aquel hombre en su *Leptis Magna* natal? ¿Por qué se habría metido Lactancio en aquel viaje tan azaroso, para vender su idea sobre el fin del mundo y la manera de evitarlo, al mismísimo Augusto Jove Diocleciano? ¿Por qué habría querido el Augusto Diocleciano que su ahijado, Constantino, estuviera presente en la audiencia? Habían sido una serie de circunstancias encadenadas las que habían creado el maridaje entre Constantino y Lactancio, con el peligro que eso podía suponer para el Imperio. Porque la nueva doctrina que Constantino pretendía sembrar en sus dominios - que en breve iban a aumentar - era más primitiva y elemental que otras ya existentes. Resultaba difícil entender por qué tales sucesos se habían dado, uno detrás de otro, para originar la situación actual.

Por otra parte, Constantino le había llamado a él para colaborar, supuestamente, en la implantación de la nueva religión. Recordó que, ya en *Cesarea Marítima*, le había insinuado que un día le necesitaría y que tendría que atravesar todo el Imperio para acudir a él. Luego ya entonces, antes de acceder a la púrpura como sucesor de su padre, tenía el plan forjado. Si los hados habían permitido tanta insensatez aunada, también le habían puesto a él en el lugar oportuno, en el momento oportuno. ¿No sería para que pusiera un poco de orden entre tanta barbaridad? Eusebio así lo creía.

Sea como fuere, él no podía colaborar de manera neutra en una impostura tan aberrante. Mal estaba inventar un personaje ficticio y adjudicarle divinidades irreales y sucesos mágicos sólo del gusto de los ignorantes. Pero en sus conversaciones con Lactancio había descubierto que había algo más. Algo que se mantenía oculto. No se le borraría nunca de la memoria la primera vez que salió el tema. Él había sacado el asunto que le interesaba para pulsar la opinión de Lactancio.

- "¿Y cómo pensáis que convivirán en un futuro el Cristianismo y las Escuelas de Sabiduría de Atenas? ¿Veis posible alguna convergencia? ¿O serán dos creencias diferentes, cada una con sus seguidores?"

- "No, no, no, de ninguna manera. No hay convivencia posible con el error. Todas las creencias en dioses múltiples deben ser barridas de la faz de la tierra. Mientras haya hombres en el Imperio que rindan culto a los dioses del Olimpo, a la Tríada Capitolina, que acudan a los misterios de Isis y Osiris, o sigan a cualquiera de las falsas religiones, no dejaremos de estar en peligro. Es necesario exterminarlas todas. El culto al Dios único, y a su Hijo Jesucristo, debe imponerse en todo el Imperio. Sólo entonces habremos conjurado el peligro del enojo divino. De lo contrario, todo el trabajo realizado sería estéril."

- "Pero los seguidores de Sócrates, las Escuelas de Estoicos, Escépticos y Epicúreos, no creen en dioses múltiples, sino que ponen su empeño en cultivar las virtudes y en agradar a Dios ..."

- "¡Ésos son los peores! Porque bajo su apariencia de respetabilidad esconden la semilla de la discordia y los errores más infames. Ya he escrito varios libros en que se ponen al descubierto sus infamias. Vos debierais saberlo, pues habéis leído mis obras."

- "Sí, lo recuerdo, pero entendí que os referíais a los dioses del Olimpo, no a las Escuelas de Atenas, hoy extendidas por todo el orbe conocido."

- "Me refería a ambos. Y ambos son igual de peligrosos y perjudiciales para la implantación del Cristianismo en todo el Imperio. Incluso a los bárbaros habría que inculcarles las ventajas del Cristianismo. A los bárbaros que nos sirvan, claro está."

- "Entonces, ¿pensáis que algún día el Cristianismo se convertirá en la creencia predominante en el Imperio?"

- "Desde luego. Y mucho antes de lo que pensáis, mi querido amigo, mucho antes de lo que pensáis."

Eusebio se había quedado un instante callado, reflexionando. Quiso saber más.

- "Permitidme que os exprese una duda, gentil Lactancio. No sé si en cuanto decís habla sólo vuestro deseo, o bien os basáis en algún indicio sólido que dé base a vuestras previsiones. ¿Existe ese indicio sólido, aparte de vuestro deseo? Si no podéis responderme, o no lo deseáis, lo comprenderé."

- "Creo que a vos puedo informaros. En mis conversaciones con el Augusto éste me ha informado de que en un principio habrá que ser cautos y proponer la nueva religión como una creencia más, que conviva con las ya existentes, todas ellas falsas. Pero más adelante, una vez lograda la implantación del Cristianismo en todo el Imperio, el apoyo del Augusto Constantino y las medidas que se implantarán lograrán que todas las falsas religiones caigan en descrédito y dejen de practicarse. Tal vez haya que esperar el paso de una generación, y ni vos ni yo lo veamos, pero os puedo asegurar que el objetivo del Augusto es hacer del Cristianismo la religión única y universal del Imperio."

- "Bien, eso me tranquiliza - mintió descaradamente Eusebio - porque estaba sospechando que todo era fruto de vuestra impaciencia y que todo el trabajo que estábamos haciendo era para una meta modesta; una meta que, en cierto modo, no merecía demasiado la pena."

- "Tranquilizaos, mi buen Eusebio - había seguido Lactancio - estamos trabajando en una obra grande. Las generaciones venideras recordarán nuestros nombres con veneración, dadlo por seguro."

"Eso me tranquiliza", había respondido Eusebio con la más inocente de sus sonrisas.

De modo que no se trataba de crear una nueva religión. No. Se trataba de erradicar del Imperio todas las demás creencias, incluida la Sabiduría de los antiguos. Eso era lo que preocupaba a Eusebio. Algo raro había intuido al ver que en las obras de Lactancio se insistía continuamente en el vocablo "*pantas*" - que en griego significa "*todos*" - cuando se refería a "todas las naciones", "todos los pueblos", "todos los hombres". "Todos" debían terminar, en plazo breve, adoptando la nueva religión, el Cristianismo, la religión del Augusto Constantino. Realmente, la visión mágica de Lactancio.

Por eso no dejó de dar vueltas a su cabeza hasta encontrar un antídoto a semejante monstruosidad. Y al poco le llegó la idea de la doble

redacción. Fue una noche. Se había acostado. Todavía estaba impresionado por la conversación tenida hacía poco con Lactancio. Y de pronto apareció en su mente la posibilidad de crear una ficción dentro de la ficción que se estaba generando. Podía dar un giro a la situación, al plan del Augusto, si él componía sus relatos creando una historia paralela a la que Lactancio había inventado.

Podía hacer un relato muy corto, creando un Jesús Maestro, un sabio que mantuviera el modelo establecido por los antiguos, de mejorar personalmente cada ser humano en virtud y en saber. Empleando los medios que se conocían desde tiempos inmemoriales, hacer lucir la lámpara interior, la Luz innata, la semilla de *Logos*. Luego podía recubrir ese relato con mil frases que llevaran la doctrina de Lactancio.

Y, llegado el momento, una vez hubiera muerto Constantino, destapar el asunto de la doble redacción. Habría existido en *Galilea*, en tiempos de Herodes, un hombre sabio, un Maestro de Sabiduría, y su predicación vendría en los relatos primitivos que Eusebio había construido. Pero luego vinieron otros, unos falsificadores, que habrían añadido lo de los milagros, las apariciones, la fundación del Cristianismo, la resurrección y el mandato de ir a predicar por todo el mundo. Toda la segunda etapa de redacción era una falsificación. La realidad estaba reflejada en la primera etapa de redacción. Y el Maestro judío no haría sino coincidir con todos los Maestros de la Antigüedad. De ese modo, la iniciativa de Lactancio quedaría anulada. Todo quedaba como estaba antes de la entrada en escena de este hombre maléfico.

Eusebio se había puesto manos a la obra con su plan. Incluso la circunstancia de residir en inmuebles distintos Lactancio y él favorecía la independencia de cada redactor. Lactancio seguía ubicado en el Pretorio. Ello era casi necesario desde que había sido nombrado preceptor jefe del joven Crispo, el hijo de Constantino. Diariamente, a la tarde, el preceptor de hecho, Domicio, daba cuenta a Lactancio de lo sucedido en la jornada. El control sobre cuanto hacía y decía el hijo del Augusto no podía ser más exhaustivo.

Y Eusebio había pasado, de la casa de hospedaje, donde inicialmente residió, a su nuevo puesto como bibliotecario jefe de *Augusta Treverorum*. Un año después de su llegada a la capital, Constantino le citó y le designó para el puesto. Sin duda, pensó luego Eusebio, Constantino había querido asegurarse de que su amigo de antaño, él, congeniaba e iba a

trabajar con su mentor ideológico, Lactancio. Constantino había destinado al antiguo bibliotecario a mejorar la Biblioteca de *Hispalis* (Sevilla), como bibliotecario de la misma, y a promocionar las Bibliotecas de las Colonias de la *Bética*, en *Hispania*. De ese modo había dejado el puesto vacante para Eusebio.

La vivienda destinada al bibliotecario jefe de *Augusta Treverorum* era modesta, como modesta era la Biblioteca de la ciudad. Pero aun así, era mucho mejor que su anterior residencia en *Cesarea Maritima*. También su retribución era muy superior. Constantino había hecho honor a su palabra en este aspecto. El despacho, donde recibía las visitas, era amplio, con un gran ventanal a la calle, una sólida mesa, una silla con apoyabrazos y media docena de banquetas. Varios armarios para rollos se extendían contra las paredes.

En el *andrión* de su vivienda era donde Eusebio trabajaba, su despacho privado. Allí tenía su mesa de trabajo, con los útiles de escribir, una mesa auxiliar, para colocar sobre ella los rollos en uso, y un par de baúles, con sus códices y rollos más queridos. No había más que una silla, la suya.

Eusebio no recibía a nadie en su despacho privado. Incluso mantenía cerrados los postigos de su ventana. Trabajaba siempre a la luz de las antorchas o de las velas. Nadie sabía cuándo trabajaba y cuándo no. Y eso que trabajaba mucho en las redacciones múltiples a que se había obligado.

Había además, tres *cubiculae* (habitaciones) en la casa, que empleaba para su vida familiar. Dos eran para las niñas. En la otra dormían Eusebio y Lidia. Y un atrio, con su *impluvium*, en el centro.

Casi tres años después de terminado el Evangelio de Marcos, había iniciado el que adjudicaría a Juan. Eusebio quería mejorar algún aspecto de lo hecho en Marcos. Todo había ido bien con Marcos Original, la primera etapa de redacción, por lo que el Original de Juan lo redactó de manera similar. Si en Marcos Original apenas colocó discípulos con sus nombres, en Juan Original no colocaría ninguno. Todo el relato trataría sobre la doctrina de ese Maestro judío, que, si bien no había existido nunca, al menos no trastocaba el panorama ideológico ya implantado en el Imperio.

Un aspecto que cambiaría sería la estructura que daría a Juan. Si Lactancio había hecho todos los textos con la misma estructura - todo lo

perfectas que él sabía hacerlas - también él daría a Juan, y a cuantos autores nuevos hiciera, el mismo tipo de estructura. Que no fuera sólo Lactancio el que cometiera tal error.

Conforme avanzaba en su redacción, Eusebio decidió no tomar ningún episodio de los que ya habían salido en los otros tres Evangelios. Aunque repetiría algunos párrafos con los movimientos del Hijo de Dios a lo largo de *Judea* y *Samaria*, todo el material de su nuevo Evangelio sería inédito, sacado de su propia imaginación. Estaba harto de los milagros de Lactancio. [1]

Lactancio … a veces tenía la impresión de que jugaba con él, tan ingenuo era, tan desconocedor de la vida. Hijo de familia acaudalada, se había pasado la vida administrando los bienes familiares, siempre en posición de dominio. Eso le había preparado muy mal para los avatares de la vida. Y ahora que se había metido a falsificador, falsificaba muy mal. Y, lo que es mejor aún, no se daba cuenta.

Pero había llegado antes, era el titular de la idea y había impuesto su estilo, sus preferencias [2]. Y Eusebio, que había gozado de la confianza de Constantino desde muchos años atrás, ocupaba ahora la posición de segundón. Como Eratóstenes, al que apodaban "el *Beta*" - la segunda letra del alfabeto griego - porque siempre había un "número uno" que le aventajaba. No le incomodaba ser el segundo, sino el descalabro que podía suponer que el plan de Lactancio triunfase. Pero para eso estaba él, para hacerlo fracasar.

Pensó con nostalgia en su tranquila vida en *Cesarea Marítima*, teniendo que pelear sólo con rollos y libros. Algún enfrentamiento había tenido, pero de menor cuantía. Su habilidad le había hecho salir triunfante de los obstáculos que la vida le había presentado. La actual estaba siendo su mayor prueba. Pero en *Augusta Treverorum* tenía varios motivos de consuelo, Lidia, sus tres hijas, Crispo y Constancia.

Nota del Autor.

[1] En el "Anexo 9. Juan" se ofrece el Capítulo 1 Original del Evangelio de Juan, en castellano, y acceso al mismo en griego.

[2] Obras de Lactancio en las que figura como autor:
"Las Instituciones Divinas",

“De la obra creadora de Dios”
“De la ira de Dios”
“Sobre la muerte de los perseguidores”.

Obras escritas por Lactancio haciéndose pasar por otro autor:
“Contra las naciones”, escrita como si fuera de Arnobio.
“Octavio”, escrita como si fuera de Minucio Félix.
“Tres libros a Autólico”, escritos como si fueran de Teófilo de Antioquía.
“Carta de Bernabé”, escrita como si fuera de un tal Bernabé.
“El Pastor” escrita como si fuera de Hermas.
“Epístolas”, escritas como si fueran del Papa Clemente.
Dos Apologías y “Diálogo con Trifón”, hechas como si fueran de Justino mártir.
“Discurso contra los griegos”, escrito como si fuera de Taciano.
“Legación por los cristianos y “La resurrección de los muertos”, de Atenágoras.
“Apología”, escrita como si fuera de Arístides.
“El escarnio de los filósofos paganos”, escrito como si fuera de Hermias.
Toda la obra de Cipriano de Cartago, de Clemente de Alejandría y de Tertuliano.

Capítulo 85

De Verona a Roma.

Año 312

Los generales romanos no se conformaban con elegir un terreno que les fuera favorable para la batalla. Y lo era un terreno en el que las tropas propias ocuparan una posición dominante y el enemigo, que debía llegar al lugar más tarde, se viera obligado a ocupar una zona de menor altura. Pelear cuesta arriba era peor que pelear cuesta abajo. Y, en caso de retirada, ésta podía convertirse en un desastre para el enemigo, que presumiblemente estaba más cansado y desmoralizado que el eventual perseguidor.

No ser flanqueado era otro objetivo de la elección del terreno, sobre todo si se luchaba contra un enemigo superior en número. Convenía entonces encontrar un terreno con accidentes naturales que limitaran la anchura de la zona de lucha a la anchura de la formación propia. Ríos, zonas pantanosas, bosques espesos, montes escarpados y barrancos profundos eran algunos de tales accidentes naturales.

Pero desde tiempos de Julio César los generales romanos no confiaban sólo en el terreno. Construían sobre el terreno, para amoldarlo a sus maniobras futuras. Construían fortificaciones de madera, empalizadas, con un pequeño paseo de ronda, para poderla defender si llegaba el caso. Una empalizada impedía el acceso a la caballería, con lo que se evitaba la posibilidad de flanqueo, de ser atacados por detrás.

Es lo que hizo Farnaces, hijo de Mitrídates VI, Rey del *Ponto*. Mitrídates VI luchó contra los romanos, perdió, vio conveniente suicidarse, antes de caer en manos romanas, y le despojaron del reino, que pasó a ser regido por un Gobernador. Su hijo, Farnaces, aprovechando la guerra civil entre Julio César y Pompeyo, retomó parte del reino de su padre. El gobernador de Siria, Domicio, marchó contra él. Domicio era el perseguidor, el que tenía interés en que la batalla se diese. Farnaces era el perseguido, y podía elegir el lugar de la batalla. Eligió la ciudad de *Zara*, donde se había refugiado con sus tropas. Farnaces sabía que su enemigo le aventajaba en caballería.

Antes de la llegada de los romanos formó a sus tropas en orden de batalla, bajo las murallas de la ciudad, y construyó dos muros, tipo empalizada, desde los extremos de su ejército, hacia atrás, hasta las murallas de la ciudad. Con esos muros cubría los lados de su ejército e impedía el flanqueo. Cuando se dio la batalla, la ganó Farnaces.

Eso no impidió que, enterado Julio César de la derrota del Gobernador, llegara, viera cómo estaban las cosas y, en una campaña de seis días, venciera a Farnaces. Farnaces sobrevivió a la batalla contra César, pero tuvo que huir al *Quersoneso* y allí alguien, enviado por los romanos, lo apuñaló. La rápida derrota de Farnaces permitió a César acuñar su célebre frase "*Veni, vidi, vici*" ("Vine, vi y vencí"). La frase era una crítica a Pompeyo, su enemigo, ya difunto, que había basado su fama en sus derrotas a ejércitos de Oriente. Ejércitos que, a juicio de Julio César, no valían nada.

En Verona Constantino era el perseguidor. Y tenía, además, prisa en terminar con la resistencia de Ruricius en Verona. No le interesaba un sitio para tomarla por hambre, sino llegar cuanto antes al asalto. Por eso la atacó con las máquinas de sitio. Pero hizo algo más. Situado en el lugar de Ruricius pensó en la posibilidad evidente de hacer una salida y huir a Roma, antes de soportar un asalto que pondría fin a la resistencia de la ciudad. Con las murallas destrozadas, la ciudad estaba perdida, dada la superioridad numérica de los sitiadores.

Era la opción que más convenía a Constantino, que Ruricius y sus hombres abandonaran el refugio de las murallas de Verona y salieran a campo abierto. Mientras se daba el asedio con las máquinas de sitio, Constantino había mandado construir una barrera de árboles a algo menos de una milla de distancia de la ciudad, aprovechando zonas fuera de la vista de Verona. Repartido el trabajo de poda de árboles entre las cinco Legiones, la barrera quedó terminada en dos días. Habían dejado pequeños pasos, que sólo eran conocidos por los sitiadores. La mitad de las tropas dormían durante el día y se apostaban por la noche en la barrera, a la espera de una posible salida del enemigo. Toda la caballería se sumaba a tal misión.

De ahí que, cuando en medio de la noche del quinto día de comenzado el asedio, los soldados y jinetes de Ruricius salieron de la ciudad sigilosamente a media noche, los de Constantino les estuvieran esperando junto a la barrera de árboles caídos que les impedían el paso. Era de noche, pero los de Constantino tenían antorchas dispuestas, que alumbraron, para distinguir a propios y extraños. Todos los soldados de Constantino llevaban dos tiras blancas de tejido sobre las hombreras de sus corazas. Eso les permitía distinguirse en la oscuridad.

Fue una lucha despiadada, cuerpo a cuerpo, a muerte. No habría piedad con el vencido y todos lo sabían. Casi todos los soldados y jinetes que huían fueron muertos, Ruricius entre ellos. Cayó de los primeros. Murieron todos menos dos oficiales. Tuvieron la astucia de, aprovechándose de enemigos muertos, quitarles los brazaletes blancos y colocarlos sobre sus hombros. Con eso pudieron pasar entre sus enemigos sin ser atacados. Una vez en la barrera, la dejaron atrás sin dificultad y se perdieron en la oscuridad. Tomando caballos robados, llegaron días más tarde a Roma y pudieron dar al Augusto el mensaje que su comandante les había encargado.

Majencio sólo confiaba en su Prefecto del Pretorio. Y éste le mandaba un mensaje desde ultratumba. No debía esperar a Constantino dentro de Roma. Si lo hacía estaba perdido. Constantino no era como Galerio, empezó a sospechar Majencio. Venía con máquinas suficientes para quebrar las murallas de Roma. Murallas que, por ser muy largas, tenían más posibilidades de ser destruidas en múltiples puntos. Y produciéndose un ataque múltiple, alguno de ellos tendría éxito y el enemigo tomaría parte de la ciudad de Roma. Con lo que la batalla se convertiría en una lucha callejera, con iguales posibilidades para ambos bandos. Ruricius tenía razón, pensó Majencio. Y se decidió.

Si Majencio hubiera sido una persona con seguridad en sí mismo, hubiera hecho partícipe de sus reflexiones a sus generales. Y éstos se hubieran visto aliviados de la carga que les oprimía, la de ver que su Augusto no reaccionaba ante la amenaza inminente. Pero Majencio se guardó la información recibida. Aunque ya tenía decidido pelear en campo abierto, aparentó seguir con la idea de resistir dentro de Roma.

Desconfiaba de todos. Creía que si exponía su decisión de esperar al enemigo en orden de batalla, alguno de sus oficiales podría pasar esa información a Constantino y ello resultarle perjudicial. Por eso, incluso ordenó destruir un par de arcos del puente por el que la unión de las *Vías Cassia* y *Flaminia* cruzaba el *Tiberis Flumen* (rio Tíber), al Noroeste de la ciudad. Era el puente *Milvio*, antes llamado Rocas Rojas. Constantino venía del Norte por la *Vía Flaminia*.

Los comandantes de las fuerzas de Majencio no se limitaron a lamentar que su Augusto no estuviera haciendo honor a su cargo. De manera individual la casi totalidad llegaron a la conclusión de que no debían exponer su propia vida, ni la de sus soldados, defendiendo a un hombre indigno. Y enviaron, cada cual por su parte, mensajeros de confianza al campamento de Constantino, cuando éste estaba ya cerca de Roma, con diversas propuestas, más o menos exigentes, para compensar un eventual paso de sus tropas al bando de Constantino.

Capítulo 86

El comerciante de *Tarraco*.

Año 312

La convulsión que estaba teniendo lugar en el Norte de Italia, con el sitio de Verona y la toma de la ciudad por las tropas de Constantino, se difundió con rapidez por todo el Imperio. La posta imperial jugó un papel fundamental en esta transmisión. Un mes después de que Verona se hubo rendido, la noticia de que el ejército de Constantino se dirigía con las máquinas de sitio hacia Roma llegó al Sur de *Hispania* y a conocimiento de Osio. No se hablaba de otra cosa en el Foro de *Cartago Nova*. Los comentarios eran, claro está, favorables al César Constantino y las *cauponae* (tabernas) cercanas al Foro notaron un aumento de clientes y un mayor consumo de vino.

Hacía ya muchos meses que Osio fraguaba la idea de dejar *Cartago Nova*, quizás para siempre, e intentar entrar al servicio del César Constantino. Todo empezó cuando su amigo Sempronio marchó para *Tarraco* de manera definitiva. Había hecho un viaje previo con él y con su capataz, para ver las posibilidades de montar el negocio de redes en *Tarraco*. Y las perspectivas habían sido favorables. Habían mirado varios terrenos y con su ayuda consiguió adquirir uno apropiado a un patricio de la localidad. Osio intervino muy activamente en la negociación y Sempronio le quedó muy agradecido. Lo celebraron como acostumbraban y esta vez Sempronio, que había recibido la parte que le iba a corresponder de la herencia de su padre, invitó a Osio, y no a la casa particular de una fulana, sino a la mejor mansión que había en el barrio del placer de *Tarraco*.

Pero aquellos tiempos felices habían dejado paso a otros no tan halagüeños. Sempronio poco después se fue a Tarraco y aunque al principio volvía con frecuencia a *Cartago Nova* para tratos con su padre y su hermano, poco a poco fue distanciando sus viajes y luego éstos cesaron casi por completo. Sempronio le comunicó por carta que se iba a desposar con la hija de un magistrado de *Tarraco*, a la que había dejado embarazada.

Osio le respondió con una misiva por demás jocosa, donde encomiaba a su amigo por haber entroncado con un magistrado gracias a una jugada magistral. Pero sintió mucho la ausencia de su único amigo en la ciudad.

Poco después de la marcha de Sempronio, su padre enfermó de una infección al vientre y murió en pocos días. Osio tuvo que encargarse de

todas las formalidades para incinerar a su padre, llevar las cenizas al panteón familiar, pasar por los formalismos precisos para la transmisión de los bienes de la familia y ocuparse de su madre, que había quedado como ausente tras la muerte de su marido. Ni siquiera las atenciones de las dos hermanas pequeñas de Osio, una de las cuales ya estaba casada y con un niño pequeño siempre a su lado, lograban sacarla de su ensimismamiento y falta de interés por todo lo que la rodeaba.

Osio nunca pensó en vender su patrimonio, a pesar de que podría hacerlo, ahora que era el *paterfamilias* y dueño de todo. No estaba seguro de que su plan pudiera llevarse a efecto. Y por eso había decidido que, de cara a todos, él iba a hacer un largo viaje por las *Galias*. Su idea había sido desplazarse hasta *Augusta Treverorum*, residencia del César de las *Galias* y ofrecerle allí sus servicios. Ya había hecho valer sus influencias en la ciudad para conseguir un par de cartas de presentación de las dos máximas autoridades de *Cartago Nova*. Pero al saber que Constantino estaba en marcha con un pesado ejército en dirección a Roma, cambió su destino. Iría a Roma.

Y de paso, haría escala en *Tarraco* y visitaría a su viejo amigo. No podría detenerse demasiado en *Tarraco*, pero sí conocer a la beneficiaria de la magistral jugada y, tal vez, sin duda, correrse la última juerga con su amigo, que ahora debía conocer perfectamente la fauna local.

Aunque tal vez iría más directo en un viaje por barco, vía África, Sicilia y Ostia, decidió hacerlo por el Norte, costeando *Hispania*, el Sur de la *Galia* y, finalmente, Italia. En ningún puerto se detendría, salvo en *Tarraco*.

Osio obtuvo de sus banqueros una suma suficiente para hacer el viaje como correspondía a su dignidad. Se llevó la guardia personal que había sido de su padre, seis fornidos esclavos negros, adiestrados como guardaespaldas por un *lanista* (entrenador de gladiadores) de *Hispalis* (Sevilla), y tomó un barco que se dirigía a *Tarraco* a mediados de Agosto del año 312. Tenía 36 años.

Sus planes se fueron cumpliendo puntualmente. Tampoco era una empresa difícil viajar si se tiene la bolsa bien repleta, como era el caso de Osio. En *Tarraco* su amigo se llevó una gran sorpresa, y una aún mayor alegría, al ver aparecer a su amigo de improviso. Osio se disculpó, diciéndole que no había tenido tiempo de mandarle un correo, ya que el viaje era un tanto improvisado. Nada le dijo de Roma. Su destino oficial

eran las *Galias*. A su amigo se lo planteó como un viaje de placer, para ampliar sus conocimientos y relaciones.

Conoció a la esposa de Sempronio, una joven agraciada, aunque no hermosa; amable y muy bien educada. El niño, pues había sido varón, tenía poco más de un año y estaba en esa edad horrible en que algo andan, pero pasan más tiempo en el suelo, llorando, que andando sobre sus patizambas piernas. Osio aborrecía la paternidad, sobre todo después de ver a su hermana. Su madre se había empeñado en que vivieran en la casa principal, con la familia. Pero, finalmente, el padre decidió que irían a vivir a la mansión familiar. Los gritos del pequeño se oían, por la noche, en toda la casa.

Fueron de juerga, pero lo hicieron por la tarde. Sempronio le enseñó el edificio donde se almacenaban las redes y cordajes que llegaban de *Cartago Nova*. Allí estaba el capataz, que también se había unido a una esclava de Sempronio, comprada al llegar a *Tarraco*, y tenían una niña.

- "Aquí echa raíces toda planta que llega …" comentó Osio riéndose.

- "¿Y qué hay de ti?"

- "Yo sigo igual … un poco más aburrido y un poco más atareado, ahora que tengo que llevar los negocios de mi padre. Y un poco más solo, desde que tú te marchaste."

Sempronio calló. Le apenaba la soledad de su amigo. Pero no sabía qué podía decir, ni si decir algo le podría alejar de su amigo. Por eso calló y se guardó sus opiniones para comentarlas con su esposa, en el calor del lecho. Ella iba a ser una oyente mucho más comprensiva que lo pudiera ser él.

Lo llevó a cenar. Era la excusa en su casa, habían ido a cenar juntos y luego se les hizo tarde, recordando viejos tiempos. Realmente, cenaron sin demorarse y luego Sempronio le invitó al mejor prostíbulo de *Colonia Iulia Victris Tarraco*. Estaba en las afueras de la ciudad, en la calzada a *Barcino*, a poco más de una milla de *Tarraco*. A Sempronio le acompañaba su capataz. Osio no entendía qué hacía aquel hombre con ellos. Cuando el carruaje paró, descendió primero el capataz y entró en la casa. Al poco volvió a salir y le hizo una seña negativa con la cabeza. Entonces, Sempronio le dijo:

- "Vamos."

Los dos salieron del carruaje y se dirigieron hacia el establecimiento, que tenía iluminada la puerta de acceso por varias teas. El capataz se metió en el carruaje.

- "¿Y eso?", preguntó Osio, extrañado.

Sempronio dudó un momento, pero luego se sinceró:

- "Es por mi suegro. Viene aquí con frecuencia. Yo hago que el capataz entre primero y pregunte a cualquiera de las chicas. Si me dice que no, es que no hay peligro. Y si me hace un gesto afirmativo, es que ha venido y nos tenemos que ir."

Osio movió la cabeza, como dudando.

- "Pues sí que eres mirado con tu suegro … Pero bueno, tú sabrás ..."

- "Prefiero no tener disgustos con mi esposa …" dijo Sempronio, disculpándose.

Allá hicieron lo que iban a hacer. Y, como en *Cartago Nova*, se separaron a la hora de elegir.

"Las buenas costumbres hay que mantenerlas", se dijo Osio.

Les costó poco más de media hora. Volvieron a casa de Sempronio a una hora muy prudencial. Osio se alojó en la habitación de huéspedes. Al día siguiente agradeció a sus anfitriones lo amables que habían sido con él y se despidió. El barco, que cargaba y descargaba en el puerto de *Tarraco*, partía para *Barcino*.

Osio se daba cuenta de que dejaba en *Tarraco* enterrada una parte de su pasado. Y eso le dio mayor impulso para buscar un futuro diferente. A ser posible, lejos.

Capítulo 87

La batalla del Puente Milvio.

Año 312

El resultado del sitio a Verona no podía haberse resuelto de manera más favorable para los intereses de Constantino que la que se dio. La Guardia Pretoriana, que había venido para reforzar la guarnición de la ciudad, había sido eliminada. Y su Prefecto, con ella. Se buscó el cadáver de Ruricius Pompeianus y se le cortó la cabeza. Se envió la misma en una embajada a las ciudades del Norte de Italia que quedaban al Este de Verona, con un mensaje de invitación a unirse voluntariamente al nuevo Augusto que la Prefectura de Italia iba a tener.

La cabeza de Ruricius fue mostrada sucesivamente a las autoridades de *Patavium*, *Concordia*, *Aquileia* y *Tergeste*. No había tiempo de bajar por el *Ilírico*, aunque también dicha Diócesis formaba parte de la

Prefectura. Además, Constantino no podía recibir ayuda de esa región, demasiado alejada del teatro de operaciones. Todas las ciudades, al comprobar de modo fehaciente que el enviado por el Augusto Majencio para parar al invasor había tenido tan mal fin, se unieron al bando vencedor y se ofrecieron a aportar lo que el Augusto Constantino precisara en su noble labor.

Así, a la vuelta de los mensajeros, una semana más tarde, Constantino pudo considerar que toda la *Galia Transpadana* y la *Venetia*, le eran fieles. No dudaba que, en su camino hasta Roma, con toda seguridad nadie se le opondría, ya que la noticia de lo sucedido en Verona le precedería, a él y a sus carros con la maquinaria de guerra. Por tanto, en los primeros días del mes de Julio, Constantino salió de Verona con destino a Roma. La marcha le iba a costar dos meses y medio.

Y ello gracias a que Constantino requería el apoyo de las ciudades del itinerario para el suministro de bueyes, caballos y provisiones. No había querido hacerlo hasta hacerse con el control de toda la Italia del Norte. Pero una vez tomada Verona su forma de actuar cambió. Él era el nuevo Augusto.

Bajaron a *Bononia* (Boloña), hasta unirse a la *Vía Flaminia* en *Ariminum*, poco más abajo del río *Rubicón*. A partir de ese momento bordearon el Adriático. El tiempo era caluroso. El camino, llano y al borde del mar, se beneficiaba de la brisa marina al atardecer. Pero tan buenas condiciones duraron poco, las 35 millas que separan *Arinium* de *Fanum Fortunae*, donde la *Vía Flaminia* torcía hacia el interior para atravesar los Apeninos. Y los Apeninos causaron muchos problemas a las máquinas de sitio y, por tanto, a Constantino. Contando con el apoyo de las ciudades al paso, lo que permitía tener animales de carga de recambio, la velocidad había aumentado, y de ser 5 millas romanas al día, había pasado a ser 8 millas. No se logró la meta de Constantino, las 10 millas diarias, ya que los animales no podían dar más de sí. Y para lograr tal mejora hubo que ayudar a los animales con el esfuerzo de los hombres. Se seleccionaron diesiséis cohortes que se dedicaron a apoyar el transporte. Cada centuria, ochenta legionarios, tenía a su cargo dos carros y los empujaban por turnos. Especialmente en los ascensos el apoyo humano era fundamental para mantener una velocidad aceptable.

A lo largo de toda la marcha, la caballería actuaba como avanzadilla, comunicando a las aldeas del camino las necesidades que iba

a tener el ejército de Constantino. Éste había dispuesto que se pagaran los servicios que prestaran las aldeas.

El ejército de Constantino acampó en la noche del 26 de Octubre en *Ad Vicesimun*, a 18 millas de Roma. Lucía un sol espléndido y a media mañana, al dejar atrás una pequeña colina, la ciudad se mostró a los exploradores de la caballería de Constantino en todo su esplendor. El aspecto de la misma era impresionante. Una línea de murallas, el *Murus Aureliani* (Muro de Aureliano), se extendía en la llanura a lo largo de tres millas y media. El *Tiberis Flumen* (río Tíber) protegía todo el lado Oeste y algo menos de la mitad del lado Norte. El distrito XIV, el *Trans Tiberim*, formaba una cuña que sobresalía por el lado Oeste. Vista desde el Norte y en el centro se alzaba, imponente, el Capitolio y el *Arx* (la fortaleza), con sus elevadas murallas. Se distinguían los frontones y tejados decorados de multitud de Templos y Palacios.

Pero si desde el exterior la ciudad lucía como un día más de su vida cotidiana, en su interior la realidad era muy otra. La actividad era febril. Pero había sido mayor aún una semana antes. Majencio recibía información del avance del enemigo a diario, por medio de exploradores de caballería.

Por la misma fecha se había reunido con sus dos principales consejeros en obras civiles, para saber qué tiempo costaría construir un puente de barcas a nueve millas de Roma, donde el Tíber se llegaba hasta la *Vía Salaria*, Vía que partía de Roma hacia el Norte, en la ribera izquierda del Tíber. Constantino y su hueste llegarían por la *Vía Flaminia*, que discurría por la margen derecha del río. No quería que la batalla fuera visible desde las murallas de la ciudad. Majencio debía tener su ejército en orden de batalla poco antes de que su enemigo llegara al lugar. Había dado orden de instalar los campamentos de las Legiones traídas de África y del *Ilírico* en las afueras, al Norte de la ciudad, a lo largo de la *Vía Salaria*. La parte que quedaba de la Guardia Pretoriana pernoctaba en sus cuarteles de la *Castra Pretoria*, al Norte de la ciudad.

En un mapa de los alrededores de Roma, que abarcaba las primeras 50 millas extramuros de la ciudad, Majencio iba indicando con alfileres de cabeza gruesa los puntos en que Constantino instalaba sus campamentos. De ese modo calculaba cuándo llegaría al lugar en que él le estaría

esperando con sus tropas. Con los datos que iba recopilando sobre el mapa, Majencio pudo prever que su enemigo llegaría al punto elegido por él al mediodía del 28 de Octubre. Dispuso que todos sus hombres pasaran el puente de barcas al amanecer, formando en la llanura elegida a lo largo de la mañana. Sus hombres estarían descansados. Los de su enemigo llevarían media jornada de marcha sobre sus espaldas. Eso también contaría.

A estas alturas Majencio tenía una idea muy acertada de qué fuerzas tenía Constantino. Y sabía que ambos tenían efectivos muy similares. Él tenía un poco más infantería que su contrario y éste le aventajaba en unos mil jinetes. Pero eso no marcaba apenas diferencia entre ambas formaciones. Sería el valor de los soldados y el favor de los dioses lo que decidiría el resultado de la batalla. Él ya se había ocupado de que se ofrecieran sacrificios continuos desde una semana atrás. Los dioses no se podían quejar del agasajo que desde la ciudad de Roma se les brindaba.

Pero había algo que Majencio desconocía. Su modo de actuar le había distanciado absolutamente de sus hombres. Y el cambio de buscar la protección de las murallas a presentar batalla en terreno abierto pareció a todos los comandantes una decisión fruto de la improvisación, y fue juzgada muy negativamente. Eso debía haberse hecho en el valle del *Padus*, no en Roma.

Majencio no tenía reuniones con sus comandantes, ni con sus asesores militares o civiles. Odiaba las reuniones. Nada más ser proclamado Augusto se reunió por primera vez con algunos de ellos y se encontró perdido. No era capaz de dirigir tantas conversaciones y no se sintió con capacidad para imponerse a todos ellos. En consecuencia, decidió que no tendría ninguna reunión más.

Los llamaría de uno en uno y en una conversación con cada uno trataría el tema que deseara y le daría la orden oportuna. Esta manera de actuar le distanció de sus mandos. Y éstos empezaron a dudar de la capacidad de acierto de su superior. El cambio, aparentemente repentino, de criterio sobre cómo hacer frente al invasor, fue el factor desencadenante. La mayoría de los comandantes al mando de las tropas decidieron pactar con Constantino en secreto.

Además, se daba un factor de extrañamiento entre los mandos de Majencio. Los que venían al mando de las fuerzas de África y del *Ilírico* eran desconocidos para todos y tampoco se conocían entre ellos. La falta

de confianza entre ellos hizo que nadie confiara a otro sus intenciones. Llegaron, por tanto, al campamento de Constantino mensajeros de todos los que dudaban en seguir a su Augusto. Había que fijar la manera de reconocer a las tropas eventualmente fieles de las que presentarían batalla siguiendo a Majencio. Éste no había indicado aún las posiciones de cada unidad sobre el campo de batalla. Por ello había mucho nerviosismo entre los afectados.

Desde el campamento de Constantino se dio la consigna de que las tropas que fueran a rehuir la batalla se colocaran vueltos los soldados hacia su derecha. De ese modo no podían avanzar, ofrecían el lado desarmado a su enemigo y las Legiones de Constantino ya sabían a quiénes no debían acometer.

Al amanecer del día 28 de Octubre del año 312, año séptimo de Constantino, los dos ejércitos se encontraron en la llanura situada entre *Fidenae*, *Arx Vejens* y Roma, pasado el pequeño río *Cremera*, afluente del Tíber. La llanura tenía aproximadamente forma de cuadrado y medía algo más de cinco millas (ocho km.) de lado. Los mandos habían sugerido que el Augusto Majencio colocara sus fuerzas cruzadas sobre la *Vía Flaminia*, dando frente al enemigo. Pero Majencio impuso su criterio de formar a sus hombres dando la espalda al río, con lo que estarían paralelos a la calzada por la que venía su adversario.

Conforme se acercaba a Roma, Constantino había aumentado la frecuencia de envío de exploradores. Y éstos le indicaron a primera hora de ese día que el enemigo estaba desplegando sus Legiones en el punto en que lo hacía. En consecuencia, en *Saxa Rubra* sus tropas dejaron la *Vía Flaminia* para cruzar el río *Cremera* por un vado que los exploradores habían encontrado. Era apenas un arroyo y casi todo su curso discurría por zona vadeable. Dando un pequeño rodeo, accedieron a la llanura desde el Oeste, en posición frontal respecto a las tropas de Majencio.

Todos los comandantes sabían que había Legiones contrarias que deseaban pasarse al bando de Constantino y la manera de reconocerlas, para no cargar contra ellas. Constantino desplegó sus hombres como había acordado con sus comandantes. Lo hizo a sólo a 500 pasos (150 m.) de las líneas de Majencio. Los soldados casi distinguían los rostros de sus enemigos. La caballería en las alas y las Legiones, en *triplex acies*, en el centro. Sus hombres habían tomado un refrigerio de sus provisiones, sin parar la marcha, al desviarse hacia los vados. Podían aguantar sin probar

bocado hasta el atardecer. Los hombres de Majencio estaban formados desde media mañana. Cuando el despliegue estuvo realizado, el silencio se extendió sobre ambos ejércitos. Majencio estaba situado en el centro de su formación, en la parte trasera. Nadie se movió. Pasó media hora y ambas formaciones permanecían en sus posiciones iniciales. Pasó otra hora. Constantino no hacía signo alguno a sus hombres.

Majencio se impacientó. Consultó por un mensajero a su nuevo Prefecto del Pretorio. Todos esperaban que el invasor atacara primero. Pero ya que no lo hacía, lo harían ellos. Y, de acuerdo con su Prefecto, Majencio dio orden a la trompa para que sus hombres iniciaran la marcha lenta hacia delante. La Guardia Pretoriana, un total de 7.500 hombres, iniciaron el avance. Y otra Legión, situada a la derecha de la Guardia.

Pero las otras tres Legiones no avanzaron, giraron hacia la derecha y permanecieron en sus posiciones. La caballería debía aguardar órdenes, pero en lugar de ello, las dos alas al completo giraron y partieron al galope, saliéndose en poco tiempo del campo de batalla.

Con el enemigo real definido, Constantino hizo una señal y las trompas dieron la orden de avance lento. Mientras avanzaban hacia el enemigo, los centuriones y tribunos de Majencio se percataron de que avanzaban menos de la mitad de las tropas. Pero ya era tarde para tomar decisiones. Las filas de los *hastati* de Constantino estaban a punto de entrar en contacto con ellas. Unos instantes después se produjo el choque de las primeras filas de los dos ejércitos. Los *hastati* de ambos bandos se enzarzaron en una pelea entre iguales. Todos los contendientes habían sido entrenados en iguales condiciones y todos sabían lo que debían y no debían hacer. Y lo hacían bien. De ahí que el resultado permaneciera incierto. Las bajas eran escasas y se daban en ambos bandos.

Pero las cohortes de las Legiones de Constantino contiguas a las que peleaban no tenían enemigo enfrente y empezaron a superar y luego a rodear a las Legiones de Majencio que estaban combatiendo. Éstas intentaron retrasar sus filas extremas para hacer frente también a quienes intentaban rodearles por el flanco. Ello hizo que perdieran la formación. Y eso fue el principio del fin. Cuando ya estaban definitivamente bordeadas, llegó la caballería a completar la labor. Y los jinetes de Constantino, sin caballería enemiga que les hostigara, empezaron a atacar a los soldados de Majencio por la espalda. Entonces se produjo la desbandada entre las filas de Majencio. Los combatientes, en su huída, buscaron el puente de barcas,

por donde habían accedido al campo de batalla. Pero si antes habían pasado en orden, en fila de a seis, ahora lo hacían en tromba. Y el puente sólo tenía anchura para que pasaran seis u ocho hombres a la vez.

Se produjo una aglomeración de soldados en la cabeza del puente. Muchos de los que estaban en primera fila, empujados por sus compañeros, que también querían acceder al puente, cayeron al agua. Con el uniforme militar sólo los muy hábiles lograron mantenerse a flote. Los más se hundieron en las aguas del Tíber.

La Guardia Pretoriana aguantó peleando un poco más. Pero terminó por iniciar una retirada, que al poco era ya una fuga flagrante. Los legionarios de Constantino y sus jinetes perseguían a los que huían y les atacaban por la espalda. Sólo unas pocas filas de pretorianos de Majencio les hacían frente, a la vez que retrocedían bajo el empuje de los contrarios.

Majencio, a caballo e impotente, nada pudo hacer para remediar el desastre. Al venírsele encima el grueso de sus hombres, inició, él también, la retirada hacia el puente, abarrotado ya por sus soldados. Nadie tenía en cuenta si el que iba a su lado era soldado, centurión, tribuno o el mismísimo Augusto. El objetivo de todos era salvar la vida. Majencio fue empujado, con su caballo, hacia el río, y, como la mayoría, cayó al cauce del mismo. El caballo se salvó, nadando hasta la otra orilla. El jinete, demasiado lento de movimientos, fue de los que se hundieron en las aguas.

Cuando los soldados que cayeron al agua y los afortunados que lograron pasar al otro lado desalojaron la cabeza del puente que daba al campo de batalla, cesó la lucha. Los legionarios de Constantino comenzaron a rematar a los enemigos caídos en el campo de batalla. Los distinguía de los suyos porque no llevaban tiras en las hombreras. Las bajas en su ejército fueron de apenas veinte muertos y unos treinta heridos. En el bando contrario se produjeron algo más de 10.000 bajas, entre muertos en el campo de batalla, los menos, y ahogados en el río Tíber, los más. Sólo 2.500 legionarios de Majencio consiguieron volver a la otra orilla y refugiarse en la ciudad.

Terminada la tarea de rematar a los vencidos, Constantino ordenó buscar a Majencio. Se registraron las orillas del río, agua abajo, y a las dos horas apareció su cadáver, cabeza abajo, entre unas matas. Su coraza, labrada y con incrustaciones de oro, le delataba. Lo llevaron ante Constantino y éste ordenó que le cortaran la cabeza y la clavaran en una pica. Ordenó a una *turma* de caballería llevar la cabeza a la ciudad y

pasearla por las calles principales. Al día siguiente la llevaría detrás de su carro, en el cortejo.

Nota del Autor.

Más tarde, el distintivo sobre los hombros fue el origen de una leyenda más de las muchas que se crearon sobre la vida del Augusto Constantino. Según la misma, obra también de Lactancio, Constantino habría tenido una visión, diciéndole que pusiera las siglas de Cristo sobre los escudos de sus soldados y con ese signo vencería. Lo hizo y venció. La leyenda omitiría las deserciones, para mayor gloria del vencedor.

Capítulo 88

Eusebio en Palacio.

Año 312

Eusebio había recompuesto ya su vida en *Augusta Treverorum*, similar a la que llevaba en *Cesarea Marítima*. A fin de cuentas, no había cambiado más que el clima. Había tenido que establecer relaciones nuevas, ya que todas las que hiciera anteriormente en *Cesarea Marítima* las había perdido. Su vida familiar prosiguió como si no hubieran recorrido miles de millas en el traslado.

Había conseguido de Constantino, la contratación de dos escribas y un aumento de la mitad del presupuesto de la Biblioteca. La compra de volúmenes iría acompasada con el presupuesto. Y el que había era escaso. También era necesario restaurar muchos libros, por haberse puesto desde antaño poco cuidado en los rollos almacenados en sus estanterías. Muchos no podían prestarse para su lectura, por estar rotos o muy deteriorados.

Había hecho el inventario de las obras existentes, dividiéndolas en aptas para la lectura y rollos a renovar. Y había elaborado la lista de renovaciones, con la prioridad que creyó oportuna. Vigilaba la labor de los escribas cada día. El más joven atendía a los ciudadanos que acudían a la Biblioteca, que, afortunadamente, eran pocos de momento. Él se preocupó de conocer personalmente a los que venían a leer a la Biblioteca, buscando relaciones interesantes. No había encontrado todavía ninguna.

Estaba luego su trabajo como redactor de "textos sagrados", labor que ocupaba la mayor parte de su tiempo, y en la que a estas alturas se manejaba francamente bien. Había ya conseguido un *statu quo* con Lactancio, de manera que cada cual se ocupaba de sus obras y sólo una vez terminadas se intercambiaban, sólo para su lectura. Lactancio había intentado que modificara algún pasaje de sus Evangelios, pero Eusebio se negó. También se negó a añadir más pasajes del gusto de Lactancio, con nuevos milagros, apariciones y profecías. Había habido un período de cierta tensión entre los dos, pero eso ya pertenecía al pasado.

Por último, aunque lo más grato, estaba su "trabajo" en Palacio. Cuando llevaba un año de estancia en la capital, Constantino lo había introducido en Palacio. Le presentó a su madre, Elena, a su madrastra, Teodora, y a su esposa, Minervina. Luego, éstas le hicieron conocer a sus hijos, seis de Teodora, y a Crispo, primogénito de Constantino.

Eusebio no entabló una relación ni siquiera de mínima confianza con ninguna de las mujeres que rodeaban a Constantino, pero sí observó que entre ellas la relación era escasa. Elena, la madre de Constantino, era una mujer orgullosa, reservada y distante. Dedujo que el tiempo que estuvo alejada del que había sido su esposo, el César Constancio, y el hecho de ser repudiada, la habían marcado con un cierto despecho hacia los que la habían sustituido en el cariño de éste. Y apenas se trataba con Teodora ni con sus hijos, a los que evitaba.

Teodora, en cambio, era una mujer austera, seria, dedicada a sus hijos. Éstos eran todo lo que le importaba y daban valor a su vida. Era consciente del distanciamiento que existía con la primera esposa de su difunto marido, y eso la reafirmaba en la dedicación exclusiva a sus hijos. Éstos la respetaban y obedecían. Teodora nunca le dirigió la palabra por propia iniciativa, pero era cortés con Eusebio, posiblemente, pensaba éste, por la deferencia que siempre le había mostrado Constantino. Eusebio también la evitó, y nunca intentó fomentar el trato con ella.

Minervina estaba en esa edad en que los años empiezan a dejar huella en el rostro de una mujer. Minervina añoraba los años primeros, en que todo su mundo había sido su joven esposo, tribuno que pasaba todo el día en su campamento, y Crispo, al que podía dar todo el cariño de su corazón. La situación ahora era muy diferente. En Palacio la autoridad era Teodora. Ella veía a Constantino aún menos que antaño. Crispo había crecido y se pasaba el día con su pedagogo o con sus amigos. Había

perdido casi totalmente a su marido y a su hijo. Y todo ello le había afectado, restándole la alegría que iluminó su vida en *Nicomedia*. Eusebio no podía decir cuál había sido su carácter original. Ahora pasaba desapercibida. Y también, aunque posiblemente por diferentes motivos que Elena o Teodora, rehuía su trato. Tampoco intentó tratarla, más allá de los comentarios superficiales cuando coincidían.

Afortunadamente, estaban los hijos de Teodora y de Minervina. Ellos eran la alegría de Palacio. Pero eran también el bullicio. Bullicio que a veces se convertía en una pelea declarada. Entonces acudía Teodora y, con voz de enfado, los mandaba cada uno a su habitación por un tiempo, a lo que ellos obedecían sin rechistar.

El mayor de los varones, Dalmacio, al igual que Hanibaliano, el tercer varón, era inconstante, distraído y un poco violento. Disfrutaba haciendo enfadar a sus hermanos y peleaba con Anibaliano siempre que estaban juntos. Se llevaban tres años, pero aun así Anibaliano, el menor, se imponía siempre al mayor, cosa que a éste le mortificaba mucho.

Julio Constancio era un niño inseguro, introvertido, débil. Su presencia pasaba desapercibida; no abría la boca. Tampoco reñía con sus hermanos, porque siempre que podía desaparecía y se recluía en su habitación, de donde su madre le sacaba cada día, mandándole a jugar con sus hermanos. No tenía amigos. Este carácter preocupaba mucho a Teodora, pero no tenía con quien compartir tal preocupación.

Constancia había sido el primer fruto de la unión entre el César Constancio y Teodora. Tenía doce años cuando Eusebio llegó a *Augusta Treverorum*. Serena, hablaba poco, pero lo que decía era preciso y acertado. Ello le hacía parecer mayor de lo que realmente era. Tenía sólo dos amigas de la infancia, con las que se mostraba muy unida. Le gustaba leer; y lo hacía en latín y en griego. Le gustaba el estudio, era muy inteligente. Su madre estaba encantada con ella.

"Qué gran ayudante hubiera tenido su padre si Constancia fuera Constancio", pensaba Eusebio en privado, pero se abstenía de hacer partícipe a nadie de su pensamiento secreto.

Anastasia, la hija mediana, era muy reservada, disfrutaba diciendo a todo el mundo los fallos de sus hermanos, era astuta y se las arreglaba para quedar siempre como la más inocente, aunque sabía bien cómo provocar a sus hermanos. La pequeña Eutropia sólo tenía nueve años. Si Constancia aparentaba ser mayor, Eutropia, al contrario, parecía más niña

de lo que era. De aspecto y modales dulces, era una niña inocente, aunque también tenía su genio, que mostraba muy raras veces. Seguía siendo la hija mimada que había sido siempre.

Crispo, hijo de Minervina, era un joven saludable y extrovertido. Tenía once años cuando Eusebio llegó a *Augusta Treverorum*. Era alegre, optimista, sociable, hacía amigos con facilidad; era un líder natural, el que organizaba los juegos de sus amigos que venían a Palacio, hijos de altos mandos de su padre. Y no porque su padre fuera el César, porque a esas edades los chicos no se guían por la autoridad mayor o menor de sus padres, sino por su forma de ser. Tenía una gran iniciativa y era inteligente.

Durante los cuatro años que Eusebio había frecuentado el Palacio imperial, había visto crecer a aquellos niños, algunos de los cuales habían pasado ya a ser jovencitos. Eusebio había observado una similitud entre los dos mayores, Constancia y Crispo.

Consciente del terreno que pisaba, Eusebio usaba dos medidas para sus visitas a Palacio. Las hacía con más frecuencia cuando Constantino estaba fuera. La mayor parte del tiempo estaba ausente de la capital, visitando la frontera germana, supervisando las obras en cualquier ciudad de la Diócesis, haciendo una visita por las ciudades de las *Galias* o en viaje de inspección en *Britania*. Cuando tenía noticia de que el Augusto había regresado, sólo iba a Palacio si Constantino le invitaba. Y cuando tal cosa ocurría, ambos encontraban un rato para hablar a solas sobre las novedades que había habido en Palacio y que él había captado a través de sus visitas.

Eusebio hablaba con su superior sobre los últimos avances realizados por su hijo. Siempre procuraba que las informaciones que ofreciera al Augusto fueran favorables. Las negativas, las disminuía, hasta convertirlas en anécdotas, o las callaba, si no habían sido públicas y él era el único testigo del desaguisado. Tampoco quería dar él informes favorables y que por otra fuente hubiera otra opinión adversa sobre un mismo hecho. Eso le restaría credibilidad y con toda seguridad enojaría al Augusto. Pero, felizmente, ese hecho no se había producido.

Libro 3

Ciclo de

Augusto Máximo

Capítulo 89
El triunfo.

Año 312

La nueva del resultado de la batalla voló enseguida a Roma. Al principio los romanos no se atrevían a creerla. Pensaban que fuera falsa, y que la satisfacción que pudiera ocasionar se convirtiera en un crimen. Sólo la vista del cabeza de Majencio, clavada en la punta de una pica, y portada por una centuria de soldados de Constantino, paseando por las principales calles de Roma al atardecer del día de la victoria, tranquilizó a los ciudadanos de Roma. Constantino había ordenado que, terminado el desfile del triunfo, la cabeza se metiera en un recipiente hermético, de metal, con hielo y se mandara al África, con la noticia del cambio sucedido en la más alta magistratura de la Prefectura de Italia. Media docena de naves de guerra partirían esa tarde rumbo a África, vía Sicilia, para cumplir la orden. Constantino no ignoraba la resistencia que había puesto la guarnición de África a Majencio y quería evitar cualquier problema.

Asegurados de que Majencio no existía, la ciudadanía romana, lanzándose a la calle, expresó su alborozo. Se abrieron todas las puertas de Roma. Nada pudieron hacer los escasos efectivos de la Guardia Pretoriana para evitar el entusiasmo de la plebe.

Dejando la *Vía Flaminia*, para tomar la *Vía Triunfalis*, Constantino, de pie sobre un carro adornado, atravesó con su séquito el *Campus*

Vaticanus, entrando en Roma por la *Puerta Triunfal*. Cruzó el Campo de Marte, pasando por el teatro de Pompeyo, el de Balbo y el de Marcelo entre vítores y aclamaciones. Todos los estamentos del Estado, Senadores, caballeros, plebe, con sus mujeres, niños y esclavos, Roma entera retumbaba de griterío y vivas al nuevo Augusto. Todo el mundo quería aproximarse a su carro. A los soldados que protegían el recorrido les costaba esfuerzo contener a la multitud. Nunca se había dado un triunfo tan exultante.

No se veían despojos de los vencidos, ni representaciones de las ciudades tomadas por la fuerza. Pero eran los propios romanos los que festejaban un Augusto que todos sabían más humano que el que les había regido. Su cabeza, clavada en la pica que el día anterior había desfilado ya por la Urbe, iba ahora detrás del carro del vencedor. Esto imponía un silencio al paso del carro de Constantino. Pero las aclamaciones volvían a producirse en cuanto el despojo de Majencio avanzaba unos pasos.

Era costumbre ancestral que todo desfile triunfal concluyera en el Capitolio, y allí, en el Templo de Júpiter y Juno, se ofrecía un sacrificio a Júpiter en acción de gracias. Constantino quiso seguir la costumbre y no comenzar con innovaciones. Era momento de confluir. Su plan aún no estaba maduro. Terminada la ceremonia religiosa, Constantino y su séquito prosiguieron la marcha hacia el *Mons Palatino*, donde Majencio había vivido hasta su partida para el campo de batalla el día anterior. Constantino había sido informado de que su viuda e hijo, por orden del Senado, estaban retenidos en un edificio anexo al Palacio, esperando instrucciones. Dicho Palacio fue el designado por Constantino para residir mientras estuviera en Roma. Podía haber elegido otras residencias, pero quería dejar claro que ahora el Augusto era él.

No hubo en Roma otra cosa que fiestas y espectáculos durante siete días, en los que la presencia del Augusto era el centro de atención de todos los asistentes. Acudieron los magistrados, personajes públicos, y multitud de personas particulares de todo el *Lacio*, la *Campania*, la *Umbría* y la *Etruria*, para ver al nuevo Augusto y tomar parte en el regocijo general.

La Ciudad, por medio de sus Senadores, se esforzó en conceder a Constantino toda clase de honores. Italia le regaló un escudo y una corona de oro. África creó una cofradía de sacerdotes dedicados a dar culto a la dinastía a la que pertenecía Constantino. El Senado de Roma mandó fundir una estatua de oro con su efigie. Puso su nombre a varios edificios

oficiales que Majencio había mandado construir en los seis años en que se mantuvo en el poder. Entre ellos se encontraba la Basílica, aún incompleta, que Constantino terminaría, y el Templo de Roma, construido por Adriano y renovado por Majencio. El Senado se ofreció a construir un Arco de Triunfo que dejara constancia a las generaciones venideras del triunfo de Constantino. En apenas unos pocos días estuvo preparada la inscripción que el mismo portaría. Decía así:

N	Pal.	Texto	Sumas	Estructura
1	4	**Imp**(erator) **Caes**(ar) **Fl**(avio) **Constantino**,	4	
2	1	**Máximo**,	5	
3	1	**P**(ius),	6	
4	1	**F**(elix),	7	-
5	1	**A**ugusto,	8	-
6	4	**S.P.Q.R.** (Senatus Populus Que Romanus)	12	3(3)
7	3	**Quod instinctu Divinitas**,	15	1(5)->5
8	2	**mentis Magnitudine**,	17	-
9	3	**cum exercitu suo**,	20	2(5)->6
10	3	**Tam de tyranno,**	23	-
11	5	**quam de omni eius Factione,**	28	1(7)->7
12	7	**uno Tempore justis Rempublican ultus est armis,**	35	2(7)->8
13	1	**Arcum**,	36	1(8)->8
14	2	**triomphis insignem**,	38	8(4)->11
15	1	**decavit**.	39	4(6)->9

Que significaba:

Al Emperador Flavio Constantino, Máximo,
Bondadoso, Feliz, Augusto, el Pueblo de Roma,
Inspirado por Dios, genio
Supremo, con su ejército,

Tanto del tirano, como de toda su
Faccion, en tiempo debido
Liberó a la República,
dedicó, este Arco Triunfal.

Había sido el propio Constantino quien había sugerido la idea de un Arco de Triunfo. El Senado, solícito, acogió la idea como suya. Comenzaba así a cumplirse la parte más ambiciosa de su plan, ser recordado como uno de los grandes Emperadores de Roma, como Severo, Trajano o Augusto. Pero el Senado de Roma había hecho más. A iniciativa de la mayoría de los senadores, había emitido un edicto por el que establecía que el primero entre todos los Augustos era Constantino. Y así quedó reflejado en el Arco de Triunfo, al adjudicarle el título de Máximo.

Constantino, instalado en la residencia imperial, se apresuró a tomar medidas contra quienes habían servido a Majencio de manera más entusiasta. Así, hizo detener a Aresius Melecianus, el nuevo Prefecto del Pretorio, nombrado por Majencio al saber la muerte de Ruricius Pompeianus en Verona. Informado por los senadores, que se habían colocado unánimemente a su lado, de quiénes habían apoyado a Majencio de manera más significativa, mandó detener a media docena de mandos militares. Tras someterles, uno a uno, a un interrogatorio sumario en la *Cárcel Tuliana* ordenó la muerte de todos ellos por estrangulamiento. Las ejecuciones tuvieron lugar al día siguiente.

De tiempo atrás en la mente de Constantino se había forjado la decisión de disolver la Guardia Pretoriana. Desde sus tiempos de *Nicomedia*, cuando vivía al amparo del Augusto Diocleciano, había oído comentar más de una vez a éste que la Guardia Pretoriana de Roma no tenía ya sentido.

Lo tuvo cuando Roma era la residencia del Augusto, como su guardia personal. Y eso mientras la Guardia Pretoriana obedeció al Augusto elegido por el Senado. Pero ya desde tiempos de Galba los oficiales de la Guardia Pretoriana se extralimitaron en sus funciones y se arrogaron la facultad de nombrar al Emperador, contribuyendo así a la anarquía imperial.

Y en tiempos recientes se habían extralimitado una vez más, invistiendo con la púrpura al incompetente Majencio. Habían tenido una parte principal en la resistencia ofrecida a Constantino, tanto en Verona

como en la batalla del Puente Milvio. Iban a pagar por ello. Constantino confió a los líderes del Senado su intención de suprimir la Guardia Pretoriana para siempre. Quería congraciarse con el Senado, ocupando así el puesto de Majencio ante la principal fuerza fáctica de Roma, ahora que la Guardia Pretoriana iba a desaparecer. No encontró la menor oposición. Y ese mismo día emitió un edicto por el que la Guardia Pretoriana quedaba disuelta.

Constantino no quería que los miembros de la Guardia Pretoriana ingresaran en sus Legiones y pudieran emponzoñar el ambiente militar. De modo que en el edicto dispuso que los pretorianos, cuyos nombres y procedencias estaban ya en su poder, no pudieran llevar armas en lo sucesivo y tampoco uniforme militar alguno. La *Castra Pretoria* [(1)], situada el Norte de Roma, fue destruida.

Decretó asimismo la *damnatio memoriae* de Majencio. Su nombre fue borrado de todas las inscripciones y documentos en que se encontraba. Sus estatuas y bustos, que adornaban Roma, fueron fundidos o destruidos. Hubo una secuela obligada. Su mujer, Maximila, hija de Galerio, y su hijo, Rómulo, fueron llevados fuera de Roma y en un bosque se les cortó la cabeza. Se les enterró allí mismo. Cuando el niño tuviera veinte años más podría crear problemas a los sucesores de Constantino. Había que atar todos los cabos. Nadie derramó una lágrima por los ejecutados.

Ante los honores con que el Senado le había obsequiado, Constantino prometió un vasto programa de construcciones en la Ciudad. No quería ser menos que Diocleciano, ni que Majencio. El primero había estado durante los más de veinte años de su reinado fuera de Roma, pero la eligió para celebrar en ella sus *Bicenales*, los 20 años en el poder. Había construido las Termas de Diocleciano y reconstruido la Curia, donde se reunía el Senado, y la Basílica Julia, destruidas ambas por el fuego.

Por su parte, Majencio había dejado casi terminada la *Basílica Nova*, reconstruidos un par de Templos, había reforzado la Muralla de Aureliano, y construido un Circo y un Mausoleo en la *Vía Apia*.

[(1)] Cuartel, o campamento fijo amurallado, de la Guardia Pretoriana.

Los antecedentes obligaban a Constantino. Pero Constantino debía reservar la mayoría de los fondos para el momento en que pudiera implantar la nueva religión que se proponía crear.

Por eso, sólo inició la construcción de unas Termas en el Quirinal. Y ordenó que se construyeran unos soberbios pórticos alrededor del Coliseo. Y cuando algún senador le señalaba las muchas construcciones llevadas a cabo por los dos Augustos anteriores, Constantino tuvo que responder:

- "Esto es sólo el principio, senador."

Constantino permaneció en Roma algo más de dos meses. Y fue en este período cuando un par de senadores con clientes en *Hispania* le presentaron a Osio. Le elogiaron su dominio de idiomas y su experiencia viajera. Era Osio, un retórico, natural de *Cartago Nova* (*Hispania*). Allí había nacido el año 276. Alto, moreno, de frente despejada, afable en el trato y gran conversador, se había formado bajo un maestro retórico en *Hispalis* (Sevilla) y había ido luego a ampliar sus conocimientos a *Tarraco* (Tarragona). Tenía una vastísima cultura, dominaba el griego y el *bereber*, idioma hablado en la *Mauritania*.

Constantino conversó con Osio y le agradó su forma desenvuelta y franca de responder. Le dio la impresión de que Osio era un hombre de acción, con una gran capacidad de convicción. Cuando le preguntó la edad, comprobó que había nacido el mismo año que él, tenía su edad. Él había nacido en *Naissus*, capital de la *Dardania*, y Osio en *Hispania*. Y se habían encontrado en Roma, en el medio de ambos extremos del Imperio. Estas coincidencias le decidieron. Necesitaba alguien así como enviado personal suyo en el proceso que se proponía iniciar en cuanto sus servidores terminaran la redacción de los textos sagrados de su nueva religión.

No había querido fijar plazos para la redacción, pero Lactancio, al salir él de *Augusta Treverorum*, le había asegurado que antes de dos años estarían terminados. Tal vez la captación de Osio fuera un poco prematura, pero algo le dijo a Constantino que aquel hombre era la persona indicada. De modo que, cuando en los últimos meses del año 312 Constantino dejó Roma para dirigirse a *Mediolanum* (Milán) Osio viajaba en su numerosa comitiva.

Capítulo 90
El Conocimiento.

Año 312

Desde poco después de iniciar sus visitas a Palacio, acudiendo a las invitaciones de Constantino, Constancia y Crispo habían buscado su compañía, aprovechando los días que aparecía por Palacio. No fue él quien los llamó, sino que Constancia empezó a querer hablar a solas con él. Le contaba sus inquietudes, las desavenencias continuas entre sus dos hermanos mayores. Y quería saber si ella, que era la mayor, debía intervenir, o dejar hacer. Al poco, Crispo se sumó a las charlas de formación, pues eso empezaron a ser. Quizás la formación que sus padres no les daban. Por falta de tiempo, respondió Eusebio cuando Constancia le pregunto por qué sus padres no les enseñaban estas cosas.

Así, un mes tras otro, a lo largo de casi cuatro años, se había ido creando una gran confianza entre ambos jóvenes y Eusebio. Eusebio había dado cuenta de tal hecho a su César, y éste se había visto complacido por ello.

- "Vos podréis hacer por todos mis hijos lo que yo no llego a hacer."

- "Será un honor para mí, Augusto."

Un día en que ni Constancia ni Crispo tenían ningún problema que plantearle, Eusebio aprovechó para darles dos normas que él había deducido.

- "Hoy os voy a comentar dos máximas que me ayudan mucho en la vida, cuando trato con los demás."

Eusebio notó un repentino interés en ambos jóvenes.

- "La primera es ésta: "Enfoca la vida con optimismo". Dad valor a lo que tenéis. Acostumbraos a apreciar, a disfrutar, y a dar gracias a los dioses por lo mucho que tenéis. Tenéis a vuestros padres, vivís en una magnífica mansión, la mejor de *Augusta Treverorum*, no os falta vestido, ni comida, ni una cama cada noche … tenéis muchas cosas.

Hay gente en esta ciudad, en otras muchas ciudades, y en mil chozas, fuera del Imperio, que tienen mucho menos. Por eso debéis enfocar cada día con alegría, con optimismo. Guerra a la tristeza, al malhumor, el enfado. Que no entre en vuestro corazón, ni lo adverso, ni lo negativo. Y si lograra entrar, arrojadlo fuera como si fuera basura. No cuidar esta regla es lo que hace desgraciados a los humanos, que se fijan más en lo que no tienen que en lo que tienen.

Y lo que os falte, consideradlo como una ocasión que tenéis, dada por los dioses, para aumentar vuestra fortaleza."

Eusebio prosiguió:

- "La segunda es tan difícil de cumplir como la primera: "Deja que los demás actúen como sale de ellos." No te enojes, ni te disgustes por cómo se comportan los demás. Eso no es cosa tuya. Es cosa de ellos.

Y no tiene sentido que tú te sientas responsable de los otros. Cada uno es responsable de sí mismo. Debes enojarte si tus acciones no son todo lo correctas que debieran, corrigiendo la próxima vez, pero no enfadarte por lo que hagan otros."

- "¿Y si uno de mis hermanos rompe adrede algo que es mío?" preguntó Constancia.

- "No te enfurezcas, conserva la paz interior. Él ha actuado mal, eso está claro. De acuerdo. Vamos a tratar de corregir eso, pero sin enfadarnos. Si piensas que el tema es serio, debes decírselo a tu madre. Ella tomará las medidas oportunas para reprenderle y que no lo vuelva a repetir."

Eusebio prosiguió.

- "Esta segunda máxima significa que debéis trabajar vuestro interior, permitiendo que los demás triunfen sobre sus debilidades, o no. Os debe dar igual una cosa que otra. No a todos se les enseña esto, o no tienen tiempo para trabajar estos temas, o no ven que sean importantes. Además, si vosotros también falláis a veces, y no os portáis como debierais, ¿cómo vais a exigir que los demás acierten siempre en sus comportamientos? Sería injusto pedir a los demás lo que vosotros no sois capaces de cumplir. Y cuando lo cumpláis de continuo, no hará falta que os esforcéis, porque dejar a los otros ser como son os saldrá solo."

Se hizo un silencio absoluto. Constancia y Crispo miraban a Eusebio con gran atención.

- "Si practicáis estas dos máximas, viviréis siempre alegres. Y fijaos bien: Lo más interesante es que cada uno de vosotros, separadamente, podrá comprobar que cuando falla en cualquiera de las dos, la tristeza desciende sobre su vida. Comprobaréis que no son un consejo más, son reglas de la Naturaleza. Los dioses y los antepasados quieren que las sigamos y, como premio, nos dan la alegría."

Al día siguiente Constancia, le dijo:

- "Eusebio, ¿dónde has aprendido todo esto?"

Eusebio sonrió.

- "Esto se ha enseñado en todos los pueblos. Cada pueblo lo ha enseñado a su manera, pero los mejores de cada generación han seguido estas máximas, y han hecho de ellas su norma de vida. Llamadlo Conocimiento.

Hace ahora mil años, algunos griegos enseñaron a poner en marcha la semilla de *Logos* que cada ser humano lleva en su interior. Aquellos Maestros griegos lo explicaban así. Ellos llamaban *Logos* al conjunto de todos los dioses. *Logos* no es exactamente como Júpiter, el dios padre. *Logos* sería como la unión de todos los dioses.

Siguiendo estas dos máximas se hace crecer la semilla de *Logos* que llevamos dentro. Y cuando ella se manifiesta, nos llega la paz, alcanzamos la armonía interior."

Ya no hubo más preguntas.

Constancia y Crispo tenían trece y doce años cuando Eusebio empezó a enseñarles estas ideas. En el momento presente Constancia tenía

diecisiete años y Crispo, dieciséis. Habían progresado mucho en la buena dirección.

Capítulo 91

La misión de Osio.

Año 313

Con las dificultades debidas al mal tiempo, Constantino y sus Legiones pudieron llegar a *Mediolanum* (Milán) los últimos días del año 312. Constantino, mientras estuviera en Italia, veía conveniente hacer de *Mediolanum* su residencia imperial. Y a *Mediolanum* llamó a su familia, a Minervina, su esposa, y a Teodora con sus hijos. Su madre quedaría en *Augusta Treverorum*, acompañando a Crispo, que, en colaboración con el *Prefectus Urbis* (Prefecto de la Ciudad), debía permanecer en la capital de la Prefectura de las *Galias* para seguirla gobernando. Constantino había observado la predilección de su madre por Crispo, y el afecto recíproco de éste por su abuela.

Para el viaje de su familia desde *Augusta Treverorum* Constantino dispuso que lo hicieran por *Lugdunum* (Lyon), *Arelate* (Arlès), *Massilia* (Marsella), hasta entrar en la Prefectura de Italia y por *Augusta Taurinorum* (Turín), llegar a *Mediolanum*. Era la carretera más cómoda, aunque no la más corta. De las dos Legiones que Constantino devolvía a

sus asentamientos primitivos, cinco cohortes acompañarían a los viajeros de nuevo hasta *Mediolanum*.

Con las dos Legiones que volvían a sus destinos habituales, viajaba Osio. Éste había sido aleccionado por el propio Emperador de que los temas de los que se le informaría en la capital de las Galias eran de absoluta discreción. Respondía de su discreción con su vida. Esta condición no supuso un inconveniente para Osio. Era consciente de que en la cúpula del Imperio sólo había lugar para personas que supieran tener la boca cerrada. Además, llevaba un mensaje de Constantino para Lactancio. Decía así:

De Constantino, Augusto de las Galias, Hispania, Britania, Italia, África y el Ilírico, a Lactancio, noble ciudadano de Leptis Magna. Salud.

He designado al portador de esta carta, Osio de Cartago Nova, como miembro del equipo. No redactando, sino nombrando Instructores en mis dos Prefecturas. Ponedle al día en todos los detalles que deba conocer, explicándole bien su misión y la manera de realizar la misma, que me será sometida antes de terminar la redacción de los textos. Cuidaos.

Cuando la misiva llegó a poder del destinatario, entregada en mano por Osio, Lactancio comprobó el buen estilo de su Augusto, autor de la carta. Agradeció internamente que Constantino hubiera dirigido la misiva a él, personalmente, y no a los dos redactores. Una vez más, el Augusto era consciente de la jerarquía dentro del exiguo equipo redactor.

- "Me indica el Augusto - comenzó Lactancio dirigiéndose a Osio - que os ponga al tanto del trabajo que estoy haciendo para el Emperador. No va a ser labor de una charla, ya que el asunto es complejo y delicado. Nuestro Augusto tiene la plena convicción de que el Imperio camina hacia el desastre si se mantienen las erróneas creencias en múltiples dioses que hoy coexisten entre sus ciudadanos.

Por ese motivo, para impedir tal desgracia, ha decidido impulsar la religión verdadera, la que adora a un Dios único, un Dios que envió a la tierra, en tiempo del divino Tiberio, a su Hijo Único, Jesucristo."

Lactancio hizo un alto en su exposición para ver la reacción de su interlocutor. Osio no movió un músculo de su rostro, que permaneció tan impasible como atento. Lactancio prosiguió.

- "Puesto que contáis con la confianza del Emperador, os diré que los textos en que se narra la vida de Jesucristo, sus milagros, su muerte y su

resurrección, han sido compuestos recientemente, por mí y un ayudante. Todavía no están terminados, aunque ya falta muy poco. Pero si los textos son inventados, las enseñanzas que contienen son auténticas y la única solución para evitar el fin del mundo, tal y como lo conocemos. Numerosos profetas de la Antigüedad, entre ellos las Sibilas, han advertido de ello. Pero los humanos no han hecho caso. Y el tiempo se acaba. Felizmente, nuestro Augusto ha captado la importancia del problema y la urgencia de actuar. Por eso estamos ambos aquí."

Nuevo silencio. Y, de nuevo, un Osio impasible, esperando conocer más, plantado de pie ante Lactancio. Éste siguió hablando.

- "Venid conmigo."

Estaban en el Pretorio, en sus habitaciones. Y Lactancio le pasó a la alcoba, donde guardaba sus escritos. Éstos se apilaban en dos armarios, cerrados mediante puertas provistas de sendos candados. Lactancio sacó de su faltriquera las llaves y abrió cuidadosamente las puertas. Osio vio más de cien rollos almacenados en los armarios.

- "Como podéis ver, hay abundante historia en torno al tema. No es necesario que leáis todas las obras. Aun hay más rollos en poder de mi ayudante, al que un día conoceréis. Yo seleccionaré los más importantes y vos debéis leerlos y retener lo principal. Lo primero que debéis leer son los cuatro relatos sobre la vida de Jesucristo, el Hijo de Dios. Os aclararé gustosamente todas vuestras dudas."

Había algo que no estaba claro en la mente de Osio. Y éste preguntó:

- "¿Y cuál va a ser mi papel en este asunto?"

-"Tenéis razón. Vuestro papel. Es cierto. Yo había indicado al Augusto que cuando los textos estuvieran próximos a terminarse, habría que empezar la organización del culto a establecer. Faltan ya pocos meses para que los textos principales estén redactados. Estamos ahora con los retoques finales. Pues bien, es necesario que en cada lugar de cierta importancia se designen los dirigentes del nuevo culto, que se llamará Cristianismo. Y ése habrá de ser vuestro trabajo.

Tendréis que recibir instrucciones más concretas del propio Augusto, pero, una vez hayáis comprendido la esencia de la religión a implantar en todo el Imperio, debemos elaborar un plan de actuación, de vuestra actividad. Yo ya tengo un esquema de ese plan en la cabeza. El Augusto me ha comunicado que su intención es implantar el Cristianismo en las dos Prefecturas a su cargo, las *Galias* e Italia.

Debemos relacionar las ciudades en que va a haber un dirigente de la comunidad local. A la comunidad de cada colonia, o ciudad, se llamará *ekklesia*. El jefe de una comunidad será llamado Inspector, *epískopos* en griego. Él será el superior de todos los cristianos de su distrito. Y a ése es a quien vos debéis encontrar y proponer.

La primera fase del trabajo consistirá en confeccionaros la lista de las ciudades donde deberéis designar a los futuros *epískopos*. Ya designados, haréis llegar esa lista al Augusto. Él decidirá los pasos a seguir a continuación. Creo haberle entendido que pensaba hacer una reunión magna de *epískopos*, para dirigirles él personalmente una alocución. Pero eso tendrá que confirmarlo el Augusto en persona. ¿Os da esto una idea más aproximada de vuestra misión, noble Osio?"

Osio quedó unos momentos pensativo. Tenía el ceño fruncido. Lactancio le miró con preocupación. Al poco miró fijamente a los ojos de Lactancio y le preguntó:

- "¿Qué parte de todo lo que me habéis comunicado deberé referir a los *epískopos* y qué parte no?"

Lactancio se tranquilizó, todas las cuestiones que había planteado el hasta hace poco desconocido Osio eran juiciosas. Y todas apoyaban la convicción de que Osio estaba asimilando el plan y aceptándolo sin reservas.

- "Una buena pregunta. Os he contado la realidad, pero vos deberéis expandir la versión oficial. La versión oficial es que en la provincia de Siria, y en tiempos del divino Tiberio, nació un hombre de apariencia humilde, que realmente era el Hijo de Dios, Jesucristo, el Ungido. Enseñó la doctrina que recibió de su Padre Dios. Pero el pueblo judío lo odiaba, y acabó condenándolo a muerte. Al morir él, sus discípulos escribieron su vida, su doctrina y sus milagros. Y la enseñaron en las inmediaciones de donde vivían.

Han tenido que pasar muchos años para que la noticia de estos hechos llegara a las Prefecturas hoy bajo el gobierno del Augusto Constantino. Pero cuando por fin las informaciones han llegado, el propio Augusto ha sido el primero que se ha puesto en favor de la Buena Nueva, que así se llama también a la doctrina cristiana, y se ha decidido a facilitar su difusión, dándole su apoyo. Nadie debe saber otra cosa que la versión oficial. A nadie diréis otra cosa. Oídlo bien, a nadie."

-"Está comprendido. Y hay otra cuestión. ¿Cómo deben ser los hombres a los que elija como futuros *epískopos* de la nueva religión?"

- "Debéis modificar vuestro lenguaje. No se debe calificar al Cristianismo con la palabra "nueva". Sabéis que las nuevas doctrinas están mal vistas, son perseguidas por todos los dirigentes y los creyentes de las viejas religiones, que no quieren perder su puesto en el fervor del pueblo. Por tanto, nuestro Cristianismo no es una "nueva doctrina". Ya nos hemos ocupado en relacionarlo con la más antigua doctrina, la religión del pueblo hebreo, de los judíos, que adoraron a un Dios único antes incluso de que los griegos inventaran sus ritos a favor de Zeus, o los romanos los suyos a favor de Júpiter, todos ellos falsos dioses.

Dicho esto, que es muy importante, os diré, aunque esto deberá confirmároslo el Augusto Constantino, que las personas a designar deben ser patricios, cultos, deben dominar el griego, por supuesto, de familia prestigiosa en la ciudad, o Colonia, y además … como diría … ambiciosos y al mismo tiempo fáciles de manejar, con no mucho carácter. No deben ser estúpidos, pero sí moldeables. Fieles a las tradiciones de Roma, para que tengan prestigio cuando se muestren como pontífices de la doctrina cristiana, pero dispuestos a defender su elección, para lo que deben ser ambiciosos y sin demasiados escrúpulos.

Es posible que algunos de ellos reciban críticas, que pudieran ser fuertes y airadas, de los dirigentes de los cultos falsos. Y deben defender sus creencias, que son las del Augusto. Deben saber que ellos van a estar siempre bajo el amparo del Augusto. No así sus posibles detractores. Si tuvieran problemas graves, podrán acudir al Emperador. Los elegidos gozarán siempre de la complacencia del Augusto, que sabrá premiar su fidelidad y la confianza que han puesto en la decisión del Augusto."

-"Entiendo bien la situación, digno Lactancio - respondió a su vez Osio - Tengo aún una cuestión personal. Todo eso que decís, los viajes, las estancias en todas las provincias del Imperio, para acertar en la elección que deba proponer al Augusto, requiere tiempo y dinero. ¿Con qué medios contaré para poder llevar a cabo mi misión con la suficiente tranquilidad como para hacerla bien?"

- "El Augusto os lo confirmará, pero sé bien, pues él mismo me lo indicó, que tendréis todos los medios que necesitéis. No os faltará dinero, sobre eso estad tranquilo.

Dispondréis de un salvoconducto especial, firmado por el propio Augusto, para mostrar a cuantos dignatarios, magistrados u oficiales necesitéis contactar, tanto civiles como militares. Usaréis la posta imperial en vuestros desplazamientos.

Sobre vuestra seguridad, no obstante, el Augusto fue taxativo: Deberéis contratar los servicios de guardaespaldas propios. No quiere que os escolten legionarios, ni auxiliares. Nadie en el ámbito oficial debe conocer vuestra misión. Por ello, en cada Diócesis contrataréis nueva guardia personal. Esto os debe quedar muy claro. Podéis viajar por la *Galia* con una cierta escolta. Pero cuando vayáis a entrar en *Hispania*, deberéis licenciar a vuestros escoltas y contratar mercenarios diferentes. Nadie debe poder dar cuenta de vuestro misión completa, en todas las Diócesis, desde el *Ilírico*, hasta *Britania*, o el África *Tingitana*, por indicar las más distantes. Todo ello a causa de la cautela que debe guiar vuestras gestiones.

Por lo mismo, no desvelaréis la propuesta a nadie sin antes cercioraos de que es la persona indicada. Primero, tratadlo cuanto necesitéis para aseguraros de que es la persona apropiada y aceptará el puesto. Y cuando estéis seguro de que será así, sólo entonces, habladle claro."

Osio quedó de nuevo pensativo.

- "Entiendo el procedimiento y comprendo la cautela que se requiere para que el plan quede reducido a quienes vayan a participar en él. Pero habéis de tener en cuenta que deberé designar a más de cincuenta personas. He repasado de memoria mientras hablabais y tengo como destinos el *Ilírico*, Italia, las *Galias*, Bélgica, la *Germania*, *Hispania*, la *Britania* y el África. Pudiera darse el caso de que alguno de ellos rechazara mi propuesta, o que la aceptara en primera instancia y luego cambiara de opinión al día siguiente. ¿Qué debería hacer en tan hipotético caso?"

Lactancio quedó callado unos instantes. Aclaró la garganta para que su voz sonara firme.

- "Veo difícil que alguien rechace obtener el favor del Augusto cuando se le ofrece; pero si eso sucede, él es el que más pierde. Vos sólo habréis perdido un par de días con él. Designad a otro. Por eso es tan importante que la versión que salga de vuestros labios sea la versión oficial. Ni la menor alusión a lo que os he comentado, siempre en base a la

confianza que nuestro Augusto ha depositado en vos. Espero que haya quedado claro."

- "Os he comprendido perfectamente, noble Lactancio. Perfectamente. No tengáis ningún temor. Los posibles y futuros *epískopos* conocerán sólo la versión que deben conocer. Ninguna otra, dadlo por seguro."

Hubo un silencio, molesto para ambos. Aclaradas a su juicio todas las dudas del nuevo miembro del equipo, Lactancio dio por terminada la conversación.

- "Podéis comenzar a leer las obras que he escrito, pero deberéis hacerlo en esta habitación, o en la contigua, que es más amplia y tiene más luz, si lo preferís. Tengo orden de que estos textos no salgan de aquí. Mientras, yo y mi ayudante confeccionaremos la lista de las Colonias que deban contar con un *episkopos*. Cuando hayáis terminado los textos que os designaré, os presentaré a mi ayudante, que os mostrará lo escrito por él."

Osio asintió con una muda inclinación de cabeza. Y pasó a la habitación contigua, donde, ante una mesa, comenzó a leer el Evangelio de Mateo.

Capítulo 92

Maximino Daya

Años 312 y 313

Maximino Daya, Augusto de Oriente, estaba de pésimo humor. Hacía un par de meses le había llegado la noticia de que su colega Majencio había sido derrotado y muerto en la batalla que le enfrentó a Constantino en las afueras de Roma. Él le había propuesto, tan pronto Majencio asumió el poder, una alianza secreta. De ese modo entre ambos mantenían la Prefectura de Galerio rodeada. Pero ahora el equilibrio se había desplazado a favor de Constantino, que mandaba en dos Prefecturas. Y lo peor era que la Prefectura de Italia, ahora de Constantino, lindaba por el Sur con la

suya. Nada la impediría a éste trasladar sus Legiones desde Italia, vía Sicilia, a la provincia de África, y desde allí llegarse a la *Cirenaica* e invadir Egipto, cuando él tenía el grueso de sus fuerzas en *Asia Menor* (Turquía) y en Siria.

Y es que siempre fue de la opinión de que su ampliación de poder debería hacerla por el Norte, a costa del advenedizo Licinio, una vez muerto Galerio. Ya había conseguido hacerse con *Asia Menor* sin apenas guerrear. Licinio parecía ser hombre de acuerdos más que de batallas. Pero lo que superaba ya todo lo aceptable era la información que acababa de traerle el mensajero de uno de sus informadores de la *Tracia*. Era allí noticia que corría de boca en boca que su Augusto, Licinio, había partido para *Mediolanum*, en Italia, donde se iba a desposar con la hermanastra de Constantino, Constancia.

Todo estaba más claro que el agua, el siguiente obstáculo a derribar era él. De ese modo Constantino mandaría en la mitad occidental del Imperio y Licinio en su mitad oriental. Hasta podían haber planeado un ataque conjunto, uno por el Norte y el otro por el Sur. Y sus huesos se pudrirían en algún lugar del desierto africano, si bajaba a repeler a Constantino, o en alguna llanura de *Asia Menor*, si acudía contra Licinio. Pero pronto vio la solución. Licinio había partido al encuentro de Constantino y estaría ausente de su Prefectura de la *Tracia* y *Panonia* al menos tres meses.

¡Por eso habían elegido la mitad del invierno para celebrar la boda! Para evitar un posible ataque de los *Partos*, de los *Sármatas* del Danubio o del vecino del Sur, él. Nadie iba a atacar en esas fechas una región tan inhóspita como era la *Tracia* en invierno. Pero él sí podía hacerlo. En Siria e incluso en las zonas meridionales de Asia el clima en invierno era soportable para un soldado en marcha. Podía hacerse. Un ejército podía desplazarse por Siria y cruzar Asia para asomarse a la *Propóntide* (estrecho del Bósforo) y entrar en la *Tracia* de Licinio. Él lo haría. Era su ocasión. Con el Augusto ausente, las guarniciones no podrían resistirse, como había sabido que sucedió en Italia, donde todas las ciudades menos una, Verona, abrieron sus puertas al invasor, Constantino.

Dudó si debería dejar fuerzas en Egipto para hacer frente a una posible invasión de Constantino, quien, después de la boda, podía bajar con sus Legiones *germanas* por Italia y atacarle por la retaguardia. Pero decidió que no lo haría. Quería atacar a Licinio con la mayor fuerza

posible. Porque si, como él pensaba, las ciudades le abrían sus puertas, era posible que no se conformara con conquistar la *Tracia* y la *Panonia* … Y, aunque Constantino bajara por Italia, e incluso desembarcara en África, en cuanto supiera que él estaba atravesando la *Tracia* hacia el Oeste, tendría que volver a marchas forzadas para defender su Prefectura. O fiarlo todo a su joven e inexperto hijo.

Llamó a su Prefecto del Pretorio. Debían darse prisa.

Capítulo 93

La primera ronda.

Año 313

Constantino en *Mediolanum* no cabía en sí de orgullo. Había derrotado a Majencio casi con una demostración de fuerza, sin una batalla que mereciera el nombre de tal, pues el enfrentamiento del Puente Milvio fue una matanza más que una batalla. Lo holgado de su victoria lo achacaba a la fama que le precedía. Por eso varias unidades de las tropas de Majencio se pasaron a su lado. Cierto que luego hubo que pagar generosamente a los comandantes de las Legiones y de la caballería que habían abandonado el campo de batalla o se habían negado a luchar, pero traía gran parte del Tesoro de *Arelate* (Arlés) con él y tuvo más que suficiente. No quería grabar los territorios recién adquiridos con impuestos extras.

Constantino se obligó a mantener ante sus nuevos mandos una actitud similar a la que mantuvo en *Britania* durante los primeros días tras la muerte de su padre, de suavidad en el trato. Había decidido residir en *Mediolanum* y no volver a *Augusta Treverorum*, a menos que Crispo sufriera un revés militar que pusiera en peligro la frontera *germana*. Hasta que eso no ocurriera se ocuparía en poner la Prefectura de Italia a su gusto. Con los senadores romanos que se mostraron de confianza supo quién es quién en *Mediolanum* y realizó algunos cambios, tanto militares como civiles. Mandó que permanecieran a su lado tres miembros de su Consejo Privado de *Augusta Treverorum*, para ayudarle como personas de confianza y permitirle conocer a quiénes incorporar a su círculo en *Mediolanum*.

Su siguiente ocupación fue la preparación de la boda de su hermana Constancia con Licinio. Quería que la ceremonia y los festejos posteriores fueran algo nunca visto en la ciudad. Encargó a uno de sus tres consejeros de confianza la organización de los Juegos para celebrar el enlace. Los detalles de la ceremonia los supervisó Constantino en persona. La novia aún no había llegado de su largo viaje atravesando las *Galias* de Norte a Sur. Sabía del progreso que se había dado en la redacción de los textos cristianos y esperaba la llegada de Osio con el plan a seguir para realizar en sus dos Prefecturas la implantación de la religión que él quería dar al Imperio.

No tenía claro cómo actuar con Licinio, que pronto se convertiría en su cuñado, respecto al tema de la nueva religión. Podía comunicarle su plan o no decirle nada. Ambas posturas tenían ventajas e inconvenientes. Si no le hablaba del tema religioso, cuando lo pusiera en marcha, convocando en una reunión a los nuevos pontífices cristianos de su territorio - hecho que tendría lugar antes de dos años - Licinio lo iba a saber. Entonces sería el momento de proponerle una colaboración Pero podía reprocharle su falta de confianza. Y quería evitar a toda costa un distanciamiento entre Licinio y él, especialmente en este tema.

Por otro lado, si le hablaba de sus planes sobre el asunto religioso, Licinio podía acceder a colaborar o podía negarse. Una negativa de Licinio le colocaba a él en una posición difícil y podía ser un motivo de distanciamiento paulatino. Eso tampoco era deseable. Lo ideal sería la colaboración, repitiendo en las dos Prefecturas de Oriente lo que se hiciera en las dos de Occidente. Para eso Licinio debía conocer sus planes. En un momento u otro lo tendría que poner en su conocimiento. Y para eso deberían encontrarse. Finalmente, Constantino decidió aprovechar el encuentro presente. En ningún momento iba a encontrar a Licinio tan receptivo a sus deseos como el día de su boda, en el territorio de Constantino y con la hermana de Constantino.

Lo tenía todo a su favor. ¿Antes o después de la boda? Tendría que hacerlo antes. Después de una boda puede ser difícil captar la atención del novio, que es normal esté a otras cosas.

Constantino tenía 39 años. Licinio, 42. Se entenderían bien. Ambos se habían educado en similares aulas, el *cursus honorum* y las llanuras y bosques de las fronteras. Ambos habían servido con el viejo Diocleciano. Constantino, directamente con él, y Licinio también a las órdenes de

Galerio. Constantino recibió mensajeros que le avisaron de que su invitado llegaría en dos días. Le acompañaba un séquito de mil personas, entre miembros de su Consejo, oficiales, magistrado de confianza y la caballería de dos Legiones, un total de seiscientos jinetes.

Constantino ya había preparado alojamientos para los viajeros. A Licinio y sus personas de confianza los alojaría en el Palacio antiguo, situado en la zona Norte de la ciudad. Para sus jinetes había dispuesto las caballerizas de dicho Palacio y unos locales cercanos. Quería que su huésped se sintiera independiente y con plena libertad de movimientos. Por eso no le ofreció alojarse en su propio Palacio, aunque éste era más moderno y confortable.

A mediodía del día previsto, la comitiva del Augusto Licinio se presentó en la llanura de *Mediolanum*. Constantino ya sabía cuándo iba a ser la llegada, por informes de sus exploradores, y envió una *turma* de jinetes con sus mejores galas a recibirlos, antes de avistarse la ciudad, y escoltarlos hasta el lugar en que iban a alojarse. Él sabía, por propia experiencia, que tras un viaje largo lo que menos apetece es tener que acudir a una entrevista de protocolo. Por eso había dado indicaciones a su Prefecto del Pretorio, que recibió a los viajeros a la Puerta de la ciudad, de que Constantino los recibiría a la mañana siguiente, a la hora de la comida. Sin duda Licinio tendría asuntos que tratar con toda su comitiva antes de poder dedicarse al objetivo de su viaje. Objetivo que era su boda con Constancia, pero también sus conversaciones con Constantino y el pacto que habían establecido. Realmente, ambas cosas se complementaban. O, mejor aún, eran una misma cosa. Una nueva organización del Imperio que supliera a la Tetrarquía establecida por Diocleciano, y prolongada por Galerio antes de su muerte.

Mediada la mañana siguiente, Licinio y su nutrida escolta se presentaron, acompañados por guardias de Constantino, en el Palacio de éste. Licinio era de mediana estatura, de complexión robusta. Tenía el típico aspecto del militar curtido que, siendo un buen mando en la milicia, sabía adaptarse con acierto a la vida civil. Sus brazos y manos musculosas, entrenadas en manejar la espada, abrazaron a Constantino con vigor.

- “Sed bienvenido a esta ciudad, Augusto Licinio”, saludó Constantino.

- “Agradezco vuestra hospitalidad, Augusto Constantino”, correspondió Licinio.

- “El viaje, pesado, supongo”.

- “Demasiado largo, aunque no hemos forzado al marcha.”

- “Así es, mi hermana Constancia aún no ha llegado; pero llegará, no temáis”, respondió Constantino con cierto tono de broma.

- “Desde luego, eso espero” siguió la broma Licinio.

- “Supongo que el viaje os habrá abierto el apetito y que vuestra cena de anoche no fuera demasiado pesada.”

-“Estábamos más sedientos que hambrientos, a pesar de que el tiempo estuvo fresco los últimos días.”

Pasaron al interior del Palacio y Constantino condujo a su huésped y a su séquito hasta el salón donde se celebraría el banquete. Acompañaban a Constantino los miembros de su Consejo Privado y su Estado Mayor. Licinio llevaba media docena de acompañantes, todos con sus uniformes militares de gala. Su escolta quedó en el patio del Palacio.

A un lado de las mesas estaban dispuestos los triclinios de los mandos de Licinio. Enfrente se colocaron los mandos de Constantino. Los dos Augustos ocuparon la cabecera de la mesa. A una seña de Constantino los servidores colocaron sobre las mesas bajas los primeros platos de la comida. Iniciaron la conversación los dos Augustos y, poco a poco los demás comensales comenzaron a intercambiar comentarios, hasta que la conversación se generalizó. Constantino inició el diálogo.

- “Como tendremos varios días antes de la ceremonia, podemos aprovecharlos para conocernos mejor y tratar algunos asuntos que tenemos pendientes.”

- “Es cierto, y me agradará que podamos hablar con tranquilidad. Espero mucho de esta visita, para la que ha sido necesario hacer un largo viaje.”

- “Espero no defraudaros.”

- “Estoy seguro de que no. Y ya que soy vuestro invitado y vuestra hospitalidad me ampara, me agradaría conocer detalles de vuestra victoria sobre el hijo del Augusto Maximiano.”

- “Os agradezco ese interés. A decir verdad, encontré más dificultades en la marcha con mis carros a través de media Italia que a las puertas de Roma.”

Y ambos rieron. El ambiente era festivo; los comensales a ambos lados de la mesa sabían de la buena entente entre los dos Augustos y ellos

se sumaban a la misma, por lo que todo eran risas y cordialidad en las conversaciones.

- “Hubo problemas en Verona, donde se habían hecho fuerte la mitad de la Guardia Pretoriana con su Prefecto. Pasasteis por la ciudad en vuestro viaje, sin duda, y comprenderéis que tomarla al asalto era punto menos que imposible, rodeada como está por el río *Athesis*. Pero lo que me preocupaba no era la resistencia del enemigo, sino el tiempo que me hacía perder. De forma que puedo deciros que mi batalla fue sobre todo contra Cronos, no contra pretorianos, ni contra legionarios, ni contra el usurpador.”

Ambos volvieron a reír. Constantino prosiguió:

- “Hubiera preferido que mi enemigo presentara batalla en algún lugar de Italia. Hubiera sido una batalla limpia, sin afectar a ciudades, ni población civil. Pero Majencio había fortificado Roma y confió en sus murallas, igual que hiciera con Galerio. Con él su apuesta le resultó favorable. Eso me hizo cargar con tan pesados carros para las máquinas de sitio que a poco estuvieron de costarme la derrota.”

Nueva carcajada. Toda la comida discurría en una tónica similar, todo eran parabienes y coincidencia de criterios. Los demás comensales estaban atentos a los ademanes de sus superiores y los imitaban.

A pesar de todo, Constantino sacó la impresión de que Licinio no iba a ser un colega fácil. No sabría decir en qué se basaba esa impresión, pero se había establecido con firmeza en su interior. No obstante, decidido como estaba a que nada nublara el ambiente de esta visita, sacó el tema de las negociaciones finalmente.

- “A partir de mañana hemos de hablar de temas importantes. Así que, ahora, comamos y bebamos, que mañana negociaremos”, dijo Constantino, parafraseando el brindis de los gladiadores: ”*Comamos y bebamos que mañana moriremos*.”

Los dos tomaron sus copas y esbozaron un brindis. Pero en lo que siguió el ambiente era ya un poco más frío en la cabecera de la larga mesa, donde reían y departían amigablemente los cabezas de ambas Prefecturas.

Constantino y quienes le rodeaban acompañaron a sus invitados a la puerta del Palacio y allí se citaron ambos Augustos para la primera hora de la mañana siguiente, a fin de iniciar conversaciones. La despedida fue amigable, pero ambos Augustos quedaron pensativos cuando se separaron. Las negociaciones no iban a ser fáciles.

Capítulo 94

Trampa para Osio.

Año 313

Cuando Osio hubo leído durante toda la tarde los textos que le había facilitado Lactancio, dejó el último rollo sobre la mesa y suspiró. Ahora ya sabía para qué lo había reclutado el Augusto. Iba a ser su ayudante y su labor sería encontrar, en la mitad occidental del Imperio, los dirigentes de la religión del Augusto.

Repasó las ideas que había captado de la misma. No les encontraba especial atractivo. No entendía por qué el Augusto se tomaba tanto trabajo para sustituir la creencia en los dioses ancestrales por su nueva doctrina. Pero a Osio eso le traía sin cuidado. Él lo que debía hacer era ganarse la confianza de Constantino y fraguarse un porvenir bajo su sombra. Y para ello debía empezar por entenderse bien con Lactancio, el brazo derecho del Augusto.

Pasó a la sala donde estaba éste y le anunció su deseo de continuar a la mañana siguiente. También le dijo que volvería con sus útiles de escritura, para hacer un resumen de cuanto leyera, a fin de poderlo repasar cuando estuviera lejos y tuviera necesidad. Lactancio arrugó el ceño.

- "No tendréis inconveniente en escribir vuestras anotaciones con algún método de criptografía, espero …"

- "Estad tranquilo, pensaba hacerlo así. Ya me doy cuenta de que ningún escrito que haga referencia a estos temas debe caer en manos extrañas."

Y con eso se habían despedido hasta la mañana siguiente. Mientras volvía a la residencia que se le había asignado, iba revisando las novedades que se habían dado en su vida desde su conversación con el Augusto Constantino. Ahora viajaba sin escolta.

En Roma y tras la charla con el Augusto Máximo, el mismo senador que le había presentado a Constantino le informó de que, por indicación del Augusto, debía prescindir de su guardia personal. En lo

sucesivo, viajando con él, no la iba a necesitar. Osio reflexionó por unos momentos. Tanteó el terreno.

- "¿Y cómo puedo vender mis esclavos en Roma, si no conozco a nadie?"

- "Me conocéis a mí …", respondió el senador.

- "Es cierto, senador, disculpadme. Se trata de seis fornidos esclavos, bien preparados por un *lanista*. Supongo que en Roma serán bien valorados."

- "¿Cuánto pediríais por ellos a alguien de confianza?"

- "Senador, no tengo referencias de cómo se valora un guardaespaldas en Roma. Hacedme vos una propuesta que me empuje a no buscar más ofertas …"

Ahora fue el senador el que reflexionó.

- "Está bien. Yo diría que están bien pagados esos esclavos vuestros con mil quinientos denarios. ¿No opináis vos así?"

- "Si ésa es vuestra opinión, ¿cómo podría yo contradecirla no siendo romano? Sea."

Y ambos, sonriendo, se estrecharon la mano.

Una *turma* de caballería había acompañado a Osio desde *Mediolanum* hasta *Augusta Treverorum*. Llegados a la capital, el oficial al mando se encargó de acomodarle. Pero la gran novedad para Osio fue el montaje que estaban organizando en *Augusta Treverorum* el tal Lactancio y su desconocido ayudante. Y a él le necesitaban para pasar el montaje del pergamino a la realidad.

Su osadía le había hecho pasar a formar parte de un grupo selecto de personas que colaboraban en secreto con el Augusto Constantino. Grupo que tal vez sólo lo formaran tres personas, los dos redactores y él mismo. No podía adelantar como se iban a desarrollar los acontecimientos posteriores, pero, indudablemente, había alcanzado una posición envidiable. Se había alzado a la cúspide.

Osio sonrió, satisfecho. Ahora *Cartago Nova* y sus negocios allá le parecían minucias. Se había convertido en una persona de confianza del Augusto Máximo. La Fortuna le sonreía. Eso era innegable.

En cuanto Osio salió por la puerta de sus habitaciones, Lactancio dejó cerrado con llave sus aposentos del Pretorio y marchó a paso rápido hacia la Biblioteca de *Augusta Treverorum*. Debía poner a Eusebio al

corriente de la llegada del nuevo miembro del equipo. La Biblioteca estaba cerrada, así que tuvo que ir a su domicilio.

Esto le desagradaba, pero ahora era necesario. No le gustaba usar cumplidos con una esclava. Y eso había sido la concubina de Eusebio antes de que éste se fijara en ella. Nada le decía a Eusebio, pero él no podía dar el nombre de esposa a una esclava, ni aun liberada por su amo. Eusebio se había degradado al hacer tal elección, mezclándose con una esclava.

Le abrió la puerta Lidia. Lactancio, sin mirarla, le preguntó por Eusebio. Ella le invitó a pasar con un gesto. Eusebio salió al vestíbulo, extrañado de recibir visitas tan tarde. Tras el saludo inicial, Lactancio preguntó.

- "Espero que no estuvierais con algún trabajo especial a estas horas …"

- "Nada especial, amigo Lactancio, estaba terminando de cenar, pero venid."

- "¿Tan pronto cenáis?"

- "Sí, ceno pronto y ligero. Me sienta mejor. Pero olvidadlo. Vos diréis."

- "Hoy, a primera hora de la tarde, ha venido a verme un tal Osio, enviado por el propio Augusto. Es el hombre de acción de que alguna vez me habló el Augusto. Pero no imaginaba que iba a aparecer tan pronto. Debemos preparar su plan de acción."

- "Lo lamento, Lactancio, pero no os entiendo."

Lactancio hizo un gesto de impaciencia. Y expuso la versión que había preparado para Eusebio.

- "Veréis, hace algunos meses nuestro Augusto me comentó, sin darle mayor relevancia, que iba a hacer falta un hombre de acción. No osé preguntarle a qué se refería exactamente y hasta hoy no lo he comprendido bien. Ese hombre ha llegado y se llama Osio. Es natural de *Cartago Nova*, en *Hispania*. Es docto, de familia patricia en su tierra, y plenamente dispuesto a llevar a cabo la misión que el Augusto le ha confiado. Estaba en Roma a la llegada de nuestro Augusto, y éste lo ha elegido para organizar las futuras comunidades cristianas en el territorio que cae bajo su mando. Debemos prepararle un plan de actuación, por dónde debe empezar y a qué lugares debe ir a elegir el pontífice de cada comunidad cristiana."

Eusebio quedó pensativo. Nadie le había hablado de tal tema, aunque él había reflexionado sobre qué se haría cuando los textos estuvieran redactados. Pero no había pensado más en ello, porque todo el plan le parecía detestable. Pero alguien sí había pensado. Sin duda Lactancio lo había hecho.

- "¿Y qué pensáis vos al respecto?"

- "Debemos elaborar una lista con las ciudades en las que se instalará un pontífice de la nueva religión cristiana. La misión de Osio será elegir tal hombre. Para ello debe viajar a la ciudad en cuestión, entrevistar a las personas más idóneas para el cargo y elegir la más apropiada."

- "¿Queréis decir que ese hombre va a recorrer las *Galias*, *Britania*, *Hispania* y los nuevo territorios conquistados por el Augusto, eligiendo en cada ciudad al pontífice máximo de la nueva religión?"

- "Exactamente eso quiero decir."

Eusebio quedó en silencio un rato. Estaba echando cuentas. Sólo en la Prefectura de las *Galias* habría al menos veinte ciudades importantes en cada Diócesis, lo que haría unas sesenta ciudades como para tener en ellas un Pontífice del Cristianismo.

Si en la Prefectura de Italia había otras tantas, ello supondría ciento veinte ciudades a visitar por el tal Osio. Era una labor ímproba.

- "¿Y va a hacer toda esa tarea un solo hombre?"

- "Así lo ha dispuesto nuestro Augusto."

- "Entonces no se diga más. En la Biblioteca disponemos de mapas de cada una de las Diócesis del Imperio, con las ciudades más importantes. Es sólo cuestión de listarlas. ¿Os parece bien que empecemos ese trabajo mañana mismo?"

- "Me parece bien, pero nos veremos mañana a la tarde. Por la mañana ya he citado a Osio en el Pretorio."

- "Como gustéis. Así podré preparar los mapas de ambas Prefecturas y echar una mirada a las ciudades más notorias."

- "Entonces nos veremos mañana en la Biblioteca, después de la comida, y adelantaremos el trabajo todo lo posible."

Ambos hombres se despidieron.

A la mañana siguiente, nada más llegar a la Biblioteca, Eusebio llamó a su secretario, le dio unas órdenes y al poco los mapas solicitados estaban sobre su mesa de trabajo, en la sala de recibir visitas. Luego,

despidió a su secretario y éste salió, cerrando la puerta. Eusebio se puso a analizar un gran mapa de las *Galias*, la Bélgica, la *Germania* y la *Aquitania*. Comenzó a elaborar la lista de las ciudades más importantes, cuidando de que estuvieran espaciadas uniformemente y no quedaran grandes espacios en el mapa sin tener una sede de la nueva religión. Así le salieron un total de veinte ciudades, empezando por *Augusta Treverorum* (Tréveris) y acabando por *Geneva* (Ginebra).

Hizo lo mismo con *Hispania*, obteniendo otras veinte ciudades, desde *Tarraco* (Tarragona) y *Cartago Nova* (Cartagena), en la costa mediterránea, hasta *Emérita Augusta* (Mérida) o *Pompelo* (Pamplona), en el interior. *Britania*, en cambio, no contaba sino con cinco ciudades importantes, situadas entre *Eboracum* (York), al Norte, y *Londinium* (Londres), al Sur. En el África *Tingitana* había tres ciudades, *Tingis*, *Volúbilis* y *Rusadir*. También en la *Retia* y el *Nórico* había otras tres ciudades de cierta importancia. Resultaban en total unas 50 ciudades a visitar por parte de Osio.

Eusebio hizo el mismo recuento para la Prefectura del Italia, África y el *Ilírico* que antes pertenecía al Augusto Majencio, y que ahora había pasado a estar gobernada por Constantino. Y le dio un total de 40 ciudades de importancia. En todo el territorio bajo el mando de Constantino había 90 ciudades, la casi totalidad de ellas, Colonias.

Eusebio comparó este dato con el tiempo que necesitarían para terminar los “textos sagrados” imprescindibles. El Augusto Constantino presionaba para que terminaran de una vez la redacción de los “textos sagrados” cristianos. Esto había hecho que Lactancio y Eusebio clasificaran los textos que faltaban en textos de primera importancia, que debían repartirse entre los seguidores del Cristianismo desde el principio, porque se usarían en el culto y eran los textos fundacionales, y textos que podían divulgarse más adelante, sin ser necesarios en los primeros tiempos, pues consistían en cartas y libros escritos por autores cristianos de siglos pasados.

Éstos últimos había que escribirlos, pero no eran imprescindibles para el funcionamiento del nuevo culto. Por eso se dejarían para después. Conforme quedaban menos textos por redactar, era posible definir con más precisión cuánto tiempo llevaría redactarlos. Quedaba luego el repaso final, uno por uno, capítulo a capítulo, para comprobar las estructuras. No se podían apartar ni una palabra del texto decidido por el autor. Y faltaba

hacer las copias. Al menos una copia completa de los textos imprescindibles por cada ciudad donde fuera a establecerse un pontífice, o como se le llamase, del nuevo culto.

Aún no se habían hecho copias de ninguna obra. Lactancio conservaba las que había escrito y Eusebio guardaba las suyas en un armario bajo llave, en la estancia a la que sólo entraba él. Tampoco tenía Eusebio personal en la Biblioteca para realizar copias en la cantidad que iba a ser necesaria, ya que habría que hacer 100 o más copias de cada texto.

Lactancio y Eusebio tenían muy controlados los plazos de terminación de la redacción primera. Y las últimas estimaciones que habían hecho daban como plazo de terminación el mes de Octubre del año 313. Faltaban sólo seis meses para terminar de redactar y corregir los textos. Hacer las copias era cuestión aparte.

Por todo ello, Eusebio se forjó la idea de que las visitas que debieran preparar a Osio debían exigirle un plazo de realización mayor que seis meses más el tiempo necesario para hacer las copias. Con la experiencia que Eusebio tenía de la Biblioteca de *Cesarea Marítima*, diez meses serían imprescindibles para hacer las copias de tantos rollos.

Teniendo en cuenta el tiempo que Lactancio y él necesitarían para poder terminar los textos necesarios, Eusebio calculó que debería añadir al menos otras cincuenta ciudades para que fueran visitadas por Osio. De ese modo no serían las copias y los textos lo que retrasara la implantación de la religión del Emperador, sino el nombramiento de pontífices. No diría nada de esto a Lactancio.

Cuando al día siguiente Lactancio apareció por la Biblioteca, Eusebio tenía los mapas preparados. Los extendió sobre la amplia mesa de trabajo de la sala y aparentó verlos por primera vez. Acto seguido, Lactancio empezó a nombrar ciudades donde debería haber un templo para iniciar el nuevo culto cristiano. Eusebio tomaba nota y, de vez en cuando, preguntaba.

- "¿Y no os parece que esta otra ciudad debería contar asimismo con un Templo donde se diera culto al Dios verdadero?"

A lo que Lactancio respondía siempre afirmativamente. Esa misma tarde las listas estaban preparadas. En total, resultaron ser 103 las ciudades a las que, de aprobar el Augusto el plan propuesto, debería girar visita Osio durante el próximo año y medio, el plazo en el que las copias de los

“textos sagrados” estarían preparadas. Haciendo una simple división, cosa que Eusebio ya había hecho, Osio iba a contar con cinco días para cada ciudad. Difícil tarea, teniendo en cuenta que debería pasar en barco desde Italia al África; del África *Tingitana* a *Hispania*; de las *Galias* a *Britania*, y luego volver.

Eusebio pensó en qué pasaría en realidad si Constantino aprobaba el plan que Lactancio y él presentaban. Y, conociendo al Augusto, sería difícil que rebajara ciudades de la lista por propia iniciativa: En cuantas más ciudades hubiera un pontífice para implantar la religión que él creaba, tanto mejor. Y tampoco era persona a dejarse convencer por Osio, un desconocido, para eliminar ciudades. Es más, Osio perdería prestigio ante el Emperador por el solo hecho de proponerle eliminar ciudades de la lista, por más que se diera cuenta de que se le pedía un imposible. De modo que la jugada era perfecta.

Capítulo 95

Las primeras dificultades.

Año 313

Ni Licinio ni Constantino comentaron con sus personas de confianza, que habían asistido al convite, nada sobre las negociaciones que iban a celebrar a continuación. Ambos deseaban en su fuero interno que la reunión de *Mediolanum* fuera un éxito. Debía ser un éxito. Mal iban a ir las cosas en el Imperio si sus dos máximos dirigentes no lograban ponerse de acuerdo la primera vez que se veían.

Ambos se recomendaron prudencia y se ratificaron en la necesidad de llegar a acuerdos que dejaran satisfechos a los dos. Por eso los rostros del día siguiente reflejaban la misma apertura y el mismo optimismo que habían mostrado el día anterior. Aunque ambos sabían que una negociación no era nunca fácil. No en lo más alto de la cúspide del Imperio.

Cuando quedaron solos, en una sala que Constantino había preparado para la reunión, ambos se sentaron en los lados opuestos de una mesa sobre la que aparecía el mapa del Imperio. Constantino había hecho

elaborar el mapa para la reunión. Estaban señaladas las provincias y las Diócesis, pero no las Prefecturas. Era como indicar que todo era posible, que la partición del Imperio estaba pendiente de realizarse. Ésa era su intención. Por eso dejó que fuera Licinio quien abriera la discusión, porque discusión iba a ser.

- "Parece conveniente que comencemos por los grandes asuntos, ya que es en ellos donde el acuerdo resulta más necesario. Luego, tiempo habrá para los pequeños asuntos. Al menos, así me lo parece."

- "Celebro que en eso coincidamos. La actuación que más urge es decidir cómo va a dividirse el Imperio. O mejor sería decir a quién va a adjudicarse la Prefectura de Italia, el África y el *Ilírico*."

- "Efectivamente, ése el primer tema que debemos acordar. La legalidad manda que esa Prefectura deba ser regida por un César. De ese modo se restaurará la legalidad que Maximiano y Majencio, ahora difuntos, rompieron al sublevarse contra Severo, el Augusto designado."

Licinio esperó la reacción de su anfitrión. Nada comentó de que también Constantino había tenido una elección ilegal, al ser proclamado por sus Legiones y no designado directamente por Galerio, como debiera haber sido. Pero Galerio había confirmado su elección. Por conversaciones tenidas con él posteriormente, Licinio sabía que lo hizo forzado, muy en contra de sus deseos. Pero en todo caso, Constantino había accedido a la púrpura de forma legal. Y su posición ahora estaba fuera de toda discusión.

Constantino había pensado en esa vía, la de los hechos. Vía que requería que el otro Augusto, actualmente Licinio, aprobara el nombramiento fruto de los hechos. Y para aceptar el nombramiento de un César para la Prefectura de Italia había preparado la candidatura de Basiano, un joven oficial de sus Legiones, al que, al igual que Licinio, había ofrecido la mano de su otra hermana, Eutropia. De ese modo, Basiano quedaría bajo su completo control. Sería una persona interpuesta, pero el gobierno de la Prefectura de Italia se llevaría realmente desde *Augusta Treverorum*.

- "Ya he pensado en tal asunto. Y tengo un candidato, una persona muy idónea, si bien tiene un pasado militar no muy amplio, porque es joven. Se llama Basiano y es el prometido de Eutropia, hermana menor de Constancia, con quien vais a desposaros."

Constantino era partidario de plantear los temas difíciles directamente. Así había actuado siempre, y así actuaba ahora. Los peores tragos es mejor pasarlos cuanto antes. Licinio recibió la noticia con contrariedad. Estaba acostumbrado a dominar sus impulsos y dicha contrariedad pasó desapercibida a su interlocutor.

Si accedía a la propuesta de Constantino la realidad sería que el propio Constantino dominaría medio Imperio. Ésa no era la filosofía de la Tetrarquía. Además, Licinio tenía otra arma.

- "Antes de pensar en uno o varios candidatos, mi futuro cuñado, debemos acordar quién nombra al César de Italia. Porque hay una historia. Historia que no podemos olvidar. La Prefectura de Italia fue concedida a Severo por el propio Diocleciano. Severo era el Augusto de Italia. Al ser asesinado Severo por unos usurpadores, las autoridades máximas del Imperio - el que fuera Augusto Jove, Diocleciano, y el primer Augusto, Galerio - reunidas en *Carnuntum*, me nombraron, como sucesor de Severo, Augusto de Italia, África y el *Ilírico*. Ello implica que al César de dicha Prefectura lo debo nombrar yo."

Constantino no podía aceptar tal propuesta. Él había conquistado la Prefectura de Italia y se había desecho del usurpador. De los dos usurpadores, para ser más exactos. Eso le daba un derecho de conquista al que no estaba dispuesto a renunciar.

- "Eso sería cierto si hubierais expulsado a Majencio de Italia y fuerais vos quien hubiera paseado su cabeza por Roma en el desfile. Pero esa labor los dioses me la reservaron a mí."

- "Estamos de acuerdo en que ambos tenemos derecho, por vías distintas, a nombrar al futuro César de Italia. Lo que significa que habremos de ponernos de acuerdo para encontrar una persona neutral que nos satisfaga a ambos."

Constantino confirmó sus sospechas del día anterior, iba a ser una negociación ardua, laboriosa. Porque de un litigio se trataba. Pero había cosas en las que no estaba dispuesto a transigir.

- "Creo que es fácil entender que tras una campaña que se ha resuelto victoriosa para mí, no puedo acceder a que el territorio que he conquistado con el sudor y la sangre de mis hombres vaya a parar a manos desconocidas, que para nada han intervenido en tal victoria."

- "Pero lo que está sobre la mesa no es el nombre del candidato, sino el criterio con el que hay que elegirlo. En concreto, si respetamos y vamos

a seguir el sistema establecido por Diocleciano, la Tetrarquía, o nos inclinamos por un sistema de linaje y descendencia personal. Y tanto da ceder el mando a los hijos como cederlo a un cuñado sin experiencia de la vida, ni de mando en las Legiones."

- "Yo estoy por seguir la legalidad, lo que llamáis la Tetrarquía. Pero habrá que ajustar el criterio conforme a las circunstancias del momento. Y la circunstancia actual es que ha sido el Augusto de la Prefectura de las *Galias* quien se ha hecho con el poder de la Prefectura de Italia, acabando con el usurpador que la ejercía en contra de la legalidad.".

- "Me alegra oír eso, porque yo también soy partidario de devolver el Imperio a la Tetrarquía, y hacerlo por vía legal, no por la vía de los hechos. La vía de los hechos es la que siguió Majencio, elevándose a la púrpura y deshaciéndose del Augusto legalmente establecido. De modo que si estamos de acuerdo en lo principal, debemos coincidir en la manera de llevar eso a la práctica."

- "No veo manera de acordar algo si ponéis el veto al primer candidato que presento."

- "Es que puede haber más candidatos. Yo tenía pensado uno para plantearlo en esta mesa."

- "Os escucho con toda atención, hablad."

- "Es muy sencillo, el Augusto nombrado para Italia, Valerio Licinio Liciniano."

- "Bromeáis."

- "Nunca he hablado más en serio. Es la solución legal por excelencia."

Constantino se vio sorprendido. Nunca hubiera creído que Licinio pudiera proponerle tal cosa. Instintivamente la propuesta le echó para atrás. Jamás admitiría como Augusto de la Prefectura vecina a un ser tan correoso como el que iba a ser su cuñado.

Además, la Prefectura de Italia tenía una importancia excepcional para él: Era la frontera con el resto del Imperio. Para pasar a la *Panonia* o a la *Tracia*, caminos de todo el Oriente, era necesario atravesar el Norte de Italia y el *Ilírico*. Un tapón en Italia significaría confinarle en la Prefectura de las *Galias* de por vida. Y ahora que tenía dicha Prefectura en las manos, no la iba a soltar. Eso para su padre, que no tenía más ambiciones, habría servido. Para él, no. Pero no podía revelar a Licinio sus intenciones.

- “Pero acaparar dos Prefecturas es vulnerar los principios de la Tetrarquía, que decís defender.”

- “No, si estoy dispuesto de renunciar a la Prefectura de la *Tracia* y conformarme con ser el Augusto de Italia.”

La propuesta de Licinio contenía veneno.

- “Me temo que el acuerdo va a ser más complicado de lo que pensaba, Licinio.”

Le llamó por su nombre para acortar unas distancias que se estaban agrandando por momentos.

- “Pensad que Italia es la Prefectura para la que fui nombrado.”

- “Pero nunca lo fuisteis de manera efectiva. Y de la *Tracia*, sí.”

- “No he sido investido de la púrpura para la Prefectura de la *Tracia*, Constantino. Cuando Galerio vio acercarse su fin, me confió a su mujer y a su hijo, y me dijo que cuidara de la integridad del Imperio, llevando su Prefectura hasta que las cosas pudieran volver a la normalidad, a la Tetrarquía sin usurpadores. Pero Augusto, lo soy de esta Prefectura, no de la *Tracia*.”

Estaban llegando a un punto muerto. Licinio no aceptaba su candidato y él no podía aceptar al propio Licinio como futuro Augusto de Italia. ¡Eso nunca! Se quedó un rato pensativo. ¿No habría alguna solución posible? Por otra parte, ¿podía confiar su planteamiento religioso a una persona, que, aunque iba a ser su cuñado, era un ferviente depositario de las ideas de Galerio y Diocleciano? Todo presagiaba que con Licinio todos sus planes de implantar una religión única en el Imperio se tambaleaban.

Capítulo 96

La Augusta.

Año 313

La Augusta se despertó ese día con ardor de estómago. La noche anterior había cenado tarde y un poco en exceso. Estaba aburrida. Su nieto Crispo no había venido a verla ese día y cuando sucedía eso, le daba por comer. No debiera hacerlo a su edad, pero no había podido resistirse. Acababa de cumplir cincuenta y seis. Pero se conservaba muy bien para sus años. Otras a tal edad parecían ancianas decrépitas.

Decidió que se quedaría en la cama y que le sirvieran sólo una tisana, para calmar el dolor. Así se lo indicó a la esclava que la atendía al despertarse. Ésta salió presurosa hacia las cocinas. Los deseos de la Augusta eran ley de aquella casa, de aquel Palacio.

Elena, la madre de Constantino, aprovechó su inactividad para echar la memoria atrás y reproducir en su mente sus épocas más felices. No es que ahora estuviera reñida con la vida. Había habido largas temporadas mucho peores. Ahora, al menos, tenía cerca a su hijo, Constantino, y cada día pasaba un rato con su nieto Crispo. Esto último era más de media vida para ella. Por eso, cuando Crispo le fallaba, su mundo se tambaleaba. Era, hoy, lo único que le quedaba.

A su hijo, cuando Constantino estaba en *Augusta Treverorum*, aunque lo sabía cerca, nunca lo veía. Estaba demasiado ocupado con sus mandos militares, un día y otro, con los mismos legajos, las malditas reuniones y los malditos mensajeros. Se pasaba el día recibiendo y enviando mensajes, a toda la Prefectura. Y el poco tiempo que sus obligaciones militares le dejaban libre lo dedicaba a descansar en su nuevo Palacio, a las afueras de la capital. Eso hacía que nunca pisara la ciudad. Y, por tanto, que ella no lo viera.

¡Qué diferencia a cuando era pequeño y vivían allí donde el deber mandaba a su esposo, el oficial de caballería Constancio! La Augusta pensaba que no era exactamente el deber, el deber hacia Roma, sino su deseo de promocionar, de subir más y más arriba en su *cursus honorum*. Todos los hombres se desvivían por alargar su carrera militar, o política, y acceder a las más altas magistraturas y puestos de mando. Ellos lo llamaban su *cursus honorum*, pero realmente era su ambición. O su deseo

de ser recordados por las generaciones futuras, de dejar huella, de mostrarse como un ejemplo a seguir. Tanto daba. El hecho es que eso los alejaba de sus familias. Y dejaba a sus esposas con el único aliciente de los hijos.

Por eso ella acompañó a su esposo a todos los destinos que se buscó. Y pudo gozar un tanto de su compañía. Constancio no había sido un mal esposo. Lo recordaba cariñoso y tierno con ella. Si no estaba agotado, ya que en tal caso llegaba al Pretorio del campamento, se tumbaba en la cama y se quedaba dormido. Y tenía que cenar ella sola. La cena de su esposo quedaba sobre la mesa. Al día siguiente, un asistente de su esposo entraba con sigilo en la pequeña sala y retiraba las fuentes.

Pero ella no se quejaba del que había sido su marido. Los había peores. Lo sabía por sus conversaciones con las esposas de otros oficiales. Los había que las trataban mal, que galanteaban con otras mujeres delante de ellas, que las pegaban, incluso, sobre todo si bebían más de la cuenta. Y, lejos como estaban de sus familias, sólo podían aguantar y callar. Algunas escribían a su padre, éste tomaba cartas en el asunto y conseguía romper su compromiso con el marido indeseable. Pero eran las menos. Las más aguantaban y callaban.

Ella no tuvo necesidad de recurrir a su padre; aunque tampoco hubiera valido de mucho, dada la nula importancia de su familia, ni siquiera en la ciudad de *Naissus*, de donde eran sus padres. Su padre tenía una *caupona* (taberna) en el centro de la ciudad y ella le ayudaba, sobre todo los días de fiesta, cuando la clientela aumentaba. Todos los hombres le decían alguna inconveniencia, que ella aparentaba no oír. Elena había sido una joven de llamar la atención. Aun hoy algo quedaba de aquello, pero era más dignidad y estilo que belleza.

Más de dos docenas de clientes la propusieron casarse con ella. No querían casarse con ella; querían, sencillamente, follar con ella. Ella lo tomaba a risa y se deshacía de su abrazo. Y volvía a la trasera, a trasegar vino de la barrica a las jarras. Sólo tomó en serio la propuesta de aquel oficial que tanto la miraba desde el rincón donde siempre se colocaba con sus amigos. Hacía para estar siempre en la misma silla, mirando a la barra en la que ella guardaba las monedas de los clientes.

Al fin un día se decidió y le habló. No le hizo la proposición que los otros, le pagó la consumición de sus compañeros y la suya. Nada más. Luego estuvo varias semanas sin volver. Ella pensó que lo habrían

destinado a algún otro lugar. Pero no, lo volvió a ver, otro día, con los mismos amigos. Y esta vez también pagó él en la barra. Y, de paso, le dijo que se acercaban las Saturnales y que buscara una cuadrilla de amigas para juntarse con él y sus oficiales amigos.

Era lo que ella estaba esperando. Y a los pocos días salieron en grupo. Ella intuyó que con él debía cambiar de manera de comportarse. Dejó de ser la muchacha desvergonzada y descarada que era con los clientes, para defenderse de sus continuas insinuaciones, y se mostró sencilla y dócil. Poco después Constancio la desposó, cuando ella quedó en estado.

Esa forma de ser la mantuvo ya siempre, al ver cómo se comportaban las esposas de los oficiales con los que su marido se relacionaba. Quiso estar a la altura. Por eso educó con austeridad a su hijo, para que fuera el orgullo de su padre. Como su padre le educó a ella. Era la única manera de educar que conocía. Y ahí estaba el fruto, su hijo había alcanzado el título de Augusto Máximo del Imperio. Desde que lo supo se había hecho llamar "Augusta". Su marido había sido César y Augusto. Su hijo era el Augusto Máximo. Ella no podía recibir otro tratamiento. Cuando lo viera se lo diría.

Nunca quería recordar la difícil etapa tras la separación sufrida. Aquella bruja de Teodora tenía la culpa. Por eso no la pudo tragar cuando la vio tras tantos años de dolor. La vida le había enseñado a fingir. Y fingió. Pero la odiaba con toda el alma. Estaba segura de que su hijo se dio cuenta y por eso preparó para ella otra residencia. Pagó el precio de ver menos a su hijo, aunque éste todavía la iba a ver cuando vivía en la ciudad. Luego, al hacer el nuevo Palacio, la cosa cambió.

Cuando llegó a *Augusta Treverorum*, su nieto Crispo tenía once años. Era un chiquillo encantador. ¡Cuánto le recordaba a su hijo a esa edad! Era sano, alegre, abierto, listo. Si con su hijo había sido severa, con su nieto no pudo serlo. Era todo inocencia, y quizás por primera vez en su vida conoció un sentimiento nuevo, dulce, que debía llamarse ternura. Sólo le había pasado con su nieto. Nadie más se lo provocó.

Crispo venía a verla casi todas las tardes. Y ella pasaba la mañana esperando ese rato que iba a pasar con él. Ella le pedía que le contara qué había hecho desde la pasada visita. Así tenía asegurada la conversación. Crispo ahora tenía dieciséis años, se estaba haciendo un hombre. Pero seguía siendo tan sencillo y tan encantador. Podría decir que ella leía en su

interior, de lo mucho que lo conocía. No en vano llevaba ya seis años en *Augusta Treverorum*. Esta facilidad para conocer a las personas se la había dado la vida, la observación. Siempre había sido observadora. Así había podido aprender lo que sus padres no le enseñaron de pequeña.

De su nieto, su pensamiento voló a la madre, Minervina. Era una desgraciada. Había conquistado el corazón de su hijo y le había dado un hijo. Pero los dioses le negaron poder darle más. Estaba convencida de que su hijo iba a ser el Augusto de todo el Imperio. Y necesitaba más hijos que su nieto Crispo. Por eso estaba también segura de que abandonaría a Minervina y se desposaría con la hija del difunto Maximiano, con aquella niña que se postró ante él y él la ayudó a levantarse, mientras la miraba fijamente. No le pasó desapercibida aquella mirada. Su hijo, como ella, no sólo la miró, la conoció por dentro.

Ella percibió un cambio en la madre de Crispo desde el viaje de la hija de Maximiano, aunque el viaje hubiera sido tan breve. En la visita que hicieron a la ciudad aquella mañana, tras su llegada, Minervina siempre se mantuvo alejada de Fausta, que así se llamaba la hija de Maximiano. Por eso supo que también la madre se había dado cuenta del peligro que había con aquella niña.

Maximiano … otro sinvergüenza. No sólo sinvergüenza, un loco. Era inimaginable su atrevimiento de pagar a su hijo del modo que lo hizo, pretendiendo ocupar su puesto. Menos mal que su hijo reaccionó como se debía y lo destruyó en *Massilia*. Nadie de la familia se enteró de lo que estaba pasando hasta recibir la noticia de su muerte en el Sur de la *Galia*. Mejor así. Una persona tan depravada como él no merecía un fin mejor.

La Augusta confió en que el descanso y la tisana la pusieran bien antes de la visita de su nieto. Si hacía falta, tomaría otra tisana por comida. No quería que Crispo la viera con mal temple.

Capítulo 97
Vía única.

Año 313

El silencio pesaba ya entre Constantino y Licinio. Era al primero a quien correspondía hablar. Se negaba a dar por finalizada la conversación. Y se negaba a aceptar a Licinio como Augusto de Italia. Y, sin embargo, había que llegar a un arreglo. El tiempo no hace sino agrandar las dificultades si éstas no se resuelven a tiempo.

- "Debemos encontrar alguna solución."

- "¿Quiere eso decir que vais a rechazar mi candidatura?"

- "Me ha sorprendido tanto que me he quedado sin ideas."

- "Os brindaré entonces algunas de las mías. No es imprescindible que lleguemos a ponernos de acuerdo en todos los asuntos que tenemos pendientes. Podemos acordar algunos y otros seguir dejándolos sobre la

mesa. Lo que hace falta es que se mantenga la unión entre nosotros. Espero que estéis de acuerdo en esto."

- "Desde luego que lo estoy, desde luego. Por eso os hice mi propuesta y para eso estáis aquí."

- "Exactamente. Luego no demos la partida por perdida. Seamos más flexibles. Debemos hablar del César que está ausente de esta mesa, de Maximino Daya. Se ha proclamado Augusto, pero no ha sido nombrado Augusto legalmente, luego sigue siendo César. Podemos hablar de qué estructuras estamos dispuestos a aceptar para el Imperio. Podemos hablar de quiénes, cómo y cuándo vamos a hacer frente a los enemigos de Roma. En algunas de ellas deberemos coincidir. Empecemos por ahí."

Constantino empezó a sospechar que Licinio había preparado mejor la reunión o tenía el don de la improvisación más desarrollado que él mismo. Le empezaba a dar la sensación de que él le conducía a su terreno, a pesar de estar tan lejos de su territorio. Y eso le contrarió. Pero no convenía demostrarlo. Licinio era astuto.

- "Ya que sois el hombre de las ideas, decid por cuál de los temas que proponéis deberíamos empezar."

- "Por cualquiera de ellos, hasta que lleguemos a un punto muerto. En tal caso, empezaremos por otro. Decidid vos, que sois el anfitrión."

Constantino no podía negarse.

- "Sigamos el mismo orden en que los habéis nombrado. Hablemos de Maximino Daya, el César de Oriente."

- "Hablemos de él. Del mismo modo que yo me he mantenido al margen sabiendo que vos ibais a atacar al usurpador, cabría igual postura a la recíproca. Pero eso es adelantarnos. La decisión más inmediata es si contamos con Daya como futuro rector del Imperio o tenemos alguna otra posibilidad pensada."

- "Personalmente no había pensado en él como tema de nuestras conversaciones", mintió Constantino. "Pensaba tratar de los temas que nos competían, la boda y la Prefectura de Italia. Y, tal vez, las fronteras."

Licinio supo que Constantino no era franco con él. Él tampoco lo era plenamente. No se podía ser sincero si se rige un Imperio, ni medio Imperio, ni una cuarta parte. Había que defender los intereses propios, los propios planes.

- "Hablaré yo entonces. A la muerte de Galerio, Daya invadió la Diócesis de Asia. Me cogió en un mal momento y tuve que transigir que se

apropiara de ella, fijando los límites de nuestros dominios en el Bósforo. No olvido su oportunismo y su nulo respeto a los compromisos que adquirió en su nombramiento, que no ha respetado.

Pero todo ello no me hará atacarle, siempre que aceptemos la Tetrarquía como forma de gobierno del Imperio. De modo que los temas están conectados. El futuro de Maximino depende de cómo resolvamos el contencioso de Italia, Prefectura que a los dos nos es muy querida, a lo que veo."

- "A mí el futuro del César Daya me es un tanto indiferente. Al entrar en Roma y revisar los Anales y la correspondencia imperial he comprobado que formó equipo con el usurpador. Pero eso no le llevó a tomar parte activa en defensa del mismo. Por ello ese tema entiendo que os corresponde más a vos."

- "Estoy de acuerdo, es más tema que me incumbe, aunque el compromiso que podríamos tal vez tomar sería el de no hacer nada sin ponerlo en conocimiento del otro y sin tener su aprobación, o al menos, su no oposición."

- "Esto último sí que sería una paso importante y acertado. Y a ello estoy más que dispuesto. De ese modo la estabilidad estará asegurada."

- "Bien, ya tenemos un principio de acuerdo en algo. Tal vez sería oportuno hablar ahora de con quiénes, cómo y cuándo podemos defender las fronteras del Imperio."

- "No comprendo qué se puede hablar de este asunto. Tenemos nuestras Legiones para defender las fronteras. Y la cadena de mando en cada Diócesis para resolver los problemas que se vayan presentando."

- "Me refería a qué personas de confianza podemos designar para que nos sustituyan, en caso de ausencia, de enfermedad, de herida grave en una batalla. Vos tenéis a vuestro hijo Crispo, que supongo que os suple en vuestra ausencia. ¿Qué edad tiene Crispo?

- "Tiene 16 años", respondió Constantino un poco a su pesar. No le agradaba que Licinio se mezclara en sus temas familiares.

- "Es casi un hombre. Lo será en tres o cuatro años. Pero no sé si estará suficientemente experimentado como para confiarle una misión de importancia vital para el Imperio. Tampoco es una pregunta, sino una comentario en voz alta."

Constantino calló. Licinio había percibido que su futuro cuñado estaba incómodo con el rumbo que estaba tomando la conversación. Y

tampoco quería importunarle gratuitamente.

- "Pero sois afortunado. Yo no tengo a nadie. He dedicado mi vida a la milicia y no he tenido tiempo de formar un hogar, ni tengo vástago alguno. Ya quisiera yo tener un hijo de 16 años en estos momentos. Él me podría ayudar a llevar el peso de la púrpura. Pero no tengo a nadie."

Constantino no vio que su interlocutor lo estaba conduciendo a una trampa.

- "¿Y qué conclusión sacáis de todo ello?"

- "Que ninguno de los dos puede llevar el gobierno de más de una Prefectura. Mis fronteras en el Danubio, a pesar de ser mis territorios los menores en tamaño de las cuatro Prefecturas, hierven de *quados*, *godos*, *visburgos*, *marcomanos*, *carpos, gépidos, hérulos, visigodos* y mil tribus más. Y, lo que es peor, todos ellos pueden ser empujados hacia el Sur por otros de los que ni siquiera conocemos los nombres, que habitan en las inmensas planicies de la *Sarmacia* y aun más allá.

Quiero decir que debemos contar con nuestras fuerzas y sopesar sosegadamente quiénes pueden sernos de más utilidad para asegurar la estabilidad del Imperio."

Constantino comprendió adónde quería llegar Licinio. Estaba haciendo una apología de la Tetrarquía de Diocleciano y Galerio. Había aprendido bien la lección. Cuando pasó por su mente que el peligro no estaba sólo en los bárbaros de las fronteras, sino que había otro peligro de instancias más altas, una especie de luz, un susurro, pasó por su mente: "Ahora, no."

No era momento para hablar de los vaticinios de Lactancio. A Licinio, no. Tenía los pies demasiado pegados a la tierra como para comprender augurios procedentes de las estrellas. Para eso había que tener una especial inspiración de los dioses. Y Licinio era un hombre muy mundano. A él, no. Tampoco la habían tenido Diocleciano, ni Galerio. Lactancio echaba pestes de ellos. Lo había comprobado cada vez que los nombraba en sus conversaciones con él. Y esa fobia de Lactancio hacia los que fueron sus superiores le agradaba.

Licinio esperaba que Constantino desplegara los labios. Pero el silencio persistía. Para que no hubiera una ruptura prematura, Licinio aventuró tratar sobre su última idea.

- "¿Qué os parece si hablamos de la estructura que ambos adivinamos para el Imperio dentro de cincuenta años?"

Constantino sospechó que la pregunta era un intento de sonsacarle los planes que tenía para el futuro. Tenía que mostrarse ambiguo y a la vez convincente.

- "Dentro de cincuenta años, por los dioses ... Muy a largo pretendéis tender la vista. Yo me conformaba con saber qué pasará el verano que viene, si los *Germanos* se quedarán tranquilos en sus chozas, o si organizarán una *razzia* a sangre y fuego por la *Bélgica* y las dos *Germanias*."

- "No me digáis que no os habéis planteado cómo será el Imperio dentro de ese tiempo."

- "Lo cierto es que no lo he hecho. Tal vez los árboles no me han dejado ver el bosque, pero los problemas se han sucedido uno tras otro desde mi ascenso a la púrpura y me debo ver satisfecho de que el Norte de la *Galias* y el Norte y el Oeste de *Britania* están en paz y sin problemas. Éstas han sido mis preocupaciones en estos ocho años que han pasado desde mi nombramiento por las Legiones a la muerte de mi padre y mi confirmación posterior."

Y Constantino miró fijamente a Licinio. No sólo para dar impresión de sinceridad, sino para captar el efecto de sus palabras. Licinio hizo un gesto, enarcando las cejas, como de resignación, aceptando, aparentemente, su explicación.

- "En tal caso os ayudaré. Decidme si veis alguna otra opción que a mí se me escapa. Siempre que he pensado en este tema, he visto dos salidas posibles. O mantenemos la Tetrarquía, tal como la dejó establecida el anterior Augusto Diocleciano, o pasamos a un gobierno como el anterior a la Tetrarquía, de un solo Augusto. Decidme si veis otra opción."

- "Mmm … también cabría un gobierno de dos grandes Augustos. Se le podría llamar Diarquía. Marco Aurelio trató de gobernar al principio con un César auxiliar."

- "Una idea perfecta. Ya veis que habéis pensado al menos un poco en el tema."

- "No lo creáis, ha sido una idea improvisada al hilo de vuestro discurso."

- "Tanto da. Ya tenemos tres posibilidades. La Tetrarquía instaurada por el que fuera Augusto Diocleciano, una Diarquía, como acabáis de indicar, y el mando único."

- "Adelante", respondió Constantino, deseando ver hasta dónde progresaba su colega en el mando.

- "Volver a la Tetrarquía implicaría un Augusto independiente en cada Prefectura. Para el puesto vacante haría falta encontrar un buen

militar, más joven que nosotros, pero que tenga al menos 35 años, con experiencia en el ejército y dotes adecuadas. Podríamos designarlo de común acuerdo, con derecho al veto ambos. Pero comprometiéndonos a que saliera uno, si es preciso, mediante sorteo, de los dos candidatos finales.

No impongo mi candidatura para la Prefectura de Italia, del mismo modo que vos no impondríais a vuestro futuro cuñado, el joven Basiano."

Constantino guardó silencio un buen rato. Luego añadió:

- "Seguid."

- "Hablemos ahora de vuestra Diarquía. No se precisa ser muy sagaz para pensar que estáis pensando en vos y en mí. ¿Me equivoco?"

- "No, no os equivocáis. Es, como bien decís, evidente."

- "Sigamos entonces. Eso supondría dejar para vos las dos Prefecturas de las *Galias* e Italia, y corresponderme a mí las dos Prefecturas de la *Tracia* y *Oriente*. ¿Vamos por buen camino?"

- "Por buen camino."

- "Eso significa que Maximino Daya tendría que desaparecer. Y esa labor me correspondería a mí, del mismo modo que vos habéis actuado con el usurpador establecido ilegalmente en Italia. Y mientras yo marcho contra Daya, vos me guardaréis las espaldas, como he hecho yo con vos este año pasado."

- "Exactamente. Veo que vais captando mi idea."

Licinio sonrió y Constantino le imitó. Empezaban a entenderse. El visitante pensó que era un buen momento para terminar la entrevista. Se levantó de la mesa con cara de cansado.

- "Hemos forzado la marcha para llegar a tiempo. Me gustaría descansar lo que queda de día. Supongo que tendremos más días para tratar de lo menos importante."

Vio con agrado que Constantino se levantaba sonriendo también. La primera partida estaba ganada, pero Licinio no sabía muy bien por quién.

Capítulo 98

Daya ataca.

Año 313

Los preparativos no fueron todo lo rápidos que Maximino Daya y su Prefecto del Pretorio habían previsto. Las tropas acuarteladas en Asia se pusieron en marcha y llegaron a la capital a finales de Enero. Las calzadas estaban embarradas y los carros con la maquinaria pesada tuvieron muchos problemas y retardaron la marcha. Hubo numerosos accidentes y varios muertos. Las tropas de Siria se retrasaron más todavía y cuando éstas llegaron, a mediados de Febrero, de las de Egipto no había noticias.

El Augusto Maximino se debatía entre esperarlas o partir hacia el estrecho con las tropas que disponía. Aconsejado por su Prefecto, salió hacia el Oeste con seis Legiones y 6.000 jinetes. Dejaba al Prefecto con cuatro Legiones distribuidas por la frontera con los *Partos*. Había mandado construir un puente de barcazas a las afueras de *Nicopolis*, ciudad de *Bitinia* que estaba frente a las poblaciones de *Bizancio* y *Thimea*, ambas en la otra orilla. Antes habían tomado una zona de terreno en la otra orilla, para evitar que habitantes de ambas villas pudieran impedir la construcción del puente.

La guarnición de *Bizancio* no supo de la construcción del puente hasta que se vieron sitiados por las primeras tropas que pasaron por él. El invierno no se prestaba a ataques y nadie salía por aquella zona, alejada de la villa y despoblada. La guarnición de *Bizancio* la formaba dos centurias de legionarios de los llamados *limitatenses*. Eran los guardianes de las fronteras.

Sabían que eran insuficientes para contener con éxito al enemigo, sabían que no podrían lograrlo más allá de unos cuantos días. Cuando, completado el sitio e instaladas las máquinas de asedio, el Augusto de Oriente les mandó un mensajero con un ultimátum, rendirse y conservar la vida o resistir y morir, rechazaron la primera opción, por sentido del honor. Habían corrido rumores de que el mismo Augusto, años antes, no había sido capaz de impedir que sus soldados saquearan ciudades que le abrieron sus puertas, cuando incorporó a sus dominios la Diócesis de Asia. Tampoco podían pedir que las mujeres, los niños y los ancianos salieran de la ciudad. Era entregarlos a soldados que no eran de fiar.

Su única esperanza era resistir al máximo y recibir refuerzos del Augusto. Si cada ciudad hacía lo mismo, el Augusto Licinio llegaría a tiempo de salvar algunas de ellas y darles su merecido al invasor y a toda su hueste. Tal vez no fuera la suya, pero ellos habrían cumplido su deber y contribuido a la victoria final, porque estaban seguros de que el maldito Augusto de Oriente no ocuparía sus tierras por siempre.

Resistieron. Resistieron heroicamente. Eran sólo 152 legionarios - porque ocho habían muerto o habían sido destinados a otra guarnición - y sesenta civiles que podían ayudarles. Disponían de dos onagros (catapultas) y cuatro balistas (grandes arcos). Colocaron los onagros mirando ambos a Oriente y las balistas, una a cada uno de los cuatro puntos cardinales. Ordenaron subir a las murallas cualquier objeto pesado,

del tamaño adecuado, que pudiera emplearse como proyectil para los onagros. De los heridos se haría cargo un veterinario. El médico estaba en *Heraclea*, la ciudad importante más cercana, distante 85 millas (128 km.).

Cuando había algún enfermo grave, lo trasladaban a *Heraclea*. Pero ahora eso no era posible. Alimento tenían en abundancia, casi hasta la llegada del verano. Por eso no tenían que preocuparse. Tampoco por el agua: Un pozo situado en la antigua ágora servía a las necesidades de la escasa población. El problema estaba extramuros.

Pero si los habitantes de *Bizancio* tenían un serio problema, los problemas empezaron para Maximino Daya por el hecho de no haberse ocupado de la pequeña aldea de *Thimea*, unas pocas millas al Norte de *Bizancio*. *Thimea* no tenía guarnición, ni murallas. No dejaba Maximino soldados a su espalda. Pero los campesinos de *Thimea* se percataron de que un enorme ejército estaba pasando el estrecho por un puente de barcazas y había empezado a poner sitio a *Bizancio*. Decidieron ir a avisar a la guarnición de *Heraclea* de lo que estaba sucediendo en *Bizancio*.

Tres campesinos, montando los caballos más rápidos de la aldea, y llevando otros tres de reserva, salieron esa misma noche de *Thimea*, con destino a *Heraclea*. Conocían bien el terreno y podían viajar de noche, incluso en invierno. De ese modo, el Augusto Licinio sabría lo que estaba sucediendo y podría venir a poner remedio.

La pequeña guarnición de *Bizancio* consiguió resistir durante once largos días las andanadas que cerca de cincuenta onagros y otras tantas balistas - todas las que podían alinearse a la distancia adecuada en torno el perímetro de las murallas - les enviaban de continuo. Pero cuando, al doceavo día, el asalto iba a producirse a través de tres brechas abiertas en sus murallas por los proyectiles, los asediados enviaron al amanecer un emisario a los asaltantes a ofrecer la capitulación. Habían hecho todo lo posible por atrasar al asaltante. De proseguir la defensa, ese día morirían todos.

Su suerte no fue mucho mejor. Los ancianos fueron pasados por la espada. Los niños serían vendidos como esclavos. Maximino entregó las mujeres de *Bizancio* a los soldados que habían intervenido en el sitio, pues no todas las cohortes lo hicieron. Su suerte fue la misma que la de las prisioneras de los *Pictos* en *Britania*, servir de desfogue a los soldados un día tras otro. Maximino sabía que el saqueo de una población era una manera fácil de elevar la moral de las tropas. Así todos estarían deseosos

de entrar en combate. Los hombres en edad de tomar las armas, fueron hechos prisioneros. Maximino ya tenía pensado qué hacer con ellos.

En cuanto se pudieron montar las máquinas de sitio en los carros, prosiguió el avance hacia el Oeste, siguiendo la línea de la costa. La aldea de *Melantias*, situada a 25 millas (38 km.) de *Bizancio*, sin murallas ni guarnición, no opuso obstáculo al paso de las tropas de Maximino. Tampoco lo hizo *Selimbria*, también distante 25 millas de *Melantias*, otra aldea sin protección. Y veinte millas más al Oeste estaba *Heraclea*. Era *Heraclea* una plaza fuerte. Su guarnición, no obstante, sólo era de una cohorte, es decir, unos 480 legionarios *limitatenses*.

Maximino procedió a establecer el sitio, situando sus máquinas al Este, Norte y Oeste de la ciudad, que disponía de un magnífico puerto en el lado Sur. El mensaje ofrecía, como en *Bizancio*, dos alternativas, rendir la plaza fuerte o sufrir la misma suerte que iban a sufrir, ante sus murallas, los soldados que habían quedado vivos, tras resistírsele, en *Bizancio*. Si no entregaba la ciudad en una hora, los supervivientes de *Bizancio* serían ejecutados ante sus ojos, delante de las murallas.

Si se entregaban, se les perdonaría la vida hasta la siguiente plaza fuerte, en que se repetiría la oferta. Nadie debía morir. Ellos condenarían a muerte a sus compañeros con su empecinamiento si resistían para nada. Y a una distancia de unos 500 metros de la muralla de Heraclea se adelantó una fila de unos 50 hombres, con las manos atadas a la espalda. Iban unidos todos ellos por una cuerda al cuello, y custodiados.

Eran los legionarios de guarnición en *Bizancio*. Habían sobrevivido casi un centenar, pero Maximino guardó cincuenta para un futuro. Cincuenta cabezas iban a hacer la misma presión que cien. Caso de no haber supervivientes en *Heraclea*, él quería poder presionar a otras plazas fuertes con vidas humanas.

Las murallas de *Heraclea* se convirtieron en un hervidero de gritos y voces. Al poco sobrevino la calma. El tribuno al mando había tomado la decisión.

Capítulo 99

El acuerdo.

Año 313

Licinio sabía que era hábil llevando una conversación. Lo había demostrado en la entrevista con Constantino. Pero también sabía que en una confrontación con el Augusto de las *Galias*, perdería él, Licinio. Constantino tenía un ejército experimentado, formado por veteranos de media docena de campañas seguidas. Además, Constantino era de los generales que se identifican con su ejército, como lo fueron Julio César o Augusto. Eso hacía a sus Legiones invencibles. Por eso sabía que debía amoldarse al plan que Constantino tuviera para el futuro del Imperio. No podía luchar contra él. Si algún día Constantino lo atacaba, debería defenderse, y ¡por Júpiter! que lo haría. Procuraría prepararse por si ese día llegaba. Pero mientras no llegara, no sería él quien provocara el enfrentamiento.

Por eso el destino del Imperio sería una Diarquía, si eso era lo que Constantino quería. Constantino tenía ya un heredero, un joven al que estaba formando, un joven de 16 años. Y él pronto tendría el suyo. Claro que tendría que esperar casi veinte años para estar en parecida disposición que Constantino. Eran demasiados años. Constantino dentro de 12 ó 15 años tendría un heredero formado y capaz. Él no. Él tendría que elegir a uno de sus comandantes para compartir el poder con él. Tal y como el Augusto Galerio había hecho con él. Lo haría bien, elegiría bien.

Ahora debía adaptarse al plan de Constantino. Y desposarse con su hermana era un buen punto de partida. No la conocía, pero Constantino le había enviado un pequeño retrato y, si éste era fiel, lo cual era de esperar, su prometida era una joven muy atractiva. Sería el digno broche de su carrera política y militar. Y también sería un seguro. Con este pensamiento y la imagen del retrato de Constancia en su mente, Licinio se durmió.

Al día siguiente Constantino había preparado una comida para los dos Augustos en la misma sala que ocuparon el día anterior. Los acompañantes de ambos Augustos departirían y comerían en otro salón mayor. Tanto Constantino como su visitante tenían ganas de seguir la conversación donde la dejaron el día anterior.

Constantino inició la conversación.

- "Decíais ayer que vos iríais contra Maximino Daya en Oriente, al igual que yo he sometido al usurpador de Roma."

- "Pero debe quedar claro que eso puede ser así porque a vos no os satisface perder vuestra conquista de Italia."

- "Desde luego, desde luego, no me satisface", exclamó Constantino haciendo un gesto con la mano como si pasara con prisa la página de un códice.

- "Porque sabéis que no rechazo en absoluto hacerme cargo de mi primer nombramiento, en cuyo caso podríais nombrar vos a vuestro César de la Tracia, la Prefectura que ocupo actualmente. No os negaré que saldría ganando."

- "Sí, sí, lo sé; pero vos también sabéis cómo pienso, y que no voy a cambiar de parecer."

- "Lo sé, lo sé. Mientras esa expedición contra Daya se lleva a cabo, sólo me resta pedir a los dioses que los bárbaros del Danubio y los *Partos* estén quietos. Pero, en cualquier caso, dejaré a mi Prefecto del Pretorio con tropas suficientes para poder defender las fronteras durante mi ausencia, que no debe ser larga."

- "Veremos si lográis hacerlo en menos tiempo que el que yo he necesitado para desplazar al usurpador de Roma. No olvidéis las máquinas de sitio, por si se os agazapa detrás de las murallas de *Antioquía*, Damasco, *Pelusio* o *Alejandría*."

- "Os agradezco la advertencia, pero ya pensaba ir provisto de todo lo preciso. Y volvemos con esto al tema que apenas esbozamos ayer, el de nuestros enemigos declarados. Expongamos qué tenemos preparado si los bárbaros atacan nuestras fronteras estando cualquiera de nosotros ausentes."

- "Yo os llevo ventaja, mi querido Licinio, ya que mi hijo Crispo es casi un hombre y está ya al frente, junto con mi Canciller, del gobierno de la Prefectura de las *Galias* en mi ausencia. Y no sería difícil que dentro de unos pocos años pudiera dejarle al frente de la de Italia, África y el *Ilírico*."

Constantino quería borrar de la memoria de Licinio el supuesto derecho que éste blandía a ocupar tal Prefectura.

- "En efecto, yo lo tengo peor. Pero por eso me rodeo de mandos experimentados y delego en ellos misiones que a veces llevaría yo personalmente, para poder contar con ellos en asuntos de responsabilidad. De todas formas, la labor de un Augusto no es fácil. Decidir en campos tan dispares como el militar, el civil, el legal, el religioso y el doméstico supone todo un reto."

Constantino lo había fiado a los dioses. Si el tema lo sacaba Licinio, pensó finalmente la noche anterior, hablaría del asunto religioso. En caso contrario, lo dejaría pasar. Y Licinio había mencionado las palabras precisas, "temas religiosos". Constantino era muy supersticioso, ciertos asuntos no vitales los fiaba al azar, o al destino, como le gustaba a él pensar. Estaba convencido de que su destino le guiaba.

-"Ahora que lo mencionáis, hay un asunto del que me gustaría conocer vuestra opinión. Es difícil de explicar en pocas palabras ... Pero ciertas personas me han convencido de que hacemos mal permitiendo que el pueblo romano tenga unas creencias tan … dispares. Cada cual cree en un dios diferente y ello no puede gustar al Dios único que rige el Cosmos. ¿Qué pensáis de ello?"

Licinio se quedó un momento en silencio. Lo sorprendía notar ese ramalazo filosófico en un hombre como Constantino. Pero fue prudente en su respuesta.

- "Lo cierto es que nunca me ha venido a la mente un tema semejante. No sabría decir si por falta de tiempo o de interés … Vos que habéis profundizado más que yo en esos temas, podréis decirme a qué conclusiones habéis llegado."

Era lo que Constantino estaba deseando hacer.

- "Hace ya varios años que estoy dándole vueltas a este tema y creo que habría que hacer algo para orientar las creencias del pueblo en la dirección correcta. Es deber del Augusto ocuparse del bienestar del Imperio y la religiosidad primera ha sufrido mucho con nuestras conquistas, con la multitud de dioses cuyos cultos hemos consentido y han llegado a calar en nuestro pueblo. Convendría poner orden en ese campo."

Licinio vio que Constantino hablaba en general y debía concretar más.

- "Y esa situación ¿en qué modo un Augusto puede cambiarla?"

Había llegado el momento de poner las cosas claras.

- "Veréis, me propongo impulsar una religión que restablezca los antiguos valores de Roma. Y que convierta los cultos a muchos dioses en un culto nuevo al Dios único que rige el universo. Estoy persuadido de que eso va a influir de manera decisiva en nuestros triunfos sobre nuestros enemigos."

Licinio no sabía qué decir. Dudaba entre responder con sinceridad sobre lo que acababa de oír, o emplear la diplomacia y eludir la opinión.

Como el asunto no era vital, pensó con rapidez, optaría por la diplomacia.

- "Esta idea me resulta nueva, Constantino. ¿Creéis realmente que alguien en lo alto de las esferas se cuida de lo que pasa en el Imperio? No digo que no sea así, pero nunca lo había pensado."

El rostro de Licinio expresaba la incredulidad más extrema.

- "Así me lo han explicado personas que saben mucho más que nosotros de estas cosas, mi querido Licinio. Personas que han estudiado en libros que tratan de la organización de la vida y de temas que nosotros nunca hemos tenido en cuenta. Y el testimonio de los más sabios es coincidente. Así es."

En el tono de Constantino Licinio creyó ver un atisbo de superioridad. Decidió seguir el camino emprendido.

- "Puede ser, pero me cuesta trabajo creer que la victoria en una batalla contra los *Partos* dependa de algo más que de la cantidad y calidad de las tropas que se enfrentan y de la habilidad, mayor o menor, de los generales que dirigen ambos ejércitos. Es lo que siempre he visto en mi carrera en la milicia. La victoria depende de los aciertos y errores cometidos por los dos contendientes. Y un error puede ser presentar batalla cuando no se está preparado para ello."

- "No es eso, no es eso. Pero … me doy cuenta de que la convicción a la que yo he llegado, tras discutirlo mucho con los entendidos, no se puede transmitir. Hay que vivirla y noto que esa convicción os es extraña. Pero me faltan palabras para transmitírosla."

- "Siento que sea así, porque me agradaría conocer más en profundidad lo que os da esa convicción. Tal vez así yo pudiera acercarme a ella. O tal vez oír a alguna de las personas que os hablaron de ese modo de pensar."

- "No están en *Mediolanum*, sino en mi residencia habitual, en *Augusta Treverorum*."

Licinio empezó a cambiar de parecer. Si Constantino empleaba tiempo en hablar de ese proyecto suyo era porque tenía importancia. Intentó no romper el hilo de la conversación.

- "Es una contrariedad, porque me agradaría poder tratar con alguien entendido en esos temas, que me resultan desconocidos y fuera de mi alcance. Habéis dicho que os disponéis a impulsar una forma nueva de religión. Me gustaría conocer más detalles. Y sería bueno aprovechar los

días que vamos a vivir en la misma ciudad, ya que luego las coincidencias suelen resultar problemáticas."

Pero Constantino sentía cierto reparo en seguir comentando este tema con un extraño. Cuando hablaba con Lactancio veía las cosas claras y todo le parecía evidente, pero explicarlas a alguien totalmente ajeno al tema resultaba no sólo difícil, sino incluso molesto. Constantino se había sentido profundamente incómodo, como hacía tiempo que no se sentía. Tal vez desde los tiempos de *Nicomedia*. Eso fue lo que le echó para atrás en su exposición.

Por ello decidió no ampliar más detalles. Había aprovechado la ocasión, pero habían surgido inconvenientes que suponían una dificultad insalvable. Lo que hubiera que hacer se haría sin la colaboración de Licinio, a pesar de haber deseado obtener esa colaboración en esta visita. Eludió la respuesta y volvió al tema de la boda, de la llegada de la novia y su familia. Constantino ya había informado a su futuro cuñado el camino que había dispuesto que siguieran. Y que las últimas noticias situaban a la comitiva descendiendo la cara Norte de los Alpes Marítimos, por lo que podían llegar de un momento a otro.

Constantino, como Augusto y anfitrión que era, además de hermano de la novia, se había ocupado de todos los preparativos. Sólo quedaba esperar a la comitiva de la novia.

Ahora que los asuntos iban por buenos derroteros, Constantino invitó a su futuro cuñado a visitar la ciudad. Licinio se daría cuenta de que no lo había hecho hasta lograr un acuerdo en los términos que él quería. Eso también formaba parte de la estrategia de la negociación. A decir verdad, lo que él había intentado era imponer su voluntad. Y lo había conseguido.

El Palacio Imperial estaba en la parte Sur de la ciudad, junto al Foro. Pero Constantino quería enseñar a su huésped las fortificaciones de *Mediolanum*. Caminaron hacia la Puerta de *Placentia*, que no estaba lejos. Iban rodeados por una fuerte escolta, en la que formaban parte legionarios de Constantino y de Licinio. Se oyeron algunos vítores de las gentes, que se percataron de que su Augusto paseaba por la ciudad, pero sonaban algo lejanos, protegidos como estaban por las escoltas.

Subieron a la muralla por la Puerta de *Placentia*, una de las dos mejor fortificadas de la urbe. Y siguieron por el paseo en lo alto de la muralla. La calzada a *Placentia* se perdía en la distancia, recta, rodeada de

prados verdes. Cuando hubieron cubierto aproximadamente un cuadrante del perímetro de la ciudad, descendieron al nivel de la calle y volvieron, por una amplia avenida, hacia la Basílica municipal y el Foro. Era la hora del refrigerio del mediodía y lo tomaron en el patio del Palacio, donde se había preparado.

Cuando Licinio y sus acompañantes se hubieron marchado, en dirección al Palacio del Norte, donde estaban hospedados, Constantino se paró a reflexionar sobre la extraña sensación de incomodidad durante las conversaciones. No era habitual en él. ¿Por qué no había sido capaz de explicar a Licinio sus intenciones sobre la nueva religión?

Si no había sido sincero con su futuro cuñado, lo quiso ser consigo mismo. Recordó la primera vez que oyó a Lactancio hacer su planteamiento a Diocleciano. En aquella ocasión la exposición le convenció por sí misma. Los argumentos de Lactancio le parecieron sólidos, venían de personas entendidas, incluso sabias, como las Sibilas. Fue más tarde, cuando se añadieron otras motivaciones. Constantino se esforzó para averiguar cuándo aparecieron esas nuevas razones.

Y su memoria retrocedió en el tiempo hasta su viaje a *Mediolanum*, donde su padre recibiría la púrpura como Augusto, de manos de su suegro. Cuando subían por el *Ilírico*, allí fue la primera vez que intuyó que su destino era regir todo el Imperio. Y cuando vio claro que la nueva religión que Lactancio proponía podía ayudarle en tal proyecto. Proyecto que aún no había tomado forma plena, pero que ya se apuntaba en su mente, aunque de manera oscura y vaga. A partir de ese momento, había pensado tantas veces en ambos aspectos - unir todo el Imperio bajo su mando y la nueva religión - al mismo tiempo, que ya no podía decir cuál de ellos era origen y cuál consecuencia.

Reflexionando con un poco más de profundidad, se dio cuenta de que, aunque cronológicamente el atractivo de la exposición de Lactancio le había ganado en primer lugar, más tarde se convirtió en un elemento de apoyo a su proyecto principal, que era unificar el Imperio bajo su mando. Se sintió satisfecho de la clarificación que había logrado. Pero aún quedaba por explicar por qué se sintió incómodo al explicar el asunto religioso a Licinio. No obstante, cansado ya de reflexionar sobre temas arduos, Constantino dejó ese tema para otra ocasión.

Capítulo 100
El final de los perseguidores.

Año 313

Ajenos al mundo exterior, recibiendo las noticias que llegaban a *Augusta Treverorum* cuando Lactancio conversaba con algún oficial del Pretorio, o, en el caso de Eusebio, con alguno de los escribas de la Biblioteca, los dos hombres continuaban su trabajo de redacción sin perder tiempo. Ninguno quería quedarse atrás.

Lactancio llevaba ventaja, ya que al terminar sus dos Evangelios sólo le quedaba escribir dos Cartas, la primera, que adjudicaría a Pedro, el cabeza de los Apóstoles, y otra que ya vería a quién ponía como autor. En cambio, Eusebio había empezado su Evangelio de Juan después de que Lactancio había terminado los suyos.

Eso dio a Lactancio una cierta ventaja. La aprovechó escribiendo dos Cartas a Pedro, y no una. Seguro que Eusebio no decía nada. Y completó su labor con la que adjudicaría a Judas. Cuando terminó de redactar su parte, al inicio de la primavera del año 311, Eusebio estaba con el Evangelio de Juan muy adelantado, pero aún tenía que terminarlo y escribir sus dos Cartas. Así pues, Lactancio vio llegada la oportunidad, ahora que iba a tener ocasión, de poner en marcha un viejo sueño que acariciaba desde los lejanos días de su estancia en *Nicomedia*.

Diocleciano había rechazado su plan destinado a salvar el Imperio. Pero no lo había rechazado desde un primer momento, sino que le había remitido a Galerio, para lo cual Lactancio tuvo que viajar hasta *Sirmium*, en la *Panonia Inferior*.

Con problemas en la frontera, con informaciones sobre un previsible ataque de los *Sármatas* y los *Quados*, bárbaros del otro lado de Danubio, Galerio no estaba dispuesto a perder tiempo atendiendo una petición civil de un ciudadano de la lejana África. Por eso lo despachó sin demasiados miramientos, y la misiva que envió a su suegro, la escribió de

mal humor y resultó desabrida. Lo que Galerio nunca supo fue que Lactancio le culpó, especialmente a él, de la negativa que le daría finalmente Diocleciano en *Nicomedia*. Lactancio odiaba a Diocleciano, pero sobre todo odiaba a Galerio. Y tenía decidido escribir lo sucedido de manera que, tanto uno como otro, quedaran desprestigiados ante la posteridad. Eso era lo que más le dolía a un romano.

Los dioses, o mejor, el Dios Supremo, se había encargado de facilitarle las cosas. Galerio ya había muerto. Podía decir de él lo que quisiera, nadie iba a contradecirle. Diocleciano se había retirado y no estaba ya en el poder. Era como si hubiera muerto, podía escribir sobre él lo que le pareciera.

Junto a estos dos Augustos tenía a otros dos para concentrar en ellos su rencor. No por nada personal, sino porque se habían opuesto a su protector, el Augusto Constantino. Maximiano y Majencio habían luchado contra Constantino y habían perdido. Y los dos estaban muertos Otros enemigos que no podrían defenderse. Se cebaría también en ellos.

Desde que se percató de que estaba próximo a terminar la redacción de los textos sagrados del Cristianismo, su mente estaba dándole vueltas a la historia que tenían que forjar para situar el Cristianismo implantado en todo el Imperio, desde tiempos del Augusto Tiberio. Ya tenía decidido que habría varias persecuciones de ciertos Emperadores contra el Cristianismo naciente, y que los cristianos sufrirían tormentos desgarradores a manos de sus perseguidores. Pero no de todos, de los que no habían respetado al Senado, de los que él calificaba de malos Emperadores.

Pero no escribió de momento sobre ellos, sino sobre los más recientes, los más odiados, los que le habían perseguido - más bien no le habían hecho caso - a él, que era el origen del Cristianismo. Cuando hubiera acabado con ellos, ya antepondría los capítulos sobre los Emperadores antiguos.

Diocleciano no sólo iba a perseguir a los cristianos. Llevado de su odio, Lactancio no le reconoció acierto alguno y todas las medidas que tomó, y que salvaron al Imperio del desastre que le amenazaba, fueron tergiversadas y deformadas por Lactancio. Le adjudicó la más cruel, sangrienta y despiadada de las persecuciones, la que inició el año 303. Lactancio había decidido que todo Emperador que no aceptó su plan iba a perseguir cristianos.

Arremetió a continuación contra Maximiano, en quien tampoco encontró rasgo favorable, acusándole de violar a jóvenes de ambos sexos para satisfacer sus pasiones desbordadas. Acto seguido escribió sobre Galerio, otro monstruo de maldad a los ojos de Lactancio. Y como tal quedó en su obra.

Había sido Galerio el que incitó a su suegro Diocleciano a perseguir a los cristianos. Y Lactancio situó el inicio de la persecución en el mismo año en que él recibió la negativa de Diocleciano a poner en práctica sus planes de salvación del Imperio mediante un nuevo culto al Dios único, en el año.

Tampoco respetó Lactancio los últimos años del reinado de Diocleciano, y lo pintó enfermo, envejecido, medio demente. Según su libro había sido su yerno, Galerio, quien le había obligado, primero con ruegos y más tarde con amenazas, a dimitir, dejándole a él en el poder. Adjudicó a Galerio persecuciones crueles contra los cristianos, aunque éstos solo existían en sus escritos.

Y como Galerio todo lo hacía mal, también persiguió y buscó la muerte de Constantino, aunque para ello Lactancio tuvo que trastocar el lugar en que cada uno residía y el tiempo en que realmente se produjo la salida de Constantino de *Nicomedia*, durante el mandato de Diocleciano, y no en el de Galerio. Este retraso le obligó a hacer llegar a Constantino a *Britania* al lecho de muerte de su padre, cuando en realidad estuvo guerreando a su lado un año entero. Pero eso a Lactancio no le importaba. Realmente, él escribía lo que le hubiera gustado que pasara, no lo sucedido.

Y fue Lactancio, en su libro “Sobre la muerte de los perseguidores”, quien trató de ocultar la bigamia de su protector. Porque Maximiano había ofrecido a Constantino la mano de su hija. Éste había aceptado y se había celebrado la boda en *Arelate*. Pero Constantino no había repudiado a su primera esposa, Minervina. Y aunque convivía con ella, y no con su segunda esposa, Fausta, la bigamia era innegable.

Por eso en su nuevo libro, “Sobre la muerte de los perseguidores”, inventó una historia según la cual Constantino habría perdonado a su suegro tras el episodio de *Massilia* (Marsella) y se habría conformado con amonestarle. Maximiano habría vuelto a convivir con su yerno en *Augusta Treverorum*. Pero habría tramado asesinar a su yerno, apuñalándolo por la

noche, mientras dormía. Maximiano confió el plan a Fausta, y le pidió que dejara abierta la puerta de la habitación esa noche.

Fausta habría fingido aceptar el plan de su padre, pero luego le contaría lo sucedido a Constantino. Éste habría ordenado a un esclavo eunuco que se acostara en su cama, y se dispuso, con unos guardias, a vigilar su lecho.

A media noche, apareció Maximiano, puñal en mano; entró en la habitación de Constantino y apuñaló el cuerpo que yacía sobre la cama: Era el eunuco, que resultó muerto. En ese momento entró Constantino con la guardia, apresaron al homicida y, esta vez sí, Maximiano fue decapitado.

La leyenda creada por Lactancio hacía intervenir a Fausta como cónyuge de Constantino. Cuando por aquellas fechas, primavera-verano del año 309, Fausta residía en *Arelate* (Arlés), sin convivir aún con el hombre con el que se había desposado. Así, la bigamia de Constantino, hecho que escandalizaba a Lactancio, había desaparecido y nunca sucedió en su nueva historia.

Lactancio había llegado, escribiendo su libro, al año 310, año anterior a la muerte de Galerio. Había muerto Maximiano, un enemigo de su protector. Debía seguir con lo sucedido a Galerio.

Pero entonces Lactancio enfermó de cierta gravedad. Tenía ya 69 años. Los médicos de Palacio, siendo como era el Pedagogo jefe del hijo del Augusto, le atendieron con el mayor celo. Constantino estaba en Italia. Y los dioses quisieron que Lactancio se recuperara de su fiebre y de su dolencia. Para desesperación de Eusebio, que ya veía con la desaparición de su colega una ocasión para forzar las cosas en beneficio de su plan. Pero se vio frustrado, porque Lactancio volvió a sus funciones. Más delgado, algo más torpe, casi macilento, pero de nuevo allí.

Esta enfermedad afectó al libro que estaba escribiendo. Lactancio temió por su vida. Tenía que terminar lo que estaba haciendo. Tenía que dar cuenta de las muertes de todos los que se había opuesto a Constantino y a él. Tras la derrota de Majencio a las puertas de Roma, sólo le quedaban vivos en el libro Galerio y Diocleciano. Galerio había muerto. Debía escribir su muerte.

Realmente fue algo repentino. Enfermó y en pocos días murió de fiebres. Pero Lactancio cambió el diagnóstico por una infección aguda de

sus órganos genitales. Y añadió, llevado de su odio, dolores, olores y descripciones nauseabundas. El final que él hubiera deseado a su peor enemigo. Y Lactancio quedó satisfecho. Como si su historia, al quedar escrita, se hubiera convertido en realidad.

Nota del Autor.

Como un ejemplo, Lactancio empezó su redacción sobre Diocleciano en el libro con estas frases:

> *"Diocleciano, que fue un inventor de crímenes y un maquinador de maldades, al tiempo que arruinaba todas las demás cosas, tampoco pudo abstenerse de levantar sus manos contra Dios. Con su avaricia y su timidez alteró la faz de la tierra. En efecto, dividiendo la tierra en cuatro partes, hizo a otros tres Emperadores ..."*

(Fuente: Sobre la muerte de los perseguidores. Traducción de R. Teja. Gredos. 1.982.)

Capítulo 101

Año 313

La boda se celebró con enorme bullicio y alegría de todos. Constancia estaba encantadora, feliz, todo sonrisas. Licinio la miraba frecuentemente. Y Constantino los observaba a ambos. Teodora estaba apenada por dentro, pero simulaba que el enlace le alegraba. Perdía una hija, la mayor, y la mejor. Se iba lejos, para siempre. Pero ése era el precio que sabía que un día tendría que pagar. Había disfrutado de ella 18 años. Aún le quedaban dos hijas más, Anastasia y Eutropia, y tres hijos. Pero con los hijos era distinto. Una madre siempre está más cerca de sus hijas que de sus hijos.

Licinio llevó a su esposa al Palacio donde residía. Y se quedaron a los siete días de fiestas y Juegos que Constantino había organizado en su honor. Habían pasado cinco. El matrimonio asistía junto a Constantino a todos los espectáculos. El pueblo los vitoreaba y cantaba sus nombres a pleno pulmón. El último día de los Juegos, sin embargo, el júbilo se terminó. Habían llegado un grupo de jinetes desde *Tracia*. Traían noticias alarmantes: El Augusto de Oriente, Maximino Daya, había invadido el territorio y estaba sitiando *Bizancio* al frente de un enorme ejército. La ciudad resistía, pero no podría aguantar a tan gran ejército. Terminaría sucumbiendo. Y lo mismo sucedería con las demás plazas limítrofes con *Asia Menor*.

En cuanto ambos recibieron la noticia se miraron a los ojos. Lejos de sentirse contrariados, se alegraron: Ya no era preciso inventar una excusa para atacar a Daya. Él acababa de facilitar la respuesta. Ambos Augustos se reunieron a solas.

- "Los dioses nos son favorables", comenzó Constantino. "Daya está loco. Sólo a un loco, gobernando una Prefectura, se le podía ocurrir atacar a las otras tres."

- "Tenéis razón. No lo entiendo. Quizás no debí, al morir Galerio, haberle cedido Asia. Pero no le parece suficiente y ahora quiere también la *Tracia*."

- "No os hagáis ilusiones, ese hombre quiere la *Tracia*, el *Ilírico* y también Italia. Lo quiere todo. Todo para él."

- "¿Creéis realmente que se propone reunir las cuatro Prefecturas bajo su mando?"

- "No me sorprendería nada. Es el más veterano de nosotros. Fue designado a la vez que mi padre, Constancio. Sólo Galerio era más antiguo y con más categoría que él. Ahora que Galerio ha muerto, no sería extraño

que se hubiera forjado una quimera por la que se creyera con derecho a disponer de todo el Imperio bajo su mando."

- "Es posible. Sea como sea, ha atacado mis dominios y debo acudir a parar su agresión. Y, si le venzo, ocupar su puesto en Oriente, antes de dar ocasión a cualquier usurpador a creerse con derechos."

- "¿Qué pensáis hacer?

- "Retorno de inmediato. Avisaré a mis hombres de que mañana a medio día iniciamos la marcha. Constancia me acompañará, como podéis suponer."

Constantino había pensado ofrecer otra opción a su cuñado.

- "¿No sería tal vez más seguro que se quedara con nosotros?"

- "Daya ya ha ocasionado bastante daño con irrumpir en mi Prefectura y matar a mis ciudadanos. No le daré la oportunidad de influir también sobre mi vida."

El tono de Licinio era terminante. Constantino no insistió.

Esa tarde Constancia fue al Palacio de Constantino, donde se alojaba toda su familia. Se despidió de su madre, a solas, y de sus hermanos.

Dejó para el final la despedida con Constantino. Éste la recibió en una pequeña sala del primer piso. Nada más entrar, se arrodilló a sus pies y le hizo una petición.

- "Solicito, *Dómine*, vuestra bendición."

Nunca antes su hermana le había llamado *Dómine*. Esto sorprendió a Constantino. Enseguida pensó que actuaba por indicaciones de su marido. Y con unas palabras de protesta le hizo levantarse del suelo. Se sentaron en dos sillas.

- "Te daré mi bendición, pero antes háblame de tu nuevo estado."

- "Quería agradeceros vuestra decisión de unirme a Licinio, hermano. Es una persona bondadosa, atenta, y estoy segura de que voy a ser muy feliz con él."

- "Me alegra mucho oír eso, Constancia. Tenía buena impresión de él, pero por referencias, pues no lo había tratado. Ahora que lo he hecho he confirmado las impresiones que me dieron quienes lo conocían."

- "Es muy gracioso …". Constancia se rió en voz baja. Constantino esbozó también una sonrisa, por lo inocente que era aún Constancia.

- "Estoy seguro de que te portarás de modo que dejarás en buen lugar a la familia a la que perteneces."

- "No temáis. No os defraudaré."

Se hizo el silencio. Constancia se levantó y se postró a los pies de su hermano. No dijo nada. Constantino, ya en pie, puso sus manos sobre la cabeza de la joven y murmuró un ruego a los dioses. Finalmente, añadió en voz alta.

- "Partid entonces, hija mía, y que los dioses os acompañen."

Ella se levantó, hizo una reverencia a su hermano y salió de la sala con la cabeza alta.

Mientras esto sucedía en Palacio, en la ciudad los Juegos proseguían. El pueblo, ajeno a las noticias que alteraron la vida de los Augustos, disfrutaba de los espectáculos. Era un hecho insólito que se diera una boda imperial en la propia ciudad. Constantino dejó que siguiera la fiesta, aunque el último día aparecería en el palco imperial sin los dos recién casados. La gente primero hablaría en voz baja con extrañeza. Luego se correría la voz de que el Augusto Licinio, el esposo de Constancia, había tenido que salir para su tierra por problemas graves.

Él clausuraría los Juegos y recibiría los vítores de todo el circo. Excusaría a los ausentes, que lo eran por seguir su sentido del deber. A él le quedaban varias semanas de permanencia en *Mediolanum* para realizar los cambios que se había propuesto hacer en la administración de la Prefectura. Tenía que recibir aún a magistrados importantes que vendrían a verle desde África y el *Ilírico*. Los había citado. Pensaba luego desplazarse a las principales ciudades del *Ilírico*. Tenía previsto visitar *Senia*, *Iader*, *Burnum*, *Salona* y *Narona*. Se proponía visitar al que fuera Augusto Diocleciano en su retiro de *Spalato*, cercana a *Salona*.

Pero antes de que pudiera llevar a cabo sus planes sucedió algo inesperado. Sólo dos días después de la partida de Constancia y Licinio, un par de mensajeros de *Augusta Treverorum* le trajeron noticias. Era una carta de su hijo, Crispo. La firmaban Crispo y su Canciller Mayor. Decía así:

"De Crispo, hijo de Flavio Valerio Constantino, a Constantino, Augusto de Britania, las Galias, Hispania, Italia, el Ilírico y África. Salud.

Desde hace tres meses, e incluso antes, recibimos constantes noticias de fuertes movimientos de tribus. Todos los informantes coinciden. Un movimiento nunca visto antes. Confío en poder con todo

ello. No obstante, si no estáis retenido por compromisos graves, agradecería mucho vuestra presencia aquí.

Cuidaos.”

Capítulo 102

Un respiro para Osio.

Año 313

Osio estaba indignado. Le habían llevado a una encerrona. Entre los dos, pero sobre todo Lactancio le había impuesto una misión imposible de cumplir. Le habían dado una relación de ciudades de las distintas Diócesis en que se dividía el Imperio. Y eran casi 30 ciudades por cada Diócesis. Él debía presentarse en cada una de esas ciudades, informarse de los personajes que pudieran ser aptos para representar a la nueva religión que se iba a crear en el Imperio, entrevistándose con los que tuvieran mejores referencias. Luego debía decidir a cuál de ellos iba a explicar los compromisos del cargo para el que se le designaría. ¡Y debía lograr que el candidato aceptara el puesto! Y para todo ese proceso tenía de promedio cuatro días. ¡Cuatro! Claramente era una trampa. Los del equipo redactor, como ellos se llamaban, quería hacerle quedar mal ante el Augusto Constantino. Eso estaba claro.

Él había preguntado, sin sospechar nada aún, de cuánto tiempo disponía para realizar todas las visitas y elegir a los futuros Instructores de la comunidad cristiana a formar en esa ciudad y su territorio. Y fue entonces cuando se enteró de que apenas disponía de año y medio. Ya les indicó que eran demasiadas ciudades, y demasiado distantes unas de otras para poder cumplir su misión en ese plazo. Pero fue inútil. Ellos insistieron en que ésas eran las órdenes que tenían del Augusto Constantino. Ante lo cual él tuvo que callarse.

En el tiempo que los había tratado, algo más de dos semanas, se había dedicado a observarles y había sacado sus propias conclusiones. Lactancio ostentaba el mando, pero era hombre de pocos recursos, limitado de ideas, siempre repetía los mismos conceptos y tenía una cierta ingenuidad, impropia de su edad. El ayudante de Lactancio, Eusebio, parecía un hombre más culto, más capaz, más dueño de sí mismo, más

perspicaz. Él era, en opinión de Osio, el cerebro, mientras que Lactancio era sólo el portavoz. No dudaba Osio de que el plan de ponerle las cosas difíciles era de Eusebio, no de Lactancio. Por tal motivo había tomado manía a los dos. A Lactancio por petulante, y a Eusebio por intrigante.

De cara a ambos simuló aceptar sus instrucciones y anunció que partiría para reunirse con el Augusto Constantino en *Mediolanum*. Tomó los servicios de media docena de guardaespaldas, veteranos de las Legiones en su mayoría, junto con un guía. Se informó en el Pretorio sobre la mejor vía para tomar, teniendo en cuenta la estación del año, finales de Febrero. La recomendación unánime, para un viajero que hacía el recorrido sin mayor escolta, fue bajar por el curso del Ródano hasta *Arelate* y *Massilia*, llegar a *Genua* (Génova) y subir hacia *Mediolanum* por *Dertona* (Tortona). Era el trayecto que había seguido la familia del Augusto Constantino cuando viajó hasta *Mediolanum* hacía apenas dos meses. Y fue la vía elegida por Osio.

Cuando, al cabo de veinticinco días y tras muchos momentos penosos en varios tramos del recorrido llegó a *Mediolanum*, fue para enterarse de que el Augusto Constantino había partido para *Augusta Treverorum* quince días atrás. Había proyectado hacer el viaje por *Augusta Pretoria* y los Alpes Peninos. Iba con una escolta de más de cinco mil hombres y podía forzar los pasos, cosa que no estaba al alcance de un particular. Osio maldijo a todos los dioses. Iba a perder más de dos meses, con el poco tiempo de que disponía para cumplir su cometido.

Pero antes de volver grupas y retornar por el mismo camino hacia la capital de la Prefectura de las *Galias* le vino a la idea de que quizás los dioses le estaban ayudando. Para cuando se pudiera localizar al Augusto, todavía quedaría menos tiempo y resultaría más evidente que era imposible completar las visitas de la lista que le habían dado. Tal vez el Augusto lo comprendiera con más facilidad ahora.

Resignado ante los imponderables, Osio descansó con sus escoltas en *Mediolanum* un día y se volvió por el mismo camino, los Alpes Marítimos. Un mes más tarde llegaba a *Augusta Treverorum*. Sólo para saber que el Augusto había partido hacia la frontera con *Germania* y que no podían decirle ni dónde estaba, ni cuando volvería, porque nadie sabía tales extremos. Osio ya se había acostumbrado a las dificultades que uno debía esperarse para poder concertar una entrevista con el Augusto. Se armó de resignación y guardó dos días de descanso en la capital, antes de

subir hacia la frontera. Se dirigiría hacia *Colonia Agrippina*. Allí ya le dirían si el Augusto había ido hacia el Sureste, hacia *Mogontiacum*, o hacia el Noroeste, hacia *Noviomagus*.

El peligro se situaba en la *Germania Inferior*. Una coalición de *Tencteri*, *Bructeri* y *Sicambri* había invadido la zona Norte de la *Germania Inferior*, arrasando *Asciburgum*, *Gelduba*, *Nomesium*, *Durnomagus* y *Buruncam*. Y simultáneamente, las tribus de los *Chatti* y *Danduti* habían entrado un poco más al Sur, devastando *Rigomagus* y *Antonacum*. Estaba claro que los *Germanos* evitaban las ciudades dotadas de guarnición romana, como *Mogontiacum*, *Colonia Agrippina* o *Vetera Castra* y se dedicaban a atacar las aldeas sin protección.

. Las tropas de guarnición en los campamentos permanentes romanos citados habían sido reforzadas, pero, aun así, se vieron impotentes para hacer frente a tantas partidas de bárbaros esparcidos por un territorio boscoso y muy amplio. En esta incursión los *Germanos* se ensañaron con especial crueldad con los campesinos de las aldeas que saquearon. No dejaron un ser vivo y los sometieron a todo tipo de vejaciones y torturas ante de terminar con ellos. Lo único que se pudo hacer fue enterrar a las víctimas. Crispo y el Canciller habían acudido a la frontera al recibirse las primeras noticias de presencia enemiga. El primero se instaló en *Colonia Agrippina*, mientras el Canciller hizo de *Mogontiacum* su cuartel general. Para cuando llegó Constantino a la zona, los bárbaros habían pasado de nuevo el *Rhenus Flumen* (río Rhin) y habían vuelto a sus tierras con el botín.

En cuanto el Augusto Constantino llegó a la zona, informado de la situación, se dirigió a *Colonia Agrippina*, para reunirse con su hijo Crispo. Además dicha Colonia era el centro geográfico de la zona atacada. Reunido con sus oficiales de Estado Mayor forjó rápidamente el plan a seguir. Era necesario llamar a las guarniciones de *Mogontiacum* y de *Vetera Castra*, que deberían enviar a *Colonia Agrippina* la mitad de sus efectivos. Se formarían dos expediciones de castigo. Una, al mando de Eroc, con algo menos de la mitad del total de tropas disponibles, tendería un puente de barcazas en *Bonna*, campamento romano de menor importancia, y, pasado el río, barrería la zona situada al Sur de *Bonna*, cogiendo prisioneros a todos los hombres en edad de llevar armas y deshaciéndose de todos los demás aborígenes que encontrasen en la zona. Se adentrarían un máximo de 60 millas romanas (90 km.) en zona

germana. La operación de castigo duraría 10 días, el tiempo que los legionarios tenían alimento en sus mochilas, contando el retorno por el mismo camino.

El puente en *Colonia Agrippina* no estaba terminado, pero se podía cruzar por un sólido tablado que se había extendido sobre los pilares, que ya estaban casi terminados. *Colonia Agrippina* estaba a 75 millas (110 km.) del lugar más alejado donde se había dado una incursión germana. *Mogontiacum* estaba a doble distancia de las aldeas atacadas más al Sur, *Rigomagus* y *Antonacum*.

Constantino, con su hijo Crispo, cruzarían el puente sobre el *Rhenus* en *Colonia Agrippina* y subirían hacia el Noroeste, barriendo la zona de los *Sicambri*, con los mismos objetivos y limitaciones. Dos *turmae* de jinetes partieron para *Mogontiacum* y *Vetera Castra*.

Constantino quería devolver el golpe con energía. La zona invadida era la parte de la frontera del *Rhenus* que no quedaba protegida por la Muralla de Adriano, que por el Este subía hasta *Bontobrica*, protegiendo *Mogontiacum*. Las 250 millas romanas (375 km.) que quedaban desde el final de la Muralla hasta la desembocadura del *Rhenus* sólo contaban con el río como frontera natural y los bárbaros lo cruzaban en sus canoas cada vez que se lo proponían.

Y fue en ese compás de espera, mientras llegaban los refuerzos de *Mogontiacum* y *Vetera Castra*, cuando Osio llegó a *Colonia Agrippina*. Con el salvoconducto especial que exhibió, firmado por el Augusto, anunciaron a éste su llegada de inmediato.

Constantino dejó la reunión que celebraba con sus mandos militares para recibir a Osio. Cuando éste entró en la sala en que el Augusto le esperaba, éste hizo seña a los guardias de seguridad, que siempre estaban presentes en las audiencias, y éstos se retiraron.

Osio se postró ante su Augusto y éste le puso la mano sobre el hombro indicándole que se levantara.

- "Dadme noticias favorables, mi buen Osio, que problemas ya me dan los bárbaros."

El Augusto parecía cansado. Osio se vio forzado a no plantear el tema crudamente. En vez de hablar de programa exagerado, optó por empezar por el retraso que su doble viaje suponía.

- "Lo siento mucho, *Dómine*, pero no he logrado coincidir con vos en el trayecto entre *Mediolanum* y *Augusta Treverorum*. A mi llegada a

Mediolanum se me informó que vos habíais salido de Italia por los Alpes Peninos, rumbo a la capital de las *Galias*, mientras yo me veía obligado a seguir la ruta, más larga, pero más favorable, de los Alpes Marítimos, por la costa."

- "Debo ver en qué consiste vuestro proyecto de viaje por las dos Prefecturas."

Osio venía preparado para ello y traía consigo una cápsula que contenía el pergamino con la relación de visitas preparada por Lactancio. Se la tendió al Augusto. Éste leyó despacio la larga lista. Por un momento frunció el ceño. Luego quedó pensativo, con la mirada en un punto lejano. Pareció haber tomado una decisión. Hizo un gesto de contrariedad con la boca antes de hablar.

- "Me parecen excesivas. Para un primer momento no hay necesidad de congregar a tantos dirigentes del nuevo culto. ¿Qué opináis vos?"

A Osio el panorama se le aclaraba.

-"Soy de vuestra misma opinión, *Dómine*. Con cerca de 30 designaciones provisionales en cada una de las Diócesis de las *Galias*, *Britania*, *Hispania* e Italia, junto con las demás, se corre el peligro de no acertar plenamente por tener que hacerlas con apresuramiento. Ésa es mi humilde opinión."

- "No, no, no. Precisamente por el riesgo de no hacerlo bien, debemos extremar las precauciones y actuar con prudencia. Creo que se debería eliminar una parte de las ciudades de esa lista. Proponedme una decisión, vos que sabéis más que yo sobre la marcha de la redacción. En mi vuelta de Italia no tuve ocasión de reunirme con ellos en la capital. ¿Cuál es la última fecha prevista para terminar la misma?"

- "El otoño próximo, *Dómine*. Eso significa que habría que reducir la lista a la mitad para tener la seguridad de hacer las elecciones con un buen criterio, siempre según mi leal opinión."

Constantino reflexionó por un momento. Hizo un cálculo rápido. Se habrían designado a unos 50 dirigentes con la propuesta de Osio. Una reunión con tal cantidad de dirigentes locales era más que suficiente. Pero quería añadir algo sobre lo que había estado pensando últimamente, tras su paso por Italia.

- "Acepto vuestra propuesta. Podéis reducir la relación en la mitad de las ciudades. Elegiréis las más importantes según vuestro criterio, debiendo estar éstas uniformemente repartidas por cada Diócesis. Pero

quiero que eliminéis el *Ilírico* y el África perteneciente a la Prefectura de Italia. Y de Italia … sólo iréis a ciudades de la zona Norte, pero no más de media docena. Con eso será suficiente. Más adelante, ya realizaréis una segunda ronda de nombramientos, pero sin prisa alguna."

Era más de lo que Osio esperaba conseguir. Su alegría no le pasó desapercibida a Constantino. Pero tenía prisa por terminar la reunión. Debía hacer frente a problemas más inmediatos. Hizo una seña a su interlocutor dando por terminada la audiencia.

- "Todas vuestras indicaciones serán cumplidas, *Dómine*", afirmó Osio con una inclinación de todo el cuerpo. Se retiró sin dar la espalda al Augusto. Sólo al llegar a la pared en la que estaba la salida, se volvió apenas lo suficiente para no tropezar.

Cuando salió al aire libre, Osio exhaló un suspiro de alivio. Los dos granujas de *Augusta Treverorum* iban a ver sus planes frustrados. La sensatez del Augusto y el sentido común se habían impuesto. Con quien debería esforzarse por aumentar la unión era con el Augusto, aunque nada le diría en contra de los dos redactores, que parecían gozar también de su confianza. Había que ser cauto en un terreno que se pisaba por primera vez.

Capítulo 103
Conversación con Diocleciano.

Año 311

De cara a Constantino, Licinio había encontrado una justificación para volver por la costa del Adriático, en lugar de hacerlo por la costa italiana. Pero había algo que no quería confiar a Constantino. Su razón oculta era que, en el viaje de ida, Licinio había hecho una parada en el palacio de Diocleciano, en *Spalato*, y había conversado extensamente con el antiguo Augusto sobre la situación del Imperio.

Licinio se sentía solo. Desde su nombramiento, su mentor había sido el Augusto Galerio, a quien conocía, y bajo el cual había servido muchos años. A él consultaba sus escasas decisiones, cuando no tenía aún una Prefectura sobre la que ejercer mando. Con su muerte todo cambió. Obtuvo su Prefectura, la que hasta ese momento gobernaba Galerio, pero perdió un tutor y un amigo.

De ahí que siempre había mantenido una correspondencia regular con el instaurador de la Tetrarquía. Cada tetrarca tenía problemas en su propio territorio, veía claro Licinio. Tanto de administración como de defensa de las fronteras. Constantino había tenido que emplearse a fondo con los *Pictos* de Britania, peligro que siempre estaría latente, desde que Domiciano había renunciado, por celos militares de Agripa, a que se conquistasen todas las islas. Había dejado la conquista a medias, y todos los Emperadores posteriores iban a sufrir por ello. Fue una lástima que

Trajano no pudiera atender la frontera Norte de *Britania* y que lo hiciera, en su lugar, el pacífico Adriano.

Constantino tenía problemas menos graves, pero más cercanos, en la frontera del *Rhenus Flumen* (río Rhin). Para los *Germanos*, como para tantas tribus al Norte de *Rhenus* y del *Ister Flumen* (río Danubio), la riqueza del Imperio era una tentación constante. Las tierras del Imperio eran más fértiles, el clima era algo mejor, y estaban mejor aprovechadas. Daban cosechas varias veces superiores a las de sus pequeños huertos. Además, le constaba a Licinio, que se había interesado en el tema, que algunos jefes tribales, o aspirantes a jefes de tribu, jugaban la baza de atacar a los romanos como medio de destacar y alcanzar el liderazgo. Porque el actual jefe, mayor, más experimentado y más responsable, prefería la convivencia pacífica por el bien del pueblo. Y en más de una aldea era desplazado por el aspirante guerrero.

La Prefectura de Italia tenía fronteras con los bárbaros en la *Retia* y el *Nórico*, bordeadas ambas por el *Rhenus Flumen* en su extremo Norte. Y los *Getulos* del África se rebelaban periódicamente contra Roma, montados en sus corceles, rápidos como el viento. Él sabía bien los sinsabores que le causaban las tribus al otro lado del *Ister*. A las ambiciones de aspirantes a jefes tribales había que añadir, en su caso, la presión y los ataques que las tribus del *Ister* recibían de sus vecinos del Norte, los *Sármatas* y otros cuyos nombres ni siquiera conocía.

La Prefectura de Oriente lindaba con el mayor enemigo del Imperio, los *Partos*. En el Norte de su frontera, el reino de *Armenia* era un foco de problemas, ya que romanos y *Partos* se enfrentaban periódicamente para colocar en el trono un rey favorable a sus intereses. *Asiria* y *Mesopotamia* no tenían una frontera estable, estallando o no la guerra según qué monarca se sentara en el trono *parto*.

Cada Prefectura requería un militar experimentado, que pudiera contener a los bárbaros en sus fronteras y que supiera administrar bien el territorio para favorecer la vida de los ciudadanos. Que supiera mantener un mínimo de justicia entre clases, a las que sólo guiaba la ambición.

En esta situación, la Tetrarquía, establecido por el Augusto Diocleciano, era la única manera, no sólo la mejor, de salvaguardar la integridad del Imperio. Aceptarla requería, sin embargo, mantener el interés del Imperio por encima de los intereses personales, de linaje o dinastía. Ése era el mensaje que Diocleciano le daba, una y otra vez, en la

correspondencia que habían intercambiado. Él le respondía que no era a él a quien tenía que convencer de tal extremo. Y él le respondía una y otra vez, por escrito, con un "*Lo sé, lo sé*."

En su pasado viaje, cuando subía por el *Ilírico* con la ilusión de contraer matrimonio con una joven hermosa, que iba a dar estabilidad a su vida y a su mandato, por ser precisamente la hermana del Augusto Constantino, tuvo una larga charla con el Augusto Diocleciano y entró en un tema que no le había parecido oportuno plantear por escrito. Recordaba la conversación como si hubiera tenido lugar hacía un par de días. Ya era conocida la invasión de Italia por Constantino y la derrota y muerte de Majencio. Diocleciano se había mostrado preocupado. Veía que su obra peligraba. La conversación recayó pronto sobre el Augusto de las *Galias*. Y Licinio se atrevió a preguntar una duda que le había rondado muchas veces la cabeza. Él le llamaba *Dómine*, Señor, aunque Diocleciano le había dicho que no hacía falta que usara ese tratamiento.

- "Permitidme una pregunta, *Dómine*, que muchas veces me he hecho, si no os importa responderme. Cuando ibais a ceder vuestro puesto al César Galerio, y el del Augusto Maximiano a su César, Constancio, existía la impresión en el ejército de que el nuevo Augusto Constancio iba a tener como César a su propio hijo, que estaba en *Nicomedia*, con vos. Sin embargo no fue así. ¿Qué motivos tuvisteis, si puedo saberlos, para preferir a Severo, a quien no conocíais, que a Constantino, que llevaba años a vuestro lado?

- "No me pareció persona capaz de regir una Prefectura con equidad", respondió Diocleciano, mirándole fijamente a los ojos.

Licinio no se quedó satisfecho con una respuesta evasiva y prosiguió:

- "¿Hizo quizás algo que provocó vuestro enojo, *Dómine*?"

Diocleciano sonrió. Le agradaba que un Augusto no se rindiera al primer envite, ni siquiera ante él, que le había investido con la púrpura, aunque mediante persona interpuesta. Decidió confiarle la verdadera causa de su decisión.

"Sí. Dio crédito a un fracasado. Llegó a *Nicomedia* un ciudadano del África y me aconsejó un plan para intervenir en las creencias de todo el Imperio. Según él, su plan era imprescindible para contentar a los dioses. No me agradó nada, ni él, ni su forma de hablar, ni el plan que me exponía. Iba a decirle que no, pero pensé recabar la opinión de Galerio. Él

también rechazó el plan del africano. En cambio Constantino, aun sabiendo que yo había rechazado al africano, lo invitó a su casa y entabló relación con él. Recibió visitas de ese hombre mientras estuvo en *Nicomedia*, antes de que su padre lo reclamara.

Eso ponía en evidencia dos aspectos de su personalidad. Que no tenía perspicacia para comprender que el plan era ridículo, propio de un fanático, y, lo que era peor, que no tenía disciplina para acatar la orden de un superior. Una persona así no debe regir una Prefectura. Si antepone su opinión personal, y además, errada, a la decisión de quien tiene la capacidad para decidir, no será un buen César, porque no sabrá obedecer, ni tendrá sentido del deber. Un hombre así será siempre un peligro para el Imperio. Y, desgraciadamente, estoy viendo que no me equivoqué."

Licinio se había imaginado la desilusión de Diocleciano cuando tuvo que tomar la decisión.

- "¿Qué desearíais que Constantino hiciera ahora? ¿Qué decisión suya os haría recuperar la confianza en él que perdisteis en *Nicomedia*?

- "Es muy difícil que lo haga. Creo que sigue siendo un joven impetuoso con una gran ambición. Un gran militar, pero un mal gobernante. Si tuviera una visión amplia, se pondría de acuerdo contigo para elegir un militar con experiencia y dotes como para ofrecerle el mando de la Prefectura de Italia. Estrecharía los lazos contigo, y dentro de diez años cedería su puesto a otra generación de tetrarcas fieles y comprometidos con el Imperio. Me temo, sin embargo, que no ha conquistado Italia para cederla a nadie."

Ahora que se había entrevistado con él, Licinio comprendió que Diocleciano tenía razón. Constantino había conquistado Italia para incorporarla a sus dominios. No estaba dispuesto a admitir otra alternativa. Él había aceptado la Diarquía porque era a lo máximo que Constantino estaba dispuesto a llegar. Pero ahora el problema no era Constantino, sino Maximino Daya. El viaje iba a ser largo y conforme pasaron los días y habló con los oficiales que le acompañaban fue perfilando el plan para enfrentarse a Maximino Daya en las mejores condiciones.

Licinio, de acuerdo con sus oficiales, mandó mensajeros a los gobernadores de las diferentes Diócesis para que las tropas que él indicaba quedaran como guarnición y las demás se concentraran en *Filipopolis*, plaza principal situada en el centro de la *Tracia*. Cada unidad debía llevar

su propio equipo, salvo las máquinas de sitio, que no serían necesarias. El 15 de Abril todas las unidades indicadas debían estar acampadas en las afueras de dicha población.

Él descendía por el *Ilírico* con destino a *Dirraquium*. Cuando pasó por *Salona*, hizo un pequeño alto en el camino para saludar al Augusto Diocleciano y darle cuenta de sus conversaciones con Constantino y de la irrupción de Maximino Daya en su territorio, aprovechando su ausencia. Diocleciano se preocupó con el primero de los asuntos y se indignó con el segundo.

- "Es inadmisible que un Tetrarca guerree contra otro Tetrarca, estando ambos legalmente designados. Inadmisible. Supone retroceder a los tiempos de los Severos, deshaciendo todo lo que se ha logrado en estos últimos años."

Paseaba como un león enjaulado por la habitación donde se habían reunido los dos Augustos. Diocleciano hablaba en voz alta, malhumorado, sin mirarle.

- "Una persona capaz de eso no merece permanecer en su puesto de Tetrarca. Está entorpeciendo la marcha del Imperio. Está beneficiando a los enemigos de más allá de nuestras fronteras. Me imagino la satisfacción del rey *parto* cuando le informen de lo que está pasando en el estrecho. Se frotará las manos de satisfacción."

Licinio se preguntó si habría acertado al parar en *Spalato* para comunicarle la noticia. Aventuró una tímida excusa.

- "Quizás debería haber pasado de largo y no daros hoy un disgusto."

- "No, no, hijo, has hecho bien. Algún día me iba a enterar y entonces estaría solo para rumiar mi furia. La culpa de mi contrariedad no es tuya, sino de ese tribuno ambicioso, Constantino, y de ese insensato de Daya. No han dado muy buen resultado las designaciones de mi yerno Galerio. Lástima. Era un buen hombre, perspicaz, de juicio claro, pero parece ser que en el caso de Daya antepuso los lazos familiares. Era su sobrino."

Diocleciano calló. Licinio respetó su silencio. Estaba claro que pensaba en su difunto yerno. Su viuda, Valeria, había ido a residir con sus padres. Sabía por el propio Diocleciano que su esposa, Prisca, estaba encantada de tener de nuevo a Valeria en casa. Él hubiera preferido que su

yerno siguiera vivo, aun con la hija lejos. Pasado un tiempo, Diocleciano volvió al presente.

-"Aprende en testa ajena, mi querido Licinio. No te dejes llevar de la amistad al elegir a tu sucesor."

- "Tened por seguro que no lo haré, *Dómine*."

De nuevo se hizo un silencio, que Licinio aprovechó para despedirse. No quería ampliar las preocupaciones de su mentor con las ideas que Constantino le había confiado sobre el Cristianismo. Tal vez quedaran en nada.

- "Siento dejaros, Augusto, me agradaría pasar unas horas con vos, pero el deber me reclama en la *Propontis* (el Bósforo)."

Diocleciano le pasó la mano por el hombro a la vez que le conducía hacia la puerta, tras la que montaban guardia dos soldados de la guardia de Palacio.

- "Sí, si, no te entretengas más. Te agradezco mucho que hayas parado a verme, aunque portases una noticia pésima. Me siento renacer con noticias frescas del mundo exterior."

Licinio notó cierta nostalgia en la voz del anterior Augusto. Se despidieron efusiva y rápidamente y Licinio siguió su viaje hacia el Sur, hacia *Dirraquium*. Allá pensaba dejar a Constancia, en el Palacio principal de la plaza fuerte. En el peor de los casos podría pasar a Italia en cualquier nave, si fuera preciso. Y estaría en territorio de su hermano. Era lo más prudente. Aún no se lo había dicho. Podía dejarla en *Tesalónica*, que tenía la ventaja de ser residencia imperial. Pero Tesalónica, a medio camino entre *Dirraquium* y la *Propontis*, estaba demasiado cerca del que pronto sería campo de batalla. Constancia no debía correr ningún riesgo.

- "Constancia … ¡Qué deliciosa niña …!" pensó Licinio.

El retrato que le mandó Constantino hacía justicia a la belleza de su mujer, pero nada decía de su candor interior, de su inocencia, de su entrega, juvenil y plena. Constancia era transparente.

Él conocía ya todos sus entresijos, con sólo un mes de convivencia íntima. Apenas le había sido necesario preguntar, le había bastado sacar el tema en la conversación y ella le había confiado la preparación que le dio su madre, Teodora, la viuda de Constancio, para el papel de esposa que iba a asumir en breve. Teodora había sido una buena madre, siempre ocupada de la buena marcha de la casa imperial.

- "Hija mía - le había dicho - en breve vas a desposarte con un hombre bueno, con Flavio Liciniano Licinio, el Augusto de *Tracia*. Sé por nuestro *Dómine* Constantino que es un hombre de bien. Y sé que tú serás una excelente esposa para él. Ya sabes, porque en más de una ocasión os lo he comentado a ti y a tus hermanas, que los hombres rigen el mundo. Y que nosotras, las mujeres, tenemos un papel muy concreto en el orden establecido: Agradar a nuestros maridos y darles descendencia. Ambas cosas van unidas, y ha llegado el momento de que hablemos de ello

Nunca te había hablado de los hombres hasta hoy. Lo haré ahora. Debes estar muy atenta. Si, después de hablar, te surgen dudas, coméntamelas. No debes tenerlas cuando llegue el día de la boda."

Constancia escuchaba muy seria las explicaciones de su madre. Teodora adoptó un aire serio y prosiguió:

- "Hasta ahora has sido dueña de tu cuerpo. Y sé que no has hecho mal uso de él. A partir de tu matrimonio con el Augusto de la *Tracia* el dueño de tu cuerpo pasará a ser él. Debes acceder a todo lo que él requiera de ti para su satisfacción. Eso sí, lo que te pida que hagas no debe causarte dolor. Si te lo causa, díselo, y trata de que, por el amor que te tiene, lo evite. No te dé vergüenza exhibir tu cuerpo para él. Eres joven y hermosa y no debes sentir vergüenza de tu cuerpo. Ni ahora, ni nunca. Eras más joven que él y te mantendrás lozana cuando él roce ya la senectud. ¿Comprendes bien esto?"

Constancia había asentido. Y su madre quedó satisfecha. Ella no se lo había dicho, pero con algunas de sus amigas, hijas de altos oficiales de su hermano, ya había hablado de hombres, y sabía más cosas que las que su madre le había contado.

Sólo una de las amigas hablaba por experiencia. Las demás habían sacado sus conocimientos de libros de la biblioteca de sus padres o abuelos. Petronio era la principal fuente de conocimiento de aquellas jóvenes.

En cuanto Constancia supo que se iba a desposar con el Augusto de *Iliria*, mandó aviso a Eusebio de que debían hablar. Eusebio acudió a Palacio esa misma tarde. Constantino estaba fuera. Constancia exclamó, nada más verle:

- "¿Sabéis Eusebio?, me van a casar con el Augusto de *Iliria*, Licinio."

Eusebio se quedó unos instantes en silencio. Constancia hablaba exaltada. Eusebio no sabía si alegre o nerviosa. Por eso había quedado callado. Constancia siguió:

- "La verdad es que no sé si echarme a reír o ponerme a llorar …"

Y al instante echó a llorar, acercándose lentamente a Eusebio. Éste la acogió en sus brazos y la muchacha apoyó la cabeza en su pecho.

- "Desahógate, pequeña … Has soportado una fuerte tensión y las emociones no hay que reprimirlas, sino dejarlas salir. Recuerda lo que tantas veces hemos hablado ..."

Ella se repuso finalmente y se separó de él. Respiró hondo.

- "Me apena dejar mi familia, Eusebio. No sé qué voy a hacer sin mi madre y sin ti …"

- "No pasa nada, Constancia. Sucede, simplemente, que vas a empezar tu vida como persona adulta e independiente. Eso es bueno, y un día debía suceder. Eres la mayor de las hermanas y normalmente las jóvenes comienzan su andadura por la vida antes que sus hermanos varones. Y la tuya comenzará en breve. Eso es todo."

- "¿Qué deberé hacer cuando viva lejos de aquí, Eusebio? ¿A quién consultaré mis dudas, las que te preguntaba a ti?"

- "Va a terminar el tiempo de formación y empieza el tiempo de la acción, el tiempo de la vida. Ahora debes consultar a tu yo interior, a tu *hegemonikon*, a tu semilla de *Logos*. La has estado desarrollando todo este tiempo, precisamente para aprender a enfrentarte a la vida armada de ella. Te puedo asegurar que la has formado muy bien y que la tienes bien potente."

- "Yo no me siento así, Eusebio …"

- "Es normal que te sientas insegura en un primer momento, por la noticia que has recibido, el anuncio del cambio que se dará en breve. Pero confía en ti misma. Estás mejor preparada de lo que crees. Lo verás cuando tengas que actuar."

- "¿Y no hay alguna recomendación que puedas darme, además de lo que ya me has enseñado hasta ahora?"

- "Sí, la hay. Y es muy simple. Recuerda esto: Sé siempre tú. No actúes por lo que otros digan, ni por lo que otros piensen, ni por el juicio que vayan a hacer sobre tu actuación. Encierras valores muy limpios. Rígete por ellos y acertarás en tus decisiones. Sigue lo que aquí hemos

hablado tantas veces, Crispo, tú y yo. No lo olvides, sé siempre tú. No te traiciones. Y saldrás adelante, estoy seguro."

Constancia volvió a darle un abrazo, esta vez sin lágrimas, con agradecimiento en el corazón. Había un último detalle. Ella se despegó de pronto.

- "Eusebio, si alguna vez me veo en una situación muy difícil y necesito tu ayuda, o tu consejo, ¿podré escribirte y contártelo?"

- "Eso siempre, Constancia. Por muy lejos que tengas que irte, aquí estaré siempre dispuesto a ayudarte en la medida de mis posibilidades."

- "Me iré más tranquila entonces."

Y la joven dio media vuelta y salió corriendo.

Todo esto le había confiado Constancia estando en sus brazos, por las noches, los días que pudieron tener intimidad.

Los consejos de la madre habían calado hondo en la hija y ésta se le entregaba con una despreocupación total. Sólo la primera noche notó él una barrera. E hizo lo que tenía pensado hacer si tal cosa sucedía.

Cuando subieron al primer piso del Palacio donde se hospedaba y quedaron solos, en la gran habitación donde estaba el tálamo nupcial, él notó que ella estaba nerviosa. Él comenzó a desvestirse ante ella, pero, cuando iba a terminar de hacerlo, ella se retiró a una parte de la habitación más oscura y, tras una columna, se desvistió, quedándose sólo con una prenda, una especie de camisón fino y corto. Estaba realmente hermosa con el pelo suelto y su cuerpo transparentándose bajo la seda del camisón. Al verla venir hacia él, tuvo una erección. Él ya estaba dentro de la cama y ella se acostó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Le sorprendió lo blando que era su brazo. Parecía como si no tuviera músculo alguno. Fue entonces cuando notó que temblaba. Era un temblor ligero, esporádico. Él permaneció en silencio un rato largo, mirando ambos al techo.

Esperó por si ella decía algo, o a ver si cesaban aquellos temblores repentinos. Pero no fue así. Entonces comprendió que sería mejor para ambos si él la dejaba dormir tranquila, sin hacerla suya aquella noche.

Y en efecto. Su renuncia fue la medicina que Constancia necesitaba, porque al día siguiente ella se le entregó con toda el alma. Parecía como si tuviera prisa porque la hiciera suya. Fue lo opuesto al día anterior. Ella le esperaba, desnuda, en la cama.

No hubo retiro a la esquina de la columna. Y comenzó a abrazarlo en cuanto él se metió en el lecho. Fue un cambio tan total que él se quedó como paralizado. Pero sólo por un instante, porque de inmediato se repuso y ejerció sus derechos como esposo. Retiró las sábanas y la hizo ponerse boca arriba. Tenía un cuerpo perfecto, como el de los niños, pensaba Licinio cada vez que recordaba la primera unión. La acarició suavemente y ella, cerrando los ojos, levantó los brazos y le dejó hacer. Luego besó todo su cuerpo, delicadamente, empezando por sus delgados brazos, su rostro, su cuello, sus pechos, la cintura … y terminando por sus pies, pequeños y prietos. Ella no se movió cuando le besó, despacio y con especial cariño, la entrepierna. Parecía sentirlo, porque sonrió.

Por ser la primera vez, no quiso pasar por todas las fases que estaba acostumbrado a seguir con otras mujeres. Poco a poco la acostumbraría a sus gustos sexuales. Se acostó a su lado y le susurró al oído un breve "Ahora tú". Ella se puso arrodillada sobre él, apoyándose a ambos lados, y empezó a besarle los labios, el pecho, la cintura … Licinio se sorprendió de que supo hacer lo que debía con su miembro. Cuando le notó preparado, se tumbó sobre él y llevó su mano a las partes bajas de él. No pesaba nada, pensó Licinio de pronto. Pero él no la dejó seguir, la abrazó, se volvieron y la puso debajo. Y entonces, con toda la suavidad de que fue capaz, la penetró, mientras la besaba el rostro. No tuvo que moverse mucho, porque la semilla a depositar estaba ya lista.

Sería algo que recordaría durante mucho tiempo. No sabía qué le llamaba más la atención, si el cambio que se había dado en ella o lo perfecta que fue aquella primera unión.

Capítulo 104

Vísperas de la batalla.

Año 313

Maximino Daya estaba de pésimo humor. Sus planes no se estaban cumpliendo. Había traído abundantes arcas repletas de oro y plata desde su capital, *Nicomedia*. La mayor parte de esas riquezas provenían de Egipto, la despensa de medio Imperio. Estaba convencido de que podría sobornar a los comandantes de las guarniciones de las plazas fuertes de la *Tracia* y progresar hacia el Adriático antes de que llegara Licinio. Había planeado la campaña con sus generales antes de iniciarla. La *Tracia* estaba atravesada por dos cadenas montañosas. Al Norte estaban los *Montes Haemus*. Eran unas montañas elevadas, pero no se había propuesto usarlas como defensa contra Licinio. Y paralela a la costa corría la cadena de los *Montes Rhodope*. Ésta era la barrera natural que él pensaba utilizar en su guerra contra Licinio.

Entre las dos cadenas montañosas nacía y discurría el río *Hebrus*, que desembocaba en el Mar Egeo. Maximino había previsto hacerse con la franja del litoral al Sur de los *Montes Rhodope*, pero para ello debía tomar todas las plazas fuertes de la llanura costera. Si la campaña tenía pleno éxito, llegarían hasta *Anfípolis*. Pero como mínimo debían ocupar la llanura de la costa hasta el río *Hebrus*. En lugar de eso sólo habían tomado dos plazas fuertes, y ello después de dos duros asedios.

Cuando tomaron *Heraclea*, el Augusto dio orden a sus hombres de que saquearan la ciudad y mataran a todos sus habitantes. Le quedaban aún cincuenta prisioneros de *Bizancio* vivos. No entendía a los soldados de las guarniciones de la *Tracia*. Se dejaban matar por defender a su Augusto. Y eso le había causado un retraso imposible de recuperar. Tendría que vérselas con Licinio frente a frente.

Él sabía que Licinio vendría del Norte. Tenía que reunir a todo su ejército, que estaría disperso entre la *Panonia*, las dos *Moesias*, la *Macedonia*, la Grecia y la *Tracia*. Licinio venía de Italia y entraría en sus dominios por *Dirraquium*. Sabiendo que él avanzaba por la llanura costera, era de esperar que concentrara sus tropas en algún punto del centro de la *Tracia*. Todas las tropas que pudiera reclutar vendrían de las provincias del Norte, salvo las que pudieran venir desde Grecia. Y del centro de *Tracia*, informado por sus exploradores, bajaría hacia el Sur, a su encuentro. Por eso él quería tomar toda la región de la costa, hasta los *Montes Rhodope*. Pero lo tarde que se había presentado ante *Bizancio* unido a la tozudez de las guarniciones le había hecho perder más de un mes. Ahora iba a tener que hacer frente a Licinio en la llanura de la costa.

Podía tratar de conquistar *Afrodisias*, o *Lisimaqueia*, en el *Quersoneso*, pero corría el riesgo de que Licinio lo atacara por la espalda en pleno sitio. Por eso, de acuerdo con sus generales, decidió dar por finalizada su conquista de plazas enemigas y subir hacia el Norte, buscando un paraje adecuado para hacer frente a Licinio. Así dejaba descansar a sus soldados. Maximino, convencido de que el triunfo sería suyo, pensó seguir la calzada que conducía hasta *Filipopolis*. Sus generales, más prudentes, le aconsejaron no distanciarse de la costa, y esperar al enemigo en la llanura elevada que se extendía al Norte de *Heraclea*. Tenía 16 millas (25 km.) de longitud y era ideal para desplegar la caballería. Convencido de la bondad del plan, Maximino aceptó.

La ventaja de luchar romanos contra romanos era que uno sabía cómo iba a reaccionar el contrincante. Pelear contra los *Partos* era más difícil. Nunca se sabía cómo piensa un *Parto*. Pero sí se sabe cómo piensa un general romano, un Augusto. Y cómo va a plantar cara a una invasión de su territorio.

Y, en efecto, Licinio había dado orden de que sus tropas se concentraran en *Filipopolis*, porque esa ciudad era el centro desde el que podría dirigirse al punto al que Daya hubiera llegado en sus conquistas. Cuando Licinio, con su comitiva, procedente de Italia, llegó a *Filipopolis* aún no estaban todas las guarniciones a las que él había convocado. Licinio supo entonces que su enemigo había tomado *Heraclea* y se disponía a seguir asediando y conquistando nuevas ciudades costeras.

En *Filipopolis* Licinio esperó 5 días la llegada de más refuerzos para hacer frente a Maximino. Sus exploradores, que vigilaban al enemigo en cuanto se supo que estaba sitiando *Bizancio*, le habían informado de que Daya llevaba consigo el equivalente a seis Legiones, es decir, unos 30.000 legionarios, y unos 6.000 jinetes. Cuando Licinio reunió 25.000 legionarios y 5.000 jinetes dejó atrás *Filipopolis* y comenzó su marcha hacia el Este, siguiendo la calzada que llevaba a *Adrianopolis* y, finalmente, a *Heraclea*. Sin forzar el paso, para no cansar a sus soldados, la marcha debía conducirles en 15 días a *Heraclea*. Cuando ya la había iniciado, Licinio supo que Maximino había montado su campamento a pocas millas de *Heraclea*. Estaba claro que no quería arriesgarse en territorio extraño. Eso favorecía a Licinio, pues denotaba temor por parte del invasor. Y esa precaución no pasaría desapercibida a sus soldados.

Licinio sabía que medio mes de inactividad, amaneciendo siempre en el mismo campamento, provocaba desmoralización en la tropa. De nada valían los ejercicios diarios y las marchas nocturnas. La sensación de pérdida de tiempo y la espera a un enemigo que nunca aparecía, minaban la moral de la mayoría. Ordenó a sus comandantes que filtraran esa opinión a la tropa, que el enemigo no se atrevía a ir contra ellos. La imaginación de los legionarios haría el resto. Siempre habría alguno que hiciera algún chiste grosero sobre el escaso valor del enemigo. Él se encargaría de calentar los ánimos en la arenga previa a la batalla.

Había salido de *Filipopolis* el 20 de Abril. Estaban ya en época hábil para la guerra. Precisamente él había planeado con Constantino celebrar la reunión y la boda en *Mediolanum* (Milán) en el mes de Febrero, pero hubo atrasos, especialmente la llegada de la novia. Eso hizo que la boda fuera el 12 de Marzo. Tras la boda tuvieron tranquilos sólo unos pocos días. Luego, hubo que partir apresuradamente.

Por su parte, también Maximino Daya había tenido problemas con las fechas. No se enteró de la próxima marcha de Licinio hasta finales de Enero, cuando ya Licinio estaba camino de Italia. El mal tiempo, con un invierno especialmente crudo en la región, retrasó la llegada de las tropas. Y luego la estúpida resistencia de las guarniciones *tracias* había impedido llevar adelante el plan previsto, y no había podido hacerse dueño de la cornisa costera. No podría contar con una posición de ventaja en su inminente enfrentamiento. Pero sus exploradores ya le habían dicho que Licinio tenía menos efectivos que él. Eso le satisfizo. Y le llenó de confianza, enjuagando sus amarguras por las contrariedades sufridas.

Ambos Augustos afrontaban la batalla con optimismo. Pero Licinio hizo algo más efectivo que almacenar optimismo. Era consciente de que estaba en inferioridad de condiciones. Sabía que no podía perder la batalla en su propio territorio. Reflexionó para averiguar qué otro factor le era favorable. Y se percató de que conocía el terreno mucho mejor que su adversario.

Había recorrido la *Vía Egnatia* varias veces, en un sentido y en otro, y disponía de hombres que eran oriundos de la región y la conocían palmo a palmo. Reflexionó. Debía haber alguna manera de aprovechar este factor. Y entonces le llegó la idea: Debía imitar lo que había hecho un general romano muchos años atrás. Tomó una decisión. Y citó a los

comandantes de las Legiones a su mando y a los tribunos de las mismas y les expuso el plan que quería llevar a cabo.

Capítulo 105

Crispo

Año 313

Crispo acababa de cumplir diecisiete años y eso le llenaba de orgullo. Ya era un hombre. Cierto que la ley romana exigía haber cumplido los veinte para poder iniciar el *cursus honorum*, aunque sea en los grados inferiores. Pero él, por sus especiales circunstancias, estaba ejerciendo ya facultades que difícilmente se logran al final de un *cursus honorum* normal. Llevaba - eso sí, en colaboración con el Canciller Mayor de su padre - el gobierno de la Prefectura de las *Galias*. Y a eso ningún caballero ni senador puede optar, por muy arriba que llegue en su carrera política.

Tenía que reconocer que nunca hubiera aprendido lo que sabía de no haber sido por Tuscio Quirino Gleva, el Canciller de su padre. Gleva estaba poniendo todos sus conocimientos y su experiencia a su disposición. En cada tema que trataban juntos, el Canciller le exponía las diferentes opciones, las ventajas y los inconvenientes de cada una de ellas y los riesgos que asumirían si tomaban una u otra. Y cuando el tema era ya cosa del pasado, nunca se olvidaba de sacarlo de nuevo a colación y contrastar lo que trataron en su día con la realidad posterior. Era una forma de aprender tanto de los aciertos como de los errores. En los pocos casos en que el asunto no salió como habían previsto, analizaban detenidamente qué circunstancia imprevista había aparecido y si debían haberla tenido en cuenta o era lo que el Canciller llamaba una "causa de fuerza mayor". A veces también los llamaba imponderables, acontecimientos que habría que ser adivino para poder vaticinar.

Ya le había escrito a su padre en una misiva que estaba aprendiendo mucho con Gleva y que era el mejor colega que podía haber elegido para él. Crispo no era consciente de que todo su interés consistía en satisfacer a su padre. Él lo llamaba imitar a su padre, pero realmente era merecer su aprobación. La razón de esta actitud había que buscarla en la poca atención que su padre había mostrado hacia él. Su padre no lo hacía por desprecio

hacia el hijo. Constantino era así. Carecía de sentimientos. Tenía inclinaciones, intereses, un gran sentido del deber y una inmensa ambición. Y todo ello llenaba su corazón de sensaciones que él creía que eran sentimientos. A decir verdad, jamás racionalizó, ni se interesó por cómo era su interior.

Para comprender su forma de ser habría que recordar la intensa dedicación de su padre a la milicia, a su carrera militar y política y la también escasa dedicación que Constancio tuvo para con su hijo. Cuando casó en segundas nupcias, con Teodora, la hija del entonces Augusto Maximiano, Constancio cambió su manera de entender la vida familiar y con los hijos de Teodora suplió, si bien en medida más bien escasa, la atención que no tuvo con su hijo mayor, Constantino. Los grandes Emperadores, o no tuvieron hijos, como Julio César o Trajano, o, si los tuvieron, los desatendieron como padres.

Si Crispo quería imitar a su padre era porque lo admiraba. Se le antojaba un héroe. Era él el que defendía las fronteras, conteniendo a los *Germanos*, para hacer posible la paz en el Imperio. Y también las de la lejana *Britania*, donde sabía que su padre había derrotado gloriosamente a los invasores *Pictos*. Él había estado toda su juventud deseando ayudar a su padre en tan noble tarea y por fin le era permitido hacerlo. Cumpliendo bien su cometido esperaba recibir la felicitación de su padre. Y por ahora todo estaba saliendo según sus deseos.

No obstante, se había visto obligado a solicitar el regreso de su padre. Todos los indicios eran que se estaba preparando una invasión muy amplia. Y su padre se enojaría si sus efectivos no podían contenerla y se veía obligado a pedir su ayuda con los *Germanos* a la altura de *Lutecia* (París) o de *Lugdunum* (Lyon). Coincidió con Gleva en que lo más sensato era pedir la ayuda del Augusto. Su padre había llegado y ahora comprendía que la indicación de Gleva era correcta. Todo estaba en su sitio con su padre en la frontera Norte. Había habido incursiones, que no habían podido evitar, pero habían sido de menor intensidad y la reacción se estaba ya dando.

Como efecto de segundo orden, pensaba Crispo, tal vez con su padre en su residencia de *Augusta Treverorum* mejorarían las relaciones entre su padre y su madre, Minervina. Su padre nunca fue muy expresivo, nunca se sabía qué pensaba o qué sentía. Pero últimamente él percibía que trataba con mayor distancia a su madre. Hacía unos años le preguntó un

día a su madre por qué él no tenía hermanos. La parecía que lo normal era tener varios hermanos, como tenían sus amigos. Y siempre recordaría la tristeza que vio en su rostro. Ella le dijo que los dioses no lo habían querido y él dedujo que el asunto estaba zanjado, que nunca los habría. Ahora que era ya mayor comprendía que por alguna razón su madre era incapaz de proporcionar más descendencia a su padre.

En aquella conversación su madre le descubrió algo más. Cuando ya iba él a salir de la habitación en que estaban hablando de los hermanos que nunca llegarían, su madre dejó escapar un sollozo y le dijo a media voz que ella sabía que su padre tenía esperando en algún lugar una mujer de alta cuna para desposarla algún día. Sabía que ella sería repudiada y eso le hacía vivir sumida en la tristeza. Y entonces lo abrazó con fuerza a la vez que lloraba desconsoladamente. Crispo no supo qué hacer. Se quedó quieto, esperando a que su madre dejara de llorar o lo soltara. Por fin se dieron ambas cosas y él se quedó triste también, de pie, delante de ella, como fijado al suelo. A partir de entonces, Crispo estuvo atento a la relación entre sus padres y comprobó que su madre disimulaba sus temores y su tristeza cuando estaba su padre en casa y que era muy amable y servicial con él.

Ahora que era mayor se preguntaba por la relación que habría entre sus padres cuando estuvieran a solas, las pocas veces que su padre venía al Palacio que había construido en las afueras de *Augusta Treverorum*. A Crispo le costaba imaginar a sus padres en la intimidad. Sin embargo debían haberla tenido para que él viniera al mundo. Y no cabía pensar que no la tuvieran aún. Pero aún así, no podía imaginarlo. Sí podía, en cambio, imaginarse a sí mismo yaciendo con alguna doncella que fuera de su gusto. Y había muchas. No es que él fuera un enamoradizo, como lo era su amigo Tibulo. Simplemente, le gustaban. Pero sus convicciones le impedían buscar una relación que llegara a más. Se preguntaba por qué era él tan diferente a su amigo de la infancia.

Máxime cuando las jóvenes que llegaba a conocer le daban tantas muestras de querer dar pie a entablar una amistad que llevara a algo más. Tibulo le decía con frecuencia, "*si yo estuviera en tu lugar, ya me las habría tirado a todas*". No le decía "*eres tonto*", pero lo pensaba. Algo en su interior le ordenaba contener sus instintos y esperar. Su padre le había hablado de las mujeres. Las casadas, según su padre, estaban prohibidas. Como hijo del Augusto debía dar ejemplo de virtud y continencia. Le

deshonraría a él si se relacionara con una dama casada. Tampoco le estaba permitido adquirir ningún compromiso serio. Eso llegaría en su momento.

- "Con las muchachas jóvenes, hijo mío – le había dicho su padre varias veces – evita el contacto, ya sabes a qué me refiero. Son todas unas zorras que buscan tu posición. No te desean a ti, sino lo que tú representas. Eres un buen partido, un óptimo partido, y las mujeres buscarán comprometerte. No caigas en la trampa.

Los compromisos de los que están en la cúspide del Imperio exceden del deseo personal. Eso debes tenerlo claro. Cuando llegue el momento, te convertirás en un instrumento del poder y para seguir en él, deberás tomar la decisión más apropiada, que yo te indicaré. Eso es algo que debes aceptar desde ahora.

Conoces a mi madre, tu abuela, la Augusta Elena, como le gusta a ella ser llamada. Mi padre me tuvo a mí con ella. Pero llegado el momento se vio obligado a repudiarla y casarse con Teodora. Y yo, que tenía más o menos tu edad, comprendí las razones. Mi madre tuvo que volver con su familia y yo tuve que ir a terminar mi educación a *Nicomedia*, separándome de ambos. Todo ello ha hecho posible el presente. Y con la capacidad de decisión que ahora poseo, he hecho volver a mi madre del exilio y ahora estamos todos juntos. Los sacrificios del pasado construyen un favorable presente. No lo olvides, Crispo."

Nunca lo había olvidado, ni siquiera cuando Tibulo le proponía aventuras atractivas con jóvenes que también a él le daban muestras de aceptación para cualquier cosa. Su padre le había insistido en que debía dar ejemplo. No se podía exigir a los demás que fueran mejores que uno mismo.

Crispo rememoró sus primeros recuerdos, cuando era muy niño. Su madre le había enseñado siempre a tener un gran respeto a su padre. Era curioso, nunca le dijo que la respetara a ella también. A Crispo eso le salía solo. Su madre siempre estuvo a su alcance. Siempre se dedicó a él. Por eso tal vez, pensaba ahora, más que respetarla la necesitaba, la consideraba como parte de sí mismo. Él no era sólo él. Él era él más su madre.

Su madre, recordaba, había favorecido sus aficiones desde niño. Se le daba bien y le había gustado dibujar. Su madre le regalaba pizarras y el puntero alargado y fino con que dibujar sobre ellas. Más tarde le consiguió papiros y útiles de dibujar. Los años en que su madre le enseñó a leer y a escribir fueron años que le gustaba recordar, entrañables. Recordaba

también con mucho agrado un viaje que hicieron cuando era pequeño. Veía junto a su madre los atardeceres, cuando el sol se escondía tras el mar y todo el cielo se volvía de fuego.

Recordó los juegos con los pocos amigos a los que se permitía el acceso a Palacio, cuando vivían en la ciudad. Su infancia había sido feliz, vivida con la inocencia de todos los niños, que dan por hecho que los mayores son niños grandes que juegan a otros juegos diferentes.

Llegó luego la pubertad y su nueva situación exigió sustituir a su madre por Domicio, aunque también Lactancio intervenía. Su padre le dijo que había traído un pedagogo desde el África porque era el mejor para él. Él había procurado siempre aceptar el punto de vista de su padre y tener buena opinión de su maestro, hacerle caso y obedecerle en todo. Pero, ya mayor, llegó la convicción de que Lactancio sabría mucho de Retórica, pero tenía muy mal genio y exageraba bastante, aunque Domicio procuraba suavizar las estrictas normas de Lactancio. Le quedaba la duda de si para educar al hijo de un Augusto se precisaría siempre un pedagogo duro, exigente y de mal humor, como era el suyo. Pero no sabía cómo resolver su duda. Y no podía preguntarle a su padre. Las decisiones de su padre no podían ponerse en duda.

Con el paso de los años, de los amigos de los doce años sólo seguían viviendo en *Augusta Treverorum* Régulo, su mejor amigo, y Tibulo, su amigo adelantado. Él lo llamaba "el adelantado" porque a sus diecisiete años ya tenía relaciones íntimas con una mujer casada. No se trataba de nadie ilustre, era la joven esposa de un comerciante de vinos, viejo y gordo. Su padre la había casado con el viejo por la posición del comerciante. El padre de ella estaba arruinado y así pudo salir del apuro. Cuando el viejo salía de viaje, Tibulo se veía con la esposa en la posada de un amigo.

Se encerraban en un reservado de la posada y copulaban toda la mañana. Luego su amigo le daba detalles. Detalles que, casi siempre, les hacían reír a carcajadas. Tibulo disfrutaba organizando historias con sus amantes. Les leía una escena y la representaban en la cama. Pero no todas las jóvenes a las que citaba soportaban concluir las historias que su amigo pretendía.

"Tibulo es un buen amigo, aunque un poco superficial", pensaba Crispo.

Todo su mundo giraba en torno al sexo. Sólo eso le interesaba. Tenía una colección de máximas romanas que le daban la razón. La que más repetía era una de Ovidio:

"*En el amor no cuenta sólo atacar una plaza. Hay que tomarla*."

Pero Crispo pensaba que Ovidio confundía el amor con el placer.

Régulo, en cambio, era su compañero de lecturas. Leía más que él, porque tenía un pedagogo más benévolo, y le pasaba los rollos que más le agradaban. Crispo no le consultaba ya a Lactancio si podía leer el escrito que le traía su amigo, porque Lactancio siempre encontraba que la obra era inconveniente o superficial. Y en su lugar le daba a leer algún texto de Séneca, al que Crispo odiaba. Le parecía un autor aburrido y amargado.

Conforme iba creciendo, más confianza iba teniendo con su abuela. Notaba que su abuela le quería mucho. Siempre le sonreía y le decía cosas agradables, se interesaba por lo que hacía a diario, por las cosas de menos importancia. No recordaba ninguna vez que le hubiera negado algo. Siempre le decía que sí. Se dio cuenta de eso conforme se fue haciendo mayor, y a partir de entonces dejó de pedirle cosas, como cuando era niño. Quería comportarse como un hombre también con su abuela.

Con su madre las relaciones eran entrañables. Siempre lo habían sido. Aunque su madre no le daba la razón siempre, como su abuela. Desde que se había dado cuenta de que su madre era desgraciada con su padre, se esforzó por tratarla más y con más cariño. Ella se lo merecía.

Tenía que esforzarse, porque el gobierno de la Prefectura que le había confiado su padre requería mucho tiempo de dedicación. Todos los asuntos de las *Galias*, *Hispania* y *Britania* terminaban en su despacho, que compartía con Gleva, el Canciller Mayor. Y había que darles solución y responder a las peticiones y a las consultas. La vida no se podía parar. Y él tenía que responder. Ahora comprendía por qué su padre no le había podido dedicar casi tiempo.

Capítulo 106

La batalla de Heraclea.

Año 313

Los ejércitos de Maximino Daya y de Licinio estaban frente a frente. Era el último día de Abril del año 313. Constancia estaba a salvo en *Dirraquium*, en la costa del Adriático, mientras su esposo se jugaba la vida en su enfrenamiento decisivo ante el invasor, Maximino Daya, el Augusto de Oriente.

La planicie donde se iba a celebrar la batalla se extendía por todo lo que abarcaba la vista. Estaba limitada por pequeñas zonas boscosas. Las tropas de Maximino Daya se habían adentrado en la llanura, realizando su despliegue adelantadas más de la mitad de la extensión llana, con un pequeño bosque a su derecha. Eran los que primero habían llegado al lugar y elegían la posición que más les convenía. No obstante, habían dejado al enemigo espacio suficiente para su despliegue.

Licinio había llegado con sus tropas al lugar hacía cinco días. Aunque habían venido a una marcha moderada, sus hombres necesitaban un descanso. Los hombres de Daya estaban en su campamento y no se movieron.

Los enfrentamientos entre romanos eran algo diferente a las batallas contra bárbaros. Los bárbaros no seguían ninguna táctica militar. Cuando sus jefes daban la orden, corrían en masa al encuentro del enemigo. Por eso, los romanos formaban como lo hacían, en triple fila,

para llegar a contener - entre las tres filas de legionarios - a la horda de bárbaros que se les echaría encima.

Pero un contrincante romano no iba a cometer tamaño error, buscar el cuerpo a cuerpo. Cuando un ejército estaba preparado para el enfrentamiento, sacaba las tropas del campamento y las formaba en orden de batalla.

Formado el ejército de uno de los contendientes, debía esperarse a que el contrario hiciera lo propio. Si no lo hacía a lo largo de la mañana, el que había salido al campo de batalla comenzaba un ordenado repliegue de sus efectivos, y sus tropas volvían al campamento. Al día siguiente se repetía el despliegue. Hasta que ambos generales desplegaban sus tropas. Ese día se celebraba la batalla.

Había motivos para retrasar el enfrentamiento, como esperar refuerzos, o permitir descansar a los soldados tras una larga marcha previa, como era el caso presente. Pero un rechazo repetido del combate era considerado una deshonra para el general reacio. Y había formas de forzar a un enemigo remiso a plantar batalla, como era sitiar una ciudad defendida por aliados del enemigo. O desplegar las tropas en las inmediaciones del campamento enemigo, lejos del propio. Eso era una muestra de confianza en las propias capacidades y un reto para el enemigo.

Pero éste no era el caso de Licinio y Daya. Ambos sabían que la batalla era inevitable y confiaban en ganarla. Daya contaba con la superioridad numérica, aunque ésta no era excesiva, y con el cansancio del enemigo, fruto del largo recorrido efectuado. Licinio tenía un arma secreta; arma que tenía planeada, pero que aún no había desplegado.

Daya dejó pasar tres días y sacó sus tropas del campamento. Licinio no respondió con la misma medida. Y ese día no se dio la batalla. Al día siguiente Daya volvió a sacar sus tropas a la llanura. Las formó en *triplex acies*. Esta vez Licinio también sacó las suyas a la llanura, desplegándolas, asimismo, en *triplex acies*. La extensión de la llanura hacía que fuera posible el flanqueo por cualquiera de los extremos, por lo que la caballería de ambos bandos se repartió entre las dos alas.

Ambos Augustos dejaron un pequeño contingente, una cohorte (500 soldados) y dos *turmae* de caballería (un total de 60 jinetes), para defender el campamento propio, si éste era atacado durante la refriega, y avisar al Augusto si se daba tal hecho. Ninguno tenía tropas suficientes como para

dedicar una parte de las mismas a tratar de tomar el campamento contrario. La batalla se decidiría en la llanura. Eso pensaba Maximino Daya. Y no le faltaba razón.

Alineados ambos ejércitos a una distancia equivalente a unos 500 metros, se hizo el silencio. Era el turno de las trompas, que daŕian la orden de avanzar. Pasó media hora y Licinio comprobó que su enemigo no daría la orden de avance. Por la noche, entre otras cosas, había dado orden a sus exploradores de que dieran un último repaso del campo de batalla, para comprobar que el enemigo no había realizado ninguna labor en el tiempo en que fue dueño absoluto del terreno. Y el resultado fue nulo, el terreno no ocultaba trampas para la caballería, ni cepos para los legionarios.

Al ver que Daya no iniciaba el ataque, Licinio dio la orden de avance lento a sus filas. Éstas avanzaron a un paso muy pausado, que ya tenían ensayado muchas veces, hacia delante. Recorrida la mitad de la distancia de separación entre ambos bandos, otro toque ordenó detenerse. Los soldados lo esperaban. Los del bando contrario, también. Los soldados de las tres primeras filas de Daya ya tenían cada uno su *pilum* en la mano. Los de Licinio, aún no. En la parada debían tomarlo y llevarlo en la mano, con el brazo derecho en posición de lanzamiento. Eso hicieron las tres primeras filas. Las demás desenvainaron su espada, el *gladium*, de hoja ancha y corta, ideal para la lucha cuerpo a cuerpo. Todos los legionarios permanecieron quietos.

Y sonó entonces el toque de carga. Las filas atacantes se movieron hacia delante. Un clamor salvaje salió de sus gargantas. Era habitual que el atacante gritara, mientras el otro bando permanecía en silencio.

El grito aliviaba la tensión interna del guerrero, ayudaba a sofocar el miedo y trataba de asustar a su presa. Ésta, por el contrario, asentada en el terreno y quieta, guardaba silencio para centrar su atención en el enemigo que se le venía encima. Debía preparar el lanzamiento de su *pilum*, desenvainar rápidamente la espada y esperar el encontronazo, haciendo toda la fuerza posible sobre la espalda del compañero de delante.

Cuando la distancia que separaba las dos primeras filas de cada formación fue de unos 30 metros, tanto los atacantes como los defensores lanzaron sus *pili*.

La precisión de los defensores era mayor, porque los lanzaban parados, mientras que los atacantes lo tenían que hacer sin detener la carrera. Para eso habían separado un tanto sus filas. No había tiempo de

defenderse con el escudo al ver venir por el aire la ráfaga de venablos. La suerte decidiría si el *pilum* más cercano erraba el tiro, si se clavaba en el escudo propio o en uno ajeno, o daba en carne, propia o cercana. Eso se resolvía en una décima de segundo. No había coraza capaz de detener un *pilum* lanzado a 30 metros de distancia y que venía por el aire.

Los atacantes aceleraron la carrera tras lanzar sus *pili*. Se trataba de salir de la zona de caída de los *pili* enemigos. Lo lograron las dos primeras filas. La tercera y siguientes recibieron la descarga, produciéndose las primeras bajas del día.

Por su parte, los soldados de Daya no podían hacer nada por evitar el impacto de los *pili* enemigos. No podían alterar la formación. Debían soportar estoicamente los venablos enemigos. Sólo podían mover ligeramente el escudo, para no alterar la posición del legionario contiguo. También sufrieron bajas, aunque menos que sus contrincantes.

Y se produjo el encontronazo. Los atacantes ya sabían que no debían saltar por encima de la primera fila enemiga o quedarían a merced de las filas sucesivas, que los masacrarían en el acto, caídos en el suelo. Se trataba de empujar al enemigo y hacerle perder el equilibrio, sin perderlo uno mismo; momento oportuno para asestarle un golpe de *gladium* que podría resultar mortal. Preparados como estaban uno y otro bando, el choque se resolvió con un aturdimiento de las dos primeras filas, que soportaron la máxima presión en el choque.

Se deshizo el embotellamiento consecuencia del choque frontal y empezó la lucha cuerpo a cuerpo, en la que la habilidad, la experiencia y los reflejos decidirían quién vivía y quién caía. Sólo peleaban las dos primeras filas, sin perder la formación, casi escudo contra escudo. Sólo la distancia suficiente para sacar el brazo con la espada y asestar al contrario la estocada deseada.

En una batalla con bárbaros la desigualdad de técnica, armamento y defensas entre ambos bandos, junto con la mejor preparación del soldado romano, hacía que el enemigo cayera y tuviera que ser reemplazado por otro guerrero, lo que daba tiempo al legionario romano a reponerse un tanto. Pero luchando contra romanos, la pelea era más encarnizada, ya que el contrario conocía todos los trucos que uno iba a emplear para deshacerse de él. Eso hacía que el contrario lo siguiera siendo más tiempo y lo que finalmente decidía la lucha era la resistencia. Aquél que resistiera

más sin cansarse y sin pedir el relevo, se haría casi con seguridad con la victoria.

Era habitual resistir unos diez minutos peleando en primera línea. Fuera cual fuera el resultado de ese primer combate, a los diez minutos la segunda línea entraba en el combate cuerpo a cuerpo, cuando lo reclamaba el legionario ya cansado.

Eso hacía que la rotación de las cuatro líneas en que formaba cada cohorte llevara alrededor de tres cuartos de hora. Debía entonces darse una segunda vuelta y volvía a pelear, espada en mano, quien lo hizo al principio. Las bajas harían que las cuatro filas iniciales se vieran reducidas posiblemente a tres

Pasada algo más de una hora desde el comienzo de la batalla, Licinio y Daya ordenaron entrar en acción la segunda línea. Los relevos se hicieron sin problemas, dado el entrenamiento que todos los legionarios tenían. Las bajas eran similares en ambos bandos. Ninguno de los dos Augustos se había decidido a emplear su caballería, que seguía formada en las alas. Cuando daba la orden de entrar en acción la tercera línea de su ejército, Licinio ordenó atacar a la caballería. Ésta se dirigió hacia las alas contrarias. La caballería de Maximino Daya salió al encuentro de sus contrarios.

Tuvo lugar una corta escaramuza entre los jinetes de ambos bandos y a continuación la caballería de Licinio retrocedió. Los jinetes de Daya les persiguieron, pero no por mucho trecho, ya que al llegar a la altura de la retaguardia de la formación de Licinio, su caballería volvió grupas e hizo frente a sus enemigos. Mientras los legionarios seguían la pelea, los jinetes libraban la suya. Y entonces sucedió algo inesperado. Junto al flanco derecho de la formación de Daya, en la retaguardia, apareció una formación de legionarios de Licinio que atacaron a la tercera línea de Daya.

Los *pili* de las cohortes de Licinio partieron contra las filas desprevenidas de legionarios de Daya. La irrupción inesperada de la formación enemiga, un total de cinco cohortes (2.500 hombres) cogió por sorpresa al bando de Maximino. Los soldados del ala derecha de Daya rompieron la formación y fueron barridos por las cinco cohortes que les atacaban. El desorden se extendió al centro de la formación, que inició una desbandada local. Ello permitió que las cohortes atacantes se adelantaran hasta la primera línea, que pugnaba con los legionarios de Licinio. Al

verse atacados también por detrás, se sembró el desconcierto en la primera línea de Daya.

Los legionarios de Licinio redoblaron su furor combativo, viéndose reforzados por los compañeros que atacaban desde atrás. Las filas de Daya se deshicieron y se inició una desbandada general. De nada valían las órdenes de su Augusto, que, a caballo, intentaba poner orden en el desbarajuste en que habían entrando sus tropas. Con el fragor de la batalla sus voces se perdían en el aire. Muchos legionarios de Daya, viendo la batalla perdida arrojaban las armas al suelo y adelantaban las manos, en muda señal de rendición. Los legionarios de Licinio tenían orden de tomar prisioneros.

A las tres horas de iniciado el combate, éste terminaba con la victoria de las tropas de Licinio y la rendición de más de la mitad de las tropas de Daya.

Cuando el Augusto Maximino vio todo perdido, rodeado de unos pocos oficiales, se retiró hacia el campamento y, sin entrar siquiera en él, por temor a que la caballería de su adversario llegara, dispuesta a tomarlo, inició la huída hacia el Este. Le acompañaba la mitad de su caballería, que había sido testigo de la desbandada de las propias Legiones y abandonó la lucha con los jinetes de Licinio para retornar a su campamento. La conquista de la *Tracia* había terminado en fracaso.

Cinco días antes de la batalla, al momento de la llegada del ejército de Licinio a la llanura que se extendía al Norte de *Heraclea*, éste ya tenía la idea de que el conocimiento del terreno debía suponer algún tipo de ventaja sobre su contrincante. A él le correspondía aplicar ese conocimiento de la forma adecuada.

Las tropas de Maximino Daya habían establecido su campamento en medio de la llanura, al lado del bosque más extenso que había en la planicie. Sin duda Daya pensaba desplegar a sus hombres entre el bosque y un pequeño lago al que confluían unos cuantos arroyuelos y que distaba del bosque 3 millas (4´5 Km.). De ese modo difícilmente podría ser flanqueado. En cambio a él le dejaba la llanura abierta, de modo que su caballería sí podía flanquearle. Era la ventaja del que llegaba primero, Daya, y la desventaja de quien debía terminar la guerra cuanto antes, él.

Licinio se hizo fabricar un mapa del terreno donde se libraría la batalla y con sus exploradores ubicó los accidentes topográficos con el

máximo detalle posible. De ese modo podría reflexionar en su tienda sobre la manera de aprovechar su conocimiento del terreno. La idea le llegó al segundo día. ¡Podía imitar a Julio César en la batalla de Farsalia! César creó una cuarta línea para defender su posición de la caballería de Pompeyo, que era muy superior a la suya. El problema de Licinio no era precisamente la caballería de Daya, sino que le superaba, aunque ligeramente, tanto en infantería como en caballería. Pero sobre todo que era él quien gobernaba la *Tracia* y Daya era un invasor.

La idea era crear una cuarta línea y ocultarla en el bosque contiguo al campamento de su enemigo. Y cuando la batalla estuviera mediada y toda la atención de mandos y tropa estuviera puesta en el desarrollo de la misma, hacer surgir por la espalda y por el lado derecho de la formación de Daya, una formación preparada para atacar al enemigo por su retaguardia. Todo general romano conocía la máxima que dice "ejército flanqueado, ejército destrozado." El sueño de todo comandante es lograr situar una formación de combate propia en el flanco más desprotegido del enemigo, su flanco derecho. Y él tenía la oportunidad. Se la había dado Daya al acampar junto a un bosque.

Había otro factor a tener en cuenta, cómo atraer a la caballería de Daya para que no fuera capaz de impedir el acercamiento de sus soldados a la formación enemiga. Afortunadamente, Licinio había establecido su campamento bastante alejado del de Daya. Lo hizo pensando en tener una posición dominante, si las cosas se torcían, y poder defender el campamento con cierta ventaja. Debería atraer a la caballería de Daya lejos del lugar por donde aparecerían sus cohortes.

Licinio convocó una reunión con sus generales para exponerles su estratagema y recabar opiniones. Nadie fue capaz de proponer otra acción mejor. Llegó el momento de estudiar las disposiciones a tomar para llevar el plan a efecto. Se elegiría una cohorte de cada una de las cinco Legiones de que se componía su ejército. En dicho contingente se incluirían los hombres que conocieran el terreno por haber vivido en él. El hecho de ser soldados elegidos supondría un estímulo para que esos hombres se esforzaran al máximo en su misión. La victoria iba a depender principalmente de ellos.

Las cinco cohortes deberían atravesar el bosque. No podían rodearlo, o serían vistas por las tropas que sin duda Daya dejaría para defender el campamento. Las cohortes debían estar protegidas por un contingente de

caballería que evitara que las fuerzas del campamento enemigo avisaran a su jefe cuando vieran aparecer las cohortes entre ellos y sus compañeros en batalla. La caballería debía establecer una barrera que impidiera el paso de jinetes o infantes que dieran aviso a su Augusto. Licinio pensaba dejar dos *turmae* (60 jinetes) de reserva protegiendo el campamento. Debería enviar el doble acompañando las cinco cohortes. Y, por un impulso repentino, decidió que enviaría diez *turmae* (300 jinetes), dos escuadrones de jinetes por cada cohorte de legionarios. Debía proteger a los artífices de la victoria.

Había que establecer con gran cuidado el horario a seguir. Las cinco cohortes deberían aprovechar la noche para, dando un rodeo, llegar al bosque, atravesarlo y esconderse en él. Deberían salir del bosque, formar y atacar al recibir la orden del Augusto Licinio. Se establecería un toque de trompa especial para esa acción. La infantería saldría del campamento por la puerta *quintana* (puerta de atrás) durante la segunda vigilia de la noche (las dos de la madrugada).

La caballería no podía atravesar un bosque. Debía rodearlo. La mejor opción era usar el bosque más lejano, hacia el Este, para esconder las diez *turmae* de caballería. Había que evitar que los relinchos de los caballos fueran oídos desde el campamento. Los jinetes saldrían del campamento algo más tarde. Los caballos llevarían las patas forradas de tela, para evitar ruidos. Irían siempre al paso, llevados de la brida por sus jinetes. Llegados al bosque del Este, se meterían dentro del bosque, para evitar ser vistos por alguna patrulla de exploradores que pudiera pasar por la zona.

Tanto los soldados de las cohortes como los jinetes llevarían unas cintas blancas en el hombro derecho, para reconocerse entre ellos. Constantino le había referido la argucia empleada para poder reconocer de noche a los pretorianos en el sitio de Verona. La orden de atacar el contingente sorpresa se daría algún tiempo después de hacer intervenir a la tercera línea. La caballería estaría oculta a la vista, pero preparada para salir hacia el campamento enemigo en cuanto sonara la llamada especial. Las cohortes deberían esperar un pequeño intervalo antes de salir del bosque entre el campamento y el despliegue enemigo. Para concretar ese tiempo y no dejarlo al arbitrio de los tribunos que las mandaban, se les proveyó de un reloj de arena que daba el tiempo estimado por el jefe de la caballería para bordear ambos bosques y situarse en la que debería ser su

posición. Nada quedaba al azar. Si hubiera algún cambio de planes a última hora, se enviarían un par de jinetes con dirección al bosque del Este. En el curso de la batalla todo pasaba desapercibido.

No hubo ningún aviso de última hora. El plan funcionó bien, como había sucedido en *Farsalia*, y, al igual que ésta supuso la derrota definitiva de Pompeyo y fue el preámbulo de su muerte, la batalla de *Heraclea* iba a ser el preludio de la muerte de Daya, el vencido.

Capítulo 107

Historia eclesiástica.

Años 309 a 313

- "Debéis daros prisa en terminar los escritos que os quedan. Es necesario comenzar ya con las enseñanzas para los nuevos fieles de las dos Prefecturas que ahora están bajo nuestro Augusto."

Lactancio no era un modelo de diplomacia, pero había días en que resultaba odioso, por lo inoportuno y lo impertinente de sus comentarios. Aunque lo de hoy estaba siendo una orden, más que un comentario. De buena gana Eusebio lo hubiera mandado al Hades, pero se contuvo. No le convenía sembrar discordia entre ellos. No obstante, levantó un tanto la voz al responder.

- "No entiendo qué queréis decir. ¿No he tenido que esperar yo tres años a que vos terminarais vuestros dos Evangelios, sin poder comenzar yo este relato? ¿Qué tiene de extraño que necesite tiempo para terminarlo?"

Lactancio respondió, elevando aún más la voz.

- "Estáis tardando demasiado. Y ello en un momento en que no tenemos tiempo. Nuestro Augusto nos ha exigido que terminemos los textos sagrados de una maldita vez.

- "No me respondéis a lo que os he dicho de los tres años esperándoos, Lactancio. Si lo deseáis, podemos hacer un cómputo de tiempo empleado y capítulos creados por ambos desde que empezamos a escribir los Evangelios, hace cinco años y medio."

Eusebio ya había sacado tales cuentas, que le eran favorables. Muy ligeramente, pero favorables. Lactancio lanzó un murmullo ininteligible y salió del despacho de Eusebio en la Biblioteca, dando un sonoro portazo. Éste emitió un suspiro de alivio. Estaba ya acostumbrado a los estallidos de mal humor de su colega redactor. En los primeros tiempos, sus estallidos de ira sembraban la alarma entre los escribas de la Biblioteca. Pero él les explicó que su genio era producto de una enfermedad que le ocasionaba dolor de estómago, y que había que comprenderlo. Al tiempo, nadie hacía caso de sus excesos verbales, ni de los portazos. Con demasiada frecuencia eran su despedida.

Lactancio tenía mal genio, pero Eusebio debía reconocer que había preparado con bastante detalle su inmenso montaje. Claro que había tenido media vida para hacerlo. Su trabajo no se limitaba a escribir los textos sagrados, que Lactancio no era capaz de escribir.¡Había que escribir la historia de esos tres siglos!

Esta fue la labor que realizó mientras Lactancio componía los Evangelios de Mateo y de Lucas. Había sido un trabajo inmenso. Él estaba acostumbrado a escribir libros de Historia, le gustaba bucear en la Historia. Pero ahora debía crear una Historia ficticia, en la que todo lo que escribía era mentira. Eusebio consideraba la "Historia eclesiástica" como una obra bien hecha, tanto desde el punto de vista formal, como de cara a su plan de desenmascarar la falsificación que se veía obligado a realizar.

Cuando tuvo que comenzar con ella, dispuso su material de base, los textos de que disponía. En primer lugar contaba con su propio relato, el Evangelio de Marcos, recién terminado. Contaba con las Epístolas de Pablo y los Hechos de los Apóstoles, escritos por Lactancio. Tenía todos los escritos falsos que Lactancio había adjudicado a escritores cristianos de siglos atrás. Con todo ello debía generar todas las citas que dieran credibilidad a su "Historia eclesiástica". Y tenía su imaginación. Su imaginación al servicio de la inmensa mentira que Lactancio quería ofrecer al mundo.

Varias veces le había repetido Lactancio una de sus máximas favoritas: "No importa lo que haya sucedido en la realidad, lo que importa es lo que quede reflejado en los libros." Y Lactancio terminaba, con aire triunfante: "Y nosotros escribiremos esos libros."

Pero Lactancio no contaba con la labor de minador de Eusebio. Éste decidió prescindir de la doble redacción para escribir su "Historia

eclesiástica". En la falsa historia que Lactancio le había explicado no cabía elemento alguno de verdad. Por tanto, toda la obra sería al gusto de Lactancio. De hecho, sería Lactancio quien hablara a lo largo de la obra que debía él escribir. Esta versión de la Historia sería la Historia según Lactancio.

Él añadió detalles anecdóticos inventados, como la carta del rey Abgaro, de Edesa, a Jesucristo, y la respuesta de éste. Esto lo hizo en el libro primero. Y la llegada de la noticia de la vida y milagros del Hijo de Dios a Tiberio, en Roma, en el libro segundo. En el libro tercero habló de las Cartas de Pablo, que tenía encima de la mesa. Y de la guerra de los judíos contra Roma, basándose en los escritos de Flavio Josefo, que él acababa de interpolar. Le repelía calumniar a los judíos, pero con eso se congraciaba con Lactancio y reforzaba su posición. Y pudo ya enlazar con las Cartas del Papa Clemente, otra falsificación de Lactancio. Y citarlas. Amplió y dio detalles de herejías y herejes, los inventados por Lactancio en sus obras ficticias.

Al terminar un libro, y una vez lo había revisado, ordenaba hacer una copia y se la daba a Lactancio. Antes le había dejado bien claro que él no modificaría su obra, la pareciera a Lactancio lo que le pareciera. No quería que aquel hombre acabara de volverle loco.

En el cuarto libro pudo citar los escritores de apologías, viejos conocidos de Lactancio. Había elaborado cuatro listas con los nombres de los obispos de las iglesias de Jerusalén, Roma, *Antioquía* y Alejandría. Y los tiempos que cada uno iba a estar al frente de su sede. Y los fue metiendo en la falsa historia. Y así hasta llegar, en el libro séptimo, al tiempo presente, a la supuesta persecución de Diocleciano del año 303, cuando Lactancio apareció en escena.

Afortunadamente, a Lactancio le gustó su Historia eclesiástica. Eusebio lo supo no porque le felicitara, o le mostrara el menor signo de conformidad, sino porque no puso pegas. Aquellos tres años, del 309 al 311, fueron una época de relativa paz entre ellos. Lactancio dedicado a sus dos Evangelios y él, a su Historia eclesiástica.

Eusebio iba controlando la marcha de Lactancio con sus Evangelios. Cuando los acabara, él debía iniciar su Evangelio de Juan. Luego debía terminar la Historia eclesiástica al mismo tiempo que Lactancio su Evangelio de Lucas. Lo consiguió, con una diferencia de tres días. Eran los últimos días del año 311, el año de la muerte de Galerio.

- “Terminad vuestro libro con la Historia hasta la persecución de Diocleciano, el vigésimo año de su acceso al poder. A partir de ahí yo enlazaré con mi libro que voy a titular Sobre la muerte de los perseguidores.”

Y eso hizo Eusebio. Su séptimo libro de la Historia eclesiástica terminaba en vísperas de la inexistente persecución de Diocleciano a unos cristianos también inexistentes. Eusebio pensaba que tanta falacia no podía llegar a tener éxito. En algún momento de la Historia se descubriría que todo había sido realidad sólo en la mente de un chiflado. Y de su inconsciente protector, el Augusto Constantino.

Capítulo 108

La victoria de Licinio.

Año 313

La noticia de la derrota de Maximino Daya se extendió por todo el Imperio. Suponía un cambio de gran importancia, y todo el Imperio dio por sentado que los dos Augustos, Constantino y Licinio, que ahora eran cuñados, iban a dar estabilidad al Imperio y asegurar una nueva era de paz. Los usurpadores había sido eliminados y las dos cabezas del Imperio eran ahora parte de una misma familia. Todo eran buenos augurios.

Maximino huyó a *Nicomedia*, su capital antes del ataque a la *Tracia*. Allá recogió sus tesoros más preciados, a su mujer y a sus dos hijos, y con sus oficiales más cercanos puso tierra de por medio. De todas las ciudades del Asia Menor decidió que *Tarso* contaba con fuertes murallas y estaba suficientemente alejada. Pero hasta allí le persiguió Licinio, que no podía dejar a Daya con vida. Éste intentó defenderse con los restos de ejército que le quedaban, pero Licinio puso sitio a *Tarso*. Se había hecho con las máquinas de sitio de Daya y con ellas comenzó a lanzar andanadas contra las murallas de *Tarso*.

Daya sabía que no recibiría ayuda de nadie. Su ejército de Egipto se había esfumado, tal vez se hubiera vuelto a Egipto, o tal vez estuviera en Siria, esperando el desarrollo de los acontecimientos. Ahora que había sido derrotado, todos los comandantes de su ejército se volverían hacia el vencedor y le ofrecerían su lealtad. Estaba perdido. Si caía en manos de Licinio, éste lo decapitaría, sin duda. Decidió no darle el placer de condenarlo a muerte.

Nada dijo a su mujer de su plan. Una noche, cuando ya los proyectiles de sus propias catapultas habían destruido partes substanciales de las murallas de Tarso, después de cenar y despedirse de ella, entró en sus aposentos y bebió una copa de un buen vino con una dosis generosa de un veneno que había pedido a su médico personal. Era rápido e indoloro. Al día siguiente el Imperio amaneció convertido en la Diarquía que Constantino había impuesto.

Una vez muerto Daya, las puertas de *Tarso* se abrieron a Licinio. Y se repitió en *Tarso* lo sucedido en Roma. Todos los generales que habían huido con Daya fueron apresados y ejecutados el mismo día en que las tropas de Licinio tomaron *Tarso*. A los demás oficiales se les perdonó la vida. Daya había nombrado César a su hijo, a pesar de tener sólo seis años. Eso le perdió. Y no sólo a él, también a su madre y a su hermana. El hijo, la hija y la viuda de Maximino Daya fueron a reunirse con éste en el Hades. Licinio no quería problemas futuros.

Tan pronto estos hechos fueron historia, Licinio envió unos mensajeros con una carta a su cuñado, Constantino. Decía así:

"De Valerio Liciniano Licinio, Augusto de la Tracia, la Hélade, Asia, Siria y Egipto, a Cayo Flavio Constantino, Augusto de las Galias, Italia, el Ilírico, Hispania y Britania. Salud.

Los dioses, como decís, aprueban nuestros planes. Daya se envenenó. Planeo visitar Siria, Egipto y Cirenaica. Eso sí, con Partia tranquila. Las fronteras del Danubio Flumen, controladas por mi Prefecto. Cuidaos."

Quiso mostrarse cercano, sin parecer servil. Con el ejército que traía de la *Tracia*, Licinio se encaminó a Siria, el centro de poder de Daya a su nombramiento, antes de que le arrebatara el *Asia Menor*.

En *Antioquia* sobre el *Orontes*, la capital de Siria, se enteró de que los *Partos* estaban trasladando tropas a la frontera con el Imperio. Eso no

era un buen síntoma. Licinio decidió actuar.

Los *Partos* habían tenido noticias de que los romanos peleaban entre ellos y su rey había dado orden de que se prepararan los ejércitos para aprovechar tal coyuntura. Hacía más de treinta años que no sucedía algo similar y no era cuestión de perder la oportunidad. Lo que no esperaban era que la reyerta terminara tan pronto. Como era habitual, las autoridades romanas tenían informadores al otro lado de la frontera. También los *Partos* los tenían dentro del Imperio, en las zonas limítrofes.

La frontera discurría por los límites del reino de *Palmira*, que limitaban al Sur con la ciudad de *Giddan*, sobre el *Eúfrates*. Este río servía de límite durante unas 70 millas; luego pasaba a serlo un afluente del mismo, el *Chaboras Flumen* (río Chaboras, Aborrhas o Araxes) sobre el que se asentaba las ciudades, ahora romanas, de *Resaïna* y *Antoninopolis*, que antaño se llamó *Tela*. Toda la *Mesopotamia* fue en tiempos romana, en la época de Trajano. Luego Adriano perdió parte de ella. Y más tarde fluctuaba entre el Imperio *Parto* y el Imperio Romano. Trajano, deseoso de asentar sus conquistas, ordenó construir calzadas en la zona conquistada, calzadas que todavía se conservaban, si bien en peores condiciones que las que fueron siempre romanas

Los informes decían que se habían concentrado tropas en *Tigranocerta* y *Nisibis*. La primera estaba sólo a 70 millas de *Resaïna* y *Nisibis*, 50 millas más al Este. Licinio no tenia intención de iniciar una guerra con los *Partos*, pero sí vio conveniente hacer desistir a los belicosos vecinos de cualquier idea de invadir el Imperio. Y para lograrlo dispuso una pequeña incursión de castigo. No quería tener que volver de nuevo a Siria ante la noticia de una invasión en gran escala. Sin apenas hacer escala en *Antioquia*, tomó la calzada que llevaba al Este y, por *Beroea* sobre el *Chales*, subió a *Hierápolis*, *Bathnae* y *Carrae*, donde Craso fue derrotado y muerto por los *Partos*, muchos años atrás. Llegó con sus tropas finalmente a *Betsaïna*, en la frontera. Allí descansaron una jornada para reunir a sus cinco Legiones, que había reforzado en Siria, especialmente con caballería e infantería ligera, sobre todo arqueros. Con tales refuerzos su caballería era ya de 10.000 jinetes y un contingente importante de arqueros. Con todos ellos irrumpió en territorio *parto*, dirigiéndose a *Tigranocerta*, unida a *Resaïna* por una calzada.

La intención de Licinio era derrotar a las tropas que se había movilizado hacia la frontera con el Imperio y retirarse a continuación. Con

eso dejaría bien sentado que en la zona había una autoridad con plena capacidad de respuesta militar, y que no estaba dispuesta a permitir incursiones *partas*. No obstante, avanzó tomando todas las precauciones, enviando exploradores hasta la siguiente ciudad apenas había cruzado la frontera. Así supo que las tropas alojadas en *Tigranocerta* no llegaban a media Legión, mientras que las que se habían concentrado de *Nisibis* eran el equivalente a una Legión.

Disponiendo de esas cifras decidió forzar el paso, a fin de que los *Partos* no tuvieran tiempo de recibir refuerzos y aumentar sus efectivos. Su superioridad le daba de momento cierta sensación de inmunidad. Llevaba unas pocas máquinas de sitio, porque no se proponía tomar ninguna ciudad, que luego no estaba en disposición de mantener. Pero tampoco podía dejar ciudades atrás, si éstas no le abrían sus puertas. Por ello dejó seguir el convoy de las máquinas a su marcha, con una pequeña escolta, y se adelantó con el resto de su ejército.

En tres días llegaron ante *Tigranocerta*, pero las tropas allí acampadas se habían retirado a su vez hacia *Nisibis*, al conocer la venida de los romanos. Licinio dejó en *Tigranocerta* dos cohortes, con instrucciones para que las máquinas de sitio iniciaran un ataque ligero a la ciudad. Él siguió hacia *Nisibis*, de la que le separaba día y medio de marcha. Si el enemigo rehuía el combate, Licinio se daría por satisfecho y retornaría a Siria. Si plantaban batalla, la superioridad numérica era tan aplastante, con las cifras que poseía, que los *Partos* no podían salir bien librados.

A fuerza de combatir contra los *Partos*, sus técnicas guerreras eran ya bien conocidas por los romanos. Los tiempos de Craso habían quedado muy atrás.

Los *Partos* disponían de infantería que era inferior a la romana en defensas y armamento. Pero su fuerza principal era la caballería. Practicaban el ataque súbito de un pequeño contingente a caballo, arrojando jabalinas y flechas sobre el enemigo, y la retirada tan pronto habían causado algunas bajas entre las líneas romanas. Repetían ese ataque una y mil veces, hasta desgastar a la infantería enemiga. Éste fue el final de Craso. Para contrarrestar ese modo de hacer la guerra, los romanos empleaban arqueros y la propia caballería, que perseguía a los *Partos* sin perder nunca de vista la formación de las propias Legiones. Los arqueros debían disparar a los caballos, no a los jinetes. De ese modo se disminuían

sus efectivos y al final debía darse el combate entre las formaciones de infantería, que culminaba con la victoria de las Legiones romanas, por su mejor preparación y armamento.

Pero no se dio ninguna de las previsiones de Licinio. Las tropas de *Nisibis*, sabiendo que eran muy inferiores a las romanas, rehuyeron el combate y se retiraron hacia el interior de la *Partia*. Pero quiso la diosa Fortuna que una columna de caballería *parta*, formada por unos cuatro mil jinetes, se desplazara con destino a *Nisibis*, posiblemente desde *Singara*, más al Sur. Ignoraban que los romanos estaban en la zona y marchaban sin tomar precauciones, por creer estar en territorio propio, libre de enemigos. Licinio tomó el mando de sus 10.000 jinetes y, dejando a la infantería oculta en una llanada que los *Partos* no verían, dio un rodeo para sorprender al enemigo. Se enfrentó a la columna parta con la mitad de sus efectivos, que igualaban a los contrarios.

En un primer momento los *Partos* presentaron batalla, alineándose en la llanura frente a la formación romana. Iniciaron su táctica secular, avanzando pequeñas partidas con sus flechas y jabalinas preparadas. Pero Licinio dio la orden de carga a todos sus jinetes y al ver venir toda la formación contra ellos, dieron media vuelta y se alejaron en dirección contraria. Se inició una persecución.

Esto era lo que Licinio esperaba que sucediera. La otra mitad de sus jinetes estaba apostada tres millas más atrás, en formación abierta, formando un amplio abanico. De ese modo, los *Partos* se vieron cogidos en una tenaza. Lucharon valientemente, con la fuerza de la desesperación. Abrumados por la superioridad romana, sucumbieron la mayoría y sólo una cuarta parte de ellos pudieron zafarse de sus perseguidores y escapar. Esto era todo lo que Licinio necesitaba, una demostración de fuerza. Los *Partos* habían tenido más de 3.000 bajas, contra doscientos jinetes muertos y ciento cincuenta heridos entre los suyos.

Licinio ordenó la retirada. Pusieron fin al sitio de *Tigranocerta* y en seis días alcanzaron el *limes* (frontera) del Imperio en *Resaïna*. Desde allí, Licinio volvió a *Antioquia* sobre el *Orontes*. Comisionó a un par de oficiales de confianza para que llegaran a Egipto e hicieran saber a las autoridades civiles y militares el relevo realizado en la cúpula de la Prefectura. A su vuelta rendirían un detallado informe de la situación en Egipto. Los cambios que hubieran de darse lo serían por decisión del nuevo Augusto, a la vista del informe de los comisionados.

Capítulo 109
Preparando el Sínodo.

Año 313

A finales de Mayo Constantino recibió la misiva de Licinio con la noticia de la muerte de Maximino Daya. Para entonces su campaña en *Germania* había terminado con éxito. Habían limpiado las zonas próximas a las incursiones de bárbaros y habían tomado multitud de prisioneros. Éstos habían intervenido en los segundos Juegos Fránquicos, de *Augusta Treverorum*, organizados por Constantino. Y, al igual que la primera vez, ninguno quedó con vida. Que contaran en *Germania* lo sucedido los mismos informadores que habían llevado la noticia de que el Augusto estaba ausente.

Constantino respondió a la misiva de Licinio con la siguiente:

"Cayo Flavio Constantino, Augusto de las Galias, Italia, el Ilírico, y el África, a Valerio Liciniano Licinio, Augusto de Tracia, Asia, Siria y Egipto.

He celebrado tu victoria. Demos gracias a los dioses, que te protegen. El Rhenus Flumen esta también libre de invasores germanos. Quieran los dioses conservarnos su apoyo. Saluda a Constancia. Cuídate."

La noticia de la muerte de Maximino Daya, el que fuera Augusto de Oriente, y el triunfo de Licinio supusieron una gran alegría no sólo para Constantino y su familia, preocupados todos por la suerte que pudiera correr Constancia, sino también para Lactancio. Estaba algo inquieto. Con la enfermedad pasada los dioses le habían enviado una advertencia. Contaba ya 69 años de edad. No era sólo un hombre maduro, empezaba a ser un anciano. Le quedaban pocos años de vida y mucho, demasiado, por hacer. Es cierto que había llevado una vida austera, sin vicios, alejado de las mujeres, del vino y de los banquetes copiosos. Pero los años no perdonan y él tenía ya muchos.

Los textos sagrados estaban a punto de terminarse. Él había terminado los suyos. Los había repasado y estaban perfectos. Eusebio también estaba ultimando los suyos, pero aún debía repasarlos. Acabaría su labor en unas pocas semanas. Y entonces podría dar la gran noticia al Augusto Constantino. Pero lo que ahora le preocupaba a Lactancio no eran ya los textos sagrados de la nueva religión, sino la historia en la que había que insertar el Cristianismo.

No bastaba con el libro que había escrito Eusebio. Lactancio tenía la idea de que Eusebio era un ingenuo. Una de esas personas cuya vida es insípida, de los que se limitan a vivirla en su pequeño círculo familiar, militar o el que marque su profesión, y no tienen miras más altas. Sólo se ocupan de ellos y no entienden de las grandes causas, no tratan de mejorar el mundo. Él sí lo estaba haciendo. Fue esta preocupación el móvil de su vida, de sus estudios, de su aprender varias lenguas, para poder profundizar en las grandes causas de la Humanidad. Y había encontrado el protector adecuado, el ahora Augusto de medio Imperio, Constantino. Él haría posible realizar su sueño, llevar a todos los hombres del error a la Verdad.

Y ahora que Maximino Daya estaba muerto, podía terminar el libro al que se había dedicado últimamente, el que llevaría por título "Sobre la muerte de los perseguidores".

No era ésta la última "remodelación de la Historia", como a él le gustaba llamar a su trabajo. Quedaban más, pero ésta sería su primera contribución.

Lactancio había comprobado que para conocer cuál había sido la Historia de un reino en cualquier época pasada, se recurría a los libros. Los libros que la narraban. No se podía viajar a ese país y situarse en esa época. Sólo se podían leer los libros que trataban sobre ese país en esa época. Lo importante era lo que había quedado reflejado en los libros. De ahí surgió la idea de que se podía modificar, remodelar, la Historia del pasado, sin más que escribir no uno, sino muchos libros, contando todos ellos la misma historia, supuestamente por mano de varios autores imaginarios. La historia que más convenía al Imperio.

Ya estaba creada la historia del Hijo de Dios hecho hombre. Ahora había que remodelar la Historia del entorno. De huellas escritas ya se había ocupado él, desde un principio. Aún había que crear más obras, y Eusebio era imprescindible para esa labor. Pero había que justificar que no hubieran quedado huellas físicas, recintos preparados para el culto, donde se debían haber celebrado los misterios cristianos en los siglos que se extendían desde el reino de Tiberio hasta el presente. Y para ello a él se le había ocurrido el invento de las persecuciones. El Cristianismo habría sido perseguido. Y en esa línea había él escrito muchas de sus obras, defendiendo al naciente Cristianismo contra las acusaciones de toda la sociedad romana.

Pero el culto cristiano se debía celebrar en lugares físicos. En un futuro, y con el apoyo del Augusto Constantino, se construirían enormes Basílicas donde cupiera todo el pueblo, que debería ser cristiano. Los Templos a los dioses, con una *cella* (sala) para la estatua del dios y un altar en el exterior, eran cosa del pasado. Al pueblo cristiano se le predicaría cada cierto tiempo, todas las semanas, la palabra de Dios, para que no la olvidase. En tiempos de persecución no podía haber Templos para el culto, porque el culto cristiano no estaba permitido. Las persecuciones habrían durado hasta tiempos de Diocleciano, Maximiano, Galerio y Maximino Daya. Afortunadamente, los últimos Augustos habían muerto. Todos menos Diocleciano. El viejo Augusto se resistía a morir. Y eso era un problema. Él, Lactancio, no contaba con demasiado tiempo. Tenía que ocuparse en otras cosas y quería terminar su libro, de modo que decidió matar a Diocleciano. Matarlo en su libro.

Y decidió hacerle morir antes de la muerte de Maximino Daya, para que no hubiera duda de que, en efecto, Dicleciano estaba muerto, y bien muerto, cuando él terminaba el libro, cuyo acto final sería la muerte de Daya. Su libro debía haberse terminado de escribir después de la muerte de Daya, porque la narraba, y con detalle. Y antes estaba descrita la muerte de Diocleciano, luego sería tomado por cierta con más motivo que si la colocaba la última.

Ésta era otra característica que él había descubierto y de la que estaba sacando provecho. Si un libro citaba un hecho histórico, eso era señal inequívoca de que el libro había sido escrito después de que se diera el hecho narrado. O no podría ser descrito. Pero él había descubierto que esta asunción había sido utilizada por autores antiguos para falsificar libros y adjudicarlos a una fecha muy anterior a la de su redacción real. Lo había descubierto con el Libro de Daniel, de la Biblia judía.

Alguien, que no era Daniel, había escrito el Libro de Daniel, mucho tiempo después de los reinados que se describían en él. Y había podido emplear, en los capítulos finales, hechos que el autor conocía, porque habían sucedido, para darles la forma de profecías que hacía el autor, Daniel.

Le había dado la idea a Eusebio, para que la empleara en su Evangelio de Marcos. Y la usó para la profecía sobre la destrucción de Jerusalén. Él la había empleado en los mismos pasajes de los dos relatos suyos, el de Mateo y el de Lucas.

La posibilidad de escribir libros y hacer aparentar que eran de tiempos muy anteriores era la base de todo su plan. Ya había cerca de setenta libros datados en tiempos pasados que habían escrito entre Eusebio y él. Él había escrito unas cuarenta Apologías y otros textos en defensa del Cristianismo. Y entre los dos habían escrito: Los cuatro relatos sobre la vida del Hijo de Dios, las catorce cartas atribuidas a Pablo, que eran suyas; las dos cartas de Pedro que también había escrito él; la de Judas, también suya; las tres de Juan que Eusebio acababa de escribir; la de Santiago, y los Hechos de los Apóstoles, que había escrito él.

Todavía faltaban más textos, que escribirían a medias Eusebio y él, una vez terminados los relatos evangélicos. Y en ellos podrían citar frases completas de los Evangelios, cosa que no había podido hacer él al componer sus cuarenta primeros escritos. Pero había otro asunto más apremiante: Dar forma al entorno en que iba a surgir el Cristianismo. Con su libro titulado "Sobre la muerte de los perseguidores" ya había establecido el final de las persecuciones, el cierre del pasado. Ahora era necesario diseñar el inicio del futuro, enmascarar la aparición del Cristianismo.

El Augusto le había confiado - sólo a él, no a Eusebio - que pensaba convocar a todos los *epískopos* (Instructores) de las principales ciudades de su Prefectura a una reunión para iniciar la implantación de la religión favorecida por el Augusto. Los que iban a ser los textos sagrados del Cristianismo debían estar terminados, repasados y debían haberse hecho copias en cantidad suficiente para dar una copia a cada *epískopo*. Osio debía haber regresado de su viaje de captación de dirigentes religiosos. El Augusto debía convocar la reunión. Y había que encajar dicha reunión en el panorama supuesto de un Imperio parcialmente cristiano, a pesar de que no lo era.

Lactancio ya había definido cómo se iban a llamar las reuniones de varios *epískopos* para tratar los problemas que habrían tenido las comunidades cristianas que aún no existían, pero que iban a existir en los libros escritos por Lactancio y en los que escribiera Eusebio en el futuro. Se llamarían "Sínodos", (del griego *sun-odos*, común camino), tal y como se pronunciaba la palabra en griego. Significaba reunión, asamblea, consejo, y también, asociación política. Eso iban a ser las supuestas

reuniones de *epískopos* del pasado, reuniones, asambleas. Y las que luego se dieran en el futuro.

Lactancio debía encajar la convocatoria a las personas elegidas por Osio, los futuros *epískopos* de la comunidad cristiana. Iba a ser una reunión que iba a tener lugar en *Arelate* (Arles), según le había confiado el Augusto. Y debía aparecer como un sínodo más que celebraban un conjunto de *epískopos* de las dos Prefecturas occidentales. Pero había que darle otro motivo diferente al real, que era iniciar la propagación del Cristianismo. Había que inventar un problema de la comunidad cristiana occidental cuya solución fuera el sínodo de *Arelate*, a celebrar dentro de unos meses.

Para resolver el tema, Lactancio echó mano a su conocimiento del mundo africano, de donde era oriundo y donde tenía numerosas fincas. Y una circunstancia que se daba cada cierto tiempo en el África eran las hambrunas. Lo mismo sucedía en cada Diócesis, en cada provincia y en cada C*olonia* (ciudad con derecho romano) o *vicus* (aldea de aborígenes). Cuando la cosecha de cereal había sido escasa, o nula, los campesinos más exaltados, o los que tenían más hijos, se convertían en lo que en África se llamaba *circum-cellae*, merodeadores de graneros (del latín *circum* = alrededor, y *cellae* = graneros, almacenes). Él los odiaba, porque no daban más que problemas. Las autoridades no eran todo lo rigurosas que debieran y muchas veces sus hurtos quedaban sin castigo.

Se le ocurrió proporcionar a estos ladrones de comida unos móviles religiosos. Serían el brazo armado de una herejía que surgiría en el África. El líder de la misma sería un tal Donato, y la herejía se llamaría "donatismo".

Para forjar esa falsa historia podía escribirle nuevas cartas a Cipriano, obispo de *Cartago*, poniendo en su pluma el nacimiento de la herejía. Y eso hizo. Compuso una larga y retorcida historia de complicidades, ambiciones, traiciones y mentiras entre dos facciones cristianas rivales en *Cartago*, la auténticamente cristiana y la de los donatistas, cismáticos adornados de todos los vicios. Tuvo que hacerla arrancar cincuenta años atrás, durante la supuesta vida de Cipriano (201-258), obispo de *Cartago*. Lactancio escribió una larga carta, la de Cipriano a Donato.

Para dar ocasión a la herejía donatista, era necesaria una persecución en vida de Cipriano. Pero eso ya lo tenía resuelto Lactancio,

que había hecho de Decio y Valeriano dos Emperadores perseguidores del Cristianismo, al primero por morir supuestamente traicionado, y al otro por haber caído prisionero de los *Partos*. Ambos cubrían el período final de la vida de Cipriano, cuando nacería la herejía donatista.

Los donatistas iban a ser muy rigurosos y no darían valor a los actos realizados por cristianos que hubieran renegado de su fe, o que hubieran entregado los "libros sagrados", en tiempos de persecución. Lactancio creó una comunidad cristiana donatista, en oposición a la comunidad cristiana auténtica.

La herejía se habría prolongado hasta el tiempo presente. Tras hacerse cargo Constantino de la Prefectura de Italia, el año 312, los líderes de ambas comunidades cristianas habrían recurrido al Augusto Constantino, para exponer ante él sus diferencias. Éste los remitió a un Sínodo, a reunirse en Roma. Este Sínodo condenó a los donatistas, pero éstos no se conformaron y solicitaron que fueran los *epískopos* de la *Galia* quienes les juzgasen. Y Constantino, para zanjar una discusión que le disgustaba, habría decidido convocar el Sínodo de *Arelate*.

Éste era el final deseado, que el sínodo de *Arelate* (Arlès) tuviera una justificación distinta de la real. Y hacerle tratar temas diferentes a los que realmente iba a tratar, la puesta de largo, la señal de partida, del Cristianismo en las dos Prefecturas al mando de Constantino, Italia y las *Galias*. Evidentemente, las Actas no podían reflejar lo que realmente iba a tratarse en el Sínodo de *Arelate*. Así que no habría Actas del Sínodo de *Arelate*. ¿Quién las iba a reclamar?

Fue tras crear la trama donatista, para encubrir el verdadero motivo de la reunión de *Arelate*, cuando Lactancio decidió describir la vida de los Emperadores perseguidores anteriores a Diocleciano en su libro recién terminado, "Sobre la muerte de los perseguidores". Y con cierta despreocupación y de manera resumida, narró la vida de los Emperadores perseguidores anteriores a Diocleciano, que habrían sido Nerón, Domiciano, Decio, Valeriano y Aureliano.

Cuando Lactancio consideró que el libro estaba terminado, y una vez repasado, le pasó el manuscrito original a Eusebio, para que un copista de confianza de la Biblioteca le hiciera un par de copias.

Capítulo 110

Las Cartas de Eusebio.

Año 313

Estaba sobrepasado. A su trabajo como redactor se había sumado, para su desgracia, su labor como director de la Biblioteca. Una Biblioteca mal dotada, siempre escasa de fondos, incluso en su tiempo, y que ahora debía elaborar cientos de copias. Y más que le pedirían más tarde. Había acudido al Augusto, para exponerle las necesidades de personal y de medios. Por suerte, Constantino había comprendido. Implantar la nueva religión precisaba medios materiales y humanos, y no le había regateado dichos medios, pero le requería unas cuentas detalladas de todos los gastos.

El problema era que él, Eusebio, debía realizarlo todo, la compra y la contratación de personal. Él sabía lo que se barajaba, las cualidades necesarias para el trabajo, y lo necesaria que era la discreción. Por eso tuvo que hacer tres viajes a *Lugdunum* (Lyon), para contratar a cinco escribas. No podían ser escribas cualesquiera. Debían ser expertos en caligrafía antiguas. Y no sólo eso. Tenían que ser personas de confianza, escribas discretos en los que se pudiera confiar. Porque era inevitable que, copiando los textos que Lactancio y él habían redactado, y haciéndolo con la caligrafía que se empleaba hacía más de doscientos años, y en papiro que aparentaba antiguo, porque lo era, todo por orden de Eusebio, relacionaran todos esos hechos, y dedujeran la realidad en la que estaban participando. Había que lograr su confianza, sin poderles compensar económicamente más allá de lo que el Augusto le consintiera. Además, debían ser de edad avanzada.

También tenía que conseguir papiro antiguo. Y eso era como buscar una aguja en un pajar, tan lejos como estaban de la fuente de suministro

del papiro, Egipto. Viajó a *Arelate* y a *Massilia*, y en esta última ciudad lo encontró en cantidad suficiente. Era un resto del cargamento de un barco mercante, de Rodas. Trajo un cargamento de papiro en tan malas condiciones que el comprador lo rechazó. El papiro era tan viejo que tenía un color verdaderamente deplorable. Pero eso era justamente lo que Eusebio precisaba.

Para mejorar el precio, fingió no estar satisfecho con la calidad del papiro y logró una sustanciosa rebaja. El armador estaba deseando librarse de aquel odioso cargamento, que ocupaba sitio y nadie quería. Contrató dos carretas para trasladarlo a *Augusta Treverorum*. También contrató mercenarios griegos, de los que había abundancia en *Massilia*, para custodiar un cargamento que para Eusebio era tan preciado. Seguía vigente la prohibición expresa de emplear personal militar, y tampoco licenciados, para todo lo relacionado con las gestiones ligadas al Cristianismo.

Cuando hubo realizado todas las gestiones para tener disponibles las personas y los materiales necesarios para la labor que había que iniciar, su trabajo en la Biblioteca aumentó considerablemente. Había pasado de tener tres personas a su cargo a tener ocho. Y el trabajo diario en la Biblioteca, con tantos detalles que atender, le llevaba una buena parte del día. Se percató entonces de que llevaba muy atrasado su trabajo de redacción de la parte de textos que le correspondía. El problema, en este tema, era Lactancio. Podía ser un hombre con mucha imaginación fantástica, pero era un negado como inventor de historias que parecieran reales. Por otra parte, Lactancio era muy inseguro, sobre todo inventando historias. En los dos primeros Evangelios que escribió le consultó docenas de veces. No le dejaba trabajar en paz. Había días en que le interrumpía tres y hasta cuatro veces.

A lo largo de algunas conversaciones que Eusebio había mantenido con Constantino había comprobado que Constantino asumía las patrañas de Lactancio sobre la ira del Dios único porque los hombres adoraban a otros dioses. Y daba por real el castigo que iba a lanzar sobre el Imperio si sus ciudadanos no volvían el corazón a Él. Eusebio estaba cansado de oír hablar a Lactancio sobre el fin del mundo. Suceso que, según Lactancio, estaba a las puertas. Sólo la puesta en marcha de su plan, convertir todo el Imperio al Cristianismo, podía evitar la catástrofe.

Cuando Eusebio oyó esas mismas ideas, repetidas por su Augusto, el hombre que le había llamado en *Cesarea Marítima* para hacer renacer los antiguos valores de Roma, le pareció que había entrado en un mundo de locos. Se guardó mucho de exteriorizar su opinión, pero se confirmó en la idea de que tenía que llevar a cabo su plan, y desmontar tamaño fraude y tanta insensatez.

Esta convicción le dio fuerzas para seguir con perseverancia su trabajo en la Biblioteca, ordenando y vigilando la copia de rollos, y completar la redacción del que sería el Evangelio de Juan. Finalmente, Eusebio pudo dar por terminado el Evangelio de Juan. Evangelio que escondía en su seno el texto Original, rodeado de milagros y largos e insoportables discursos, tan gratos a Lactancio, repetidos una y otra vez.

Y fue entonces cuando le tocó el turno a sus dos Cartas, la que se llamaría "Carta de Santiago" y otro par de Cartas, más cortas, que adjudicaría a Juan, el autor de su Evangelio. Para la Carta de Santiago preparó Eusebio dos textos de Sabiduría, que luego rodeó de frases al estilo de Lactancio, repletas de sus tópicos, el pecado, las tribulaciones, las blasfemias, el juicio final, la fe, y las citas de personajes de la Biblia judía.

Decidió imitar a Lactancio en todas sus manías. Estando en contra de la falsificación, imitaría al falsificador principal. Si el testimonio de un personaje judío de la Antigüedad tenía para Lactancio valor de prueba, para él también. Incluso adoptó parte de su vocabulario. Se había fijado que Lactancio usaba mucho la exclamación "¡*Mira*!", que en griego se decía "¡*Idou*!". La incluyó en sus escritos. Realmente, se estaba riendo de él.

Cuando estaba terminando ya las dos Cartas de Juan, decidió componer una tercera de sólo once párrafos. Cinco párrafos cortos para el Original y cinco párrafos, algo más largos, intercalados entre los anteriores, para dar a la Carta el estilo que tenían todas las obras de Lactancio.

Esta Carta la hizo para ayudar a los investigadores a encontrar sus dos etapas. En un texto tan corto, era muy fácil encontrar cómo estaba redactado. Intentó que esa carta fuera el yunque donde se forjaran quienes quisieran saber cómo había compuesto sus "obras sagradas". Eso para cuando llegara el momento de descubrir que todo había sido una farsa.

Cuando hubo repasado sus últimos escritos, pudo anunciar a Lactancio que él había terminado también la parte de redacción que tenía confiada. Era tiempo. A la semana de haber comunicado Lactancio al Augusto que se había terminado felizmente la redacción de los "textos sagrados" del Cristianismo, Osio apareció en *Augusta Treverorum* con la relación de *epískopos* seleccionados. Faltaba la aprobación del Augusto, pero éste dio por buena la elección de Osio, y su lista quedó confirmada.

Todo estaba listo para proceder a la puesta en escena de la nueva creación imperial, el Cristianismo.

Capítulo 111

Los planes de Constantino.

Año 313

Constantino reflexionó sobre el momento más oportuno para celebrar el Sínodo de *Arelate*, como ya lo llamaba Lactancio. Convocaría la reunión para Agosto del año próximo. Eso le dejaba la primavera y el verano para prepararla. Y él lo haría desde *Augusta Treverorum*. La designación de *Arelate*, en la *Galia Narbonensis*, como lugar para celebrarla, fue suya. La eligió por su posición central respecto a las diócesis de Hispania, Italia y África. Al principio pensó celebrarlo en *Lugdunum* (Lyon). Pero entonces todos los *epískopos* que vinieran desde *Hispania*, Italia, *Mauritania*, y África, tendrían que recorrer por la posta imperial las 112 millas (168 km.) que separaban *Massilia* de *Lugdunum*. Eso podría causar problemas al tráfico normal de la posta. *Massilia* estaba en la costa. *Arelate*, en el interior, a 15 millas del mar. Al final, decidió que sería en *Arelate*. Había dos motivos añadidos. En *Arelate* estaba el tesoro imperial de la Prefectura de las *Galias*, y aprovecharía la estancia allí para supervisar el estado de fondos. El control se llevaba en *Augusta Treverorum*. Además, en Arelate estaba Fausta, la hija de Maximiano, su esposa, aunque sólo por un compromiso que no había hecho efectivo. Tenía ya … 21 años. Y Crispo cumplía ese verano 18 años. Constantino

vio llegado el momento de poner en marcha su plan para asegurar su descendencia.

Tendría una conversación con su hijo, para hacerle ver la necesidad de repudiar a su madre y consumar su matrimonio con Fausta, la que sería su nueva esposa, y la que le daría los hijos que Minervina no podía darle. Estaba convencido de que Crispo lo entendería. Tenía suficiente edad, y debía ya pensar como un hombre.

Si quería ser sincero consigo mismo, Constantino tenía que reconocer que el motivo de haber retrasado tanto su cambio de esposa había sido especialmente militar. Necesitaba gobernar siquiera medio Imperio. Y establecer un pacto con quien gobernara la otra mitad. Y que también en ella se adorara al Dios único. En esto tenía una interrogante con Licinio. Algo le decía que el acuerdo quizás no fuera posible, por cómo fue su reacción cuando habló con él de este tema antes de su boda con Constancia. Lo vio claramente reacio. No recordaba exactamente sus palabras, pero le dio la impresión de que su cuñado evitaba cualquier tipo de convergencia con él. Y eso le sembraba la duda de cuál iba a ser su relación con él en el futuro. De nada valía cambiar las conciencias de la mitad del Imperio …

Pero eso debería esperar un par de años. Los que él necesitaba para resolver su situación familiar. Tenía 40 años, estaba en la flor de la edad. Fausta podría darle hijos que cuando él tuviera edad de reunirse con los antepasados, tendrían entre 20 y 25 años, una edad muy adecuada para llevar cada uno una Prefectura. Él les enseñaría cómo gobernar. Entretanto, Crispo sería su brazo derecho.

No es que dudara del favor de los dioses, pero quería gobernar sobre las dos Prefecturas antes de dar el paso familiar. Si algo le hubiera sucedido y no hubiera podido llevar a cabo su plan de reunificación parcial del Imperio, nada hubiera merecido la pena. Ahora que lo había logrado, era el momento de tomar a Fausta como su nueva esposa. Y si hacía falta conseguir alguna ayuda externa, podía casar a sus otras dos hermanastras, Anastasia y Eutropia, con alguien adecuado a sus planes. Alguien que fuera fácil de manejar, alguien que no perteneciera al linaje de su padre. Los hijos de Teodora quedaban excluidos. Podrían plantear problemas cuando él faltara.

Ya había buscado esposo para Eutropia, una de sus hermanastras, el tribuno Basiano. Había destacado en las escaramuzas tenidas en la

Germania, era bien parecido y de una familia noble de *Lutecia* (París). Constantino lo tomó bajo su protección y lo ascendió, poniéndolo al mando de su guardia personal.

A Licinio le había dicho que Basiano era ya su yerno, pero lo cierto era que estaba esperando el resultado de la reunión de *Mediolanum* (Milán) para pasar a los hechos. Viendo la favorable aceptación que su propuesta había recibido por parte de Licinio, a la vuelta de Italia, y tras resolver la última incursión bárbara, dio su aprobación y se celebró la boda de Eutropia con el tribuno Basiano. Tuvo muy inferior boato que la de Constancia. Se celebró en *Augusta Treverorum*, o, más exactamente, en el Palacio que Constantino había hecho construir dos millas al Norte de la capital. Se inauguró con ocasión de la boda de Eutropia.

Constantino empezó a recordar los años de su mando por el acontecimiento más importante que había tenido lugar en ese año. Así, el año pasado (año 312) había sido el año de su victoria sobre Majencio. Nada podía compararse a la gloria que suponía haber incorporado una nueva Prefectura a sus territorios. Con tal logro daba un paso de gigante en favor de su plan.

El año anterior (año 311) había sido el de la muerte de Galerio. Un regalo de los dioses, que, a su juicio, lo colocaba como segundo en el orden jerárquico del Imperio, ya que sólo Daya, el Augusto de Siria y Egipto, le aventajaba en antigüedad. Licinio acababa de ser designado por Galerio, cuatro años atrás, en la cumbre de *Carnuntum*, a la que no fue convocado. Pero, en cuanto supo la muerte de Galerio, él se apresuró a preparar su invasión de Italia y el desalojo de Majencio, que, a fin de cuentas, era un usurpador.

El año actual (año 313) siempre sería para él el año de la boda de Constancia. Empezó a apreciar a Constancia al mismo tiempo que la perdía. Lo cierto era que nunca le había dedicado atención. Era mujer. Pero las escasas veces que habló con ella, con motivo de la boda, le descubrieron a una mujer de gran valía.

El año próximo sería el año del Sínodo de *Arelate*. Comenzaba a hacer realidad su sueño, el de un Imperio unido. No sólo bajo su mando, cosa que aún estaba por ver, sino, y eso era obligado, bajo un mismo Dios. El Dios Único al que Lactancio y Eusebio habían dado forma humana, haciéndole nacer en una pequeña aldea de Siria.

Ya tenía motivo para señalar al año siguiente, el décimo de su mandato, como el año de sus *Decenalia*. Pensaba desplazarse a Roma para tal conmemoración. Y, como ya tendría en marcha el Cristianismo en las Diócesis de su Prefectura, después del Sínodo de *Arelate*, iniciaría la construcción de alguna Basílica destinada al culto cristiano en la que fuera antaño la capital de mundo, del mundo romano, en Roma.

Nota del Autor.

Tal vez convenga recordar al lector que en la Antigüedad los años se contaban según el monarca reinante. Constantino accedió al poder en Julio del onceavo año de Constancio (año 306). La segunda mitad de dicho año habría sido el primer año de Constantino. El año 307 fue el segundo.

Por eso, el décimo año de su reinado era el que se iniciaba en Enero del 315. Y el día en que había sido investido, el 25 de Julio, sería el día de la gran celebración. No todos los monarcas cumplían tal aniversario. Muchos, por una causa u otra, morían antes.

Capítulo 112

El Sínodo de *Arelate*.

Año 314

A partir de primeros de Agosto fueron llegando a *Arelate*, en la *Galia Narbonensis*, una serie continua de viajeros por la posta imperial. La mayoría venían acompañados de uno o varios esclavos. Un oficial estaba esperando en el edificio principal de la posta, la *mansio*, acompañado de varios legionarios, para que éstos acompañasen a los recién llegados a su residencia en *Arelate*, un edificio situado en las cercanías del Foro, amplia plaza donde se situaba la Basílica, que sería la sede del Sínodo a celebrar. Fausta, que ocupaba parte del Palacio imperial, fue trasladada a otra residencia

Los temas que se iban a plantear a los recién elegidos Instructores de las nuevas comunidades cristianas, habían sido discutidos con

Lactancio y Eusebio. De hecho, habían sido elaborados por Lactancio y Eusebio, mientras Osio estaba de viaje, designando a los jefes de las comunidades a crear. Y se lo comunicaron a Osio cuando éste llegó a *Augusta Treverorum*. Se trataba de las normas que regirían las nuevas comunidades cristianas. En la discusión tenida a solas entre Lactancio y Eusebio, estuvieron enfrentados el rigor de Lactancio con la flexibilidad que mostrara Eusebio. Generalmente, fue Eusebio quien cedió. Tampoco le importaban demasiado las normas que se impusieran.

El primer aspecto que interesaba a Lactancio regular era la fecha de la celebración de la Pascua cristiana. Dada su afición a plantear discusiones, decidió que en el Imperio oriental se celebraba al igual que los judíos, cuando él quería que se celebrase en otra fecha distinta.

Eusebio le objetó que en el Oriente no existía aún comunidad cristiana alguna. Y Lactancio, con una sonrisa de superioridad, le respondió que de ese modo se daba la imagen de que sí las había y desde tiempo atrás. A lo que Eusebio nada tuvo que objetar. La celebración de la Pascua se haría cuando Lactancio dispusiera. Eusebio había tenido otros temas que requirieron su atención, la elaboración de copias para tantos asistentes y la terminación de sus escritos sagrados. Y no logró hacer que Lactancio aceptara casi ninguna de sus opiniones.

Otra regla de las comunidades cristianas, según Lactancio, tenía que ser que los Instructores deberían permanecer en sus lugares de residencia para los que habían sido designados. Si se trasladaban a otra ciudad, perdían su cargo al frente de la comunidad cristiana. Se crearía un problema si en la ciudad de destino del que se desplazara hubiera dos Instructores. Eusebio nada objetó a tal disposición, que tenía su lógica.

A los Instructores deberían ayudarles en la labor de guiar a los futuros fieles los ancianos de la comunidad cristiana en formación. A los de más edad, se les llamaría "*presbíteros*", que significaba "anciano" en griego. En un futuro, a alguno de esos presbíteros se le impondrían las manos para elevarlo a la categoría de Instructor. Pero eso deberían hacerlo al menos tres Instructores, para evitar favoritismos y recaer la elección en persona indebida. Nunca, por tanto, uno solo.

Otra regulación en la que Lactancio tenía un gran interés era que los oficios más abyectos quedaran excluidos de la comunidad cristiana. Según su criterio, las prostitutas, las gentes del teatro y del mimo, los aurigas de las carreras del Circo y los gladiadores debían quedar proscritos

de las filas cristianas. Eusebio, a fuerza de muchos argumentos, logró sacar a los gladiadores y a las prostitutas de la lista.

Otra norma en la que Lactancio se mostraba inflexible era que las doncellas cristianas que desposaran un varón no cristiano, serían excluidas de la comunidad. Eusebio logró que sólo lo fueran por un período de dos años. Su argumento era que tal vez en ese tiempo pudiera convencer a su esposo para hacerse cristiano. Si tal cosa se lograra, ningún problema habría en admitir a ambos. Y si no lo lograban, no había motivo para, por culpa del marido, alejarla definitivamente de la fe que había decidido abrazar. Para su sorpresa, Lactancio aceptó la modificación.

Y así hasta un total de veintidós normas que Lactancio quiso establecer.

La comitiva imperial, con Constantino, sus altos mandos y el equipo asesor para temas religiosos - Lactancio, Eusebio y Osio, que viajaba con él – llegaron dos días antes del inicio del Sínodo. *Arelate* era residencia imperial y disponía de un Palacio, si bien modesto, donde se alojaron los miembros más relevantes de la comitiva. Entre ellos, los tres asesores.

El día 8 de Agosto amaneció con un sol radiante. Todo era movimiento en *Arelate*. Y a la Basílica habían ya acudido los dieciséis convocados de las Galias. Entre ellos estaba Reticius, procedente de *Autun*, Materno, de *Colonia Agrippina*, y Marín del propio *Arelate*. Había otros dieciséis Instructores de Britania, procedentes de *Londinium*, *Eboracum*, *Lindum*, *Verulamium*, *Aquae Sulis*, *Isca*, *Deva* y *Ratae*, entre otras. No llegaban a una docena los nombrados por Italia, como Merocles de *Mediolanum*, Gaudencio de *Pisa*, Stemnius de *Rímini*, Félix de *Florencia*, los convocados por *Ostia* y *Preneste* y otros más. Había también dieciséis convocados por *Hispania*, procedentes de *Tarraco*, *Emérita Augusta*, *Hispalis*, *Carthago Nova*, *Artúrica Augusta*, *Barcino*, *Cesar Augusta*, *Pompelo* y varios más. Y, por último media docena de *epískopos* del África. Un total de 64 jefes locales de las nuevas comunidades cristianas a crear.

Cuando todos estuvieron acomodados en los lugares designados de la sala central de la Basílica, Constantino, que presidía la reunión en un trono elevado, con Osio a su derecha y el Prefecto del Pretorio a su izquierda, se levantó y tomó la palabra.

- "Caballeros, sed bienvenidos. Tengo el convencimiento de que esta magna Asamblea será recordada por nuestros sucesores como un paso

fundamental hacia una nueva era. Una era de paz, dicha y prosperidad para el Imperio. Y sé también que cuenta con el agrado del Dios Supremo y Único, que nos observa desde las más altas esferas. Tenemos el deber de agradarle, de reconocerle como el artífice del Cosmos y mantenedor del mismo.

Y tenemos el deber de expandir su Ley y buscar el bien del Imperio y de sus ciudadanos, incluso de los bárbaros que hay allende nuestras fronteras, si posible fuera atraerlos a la doctrina que hoy quiero exponer ante vosotros.

Hace unos tres siglos, en tiempo del divino Tiberio, el Dios Único envió a la tierra a su Hijo Único, de nombre Jesús, el Cristo, el Ungido. Él debía enseñarnos el modo de agradar a su Padre. Y lo hizo. Pero el pueblo del que formaba parte, el pueblo judío, estaba ciego, despreció su doctrina, y lo condenó a muerte, presentándolo ante la autoridad romana como un malhechor, un blasfemo y un revolucionario. Aquellas acusaciones, fruto del odio fanático de un pueblo, eran falsas, pero a pesar de todo, el Hijo de Dios fue crucificado en las afueras de *Aelia Capitolina*. Y sus seguidores, los cristianos, fueron perseguidos, tanto por los judíos como por nosotros, los romanos, por ser enemigos de nuestras costumbres y del Emperador.

Quizás muchos de vosotros no hayáis oído hablar de lo sucedido en Oriente en tiempos del divino Tiberio, tal vez por vivir en una ciudad pequeña o alejada. Precisamente por eso es nuestro deber divulgar la Buena Nueva, que así se ha llamado el mensaje de nuestro Salvador, Jesús, el Cristo.

Nosotros hoy debemos restituir el honor de aquel hombre, que era, al mismo tiempo, el Hijo de Dios. Se os ha elegido para esa noble tarea y he de deciros que espero mucho de vosotros, de cada uno de los que hoy me escucháis.

En Osio, a quien todos conocéis, uno de mis colaboradores en estos temas, encontraréis un apoyo para todas vuestras dudas y dificultades. Él os dará detalles, que a mí no me compete concretar, sobre cómo deberéis llevar a cabo vuestra misión, expandir, en todo el territorio bajo vuestra jurisdicción, la ley contenida en los textos sagrados que los discípulos del Enviado escribieron para vuestra edificación. Se os entregarán tales textos. Deberéis copiarlos en cuanto lleguéis a vuestro lugar de residencia y repartirlos entre los más adictos a la persona del Augusto, sabiendo que, haciéndoos caso a vos, me lo hacen a mí.

Cuidad para que nada sea alterado, ni omitido, en las copias que mandéis hacer, pues todo lo contenido en los textos sagrados del Cristianismo, que se os entregarán, es mandato expreso de la Divinidad Única. En las jornadas que seguirán a partir de mañana se concretarán las condiciones que deben cumplir los fieles para pertenecer a las comunidades cristianas. A vosotros os compete hacer que se cumplan y que el que no lo haga, sea expulsado y no vuelva más.

Sois bienvenidos a esta ciudad, *Arelate*, y, a partir de hoy, recibiréis las instrucciones de lo que todos los romanos deben hacer para lograr la benevolencia del Dios Único y de su Augusto."

Un silencio total siguió a las palabras de Constantino. Nadie tomaba iniciativa alguna. Entonces Osio, siguiendo una costumbre ancestral, exclamó con voz potente: "¡Augusto Máximo Constantino, el Dios Único te proteja!!" A lo que los congregados respondieron con la misma aclamación en alta voz. De nuevo se oyó a Osio repetir la alabanza en honor a Constantino. Y todos la corearon con no menos fervor. Y así se siguió, hasta que la aclamación hubo sonado cuarenta veces entre los muros de la Basílica donde la magna Asamblea tenía lugar. Para cuando se apaciguó el eco de la última aclamación, el Augusto se había ya retirado de su trono, desde el que había presidio el Sínodo de *Arelate*.

El silencio que se estableció, cuajado de murmullos y carraspeos, permitió a los asistentes abandonar sus asientos y reunirse en pequeños corros. Apenas se conocían ninguno de los convocados, cada cual de una Colonia o ciudad diferente. Pero ello no era obstáculo para que charlaran amigablemente entre ellos.

Al poco rato, se oyó la voz de Osio, pidiendo silencio. Cuando éste se hubo instalado en la sala y los convocados hubieron vuelto a sus asientos, comenzó Osio su alocución. Tanto Lactancio como Eusebio no tenían previsto aparecer en la Asamblea, aunque habían viajado a *Arelate* acompañando al Augusto. Caso de darse algún problema arduo, que Osio no fuera capaz de solucionar, se les presentaría como asesores especiales del Augusto en temas doctrinales.

Pero no fue necesario. Los Instructores, o *epískopos*, aceptaron todas las reglas que Osio les presentó sin la menor dificultad. Enterado Constantino del resultado de las deliberaciones, esta aquiescencia le valió a Osio una felicitación de su Augusto. Había hecho bien su trabajo.

En la jornada en que estaba previsto clausurar el Sínodo de *Arelate*, uno de los Instructores preguntó por la manera de sufragar los gastos que sin duda iban a darse en la comunidad. Se hizo un silencio sepulcral, ya que el tema había sido comentado en voz baja en varios corros. Osio estaba preparado para tal asunto.

- "En una primera etapa - aseveró con firmeza - las comunidades deberán esforzarse en lograr adeptos usando los argumentos de la voluntad de Dios y del Augusto.

De los textos sagrados que habéis recibido deberéis copiar pequeñas colecciones de pasajes, o florilegios, que inciten a los fieles a las virtudes romanas por excelencia, la fe, la prudencia, la justicia, la modestia, y aquéllas de que vuestra comunidad esté más necesitada.

Me consta que el Augusto tiene previsto promover la construcción de Basílicas allá donde las comunidades cristianas sean más florecientes. Ello deberá suceder en las ciudades más populosas del Imperio. Sus Instructores tendrán que esforzarse más en tales casos. En esta primera época, las comunidades tienen que lograr equilibrar sus ingresos y gastos. Vuestro objetivo, y el de los *presbíteros* que os ayuden, será conseguir limosnas de los fieles, en especial de los magistrados, patricios y comerciantes acaudalados. Deben saber que donando a la comunidad cristiana cumplen la voluntad de su Augusto.

Más adelante, el Augusto emitirá edictos que favorezcan a las comunidades cristianas para que éstas lleguen a ser prósperas. Pero habrá que esperar para ello. Lo importante ahora es que vuestra eficacia logre que la mayoría de los ciudadanos de vuestras diócesis se adhieran a la fe cristiana. La fe es la exigencia única. Y el premio es la salvación eterna de sus almas. Si planteáis la elección con acierto, todos se os unirán. Porque dan muy poco, y, a cambio, reciben mucho y para siempre. No lo olvidéis."

Hubo murmullos de aprobación y algún silencio de decepción. Pero sólo se oyeron los primeros.

Capítulo 113

En casa de Tibulo.

Año 312

A Crispo le llegó una invitación de su amigo Tibulo. Los padres de Tibulo se habían ausentado y éste quería celebrar una cena con sus amigos. La invitación decía:

"De Tibulo, hijo de Tibulo, a Crispo, hijo de Constantino, Augusto Máximo. Salud.

Pasado mañana, a la hora sexta, estás invitado, en casa, a una cena con sorpresa. No puedes faltar. Cuídate." (1)

Hacía tiempo que no se veía con su amigo. Y decidió acudir. Cuando le viera le felicitaría por la perfecta estructura que había dado a su misiva. Jamás había visto una cosa igual. Y es que su amigo, además de juerguista y mujeriego era un buen escritor. Tal vez la sangre de su lejano antepasado, el poeta Tibulo - del que su amigo se decía descendiente directo, aunque él lo dudaba – corriera por sus venas y le inspirara sus misivas perfectas y sus odas llenas de pasión y lujuria, con las que cautivaba a tantas doncellas. Lástima que, luego, sus juegos las alejaran de él.

Crispo estaba contento. Su padre estaba de nuevo con él. La familia estaba otra vez completa, o mejor, casi completa. La ausencia de Constancia le llenó de pesar al principio. Ahora ya se había acostumbrado. Su madre había recuperado la alegría con el retorno de su padre, que había estado ausente más de un año, ocupado primero en expulsar al usurpador Majencio y, luego, organizando la boda de Constancia con el Augusto de *Tracia* y *Macedonia*, Licinio. Cierto que toda la familia menos él y su abuela, la Augusta Elena, habían viajado a *Mediolanum*. Pero luego supo que su padre apenas vio a su madre, ocupado como estaba con asuntos oficiales y militares de la nueva Prefectura a su cargo.

En su fuero interno Crispo casi se alegraba de los ataques *germanos* sobre el *Rhenus* tan pronto su padre se ausentaba de la frontera Norte de las *Galias*. Tenían la virtud de hacerle volver a casa. Se sintió a disgusto consigo mismo por desear tales ataques, que suponían la desolación de poblados romanos y la muerte de muchos conciudadanos. Pero se dijo que no porque deseara que su padre volviera a casa, iban a darse los ataques. No dependía de él que los *Germanos* ambicionaran las riquezas del Imperio y se decidieran a cruzar la frontera casi cada año. Decía su padre que a un año con invasión bárbara le sucedía otro año de paz. Ahora que su padre estaba con él, no le importaba que los *Germanos* volvieran. Su padre se encargaría.

El día de la invitación avisó a su madre de que volvería tarde, que tenía cena con unos amigos, y, con su escolta habitual, media docena de jinetes al mando de un oficial, al que conocía bien, se dirigió a la villa de Tibulo, situada al Sur de la ciudad. Su madre lo seguía considerando un niño, a pesar de sus 17 años. Y se preocupaba si regresaba tarde sin avisarla. No le costaba nada hacerlo.

Entraron en los terrenos de la villa. La casa estaba al fondo, tras unos jardines con fuentes y pequeños estanques alargados. Había mucha luz y varias personas, entre ellas Tibulo, esperaban a la puerta de la mansión. Iba dando la bienvenida a los amigos que iban llegando. Crispo era el único que faltaba.

- "¡Bienvenido, mi querido Crispo!"

(1) La estructura de esta misiva viene en el "Anexo 10. Tibulo."

Tibulo avanzó hacia él con los brazos abiertos. Crispo caminó unos pasos a su encuentro. Se abrazaron. Tibulo puso más entusiasmo que él.

- "Creo que ya conoces a mis amigos."

Lo cierto era que Crispo no conocía a ninguno de ellos, o no recordaba si los había visto antes. Pero dijo que sí. Tampoco ellos se extrañaron de que Crispo afirmara conocerles. Tibulo le puso el brazo sobre los hombros.

- "Entrad, entrad en la casa. Todo está preparado para recibiros."

Crispo ya conocía la casa de Tibulo. Pasaron por un vestíbulo y entraron en el *andrión*, donde el jefe de la casa recibía a sus amistades. La cena estaba preparada para los seis comensales que eran. Tres triclinios, cada uno de ellos para dos personas, estaban dispuestos en torno a una ancha mesa. Sobre la mesa, copas, platos y dos jarras con agua.

Tibulo hizo acomodarse a Crispo a su derecha, como invitado de honor, en el triclinio del fondo. Los demás se dispusieron en los huecos libres de los otros dos triclinios. En el *andrión* había espacio para nueve comensales. Dos esclavas, vestidas de blanco, sirvieron vino a cada invitado. De inmediato, dos esclavos de la casa comenzaron a traer la *gustatio* (entrantes). Consistían en huevos rellenos, ensalada, olivas y panecillos calientes. Tibulo anunció:

- "Queridos amigos, en ausencia de mis padres, he hecho una incursión en la despensa y he conseguido algún botín. Podría haber sido más cuantioso, pero espero no dejaros con hambre."

Todos levantaron sus copas, entre risas y bromas, y brindaron por él. Empezaron a dar cuenta de las viandas. Uno de los amigos preguntó:

- "¿Qué nos espera más adelante, Tibulo?"

Tibulo pareció reflexionar.

- "Si mal no recuerdo, la *prima mensa* (la ración) se compondrá de pechugas de pollo con queso parmesano, ternera asada, pichones y

caracoles macerados en leche de cabra. Y de *secunda mensa* (postres) tenemos … natilla con bizcochos, tarta de frutas frescas, frutos secos y pastelillos."

Una exclamación de contento salió de todas las gargantas.

- "¡Menudo botín, Tibulo!"

La cena comenzó en el mejor de los ambientes. Todos los comensales eran jóvenes y tenían buen apetito. Estaban dando buena cuenta de la ración y Crispo creyó el momento de preguntar:

- "Tibulo, ¿y la sorpresa? ¿De qué se trata?"

Tibulo parecía esperar la pregunta.

- "En realidad hay dos sorpresas. Una dolorosa y otra gratificante."

- "Empieza por donde quieras".

Crispo cogía con los dedos el trozo de ternera que le habían servido y le daba mordiscos con apetito. Tibulo estaba terminando un par de pichones.

- "Verás, tengo que castigar a una esclava, Apia, que se ha insubordinado con el *nomenclator* de mi padre. La falta es grave y, después de cenar, la crucificaremos en el atrio. Ya he encargado el trabajo a dos veteranos de las Legiones. Ellos traen el material necesario y se encargan de todo."

Crispo se sorprendió. No le agradaba el espectáculo; no después de una cena. Era totalmente impropio. Pero se abstuvo de plantear su opinión. Conocía el gusto de su amigo por las escenas morbosas y sabía que con la primera sorpresa iba a disfrutar. Además, estaba en su casa y era quien tomaba las decisiones. Pero saber en qué consistía la primera sorpresa le creó un malestar interno y no tuvo ganas de conocer la segunda.

Por un momento pensó en abandonar la fiesta con su escolta. Pero ello sólo serviría para alejarle de Tibulo y no arreglaría nada. El espectáculo se daría igual sin su presencia. Decidió quedarse. Para aparentar normalidad, preguntó:

- "¿Qué edad tiene la esclava?"

- "No estoy muy seguro, alrededor de veinte años, creo."

Y Tibulo ordenó al esclavo que le sirviera un par de pechugas de pollo con queso. Éste obedeció al instante. Prosiguió:

- "Será un escarmiento para los demás esclavos, Crispo. De vez en cuando conviene demostrar quién manda aquí, créeme. Vosotros, en las Legiones, lo tenéis más fácil; la disciplina es total. Pero en una casa con

tanto esclavo … de vez en cuando hay que dar un puñetazo sobre la mesa. Y Apia será mi puñetazo.”

Crispo no dijo nada. Su gesto igual podía querer decir, “qué le vamos a hacer” como “no es de mi incumbencia”. Pasó directamente a los postres e hizo que le sirvieran un plato de natillas. Servían los postres las dos esclavas de blanco. Como bebida, el vino de la Campania, servido hasta entonces, pasó a ser vino dulce.

Cuando todos los comensales se hubieron servido cuanto deseaban, se hizo un silencio y todas las miradas se dirigieron a Tibulo. Este se puso en pie, en el pasillo que corría tras los triclinios, y se dispuso a hablar.

Capítulo 114
La Preparación evangélica.

Año 314

Con el Sínodo de *Arelate* el trabajo para el equipo redactor no se pudo dar por terminado, como Eusebio había deseado. Durante las reuniones del mismo, varios nuevos *epískopos* se dirigieron a Osio para solicitar un *Enchiridium* (manual) con la doctrina que había que enseñar a los nuevos fieles cristianos. Osio trasladó esa petición a Constantino. Ese mismo día Lactancio se dirigió a Eusebio.

- "He recibido orden de nuestro Augusto de que elaboréis un *Enchiridion* con destino a los nuevos *epískopos*. En vez de enviarles una copia de las obras ya escritas - lo que supondría un trabajo y un coste enormes – tenéis que escribir un compendio de las mismas. Vos habéis leído toda mi obra. No os será difícil tomar las ideas principales y reunirlas en una obra nueva, que facilite a los líderes locales su labor de catequizar a los futuros fieles."

Eusebio se sintió contrariado. Tenía la secreta esperanza de que, puesta en marcha la nueva religión en el Sínodo de *Arelate*, él pudiera volver a su vida tranquila en *Cesarea Marítima*. No le atraía seguir viviendo en *Augusta Treverorum*. Fingió pensar la respuesta, antes de hablar.

- "¿No os parece, mi buen Lactancio, que vos seríais la persona más apropiada para hacer un resumen de vuestras propias ideas? No digo que no pueda hacerlo, ni que me moleste hacerlo, máxime siendo orden de nuestro Augusto Máximo, pero sin duda vos lo haríais mejor que yo, y no lo digo con ánimo de adularos."

Lactancio sabía que pisaba terreno firme. Eusebio no podía negarse. Por eso, hasta se permitió una cierta ironía.

- "No es así, mi buen Eusebio. Ignoráis que cada cual, vos y yo, tenemos asignados trabajos que no pueden esperar. Por si no os lo había dicho antes, a vos os corresponde preparar el futuro. Mi trabajo consiste en escribir el pasado en clave cristiana.

Ahora que por fin están escritos los Evangelios y puedo citar frases completas de los mismos, aún me quedan por escribir muchos libros, apologías, tratados y cartas de los autores que ya conocéis y de nuevos autores. En las obras a redactar en esta segunda fase podré incluir citas de todos los textos sagrados cristianos. No podéis ni imaginar los deseos que he tenido de que llegara este momento. Incluso vos deberéis, cuando terminéis ees *Enchiridion*, sumaros a mi labor y redactar textos nuevos."

- "Tenéis razón, no me habíais dicho nada. De haberlo sabido no hubiera prometido a Lidia volver a nuestra vida en *Cesarea Marítima* tan pronto me fuera posible. El clima de la *Galia* del Norte no le sienta bien y me había pedido retornar cuando terminara mi trabajo en la Biblioteca."

Lactancio se alegró de poder contrariar a la esclava con la que Eusebio se había amancebado.

- "Yo diría que vuestra vida está más bien unida a la persona de vuestro Augusto. Y que ya no dejaréis de estar nunca a su servicio. Vos veréis la manera de trasladar esta información a vuestra … Lidia."

"La aversión que sentís por Lidia es mutua", pensó para sí Eusebio. Pero se abstuvo de manifestar nada en tal sentido. En su lugar dijo:

- "Lo haré, lo haré …"

Pero estaba sumamente contrariado. Se sentía prisionero de una palabra dada tiempo atrás, en su *ninfeo* de *Cesarea*, a un hombre que había jugado con él, que le había ocultado sus planes, que le había ocultado la esencia de lo que se pensaba hacer. Y del que ahora, cuando tenía un poder absoluto sobre medio Imperio, no podía despedirse. Eusebio comprendió que Lactancio estaba en lo cierto, su vida estaba ligada a la persona de Constantino. Y, mientras viviera Lactancio, a las órdenes de Lactancio. No le quedaba otra salida que esforzarse por vivir la vida con el mejor de los ánimos.

Durante el viaje de vuelta a *Augusta Treverorum*, Lactacnio no cesó de darle instrucciones sobre qué debía meter en el manual para los nuevos *epískopos*. Eusebio le escuchaba aparentando interés, aunque con hastío interno. Lactancio se repetía, un día y otro. Eusebio se consolaba pensando

que posiblemente cuando llegaran a destino le dejaría en paz y se dedicaría a escribir los libros que le quedaban pendientes.

Y así fue. Llegado a *Augusta Treverorum*, Eusebio volvió a recuperar su vida familiar, su querida Lidia, sus hijas y no supo de Lactancio en mucho tiempo. Tenía en la Biblioteca todos los textos que se habían copiado para los *epískopos* de *Arelate*. Eso, sus conocimientos de las doctrinas de casi todos los pueblos y su Conocimiento propio.

Usaría citas de los escritores más conocidos. Citaría a Homero, a Hesíodo, a Platón, filósofo favorito de Lactancio, a Plutarco, a Filón, a Porfirio, incluso a autores no tan célebres. Citaría los textos sagrados hebreos, citaría pasajes de los "textos sagrados" cristianos, recién escritos, pero no citaría ninguna de las obras de Lactancio. No estaban a la altura. Eran cuidadas en la forma, pero zafias y falsas en el fondo. Reunir en un mismo libro citas de los autores clásicos y de Lactancio era insultar a los clásicos. Y eso él no lo haría.

Otra cosa que haría es dar a la obra, que decidió llamar "Preparación evangélica", su mayor capacidad de convicción. Sabía perfectamente que estaba defendiendo una inmensa mentira. No obstante, él era escritor y debía escribir su "Preparación evangélica" como si estuviera defendiendo la doctrina más sacrosanta, inmaculada y verdadera. Sabía que iba a llevar la contraria a las grandes lumbreras de la Humanidad, a los Maestros más lúcidos que había dado la Naturaleza. Pero sintió que no debía flaquear ante el absurdo en que se veía obligado a colaborar.

"Se trata de defender el Cristianismo – se dijo Eusebio a sí mismo – de modo que defendámoslo atacando."

Hizo un esquema de los argumentos que iba a emplear. Justificaría las razones que tienen los cristianos para decidirse a serlo. Tenía que explicar que no había muchos dioses. Por el contrario, la idea de muchos dioses era relativamente reciente, no de los tiempos primeros. Debía justificar por qué no debía hacerse caso a los fenicios, ni a los egipcios, ni a los griegos en sus ideas sobre los dioses. Y aquí haría una salvedad con Platón, al que había que hacer caso, según Lactancio.

Tenía que defender asimismo la deformación que Lactancio había forjado sobre los *daimones*, espíritus benéficos, que él había convertido en demonios, todos ellos execrables y malvados. Debía escribir contra los oráculos, en los que él mismo no creía, pero a los que no había que dar la

importancia y la malignidad que Lactancio les adjudicaba. Y contra las ofrendas a los dioses, idea con la que coincidía.

Luego comenzaría a hablar bien de los hebreos, para justificar que ellos poseían la verdad revelada por Dios. Pero no acertaron en todo, por eso los cristianos, después de aprovecharse de sus Escrituras, se habían separado de ellos.

Y terminaría con Platón, para dar gusto a Lactancio y que se le quedara una buena impresión al leer la obra. Tomó el cálamo, lo untó en el tintero y comenzó a escribir …

Capítulo 115

Apia en la cruz.

Año 314

Tibulo, de pie, habló con voz grave.

- "Debéis saber que en mi casa se dio ayer tarde un incidente grave que requirió mi intervención. Cierta esclava, de nombre Apia, se insolentó con el *nomenclator* (secretario) de mi padre. Y cuando éste le recriminó su comportamiento y le amenazó con ponerlo en mi conocimiento, estando mis padres ausentes, la esclava se mofó de su *Dómine*, es decir, de mí. He dispuesto que esta noche un par de veteranos de la Legión procedan a castigarle como se merece. Vais a ver una cruz cuando salgáis de nuevo al atrio. Es el castigo que esa esclava infiel se merece."

De pronto las bromas que surcaban el aire cesaron y se hizo un total silencio. Nadie se movía. Y Tibulo prosiguió.

- "Cuando el castigo se haya completado, pasaremos al despacho de mi padre. Allá nos está esperando la segunda sorpresa, que también tiene forma de mujer. Y no una. Son siete, tantas como nosotros. Esta noche dormiréis todos en mi casa, sois mis invitados. Yo ya he elegido dos para mí. Vosotros podréis hacerlo cuando hayan completado el castigo de la esclava."

Uno de los jóvenes, exclamó:

- "¡¡Bien por el joven *Dómine* Tibulo!!"

Y los demás repitieron la exclamación. Uno de ellos se acercó a Tibulo y le preguntó.

- “¿Tiene algo que ver el nombre de la esclava con la Vía Apia de Roma?”

- “Así es, tiene mucho que ver. Cuando mis padres se desposaron, mi padre llevó a mi madre a visitar a unos parientes lejanos que tenía en Roma. Mi madre quedó enamorada de Roma, sus Templos, sus Palacios, sus Teatros y anfiteatros. Y le propuso a mi padre que para recordar aquel viaje inolvidable, pusieran el nombre de algo relacionado con Roma a todas las esclavas de la casa. Los esclavos se llamarían como mi padre dijera, pero ella quería que las esclavas le recordaran aquel viaje que habían hecho juntos. Mi padre accedió y mi madre puso los nombres de las Vías que confluyen en Roma a las esclavas que había en la casa y que se fueron comprando a partir de entonces.”

Otro de los amigos de Tibulo preguntó, sorprendido:

-“¿Y sólo tenéis siete esclavas aquí? Porque creo recordar que hay siete Vías que pasan por Roma, aunque no sabría decirlas todas.”

- “Tienes razón, verás. Mi madre añadió las Vías que hay en Italia, que si se siguen terminan por llevarte a Roma. Pero cuando vio que no eran suficientes, llamó a las últimas con nombres repetidos, Apia II, Emilia II, Postumia II, Flaminia II ... Y luego tres, y luego cuatro. La que va a morir es realmente Apia IV. La compramos hace menos de un año. Tal vez aún no está hecha a su nueva condición. ¡Y ya no tendrá la oportunidad de acostumbrarse!”

Y todos rieron, menos Crispo. Éste ya tenía decidido qué iba a hacer. Tendría una charla con su amigo y luego se volvería a Palacio. Pasar la noche con una cortesana junto a una cuadrilla de amigos casi desconocidos iba en contra de las órdenes de su padre y de las recomendaciones de Eusebio. Y menos después del espectáculo poco apropiado que Tibulo iba a proporcionarles, crucificando a una de sus esclavas.

Salieron al atrio. El madero vertical de una cruz estaba atado con cuerdas y apoyado en la balaustrada del segundo piso, con su base en el terrazo del atrio. Al lado, tirado en el suelo, estaba el travesaño horizontal, más estrecho. Dos hombres de cierta edad, soldados veteranos al decir de Tibulo, esperaban, respetuosamente, en un rincón. Tibulo hizo una seña a uno de los esclavos que había en el atrio y al poco trajeron a la esclava. Era morena, de pelo corto, delgada y con cierta gracia. Llevaba una mordaza sobre la boca, de cuerdas.

- "¿Y la mordaza? ¿Temes que nos muerda, Tibulo?"

Una risa casi general acompañó a la broma.

- "No, no es eso. Ayer cuando la interrogué me mintió. Dijo que el *nomenclator* la había solicitado para joder con ella, que ella se negó y que por eso la había acusado falsamente. Le pregunté si había testigos de lo que afirmaba. No los tenía. Por eso no quise oírla más, ni que siguiera mintiendo. Hice que le metieran una piedra en la boca y se la sellaran con una mordaza. Así tampoco escandalizará cuando la claven al madero."

Apia miraba desesperadamente a Tibulo y sólo sabía decir que no con la cabeza. Pero Tibulo miraba hacia otro lado. Cuando dejaron a Apia IV junto a los que iban a ser sus verdugos, éstos la agarraron por los hombros y de un tirón le quitaron el sayo que la cubría. La muchacha quedó desnuda. No se cubrió. Resaltaban los huesos de sus clavículas, omóplatos, costillas y caderas. Sus brazos destacaban por su delgadez.

Uno de los convidados dijo, en plan de guasa:

- "¡Parece que los esclavos en esta casa no comen todos los días …!"

Y de nuevo rieron todos menos Crispo.

Apia miraba a Tibulo mientras estuvo de pie. Pero los soldados le dieron un empujón y la muchacha cayó al suelo. Trato de levantarse de nuevo, pero uno de ellos le puso un pie en el cuello y la inmovilizó. El otro la agarró una mano, la estiró y la puso sobre el travesaño horizontal.

- "Más en el extremo", le dijo el otro.

- "No, así está bien."

La ató la muñeca al leño con una cuerda que tenía en el suelo junto a él. La esclava trataba de desasirse de la presa que los dos hombres hacían sobre ella, uno de cada brazo. Con los pies no dejaba de patalear en el suelo. Éstos se miraron. Eran las consecuencias de no haberla azotado. De haberlo hecho, ahora estaría más dócil.

El mayor de los dos, llamado Luciano, se acercó un poco a ella y le dijo al oído:

- "Escúchame, chiquilla. Si te mueves y forcejeas, vas a hacer más difícil mi trabajo, y te haré más daño. Te va a doler, claro que te va a doler. Pero si te mueves, te dolerá más aún. Así que te conviene estarte quieta. Va a pasar y cuanto antes pase, mejor. ¿Me has entendido?"

Se quedó un momento a la espera. Sabía que era difícil para un condenado pensar con cordura. Había visto a muchos hombres a punto de

ser crucificados presos de una excitación que les impedía pensar. Para su sorpresa, la chica hizo un signo afirmativo con la cabeza y dejó de moverse.

Luciano sabía que en cuanto clavara el primer clavo, el dolor borraría toda la calma que la pobre chica podía ahora tener. Le pasó con lentitud la mano por la mejilla. Al menos que se sintiera un poco acompañada.

Llegó el momento de usar los clavos. Sacaron del bolso de las herramientas las tablillas. Eran algo más estrechas que la mano de un hombre, y un poco más cortas. De un dedo de grueso. Se colocaban sobre la mano y se presentaba el clavo sobre la tablilla. Al primer martillazo el clavo penetraba, primero, la tablilla, y de inmediato, la carne. Era el momento del dolor. Un par de martillazos más y el miembro clavado quedaría perfectamente sujeto, entre la tablilla y el madero.

Los dos verdugos se miraron. Luciano hizo una seña. Lo haría él. Iba a procurar terminar cuanto antes. Así, la chica sufriría menos. Tomó la tablilla y la colocó sobre la mano extendida de la muchacha. Era una mano delgada, aún no deformada por el trabajo. ¿Qué habría hecho aquella mano para merecer tal castigo? Pero eso no era cosa suya. Lo suyo era terminar el trabajo y colocar la cruz vertical, con su carga, en el pórtico. Levantó el brazo derecho con el martillo y golpeó con fuerza. Todos oyeron el martillazo, primero, y el aullido de la desgraciada de inmediato. Luego el alarido se convirtió en un quejido agudo, al expulsar el aire por las narices, teniendo, como tenía, la boca obstruida por la piedra. Al inspirar no gemía.

Tibulo esbozó una sonrisa. Sus órdenes se estaban cumpliendo y la rebelde recibía su castigo. Así se sabría, sin el menor género de dudas, quién mandaba allí. Sus invitados apenas prestaban atención a la ejecución. Habían presenciado demasiadas crucifixiones como para interesarse por una más, y menos tratándose de una esclava. Crispo observaba a todos los que estaban en aquel atrio.

Notaba que Tibulo no apartaba la vista de las tres figuras que se movían en torno a la cruz, pero sobre todo se fijaba en Apia. A la luz de las antorchas que se habían encendido en el atrio en la zona donde estaba la cruz, se podían apreciar los detalles de lo que estaba pasando. El cuerpo desnudo y estirado de la esclava tenía unos tintes rojizos que resaltaban su juventud y su fragilidad. Si no fuera por los gemidos que daba, parecía que la muchacha estaba luciendo su cuerpo ante los que la veían.

Luciano pasó al otro lado de la cruz. Su compañero bajó a los pies de la condenada, manteniendo agarrados con firmeza sus dos tobillos. Se había dado cuenta de que Luciano trataba de favorecer a la pobre muchacha y se sumó al trabajo. Haciendo presión fuerte en los pies, la atención de la chica pasaría por un momento a sus piernas, y dejaría de ocuparse de lo que iba a pasar con su otra mano. Claro que eso sería cuestión de un instante, hasta que Luciano se la clavara.

Luciano lo hizo. Con un golpe secó metió más de medio clavo a través de la tablilla y de la mano extendida de Apia. Ésta lanzó otro aullido, aún más agudo que el primero. Se la notaba respirar con fuerza. Dejó por un momento de gemir. No porque no tuviera dolor, sino porque la vida le exigía respirar. Era el momento de subirla.

Su compañero tomó el madero superior y lo elevó hasta la altura de su cintura. Apia apoyaba aún sus piernas en el suelo y su cuerpo acompañaba al madero superior. Luciano tomó una horca y la colocó bajo el madero. Con las dos horcas subirían el cuerpo y colocarían el travesaño superior, con su agujero, en el saliente del palo vertical. Estaban acostumbrados a subir un hombre por ese método. El peso de una muchacha no iba a ser problema. Cuando el madero superior encajó en el sitio que tenía preparado, el travesaño y la chica cayeron de golpe, apenas medio palmo. Si los clavos estaban bien puestos y las tablillas bien prietas, no debería producirse ninguna anomalía. Lo estaban y las manos de la muchacha siguieron fijas, entre las tablillas y el madero. Ahora ella colgaba de sus manos clavadas.

Venía el momento de fijar las piernas. Luciano agarró la pierna izquierda de la muchacha y la estiró todo lo que pudo. La chica seguía gimiendo y respirando por la nariz. Hizo una seña a su compañero y éste la ató con todas sus fuerzas al palo vertical. Luciano tiró de la cuerda hacia abajo y su compañero clavó un pequeño clavo en el leño, para fijar la cuerda en la posición que estaba. Hicieron lo mismo con la pierna derecha, atándola con una cuerda y fijando la cuerda con un clavo lo más abajo que les era posible. La chica tenía el cuerpo completamente estirado. Era joven y tenía un bonito cuerpo. Era una lástima estropear aquel hermoso cuerpo con una muerte como la que le estaban dando.

Los verdugos sabían que si el condenado a la cruz tiene posibilidad de apoyarse en los pies y levantar el cuerpo, es capaz de sobrevivir más tiempo en el suplicio. Porque pronto empezarían los primeros síntomas de

asfixia. El cuerpo, colgando de los brazos, oprime los pulmones y éstos no pueden tomar todo el aire necesario para la vida. A la muchacha la habían clavado con las manos relativamente próximas. Su cuerpo estaba descolgado hacia abajo más de lo habitual. Pero era hembra y el madero vertical era suficientemente largo.

Además, la iban a clavar con todo el cuerpo rígido. De ese modo no podría, apoyándose en los pies, levantar el cuerpo, ensanchar los pulmones y meter el aire necesario para vivir. Luciano pensó que sería raro que aguantase viva una hora en la cruz. Era todo lo que podía hacer por ella, no prolongar su agonía.

Cuando el cuerpo estuvo bien estirado, Luciano tomó dos tablillas y se colocó en cuclillas junto a los pies de la muchacha. Había separado un poco las piernas, para que ambas se apoyaran en la cara externa del madero, que era rectangular. En esa posición, era obligado clavar el pie desde el lateral, no de frente. Luciano pensó que sería mejor clavar por detrás del tobillo y no atravesar todos los huesos del pie. Colocó la tablilla en la posición debida y volvió a golpear con toda su fuerza. El clavo penetró con facilidad. La carne de aquella esclava era muy blanda y, a lo que parecía, sus huesos también. Un nuevo alarido surcó la noche. Nadie se sorprendió.

Cuando Apia estuvo clavada a los dos maderos, los verdugos recogieron las herramientas que habían empleado, echaron un vistazo último al cuerpo que pendía de la cruz y se retiraron a la zona de los esclavos. Esa noche dormirían en la casa. Habían asegurado al joven *Dómine* que la esclava no llegaría viva a la mañana siguiente. Era lo que él les había exigido. Por eso la crucificaron de ese modo. Por la mañana comprobarían que había muerto, la desclavarían, desmontarían la cruz y se la llevarían. De la víctima no tenían costumbre de ocuparse.

Apia sentía que los brazos y las piernas le quemaban. No era sólo un dolor intensísimo, apenas soportable, era ardor. Todo el cuerpo le abrasaba. Veía, algo por debajo de ella, al joven *Dómine* y a sus invitados. La miraban y hablaban entre ellos. Decidió mirar a otra parte. Levantó la mirada y - a través del hueco del tejado del atrio - pudo ver el cielo, ya oscuro, y un pequeño resplandor hacia su izquierda. Debía ser de la Luna. Prefirió fijar su atención en ese resplandor que en quien la había condenado a semejante suplicio. Sintió que, mirando al resplandor, se

evadía de alguna manera de su situación, del tremendo dolor. No volvió a bajar la vista.

Tibulo hubiera querido quedarse más tiempo admirando el hermoso cuerpo de su esclava, pero comprendió que sus invitados estaban ansiosos por acceder a la segunda sorpresa. Así que se volvió hacia ellos y les dijo:

- "Tenemos algo que hacer aún. Seguidme. "

Y él y sus invitados, abandonaron el atrio. El espectáculo había terminado.

Apia quedó sola. Al poco empezó a notar que le faltaba aire al respirar. Había visto cómo los malhechores condenados a la cruz elevaban el cuerpo, apoyándose en los pies, aunque clavados, y tomaban aire con el pecho. Ella no podía hacer eso, porque la habían clavado completamente estirada. Al principio sintió angustia, pensó que iba a morir asfixiada. Pero al poco comprendió a aquel hombre que le había dicho algo antes de clavarla, que se estuviera quieta. Él la había colocado así en la cruz, para que no pudiera tomar aire y como le había dicho, "*cuanto antes pase, mejor*." Todo iba a terminar pronto. Se lo agradeció. Era un buen hombre. Lo notó por cómo le rozó la mejilla mientras le hablaba. Tenía la mano áspera, pero ella percibió ternura en aquella caricia. No haría nada por respirar, cuanto antes terminara todo, mejor.

Un poco más tarde Apia se sorprendió de que las piernas y los brazos apenas le molestaran ya. El dolor había desaparecido. Ahora era apenas una molestia, cada vez más suave y lejana. Sintió que iba a dormirse. Cada vez veía menos, todo se estaba oscureciendo, hasta el resplandor de la Luna.

Y fue entonces cuando le pareció sentir una presencia. Una presencia amable, de alguien que estaba a su favor, que la quería bien. Abrió cuanto pudo los ojos, pero no vio nada. Y al cerrarlos volvió a sentir la presencia, incluso le pareció que tenía un perfil. La figura se acercó, y Apia supo que era su hermana mayor, la que le había cuidado cuando murió su madre, al darle a luz a ella. Su hermana Clisa había sido una madre para ella. Y ahora estaba allí. ¿Para qué? Apia no sabía para qué, pero se alegró de no estar sola. Y le dirigió un pensamiento, agradeciéndole que estuviera allí, con ella.

De pronto recordó que su hermana, Clisa, había muerto. Ella misma había visto cómo un soldado romano la atravesaba con su espada, que le

entró por el vientre y le salió por un costado. Fue el día que los romanos tomaron su aldea y la capturaron. Clisa intentó defenderla, armada de un tridente para aventar el trigo. Pero el romano tenía un espada y un escudo, y Clisa no pudo con él. Si Clisa estaba muerta, ¿qué hacía allí?

También la facultad de razonar le estaba abandonando. Desistió de entender lo que estaba pasando. Volvió a cerrar los ojos y a agradecer a Clisa su presencia. Se sintió envuelta en un soplo de ternura y cariño. Por primera vez desde hacía dos días se sintió bien, era feliz. Clisa era la causa. Clisa …

- "¿Cuándo podré ir contigo?"

Fue más un deseo que una exclamación. Y Apia se sumió suavemente en la noche de la eternidad.

Capítulo 116
El "No" de Licinio.

Año 315

A mediados de Enero Constancia dio a luz un hermoso niño. Licinio estaba eufórico. Su joven esposa había quedado en estado enseguida, en la primavera pasada. Y el recién nacido era varón. Lo que él necesitaba para formar un linaje, como su cuñado había determinado para el Imperio.

Licinio no veía claro, incluso ahora que había nacido su hijo, que él tuviera la posibilidad de cederle el trono. Había llegado tal vez demasiado tarde. Tenía que bregar con la responsabilidad suprema durante veinte años más, los que necesitaba su hijo para convertirse en un hombre con capacidad de gobierno. Él llevaba ocho años llevando la púrpura y esos veinte años más se le antojaban demasiado largos.

Ahora comprendía mejor la decisión del Augusto Diocleciano, de cesar voluntariamente en el poder a los veinte años de ejercerlo. No era solamente pensando en Roma, sino más bien que lo que uno no haga en veinte años nunca lo va a hacer. También estaba el factor personal: Veinte años sin duda cansan. ¿Sería él más fuerte que el mismísimo Diocleciano, que había soportado la púrpura durante veinte años? Realmente, Diocleciano había reinado veintidós años. Pero a él le estaban reservados veintiocho, si quería dejar en el trono al recién nacido.

Decidió no pensar en ello. Faltaba aún mucho tiempo. Lo que sí hizo fue llamar a su secretario y dictarle una carta, para que él diera al escrito una estructura óptima. La noticia bien merecía esmerarse. Y el destinatario, también. La carta que finalmente salió para *Augusta Treverorum*, con una nutrida escolta, decía así:

"Licinio, Augusto de Oriente, a Constantino, Augusto de Occidente. Salud.

Los dioses nos protegen, felizmente. Constancia ha tenido un hijo, Liciniano. Los dos están bien de salud. Alegrémonos.

Los Partos parece han aprendido la lección, ¡Mehercule! Su rey envió embajadores para acordar la paz. Accederé. Nos vendrá bien a ambos un período de paz, supongo. Constancia te envía saludos. Cuídate bien. Deseo que todos estén bien."

La carta tardó casi un mes en llegar a su destino. Cuando lo hizo, toda la familia imperial estaba alborotada. Constantino había decidido decorar la Basílica que se iba a inaugurar con un retrato de todos los miembros de la familia. Un retrato enorme, como a Constantino le gustaba hacer las cosas. De Constancia, que estaba ausente, había dos retratos. Uno se le hizo poco antes de la boda, al saberse que se ausentaba de la capital. Se utilizaría ése para reproducirla sobre el muro elegido de la Basílica.

La Augusta había protestado, diciendo que ella no estaba ya para que la retrataran. Su hijo tuvo que convencerla, diciéndole que daría orden a los pintores para que la pintaran rejuvenecida. Los demás miembros acogieron la novedad con alborozo, tanto mayor cuanto más jóvenes eran. Teodora y Minervina se mostraron menos efusivas, sobre todo en privado. Ante Constantino alegraban el rostro, como si participaran del júbilo juvenil.

Todos los jueces, defensores, magistrado, notarios, comerciantes, terratenientes y cuantos fueran a la Basílica a defenderse en los pleitos o a culminar allí sus negocios, no dejarían de admirar el hermoso e inmenso retrato. Y con él, a la familia imperial. Pero el jolgorio de Palacio no le impidió leer, nada más llegó, la misiva de su cuñado.

Constantino creyó oportuno plantear a Licinio el ultimátum final. Lo tratado en vísperas de la boda había sido un anticipo. Había llegado el momento de saber qué decidía su cuñado. Licinio debía tomar postura. Constantino no admitía más evasivas. Y el nacimiento de su hijo era el mejor momento para plantear la cuestión del Cristianismo. Licinio estaba desposado con Constancia, su hermana. Acababa de tener un hijo varón. Con toda seguridad estaba en el mejor estado de ánimo para acceder a implantar el Cristianismo en sus Prefecturas. Si no era ahora, no lo sería nunca.

Comprobó que Licinio se había esmerado en dotar a su carta de una estructura perfecta. Él no quiso ser menos. Dictada la carta, ordenó a su secretario que le presentase algo que superara la perfección lograda por su cuñado. Y lo que sigue fue lo que le presentó el secretario al día siguiente.

"De Constantino, Augusto de Occidente, a Licinio, Augusto de Oriente. Salud.
Nos alegra mucho la noticia, felicita a Constancia de mi parte. Mi felicitación por lo de Partia. Por aquí, tranquilidad relativa. Las razias no cesan, aunque felizmente son locales.

Te envío los textos sagrados de que te hablé. En mis Prefecturas están ya implantados, y muy bien acogidos. Supongo no te opondrás a hacerlo en tu zona. Es imprescindible, lo entenderás. Ya me darás luego tu decisión, que espero con interés. Cuídate."

Constantino esperaba que Licinio se diera cuenta de que él no admitiría una negativa por respuesta. Eso lo dejaba claro con su "Entiendo es imprescindible". A continuación, le daba tiempo para pensarse bien la respuesta. No debía darse prisa, ni decidir sin una ardua reflexión. Reflexión que le llevara a hacer coincidir su criterio con el de su cuñado, que era el Augusto más antiguo y, además, el Augusto Máximo, según había decretado el Senado de Roma. Alguna prerrogativa debía tener el Augusto Máximo. No iba a ser un título meramente honorífico ...

Cuando revisó la carta que le ofreció su secretario, con la estructura escrita aparte, Constantino se quedó con el ceño fruncido. Era un gesto habitual en él. Lo hacía cuando cavilaba sobre temas adversos. ¿Qué ocurriría si Licinio se negaba? Ese año se cumplían sus Decenales, los diez años en el poder. Constantino tenía decidido celebrarlos en Roma. ¿Dónde mejor? Hacerlo en la lejana *Augusta Treverorum* era disminuir su importancia. En Roma, en el centro del Imperio.

Crispo cumpliría en verano diecinueve años. Tenía pensado comentarle su decisión de repudiar a su madre, Minervina, ese otoño, a la vuelta de sus Decenales en Roma y consumar su matrimonio con la hija de Maximiano, recluida en *Arelate*. No la había ido a ver con ocasión del Sínodo pasado. Por encima de todo, sus planes. Y en ellos, por ahora, no entraba Fausta.

Pero … él siempre había pensado que convencería a Licinio para que también él hiciera del Cristianismo la religión imperial. Y la implantara, con su ayuda, en Oriente. Ahora que iba llegando el momento, Constantino pensó en los detalles. No podía dejar a Licinio solo en la labor de implantación. Lactancio no estaba para cruzar todo el Imperio; su salud

era delicada. A Eusebio Constantino no lo quería dejar de la mano. Aunque Lactancio se esforzaba en adjudicarse él todos los triunfos, Constantino veía la mano de Eusebio en muchos detalles y aspectos que Lactancio le presentaba como propios. Tenía a Osio. Licinio tendría que bastarse con Osio. Era el comisionado para temas lejanos.

Ahora, tras el Sínodo de *Arelate*, se había creado un "Negociado eclesiástico", así lo llamaban. Osio estaba al frente del mismo. Atendía las consultas, dudas y peticiones de todas las nuevas diócesis en que había sido nombrado un *epískopo*.

Eran tantas, y más aún las que lo solicitaban, que Osio necesitaba media docena de subalternos para organizar los asuntos pendientes y responder a todo. Claro que Osio no hacía nada sin consultarle, en especial en los asuntos económicos. Y también en la petición de copias de rollos. No quería darle a Osio posición por encima de Lactancio. Había observado que no se llevaban demasiado bien.

El Tesoro de la Prefectura de las *Galias* estaba repleto. En cambio, el de Italia estaba casi vacío. Majencio había gastado en murallas y monumentos más de lo que debiera. Por eso Constantino no había querido nombrar demasiados *epískopos* en la Prefectura recién adquirida. No había dinero. Podría prescindir de Osio durante unos meses, los que le costara repetir en Oriente su misión de reclutamiento. Mientras Osio estuviera ausente, Eusebio podía encargarse de sus funciones.

Pero, ¿y si Licinio se negaba? ¿Podía él aceptar una negativa y mantener la situación actual? No lo pensó ni un instante. No podía. El Cristianismo tenía que ser la religión protegida por el Emperador en todo el Imperio, o no se habría solucionado nada. Y más adelante, cuando se viera conveniente, la única permitida. ¿Qué haría él si Licinio se negaba? La respuesta llegó a su mente de inmediato: No tendría más remedio que invadirle, derrotarle, y hacerse con sus dos Prefecturas. Ya se encargaría él de repetir en Oriente lo que tan bien había hecho en Occidente. Dejaría a Crispo al cuidado de las dos Prefecturas actuales y él marcharía a Oriente, a organizar aquellas Prefecturas, como había hecho con la de Italia.

Y fue entonces cuando le llegó la idea. Si él se marchaba a Oriente, y debía estar allí mucho tiempo, todo el necesario para poner a su gusto las dos Prefecturas que ahora regía Licinio … y debía dejar a Crispo en *Augusta Treverorum* … ¿qué necesidad tenía de repudiar a su esposa? Cuando lo consideró de nuevo, vio con claridad que sus planes partían de

la base de que Licinio, su cuñado, se plegara a sus deseos sobre el tema del Cristianismo. Pero si no lo hacía, cambiaba el panorama. Él debería vivir en Oriente. Y podría hacerlo con Fausta, y recibir de ella los hijos que Minervina no podía darle.

Eso implicaba que no debería decir nada a Crispo sobre sus planes de repudio. Minervina quedaría en *Augusta Treverorum*, viviría con Crispo cerca. Él saldría para Oriente y no volvería más a las *Galias*, que quedarían bajo la responsabilidad de su hijo, como también Italia. Cuando Fausta le diera los hijos que él necesitaba y éstos crecieran, ya vería qué reparto del Imperio era más conveniente. Su madre se quedaría posiblemente en las *Galias*, cerca de su único nieto. Eso a él le daba igual.

No es que Constantino tuviera el menor reparo en repudiar a Minervina y en comentárselo previamente a Crispo, pero si Licinio se negaba, tales pasos no serían necesarios. Él, como Augusto, podía hacer su voluntad sin restricción alguna. Los Augustos estaban por encima de los mortales corrientes, e incluso de los dioses, si es que realmente existían, cosa que él dudaba. Su apuesta por el Dios Único era la pantalla que su ambición necesitaba. La palabra de un Augusto era ley. Él haría lo que juzgara más conveniente.

Constantino quedó satisfecho de sus reflexiones. No era su padre quien se lo había enseñado. Era una idea suya: "Una jugada bien pensada sale bien en todos los casos". Si Licinio accedía, él lograba lo que se había propuesto, salvar al Imperio del fin del mundo. Y lo había conseguido conquistando la Prefectura de Italia y casando a su hermana con Licinio. Su postura en vísperas de la boda de Constancia había dado resultado. Entonces discutían por la Prefectura de Italia. Ahora gobernaban el Imperio entre los dos.

Si Licinio se negaba … en tal caso se abrían muchas puertas. Estaba en la misma situación en que se encontró a la muerte de su padre, cuando esperaba la confirmación de Galerio. En aquella ocasión él dio por hecho que sería confirmado. Y lo fue. Ahora había dado por hecho que Licinio aceptaría su proposición.

Pero si no lo hacía … tampoco la alternativa le desagradaba. Si Licinio rechazaba su propuesta, él sería dueño de todo el Imperio. Como lo habían sido César Augusto, Trajano y Severo. Tendría que marchar contra él. Pero ya se había puesto en camino contra Majencio y lo había vencido. Estaba convencido de que con sus Legiones, bien entrenadas, no tenía rival

militar en el Imperio. "Una jugada bien pensada sale bien en todos los casos". Ahora debía esperar a que Licinio respondiera.

Tenía trabajo en su Prefectura como para no detenerse a cavilar en lo que podía o no pasar. Cada cosa llegaba a su tiempo. Y dejó de pensar en su cuñado.

Cuando la carta de Constantino llegó a Licinio, éste sintió que suponía para él el fin del corto período de paz y felicidad familiar que había sucedido al nacimiento de su pequeño. La carta no presagiaba nada bueno. Porque Licinio había consultado a sus asesores aun antes de recibir los textos que le enviaba su cuñado. Había mandado emisarios al *Ilírico* y a Italia, y éstos habían conseguido, mediante una costosa suma, gran parte de los textos que ahora recibía. Sus asesores los habían estudiado, los habían diseccionado, listando sus fuentes, y eran unánimes al asegurar que en su inmensa mayoría eran plagios de textos muy antiguos, casi todos egipcios.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era que componían una doctrina apta para el vulgo, para gente simple, a la que le gustaban los milagros, las apariciones, lo sobrenatural, lo mágico. Y carecía por completo, o aparecía en muy pocos pasajes, el Conocimiento, que era conocido en Grecia desde tiempos de Pitágoras, hacía de ello nada menos que ocho siglos. La doctrina contenida en los textos de Constantino retrocedía a tiempos más remotos aún, a los tiempos de la magia. Magia que seguía vigente, pero que las personas cultivadas habían superado desde que el Helenismo se esparció con Alejandro el Grande, hacía de esto seiscientos años. Apoyar una doctrina que suponía un retroceso, era algo impropio de un Augusto, que debía estar al tanto de qué ideas circulaban por sus dominios. Y si apoyaba algo, que fuera veraz, no ideas superadas. Por eso la recomendación unánime que le dieron al Augusto Licinio fue rechazar tal innovación.

Licinio había nombrado a personas que gozaban de prestigio como sus asesores habituales y cercanos. Y las razones que ellos le dieron le parecieron sumamente razonadas y sensatas. Si Constantino no tenía juicio, como ya le había adelantado el que fuera Augusto Diocleciano, Licinio no creyó necesario ni siquiera someterles de nuevo el asunto. Quince días después de recibida la carta de Constantino, respondió con la siguiente misiva. En ella trató de mostrarse cordial, e incluso familiar.

"Licinio, Augusto de Oriente, a Constantino, Augusto de Occidente. Salud.

Tu misiva me ha intranquilizado, no te lo oculto. He estudiado, con muchos expertos, detenidamente, tus escritos. Debo serte franco: Apenas contienen ideas nuevas. Los textos religiosos egipcios adelantaron, en muchas generaciones, lo que vino a enseñar ese Hijo de Dios. Los Faraones también lo eran, los Ptolomeos también. Yo tengo dudas, si lo soy, o no. Por otra parte, los reyes, los cónsules, y todos los Augustos anteriores, hasta hoy, han respetado las conciencias del Imperio. Esa libertad es un gran logro de nuestra Roma. No intervengamos en tales asuntos. No te sugiero que deshagas lo hecho, pero permíteme, querido cuñado, seguir la vía común, favoreciendo la libertad de cultos, que es tema individual. Bastante tenemos con rechazar a nuestros enemigos. Cuídate."

Cuando los emisarios hubieron partido, le dijo a su esposa que su hermano había mandado una carta. Ésta la quiso leer. Y Licinio se la dejó. Una vez leída, su esposa la preguntó:

- "He entendido toda la carta, menos lo que se refiere a esos textos sagrados de que hablasteis los dos tiempo atrás. ¿Qué quiere decir mi hermano con eso?"

- "No te preocupes, mi vida, no tiene importancia. Son cosas de tu hermano, que a veces piensa demasiado."

Y queriendo cambiar de tema, preguntó:

- "¿Cómo está nuestro pequeño hoy?"

El rostro de Constancia se iluminó.

- "¡Oh, muy bien, perfectamente! Acaban de llevárselo, para que duerma un rato. Se pasa el día durmiendo. Dicen que va a ser un niño muy sano."

Licinio le sonrió. La maternidad le sentaba muy bien y todavía la veía más hermosa que cuando la tomó por esposa. Había madurado.

Pero sus deberes le reclamaban.

- "Me tengo que ir, me están esperando."

E inclinándose sobre la litera en que reposaba su mujer, le dio un beso en la frente y salió. Ojalá él pudiera vivir en el mundo sencillo y limpio en que vivía su esposa ...

Capítulo 117

La otra sorpresa.

Año 314

Con el mejor de los ánimos, Tibulo y sus cinco invitados entraron en el despacho de la casa. Las paredes estaban llenas de anaqueles, donde se guardaban infinidad de rollos, legajos y fajos de documentos. Todos ellos de su padre. Pero sus amigos no se fijaron en las paredes, ni en los rollos, ni en los documentos, sino en las cinco mujeres que les estaban esperando. A decir verdad, eran llamativas. Tibulo las había traído del mejor prostíbulo de *Augusta Treverorum*. Las había alquilado por una noche. Él ya había elegido a las dos que le parecieron más adecuadas a sus aficiones y ésas le estaba esperando en su habitación. Ellas habían elegido su atuendo y la postura en que iban a esperar a sus clientes.

Todas vestían muy ligeramente. La última moda en ropa de trabajo para cortesanas eran las tiras. Tenían la gran ventaja de que cada fulana se daba a sí misma el aspecto que deseaba. Las tiras se podían hacer de casi cualquier tejido, aunque los había más y menos apropiados. Un comerciante transeúnte, venido de *Massilia*, había inundado la ciudad con su género, unas tiras azul oscuro con un ungüento en la cara interna que las fijaba a la carne. En el momento deseado se despegaban con un simple tirón. Tres de las cortesanas se habían vestido con tiras.

Una había cubierto con tiras su parte frontal, y aun eso escasamente, dejando todo el lateral desnudo. Esperaba a su cliente con las manos sobre las caderas, y se había vuelto de perfil, que era su lado más prometedor. Sonreía, como queriendo decir que ya sabía por dónde iba a empezar quien la tomara.

Otra cubría su pubis apenas con cuatro tiras, que se abrían, dos a cada lado, hacia sus caderas. Y los pechos, con otras dos, que dejaban a la vista los pezones. Al entrar los invitados a la habitación, levantó los brazos, cruzó las muñecas sobre su cabeza y torció un poco la cadera. Era la pose ensayada para ofrecerse a su dueño.

La última no se había cuidado de sus pechos, que lucían al aire, y su pubis iba cubierto al modo de su compañera, con dos tiras que le rodeaban cada pierna. A la llegada de los clientes, se volvió de costado y echó las manos hacia atrás, como si las llevara atadas a la espalda. Volvió la cara hacia los invitados y entreabrió los labios. El perfil de su pecho se recortaba contra el mueble del fondo. Era su postura más provocadora.

La cuarta se cubría apenas con dos franjas de tejido rojo que bajaban desde los hombros, pasaban sobre sus pechos y confluían en el pubis. Tres finas cuerdas, también de color rojo, salían de las franjas y la

envolvían por detrás. Eso dejaba casi todo su cuerpo a la vista. Era rubia y tenía una mirada tan provocadora como su vestimenta. Se había colocado con la espalda y las palmas de las manos apoyadas en la pared y miraba fijamente a los cinco invitados, uno tras uno.

La última se cubría la delantera con un atuendo de pedrería. De un collar de cuero, que ceñía su garganta, caían dos hileras de piedras que dejaban los pechos al descubierto y se cerraban más abajo con un broche que recogía las tres hileras de pequeñas gemas, que bordeaban sus pechos por la parte inferior. Su sexo lo había apenas cubierto con una prenda negra y diminuta. Tenías las manos sobre los pechos, queriendo dar a entender que los descubriría a quien la eligiera.

Hubo un rato de silencio y de intenso análisis por parte de casi todos ellos. Crispo ya tenía decidido no participar de la sorpresa. Una de las cortesanas iba a quedar libre.

Tibulo tomó la palabra:

- "Espero que tengáis claras vuestras preferencias."

Cuando todos sus amigos hubieron hecho un gesto afirmativo, prosiguió.

- "Daré la vez en primer lugar al hijo de nuestro Augusto, al valeroso Crispo, que vela por nosotros ahuyentando a los *Germanos*. Crispo, tú primero."

Crispo tenía pensada su postura. De momento, no descubrirías sus intenciones.

- "Te lo agradezco, Tibulo, pero no acepto usar mi posición militar en cuestiones tan civiles como ésta. Elegiré el último."

Se oyó un murmullo de aprobación entre el resto de invitados, que temían que tal vez Crispo eligiera a su preferida. Tibulo siguió, en su papel de anfitrión, con el que disfrutaba:

- "Entonces, amigo Pancracio, es tu turno."

El llamado Pancrario aparentó dudar, como si hubiera dos entre las que resultara difícil decidirse, y señaló con el dedo a la rubia de mirada altiva. Ésta le sonrió y dio unos pasos hacia él.

Y así fueron eligiendo todos, hasta que sólo quedó una cortesana libre, la del lateral al aire. Era la que le había tocado a Crispo. Una vez todos sus invitados emparejados, Tibulo les guió a sus *cubícula* (habitaciones), en la parte trasera de la casa, donde tenían toda la noche

para retozar a su antojo. Crispo se las arregló para quedar el último. Y abordó entonces a su amigo, ante la sola presencia de su cortesana.

- "Tengo mucho interés en hablar un poco contigo, Tibulo. El placer puede esperar."

A Tibulo le sorprendió y le contrarió la petición de Crispo, pero, viniendo de quien venía, se abstuvo de exteriorizar su pensamiento. Al contrario, fingió acoger la petición casi con agrado.

- "Como desees, amigo mío. Pero, ya que estamos ante la habitación adecuada, tú - prosiguió, cambiando el tono de voz y dirigiéndose a la fulana - espérale dentro."

Volvieron a la habitación donde había tenido lugar la cena. Para hacerlo pasaron por el atrio. Instintivamente, Crispo miró a la crucificada. No se movía, ni gemía. Crispo sospechó que tal vez hubiera muerto, aunque le parecía muy pronto para ello. Se recostaron cada uno en un triclinio. Tibulo se le quedó mirando, esperando que Crispo iniciara la conversación.

- "Tal vez te parezca extraño lo que te voy a pedir, amigo Tibulo, pero sábete que lo hago para comprenderte mejor. A decir verdad, lo hago para comprenderte. Simplemente, para comprenderte."

Tibulo parecía entender todavía menos, a juzgar por la cara de extrañeza que ponía. Crispo se lanzó a fondo.

- "¿Qué sientes cuando torturas a una de tus … amantes?"

Tibulo abrió mucho los ojos. Al poco, respondió:

- "¡Ah, era eso …!

Pareció dudar. Por fin prosiguió.

- "A ver cómo te hago entender … ¿Qué siento …? Siento una agradable sensación de poder. Siento que domino, que soy fuerte, que el mundo se me somete. Me gusta que me imploren, que griten, sentir que las domino … Es algo que tienes que experimentar para poder comprender el placer que hay en someter mujeres a tu voluntad. Es difícil de explicar … ¿Has sometido alguna vez a alguna mujer, Crispo?

Crispo tuvo que reconocer que no. Que no había hecho daño a ninguna mujer, ni en la cama, ni en ningún otro lugar.

- "Entonces no puedes entenderme, y es una lástima ..."

Se produjo un silencio, que, al rato, llegó a ser molesto. Había llegado el momento de regalarle a su cortesana.

- “Tibulo, has sido muy amable con tu invitación, pero he de decirte que no me voy a quedar esta noche en tu casa, ni aun con la agradable compañía que me has preparado. Yo no soy como tus otros amigos. Tengo responsabilidades y me han educado para que mantenga una posición. Y ello me impide darme gusto y hacer lo agradable. El deber está antes. Tal vez no lo entiendas, pero debes hacer un esfuerzo por comprenderme, igual que yo lo he hecho para entender tu pasión por el juego.”

Tibulo puso de nuevo la expresión de extrañeza que Crispo ya conocía.

- “Pero …”

Crispo no le dejó seguir. Se levantó del triclinio.

- “No te molestes. No desprecio tu hospitalidad, ni a la cortesana que me ha tocado en suerte. Pero tengo obligaciones y normas a las que me debo, por ser hijo de mi padre. Despídeme de los demás invitados como mejor te parezca.”

Salió al atrio. No pudo evitar mirar a la esclava crucificada. No había duda de que había muerto. Al menos, su sufrimiento había durado poco.

Capítulo 118
Decenales en Roma.

Año 315

"Él se lo ha buscado", fue el pensamiento que le vino a la mente a Constantino cuando leyó de corrido la carta de Licinio, su cuñado.

Pero cuando la repasó y leyó más despacio, se fijó en detalles que le habían pasado desapercibidos en la primera lectura. Y esos detalles le enojaron. Licinio se permitía enjuiciar sus escritos y decir que no contenían novedad alguna, que todo estaba ya dicho. Eso le sentó mal, pero lo que le sacó de sus casillas era la burla que su cuñado hacía de él, al decir que todos los Faraones habían sido hijos de Dios, pero sobre todo cuando hablaba de sí mismo y afirmaba "*Yo tengo dudas, si lo soy, o no.*" ¡Eso era reírse de todo su trabajo, de su empeño por salvar al Imperio de las iras del Dios Único! Y eso no se lo perdonaría nunca.

Su cuñado se había convertido en un obstáculo para sus planes de convertirse en el Salvador del mundo. Y ese obstáculo tenía que ser removido. No había otra salida. Licinio tenía que ser depuesto.

Eso suponía un cambio radical en todos sus planes, incluso en los familiares. No repudiaría a Minervina, la dejaría pasar su vida en *Augusta Treverorum*, cerca de Crispo. Su hijo cumpliría 19 años en verano. Era ya

todo un hombre y podía confiarle, junto con su Canciller Mayor, la responsabilidad de gobernar las *Galias*, *Hispania* y *Britania*. En las *Galias*, sólo tenía que ocuparse de la frontera. El resto de la Diócesis estaba en calma; ya no había en ella *Galos*, sino romanos. En *Britania* había dado un escarmiento y debiera haber paz en una generación, en veinticinco años. *Hispania* siempre había sido una Diócesis modelo. Los *Hispanos* habían aceptado a Roma sin apenas resistencia. Así deberían ser los *Germanos*, dóciles y sumisos.

Él bajaría a Roma a celebrar allí sus Decenales y, a la vuelta, pasaría por *Arelate* e iniciaría su nueva vida conyugal con Fausta, que ahora debía tener … 22 años y debía ser ya toda una mujer. Como ya había hecho en vísperas de la conquista de Italia, ordenaría los movimientos de tropas necesarios para, a la primavera siguiente, invadir el territorio de Licinio. Pasaría el invierno en el Norte, preparando con sus generales la conquista del Oriente. Y a la primavera siguiente se dirigiría con las tropas de la *Galia* hacia el Oeste. A su paso recogería las Legiones del África, Italia y el *Ilírico*. Y con ellas barrería a Licinio.

Cuando hubiera desalojado a Licinio del poder, residiría en la *Tracia*. Así tendría la opción de intervenir si se daban movimientos en la frontera de Italia. No quería dejar a Crispo al cargo de dos Prefecturas. Si Diocleciano había podido regir el Imperio ayudado sólo por su César Maximiano, él también podría hacerlo ayudado por su hijo. Si Diocleciano se había reservado el Oriente, él llevaría el Oriente y, además, la Prefectura de Italia.

Decidió no comunicar sus planes a Crispo, y tampoco a sus generales. Lo haría a la vuelta de Roma y *Arelate*. Empezó a acariciar en su mente la idea de unirse con Fausta. No es que estuviera cansado de Minervina. Había sido una buena esposa, eso no lo podía negar, siempre dispuesta a complacerle. Nunca le pidió nada para ella, todo era para Crispo. Pero fallaba en su principal cometido, darle hijos. Y eso la eliminaba de su vida. Nunca lo iba a saber, pero la negativa de Licinio a implantar el Cristianismo en sus dominios le había evitado el repudio y el destierro.

Había retrasado su marcha a Roma todo lo posible, esperando la respuesta de su cuñado. Porque de esa respuesta podían derivarse grandes consecuencias, como así había sucedido. Era tiempo de salir hacia Roma. Todo en la capital de la Prefectura estaba preparado para la partida, a falta

de la orden definitiva del Augusto. Constantino llamó a Crispo y al Canciller. Hizo pasar primero a su hijo. Crispo entró vestido con su uniforme de gala. Se abrazaron.

- "Hijo, debo partir. Ya sabes que este año celebraré en Roma mis *Decenales*. No deben ser las únicas. Debe haber unas segundas y aun unas terceras. Pero para eso hay que trabajar. Y lo haremos tú y yo, codo con codo."

Crispo sólo pudo decir, emocionado:

- "Sí, padre."

- "Ahora haré pasar a Gleva, el Canciller, para despedirme de él y reiterarle que te apoye en todas las decisiones a tomar. Ya sabes que exijo el acuerdo de ambos para toda decisión que haya que tomar. Si no se diera acuerdo para una medida, acordad otra que os sea aceptable a ambos."

- "Sí, padre. Así se hará."

- "Confío plenamente en ti, hijo. Estamos ya a primeros de Abril y no hay ningún informe de movimientos en la frontera. Eso significa casi con seguridad que este año será año tranquilo. Ya sabes que en mis *Decenales* no deseo ser molestado."

- "No padre, no lo haré. Podéis estar seguro."

Constantino dio una orden y el Canciller entró en la estancia. Cuando todo, a juicio del Augusto, estuvo claro, éste dio por finalizada la reunión y subió a sus aposentos, donde le esperaba Minervina. Ésta, consciente de que su esposo partía para un viaje largo, se puso, para agradarle, sus mejores galas. Constantino le había regalado, años atrás, un camisón de gasa, casi transparente, de color morado, que la dejaba totalmente a la vista. Sabía que a él le gustaba ese atuendo. Y lo reservaba para los momentos de intimidad más significados. Éste era uno de ellos. E hizo su efecto.

Cuando mucho después Minervina recordó aquella despedida, comprendió la razón de que su esposo tuviera un comportamiento especial. En el momento lo achacó a que le dolía despedirse de ella. Y eso le llenó de satisfacción. Quizás volviera la pasión de los primeros años. Pero cuando, años más tarde, supo que su esposo no volvería ya más por *Augusta Treverorum*, la decepción le invadió. Constantino la había dejado por aquella jovencita que había venido acompañada de su padre, el difunto Maximiano.

Lo cierto era que ella no podía reprocharle nada. Le había fallado en el cometido básico de una esposa, darle hijos. Comprendió que su esposo había hecho la separación lo menos dolorosa posible. Ella esperaba el repudio y el destierro a su tierra, a la lejana *Tracia*. Tenía pensado pedirle a su esposo, llegado el momento, que la desterrara a la *Galia*, no demasiado lejos, donde pudiera seguir viendo a Crispo. Siempre conservaría en el corazón gratitud hacia su marido, porque le había permitido vivir con su hijo.

Por su parte, Crispo sintió que de nuevo su padre contaba con él para labores de gobierno. Y eso le llenaba de orgullo. No obstante, había ideas nuevas que le rondaban la cabeza. Empezaba a enjuiciar a su padre. Y eso antes hubiera sido algo impensable. Lo encontraba admirable en muchos aspectos, en todos, menos en uno. En el valor que daba a las ideas y forma de ver las cosas de Lactancio.

Aunque las lecciones diarias corrían a cargo de Domicio, Lactancio lo citaba a largas conversaciones. En ellas le había expuesto varias veces sus ideas arcaicas sobre la educación de un príncipe, sobre el comportamiento de éste, sobre sus deberes, sobre la funesta vida de la juventud actual, sus costumbres corrompidas, la creciente ola de lujuria que había entrado en el Imperio procedente de Grecia … Ideas con las que no estaba en absoluto de acuerdo. Pero fingía estarlo. Por respeto a su padre.

Eusebio era completamente distinto. Con él podía tener una conversación grata, útil, sobre comportamientos acertados y no acertados. Y coincidían. Coincidían en todo. Mientras que con Lactancio no coincidía en nada. Un día que estaban ellos dos solos, después de la boda de Constancia, le había preguntado a Eusebio:

- "Eusebio, ¿conocéis vos las ideas de Lactancio sobre el fin del mundo y el remedio que se debe poner para evitarlo?"

Crispo quería llegar más lejos, pero había pensado en esa pregunta a modo de preámbulo. Eusebio reflexionó antes de responder.

- "Sí, algo me ha comentado también a mí sobre ellas."

Crispo hundió el dedo en la llaga.

- "¿Y creéis vos en esa patraña del fin del mundo, con astros cayendo sobre la tierra para destruirla?"

El rostro del joven expresaba más a las claras que sus propias palabras el rechazo que le producían tales ideas. Los jóvenes no sabían

disimular. Eusebio sí sabía.

- "La verdad es que nunca me he puesto a pensar en esos temas, Crispo. Si Lactancio cree que las cosas pueden suceder así, él es muy dueño de tener sus propias ideas sobre el futuro. En ese tema me concedo el suave beneficio de la duda. No sé cuál va a ser el futuro del mundo, lo confieso."

Crispo no se conformó con la respuesta de su interlocutor. Esperaba más de él.

- "Pero Eusebio, por todos los dioses, no tratéis de escaparos. Eso del fin del mundo como castigo de Dios por nuestros pecados es una idea anacrónica, propia de mentes infantiles. Una persona mayor debiera tener superados esos miedos pueriles. No me digáis que no lo veis también así ..."

Eusebio cambió el semblante y el tono de voz. Ésta se hizo más suave.

- "Mi querido Crispo, ¿qué os he enseñado a Constancia y a ti todos estos años? ¿No hemos hablado muchas veces de que hay que dejar que los demás sean como son, que piensen como piensen, y que actúen como actúen, sin perder nosotros la paz interior? Hay que dejar a Lactancio que crea lo que cree, sin que eso nos importe apenas nada. Es cosa suya, no nuestra, como decían los Maestros griegos."

Crispo quedó callado por un momento. No podía rebatir al que había sido su maestro en el arte de la vida. Pero, no obstante, le quedaba un último dardo.

- "A veces me enerva un tanto vuestra pasividad, Maestro. A mí con algunos temas me hierve la sangre, y a vos todo os deja tan frío como un témpano. Pero lo que me sorprende es el caso que mi padre hace a ese hombre. ¿No se da cuenta mi padre de que las ideas que Lactancio defiende son producto de su cabeza y que no están en ninguna cabeza más?"

Eusebio ya sospechaba que las preguntas del joven conducirían a esa otra cuestión. Y había querido abrirse una salida.

- "Eso tendrás que preguntárselo a tu padre, Crispo. Si yo no me ocupo de las ideas que tiene el que fue tu Pedagogo, mucho menos he de ocuparme de lo que decide mi Augusto, tu padre. Y tampoco me parece que tú debas. Tu padre puede tener informaciones que ni tú ni yo poseemos, que le impulsen a hacer lo que hace."

Crispo había quedado pensativo. Posiblemente Eusebio tenía razón. Él era demasiado joven para comprender todas las razones de los mayores. Tras aquella charla, pensó que cuando fuera mayor le gustaría ser como Eusebio, imperturbable. Que no iba a ser como Lactancio estaba seguro. También quería ser como su padre. Aunque él nunca hubiera dado a Lactancio tanto poder como tenía.

Capítulo 119

Yela joven.

Año 315

Yela era ya una mujer. Había cumplido 17 años y a esa edad las muchachas *Chamavi* estaban ya en edad adulta, preparadas para la maternidad. Antes de serlo, mantener relaciones sexuales con un varón era castigado con la muerte, tanto para la muchacha como para el varón con quien yaciera. A partir de cumplirse los 16 años, el castigo, si yacían con quien no debían, era la expulsión de ambos de los territorios de la tribu. El adulterio, entre los *Chamavi*, era uno de los peores crímenes.

Estaba establecido, no obstante, que ambos podían redimirse del castigo si probaban la protección de los dioses. Probar tal protección suponía someterse a la prueba del abandono. La prueba consistía en resistir una noche en el bosque, aislado, atado, o atada, a un árbol.

Al sometido a la prueba le llenaban la boca de hierba y le colocaban una mordaza, para que no pudiera pedir auxilio en ninguna circunstancia. Si a la mañana siguiente el condenado seguía vivo, entendía la tribu que los dioses lo habían protegido y su castigo quedaba anulado. Se incorporaba a la vida de la tribu y en lo sucesivo era objeto incluso de cierta consideración. Lo más frecuente era que al día siguiente, del árbol al que había sido atado el condenado, colgaran algunos de sus miembros, o incluso que no quedaran sino huellas de sangre. Algún oso había llevado los restos a su madriguera. Por ese motivo, era raro que un miembro de la tribu se sometiera a la prueba del abandono.

Tampoco el castigo del destierro auguraba buen final para el o los desterrados. Los bosques eran peligrosos, tanto para un caminante en solitario, como para una pareja. Y la acogida que fueran a darle las tribus que encontraran en su camino era otra incógnita. Había épocas en que a toda persona extraña se la consideraba un enemigo. Si se la capturaba, solía servir como víctima en un sacrificio ofrecido a los dioses. A los hombres capturados, como eran miembros de otras tribus, se les hacía cargar con los agravios recibidos de tales tribus. En ese caso su final era peor. Se les torturaba hasta la muerte.

Las mujeres podían sufrir suertes varias. No se las torturaba, pero se las hacía servir como esclavas de toda la tribu, o de los jefes principales. En ese caso no solían durar más allá de unos pocos días, tal era el trato que recibían. Alguna podía quedar como propiedad del jefe de la tribu y vivir más. Pero en general, los extraños no gozaban del favor de los miembros de la tribu y esto se demostraba fatal para el recién llegado,

que se encontraba enfrentado a todos. Y acababa sucumbiendo. Por todas estas circunstancias era muy raro que hubiera infidelidades entre los *Chamavi*.

También era costumbre que un varón no pudiera buscar esposa hasta haber matado a un enemigo. Eso retardaba el momento del ayuntamiento consentido por el resto de la tribu.

Sus hermanos, Juhentó y Yanticó, eran todavía unos críos, de 12 y 10 años, respectivamente. Sin embargo, eran los preferidos de su padre, Gelujor, el jefe de la tribu. De Yela cuidaba sólo su madre, pero eso a ella le bastaba. En general, tenía una pobre opinión de los hombres, salvo de Airón. Airón era la excepción. Era rubio, alto, musculoso, simpático, se llevaba bien con todas las chicas de la tribu. Y había dado ciertas muestras de preferencia por Yela.

Yela estaba deseando que Airón matara a algún enemigo para que la pidiera a su padre. El padre de Airón, Noamar, era un guerrero noble de la tribu, jefe de clan. La ofrenda de dos bueyes, un caballo y las armas no sería obstáculo para que Airón la pidiera, en cuanto matara a su enemigo.

Los enemigos declarados de los *Chamavi* eran los *Bructeri*. Este odio mutuo venía de muy antiguo. Al inicio de la primavera, los *Chamavi* enviaban patrullas de guerreros jóvenes al territorio enemigo, para traer cada uno la cabeza de un guerrero *Bructeri* y poder casarse. Y también a la inversa. Eso no hacía sino alimentar el odio. Pero siempre se había hecho así y se seguiría haciendo.

Aquella primavera, se formó la patrulla de jóvenes voluntarios. Yela tenía la esperanza de que Airón formara parte de la misma, pero el joven no se alistó como guerrero en busca de la mayoría de edad. Los varones no eran considerados mayores de edad hasta no haber matado a su enemigo. Yela se sintió decepcionada, pero no dijo nada a nadie, ni a su madre.

Poco más tarde estalló el escándalo. Habían sorprendido a Airón copulando, en el lecho de un arroyo, a plena luz del día, con una mujer casada, Troaza. El marido de Troaza había salido de caza y la mujer aprovechó su ausencia para serle infiel. Los jefes de clanes, presididos por Gelujor, el jefe de la tribu, se reunieron para juzgar a los acusados. Varias mujeres se sucedieron como testigos de lo sucedido. Y la sentencia fue condenatoria. Gelujor la pronunció en alta voz, ante toda la asamblea de la

tribu. Ambos debían abandonar la aldea, y errar por los bosques, hasta encontrar alguien que los admitiera, si tenían esa suerte.

Pero Troaza invocó su derecho a pasar la prueba del abandono. Se hizo el más absoluto silencio cuando ella habló. Y Gelujor no tuvo otra opción que ordenar se siguieran los pasos establecidos. Se le ataron las manos a la espalda, se le llenó la boca de hierba, se la amordazó y se la llevó a una distancia de 3.000 pasos (1.000 metros), a las afueras de la aldea. Allá quedó, atada a un árbol corpulento, cuando los guerreros que la había conducido la dejaron sola aquella noche.

Las mujeres de la aldea se reunían en corrillos y no comentaban otro tema que la imprudencia de Airón y Troaza. En esos comentarios hubo tres mujeres que dejaron claro que era ella, Troaza, la que había seducido al joven, no al revés. Esto llegó de inmediato a oídos de la madre de Airón. Ésta conversó con las mujeres que habían acusado a Troaza, se persuadió de la verdad de la acusación y decidió dar el merecido castigo a la adúltera, que había arruinado la vida de su hijo.

Cuando todos dormían ya, salvo los centinelas, la madre de Airón salió de su tienda llevando una bolsa de tela en su mano derecha. Conocía bien la aldea y eludió las hogueras y los centinelas que hacían guardia. Dando un pequeño rodeo, se acercó al lugar en que Troaza permanecía atada y atenta a cualquier ruido del bosque. Las dos mujeres se miraron. Troaza quiso gritar, pero tenía la boca obstruida por la hierba y apenas emitió un susurro por las narices. La madre de Airón sacó las vísceras de una cabra del paquete que llevaba. Y extendió las vísceras sobre la cabeza y los hombros de Troaza. Ésta se movía frenéticamente, pero no logró desembarazarse de la mortal carga.

La madre, completada la operación, recogió el paquete de tela y se dio media vuelta. Ya se iba de vuelta a la aldea, cuando lo pensó mejor, se volvió y, acercando su cara a la de la mujer atada, le dijo en dialecto *Chamavi* con voz queda:

- "¡Muere, puta!"

Y dicho esto, se perdió de vista en dirección a la empalizada de la aldea. El resplandor de las hogueras se apreciaba en la lejanía. Cuando llegó a la empalizada, se escurrió por el mismo camino que había seguido antes y volvió a su tienda. Su hijo, Airón, estaba, con los grilletes puestos, en la tienda del jefe de la tribu.

Procurando no ser notada, se desnudó y se metió en el lecho, junto a su esposo. Pero éste, guerrero como era, se había despertado en cuanto ella entró en la tienda. Y, ya con ella a su lado, le preguntó con voz ronca:

- "¿Qué hacías ahí fuera?"

La mujer contestó:

- "No podía dormir."

Nadie dijo más.

Poco después, en el bosque, los lobos estaban terminando de sacar las vísceras de Troaza de su cavidad intestinal y se peleaban, gruñendo y tirando de ellas.

Capítulo 120
Vuelta por *Arelate*.

Año 315

En Roma los preparativos para la celebración estaban casi terminados. El Senado, los magistrados, todas las autoridades se habían esforzado al máximo para que todo saliera perfecto. Entre algunos senadores se comentaba la conveniencia de que el nuevo Augusto residiera en Roma, y si sería oportuno aprovechar su estancia en Roma para indicárselo. Nadie se decidía a ser el portavoz de tal petición.

Se sabía que en las *Galias*, *Hispania*, *Britania*, y en algunas ciudades del Norte de Italia, se había iniciado una creencia nueva, el culto cristiano. La plebe era supersticiosa y amante de las novedades, sobre todo si incluían "misterios", pero los patricios no se interesaban por esos temas. Eso no iba con ellos. Ellos estaban por encima.

El Arco de Triunfo en honor a Constantino estaba terminado, tapado con una enorme pieza de tela doble, para preservarlo del agua y del viento, protegido por un andamio, custodiado día y noche, para evitar posibles atentados, por una centuria de legionarios, que se turnaban cada cuatro horas. No había sitio en ninguno de los Foros Imperiales construidos

anteriormente, ni en el de Julio César, ni en el de Augusto, ni en el de Vespasiano, ni en el de Nerva, ni en el de Trajano, para situar el nuevo Arco y había tenido que levantarse en la Vía Sacra, a los pies del *Anfiteatrum Flavium* (Coliseo), antes del Arco de Tito. Entrando por la *Porta Praenestina*, y siguiendo la *Vía Tabernola*, era el primer Arco de Triunfo. Eso indujo al Senado a colocarlo allí, en una zona sacra. Al Augusto Máximo no podía sino satisfacerle la elección.

Constantino partió de *Augusta Treverorum* a mediados de Mayo. Tenía decidido tomarse el viaje con calma. Por una parte, quería llegar descansado a Roma. Y, por otra, quería hacerse esperar. Se fijó un calendario para el viaje. Llegaría a Roma el 20 de Julio, cuando sus Decenales eran el 25.

A primeros de Junio llegó a *Mediolanum* (Milán), donde revisó el estado del Tesoro de la Prefectura. Algo había mejorado en los últimos dos años, aunque insuficientemente. Constantino se reunió con los responsables de la recaudación de impuestos y, en base a lo logrado en los tres años anteriores, les fijó las cifras para la recaudación de los próximos tres años. Las finanzas de la Prefectura debían alcanzar una situación equilibrada en tal período. Se entretuvo en *Mediolanum* tres semanas.

Recibió una comisión de la cercana ciudad de *Ticinum* (Pavía), situada en las orillas del río de igual nombre. Venían a ofrecerle varios ejemplares de una medalla de oro que los próceres de la ciudad habían decidido acuñar. En ella figuraba el Augusto, con el signo “ □□̣ “ en su casco. La ciudad no había sido elegida como sede de una diócesis y sus autoridades se lamentaron de ello. Constantino agradeció la iniciativa, pero nada dijo sobre la designación, no fueran a acuñar medallas todas las ciudades de Italia.

Para tratar de este tema, había hecho que le acompañara Osio. Y en *Mediolanum* celebró un par de reuniones con él, para explicarle el trabajo que debía proseguir en la Italia inferior y en el África. Le dejó mapas de tales Diócesis y le pidió la relación de ciudades que él establecería, siguiendo los mismos criterios que en las designaciones anteriores. En la segunda reunión, Osio le presentó la lista, que Constantino aprobó. Incluía veinticinco ciudades, donde debería designar *epískopo*.

Lo haría una vez Constantino hubiera iniciado el viaje de retorno. Lo quería a su lado en Roma. A finales de Junio la comitiva salió para

Roma. No se entretuvo apenas en la ruta y llegó a Roma en la fecha prevista.

Contantino le había preguntado a Eusebio si podía escribir el Discurso a leer en sus Decenales y podía leerlo en Roma. Pero Eusebio, que estaba en medio de un largo proceso de redacción, terminando el libro para la catequesis de los nuevos fieles cristianos, le rogó que no le separara de tal trabajo. Sin duda habría en Roma retóricos que podrían hacer tal labor. Apoyó su petición indicando que él, según la versión que se mantenía oficial, seguía instalado en *Cesarea Marítima*, y no debía ligársele a la persona de Constantino. Finalmente, de acuerdo con Lactancio, Constantino creyó conveniente dar prioridad al proceso de redacción y accedió. Que el Senado de Roma se encargara de todo lo relacionado con sus *Decenales*.

A su llegada a Roma todo fueron agasajos por parte del Senado y las autoridades. Se inauguró con toda solemnidad el Arco de Triunfo de Constantino. Se reunió el Senado en la Curia y el senador de más edad leyó el Elogio que se había elaborado en su honor.

Constantino, en su discurso de aceptación del homenaje, anunció que había tomado las medidas necesarias para que se iniciara la construcción de una nueva Basílica en el *Ager Vaticanus* (Campo Vaticano), extramuros. La Basílica mediría cerca de 400 pies de longitud (120 metros). Tendría además un atrio en su interior. Lo que no dijo en su discurso, fue que la Basílica iba a tener un uso diferente a todas las Basílicas romanas construidas hasta ese momento. Se dedicaría al culto cristiano y se llamaría Basílica de San Pedro *in Vaticano*. De eso ya se enterarían los romanos a su debido tiempo.

El resto del tiempo hasta su partida de nuevo al Norte, lo empleó Constantino en reuniones con los altos mandos militares para preparar el movimiento de tropas a realizar la próxima primavera. Se enviaron oficiales con misivas dirigidas a los mandos superiores en el África e *Iliria*. Al inicio de la primavera, las tropas de África deberían pasar, vía Sicilia, a Italia y emprender, juntamente con las tropas designadas de la propia Italia, la marcha hacia la región de *Venecia*. A finales de Septiembre, el día 27, Constantino dejó Roma con destino a *Mediolanum*, adonde llegó al 19 de Octubre. Osio salió a cumplir la misión que Constantino le había encomendado, comenzando por las ciudades designadas en África. Constantino descansó en *Mediolanum* quince días, al

cabo de los cuales volvió a tomar el camino de los *Alpes Marítimos*, para ascender a *Augusta Treverorum* pasando por *Massilia* y *Arelate*.

Pero, a diferencia de su viaje de ida a Roma, esta vez paró en *Arelate*. Hizo que le anunciaran a su esposa, Fausta. Y un oficial de su escolta se presentó en el Palacio donde residía de nuevo Fausta. Cuando estuvo frente a la hija de Maximiano, se inclinó y le presentó una carta doblada y sellada. Fausta la abrió y leyó:

"*Vuestro esposo, el Augusto Máximo Constantino, hijo de Constancio, desea recibiros en el salón principal del Pretorio. El oficial que porta la presente os esperará cuanto necesitéis y os escoltará hasta mí*."

Capítulo 121

Partida de renegados.

Año 315

Entre los *Chattuari*, cuando uno de los adúlteros se acogía a la prueba del abandono, el otro era retenido esa noche en del campamento, a la espera del resultado de la prueba. Al amanecer, toda la aldea supo la suerte que había corrido Troaza. Gelujor, el jefe de la tribu, se presentó en "la tienda de nadie", que así se llamaba el lugar donde los rechazados habitaban hasta que se decidía qué hacer con ellos. Nada más verle, Airón se puso a temblar. Con voz severa, Gelujor le dijo:

- "Tienes motivos para temblar, joven temerario. Los dioses no parecen apoyar vuestras acciones. Apenas unos pocos restos de Troaza cuelgan del árbol en el que sufrió la prueba. Tienes derecho a reclamar el mismo trato para ti, aunque supongo que no tendrás ganas de correr el mismo riesgo."

Gelujor sabía del afecto que Yela sentía por aquel joven y le estaba ayudando a tomar la decisión correcta. Airón, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza varias veces.

- "Está bien. Avisaré a tus padres para que vengan a despedirte. Te pueden dar lo que quieran para ayudarte en tu nueva vida. Y luego vendrán dos guerreros a soltarte y conducirte fuera del recinto. Nadie saldrá a perseguirte, pero si mañana te ve alguien por los alrededores del poblado, daré orden de que una patrulla salga, te busque, te encuentre y acabe contigo. ¿Has entendido lo que acabo de decir?"

Airón, mirando fijamente a Gelujor, volvió a mover la cabeza, esta vez afirmativamente. Sus padres le dieron una pesada mochila con alimentos, un escudo, una espada y algo de ropa. El padre se mostraba serio. La madre lloraba. Dos guerreros acompañaron al abatido Airón hasta fuera de la empalizada. Yela, en un rincón de su tienda, lloraba en silencio.

La vida siguió en la aldea *Chattuari*. Poco a poco los acontecimientos vividos fueron pasando al remanso del olvido. Pero Yela no olvidaba. Su sueño se había roto. Lo que más le dolía no era la expulsión de Airón de la aldea, sino que la hubiera traicionado, yaciendo con una mujer casada. Ya sabía que había sido ella la que le había arrastrado al arroyo, pero eso no disminuía el dolor de Yela. Se sintió vacía por dentro. En un primer momento hubiera querido morir. Pero cuando pasó la primera noche y supo del terrible final de Troaza, una sensación de calma la invadió. No se alegraba por el castigo que los dioses habían dado a la adúltera. Era algo que no podía explicar. Pero se sintió más calmada, menos desesperada. Eso no impidió que el día que Airón partió para el destierro lo pasara entero llorando. Eso también la calmaba.

De haber conocido Yela la suerte que estaba corriendo su joven amado, se hubiera preocupado menos por él. Yela lo imaginaba corriendo por el bosque, mirando hacia atrás cada pocos pasos. Y sí, eso era lo que había hecho Airón durante un buen trecho, a pesar de las palabras tranquilizadoras de Gelujor. Pero no tuvo que hacerlo por mucho tiempo, porque ocho guerreros armados le rodearon de pronto, salidos no se sabía de dónde.

Airón se temió lo peor, arrojó a sus pies la bolsa de la comida y se puso en guardia, el escudo alzado y la espada en su mano derecha.

Aquellos hombres seguro que eran *Bructeri* y, si le derribaban, sabía la suerte que le esperaba: Su cabeza sería el trofeo de alguno de ellos y podría desposarse con la doncella de sus sueños, como él podía haber hecho con Yela, si no hubiera sucumbido a los encantos de Troaza.

Pero aquellos guerreros no parecían tener ganas de matarle. Se mantuvieron en guardia, hasta que Airón comprendió que lo hacían por si él les atacaba, y entonces, lentamente, bajó la espada y, viendo que ellos hacían lo mismo, apoyó el escudo en el suelo. Ellos hicieron lo propio. Uno de ellos, el que parecía el jefe, le dijo algo en un dialecto que no pudo entender. Airón debió mostrar cara de extrañeza, porque otro de los hombres que le rodeaban le dijo en un mal *Chattuari*:

- "No querer hacerte daño. Al verte correr nosotros pensar que tú expulsado de tu tribu y que quizás querer venir con nosotros. También a nosotros expulsar de la tribu nuestra."

Un suspiro de alivio se escapó de la boca de Airón. Aquello era lo mejor que le podía suceder. Lo único bueno que le podía suceder, realmente. Respondió de inmediato:

- "Sí. Quiero unirme a vosotros, si me lo permitís."

Ellos se miraron entre sí y el jefe hizo una seña con la cabeza. El que había hablado con Airón le explicó la conversación en el dialecto que Airón no entendía. El jefe asintió. Se acercó a Airón y le tendió los brazos en señal de acogida. Airón respondió de igual manera. Acababa de incorporarse a una partida de renegados. Una de las muchas que poblaban la *Germania Magna*.

Sorprendentemente para Airón, sus nuevos compañeros tenían su campamento no lejos del lugar donde le habían encontrado. En un pequeño claro del bosque se veían los restos de una fogata y ocho pieles, que debían ser los ocho lechos en que pasaban la noche y otros tantos macutos, donde cada uno guardaba sus pertenencias. Poco más había a la vista. Muy cerca se oía el ruido de un riachuelo.

Se sentaron en círculo y cada cual sacó de su macuto algo para comer. Airon lo hizo del que le habían dado sus padres. Sacó de su mochila un queso entero, que su madre había fabricado para él, y lo ofreció a sus nuevos compañeros. Éstos recibieron el regalo con muestras de satisfacción y pronto el queso despareció, recibiendo el jefe una ración doble. Después de comer se hicieron las presentaciones. Llevaba la conversación con Airón el que le había interrogado. Se llamaba Gruech.

Cada cual dijo su nombre, y Airón procuró memorizarlos, pero eran demasiados y demasiado rápida la conversación como para lograrlo. Sólo retuvo el nombre del jefe, Grun, y el del que ya consideraba su amigo, Gruech.

Después de comer, el jefe y cinco guerreros salieron del campamento, quedando en él Gruech, Airón y dos más. Airón vio la ocasión para indagar sobre la nueva vida que le esperaba. Se acercó a Gruech, se sentó a su lado e inició la conversación.

- "Gruech, quisiera saber más de vosotros. ¿Qué hacéis? ¿Cómo sobrevivís en este bosque inmenso?"

Gruech lo miró con curiosidad. La pregunta le sorprendió.

- "Ser comerciantes. Comerciar con romanos y con tribus cerca."

Esta vez fue Airón el sorprendido.

- "¿Y en qué comerciáis?, porque no veo aquí – y miró alrededor – ninguna mercancía."

.- "Mercancía, si Grun tener suerte, venir dentro de poco. Si no, esperar mañana."

Airón no salía de su sorpresa.

- "¿Y qué mercancía es ésa?"

- "Mujeres, mujeres jóvenes. Pagar por ellas los *Sicambri* y los *Tencteri*, y pagar mucho los romanos. ¿Tú miedo?"

Involuntariamente, Airón se había alarmado.

Si sus nuevos compañeros comerciaban con mujeres jóvenes y estaban cerca de la que había sido su aldea ... eso no podía significar sino que estaban acechando a ver si capturaban a alguna joven *Chattuari*. Y si …

- "¿Tú miedo?" volvió a preguntar Gruech.

Airón salió de su ensimismamiento. Tuvo que disimular, no podía empezar a poner pegas el mismo día en que había sido admitido en la partida.

- "¡No, no! No me asusta, me sorprende solamente."

- "Todo grupo de renegados comerciar con mujeres. Ser fácil. Sólo esperar y ellas caer en red."

Y Gruech rió con fuerza.

Pasó la tarde. Airón estaba nervioso, pero disimulaba. Casi caída la noche, Grun y su grupo volvieron al campamento. No traían presa alguna. Habría que volver a probar a la mañana siguiente.

Airón tardo en dormirse. No podía apartar de su imaginación la posibilidad de que una de las jóvenes capturadas fuera Yela. ¿Qué haría él en tal caso? Yela lo reconocería. Tendría que hablar con ella. ¿Qué le diría? Al fin se durmió, pero tuvo sueños desagradables. Un oso le perseguía por el bosque y él no encontraba la manera de escapar. Cuando el oso le iba a alcanzar, se despertó sudando. Afortunadamente, se volvió a dormir y ya no soñó más. Al amanecer, tenía el cuerpo como si le hubieran dado una paliza. Se levantó con todos los demás y tomaron unas gachas para acompañar la cecina y bebieron agua del arroyo. Uno de los guerreros se ocupaba de preparar algo de comida en la fogata.

El jefe se dirigió a Gruech y le dijo algo que Airón no entendió. Éste se volvió hacia él.

- "Tú venir con nosotros."

Y todos volvieron sus pasos hacia la aldea de Airón. Éste caminaba al final de la partida, delante de Gruech. Llegaron a las inmediaciones de la empalizada, y se apostaron en ambas riberas del pequeño río que rodeaba una parte la aldea. Airón comprendió su estrategia. Esperaban a que un grupo de muchachas llegara a coger agua del río, o tal vez a bañarse. Si no venían protegidas y eran pocas, intentarían hacerse con ellas. Pasó el tiempo, un tiempo que a Airón se le hizo eterno.

Al cabo de dos horas de acechar tras los árboles, se oyeron voces, voces alegres, despreocupadas. Al poco aparecieron tres muchachas de la aldea. Venían a coger agua. Cada una llevaba dos vasijas, que llevarían de vuelta unidas con una cuerda. Los guerreros las dejaron que cogieran el agua. Airón comprobó desesperado que una de ellas era Yela.

Capítulo 122
La hora de Fausta.

Año 315

Cuando leyó la misiva, Fausta sonrió. Su madre tenía razón. Despidió al emisario, diciéndole que le esperara a la salida del Palacio, y llamó a sus damas de compañía. Algunas ya no eran las que habían venido con ella desde la Lucania, años atrás. Una había muerto, dos habían caído enfermas y regresado a su tierra. Otra, con su permiso, se había desposado con un magistrado de *Massilia*, que la conoció en un viaje que había hecho a *Arelate*.

En todo este tiempo, ella no había tenido que echar mano de la generosa reserva con que su padre la dotó cuando la dejó en *Arelate*. Su esposo se había encargado del mantenimiento del Palacio, de ella y de sus damas. En ese aspecto ella no tenía ninguna queja de Constantino.

Y para entender su larga ausencia había tenido a su madre. Su marido le había advertido, por un mensajero, de que Fausta seguía recluida en *Arelate* y que Constantino no había hecho honor a la palabra dada. Sin pensárselo dos veces, su madre vino a verla, rodeada de media villa de la Lucania. Trajo un ajuar mayor que el que había traído ella al venir por primera vez a las *Galias*. Le regaló varias de sus joyas, le trajo perfumes, y le trajo otras dos damas de compañía. Pero lo principal fue al apoyo que obtuvo de ella.

- "Hija mía - le dijo entonces - tengo que confiarte más cosas sobre los hombres. Ellos son diferentes a nosotras, lo sabes. Son orgullosos, sólo piensan en ellos, creen saberlo todo y más cosas que verás por ti misma. Pero no te había dicho, porque no creí que lo ibas a necesitar, que los hombres se creen Hércules. Sabes bien que Hércules tuvo que realizar doce hazañas para borrar el maleficio que pesaba sobre él. Hazañas cada cual más difíciles y penosas. Sus doce famosos trabajos.

Pues bien, los hombres se adjudican también trabajos a realizar en su vida. Y para ellos ese trabajo es lo primero. Es como una orden divina,

algo a lo que no pueden negarse, y que tiene más importancia que ninguna otra cosa en la vida. ¿Me comprendes bien?"

- "Sí, madre, os comprendo. Seguid, por favor."

Fausta no comprendía adónde quería llegar su madre. Pero ella la sacó de dudas.

- "Estoy convencida de que tu esposo, Constantino, tiene un trabajo pendiente que hacer. No te puedo decir en este momento cuál es, pero es evidente que lo tiene. Por eso no viene a convivir contigo. Necesita todas sus energías para llevar a bien ese trabajo. Por eso no debes inquietarte por tu suerte. Cuando él haya concluido su trabajo, vendrá a por ti.

Y mientras eso no suceda, vendré yo. Te visitaré una vez cada año, con el buen tiempo, que hace más agradable el viaje. Y si tienes noticias que darme o preguntas que hacerme, usa los correos. Tu padre me dijo que te dejó oro suficiente para vivir casi por tu cuenta."

- "Sí, madre, así es. Aún guardo todo lo que me dio, porque no he tenido que gastar nada en mi manutención, ni en la de mis damas."

Su madre expresó en el rostro el agrado que le producía esta noticia y siguió:

- "¿No te digo? Eso es prueba de que te tiene en cuenta, de que piensa en ti. Aunque ahora no pueda dar señales de vida. Pero las dará, hija, las dará."

La visita de su madre le hizo mucho bien. Le demostró que no estaba sola. Necesitaba sentirse acompañada por alguien que le diera lo que sus damas no podían darle, confianza en sí misma.

Al poco tiempo de exponerle su madre estas consideraciones, Fausta supo que su padre había intentado hacerse con el poder en la Prefectura de su esposo y que había resultado muerto. Su madre la visitó llevando aún luto por su esposo. No parecía demasiado afectada por la muerte violenta del que había sido su marido, ni por el hecho de que hubiera sido Constantino, su yerno, el que hubiera dado la orden de matarle.

- "Tu padre era muy hábil, hija, pero sólo en un tema, en el campo de batalla. En los demás órdenes de la vida era muy ingenuo. Confiaba demasiado en sus propias cualidades y no se daba cuenta de sus defectos. Y los tenía. Si lo sabré yo…

A las órdenes de *Diocles* (Diocleciano) formaban un equipo de Augustos imbatible. Pero si pensaba por su cuenta en asuntos que no fueran de la vida militar, tu padre podía empeñarse en la mayor de las

aberraciones, y no ver que lo era. Se enfureció por la falta de cumplimiento de lo que tu esposo había acordado con él y eso le cegó. Yo le dije, como te dije a ti, que Constantino tendría algo entre manos que debía finalizar antes de hacer efectivo su matrimonio contigo, pero él no quiso oírme. Y eso le perdió.

No le reproches a tu marido por lo que hizo. No podía hacer otra cosa. Es triste decirlo, pero es así."

Esto le orientó respecto a la muerte de su padre. Más tarde, cuando Constantino bajó a Italia y derrotó a Majencio, su hermano, Fausta se preguntó si su madre, con la muerte de su hijo, se negaría ya a defender a su esposo. Pero se llevó una sorpresa.

- "Es triste para una esposa sobrevivir a su esposo, Fausta, pero es terrible para una madre sobrevivir a su hijo. Tenlo en cuenta, por si los dioses te someten a tan terrible prueba. Lo único que puede hacerte superar la prueba sin derrumbarte es salirte de tu papel de madre y tratar de entender lo sucedido como lo deben hacer los dioses. Con imparcialidad, con frialdad incluso. Como si los humanos fueran títeres en una comedia de mimo. Y no tuvieras ningún lazo afectivo con ninguno de ellos.

Majencio, tu hermano, no tenía la madera de su padre. Ójala la hubiera tenido. Hoy viviría. Pero lo cierto es que no la tenía. Era holgazán, amigo de la vida fácil, poco constante en sus propósitos. La púrpura le quedaba muy ancha. Por eso, cuando se vio amenazado por Severo tuvo que pedir la ayuda de tu padre. Tu padre le sacó de apuros con Severo y con Galerio. Pero no debían haber ordenado matar a Severo. Eso lo ve un ciego. Pero tu padre no lo vio. Majencio tampoco podía verlo. Hubiera bastado con devolvérselo a Galerio. Al ordenar su muerte, Majencio se convirtió en un usurpador de por vida. Y tu esposo, Constantino, acudió al cebo.

Ahora ya te puedo decir cuál es el trabajo hercúleo de tu esposo, hija mía. La razón por la que no te reclama como su legítima esposa. Él quería dominar medio Imperio. No se conformó con las *Galias*, como se conformó su padre, Constancio. Quería también Italia, y al mando de Italia había estado tu padre y luego estaba Majencio. Él no podía tenerte como esposa y atacar los dominios de tu hermano. ¿Lo comprendes ahora?"

Y Fausta tuvo que reconocer que sí, que lo entendía. Fue en esa misma visita cuando su madre le amplió su visión de los hombres.

- "Te he dicho alguna faceta de ellos, hija, pero hay más aspectos que debes saber. Ellos se creen muy importantes, les encanta mandar, decidirlo todo. Pero hay cosas en las que no tienen poder alguno, en las que mandamos nosotras. Nos necesitan. Somos nosotras las que calmamos su lujuria. Y somos nosotras las que les damos los varones que necesitan para perpetuar su hacienda, su negocio o su poder.

Tenemos que aprovechar esa fuerza que los dioses nos dieron. Y en estos temas, créeme, ellos son como niños. Tú debes observar, sus reacciones, sus necesidades, cómo les gusta que actuemos con ellos. E insinuar la recompensa que esperas cuando le acabas de satisfacer. Tú ya me entiendes."

Fausta enrojeció cuando su madre hizo un gesto con las manos para dejar más claro su consejo. Ambas mujeres rieron.

- "Ellos creen que son los que mandan, pero si manejas bien tus habilidades, puedes ser tú la que lleves las riendas de la casa. Y no me refiero sólo a las llaves de la despensa. La despensa es lo de menos. Una esclava de plena confianza podría hacerlo igualmente. Pero darle un hijo varón, eso ninguna esclava, ni ninguna prostituta, puede hacerlo por ti. Obtén provecho de eso y no lo dejes correr, como el agua en el río."

No lo dejaría correr. Y ahora iba a tener ocasión de aplicar todas las enseñanzas de su madre. Fausta había comprendido que su madre era una mujer muy fuerte, y que fue esa fortaleza la que le permitió sobrellevar las pérdidas de su marido y de su hijo a manos del que ahora la llamaba a su presencia, sin duda para hacerla su esposa efectiva, no sólo nominal. Se prometió ser fuerte ella también.

Todas estas reflexiones y recuerdos le venían a la mente mientras sus damas la bañaban, la vestían, y la adornaban con sus mejores galas. La espera había sido larga y no quería decepcionar al que por fin iba a ser su esposo.

Capítulo 123
El rapto.

Año 315

Como todos los días, Yela era la que se encargaba de traer agua a la tienda de su familia. Lo hacía gustosa. A veces aprovechaban la ida al río para bañarse, un poco más abajo de donde solían tomar el agua. Pero ese día una de sus amigas había dicho que tenía que volver cuanto antes para ayudar a su madre a despiojar a su padre.

- "¡Puaj, qué asco!" había exclamado Yela, al saber la tarea que le esperaba a su amiga al regreso. Acto seguido añadió:

- "¿Tu madre no sabe hacerlo sola?"

- “Está acostumbrada a que yo la ayude cuando despioja a todos. Ella me lo hace a mí y yo se lo hago a ella. A los demás, lo hacemos entre las dos, ella hace un lado y yo el otro, así terminamos antes.”

- “Por mí de acuerdo, pero dejaremos el baño para otro día que no se despioje a nadie en tu casa.”

Y las tres rieron con ganas. Llegaban ya al río. Descargaron las vasijas, que llevaban a la cintura, y tomaron el agua, cada una en un lugar diferente. Cuando iban a cargar las vasijas, ayudándose una a la otra, aparecieron aquellos hombres. No eran de la aldea. Se abalanzaron sobre ellas por parejas. Tres vasijas cayeron al suelo y estallaron. Apenas tuvieron ocasión de gritar, porque un hombre les metía una gruesa soga en la boca mientras otro les ataba las manos a la espalda. Todos los movimientos de los asaltantes estaban estudiados y eran muy efectivos. En apenas unos instantes, las tres jóvenes eran empujadas hacia el bosque, al otro lado del riachuelo.

Fue entonces cuando Yela se dio cuenta de que uno de los que vigilaban, mientras los otros las agarraban, era Airón. La muchacha abrió unos ojos enormes. Airón cruzó su mirada con ella, pero enseguida bajó la vista. Pararon un instante y uno de ellos, Gruech, con un cuchillo en la mano, les dijo:

- “Si vosotras no obedecer …” e hizo un signo con el cuchillo, cerca de su cuello. Las tres miraron amedrentadas a sus captores. Obedecerían.

Gruech volvió a hablar:

- “¡Vamos, rápido!”

Los secuestradores sabían que tenían cierto tiempo de ventaja, hasta que en la aldea alguien diera la voz de alarma, fueran al río, vieran las vasijas rotas y se organizaran múltiples partidas, cada una en una dirección. Pero también sabían que los guerreros *Chattuari* eran más rápidos que ellos, que corrían a la velocidad de las tres muchachas. Continuamente Gruech les gritaba:

- “¡Rápido, rápido!”

Yela se fijó que marchaban hacia el Este, por la posición del sol entre los árboles. No pudo calcular cuánto tiempo estuvieron corriendo. Luego una de sus compañeras cayó. La levantaron y siguieron corriendo, pero la velocidad ya no era la misma. Continuaban alejándose de la aldea, siempre hacia el oriente. Luego sólo pudieron andar, de cansadas que

estaban las tres. Seis hombres iban delante, apremiándolas, y tres iban detrás, entre ellos Airón. Así anduvieron todo el día. A la noche estaban agotadas y se durmieron enseguida. Las ataron a las tres. Airón evitaba mirarla. Yela se dio cuenta perfectamente.

Al día siguiente les dieron un poco de alimento nada más despertarse. Yela cruzó la mirada con Airón y aprovechó para hacerle un gesto con los ojos. Airón entendió y se acerco a ellas. Yela en voz baja le dijo:

- "Tienes que dejarnos escapar. Nos van a vender como esclavas."

Airon miró al suelo. Ya había pensado en esa conversación y tenía tomada su decisión. Tenía que dar largas.

- "Es muy difícil, pero lo intentaré."

Yela se quedó animada. Comenzaron la marcha y al segundo día apareció a la vista un *oppidum*. Era la aldea-fortaleza de una tribu mayor que la de Yela y Airon. Estaba situada sobre una colina. Dos murallas de tierra defendían la parte alta de la colina. Sobre ambas murallas había guerreros en pie, vigilando. En las murallas se abrían dos huecos, que hacían de puertas. No estaban una a continuación de la otra, sino en oposición. En ellas había más guerreros, con lanzas. La partida se dirigió hacia el *oppidum*. Los soldados que hacían guardia en las puertas les conocían y les dejaron pasar. Yela y sus compañeras iban en fila, atadas con una cuerda. Yela miraba a Airón, pero éste, que iba delante de ella, le daba la espalda. Llegaron al centro de la aldea y esperaron. Los chiquillos, muchas mujeres y algunos hombres las rodearon. Hablaban entre ellos un dialecto que Yela no entendió.

La partida de la que Airón formaba parte eran unos intermediarios. Ellos capturaban las presas y se las vendían a Disan, el jefe del *oppidum*. Cuando éste tenía dos docenas de prisioneros, hombres o mujeres, para vender, organizaba una caravana a la frontera y los vendía en *Colonia Agrippina*, la ciudad romana más cercana. El jefe de la partida y Gruech, que era su segundo, entraron a negociar con Disan. Realmente, no era una negociación. Disan ya tenía una tarifa con la que pagaba las esclavas. Si eran vírgenes, pagaba más. Si no lo eran, menos.

Las tres recién llegadas tuvieron que someterse a la vergüenza de que una vieja las explorara. Dos eran vírgenes; Yela, una de ellas. La otra no lo era. Yela ya lo sabía. La vieja lo confirmó. Disan, que había estado

presente en la exploración, salió de la tienda de la vieja y todos lo siguieron. Fuera, volvieron a atarlas. El chamán entró en la tienda del jefe.

A Yela y a sus dos compañeras las llevaron a una barraca de piedra. Allí había, encadenados, más de veinte jóvenes de ambos sexos. Todavía había sitio para ellas. Las encadenaron por los pies a la pared. La cadena medía apenas un metro. Su suerte estaba echada. Yela supo que terminaría su vida como esclava.

Capítulo 124

La *Didajé*.

Año 315

Eusebio había terminado ya la “Preparación Evangélica”. Osio, que seguía casi día a día el trabajo de Eusebio, ya le había dicho que debía empezar otra obra que fuera la continuación de la “Preparación”, pero a un nivel más elevado. Eusebio odiaba poner su nombre, como autor, a una demostración de cinismo tan grande como la obra que acababa de terminar. Por eso le respondió que iba a pensar la mejor manera de completar la catequesis. Pero que lo haría de otra manera y no con un

segundo tratado como la “Preparación”. Osio no quedó muy conforme. Esperaría a que el Augusto volviera y le transmitiría la necesidad que él preconizaba. Y cuando el Augusto le hubiera dado su conformidad, Eusebio no podría negarse.

Por su parte, Eusebio hizo un borrador de las instrucciones que podrían formar parte de un Catecismo básico de los nuevos fieles cristianos. Quería hacer algo sencillo, bien estructurado y con una doble redacción. Como siempre había hecho, en la primera etapa de redacción pondría enseñanzas verdaderas, sin mezclarlas con las fantasías de Lactancio. Luego le añadiría una abundante cantidad de texto, mayor que la que formara el texto original, con la temática que a Lactancio le gustaba.

Preparó su primer borrador. Decía así:

Enseñanza de los Doce Apóstoles

Capítulo I.

1 No hay más que dos vías, una de Vida y otra de Muerte,
y hay mucha diferencia entre las dos vías.
2 No matarás, no adulterarás, no corromperás jóvenes, no te prostituirás, no robarás,
no serás mago ni practicarás encantamientos, no practicarás abortos
ni matarás al recién nacido, no desearás las cosas del prójimo.
3 No jurarás en falso, no darás falso testimonio, no calumniarás, no guardarás rencor.
4 No tendrás doble intención ni serás indeciso. Lazo de muerte es la indecisión.
5 No será mentirosa ni vacía tu conversación, sino que se completará con la acción.
6 No serás ambicioso, ni ladrón, ni hipócrita, ni vicioso, ni soberbio.
No te ocuparás en maquinaciones contra tu prójimo.
7 No odiarás a hombre alguno,
sino que al que te insulta pide por él y ámale más que a tu alma.

Capítulo II.

1 Hijo mío, huye ante todo del mal y de todo lo parecido a él.
2 Hijo mío, no te vuelvas irascible, porque la ira conduce al homicidio, ni envidioso,
ni dado a discusiones, ni temperamental. De todas estas cosas resulta la muerte.
3 Hijo mío, no te vuelvas deseoso, porque el deseo conduce a la fornicación.
No mires con orgullo, ni escribas indecencias, porque todo eso genera adulterio.
4 Hijo mío, no te vuelvas adivino, porque los augurios a la idolatría conducen.
Ni hagas conjuros, ni te des a las ciencias, ni a la astrología, ni quieras ver esas cosas.
Porque todo eso genera idolatría.
5 Hijo mío, no te vuelvas mentiroso, porque la mentira conduce al robo,
ni avaro, ni presumido. De todas estas cosas resultan robos.
6 Hijo mío, no te vuelvas quejoso, porque las quejas conducen a la blasfemia,
ni arrogante, ni malpensado. De todas estas cosas resulta la blasfemia.
7 Has de aceptar las cosas que te sucedan, sabiendo que sin **Dios** nada sucede.

Capítulo III.

1 No te alejarás de las personas buenas, para satisfacerte con sus palabras.
2 No fomentarás la división, sino que vivirás en paz con los que están querellados.
3 No serás indeciso; el mal está allí.
4 No vacilarás en dar, ni protestarás cuando des.
Conoce en cambio quién es el que recompensa las buenas obras.
5 No despedirás al necesitado, sino que harás partícipe en todas las cosas a tu hermano,
y nada dirás que es propio.
6 No levantarás la mano a tu hijo, ni a tu hija,
sino que desde la juventud les enseñarás el temor de Dios.
7 No dejes que nadie te engañe sobre esta vía, porque sin **Dios** te enseñaría

Y seguían varios Capítulos más.

Cuando interpolara este texto, y Original e Interpolación estuvieran mezclados, sería fácil deducir cuál había sido la primera etapa de redacción, la Original, porque había hecho que todos los versículos del Capítulo primero empezaran por la misma letra, la "**N**".

Todos los del segundo Capítulo empezaban por la letra "**H**".

Y, de nuevo, los versículos del tercer Capítulo empezaban por la letra "**N**".

Además, había hecho todos los Capítulos de la misma longitud, de siete versículos. Para facilitar aún más la separación de las dos etapas, había puesto la misma expresión "sin **Dios**", en los dos últimos versículos de los dos últimos Capítulos.

Esta primera parte tenía relación con el comportamiento personal de los fieles. Ahora debía añadir doctrina para regular las relaciones con los demás. Había que legislar lo que Lactancio llamaba, los "misterios cristianos", el Bautismo y la Eucaristía. Luego había que dar normas para establecer cómo debían actuar los predicadores ambulantes y cómo debían ser recibidos por los fieles cristianos. Y distinguir quién era un predicador auténtico de la nueva doctrina, y qué otro predicador era un farsante. Porque había que hacer llegar la Buena Nueva a todo lugar, que no en todo lugar había un *epískopo* (obispo) con sus *presbíteros* (ancianos).

Con esta ampliación, el Original del Catecismo de la doctrina cristiana - que se llamaría "Enseñanza de los Doce Apóstoles" - constaba de siete Capítulos, cada uno con siete versículos, o párrafos.

Ahora, para mostrar que algo raro había en los textos cristianos, Eusebio procedió a interpolar su propio escrito. Como ya habían terminado todos los Evangelios y las Epístolas y Cartas de todos los Apóstoles, podía echar mano de citas de tales libros. Y eso hizo, pero sólo añadió citas de obras escritas por Lactancio. Usó sólo el Evangelio de Mateo y las Epístolas de Pablo. No quiso citar sus obras en las interpolaciones. Para reflejar las ideas de Lactancio usaría sólo libros de Lactancio.

Indudablemente, la Didajé Original, que hasta ahora tenía una redacción homogénea y ordenada, perdió coherencia y unidad cuando la interpoló. Pero eso añadiría más argumentos para el día en que se descubriera el fraude.

Así, en su redacción definitiva, la supuesta "Enseñanza de los Doce Apóstoles" - también conocida como *Didajé* - comenzaba como sigue:

Capítulo I.

1 No hay más que dos vías, una de Vida y otra de Muerte, y hay mucha diferencia entre las dos vías.

2 Ahora bien, la vía de Vida es ésta: "En primer lugar, amarás a Dios, que te ha creado. En segundo lugar, amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y todas las cosas que no quieres que te hagan, no las hagas tú tampoco a los demás."

3 La enseñanza de dicha afirmación es ésta: Bendecid a los que os maldicen y rogad por los que os odian, ayunad por los que os persiguen. ¿Qué mérito tiene que améis a los que os aman? ¿No hace eso todo el mundo? Vosotros, en cambio, amad a los que os aborrecen, y no tendréis enemigos.

4 Apártate de los deseos carnales y corporales.

Si alguno te da una bofetada en la mejilla izquierda, vuélvele también la otra y serás perfecto.

Si te fuerza alguno a acompañarle una milla, ve con él dos.

Si te quita alguien tu manto, dale también la túnica.

Si te coge alguien algo tuyo, no se lo reclames. Porque tampoco puedes.

A todo el que mendigue, dale y no se lo reclames; que quiere el Padre que a todos se dé de los propios dones.

Y después de otro largo párrafo sobre los que reciben limosnas y su responsabilidad, continuaba la versión definitiva con el siguiente mandato del original:

Capítulo II.

1 Segundo mandamiento de la Enseñanza.

2 No matarás, no adulterarás, no corromperás jóvenes, no te prostituirás, no robarás, no serás mago ni practicarás encantamientos, no practicarás abortos ni matarás al recién nacido, no desearás las cosas del prójimo."

Con las añadidos interpolados, la obra se volvía confusa, complicada y pesada; pero eso era lo que Eusebio quería.

Como final de la interpolación, incluyó Eusebio unas referencias al final de los tiempos, tema tan del agrado de Lactancio. Y acabó la *Didajé* con una cita del Evangelio de Mateo, escrito por Lactancio.

"Entonces verá el mundo al Señor, viniendo sobre las nubes del cielo."

Capítulo 125

Encuentro en *Arelate*.

Año 315

El Pretorio de *Arelate* era un lóbrego edificio situado al Sur de la ciudad. Muy cerca, pero extramuros, estaban el Teatro y, un poco más al Norte, el Anfiteatro. El Pretorio estaba dentro de las murallas, en la zona más elevada de la ciudad. Pero si por el exterior era sólido, oscuro y austero, el interior sorprendía a quien lo visitara por primera vez por su lujo, dentro de lo que puede esperarse de un edificio militar. Sin duda, el hecho de que el Tesoro de la Prefectura de las *Galias* se encontrara depositado en *Arelate* explicaba tal lujo.

Fue lo que le sorprendió a Fausta cuando bajó del *cisium* que la había conducido allí. Una nutrida guardia la estaba esperando y el oficial al mando la saludó militarmente y le dijo:

- "Seguidme, por favor, *Dómina*."

Fausta le siguió. El trayecto no fue largo. El oficial se paró ante una puerta cerrada, al fondo del pasillo que habían seguido. Llamó suavemente con el puño. Una voz desde dentro respondió:

- "¡Adelante!"

Y el oficial le franqueó el paso, a la vez que le hacía una reverencia.

Fausta entró en el salón del Pretorio. Era una espaciosa habitación, con mapas colgando de las paredes. Había una mesa alargada y varias sillas. Varias mesas mucho más pequeñas se alineaban junto a las paredes. Dos ventanas se abrían en una de las paredes. En el centro de la estancia estaba su esposo. Fausta lo miró fijamente, a la vez que caminaba hacia él.

Estaba más o menos como lo recordaba, tal vez con alguna arruga más en el rostro, especialmente en el entrecejo y en los laterales de los ojos. No en vano habían pasado ocho años desde entonces. Pero no podía menos que reconocer que su esposo era un hombre atractivo. Se le veía macizo, sólido, seguro de sí mismo, como lo había sido sin duda Hércules. Le sonreía ligeramente. Ella también sonrió. Él abrió los brazos conforme ella se acercaba y ella hizo lo mismo. Constantino no la abrazó; sus manos se enlazaron apenas con las manos de ella. Se besaron. Fue un beso protocolario, similar al que se dan dos amigos que se encuentran después de un tiempo sin verse. Por fin él habló:

- "Ha pasado mucho tiempo."

Fausta amplió su sonrisa.

- "Decís verdad, ha pasado un cierto tiempo."

No fue ella la que soltó aquel débil abrazo. Lo hizo Constantino.

- "Sentaos, por favor."

Lo hicieron ambos. Él a un lado de la mesa; Fausta enfrente. Constantino ya había preparado los temas de los que estaba dispuesto a hablar. Y el primero era llenar el hueco de los ocho años.

- "Sería muy largo contaros con detalle las labores que me han impedido venir a vuestro encuentro. Os aburriría. He querido ofreceros estabilidad y seguridad, y ambas me han esquivado durante mucho tiempo."

Fausta estaba dispuesta a aceptar cualquier justificación para aquellos ocho años de espera. Y la que le estaba ofreciendo su esposo era una justificación como otra cualquiera.

Fausta se esperaba algo así. Un Augusto, y más un Augusto Máximo, como era él, no iba a disculparse. Ella tampoco lo necesitaba. Lo que importaba era el presente. Ella también había pensado cómo llevar la conversación, dándole conversación. Necesitaban conocerse, hablar. Y había que aprovechar la primera ocasión que se presentaba.

- "¿Y estáis seguro de que ahora las habéis hecho vuestras?"

- "Completamente, en la medida en que un mortal puede conocer el capricho de la diosa Fortuna."

- "¿Creéis, entonces, en los dioses?"

Él dudó por un momento.

- "Más que creer en ellos ciegamente, trato de averiguar si me son propicios o no. Y tengo la convicción de que me son francamente propicios. De lo contrario, no estaría hoy aquí. Luego deben existir."

- "Es un buen razonamiento. Mi madre cree en ellos ciegamente, como vos decís. Yo soy más cauta y espero a ver si me son propicios a mí también o no."

- "Estoy seguro de que os son propicios. Y me atrevo a pensar que os lo fueron ya aquel lejano día, cuando os conocí, hace ocho años."

- "Yo entonces era muy joven y la niebla se despliega cuando trato de recordar detalles de entonces. ¿Que recuerdos tenéis de aquel día?"

Constantino había pensado lo suficiente en aquel día como para tener los recuerdos bastante precisos. Decidió mostrarse galante.

- "Era un día gris, con el cielo cubierto de nubes. Pero vos lucíais como si Apolo os estuviera iluminando directamente. Llevabais un vestido blanco y azul, y un velo os cubría el rostro. Pero cuando lo subisteis me asombró vuestra belleza. Y me llamó la atención vuestra mirada. Eso lo recuerdo como lo más destacado de todo."

- "¿Puedo saber qué visteis en ella?"

Constantino volvió a reflexionar por unos instantes. Las cosas iban mejor de lo que él había esperado. Fausta sabía llevar una conversación y la presente requería de la colaboración de ambos. Procuró aflorar su faceta más gentil.

- "Vi determinación, fortaleza, seguridad. Creí ver un carácter que no se dejaría dominar. Decidme si me equivoqué."

Fausta esbozó una sonrisa.

- "Quizás no, quizás visteis bien en mi interior ... "

Aparentó reflexionar y prosiguió, preguntando:

- "¿Y esa fortaleza no os impulsó a retroceder?"

Ahora fue él quien sonrió.

- "Un soldado no retrocede ante nadie, sin antes probar su fuerza."

Fausta, con una sonrisa irónica, pero amable al mismo tiempo, como si tuviera con él una confianza que no tenía, pero que decidió que le convenía tener, preguntó, levantando la barbilla.

- "¿Y venís hoy a entablar la primera batalla?"

Constantino vio una oportunidad de conseguir el objetivo de su visita. Y no dejó escapar la oportunidad. Las cosas habían sido más fáciles que lo que había supuesto.

- "Yo no lo llamaría batalla, sino más bien … encuentro. Un encuentro no tiene por qué ser hostil, puede ser amistoso. ¿Puedo preguntaros si sentís hostilidad hacia mí?"

Fausta comprendió que estaban llegando al momento clave.

- "¿Cómo podría? He tenido tan poco contacto con vos este tiempo que no hay ninguna posibilidad de tal cosa. Lo que oís, ninguna posibilidad."

Aquello era un sí. Incluso tenía el aspecto de ser una invitación. Una invitación al contacto. Exactamente lo que él estaba buscando. Constantino se levantó. Ella siguió sentada.

- "¿Os parece entonces que nos conozcamos mejor?"

Fausta no respondió. Se levantó, sonrió e hizo un gesto con los brazos que podía significar que no tenía inconveniente o que era lo que más le apetecía. Constantino se adelantó y le abrió la puerta de atrás, la que conducía a las habitaciones del comandante de la guarnición de *Arelate*. Desde varios días atrás todo estaba preparado para que se hospedara allí el ilustre visitante. No había guardias en aquel pasillo, a diferencia del que recorrió acompañada del oficial. El pasillo era corto y al final había una puerta. Entraron en la habitación preparada para el Augusto. Al fondo se veía una cama ancha.

"Por fin vamos a consumar el matrimonio", pensó Fausta.

- "¿Me permitís?"

Constantino le desataba las cintas de su *stola*. Ella le dejó hacer. Al poco, el vestido cayó a sus pies y ella salió del círculo que formaba a su

alrededor, en el suelo. Se había puesto una ligera blusa anudada con cintas en los hombros y bajo ella el *strophium* (sujetador). A la cintura llevaba anudada una saya, también vaporosa.

Cuando su esposo le desató las cintas de la blusa Fausta notó que sus manos le rozaban el cuello y los hombros. Cuando desató la cintura de la saya, sus dedos le acariciaron la cintura. Cuando la saya cayó al suelo, Fausta se volvió y se dispuso a quitarle a él la túnica. Mientras lo hacía, Constantino le acariciaba los brazos. Constantino llevaba un corto calzón. En ese momento él la empujó hacia el lecho.

Se acostaron. Ya en el lecho, ella se despojó del *strophium* y él, del calzón. Se abrazaron, esta vez estrechamente. Él empezó a acariciarla, a la vez que la besaba en el cuello y en las orejas. Ella le correspondió y, decidida como era, le acarició. Fausta se sentía especialmente deseosa de entregarse.

Sentir aquella mano tan suave excitó a Constantino y al poco él se colocó sobre ella. Ninguno de los dos lo sabía, pero estaban a punto de engendrar al primer vástago de la que iba a ser su familia.

Capítulo 126
Yela y Crispo.

Año 315

En *Colonia Agrippina* (Colonia) había un importante mercado de venta de esclavos. La Colonia los precisaba. Las obras que el Augusto Constantino estaba llevando a cabo, el puente de piedra sobre el *Rhenus Flumen* (río Rhin) y el fuerte *Divitia*, al otro lado del río, precisaban mucha mano de obra. Tales proyectos, que se estaban convirtiendo en realidad, habían hecho aumentar la población de la Colonia, por afluencia de todo tipo de oficios desde la *Bélgica* e incluso desde la *Galia Lugdunensis*. Se estaba reforzando y ampliando el acueducto, uno de los más largos de todo el Imperio, con sus cincuenta millas de longitud. Eso también requería mucha mano de obra.

Disan, el jefe de la aldea *Tencteri* a que habían ido a parar Yela y sus compañeras, era un viejo conocido en *Colonia Agrippina*. Siempre que llevaba allí su mercancía, paraba en una posada que había en las afueras de la Colonia. El dueño le hacía un precio especial. El día de la subasta, a primera hora, todos los esclavos a vender debían bañarse, para que no olieran mal cuando se presentaran ante sus posibles compradores. La mitad del cargamento de esclavos se bañaba en una bañera de metal y al otra mitad en la otra. Todo ello dentro de los establos y bajo la vigilancia de numerosos guerreros, que acompañaban a Disan en este tipo de viajes.

Pero Disan era perro viejo en estas lides de venta de esclavos. Sabía que en ocasiones las autoridades romanas pagaban muy bien determinadas esclavas o esclavos. Los más musculosos o afeminados, si eran hombres, y las vírgenes más hermosas, si eran hembras. Era difícil encontrar jóvenes afeminados entre los prisioneros *germanos*. A veces aparecía alguno. Pero siempre había unas pocas muchachas vírgenes con el tipo de belleza que gustaba a los romanos. Los *Germanos*, en general, y los *Tencteri* en particular, las preferían robustas, con anchas caderas y con los pechos bien grandes. Tendrían muchos hijos, y éstos serían robustos. Los romanos, en cambio, las preferían rubias y delgadas. No las querían para tener hijos, eso, para Disan, era evidente.

Había separado cuatro muchachas con esas características del cargamento que traía en esta ocasión. Uno de ellas era Yela. Las cuatro se bañaron el día anterior a la subasta. Para Yela fue un lujo bañarse sentada, en un recipiente y con agua caliente. Nunca lo había hecho antes. En su aldea se bañaba siempre en el río. Pero el baño no le consoló de saber que en breve su vida iba a tomar una nueva dirección, según quién fuera el romano que la comprara.

Yela y sus compañeras rogaban a los dioses para que las comprara un particular, no una autoridad militar. No querían terminar violadas por cien legionarios y crucificadas a la puerta del *castrum* romano (campamento militar). Limpia y bien vestida, Yela fue atada junto a otras tres prisioneras del *oppidum*, y fueron conducidas por las calles de *Colonia Agrippina* hasta un edificio grande que había cerca de la muralla. Había legionarios de guardia a la puerta. Yela tembló. Estuvo a punto de vomitar, pero no había tomado desayuno alguno y sólo tuvo náuseas. El jefe Disan pidió hablar con la autoridad romana del lugar. Al rato salió un oficial, miró a las jóvenes una por una, de cerca, las abrió la boca, les palpó los pechos, y luego volvió a entrar en el Pretorio.

Todas ellas sabían que si alguna no era vendida y retornaba al *oppidum* con Disan, éste destinaría a la rechazada a esclava de la tribu. Y eso significaba la peor de las suertes.

No acabaría crucificada, pero sí violada y vejada por todos aquellos guerreros brutales, para las que sería un juguete, un juguete pasajero. Por eso no se movieron cuando el oficial las exploró. Una hasta pudo sonreír.

Al rato apareció un oficial de mayor graduación, de más edad que el primero. El oficial que las había palpado señaló a Yela. El otro se acercó a ella y la miró detenidamente. Le hizo darse la vuelta. Ordenó que la soltaran. Disan obedeció, obsequioso con el oficial superior. El oficial le ordenó andar. Yela lo hizo, sólo unos pasos. Estaban rodeados por un círculo de soldados que miraban con curiosidad la escena. Dio media vuelta y volvió a su sitio. El oficial habló con Disan en una lengua que Yela no había oído nunca. Parecían discutir. Disan se negaba y el otro alzó la voz. El jefe *Tencteri* cedió. La acababa de vender. Disan volvió a atarle las muñecas a la espalda, esta vez a ella sola, y la empujó suavemente hacia el romano.

A Yela le sorprendió la nueva manera de tratarle de Disan. Normalmente, cuando tocaba a una esclava era para darle un empujón. Y

aún le sorprendió más la atención que el oficial mayor tuvo con ella. Y todos los soldados con los que se cruzó. Ninguno se burló de ella, ni le hizo signos obscenos, cosa a la que ya estaba acostumbrada en la aldea *Tencteri*. Yela no entendía nada.

La condujeron a una habitación pequeña. Parecía una prisión. Había un poste con dos argollas en lo alto, dos jaulas diminutas, es las que apenas cabría una persona agachada, y otra más grande, en la que se podía estar de pie. También había argollas y cadenas colgando de las paredes. A ella la encerraron en la jaula grande. Y al rato un soldado le trajo comida en una escudilla. Era un potaje con algo de carne. Estaba bueno. Yela se dijo que eso se lo daban a las condenadas antes de pasarlas por la centuria. Pensó que tal vez aquella sería su última comida y decidió saborearla despacio. Parecía haber pasado mucho tiempo desde su último día en la aldea, con su madre.

Muchas veces pensó que las habrían buscado, que habrían organizado partidas para seguir a los secuestradores. Pero recordó también que el grupo que las capturó las había hecho correr durante mucho tiempo por el cauce de un riachuelo. Su padre le había dicho que si un día debía escapar de quienes la persiguieran, tenía que hacer eso, huir siguiendo el curso de un arroyo. Y salir del cauce de agua a mucha distancia, cuanto más lejos mejor, de donde lo había encontrado. Eso dificultaba mucho a quienes la persiguieran, que posiblemente perderían la pista, que quedaba borrada en el fondo del arroyo. Por eso no las habían encontrado.

Pasó la tarde y nadie vino a buscarla. Yela pensó que la reservarían para después de la cena. Pero le trajeron la cena, la misma escudilla con el mismo potaje. Y nadie más apareció. Yela estaba nerviosa, esperando. Pero al final se durmió. Había un lecho de paja en la jaula y un recipiente con la boca ancha. Lo usó cuando sintió la necesidad.

Al día siguiente, después de darle un desayuno, la sacaron de la jaula y la condujeron, por unos largos pasillos, hasta unas letrinas. Ella no sabía para qué eran aquellos orificios en el banco. El soldado que la conducía hizo un gesto muy explícito y ella entendió. Pretendían que echara por aquel agujero sus excrementos. En su aldea, para eso había, fuera de la empalizada, unos lugares donde cagaba toda la aldea. Había varios para los hombres y otros para las mujeres. Ella nunca había cagado sentada. Pero tendría que hacerlo esta vez. Era peor hacerlo dentro de la jaula.

Cuando volvió a la jaula le trajeron la comida. Pan, tocino y un caldo, todo en la misma escudilla. Comió con apetito. Le estaban fallando los esquemas. Estos romanos no había hecho con ella todo lo que le habían dicho en la aldea que harían.

¿Los romanos a los que había sido vendida serían diferentes a los romanos normales?

Crispo llegó a *Colonia Agrippina* de vuelta de *Mogontiacum* (Maguncia). Allá había estado con Eroc, como hacía siempre que visitaba *Mogontiacum*. Su padre le había contado que Eroc había sido amigo de su abuelo Constancio, y que éste lo llamó a *Britania*, antes de morir, para que su hijo lo conociera.

Se llevaba bien con él. Le hacía gracia su forma de hablar, muy elemental, como si fuera un niño, a pesar de ser un hombretón, padre de dos niñas. Conoció a su pareja, también de la tribu de los *Alamanes*. Porque no se habían unido en matrimonio civil romano, sino que prefirieron unirse como en *Germania*. Se cambiaron unos regalos, dieron una pequeña fiesta con muy pocos invitados, todos *Germanos*, y empezaron a traer hijas al mundo. Eroc quería que fueran varones, pero no había manera de lograrlo. Crispo le gastaba bromas sobre este tema.

Cuando llegó al Pretorio de la Colonia, donde solía residir cuando visitaba la misma, el comandante solicitó tener una entrevista privada con él. Crispo conocía bien al comandante del puesto, Lucius. Era un centurión veterano, que había ascendido a tribuno por méritos y veteranía. Estaba a punto de retirarse y gozaba de un gran prestigio entre sus subordinados. Lucius entró en la sala. Parecía no saber cómo empezar. Al fin lo hizo.

- "Tribuno … No sé cómo deciros lo que debo comunicaros…"

- "Pues empieza de una vez, Lucius. ¿Ha ocurrido algún accidente durante mi ausencia? ¿Algún altercado entre soldados?"

Lucius pareció aliviado.

- "No, tribuno, no es nada de eso. Estad tranquilo, es otra cosa. Es algo … quizás un poco irregular. Veréis … Hace un par de días tomé una iniciativa que espero que sea de vuestro agrado. Podéis creer que lo hice con la mejor intención. Y que si no os agrada, yo haré frente a la responsabilidad que me corresponda."

Crispo se empezaba a impacientar. Nunca Lucius se había puesto así con él.

- "¿Quieres hablar de una maldita vez y decirme qué ha pasado en mi ausencia?"

- "Sí, tribuno. Que os he comprado una concubina."

Crispo soltó una enorme carcajada que resonó en todo el Pretorio. Todo el personal bajo el mando de Lucius sabía lo que éste tenía que decir al tribuno. Y no estaban muy seguros de la reacción de éste. Cuando oyeron la carcajada del hijo del Augusto, más de uno respiró aliviado. Tener cierto tipo de iniciativas con tan alto cargo podía ser peligroso.

- "Qué me has comprado una concubina, ¿dices? Pero bueno …"

Realmente Crispo no sabía qué decir. Lo último que podía imaginar era lo que Lucius acababa de comunicarle.

"¡Si serán cabrones, estos centuriones …!" pensó Crispo, pero en silencio.

No podía recriminarle a Lucius por lo que había hecho. Sabía que lo había hecho creyendo complacerle. Seguramente a la hora de explicárselo le habían entrado dudas. De ahí su indecisión. Podía rechazarlo desde un principio. O podía ver a la concubina y juzgar. Lo cierto es que ya iba siendo hora de que tratara con mujeres de forma … regular. Claro que su padre no debía saberlo. Pero ahora su padre estaba fuera. Y cuando volviera sería muy poco el tiempo que pasara en *Colonia Agrippina*, si pasaba alguno. Decidió verla. ¿Qué perdía con ello?

- "Está bien. ¿Dónde la tenéis?"

- "En la prisión del Pretorio, tribuno."

- "¡Por Júpiter!, ¿en esa pocilga?"

Lucius bajó la vista, confundido. Parece que no sabía tratar a las mujeres de cierta altura.

- "Haré lo que vos digáis, tribuno."

Crispo lanzó un suspiro de desesperación. Lucius había sido bueno mandando su centuria. Y ahora lo era mandando la guarnición de *Colonia Agrippina*, más de cuatro cohortes, un total de 2.000 hombres. Pero no era capaz de tratar adecuadamente a la posible concubina del tribuno. Pensó con rapidez. No podía verla metida en la jaula de la cárcel del Pretorio. Seguro que olía mal.

- "Vais a hacer lo siguiente. Coge un pelotón de legionarios, coge a la muchacha y llévala a tu casa. ¡Sí a tu casa!"

Lucius había hecho un signo de sorpresa.

- “Una vez allá, dile a tu esposa que la bañe y la prepare como si fuera a asistir a una boda. No como novia, como simple invitada. Y cuando lo haya hecho, me la traéis aquí de nuevo. Por lo menos, así estará presentable.”

Las cosas, para sorpresa de Yela, se hicieron como el tribuno había ordenado. La esposa de Lucius, una matrona gruesa y bonachona, se encariñó con la joven. Y en el poco tiempo que estuvo con ella - lavándola, secándola y probándole los vestidos que guardaba de cuando ella era joven - le dio unas muestras de afecto como si fuera su hija. Esto desarmó a Yela. Definitivamente, los romanos que le habían tocado en suerte, eran especiales.

Con el vestido puesto, la mujer de Lucius la peinó. Y, conforme lo hacía, iba diciendo en voz alta lo que pensaba de ella.

- “Estás preciosa. Te pareces a mí cuando tenía tu edad. Podía haber conquistado a más de un oficial, pero me colé por un simple legionario. Eso sí, muy apuesto. Y muy bravo. Este vestido te queda muy bien. Te realza el busto. Tienes un cuerpo divino, hija. Y unos ojos grandes y profundos como el *Rhenus*. Te deseo lo mejor, que llegues donde yo no pude llegar, aunque no me arrepiento de mi elección.”

Yela no entendía nada de lo que aquella mujer decía. Pero sabía que hablaba de ella y notó que en su voz había cariño. Y hasta admiración.

La mujer la hizo dar dos vueltas, para verla desde todos los ángulos y, satisfecha de la transformación lograda, abrió la puerta de la casa y la mostró a su marido y a los diez legionarios que le acompañaban. Todos quedaron sorprendidos. Había entrado en la casa casi una pordiosera y salía la misma persona convertida casi en una dama. Formaron en torno a Yela y, con Lucius al frente, atravesaron media Colonia hasta llegarse al Pretorio.

Lucius hizo esperar a la muchacha en la antesala del despacho del tribuno, y tímidamente llamó a la puerta. Crispo dio orden de pasar. Lucius entró y se quedó parado en el medio. Crispo tuvo que preguntar.

- “¿Y bien?”

- “Está fuera, tribuno. Está esperando fuera.”

- “Pues pásala, por todos los dioses. Tendré que verla.”

- “Sí, tribuno. Ahora mismo, tribuno.”

Y salió fuera.

Yela se había ido haciendo cargo de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Al llegar a casa de Lucius - pues supo que era su casa - su mujer procedió, lo primero de todo, a bañarla. En otro recipiente de metal y con agua caliente. Eso Yela ya lo conocía. Era el paso previo a presentarla a alguien importante, a alguien a quien debía gustar. El vestido, el peinado, el perfume que le había puesto, todo ello le confirmó que iba a conocer a su nuevo dueño.

Los acontecimientos se sucedían tan rápidamente que Yela apenas tenía tiempo para reflexionar sobre qué debía hacer, si es que tenía que hacer algo. Recordó que en el *oppidum*, o en el viaje a la ciudad romana, no había hecho nada para ser elegida, y tampoco hizo nada a las puertas del Pretorio, para ser la única elegida. Era su destino. Alguno de los dioses de la aldea parecía cuidar de ella. Seguiría confiando en su destino. Le iba mejor que cuando se dejó llevar por sus sentimientos hacia aquel Airón, al que ella había amado.

El mando militar que la había llevado a su casa, salió y, tomándola del hombro, la hizo entrar en la estancia. Detrás de la mesa, estaba un hombre joven, muy joven. No sería mucho mayor que ella. La miraba fijamente. Yela sostuvo la mirada. El hombre que la miraba dio la vuelta a la mesa y la siguió mirando. Llegó ante ella y la tomó de una mano. Observó su mano. Le rozó el brazo izquierdo con los extremos de sus dedos. Tenía unas manos suaves. Se veía que no había trabajado la tierra. Ella conocía las manos de los que han trabajado la tierra. O de los guerreros, como su padre. Tienen callos, de tanto blandir la espada, o de agarrar con firmeza la madera del escudo. Aquel joven no era ni campesino, ni legionario. Y Lucius le mostraba gran respeto. No sabía quién era, pero era alguien importante. Sus temores a ser violada y crucificada desaparecieron. Aquel joven bien parecido no parecía capaz de una cosa, ni de la otra.

- “¿Cómo os llamáis?”

Pero Yela no entendía lo que él decía. Hizo un gesto, negando con la cabeza. Entonces Crispo se dirigió a Lucius.

- “Bien, Lucius. Espérame fuera, te llamaré.”

No quería testigos de lo que pasara entre la muchacha y él. Comprendió que debía tener mucha paciencia si quería entenderse con aquella preciosidad. Porque era una joven preciosa. Ahora que estaba a solas con ella y que no era observado, aprovechó para mirarla fijamente,

casi con descaro. Fue consciente de sus ojos, verdes y enigmáticos, profundos, que parecían tener miedo. De su pelo, largo, rubio, ondulado y sedoso, según pudo palpar. El óvalo de su rostro era perfecto; su nariz, pequeña. Su boca en cambio, era amplia y apetecible. No veía su cuerpo, sólo sus brazos, perfectos. Pero lo adivinaba joven y esbelto. Era casi tan alta como él. Tenía que lograr comunicarse con ella.

Por tres veces se señaló con el dedo en el pecho y dijo, despacio:

- "Cris-po, Cris-po, Cris-po."

Ella repitió los mismos gestos y pronunció su nombre, sin mucho acierto:

- "Kis-po, Kis-po, Kis-po."

No era eso lo que Crispo quería. Repitió su nombre, sólo una vez, y luego le señaló a ella con el dedo. Yela comprendió. Y respondió, señalándose a sí misma:

- "Ye-la, Ye-la, Ye-la."

Crispo sonrió. Yela también lo hizo. Se sentía fuera de peligro. Aquel joven le infundía confianza. Era romano, pero no era como los demás romanos. Crispo tomó una silla y la colocó frente a la suya. La hizo sentarse muy cerca de él; sus manos se rozaban. La tomó de las manos y la miró a los ojos. Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Aquella noche, en el mismo Pretorio, se entregaron mutuamente por primera vez.

Capítulo 127

La vuelta.

Año 315

Constantino permaneció en *Arelate* una semana más, en el Palacio Imperial, cuya fachada principal daba al *Arar Flumen* (río Ródano). Y no lo hizo porque tuviera muchas obligaciones, ni problemas con el Tesoro, que controló a fondo, sino por volver a tener en sus brazos a su joven

esposa Fausta. Con ella se sentía rejuvenecer. En esa semana la confianza entre ellos había aumentado muy rápidamente y cuando se despidieron parecían haber estado unidos desde años atrás.

Fausta le había preguntado un par de días antes:

- "¿Cuándo volveréis, amor mío?"

- "Lo antes que pueda, aquí soy bien acogido ..."

Le acarició el rostro. Los dos sonrieron. Constantino prosiguió:

- "Tendré que pasar el invierno en el Norte. Ya os he dicho que he de arreglar cierto asunto que os afecta. Tened confianza en mí. Lo haré y volveré a vos con el nuevo año militar, en cuanto termine el invierno y los caminos se vuelvan transitables."

- "Lo que digáis, mi amor. Pero no olvidéis escribirme. Ya que no puedo teneros cada noche en mis brazos, que tenga noticias vuestras con frecuencia. Yo os responderé con el mismo mensajero."

- "Dadlo por seguro, no os dejaré sin noticias y os adelantaré mis planes."

Constantino sabía que en la próxima campaña él saldría, con las tropas de la *Galia* bajo su mando, en dirección a la *Tracia*, contra Licinio. Al hacerlo, pasaría por *Arelate* y podría estar con Fausta, tal vez quince días. Pero prefirió no comprometerse.

A Fausta le contrariaba saber que durante el invierno su esposo iba a convivir más de una vez con su anterior esposa, Minervina. Pero comprendía que cualquier mención a ese tema podría contrariar a Constantino. E hizo como que no había pensado en ello.

A mediados de Noviembre la comitiva partió hacia el Norte, siguiendo la *Vía Aureliana*. Dos semanas más tarde llegaban a *Augusta Treverorum*. Parecía que el invierno se retrasaba, porque apenas encontraron nieve en el recorrido.

Todo fue alegría en *Palatiolum*, como se llamaba el pequeño *vicus* que había nacido en torno al Palacio de Constantino, al Norte de la capital. Constantino quería expeditas las dos vías que lo conectaban con la capital y con el Norte, y había dado orden de que en torno a ellas no se construyera nada. Al Este del Palacio discurría el *Mosella Flumen* (río Mosela), por lo que todos los edificios posteriores al Palacio se ubicaron en la trasera, al Oeste.

Toda su familia estaba esperándole. Su madre, Elena, su esposa, Minervina, su hijo, Crispo, su suegra, Teodora, y los hijos de ésta. Todos le

expresaron lo mucho que le habían echado en falta durante los meses que había estado ausente. Constantino fingió estar más cansado de lo que estaba. Crispo quería hablar con él, pero lo pospuso hasta el día siguiente. Minervina se le mostraba solícita, pero esa noche no la llamó, aludiendo al largo viaje desde Roma. No hizo ninguna mención a su parada en *Arelate*.

La primera persona a quien Constantino quería ver era a su Canciller Mayor, Gleva. Quería saber cómo se había portado su hijo en su ausencia. La opinión del Canciller no pudo ser más favorable.

- "Podéis estar orgulloso de vuestro hijo, Augusto. No hay en todo el Imperio un joven con más inteligencia natural y más prudencia que vuestro hijo Crispo."

Era lo que Constantino esperaba oír. No obstante, quiso asegurarse.

- "¿Estáis seguro de que ésos son los hechos y no los mejoráis para halagarme como padre?"

Gleva se puso repentinamente serio.

- "Augusto … que Júpiter me fulmine con un rayo si os encomio a vuestro hijo más de lo que él se merece. Nunca os engañaría, *Dómine*."

Constantino hizo en gesto con la mano en el aire, como cerrando algo.

- "Está bien, Canciller. Os creo. Ahora decidme qué novedades ha habido en estos meses."

- "Ninguna adversa, *Dómine*. La decoración de la Basílica se ha completado. Espero que me permitáis mostrárosla."

- "Lo haréis, Gleva."

- "Las obras de modernización del acueducto que surte de agua a *Augusta Treverorum* y a este Palacio siguen su marcha según vuestras previsiones. Se ha completado casi la mitad inferior y para finales del próximo verano se espera tenerlo todo terminado."

Constantino estaba seguro de que él no vería ya el acueducto terminado. El siguiente invierno lo pasaría en la *Tracia*. La *Tracia* que ahora era de Licinio.

- "Bien, bien … " respondió distraídamente.

El Canciller se dio cuenta de que su superior no estaba ya en la conversación. Gleva quedó en silencio. Constantino seguía pensando en Licinio, en Constancia y en el pequeño que habían tenido. Gleva, que conocía a su superior, dio unos pasos hacia la puerta.

- "Si me lo permitís, *Dómine*, debo atender asuntos de trámite ..."

Constantino asintió con la cabeza y Gleva salió del despacho del Augusto. Cuando salió a la antesala, se encontró con Crispo, que deseaba hablar con su padre. Se dirigió a él:

- "Me ha preguntado por vos."

Crispo, sonriendo, respondió:

- "Espero que no le hayáis dado muy malos informes."

- "Desde luego que no. Han sido buenos. Pero el tema es otro. Quería deciros que si no es muy urgente lo que os trae a hablar con él, lo dejéis para otro momento. Tiene muchas temas sobre los que reflexionar. Y ahora lo está haciendo. Ya me entendéis."

- "Gracias, Canciller. Nunca olvidaré lo que tantas veces me habéis dicho, "el don de la oportunidad cuando se mira hacia arriba". No. No era nada de importancia. Se lo comentaré la próxima vez que le vea. Os acompaño, entonces."

Y ambos se dirigieron a la salida del Palacio. Ya en la Puerta Principal, Crispo preguntó:

- "¿Subís o bajáis?"

- "Bajo. Debo pasar por el Pretorio de *Augusta Treverorum*. ¿Y vos?"

- "Yo subo. Dejaré a mis padres solos un par de días y luego volveré a ver al Augusto. Yo también tengo cosas que hacer en el Pretorio de *Colonia Agrippina*."

Los dos hombres se despidieron. A ambos les esperaban sus escoltas y partieron en direcciones opuestas. Crispo sabía que Gleva no estaba al corriente de su nueva adquisición.

Capítulo 128

Por méritos propios.

Año 315

Desde que había conocido a Yela, algo nuevo se había abierto en el corazón de Crispo. Y eso se le notaba. Toda la guarnición de *Colonia Agrippina* sabía de la adquisición de la esclava *germana* por el comandante de la guarnición, Lucius, y que Lucius se la había entregado a Crispo. Y que éste la había probado. A espaldas del interesado, todo eran bromas sobre el tema:

- "¡Ya era hora de que el tribuno Crispo conociera el amor …!"

- "¡Eso, que le haga probar a esa *Germana* a qué sabe la verga de un romano!"

- "¡Con una frutita madura como ésa yo también me revolcaba ahora mismo!"

Y otros muchos comentarios a cuál más atrevidos. Y todo eran carcajadas. Pero no eran carcajadas de burla, sino de solidaridad. Todos se alegraban de que el tribuno Crispo, el hijo del Augusto, se hubiera acercado más a ellos beneficiándose a la *Germana*. Casi era uno de ellos. Su popularidad, que ya era alta, subió al límite cuando se supo que se beneficiaba a aquella rubia bárbara. No se lo decían, pero Crispo sospechaba algo. Por la actitud jovial con la que todos le saludaban.

Mientras cabalgaba hacia *Colonia Agrippina*, Crispo iba pensando en su nueva relación con Yela. Era asombroso lo que una mujer podía hacer brotar en el corazón de un hombre. Algo sabía ya, antes de que Lucius se la entregara, pero era muy diferente conocerlo en teoría que vivirlo en la práctica. Crispo pensó en sus maestros en las artes amatorias. Había tres. Y los tres eran completamente diferentes.

Eusebio les había hablado del amor. A Constancia y a él, conjuntamente. Decía Eusebio:

- "El amor es cosa de dos, de un hombre y una mujer. Por eso conviene analizar lo que sentimos nosotros dentro de nuestra alma, y saber también lo que pasa en el alma de nuestra pareja. Somos especialmente responsables de lo que hacemos surgir en el alma de nuestra pareja.

La regla de oro del amor es ocuparse sólo y exclusivamente de la pareja. A nosotros nos llegará la felicidad de rebote, sin buscarla. Cuando hagamos feliz a nuestra pareja, lo seremos nosotros. Eso, suponiendo que seamos como se debe ser. Pero vosotros dos ya sois así."

Él tenía plena confianza en las enseñanzas de Eusebio. Era un Maestro de Conocimiento. Pero no confiaba en él por su prestigio, sino porque había comprobado que las recomendaciones que les daba eran auténticas, se cumplían tal y como él las decía. Y lo mismo le pasaba a Constancia. Eso sólo podía saberlo Eusebio si él había seguido antes esas mismas recomendaciones. No eran teorías, era práctica vivida.

Su segundo maestro era Eroc, el amigo de su padre y ahora amigo suyo. Eroc no era ningún Maestro al estilo de Eusebio, claro que no. Era más bruto que un arado. Pero lo sabía todo sobre las mujeres. Las había conocido a fondo, a docenas. Y decía que todas eran iguales. En lo que respecta al sexo, todas eran iguales. El lema de Eroc era:

- "Se las pone *cachondas* en cuanto uno se dedica a ello. No cuesta nada."

Desde hacía bastante tiempo le había explicado cómo hacerlo. Y él había comprobado, con Yela, que tenía razón. Ya el primer día aplicó a la joven la receta mágica de Eroc y funcionó: Yela se lanzó sobre él y no paró de hacerle todo lo que a él le gustaba, sin vergüenza alguna, como si llevaran copulando años. ¡Y era el primer día!

Crispo estaba admirado de lo que sabía Eroc y de la razón que tenía. Como Eusebio, pero en aspectos diferentes. No se imaginaba a Eusebio, con lo formal y circunspecto que era, explicándoles, a Constancia y a él, como manipular el pubis de una hembra. Soltó una carcajada - que sorprendió a quienes le acompañaban, aunque no tanto - cuando se imaginó la escena. No, no era posible. En Eusebio, no. Eroc - que era una mala bestia - sí. Pero Eusebio, no. Imposible.

Y, por último, estaba su amigo Tibulo. Tibulo era un caso especial. Extremo, pensaba Crispo. Tibulo no cumplía las reglas de Eusebio, eso se veía a una distancia de millas. Pero tenía su particular forma de enfocar el tema del amor. Crispo quería comprobar algo de la teoría de Tibulo, ahora que tenía ocasión. Así, la próxima vez que su amigo le hablara del sexo, él tendría un criterio y le podría discutir en lo que no estuviera de acuerdo.

A Tibulo le importaba un rábano lo que pasaba en el alma de la mujer con la que copulaba. Tibulo sólo se preocupaba de que la otra le

diera placer, haciendo lo que él la había ordenado. Y, además, a Tibulo le causaba placer que ella sufriera.

Eso era lo que Crispo no podía entender. Ahora que conocía a Yela no podía imaginar cómo se podía sentir placer en hacer daño a una criatura tan frágil y tan encantadora. ¿Qué mecanismo interno no le funcionaba bien a Tibulo? Tenía que averiguarlo. No se conformaba con disfrutar en compañía de Yela y hacerle disfrutar. Quería averiguar las reglas que regían el Amor.

Tal vez algún día pudiera escribir un libro sobre ese tema, si llegaba a averiguar tales reglas. Los principios de Eusebio no le parecían un mal principio. Pero él debía averiguar el resto. También qué pasaba en el interior de las personas como Tibulo. No era su amigo el único que se portaba mal con las mujeres. En la milicia se hablaba de todo, sobre todo en las largas tardes de invierno y en las guardias. Y el tema de las mujeres era el preferido de casi todos los legionarios, tribunos, oficiales y legados.

Y a los hombres les gustaba comentar los casos más extraños, fuertes y violentos. Por eso sabía Crispo que lo de torturar mujeres no era patrimonio exclusivo de su amigo. Muchos más lo hacían, tanto en la milicia como en la vida civil. Había campo abierto para hacer lo que uno quisiera con las esclavas. Tibulo lo había demostrado recientemente con aquella esclava a la que crucificó, vete tú a saber por qué. Posiblemente, sería cierto que el *nomenclator* se la quiso ventilar. Pero Tibulo no quiso poner en duda el comportamiento del *nomenclator* por lo que dijera una esclava. La muchacha debía haberse callado si no tenía testigos. Y, ante todo, haber accedido. No se deben tener problemas con los de arriba.

Y no sólo se podía hacer lo que uno quisiera con las esclavas. Tomando las precauciones debidas, también se daban casos parecidos con las prostitutas que pululaban por las inmediaciones de los *castra* (campamentos) romanos. Claro que había que ser menos drástico en los castigos. Pero se contaban casos que levantaban los pelos de la nuca.

Habían dejado atrás *Tolbiacum*, estaban pasando por el puente de madera que cruzaba un pequeño afluente que iba a parar al *Rhenus Flumen* en *Novosium* y se veía ya el valle sobre el que se asentaba *Colonia Agrippina*. Crispo pensó en Yela, desnudándose antes de entregarse a él. Y entregándose con aquella despreocupación que debía ser habitual entre las mujeres *germanas*. Él no tenía experiencia, pero había oído decir que las

mujeres romanas eran muy timoratas y bastante pasivas. Pero él conocía otra regla de Eroc:

- "No hay hembra tímida, sino varón que no sabe lo que se trae entre manos."

Recordaba como se rió Eroc cuando le habló de esta regla por primera vez. Luego él también comprendió la razón de su ruidosa carcajada: Las manos.

Capítulo 129

Tiempo de confidencias.

Año 316

Crispo sabía que su padre se iba a enterar de su asunto con Yela más pronto o más tarde. En cuanto el tema llegara a conocimiento de Gleva, lo sabría su padre. Por eso, comprendía que tenía que decírselo, y pedir su permiso para continuar aquella relación. Relación que estaba aceptada dentro de las leyes romanas, el concubinato. No se lo pudo decir en cuanto su padre llegó a Palacio. Debía habérselo dicho en aquella ocasión, o poco después. Luego, había ido atrasando pasar por el mal trance. Pero se daba cuenta de que se estaba arriesgando. Un día lo decidió, y se dirigió resueltamente a *Augusta Treverorum*. No quería que su padre se enterara por Gleva.

El mismo día que Crispo se dirigía, a caballo, a la capital, un mensajero de *Arelate* le había tomado la delantera. A media mañana había entregado en Palacio una cápsula de plomo, conteniendo un mensaje dirigido al Augusto. El mensajero tenía orden de no decir el nombre del remitente, ni la ciudad de donde el mensaje provenía. Si se le insistía, debía decir solamente, "de la zona Sur de la *Lugdunensis*."

Constantino conoció el nombre del remitente aun sin estar éste escrito en la misiva. El olor del perfume de Fausta, en cuanto abrió la cápsula, era inconfundible. Él le había pedido que siempre que se acostaran juntos se pusiera ella el perfume que se había echado el primer día. Así, siempre recordaría aquella tarde de Noviembre. Fausta había accedido, sonriendo.

El billete decía así:

"*De Fausta, esposa de Constantino, Augusto, a mi esposo. Salud.*

Con esta misiva quiero comunicarte, querido esposo, que estoy en estado. El alumbramiento, me han dicho, para Agosto. Te veré antes. Cuídate."

Constantino dio un salto de alegría. No esperaba la noticia tan de inmediato. Decididamente, los dioses estaban de su parte. Y favorecían su compromiso con Fausta, y el momento que había elegido para fecundarla. Luego también bendecían su plan de hacerse con las Prefecturas de Licinio, ya que la nueva campaña iba relacionada con su matrimonio con Fausta. No se podía pedir más al destino.

A la comida, que tomó en su despacho privado, a solas, tenía la carta encima de la mesa, y respiraba aún el perfume de su nueva esposa. Fue en ese momento cuando le anunciaron la llegada de su hijo Crispo, que solicitaba verle. Constantino le hizo pasar. Tomaría unos pastelitos que le habían preparado en la cocina de Palacio. Ofreció alguno a Crispo. Éste, aunque ya había tomado un pequeño refrigerio en la *mansio* de *Noviomagus*, en la parada de la posta imperial, aceptó la invitación de su padre. Ese día no debía contrariarle en lo más mínimo. Nunca lo hacía, pero ese día menos que nunca.

Notó a su padre jovial, algo inusual en él. Se alegró. Eso lo haría más proclive a darle el permiso. Cuando hubieron terminado con los pasteles y el oficial que les servía hubo retirado los platos de encima de la mesa baja que había entre ellos, se levantaron de los triclinios y fueron a la zona de trabajo. Constantino se sentó tras la mesa y su hijo delante de él.

- "Tú dirás, hijo."

Crispo dudó un poco antes de empezar.

- "Padre, quiero poner en tu conocimiento algo que quizás no sepas y pedir tu permiso, si te parece que he actuado correctamente, para seguir por la senda que los acontecimientos me han hecho tomar."

- "¿Y qué senda es ésa que yo no conozco y que tú estás siguiendo?"

Crispo quería asumir él las consecuencias que se derivaran de su relación con Yela. No quería culpar a Lucius de la compra de la esclava, pero, tratando con su padre, no quería faltar a la verdad en ningún detalle. Eroc le había dicho que no hablara de amor a su padre. Era mejor que la esclava fuera, supuestamente, una diversión. Pero Crispo conocía a su

padre mejor que Eroc, y divertirse con una mujer … no le parecía algo aceptable para su padre. En especial, después de haber conocido a Lactancio.

- "La senda de prepararme para cuando me toque desposarme con quien tú me indiques, como más de una vez me has comentado, padre."

Constantino se quedó pensando. Si su hijo se estaba preparando para el matrimonio, tenía que ser con una ciudadana romana, con una cortesana, o con una esclava. Sólo aceptaría el tercer caso.

- "Sé más concreto y dime qué senda es ésa."

Crispo vio llegado el momento de la verdad.

- "Tengo una esclava *germana* en el Pretorio de *Colonia Agrippina*, padre. Y practico con ella."

Su padre echó la cabeza hacia atrás, en un gesto de liberación.

- "¡Ah!, se trata sólo de una esclava *germana*. No tengo ningún inconveniente en tal caso, hijo. Otra cosa sería que yacieras con una mujer casada, con una joven romana, o con una prostituta. En tales casos sí que tendría objeciones serias. Tú ya sabes cómo pienso. Pero si es una cautiva *germana* … entonces no tiene ninguna importancia. ¿Es bonita?"

- "Yo creo que sí, padre. Si te parece, la podría traer un día y mostrártela."

Su padre negó con la cabeza.

- "No, no hace falta. Al que tiene que agradarte es a ti. Confío en tu buen gusto."

Crispo suspiró internamente, aliviado. La cosa había sido más fácil de lo que había imaginado. De pronto, a su padre se le ocurrió algo.

- "Hijo, doy por hecho que eso será durante un tiempo, y que luego despedirás a esa esclava, o la venderás ..."

- "Claro, padre. Evidentemente no me voy a aficionar a ella para siempre, es una esclava y, además, *germana*."

Crispo sabía que debía mostrarse despectivo respecto a la esclava. Eso sonaría mejor a los oídos de su padre.

- "Bien, bien, eso está bien."

De pronto, Constantino pensó que sería un buen momento para exponer a su hijo sus planes para la primavera siguiente. Por temor a los espías de Licinio, que podían estar en cualquier sitio, había dado órdenes de que los movimientos de tropas se retardaran todo lo posible. Sólo Gleva

y un par de generales de su Estado Mayor sabían de la inmediata campaña contra Licinio.

- "Espera, Crispo, no te vayas. Yo también quiero decirte algo que tú no conoces. Algo que deberá seguir siendo un secreto, compartido ahora también por ti."

Crispo notó un cambio en la actitud de su padre. Su despreocupación había desaparecido, y ahora, en cambio, lucía un semblante serio y preocupado. Se trataba de algo adverso y de algo importante.

- "Tú dirás, padre."

Crispo también se puso serio. Su padre siguió:

- "Se trata de mi cuñado Licinio. Hay algo que no va bien entre nosotros."

Crispo captó en un instante las implicaciones que tenía la confesión de su padre: Constancia. Constancia era la esposa de Licinio. Y le acababa de dar un hijo. Esperó, impaciente, a que su padre siguiera hablando. No se atrevía ni a preguntar. En comparación con el tema que había sacado su padre, sus relaciones con Yela pasaban a un segundo plano. Al fin, su padre prosiguió.

- "Sería largo explicarte todos los detalles, pero, por más que he hecho todos los esfuerzos por evitar lo que va a venir, debes saber que con el buen tiempo debo salir, con el máximo número posible de tropas, para la *Tracia*, a parar el ataque que sé que él va a iniciar en cuanto le sea posible."

La noticia cayó como un rayo en la sala. Se hizo un silencio total. Crispo se oía respirar. Por un momento creyó estar soñando. Pero no, aquello era real. Su padre estaba allí y acababa de decirle que la guerra con el esposo de Constancia, su hermana, era inminente. Crispo no sabía qué pensar.

- "Pero, padre … no sé … ¿No hay forma de evitarlo? ¿Queréis que vaya yo a la *Tracia* y trate de parar esa locura suya como último intento?"

Antes de hablar, su padre movió la cabeza varias veces, lentamente, en sentido negativo.

- "Más de lo que le he razonado yo, es imposible hacerlo, hijo. Además, no quiero arriesgarme a perderte. Te necesito aquí."

Crispo comprendió que su padre tenía razón. Él debía quedar en la frontera de *Germania* siempre que su padre se ausentara de la Prefectura

de las *Galias*. Era su oficio. Él y Gleva, suplirían a su padre el tiempo que hiciera falta.

- "Os comprendo, padre. Haré como mandéis."

Pero Constantino no había terminado. Quedaba dar a su hijo la noticia familiar, la creación de su nuevo linaje lejos de *Augusta Treverorum*. Dentro de pocos meses se ausentaría de aquel Palacio para muchos años, los que le costara poner en orden las dos Prefecturas más alejadas, la del *Ílírico*, que comprendía la *Tracia*, y la de Oriente, que se extendía hasta Egipto. No podía calcular cuánto tiempo iba a estar ausente. Pero, como mínimo cinco años. Y luego, tal vez debiera fijar su capital en Oriente, para hacer frente a los *Partos*.

- "Hay algo más, hijo. Algo que me ha costado mucho decidir. He estado posponiendo esta decisión durante años, a la espera de que tú fueras un hombre, como eres ahora. Y puedas comprender las razones de mi postura.

Tú sabes que tu madre no puede darme más descendencia. Te tuvo a ti y los dioses no quisieron que tuviera más. Ha llegado el momento de que haga efectivos mis esponsales con la hija de Maximiano. La boda se celebró lejos de aquí, cuando tú eras aún un niño. No puedes acordarte de ello. Para eso había pensado en repudiarla. Espero que lo comprenderás."

Crispo sintió que le fallaba el suelo donde se apoyaba. ¿Para qué se le habría ocurrido venir a contar a su padre su ligue con la esclava *germana*, para que poco a poco se derrumbara todo su mundo? ¿Los dioses se habían vuelto locos? Alguien había perdido el juicio. El primero, sin duda, Licinio. Lo de su padre repudiando a su madre era penoso, pero no le cogía de sorpresa. Su madre se lo había anunciado años atrás. Él no la había dado crédito, pero se lo había dicho. Lo de Licinio atacándoles sí que le parecía algo increíble. Hizo un último intento.

-"Padre, ¿y si en lugar de ir, como os he propuesto antes, le escribo una carta, que os enseñaré antes, para que la aprobéis, intentando hacerle entrar en razón?"

Constantino pareció reflexionar sobre la proposición. Finalmente, volvió a mover la cabeza negativamente.

- "Mira, hijo. Agradezco tus buenas intenciones. Eres joven y eres todo ímpetu y generosidad, pero no conoces los entresijos del alma humana. Yo los conozco mejor, porque he vivido más que tú. Licinio se ha empeñado en regir él todo el Imperio y no parará hasta que lo consiga. La

única forma de evitar que alcance su meta es pararle los pies. No hay otra solución. Y eso, cuanto antes se haga, mejor. Debes comprenderlo así.

Tú juegas un papel muy importante en estos momentos cruciales, hijo. Yo os tengo a Gleva y a ti para estar al cuidado de las *Galias* y de Italia. Si algo sucediera en Italia mientras yo estoy defendiendo estos territorios de las ambiciones de Licinio, si algo grave sucediera en Italia, deberéis decidir cuál de los dos se desplaza y con qué tropas - que no podrán ser muchas - a Italia. Y será obligatorio que resolváis el problema. Yo no podré dejar mi tarea en el Este para volver al Oeste. ¿Lo comprendes?"

Apresuradamente, Crispo trataba de hacerse cargo de la nueva situación. El Imperio volvía a estar en guerra civil. Ahora se trataba del Este, Licinio, contra el Oeste, su padre, Gleva y él. Había que aceptar lo inevitable. Se abrió una pequeña luz.

- "Padre, ¿y esa carta que os he comentado?"

- "Hijo, no insistas. Si Licinio ve que tú te diriges a él a mis espaldas, puede sacar beneficio de ello en contra nuestra. Temo que ponga a Constancia en contra de su familia. Es mejor dejar las cosas como están. Ya están suficientemente enredadas."

Crispo, abatido, se calló. No quería hablar más. Las cosas ya se habían estropeado suficientemente por aquella tarde. Su padre le advirtió:

- "Debo informarte aún de un ultimo asunto."

Crispo temió lo peor. Su cara debió expresar tal temor, porque su padre, medio sonrió y lo tranquilizó.

- "No temas, las noticias funestas ya han terminado. Se trata de tu madre. Mi intención era repudiarla y enviarla a alguna Colonia cercana, como *Mogonciacum* o *Colonia Agrippina*, donde pudiera estar cerca de ti. Pero al surgir el ataque de Licinio, he pensado que tal vez sería mejor no decirle nada y dejarla en *Augusta Treverorum*, contigo. Te tienes que comprometer conmigo a ser tú mi portavoz si ella protesta de mi unión con Fausta, la hija de Maximiano. Pero no antes. ¿Lo harás?"

Crispo respondió, con alivio en el alma.

-"Desde luego que sí, padre. Contad con ello."

Ambos callaron. Crispo, con el alma negra, pidió permiso para dejar la sala. Su padre se lo dio. Cuando Crispo hubo salido, Constantino tomó el cálamo y un rollo de papiro y, tras varias correcciones, redactó la siguiente misiva para *Arelate*.

“De Constantino, Augusto Máximo, a Fausta, mi querida esposa. Salud.

He recibido hoy la vuestra. No sabéis qué alegría me dais. Con el buen tiempo partiré para veros. Cuidaos.”

Capítulo 130

Las partes en liza.

Año 316

Constantino estaba satisfecho, pero bastante contrariado también. Iba a ser padre nuevamente, pero el parto de su esposa, maldita sea, sería en Agosto. Y eso partía su campaña en dos. En Marzo no podía ser, debía haber vuelto de Roma antes, cinco meses antes. Y, siendo sus Decenales en Julio, eso tampoco hubiera sido posible. Si quería que los alumbramientos no fueran obstáculo a sus campañas, debería medir cuidadosamente sus visitas a Fausta. Eso suponía una gran limitación.

Hasta ahora no había tenido ese tipo de dificultades. Su método era el más apropiado a la vida militar. Era simple, no copulaba con mujer alguna. Trabajaba, trabajaba y trabajaba. Y hacía trabajar a sus más inmediatos colaboradores, de forma que tampoco ellos tenían ni tiempo, ni ganas, de llevarse mujeres al lecho. En campaña siempre se acostaba pasada la media noche, durante la segunda vigilia. Al alba habían dormido, él y sus colaboradores directo, apenas cuatro o cinco horas. Caía al lecho rendido. Y suponía que a los demás les pasaría igual.

Todos sus generales sabían ya que con él no habría mujeres en campaña. Eso les hacía ser más eficaces, para que las campañas terminaran cuanto antes. Y poder volver con sus mujeres, o sus amantes, que de todo había. Eso a él no le importaba, con tal de que fueran fieles y capaces.

Pero ahora tendría que combinar sus actos íntimos con sus campañas. Y debía preverlo todo con nueve meses de antelación. Por Júpiter que eso era difícil. Pero tampoco podía dejar a Fausta que pariera a sus hijos sin su compañía. No le convenía tener dificultades con ella. No cuando necesitaba de ella tres o cuatro hijos varones.

Estaba ante un dilema. La solución podía ser que Fausta le acompañara en sus campañas, o que residiera no lejos de los que podían ser sus campos de batalla. Pero eso suponía un riesgo. No había solución buena. Había una: Que no hubiera campañas. Pero eso suponía ganarle la mano a Licinio en una sola contienda. Dos Prefecturas no se liquidan en una única batalla. Y menos si se tiene, para prepararla, apenas un mes de tiempo. El mes de Agosto partía la época hábil para guerrear por la mitad ¡Maldita sea!

Había medido cuidadosamente las fechas. Partiría de *Augusta Treverorum* el veinte de Marzo, víspera de la fiesta militar. Él iría despacio, para estar en *Arelate* a mediados de Julio, o principios de Agosto. Pero mandaría la totalidad de sus tropas por delante, con las máquinas de sitio. Sus mandos tenían experiencia de lo que había que hacer para lograr una buena velocidad de marcha. Aunque esta vez no sería necesario. Viajarían por territorio propio hasta que él se les uniera.

Cuando en Agosto se quedara en *Arelate*, sólo una *turma* de caballería le acompañaría. De esa forma sería posible cambiar los caballos en la posta imperial y cruzar a la máxima velocidad todo el Norte de Italia. El resto de su ejército se asentaría en las ciudades de Italia más cercanas a la *Panonia*, que eran *Aquileia* y *Tergeste*. No quería dar a Licinio una idea de por dónde pensaba atacar. Allá esperarían su llegada. Y a partir de ese momento él tomaría el mando.

Su intención, ya en territorio de Licinio, era marchar por el interior. Bajaría por la calzada que bordea el Adriático hasta *Senia*. Y a partir de *Senia* se adentraría en tierras de la *Moesia*. Tomaría *Siscia* y se dirigiría luego hacia *Sirmium*, una residencia imperial que fue la capital de la Prefectura en tiempos de Galerio.

Licinio no podía permitir que él tomara *Sirmium* sin plantar batalla antes. Y eso era lo que él quería, que la batalla se diera cuanto antes.

Estaría en la frontera con la *Moesia* en Septiembre, y ya sólo tenía poco más de un mes de tiempo hábil. A finales del Octubre, o a principios de Noviembre, podían comenzar las lluvias torrenciales, que impidieran la lucha. Hibernar en zona enemiga era peligroso. Y retroceder a Italia, o al *Ilírico*, su propio territorio, sería un fracaso. Tanto viaje para nada. Por eso debía forzar a Licinio a plantar batalla. Y amenazar *Sirmium* lo lograría. Igual que hiciera Julio César en *Tapso*, frente a Escipión.

Éste era el plan que él había preparado con sus generales de Estado Mayor en *Augusta Treverorum* durante el invierno pasado. Si Licinio no plantaba batalla y se refugiaba tras las murallas de *Sirmium*, tomaría la ciudad con sus máquinas de sitio. No por hambre, sino al asalto. Por eso necesitaba abundantes ingenios de guerra, para poder derribar las murallas en poco tiempo. Pero no creía que Licinio fuera a encerrarse dentro de ninguna ciudad. No era ese tipo de hombre. Elegiría un lugar adecuado, y plantearía la batalla en él. Y eso era lo que él necesitaba, dar la batalla antes de que el tiempo empeorara.

Corría el mes de Febrero del año 316. Licinio no podía creer los informes que le llegaban continuamente. Tanto de Roma, del Norte de Italia, como del *Ilírico*, sus informadores daban cuenta de movimientos de tropas hacia los límites más orientales de la Prefectura de su cuñado. Incluso del África habían pasado varias cohortes a Italia, vía Sicilia. Sabía que Constantino seguía en *Augusta Treverorum*, pero en Julio del pasado año celebró sus Decenales en Roma. Y podía haber dado las órdenes que se estaban cumpliendo durante el invierno.

Sus generales eran unánimes, Constantino se disponía a atacarle. Estaba concentrando tropas en la frontera con la Prefectura del *Ilírico*, su zona. Y éste era un movimiento obligado antes de invadir el territorio que se quiere conquistar. Había que contrarrestar haciendo lo mismo, llamando tropas de Diócesis más alejadas y concentrarlas haciendo frente a las del enemigo.

A su carta, rechazando cortésmente su ofrecimiento de favorecer la nueva religión que él pretendía implantar en sus Prefecturas, Licinio no había tenido respuesta. Eso era signo de mala educación. A una carta enviada por mensajero se responde con otra carta, por medio del mismo

mensajero. O se le dice que espere, si es necesario efectuar consultas. Pero Licinio sabía que Constantino no era hombre acostumbrado a realizar demasiadas consultas. Era hombre de decisiones rápidas. Porque tenía muy claro qué quería y cuál iba a ser su siguiente movimiento. Por eso casi nunca consultaba.

¿Sería posible que Constantino diera tal importancia a la implantación de su religión favorita en todo el Imperio como para iniciar por ello una guerra porque él, Licinio, rechazara favorecer aquel aborto de religión en Oriente? ¿Qué especie de Augusto era Constantino? Si sus temores se verificaban, estaba claro que su cuñado estaba trastornado. Cuando tal cosa vino a su mente, recordó las palabras de Diocleciano, que había captado la personalidad inestable de Constantino.

Se reunió con sus mandos para preparar una estrategia de defensa. Llamaría tropas de *Asia Menor*, de *Tracia*, de *Macedonia* y de Grecia. Y las concentraría en torno a *Sirmium*, su capital de la *Panonia*. Y en cuanto los pasos de las montañas estuvieran libres, visitaría a Diocleciano.

Capítulo 131

El dilema de Crispo.

Año 316

Crispo estaba desazonado. La conversación con su padre había introducido gran cantidad de novedades en su vida. Novedades que en un primer momento le dejaron confuso. Algunas eran positivas; otras, en absoluto positivas. Ya se había percatado, en contra de lo que pensó en un primer momento, que no había sido su petición respecto a Yela el desencadenante de las confidencias de su padre. Si su padre iba a partir de las *Galias* a mediados de Marzo, más pronto o más tarde tenía que ponerle en antecedentes. Pero, no obstante, las novedades estaban ahí. Y debía hacerlas suyas poco a poco.

Iba a cambiar su situación familiar. Por un lado, su padre abandonaba de hecho a su madre y se iba a vivir con Fausta, su nueva

esposa, más joven que su madre, y que podría darle hijos. Luego él iba a tener hermanos. Un sueño del que casi se había olvidado.

Tenía que reconocer, aunque le apenara, que su padre tenía razón al hacer lo que hacía. Incluso había tenido un detalle para con su madre, evitando el repudio y el destierro, cambiándolos ambos por un abandono efectivo. Real, aunque no formal. Pero ahora se daba cuenta de que también él quedaba abandonado. Era como si su padre se alejara de su vida, porque iba a estar períodos incluso más largos sin aparecer por *Augusta Treverorum*. Y él, Crispo, iba a encargarse de las *Galias* previsiblemente para siempre.

Él debía cuidar ahora de su madre y de su abuela. Y debía prepararse para resolver cuantos problemas pudieran surgir en las *Galias*, la Prefectura a su cargo - eso sí, junto con Gleva - sin el recurso de acudir a su padre, que iba a estar demasiado lejos. La ausencia permanente de su padre daba incluso una nueva luz a sus relaciones con Gleva. En un futuro debería prescindir de su tutela. Sí su asesoramiento, pero no la obligación de consenso con él. Pero no debía precipitarse. Eso ya llegaría. De momento, el apoyo y la experiencia de Gleva le resultaban imprescindibles.

Pero el principal problema, lo que más le atormentaba, era la locura de Licinio. ¿Cómo podía volverse contra su propio cuñado, contra su padre? Su padre era más antiguo en la púrpura. Él era casi un recién llegado. ¿Por qué motivos se alzaba en armas contra su padre? No podía comprender tal comportamiento. Esperaba que su padre llegara a tiempo de impedir que Licinio penetrara demasiado en el territorio de la Prefectura de Italia. Su padre tenía que cruzar las *Galias* y el Norte de Italia, mientras que Licinio tenía la *Iliria* al alcance de la mano, desde su *Panonia*.

No obstante, no vio a su padre apresurado al partir. Parecía no importarle la enorme distancia que tenía que recorrer antes de poder enfrentarse con su cuñado. Pero posiblemente habría puesto ya sus medidas para impedir la toma de las zonas fronterizas por parte de Licinio. En eso él no podía hacer nada.

Iba a tener hermanos. Pero él les llevaría alrededor de veinte años. No iban a ser los hermanos que soñó cuando era niño. No podría jugar con ellos, como deseaba entonces. Ahora ya no se trataba de jugar, sino de mandar Prefecturas. Pero tomó un trozo de papiro e hizo unos números.

Sus hermanos iban a nacer cuando él tuviera 19 o más años. Luego para cuando ellos tuvieran 18 años y pudieran hacerse cargo de alguna Prefectura, él tendría ya 37 ó 40 años. Para ese momento él debería tener a su vez hijos varones. Que tendrían … tal vez doce años. No se veía con hijos de doce años. Tampoco se veía con una esposa. ¿Cómo sería ella? No tan hermosa como Yela.

Sus pensamientos corrieron hacia su dulce esclava. Pero se obligó a seguir pensando en el futuro. Tenía que establecer su lugar en el mundo que se avecinaba. Si Fausta daba a su padre dos hijos y éstos a su vez, tenían otros dos hijos varones cada uno, junto son sus propios hijos, podrían ser seis hijos varones. Como sólo había cuatro Prefecturas, con seis varones en la familia debería ser suficiente. Eso le tranquilizó. Porque la rebelión de Licinio ponía en entredicho el plan que su padre había trazado. Y si su padre se imponía, como estaba seguro de que iba a suceder, serían las cuatro Prefecturas las que recaerían sobre los hombros de su padre. Y entonces él solo no sería apoyo suficiente.

La tarea iba a ser llevar las cuatro Prefecturas entre su padre y él durante los próximos veinte años, hasta que los hijos de Fausta, sus hermanos, alcanzaran la mayoría de edad. Se sintió halagado por el destino. La locura de Licinio realzaba su papel. Iba a poder estar en un mano a mano con su padre, siempre dentro de un orden, durante casi veinte años. Eso le llenaba de orgullo. Iba a imitar a su padre.

Como contrapartida, iba a estar solo. Pensando en el futuro debía tender a reservarse criterios, pensamientos, pareceres. Porque en un futuro, cuando su padre lo decidiera, la responsabilidad de la Prefectura pasaría a ser suya y sólo suya. Debería tender a ser un poco más reservado, tanto con Gleva como con Eroc. No a distanciarse de ellos, pero sí a no sentirse su igual. A tomar conciencia de su puesto de cara al futuro.

Una ventaja de la ausencia de su padre, además de que le había dado su aprobación, era que su relación con Yela no corría ya peligro alguno. Incluso pensó en que Yela podría dejar de residir en el Pretorio como si fuera su prisionera, o una cautiva militar. Traerla a *Augusta Treverorum* no le parecía una opción acertada. Sobre todo por su abuela, que era más anticuada en la forma de pensar. Estaba convencido de que su madre la aceptaría, pero su abuela, no. De momento, había resuelto el tema asignándole una pequeña habitación en el mismo pasillo donde él tenía la suya. Y la hacía venir a la suya en cuanto llegaba a la Colonia.

Mientras cabalgaba hacia *Colonia Agrippina*, pensó en Yela. Había puesto en práctica los consejos de Eusebio y la había hecho comprender que la base de una relación amorosa debía ser la entrega. Ella lo había entendido muy bien, porque él se había entregado primero y le había demostrado cómo se hacía. Y ella supo imitarle de manera espontánea. Yela era muy lista y estaba aprendiendo latín con bastante rapidez. Claro que casi todas las palabras que él le estaba enseñando tenían que ver con el acto sexual. Después de todo, era lo que más les importaba.

Y había puesto en práctica, al mismo tiempo, los trucos de Eroc. La suma de los consejos de Eusebio y de la experiencia de Eroc estaba dando unos resultados notables. Claro que también influiría en ello su manera de ser y la de Yela. A ambos les resultaba natural hacer cada uno lo que al otro le agradaba. Ésa era la clave de su relación.

En el Pretorio de *Colonia Agrippina*, reinaba la calma. Era un día más dentro de la rutina pretoriana. Cada legionario tenía asignada su función y la cumplía con rigor y sin esfuerzo. La que no tenía asignada función alguna era Yela. Y, cuando Crispo estaba fuera, Yela se aburría monstruosamente. Sólo le quedaba el recurso de sus recuerdos. Y le gustaba recordar su primer encuentro con aquel joven desconocido que tan mal casaba con la imagen que en su aldea habían grabado en ella desde niña. Según su gente, todos los romanos eran despiadados, sanguinarios, predadores de las tierras fértiles de los *Germanos*, de sus bosques, de sus ganados y de sus mujeres.

Pero el joven romano que ella conoció no era despiadado, ni sanguinario. Todo lo contrario. Desde un primer momento la trató con dulzura y respeto. Todo el respeto que no le habían tenido quienes la raptaron, ni quienes la vendieron aquí en la Colonia. Habían sido los guerreros de la tribu vecina los que la habían despreciado, golpeado, arrastrado y considerado menos que se considera a un perro sin dueño. Nunca se había imaginado que se pudiera rebajar de ese modo a una persona para tratarla como si fuera un desperdicio, lo que se tira al montón de la basura, lejos de la aldea. Ella era la hija del jefe de la aldea, pero para aquellos otros *Germanos*, ni tenía valor alguno. En algún momento pensó que aquellos guerreros disfrutaban insultándolas y golpeándolas.

Y además, estaba Airón. No era el hombre que ella había llevado en su corazón. Se dio cuenta cuando desapareció de su vida sin siquiera mirarla. Vio con toda claridad que había creado en su imaginación un joven que no existía. Lo había adornado de cualidades que Airón no tenía.

Ella no se había encontrado eso desde que pasó a poder de los romanos. El oficial de más edad la respetó desde el primer momento. Su mujer, mucho más. Y el joven romano para quien había sido comprada tampoco la trató como una esclava, sino como si fuera romana. Enseguida se dio cuenta de que la trataba como a una igual, con respeto y con ternura.

Y notó que aquel joven sentía algo por ella por la manera en que puso las sillas, cuando se sentó frente a ella, para que sus manos se rozaran y tomárselas entre las suyas. Unas manos finas y suaves, que acariciaban sólo con el roce. Había algo entre sus manos y las del joven. Como si fueran rayos invisibles, que saltaban continuamente y producían en la carne pequeños pinchazos, agradables, enigmáticos. Su voz era suave, pedía más que mandaba. Y su mirada era directa, profunda, y sencilla a la vez. Todo contribuyó a que la llenara la convicción de que había caído en las mejores manos que podía soñar.

Aquel joven romano tenía todo lo que ella había adjudicado, con total inocencia, a Airón. Así le hubiera gustado que fuera Airón. Pero Airón no era así, ni lo sería nunca. Ahora, tanto le daba lo que fuera de Airon. No se merecía ni un pensamiento suyo. En cambio, no dejaba de pensar en Crispo.

Cuando estuvieron sentados, primero jugaron con las manos. Al poco, sin darse cuenta, y sin que Crispo lo forzara, ella se sorprendió con sus manos entrelazadas con las de él. Él no se las retenía, pero ella tampoco las apartaba. Estaba bien así, mejor que había estado en muchos días, los de su apresamiento. Y mejor que se había sentido incluso en la aldea, tras saber que Airón había preferido a una mujer casada.

Crispo tiró de sus manos un poco y sus frentes se juntaron. En ese momento ella se dio cuenta de que se estaba entregando un poco a aquel desconocido, que tan bien la trataba. Pensó en echarse hacia atrás y soltar sus manos de las de él. Pero algo le dijo que no debía hacerlo. No fue una voz, ni una idea que le viniera a la cabeza, lo sintió. Y ella se había acostumbrado a dejarse llevar por ese tipo de sentir. Y se dejó llevar. Luego se rozaron sus orejas y finalmente los cuellos de ambos. Entonces él la agarró por los hombros con ambas manos, se levantaron ambos de las

sillas, y la estrechó contra él. La besó, pero no en la cara; la besó en las orejas. Y sus besos le hacían el mismo efecto que los rayos en las manos, un cosquilleo agradable. Nunca nadie la había besado en las orejas. Yela pensaba que eso en la aldea no se conocía aún.

Debieron ir a otra habitación, porque en la que estuvieron sentados no había ningún lecho y en la que recordaba ella sí que lo había. Se tumbaron sobre el lecho tal y como estaban, vestidos. Sobre el colchón, que era de lana, estaba echada una manta bastante gruesa. Crispo la apartó y se tumbaron sobre el colchón.

Le había puesto la boca junto a la oreja y le susurraba palabras en voz muy baja. Eran palabras que ella no entendía, pero sí entendía el ánimo con el que estaban dichas. Era como si la estuviera diciendo todas las buenas cualidades que Yela tenía y que él acababa de darse cuenta de ello. A la vez, le ponía la mano en el hombro e iba bajando, rozándole apenas, hasta la punta de los dedos. Y luego subía, de los dedos al hombro.

Luego, en vez de bajar por el brazo, bajó por el pecho y la cintura, hasta las caderas. Y volvía a subir, siempre diciéndole aquellas palabras suaves y tiernas al oído. En un momento dado, con la mano de él en sus caderas, ya no la subió y empezó a acariciar su vientre. Levantó el vestido que le había regalado la mujer del oficial de más edad, el que la había comprado, y se encontró con una prenda rara que ella no había usado nuca. Se la quitó, bajándosela, y le acarició suavemente su zona más femenina, la vulva. Es diferente cuando te la acaricias tú que cuando lo hace un hombre que sabe hacerlo. Crispo sabía hacerlo.

Introdujo sus dedos en “la cueva” y la exploró. Le hacía gracia que Crispo había inventado nombres para los órganos de la mujer y del hombre. Ella tenía “la cueva”, “los montes” y “el agujero”. Él tenía “la vara”, “las patatas” y “el agujero”. Le exploró la cueva detenidamente, suavemente. Cuando lo hizo, ella conoció algo que nunca antes había experimentado. Era como irse de este mundo y subir con los dioses. El placer llegaba a ramalazos y se dio cuenta de que ella lo buscaba, moviendo el cuerpo para ir a su encuentro.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo él explorándola. Luego, mientras seguía moviéndose en el interior de “la cueva”, le acarició con la otra mano “los montes”, uno después del otro. Luego empezó a lamerle todo el cuerpo. Las caricias por fuera y por dentro le hicieron subir aún más arriba. No pudo evitar gemir con todas sus fuerzas. Él le puso la mano en

la boca, para que no hiciera saber a todo el Pretorio - le explicó luego - lo que estaba pasando en la habitación.

Cuando él, poco a poco, fue cesando y por fin sacó su mano de ella, ella se volcó sobre él y empezó a lamerle, también, todo el cuerpo. Sobre todo “la vara”, que se puso como la madera. Hasta que se sobró. Entonces le acarició la vara con las manos. Crispo le había dicho por señas que llegarían hasta ahí. Que introducir partes de uno en el otro, eso no.

Luego los dos se quedaron sobre la cama, desnudos, dándose la mano. Hasta que ella notó un poco de frío alrededor de “la cueva” y echó la manta por encima de los dos. Y bajo la manta se quedó dormida.

Más de una vez se habían explorado mutuamente y luego se habían quedado dormidos los dos, toda la noche, bajo la manta. Eso pasaba cuando empezaban más tarde, después del rancho de la noche. Yela estaba convencida de que en todo la Colonia no había otro hombre como Crispo. Pero le resultaba difícil explicarle esto por señas. No conocía palabras para podérselo decir, de modo que se conformaba con sentirlo.

Capítulo 132

Licinio y Diocleciano.

Año 316

Lactancio se sintió mal. Fue un malestar repentino. Parecía como si todo su organismo fallara al mismo tiempo. Tuvo que dejar lo que estaba haciendo, escribiéndole nuevas Cartas a Cipriano, obispo de *Cartago*, ahora que ya podía citar los Evangelios y las Cartas de Pablo. Pidió ayuda a sus nuevos esclavos y le acostaron. Vinieron dos físicos de Palacio, a los que llamó a través del Prefecto del Pretorio. No supieron decirle a qué se

debía su súbito malestar. Le aconsejaron tomar un brebaje que ellos mismos preparaban y que tenía un precio exorbitante. Precio que Lactancio pagó sin rechistar. Estuvo tres días en cama, pensando que tal vez era llegada su última hora. Pero no fue así y se recuperó.

No obstante Lactancio decidió dirigir al Augusto Constantino un escrito, a medio camino entre testamento y *memorandum*. En él le enumeraba los escritos que faltaban para completar el proceso de redacción. Entre ellos, el catecismo para fieles cristianos que se hubieran incorporado ya a la *ekklesia* (comunidad cristiana). Los temas de tal escrito, que podía llevar por título "Exposición catequética" o similar, servirían de base para las predicaciones semanales de los presbíteros, o del *epískopo*, a los fieles. Y todos los escritos que faltaban aún por redactar, que no llegaban al centenar.

Lactancio se despedía de su benefactor con su habitual y pomposo estilo. Entregó personalmente el pergamino en una cápsula al Prefecto del Pretorio con el encargo de enviarlo por mensajero al Augusto Constantino.

"Así - se dijo Lactancio - ya estoy preparado para morir, si ésa es la voluntad del Dios único."

Cuando se sintió repuesto, prosiguió la creación de más Epístolas del obispo Cipriano, prolífico autor del siglo III.

Al mismo tiempo que Lactancio tenía su dolencia, Constantino bajaba por la calzada que unía *Augusta Treverorum* con *Lugdunum* (Lyon). La calzada bordeaba el *Mossella Flumen* hasta *Divodurum* (Metz). Luego marchaba a través de varias sierras hasta alcanzar el *Arar Flumen* (Río Saona) en *Cabillonum* (Chalon-sur-Saone), adonde Constantino llegó a finales de Marzo. Pasó quince días en esta ciudad para llegar a mediados de Abril a *Lugdunum* (Lyon).

Esta Colonia era, desde tiempos de César Augusto, la capital de la *Galia Lugdunensis*. Era residencia imperial y en el Palacio de *Lugdunum* residió Constantino. Incluso comparada con *Lutecia* (París) y con *Augusta Treverorum* (Tréveris), *Lugdunum* era una gran urbe.

La ciudad romana se asentaba en la margen derecha del *Arar Flumen*, que, precisamente en *Lugdunum*, se unía al *Rhodanus Flumen* (río Ródano). La ciudad romana aprovechaba un importante desnivel que mediaba entre los terrenos de la margen derecha y el río. Una muralla rodeaba la ciudad.

Al Norte estaban el Foro, con un magnífico Templo dedicado a Augusto, y el Palacio imperial. Éste se había construido en tres niveles. El nivel superior contenía las habitaciones principales, varios despachos de trabajo, la biblioteca y la zona de mapas. En el nivel intermedio estaban las habitaciones de huéspedes, las cocinas y diversos servicios. El nivel más bajo daba al río. Contenía almacenes y en él residía la servidumbre del Palacio. Estaba coronado por una amplísima terraza, con vistas al río, que enlazaba con las habitaciones principales del nivel superior.

En el centro de la ciudad había dos Teatros, en cuyas traseras se ubicaban sendos jardines porticados. Las Termas estaban más al Norte, cerca de la muralla, y eran alimentadas por un acueducto que se perdía de vista en dirección Este. Un espacioso Anfiteatro se levantaba al Este, extramuros, al otro lado del *Rhodanus*. El hipódromo estaba en la parte opuesta, entre dos calzadas que conducían a *Forum Segus* y a *Aquae Segetae*. Había, además, una zona sacra, porticada, donde se ubicaban varios Templos.

Al margen de la ciudad amurallada, en la isla de *Canabae*, que se formaba entre las corrientes del *Arar* y el *Rhodanus*, se había construido el barrio del mismo nombre. El barrio era romano, de trazado hipodámico, regular, con una amplia plaza en su centro, pero no estaba amurallado.

Dos puentes permitían el paso de un lado a otro de ambos ríos. Aguas arriba, bajo los muros de la ciudad propiamente dicha, el de barcazas, de un tramo, cruzaba el *Arar Flumen*. Y aguas abajo, un doble puente unía la isla con la ciudad y, su otro extremo, con la margen izquierda del *Rhodanus*. La población de *Lugdunum* era de poco más de 40.000 almas.

En el Palacio imperial residió Constantino mes y medio, haciendo tiempo hasta el parto. A principios de Junio marchó otra vez rumbo al Sur, hasta *Vienna* (Vienne). Y quince días más tarde salió para *Valentia* (Valence), donde paró otros quince días. Constantino no era hombre de hogar. Estar meses seguidos con Fausta, sin nada que hacer, se le antojaba asfixiante. Por eso, un viaje que podía costar dos semanas duró cuatro meses. Mientras, su ejército adelantaba terreno y marchaba, con las máquinas de sitio, rumbo a la parte más oriental del Norte de Italia.

Y fue a finales de Julio, por si había alguna sorpresa y el parto se daba antes de tiempo, cuando Constantino apareció por *Arelate*. En la Palacio imperial de *Arelate*, Fausta ocupaba el ala Este. Para ella y sus

damas era más que suficiente. Constantino se instaló en el cuerpo principal del Palacio. Tan pronto llegó, se instaló en sus habitaciones, se cambió de indumentaria y fue a las habitaciones de Fausta. Ésta estaba en cama. Los físicos le habían aconsejado reposo en la última fase del embarazo.

Fausta le tendió los brazos desde la cama y exclamó:

- "¡Al fin estáis aquí … ¡"

Constantino respondió:

- "No he podido venir antes. Y felizmente he llegado a tiempo."

Fausta, con expresión cansada, miró hacia su vientre y exclamó:

- "Oh, sí. Se mueve mucho, pero me temo que no tiene prisa por salir."

- "Esperaré lo que sea necesario."

Fue necesario casi medio mes. El séptimo día de Agosto, Fausta, sin apenas lanzar un grito, dio a luz a su hijo primogénito. Constantino ya había decidido que se llamaría como él. Por fin se había decidido, el pequeño Constantino, a salir. Él, el padre, estaba desesperado. Tener que pasar horas seguidas junto a la cama de su esposa, o junto al diván en que Fausta estaba todo el día tumbada, era igualmente, desesperante. Él necesitaba movimiento, relacionarse con sus mandos, recibir noticias, buenas algunas, malas otras. Y reaccionar. Pero en *Arelate* no había nada contra lo que reaccionar.

Por eso, al día siguiente de haber nacido Constantino II, su padre anunció a Fausta que debía partir.

- "¿Tan pronto, amado mío?"

- "Tan pronto, esposa. Nada te había dicho, pero estoy en campaña."

- "¿En campaña? ¿Contra quiénes? ¿Quiénes han invadido el Imperio esta vez?"

- "Mi colega del Este. Licinio, mi cuñado."

Fausta miró a su esposo con los ojos muy abiertos. Al rato, exclamó:

- "¿Y tú estás aquí conmigo y con nuestro hijo?"

- "Ya lo ves, Fausta."

Fausta dio unos pasos hacia él.

- "Amor mío … Abrázame, eres tan bueno conmigo …"

Y Constantino la abrazó.

Esa misma tarde cabalgaba, junto con una *turma* de caballería, rumbo al Este.

Diocleciano esperaba, en su palacio de *Spalato*, la visita de Licinio, Augusto de Oriente. Se lo había anunciado por un mensajero, diciéndole que salía de viaje en dos días. Era algo urgente. Diocleciano decidió no pensar en qué problema podía tener Licinio tan urgente como para recurrir a él como lo hacía. El Imperio estaba en calma, tras las últimas sacudidas, y todo parecía indicar una nueva era de paz y prosperidad, ahora que los dos únicos dirigentes eran familia. Él siempre había pensado que los esponsales eran la manera ideal de unir intereses. Parecía que Constantino lo había entendido así también.

Tres días después llegó Licinio con una discreta comitiva. La formaban menos de cien personas. Diocleciano, avisado por el oficial de la guardia, salió al vestíbulo del edificio principal, el Palacio que él mismo había diseñado, con la ayuda de sus asesores.

Licinio parecía cansado, aunque le sonrió y se mostró animoso. Tras los saludos habituales, entraron en materia. Diocleciano preguntó:

- "¿Qué te trae por aquí de esta manera tan apresurada?"

- "Augusto, tengo una pésima nueva que comunicaros. Llevo varias visitas trayéndoos noticias infaustas y esta vez, lo veréis vos mismo, la mala nueva se supera a sí misma."

- "Habla, por Júpiter, me tienes impaciente."

- "Según todas las noticias que me llegan de mis informadores, Constantino, con un poderoso ejército, se dispone a invadir la *Tracia*."

Diocleciano se quedó unos instantes meditativos. Su rostro reflejaba la extrañeza que sentía.

- "¿Por qué haría tal cosa? ¿Has hecho algo que justifique tal barbaridad? ¿Has agotado las vías de arreglo?"

- "Empezaré por el final. No ha habido ningún conato de arreglo. Lo único que he hecho ha sido negarme a implantar en mis territorios la nueva doctrina que él está sembrando en los suyos, la que llama Cristianismo. Y ataca porque no admite un Imperio que no siga la doctrina que él se ha inventado. Aunque, a decir verdad, mejor sería decir que ha copiado."

- "Deberás ser más concreto, hijo. Voy cumpliendo años y mi cabeza no es tan ágil como antaño. Explícame detenidamente qué ha pasado desde

la última vez que nos vimos."

Licinio lo hizo. Y terminó así su explicación:

- "En nuestras conversaciones poco antes de mi boda con Constancia, su hermana, me adelantó algo del tema de las nuevas creencias en el Dios único. Pero cuando le pedí más detalles y poder hablar con los instigadores del asunto, se echó atrás, alegando dificultades de expresión. Lo dejé estar. No creí que fuera importante.

Pero más recientemente, tras el nacimiento de mi pequeño Liciniano, me envió un ejemplar de la nueva doctrina, lo que él llama Nuevo Testamento. Mis expertos en asuntos religiosos los han examinado y han comprobado que son plagio de enseñanzas egipcias de hace mil o dos mil años. Hay también conceptos nuevos, pero son los menos.

Pues bien, me conminó a seguir su ejemplo y divulgar su doctrina. Y, conociéndole como le conozco, sé que no se va a limitar a añadir una nueva fe, sino que en una segunda etapa - que no sé cuando será, pero que será en vida de Constantino, es decir, dentro de unos pocos años - echará todo el peso de su poder para obligar a todo el Imperio a afiliarse a su nueva religión. Y volverá a pretender que yo le siga.

Si esa religión mejorara las ya existentes, cabría tener dudas. Pero todos mis asesores me dicen que supondría un retroceso. Y apoyar tal hecho me parece absurdo. Además de que nunca antes se entrometió un Augusto en qué cree cada ciudadano del Imperio. Ese tema no debe inquietarnos, si el ciudadano cumple las leyes."

Diocleciano calló. Tenía el ceño fruncido. Se había levantado y paseaba por la sala donde estaban. Finalmente, exclamó:

- "¡Así que ahora nuestro joven Augusto Máximo también quiere dominar las mentes de todo el Imperio! No me equivoqué al juzgarle, no era digno de la púrpura ..."

Diocleciano parecía hablar en voz alta. Seguía caminando, mirando al suelo. Licinio calló también. Él venía a por consejo. Y si el Augusto Diocleciano no se lo daba, él ya le preguntaría. Pero tenía que dejarle asumir la situación y llegar a sus conclusiones.

Al rato, Diocleciano volvía sentarse en su silla, frente a Licinio, y le miró fijamente.

- "Pero tú no necesitas que yo te explique la situación. Lo que hay que hacer es saber qué medidas son las más oportunas para enfrentar la situación, ¿no es así?"

- “Así es, Augusto.”

Nuevo silencio.

- “No ha mediado declaración de guerra por su parte, ¿es correcto?”

- “Es correcto, no la ha habido.”

- “En tal caso tú eres libre de nombrar una persona de tu confianza para el puesto de César de la parte de tus territorios que creas conveniente. Y así seréis dos para coordinar lo que haya que hacer.”

Licinio entendía la estrategia de su interlocutor.

- “De ese modo, Constantino se enfrenta a un doble escalón, a tu César y a ti. Puedes elegir, si enfrentaros los dos a él al mismo tiempo, o escalonar vuestras fuerzas. O dejarle al mando de la *Tracia* y buscar refuerzos con más tiempo en el resto de tus dos Prefecturas.”

Licinio recapacitó:

- “Veo que no os habéis planteado en ningún momento acceder a sus demandas.”

- “No, hijo.” – respondió Diocleciano.

Éste echó la memoria atrás. Al poco, explicó a su visitante.

- “Aquel hombre de *Leptis Magna* estaba desprestigiado antes sus conciudadanos, que lo conocían desde siempre. Sus ideas eran las de un visionario. Recuerdo bien que Galerio, en su misiva de respuesta, me dijo que estaba loco. Yo no me atreví a tanto, pero di por hecho que estaba desequilibrado. Algo le había trastornado, y era esclavo de una idea fija. Por la causa que fuera, falta de madurez, ambición … por lo que fuera, la idea le vino bien a Constantino, y ahora que tiene el poder se ha convertido en el profeta del africano. Es posible que piense que tiene esa misión, implantar la nueva religión en el Imperio. Y, como sucede con todos los fanáticos, no hay fuerza humana capaz de disuadirle de que eso es una insensatez.

No se puede acceder a lo insensato, Licinio. Y yo soy ya muy mayor para renegar de mis principios. No lo hice en veinte años; no voy a sucumbir ahora.”

- “Me alegra que penséis como yo, Augusto.”

- “Ahora hay que decidir qué harás para hacer frente a un enemigo peligroso en el campo de batalla. Y Constantino lo es. Y en tales casos es fundamental no cometer errores, hijo.”

- “Por eso he venido a veros, Augusto.”

Diocleciano movió al cabeza afirmativamente varias veces. Licinio no sabía si se dirigía a él o ratificaba algún pensamiento propio. Enseguida salió de dudas.

- "Te encuentras como me encontraba yo al principio de mi mandato. Tenía enemigos en el Danubio y tenía a los *Partos*, dispuestos siempre a golpear en cuanto advertían debilidad en nosotros. Por eso necesitas un César, para no darles a los *Partos* la oportunidad que están esperando.

Constantino no se da cuenta de que marchar contra ti equivale a dar a los *Partos* vía libre para atacar. Debemos tener la sensatez que a él le falta y compensar, si es posible, su mal juicio."

Hubo un nuevo silencio. Lo rompió Diocleciano.

- "Vas a tener que enfrentarte a él, hijo. No veo otra solución. Como él vendrá hacia ti, te corresponde elegir el lugar de la contienda. Conoces tu tierra mejor que él. Elije bien. Motiva a tu gente. Reúne el número suficiente. Ataca. No te limites a defenderte. Será muy importante tu arenga antes de la batalla. Tus hombres deben saber que están ante un invasor que no respeta a nadie. Que sepan que han de defender lo que tienen."

- "Os agradezco vuestras sugerencias, Augusto. Coinciden con mi impresión. Me alegro de haber venido. Y me voy reconfortado de que, sea cual sea el resultado del enfrentamiento, es la respuesta que todos esperan de su Augusto."

- "Que los dioses te guíen, hijo. Tenme al corriente. Me quedo con pena de que, una generación después, falte en la cúpula la visión que yo quise sembrar en ella."

- "Lo lamento, Augusto. Procuraré daros buenas noticias. Cuidaos."

- "Adiós, hijo. Que los dioses te den acierto."

Licinio durmió aquella noche en el Palacio de Diocleciano. En la cena hablaron de cosas insustanciales, con Prisca delante. Diocleciano no mencionó su huerta.

Capítulo 133
Batalla de *Cibalis*

Año 316

A mediados de Agosto Constantino se incorporó a su ejército, acampado en las afueras de *Aquileia* (Aquilea), *Tergeste* (Trieste) y *Tarsatica* (Rijeka). Había atravesado el Norte de Italia en un tiempo récord y precisó un día de descanso para recuperar fuerzas y acometer la tarea de dirigir a sus 35.000 hombres en la campaña que iba a iniciar. Sus generales le dieron parte de la situación de las tropas, las máquinas de sitio y los suministros.

Constantino sabía que su posición era perfectamente conocida por Licinio. Por eso no había querido darle pistas sobre cuál sería su próximo movimiento: Podía seguir hacia el Sur y entrar en la *Panonia* por *Senia* y *Cuadratae*. O podía tomar la calzada que desde *Tergeste* entraba en la *Panonia* por *Celeia*, más al Norte. Tenía decidido bajar hasta *Senia* y amenazar *Sirmiun*, una de las capitales de Licinio, de forma que ordenó seguir la marcha hacia el Sur, hasta que todas sus tropas, con todos los carros transportando el material pesado, llegaron a *Senia*.

Cruzar las tres sierras que daban acceso a la *Panonia* les llevó tres días, no tanto por la infantería y la caballería, sino por los pesados carros. De nuevo, al igual que se hiciera en la marcha sobre Roma, numerosas cohortes tuvieron que ayudar para que los carros no entorpecieran la marcha y se coronaran las tres cimas que había que dejar atrás. A menos de 40 millas [(1)] de la frontera, entre ambas Prefecturas y en la margen izquierda del *Colapis Flumen* (Río Kupa), un afluente del *Savus Flumen* (río Sava) estaba la ciudad amurallada de *Siscia* (Sisak). Pero el objetivo de Constantino no era *Siscia*, sino *Sirmium* (Srem Mitrovica), que estaba situada a 200 millas al Este de *Siscia*.

El plan preparado durante el invierno consistía en ofrecer la rendición a la ciudad. Caso de no ser aceptada, montar las máquinas de sitio y dejar cinco cohortes, un total de 2.500 soldados, con la misión de rendir la ciudad por hambre. No era preciso tomarla, sino neutralizarla. Constantino estaba seguro de que Licinio apenas habría dejado tropas en

las ciudades fronterizas. Las necesitaba todas para hacerle frente en el lugar que hubiera elegido. Por eso *Siscia* no podría recibir ayuda que levantara el sitio.

Se tardaron dos días en montar el sitio, ya que la ciudad rehusó rendirse. Cerrado el sitio, el resto del ejército de Constantino siguió adentrándose en territorio de Licinio, en dirección a *Mursa* (Osijek), distante 135 millas de *Siscia* en dirección Este. Constantino había desplegado numerosas patrullas de jinetes exploradores con el objetivo de informar sobre tropas enemigas avistadas. Cuando estaba Constantino a medio camino entre *Siscia* y *Mursa*, dos patrullas de reconocimiento se encontraron con el ejército de Licinio. Estaba acampado en las inmediaciones de *Cibalis* (Vinkovci), un cruce de calzadas a 33 millas al Norte de *Sirmium*. Constantino dejó de estar interesado en *Mursa* y mandó a sus generales conducir a sus hombres en dirección a *Cibalis*.

Vuelto de *Spalato*, Licinio tuvo la primavera y todo el verano para preparar su estrategia con vistas a detener la previsible invasión de su cuñado Constantino. Por exploradores e informadores enviados al extremo nororiental de la Prefectura de su cuñado, supo que las tropas enemigas, aún en su propio territorio, habían acampado en *Aquileia*, *Tergeste* y *Tarsatica*. Esto le indujo a pensar que Constantino había elegido la ruta del Sur para entrar en *Panonia*. Era lo más lógico.

(1) Una milla romana equivale a 1,5 km.

La *Panonia* estaba recorrida por tres ríos. Todos ellos la cruzaban en sentido horizontal. Al Norte, estableciendo el *limes* (límite) del Imperio discurría el *Ister Flumen* (río Danubio). En el extremo Nordeste de la Panonia el *Ister* hacía un quiebro brusco y sus aguas fluían en dirección Sur, siguiendo siendo el límite de la *Panonia*. Sobre el *Ister* estaban *Vindobona* (Viena) y *Carnuntum* (*circa Rohrau*).

A unas 130 millas al Sur del *Ister* discurría el *Dravus Flumen* (río Drava). En la desembocadura del *Dravus* con el *Ister* estaba *Mursa* (Osijek). A unas 70 millas al Sur del *Dravus* corría el *Savus Flumen* (río Sava). Sobre el *Savus* estaban *Siscia* - la ciudad que Constantino dejó sitiada - y *Sirmium*, la capital que Constantino deseaba atacar para obligar a Licinio a presentar batalla.

Las ciudades de la *Panonia* que estaban situadas al Norte de su capital, *Sirmium*, eran de importancia menor. No tenía sentido interesarse por ellas. En cambio, *Sirmium* sí lo tenía: Era su residencia cuando visitaba la *Panonia*.

Los informes de su caballería sobre los movimientos de las Legiones de Constantino a partir de finales de Agosto le confirmaron que la ruta de *Siscia* y *Sirmium* era el camino que Constantino estaba siguiendo. Él no podía permitir que su cuñado se hiciera con *Sirmium*. Luego se le enfrentaría en algún lugar al Oeste de la dicha ciudad. Había que elegir en qué lugar exacto. Y el lugar exacto fue *Cibalis*.

Recordando el éxito que había tenido su estratagema de trasladar una cuarta línea detrás de las líneas de Maximino Daya, Licinio había hablado con sus generales de repetir la acción. Para ello se necesitaba que el enemigo, Constantino, formara su ejército en las inmediaciones de un pequeño bosque, que pudiera ser rodeado por las cohortes que enviara Licinio de noche. Los exploradores habían localizado dos pasajes cerca de *Cibalis* que cumplían esta condición. Uno sobre la calzada que venía de *Mursa*, al Norte, y otro en la calzada que venía de *Cirtissa*, al Oeste.

Tanto si Constantino venía de *Mursa* como si venía de *Cirtissa*, Licinio podía colocar su campamento de modo que las líneas de Constantino estuvieran frente a las suyas y, por tanto, contiguas a un bosque. Eso decidió a Licinio a elegir *Cibalis*, como el lugar más idóneo para la batalla.

Constantino siguió la calzada que desde *Inicerum* bajaba hasta *Cirtissa* y, ya en *Cirtissa*, la que de *Siscia* - dejada atrás - conducía a *Cibalis* y *Sirmium*. Sabía, por sus exploradores, que Licinio estaba acampado dos millas al Oeste de *Cibalis*, sobre la calzada por la que él se acercaba a dicha ciudad. El encuentro se había producido. Los dos ejércitos estaban uno a la vista del otro. Era el cuatro de Octubre. La batalla no debía demorarse.

Sin embargo, iba a demorarse. Constantino se había informado del desarrollo de la batalla habida entre las tropas de Licinio y las de Maximino Daya. A todo general le interesaba saber cómo se habían desarrollado las batallas de su tiempo, por si podía aprender algo que ignoraba. Y Constantino se dio cuenta de la sagacidad de Licinio y del resultado de su cuarta línea, aparecida de improviso tras las líneas de

Maximino Daya. Había previsto que quizás Licinio tratara de emplear la misma táctica con él. Licinio elegía el terreno y bien podía hacerle formar al lado de un pequeño bosque que sirviera a sus fines. Y había tomado medidas por si se daba esa coyuntura.

Los generales de Licinio y éste observaron con agrado cómo Constantino montaba su campamento en la zona que todos ellos esperaban que hiciera, no lejos del bosque que estaba situado casi contiguo a la calzada *Siscia-Cibalis*. Cuando formara sus tres filas de legionarios, con la caballería cubriendo los flancos, sus hombres tendrían el bosque a su izquierda, a unos cincuenta metros.

Sus planes se estaban cumpliendo. Él y sus generales intercambiaron comentarios esperanzadores. El enemigo estaba cayendo en la trampa. Terminó el día y se establecieron los turnos nocturnos de vigilancia en cada campamento. Pero en el de Constantino había cierta actividad, además de las patrullas de vigilancia.

A la mañana siguiente, al amanecer, Licinio comenzó el despliegue de sus hombres. Constantino no dio muestras de querer formar los suyos. Habían salido la mitad de los hombres de Licinio del campamento, cuando una pequeña humareda comenzó a elevarse del bosque junto a la calzada. Conforme pasaba el tiempo el humo era más y más negro, y más y más extenso, hasta abarcar todo el bosque. Muy pronto se vieron las llamas, que enseguida alcanzaron gran altura. El bosque ardía, íntegro, de extremo a extremo. A los soldados de Licinio les llegó el olor a brea quemada.

En los carros, junto con las máquinas de sitio - de las que sólo la mitad habían quedado en *Siscia* - los suministros, los hospitales y las armas semi-pesadas, Constantino había dado orden de cargar cuatro carros con barriles de brea, material inflamable con el que desde antiguo se formaba el fuego griego, por si Licinio trataba de usar el mismo truco que le había dado una victoria rápida sobre Daya. Con él no lo repetiría. Y, al ver que eso intentaba Licinio, dispuso que la primera noche que pasaran frente a Licinio, algunos de sus hombres vertieran los barriles de brea en el bosque. Al amanecer, mientras Licinio desplegaba sus hombres, dio orden de que se quemara el bosque. Y eso fue lo que se hizo.

El incendio del bosque se prolongó durante todo el día 5. Al día siguiente el calor aún se notaba en ambos campamentos. Finalmente,

Licinio y Constantino desplegaron a sus hombres el día 8 de Octubre. Ese día se daría la batalla de *Cibalis*.

Las fuerzas de ambos ejércitos estaban equilibradas. Licinio disponía de casi doble caballería que Constantino. Por su parte, Constantino contaba con legionarios y mandos mejor entrenados que Licinio. Los soldados de Licinio habían sufrido un duro golpe al ver arder el bosque en el que tantas esperanzas habían puesto. Los de Constantino estaban cansados de la marcha que les había llevado a través de todo el Imperio, desde sus tierras del África, Italia, *Hispania* o la *Galia* hasta la lejana *Panonia*.

Las arengas de ambos comandantes no fueron suficientes para eliminar el desaliento de unos y el cansancio de otros. Fue Constantino quien dio a los suyos la orden de avanzar hasta llegar al contacto con la primera fila de soldados de Licinio. Y empezó la lucha, tras el lanzamiento de *pilum* por parte de cada formación.

La lucha se prolongó durante todo el día, sin que ninguna de las dos formaciones fuera capaz de deshacer la formación contraria. La luz comenzó a ser insuficiente a media tarde, por estar ya en el mes de Octubre. La lucha cesó por decisión de ambos comandantes.

En la tienda de Licinio se reunió éste con sus generales. Había que decidir si se mantenía la posición y se proseguía la lucha a la mañana siguiente, o se levantaba el campamento durante la noche y se abandonaba el campo de batalla.

Casi todos sus generales fueron de la opinión de que era más sensato levantar el campamento. Proseguir la lucha podía llevar a perder al día siguiente a la inmensa mayoría de los hombres, que estaban cansados y muchos de ellos heridos. Licinio podía retirar sus hombres a ciudades propias. Constantino no tenía ciudades en la *Panonia*. El tiempo corría en su contra. El frío, el agua y la nieve se convertían en aliados de Licinio.

Éste acepto las sugerencias de sus generales y dio la orden de levantar el campamento. Esto daría la batalla como ganada a Constantino, aunque realmente el resultado hubiera sido indeciso.

Constantino supo que Licinio estaba levantando el campamento. Eso significaba que reconocía una derrota mínima. Pero también, que tendría que negociar. Ello era una contrariedad. Había tenido su oportunidad y no la había sabido aprovechar debidamente. Aunque, a decir

verdad, todo había venido como consecuencia del desorden que el parto de Fausta había impuesto en su campaña contra Licinio. Por su obligación de estar en Agosto en *Arelate*, había perdido la oportunidad de desalojar a Licinio de sus Prefecturas.

Toda la campaña había sido un despropósito. Y todo había venido de su decisión de llevarla a cabo el año anterior, antes de enlazarse con Fausta. Constantino no sabía decidir si el error había sido organizar la campaña en Roma, durante sus *Decenales*, o pasar por *Arelate* con la campaña ya puesta en marcha. En cualquier caso, estaba hecho y ahora se trataba de sacar el máximo provecho de la retirada de Licinio.

Capítulo 134
La negociación.

Año 316

Licinio vio llegado el momento de poner en marcha el plan que le había recomendado Diocleciano, nombrar un César. Y, con la mayoría de los generales de su Estado Mayor presentes, eligió a Valente, el general de las tropas que defendía la frontera de la *Dacia*. Así, mientras él se retiraba hacia la *Tracia*, es decir, al Este, Valente subiría hacía la *Dacia* y la *Moesia* a reclutar los efectivos que pudiera. Si Constantino le seguía hacia el Este, dejaría a sus espaldas un ejército no muy grande, pero que podía causarle problemas.

Hecho esto, se retiró con la mayor parte de su ejército hacia *Sirmium*, distante poco más de treinta millas. En *Sirmium* le esperaba su esposa, Constancia, y su hijo. Recogió el Tesoro de la Diócesis, que estaba en su residencia de *Sirmium* y se retiró con su familia y sus hombres hacia la *Tracia*.

Constantino, en cambio, dejó descansar a sus soldados. En el momento que lo deseara Licinio podía volver a plantarle batalla. Licinio podría recibir refuerzos de otras regiones de su territorio. Él no. Por eso debía cuidar sus efectivos y sanar a los heridos antes de dedicarse a perseguir a su enemigo. Pasados tres días, inició la persecución del ejército en retirada de Licinio.

Y no fue hasta cuatro días después que llegó a su campamento un emisario de Licinio, el *Comes Mestrier* (Conde Mestrier). Le traía, en nombre de su Augusto, una propuesta de paz. Fue recibido por Constantino a solas y éste le dio permiso para hablar.

- "Augusto - comenzó Mestrier - vuestro cuñado Licinio me ha comisionado para que le represente ante vos y os transmita sus deseos de paz y de concordia."

El Conde tenía instrucciones de no mencionar en ninguna ocasión sus títulos y darle siempre el nombre de "cuñado".

Constantino repuso:

- "Mi cuñado, como vos decís, no ha hecho honor a los lazos de sangre que nos unen y ha rechazado la más generosa de mis propuestas. Y eso me ha obligado a reclamar por la fuerza lo que le solicité de la mejor de las maneras."

También tenía orden Mestrier de no entrar en discusiones que se apartaran de las condiciones del acuerdo. Por eso, rehuyó el tema que le proponía su interlocutor y fue directo al objetivo de su misión.

- "Mi Augusto me envía a vos para conocer los términos en que se restablecerían las buenas relaciones con él y cesaría esta guerra."

Constantino ya tenía decididas sus reivindicaciones. Sabía del nombramiento de un César por parte de Licinio en la persona de Valente. Y eso no estaba dispuesto a aceptarlo.

- "Mi primera condición es que vos, en vuestro viaje de vuelta, me traigáis la cabeza de ese miserable al que mi cuñado, sin ningún derecho, ha designado como César. Ésta es mi condición primera. Una vez cumplida, seguiremos concretando qué tierras de mi cuñado reclamo pasen a mi tutela. Id y decidle esto a vuestro Augusto."

Licinio reaccionó con una explosión de ira a la petición que le transmitió el Conde. Dando un puñetazo sobre la mesa, exclamó:

- "¡Es un mal nacido! Sabe perfectamente que no puedo acceder, o ello causaría el desprecio de todos mis hombres. Se comporta como si fuera ya el Augusto único de todo el Imperio. No tiene dignidad."

El Conde Mestrier permaneció en silencio. Al cabo de un rato, el Augusto prosiguió:

- "Le diréis que eso que pide es inviable y él lo sabe. Dulcificad la manera, pero que le quede bien claro. Sospecho que pretende partir de una negativa mía para pedir a cambio más territorios. Esto no debéis comunicárselo, evidentemente.

Le propondréis que acepto anular mi designación. Valente no será César. Acepto destinarlo a la *Cirenaica*, o a Egipto, y no llamarlo en mi ayuda bajo ninguna circunstancia. Eso es todo lo que puedo aceptar con un nombramiento que nunca hubiera sido hecho si él no hubiera invadido mi Prefectura. Esto sí podéis y debéis decírselo.

Respecto a compensaciones para llegar aun acuerdo de paz estaría dispuesto a ceder las Diócesis por las que haya pasado su ejército. Es a lo máximo que podría suponer que tiene derecho, aunque ello suponga aceptar que un Augusto pueda atacar a otro Augusto, que no puede."

Éstas fueron las concesiones que Mestrier trasladó a Constantino, pero éste no estaba conforme.

- "¡Exijo la Prefectura del *Ilírico* entera! Dejar a mi cuñado todo el Oriente, a partir del Bósforo, ya es una concesión suficientemente generosa por mi parte. No me conformaré con menos."

Se dio un nuevo viaje del Conde Mestrier de *Singidunum* (Belgrado) a *Viminacium* (Kostolac). Licinio aceptaría que pasaran a control de Constantino la *Panonia*, la *Dardania*, la *Dacia*, la *Moesia* Superior, *Macedonia* y Grecia. Pero no aceptaría nunca ceder la *Moesia* Inferior, la *Scitia* y la *Tracia*, que formaban un corredor vital para proteger *Asia Menor* y el resto de Oriente. Si Constantino no aceptaba la paz en estos términos, proseguiría la guerra al inicio de la primavera siguiente.

Constantino aceptó la propuesta de su cuñado. Tenía cosas que hacer en los próximos meses. Se firmó la paz. Los dos Augustos volverían a tratarse como cuñados, pero ya la confianza nunca más reinaría entre ellos.

Tras un nuevo doble viaje, el Conde Mestrier presentó a Constantino dos lujosos pergaminos, elegantemente escritos, firmados por Licinio. Constantino los leyó atentamente y los firmó. Dio orden de que se guardara uno de los ejemplares y se entregara el otro al *Comes*. Esa misma tarde Constantino partió, con una escolta de seiscientos jinetes, con destino a *Aquileia*, en el Nordeste de Italia. Allá le esperaba Fausta.

Después del nacimiento, Constantino le había comunicado su deseo de tenerla más cerca. Aún no sabía dónde se enfrentaría con su cuñado, por lo que lo más seguro era que ella se trasladara a la residencia imperial de *Aquileia*, en el Nordeste de Italia. En cuanto liquidara el enfrentamiento con su cuñado, iría a verla.

Constantino pensaba entonces, cuando nació su primogénito, que derrotaría a Licinio y se haría con sus dos Prefecturas, con todo el Oriente. Pero las cosas se habían torcido. Sólo había podido arañar algo más de la mitad de la Prefectura del *Ilírico*. De momento era suficiente. Ahora ya sabía que Licinio era un enemigo peligroso. Su instinto no le había engañado cuando en la boda de Constancia lo conceptuó de "correoso". Lo era. La próxima vez que lo intentara, lo haría con más medios y con más tiempo. El error de la pasada campaña no volvería a repetirse.

Diez días más tarde, el diez de Noviembre, llegó a *Aquileia*. Esa misma noche le hizo a Fausta su segundo hijo varón. Luego, consumado el

coito, recibió de su esposa una petición. Petición a la que, estando como estaba tan cerca de ella, no se pudo negar.

Capítulo 135

Reacciones.

Año 317

La noticia del triunfo de Constantino sobre Licinio llegó a *Augusta Treverorum* mediado el mes de Febrero. En *Palatiolum* (pequeño Palacio) la noticia provocó sentimientos encontrados. El predominante fue regocijo por el triunfo de Constantino. Pero ello se vio nublado por el hecho de que el derrotado era el Augusto Licinio, el esposo de Constancia. Sobre todo en Teodora, que se sentía más cerca de su hija Constancia que de Constantino. Pero, reservada como era, calló y procuró disimular su preocupación.

Minervina recibió con alegría la noticia y la comentó con su hijo cuando éste vino a Palacio. Notó que su hijo parecía preocupado cuando hablaron del asunto. Intentó conocer el motivo de su preocupación, pero Crispo se evadió.

Elena, la madre de Constantino sólo veía motivos para alegrarse y enorgullecerse de los continuos éxitos de su hijo. Pero, aislada como estaba en su Palacio de *Augusta Treverorum*, y dadas sus distantes relaciones tanto con Teodora como con Minervina, sólo pudo hablar del triunfo de su hijo con su nieto, Crispo.

Crispo, que se sabía dueño de un secreto que los demás desconocían, representaba un papel diferente con cada una de sus interlocutoras. Le hubiera gustado sincerarse con su madre, pero, de hacerlo, hubiera faltado a la palabra dada a su padre. Sólo debía hablar de las intenciones de su padre, relativas a no volver a ver nunca más a su esposa, cuando viera a su madre inquieta por la prolongada ausencia de su esposo. Y en estos momentos, su madre no lo estaba.

Con su abuela, las cosas eran más fáciles. Nada podía decirle que empañara la gloria de su hijo. Le bastaba callar y asentir para que su

abuela – que, por no hablar con casi nadie, no paraba de hacerlo durante sus visitas - disfrutara con su presencia y lo tuviera por el mejor de los nietos.

Pero, a solas, Crispo estaba desconcertado. Los hechos no se acomodaban a las informaciones recibidas de su padre. Éste le había dicho que su cuñado Licinio se disponía a invadir su territorio y que, para frenarle, partía de *Augusta Treverorum* con todo el ejército que era prudente retirar de las fronteras. No hacía falta ser muy perspicaz para comprender que Licinio debía haber avanzado en la Prefectura de Italia durante la primavera, hasta que su padre hubiera podido llegarse a la zona, muy alejada del Norte de las *Galias*. Un cálculo elemental daba finales de la primavera, o principios del verano, como la fecha en que su padre podría hacer frente a la invasión de su cuñado. Y el lugar de la batalla debería estar, forzosamente, dentro del territorio de su padre.

Nada de esto era realidad. La batalla se había dado a principios de Octubre y en las inmediaciones de *Sirmium*, en la *Panonia*, una de las residencias de Licinio. No había noticias de que Licinio hubiera atacado ninguna ciudad de Italia, ni del *Ilírico*, perteneciente a los dominios de su padre. Para que encajaran las noticias que le dio su padre y lo sucedido, Crispo tenía que suponer que Licinio había invadido la Prefectura de su padre, no había atacado ciudad alguna y, al saber que Constantino venía a repeler la agresión, había dado media vuelta y se había vuelto a sus territorios. Y que su padre, enojado por la incruenta invasión de su cuñado, le había perseguido y derrotado a unas pocas millas de su residencia de *Sirmium*. Y esto era absurdo.

Ningún general romano tendría ese vergonzoso modo de actuar. Invadir y no atacar, para retirarse a la llegada del enemigo, era absolutamente impensable. Licinio no era un cobarde, ni un insensato. Lo sucedido realmente era que su padre le había ocultado aspectos importantes. Crispo no quería pensar que su padre le hubiera engañado. Por alguna razón desconocida no había creído conveniente contarle toda la verdad. Pero le había ocultado que su intención era invadir el territorio de su cuñado, el esposo de Constancia. Y eso le dolía, aunque en su fuero interno intentara quitarle importancia.

¿Acaso no llevaba él la responsabilidad, junto con Gleva, de gobernar la Prefectura de las *Galias* y la de Italia? ¿No le había dicho su padre que contaba con él, y que debía resolver todos los problemas que se

presentaran durante su ausencia, porque él no podría socorrerle? ¿Y no era eso extensible a todo el tiempo que él estuviera fuera, que iba a ser siempre?

A Crispo le vino a la mente una idea absurda: Su padre quería hacerse dueño de todo el Imperio, y no iba a cejar hasta hacerse con las dos Prefecturas de su cuñado Licinio. Eso explicaría su negativa a volver a *Augusta Treverorum*. Hasta que no conquistara todo el territorio de Licinio, no iba a dejar de acosarle. Y cuando lo lograra, tendría que dedicarse a gobernar las dos Prefecturas de Oriente, luego tampoco podría volver a las *Galias*.

De repente, Crispo creyó ver claro. Su padre habría tomado a su segunda esposa, la hija de Maximiano, y se la habría llevado hacia Oriente, donde iba a estar su futuro territorio. Pero, ¿qué le había impedido a su padre comunicarle sus planes de manera total? Él le había apoyado en su decisión de rechazar a su madre y tomar a Fausta como esposa. Lo había comprendido. Su padre necesitaba hijos varones, dada la altura a la que había ascendido. Y debía conseguirlos con otra mujer.

Crispo intentó llegar más lejos. Ya que todo tenía que fiarlo a sus deducciones y a su inteligencia, ¿cuál habría sido la causa? ¿Habría decidido su padre aumentar sus Prefecturas con las dos de Licinio a causa de los nuevos hijos que le iba a dar su nueva esposa, y que sus futuros hijos tuvieran cada uno una Prefectura para gobernar? ¿O se habría propuesto la conquista de todo el Imperio y eso volvía obligatorio engendrar hijos varones a los que confiar tales territorios en el futuro?

Reflexionando sobre ambas posibilidades, vio menos irreal la segunda. El hecho de que el ataque a Licinio y su compromiso con Fausta se hubieran dado a la vez hacía casi obligado que estuvieran conectados. Y uno debía ser la causa del otro.

Conforme iba reflexionando sobre lo que podía estar pasando por la mente de su padre, el panorama se iba aclarando poco a poco. Aunque se lo hubiera dicho su padre, ni siquiera en un principio había aceptado la posibilidad de que Licinio atacara a su padre. Algo le decía que aquello era imposible. Y no se había equivocado. Ahora debía trasladar su incredulidad, o mejor, su falta de comprensión, al comportamiento de su padre.

¿Por qué se habría sentido obligado su padre a hacerse con el mando único del Imperio? Era evidente que su padre no iba a seguir el

procedimiento que había estado vigente hasta hacía muy poco, de que el Imperio lo gobernaran cuatro Tetrarcas. De haberlo así querido, le hubiera nombrado a él César de Italia, tras desalojar a Majencio de la Prefectura que había usurpado, matando a Severo. Pero no, lo había dejado a él al mando de sus dos Prefecturas y se había lanzado a la conquista de Oriente. Lo que Crispo lamentaba era que Licinio, el Augusto de Oriente, fuera el esposo de Constancia.

¿Qué motivos tendría su padre para desplazar a Licinio, igual que había desplazado a Majencio? Éste era un usurpador, eso estaba claro, pero Licinio había sido nombrado por los Augustos Galerio y Diocleciano.

¿Qué mayor sello de legitimidad podía pedirse? Al hacerse esta pregunta, le vino de inmediato la respuesta: Su padre no reconocía la legitimidad establecida por Diocleciano. Él iba a ser la fuente de la legitimidad en un futuro. Un futuro que había empezado ya.

Felizmente, él, Crispo, entraba dentro de lo que su padre entendía como legitimidad. Licinio no lo estaba, y por tal motivo debía ser desplazado. Eso lo explicaría todo. Su padre se sentía con suficiente fuerzas respaldándole como para imponer su visión del Imperio, su versión de la Ley. Y eso era lo que estaba haciendo.

En ese instante vio claro que no podía hacer otra cosa que plegarse a la voluntad de su padre. Por mucho que le incomodara la idea de que estuviera luchando contra el esposo de Constancia, y que el triunfo final de su padre incluyera la derrota de Licinio. Esperaba que su padre se mostrara clemente con él. Podría pasar a la vida civil y terminar sus días al lado de Constancia, en algún remoto lugar del Imperio.

A Crispo le dolía la cabeza de tanto pensar. Recordó a Yela, que le estaba esperando en el Pretorio de *Colonia Agrippina*, y su pesadez de cabeza desapareció enseguida. Cuando pensaba en ella su corazón cambiaba, su visión del mundo cambiaba. Era como si mirara el mundo con otros ojos cuando en el medio se interponía Yela. Ella era capaz de sacar de él un hombre nuevo. Tal era su poder.

Crispo solía pensar en ella cada vez que cabalgaba hacia ella. Había comprobado que la duración de un encuentro no se medía por el tiempo que la tenía en sus brazos. Empezaba antes, cuando empezaba a pensar en lo que iba a hacer cuando estuvieran juntos. En esto le daba la razón a Tibulo, que se lo había comentado por primera vez. Tan valioso era hacer

como imaginar. Y a Crispo le encantaba imaginar. Sobre todo si el objeto de sus imaginaciones era Yela.

Ya no pensaba en ella como su esclava. Yela era algo más. Tampoco sentía que fuera su concubina. No ponía nombre a sus derechos sobre ella. Ella era, simplemente, Yela. Todo dulzura y entrega a él.

Y también le gustaba recordar el primer día. Lo fácil que fue todo, y lo natural. Quizás había sido porque él llegaba a ese momento bien preparado. Eroc le había instruido en cómo debía dar placer a una muchacha. Y Crispo le había preguntado:

- "¿Y como sabré si lo estoy haciendo bien? ¿Se lo pregunto?"

Eroc le había respondido:

- "No hacer falta. Tú mirarle la cara y saber cuándo ella sentir placer."

Crispo lo había comprobado, era cierto. Yela era muy hermosa, pero cuando él la acariciaba en sus partes íntimas su rostro se volvía divino. A él le excitaba mucho ver su cara cuando la acariciaba en "la cueva". Su cara expresaba una mezcla de placer y dolor que a Crispo le recordaba lo que le había comentado Tibulo. Su amigo las torturaba para provocar una expresión de dolor en sus amantes. Él la acariciaba y Yela ponía ese mismo rostro. No hacía falta hacerles daño. Todo lo contrario, se debía acariciarlas, como decía Eroc.

- "Las mujeres, atacarlas por los cimientos, por las zonas bajas."

Y soltaba una de sus carcajadas características. Sabía mucho Eroc, pero sólo de una cosa.

Capítulo 136
Muerte en *Augusta Treverorum*.

Año 317

Aquel invierno estaba siendo uno de los más fríos de los últimos tiempos. El *Mosella* se había helado y los muchachos de *Augusta Treverorum* patinaban sobre la capa de hielo que lo cubría. Los mayores no se atrevían, por su peso, y porque ya no jugaban como cuando eran niños. Todo eran risas y bromas entre los jóvenes. Los mayores se protegían del frío como podían. Pero hubo alguien que no se protegió lo suficiente, Lactancio.

Primero fue un resfriado como tantos otros anteriores. Luego el frío le afectó los pulmones y no pudo salir de casa. Al poco, ya no podía levantarse de la cama. Vinieron los físicos de Palacio a verle. Pero fue demasiado tarde. Eusebio seguía de cerca la enfermedad de su colega redactor y preguntó a los médicos.

- "No hay solución. Es muy mayor y le sangran los pulmones. No pasará de esta noche."

Lo cierto es que Eusebio se alegró de la noticia. Era lo que había estado deseando desde hacía años. Pensó en visitar al enfermo y, sabiendo como sabía que no iba a poder contarlo a nadie, decirle la manera en que había dispuesto la redacción para desenmascarar la farsa que él había montado. Y hablarle del código oculto que había colocado en todas sus obras y que neutralizaría su plan. Pero, reprimiendo su primer impulso, rechazó la idea. Eso no era propio de él. Lactancio había hecho mucho daño, pero él podía remediarlo. Y ahora era un moribundo. Era más limpio dejarle morir en paz. Amargar sus últimas horas era impropio de alguien que se decía poseedor del Conocimiento.

Aquella noche, a mediados de Febrero, Lactancio, en la paz que le permitían sus ahogos, dejó de existir. Fue incinerado en el patio del Pretorio y sus cenizas enviadas a *Leptis Magna*, a una dirección que había dado al Prefecto, con un escrito de su puño y letra. Era su testamento. Con las cenizas fueron también sus bienes personales.

Hubo pocas personas, si hubo alguna, que lamentara su muerte. Había sido un solitario desde que llegó a la capital de la Diócesis de las *Galias*.

Aunque eso le venía de antes. El Prefecto del Pretorio se había quitado, con su muerte, una obligación de encima. Crispo tampoco lamentó la muerte del que había sido su Preceptor jefe. Con el tiempo la obligación de obediencia que debía al Preceptor puesto por su padre fue dando paso a la indiferencia y, más tarde, a la falta total de sintonía. Crispo casi se alegró de no tener que encontrarse, ni siquiera de vez en cuando, con su antiguo Preceptor, tener que saludarle y fingir sentir por él lo que no sentía.

Eusebio se guardó mucho de demostrar el contento que le procuraba la nueva situación, en especial cuando tuvo que tratar el tema con el Prefecto del Pretorio. Necesitaba tener acceso a los libros de Lactancio y llevárselos a la Biblioteca. Cuando le hubo expresado al Prefecto su sentimiento por la pérdida, Eusebio añadió:

- “Espero que el propio Lactancio os hubiera dejado instrucciones para el caso de que a él le pasara algo.”

- “No debéis preocuparos. Las tenía del propio Augusto. Él me informó que daba mucha importancia a un trabajo en el que ambos estabais colaborando, y que debía prestaros toda mi colaboración si algo le pasaba a Lactancio. Me tenéis a vuestra disposición. Decid que deseáis que se haga con sus escritos y se hará.”

- “Hay que transportarlos todos, sin perder un solo papel, a la Biblioteca. Allí me haré cargo de ellos y quedaréis liberado de toda obligación, Prefecto.”

- “Mañana mismo daré orden a un centurión de mi confianza para que, con varios de sus hombres, os los lleve a la Biblioteca, tal como decís.”

- “Vamos a tener que retrasar todo un par de días, Prefecto. Debo supervisar el estado de los escritos que dejó Lactancio, y recogerlo todo ordenadamente, a fin de que luego, en la Biblioteca, podamos archivarlo como corresponde. Vuestros hombres probablemente no sepan qué debe ir con qué.

Si no tenéis inconveniente, yo ordenaré todo lo que Lactancio ha dejado y, cuando todo esté ordenado y empaquetado, se hará el traslado. Sólo necesitaré un hombre para que me ayude en el trabajo de recoger los escritos de Lactancio.”

- “Lo tendréis, lo tendréis.”

Eusebio comprobó una vez más lo útil que era gozar de la confianza del Augusto. Todas las puertas se abrían sin la menor dificultad.

El traslado se hizo, como había previsto, en dos días. Todos los escritos de Lactancio estaban en su poder. Era su gran momento. No tenía ya el control de Lactancio sobre él.

Tenía dos meses para modificar los escritos de Lactancio según sus designios. Los dos meses que tardaría en llegar un mensajero hasta Constantino para darle la noticia de la muerte de Lactancio, recibir las órdenes de éste para él, y volver a *Augusta Treverorum* con la orden de qué debía hacerse. Durante esos dos meses podría manejar los escritos de Lactancio a su conveniencia. Constantino nunca sabría que todo lo escrito por Lactancio había sido alterado por él.

Había llegado el momento que tanto había estado esperando. Y el hecho de que Constantino estuviera en Oriente resultaba muy favorable. Lactancio había elegido un buen momento para morirse. De haberlo hecho con Constantino en *Augusta Treverorum*, sus posibilidades se hubieran casi anulado.

Eusebio pensó detenidamente en cuáles iban a ser sus siguientes pasos. Recapituló sobre lo que había hecho hasta ese momento.

Además de redactar todos sus escritos con dos etapas de redacción, además de procurar dar a varios de sus escritos la misma estructura, igual que había hecho Lactancio, Eusebio había hecho algo más. Había colocado una misma firma como acróstico en todos sus escritos.

Cuando empezó a pensar en su plan para sabotear los "textos sagrados" del Cristianismo, pensó en qué palabra podía resultar fácil de esconder en sus acrósticos. Todos los "textos sagrados" del Cristianismo se habían escrito en griego. Y se le ocurrió que sería fácil esconder el nombre de "Simón". En efecto, había muchas palabras en griego que terminaban en la letra "S". Muchas que terminaban en la letra "I". Y muchas también terminaban en la letra "N".

No había palabras que terminaran en griego por la letra "M". Pero había muchas palabras que tenían la letra "M" como antepenúltima letra. Es decir, terminaban por la letra "M" seguida de dos letras más [(1)].

Y en griego había muchas palabras que tenían la letra "O" como penúltima letra. Terminaban por la letra "O" seguida de otra letra más. [(2)]

[(1)] Igual que todos los verbos en tercera persona del plural en nuestro idioma. Por ejemplo, amamos, tememos o partimos. Todos los verbos regulares, en la tercera persona del plural, tienen la letra "M" en tercera posición contando desde el final.

[(2)] Hay también en castellano muchas palabras que tienen la "O" como penúltima letra, como las anteriores y los plurales de todas las palabras que terminan en "O".

Así pues, era muy fácil formar "**S-I-M-O-N**", en las posiciones **1-1-3-2-1**. Eusebio había sembrado de firmas de "SIMON" todos los escritos que había redactado. Las había puesto en el Evangelio de Marcos, en el de Juan, en las Cartas de Santiago y Juan, en su Historia eclesiástica, en la Didajé, en las Cartas de Ignacio de Antioquia, en el Martirio de Policarpo … Ahora dudaba si interpolar los dos Evangelios escritos por Lactancio, o dejarlos sin doctrina auténtica, tal y como habían salido de su pluma.

Finalmente, decidió interpolarlos y colocar la firma de "SIMÓN" en los Capítulos que añadiera. Con ello, algún día se podría demostrar, basándose en los propios documentos, que todo era un fraude, y que todos los libros fundacionales del Cristianismo habían sido escritos por la misma persona, la que se ocultaba tras el seudónimo de "SIMON".

Eusebio había colocado la firma de varios modos. En escritos cortos, que Lactancio podía revisar, colocó sólo una firma, en frases consecutivas. Era el primer tipo de firma. Generalmente la colocó al final de las frases, aunque a veces la colocó en los inicios. La colocó unas veces al derecho, conforme se leía el texto; y otras al revés. Las letras estaban colocadas a 8 lugares de distancia del extremo de las frases, ya que **1+1+3+2+1 = 8**. Esto debía cumplirse en todas las firmas.

Eusebio recordó un ejemplo de este tipo de firma única, con las cinco letras en frases consecutivas: En la Didajé [1] la firma empezaba en el segundo mandato del segundo Capítulo, si se seguía la numeración del Original.

Una traducción suficientemente libre como para mantener la estructura sería:

II,2. *Hijo mío,*
no seas deseoso,
porque el deseo conduce a la fornicación.
*Ni tampoco escribas indecencia**s**,*
*porque todo eso sólo genera adulter**i**o.*
II,3. *Hijo **m**ío,*
*no seas adivin**o**,*
*los augurios la idolatría produce**n**.*
Ni mago ni sigas las purificaciones,

ni mires esas cosas.
Porque todas esas cosas idolatría generan.

El texto griego era como sigue.

Didajé. Capítulo II.

[illegible]

[1] Didajé, o "Doctrina de los Doce Apóstoles", el primer Catecismo cristiano.

[illegible]

Ésta era la firma más sencilla, la más fácil de encontrar, siempre que se supiera que la palabra a encontrar era "**SIMON**". El inconveniente de una firma simple era que, si alguien descubría la firma, podía volver a escribir el libro, en este caso la Didajé, cambiando dos palabras de los finales con firma y ésta desaparecía. Cierto que había que recoger todos los escritos originales y sustituirlos por los modificados, pero eso podía hacerse, si el caso lo merecía.

Para evitar esto, él había colocado firmas múltiples, para que, si se descubrieran y se quisieran cambiar, hubiera que cambiar tantas frases que resultara poco menos que imposible borrar todas las firmas. Las firmas múltiples, las que más usó, podían estar dispuestas como las firmas sencillas, conforme avanzaba la lectura, o al revés.

En el Evangelio que él escribió como si fuera de Juan, Eusebio recordaba haber colocado varias firmas múltiples. Repasó sus borradores, donde dejaba constancia de las firmas, y extrajo el pasaje de las bodas de Caná, cuando ya se han llenado los cántaros con agua, Jesús la ha convertido en vino, y manda que la lleven al maestresala, para que la pruebe. La firma múltiple se extendía desde ese momento hasta que Jesús ha expulsado a los mercaderes del Templo.

Evangelio de Juan 2, 7-23.

Las bodas de Caná y la expulsión de los mercaderes del Templo.

7. Dijo a ellos Jesús: Llenadlas todas con agua, y las llenaron hasta arriba.
8. Y les dijo:

Está bie**n**,
ahora llevadlas al maestresala.

Las llevaro**n**.
9. Cuando probó el maestresala,

notó que sabía bie**n**,

y no sabía el orige**n**,

pero los servidores sabía**n**,
los que sacaron el agua, llamó al novio el maestresala.
10. Y le dijo:

El buen vino va a la iniciació**n**,

cuando se emborracha**n**,
sacamos el peor.
Tú has guardado el mejor hasta ahora.
11. Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea,

manifestando su gloria ante tod**o**s,

y creyeron en él los discípulos suy**o**s.

12. Luego bajó a Cafarnaum con ell**o**s,

su madre con ell**o**s,

y con sus hermanos,

y con sus discípulos,

y allí quedaron, no muchos días.
13. Pronto era la Pascua de los Judios, Y subió a Jerusalem también Jesús.
14. Y encontró en el Templo lo vendedores de bueyes, de ovejas,
de palomas, y los cambistas sentados.
15. Haciendo un látigo con cordeles, expulsó a todos del Templo,
con las ovejas, y los bueyes,

las monedas de los cambista desparramó,
y tiró las mesas.
16. Y a los vendedores les dijo: Sacad esto fuera.
No hagáis de la Casa de mi Padre negocio.
17. Recordaron más tarde sus discípulos, que está escrito:

"Entonces el celo de tu casa devorome".
18. Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿Qué justificación puedes

blandir,

para todo destruir?

19. De inmediato Jesús les respondió:
Destruid este mi Templo, y en tres días lo reconstruiré.
20. Entonces los Judíos dijeron: Construir este Templo requirió cuarenta y seis

años,
¿y en tres días lo levantarás tú?
21. Pero él se refería al Templo de su cuerpo.
22. Cuando tiempo más tarde resucitó, entonces sus discípulos recordaron,

que exactamente esto decíales,

y en las Escrituras creyeron, y en la palabra que dijo Jesús.

23. Estando en la celebración de los Judíos,
en la Pascua, en la Fiesta,
…………………………………..

La firma que colocó Eusebio se leía al revés y constaba de siete letras "**N**" (" □ " en griego), seis letras "**O**", cuatro letras "**S**" (" □ " en griego), tres letras "**I**" y dos letras "**M**" (" □ " en griego). Las cinco letras de **S-I-M-O-N** ocupaban los lugares **1-2-2-2-1**, que también suman 8. Había un tipo más de firma, la que Eusebio llamaba del "tipo cierre". Fue a su despacho a buscar ejemplos de este tipo.

Nota del Autor.

Este pasaje en griego, escrito por Eusebio, figura en el "Anexo 12. Caná".

Capítulo 137

Dos Césares.

Año 317

En *Sirmium*, el 1 de Marzo, en virtud de los poderes que tenía como Augusto de las *Galias* e Italia, Constantino nombró Césares a sus dos hijos, a Crispo y a Constantino II. Lo había consultado con Licinio. La propuesta de Constantino fue que se nombraran tres Césares: El hijo de Licinio y sus dos hijos. Sus dos hijos lo serían de Occidente y el hijo de Licinio, de Oriente. Licinio estuvo de acuerdo. Era la petición que Fausta le había hecho en su segunda visita, tras la derrota de Licinio en *Cibalis*.

- "Es para asegurar el futuro de nuestro hijo, cariño", le había dicho ella con la mejor de sus sonrisas y el más tierno de sus abrazos. Y Constantino no creyó oportuno negarse. Tal vez Crispo no se lo tomara bien, pero le debía obediencia y tendría que aceptarlo. Todo el mundo debía aceptar lo que él decidiera.

Constantino quería hacer creer a Licinio que todo estaba olvidado, que la buena armonía se establecía de nuevo, y que todo sería como antes. Para nombrar cónsules también le consultaría y actuarían de acuerdo. Ya que en lo importante no había logrado su aquiescencia, le haría creer que no tenía nada que temer y que la Diarquía era la nueva forma de gobierno del Imperio.

Las semanas siguientes, ya con buen tiempo, las dedicó a recorrer sus nuevos dominios. Recorrió la *Panonia Norte*, con capital en *Carnuntum*, en la frontera. Allá se había gestado el nombramiento de Licinio como Augusto. Dejó *Carnuntum* al día siguiente de su llegada. Bajó luego a la *Moesia* y pasó dos días en la residencia imperial de *Sárdica* (Sofía). *Sárdica* le gustaba.

Estaba a menos de 150 millas de la frontera con Licinio. Por espías nuevos que había mandado sobre el territorio de Licinio tenía informaciones de que Licinio había fijado su residencia en la cercana *Filipopolis* (Plovdiv), atento a sus movimientos. Eso estaba bien. Significaba que le temía.

La mitad de sus tropas las distribuyó como *limitatenses* [1] en las nuevas fronteras de la *Panonia* y la *Moesia Superior*. Se fiaba más de sus legionarios, forjados en la frontera con *Germania*, que de los soldados que habían sido de Licinio. A otros los asignó como *comitantenses* [2] en las ciudades del interior situadas a unas doscientas millas de la frontera, por si los *limitatenses* eran superados. Por otra parte, quería tener tropas abundantes en la región fronteriza con Licinio, de cara al futuro.

Los generales de Constantino se dieron cuenta de que esta campaña no iba a ser exactamente una campaña, sino que parecía haberse convertido en una repoblación. Su Augusto daba muestras de querer asentarse en el territorio recién adquirido, y no daba señales de que se fuera a retornar a la *Galia*, o al lugar de origen de las diversas tropas. Esto originó cierto malestar, tanto entre los legionarios y sus centuriones, como entre los mandos superiores. Uno de los generales - el que tenía fama entre sus compañeros de ser más diplomático - expuso a Constantino el estado de ánimo de las tropas.

- "*Dómine*, algunos generales tenemos la impresión de que hay entre la tropa cierta … ¿cómo lo diría? … cierta preocupación cuando piensan en cuánto tiempo durará esta campaña. Los nombramientos de *limitatenses* en estas fronteras, tan lejos de sus familias, han desmoralizado un tanto a los designados, que ven con inquietud lo lejos que están de sus hogares ..."

[1] *Limitatenses*, guarnición en la frontera.

[2] *Comitatenses*, en las ciudades.

El general optó por callarse. Había dicho lo suficiente. Constantino puso cara de enfado.

- "Cada soldado de mi ejército tiene el deber de cumplir las órdenes que recibe. No se puede defender el Imperio y gozar de todas las comodidades. Cualquier comentario o actuación que vaya en contra de estas indicaciones serán considerados alta traición y castigados como corresponde. ¿Me habéis entendido?"

El general respondió, sin atreverse a mirar a su superior.

- "Sí, *Dómine*. Está muy claro, *Dómine*."

Cuando salió de la reunión con el Augusto y hubo dejado atrás el edificio, un grupo de generales se le unió, ávidos todos de información. El general comisionado tuvo su momento de gloria.

- “Ya conocéis al Augusto, no es hombre que se deje convencer a la primera. Me ha dicho que cualquier comentario en contra de sus órdenes será alta traición. Pero yo confío en que su buen juicio le haga reflexionar, y acabe por poner algún tipo de solución a este asunto. Tened confianza; debemos esperar, al menos un par de meses. Será bueno que los oficiales tomen nota de las órdenes del Augusto y de nuestra esperanza en una solución a no muy largo plazo.”

Y todos movieron la cabeza afirmativamente.

El nombramiento tardó casi un mes en llegar a *Augusta Treverorum*, donde estaba Crispo. Y, efectivamente, a Crispo no le sentó nada bien la nueva. Creyó ver en ella una injusticia.

Él había estado varios años ayudando a su padre. De hecho, podía decirse que estaba ya actuando como un César, ocupándose del gobierno de la Prefectura de las *Galias* cuando su padre se desplazaba a Italia, tanto a desalojar a Majencio como a celebrar sus Decenales. Y ahora debía ocuparse - junto con Gleva, es cierto - de las *Galias* y de Italia. Y sin poder contar con su padre, ocupado en el Este. Estaba haciendo de César en realidad. Y nunca había sido nombrado César, ni él lo había pedido. Le bastaba con ayudar a su padre a mantener el Imperio libre de bárbaros.

Pero ahora, cambiaba de esposa, ésta le daba un hijo y, cuando el recién nacido apenas tenía medio año, su padre lo nombraba César. Junto a él, claro está. Pero había un comportamiento de su padre discriminatorio respecto a él, que le había servido mucho tiempo. Su padre le estaba diciendo:

- “Te nombro César. Pero atención, también va a ser César tu nuevo hermano.”

No se disgustó con su padre, pero le dolió. Le dolió la diferencia. Y pronto comprendió que la causa de todo era la madre de la criatura. Su madre, Minervina, se había mantenido en su papel de esposa del Augusto, y nunca había pedido nada para él. Pero estaba claro que Fausta no era como su madre. Fausta intervenía en las disposiciones que tomaba su padre.

Crispo no comprendía cómo su padre - que tantas veces le había dicho que a las mujeres no había que mezclarlas en los asuntos del poder - se dejaba manejar por su mujer a la primera ocasión. Y entonces le vino a la mente Yela. Su padre, igual que él, había cambiado al conocer a Fausta. No sabía todavía cómo había sido ese cambio. Pero parte de la voluntad de su padre había quedado atrapada por su nueva esposa.

Habría que tener cuidado con Fausta, quien, nada más entrar en escena, ya estaba arrimando el ascua a su cazuela. Crispo decidió comentar con

Eusebio todos los pensamientos que últimamente la habían venido. Él podría aconsejarle. Hacía tiempo que no hablaba con él. Sus obligaciones le mantenían fuera de la capital, en la frontera, con Gleva. Y cuando venía a *Augusta Treverorum*, se dedicaba a su madre y a su abuela.

En *Filipopolis*, en la *Tracia*, Licinio estaba reunido con sus generales. Éstos eran unánimes en su criterio: El Augusto de Occidente jugaba al engaño.

- "Para tomar el control del nuevo territorio que os ha arrebatado, Augusto, puede ser necesario establecerse en él durante un año. Como máximo, dos, dado que la zona no es demasiado extensa.

Pero si, pasado ese tiempo, el Augusto Constantino sigue presente en la *Panonia* de forma permanente, no os quepa la menor duda, *Dómine*, es porque está preparando una nueva invasión."

Todos los presentes asintieron con la cabeza. Licinio también lo veía así.

- "No es necesario que insistan, señores. Soy de la misma opinión."

Se produjo un movimiento general de alivio. En una situación de peligro, como la que se cernía sobre las Prefecturas de Oriente, era muy importante que hubiera una total identificación entre el Augusto y sus generales de Estado Mayor. Era la forma de asegurar que las decisiones finales serían las óptimas.

Uno de los generales pidió permiso para hablar. El Augusto se lo dio.

- "*Dómine*, no acabo de comprender los motivos que ha tenido vuestro colega de Occidente para marchar contra vos. Vuestras relaciones con él no podían ser más estrechas ..."

Licinio le interrumpió.

- "No es nuestro trabajo entender las motivaciones de nuestro enemigo. Puede haber información lejana, que no conocemos, que nos nubla la visión. No debemos pretender ir tan lejos. Lo que nos concierne es prepararnos para un posible segundo ataque y frustrarlo."

Todos los demás asintieron, incluido el que había hecho la pregunta.

Licinio no quería que sus generales de Estado Mayor entraran en ese tema. Ya lo había tratado él con sus asesores sobre creencias del pueblo. También lo había hecho con el Augusto Diocleciano. Y ya se había percatado de los intereses que guiaban a Constantino. Y la opinión de uno y otros había centrado su postura: No debía acceder a las pretensiones de Constantino, fueran cuales fueran las consecuencias. Si Constantino apoyaba una insensatez, él no lo haría.

Capítulo 138

Firmas del tipo cierre.

Año 317

Eusebio sacó del baúl su borrador de la tercera Carta de Juan. Era un ejemplo muy sencillo para mostrar el otro tipo de firma.

Las firmas se podían colocar con todas las letra seguidas. Era la forma habitual de colocar los acrósticos. Pero un acróstico colocado en un cierto lugar de un Capítulo no daba información de hasta dónde llegaba el Capítulo en el que había sido colocado. Y era importante delimitar el Capítulo, porque ese Capítulo era el que poseía una cierta estructura y en el que estaba situada la firma. En cambio, una firma del "tipo cierre" daba esa información, indicaba el punto en que finalizaba ese Capítulo.

Para eso había que leer la firma en círculo, en el sentido horario. En el Original de la tercera Carta de Juan, Eusebio había dispuesto cinco párrafos y en cada párrafo había colocado una letra de la firma. La firma, que era del "tipo cierre", estaba formada por la letra "**S**" en el primer párrafo. A partir de ahí, había que irse al final y allá, en sentido horario, se leía el resto de la firma, "**IMON**".

Traducción de la Carta 3ª de Juan Original que conserva firma y estructura.

1. El anciano al querido Gayo, al que amo en verdad.
Querido, rezo para que logres prosperar en todo, en cuerpo y en alma.
Regocijeme cuando vinieron unos hermanos, y testimoniaron sobre tu verdad,

que en la verdad camina***S***.

2. Querido, haz la buena acción, no mala acció***n***.

3. Quien actúa bien es de Dios; quien mal no es de Di***o***s.

4. Mucho quería escribirte, pero no voy a hacerlo con tinta y cálamo.

Espero verte muy en breve, y frente a frente hablare*m*os.

5. Paz contigo. Salúdante los de aqu*í*.

Para ayudar al lector perspicaz, Eusebio había puesto en primera persona del singular casi todas las frases del primer párrafo, menos la palabra con la letra de la firma, como "amo", "rezo" y "me regocijé". La frase del segundo párrafo la había puesto en segunda persona del singular, "haz". Las frases del tercer párrafo estaban en tercera persona del singular, como "es". Los verbos del cuarto párrafo estaban casi todos en primera persona del singular, "quería", "voy" y "espero", menos el que lleva la letra de la firma. Y, por último, la frase del quinto párrafo estaba en tercera persona del plural, "te saludan". Esto era una confirmación de que la separación entre Original e Interpolación estaba bien hecha.

Eusebio había escrito esta Carta para que fuera fácil separar el Original de la parte interpolada. Sería como una especie de yunque en el que el lector hábil se entrenara, hasta captar la manera en que estaban compuestos sus escritos cristianos.

Nota del Autor.

Un análisis más completo de la Carta 3 Juan, en el "Anexo 13. Carta 3 Juan".

Todavía había una variante en las firmas: Cuando la firma se colocaba en el Original, y éste se interpolaba a continuación. O bien, cuando se escribía el Original, sin firma, y la firma se colocaba en la Interpolación. En tales casos, en el texto Total del escrito, no se veía firma alguna. Era necesario separar el Original de la Interpolación para poder distinguir la firma, allá donde había sido colocada por el Autor.

La Carta 3 Juan era también ejemplo de tal tipo de firmas. Como todo lo escrito por Eusebio, tenía una doble redacción, con un texto Original, que tenía pleno sentido. Y había, añadida posteriormente, una Interpolación, que repetía las ideas de Lactancio, ajenas a Eusebio. El escrito Total tenía una estructura y un sentido, que Eusebio hacía que se pareciera a lo que escribía Lactancio.

Eusebio estaba orgulloso de su obra. Había puesto en los mismos textos sagrados cristianos el germen de su aniquilación como textos dignos de confianza. Todos ellos eran obras de la misma persona, la que

había dejado la firma de **SIMON** en todos ellos, y no de los falsos autores que figuraban como tales. Algún día esto se sabría.

Capítulo 139
Constantino en la *Tracia*.

Año 317

La vida de la familia imperial cambió sensiblemente con la conquista de la parte occidental de *Iliria* por Constantino. Éste estableció su residencia principal en *Sirmium*, aunque en ocasiones se desplazaba a *Sárdica*, más cerca de la frontera con Licinio, y estaba allí varias semanas. También fue a conocer *Naissus*, la pequeña ciudad donde nació. Pero la visita a *Naissus* no despertó en él recuerdos, ni afectos. Otra cosa hubiera sido si hubiera hecho este viaje muchos años atrás, en su época de *Nicomedia*, cuando su madre vivía en la región, y ella le hubiera acompañado.

De cara a futuras acciones militares, Constantino quería conocer bien el terreno y eso le hizo multiplicar sus viajes para revisar las defensas de las plazas fronterizas, reforzando aquellas cuyas murallas no le parecían suficientemente sólidas. Constantino supo que si en la *Galia*, tenía que cubrir con sus tropas 750 millas de frontera, en sus nuevos dominios la situación no era muy diferente. Debía defender 600 millas de frontera, la mayor parte de ellas en la *Panonia*.

Al igual que en la lejana frontera de la *Galia*, la frontera que ahora debía proteger contaba con una larga calzada que bordeaba al curso del río Danubio por su margen derecha, la ribera sur. En esa calzada había unas pocas Colonias con fuertes defensas, como *Vindobona* (Viena), *Carnuntum* (*circa* Rohrau), *Aquincum* (Budapest), *Singidunum* (Belgrado) y *Viminacium* (Kostolac). Pero sólo cinco Colonias convertidas en plazas fuertes a lo largo de 600 millas de frontera no constituían una defensa muy sólida. Las demás ciudades eran pequeñas aldeas con una guarnición incapaz de contener ni siquiera una partida de bárbaros de unos pocos centenares de guerreros.

Otro aspecto negativo de sus nuevos dominios era la orografía del valle del *Ister*. Hacia el gran río discurrían numerosos afluentes, que subían hacia el Norte, atravesando su territorio. Una partida de bárbaros

podía pasar el río en barcas, durante la noche, y adentrarse en territorio del Imperio por agradables valles que facilitaban su rápido desplazamiento. No sería fácil interceptarles si se daban prisa en volver con su botín hacia el río, y lograban pasarlo de nuevo. El *Ister Flumen* era más ancho que el *Rhenus Flumen* (río *Rhin*), por lo que la construcción de un puente de barcazas ofrecería más dificultades.

Quiso saber los nombres de los bárbaros que poblaban la ribera norte del Danubio. Fue informado por sus nuevos mandos militares de que eran los *Racatae*, sobre la *Panonia Norte*. Y los *Albocensi*, los *Saldensi* y los *Ciagisi* sobre la *Panonia Este* y la *Moesia*. Pero el problema principal no venía de las tribus vecinas al río, sino de sus vecinos del Norte. Más lejos, en las llanuras del Norte, estaba el casi desconocido territorio de la *Sarmatia*. Y de allí venían hordas guerreras, que se abalanzaban sobre sus vecinos del Sur, arrasaban sus campos, y, si no se sentían satisfechos con el botín logrado, pasaban el Danubio, para terminar de recoger el fruto esperado en las tierras del Imperio, que sabían más ricas y fértiles.

El problema que se habían encontrado los anteriores Augustos - le explicaron a Constantino - era que las operaciones de castigo romanas, posteriores a una incursión bárbara, resultaban infructuosas, porque tenían que centrarse en quienes no habían intervenido en la *razzia* enemiga. Y los *Sármatas* - o sus vecinos, los *Godos* - allá en sus tierras del Norte, volvían a reincidir, conscientes de su impunidad.

Con el buen tiempo, Fausta, embarazada de su segundo hijo, cambió su residencia, y de *Aquileia* viajó a *Sirmium*, donde podría hacer vida conyugal con su esposo, ahora efectivo. No quería depender de los viajes de Constantino cuando ella estuviera a punto de dar a luz un nuevo hijo. El cambio de su residencia fue la otra petición que hizo a su esposo aprovechando su visita al primer parto y tampoco Constantino se negó. De hecho, tener a su esposa cerca le evitaría repetir el desastre táctico de su pasada campaña.

Fue en su residencia de *Sirmium*, conviviendo día a día con su esposo, cuando Fausta empezó a conocer cómo era éste. Y empezó a comprender que no podía esperar de él más de lo que él podía darle. Y Constantino no le iba a dar amor, ni ternura, ni compañía, ni camaradería. No era que su esposo fuera frío. Estaba ausente. Su mente y su corazón estaban en sus objetivos militares. Gracias a su madre, comprendió que la frontera, los bárbaros, las amenazas que ellos representaban, sus

Prefecturas, todo eso era su vida. Y que ella, su hijo y su familia sólo tenían importancia en la medida en que le facilitaban su trabajo con lo primero.

En la *Galia* había dejado a su hijo, Crispo, defendiendo la frontera del Imperio con la *Germania Magna*. Y los únicos comentarios que le había hecho de su hijo Crispo estaban relacionados con su cometido militar. No recordaba nada más de él, no le importaba nada más.

Fausta le había preguntado por su cuñado, Licinio, el Augusto de Oriente. Pero Constantino se había evadido y, ante su insistencia, ya enojado, le dejó claro que no quería hablar de su cuñado. Su cuñado no entraba en el conjunto de temas que le interesaban. A él sólo le interesaba aquello que dominaba. Y Licinio no le interesaba.

Fausta comprendió que sólo tenía a su hijo, el pequeño Constantino, para dar contenido a su vida. Y se hizo el propósito de darle muchos hijos a su esposo, porque serían ellos lo que llenarían su corazón. Ella había sido hija de un Augusto y ahora era la esposa de otro. Sería madre de Augustos. Ése era su destino. Pero para llenar su corazón sólo tendría a sus hijos.

Capítulo 140

Año 317

Eusebio tenía que añadir algunos capítulos, al menos a los Evangelios de Mateo y Lucas, para incluir, también en ellos, firmas de Simón. Y que así fuera evidente, ése era su objetivo, que todos los textos sagrados cristianos habían sido escritos por la misma persona. Lo cual no era rigurosamente cierto, no había escrito él, Eusebio, todos los textos. Pero sí lo era en esencia: Todo era una falsificación, obra de las mismas personas.

Eusebio comparó su relato de Marcos con el de Mateo, hecho por Lactancio. Y vio que Lactancio, mal escritor como era, le había seguido con gran fidelidad, aunque había añadido algunos relatos propios, y también alguna profecía hebrea. Pero echó en falta doctrina, algo de Conocimiento, en el texto de Mateo.

Decidió añadir, al principio, varios capítulos con doctrina original y auténtica. Y en cada uno colocaría una firma. Como sería una predicación que pondría en boca de Jesucristo, los agruparía por temas.

Lactancio hablaba ya de un Jesús famoso, rodeado de muchedumbres. Él iniciaría su añadido presentándole rodeado de una muchedumbre. Titularía el Capítulo "Las bienaventuranzas".

Evangelio de Mateo, 5.

1 *Viendo a las gentes,*

*subió a unos alt***O***s,*

*y, ya sentad***O***s,*

*todos sus discípulos le rodear***O***n,*

*y, hablando con potente v***O***z,*
les enseñaba,

*tambié**n**:*

*Dichosos los pobres de espíritu, tras la muerte suya tendrán la salvació**n**.*

……………………………………………

……………………………………………

*Dichosos los afligido**s**,*
porque serán consolados.

*Dichosos los pacífico**s**,*
porque ellos poseerán la tierra.

*Dichosos los hambriento**s**,*
y sedientos de justicia, porque se saciarán.

*Dichosos los compasivo**s**,*
*serán compadecidos all**í**.*

*Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios as**í**.*

*Dichosos los sembradores-de-paz-aqu**í**,*
*porque hijos de-Dios se-llamarán-all**í**.*

Dichosos los perseguidos por sus ideas, de ellos es el Reino de Dios.

*Dichosos seréis, cuando os traten **m**al,*
*y persigan, y de continuo hablen de vosotros **m**al,*
*mintiendo, por causa **m**ía.*

Alegraos, y regocijaos, porque grande será vuestro premio en los cielos,
*que así persiguieron a los Profetas antes **m**ás.*

La firma era "tipo cierre". Se leía "ON" al inicio del pasaje. Y luego, desde la mitad y bajando, se leía "SIM". En este caso, las letras de la firma de "**SIMON**" estaban en posiciones **1-1-3-2-1** desde el final de las frases. La firma tenía 4 letras "S", cuatro letras "I", cuatro letras "M", cuatro letras "O" y, por último, dos letras "N". La firma abarcaba todo el pasaje, de modo que borrarla exigiría cambiar prácticamente todas las terminaciones de las frases, lo cual era muy problemático [(1)].

En otro de los Capítulos que firmó con "**SIMON**", hizo que Jesucristo repitiera, frases comenzando por "*Habéis oído que se dijo a los antiguos* …". Las contraponía a otras que empezaban "*Pero yo os digo* ...". En ese Capítulo colocó otra firma de "**SIMON**", con cada letra colocada exactamente cuatro veces.

Colocó otras dos firmas, con la característica de tener el mismo número de letras. Y una tercera.

Tras colocar en el añadido - los modernos Capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio de Mateo - cinco firmas múltiples de "**SIMON**", todas ellas del "tipo cierre", Eusebio se dio por satisfecho. Con eso ya era suficiente. Y pasó a revisar el otro Evangelio escrito por Lactancio, el Evangelio de Lucas.

Nota del Autor.

(1) Un análisis de esta firma, en el "Anexo 14. Mateo".

Capítulo 141

***Sármatas* y *Godos*.**

Año 317

En su siguiente viaje a *Augusta Treverorum*, Crispo fue a visitar a Eusebio a la Biblioteca. Le dijeron que estaba muy ocupado, pero él insistió en que tenía que hablar con él. Y al poco salió Eusebio, sonriéndole y con los brazos abiertos.

- "Me han dicho que estáis muy ocupado."

- "Así es, Crispo. Pero el *ostiario* tiene orden de decir eso a todos los que intentan verme, para ver si con eso desisten. Ahora, con la muerte de Lactancio, he tenido que hacerme cargo también de su trabajo y eso ha multiplicado el mío."

Crispo reaccionó, como si la mención a Lactancio le hubiera recordado algo.

- "Ahora que lo mencionáis, mi padre nunca quiso hablarme de cuál era la función de Lactancio aquí. Alguna vez se lo pregunté y él evitó responderme. Ya me he dado cuenta de que, cuando mi padre no quiere tocar un tema, usa la excusa de que sería demasiado largo de contar. Y no cuenta nada. Decidme vos, Eusebio. ¿Para qué había llamado mi padre a Lactancio?

Eusebio ya tenía preparada una respuesta por si algún día Crispo le hacía esa pregunta. De modo que respondió sin dudar.

- "Lactancio había dedicado su vida a investigar en el mundo de las ideas, Crispo. No tenía otra ocupación, ni le interesaba otra cosa. Y fue él quien supo encontrar unos pocos escritos que hablaban de que en Siria, en los tiempos del divino Tiberio, había nacido alguien que iba a jugar un papel muy importante en la historia de Roma. Su vida había pasado desapercibida para la mayoría de los historiadores de la época, pero no pasó desapercibida para Lactancio."

Eusebio cortó su relato. Quería saber cuál era la opinión de Crispo sobre la nueva religión que su padre estaba implantando en el Imperio

- "¿Os referías a Jesucristo, el Hijo de Dios del Cristianismo?"

- "En efecto, a él me refería."

- "¿Y vos creéis todas esas historias que se leen en esos textos?"

Eusebio quedó unos momentos callado, pensando. No podía decirle a Crispo la verdad sobre los textos cristianos, ni podía defender que él creía a pies juntillas todas las simplezas que Lactancio se había empeñado en poner en ellos.

- "Está bien, puesto que pides mi opinión, te seré sincero. Tengo la fuerte impresión de que Lactancio añadió algunos pasajes que no estaban en los textos que él descubrió. Pero en esencia, la historia refleja lo sucedido, si bien, hace ya muchos años."

Ahora fue Crispo quien quedó pensativo.

- "No sé … La verdad es que empecé a leerlos y al cuarto libro tuve que dejarlo, hastiado ya de tanto milagro y tanta profecía."

- "No es un tema de lectura fácil, es cierto, ni para leer muchos pasajes seguidos. Más bien se trata de leer un pasaje corto, y ver si él le da a uno alguna idea para su vida. Y si no lo hace, leer el siguiente. Pero no hace falta leerse todo un libro seguido. Y menos, un libro tras otro."

Crispo tardo en responder a la sugerencia de Eusebio. Realmente no lo hizo, porque cambió de asunto.

- "Pero no he venido a hablaros de Lactancio, sino de mi padre."

Eusebio se puso en guardia.

- "¿Tenéis noticias de vuestro padre?

- "No, no tengo ninguna novedad que vos no conozcáis. Sólo sé que derrotó a Licinio el pasado Octubre y que reside en *Sirmium*."

Eusebio debía usar todo su tacto para no transmitir a Crispo algo indebido.

- "Tú dirás, Crispo."

- "Veréis … antes de partir, mi padre me dijo que era Licinio quien iba a invadir los territorios de mi padre y que él partía a defender sus fronteras. Pero los hechos no se ajustan a esa explicación. La batalla no se dio en el verano, sino bien entrado el otoño. Y no se dio en territorio de Italia o *Iliria*, que son de mi padre, sino en la *Panonia*, que era territorio de Licinio. Eso significa que fue mi padre el que atacó y Licinio el que tuvo que defenderse de él. Luego mi padre me mintió."

Crispo se calló y miró fijamente a Eusebio. Éste sostuvo la mirada. Tendría que emplearse a fondo. Respiró profundamente y miró directo a los ojos del joven.

- "Verás, Crispo. Cuando se tiene el poder y cuando se tiene que decidir sobre temas de gran trascendencia, como es el caso de tu padre, no siempre se puede actuar con … impecabilidad. A veces un Augusto puede no encontrar argumentos legales para defender sus actos, y sin embargo él sabe que esas acciones son parte de su deber. Lo que no debemos hacer quienes vivimos bajo su autoridad es querer comprender todas sus decisiones y aprobar todos sus argumentos. ¿Lo entiendes?"

Crispo se resistía a entender.

- "¡Pero yo estoy ayudándole a cumplir con ese deber! ¿Por qué me oculta la realidad y me engaña?"

Eusebio guardó silencio un buen rato, el que juzgó que necesitaba Crispo para deshacerse de su dolor. En ese tiempo vio una salida para el compromiso en que el joven le ponía.

- "¿Tiene algo que ver Constancia en vuestro pesar?"

Crispo asintió con la cabeza.

- "Sí, lo tiene. Me contrariaría que mi padre hubiera iniciado una guerra civil. Porque eso no es favorable al Imperio, sino que a quienes favorece es a sus enemigos. Pero me duele mucho más si a quien mi padre ataca es al esposo de Constancia, no lo puedo remediar."

- "Lo entiendo, Crispo. A mí también me preocupa que sea necesaria una guerra entre romanos para construir el futuro."

Crispo pareció ver un poco de luz en lo que Eusebio acababa de decir.

- "¿Por qué habéis dicho que es necesaria una guerra entre romanos para construiros el futuro? ¿Conocéis lo que sabe mi padre y por qué ha iniciado él esta guerra?"

Eusebio se dio cuenta de lo inteligente que era Crispo. Pero no podía decirle la verdad, que su padre les había confiado, a Lactancio y a él, que Licinio se había negado a introducir el Cristianismo en sus Prefecturas, y que eso le obligaba a imponer tal cosa por la fuerza. Tampoco iba a decirle que Lactancio se mostró jubiloso de que el Augusto hubiera decidido en tal sentido, mientras que él nada objetó, ni a favor, ni en contra de la campaña contra el Augusto Licinio. Sólo le quedaba negar con toda entereza; mentir, como hacía siempre que tenía que defender la locura de Lactancio.

- "No, Crispo, no lo conozco. Vuestro padre tiene cierta confianza conmigo, pero no hasta el punto de manifestarme sus más profundos

pensamientos. Pero esto me sirve para confiaros algo que me parece muy importante.”

Eusebio calló. Sólo hablaría si Crispo se lo pedía.

- “Decid, Eusebio, de qué se trata.”

- “No requiráis a vuestro padre para que os confíe sus pensamientos más profundos, ni le reprochéis por no habéroslo hecho con anterioridad. Vuestro padre está solo, llevando una responsabilidad muy grande. Y lo que necesita de nosotros es nuestro apoyo, no nuestra desconfianza. Ni que le pidamos cuentas. Sería injusto. ¿Lo veis con suficiente claridad como para hacerlo vuestro?”

Crispo quedó un buen rato pensativo. Eusebio le estaba pidiendo una fe ciega en su padre. ¿Estaba él dispuesto a tanto? Al cabo, pareció haber adoptado una postura, porque dijo:

- “Lo pensaré, Eusebio, lo pensaré.”

Eusebio no se quedaba conforme, pero sólo pudo decir:

- “Hacedlo, y que los dioses os guíen, hijo mío.”

Cuando el mensajero con la noticia de la muerte de Lactancio llegó a *Sirmium*, Constantino lo pensó durante unos minutos y decidió llamar a Eusebio, para que el equipo redactor continuara el trabajo que faltaba por hacer a su lado, en *Sirmium*. Tenía el *memorandum* de Lactancio sobre los escritos que aún no estaban hechos y pensaba entregar una copia a Eusebio, para que controlara él la redacción del lote pendiente. Un mensajero salió hacia *Augusta Treverorum* con la orden del Augusto.

Cuando hubo partido, Constantino llamó a su secretario. Tenía intención de atender parcialmente las peticiones de sus mandos. Expuso a su secretario los puntos fundamentales de un decreto que quería emitir. Un preámbulo debía incluir lo siguiente.

“Porque el servicio al Augusto debía considerarse del mismo rango que el servicio al Imperio, y dado que el Augusto estaba ocupado sin cesar en viajes y expediciones militares, y que su casa era, por así decir, un campamento perpetuo, vengo a decretar lo siguiente.”

Y lo que seguía en el decreto eran las disposiciones respeto a la milicia y al personal civil. Para la milicia, las leyes romanas ya

establecían la posibilidad de trasladarse la familia del legionario - su mujer y sus hijos, con alimentación durante la marcha a cargo del Imperio - en caso de traslado a una región lejana. Por tanto, nada había que disponer para estos casos. No obstante, el Augusto estaba dispuesto a apoyar, por una sola vez, con una prestación similar - alimentación y cobijo durante el viaje - a las familias de todos los mandos militares trasladados a Oriente que lo solicitaran a las autoridades de su distrito.

Para el personal civil adscrito al servicio del Augusto en Palacio había que establecer normas nuevas, ya que esta nueva situación no estaba contemplada en el Derecho romano. Se les declararía exentos de toda función municipal, o que les fuera a suponer un dispendio, tanto si seguían en su destino como si se habían retirado de la Corte, tras haber obtenido el permiso del Augusto. Se prohibía a las autoridades locales suscitarles a este respecto ninguna inquietud. Quedaba extendida esta exención a sus hijos y a sus nietos.

Y respecto a los bienes que hubieran podido adquirir durante su servicio, se ordenaba que gozaran de los mismos privilegios que los que gozaban los soldados con los bienes adquiridos en la guerra. Es decir, las riquezas adquiridas por reparto en campaña quedaban exentas de todo tipo de impuestos mientras siguieran en manos de quienes las obtuvieron. No así en caso de enajenación.

La cédula de adquisición sería el documento a presentar ante los Inspectores del Tesoro. El mismo tratamiento recibirían los funcionarios de Palacio con los bienes que les hubieran sido asignados por el Augusto en campaña.

Constantino sabía que su disposición tendría un cierto coste. Pero sabía también que iba a reportarle la adhesión de cuantos se vieran favorecidos por las disposiciones y de todos los demás, que podían optar a serlo. Necesitaba a sus tropas con la moral alta, ahora que iba a exigirles la máxima dedicación en la difícil tarea que tenía que encomendarles.

Había reflexionado sobre la manera de atajar las correrías de *Sármatas* y *Godos* sobre sus nuevas fronteras. No había posibilidad de represalia, dada la distancia a recorrer en territorio enemigo para llegar a sus bases, la *Sarmatia*. Por tanto, había que sorprenderles en plena correría, cuando estuvieran asaltando una ciudad fronteriza. Eso requería obligatoriamente conocer con antelación suficiente el momento y la zona que iban a asaltar. Y eso sólo se podía lograr con informadores bárbaros,

de las tribus vecinas a los romanos; tribus que tuvieran la intención de mantener la paz con Roma.

Constantino lo habló con sus mandos y éstos quedaron encargados de destacar entre las tropas auxiliares, individuos que hablaran las lenguas de sus vecinos más allá del Danubio. Éstos, acompañados de una pequeña escolta, debían desplazarse a las tribus ubicadas por encima del Danubio y proponer la colaboración que el Augusto requería. Éstas debían acompañar a los soldados romanos que hablaban su lengua a tribus más alejadas, para escoltarles y apoyar la proposición de que eran portadores. Esta operación se haría hasta llegar a las cuarenta millas la Norte del Danubio.

Cada aldea enviaría un par de emisarios a los romanos tan pronto tuvieran conocimiento de que *Sármatas* o *Godos* atravesaban sus tierras. El aviso final, que indicara la zona del ataque bárbaro, debía llegar a la frontera uno o dos días antes de producirse, para que hubiera tiempo de llevar allí las tropas que repelieran el ataque. En caso de éxito, habría una recompensa generosa, en metálico y en mercancías apreciadas por los bárbaros, para las tribus que intervinieran en la delación. Poner en marcha estos preparativos llevó algo más de cuatro meses. La respuesta de las tribus que habitaban inmediatamente por encima del Danubio fue positiva. Estaban hartos de los *Sármatas*.

Durante los cuatro meses de Abril, Mayo, Junio y Julio los bárbaros atacaron tres aldeas fronterizas: *Azaum*, en la *Alta Panonia*, *Altinum*, en la *Panonia Este*, y *Tricornium*, en la *Moesia Superior*. En todos los casos los ataques se limitaron a la aldea, ubicada en la margen derecha del Danubio. Los asaltantes no eran muchos, según refirieron algunos de los supervivientes. Apenas dos centenares; pero suficientes para sembrar el terror en la pequeña aldea. Era evidente que no querían correr riesgos. Asaltaron las aldeas, las vaciaron de habitantes y se llevaron todo lo que pudieron coger. Y en todos los casos volvieron a atravesar el río en sus barcas ese mismo día.

Capítulo 142
Firmas en Lucas.

Año 317

Debía darse prisa. Arreglar - como él lo llamaba – el Evangelio de Mateo le había llevado demasiado tiempo. Debía hacer lo mismo con el de Lucas. En éste no añadiría un bloque largo, con varios capítulos, como había hecho en Mateo, sino que incorporaría pequeños bloques, allá donde hubiera posibilidad.

Tanto para dar forma al "Sermón de la Montaña" como para el pasaje que interpolaría en el Evangelio de Lucas, Eusebio se sirvió de ideas y mandatos que había empleado en la Didajé. Aquel Catecismo primero era el resumen del mensaje que él pensaba dejar como legado, la forma de vivir que él deseaba a todo el que se interesara por madurar. Si podía servir a los cristianos, tanto mejor para ellos.

Eusebio repasó con detenimiento el texto que había preparado Lactancio. Y en un pasaje en que Lactancio había situado a Jesucristo rodeado de miles de seguidores, hablando del Hijo del Hombre, intercaló el siguiente pasaje, con una firma "tipo cierre":

Lucas 12, 13-34.

13. Le dijo entonces uno de la muchedumbre, Maestro,
dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.
14. Él entonces le dijo, hombre, ¿quién me nombró juez o repartidor entre
vosotro**S**?
15. Y les dijo entonce**S**,
Mirad y cuidaos de las avaricia**S**,
La vida de alguien no está en tener abundancia de lo que es material.
16. Contó una parábola a ello**S**,
diciendo, a un rico le produjo mucho la tierra.

....

24. Mirad los gorriones, que no siembra**n**,

ni siega**n**,

que no tienen granero ni despensa, y Dios les da alimento,

¿No valéis más vosotros que un gorrió**n**?

25. ¿Y quién de vosotros puede añadir tan sólo un palmo a su estatura?
26. Si no domináis lo mínimo, ¿por qué preocuparos del resto?
27. Considerad un lirio, cómo medra; ni hila, ni teje.

Sabed que ni en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos Salomó**n**.

28. Si a la hierba, que adorna el campo h**o**y,

y mañana en los horn**o**s,

así la viste Di**o**s,

¿cuánto más a vosotr**o**s,
hombres-de-poca-fe?

29. Vosotros pues no busquéis qué comer, ni qué beber, y no os preocupéis.
30. Estas cosas las anhelan las gentes del mundo.
Vuestro Padre ya sabe que vosotros las necesitáis.

31. Buscad sólo el Reino de Dios, y se os darán ade**m**ás.
32. No temáis, mi pequeño rebaño. Ya que vuestro Padre ha querido daros el Reino.

33. Las posesiones nuestras de**m**os,
démoslas como limosna, nos haremos con bolsas imperecederas,

un tesoro inmenso y celestial, ladrones no hay all**í**,

ni polilla all**í**.

34. Ya que donde está vuestro tesoro, vuestro corazón también está all**í**.

Eusebio aprovechó las ideas de lo que había añadido a Mateo en el "Sermón de la Montaña", para utilizarlo en Lucas. Buscó al principio del Evangelio de Lucas que había dejado escrito Lactancio. Jesús había elegido a los doce apóstoles y estaba rodeado de una multitud de seguidores que intentaban tocarle para quedar curados de sus enfermedades. En ese pasaje Lactancio había terminado un relato, el de la elección de los doce. Y en el siguiente pasaje Jesús se acercaba a *Cafarnaúm* y curaba al siervo de un centurión.

"Magnífico, pensó Eusebio. Necesito dos pasajes en que se realicen milagros. Son los pasajes típicos de Lactancio. Entre ambos debo colocar mi pasaje de doctrina auténtica. De ese modo, quienes quieran investigar la falsificación, podrán separar el pasaje en que se dicen cosas auténticas de los dos pasajes que le rodean, que sólo cuentan ficciones."

Además, era un lugar muy apropiado para situar una interpolación. Una interpolación debía colocarse al final de un relato del escrito original, cuando va a cambiar el escenario. Así, basta con empezar la interpolación a colocar con una frase que convenga al contexto en que está el relato y, cuando se termina, viene el cambio de escenario y nadie notará el añadido.

Como el pasaje que pensaba tomar prestado de Mateo era un tanto largo, colocó en él dos firmas, una a continuación de la otra. La primera, al revés; y la segunda, al derecho, siguiendo el esquema **NOMIS-SIMON**. En la primera colocó 10 veces la letra "**N**". En la segunda, quince veces la letra "**O**".

Notas del Autor.

En el "Anexo 15. Lucas" se prosigue el análisis de este Capítulo, con el texto en griego que contiene la firma de **SIMON**, obra de Eusebio.

En el "Anexo 16. Lucas 2" vienen las Bienaventuranzas en Lucas, con la firma, tanto en castellano como en griego.

Capítulo 143
Eusebio, Arrio y Eutropio.

Año 317

Un mensajero llegó a *Augusta Treverorum* procedente de la lejana Alejandría. Traía un mensaje para Eusebio. Decía así:

"*De Arrio, desde Alejandría, a Eusebio, en Augusta Treverorum.*
Salud.

Hace tiempo que no sé de ti, y ello me desazona. Por aquí, sin apenas novedades. Entre la biblioteca, las Tertulias, mi despacho y los amigos, se me pasan las semanas muy deprisa. Tu sobrino, Eladio, está esperando su segundo hijo. La primera, una niña, es encantadora y ya anda.

Quería hablarte de otro joven, su nombre es Eutropio, que ha destacado entre sus compañeros. Es de Cilicia, en Asia. Tiene un certificado de estudios brillante. Se quiere especializar en Historia, y le he hablado de ti. Tú, con influencia en las altas esferas, tal vez puedas ayudarle.

Supongo habrás hecho grandes mejoras en tu nueva Biblioteca.
Cuídate mucho."

Eusebio se alegró al saber que Eladio había asentado su vida, formado una familia y ya era padre. Pero tanto como saber de su sobrino, le interesó la información que le daba su amigo Arrio sobre ese joven licenciado con interés en la Historia. Una persona así era lo que iba a hacer falta para recomponer el equipo redactor. Él no podía completar todos los textos pendientes. Bastante tenía con hacer su parte, la mitad, aproximadamente. Además, estaba empezando a odiar su trabajo.

No sólo tenía que mentir al escribir sus obras, sino que, además, debía mentir al exponer sus pensamientos, como había tenido que hacer con Crispo. Y eso le pesaba. Toda su vida, desde que llegó a la capital de la Diócesis de la *Galia*, se había convertido en una inmensa mentira. Estar al servicio del Augusto Constantino era entrar en un mundo de ficción. Un mundo en el que lo normal era la anormalidad. En que para ser calificado

de cuerdo, había que fingir estar demente. Y así estaba uno a tono con los demás interlocutores.

Eusebio dudó si debía prestarse a introducir a un joven titulado en ese mundo de doblez y disimulo. Por eso no respondió de inmediato. Debía pensarlo. Y fue en este período de reflexión cuando le llegó la misiva del Augusto, en que lo llamaba a su lado. Ello le decidió. Debía presentarse ante Constantino con una propuesta concreta. Y si Arrio le recomendaba a aquel joven, sin duda era un joven despierto. Redactó la respuesta, dos semanas después de recibir la misiva de su amigo, en estos términos.

Eusebio, desde Augusta Treverorum, a Arrio, mi amigo alejandrino. Salud.

Tampoco yo tengo grandes novedades. Pero sí, he introducido mejoras. No tantas como hubiera deseado, pero más de las que he podido. Algunas, de mi peculio. Ya sabes de qué tema.

Agradezco tus noticias sobre Eladio. Dale un abrazo de mi parte, felicitándole de todo corazón, por su paternidad.

Sobre Eutropio. Necesitaremos una persona de su formación. Se exige ambición y discreción; ésta, para siempre. En las altas esferas, como tú bien dices, la discreción es requisito imprescindible.

Si cree ser idóneo, dile que me escriba, de su puño y letra, y me exponga su currículum, y cómo es él. El trabajo sería en la Panonia, previsiblemente bien remunerado.

Muy importante: Traslado mi residencia a Sirmium, en la Panonia. Dirigid vuestro escrito a la Biblioteca.

Cuídate mucho.”

Eusebio había hecho algunos estudios de grafología, y se preciaba de poder saber rasgos del carácter de las personas analizando sus escritos. Quería estar seguro de que nada en el joven pudiera suponer un obstáculo para los requisitos que él sabía que requería el trabajo a realizar por el equipo redactor. Eutropio había pasado la criba de Arrio. Él sería la segunda criba. Y el Augusto, la definitiva. Suponiendo que Eutropio no se echara para atrás. Pero algo le decía que aquel joven alejandrino iba a intentarlo.

Capítulo 144
La despedida.

Año 318

Eusebio sabía que no podía retrasarse en obedecer el mandato de Constantino. El Augusto se desplazaba por todo el Imperio a la velocidad del rayo y daba por hecho que sus subordinados no debían ser menos. Por eso había preparado todo lo que Lactancio había dejado por aquí y por allá, desordenado en estanterías diversas, y lo había organizado por temas. Había tirado sus borradores y había empaquetado aparte sus libros personales, aquellos en los que había anotado las enseñanzas que había entresacado de otras creencias, sobre todo egipcias. Los conservaría.

Al llegarle la orden del Augusto, comunicó a su esposa, Lidia, que debían mudarse a la *Panonia*. Iban a estar a medio camino de casa, de su antigua casa de *Cesarea*. Eso era menos que nada. Lidia se alegró. Con seguridad el clima de *Sirmium* no sería peor que el de *Augusta Treverorum*. Aunque ella no se quejaba, Eusebio se daba cuenta de que siempre que podía estaba sentada ante la chimenea, con las manos extendidas hacia las llamas. No estaba acostumbrada a aquel clima tan frío.

Eusebio pensó en Crispo y se entristeció. Poco a poco el joven Crispo se había quedado sin las personas con las que más trataba. Primero, Constancia se desposó con el Augusto Licinio y se marchó, posiblemente para no volver nunca más a *Augusta Treverorum*.

Luego, su padre, el Augusto Constantino, partió para el Este. Eusebio sabía que había desposado a la hija del difunto Augusto Maximiano y que en adelante ella sería su esposa. Y sabía que Constantino no soltaría su presa hasta que la Prefectura de Oriente de Licinio no cayera en sus manos. Crispo perdía así a su padre.

Y ahora él debía anunciarle su marcha; también, para no volver jamás. Tenía que hablar con él cuanto antes. No esperó a que Crispo bajara a la capital. Le mandó un mensajero con un mensaje muy corto: Debían verse.

A veces Eusebio tenía la sensación de que era testigo privilegiado de un drama a escala universal. De un cambio en las estructuras del Imperio

como no se había dado nunca antes en la historia de Roma. Tras el desorden al que el Augusto Diocleciano había puesto fin, parecía que todo había quedado organizado, de modo que no pudieran darse más períodos de desorden y caos. Ya había sufrido el Imperio suficiente con aquellos cincuenta años de inestabilidad, asesinatos, conspiraciones y guerras civiles anteriores a Diocleciano.

Pero no había sido así. El alzamiento de Majencio contra la autoridad de Severo había sido el primer acto del drama. La muerte del Augusto Severo a manos de Majencio y Maximiano había sido el segundo. El fracaso de la expedición del Augusto Galerio contra Majencio, el tercero. La conquista de Italia por Constantino con la muerte de Majencio - y la anterior de su padre Maximiano - podía definirse como el cuarto acto. La guerra entre Daya y Licinio sería el quinto acto. Y la guerra - que Eusebio sabía que no había terminado - de Constantino contra Licinio, sería el sexto acto.

A pesar del orden establecido por el Augusto Diocleciano, nada más retirarse él del poder había sido un "todos contra todos". Y los Augustos habían ido cayendo, uno tras otro. Y todos, salvo el infortunado Galerio, a manos de otro Augusto. Al final - así lo veía Eusebio - iba a quedar uno de los dos, Licinio o Constantino. Y Eusebio pensaba que sería Constantino el que se impondría a Licinio.

Porque el Augusto Constantino se había fijado un objetivo. Y éste era tener el mando supremo del Imperio y establecer en él el Cristianismo. Y todas sus actuaciones estaban encaminadas a ese exclusivo fin. Ni siquiera ahora que Lactancio había muerto, podría Eusebio hacer cambiar ni un ápice al Augusto en su determinación. Sólo hacer una mención en tal sentido era ponerse uno en peligro. Había que esperar y rogar a los dioses que no permitieran que dos personas trastocaran el orden establecido por otros muchos. Y, lo que era aún más grave, con mucha más capacidad de raciocinio.

A los dos días, el César Crispo se presentaba en la Biblioteca de *Augusta Treverorum*. Esta vez nadie le dijo que el director de la misma estaba ocupado. Le pasaron a su despacho de inmediato.

Crispo venía excitado por la cabalgada, que sin duda había sido acelerada. Eusebio le ofreció una silla con un gesto de la mano. Crispo se tomó un respiro al sentarse.

- "No recuerdo que nunca me hayáis requerido para que venga a veros. Así que debéis tener un motivo importante para hacerlo. Y me da cierta aprensión que me digáis cuál."

Eusebio sonrió. Pero Crispo notó que lo hacía con cierta tristeza en el semblante.

- "No te equivocas, hijo, no te equivocas. Ya te adelanto que lo que tengo que comunicarte no te va a agradar. Pero cuanto más tarde en comentártelo, será peor. De modo que pasemos al mal trago cuanto antes y enfoquemos el futuro con serenidad y optimismo."

- "¿Le ha pasado algo a mi padre?"

- "No, no es eso. Puedes estar tranquilo. Pero son nuevas de tu padre. Me llama a su lado. Debo partir para *Sirmium* tan pronto llegue el buen tiempo."

Crispo quedó un rato en silencio. No quería mostrar el desaliento que le producía la noticia. Y la mejor manera de ocultarlo era no decir nada. Cuando pasó la ola de tristeza que la nueva le había traído, prosiguió la conversación.

-"Teníais razón, no me resulta grato saberlo, aunque sea orden de mi padre ... Pero supongo que él tiene motivos para teneros a su lado …"

De nuevo cayó el silencio entre ellos. Lo rompió Crispo.

- "¿Cómo podré estar en contacto con vos, Eusebio? Voy a echar en falta nuestras conversaciones sobre la manera de actuar en la vida."

- "He pensado en eso. Tenemos el correo, Crispo. Él es el nexo permanente entre personas que viven alejadas unas de otras."

Crispo volvió a callar. Y de pronto arrancó con una pregunta que tenía en la cabeza.

- "¿Y si he de preguntaros por mi padre, también debo confiar mis pensamientos a un mensajero?"

Eusebio pensó un poco antes de responder. Ganó tiempo.

- "¿Quieres decir si tienes algún tipo de problema y deseas preguntarme por él, tratándose de un problema con tu padre?"

- "Efectivamente, eso quiero decir."

- "Bien, pues en tales casos lo que se acostumbra es emplear un convenio previo de sustitución. Debemos elaborar una tabla de sustituciones. Tabla que, en este caso, debes elaborar tú. Imagina con quiénes puedes llegar a relacionarte y tener dudas sobre cómo actuar con

él. Y en vez de nombrar a la persona en cuestión, me la indicas por medio de la persona que la sustituye."

Los ojos de Crispo brillaron con una luz nueva.

- "Lo entiendo. Así que mi padre no debe aparecer en ninguna misiva mía, sino sólo por medio de otra persona. Ya sé quién sustituirá a mi padre, mi amigo Tibulo."

-"Como desees, pero amplía la lista. En una primera columna escribe las personas con las que te relacionas y puedes tener problemas de contacto. Y en la segunda pon la persona que la sustituye."

Crispo se quedó pensativo.

- "¿Y si surge alguien que no estaba en la lista inicial y debo tratar de esa persona en nuestra correspondencia, cómo os hago saber la persona que la sustituye?"

- "Muy sencillo, me mandas una misiva aislada, corta, con una noticia verosímil. Por ejemplo, "Yela está esperando descendencia", o la que tú decidas, antes de despedirnos. Y a continuación, una frase que empiece por la persona a sustituir, y termine por la persona que la sustituye. Y si tienes más de una persona a incorporar a nuestra lista secreta, dispones varias frases, todas con la clave de que el primer nombre de cada frase es sustituido por el nombre del final de la frase."

Crispo parecía aliviado. El disponer de un código que guiara la correspondencia y le permitiera poder ser franco - aunque fuera por correo - al menos con una persona, le dio la calma que la noticia de la cercana despedida le había hecho perder.

Hablaron de la situación en la frontera, de lo mucho que debía a Gleva, el Canciller Mayor de su padre, de su madre, a la que veía cada vez más triste, y de Yela. El rostro de Crispo cambió cuando habló de ella. Eusebio ya sabía que Crispo se había enamorado de la joven g*ermana*. Y Eusebio creyó conveniente hacerle una pequeña advertencia para el futuro. Esperó a que el joven soltara todo lo que tenía en el corazón sobre su amada. Y cuando lo hizo, replicó:

- "Eso está muy bien Crispo. El amor es bueno conocerlo cuando se es joven, cuando se está libre de compromisos, cuando uno puede amar sin fronteras. Disfruta de ese amor tuyo, tan libre, tan fresco. Saborea y agradece cada momento de unión, cada caricia, cada sonrisa.

Tal vez llegue un día en que ese amor termine, o deba terminar. Y debes estar dispuesto a decirle adiós, y a encauzar tu vida con otra

persona, más afín a ti, más de tu clase. ¿Comprendes lo que quiero decir?”

Crispo le miró, repentinamente serio. Tardó bastante en responder con un movimiento repetido de cabeza, afirmativo. No dijo nada, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. Nadie habló. Crispo se levantó pesadamente de la silla y caminó hacia la puerta. Eusebio quiso reparar el dolor que había causado.

- “Prepara esa lista, hijo. Que no se te olvide.”

Crispo, de espaldas, negó lentamente con la cabeza.

Capítulo 145

La educación.

Año 318

También Constantino notó el cambio de escenario al marchar de *Augusta Treverorum*, donde estaba su familia, a *Sirmium*, capital imperial que le era totalmente desconocida. Nada le ligaba a ella, al contrario. Había sido la capital de su cuñado Licinio. Y aunque ahora estaban en paz, Constantino seguía considerándolo su enemigo, el enemigo que le impedía la salvación de medio Imperio. Y que ponía en peligro todo lo que él había hecho en su mitad occidental.

- "De nada valía - le había insistido Lactancio – introducir el culto al Dios único en la mitad del Imperio, si la otra mitad seguía adorando a falsos dioses y, con ello, acumulando la ira de Dios."

Por eso, como fuera, cuanto antes, era imprescindible el control del Oriente. Licinio debiera haber sido más flexible. Ahora no le quedaba más remedio que pasar por encima de él.

Constantino había dictado ya algunas leyes con las nuevas ideas del Cristianismo. Hacía ya tres años había hecho del domingo fiesta obligatoria en la parte del Imperio que estaba bajo su mando. Sólo los campesinos podrían trabajar en domingo, si la mies lo requería, o la siembra apremiaba. No controló el cumplimiento de la ley. No quería quemar etapas y promover resistencias. Que los ciudadanos tomaran conocimiento. Más tarde, con todo el Imperio bajo su mando, ya se urgiría su cumplimiento.

Y hacía apenas dos años había emitido un decreto por el que se prohibían las concubinas a los varones casados. Eso también estaba en línea con la idea de mayor continencia que propugnaba Lactancio y la nueva religión. Había llamado a su secretario, le dictó los párrafos más decisivos de la nueva ley, y le dejó terminarla y presentársela luego.

Recordó el día que su Canciller Mayor, Gleva - que cuidaba de su hijo allá en *Augusta Treverorum* - le remitió un escrito en el que le comunicaba que su hijo, Crispo, tenía una concubina, una joven esclava, *germana*, que alguien le había regalado. Constantino recordó entonces que

su hijo ya se lo había comunicado poco antes de salir de campaña contra Licinio, antes de pasar por *Arelate*, al nacimiento de su primer hijo. Y recordó que al principio no le dio importancia. Pero ahora había cambiado de opinión. Crispo, para dar ejemplo, debiera dejar a su concubina. Máxime habiendo emitido su padre una ley que las prohibía.

No quiso comentar el tema con Fausta. Estuvo a punto, pero se contuvo. Recordó las advertencias de su padre, “con las mujeres, nada de temas de gobierno”. De hecho, nada comentaba a su esposa de sus preocupaciones. Por eso las comidas con ella se le hacían incómodas, ninguno de los dos hablaba nada. Y decidió que comería en su despacho, entre los comunicados llegados ese día y los pendientes de respuesta. Tenía mucho trabajo.

Reflexionó qué hacer para resolver el problema de la concubina de su hijo. No se decidió a escribirle, ordenándole despedir a la esclava. No quería ningún enfrentamiento con Crispo. Lo necesitaba. Y si él le daba la orden de despedirla y Crispo no lo hacía, tendría que tomar medidas que podrían distanciarlo de él. Pensó en otra solución: Lo casaría.

Aprovecharía la primera ocasión en que se presentase en la *Panonia* - o lo llamaría, si Crispo no venía – y lo casaría con alguna muchacha apropiada. Alguna joven que no fuera de familia de rango. No quería suegros que pudieran pasarle factura. Eso sí, le advertiría que él, como César, debía dar ejemplo de fiel cumplimiento de las leyes, ¡y que tenía que despedir a su puta *germana*!

Ahora estaba preparando una ley contra los augurios privados. Se tolerarían los augurios públicos, los oficiales. Pero los particulares no podrían acudir a los augures. De ese modo, eliminando clientes, los adivinos acabarían por desaparecer. La adivinación del futuro era un sucio asunto que no complacía al Dios único. Una de dos, o eran comedias sin base alguna, y en tal caso había que proteger a los ciudadanos contra el engaño, o eran fruto de trato con los demonios. Y en ese caso había que evitar que se hicieran pactos a espaldas del Dios único. Así argumentaba Lactancio y no se podía negar que tenía razón. Legislaría contra los augurios.

El pasado año le había concedido el consulado a Crispo. Con ello no sospecharía que estaba disgustado con él. Y así le compensaría por haberle puesto al mismo nivel que el hijo de Fausta. Había esperado recibir alguna protesta de él, pero eso no había sucedido. Y tampoco Gleva

le había transmitido queja alguna. Lo había negociado con Licinio. Él, Licinio, sería Cónsul por Oriente y Crispo lo sería por Occidente.

Pensó en sus otros hijos, Constantino segundo, que ya tenía casi dos años, y Constancio, que apenas tenía un año. Constantino aún era muy niño, pero en cuanto cumpliera tres o cuatro años, y dado que era César, le nombraría una corte imperial. Con tres o cuatro oficiales, para que cuidaran de su persona y su seguridad, serían suficientes en un principio, puesto que no dejaría de vivir en Palacio. Tenía que ir preparando a Fausta poco a poco para ese protocolo oficial. La veía muy encariñada con sus hijos. A todas horas pedía que se los trajeran, y se pasaba tiempo y tiempo con ellos, en los jardines de Palacio. Él no la veía, pero tenía informadores en Palacio que le daban cuenta de a qué se dedicaba.

No le hacía gracia que Fausta tuviera un ascendiente excesivo sobre sus hijos. Podría disminuir el papel que él, su padre, debía jugar en la vida de ellos. Ellos estaban llamados a ser su continuidad en el Imperio, quienes le sucederían cuando él faltara. Por tanto él debía ocuparse de todo lo concerniente a su educación. Debían ser educados como los Césares que iban a ser. Él se encargaría de organizarlo.

Capítulo 146
Firmas en Marcos.

Año 318

Durante el viaje a *Sirmium* Eusebio iba a tener muchas horas sin nada que hacer. Así que se dejó a mano los borradores de los Evangelios que él había redactado, el de Marcos y el de Juan. En los borradores tenía separadas las dos etapas de redacción.

Era una auténtica caravana la que formó el Prefecto del Pretorio - según le había dicho, por orden del Augusto - para trasladar todos los textos desde *Augusta Treveorum* a *Sirmium*. Eusebio había conseguido que le acompañaran todos los escribas que había contratado para hacer las copias. Los seguiría necesitando en *Sirmium*. Algunos lo hacían con sus familias, los que la tenían.

La caravana la componían cuatro *carpenti* sólo para los rollos. Y otros diez más para las familias de los escribas y para él mismo. Cada carro tenía su conductor. Iban escoltados por seis *turmae* de caballería, un total de ciento ochenta jinetes, al mando de un oficial, con su *optio* (ayudante). Usaban la posta imperial, pero sólo para los caballos de los *carpenti*. De todas formas, dormir en viaje bajo cubierto era un regalo. Eusebio no tenía demasiadas ganas de llegar a *Sirmium*. Estar cerca de Constantino sólo podía traducirse en más trabajo y más exigencia.

Subieron a *Mogontiacum* (Maguncia) y siguieron la calzada que corría al lado de la frontera, el *Rhenus Flumen*, hasta *Vindonisa*. Evitarían las calzadas que atravesaban montañas, le había dicho el oficial. Por eso subieron hasta *Augusta Vindelicorum* y alcanzaron la calzada que bordeaba el Danubio. Daban un gran rodeo, pero el terreno era llano y llegarían con menos problemas a su destino.

En el trayecto, en las inmediaciones de *Vindonisa*, Eusebio tomó sus notas y empezó a leer lo que había escrito tiempo atrás para iniciar el Evangelio de Marcos, el capítulo primero del texto Original. En él se presentaba a Jesucristo como un Maestro de Sabiduría.

Marcos Original. Capítulo 1.
Traducción.

1. **Vino Juan, el-Bautista, en el desierto,**
predicando un bautismo de-arrepentimiento, perdonando los pecados.
2. **Y venían a él, de toda la Judea, y de Jerusalén, todos,**
y los bautizaba, en el río Jordán, habiendo confesado sus pecados.
3. **Y sucedió, en los días aquellos, vino Jesús, de Nazaret de Galilea,**
y bautizose, en el Jordán, con Juan.
4. **Después de la prisión de Juan, vino Jesús a la Galilea,**
predicando el Evangelio del Reino de Dios, enseñando: Se cumplió el tiempo,
se acerca el Reino de Dios, arrepentíos, y creed en el Evangelio.
5. **Y entran en Cafarnaúm, y frecuentemente, en sábado, enseñaba en la sinagoga.**
6. **Y se asombraban de su enseñanza,**
ya que les enseñaba como con autoridad, y no como los escribas.
7. **Pronto se extendió su fama, por toda la comarca de Galilea.**
8. **Y, temprano, apenas amanecido, levantándose, salía,**
y marchaba a lugar desierto, y, allí, rezaba.

Esta historia era lo que él hubiera escrito si tuviera que relatar lo que un Maestro podía haber dicho. Había hecho una concesión, incluir la obligación de "*creer en el Evangelio*". Eusebio era contrario a todo tipo de fe. La fe era un mal sustitutivo del Conocimiento. La persona que está madura para captar el Conocimiento no necesita fe alguna. Y si no ha madurado lo suficiente para acceder al Conocimiento, de poco le va a servir la fe como método de mejora. Lo que necesitaba Lactancio era que todo el Imperio diera fe a sus divagaciones, les prestara su asentimiento. En una palabra, que todos dieran por reales sus fantasías.

Eusebio había compuesto la Interpolación escribiéndola con otra tinta. Teniendo a la vista el texto del Original, podía conjuntar ambos relatos con toda facilidad. Podía llevar la cuenta de las palabras del total, para formar la estructura del texto completo, y colocaba las firmas de Simón en la Interpolación.

Marcos. Capítulo 1.
Traducción.

1. Principio del Evangelio de Jesucristo.

2. Como está en la profecía,
"**Mira**, envío el ángel mío delante de tu faz, él preparará el camino delante de ti."

3. Una-voz en el desierto clama:
Preparad el camino del-Señor, volved rectas las sendas suya."

4. **Vino Juan, el-Bautista, en el desierto,**
predicando un bautismo de-arrepentimiento, perdonando los pecados.

5. **Y venían a él, de toda la Judea, y de Jerusalén, todos,**
y los bautizaba, en el río Jordán, habiendo confesado sus pecados.

6. Y estaba, Juan Bautista, vistiendo pieles de-camellos,

y tiras de cuero ceñían sus lomos,

y comía langostas, y panes ácimos.

7. Y predicaba, diciendo: Pronto vendrá mi superior,

detrás de-mí, del-que digno no soy,

arrodillado, de-soltar las correas de sus calzados.

8. Yo bautizo en agua, él os bautizará en Espíritu Santo.

9. **Y sucedió, en los días aquellos, vino Jesús, de Nazaret de Galilea,**
y bautizose, en el Jordán, con Juan.

10. Y a-continuación,

saliendo él del agua, tuvo Juan una visión,
vio el Espíritu, como paloma, bajando hacia él.

11. Una voz, como de huracán:
"Tú eres el hijo mío, el amado, en ti me-complazco."

12. Y, entonces, el espíritu suyo lo llevó al desierto.

13. Y estuvo en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satán,
y vivía entre las fieras, y ángeles le servían.

14. **Después de la prisión de Juan, vino Jesús a la Galilea,**
predicando el Evangelio del Reino de Dios, enseñando:

15. **Se cumplió el tiempo, se acerca el Reino de Dios, arrepentíos,**
y creed en el Evangelio.

16. Y caminando cerca del mar de Galilea, vio a-Simón, y a-Andrés,
hermano de Simón, cosiendo junto al mar. Pues eran pescadores.

17. Y les dijo entonces Jesús: Venid tras de-mí,
y haré que seáis pescadores de-hombres.

18. Y entonces, dejando las redes, le siguieron.

19. Y, más adelante, vio a-Santiago, el del Zebedeo, con Juan, el hermano suyo,
estaban ellos en la barca, remendando.

20. Y entonces les llamó.
Y dejando a su padre, Zebedeo, en la barca, con los jornaleros, fueron tras él.

21. **Y entran en Cafarnaúm, y frecuentemente, en sábado, enseñaba en la sinagoga.**

22. **Y se asombraban de su enseñanza.**
Ya que lo hacía como con autoridad, y no como los escribas.

23. Y, había, en la sinagoga de ellos, un-hombre, con espíritu impuro, y gritaba,

24. diciendo: ¡Eh! "¿Qué entre-tú y nosotros, Jesus Nazareno, vienes a perdernos?
Ya sabemos quién eres, el Santo de Dios.

25. Y entonces le ordenó Jesús, diciendo: Cállate, y sal de él.

26. Y, sacudiéndole con fuerza el demonio impuro, y dando un-gran grito, salió de él.

27. Se asombraban todos, hasta preguntarse ellos, diciendo:¿Qué es esto?
Enseñanza nueva, con autoridad, y a los espíritus impuros manda, y le obedecen.

28. **Pronto se extendió su fama, por toda la comarca de Galilea.**

29. Y luego, dejando ya la sinagoga, van a casa de Simón y Andrés con Santiago y Juan.

30. La suegra de-Pedro estaba enferma, con-fiebre, y le hablaron de las fiebre**S**,

31. Y llegado**S**,

la levantó, agarrándola de las mano**S**.

y le dejó la fiebre, y ella servíale**S**.

32. Por las tarde**S**,

con las últimas luce**S**,

llevaban ante él a todos los enfermo**S,**

y los endemoniado**S**.

33. Y estaba toda la ciudad agolpada ante la puerta.

34. Y curó a muchos aquejados de enfermedade**S**,
y muchos demonios echó, y a los demonios prohibía hablar,
porque le conocían.

35. **Y, temprano, apenas amanecido, levantándose, salía,**
y marchaba a lugar desierto, y allí, rezaba.

Nota del Autor.

El texto en griego escrito por Eusebio, con la firma, en el "Anexo 17. Marcos".

Capítulo 147
Eusebio en *Sirmium*.

Año 318

Eusebio y sus acompañantes llegaron a *Sirmium* (Srem-Mitrovica) en el Sur de la *Panonia*, a mediados de Julio. Nada más llegar y cambiarse de ropa, se dirigió a Palacio. Solicitó audiencia con Constantino, pero éste había salido y no sabían cuándo volvería. Tampoco supieron decirle dónde estaba. Los movimientos del Augusto eran desconocidos para el personal de Palacio.

El oficial de la escolta tenía órdenes y habían acomodado a los viajeros en una *ínsula* (manzana de casas) con varios apartamentos. Estaba cerca de la Biblioteca, por lo que Eusebio supuso que tal vez sería su residencia para los próximos años. Sin nada que hacer de inmediato, se dedicó a visitar la ciudad, acompañado de Lidia y sus tres hijas.

En verano *Sirmium* era una ciudad luminosa. Los árboles lucían sus nuevas galas, las huertas esparcidas por la ciudad daban los primeros frutos a sus propietarios, la vida bullía de nuevo tras el largo invierno. Las jóvenes se asombraban por todo lo que veían, sobre todo la menor. Eusebio les iba explicando los usos de los edificios más importantes. Al lado del Foro, dotado de un pórtico, estaba el *macellum* (mercado). En su interior había un pequeño templo circular. En los laterales se alineaban tiendas y tabernas, repletas de ánforas, donde se ofrecían toda clase de comidas y bebidas.

Un poco más allá del Foro, encontraron el *Mitraeum*, pequeño Templo dedicado al dios Mitra, al que muchos legionarios daban culto. Era un edificio compacto, con ventanas estrechas, por las que apenas entraba luz. Las hijas de Eusebio pidieron a su padre entrar en el Templo, pero éste les advirtió que sólo los devotos del dios Mitra tenían permitido el acceso. Vieron las sedes de dos asociaciones, del *Collegium Iuventutis* (Colegio de la Juventud), dedicado a la formación de los jóvenes, y del *Collegium Centonariorum* (Colegio de Bomberos), la asociación de personas que se habían dedicado a tal oficio.

Había en *Sirmium* tres Termas, a las que surtían tres acueductos, que entraban por la parte Sur de las murallas. El mayor de los tres edificios era el de las Termas Imperiales. Había sido construido por el Augusto Trajano. Dentro de las murallas estaba el *castrum* (campamento militar), rodeado a su vez por otra muralla. Tampoco estaba permitido el paso. En tiempos había albergado una Legión completa. Ahora sólo quedaba en él media Legión, estando el resto repartida por diversas ciudades de la *Panonia*.

Había dos anfiteatros, uno dentro del *castrum*, para uso de los legionarios, y otro, el civil, en las afueras de la ciudad. Vieron también el Teatro, situado al Norte de la ciudad. Era más bien modesto, aunque tenía unos pequeños jardines muy cuidados en la parte posterior. Y al volver, pasaron ante el Palacio Imperial, un edificio impresionante, con un cuerpo principal y dos alas. Sus tres puertas relucían al sol de aquel día. No lejos del mismo estaba la Biblioteca, donde Eusebio esperaba trabajar. Era de tamaño similar a la de *Augusta Treverorum*. Y no lejos de la Biblioteca, su nueva residencia.

Al día siguiente Eusebio se dirigió a la Biblioteca y preguntó por el director. Le dijeron que había sido destinado recientemente a *Iader* (Zadar), en la *Iliria*. Esto le recordó lo sucedido en *Augusta Treverorum* y reforzó su idea de que él iba a ser el nuevo director de la Biblioteca de *Sirmium*.

Así era. Al cabo de una semana, en la que él no quiso tomar ninguna decisión sobre los rollos traídos de *Augusta Treverorum*, que seguían bajo candado y custodiados en uno de los apartamentos de la *ínsula*, Constantino regresó de su viaje de inspección. Eusebio había dejado recado en Palacio de que había llegado ya a *Sirmium* y estaba a disposición del Augusto. Al día siguiente, éste le mandó llamar.

Eusebio encontró a Constantino algo estropeado, a pesar de que hacía sólo tres años que no se veían. Nuevas arrugas le cruzaban la cara y parecía más cansado. Lo saludó formalmente, arrodillándose ante él. Constantino le hizo levantarse y le preguntó por el viaje.

- "Muy largo, pero no incómodo, Augusto. La posta imperial nos ha permitido descansar después de cada jornada. Y, con la escolta que estaba dispuesta, hemos viajado con total seguridad, y debo agradecéroslo."

Constantino hizo como que no oía el agradecimiento de su interlocutor. Preguntó, con evidente interés.

- "¿Todos los documentos han llegado con normalidad?"

- "Todos, mi Augusto. Si no hemos llegado algo antes ha sido por cuidar y repasar que nada quedara olvidado en las *Galias*. Incluso me han acompañado los escribas que se contrataron para hacer copias, porque he supuesto que serán necesarios también en Oriente."

- "Habéis hecho bien. Lo serán, en efecto. De momento tendrán que emplearse en trabajos normales de la Biblioteca, que vos dirigiréis, desde luego. Ya he tomado las medidas oportunas."

Eusebio nada dijo de su contacto con la Biblioteca.

- "Muy honrado, *Dómine*."

-"Espero que la residencia que he dispuesto para vos y vuestra familia sea digna y os agrade."

- "Lo es, *Dómine*. Mejor incluso que la de *Augusta Treverorum*, que también lo era."

Hubo un corto silencio. Eusebio no quería dejar pasar la ocasión para decir lo que tenía pensado.

- "Permitidme que os haga una petición, *Dómine*."

Constantino mostró cierta sorpresa.

- "Vos diréis …"

Eusebio había preparado ya su petición semanas atrás.

- "Se trata de llenar el hueco dejado por Lactancio, *Dómine*. Nadie podrá suplir su fértil mente y sus grandes facultades, pero aun así, debería incorporarse al equipo una persona bien preparada, a fin de que los textos que faltan por redactar no se retrasen."

Constantino se quedó unos instantes reflexionando. Cuando lo hacía se echaba la mano al mentón y sostenía ese brazo con el otro. Eusebio ya conocía ese gesto. Al cabo, dijo.

- "Y supongo que tenéis pensada ya alguna persona con tal preparación ..."

- "Así es, Augusto."

Eusebio sabía que las personas en la cúspide, tanto si eran Augustos, o Prefectos del Pretorio, o Gobernadores de una Diócesis, o cualquier persona con *imperium* (mando), preferían ser ellos quienes llevaran el peso de la conversación, y que su interlocutor se limitar a responder a la pregunta de manera escueta. Y lo practicaba. Constantino le hizo la pregunta que estaba esperando.

- "¿Y quién es?"

Ahora ya podía destapar su baza.

- "Se trata de un joven que ha terminado sus estudios en la Facultad de Alejandría con un brillante expediente, y que desea especializarse en Historia, *Dómine*. Se llama Eutropio, y es de Cilicia, en el Asia."

Constantino ni se paró a reflexionar.

- "Si vos lo habéis elegido, no tengo nada que oponer. Decidle que está destinado aquí en *Sirmium* y que estará a vuestras órdenes. Su retribución será la normal para un joven licenciado. Cuando le conozcáis mejor, ya me hablaréis de sus cualidades y merecimientos, si los tiene."

Eusebio se sintió aliviado de que Constantino hubiera aceptado tan fácilmente su propuesta. Temía que tuviera ya un candidato al puesto. Pero - luego reflexionó - el Augusto habría pensado en la muerte de Lactancio, pero no en el trabajo que hacía en el equipo redactor. Y menos en la conveniencia de sustituirlo por otro redactor.

Constantino pareció recordar algo de pronto y, con énfasis en su voz, prosiguió.

- "No olvidéis referirle la necesidad absoluta de discreción, imprescindible para el trabajo que va a acometer."

- "No, mi Augusto, lo tendré muy en cuenta. Su discreción deberá ser para él tan importante como su vida."

Sabía que una insinuación de ese tipo iba a agradar a Constantino. Así fue. Con rostro de aprobación, el Augusto respondió:

- "Decís bien, tan importante como su vida."

Eusebio comprendió que todo estaba dicho y debía retirarse.

- "Si no ordenáis nada más, *Dómine*, comenzaré mi trabajo como en *Augusta Treverorum*."

Constantino hizo una seña con la mano, como despidiéndole.

- "Id, id."

Eusebio hizo la genuflexión protocolaria, y se retiró, sin dejar de mirar al Augusto, hasta llegar a la puerta.

Capítulo 148
Muerte en *Spalatum*.

Año 319

En *Spalatum* (Split), en la costa del Adriático, flotaba un ambiente lúgubre. El Augusto Diocleciano estaba muy enfermo. De hecho, se moría. Los médicos habían intentado darle todos los remedios que su ciencia les brindaba. Pero nada se podía hacer contra un organismo gastado y sin ganas de vivir. Esto último los físicos no lo sabían. Ni siquiera Prisca, su esposa, sabía nada del desaliento que había ganado a su esposo cuando supo la derrota de Licinio ante Constantino, Augusto Máximo, dueño de más de medio Imperio al presente.

Tras saber la infausta noticia, Diocleciano se había dedicado a tratar de adivinar el futuro. Supuso que Constantino, que no sólo era dueño de la *Iliria*, como antes de la batalla de *Cibalis*, sino que estaba en la región - según había sabido - no se tomaría la molestia de visitarle. ¿Qué le iba a decir? ¿Que iba a conseguir el poder único? ¿Qué iba a anular su obra, la Tetrarquía?

Él le hubiera respondido que de nada la valía tener en sus manos el poder sobre todo el Imperio, si no iba a poder atender a los *Partos*, en el Este, y a los bárbaros del *Ister* y del *Rhenus*, en el Norte. Y eso contando que no hubiera una sublevación en Egipto - como a él le había surgido - o una incursión de *Caledones*, o de *Normandos* y *Germanos*, por mar, en *Britania*. ¿Qué haría en tal caso? ¿Desatender todas las demás fronteras, e ir a sofocar el incendio en una de sus Diócesis? ¿Cómo podía ser tan ciego que no viera que la mejor solución para un Imperio, tan amplio y tan cercado de enemigos como estaba Roma, era la Tetrarquía?

¿Qué ganaba él, personalmente, con tener la autoridad sobre las cuatro Prefecturas en que él, Diocleciano, lo había dividido? ¿Acaso no le bastaba con el lujo de que podía disfrutar en una cualquiera de las Prefecturas? ¿La vida que ahora llevaba, a caballo entre el *Ister* y la *Hélade* (Grecia), era acaso más cómoda que la que llevaba en la norteña *Augusta Treverorum*? Ya no era un joven impulsivo. Calculaba que tendría

cuarenta y cinco años. ¿No era edad suficiente para haber olvidado los ímpetus juveniles, haber reposado y haber ganado esa sabiduría de que hablan los griegos y que sólo la edad proporciona? ¿De qué le valía cumplir años, si seguía tan alocado, tan ambicioso, y tan carente de visión de conjunto, de visión de Imperio, como cuando residía junto a él, en *Nicomedia*?

No. Constantino no iría a verle. Casi mejor. Iba a ser una reunión muy desagradable. Y él ya no estaba para discusiones, ni para disgustos. Cuando se disgustaba con Prisca, le dolía la cabeza y todo el organismo se le desajustaba. Menos mal que con Valeria, su pequeña, nunca se llegaba a enfadar. Tenía Diocleciano la sospecha de que él había sustituido a su difunto esposo, Galerio, en el corazón de Valeria. Y que ésta lo trataba con el mismo cariño y cuidado que había puesto en su esposo. Sobre todo cuando enfermó y ella vio - se lo había contado, llorando - que no podía hacer nada y que su esposo se iba, poco a poco, día a día. Hasta que falleció.

Valeria era su único báculo. Incluso la huerta, que hasta hacía poco cultivaba con afición, le había dejado de atraer. Se cansaba, y había ordenado a sus sirvientes que la cuidaran ellos. Seguía comiendo de sus frutos, y éstos le parecían magníficos, con el auténtico sabor de la *Iliria*, tierra fértil donde las haya. Pero con frecuencia le venía a la mente el futuro que esperaba a Roma, en manos de una persona tan alocada y dispersa, tan débil y prepotente, como Constantino.

Hasta que llegó a la convicción de que el mundo tal y como se estaba conformando, le era ajeno. El mundo se le había vuelto antipático. Reconoció que no sentía ilusión por permanecer en él. Por eso no iba a sentir dejarlo. Ya no era su mundo. Era un mundo extraño, no el mundo por el que él luchó.

Había hecho lo que había podido. A fin de cuentas, él era sólo un hombre. Con mucho poder, pero un hombre sólo no dirige un Imperio. Necesitó la ayuda de otros tres. Ahora los tres habían muerto, aun siendo más jóvenes que él. Era hora de que él también descansara. Estaba tan cansado …

Y desde aquel día, el Augusto Diocleciano fue muriendo poco a poco, día a día. Le fueron interesando cada vez menos cosas. A cada día que pasaba su cabeza daba para menos. Intentó aclarar si le interesaba cada vez menos la vida y por eso se estaba despidiendo de ella, o si era al

revés, si el origen era que se estaba muriendo, y la muerte trae consigo el desinterés y la merma de facultades. Y lo que le pasaba era como una defensa, una adaptación al cambio que se avecinaba.

Cansado de cavilar, decidió que le daba igual. Se sentía satisfecho con lo poco que atraía su interés, hasta que un día del año vigésimo-cuarto de Constantino (año 319) Diocleciano dejó de pertenecer a este mundo. La cera se había consumido y el pabilo se apagó.

Capítulo 149
Planes de ataque.

Años 319 y 320

La estrategia planteada por Constantino para *Sármatas* y *Godos* había dado buenos resultados. El contar con información previa de dónde iba a ser el ataque bárbaro - aunque el adelanto fuera sólo de un par de días - había permitido a los romanos contraatacar y aniquilar a las partidas no muy numerosas que cruzaban el Danubio y pretendían hacerse con una población fronteriza. Como los romanos estaban siempre esperando a los atacantes, entre éstos se corrió el rumor de que el nuevo jefe romano tenía un pacto con los espíritus. Éstos le avisaban en sueños, y él mandaba a sus soldados a aniquilarles.

En consecuencia, los *Sármatas* y *Godos* se dedicaron a saquear en dirección Este y Oeste, en vez de marchar contra el Imperio. Durante los próximos años habría paz en la frontera del Danubio. Esto le dejó a Constantino las manos libres para dedicarse a preparar con más ahínco la futura campaña contra su vecino del Este.

Al disminuir sus viajes, estuvo más tiempo en *Sirmium*, y en Agosto quedó encargado el que iba a ser su tercer vástago. Fausta se alegró del hecho. Su padre estaría orgulloso de ella. Estaba dejando muy alto el honor de la familia. Escribió una larga carta a su madre, informándola de la feliz nueva, y dándole las gracias por los ánimos que le diera cuando más los necesitaba. La distancia y la edad de su madre le impedían visitar a su hija, a pesar del estado en que se encontraba. Y esto Fausta lo sabía.

Constantino recibía periódicamente largos comunicados de Osio, que desde *Augusta Treverorum* dirigía la Oficina para la Propagación de la Fe cristiana. Las noticias eran muy positivas, dándose un continuo crecimiento de fieles y apoyos en todas las diócesis eclesiásticas que tenían un *epískopo*.

El invierno cortó la comunicación entre las diversas Prefecturas. Sólo funcionaba el correo imperial, y ello con ciertos retrasos, debidos a las nieves. Pero si la actividad en las calzadas y campos quedaba, si no anulada, sí muy reducida, en los “cuarteles de invierno” se tomaban las

medidas para tratar de paliar los riesgos que se presentarían con el buen tiempo.

Habían pasado más de los dos años que los generales de Licinio habían dado para que su vecino organizara la administración en los territorios que acababa de hacer suyos, y no había ninguna noticia de que Constantino volviera a su Prefectura de Italia. Todo lo contrario, su actividad parecía centrarse en la vigilancia de la frontera con la Prefectura de Oriente, más que en la del Danubio. Parecía como si el Augusto de Occidente considerara que el enemigo fueran las tropas que custodiaban la *Tracia* y *Asia Menor*, más que los *Sármatas* o los *Godos*.

En consecuencia fue haciéndose más y más evidente para Licinio que, en un plazo mayor o menor, se daría un nuevo intento de conquista y que, por tanto, había que estar preparados ante tal eventualidad; posibilidad que parecía aproximarse a la certeza. Se imponía una reorganización de hombres y material de guerra a lo largo de toda la Prefectura. Tras consultar con su Estado Mayor, el Augusto Licinio ordenó que en la siguiente campaña se desplazaran los generales que formaban el Consejo a las diversas Diócesis, para conocer sobre el terreno qué tropas y máquinas de guerra podían desplazarse al Norte, a la *Tracia*, sin que ello supusiera un riesgo temerario de cara a defender las fronteras locales.

Por su parte, Constantino estudiaba con sus mandos militares la mejor manera de llevar la futura campaña contra su vecino del Este. Todos estuvieron de acuerdo en que, en esta ocasión, debía intervenir no sólo una fuerza por tierra, sino también la flota, por mar. En la anterior ocasión la guerra fue corta, apenas un mes de hostilidades, y a fines del otoño. Ni la distancia a cubrir por las Legiones, ni el clima habían propiciado la intervención por mar. Pero ahora la situación había cambiado. Era posible una preparación adecuada y se necesitaba un triunfo total, decisivo. Y para eso había que poner todas las bazas sobre la mesa.

Se estudiaron los puertos que podían servir de base a la flota necesaria para la tarea prevista. Las opciones obvias eran *Amfípolis* (*circa* Nea Kerdylia) y *Tesalónica*. Pero pronto las preferencias se decantaron por *Tesalónica*. *Amfípolis* estaba a menos de 100 millas de la *Tracia*, con sólo dos puertos de menor importancia en medio. Por el contrario, *Tesalónica* estaba en el fondo del *Sinus Termaicus* (Golfo Termáico), que contaba con varios puertos menores, y ofrecía un refugio seguro para no importaba cómo de grande fuera la flota que se llegara a formar.

Todos los estudios se centraron en *Tesalónica*. El puerto era grande, pero insuficiente para los planes de Constantino, por lo que éste ordenó que sus ingenieros prepararan el diseño de un puerto con capacidad para trescientas trirremes, una expedición mayor que la que su padre había llevado a la *Britania*. Además, se ampliarían los puertos de *Mecyberna* (Jerakini), *Olintus* (Olinthos), *Mende* (*circa* Skala Furkas), *Potidea Casandrea* (*circa* Nea Potidäa) y *Metone* (Methoni), todos en la península *Calcídica*, aunque sólo pudieran recibir naves de menor calado. Los ejércitos de tierra, al mando de Constantino, atacarían la *Tracia* por el Oeste. Al mismo tiempo, la flota, al mando de quien el Augusto decidiera más adelante, partiría desde *Tesalónica* y puertos próximos, para entrar en la *Propontis*, y desembarcar a sus hombres a espaldas del enemigo. Si éste ofrecía resistencia naval, la batalla se dirimiría en las inmediaciones del *Helesponto*.

En la lejana *Augusta Treverorum*, por el contrario, todo era calma. La única preocupación la constituían los bárbaros. Y durante el invierno los bárbaros parecían haberse esfumado. Una blanca capa de nieve y hielo se extendía sobre la tierra y amansaba los ánimos. La única preocupación de las tribus *germanas* era aguantar el invierno y esperar la llegada de la primavera. Rogar y hacer sacrificios a los dioses locales, para que fueran propicios a sus hombres y pudieran éstos encontrar algo de caza, con la que reforzar las reservas que toda la tribu se había esforzado en formar a lo largo del buen tiempo.

Para Crispo era la estación ideal. Nada le impedía gozar a diario de la compañía de Yela. Con la disculpa de vigilar la frontera, se ausentaba de Palacio casi todo el invierno. En *Colonia Agrippina* Yela no vivía ya en el Pretorio. Crispo se había hecho con una modesta, pero confortable casa, en la zona militar. Era un vecino agasajado y muy bien considerado por todos los oficiales, centuriones, *optios*, tribunos y personal auxiliar de la milicia. No en vano era ahora el César Crispo. Podía haber elegido vivir en un lugar con mejores condiciones. Podían tener un Palacio para ellos solos, con servidumbre. Pero prefirió vivir entre sus hombres, donde se sabía querido y respetado.

Yela se relacionaba a diario - mientras Crispo acudía al Pretorio, o a alguna misión corta, fuera de la Colonia – con las esposas o amantes de los compañeros de Crispo. Había mejorado mucho su pésimo latín de los

primeros tiempos, pero aún tenía la costumbre de emplear las manos, para hacer algún signo que completara el significado de lo que decía. Así se sentía más segura.

No obstante, su fuerte acento la delataba como *Germana*. Pero todos sabían su historia, su relación con el mando supremo de la Prefectura, y a nadie parecía importarle su procedencia. Sobre todo las mujeres la miraban con cierta envidia, sabiendo lo muy unido que estaba el César Crispo a ella. Yela le había pedido a Crispo que tuvieran un hijo. Pero éste se había negado.

- "No ha llegado el momento aún, mi amor. Antes lo tengo que consultar con mi padre."

Yela hacía un mohín de disgusto, pero segundos después estaba en brazos de su amado, sin la poca ropa que ya llevaba cuando hacía la petición. Ella pensaba que algún día lo cogería en un buen momento y él accedería. Crispo sabía que su padre jamás aceptaría aquella unión, ni el fruto que de ella pudiera resultar. Por eso se sabía en una agradable calzada, amplia, fresca, sombreada, pero sin salida. Sólo cabía disfrutar del presente y esperar un futuro tapado por los velos del destino. Y eso era lo que ambos hacían, ella con más ensoñaciones que él.

Capítulo 150
Firmas en Juan.

Año 320

Eusebio, ya en *Sirmium*, y con más libertad de acción, puesto que Constantino estaba de viaje la mayor parte del tiempo, recordó sus pasadas actuaciones cuando escribió el Evangelio de Juan. Todos los textos que había escrito él los había dotado de una doble redacción, con un Original y una Interpolación. Las firmas las había colocado generalmente en la Interpolación, que era el texto más largo. Así actuó en el Evangelio de Marcos.

En cambio, cuando añadió varios capítulos al Evangelio de Mateo, y Lucas, que fueron escritos por Lactancio, había hecho capítulos cortos, muy fáciles de identificar, y colocó las firmas en estos capítulos. En las obras escritas por Lactancio no era posible hacer una doble redacción. Y las firmas eran fáciles de ver.

También quiso hacerlas fáciles de ver en el Evangelio de Juan. Por eso en este Evangelio colocó el Original primero, y, a continuación, la Interpolación. Y con esta idea había escrito:

Juan Capítulo 1. Original.

1. **En el principio existía el *Logos*, y el *Logos* estaba junto a Dios,**
   y Dios era el *Logos*.
2. **Él estaba, al principio, junto a Dios.**
3. **Todo fue-hecho por Él, y, sin Él, no existió nada, de-lo que-existe.**
4. **En Él estaba la-Vida, y la Vida era la-Luz de los hombres**
5. **Y la Luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no le recibieron.**
6. **Existió un-hombre, enviado por Dios, su nombre Juan.**
7. **Éste vino como testigo, para testimoniar sobre la Luz,**
   para que creyeran todos en-Él.
8. **Éste no era la Luz, sino para testimoniar sobre la Luz.**

9. **Era la Luz de verdad, que ilumina a-cada hombre, venido a este mundo.**
10. **En el mundo estaba, y el mundo por Él existió, pero el mundo no le conoció.**
11. **Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron.**
12. **Pero quienes le recibieron, les dio poder volverse hijos de-Dios,**
los que creen en su nombre,
13. **ellos no de sangre, ni de deseo de-carne,**
ni de deseo de-hombre, sino de Dios nacieron.
14. **Y el *Logos* se hizo carne, y acampó en nosotros, y vimos la gloria suya,**
gloria como Unigénito del Padre, lleno de-gracia y de-verdad.

Este texto se podía interpretar en dos sentidos distintos. A Lactancio le explicó el literal: El *Logos* era Jesucrito. Era una forma idealizada de llamarle. Y el *Logos*, Jesucristo, está junto a Dios y es Dios. Es lo que Lactancio quería oír. Y eso le dijo.

Pero él le daba otro sentido muy diferente: La Divinidad enviaba el *Logos* a cada ser humano. Y cada ser humano podía rechazar esa semilla de *Logos*, o aceptarla. Y que serían éstos últimos, quienes la aceptaran y trabajaran con ella, los que se convertirían en verdaderos hijos de Dios.

Esto era lo que enseñaban todos los Maestros. Y eso intentaba enseñar él, dejándolo oculto entre la visión mágica y los milagros de Lactancio.

Cuando terminó el texto Original, empezó a divagar sobre el mismo tema, pero incorporando las ideas de Lactancio. Y en esta Interpolación colocó la firma de Simón, del tipo cierre, como tenía decidido hacer en todos los escritos que iba a interpolar, para indicar dónde terminaba el Capítulo primero.

Firma de "Simón" en Juan. Capítulo 1. Interpolación.
Traducción que respeta la estructura y la firma.

15. Juan dio testimonios vari**O**s,

y clamó diciendo: De éste hice menci**Ó**n,

del que viene posteriOr,
ante mí está, porque es el primero.

16. Porque de la Plenitud suya todos recibido heMos,
un don sobre otro.
17. La Ley fue dada por Moisés, la Gracia y la Verdad vinieron por Jesús Cristo.
18. A Dios nadie vio. El-Unigénito Dios, el que está en el-seno del Padre, ése lo-explicó.
19. Y éste es el testimonio de Juan,
cuando enviaron los judíos desde Jerusalén sacerdotes y levitas,

que le preguntaran: ¿Qué dices de-tI?
20. Y confesó, y no negó, y confesó, que no soy yo el Cristo.

21. Y le preguntaron. ¿Entonces qué, eres tú Elías? Dijo asÍ:

No-diré que-sÍ.
¿Eres tú el Profeta? Y contestó: No.

22. Le preguntaron entonces: ¿Qué dices de-tI?
Para informar a quienes nos enviaron. ¿Qué dices de-ti mismo?
23. Dijo: Soy voz clamando en el desierto:
Enderezad el camino del-Señor, como dijo Isaías el profeta.
24. Los enviados eran de los Fariseos.

25. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué bautizaS,

si tú no eres el CristoS,

ni ElíaS,

ni uno de-los-ProfetaS?
26. Les respondió Juan y dijo: Yo bautizo en agua.
El que no conocéis entre vosotros está,

27. el que viene detráS,

del que soy indigno de desatar el cordel de sus sandaliaS

28. Esto en Betania detrás del
Jordán sucedía, allá donde estaba bautizando Juan.
29. Al día siguiente vio a-Jesús viniendo en su dirección,
Y dijo: Mirad el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.
30. Éste es del que hice mención.
Tras de-mí viene alguien, de más elevada condición,
que me precedió con-antelación.
31. No le conocía bien,
pero para manifestarse a Israel, vine yo bautizando en agua como
preparación.
32. Y dio testimonio Juan,
El Espíritu bajó del cielo como paloma y lo-cubrió, yo tuve esa visión.
33. No le conocía bien,
pero el que me envió a bautizar, me-dio esta inspiración:
Sobre quien veas el Espíritu en acción,
y cubriéndole a continuación,
ése es el que bautiza en Espíritu Santo.
34. Lo vi, y atestiguo que éste es el Hijo de Dios.

Nota del Autor.
Lo que Eusebio escribió en griego figura en el "Anexo 18. Juan".

Capítulo 151

Interpolando a Flavio Josefo.

Año 320

Entre los trabajos pendientes, citados en la lista que Lactancio había enviado a Constantino y dejado en su despacho, que ahora tenía Eusebio sobre su mesa, figuraba realizar cuatro añadidos a cuatro autores latinos de reconocido prestigio, haciéndoles hablar del Cristianismo y de Jesucristo. Lactancio había dejado escritas las interpolaciones que él había hecho, a Tácito y a Suetonio. Eran cortas. Eusebio ya sabía que Lactancio no tenía mucha inventiva. Sus interpolaciones lo ratificaban. Pero no había dejado a qué otros autores convenía interpolar. Eso quedaba al criterio de Eusebio. No fue esto lo primero que Eusebio se propuso hacer, una vez llegado a *Sirmium*. Pero, pasados un par de semanas, tuvo que acometer tal trabajo.

Decidió empezar por algún historiador contemporáneo de Jesucristo, y se fijó en Flavio Josefo, autor judío que se había pasado al bando romano y había descrito la toma de Jerusalén por las tropas de Vespasiano y su hijo Tito, que luego le había sucedido en la púrpura. Dado que la interpolación debía ser forzosamente corta, Eusebio sólo podía colocar una firma simple. La puso del tipo cierre, para que indicara dónde terminaba la interpolación que él había realizado. La añadió en la mitad de un largo pasaje que enumeraba diversas adversidades que habían tenido los judíos.

Antigüedades judáicas. Libro XVIII, Capítulo III.

63. Existió por aquel tiempo Jesú**S**,
hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre.
Porque él hacía portentos enormes,
maestro de hombres deseosos de mejorar,
a judíos muy numerosos,
y a muchos griegos hizo despertar.

64. Era el Mesías esperado.
Aunque con la aprobación del Sanedrín,
Pilato lo crucificó,
los que primeramente le querían no le abandonaron.
Al tercer día se mostró vivo a ellos,
los profetas de Dios habían dicho éstas y otras maravillas de él.
Así que hasta hoy, los Cristianos, por él llamados,
siguen existiendo como cla**n**.
Y por aquel tiempo otro hecho terrible aterrorizó a los Judí**O**s,
que sucedió en el Templo que había en Ro**m**a,
actos vergonzosos relacionados con Is**i**s.

El texto original, en griego, escrito por Eusebio, dentro de la obra de Flavio Josefo, era:

Antigüe-dades judáicas. Libro XVIII, Capítulo III.

63. [illegible]

64.

Ya había terminado este pasaje y se disponía a continuar, introduciendo a Juan el Bautista y a Santiago en la misma obra de Flavio Josefo, cuando el *ostiario* de la Biblioteca le anunció la llegada de un viajero, procedente de Alejandría, que solicitaba verle. De inmediato Eusebio pensó que se trataría de Eutropio, el candidato al puesto vacante en el equipo redactor. Con la mejor de las sonrisas, salió a recibirle. Un joven bien parecido, moreno, con el pelo largo, casi hasta los hombros, venía hacia él. Eusebio, que era el anfitrión, habló primero.

- "Sois Eutropio, ¿me equivoco?"

- "No, Maestro, no os equivocáis. Ése es mi nombre."

Hablaron del viaje, que era tema obligado cuando alguien acababa de realizar uno. Los viajes suponían un cierto riesgo, una cierta inseguridad. Eutropio hizo un relato resumido del mismo.

- "Tuve que esperar al buen tiempo, sobre todo por el viaje más arriba de la *Propontis* (el Bósforo). En mi tierra adoptiva, Egipto, se puede viajar todo el año, pero en la *Tracia*, y más aún en la *Panonia*, es arriesgado hacerlo con las nieves cubriendo los pasos entre montañas."

- "No os preocupéis, no hay prisa por empezar el trabajo. Pero antes de hablaros del trabajo, debo comentaros, con toda seriedad, algo importante sobre las condiciones que exige este trabajo. Bien entendido que todo cuanto hablemos, a partir de ahora, ha de quedar siempre entre nosotros dos."

Eusebio se quedó mirando fijamente a su interlocutor. Éste comprendió que aquello era realmente una pregunta.

[3] Este pasaje, interpolación hecha en la obra de Flavio Josefo, ha sido conocido como *testimonium flavianum* (el testimonio de Flavio Josefo) y era la principal prueba de la existencia de Jesucristo. Fue alterado para cambiar la posición de una letra, la "o".

- "Contad con ello, Maestro. Todo lo que me digáis no saldrá jamás de mí."

- "Bien. En tal caso tenéis que pensar con detenimiento si estáis dispuesto a aceptar estas condiciones. Caso de aceptar el trabajo y entrar en la casa imperial, porque ése es el puesto que ocuparíais de por vida, debéis saber que ganáis en seguridad, pero perdéis toda libertad, caso de aceptar este puesto. Aseguráis vuestra subsistencia, y una subsistencia holgada, pero a cambio se os exige total obediencia.

La palabra del Augusto, del presente y del futuro, será vuestra norma de vida. Perderéis vuestra capacidad de juicio, y asimismo perderéis la libertad de escribir lo que deseéis. Escribiréis lo que el Augusto os ordene escribir. Esto debe quedaros muy claro."

Eutropio calló. Estaba valorando lo que su anfitrión acababa de decir. No tardó mucho en responder.

- "Si puedo vivir a las órdenes del Augusto sin escribir obras propias, eso no me parece un obstáculo. Lo hago mío sin ningún problema."

Eusebio se sintió satisfecho. Eutropio había comprendido el paso que estaba a punto de dar. Quiso equilibrar la exigencia más fuerte, la renuncia al juicio propio y la obligación de obedecer. Eusebio continuó.

- "Como compensación tendréis siempre un puesto al lado del Augusto. Seréis una de sus personas de confianza. Y cuando el trabajo para el que se os ha llamado termine, seréis nombrado director de la Biblioteca de una residencia imperial, o un puesto similar. Un buen destino no os faltará. ¿Lo entendéis con claridad?"

- "Lo entiendo perfectamente y lo acepto. Sé a qué me comprometo y me sé capaz de cumplir mi parte."

- “Bien. El paso siguiente es que leáis la historia de un hombre, de un hombre singular. Como venís de Egipto y estaréis familiarizado con algunos de los conceptos que vais a leer, nada os adelantaré. Cuando terminéis de leer las cuatro obras que os voy a dejar, quiero que me expongáis vuestra opinión sobre el personaje, sobre los autores, sobre el estilo de cada uno, sobre las dudas que os surjan, si os surgen; en fin, sobre cualquier aspecto de lo que vais a leer.”

Eutropio asintió en silencio. Y Eusebio le dejó solo, en una pequeña sala de la Biblioteca de *Sirmium*, con los cuatro Evangelios.

Capítulo 152
Preparación naval.

Año 320

El año décimo-quinto de Constantino (año 320) trascurría sin incidencias. Aparentemente, en el Imperio reinaba de nuevo la paz. Pero entre los altos mandos militares de ambas Prefecturas, Oriente y Occidente, se sabía que la apariencia era engañosa. Unos y otros se preparaban para una nueva confrontación, que ambos sabían que sería la última. Y ello porque ambos bandos estaban dispuestos a poner sobre el terreno toda la potencia de que podían disponer.

Como novedad, que iba a ser conocida en todo el Imperio, a finales de Febrero Fausta dio a luz su tercer hijo. Se le llamó Constante. A diferencia de sus hermanos era rubio; herencia, sin duda, de su madre. Fausta conocía ya el plan de su esposo de proporcionar a sus hijos una pequeña Corte, con un futuro Canciller, que se responsabilizara de su seguridad y educación en temas militares. Había tratado de disuadir a su esposo, pero sólo logró el efecto contrario.

En vista de ello, se había propuesto educar a sus hijos en la más austera disciplina, al estilo de cómo su difunto padre trataba a sus generales y legados. Tal vez así, cuando su esposo viera la manera en que ella los preparaba para la vida militar, cejara en su propósito.

Lo que Fausta no quería era verse separada de sus hijos; odiaba la idea de que éstos pasaran a otras manos, y estar cada vez más alejada de ellos. Había conseguido de su esposo que el mayor, Constantino, fuera César. Y que siempre que se diera algún honor al primer hijo de Constantino, Crispo, se hiciera lo propio con el primer hijo que ella le dio. Fausta no quería que sus hijos estuvieran en un segundo plano respecto a Crispo. Y estaba dispuesta a poner todos los medios para mantener esa igualdad.

Constantino vio en el nacimiento de su tercer hijo un indicio más de que el destino favorecía sus planes. Tres varones en poco más de cuatro años eran una prueba palpable del favor de lo alto. Eso aumentó su

confianza, ya grande, en su victoria final sobre Licinio. El Dios único le apoyaba.

En la frontera con la *Germania*, Crispo prefería no pensar en las diferencias existentes entre su padre y el esposo de Constancia. Sabía que nada podía hacer al respecto, luego lo mejor era no darle vueltas. No podía expresar sus cábalas con el Canciller Gleva, ni con el comandante de *Mogontiacum*, Eroc, que tenían más lazos con su padre que con él. Y Eusebio estaba demasiado lejos como para escribirle sobre sus nuevas dudas. Ya le había dicho, antes de despedirse, que apoyara a su padre, aun sin comprender sus razones. Y eso era lo que Crispo estaba dispuesto a hacer.

El año anterior había sido año tranquilo en la frontera Norte, y éste lo estaba siendo también. Habían llegado los calores y no se habían dado incursiones de *Germanos* a través del *Rhenus Flumen*. Pero en pleno mes de Agosto los informadores dieron noticias de movimientos entre los *Bructeri*. Los *Bructeri* se componían de dos confederaciones de tribus, que los geógrafos romanos llamaban *Bructeri maiores* y *Bructeri minores*. Los primeros estaban al Norte y eran los más numerosos. Ni unos ni otros tenían frontera con el Imperio, pero sólo por una estrecha franja de diez a quince millas de anchura (15 a 22 km.).

Esa franja, que hacía de colchón entre los *Bructeri minores* y Roma, la ocupaban los *Usipetes*. Los *Usipetes* eran vecinos pacíficos, que nunca habían intervenido en correrías contra el territorio romano, posiblemente por su escaso número y por lo vulnerables que eran. No así los *Bructeri*, enemigos declarados de Roma. Las tribus de los *Bructeri* se extendían en profundidad hacia el interior de la Germania, a lo largo de unas ochenta millas.

Tan pronto se recibieron tales noticias, Crispo, el Canciller Gleva y los altos mandos de la *Galia* destacados en la frontera Norte se reunieron en *Colonia Agrippina*, para tomar medidas. En la primera reunión que se celebró, Crispo, que había estudiado los mapas de la zona con anterioridad, expuso un plan que mereció la aprobación de todos. Lo más lógico era que los *Bructeri* irrumpieran en territorio romano por la zona más cercana, por la zona de *Asciburgum* y *Deusona*, su contrapartida al otro lado del *Rhenus*.

Era costumbre romana construir a veces un campamento, situado al otro lado del gran río, como avanzadilla en territorio germano. *Asciburgum* era la ciudad amurallada construida al Sur del *Rhenus*, y *Deusona* era el *castrum* (campamento militar), también amurallado, al otro lado del río. A su abrigo había crecido un pequeño *vicus* (aldea). En caso de ataque germano, los habitantes del *vicus* se refugiaban dentro del *castrum*.

A veinticinco millas (37 km.) al Norte de *Asciburgum* estaba *Vétera Castra*, una Colonia de cierta importancia, fundada en tiempos de Augusto. Y a casi veinticinco millas al Sur estaba *Durnomagus*, una aldea con una pequeña guarnición. A su vez, *Durnomagus* estaba a veinte millas al Norte de *Colonia Agrippina*.

Crispo propuso asentar las tropas de refuerzo en aquellos tres lugares. *Vétera Castra*, *Asciburgum* y *Durnomagus*. Si se producía un ataque en cualquiera de ellos, el enemigo sería rechazado. Si el ataque afectaba a alguna de las pocas poblaciones intermedias, sus guarniciones serían auxiliadas por las tropas ubicadas en los tres cuarteles generales, con lo que se podría rechazar al enemigo e infringirle cuantiosas pérdidas.

Uno de los generales preguntó:

- "¿Haremos prisioneros, César?

Crispo ya lo había pensado antes de la reunión.

- "No", fue su escueta respuesta.

"¿Para qué?", había pensado. Él no era partidario de organizar unos Juegos y dar muerte a los prisioneros *germanos* por métodos que gustaran a la plebe, luchando entre sí o con las fieras. Repeler una agresión era una expedición militar. Y las acciones militares se resolvían sobre el terreno, no en un circo. No habría prisioneros. No era ningún secreto que esa medida, anunciada previamente, mejoraba la moral de las tropas, que sabía que podían ensañarse a placer con el enemigo caído.

Un total de nueve cohortes, casi una Legión, que era la guarnición reforzada para aquella zona, se repartió entre los tres lugares designados. Ello suponía tener mil quinientos soldados para repeler a la partida *germana* que invadiera el territorio en cada uno de los tres probables objetivos. Incluso repartiendo un tercio para cada aldea de las inmediaciones atacada, serían 500 legionarios contra cada partida atacante.

Crispo dio orden de que se dejara a los atacantes iniciar el ataque y llevarlo a cabo con todos sus efectivos. Se trataba de no dejar *Germano* vivo, política que había aprendido de su padre. Y para ello había que impedir la huída de los guerreros *germanos* que cruzaran el río. Las fuerzas de apoyo acamparían fuera de la aldea, en su propio campamento. Y sólo intervendrían una vez los *Germanos* se hubieran empleado a fondo en su ataque. Saber que iban a ser apoyados en breve debía dar fuerza a los defensores habituales, la guarnición del lugar, para resistir a toda costa.

Las tropas se desplazaron a sus lugares designados. Sólo cabía aguardar. No fue necesario esperar mucho. En la última vigilia de una noche de Septiembre, tres partidas *germanas* cruzaron el río en las inmediaciones de *Gelduba*, *Novesium* y *Durnomagus*. Las dos primeras eran dos aldeas situadas entre *Asciburgum*, al Norte, y *Durnomagus*, al Sur. Exploradores a caballo vigilaban el río en toda la región y supieron del ataque antes de que éste se iniciara. Tuvieron tiempo de avisar al cuarte general del César Crispo, ubicado en *Asciburgum*, el centro previsto del ataque. Una cohorte (500 legionarios) salió de *Asciburgum* para auxiliar a *Gelduba*, la aldea más cercana. Siguiendo el plan establecido, otra cohorte salió de *Durnomagus* para reforzar a los defensores de *Novesium*.

La partida que atacó *Durnomagus* con las primeras luces del alba no logró su objetivo de hacerse con la Colonia. Los legionarios de refuerzo entraron en acción al poco de iniciarse el ataque *germano* y ello iba a ser la perdición de los atacantes. Al mismo tiempo que el grueso de los refuerzos apoyaba a la guarnición de la Colonia, un centurión con sus ochenta hombres bajó a la orilla del río y atacó a los pocos guerreros que había quedado al cuidado de las barcas. Tras deshacerse de ellos, las hundieron. Los atacantes tenían cortada la retirada.

Se incorporaron luego a la lucha ante las murallas de *Durnomagus*, atacando por detrás a los enemigos. Éstos, que intentaban escalar las murallas con sogas anudadas, se batían en retirada ante los romanos, que les atacaban tanto desde lo alto de las murallas como sobre el terreno. La lucha fue corta, porque el número de defensores doblaba el de atacantes. Y éstos habían perdido el factor fundamental, la sorpresa. Las pérdidas romanas fueron cinco legionarios muertos y veinte heridos. Sobre el terreno contaron los cadáveres de más de doscientos *Germanos*. Posiblemente, todos los que habían formado la partida invasora.

La suerte en las dos aldeas cercanas, *Gelduba* y *Novesium*, no fue tan halagüeña. Las guarniciones locales no pudieron resistir la hora y media que tardaron las cohortes de refuerzo en llegar a ambas, procedente de *Asciburgum* y *Durnomagus*, respectivamente. Los *Germanos* estaban saqueando las dos aldeas, de las que ya se habían apoderado. Se revolvieron contra los romanos, pero éstos venían formados correctamente, se repartieron por centurias, rodearon la aldea y atacaron ordenadamente a los *Germanos*, que estaban dispersados por toda la aldea. Los legionarios pelearon sin romper su formación, y finalmente acorralaron a unos pocos *Germanos* en el centro de la aldea. En ese momento se impuso la política de "no prisioneros" y los *Germanos* pagaron el daño que habían causado en el lugar.

En toda la operación, los romanos tuvieron doce soldados muertos y treinta heridos. Al atardecer de ese día, quinientas treinta cabezas *germanas* se secaban al sol en la punta de otras tantas estacas, clavadas al otro lado del río.

Todo era regocijo y felicitaciones en los campamentos romanos.

Capítulo 153
Interpolando a Plinio.

Año 320

Para hacer la siguiente interpolación Eusebio pensó en Plinio Cecilio Segundo, Plinio el Joven, para distinguirlo de su tío y tutor, Plinio el Viejo, muerto en la erupción del Vesubio, en *Pompeya*. Había sido gobernador de *Bitinia* en tiempos de Trajano y se conservaba una bastante amplia correspondencia con él. No costaba nada añadir una Carta más, de Plinio a Trajano, en que contara que los Cristianos abundaban tanto que se veía obligado a tomar medidas contra ellos. Y que esperaba instrucciones sobre si debía seguir exterminándolos o parar.

Eusebio quería esconder la firma lo mejor posible. Por eso, hizo una Carta muy larga, de Plinio a su Augusto, con una detallada descripción de la supuesta situación, de su actuación, reprimiendo la nueva creencia, y terminándola con una petición de consejo. Pero no colocó en ella la firma. Lo hizo en la respuesta, mucho más corta, de Trajano a Plinio. Decía así.

Respuesta de Trajano a Plinio.

1. *Hiciste como debías, Segundo mío, al ejecutar sus juicios,*
que los cristianos que te delaten, sean perseguidos.
2. ***N**o cabe una regla universal,*
que luego a regla fija, pueda pasar.
3. *N**o** debes buscarlos; si delatados y convictos, debes castigarlos.*
4. *Ta**m**bién, que al que niegue ser cristiano, y de hecho lo probara,*
5. ***i**nmolando sacrificios a nuestros dioses, aun sospechoso del pasado,*
concédele benévolo el perdón.
6. ***S**in firma auténtica, ninguna delación debe aceptarse para seguir causa alguna.*
7. *Sería un pésimo ejemplo para este tiempo nuestro.*

Lo que Eusebio dejó escrito fue lo que sigue.

Respuesta de Trajano a Plinio.

1. *Actum quen debuisti, mi Secunde, in excutiendis causis eorum, quia Christiani at te delati fuerant, secutus es.*

2. *Neque enim in universum aliquid, quos quasi certam formam habeat, constitui potest.*

3. *COnquirendi non sunt; si deferantur et arguantur, puniendi sunt.*

4. *TaMen, ut qui negaverint se Christianum esse, idque re ipsa manifestum fecerit,*

5. *Id est suplicando dis nostris, quamvis suspectus in praeteritum, veniam in paenitentia impetret.*

6. *Sine auctore vero, propositi libelli in nullo crimine locum habere debent.*

7. *Nam et pessimi exempli nec nostri saeculi est.*

Cuatro días después, Eutropio pidió tener una conversación con él. Eusebio hizo hueco en su mesa y se dispuso a escuchar lo que el joven tuviera que decirle como resultado de su estudio de los Evangelios. Ciertamente, tenía curiosidad por conocer qué podía llegar a averiguar un extraño, alguien totalmente ajeno a la trama en que él se había visto obligado a intervenir, sobre la obra conjunta de Lactancio y la suya. Vio que Eutropio traía consigo un grueso legajo de papiros, con notas. Eso, además de las cuatro obras que le habían sido entregadas, que un escriba de la Biblioteca le ayudaba a llevar.

Eusebio debía comenzar la conversación.

- "Y bien, Eutropio, ¿qué podéis decirme de estos libros?"

Eutropio se arrellanó en su asiento y pareció dudar. Tardó un poco en responder. Parecía estar eligiendo las palabras.

- "Disculpadme, Maestro, pero antes de responderos quisiera, a mi vez, haceros una pregunta. Es sobre el alcance que deseáis que dé a mi respuesta."

- "Adelante, preguntad lo que deseéis."

- ”Quisiera tener claro hasta qué grado debo ser sincero con vos. Si debo deciros todo lo que he encontrado y mi opinión total, o debo medir mis palabras y exponer sólo lo que entienda que puede complaceros.”

“Este joven es vivo” pensó Eusebio en su interior y respondió:

- “Debéis ser totalmente sincero y exponerme hasta la más leve sospecha que hayáis concebido.”

Eutropio pareció satisfecho con la respuesta de su interlocutor. Sacó un papiro de su carpeta.

- “Como el tema es complejo, permitidme que siga mis notas, a fin de no perderme entre tanto detalle.”

Eusebio hizo un gesto de asentimiento.

- “Debo hablaros del personaje, de los autores, de su estilo, de mis dudas y de cualquier otro tema que me parezca digno de resaltar. Seguiré este orden, si no os parece mal.”

Ante el silencio de Eusebio, Eutropio prosiguió.

- “Primero sobre los autores ... Para ser franco, debo decir que no me parece que sean cuatro los autores de los libros, sino más bien dos. Sólo dos. Uno, el que ha escrito el relato de Mateo y el de Lucas. El otro autor ha escrito los de Marcos y Juan, por ese orden.

Pero tampoco es ése el orden en que se han escrito los cuatro libros. Primero se escribió el relato de Marcos, y lo hizo el segundo autor. Luego el primero se basó en el relato de Marcos para escribir los de Mateo y Lucas, no puedo decir en qué orden están ambos escritos. Y por último, el autor de Marcos escribió el relato de Juan. Esto es lo que me parece ver respecto a autores.”

Eutropio hizo un alto en su exposición, para ver si había reacciones a su discurso. Como no las hubo, siguió.

- “Respecto al estilo de cada autor, que es principalmente en lo que me he basado para llegar a las conclusiones que os acabo de exponer, debo decir que son dos autores con estilos muy diferentes. El autor de Mateo y Lucas es un experto retórico. Tiene un estilo muy elaborado, forma unas estructuras muy complejas. Pero comete el error de escribir con el mismo estilo dos obras que atribuye a dos autores distintos. Si se me permite dar una opinión, diría que no debiera hacer eso.

El estilo del otro autor es más ligero, más coloquial. Sabe hacer relativamente agradable la lectura de sus obras. No comete el error del otro autor. Esto sobre estilos.”

Nuevo silencio y nueva continuación de la exposición.

- ”Como veis, he dejado para el final mis comentarios sobre el personaje. Porque es la parte más … ¿cómo diría? … más controvertida de mi exposición.

No quisiera contrariaros, pero debo decir que el personaje sobre el que tratan los cuatro relatos no me parece muy … real. Hay múltiples … fallos en la caracterización del personaje. En los estudios que hice en Alejandría sobre textos sagrados egipcios se comentan varios pasajes que coinciden con aspectos que se han atribuido a ese Hijo de Dios. También se llamaban así los pasados Faraones y, hoy en día, los Augustos que rigen el Oriente. Todos son Hijos de Dios.

La oración a nuestro Padre, que se pone en boca de ese Hijo de Dios, la atribuye un texto egipcio a un humilde pescador del Nilo. Y varios pasajes más, que tengo anotados, son también copia de textos egipcios que estudié.

Tal vez haya existido un judío que viviera en los tiempos que se indican en los relatos, pero para mí está claro que se le han atribuido actuaciones, milagros y discursos que no pronunció, sino que están tomados de textos egipcios, posiblemente para darle más prestigio del que se ganó con sus auténticas actuaciones.

Lamento tener una opinión tan ... tajante, pero os mentiría si dijera lo contrario.”

Ahora fue Eusebio el que guardó un momento de silencio. No porque no supiera qué decir, sino porque quería hacerse cargo perfectamente del análisis de aquel brillante joven. Además, quería dar a su opinión el peso que deseaba que tuviera. Ahora ya sabía que tenía un colega valioso en el equipo redactor. Quien era capaz de analizar así la obra de otro, era capaz de reproducirla, e incluso de mejorarla.

- “Muy bien, Eutropio, muy bien. No esperaba tanto de vos. Habéis hecho un diagnóstico muy certero, incluso brillante. Os felicito.”

Eutropio pareció haberse quitado un peso de encima. Se relajó visiblemente. Eusebio prosiguió.

- “Os habéis tomado vuestro tiempo. Era necesario, lo reconozco. Pero el resultado de vuestro análisis se acerca mucho a la realidad. Pues bien, sobre estas obras va a consistir el trabajo que deberéis hacer en los próximos dos o tres años. Formáis parte ya del equipo redactor que debe completarlas.”

El rostro de Eutropio reflejó la extrañeza que le causaba lo que acababa de oír. Era el momento de que Eusebio le pusiera al corriente del proceso completo que había tenido lugar desde la ya lejana visita del tribuno Constantino, hijo de Constancio, a su *ninfeo* de *Cesarea Marítima*. Eusebio omitió sus propias opiniones y su actuación con las dobles redacciones y con las firmas.

Capítulo 154
Reclamo intencionado.

Año 320

Normalmente, a finales de mes un correo salía de *Augusta Treverorum* con destino a *Sirmium*. Lo enviaban el César Crispo y el canciller Gleva, conjuntamente. Ambos supervisaban todo lo que contenía el correo. Paulatinamente, Gleva iba quedando en un segundo término, aunque Crispo era consciente de lo mucho que le debía y lo trataba con toda consideración. La autoridad máxima en la Prefectura era el César.

La represión positiva de la incursión de los *Bructeri* ocupó la parte central del informe del mes de Junio, mes así llamado en honor a Juno, la esposa y hermana de Júpiter. Crispo, que era un tanto escéptico sobre los dioses Capitolinos, tenía la idea de que al principio no había más que una familia, y los inventores de los dioses habían tenido que emparejar a Júpiter con su propia hermana, para hacerla concebir a los dioses de la segunda generación. Pero se abstenía de comentar sus ideas ni siquiera con Gleva.

Cuando Constantino, en *Sirmium*, recibió el correo de su hijo, vio llegada la ocasión que estaba esperando. Él no tenía intención de volver a *Augusta Treverorum* nunca más. Lo más cerca que iba a estar de su primera residencia imperial sería Roma. A Roma sí que volvería, de forma testimonial, exclusivamente, a celebrar sus segundas Decenales, dentro de cinco años. Pero nunca subiría de nuevo a las *Galias*. Por tanto, era necesario que Crispo descendiera a *Sirmium*. Y la celebración de su primera victoria como César era una ocasión excelente para ello. De modo que redactó un mensaje en los siguientes términos:

"De Constantino, Augusto Máximo, en Sirmium, Panonia, a Crispo, César de las Galias. Salud.

Hijo, tu fulminante victoria sobre los Bructeri, tal como refieres, me llena de orgullo. Es un acontecimiento para celebrarlo toda la familia. Con una escolta adecuada, ven a reunirte con nosotros, aquí, en Sirmium.

Parte cuando tus deberes te lo permitan. Deja a Gleva, por unos meses, al cuidado de la frontera."

Cuando Crispo recibió la misiva de su padre, su corazón saltó de alegría. Su padre lo reclamaba a su lado para celebrar con él su victoria sobre los *Germanos*. Era la primera vez que su padre contaba con él para algo y lo manifestaba públicamente. Se apresuró a decírselo a Yela. Y, para su sorpresa, la noticia no despertó en ella entusiasmo alguno. Todo lo contrario. Se quedó callada, como concentrada en sí misma, sin querer decir lo que pasaba por su interior. Crispo le apremió a decirle qué le pasaba. Yela se mostró dubitativa.

- "No sé … Algo decirme que … quizás perderte."

- ¿Por una celebración con mi familia, junto a mi padre, vas a perderme? Es para celebrar mi primera victoria como César. Deberías alegrarte de que mi padre quiera tenerme unas semanas a su lado … Eso es señal de que me aprecia y se siente orgulloso de mí. Lo dice él mismo en su mensaje."

- "Sí, mi amor, sí … pero tener miedo. No poder evitar."

Y ella se metió entre sus brazos, como pidiendo ser protegida por él. Y Crispo la protegió. Un rato después, pasado el momento cumbre, cuando ambos descansaban, abrazados estrechamente, Yela susurró el oído de su amante:

- "Tú tener conmigo un hijo antes de irte."

Crispo dio un salto en la cama y, al hacerlo, se desprendió del abrazo de la muchacha. Con cara de sorpresa, y procurando no levantar demasiado la voz, preguntó:

- "¿Estás loca, Yela? ¿Qué tiene que ver ese viaje con lo que ya hemos hablado más de una vez? Nosotros no podemos tener hijos, ¿no lo comprendes?"

Ella no quería enfadar al hombre más poderoso de aquellas tierras. Por eso vio que era mejor hace como que comprendía. Retrocedió y, con un hilo de voz, dijo:

- "Si tu ver claro … yo ver claro también."

Crispo la volvió a abrazar y notó que ella temblaba. La atrajo más hacia sí y le acarició la cabeza, hasta que el temblor pareció cesar. Nunca acabaría de entender a las mujeres …

Capítulo 155
Firmas en Santiago.

Año 320

En sus ratos libres Eusebio repasaba sus escritos y comprobaba que tanto las estructuras como las firmas estaban correctamente colocadas. Era muy fácil borrar una palabra sin darse cuenta, y con ello la estructura se destrozaba. Tras repasar los Evangelios, tomó las dos Cartas que él había redactado. Empezó por la de Santiago. Pasó por alto su primera Carta Original, que ya había repasado antes, y pasó a su segunda Carta, oculta entre tanta Interpolación.

El tema de la Carta había sido la maledicencia, las murmuraciones. Entre la primera frase y la segunda había colocado la Interpolación. Y dentro de ella, la firma de "**SIMON**". Eusebio pretendía que un lector atento percibiera la diferencia entre las ideas de su Carta Original y la palabrería, tan grata a Lactancio, de la Interpolación.

Carta de Santiago. Original.
Fin del Capítulo 1 y Capítulo 2

1. **Si alguno piensa ser piadoso, no refrenando su lengua,**
sino engañando su corazón, vana es su piedad.
2. **Si alguno no ofende de palabra, es varón perfecto,**
capaz de refrenar todo el cuerpo.
3. **Que en la boca de los caballos ponemos los frenos,**
para que así nos obedezcan, podemos dirigir entonces todo su cuerpo.
4. **Mirad también las naves, tan grandes, e impulsadas por fuertes vientos,**
con-un pequeño timón dirigimos, por donde el deseo del timonel quiere.
5. **Así también la lengua, pequeño miembro es, y presume.**

¡Qué poco fuego cuánta leña enciende!
6. **La lengua es fuego, un mundo de ofensas.**
La lengua está entre los miembros nuestros, y contamina todo el cuerpo,
e inflama el curso de la existencia, cuando la inflama el infierno.
7. **Toda naturaleza de fieras, y de pájaros,**
reptiles y seres marinos es domada, y ha sido domada por nosotros.
8. **Pero la lengua ningún humano puede domarla.**
mar agitado, lleno de veneno.
9. **Con ella nosotros alabamos a Dios Padre,**
y también maldecimos de los hombres, hechos a semejanza de Dios.
10. **De la misma boca salen maldición y bendición.**
No debe, hermanos míos, ser esto así.
11. **¿Acaso una fuente, por el mismo agujero, mana lo dulce y lo amargo?**
12. **¿Acaso puede, hermanos míos, la higuera dar olivas, o la vid higos?**
Ni agua salada darla dulce.

A continuación del primer versículo, Eusebio añadió un largo párrafo con ideas de Lactancio. Para que lo añadido encajara con lo que ya estaba escrito, empezó el añadido por la misma palabra con la que había terminado la última frase, "piedad". Y en la Interpolación incluyó una larga firma de "**SIMON**", colocada al revés, con tantas letras "**S**" como todas las demás juntas.

Carta de Santiago. Original e Interpolación.

Fin del Capítulo 1 y Capítulo 2.

26. **Si alguno piensa ser piadoso, no refrenando su lengua,**
sino engañando su corazón, vana es su piedad.

27. **Piedad** pura e inmaculada ante Dios y Padre es más bie**n**,

visitar a huérfanos y viudas en su aflicció**n**,

guardándose uno inmaculado respecto a otr**o**s.

Capítulo 2 actual. 1.

Hermanos míOs,
no hagáis acepción de personas en temas de fe
en Jesús Cristo glorioso.
2. Si pues entra en vuestra reunión un hombre, enjoyado e impecablemente vestido,
y entra también un mendigo pobremente vestido,
3. y os fijáis en el que va ricamente vestido,
y le decís: Tú siéntate aquí cómodamente,

y al pobre decís: Tú, ponte aquí, o quédate ahí, tirado por los suelOs,
4. ¿no os discrimináis mutuamente, y con malvados pensamientos juzgáis?

5. Escuchad, hermanos míos queridOs,

¿A los pobres del mundo no los eligió DiOs,

ricos en fe, y herederos del Reino, como prometió a sus elegidOs?

6. A los pobres despreciáis vosotrOs.

¿Los ricos no os opriMen,
y os arrastran a los tribunales?

7. ¿ Del buen nombre invocado sobre vosotros acaso ellos no blasfeMan?
8. Si verdaderamente cumplís la Ley según la Escritura:
Amarás al prójimo como a-ti mismo, bien hacéis.
9. Si mostráis favoritismos, cometéis pecado,

convirtiéndoos en transgresores por actuar asÍ.

10. Porque si toda la Ley cumplÍ,

pero un fallo cometÍ,
en todo fallé.

11. Porque quien dijo, no fornicaráS,

dijo también: No mataráS.

Luego si no fornicaS,
siendo asesino, transgredes la norma.
12. Así hablad y así actuad, que una Ley de-libertad os juzgará.

13. Que habrá un juicio implacable para los implacableS.

Misericordioso para los misericordiosoS.

14. ¿En qué ganáiS,
hermanos míos, si decís que fe tenéis, pero obras no hay? ¿Es que puede la
fe salvarte?

15. Si unos hermanoS,

o alguien, desnudos están, y del diario sustento están privadoS,
16. y algunos de vosotros les decís: Id en paz, calentaos y comed,

pero no les proveéis de ropa ni alimentoS,

en qué ganáiS?

17. También la-fe así eS,
si obras no tiene, está muerta por dentro.

18. Tal vez decíS:

Tú fe tieneS,
yo obras tengo. Enséñame tú la fe tuya separada de toda obra,
y yo te mostraré con mis obras la fe
mía.

19. ¿Tú ya crees que Dios es uno? Bien haceS,
también los demonios creen, y tiemblan.

Nota del Autor.

Lo que Eusebio había escrito, en griego, figura en el “Anexo 19. Santiago”.

Capítulo 156

Boda en *Sirmium*.

Año 320

Hacía tiempo que Constantino tenía decidido casar a su hijo Crispo, desde que supo que tenía una concubina. Tenía 24 años y ya era edad para fundar una familia y tener descendencia. Él, Constantino, había sido padre a los 22 años. Su hijo debería seguir sus pasos y procurarse hijos, que le pudieran suceder cuando la edad le impidiera seguir gobernando.

Constantino pasó revista a su propia situación sobre ese tema. El hijo mayor tenido con Fausta, Constantino, tenía cuatro años. Era un pequeño resuelto, alegre, al que su madre educaba muy adecuadamente, con disciplina. Un César - su hijo ya lo era - tenía que ser disciplinado. La vida iba a exigirle mucho. Tenía, por tanto, que ser fuerte por dentro. Y la única forma de serlo era crecer sometido a la disciplina. Aún no le había nombrado Canciller, ni Prefecto del Pretorio.

Cada vez que le comentaba a Fausta que lo iba a hacer, ésta le imploraba, con lágrimas en los ojos, que le dejara un poco más a su hijo con ella. Y él no se podía negar. El lloro de Fausta lo desarmaba. No era capaz de imponerse si ella acudía a las lágrimas. No sabía si lo hacía a propósito, como recurso para vencerle, o era la naturaleza de las mujeres, débiles ellas, que se derrumban ante la adversidad. Prefería no pensar en eso. Aún había tiempo, Constantino era muy niño aún. Podría esperar un par de años más.

Y si podía esperar con el primogénito, con su segundo hijo, Constancio, mucho más aún. Constancio sólo tenía dos años. Aún no daba muestras del carácter que el Dios único le había dado. Y el pequeño Constante, sólo tenía seis meses.

Constantino pensó que a la celebración de la victoria de su hijo acudiera la que sería la futura esposa de Crispo, de nombre Elena. Era una joven encantadora, hija de uno de sus generales de Estado Mayor. Prefería un consuegro militar que uno civil. Al militar siempre podría imponerse por su autoridad como Augusto, mientras que a uno civil lo tendría menos

al alcance de la mano. Con los civiles, como con los senadores de Roma, había que emplear la diplomacia, el tacto. En la milicia las cosas se decían más en directo. Y la autoridad lo era todo.

Ya estaba preparada la recepción que se iba a dar en Palacio a la llegada de Crispo, para celebrar su victoria. Y también estaban medio completados los preparativos para la boda, que se celebraría unas semanas después, las necesarias para que los novios se conocieran un poco, antes de desposarse. Constantino rememoró la boda de Constancia con Licinio. Ahora, conocedor de los detalles que era necesario atender, actuaba con más seguridad. Sólo faltaba la presencia del novio.

Crispo había trazado una línea recta que unía *Augusta Treverorum* y *Sirmium*, su destino. Y había elegido la ruta que menos se apartara de esa línea recta. Y el resultado había sido subir a *Mogontiacum* (Maguncia), en la frontera con *Germania,* y por *Augusta Vindelicorum* (Ausburg), llegar a *Siscia* (Sisak) y, ya por terreno llano, pasando por *Cibalis* (Vinkouci), llegar a *Sirmium* (Srem Mitrovica).

La ruta era montañosa, atravesando una serie de cumbres a cual más pintoresca, pero que requería su trabajo culminar. Le acompañaban doscientos jinetes y, por su número, sólo podían utilizar la posta imperial para comer y dormir, no para cambiar monturas. Crispo quiso que le acompañara Eroc, ya que no podía estar acompañado de Gleva. La charla del *Germano* alivió la monotonía del viaje.

Finalmente, después de casi tres semanas de duro cabalgar, llegaron a la llanura que baña el *Dravus Flumen* (río Drave). En ella se encontraba *Neviodunum*. De allí Crispo envió una *turma* de jinetes para anunciar al Augusto Máximo su llegada. A partir de *Neviodunum*, el viaje se suavizó y, viajando con descansos generosos, para no llegar a destino cansados, en siete días más avistaron *Sirmium*.

La capital se había preparado para recibirles y todos sus habitantes se echaron a la calle cuando se anunció que el hijo del Augusto venía a la ciudad. Sabían que había ganado una importante batalla en el Norte de la *Galia*, su Prefectura, contra los bárbaros y que había empalado a mil quinientos. Lo que más les importaba era que, por venir a *Sirmium* a celebrar su triunfo, iban a tener una semana de fiestas, con juegos de gladiadores, teatro, mimo, mercado y espectáculos callejeros. Tales celebraciones eran muy bien recibidas por el pueblo, que salía con ellas de

su rutina cotidiana y vivía, al menos unos cuantos días, como los grandes, en plena fiesta.

Sirmium tenía tres Puertas. Crispo hizo su entrada por la Puerta Oeste, que daba a *Cibalis*, y llevaba a *Siscia*, y, por *Siscia*, al Norte de Italia. Una multitud le vitoreaba a su paso. En aquella ocasión todas las precauciones de que le había hablado su padre se violaron y en varias ocasiones los entusiasmados ciudadanos se llegaron hasta él. Crispo no cabía en sí de orgullo. Sonreía abiertamente y saludaba con ambas manos a todos los que podía.

Tras un recorrido lento y sonoro, llegaron a la explanada del Palacio imperial. Allá el orden era absoluto y una fila de soldados de la guardia imperial, con vestidura de gala y pesadas lanzas, formaban una línea para contener a las personas que esperaban su llegada. Su padre, advertido de su entrada en la ciudad, le había salido a recibir a la puerta de Palacio y le abrazó con fuerza. Hacía cuatro años que no se veían, aunque se escribían cada mes.

- "Déjame que te vea. Estás igual que cuando te dejé."

Crispo le devolvió el elogio.

- "Y vos también, padre, tenéis muy buen aspecto."

Constantino se volvió e hizo una seña. Una mujer joven se destacó entre los demás. Sin duda era Fausta. Constantino se volvió hacia Crispo y le advirtió:

- "Vas a conocer a mi esposa, Fausta. Estoy seguro de que os entenderéis bien."

Fausta llegó adonde estaban los dos hombres, a lo alto de la escalinata que daba sobre el patio.

- "Fausta, éste es mi hijo Crispo. Crispo … mi esposa Fausta."

Ella hizo una reverencia ligera ante Crispo, como marcaba el protocolo. Crispo le respondió con una inclinación de cabeza. Ambos sonreían, como el Augusto esperaba que hicieran. Sin embargo, ambos tenían sus propios y dispares pensamientos.

"Al fin conozco a la intrigante nueva esposa de mi padre. Hermosa ya es. Con esa juventud comprendo que mi padre ceda en ocasiones ante sus halagos. Si no fuera porque conozco su carácter, hasta yo mismo podría sucumbir", pensaba Crispo

"Aquí está nuestro joven César. Parece decidido, vehemente y acostumbrado a mandar. La ventaja es que él vive a mil millas de su padre,

mientras que yo duermo en su cama muchas noches al año", era el sentir de Fausta.

Constantino se volvió hacia la multitud que ocupaba media plaza, agarró por ambas manos a los dos y levantó las manos de los tres. La muchedumbre prorrumpió en un clamor ensordecedor, alzando los brazos también. Aún sonaba el clamor cuando Constantino bajó los brazos y dijo:

- "Vamos adentro."

A continuación Crispo conoció a los dos hijos mayores de Fausta, sus nuevos hermanos. Ambos habían sido instruidos e hicieron una reverencia ante el recién llegado que, hecha por ellos, resultó graciosa.

Todo resultaba del agrado de Crispo y lo esperado para tales ocasiones. Su padre le presentó a sus generales de Estado Mayor y, luego, los dos solos pasaron a su despacho. Éste le pidió detalles de la operación de limpieza llevada a cabo por sus tropas. Crispo se los dio de buena gana. Le agradó que su padre lo llamara "operación de limpieza", porque eso había sido. Llamarlo "batalla" le parecía adulador, por excesivo. Más que el mérito de la operación militar, todo había sido posible gracias a haber previsto la zona exacta en que los bárbaros iban a irrumpir en el Imperio. La frontera era amplia y ése fue su acierto. Crispo no se lo ocultó a su padre.

Tras la felicitación de éste, y cuando Crispo ya iba a marchar a cambiarse de ropa y descansar en las habitaciones que le había sido asignadas, antes de la comida, su padre le dijo:

- "Mañana celebraremos tu triunfo con una recepción y una comida en el Salón Mayor. He invitado a mis generales, que ya conoces. Quiero que seas amable con la hija de uno de ellos, Elena se llama, como tu abuela. Es una muchacha encantadora y está deseando conocerte."

Crispo sabía que su padre no hablaba nunca en balde. Si le había señalado a una mujer, era por algo. Y si, además, le había pedido que fuera amable con ella, eso también formaba parte del plan. Su padre tenía un plan. No le había llamado sólo para celebrar su triunfo. Quería también - y con toda seguridad, principalmente - otra cosa, que conociera a aquella muchacha encantadora y fuera amable con ella. Crispo adivinó, con cierto pesar, por qué.

Capítulo 157
Firmas en la Carta 2 Juan.

Año 321

Eusebio recordó sus pasados trabajos. Primero escribió el Evangelio de Marcos. Luego, tuvo que componer la Historia eclesiástica, para crear una falsa historia con el Cristianismo extendido por todo el Imperio desde tiempos de Tiberio. Por eso Lactancio y Constantino necesitaban un historiador, para componer precisamente aquella historia, entre otras cosas. Los libros que ya habían sido escritos por Lactancio, obras de supuestos autores cristianos, sirvieron para dar referencias concretas en aquella falsa historia.

Luego compuso el Evangelio de Juan. Y, por último, la Carta de Santiago y tres Cartas que adjudicó a Juan, supuesto autor del Evangelio que llevaba su nombre. La primera de ellas la hizo larga, con varios escritos Originales y varias Interpolaciones. Pero las dos últimas quiso hacerlas muy cortas, para que fuera fácil a cualquiera, con los conocimientos básicos, separar la primera y la segunda etapa de redacción. Eusebio componía las dos etapas separadamente. Primero, el Original, que tenía su estructura. Luego, lo interpolaba y obtenía el Total, también con estructura.

Carta segunda de Juan.
Traducción que conserva la firma.

1. **El presbítero a-la-señora elegida, y a sus hijos, a los que amo verdaderamente,**
y no sólo yo, sino también cuantos han conocido la verdad,
2. **por la verdad, que permanece en nosotros,**
y que en nosotros estará para siempre.
3. Gracia, piedad, paz, estén con vosotros, de Dios Padre, y del Señor Jesucristo,

el Hijo del Padre, en verdad y amor.
4. Me-alegré mucho, cuando supe de los hijos tuyos,
andando en la-verdad, como mandamiento recibido de Dios Padrę.
5 **Y ahora te ruego, señora, no como mandamiento escrito de nuevo,**
sino mandamiento recibido desde el principio, el amarnos mutuamente.
6. **Esto es el amor, que andemos según sus mandamientos.**
Éste es el mandamiento, como ya oíste al principio, que en él caminéis.

7. Que muchos timadores al mundo viniero***n***,
los que reniegan de Jesucristo, venido en carne, ése es el timador, y

Anticrist***O***s.
8. Guardaos mutuamente, para no perder lo realizado,

sino plena recompensa reciba***m***os,
9. Quien se extralimita, y no persevera,
y no sigue la enseñanza de Cristo, desconoce a Dios.

Quien permanece en la enseñanza, ése al Padre e Hijo tiene en s***í***.
10. Si alguno viene a vosotros, y esta enseñanza no lleva consigo,
no le recibáis en casa, y no le saludéis siquiera.

11. Quien le acepta el saludo, comparte con él sus malas obra***S***.
12. **Mucho podría aún contaros, pero no con papel y tinta;**
espero ir pronto a vosotros, y hablaros cara a cara;
para que nuestro gozo sea pleno.
13. **Te saludan los hijos de tu hermana, la elegida.** [(1)]

Apenas daba doctrina en esta carta. Era solamente para facilitar a los futuros investigadores el conocimiento de cómo había escrito muchas de las obras del Nuevo Testamento. Por si acaso fallara el plan que había preparado para descubrir, muerto ya el Augusto Constantino, toda la inmensa manipulación que un loco sin fundamento, Lactancio, había ideado.

[(1)] El texto griego y la firma de **SIMÓN**, en el “Anexo 20. 2 Juan.”

Capítulo 158

Preparativos de guerra.

Año 321

La recepción de las autoridades y la celebración del triunfo del César Crispo intentó reunir todos los elementos que se daban en las celebraciones de Roma. Hubo un desfile, en el que, a falta de cautivos y trofeos capturados a los enemigos, se mostraron en dos grandes pancartas los nombres de las dos tribus que habían sido derrotadas y exterminadas. Lo fueron sólo los miembros de la expedición invasora, pero a tanta distancia no era necesario dar demasiadas explicaciones.

Constantino aprovechó la nula experiencia que había en *Sirmium* en celebraciones de triunfos para eliminar cualquier acto de acción de gracias a los dioses. En Roma se hacía en el Templo de Júpiter, en el Capitolio. Constantino no había dado todavía ningún paso para implantar el Cristianismo en la parte de la *Iliria* que había hecho suya. Esperaba a hacerse con las dos Prefecturas completas, el resto de la *Iliria* y la de Oriente. Tampoco hubo enemigos a los que estrangular al atardecer. Pero sí hubo un banquete suntuoso, al que se invitó a cuantos personajes importantes era capaz de acoger el Gran Salón de Palacio. Constantino gustaba de hacer las cosas a lo grande.

"Cuando hay que gastar, hay que gastar" era una de sus máximas favoritas.

Al banquete asistió toda la plana mayor de Constantino, y entre ellos el general Acilius Bassus, el padre de Elena. Los sitios en la inmensa mesa del banquete estaban señalados de antemano y el padre había dispuesto que su hijo estuviera en el triclinio de enfrente a la hija de Bassus, Elena. Crispo tuvo que reconocer que su padre no tenía mal gusto para las mujeres. Fausta era una mujer muy hermosa. Rubia, tal vez un tanto altiva, pero elegante, con unos grandes ojos verdes; todo en su porte denotaba a una mujer de gran clase.

Elena no llegaba a esa altura. Era delgada, llevaba el pelo corto - como las jóvenes casaderas debían - ojos castaños, como su pelo, nariz recta, boca pequeña y mentón afilado. Había un algo en su boca que la

hacía atractiva, tal vez su labio superior, que se proyectaba ligeramente hacia delante. El efecto era especialmente perceptible viéndola de frente. Y Crispo la tenía frente a él. Su rostro reflejaba ingenuidad, la alegría de quien no conoce el lado oscuro de la vida. Su vestido le dejaba los hombros desnudos y éstos anticipaban un cuerpo joven, esbelto y perfecto.

Crispo no pudo evitar pensar en Yela. También ella tenía un cuerpo perfecto, cuerpo que él conocía palmo a palmo. Pero alejó su pensamiento de su amante y trasladó su atención a Elena, que no se atrevía a mirarle a los ojos. Crispo se dijo que lo que fuera a suceder, cuanto antes mejor. Y entabló conversación con ella. Elena le respondía apenas con monosílabos. Crispo notó cierta turbación en la muchacha. Era evidente que también ella obedecía órdenes. De su padre, y, en última instancia, del padre de Crispo.

Éste recordó el consejo, dicho con énfasis, de Eusebio. Cuando llegara el momento, él debía plegar su corazón a los dictados del deber. Y el momento había llegado. Crispo no podía contrariar a su padre. Éste le había hablado alguna vez de que él, Crispo, debería desposarse con alguien que fuera apropiada para su labor de dirigir una parte del Imperio. Y era su padre quien había encontrado esa persona. Y, al menos, la había elegido bonita. Crispo se esforzó en tratar de adivinar cómo sería el cuerpo de Elena, la parte que no veía. Era una forma - él lo sabía - de encapricharse de ella. Lo demás vendría luego.

Cuando el banquete llegó a su final, Elena se sentía suficientemente segura de la buena disposición de Crispo como para sostener su mirada y explayarse, en su conversación, mucho más que lo hacía al inicio. Decidido a acelerar aquel deber un poco amargo que su padre le había impuesto, le dijo, cuando ya los invitados se dirigían a la salida:

- “Estaré pocos días en la ciudad. Me gustaría tener ocasión de veros.”

Ella sonrió e hizo un movimiento con los hombros, como dándolo por aceptado.

- “¿Os parece bien mañana a media tarde, a la hora sexta?”

- “Me parece bien.”

Y se despidieron con la acostumbrada reverencia. A su padre, que estaba situado en la cabecera de la mesa, no lejos de su hijo, no le pasó

inadvertida la animada conversación mantenida por Crispo y la hija de Bassus. Cuando los invitados se hubieron ido, le llamó.

Crispo acudió a la cita con su padre con el semblante distendido. Sabía que iba a poder decir a su padre lo que su padre quería oír. Y en efecto, así fue. Pero su padre no quería hablarle de las excelencias de aquella joven.

- "El tema por el que te he llamado, hijo, no es solo por celebrar tu triunfo, valerosamente ganado. Ni tampoco para que conozcas a quien será tu futura esposa, sino por otro motivo mucho más serio e importante."

El Augusto interrumpió su discurso, para ver el efecto que sus palabras causaban en su hijo. Éste puso la cara de asombro que su padre estaba esperando. Y entonces éste prosiguió.

- "La guerra con Licinio se torna cada día más segura. Y esta vez quiero que tú intervengas en ella. Te necesito para dirigir la segunda columna, la que irá por mar."

Crispo no podía renunciar a su postura en contra de aquella guerra en el seno de la familia. Vio llegado el momento de exponerle tales razones a su padre.

- "Pero, padre, ¿qué razones puede haber para que os hagan marchar en armas contra vuestro cuñado, el esposo de Constancia?"

Constantino puso una expresión distinta que la que había tenido hasta entonces. Crispo, que estaba atento al rostro de su padre, no podría decir si era de simple contrariedad, de disgusto, o incluso de tristeza. Tardó algún tiempo en responder.

- "Me contraría que no comprendas mis justas razones. Y me contraría como padre tuyo que soy, y como tu Augusto. Cualquiera de ambos título debería bastar para que tú aceptaras mis razones, Crispo, aun sin comprenderlas."

Crispo vio que su padre llevaba el tema a un terreno que no le era favorable, el de la autoridad. Él buscaba hablar en confianza, de padre a hijo, en el seno de la familia. Ya que el conflicto había estallado en el seno de la familia.

- "Padre, no os estoy pidiendo cuentas, y bien sabéis que os obedeceré. Pero sí quisiera tratar con vos el tema como miembros que somos de una misma familia. Y de esa misma familia es Constancia, y su marido, que vos elegisteis, como habéis elegido a mi futura esposa. No tiene sentido pelear en el seno de la familia. Otra cosa era cuando

tomasteis Italia al usurpador Majencio, después de que el Augusto Galerio no fuera capaz de hacerlo. Pero Licinio tiene toda la legitimidad que Majencio no tenía, padre. ¿Por qué ir contra él?"

Constantino puso cara de empezar a impacientarse.

- "Eres aún demasiado joven para comprender todas las implicaciones del mando, hijo. El bienestar de un Imperio es labor que exige muchas veces nuestro sacrificio. Y para mí lo es rescatar las Prefecturas que aún están bajo el dominio de Licinio. Pero la salud del Imperio me lo exige. Y yo debo exigirte que me ayudes en tal tarea."

Crispo intentó la última carga.

- "Padre, ¿no puedo lograr que me digáis en concreto cuáles son las causas de esta guerra contra el esposo de Constancia?"

Su padre pareció perder el control sobre sí mismo.

- "¿Por que insistes? ¡Maldita sea! ¿Ni siquiera puedo contar con mi propio hijo, a quien he educado y elevado a la más alta dignidad del Imperio, para que colabore conmigo en eliminar a los enemigos del Imperio? ¿Es eso lo que quieres, que triunfen nuestros enemigos y nos veamos reducidos a la esclavitud de su voluntad? ¿Es eso? Dime, ¿es eso?"

Se había llegado adonde Crispo no quería llegar, a enfadar abiertamente a su padre. Tenía que plegar velas. Había perdido el control de la conversación. Con ánimo conciliador, con la cabeza baja, Crispo dijo:

- "No, padre, no quería llegar ahí. Sólo pretendía entenderos mejor. Pero si lo que queréis es mi obediencia, por supuesto que la tendréis. Ésa la habéis tenido y la tendréis siempre, entienda o no vuestras razones. Sois mi Augusto y yo, vuestro César. Eso no lo olvidaré jamás."

Hubo un silencio pesado, desagradable, entre los dos hombres. Al tiempo, el Augusto habló.

- "Está bien. Pasaré por alto esta conversación, como si nunca se hubiera dado. Sólo me queda decirte que cuando retornes a las *Galias*, debes empezar a colaborar con el jefe de la flota, creo recordar que se llamaba Acilio Tuscus. Debes aprender de él todo lo necesario para mandar, en un plazo de dos o tres años, una flota inmensa, de más de seiscientas nave. La mitad de guerra, la otra mitad de carga.

Estoy ampliando el puerto de *Tesalónica*, en la *Macedonia*, para que sea capaz de albergar más de doscientas naves de carga. También se

están ampliando otros puertos vecinos. El Augusto de Oriente lo sabe, pero no nos va a impedir proseguir nuestra tarea. Cuando todo esté dispuesto, te mandaré llamar.

Y ahora que lo sabes todo, disfruta con tu prometida. Como ves, es una hermosa muchacha que hará feliz a cualquier hombre. Y tú eres ese hombre. Ya sé que has quedado con ella para mañana. Anda con ella, y aprovecha el tiempo, me propongo que os desposéis antes de tu vuelta a las *Galias*. Y que se vaya contigo y empiece a darme nietos. Hijos, ya tengo los necesarios, ahora lo que necesito son nietos, y tú eres el único que puede dármelos."

Crispo nada respondió. Su padre ya lo había dicho todo.

La ceremonia de los esponsales se celebró a finales de Noviembre. A pesar del mal tiempo reinante y de la invitación de su padre para que pasaran el invierno en *Sirmium*, Crispo y Elena partieron hacia las *Galias* a los dos días de la ceremonia. Eso sí, lo hicieron con una escolta que cuadruplicaba la que trajera Crispo, y siguiendo una ruta más benigna, la que lleva a *Tergeste* (Trieste) y por *Mediolanum* (Milán) y *Massilia* (Marsella), sube por el valle del *Arar Flumen* (río Róndano) hasta *Augusta Treverorum*. Crispo viajaba con su esposa, pero, especialmente cuando iba a caballo, en su pensamiento y en su corazón estaba Yela.

Capítulo 159

El retorno a casa.

Años 321

Elena, la esposa de Crispo, no acababa de dar crédito a su buena suerte. De todas las jóvenes que podían haberse elegido para Crispo - el hijo mayor del Augusto Constantino, un César tan joven y apuesto - la elección había recaído en ella.

Los preparativos de la boda, su madre, que era detallista y todo le parecía mal, su padre, que vigilaba los preparativos, aunque fingía que no lo hacía, sus amigas, ninguna de las cuales podía creerse que fuera real lo que Elena vivía, las prisas, los detalles de última hora, la presión de saber que los desposorios se celebrarían en el Palacio imperial, todo había sido un torbellino abrumador. Y podía estar contenta con haberlo vivido con aparente normalidad, sin perder los papeles, dueña - aunque fuera por un estrecho margen - de sus actos.

Pero ahora, en la quietud del viaje, en el lujoso coche que habían dispuesto para ella, con Crispo viajando a caballo en muchas ocasiones, Elena empezó a reflexionar y a recordar pequeños detalles que le habían pasado desapercibidos cuando sucedieron. Su buena suerte había comenzado tal vez en aquella fiesta que el Augusto dio en Palacio e invitó a sus padres y a ella. No era frecuente, no había ningún precedente de una invitación así. Se lo había dicho su madre.

Porque no sólo habían sido sus padres y ella los invitados. En la fiesta estaban una docena de altos mandos militares, como su padre, con sus esposas e hijas. Una hija por cada mando. En eso se había fijado ella bien. Y todas las hijas fueron presentadas al Augusto. Todas se inclinaron ante él y a todas ayudó a levantarse y departió un momento con cada una, antes de la comida. Por el contrario, las esposas no le fueron presentadas. El Augusto tenía interés por las jóvenes; sus madres le interesaban menos. Ese detalle le pasó desapercibido en su día, pero ahora lo recordaba.

No fue ésa la única vez que vio y estuvo hablando con el Augusto. Una semana más tarde, su padre le anunció que iban a visitar los jardines de Palacio. Se sorprendió, porque su madre no estaba invitada, sólo su

padre y ella. Y tampoco estaban invitados más generales, sólo su padre y ella. Llegaron a Palacio y no tuvieron que esperar. Parecía como si el Augusto les estuviera esperando a ellos. Se sorprendió también de que el propio Augusto les invitara a ver el interior del jardín privado de Palacio. El Augusto estuvo hablando con ella, mostrándole los senderos más agradables, las fuentes mejor decoradas, las estatuas de escultores de más renombre, o más antiguas. Le había preguntado si hablaba griego, a lo que ella tuvo que responderle que lo estaba estudiando, pero que le resultaba muy difícil.

Su madre, a la vuelta, le estuvo preguntando por todo lo sucedido. Se veía que estaba resentida de que a ella no la hubieran invitado. Incluso llegó a decir que era un desplante del Augusto, pues había sido ella la que la había traído al mundo, no su padre. Elena la había hecho callar, tapándole la boca con su mano, para que no la oyeran las esclavas de la casa. No era prudente hablar mal del Augusto.

Cuando Elena recordó todos aquellos hechos previos, empezó a forjarse en su mente la idea de que no era Crispo quien se había fijado en ella, sino su padre. Elena se quedó confundida con su deducción. No sabía qué le halagaba más, si que fuera Crispo quien había tenido la iniciativa, o que ésta fuera de su padre, el Augusto. Porque, de lo que no cabía la menor duda era que el César Crispo estaba enamorado de ella.

Todas sus amigas se lo decían, encantadas con la aventura que, si bien no vivía cada una de ellas, al menos estaba pasando a las puertas de su casa, en la persona de su amiga Elena. Los detalles que ella les contaba sobre el comportamiento de él decía bien a las claras que estaba realmente interesado por ella. Y cuando, un par de semanas después, le pidió que fuera su esposa y Elena lo contó en el corro de amigas, hubo un estallido de gritos y saltos. Parecía como si a todas les estuviera dirigida la petición.

De ahí al momento de la ceremonia los acontecimientos se aceleraron y a Elena le resultaba difícil recordarlo todo y en orden. Pero lo más importante le pareció que era la gestación, el origen de aquel cuento maravilloso que estaba viviendo. Y ahora que lo conocía, decidió que ése sería su gran secreto. Si se lo contaba a su esposo, lo pondría en un aprieto. Y sólo podría traerle disgustos. Así que decidió callar. A fin de cuentas no era tan importante. Lo importante era que su esposo, el César Crispo, la quería y que ambos querían tener hijos.

- "Cuantos más mejor", le había dicho él.

Y los dos se habían reído a carcajadas, abrazados, en una lujosa cama de Palacio, en su noche nupcial.

Durante el viaje, que sería largo porque daban un gran rodeo, a causa del tiempo, Crispo salía con más frecuencia de la necesaria a cabalgar al aire libre. Hacía frío, pero no quería pensar delante de su esposa en la vida que se había abierto ante él. Era demasiado joven y demasiado inocente como para contarle nada sobre su relación con Yela. Y, por otra parte, aún no tenía decidido cómo iba a actuar respecto a ella.

Despedirla, sin más, no le parecía digno de él. No lo haría. Pero seguir su relación, a escondidas de su esposa, no le parecía un comportamiento digno de cara a Elena. Por lo que estaba ante un dilema, que no sabía cómo resolver. Ahora se daba cuenta de que había desaprovechado la ocasión de consultar este asunto con Eusebio, el director de la Biblioteca. Se habían visto, pero había sido al principio de su estancia en *Sirmium*, y aún no había entrado en la etapa en que su enlace con Elena le pareciera inminente. Se maldijo por estúpido, por descuidado, por no haberlo previsto. Él, cuyo trabajo consistía precisamente en prever las reacciones de los demás.

El 25 de Diciembre, fiesta grande en el Imperio, el día más corto del año, les cogió en *Massilia*. Durmieron en el Palacio viejo, que había sido preparado para ellos. Le dio muchas vueltas al dilema durante las últimas jornadas del viaje, pero seguía sin encontrar la solución. Cuando ya subían bordeando el *Mosella Flumen* se dijo que dejaría la decisión para cuando se viera frente a Yela. Ése sería el momento de la verdad. Se dejaría llevar de lo que surgiera en ese momento.

Y fue a finales de Enero cuando llegaron a *Augusta Treverorum*. Crispo se dirigió a *Palatiolum*, el nuevo Palacio donde vivía ahora la familia imperial, menos su abuela Elena, que seguía en su pequeño Palacio de la capital. Con el tiempo su humor había empeorado y su relación con Teodora era de odio cordial. Y el odio era mutuo. A Crispo, sin embargo, le seguía tratando como la más cariñosa de las abuelas. Tenía que presentarle a su nueva esposa. Pero antes se debía a su madre, Minervina, a Teodora y sus hijos.

Había anunciado su visita, por medio de media docena de jinetes, y todos le recibieron gozosos y entusiasmados al saber que volvía con su

joven esposa. Elena fue recibida muy cariñosamente, sobre todo por las mujeres de la casa, su madre, Minervina, Teodora, y Eutropia y Anastasia, sus hijas.

Minervina recibió con inmensa alegría a su hijo. Y dio la bienvenida a su esposa, Elena. Crispo quedó con su madre y Elena pasó a saludar al resto de la familia.

- "Serás como un hija para mí." le dijo Teodora, abrazándole. Y en su interior pensó:

"Llenarás el hueco de la hija que perdí."

Mientras tanto, Minervina, sospechando que aquel súbito desposorio no había sido iniciativa de su hijo, miró a éste a los ojos y le preguntó:

- "Hijo, ¿de veras la quieres?"

Crispo, sin apartar la mirada de su madre, respondió:

- "Sí, madre, la quiero."

No obstante, Minervina se hizo el propósito de tratar ese tema con su hijo a la primera oportunidad. Quería saber qué había pasado en *Sirmium*.

Todos felicitaron a Crispo, por lo hermosa y agradable que era su esposa y cenaron todos juntos en el mejor de los ambientes. Ambiente que Crispo observó que no existía en *Sirmium*. Allá, en las pocas comidas que había hecho junto a su padre y Fausta, reinaba un silencio casi absoluto. Se hablaba de banalidades y no había calor en la voz de ninguno de ellos. Él tampoco lo puso; no procedía.

Al día siguiente, enseñó a Elena la ciudad. Le mostró la Basílica, construida por su padre, el Foro, las Termas, una de ellas, las imperiales, construidas por su padre, recorrieron las murallas, con las dos Puertas más singulares de la ciudad, la llamada *Porta Alba* (Puerta Blanca), orientada al Sur, y la *Porta Nigra* (Puerta Negra), orientada al Norte. Vieron de cerca el Circo, al Este de la ciudad y el Anfiteatro, que constituía una de las puertas de la plaza fuerte. También cruzaron el puente de piedra sobre el Mosela, el orgullo de la ciudad.

Y finalmente, la llevó a ver a Elena, su abuela. Ésta estaba ya avisada de la doble visita. Los acogió con una amplia sonrisa en su ya ajado rostro. Estuvieron en una salita recogida, cubiertas las paredes con puertas de armarios roperos. Los techos, adornados con estucos pintados. La luz entraba por una par de ventanas en uno de los laterales.

Fue una visita apacible y grata. Las dos mujeres congeniaron. La abuela veía en la joven Elena una continuación de su nieto. Si él no podía venir a verla con toda la frecuencia que ella desearía, su esposa podría suplir su falta. Le invitó a conocer el Palacio donde vivía.

- "No es muy grande, pero más que de sobra para mí sola. Ven un día a visitarme y te lo mostraré. Y hablaremos de cosas de mujeres."

Lo dijo con un deje de complicidad que hizo reír a la joven Elena.

Al día siguiente, Crispo anunció a su esposa que sus deberes le reclamaban y debía partir unos días a recorrer la frontera. Su primer deber se encontraba en *Colonia Agrippina* y allá se dirigió Crispo con su escolta habitual. Seguía sin tener decidido qué postura adoptar respecto a Yela. Cualquier postura le parecía rechazable. Pero todo iba a cambiar.

No quiso anunciar su llegada, prefería tomar a su amante por sorpresa. Y lo logró. Yela se disponía a salir al mercado con las mujeres de varios oficiales, cuando Crispo apareció en la plaza a la que daba la casa en que Yela vivía. No fue ella quien le vio la primera, sino otra mujer. Crispo hizo una seña y nadie avisó a la muchacha, hasta que Crispo estaba casi junto a ella. La agarró por los hombros, estando ella de espaldas. Yela se sobresaltó. Y sin volverse siquiera, gritó su nombre:

- "¡Crispo, tú ser Crispo!"

Ella se volvió y se abrazaron. En ese instante Crispo supo que no la iba a abandonar. Aún no tenía una solución definida, pero no la iba a olvidar. Se despidieron de las acompañantes de Yela y entraron en la casa.

Se desvistieron mutuamente, con prisa febril, y se lanzaron sobre la cama, abrazados. El tiempo que hacía que no se veían hizo que su unión fuera más rápida que nunca lo fue. Era como si quisieran recuperar el tiempo perdido.

Después del clímax, tumbados boca arriba, el brazo de Crispo bajo los hombros de Yela, llegó el momento que Crispo había temido y al mismo tiempo deseado. No había preparado las palabras a utilizar. Todo lo había dejado al azar.

- "Yela, tengo algo importante que decirte. Algo que no te agradará y que puede cambiar nuestras vidas."

Yela le miró con los ojos muy abiertos. Intentaba leer en su rostro, antes de que él hablara, de qué se trataba. Y lo que vio no le gustó, porque sus ojos se llenaron de lágrimas.

Crispo la abrazó con fuerza, atrayéndola hacia sí. Y con el rostro de Yela contra su pecho, le dijo muy despacio:

- "No fue intención mía, pero mi padre me ha obligado a hacer algo que nunca hubiera hecho por mí mismo. Pero yo también quiero hacer algo por ti, algo que tú me has pedido muchas veces, y a lo que yo siempre me he negado. ¿Comprendes, mi amor?"

Yela levantó la vista y le miró. Sus ojos estaban enrojecidos e inundados de lágrimas. Pero una débil sonrisa afloró a su rostro. Y, con un hilo de voz, preguntó:

- "¿Un hijo, tú darme un hijo?"

A lo que Crispo respondió:

- "Sí, mi amor, quiero darte un hijo que te recuerde a mí."

Capítulo 160

Antes de la invasión.

Año 321

La primavera sorprendió a Crispo convertido en navegante, a las órdenes de Acilius Tuscus, comandante de la flota, fondeada en *Gesoriacum* (Boulogne-sur-mer), frente a la *Britania*. Tuscus ostentaba el mando cuando ambos se hacían a la mar. En tierra, el superior era, evidentemente, el César Crispo. Tuscus se dio cuenta de que su César aprendía rápido. Tenía mucho que aprender, antes de poder mandar una flota, pero Crispo aprendía deprisa, y había asimilado las primeras lecciones con facilidad.

Su padre se lo había dejado muy claro allá en *Sirmium*: Ninguna nave de las que patrullaban los océanos que bordeaban la *Galia*, o la *Britania*, tomaría parte en la batalla que, previsiblemente, se daría en aguas del *Aegeus Mare* (mar Egeo), en la *Propontis* (mar de Mármara) o en el *Pontus Euxinus* (Mar Negro).

Los mandos de la flota del Egeo aconsejaron a Constantino emplear sólo marineros con experiencia en el Egeo. Ellos conocían las condiciones atmosféricas, a veces traidoras, que se creaban en la *Propontis*, por los vientos que, del *Pontus Euxinus,* soplaban en dirección Sur, y causaban numerosos naufragios contra las costas de las islas de *Tasos*, *Lemnos, Imbrus* y *Samotracia*, que cerraban la *Propontis* por el Sur. Traer naves y marineros, habituados a los vientos y las corrientes del *Oceanus Atlánticus*, podría arriesgar el éxito de toda la operaron naval. Constantino había dado su conformidad a ello.

Mientras tanto, las obras en el puerto de *Tesalónica* estaban ya muy adelantadas, aunque todavía no había fecha para su terminación.

Por su parte, Licinio y su estado Mayor eran conocedores de la presencia de Constantino, su rival, moviéndose entre *Tesalónica*, *Sárdica* (Sofía) y *Sirmium*. Y de que numerosas naves, procedentes del *Mare Adriáticum* (Mar Adriático) y del *Iónicum* (Jónico) habían bordeado la *Hélade* (Grecia) y habían venido a fondear en los puertos de *Tesalónica* y

cercanos. No podía ser más evidente que su vecino se preparaba para atacarles.

Algunos de sus mandos, privadamente, aconsejaron a Licinio atacar primero. Una expedición de unas pocas naves podría desembarcar unas partidas de soldados en las inmediaciones de los puertos donde sus enemigos estaban fondeados y, de noche, incendiar una gran parte de esas embarcaciones. Eso atrasaría mucho al enemigo. Pero el Augusto se había negado rotundamente. Porque Licinio recordaba, como si lo estuviera viviendo de nuevo, el disgusto de Diocleciano cuando supo que Daya había invadido su territorio. Había dicho:

- "Es inadmisible que un Augusto designado legalmente marche contra otro miembro de la Tetrarquía. Eso es una locura."

Y él no cometería tal locura, ni aun sabiendo que ello podría darle ventaja sobre su oponente. Si Constantino volvía a invadir su territorio, saldría contra él. Pero sólo cuando lo invadiera. Lo que sí había hecho era prever tal situación, a la que todos los indicios apuntaban. También él había traído tropas y naves de todo el Oriente, hasta de la lejana *Cirenaica*.

Las ciudades de la *Tracia* y de la *Moesia Inferior* apenas eran ya capaces, aun forzando a sus habitantes, de albergar a todas las Legiones que Licinio tenía acuarteladas en su territorio al Norte del *Helesponto* (estrecho del Bósforo).

Las naves de casi todo su territorio estaban ancladas en los puertos cercanos a la *Propontis*, como *Troas*, *Cízicus*, *Lampsacus*, *Bizantium*, *Heraclea* y *Calcedon*. Todas estaban preparadas para repeler la agresión.

Una pequeña flotilla de embarcaciones ligeras, fondeada en *Abdera*, el puerto más próximo a *Tesalónica*, vigilaba continuamente las inmediaciones de la isla de *Tasus*, por donde debían asomar las naves enemigas en caso de ataque. Otra pequeña flotilla tenía su centro de operaciones en *Aenos*, un puerto al Norte del *Quersoneso*. En cuanto las naves enemigas invadieran aguas de la *Tracia*, por la *Vía Egnatia*, el Augusto Licinio debía ser informado. Sólo había una calzada que enlazara *Filipopolis*, la capital donde residía Licinio, con el mar y la *Vía Egnatia*. Dicha calzada nacía en *Aenos*.

Todo estaba preparado. Habían tenido cinco años para sopesar las intenciones del Augusto de Occidente y éste, lejos de volver a Italia, no había abandonado los territorios conquistados y había estado acumulando en ellos hombres y naves.

Sin embargo, oficialmente reinaba la mejor de las relaciones. Constantino había propuesto a Licinio que ese año, en Occidente, fueran Cónsules sus dos hijos, Crispo y Constantino II, que tenía por entonces cuatro años. Licinio podía nombrar a quienes le parecieran más idóneos. Licinio se designó a sí mismo y a su hijo Liciniano, que en ese momento tenía algo menos de seis años.

Licinio estuvo tentado de ignorar la proposición de Constantino. ¿Qué sentido tenía acordar los nombramientos de Cónsules, como si la paz no fuera a romperse en cualquier momento? ¿No había sido Constantino, para anudar lazos entre ambos Augustos, quien le había propuesto desposarse con su hermana Constancia?

Cuando Licinio recordó la propuesta de Constantino, que entonces era sólo César de la Prefectura de las *Galias*, ofreciéndole casarse con Constancia, su hermana, como medio de garantizar el buen entendimiento futuro entre ambos, algo le golpeó la cabeza, como si se tratara de la piedra lanzada por una catapulta. En aquellos momentos Constantino se disponía a marchar contra Majencio, a fin de desalojarle de Italia. ¿Habría sido la propuesta de la boda una manera de mantenerle quieto, de que le dejara actuar contra Majencio? ¿Sería Constantino una de esas personas sin honor, sin palabra, que todo lo sacrifican a su propio beneficio? Licinio conocía comerciantes así, embusteros, miserables, que no dan ninguna importancia a deshonrarse a sí mismos. ¿Sería Constantino de esa raza?

Lo sucedido hasta ese momento obedecía a ese modelo. El Augusto Constantino no hacía honor a su palabra. Y si eso era así, no lo haría nunca. Todo lo que se acordara con él era como escribir en la arena de una playa. Algo que iba ser borrado en unas pocas horas.

Licinio no quiso confiar sus pensamientos a ninguna persona de su entorno. A Constancia menos que a nadie. Ella estaba al margen de todo el peligro que corría la *Tracia* y su gobernante. Si su falso cuñado invadía la *Tracia*, en ese caso, sólo en ese caso, le expondría lo que estaba pasando. No lo iba a entender, pero él, Licinio, tampoco lo entendía.

Capítulo 161

Firmas en la Carta 1 Juan.

Año 321

Cuando empezó a escribir la Primera Carta de Juan, Eusebio quiso dejar claro, desde la primera línea, que todo era una farsa. Por eso colocó una firma de "**SIMON**" muy larga, que abarcara todo el primer Capítulo. Luego ya pondría algún texto de Conocimiento, pero, por de pronto, la firma.

Ya en *Sirmium*, Eusebio recordó lo que había estado pensando conforme iba escribiendo aquella Carta. Se veía a sí mismo como un minador, de los que se acercan, de noche, a la base de las murallas que defienden la fortaleza enemiga, y cavan sigilosamente un hueco, retirando las piedras más bajas, las que están a nivel del suelo. Debe hacerlo sin ser visto, ni oído, por los defensores, durante la noche. Y que al rayar el alba, se haya hecho ya un hueco, en el que él mismo quepa, para no ser visto, ni atacado desde lo alto de las murallas con piedras, flechas o agua hirviendo.

Normalmente, los minadores trabajaban aislados, en solitario. Su vida pendía de un hilo. Y cada cual prefería ser responsable de su propia seguridad. Lo normal era que hubiera varios puestos de minadores, distanciados entre sí un centenar de pasos [(1)]. Estaban en territorio enemigo y, si eran descubiertos, no podían ser defendidos por sus compañeros de armas. Tampoco tenían defensa si una partida de enemigos hacía una salida y los descubría en su pequeño hueco. Morirían ensartados por las lanzas enemigas.

A Eusebio le habían llamado para realizar un engaño. Y él se veía engañando a los que engañaban. Y, además, ahora, muerto Lactancio, era el redactor jefe. El que manejaba con libertad todos los textos falsificados. Claro que tenía que ir con cautela, sin cometer errores. Tenía a Osio, no ya por encima, pero sí a su lado. Aunque Osio estaba ahora muy lejos, en *Augusta Treverorum*. Pero Eusebio sabía que en un futuro no lejano Constantino llamaría a Osio. Para repetir en Oriente lo que ya se había hecho - y estaba dando buenos resultados - en Occidente.

Y sería él quien tendría que fijar las ciudades más importantes para nombrar en ellas un *epískopo*, un líder de la nueva religión. Esta vez lo haría en colaboración con Osio, no a sus espaldas. Le convenía llevarse bien con él. Gozaba de la confianza del Augusto y era un elemento peligroso. Era ambicioso, había llegado a la cima y trabajaba sólo para sí mismo. Se parecía, en cierto modo, a Constantino. Tal vez por eso habían encajado tan pronto y tan bien.

Osio, hasta donde Eusebio podía conocer, tenía tres objetivos en su vida. El dinero, el poder y las mujeres. Sabía que pertenecía a una buena familia del Sur de la *Cartaginensis*. Debía tener dinero, pero anhelaba más, a lo que parecía. Pero, más que el dinero, Osio ambicionaba el poder. No hacía ostentación del que tenía - al menos no con él - pero se veía que disfrutaba ejerciéndolo.

Él lo había dejado, cuando salió para *Sirmium*, en su oficina para la Propagación de la Fe cristiana, con ocho subalternos. Se le veía satisfecho de sí mismo, mandando a más de media docena de jóvenes ilustrados, todos ellos con estudios. Eran necesarios para manejar tantos legajos, fichas, *memorandums* y listados. Hablar y escribir griego, además de un impecable latín, era lo mínimo que se les exigía. Notó cierta envidia en la mirada de Osio, poco antes de partir. El Augusto le llamaba sólo a él. Se despidieron y él no pudo evitar decirle.

(1) Un paso = 30 cm.

- "Animaos, estoy convencido de que en breve nos volveremos a reunir al lado del Augusto Máximo."

Osio, diplomáticamente, había movido la cabeza, en un signo que tanto podía ser de confianza, como de duda.

"Realmente - pensaba Eusebio - cuanto más tiempo lo tuviera lejos, mejor."

Sus pensamientos volvieron a la Carta primera de Juan. Otro documento en el que iba a ser muy difícil borrar la firma, porque casi todas las frases contenían alguna de sus letras. Había colocado tantas letras "**N**" como sumaban todas las demás.

Primera Carta de Juan. Capítulo 1.
Traducción que conserva la firma y la estructura.

1. Lo que existió siempre, muchos dijero**n**,

que con sus ojos viero**n**,

lo contemplado y que sus manos tocaro**n**,
sobre el *Logos* de Vida,

2. Vida que se manifestó, y viero**n**,

y testimoniaro**n**,

y la Vida para siempre nos anunciaro**n**,

que estaba en el Padre, el paterno do**n**.

3. Lo que viero**n**,

y oyero**n**,

y anunciaron**n**,

para que todos juntos estemos en comunió**n**,

que con el Padre sin duda es nuestra comuni**ó**n,

y con el Hijo suyo Jesús Crist**o**s.
4. Y esto os escribimos, para que vuestro gozo sea completo.

5. Y éste es el mensaje que oímos de él, y os anuncia**m**os,

que Dios es todo Luz, y tinieblas en Él no hay ja**m**ás.
6. Si dijéramos que tenemos comunión con Él, y en las tinieblas

camina**m**os,
mentimos, y no decimos la Verdad.

7. Pero si en la Luz camina**m**os,

igual que Él está siempre all**í**,
estamos en comunión todos, y la sangre de Jesús, el Hijo suyo,

nos limpia de todos los-pecado**s**.

8. Si decimos que no tenemos pecado, erramos completamente,
y en nosotros no está la Verdad.

9. Si reconocemos nuestros propia indignidad, fiel y justo e**S**,

para perdonarnos los pecado**S**,

y limpiarnos de todas las iniquidade**S**.

10. Si decimos que no cometimos pecados, le llamamos mentiroso,
y su Logos no está en nosotros. [1]

[1] La firma de **SIMÓN**, colocada por Eusebio en esta Carta, en texto griego, se muestra en el "Anexo 21. 1 Juan."

Capítulo 162
Madre e hijo.

Años 322

En *Tesalónica*, Constantino veía avanzar las obras del puerto, pero no estaba satisfecho con la marcha de las mismas. Un puerto en la costa de *Macedonia*, capaz para la flota que pensaba organizar, era imprescindible para sus planes. Las tropas estaban preparadas en sus cuarteles de invierno. Con el buen tiempo subían a la frontera del Danubio. Allá pernoctaban en sus propios campamentos, y durante el día patrullaban y hacían marchas con sus tribunos y centuriones al mando.

Ese exceso de tropas, sobre la guarnición habitual en la frontera, fue lo que le permitió dar un buen escarmiento a las partidas de *Sármatas* y *Godos* que se adentraron en la *Panonia* y en la *Moesia Superior*. Los bárbaros cometieron el error de adentrarse en territorio romano, atacando las aldeas sin guarnición y profundizando luego.

Afortunadamente, a Constantino el ataque bárbaro le cogió en *Sirmum* y no en *Tesalónica*. Ello le permitió ponerse al frente de las tropas y atajar el mal como hiciera en la *Britania*, años atrás. En cuanto supo el lugar elegido para el ataque, *Tricornium*, *Aureus Términus* y *Margus*, rodeó el itinerario que los atacantes iban a seguir, adentrándose en territorio romano por la calzada más cercana, la que corría paralela al *Margus Flumen* (río Morava). Los asaltantes habían evitado *Singidunum* (Belgrado) y *Viminacium* (Kostolac), poblaciones con una fuerte guarnición.

Desde *Sirmium* (Srem Mitrovica), le bastó seguir la calzada que corre al Sur del Danubio para cortar el paso de los bárbaros hacia sus tierras. El encuentro se produjo a la altura de *Jovis Pagus*, cuando los atacantes todavía iban hacia el Sur, arrasando cuantas villas y lugares encontraban. Constantino tenía más efectivos que los *Sármatas*. Pero eso no fue obstáculo para que formaran como ellos acostumbraban, en una amplia línea con muy poco fondo. Y atacaran los primeros, gritando como energúmenos.

La batalla se dio como era habitual entre romanos y bárbaros. Sólo entraron en acción las dos primeras filas de *hastati* y *príncipes*, mientras los *triarii* sólo pudieron insultar a los pocos prisioneros que escaparon a la derrota, una vez terminada la lucha. Cosa que hicieron con rabia, por no haber podido participar de la gloria del triunfo.

La incursión de los *Godos* había tenido lugar más al Norte, por encima del *Dravus Flumen* (río Drave), en las localidades de *ad Labores*, *Antiana* y *Altinum*, donde arrancaban dos calzadas que se adentraban en la *Panonia*. Constantino comprendió que no podía dirigir las operaciones en ambos lugares – había demasiada distancia entre ellos - y envió mensajeros, con fuerte escolta, con las instrucciones de cómo debía dirigir las operaciones el responsable de la zona, descendiendo por ambas calzadas hasta encontrar a los asaltantes cuando regresaran con el botín. Lo demás quedaba a su cuidado.

El comandante de la guarnición reforzada de *Mursa* (Osijek), máxima autoridad militar de la zona, llevó a cabo una lucida operación de castigo, derrotando a la partida de *Godos* - que no llegaba a los mil hombres - cuando los encontraron en las cercanías de *Sopiane*, en la calzada que lleva a *Sabaria*, en la *Panonia Superior*.

La consigna de Constantino era hacer prisioneros. Tenía un destino preparado para ellos. Al igual que hiciera en *Augusta Treverorum* organizó unos *Juegos Sarmáticos* en *Sirmium*. Duraron cuatro días. Los Juegos tuvieron el mismo éxito que habían tenido los celebrados en la *Galia*. Y el prestigio del nuevo Augusto alcanzó niveles máximos.

En *Augusta Treverorum* la situación había sufrido ligeros cambios. El Canciller Gleva y el César Crispo tuvieron varias reuniones, celebradas en *Colonia Agrippina*, y se repartieron las tareas que llevaban conjuntamente. Gleva se ocuparía de la frontera, ya que Crispo debía ausentarse grandes períodos, para hacer ejercicios con la flota. Aprovechando su estancia en *Colonia Agrippina*, Crispo se esforzó con ahínco para cumplir la promesa hecha a Yela.

Estudiando el mapa de la zona, decidió fijar su cuartel general, mientras estuviera con el comandante de la flota, en *Lugdunum Batavorum*, en la desembocadura del *Rhenus Flumen* (río Rhin). Esto le evitaba tener que bajar a *Gesoriacum*. Tenía una calzada que comunicaba *Colonia Agrippina* con *Lugdunum Batavorum*, calzada que discurría

paralela al río. Y también había otra calzada directa entre *Colonia Agrippina* y *Augusta Treverorum*.

Pero el motivo de haber elegido *Lugdunum Batavorum* como centro de sus actividades navales se debía a la existencia de abundantes islas y canales al Sur de dicha localidad. Su padre le había advertido que debía aprender a maniobrar en ensenadas angostas. Todo el *Helesponto*, lugar muy probable para el encuentro con la flota de Licinio, no tenía más allá de dos millas y media en su parte más estrecha y cinco millas en la zona más ancha. Y tenía cincuenta millas de longitud. Más al Norte se ensanchaba en la *Propontis* (mar de Mármara).

Entre *Tesalónica* y la *Propontis* había una sarta de islas, donde el enemigo podía apostarse. Por lo que la batalla no se daría posiblemente en mar abierto, sino en zonas más angostas. La zona cercana a *Lugdunum Batavorum* cumplía exactamente esas condiciones. Y ninguna otra zona de la costa de las *Galias* la cumplía. Ésa fue, por tanto, la zona a la que se desplazó gran parte de la flota fondeada en *Gesoriacum*, para hacer allá las prácticas necesarias.

Crispo alternaba las temporadas en que dejaba su entrenamientos naval para residir tanto en *Augusta Treverorum*, como en *Colonia Agrippina*. En la capital tenía a su joven esposa, deseosa de pasar tiempo con él. Crispo sabía que su padre recibiría con alegría la noticia que estaba esperando. Y se esforzó también por darle gusto. Quería borrar el amargo recuerdo de la primera vez en su vida que había exasperado a su padre.

Pero otra persona que tenía grandes deseos de conversar con Crispo era su madre. Y, aprovechando la primera ocasión en que pasó unos días en *Augusta Treverorum*, le hizo saber que quería hablar a solas con él. Crispo ya se imaginó de qué tema le iba a preguntar su madre. Y así fue. Su madre no se anduvo con rodeos.

- "Hijo, estoy preocupada e inquieta. Hace mucho tiempo que tu padre, mi esposo, dejó *Augusta Treverorum* para irse lejos, casi al otro extremo del Imperio. Yo, consciente de que su deber lo llama a aquellas tierras, lo he asumido como parte del mío. Pero mi inquietud se debe a que tu padre nunca me dedica ni siquiera una corta misiva, para decirme cómo está, o cuando piensa terminar sus asuntos en la *Tracia* - donde creo que ahora reside - y volver con su familia. Y quería preguntarte qué sabes tú de sus planes, ahora que acabas de estar con él."

Crispo vio llegado el momento de hablar con claridad a su madre. Hubiera deseado que esa responsabilidad la hubiera asumido su padre, pues ella era su esposa. Pero, como su padre le había hecho el encargo, él debería dar la noticia. Le agarró las dos manos. Sabía que lo que le iba a decir le iba a doler. Tenía que hacer que su madre abriera los ojos a la nueva realidad.

- "Verás, madre. En este viaje – Crispo estaba decidido a ocultar a su madre que sabía del abandono de su padre desde años atrás – he sido testigo de novedades importantes y el mismo Augusto me ha explicado la razón de tales cambios."

Dejó de hablar y miró a su madre. Su rostro denotaba extrañeza. Continuó.

- "Quisiera encontrar a manera de decírtelo que te causara menos daño."

Su madre, impaciente, exclamó:

- "Crispo, déjate de rodeos y dime qué viste en *Sirmium*."

Era lo que Crispo estaba esperando, que fuera su madre la que le pidiera saber lo que estaba pasando.

- "Está bien, te lo diré. Padre tiene tres hijos de su nueva esposa, Fausta, la hija del difunto Augusto Maximiano."

Su madre se quedó como en suspenso. Parecía que el tiempo no pasaba. Ni se movía. Al cabo de un rato, sus mejillas se encendieron, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus hombros empezaron a sufrir muy suaves sacudidas. Su madre lloraba, lloraba en silencio. Como si quisiera que su hijo no se diera cuenta de que lo hacía. Pero Crispo se daba.

Dejó pasar un tiempo para que su madre se repusiera. Pero no se reponía. Las lágrimas resbalaban por sus dos mejillas, en un rostro que no reflejaba ninguna emoción. Crispo seguía con sus manos cogidas entre las suyas. Pasaba el tiempo y las lágrimas de su madre seguían brotando. Crispo no sabía qué hacer. No podía dejar a su madre en aquel estado. Esperó.

Fue Minervina la que se dio cuenta de la situación. Vio claro, dentro de su dolor, la cobardía de su esposo, que le había hurtado toda explicación. Y vio claro que su hijo, su querido Crispo, no tenía la culpa. Tenía que cortar su llanto. Su hijo no se merecía esto. Cerró los ojos. Respiró hondo. Tenía que dominarse.

- “Gracias hijo - dijo con voz ronca - al menos tú has sido sincero. Pensaré en lo que me has dicho. Ahora quisiera estar sola.”

Y desenlazando sus manos de las del joven, se levantó, dio un beso muy ligero a su hijo en la mejilla, para no poner en el beso su corazón, dio media vuelta y salió despacio de la habitación.

Crispo, también con lágrimas en los ojos, respiró hondo a su vez. Necesitaba tomar aire fresco. Salió al patio de Palacio. Desde allí se veían los árboles junto al río. Y el murmullo de las hojas, rozándose por el viento, poco a poco le calmó.

Capítulo 163
Un nieto.

Año 322

Constantino no olvidaba su papel como impulsor de los valores cristianos en la vida del Imperio. Absorto como estaba en la preparación de lo que él llamaba "la campaña final", encontraba momentos, un mes sí y varios no, para dictar leyes con la ideología cristiana. Por de pronto decidió que los Cónsules del presente año - el décimo octavo desde su ascenso al poder - serían civiles eminentes y nombró a un senador que se había hecho cristiano, Anicius Iulianus, uno de ellos.

A las leyes ya dictadas con anterioridad, añadió otra por la que la emancipación de esclavos podía llevarse a cabo, no sólo ante el magistrado del lugar donde residía el dueño del esclavo, sino también ante el *epískopos* de dicho lugar. Era una forma de dar prestigio a los *epískopos* que había nombrado Osio.

Más de una vez había pensado que, en cuanto se hiciera con el control de todo el Oriente, debería llamar a Osio para repetir en la mitad oriental del Imperio lo que con tanto éxito se había hecho en la parte occidental: Nombrar *epískopos* en las ciudades más importantes. Pero eso, de momento, debería esperar.

Incluso a distancia, Osio le daba ideas afortunadas. Acababa de recibir una misiva suya. Las mandaba con regularidad, informándole de la marcha de las diferentes comunidades cristianas. La presente era muy escueta y decía así:

"Osio, fiel servidor, en Augusta Treverorum, a Constantino, Augusto Máximo, en Sirmium. Salud.

He sabido, por algunos de los epískopos nombrados, de una nueva fuente gratuita de financiación, que vos, en vuestra calidad de Augusto Máximo, podríais establecer. Se trata de legalizar las donaciones particulares, principalmente las testamentarias.

Muchos fieles mayores están deseosos de donar bienes, en otros casos dinero, para la salvación de sus almas. Piensan éstos, ingenuamente, que

darlo al epískopo, es como si lo dan a Dios, y que éste les recompensará, aquí o en la otra vida.

Eso aliviaría posiblemente vuestras arcas, sin coste alguno adicional. Cuidaos."

Constantino necesitaba personas así, fieles y entregadas, que le aconsejaran en los temas delicados, no militares, que tenían que ver con las conciencias de los ciudadanos. Antes tenía a Lactancio, pero con su muerte se había quedado solo. Y no se sentía cómodo.

Llamó a su secretario de guardia - tenía dos, que se turnaban diariamente - y empezó a dictarle las disposiciones de una nueva ley por la que se permitían hacer donaciones y dejar toda clase de bienes a las comunidades cristianas establecidas a lo largo y ancho del Imperio. Era una advertencia de lo que le esperaba a Licinio si no aceptaba sus condiciones. El Cristianismo debía estar presente en todo el Imperio. Nadie lo iba a impedir. Ni siquiera su cuñado.

Impregnado de la faceta caritativa de los textos preparados por Lactancio - que leía casi todas las noches, antes de acostarse - puso en práctica otra idea que le había asaltado días atrás. Un general le había hablado de la conveniencia de hacer una nueva leva de mozos en edad de servir a las armas.

Escaseaban las nuevas inscripciones de jóvenes para las Legiones. Y había infinidad de niños que malvivían en las calles de *Sirmium*, y de tantos otros lugares principales del Imperio. Esos niños eran recuperables, serían soldados en el futuro. No con él, sino con sus hijos. Pero tanto daba.

Y Constantino emitió otra ley por la que el Imperio se hacía cargo de los niños abandonados. El Imperio los educaría y haría de ellos hombres de provecho. Todos los brazos eran necesarios para servir a Roma y defender el Imperio.

Y fue bien adelantado el otoño cuando recibió una misiva de su hijo que le llenó de alegría. Decía así:

"De Crispo, hijo de Constantino, Augusto Máximo, a mi padre. Salud.

Me agrada enormemente comunicaros, y disculpad que nada os dijera antes, el nacimiento de vuestro primer nieto. Elena está bien y todo

ha salido felizmente. Elegid vos su nombre, como paterfamilia que sois. Cuidaos.”

Constantino, que estaba en *Sirmium*, en Palacio, fue con rapidez a comunicar la buena noticia a Fausta. Para su sorpresa, Fausta apenas se alegró. Dijo algo sobre la fecundidad de Elena, pero acogió la información como si no fuera con ella. Constantino lo achacó a que no le agradaba que la hicieran abuela tan pronto. Estaba de nuevo encinta, aunque el parto no sería hasta el año próximo.

Le daba igual. Su alegría no iba a quedar empañada por la indiferencia de su esposa. Pensó con qué disposición podría dar suficiente realce el hecho de que empezara a surgir la tercera generación de su linaje. Y al poco se le ocurrió la idea de dictar una amnistía general. Aunque de inmediato le vino a la mente el peligro de que las calles del Imperio se poblaran de criminales. Limitaría la amnistía y quedarían excluidos los homicidas y los envenenadores. Al poco recordó la aversión de Lactancio por los adúlteros. Y excluyó también a los adúlteros. Era un homenaje a Lactancio, el hombre que le había descubierto la creencia en el Dios único y había cambiado su vida.

Capítulo 164

Crispo, hábil navegante.

Año 322

Minervina, una vez calmada, reflexionó sobre las novedades recibidas. Y poco a poco se fue dando cuenta de que la situación no era tan adversa. Podía haber sido peor. Si su esposo se hubiera comportado como lo había hecho anteriormente su padre, Constancio, el marido de Teodora, repudiando a su anterior esposa, Elena, ahora ella estaría viviendo en Asia, con su familia, como una persona particular, lejos de su hijo. Pero no había sido así y vivía en Palacio, respetada como esposa del Augusto Constantino y cerca de Crispo.

¿Debía estar agradecida a su esposo? Por mucho que lo intentara, no lograba que surgiera ningún agradecimiento de su corazón. Constantino la había ignorado. Podía haber hecho lo mismo, pero exponiéndoselo con antelación. Entonces ella le hubiera estado agradecida, por no hacer lo que su padre le hizo a su madre. Pero le había dolido enterarse por su hijo y años más tarde. Su esposo la había ignorado, la había tratado como si ella no significara nada, como si fuera una esclava, que no cuenta, que no importa. Y eso le seguía doliendo.

Pero pasadas unas semanas, algo en su interior le hizo ver que debía organizar su vida con otras prioridades. Su marido había desaparecido de su vida. Y Minervina empezó a considerarlo como si hubiera muerto. Ahora su familia eran su hijo y la esposa de Crispo, Elena. Desde el primer momento la había acogido bien. La mujer elegida por su hijo pasaba a ser su hija.

En un principio había pensado preguntar a Crispo cómo había surgido la decisión de desposarse con Elena, a la que no conocía, y hacerlo en tan poco tiempo. Pero, tras saber el repudio encubierto del que había sido su esposo, decidió que no preguntaría nada. Fuera como fuera, Elena era la esposa de su hijo, y, por tanto, su hija. Decidió estrechar todo lo posible su relación con ella. Que no se sintiera sola en una tierra extraña, apartada de los suyos. Había perdido un marido, pero había ganado una hija. Y, pensó Minervina, había salido ganando.

Elena era una chiquilla ingenua, sencilla, inocente, que aún no había empezado a vivir. Era la mayor de cuatro hermanos. Su padre era comandante de las Legiones, y persona de confianza de Constantino. Eso les había dicho su hija. Minervina aprovechaba las largas ausencias de Crispo para tratarla y acompañarla. Y la muchacha se lo agradecía. El ausente Crispo era el tema cotidiano de conversación. Le preguntaba mucho por él, como había sido de pequeño, y, sobre todo, le contaba lo amable que era con ella, lo mucho que la quería. Era como si ahora tuviera dos hijos, pensó en más de una ocasión Minervina. Elena, delante de ella, y Crispo, lejos, pero presente en la conversación de ambas. Sí, había salido ganando con el cambio.

En *Lugdunum Batavorum* (Leiden), Crispo se estaba convirtiendo, de la mano de Tuscus, en un navegante experto en estuarios, ensenadas y archipiélagos. El comandante Tuscus le había enseñado cómo servirse del viento para preparar una emboscada a una flota enemiga, cómo eludir una emboscada, como distraer al enemigo y rodearle por detrás y una serie de trucos, ingeniosos todos ellos, para sacar ventaja de la naturaleza. Hacían pequeños simulacros con media docena de naves, que ahora mandaba Crispo. Y éste recibía con frecuencia la felicitación de su superior en el mar.

Había aprendido el código de banderas que se usaba en todas las naves romanas para comunicarse entre sí. Y había demostrado que sabía utilizarlo. Habían sido dos años intensos, dos años en los que Crispo había pasado más frío que en toda su vida militar. La mitad del tiempo o casi, había estado mojado, con esa agua fría y salada del *Oceanus Germánicus* (Mar del Norte) que ahora conocía mucho mejor que dos años atrás.

A pesar de todas las incomodidades pasadas, Crispo se sentía satisfecho. Si su padre le encomendaba alguna misión para realizar en el mar, se sabía capaz de resolver casi cualquier situación que se le pudiera presentar. La ventaja de moverse en aguas poco profundas era que las únicas variables a considerar eran el cariz del tiempo, la profundidad de las aguas y el viento. Y con mal tiempo, la navegación se tornaba muy insegura. Era, por ello, algo a evitar. Sólo quedaban, por tanto, el calado y el viento. Y con el comandante Tuscus había estudiado y practicado todas las posibilidades, una y otra vez.

A partir de la segunda mitad del año Crispo se sabía en condiciones para poder responder a la llamada de su padre. Éste la había dicho que no tardaría tres años en necesitarle. Ya iban a pasar dos años. El momento crucial no podía estar lejos. Lo único que le preocupaba era que iba a tener que emplear su destreza en contra del esposo de Constancia. Había intentado hablar con su padre sobre ese tema, pero había sido contraproducente.

Confiaba en que Licinio no cometiera los mismos errores que Majencio y no pereciera en la batalla, que forzosamente iba a darse. Si ganaba la guerra Licinio, estaba convencido de que las fronteras volverían a la situación anterior y sería el fin de las ambiciones de su padre. Si ganaba su padre, estaba seguro de que perdonaría la vida a su cuñado, y nadie perecería en la contienda. Seguía sin comprender los motivos que podía tener su padre para atacar a su cuñado. Tal vez algún día lograra enterarse.

A millas de distancia, en *Sirmium*, Eusebio estaba muy satisfecho con el trabajo de Eutropio. Era rápido y muy efectivo. Pero, por encima de todo, era inteligente y muy franco con él.

Su memoria se remontó al día siguiente al de su integración en el equipo, Eusebio lo llamó a su despacho y le dio las instrucciones previas a empezar el trabajo.

- "Vamos a comenzar – le había dicho - sentando las bases del trabajo que vais a realizar. Tenéis que redactar textos escritos hace cien o doscientos años, por mano de escritores cristianos. Y esos escritores deben meter en sus obras citas de los textos sagrados cristianos. No podéis recordar de memoria todos esos textos y todos sus pasajes, por lo que debéis haceros con un florilegio de cada Evangelio y de las Epístolas de Pablo. Leyendo pausadamente cada Evangelio y las Epístolas, entresacaréis las citas que os parezcan más apropiadas, ordenándolas por temas. Y en ese orden las trasladaréis a vuestro resumen.

Una vez tengáis los cinco florilegios, estaréis en condiciones de redactar textos antiguos y colocar en ellos las citas que creáis oportuno. Tenemos ya algunas obras de todos los autores a los que hay que adjudicar nuevos escritos. La segunda fase consistirá en leeros lo que de estos autores ya está escrito, captar su estilo, y, acto seguido, escribirles nuevos textos, con citas. Espero que os haya quedado claro."

- "Perfectamente claro, Maestro. No es un trabajo difícil. Me recuerda a lo que el Maestro de Retórica nos encargaba hacer cada semana en la Biblioteca de Alejandría. También allí debíamos cambiar de estilo al pasar de un autor a otro.

Imitábamos a Cicerón, a Plauto, a Tito Livio, a Julio César, incluso a Catulo, aunque de éste había que hacer la composición en verso. Habiendo un texto para conocer el estilo, resultará fácil."

Y había empezado su trabajo con buen ánimo. Al cabo de tres semanas ya tenía hechos los florilegios y había empezado a componer Cartas de Cipriano, obispo de *Cartago*, que era uno de los autores a los que había que completar textos. Y Eusebio comprobó que era muy difícil distinguir entre una Carta de Cipriano escrita por Lactancio, y una Carta de Cipriano escrita por Eutropio. Tal era la similitud de estilo al escribir y de estructura al componer el texto. Así debía ser.

A los pocos días, Eutropio le había preguntado.

- "Maestro, tengo una duda que no me deja trabajar tranquilo."

- "Hablad."

- "Veréis. He escrito varias Cartas a Cipriano con el estilo del autor anterior -Eusebio no le había dicho que eran obra de Lactancio. Ahora debo escribir obras a un tal Tertuliano. Leo algún tratado que ya está escrito del tal Tertuliano y veo que sus obras tienen la misma estructura que las de Cipriano. Me pregunto si debo cometer lo que me parece que es un error, o debo corregir ese error."

Eusebio tenía la respuesta clara, pero fingió reflexionar. Al cabo, respondió:

- "El autor anterior, como decís, era una persona que gozaba del favor del Augusto. Por tanto, nosotros no debemos alterar el estilo que él quiso dar a sus obras. Debéis seguir el mismo estilo que se les ha dado con anterioridad, sea éste el que sea. De eso no debéis preocuparos."

- "Perfectamente claro, Maestro. Así lo haré."

Eusebio tenía otras razones para responder lo que había respondido. Si Lactancio había cometido errores, no iba él a corregirlos. Y Eutropio, tampoco.

Y más recientemente, conforme el joven iba cogiendo confianza con él - ya que cada día comían juntos en el comedor de la Biblioteca - le había preguntado.

- “Maestro, ya sé que debo dedicarme a mi trabajo y no hacer preguntas sobre temas que no me afectan. Pero por más que reflexiono siempre llego a la conclusión de que toda la historia del Hijo del Dios es falsa de principio a fin. ¿Podéis decirme si estoy equivocado?”

Eusebio creyó conveniente decir la verdad en ese tema. El forjador de una leyenda debe saber lo que está haciendo. Así que respondió:

- “No, Eutropio, no estáis equivocado. En efecto, no existió ningún Hijo de Dios nacido en Galilea, ni en ninguna otra parte de la Siria, en tiempos del divino Tiberio. Lo que se ha pretendido con esta creación literaria es unificar las creencias del Imperio en torno a un Dios único, Dios de todo el Universo.

Fijaos que, si bien para los griegos era aceptable que antaño creyeran en Zeus y Hera, habitantes del Olimpo, y los romanos consideraran como dioses supremos a la Triada Capitolina, mientras los egipcios adoraban a su conjunto de dioses en torno a Amón-Ra, cuando todos esos pueblos se reúnen en un mismo Imperio, no parece razonable que se mantengan los cultos locales, fruto de la ignorancia de los antepasados respectivos. Es por eso que el Augusto favorece la unificación de todas las creencias en una que rinda culto al Dios único.”

Eutropio asintió. De hecho, tenía más objeciones a la tarea en la que intervenía, pero se guardó de expresarlas. Más adelante, ya vería.

Capítulo 165

Firmas en Historia eclesiástica.

Año 322

Eusebio, sonriendo interiormente, rememoró su obra más completa, aquella en la que debía contar cómo había sido la Historia de los tres siglos anteriores. Ese libro iba a llevar su nombre, como autor del mismo. En él colocaría también firmas de "**SIMON**". Y se sabría que "**SIMON**" era el pseudónimo de Eusebio, el historiador de *Cesarea Marítima*. Empezó por el primer Capítulo. Prefirió ser cauteloso y colocar una firma discreta, de tipo cierre, en el inicio y en el final del primer Capítulo de su Historia eclesiástica, apartado primero.

Puesto ya en su papel de historiador profesional, como si todo lo que iba a narrar fuera la más exacta de las verdades, empezó a explicar, al inicio de su Historia eclesiástica, los propósitos de la misma.

Historia Eclesiástica. Libro 1. Capítulo 1.

1. Las sucesiones de los Santos Apóstoles

y los tiempos transcurridos desde el Salvador nuestro hasta nosotro**s**,
narrando cuáles y cuán grandes hechos componen la historia eclesiástica,

....

8. Porque quien vaya a escribir de la historia eclesiástica el orige**n**,

narrándola desde lo primero empezará por el Crist**o**s,

porque de él precisamente el nombre recibi**m**os,

siendo más divino que se cree aqu**í**.

El texto en griego de este pasaje, por ser muy corto, se indica a continuación.

1. [illegible]

....

8. [illegible]

Pero el mejor recuerdo que tenía de su Historia eclesiástica era del Capítulo en que se inventó, casi como una broma, una correspondencia entre el mismo Jesucristo y el reyezuelo de un lejano reino. Sembró todo el pasaje con una larga firma del tipo cierre. Pero hizo algo más. Él, como historiador, conocía los trucos que no pocos colegas empleaban. Muchos mezclaban la Historia con sus prejuicios, con sus filias y fobias a determinados personajes históricos. Los había que se inventaban partes de la Historia. Los había que escribían libros como escritos mucho antes de cuando realmente se escribieron, y así podían poner en boca del personaje deseado profecías sobre hechos ocurridos en el intervalo. "*Vaticina ex eventu*" los denominaban los historiadores honrados.

Y, entre los no honrados, había quienes cometían errores al escribir sobre épocas pasadas. Su falta de conocimiento sobre el pasado les hacía cometer "anacronismos". Él cometió un anacronismo en la carta de Jesucristo. Puso en su boca palabras que él, de haber vivido, nunca hubiera podido decir. Nadie puede saber, en vida, lo que se va a escribir de él después de que haya muerto.

Historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesarea. Libro 1, Capítulo 13. Correspondencia entre Jesucristo y el rey Abgaro, "hallada" en Edesa.

Traducción que conserva la estructura y la firma. [1]

1\. (6) *"Abgaros Ukama, Toparca, a-Jesús,*
Salvador bueno manifestado allá en Jerusalén. Salud.
2\. *He tenido noticias de ti, y de las curaciones,*
hechas sin hierbas, ni medicinas que haces tú.

3\. *Según las noticia**S**,*
*ven los ciego**S**,*
*los-cojos caminan, sanas los leproso**S**,*
*a espíritus impuros y demonios expulsa**S**,*
*a quienes tienen graves dolencias sana**S**,*
*y a-los-difuntos resucita**S**.*

____________________________4. (7) *Y oído todo esto sobre ti, es una de dos según mi opinió**n**,*
o que tú eres la Divinidad, y bajaste del cielo para hacer esto,
*o eres Hijo de Dios en misió**n**.*

5\. (8) *Por todo ello te escribo para pedirte que vengas, y el dol**O**r,*
que tengo, cures.
6\. *He oído que los Judíos murmuran de ti, y proyectan hacerte daño.*

7\. *Mi reino es ciertamente pequeño, pero será suficiente para amb**O**s."*
8\. (9) *Todas estas cosas le escribió, cuando logró cierta iluminación de su divinidad.*

9. *Y conviene saber lo que Jesús a él, por los mismos mensajer***o***s,*

*le respondió, texto corto, pero que tiene mucha fuerza, y con estos contenid***o***s:*

10. (10) *"Bienaventurado si crees en* **m***í,*

sin verme incluso. Está escrito sobre **m***í,*

que muchos viéndome, no creerán en **m***í,*

*y que muchos sin verme, ésos creerán y vivirán. Acerca de lo que escribes***m***e,*

*ir a ti, antes tengo tarea, del-que me-envió, de que ocupar***m***e,*

*y después de completarla toda, ascenderé junto al que envió***m***e.*

3 *Una vez ascendido, te enviaré a algún discípulo m***í***o,*

*y termine tu sufr***i***r,*

*y puedas en verdad viv***i***r."*

(1) El texto del pasaje en griego, donde se aprecia la firma original de Eusebio, viene en el "Anexo 22. Abgaro".

Capítulo166
Planes.

Años 322 y 323

Durante el buen tiempo Crispo tenía la posibilidad de atender a Yela y a su pequeño Crispo. Su vida tenía como centro *Lugdunum Batavorum*, Colonia muy cercana a la costa, más cercana a *Colonia Agrippina* que a *Augusta Treverorum*. Y debido a esto, unas veces dedicaba sus periodos de descanso de la actividad naval a visitar a Yela, en *Colonia Agrippina*, y otras, a su esposa, en la capital.

Pero en invierno la actividad naval cesaba y Crispo se las arreglaba como podía para repartir el invierno entre Yela y su esposa Elena. Su padre había elegido Claudio para su hijo en homenaje al Augusto Claudio Gótico, bisabuelo de Constantino por línea materna. Se daba la circunstancia de que los dos hijos de Crispo tenían casi la misma edad, habían nacido con dos meses de diferencia, aunque eso sólo lo sabía Crispo. A ninguna de las dos mujeres había hablado del hijo tenido con la otra. ¿Para qué? Elena tampoco sabía de la existencia de Yela, pero Yela sí sabía de Elena. A Yela sólo le interesaba contar con el amor de Crispo y saber que su hijo iba a crecer protegido.

Crispo sabía que el año entrante iba a tener que ausentarse de las *Galias* durante algunos meses. Eso en el mejor de los casos. Podía ser por más tiempo, si las cosas no iban como su padre esperaba. Por eso vio conveniente tomar medidas de cara a Yela. Hizo un viaje a *Mogontiacum* al final del otoño, cuando ya el frío empezaba a anunciar que las nieves no estaban lejos. Su amigo Eroc le recibió con el entusiasmo de siempre.

- "¡Qué alegría verte, Crispo!"

- "Yo también me alegro de verte, Eroc. Espero que todo vaya bien. ¿Alguna novedad en tu familia?

Preguntó por cortesía, pero Eroc le dio una noticia que no esperaba.

- "Mi mujer estar preñada otra vez, amigo. Nosotros no esperarlo, pero estar."

Crispo se levantó, se dirigió hacia su amigo y le abrazó efusivamente.

- "Mi enhorabuena, amigo mío, mi enhorabuena."

Y ya de pie ante él prosiguió:

- "De algo similar venía yo a hablarte. Se trata de Yela. Es casi seguro que el año entrante me tendré que ausentar de las *Galias* por una temporada larga. Y no quiero dejarla sola en *Colonia Agrippina*. Me quedo más tranquilo si se queda aquí, a tu cuidado. Supongo que puedo contar contigo."

- "Desde luego que sí puedes, claro que sí puedes. A mi mujer venirle bien otra madre con niño pequeño. Así ellas hablar de niños todo el día."

Y lanzó una carcajada con su habitual sonoridad.

Eroc se encargó de buscar una casa cercana a la suya y esperó la llegada de Yela con el pequeño Crispo. Yela aceptó con dolor la próxima separación, comprendiendo que lo decidido por Crispo era la mejor solución. Temía por la vida de Crispo. Cuando se lo dijo, éste quitó importancia al viaje junto a su padre.

- "Yela, yo tengo un puesto y una responsabilidad. Y ello incluye la guerra. Es igual una batalla en la frontera de las *Galias* que en la frontera de la *Panonia*. Y con mi padre hay muchas Legiones. Aquí no tenemos tantas. Luego estaré más seguro allá que aquí. De cara a conservarme, te conviene que me vaya."

La última frase la decía con una sonrisa de burla en el rostro. Yela lo percibió y se le echó al cuello. Fue la última vez que tuvieron intimidad en *Colonia Agrippina*.

Se acercaba el final del invierno y Crispo se dedicó preferentemente a su familia, a Elena, su esposa, a Minervina, su madre, a Elena, la Augusta, su abuela. Y, en menor grado, a Teodora y sus hijos.

A primeros de Abril, llegaron unos mensajeros con una misiva desde *Sirmium*.

"*Constantino, Augusto Máximo, a Crispo, César de las Galias. Salud.*

Ven de inmediato, te necesito."

Todos sabían que esa llamada iba a darse. Crispo se despidió de su esposa, de su madre, de su abuela y del resto de la familia. Y con una

escolta de trescientos jinetes salió rumbo a *Sirmium*, pasando por *Mogontiacum*.

Constantino estaba expectante. Todos los preparativos estaban terminados. El puerto de *Tesalónica* se había completado a finales de año. La primavera siguiente era el momento de iniciar la última campaña, la que le diera el dominio de todo el Imperio, la posibilidad de completar sus planes, de cumplir su misión, de salvar a Roma. Tan supremo objetivo no podía verse impedido por la voluntad de un simple mortal, su cuñado. Todo debía supeditarse a la misión, incluso la familia.

Constantino recuperaba, tras varios años de impaciencia y demoras, la confianza en su destino. Esta última fase le había costado mucho, le había supuesto mucho desgaste, demasiados contratiempos. Su cuñado era un enemigo peligroso. Tenía información de que había pasado grandes contingentes de tropas del *Asia Menor* a la *Tracia*. Y que había reunido una flota que estaba repartida entre los puertos del *Ponto Euxino* (Mar Negro), la *Propontis* (Mar de Mármara) y el *Helesponto* (estrecho del Bósforo).

El plan que había forjado con sus generales de Estado Mayor era simple: Atacarían por tierra y por mar. Él, con el grueso de las tropas de a pie, la caballería y las máquinas de sitio, avanzaría partiendo de *Sárdica* hacia el interior de la *Tracia*. Licinio tendría que hacerle frente. En la *Tracia* sería el primer choque. Si el resultado no era definitivo, intervendría la flota.

Crispo, al mando de las naves, y tras vencer a la flota de Licinio, rodearía la *Tracia* por el Sur, adentrándose en el *Ponto Euxino*. Con esa maniobra envolvente, las tropas enemigas que hubieran quedado en la *Tracia* quedarían atrapadas, sin posibilidad de recibir refuerzos, ni alimentos del *Asia*. Es posible que eso bastara para que Licinio se rindiera. En cualquier caso, sus ejércitos controlarían el mar y también la *Tracia*. Licinio estaría perdido.

Eusebio y Eutropio casi habían terminado de redactar los textos que faltaban por completar. De la larga lista de Lactancio, que contenía alrededor de cien obras, sólo quedaban media docena por hacer. Se terminarían en dos o tres meses. Mientras ambos componían lo que faltaba por redactar, los escribas venidos de *Augusta Treverorum* se habían dedicado a hacer copias de la multitud de obras que se habían redactado.

Este trabajo no se realizaba en la Biblioteca de *Sirmium*, sino en unas dependencias que eran propiedad del Augusto. Allí trabajaban, aislados del resto del mundo, copiando sin cesar textos cristianos según un programa que Eusebio les había fijado. Había nombrado un responsable y se relacionaba diariamente con él.

El destino de tales obras eran las comunidades cristianas esparcidas por todo el Occidente, ya bajo la autoridad del Augusto Constantino. Osio, desde su Oficina en *Augusta Treverorum*, fijaba el programa de textos que se necesitaban. Y Eusebio procuraba cumplir lo mejor que se podía con las necesidades expresadas por Osio.

Pero Eusebio había forjado un plan. Plan para, a ser posible, impedir la implantación de la nueva religión imperial en Oriente. Para eso necesitaba una voz independiente, un portavoz, que defendiera su primera versión de los textos, la idea de que Jesús era un nuevo Maestro de Sabiduría, nacido en Siria en tiempos de Tiberio, cuyas enseñanzas coincidían con lo enseñado por todos los Maestros anteriores a él. Al menos, esa versión, aunque era falsa, no destruiría, si llegaba a ser la única creencia permitida por el poder imperial, el Conocimiento que tantos hombres insignes había legado al mundo civilizado, a Roma.

Eusebio debía preparar su plan aprovechando el desorden que se iba a producir con ocasión de la campaña, que se veía venir, entre el Augusto de Occidente, Constantino, y el Augusto de Oriente, Licinio. Para ello necesitaba entrevistarse con Arrio, y ver si su amigo aceptaba el difícil papel que él le reservaba. Con vista a dicha visita, escribió a Arrio en los siguientes términos:

"*Eusebio, desde Sirmium, a Arrio, mi querido amigo, en Alejandría. Salud.*

Tengo deseos de verte. Cuando tus deberes te lo permitan, deseo invitarte a pasar una temporada en Sirmium. Como sabes, dirijo la Biblioteca de Sirmium. En mi casa hay alojamiento para dos personas cómodamente. Me sentiré muy honrado de acogeros. Mejor ven por Italia."

Eusebio había pensado que atravesar *Asia Menor*, la *Tracia*, la *Moesia* y el Sur de la *Panonia*, donde dos ejércitos se disponían a medir sus fuerzas, era una temeridad. Por eso recomendaba a su amigo Arrio hacer el viaje por Italia.

Escribió también a su amigo Eusebio, que residía en *Nicomedia*. También lo necesitaba para su plan. Usó la misma misiva. Sólo modificó la frase final. En vez de recomendarle llegarse a *Sirmium* por Italia, desde *Nicomedia* era recomendable viajar a través de la *Hélade* (Grecia), evitando el camino directo, que lo conduciría a atravesar las tropas de ambos contendientes.

Capítulo 167
La batalla de *Adrianópolis*.

Año 323

Los dos ejércitos estaban preparados para la batalla, que se anunciaba inminente. Sin embargo, había una diferencia muy importante entre ambos. Esa diferencia era su moral, su implicación. Las tropas de Constantino llevaban más de cinco años en tierra extraña, la mayor parte lejos de sus familias. No podían quejarse por tal hecho. En la milicia uno tenía que ir donde los mandos supremos de las Legiones le destinaban. Desde tiempos de Trajano, numerosas cohortes oriundas del Danubio habían sido trasladadas a la frontera Norte de las *Galias*, o a la mismísima *Britania*. Eran gajes del oficio.

Constantino, conocedor de las ganas que sus hombres tenían de volver a su tierra, había hecho que se corriera el rumor de que, en cuanto se derrotara al enemigo de forma definitiva, todas las Legiones venidas de lejos volverían a sus hogares. Él se encargaría de insistir en ese tema en su arenga, antes de la batalla.

En el campo contrario, la situación era muy distinta. En los cuarteles se comentaba, con cierta aprensión, que el Augusto de Occidente había vencido en todas y cada una de las batallas en las que había participado. Había derrotado a los *Britanos*, a los *Germanos*, a Majencio, a los *Sármatas* y *Godos*, y les había derrotado a ellos en la pasada guerra. Unos aseguraban que tenía un pacto con el *Hades* (infierno), otros que había hecho un pacto con *Mitra*; otros, que con Apolo; según otros, con un dios desconocido, al que adoraba en secreto. Pero era unánime la opinión de que alguna fuerza superior desconocida protegía al Augusto de sus enemigos.

Estos rumores hacían mucho daño al ejército de Licinio. Minaban su moral y su ardor guerrero. ¿Qué iban a poder hacer ellos, pobres mortales, enfrentados a las potencias malignas del Cosmos? Licinio sabía de esos comentarios. Algunos centuriones habían advertido del hecho a sus tribunos; éstos, a los oficiales superiores, y éstos, a su Augusto.

Pero Licinio no podía hacer nada contra la superstición y la credulidad de sus hombres. Sus palabras iban a ser consideradas como las de un mortal que no sabe mucho del mundo de los dioses. Dio instrucciones a sus mandos para que se esforzaran en expandir las ideas contrarias. Él conocía bien a su cuñado y éste era un mortal, con las mismas debilidades y errores, o incluso más, que cualquier mortal

El buen tiempo había comenzado ya. Se sabía que las obras del puerto de *Tesalónica* estaban terminadas. Los barcos fondeados en sus muelles lo abarrotaban. Los muelles y tinglados no eran capaces de almacenar ni un saco más. Los hombres tropezaban unos con otros al intentar subir o bajar de sus naves.

Licinio había dado orden a su comandante naval, Abanto, para que estuviera dispuesto a sacar la flota al mar en cuanto recibiera su orden. La orden la daría él, nadie más. Las Legiones traídas del Sur estaban acuarteladas en las ciudades situadas al Sur y al Este de *Adrianópolis*, como *Plotinopolis*, *Trajanopolis*, *Nicaea* de *Tracia*, *Burtudizus* y *Berguda*. Todas ellas estaban enlazadas por la calzada principal de la *Tracia*, que unía las dos capitales, *Filipopolis* y *Adrianópolis* con *Bizantium*, en el extremo Este de la *Tracia*. El Augusto, de acuerdo con sus jefes de Estado Mayor, había decidido hacer frente a la invasión en el mismo centro de la *Tracia*, en las inmediaciones de *Adrianópolis*.

Era la manera de que lo que sucediera en el mar no tuviera influencia en el resultado de la batalla a campo abierto. Licinio había podido retirar de las fronteras con los *Partos* y los bárbaros del África, un total de 40.000 soldados, que, junto con las dos Legiones que defendían la frontera de la *Moesia* y la *Scitia*, hacían un total que se aproximaba a los 50.000 hombres.

Constantino sólo contaba con 40.000 hombres en total, además de los que servían en la flota. Pero si numéricamente eran menos, había que tener en cuenta que, debido a las circunstancias vividas, cada hombre de Constantino valía por dos. Y cada dos hombres de Licinio valían por uno.

Esto hizo que, aunque alineados en el campo de batalla dieran la impresión de que ambos ejércitos contaban con fuerzas equilibradas, y al comienzo de la contienda las primeras cohortes que entraron en liza sostuvieran la pelea en igualdad de condiciones, la petición de relevo hizo que Licinio tuviera que dar paso a su segunda línea en primer lugar. Y lo mismo sucedió con la tercera línea, la de los veteranos.

El nuevo turno de la primera línea de Licinio se enfrentó a los veteranos de Constantino. Éstos, conscientes de la ventaja que habían logrado sobre sus enemigos, se crecieron y empezaron a arrollar a los contrarios. Éstos, convencidos de que luchaban contra guerreros dotados de algún tipo de poder emanado de su jefe supremo, fueron presa del terror y abandonaron la formación, huyendo en desbandada. Al retroceder, se abalanzaron contra la formación de su segunda línea, que, al verlos venir huyendo, huyeron a su vez, contagiados del terror que veían en los rostros de sus compañeros derrotados. Y lo mismo sucedió a la tercera línea.

Constantino, viendo que las cohortes enemigas huían, dio orden a su caballería de perseguirlas y destrozarlas. La caballería de Licinio recibió orden de enfrentarse a los jinetes enemigos. Pero lo hicieron sin nervio, y fueron arrollados por los veloces jinetes de Constantino, que siguieron persiguiendo con toda ventaja a los desgraciados legionarios contrarios, que huían a pie. El mismo Licinio tuvo que retirarse con sus mandos, por la calzada que llevaba a *Bizantium*. Era el mediodía del 3 de Julio.

Constantino había dado orden de no hacer prisioneros. Todos los caídos enemigos fueron rematados sin ninguna compasión sobre el campo de batalla. Había copiado la táctica del mismo Alejandro, el macedonio, cuya vida y hazañas había estudiado. Al enfrentarse a un enemigo por primera vez, Alejandro era extremadamente duro, despiadado. De ese modo, sus enemigos se lo pensarían dos veces antes de enfrentársele de nuevo. Porque si perdían la batalla, perderían también la vida. El odio que sentía hacia su cuñado le hizo olvidar que no era la primera vez que se enfrentaba a Licinio, que los enemigos exteriores seguirían en las fronteras después de la batalla, y que los hombres de Licinio que había dado orden de matar sobre el campo de batalla le iban a ser necesarios para defender el Imperio de sus enemigos naturales. Los historiadores contemporáneos dirán que la batalla de *Adrianópolis* fue una masacre.

Las bajas en el ejército de Licinio fueron del orden de 10.000 hombres, lo que significaba uno de cada cinco. Era un porcentaje muy alto, pero era comprensible por haberse roto la formación del bando perdedor. Todo general, todo tribuno, e incluso cada centurión, sabían que romper la formación y darse a la fuga era una manera vergonzosa y muy cruenta de perder una batalla. La batalla de *Adrianópolis* iba a ser un ejemplo más de dicha regla.

Las bajas en el ejército de Constantino no llegaron a los doscientos muertos y al doble de heridos. La victoria había sido total, pero no definitiva. Tenían que hablar los comandantes de las flotas respectivas.

Capítulo 168
El plan de boicot.

Año 323

En primer lugar llegó Eusebio, su amigo de *Nicomedia*. Venía solo. Había cogido una nave en la misma *Nicomedia*, que llevaba mercancías para diversos puertos de la *Lidia*, la *Caria* y la *Cilicia*. Había dejado el barco en *Mileto*, un puerto con mucho tráfico marítimo. En *Mileto* no le costó nada encontrar una nave que hiciera la ruta a la *Hélade*, para llegar a Atenas. Ya en Atenas, había buscado la costa Oeste para subir hasta *Salona*. Desde allí, otra calzada se internaba en la *Panonia* y, por *Stanechim*, llevaba a *Sirmium*. No había encontrado ninguna dificultad en tan largo viaje.

Casi un mes después llegó Arrio. Había seguido las indicaciones de Eusebio y había bordeado la costa de África hasta llegar a *Cartago*. De allí había pasado a Sicilia. Y por *Regium*, había subido por la *Vía Trajana*, hasta tomar la *Vía Postumia* para adentrarse en el *Ilírico*. Una vez en *Tergeste*, le había sido fácil llegar a *Sirmium*.

Arrio también venía solo. Vivía en compañía de una esclava, con la que había tenido tres hijos. En esas circunstancias le pareció oportuno acudir él solo a la cita con su amigo. Cuando Arrio hubo descansado del largo viaje y sus incomodidades, fue a la Biblioteca a saludar a Eutropio. Estuvieron toda la mañana charlando de los viejos tiempos, no tan lejanos, de su formación en la Biblioteca de Alejandría y del trabajo tan interesante que había encontrado en *Sirmium*. Esa tarde los dos Eusebios y Arrio se reunieron en el despacho de Eusebio.

Éste tomó la palabra.

- "Mis queridos amigos, os he hecho venir desde lejanas tierras por un tema que os voy a relatar en total confidencia. Al hacerlo pongo mi vida en vuestras manos, pero sé que puedo hacerlo. A nadie más podría referir lo que os voy a referir a vosotros.

Y para hacerlo, para que lo entendáis completamente y desde el principio, me voy a remontar muy atrás. Vais a saber de una persona

dotada de unas características muy especiales, y deseo que entendáis qué le movió a él y a otros actores de este drama.

Conocéis al ser humano. Sabéis que unos han madurado más que otros. Muy pocos han llegado al Conocimiento de los Maestros griegos. A ésos los suelo llamar "los que saben". Otros son personas nobles, aun sin haber cultivado el Conocimiento. A éstos los llamo "los que buscan Saber". Pero hay también muchas personas interesadas sólo en su propio medro, en conseguir hacerse con una fortuna, fama, posición, poder. Éstos son "los que no buscan Saber".

Los que buscan Saber pueden atender las instrucciones de alguien que sepa más y mejorar más aún. Las personas que no buscan Saber no se interesan en mejorar, y para ellas, las leyes y doctrinas las hacen los listos para que las sigan los tontos. Para estas últimas, cuando se empiezan a interesar por el Saber, seguir cualquier listado de moral elemental les puede parecer un gran logro.

Pero nosotros sabemos que hay un largo camino hasta alzarse por encima del vicio para alcanzar la virtud, hasta llegar al Saber y al Ser. Os comento todo esto porque nuestra historia trata de un hombre muy inmaduro, que se dio a estudiar textos sagrados egipcios y de otras lenguas. Se llamaba Lactancio. Y encontró muchos consejos de esa moral elemental. Este hombre pensó que había descubierto el secreto de los secretos. En su ignorancia, creyó haber alcanzado la cima de la Sabiduría, y fue, con su plan de sustituir todas las creencias por la suya, a exponerlo al Augusto Diocleciano.

Éste, que era un hombre sensato, había vivido lo suficiente y conocía a las personas, rechazó su proyecto de crear una nueva doctrina e implantarla por decreto en el Imperio. Pero en esa exposición estuvo presente un tribuno, joven e inexperto, de los que nunca se interesaron por el Saber, que se dejó ganar por la moral elemental que aquel hombre expuso.

Han pasado veinte años y aquel tribuno se ha convertido en el Augusto Máximo, Constantino. Ha implantado la nueva doctrina, llamada Cristianismo, en el medio Imperio que él controla. Y ahora se dispone a controlar la mitad oriental. Y no me sorprendería que lograra hacerse con el Oriente, arrebatándoselo a su legítimo Augusto, Licinio. Y ésta es la situación, amigos míos."

Todos quedaron en silencio. El panorama no era nada halagüeño. Eusebio, el de *Nicomedia*, rompió el silencio.

- "¿Y qué podemos hacer nosotros?"

Eusebio tenía la respuesta.

- "Nuestra única ventaja es que la mitad de los textos fundacionales del Cristianismo están redactados por mí. Y lo he hecho de una manera especial, pensando en este momento."

Eusebio captó interés en sus dos interlocutores.

- "Los textos los redactamos Lactancio y yo. Más o menos, la mitad cada uno. Yo redacté la parte que me correspondió en dos etapas de redacción, ya sabéis lo qué es eso. La historia que se narra en la primera etapa de redacción es la de un Maestro del Conocimiento, que enseña la única enseñanza digna del ser humano, el Conocimiento.

Luego, yo mismo interpolé cada escrito de Conocimiento con una cantidad de texto muy superior, que contenía la moral elemental, los milagros, las apariciones y todas las fantasías de Lactancio. De ese modo, la totalidad de mi escrito se parecía mucho a lo que escribía y quería divulgar Lactancio. Espero que os haya quedado claro cómo están redactados esos textos."

Sus dos amigos asintieron con la cabeza. No obstante, en sus ojos había una pregunta, la misma que habían hecho antes.

- "Os diré que podemos hacer. Podemos convertirnos en defensores de la correcta interpretación de los textos cristianos. El personaje de que tratan los textos no era el Hijo de Dios. Eso se añadió después de redactados los textos primitivos, los originales. Y todo eso es falso. El personaje real, auténtico, era un Maestro del Conocimiento. Que no hacía milagros, que no era Hijo de Dios, que no fundó iglesia alguna, que no resucitó, que no ascendió a los cielos. Un mortal excelso, muy elevado, pero mortal.

Eso es lo que podemos hacer. Reconozco que es arriesgado, que nos va a acarrear muchos sinsabores, que posiblemente alterará nuestras vidas, pero se trata de llegar a convencer al mismo Augusto de que esa versión es más acorde con la realidad, más fiel al legado recibido de nuestros antepasados, y más útil al Imperio.

Una idea obsesiva de Lactancio era que si el Imperio no abandonaba las creencias en muchos dioses y adoraba al Dios Único, éste iba a exterminar el mundo mediante un cataclismo de sangre y fuego.

La enseñanza del Maestro del Conocimiento también defiende un Dios Único, al que el Maestro llama "Padre". De modo que con la alternativa del Maestro del Conocimiento se evita también la amenaza, vana donde las haya, del fin del mundo como castigo del Dios Único. ¿Os queda claro qué podemos hacer? ¿Veis alguna otra alternativa?"

Tras un largo silencio, los dos negaron con la cabeza. No había otra alternativa. Esta vez fue Arrio el que preguntó.

- "¿Y qué pasos daría el Augusto Constantino si lograra hacerse con el Oriente? ¿En qué momento intervendríamos nosotros?"

- "Es una buena pregunta. El Augusto hará, previsiblemente, lo mismo que hizo en Occidente. Mandará un hombre suyo a las ciudades más importantes para elegir un líder de la futura comunidad cristiana. Cuando haya terminado su elección, el Augusto convocará una reunión, que llaman Sínodo. En ella el Augusto se dirigirá a los futuros líderes cristianos, que llaman "*epískopos*", animándoles y ofreciéndoles su patrocinio.

En estos últimos años el Augusto ha dictado varios decretos que favorecen a las comunidades cristianas. El más destacable de todos es uno que les autoriza a recibir herencias y donaciones, con lo que les da una entidad jurídica privilegiada. Sabéis lo reacios que han sido todos los Augustos a conceder este privilegio a ninguna asociación.

Pero vamos a lo que nos interesa. Nosotros deberemos actuar antes de que se convoque ese Sínodo, esparciendo entre los *epískopos* designados la idea del Maestro del Conocimiento. Idea que está mucho más extendida en el Oriente que la idea de un Hijo de Dios al modo de un Faraón egipcio."

Eusebio no quería cansarles con una exposición detallada. Eso debía llegar por sus propios pasos. Sus amigos parecían estar pensando. Al cabo, Eusebio, el de *Nicomedia*, preguntó:

-"¿Y cómo vamos a saber quiénes son los líderes elegidos por ese enviado del Augusto?"

- "Porque soy yo quien hace la lista previa y con quien él la comenta a su vuelta, antes de presentársela al Augusto. Al Augusto hay que presentarle un escrito de lujo, impecablemente redactado, obra de un escriba. Y el jefe de los escribas soy yo. Ya os he comentado que nuestra gran baza es la información privilegiada que tenemos."

Arrio y el otro reflexionaban, en silencio. Eusebio de *Nicomedia* preguntó:

- "¿Y no te delatarás tú, que has conocido la lista de *epískopos*, si alguno de nosotros se dirige directamente a esos líderes elegidos, que no son todavía conocidos por el gran público?"

- "No. Se hacen varias copias de esa lista y se mandan a los responsables de la posta imperial, que Constantino ofrece a cada uno de los "*epískopos*" para los traslados. Podéis estar tranquilos.

La experiencia del Sínodo de *Arelate* (Arlés) - que ése fue el lugar donde se celebró el primer Sínodo - nos sirve para poder prever las actuaciones del contrario. El hombre de la idea, el que la presentó ante el Augusto Diocleciano, ha muerto. Ahora el único peón de que dispone el Augusto es Osio, el enviado para la selección de *epískopos*."

Arrio tuvo una duda.

- "Entiendo que podemos intentar convencer a los futuros líderes de que nuestra versión es la correcta antes de convocado el Sínodo. Pero ¿y en el propio Sínodo? ¿No sería conveniente que también allá pudiéramos defender esa tesis?"

- "Lo haremos, Arrio, claro que lo haremos. Porque nada impide que en esa lista vayan nuestros nombres. Os estoy ofreciendo la posibilidad de ser *epískopos* de la futura doctrina cristiana. Ahora bien, uno de nosotros no puede ser *epískopo*. Ha de ser un líder independiente, el defensor principal de la versión Maestro del Conocimiento. Y conviene que sea el menos ligado a mí."

Hubo un rictus de sorpresa en ambos rostros. Nuevo silencio. Los dos amigos seguían pensando. El líder recién designado, Arrio, iba a dar en el futuro nombre a la que pasaría por ser la primera herejía real del Cristianismo, el Arrianismo. Sus seguidores, como el líder, defenderían que Jesucristo no era Hijo de Dios, que era un Maestro del Conocimiento.

Capítulo 169

Firmas en las Cartas de Ignacio de Antioquia.

Año 323

Uno de los trabajos de Eusebio como miembro del equipo redactor fueron las Cartas de Ignacio, supuesto obispo de *Antioquia*. Las había

escrito antes de componer la Historia Eclesiástica y en ella las citó repetidamente. Ignacio habría redactado media docena de Cartas a otras tantas comunidades cristianas de Oriente. La idea había sido de Lactancio. Casi todas sus falsas obras las situaba en Oriente, a pesar de que aún no se había divulgado el Cristianismo en Oriente.

Decía, y en eso tenía razón, que puesto que Jesucristo había nacido y vivido en Siria, donde tenía que haber más cristianos era en Oriente. Por eso en uno de las Cartas adjudicadas al falso Ignacio se decía que había sido en Antioquia de Siria donde por primera vez a los seguidores del Hijo de Dios se les llamó "cristianos".

Él había hecho que uno de los *episkopos* de *Antioquia* muriera mártir en el Circo de Roma, devorado por las fieras. Y, mientras lo llevaban custodiado desde *Antioquía* a Roma, escribió, supuestamente, varias Cartas. Cada Carta tenía un Original y, luego, había sido interpolada por el propio autor, Eusebio.

De la que más satisfecho se sentía era de la Carta que inventó dirigida a Policarpo, el supuesto obispo de otra ciudad importante, *Esmirna* sobre el *Meandro*. La dotó de una estructura muy cerrada.

Original de la Carta de Ignacio a Policarpo.

Traducción que conserva la estructura.

Ignacio, 1
Obispo antioqueno, 2 3
y también testigo de Cristo, 5 8
a-Policarpo, 1 9
Obispo de Esmirna, 3 12 = 3(3)->5
especialmente protegido por Dios Padre, 5 17 = -
y por Jesucristo, 3 20 = 2(5)->6
gozosos saludos. 2 22 = 4(4)->7

1. **Sé prudente, 2 24 = 7**(3)->9
como serpiente, 2 26 = 5(4)->8
en todo, 2 28 = 1(7)->7
y sencillo, 2 30 = 4(5)->8
como paloma. 2 32 = -

2. **Con ello serás corporal, 4 36 = 1(8)->8**
y espiritual, 2 38 = 8(4)->11
para conseguir así lo manifestado ante ti. 7 45 = 1(9)->9
Sobre lo no-manifestado ruega, 4 49 = 4(7)->10
así lo percibirás, 3 52 = 3(8)->10
Y nada te-faltará 3 55 = 1(10)->10
y abundarás en virtudes. 4 59 = 8(4)->11

3. **Fortalécete, 1 60 = 4(8)->11**
como atleta divino. 3 63 = 3(9)->11
Como meta la-Felicidad, 3 66 = 1(11)->11
con vida eterna, 3 69 = 9(6)->14
en la que ya esperas. 5 74 = 17(4)->20

4. **Mantente firme, 2 76 = 6(8)->13**
como yunque golpeado. 3 79 = -
Gran atleta es, 3 82 = 19(4)->22
quien despellejado, 2 84 = 7(8)->14
logra vencer. 2 86 = 20(4)->23

5. **Conviértete en más diligente aún. 5 91 = 1(13)->13**
Observa los tiempos. 3 94 = 22(4)->25
Aguarda al Ser Eterno, 4 98 = 11(7)->17
al Atemporal, 2 100 = 9(8)->16
al Invisible, 2 102 = 3(12)->14
visible en carne, 3 105 = 1(14)->14
al Impalpable, 2 107 = -
al Impasible, 2 109 = 8(9)->16
hecho pasible por nosotros, 4 113 = -
al que todo lo sufrió por nosotros. 7 120 = 1(15)->15

6. **Adiós en Cristo. 3 123 = 18(6)->23**

Y una vez compuesto el Original, procedió a interpolarlo. Inmediatamente después del saludo inicial comenzó la parte interpolada de la Carta. En ella colocó una única firma, que se iniciaba en el apartado 1 y finalizaba en el apartado 8. La firma era del tipo cierre, con las letras

de “**S-I-M-O-N**” en posiciones **1-1-3-2-1**. En la numeración que le dio Eusebio cada párrafo contenía una letra de la firma.

Firma de Simón en la Carta de Ignacio a Policarpo.

Traducción que conserva la firma.

... **gozosos saludos.**

1.1. Alabando tu conocimiento de nuestro Dios,
asentado como sobre roca inconmovible,
agradecería, poder ver tu rostro sin tacha, aunque sea ante Dios.

Por caridad te ped**Í**,

la que hay en t**i**,

que sigas adelante tu carrera, y a todos animes, y se salven as**Í**.

2. Haz honor al puesto que ocupas con toda diligencia de cuerpo y espíritu.
Preocúpate de la unidad, a la que nada supera.

Sobrelleva a todos, como a ti te sobrelleva Dio**S**.

“A todos sostén en el amor”, como ya hace**S**.

Dedícate incesantemente a tus oracione**S**.

Pide más comprensión de la que tiene**S**.

Vela con el espíritu ajeno a los sueño**S**.
Habla de Dios a los hombres en su lenguaje.

Como un perfecto atleta sobrelleva sus enfermedade**S**.

Donde hay mucho trabajo, mayores son las ganancia**S**.

....

....

8.1. Puesto que no a todas las iglesias pude escribir,

ya que de *Tróade* hacia *Neápolis* partimos sin dilación,
como la voluntad divina ordenó, escribe tú a las demás iglesias,
poseedor del sentir de Dios, para que también ellas hagan lo mismo,
que las que puedan envíen mensajeros,

las demás envíen cartas con los correos de tu designación,

para que te honres con gloria eterna, como merece tu condición.

2. Saludo a todos los condiscípulos, a Epitropo y a todos los hijos de su casa.

Saludos a Atalo tan cercano a mi corazón.
Saludos a quien sea elegido para ir a Siria. Le acompañará por siempre

nuestra oración,

y también a-su-director,

Policarpos.

3. Os saludo por siempre con nuestro Dios Jesús Cristo, amén.
Permaneced en unidad con él bajo su vigilancia.

Saludos a-Alken, al-que quiero por demás.
Guardaos en el-Señor. (1)

Con esta firma y con las que colocó en las demás Cartas, Eusebio esperaba que quedara claro que toda la historia del mártir Ignacio, obispo de *Antioquía*, era un invento, y que el tal jamás había existido, como tampoco su amigo Policarpo, supuesto obispo de *Ermirna*. ¿Cómo iba a haber mártires en *Antioquia* de Siria en tiempos de Trajano, que fue el que habría ordenado tal condena, si en aquella época ni el Cristianismo, ni Lactancio, su inventor, habían nacido?

(1) El texto griego de la Carta con esta firma, en el “Anexo 23. Ignacio”.

Capítulo 170
Tras la derrota.

Año 323

Licinio estaba consternado. Su ejército, derrotado. Y no sólo derrotado. Sus Legiones habían roto la formación, y huido ante el enemigo. Tal comportamiento significaba la mayor deshonra posible, no sólo para las tropas, sino también para el comandante de las mismas, para el Augusto Licinio. Pero no era el momento de pensar en el pasado, sino de reaccionar, para hacer posible un futuro.

Para no tener que actuar luego precipitadamente, Licinio había advertido ya a su esposa, Constancia, del peligro que suponía quedarse en *Filipopolis*. Al principio, ella no lo entendía.

- "¿Que de nuevo mi hermano va a atacarnos? Pero eso no tiene sentido."

Licinio tenía que darle tiempo a asimilar la situación. Él había tenido siete años para hacerlo. Con voz calmada, respondió.

- "Amor mío, yo me temía que esto iba a suceder. No obstante, no he querido comentártelo hasta estar plenamente seguro, y ahora lo estoy. El ataque es inminente. Las tropas de tu hermano han atravesado la frontera y se dirigen hacia nosotros. Llegarán aquí en dos días, máximo, tres. Por eso te ruego que tomes al niño, lo imprescindible y te prepares a salir para *Bizantium*."

El tono de voz de su esposo convenció a Constancia de que éste decía la verdad, por difícil de creer que fuera. No preguntó nada más. De pronto, Constancia se dio cuenta de lo mucho que tenía que dejar atrás. Difícilmente había aceptado, siete años atrás, que su hermano se volviera contra su propio cuñado. Ella le había escrito una larga misiva, preguntándole el motivo por el que no respetaba los acuerdos que había hecho con él al momento de su boda, cosa que sabía por su esposo. No había llegado respuesta alguna.

Estos siete años de tranquilidad le habían convencido de que las diferencias, que seguía sin entender, entre su esposo y su hermano eran cosa del pasado. Y ahora, de pronto, se enteraba de que no era así. Esa

sensación de seguridad, de estabilidad, era lo que más le costaba dejar atrás. Su mente era un hervidero de ideas, a cual más confusas y absurdas. ¿Es que Constantino se había vuelto loco? ¿O era su marido quien le ocultaba algo horrible, sucedido entre ellos, que su hermano no podía perdonar y de ahí sus ataques?

En cuanto la situación se estabilizara y tuviera a su esposo a su lado y con tranquilidad, le rogaría firmemente que le contara todo lo que él supiera. Había algo, algo que ella desconocía, y que explicaba aquella aberración. Y Constancia quería saberlo, y necesitaba entenderlo. Todo sucedía en el seno de la familia. Y su madre le había enseñado que en la familia todo se puede solucionar.

Licinio, su esposo, no era tan confiado. Sabía que tenía que habérselas con una persona que no tenía palabra, que se servía del engaño para conseguir sus fines, que no respetaba nada, ni a sí mismo. Sabía que si cedía y apoyaba la religión nueva que sus asesores habían inventado, luego le pediría más, como que la declarara obligatoria. Y le habían indicado sus consejeros que el Augusto no debía entrar en un terreno privado, el de la libertad de cultos, uno de los grandes logros de Roma. Y añadieron que la religión nueva del Augusto de Occidente era una religión al gusto del pueblo, simple, ignorante y amigo de lo mágico. Una religión elemental, hecha con retazos de aquí y de allá, inferior a otras doctrinas que se enseñaban en el Imperio desde hacía centurias.

Licinio no quería pasar a la Historia como el Augusto que, por debilidad, volvió a resucitar las malas prácticas de los tiranos de antaño, que imponían su voluntad arbitraria a todos sus súbditos. Aunque esa actitud le pudiera costar la púrpura.

Había vivido muchos años en la tranquilidad de su hogar, con su concubina y sus hijos, sin ejercer el mando sino con sus legionarios. Sabría volver a eso, y aun a menos, a la vida privada, si era preciso. Tenía a su esposa, Constancia, y a su pequeño Liciniano. Había sido moderado en sus gastos, cuando fue Augusto, y tenía de qué vivir para el resto de su vida. No tenía qué perder y no renunciaría a sus propios principios. Él no era como su cuñado.

Pero ahora debía pensar en cómo hacer frente a su cuñado Constantino. Sus hombres habían huido por la calzada que llevaba a *Bizantium*. Se haría fuerte en *Bizantium*. Reuniría al resto de sus tropas y vería la mejor manera de aprovechar su conocimiento del terreno. Ahora

que la primera batalla en tierra se había perdido, era fundamental no perder el control del mar.

En cuanto Licinio llegó al Pretorio de *Bizantium*, rodeado de todos sus altos mandos, envió un mensaje a Abanto, el comandante en jefe de la flota, indicándole la importancia de derrotar a la flota enemiga, ahora que su cuartel general estaba en *Bizantium*. No podían perder la *Propontis*. Él tenía que defenderla fuera como fuese. Todo el futuro de Oriente dependía del dominio naval del *Ponto Euxino*.

Capítulo 171
Negociación naval.

Año 323

El Almirante Abanto ya había tenido noticias del descalabro de su Augusto ante el Augusto de Occidente horas antes de que le llegase el mensaje. Y en ese tiempo había reflexionado. Las circunstancias, adversas para su superior, le habían colocado en una posición clave. Tanto su superior, el Augusto Licinio, como su adversario, el Augusto Constantino, estaban pendientes del desenlace por mar. Si el Augusto Licinio necesitaba imperiosamente el dominio del mar, era evidente que también el Augusto Constantino estaría dispuesto a pagar un buen precio por ese mismo dominio. Y ese dominio, en estos momentos, estaba en sus manos. Él tenía la oportunidad de jugar esa baza.

El comandante de la flota de Oriente comprendió que si él cumplía con su deber y se enfrentaba a las naves de Constantino, podía vencer en la batalla, o podía ser derrotado. Si salía victorioso, iba a darse más tarde un nuevo encuentro, de nuevo en el campo de batalla, entre su Augusto y el de Occidente. Y él, personalmente, necesitaba que su Augusto se alzara con la victoria. De lo contrario, su victoria naval no serviría de nada, ya que el Augusto Constantino se alzaría con el poder en el Oriente y su futuro sería una tumba anónima en algún lugar desconocido.

Si consideraba que su Augusto ya había sido derrotado por su contrincante al poder y que ahora, tras la derrota, contaría con menos efectivos para oponerse a su adversario, lo más seguro era que perdiera también la batalla definitiva. En cuyo caso su futuro era inexistente. Sería una insensatez por su parte apostar por una doble victoria, suya y de su Augusto, contra alguien que tenía fama de vencer en cuantas confrontaciones había intervenido. La habían llegado noticias, que podrían calificarse de rumores, de que era el César de Occidente, hijo del Augusto Máximo, Crispo, quien estaba al mando de la flota enemiga. Tendría que negociar con él. Era lo sensato.

Cuando Crispo llegó a *Sirmium*, tuvo una entrevista con su padre. Estuvieron presentes varios generales de su Estado Mayor. Su padre tenía sobre la mesa un gigantesco mapa de toda la antigua Prefectura de la *Iliria*, desde las dos *Moesias* y la *Panonia*, al Oeste, hasta la *Tracia*, al Este. Desde la lejana *Escitia*, al Nordeste, hasta la *Hélade* (Grecia) al Suroeste. Sobre el mapa estaban señaladas, con pequeños tacos de madera coloreados, las fuerzas propias y las de Licinio. Los barcos propios estaban diseminados entre el puerto de *Tesalónica* y cuatro puertos más, situados en los alrededores de *Tesalónica*. Los barcos enemigos estaban fondeados en varios puertos del *Helesponto* y la *Propontis*.

Su padre le había explicado su plan, gestado a lo largo de siete años de preparación. Sería un ataque combinado. Él, con las Legiones, por tierra, y él, Crispo, por mar. Para eso se había instruido en las lejanas *Galias*. Su padre necesitaba el control del mar. Por eso le había confiado el mando de toda la flota. No quería sorpresas. El Almirante Abanto, viejo lobo de mar, tenía tantas naves como las propias. Y una gran experiencia en el mar. Pero su hijo, Crispo, era más joven, más inteligente y estaba mejor preparado. Por tanto, debía vencerle. Y a eso había venido desde la frontera con la *Germania*.

Crispo no estaba seguro de si el discurso de su padre estaba dirigido a él, o a sus generales de Estado Mayor, porque al hablar no miraba ni a uno, ni a otros. Pero le quedó claro lo que su padre esperaba de él.

A él sólo le quedaba satisfacerle, como siempre había hecho. Se había traído de las *Galias* tres colaboradores directos, todos ellos oficiales de la flota del Norte, con gran experiencia. Había elegido a los más veteranos. Su padre había aprobado esta medida.

- "Tienes carta blanca, hijo. Pon en práctica lo que sé que has aprendido allá en la Bélgica, y tráeme la cabeza de Abanto."

"Cuenta con ello, padre", había sido su respuesta.

Y había salido con destino a *Tesalónica*. Se quedó impresionado del tamaño que había tomado el puerto. Se notaba la ampliación hecha por su padre, que había cuadruplicado la capacidad del viejo puerto. La ampliación se distinguía por los almacenes y tinglados anexos, todos ellos nuevos, recién estrenados.

Se reunió con los mandos de la flota. Crispo ya traía preparada la táctica que iba a seguir, de acuerdo con lo que le había enseñado Tuscus. Éste le había prevenido, sobre todo, contra la aglomeración de naves en un

paso estrecho. Era casi imposible alzarse con la victoria en tales condiciones. Lo más frecuente era que quedaran dañados aproximadamente tantos barcos de una flota como de la otra. En ensenadas estrechas había que actuar con flotillas. Y eso fue lo que dispuso Crispo.

Todas las naves de la flota llevarían un doble distintivo, paños blancos en ambos costados, junto a la proa, y paños verdes en los costados de popa. De ese modo se sabría qué naves eran propias y cuáles enemigas. Estos distintivos se mantendrían ocultos hasta el momento de hacerse a la mar.

Crispo dividió la flota en flotillas de seis barcos, tres de mayor dimensión y tres menores. Cada flotilla actuaría junto al resto de naves de la misma y debía considerarse una unidad de combate. Cada flotilla tendría un comandante, que fue nombrado por el anterior comandante de la flota. Dos flotillas fueron puestas al mando de dos de los colaboradores de Crispo. El tercero, le acompañaría para llevar, junto con él, el mando conjunto de la flota.

Todas las órdenes se darían a los comandantes de las flotillas. Crispo sabía que contaba con la plena colaboración de todos los comandantes. Se hicieron algunas salidas al extremo Sur de la península *Calcídica*, donde las condiciones eran algo similares a las que se darían en el *Helesponto*. Y poco después llegó la noticia del triunfo de las fuerzas de Constantino en la batalla de *Adrianópolis*. El júbilo de toda la base naval de *Tesalónica* fue inmenso. Y fue al día siguiente cuando llegó un tribuno, con una carta para el Cesar Crispo, de parte del Almirante Abanto.

La carta decía así:

"*De Abanto, Almirante de la flota de Oriente, al César Crispo. Salud.*

Sé del triunfo, en Adrianopolis, de vuestro padre, perdiéndose, en la batalla, más de dos Legiones. Me pregunto si debemos nosotros destrozar una flota, bien la de Oriente, o bien la de Occidente. Discutámoslo ambos en terreno neutral. Dad la respuesta al mensajero."

Crispo no lo pensó dos veces. Ordenó a su secretario que escribiera la respuesta en estos términos:

"*De Crispo, hijo de Constantino, Augusto Máximo, a Abanto. Salud.*

Me parece bien entrevistarnos ambos. Hay un promontorio en el centro de Tasus. Dos naves, sin soldados, sólo remeros, mañana al mediodía. Intentemos salvar ambas flotas."

Crispo no podía avisar a su padre de lo que estaba pasando. Pero tenía claro lo que su padre quería, el dominio del mar. Y parecía que el enemigo estaba dispuesto a cedérselo. Sería cuestión de discutir el precio.

Al día siguiente, una nave de las de mayores dimensiones llevó a Crispo a la isla de *Tasus*, sobre la frontera entre la *Tracia*, en poder de Licinio, y la *Macedonia*, controlada por su padre. Cuando bordearon la isla, vieron otra nave, sin duda la de Abanto, fondeada en la costa Este de la isla. Echaron el ancla a unas doscientas brazas de la otra nave y botaron una barca, para llevar a tierra a Crispo. El capitán de la nave y varios remeros se prestaron a acompañarle. Lo hicieron hasta que vieron, en lo alto de la colina, a un hombre solo. Era, sin duda, Abanto. Crispo llevaba sus armas. Despachó a sus hombres y se acercó lentamente hasta el viejo marino. Éste avanzó hacia él sonriente. Estaba claro que tenía ganas de un entendimiento. No sería Crispo quien se lo negara. Crispo habló primero.

- "Sois Abanto, supongo."

- "Así es, *Dómine*. Y vos el César Crispo."

El título que había empleado ya daba a entender cierto grado de sometimiento.

- "Lo soy. Iré directo al tema. Decidme qué pedís a cambio de vuestra pasividad. Porque entiendo que eso es lo que me estáis ofreciendo."

El rostro de Abanto expresó cierta contrariedad. Pensaba jugar sus bazas más despacio, tratando de realzar lo mucho que ofrecía y lo mucho que ello valía. La rapidez de su interlocutor no le dejaba vender bien su mercancía.

- "Os ofrezco más que eso. Os ofrezco una doble victoria. Una por mar, donde os haréis dueño de la *Propontis* y del *Ponto Euxino*, y la que resultará en tierra como consecuencia del dominio de los mares. Pienso que ambas cosas bien valen dos millones de sestercios, aparte de mantenerme en mi puesto cuando alcancéis vuestros objetivos."

Crispo no quería comprometer esa suma, ni ninguna otra, sin contar con la aprobación de su padre. Por ello, contestó.

- "Os puedo garantizar que conservaréis vuestro puesto y que recibiréis una generosa indemnización por pasaros a nuestro bando, todo ello después de la victoria definitiva. Os puedo garantizar que vuestro sueldo será duplicado mientras estéis al mando de la flota de Oriente. Pero la cuantía de la indemnización deberá asignarla mi padre. Os puedo garantizar que le hablaré elogiosamente de vos. Eso es todo lo que puedo ofreceros. Debéis tomarlo o dejarlo, y hacerlo ahora, porque no voy a regatear con vos, ni caben demoras."

Abanto estaba dispuesto a aceptar lo que el comandante enemigo le ofreciera. Y lo que el César le había expuesto era más de lo que esperaba conseguir. Avanzó dos pasos, se arrodilló ante Crispo y, mirando al suelo, le dijo:

- "*Dómine*, en adelante soy vuestro leal servidor."

Crispo le agarró de los hombros.

- "Levantaos. Debemos ir a mi barco y luego, con mis comandantes, hablaremos de cómo instrumentar vuestro cambio de fidelidad."

Abanto respondió:

- "Lo que digáis, *Dómine*."

Ya en *Tesalónica*, con el barco de Abanto fondeado a la salida del puerto, y éste esperando en una sala contigua, Crispo habló a solas con sus comandantes.

Todos estuvieron de acuerdo en que la mejor manera de no despertar el recelo del Augusto de Oriente, era mandar la flota de Abanto a la *Tesalia*, y que, fondeada en el *Sinus Pegasaeus* (Golfo de Volos), aguardara el final de la contienda. En ese momento, una nave bajaría de *Tesalónica* con instrucciones.

Abanto aceptó. Él, acompañado de media docena de oficiales designados por Crispo, volvería con los suyos. Respondía con su cabeza de las vidas de los oficiales de escolta.

Todo sucedió como Abanto había expuesto. Tuvo que dar una arenga a sus comandantes, para que éstos aceptaran el pacto hecho por su superior. Abanto les dio la posibilidad de partir, con las naves que estuvieran bajo su mando, y mantener su lealtad al Augusto Licinio. Pero nadie aceptó tal ofrecimiento. Las razones expuestas por Abanto en su arenga les habían sacado de dudas.

A esto se redujo la batalla del *Helesponto*, "ganada" por el César Crispo al Almirante Abanto, a pesar de contar con menos naves.

Nota del Autor.

En ninguna de las fuentes consultadas, ni antiguas ni modernas, se da la fecha de tal batalla, ni una descripción fiable de la misma, ni las bajas habidas en naves, ni en combatientes. Todo parece indicar que estamos ante una leyenda más forjada a mayor gloria de Constantino el Grande.

Capítulo 172
Petición de clemencia.

Año 323

En su nuevo Palacio de *Adrianópolis*, Constantino pensaba que por fin sus planes se iban a hacer realidad. Licinio acababa de ser vencido y su ejército se había dado a la fuga, ante el empuje de sus legionarios, curtidos - muchos de ellos - en mil batallas contra los *Germanos*. Él sabía la importancia que tenía la moral de victoria en un ejército. Y sabía que el suyo tenía una excelente moral. Pero lo que ahora importaba no era eso, sino el estado anímico de las tropas de Licinio.

Y éste era deplorable. La victoria no la habían conseguido sus soldados. Ni la había logrado él. La victoria había sido posible gracias a la fama que le precedía. Era esa fama, que muchos soldados enemigos atribuían a poderes sobrenaturales, el artífice de una victoria sin apenas bajas. Y lo más importante era que ahora, con un enemigo en esas condiciones, la siguiente batalla, si se daba pronto, podría ser más rotunda aún y lograrse con menos bajas entre sus filas.

Porque los soldados que intervinieran en ella tenían ya el recuerdo de la derrota sufrida a manos de los mismos enemigos. E, indefectiblemente, iban a sentir el miedo apoderarse de sus cuerpos cuando vieran avanzar a los mismos guerreros frente a ellos. Por eso era importante que la siguiente batalla fuera cuanto antes. Crispo debía darle el control sobre las aguas que rodeaban a la *Tracia* lo antes posible.

No iba a salir en persecución de Licinio. Tenía que darle al menos una semana o dos para reagrupar a sus tropas y hacerse fuerte en algún lugar de la *Tracia* o la *Bitinia*. En las actuales circunstancias el paso siguiente era que llegaran buenas noticias de su hijo. O la cabeza de Abanto.

Se tuvo que ocupar en asentar a sus Legiones, acuartelándolas en ciudades de la calzada que venía de *Filipopolis*, residencia imperial, que había atravesado en su marcha de conquista, llegaba a *Adrianópolis* y conducía finalmente a *Bizantium*. Licinio sólo podía refugiarse en

Bizantium o tenía que cruzar a *Bitinia*, en el Asia. Ya le informarían sus exploradores.

Pasó apenas una semana desde la batalla de *Adrianópolis* y le llegó aviso de que Crispo llegaba a *Adrianópolis* a hablar con él. En un primer momento se extrañó, porque su hijo debiera estar en *Tesalónica*, con sus mandos, o embarcado, ocupándose de dar buena cuenta de la flota de Licinio. Algo importante debía ser cuando Crispo venía en persona, sin haberle él llamado. Y así era. Crispo entró con paso decidido en el despacho donde le esperaba su padre.

- "Padre, os traigo buenas noticias. Os lo diré en pocas palabras. Abanto nos ha entregado la flota de Licinio. Ni en el *Helesponto*, ni en la *Propóntide*, ni en el *Ponto Euxino* hay ya naves de Licinio. Todas están fondeadas en la inmensa rada del *Sinus Pegasaeus*, en la *Farsalia*. Cuando la guerra termine, pasarán a ser parte de nuestra flota."

Crispo se quedó callado, observando el rostro de su padre, para ver su reacción. Su padre tardó en comprender la magnitud de la noticia que le traía. Cuando lo hizo, su rostro expresó una enorme sorpresa.

- "¿Quieres decir que se ha rendido, sin combate?"

- "Es otra forma de decirlo, pero así es, padre."

Constantino no sabía qué decir. El tema naval se había resuelto mucho más rápidamente y con menos costo de lo previsto. Y eso se lo debía a su hijo.

- "Te felicito, hijo. Ha sido muy buena noticia, en efecto. No me lo esperaba."

Crispo hubiera esperado un abrazo de su padre, una demostración de entusiasmo, de euforia, pero tuvo que conformarse con la felicitación recibida. Quería aprovechar la ocasión para interceder de alguna manera en favor de Licinio, al menos por su vida.

- "Padre, hay algo de lo que me gustaría comentaros."

El rostro de su padre se ensombreció. Y su tono de voz también cambió, cuando dijo:

- "Tú dirás."

- "Es sobre Licinio. No dudo que le vais a derrotar. Por eso precisamente quería pediros que no le guardéis animadversión. Él lo único que hace es defender su Prefectura. Vos harías lo mismo, si él os atacara."

- "¿Y qué significa para ti "no guardarle animadversión", como dices?"

Crispo tenía ya pensada la respuesta.

- "Que, cuando le venzáis, respetéis su vida, padre. Su vida, la de su esposa y la de su hijo. Que respetéis sus vidas."

Constantino acentuó su disgusto al responder:

- "¿Acaso me crees capaz de quitar la vida a mi hermana Constancia?"

- "No, padre, de ninguna manera. No es eso. Pero me gustaría saber que os disponéis a perdonar la vida a vuestro cuñado, el esposo de Constancia, cuando le derrotéis, porque es seguro que le vais a derrotar."

- "¿Tanto te importa la vida de ese hombre?"

- "Me importa, padre, la vida de Constancia. Porque su vida no será la misma si tiene a su marido a su lado, que si no lo tiene. Me importa Constancia. Sobre todo y por encima de todo, me importa Constancia."

Crispo había cambiado el tono de voz y había puesto énfasis en la última frase. Aquello no pasó desapercibido a su padre. Constantino se quedó callado. Le molestaba que su hijo se inmiscuyera en sus asuntos, asuntos de Estado, que sólo a él competían. Tenía pensado un argumento para exponérselo cuando fuera necesario. Y ahora lo era.

- "No te comprendo, hijo, no te comprendo. Me parecía que esta ampliación que estoy procurando iba a satisfacerte. A poco que pienses te darás cuenta de que tú llevas a tus hermanos veinte años de diferencia. Para cuando ellos puedan llevar una Prefectura deberán pasar al menos veinte años. Durante esos veinte años vas a tener el mando de medio Imperio y yo del otro medio.

Para ti quedará el Occidente, mientras yo me dedicaré al Oriente. Cuando pasen esos veinte años, tú serás el Augusto Máximo y tendrás a tus hermanos y a tu propio hijo, Claudio, para nombrarlos Césares y que te sustituyan cuando tú decidas. No comprendo a qué vienen ahora esas quejas y esas preocupaciones. Deberías estarme agradecido por lo que estoy haciendo, en vez de estarme exigiendo sobre lo que debo y no debo hacer."

Crispo reflexionó antes de responder. Se dio cuenta de que su padre había desviado la conversación y no se había pronunciado sobre su petición de clemencia para Licinio. Y no estaba dispuesto a dejar ese tema sin definir.

- "Yo os estoy agradecido, padre, por todo lo que habéis hecho por mí, claro que lo estoy. Pero no especialmente porque queráis conquistar el

territorio de Licinio. No sé los motivos que os guían, pero entre ellos no está mi deseo de tener más Prefecturas sobre las que tener autoridad, eso os lo aseguro."

Constantino interpretó que su hijo estaba enjuiciando la decisión de atacar a su cuñado. Y eso le enfadó. Respondió, airado:

- "¿Y quién eres tú para poner en tela de juicio una de mis decisiones? ¿Acaso te crees con más autoridad que tu Augusto para contradecirme?"

Crispo sostuvo la mirada airada de su padre, y sin ira, casi en voz baja, respondió:

- "Soy vuestro hijo, padre. El que os acaba de traer la noticia de que la flota de Licinio ha sido derrotada sin sacar la nuestra del puerto de *Tesalónica*."

Su padre tenía algo menos de ira cuando respondió:

- "Eso no te da derecho a pedirme cuentas de mis actos."

- "No os estoy pidiendo cuentas, padre. No os he pedido eso, sino que me digáis si tendréis misericordia con el esposo de vuestra hermana Constancia, a la que vos mismo comprometisteis con él en *Medialanum*, hace ahora diez años. Ésa ha sido mi petición, ninguna otra."

Constantino se revolvió como un león enjaulado. Aún con voz agria, respondió:

- "Me lo ha parecido, y no te lo consentiría."

Se estableció un silencio, largo y molesto. Crispo esperaba algo más. Como su padre no parecía dispuesto a seguir, añadió:

- "¿Entonces, debo entender que no haréis daño al esposo de Constancia, padre?"

Constantino, de mala gana, dijo por fin:

- "Está bien, está bien, respetaré su vida, si eso es lo que te preocupa."

Crispo ya se sentía satisfecho. Debía despedirse.

- "Gracias, padre, os lo agradezco."

Hizo una reverencia a su padre, dio media vuelta y salió del despacho.

Capítulo 173

La batalla de Crisópolis.

Año 323

La noticia de la traición de Abanto llegó al Augusto Licinio, casi al mismo tiempo que al Augusto Constantino. Licinio comprendió de inmediato que no podía mantener su posición en *Bizantium*. La flota de su enemigo subiría por el *Helesponto* (estrecho de los Dardanelos) y le cerraría el paso al *Asia Menor*. Debía pasar con todas sus tropas a *Bitinia*, la zona de *Asia* limítrofe con *Bizantium*. Habían quedado algunas naves en el *Ponto Euxino* (Mar Negro) que no habían recibido las consignas de rendición de Abanto. Con ellas se hizo el paso de los soldados. El paso de los 40.000 hombres llevó tres días, y ello porque la flota de Constantino no había llegado todavía a *Bizantium*.

Licinio había hecho que su esposa y su hijo pasaran en primer lugar. Y los envió, con fuerte escolta, a *Nicomedia*, la que había sido residencia imperial del Augusto Diocleciano. Él se quedaría en *Bitinia*, reorganizando su ejército. No todo estaba perdido aún. En la batalla de *Adrianópolis* había perdido 10.000 soldados, pero le quedaban alrededor de 40.000. Con ellos podría oponerse a Constantino en cuanto desembarcara éste en *Asia Menor*.

Fijó su cuartel general en *Calcedon*, ciudad fortificada situada enfrente de *Bizantium*. Iba a defender cada palmo de *Asia Menor* con todas sus energías. De haber contado con su flota, hubiera podido impedir el desembarco de su cuñado en *Asia*. Al no ser así, tenía que dejarle desembarcar y entablar batalla con él al Norte de *Calcedon*, en la llanura de *Crisópolis*. Por encima de *Crisópolis* estaba *Nicopolis*, en medio del Bósforo. Pero a partir de *Nicopolis* unas colinas abruptas descendían casi hasta la costa, por lo que el lugar más idóneo para la batalla era la llanura de *Crisópolis*.

Por su parte, Constantino estuvo reunido en el Pretorio de *Bizantium* con sus genérales y con su hijo Crispo, para elegir el mejor lugar para desembarcar a sus tropas. Tenían el dominio del mar, pero aún así el Augusto no quería tener contratiempos. Sabía que su cuñado se había

hecho fuerte en *Calcedon*, lo que significaba que tendría que desembarcar más al Norte y luego descender por la costa, hasta llegar a *Crisópolis*, que sería con toda seguridad el campo de batalla.

Sus generales aconsejaban desembarcar en *Rheba* (Riva), una pequeña aldea al Norte del estrecho del Bósforo. Pero Constantino eligió el promontorio *Melaena*, también llamado "Promontorio Sagrado", situado un poco más al Este de *Rheba*. Su objetivo era la seguridad en el desembarco. Recordaba que los Persas habían perdido la batalla de Maratón en un desembarco. Realmente, había sido en el momento del embarque, pero tanto daba. Ese momento, el de subir o bajar los soldados de una nave, era un momento de debilidad para un ejército. Y Constantino no quería dar ninguna opción a su cuñado.

Constantino dejó transcurrir el mes de Agosto sin hacer mención de comenzar el desembarco. Quería evitar el periodo más caluroso del verano. Los soldados que traía de las *Galias* no estaban acostumbrados al clima mediterráneo y pelear con un calor excesivo podía mermar sus fuerzas. Por otra parte quería dejar a su enemigo que reuniera el mayor ejército posible. Estaba seguro de vencerle y cuantos menos soldados le quedaran a Licinio dispersos por *Asia Menor*, tanto mejor. Finalmente, el primer día de Septiembre ordenó el inicio del desembarco.

Contaban con todos los barcos de carga necesarios, pero aún así les llevó casi una semana pasar la tropa y el material a la otra orilla. Se estableció una hilera de barcos que cargaban en los muelles de *Bizantium*, bordeaban el estrecho por la ribera derecha y desembarcaban su carga al Norte del estrecho, en el *Ponto Euxino* (Mar Negro). Ya vacíos, volvían por la ribera izquierda, hasta llegar de nuevo a *Bizantium*.

Constantino sabía que sus movimientos eran conocidos por su enemigo. Precisamente por eso se concedió semana y media para preparar el orden de batalla antes de iniciar la marcha hacia el Sur, bordeando la costa. Sabía que esa espera inquietaba al contrario. Dispuso que todos los barcos de la flota estuvieran anclados a lo largo del estrecho. Eso aumentaría la moral de sus hombres. Había hecho que se corriera la orden de que no habría prisioneros. Eso también contribuía a elevar la moral de una tropa.

Igual que hiciera en *Adrianópolis* – y como había ensayado con buen éxito en el sitio de Verona – todos sus hombres llevaban un par de tiras de color verde en las hombreras. Eso les permitiría distinguir a los

enemigos. Luchando con bárbaros no hacía falta, pero peleando contra soldados romanos, era necesario llevar un distintivo, sobre todo una vez terminado el combate, cuando había que rematar a los heridos.

Licinio supo de la marcha de Constantino hacia él y se dispuso a hacerle frente. El encuentro tuvo lugar el día 19 de septiembre. Estaba nublado al inicio de la mañana. Luego las nubes fueron desapareciendo y el sol lució de continuo, pero con escasa fuerza. Constantino y Licinio dispusieron sus hombres, una formación frente a la otra. Pero al poco, Constantino dio una orden con trompa y sus hombres pasaron a la formación de cuña. Todos sabían que ésa iba a ser la formación de combate.

La formación en cuña se adoptaba cuando el enemigo empezaba a dar señales de debilidad, en pleno combate. A continuación el bando que había formado en cuña comenzaba a avanzar, empujando al enemigo, débil ya, hacia atrás. Constantino, convencido de que su enemigo estaba en condición de debilidad desde el principio del combate, se disponía aplicar esa táctica. Licinio repitió la orden, para que sus hombres adoptaran la misma formación en cuña. Constantino dio al orden de avanzar a paso lento.

Había dispuesto a las *cohortes primas* en primera línea de combate. Estaba convencido de que sólo ellas entrarían en contacto con el enemigo. Todos los miembros de esas cohortes se sintieron orgullosos y dispuestos a hacer honor a la distinción que su Augusto les hacía.

Cada Legión contaba con diez cohortes, numeradas de la *prima* a la décima. Todas las cohortes constaban de 480 legionarios, menos la *cohorte prima* de cada Legión, que estaba constituida por 960 legionarios. Cada cohorte formaba en cuatro filas, una detrás de la otra, de 120 hombres de frente. La peor cohorte, la formada por los soldados menos hábiles en el combate, era la cohorte décima. Cuando había una baja en la cohorte nona, se hacía pasar a esa cohorte al legionario mejor considerado de la cohorte décima. Y la misma promoción se daba, de manera continua, en todas las demás cohortes. Eso hacía que pertenecer a la cohorte *prima* de una Legión fuera todo un honor. Honor que había costado años de esfuerzo conseguir, y al que los soldados que pertenecían a ella no estaban dispuestos a renunciar.

En la anterior batalla los soldados de Licinio había roto la formación y eso había hecho que éste perdiera la batalla con numerosa

bajas. Cuando la línea que combatía en primera fila se rompía y se daban a la huida frente al enemigo, se dirigían contra la segunda línea, que esperaba en formación (cuatro filas de 120 hombres, uno al lado del otro) a unos treinta metros de distancia. Les perseguía de cerca el enemigo, pero éste marchando ordenadamente, formado y armado.

La segunda fila no podía combatir contra el enemigo, que seguía avanzando, por tener en medio a sus compañeros huidos, que venían contra ellos. Éstos debían pasar por entre los suyos y eso no podía hacerse sin romper su formación. Por otra parte, el terror al enemigo de los que huían se contagiaba a parte de esa segunda línea. Y al huir éstos, los atemorizados, los demás quedaban con la formación rota, incapaces de hacer frente al enemigo. Luego también debían huir. El colapso se extendía a todo el ejército. Y eso suponía el principio del fin. La caballería enemiga daría buena cuenta de los huidos.

Ese hecho, la ruptura de la formación del ejército de Licinio, se dio en la batalla de *Adrianópolis*, y volvió a darse en la de *Crisópolis*. Con la particularidad de que en *Crisópolis* se dio antes, apenas comenzado el combate. La desbandada fue general y la caballería de Constantino se hartó de segar vidas de legionarios sin señales en las hombreras, hasta que sus caballos, agotados, no podían perseguir a más huidos, a bastante distancia ya del lugar de la batalla. Las bajas en esta batalla fueron del orden de la mitad de los soldados que entraron en liza, un total de unos 20.000 hombres.

Licinio estaba acabado. No tenía ninguna posibilidad. Así lo comprendió mientras, rodeado de sus mandos, cabizbajos y desolados todos ellos, marchaban, al paso de sus monturas, por la calzada que de *Calcedon* llevaba a *Nicomedia*, la *Vía Egnatia*.

Capítulo 174
Constancia embajadora.

Año 323

Crispo estuvo presente en la batalla de *Crisópolis*, pero siempre al lado de su padre. Según su padre, él ya había hecho su contribución a la victoria. Y ahora debía aprender a llevar una batalla en campo abierto. Lo cierto es que poco aprendió en *Crisópolis*, porque la batalla se resolvió en apenas media hora. Media hora después de iniciado el avance de las tropas de su padre, el enemigo corría a la desbandada por la amplia llanura al Norte de *Calcedon*, en dirección Este, hacia la capital, *Nicomedia*.

Pero sí pudo captar el ambiente previo a la batalla, los continuos mensajes que llegaban y partían hacia las alas, las consultas de última hora, el piafar de los caballos, el nerviosismo de unos y otros, menos de su padre. Su padre daba la impresión de estar asistiendo a una comida de gala, imperturbable, con una frialdad impropia del drama al que estaban a punto de asistir, donde con toda seguridad morirían miles de soldados.

Crispo sabía lo que sucede después de una batalla en los hospitales improvisados que tenía cada Legión. Los quejidos de éstos, los alaridos de quienes están siendo conducidos en una camilla, o curados sobre ella, con los escasos medios de que disponen los médicos en aquellos hospitales de campaña. Y cada vez que salía de uno de esos hospitales, daba gracias a los dioses porque él podía caminar sobre sus dos piernas y no estaba tumbado, a la espera de una dolorosa cura, o de una cruenta amputación.

Y ése era el privilegio sólo de los vencedores. Para los vencidos no habría hospitales de campaña, ni manos amigas que les transportasen a ellos. En su lugar, la punta de una lanza, o el filo de un *gladium*. Su padre había dado la orden de no hacer prisioneros. A Crispo eso le había parecido una barbaridad. Los soldados de Licinio eran romanos. Hacían falta legionarios para defender las fronteras, de eso él sabía bastante Y su padre también. No tenía sentido que se perdieran miles de vidas.

Licinio estaba acabado. No había podido vencer con todas sus tropas frescas, en *Adrianópolis*. No había podido mantener a su gente sobre el campo de batalla en *Crisópolis*. No podía ya intentar nada. No

comprendía el odio que su padre le profesaba, odio que transfería a sus soldados. Había muchas cosas de su padre que no comprendía.

Constancia se temía lo peor. No sabía de batallas, ni de ejércitos, ni de armas. Sólo tenía buena memoria. Su marido había perdido contra su hermano la primera batalla en la que se habían enfrentado, hacía ya siete años. En aquella ocasión, después de la derrota de su marido, le había preguntado la razón de que su hermano hubiera marchado contra él con su ejército, traído desde la frontera Norte de las *Galias*. Licinio había estado evasivo.

Cuando se dio, hacía pocos días, la invasión de Constantino de nuevo sobre el territorio de su esposo, había encontrado un momento para preguntarle directamente por el motivo que tenía Constantino para profesarle tal aversión. Licinio intentó de nuevo evitar la respuesta. Pero Constancia había insistido.

- "Si el futuro se tornara adverso, querido esposo, que los dioses no lo quieran, no sería imposible que yo tuviera que intervenir ante mi hermano. Suponed que quedáis malherido. Por eso debo saber el motivo de la continua reyerta abierta entre mi hermano y vos. Por favor os ruego, decidme lo que sepáis."

Licinio pareció aceptar, porque respondió:

- "No quisiera verme en esa situación, de que mi esposa tuviera que negociar en mi nombre y sobre mi persona. Pero nadie sabe lo que el destino nos tiene reservado. Por otra parte, lo absurdo de la motivación que encuentro en tu hermano sólo se debe a que él se niega a hablar claro conmigo. Siempre se ha negado, desde que nos conocimos, en mi viaje a *Mediolanum*, antes de nuestra boda."

- "Pero algo os habrá expuesto, o solicitado, algo a lo que os hayáis negado."

- "Cada Augusto tiene suficientes problemas en sus Prefecturas como para que nos creemos problemas el uno al otro. Y ambos somos autónomos en nuestro territorio para dirigirlo como mejor conviene al bien del Imperio y de sus ciudadanos.

Constantino no me ha pedido nada formalmente, mediante ningún documento fehaciente, según marca nuestro Derecho. Lo único que tuvimos en *Mediolanum* fueron unas conversaciones sobre un proyecto que me adelantó, en plan general, de que quería promover una nueva fe, en el

Imperio. Yo le pedí hablar con los promotores de esa idea y él se negó. Le pedí más detalles y se negó a dármelos. Al cabo de mucho tiempo me envió los textos sagrados de esa nueva creencia, que llama Cristianismo.

Los di a analizar a mis asesores sobre temas religiosos y me informaron de que el Cristianismo era una mezcla de enseñanzas que se habían dado en otras religiones, con algo de Conocimiento original, muy poco, y mucha milagrería, apariciones y resurrecciones de muertos, temas muy del gusto popular. Pero nada valioso como para poner el poder de un Augusto detrás, para implantarlo, ni, mucho menos, para imponerlo.

Por eso decliné su ofrecimiento de apoyar su aventura ideológica, en la que, en mi opinión, se ha metido sin apenas saber sobre el tema. Y ésta es la única ocasión en que no he coincidido con él. Pero eso me parece absurdo como motivo para iniciar una guerra civil, que eso es lo que está dándose ahora entre nosotros."

Constancia quedó pensativa. También a ella le parecía una insensatez adjudicar el ataque de su hermano a una discrepancia sobre creencias del pueblo. Y la conversación terminó con una extrema perplejidad, compartida ahora por los dos esposos.

Pero los temores de Constancia se habían hecho realidad. Licinio había vuelto del campo de batalla con la más absoluta de las decepciones grabada en el rostro. El aspecto que tenía al entrar en el Palacio imperial de *Nicomedia* no podía ser más penoso. Parecía haber envejecido diez años en sólo dos meses. Constancia sintió lástima por él, pero se guardó de decírselo. Le ayudó a quitarse la vestimenta militar y a ponerse cómodo. Le ayudó en el baño. Comprendió que debía guardar silencio y esperar a que fuera él quien hablara.

Al cabo de un tiempo, Licinio se decidió a hablar de la situación presente.

- "Por mucho que duela, es preciso hablar de mañana y del día siguiente, porque vendrán y debemos estar preparados. Y esta conversación me parece más acertado tenerla contigo que con mis generales. Constantino no aceptaría tratar con ninguno de ellos. Y presentarme yo ante él pudiera no ser la opción más acertada."

Era exactamente lo que Constancia esperaba oír. Dejó pasar un cierto tiempo, como si reflexionara sobre lo que iba a decir.

- "Me duele y me alegra que me digáis eso, esposo mío. Me duele, porque ésta es una situación adversa. Pero me alegra que decidáis confiar

en mí. Tal vez sería mejor proponerle que sea yo quien vaya a verle.

Si él se niega, y os reclama, el camino está allanado. Pero mi intuición de mujer me dice que él no desea una confrontación con vos. No es que os tema, pero, por alguna razón que se me escapa, os rehuye."

Licinio quería dejar algo claro.

- "Debe quedarte muy claro, Constancia, que tienes el cargo de embajadora, de Canciller. Pero sé consciente de que no puedes hablar en nombre del Augusto, tu esposo."

- "Eso siempre lo he tenido claro, esposo. Sólo se trata de aprovechar, en favor de ambos, mi posible ascendiente sobre mi hermano. Mi misión entiendo que consiste en tomar su mensaje y hacéroslo llegar. Y luego, vuestra respuesta, hacerla llegar a mi hermano."

Licinio quedó tranquilo. Estaba descubriendo en su esposa facetas que antes no le había mostrado. En primer lugar, que era una mujer decidida. Tenía una fortaleza que la vida compartida con él no le había dado ocasión de mostrar. Pensó en ello y decidió que él no era quien debía escribir el primer mensaje, ni hacer la primera exposición. Ese papel le correspondía al vencedor y éste era su cuñado. Lo que sí prepararon fue el mensaje que se mandaría a Constantino para iniciar las conversaciones. Decía así:

"De Constancia, hermana de Constantino, Augusto Máximo, a Constantino. Salud.

En las actuales circunstancias quisiera, si me lo permitís, entrevistarme con vos, para recibir vuestra intención de futuro. Buscando con ello hacerlo más fácil para todos. Cuidaos."

Cuando este mensaje llegó a poder de Constantino, éste se alegró de la iniciativa de su hermana. Le evitaba la enojosa tarea de entrevistarse con Licinio. No lo quería ver. No sabía explicar por qué - tampoco se había esforzado mucho por hacerlo - pero le repugnaba la idea de volver a verse con él. Tratando de entender el rechazo que sentía hacia él, se dijo que había estado a su altura por un período, pero que el tiempo había colocado a cada cual al nivel que le correspondía. Y él, Licinio, ya no estaba a su altura. Sólo era el esposo de su hermana. Y prefería tratar con Constancia. De modo que respondió:

"De Constantino, Augusto Máximo, a Constancia, mi querida hermana. Salud.

Me agradará, y muy sinceramente, preparar en nuestras conversaciones el futuro. Empecemos mañana."

Constancia observó, gozosa, que no se había equivocado. Licinio se alegró también de que su cuñado aceptara a Constancia como persona interpuesta. Con vestimenta apropiada - ni muy lujosa, ni muy corriente – al día siguiente se dirigió Constancia, en el carruaje imperial, hacia el Oeste. Su hermano estaba allí. Iba escoltada por una *turma* de caballería.

A pocas millas de *Nicomedia* se unieron a la comitiva tres *turmae* de la caballería de Constantino. Rodearon a la caravana y ésta prosiguió la marcha. Al llegar a la vista de las murallas de *Calcedon*, se tuvieron que abrir camino lentamente entre una considerable cantidad de soldados, jinetes y carros con todo tipo de cargamentos.

Finalmente, llegaron a la puerta del Pretorio de la plaza fuerte. Constantino, avisado, había salido a recibirla. Bajada del carruaje, Constancia se arrodilló ante su hermano, como mandaba el protocolo. Éste la levantó, agarrándola suavemente por los hombros.

- "Mi querida Constancia …"

Constancia se levantó y por un instante miró a Constantino a los ojos. Éste sonreía.

- "Han pasado muchas cosas en estos últimos años …"

Era una manera de dejar a su hermano llevar la iniciativa.

- "Vamos dentro y hablemos."

Pasaron al interior del Pretorio. Se sentaron en una gran sala, a ambos lados de una mesa. Constantino tomó la palabra.

- "En efecto, han pasado muchas cosas, algunas no gratas. Vuestro esposo me ha decepcionado; ésa para mí ha sido la más grave. Ésa es la causa de que estemos ahora aquí, en lo que antes fue su territorio."

Constancia no quería que la conversación se centrara ni en su esposo Licinio, ni en el pasado. Su cometido era preparar un futuro aceptable. Y volvió el tema de la conversación al futuro.

- "Mi esposo responderá de sus actos, pero yo no debo responder por él. Mi cometido es conocer vuestras intenciones de cara al futuro, hermano. Y transmitírselas a mi esposo con todo lo que me queráis indicar para él."

Constantino pareció reflexionar. Al cabo de un tiempo, dijo:

- “Vuestro esposo tuvo su oportunidad de colaborar conmigo, pero la rechazó. Ahora deberé ser yo quien tome las decisiones en todo el Imperio.”

Constancia siguió en la línea que se había marcado de hablar sólo del futuro.

- “Estoy convencida de que él tiene asumido tal hecho.”

- “En tal caso no debe haber problemas. Había pensado que él, con su familia, podría residir en un ala del Palacio imperial de *Tesalónica*. Estará sometido a una discreta custodia, que significa que podrá moverse libremente por la zona que le esté asignada, pero no podrá salir del Palacio, ni recibir visitas. Estas restricciones no os afectan a vos, evidentemente.”

- “Creo que esas disposiciones tendrán su aprobación, pero debo decírselas y volver con su respuesta.”

Constantino hizo un gesto con la cabeza, mientras respondía.

- “Comprendo, comprendo.”

Y se levantó. Constancia también lo hizo. Se dirigieron a la salida. Cuando estaban a punto de abrir la puerta, ella se volvió hacia su hermano.

- “Necesito que me juréis por todos los dioses que respetaréis su vida, hermano.”

Constantino se paró y su rostro reflejó la sorpresa que la petición le producía.

- “En ningún momento ha pasado por mi cabeza la idea de quitarle la vida.”

Ella respondió, con resolución:

- “Entonces no tendréis obstáculo para jurarlo ante mí.”

A ella le pareció que Constantino dudaba por un momento, pero, finalmente, levantó la mano derecha y dijo:

- “Juro por todos los dioses que respetaré la vida de mi cuñado Licinio y la de su familia.”

- “Os lo agradezco.”

Y entonces Constancia se arrodilló ante su hermano, como hiciera al principio. Esta vez se levantó sin su ayuda. Su carruaje y las dos escoltas esperaban en el mismo lugar al que llegaron. Constancia se dirigió a Constantino.

- “¿Os parece bien mañana a la misma hora?”

- “Me parece bien.”

Constancia hizo una reverencia a su hermano y subió al carruaje. Éste dio media vuelta en la plaza ante el Pretorio y se dirigió hacia la salida de la ciudad.

Aquello, pensó ella cuando el carruaje salió de la ciudad, no había sido una negociación; había sido una sentencia. Pero la sentencia había sido todo lo ligera que ella deseaba.

Libro 4

Ciclo de

Augusto Único

Capítulo 175
La visita.

Año 323

Crispo sabía que en breve tendría que partir para *Augusta Treverorum*. Pero no quería irse sin antes tener una larga charla con Constancia. Le pidió permiso a su padre para hacerlo.

- "No tengo ningún inconveniente en que te veas con Constancia, aunque sólo deberás verla una vez. Está en el Palacio de *Tesalonica*. Tendrás que ir allá. Con el que no puedes verte es con su esposo. Él está aislado. Le he perdonado la vida, pero no quiero darle ocasión a tramar algo contra mí."

- "Como os parezca, padre."

- "Será mejor que lleves un salvoconducto con mi firma. Aún no he definido su *status*. No sea que la guardia te ponga dificultades."

Y Constantino extendió un permiso para que su hijo, el César Crispo, pudiera entrevistarse en una sola ocasión con la esposa de Licinio, Constancia. Con dicho documento en su poder, Crispo partió para *Tesalónica*. Desde *Calcedon* le bastaba tomar la *Vía Egnatia* y en cuatro o cinco días alcanzaría *Tesalónica*, en la *Macedonia*, distante 370 millas. Le acompañaba su escolta.

Le costó cuatro días largos. Al mediodía del quinto día de viaje divisaba las murallas de *Tesalónica*. Quién le iba a decir, cuando preparaba la batalla naval en su puerto, que en breve se vería con Constancia en el mismo lugar. Esa tarde la dedicó a acomodarse. Lo hizo en el ala Norte del Palacio imperial. No se anunció. Lo haría, él personalmente, al día siguiente.

A la hora de tercia mandó a uno de sus oficiales con una corta misiva para Constancia.

"*De Crispo, César, a mi querida Constancia, esposa de Licinio. Salud.*

Puedo verte una vez. Sólo a ti, no a Licinio. Piénsalo. Prefiero sea hoy. Quema este mensaje."

Crispo era consciente de que, enviando un mensaje que Licinio podría leer y contestar, estaba vulnerando las normas de su padre. Por eso no quería dejar huellas. Estaba dando a Licinio una ocasión de comunicarse con él. Podía mandarle cualquier escrito a través de Constancia. Pero Licinio no lo hizo.

Su oficial le dijo que ella bajaría enseguida. Y así fue. Constancia se echó en sus brazos apenas salió de la puerta del Palacio. Cuando se desasieron, ella tenía lágrimas en los ojos.

- "No sabes lo feliz que me hace verte, Crispo. ¡Cómo me alegro de que hayas venido!"

- "Ya puedes imaginarte que no me iba a volver a las *Galias* sin verte …"

- "Lo pensé. Pensé que tal vez vendrías, pero no quería forjarme ilusiones y que luego no fuera así. ¿Qué tiempo tenemos?"

- "Todo el que queramos. Mi padre no me ha puesto restricciones en ese sentido. Podemos dar un gran paseo por las murallas y por el puerto, y luego sentarnos a comer en alguna *taberna* digna. Cuando nos hayamos aburrido de hablar, volvemos aquí."

Ella sonrió. La confianza que tenían cuando ambos vivían en *Augusta Treverorum* se recuperó desde el primer momento. Parecía como si no hubieran estado ocho años sin verse.

"Así son las amistades verdaderas", pensó Constancia.

Caminaron en silencio hacia las murallas del Norte, las que daban a tierra. Ambos se daban cuenta de que debían aprovechar la ocasión. No habría otra. Incluso escribirse sería problemático, dada la vigilancia que Constantino habría establecido sobre sus comunicaciones. Al cabo de un rato de paseo, Constancia dijo:

- "¿Por dónde empezamos?"

Crispo ya lo había previsto.

- "Vamos a explicarnos, el uno al otro, qué queremos saber, sobre qué temas tenemos interés en hablar. Y sabiendo lo que uno espera del otro, la conversación estará más aprovechada. Eso, si no tienes otra propuesta mejor."

- "Me parece bien lo que dices. Por mi parte tengo interés en conocer los motivos por los que tu padre ha atacado a mi esposo una y otra vez, hasta despojarle de todos sus territorios. Quisiera saber qué podemos esperar de tu padre, si cumplirá el juramento que me ha hecho. Quisiera

saber si podré volver alguna vez a casa de mi madre, a la tranquilidad del hogar que no sé si abandoné para bien ...”

Y Constancia no pudo seguir, porque la emoción le impedía hablar. Crispo guardó silencio, respetando el dolor de ella. Cuando dominó sus sentimientos, ella prosiguió.

- “Y también quiero saber de ti, he oído que te has desposado con una tal Elena. Todo lo que quieras contarme de tu vida, ahora que eres una persona importante.”

Crispo arrugó la frente, aunque ella no lo vio.

- “Yo quería preguntarte lo mismo, por qué motivo mi padre le hace la guerra a tu marido. Se lo he preguntado, pero no quiere ser franco conmigo. Yo también quiero saber de tu vida, qué tal esposo es Licinio, si eres feliz, que me hables de tu hijo, que ahora tendrá ya nueve años. Y lo que te parezca interesante sobre ti.”

Constancia sacó algo del bolsillo interior de su vestido. Lo abrió y se lo enseñó. Era un pequeñísimo retrato de un niño rubio. Sólo mostraba su rostro. A Crispo le pareció que tenía rasgos de Constancia.

- “Es muy guapo, y se parece a ti. ¿Qué dice tu esposo?”

Constancia rió.

- “Dice que se parece a él. Y yo tengo que darle la razón, es mi esposo ...”

Ambos rieron. Pero Constancia se puso seria de repente.

- “Debemos hablar de los temas ingratos, no sólo de los agradables.”

Y guardó el retrato.

- “Hace poco más de una semana tuve una entrevista con tu padre. Antes había hablado con mi esposo y le había preguntado eso mismo, por qué tu padre le atacaba una y otra vez. Él me confesó que en lo único en que le ha podido contrariar ha sido en no querer impulsar una religión nueva que tu padre quería que él divulgara en Oriente. Pero que eso no lo consideraba motivo para iniciar una guerra civil, como ha hecho tu padre. Y eso era lo que sabía hasta hace apenas unas semanas. Porque tu padre me ha hablado poco de ese asunto, pero me ha dado alguna pista más.”

Crispo estaba interesado.

- “Procura recordar las palabras de mi padre.”

- “Dijo que a mi esposo se le había pasado la oportunidad de colaborar con él. Que tuvo esa oportunidad, pero que la desaprovechó. Y la

única cosa que tu padre le pidió, según me dijo mi esposo, fue que accediera a implantar en sus Prefecturas el Cristianismo.

Luego deduzco que para tu padre era vital que se implantara el Cristianismo en todo el Imperio. Tanto que iría a la guerra si no lo lograba."

Crispo quedó pensativo. Él había cogido a su padre en un renuncio.

- "Te contaré algo que pasó entre mi padre y yo. Cuando hace siete años iba a salir contra tu esposo, me dijo que debía ausentarse de las *Galias* porque le habían llegado informaciones de que su cuñado, tu esposo, iba a atacarle. Y que él debía defender sus territorios. Salió de las *Galias* a finales de Marzo, al inicio de la campaña militar. Yo esperaba que llegara a la frontera con *Iliria* como máximo dos meses más tarde. Y que la batalla se diera en nuestro territorio, dentro de la Prefectura de Italia.

Más tarde me enteré de que la batalla se había dado en Octubre y había tenido lugar en *Cibalis*, cerca de *Sirmium*, la capital de tu esposo. Luego era evidente que fue mi padre quien atacó a su cuñado, no al revés, como él me había dicho. Me he preguntado muchas veces por qué me mintió, por qué no reconoció que era él quien iniciaba la guerra."

De pronto se hizo una luz en el cerebro de Crispo: Lactancio.

- "¡Espera! Acabo de recordar una idea que repetía mil veces mi antiguo preceptor, sobre la importancia de que el culto al Dios único se impusiera en todo el Imperio. Que si no se hacía iba a venir el fin del mundo sobre todo el Imperio. Y el Cristianismo es ese culto al Dios único. Lo que ha pasado es que Lactancio ha convencido a mi padre de sus temores y de su solución. Pero por alguna razón mi padre no se atreve a confesar en público esa motivación. Ni se lo dijo a tu esposo, Constancia, ni me lo dijo a mí. ¡Pero sigue haciendo caso a los vaticinios de Lactancio!"

Ambos callaron. Uniendo las piezas que tenían ambos habían reconstruido el cuadro de la situación actual y de lo que había llevado a ella. A Crispo se le ocurrió otra idea.

- "¿Crees tú, Constancia, que de haber sabido tu esposo con toda claridad que, o imponía el Cristianismo en sus Prefecturas, o entraba en guerra con mi padre, lo hubiera hecho?"

Constancia se tomó un tiempo para reflexionar. Al final tuvo que reconocer:

- “Estoy casi segura de que no. También me dijo que cada Augusto debe hacer lo que él cree que es mejor para el Imperio, y mi esposo está muy en contra de la nueva religión de tu padre. No hubiera servido de nada, creo.”

Crispo estaba aliviado.

- “Eso me tranquiliza. No me perdonaría que, por no haber reaccionado yo a tiempo, hubiera favorecido este absurdo.”

- “Mi querido Crispo, no te culpes. Al menos la información que me das me tranquiliza sobre mi segunda cuestión, si Constantino mantendrá el juramento que me hizo de respetar la vida de mi esposo.”

- “Háblame de ese juramento.”

- “Fue en el último momento de mi primera entrevista con él. Mi esposo me había dicho que cuando una reunión se va a terminar es cuando se dicen las cosas más importantes. Por eso dejé para el final mi petición. Le pedí que me jurara por todos los dioses que respetaría la vida de mi esposo. Y lo juró.

Ahora que sé que su motivación era expandir el Cristianismo y poder aplicarlo en todo el Imperio, para evitar el fin del mundo de que hablaba tu preceptor, no tengo motivos para temer por la vida de mi esposo. Como ya domina todas las Prefecturas, nada le impedirá hacer creer al Imperio en el Dios que se le antoje.”

Constancia decía estas palabras con un cierto aire de desprecio. Crispo no dijo nada. En modo alguno podía defender la actuación de su padre. Realmente, estaba avergonzado, pero tampoco quiso confiarle a Constancia esto último.

Para no quedarse en silencio demasiado tiempo, Crispo preguntó:

- “¿Cuál era el otro tema del que querías que hablásemos?”

- “De si podré alguna vez volver a mi casa, con mi madre y mis hermanos, y tener allí una vida tranquila, alejada del poder y de la guerra. Después de vivir más de diez años como esposa del Augusto de Oriente, tengo dudas de si alcanzar el puesto más alto del Imperio es una suerte o una desgracia. Y no lo digo por mí, sino por mi esposo. Le he visto tantos días preocupado, con el ceño fruncido - que es señal de que algo no va bien - que …

Cuando ahora se ha visto reducido a la vida privada, incluso sin poder salir de la que se ha convertido en su casa, no le he visto apesadumbrado. Al contrario, se pasa todo el día sin fruncir el ceño. Se

está dedicando a sus libros, que ha traído de *Sirmium* y de *Nicomedia*, a lo que tu padre no ha puesto ningún impedimento. Fue una de mis preguntas, la segunda vez que me reuní con él. Si podría dedicarse a sus libros. Ahora son una parte importante de su vida. Junto con su hijo y conmigo."

- "Me alegro. De ambas cosas, de que no esté pesaroso por abandonar el poder, y de que tenga la vida llena contigo, con el pequeño y con sus libros."

Crispo había sido comedido y había hablado de "abandonar el poder", que le pareció más suave que "verse despojado del poder", que era lo que había sucedido en realidad. Y añadió.

- "Sobre tu pregunta, me temo que no puedo responder, ni tengo indicio alguno para hacerlo. No sé lo que pensará mi padre dentro de unos años. De hecho no sé lo que piensa ni en este momento. Mi padre ... ¿cómo lo diría? .. se ha convertido en un enigma, se ha recubierto de una enorme capa de hielo, que no puedo penetrar, ni fundir.

He convivido, si bien muy poco, con él y su nueva esposa, Fausta, y me da la impresión de que a Fausta le pasa lo mismo. Mi padre es inasequible. Es como si se hubiera aislado de todo su mundo cercano."

- "A mí no me dio esa impresión cuando le vi esas dos veces. Me pareció incluso cercano."

- "Estaba trabajando. Te dio lo que él sabía que tú esperabas, pero para lograr sus fines. Claro que en este caso lo tenía ya todo conseguido."

- "Tal vez sea como dices, tú que le conoces mejor que yo. Y ahora que ya hemos hablado de mis cosas, háblame de ti, de tus amores, de tu esposa."

La voz de Constancia sonaba alegre. Crispo dudó si confiarle toda la historia de "sus amores", como ella había dicho. Pero, ya que los había mencionado, le hablaría de los dos. Para aligerar todavía más el ambiente, adoptó un aire dramático.

- "Constancia, tengo que confesarte un terrible secreto."

Pero no dijo más. Ella sonrió. No le creía en absoluto. Crispo prosiguió, con su voz normal.

- "Quedará más digno si te lo refiero tal y como sucedió."

Ella se puso seria. Algo había de verdad en lo del secreto.

- "Verás. Un buen día, cuando volvía de una inspección rutinaria sobre la frontera de la *Germania*, el comandante de puesto en el que residía me tenía reservada una sorpresa. Me había comprado una esclava,

una *Germana* rubia, esbelta, encantadora. Y no era para que me lavara los calzones, tenlo por seguro."

Ambos rieron. Crispo puso cara de inocencia.

- "El caso fue que me dejé ganar por sus encantos. No sabía ni un ápice de latín. Pero eso no fue obstáculo para que nos entendiéramos bien; en la cama, claro. Lo malo fue que me enamoré de ella, según me diagnosticó más tarde Eusebio. Y la tomé como mi concubina."

Cuando Crispo nombró a Eusebio, el rostro de Constancia se iluminó.

- "¡Eusebio! Me había olvidado de preguntarte por él. Pero luego me contarás. Sigue con tu primer amor, aunque sea con una concubina. ¿Tuvisteis hijos?"

- "No. Me opuse tajantemente. Si he de decirte la verdad, por cierto temor a mi padre. Desde lejos su sombra me sigue aún."

- "Es normal, era el Augusto Máximo. Y ahora, el Augusto Único."

Crispo siguió.

- "Pero mi padre no se limitó a impedirme, aun si saberlo, tener hijos con mi esclava *germana*. Hizo algo más. Me citó en *Sirmium*, después de hacerse con la *Panonia*, y lo preparó todo para desposarme con una joven de su elección, hija de uno de sus generales. Su nombre es Elena."

Constancia ya no reía, ni sonreía. Estaba seria.

- "Mi pobre Crispo ... ¿Y qué fue de tu amor *germano*?"

Fue Crispo el que ahora sonrió. Y respondió escuetamente:

- "Le hice un hijo."

Constancia soltó una carcajada.

- "¡Bien hecho!"

Crispo se sintió obligado a aclarar:

- "Ella me lo estaba pidiendo hacía mucho tiempo, pero yo siempre me negaba. Pero al volver de mi viaje a *Sirmium*, con mi esposa en el carruaje, comprendí que no podía negárselo por más tiempo. Al poco mi esposa se quedó también encinta. Y ahora tengo dos hijos: Claudio, mi heredero, y Crispo, mi pequeño bastardo, pero al que quiero tanto como al otro."

Constancia se animó.

- "Eso significa que no la has abandonado. Por cierto, ¿cómo se llama tu primer amor?"

Crispo tragó saliva antes de responder.

- “Yela. Se llama Yela.”

- “¿Y dónde vive ahora Yela, con vuestro hijo?”

- “Vivíamos en *Colonia Agrippina*, pero al venir aquí la dejé al cuidado de un amigo, en *Mogontiacum*.”

- “¿Y eres feliz, Crispo?”

Crispo se quedó pensativo por un momento. ¡Claro que era feliz! Pero ¿cómo se tomaría Constancia lo de sus dos amores? Decidió seguir siendo rabiosamente sincero con ella.

- “Inmensamente feliz, Constancia.”

- “Eso significa que has hecho lo correcto.”

Se hizo un silencio entre ellos.

- “Cuando fui a despedirme de Eusebio, poco antes de salir para *Mediolanum*, me dio un último consejo. *No te niegues a ti misma. Sé siempre tú, pase lo que pase, digan lo que digan los demás*. Tú has hecho eso mismo, no negarte a ti mismo. Por eso eres feliz.”

Y de pronto Constancia comprendió que su esposo, Licinio, Augusto de Oriente, había hecho lo mismo, no negarse a sí mismo, aunque ser fiel a sí mismo le hubiera costado la púrpura. Por eso podía sentirse satisfecho con lo poco que le había quedado.

Hablaron de más temas. Comieron juntos en una *taberna* del puerto. Y cuando se despidieron, en un interminable abrazo, quedaron en escribirse, aunque su correspondencia fuera vigilada. Ambos sabían de qué podían hablar en la distancia y de qué no hacía falta ya hablar.

Capítulo 176

Augusto único.

Año 323

Por fin Osio había recibido la misiva que había estado esperando desde hacía años. El Augusto Constantino, desde *Adrianópolis*, le llamaba. La carta decía así.

"Constantino, Augusto Máximo, desde Adrianópolis, a Osio, en Augusta Treverorum. Salud.
Os necesito aquí. Venid."

"El Augusto debe estar muy ocupado. Por eso escribe tan poco." pensó Osio.

Pero lo fundamental era que lo llamaba a su lado. Tenía que dejar bien organizado el funcionamiento de la Oficina para la Propagación de la Fe. Tuvo que nombrar un sustituto. Eligió al funcionario de más edad. Le dio instrucciones de cómo evitar compromisos con los *epískopos*. Le hizo un listado de los más pedigüeños. Respondió a todas sus preguntas y se marchó de *Augusta Treverorum*, prometiéndose no volver nunca más a aquel lugar frío, inhóspito y desagradable. El único recuerdo grato que se llevaba era el de sus prostíbulos, de todos los cuales se había convertido en cliente asiduo. Pero ya encontraría otros en *Adrianópolis*, o dondequiera que le llevara su nueva vida. Porque si el Augusto le llamaba era para volver a girar visita a todas las ciudades importantes del Oriente. De eso estaba seguro.

Hacía ya un par de semanas que sus amigos, Eusebio y Arrio, habían partido hacia sus respectivos hogares. El primero, a *Nicomedia*, y Arrio, a Alejandría. En esta ocasión podían volver por el camino más corto. El contencioso entre los dos Augustos se había resuelto con el triunfo de Constantino, según se había sabido en *Sirmium* cuatro días después de la batalla de *Adrianópolis*. En *Asia Menor* los dos ejércitos aún estaban enfrentados, pero podía evitarse esa zona viajando por mar.

Se había llegado a un completo acuerdo. Arrio sería el portavoz. Entraría al servicio del *epískopo* que se nombrara en Alejandría. Los dos Eusebios serían nombrados obispos de *Nicomedia* y de *Cesarea Marítima*. Eusebio, desde su sede en *Nicomedia*, convocaría un Sínodo, y en él convencerían al máximo número posible de *epískopos* de la conveniencia de adoptar la versión de Jesucristo como Maestro del Conocimiento y no como Hijo de Dios.

Y luego, en el Sínodo que convocara el Augusto, defenderían esa misma versión. Y rogarían a todos los dioses para que triunfara la versión que ellos preconizaban y no la versión de Lactancio. Los tres sabían que lo fuerte del Augusto Constantino no era la ideología. La prueba era que Lactancio lo había convencido. Eusebio procuraría inclinarle a la versión de Jesucristo como Maestro. Sin la contrapartida de Lactancio, era de esperar que Eusebio pudiera lograr que el Augusto apoyara dicha versión.

El Augusto Constantino, ajeno a la trama que se tejía en la que había sido su capital durante los últimos años, tomó posesión de *Nicomedia*. Recordaba bien lo que había hecho su cuñado al conquistar la Prefectura de Oriente, que antes había pertenecido a Maximino Daya. Había bajado hasta Siria y se había internado en territorio de los *Partos*. Pero ahora los *Partos* estaban en un período bajo de actividad bélica en la frontera con Roma, y no había necesidad de hacer ninguna demostración de fuerza.

Por otro lado, no tenía ninguna intención de desplazarse hasta Egipto, ya que con ello debilitaría la frontera del Danubio, que no era segura, ni lo sería nunca. Hizo de *Nicomedia* su cuartel general y desde allí despachó a cuatro de sus generales de más confianza a *Antioquia* sobre el *Orontes*, en la Siria, a *Nisibis*, en la *Mesopotamia*, a *Alejandría*, en *Egipto*, y a *Cirene*, en la *Cirenaica*, dando cuenta de la sustitución en la cúpula del Imperio. Los embajadores del Augusto volverían con un informe de la situación en cada Diócesis y de la fidelidad de sus autoridades al nuevo Augusto.

Esto le exigiría quedarse al menos cuatro meses en *Nicomedia*, a la espera de los informes y de tomar las acciones oportunas posteriormente. Hizo llamar a su mujer y a sus hijos a *Nicomedia*. Mandó asimismo un mensaje para que Osio, a su llegada del Norte se desplazara a *Nicomedia*. E hizo venir a *Nicomedia* al equipo redactor, con todos sus escribas y material. Habían terminado ya la redacción de todos los textos pendientes. Era preciso concretar la manera de llevar a cabo los nombramientos

necesarios y poner en marcha el Cristianismo en Oriente sin pérdida de tiempo. Y para eso eran necesarios Osio y Eusebio.

El invierno se echaba encima, pero Osio podría trabajar en Egipto y la Cirenaica incluso en invierno. No obstante, ambos no llegaron a *Nicomedia* hasta mediados de Noviembre. Era ya tarde para desplazarse por *Asia Menor* y Siria. Había que esperar al año siguiente para proceder a los nombramientos de *epískopos*. Lo que se podía hacer era preparar las listas. Ésa sería la tarea de Eusebio y Osio durante el invierno, además de surtir de copias de textos sagrados a las peticiones que llegaran desde *Augusta Treverorum* y de preparar las nuevas copias que se iban a necesitar para todo el Oriente.

Osio contaba con mucha experiencia sobre comunidades cristianas al mando de un *epískopo*. Había comprobado cuándo una comunidad florece y se extiende, y en qué casos las adhesiones van lentas y la comunidad tiene una vida mortecina. Dependía de la amplitud de la Diócesis, de la riqueza de la región y del carácter del *epískopo*. Diócesis amplias y con algún tipo de riqueza natural eran más dinámicas que las opuestas, pobres y con escaso territorio o escasa población. De ahí que era inútil designar a un *epískopo* al mando de un territorio pequeño o mísero.

Esto - pensaba Arrio - le serviría para limitar el número de ciudades en las que designar *epískopo*. La otra variable era la personalidad del líder a nombrar. Los menos válidos, lo había comprobado, eran los de personalidad conformista, tranquila, bondadosa e introvertida. Los que lograban comunidades más dinámicas, fervientes y extendidas eran los dotados de iniciativa, impetuosos, avispados y con un gran don de gentes. El *epískopo* tenía que moverse. No podía esperar a que los futuros fieles vinieran a él. Era él quien debía ir a su encuentro, motivarles y convencerles.

Se había notado un aumento del peso de las comunidades en su entorno y de las conversiones desde que el Augusto había permitido las donaciones de particulares. Las arcas de las comunidades cristianas se habían engrosado rápidamente, y eso les permitía socorrer a muchos necesitados, con lo que el número de conversiones había experimentado un notable aumento.

Esto le permitiría acertar mejor en la elección del líder cuando tuviera que hacerlo en el Oriente. Pero había averiguado un aspecto

interesante, que sin duda al Augusto le agradaría saber. Que no era tan imprescindible la reunión plenaria, como la que se había organizado en *Arelate*. La mayoría de los *epískopos*, sondeados hábilmente por Osio en contactos posteriores, estaban de acuerdo en que en el Sínodo de *Arelate* apenas habían aprendido nada nuevo. La reunión general fue útil especialmente para proveerles de los textos. Para poco más.

Con estas ideas, Osio se encaminó, escoltado por dos docenas de jinetes y con tres carros llenos de textos y de sus cuadros de control, hacia *Adrianópolis*. Llegó a la capital de la *Tracia* veinticinco días más tarde. Sólo para saber que el Augusto se había trasladado a *Nicomedia*, en el Asia, adonde Osio debía seguirle. Eso hizo que llegara a *Nicomedia*, en el *Sinus Astácicus* (Golfo de Izmit), a mediados de Noviembre.

En *Nicomedia*, cuando los ecos de las dos batallas contra Licinio se apagaron, una vez instalado confortablemente en el Palacio que había sido de Diocleciano, donde él había sido recibido en muchas ocasiones, Constantino se consideró el dueño del mundo. Finalmente. Echó cuentas. Le había costado diecisiete años hacerse con el control total del Imperio. Creía recordar que Alejandro había necesitado un tiempo parecido para hacerse con el dominio completo del Imperio Persa. Y, como él, nunca había sido derrotado. Era el mejor general de su época. No tenía rival.

Constantino se sintió satisfecho. En algo aventajaba al macedonio: Él tenía cuatro hijos. Su descendencia estaba asegurada, su linaje acababa de empezar. Él contaba que sus herederos se iban a perpetuar en el poder por generaciones. Pero lo más importante era que él iba a salvar al Imperio del fin del mundo. Eso no lo había hecho Alejandro. Él ni siquiera había sospechado del peligro que se cernía sobre el mundo. Él, sólo él, Constantino, iba a ser el Salvador del mundo. Lo iba a llevar al culto al Dios único. Había implantado ya el culto al Dios único en medio Imperio. En breve, en cuanto Osio estuviera a su lado, empezaría a implantarlo en el otro medio, en el Oriente.

Para ello se habían nombrado *epískopos* en las dos Prefecturas a su cargo. El año entrante se haría lo mismo en las de Oriente. Quedaban los bárbaros. Constantino sería el *epískopo* de los bárbaros, de los que fueran amigos de Roma. Su misión sería atraerlos, a ellos también, al culto al Dios único. Para ello, lo sabía por Osio, había que darles comida, es decir,

trabajo. Darles tierras en algún lugar del Imperio y, a ser posible, alistarlos luego en las Legiones.

Osio, en sus informes periódicos, le había explicado con muchos ejemplos que la manera segura de hacer adeptos era alimentarlos. Una familia que no tiene qué comer, recibe trigo y algunos alimentos de la comunidad cristiana local y se adhiere a la misma de forma inmediata. Toda la familia. Ya tenía decidido que, cuando en alguna región del Imperio se declarara una epidemia, o se diera un terremoto, o hubiera una hambruna, él ordenaría dar trigo y alimentos, pero siempre a través de las comunidades cristianas. Era la manera segura de conseguir nuevas conversiones. La fe en el Dios único arrancaba en el estómago, como decía Osio en una de sus misivas, no sin cierta sorna.

Y cuando recibiera a dignatarios, autoridades, magistrados y altas personalidades del Imperio, les predicaría al Dios único. Les haría saber que él, el Augusto Único, creía en el Dios Único, y que ellos deberían hacer lo mismo, por el bien del Imperio. Aunque en un principio le había parecido un esfuerzo excesivo, se empezó a plantear si no sería su deber viajar hasta la Siria y Egipto y recibir a la mayor cantidad posible de autoridades, para hablarles del único Dios del mundo.

Capítulo 177
Reflexiones.

Año 324

Durante el viaje de vuelta a las *Galias*, Crispo estuvo reflexionando sobre su conversación con Constancia. Se sentía muy orgulloso de cómo, uniendo informaciones de ambos, habían llegado a conocer el motivo por el que su padre había atacado repetidamente a su cuñado. Parecía increíble, pero no había la menor duda. Sin embargo, lo que le daba más motivos para recapacitar era una sensación que tuvo por un momento al ir a contarle a Constancia su relación con Yela. Sintió vergüenza, como si algo muy íntimo fuera a salir a la luz y pudiera recibir una mala opinión de alguien, que, como Constancia, significaba mucho para él: Era el hecho de haber tenido hijos con dos mujeres al mismo tiempo.

Más de una vez había experimentado algo, lo había seguido y más adelante había visto necesario recapacitar, organizar mentalmente los hechos, para entenderlos mejor. Y ahora comprendía que debía hacer eso con sus dos amores, para entender su sensación ante Constancia.

Ahora que se paraba a pensar, él no había sentido lo mismo por Elena que lo que sintiera en su día, y seguía sintiendo, por Yela. Con Yela todo era espontaneidad, actuar como a uno le sale de dentro, sin tener que obligarse. Con ella se dejaba llevar. Era impensable actuar de otra manera. Con Elena, por el contrario, toda su relación, desde el inicio, había sido una obligación. Él no quería quedar mal con su padre, no quería contrariarle, y eso le había hecho aceptar a Elena como su esposa, sin mencionar a su padre qué postura tomaría respecto a Yela.

Hubo una frase en la conversación con Constancia, después de comer, en que ella le dijo, sobre Licinio, su esposo:

- “Me quiere mucho; es muy bueno conmigo.”

Y Crispo notó que a ella eso le bastaba. Eso y, quizás, su hijo Liciniano.

Él no lo sabía antes de visitar la *Panonia* y la *Tracia*, pero allí le dijeron que Licinio había llevado vida marital con una esclava desde hacía muchos años. Y que había tenido con ella varios hijos. No sabía qué había

sido de la esclava y de sus hijos cuando Licinio se desposó con Constancia. Estaba seguro de que Constancia ignoraba la existencia de la esclava y de la prole.

Sin proponérselo, se comparó con Licinio. Le hubiera gustado mucho tener una conversación con él, de hombre a hombre, y preguntarle cómo había resuelto el asunto de los dos amores. Era muy frecuente que el deber le obligara a uno a dejar su anterior esposa y a desposarse con alguien que acababa de entrar en su vida. Y para esta situación había varias salidas.

La de su abuelo, que repudió a su primera esposa - Elena, su abuela - y la mandó con sus padres, a miles de millas de distancia. Los hijos - su padre - quedaban siempre con el padre. Otra opción era la de Licinio, que habría dotado generosamente a su primer amor, y la habría enviado a vivir lejos de él, con alguien que la protegiera. Lo que él había hecho, mientras estuviera lejos, con Yela y Eroc. Y la suya, que mantenía relación con sus dos mujeres a la vez.

Crispo vería claro que no era la misma relación. Con Yela había amor. Con Elena, en cambio, era sentido del deber. Él no se veía siendo duro con Elena, todo lo contrario. Su sentido del deber le llevaba a comportarse como un esposo modelo con ella.

Ahora comprendía que la convivencia con ella le había hecho creer que la amaba. Pero no era así. No era lo mismo que con Yela. Nunca lo sería. Con Yela era él. Con Elena era el César Crispo, hijo del Augusto Constantino, a quien debía obediencia, incluso en su relación con Elena. Nunca le haría daño, pero nunca la amaría como a Yela. Porque las cosas eran así, sin pensar en ello, sin saberlo, se había sentido incapaz de alejarse de Yela.

Pensó luego en su padre. Afortunadamente, él no era como su padre. Se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en su padre como alguien igual a él. Alguien de quien se podía tener una opinión adversa. Alguien a quien no quería asemejarse. Alguien a quien respetaba, pero con quien no quería compartir criterios. Crispo tenía los suyos, criterios a los que no eran ajenos las charlas tenidas con Eusebio, años atrás. Y no podía menos que aborrecer los criterios de su padre.

Cuando, años atrás, había oído a Lactancio referir sus teorías sobre el inminente fin del mundo, Crispo se mostraba discreto. Lactancio era el preceptor puesto por su padre y contrariarle significaba contrariar a su

padre. Pero internamente Crispo se reía de las ideas absurdas de su preceptor. Sin embargo, su padre se las había creído y las había hecho suyas. Hasta el extremo de que ellas le habían hecho pasar por encima de todo, del orden imperial establecido, de la familia, de todo lo que él, Crispo, consideraba más sagrado. Y también creía comprender que esas ideas, ocupando toda su mente, le habían aislado del mundo. Y no encontraba calor humano ni siquiera en su casa, con su esposa Fausta. Eso lo vio claro el día que comió con ellos.

Crispo se dio cuenta de que no envidiaba a su padre. De que por nada del mundo querría ser como él. Y esa convicción, lejos de preocuparle, o inquietarle, le daba seguridad. Seguridad en sí mismo. Algo de lo que hasta ahora había estado bastante escaso.

Dos meses más tarde le llegó la noticia de que su padre lo había nombrado Cónsul [(1)], junto con el pequeño Constantino. Era - pensó - su manera de premiar su contribución a la derrota de Licinio. Pero el nuevo título le dejó frío.

[(1)] En tiempos de la República, dos Cónsules ejercían cada año el mando supremo de Roma, sustituyendo a los antiguos reyes. Con el Imperio, el cargo pasó a ser sólo honorífico, y cada año el Augusto nombraba a dos personas como Cónsules. Era el máximo honor ser elegido para tal cargo.

Capítulo 178
Preparando el Concilio de Nicea.

Año 324

Eusebio se había hecho el propósito de establecer una relación amistosa con Osio. No teniendo a Lactancio como compañero de equipo, ni como superior, la relación entre los dos dependía sólo de ellos. Y esperaba que también Osio tuviera la misma intención. Además, tenía que conseguir que su amigo Eusebio fuera designado por Osio *epískopo* de *Nicomedia*, y él serlo de *Cesarea Marítima,* de Siria. Y eso requería una buena entente entre ambos.

Había mandado a los escribas a sus órdenes que sólo realizaran copias de los cuatro Evangelios. Sería lo que se entregara en un primer momento a los nuevos *epískopos*. Más tarde, ya recibirían las Epístolas y Cartas de los discípulos.

Desde el pasado Noviembre, en que Osio y él se había reunido en *Nicomedia*, sus planes se vieron hechos realidad. Osio, sin la presencia incómoda de Lactancio, se mostró cordial desde el primer momento.

Había otro asunto que satisfizo mucho a Eusebio. Osio había propuesto al Augusto que en Oriente no se celebrara un Sínodo similar al de *Arelate*. Los *epískopos* apenas le veían utilidad. El Augusto aceptó la sugerencia desde el primer momento. Tenía muchos asuntos en que ocuparse para poner en orden las dos Prefecturas recién adquiridas. Y no quería estar mucho tiempo alejado de *Tesalónica*. Le inquietaba su cuñado. Y, además, tenía abandonada la frontera del Danubio. Pero ordenó que se nombraran *epískopos* en las ciudades de la Italia meridional, y del *Ilírico*, incluyendo la *Panonia* y la *Tracia*. No se habían visitado tales zonas anteriormente.

La primera labor a realizar por Eusebio y Osio consistió en elaborar la lista de ciudades que iban a ser sedes de un *epískopo*. Eusebio propuso que él hiciera una lista y Osio otra. Cuando las tuvieran terminadas, cotejarían ambas listas. Los nombres comunes irían de inmediato a la lista definitiva. Y cambiarían impresiones sobre las ciudades en que no coincidieran. Eusebio sabía, por habérselo indicado

Osio, la condición de territorio amplio, o rico, para que una diócesis saliera adelante. Con el acuerdo de Osio a su propuesta, ambos confeccionaron unas listas de las ciudades más importantes de las provincias del Asia, la Siria, la *Mesopotamia*, de Egipto, la *Cirenaica*, de la parte Centro y Sur de Italia, de la *Panonia* y la *Tracia*.

Puestos ambos de acuerdo, resultó una lista de sesenta y dos ciudades. Quince eran de Asia, como *Nicomedia*, *Éfeso* y *Pérgamo*. Catorce, de Siria, como *Antioquía*, *Sidón* y *Tiro*. Sólo tres eran de *Mesopotamia*, *Edesa*, *Nisibis* y *Tigranocerta*. Cuatro en Egipto, Alejandría, *Menfis* y otras dos. *Cirene* en la *Cirenaica*. Doce en el Centro y Sur de Italia, como Roma o *Regium*. Y trece en el *Ilírico*, como *Sirmium* o *Adrianópolis*. Osio no tuvo el menor inconveniente en adjudicar los obispados de *Cesarea Marítima* y *Nicomedia* a Eusebio y a su amigo de igual nombre. Dos ciudades en que se evitaba buscar a la persona idónea. Le preguntó si no conocía más nombres, pero Eusebio no quiso comprometerse más. Bastante guerra darían ambos *epískopos* en el futuro.

Trazaron conjuntamente el plan de viaje de Osio. Recorrería la costa de Asia y desde el puerto de *Sínope*, en la *Paflagonia*, se desplazaría hacia el interior, para llegar a *Nicópolis*, en la *Armenia* menor, a *Melitene*, en la *Capadocia*, y a *Ancira*, en la *Galacia*. Lo mismo haría desde *Atalía* de *Panfilia*, de donde subiría a *Iconium*, en la *Licaonia*, y a *Laodicea*, en la *Frigia*. En las demás provincias haría lo mismo, recorrer los puertos de mar y, desde el más cercano, acceder a las ciudades designadas del interior.

Quedaba por resolver el tema de los textos, que Osio debía suministrar al futuro *epískopo*. Se barajaron varias soluciones, como que Osio llevara un par de carruajes con los textos. Ésta se descartó por la dificultad de desplazarse con un equipaje tan pesado en los viajes por mar. Finalmente, se llegó a la solución que más favorecía al viajero: No llevaría textos. Mandaría, cada seis ciudades visitadas y nombrado el *epískopo* respectivo, un mensaje a *Nicomedia* y Eusebio enviaría los textos a los obispos designados.

Eusebio sugirió que se enviaran sólo dos Evangelios, el de Mateo, obra de Lactancio, y el de Juan, obra suya. Para empezar a predicar el Cristianismo eran más que suficientes. Más adelante, conforme el *epískopo* lo necesitara, se le enviarían los otros dos y las Epístolas de Pablo. Osio estuvo de acuerdo; en ese tema poco tenía que decir.

Todas estas novedades, respecto a lo que se había hecho anteriormente en Occidente, no hacían sino facilitar al plan de Eusebio y sus amigos. Eusebio, el de *Nicomedia*, tendría las manos libres para convocar a los *epískopos* designados y tratar de pasarlos a la versión deseada del Cristianismo, aquélla en la que Jesucristo era sólo un Maestro de Sabiduría, no el Hijo de Dios. Osio partió para su misión a mediados de Marzo. Cada mes, aproximadamente, tendría Eusebio noticias suyas, indicando a qué personas de qué ciudades había que enviar los dos Evangelios acordados.

A mediados de Abril Osio envió una relación con nueve ciudades visitadas, casi todas ellas en la costa Oeste de Asia Menor. Estaban incluidas también *Iconium* y *Laodicea*. Eusebio envió los dos Evangelios mediante una pareja de mensajeros que hicieran el mismo recorrido que había hecho Osio. Un mes más tarde, todos los *epískopos* de la lista de Osio estaban en posesión de los textos acordados. Ya podían empezar a divulgar el Cristianismo entre sus conciudadanos.

Para mediados de Mayo Osio había pasado por *Tarso*, *Salamis* de *Cyprus*, *Antioquia* de Siria, *Berea*, *Edesa*, *Tigranocerta, Nisibis* y *Laodicea* de Siria. Otro par de mensajeros partieron con los Evangelios para tales ciudades. Eusebio estaba esperando que Osio llegara a Alejandría. A partir de ese momento se pondría en marcha el plan. Habían acordado que el paso siguiente sería recibir una carta de Arrio, indicando que ya formaba parte del equipo del *epískopo* de Alejandría. Tanto Arrio como su amigo Eusebio sabían que ahora él estaba en *Nicomedia*, donde se veía con frecuencia con su amigo homónimo.

Fue entre mediados de Mayo y mediados de Junio cuando Osio completó la costa de Siria y bajó hasta Egipto y la *Cirenaica*. Entre las once ciudades en que había nombrado *epískopo* estaba, finalmente, Alejandría. El *epískopo* designado en Alejandría tenía por nombre Alejandro. Eusebio remitió los Evangelios a sus destinos respectivos.

El Augusto Constantino, en *Tesalónica*, era informado puntualmente del trabajo realizado por Osio. En un gran mapa con la parte oriental del Imperio, extendido en su despacho, se iban marcando las ciudades en que ya se había formado el embrión de la futura comunidad cristiana. Constantino seguía con gran interés el progreso de su plan de regeneración del Imperio. Había dejado orden de que Eusebio le enviara los informes de Osio.

Eusebio debía informar a Arrio de que ya había obispo nombrado en Alejandría. Pero Arrio no tuvo que esperar la información de su amigo. Él había tendido sus redes en la ciudad, y en cuanto llegó Osio y empezó a hacer preguntas sobre personas cualificadas de la ciudad, Arrio lo supo. Supo también quién había sido designado, porque supo a qué personas había entrevistado Osio. Alejandría era una gran ciudad, pero, a pesar de ello, todos se conocían. Y Arrio conocía al designado, Alejandro.

Alejandro frecuentaba la Biblioteca, como toda persona culta, y Arrio se hizo el encontradizo con él. Alejandro le habló de la nueva comunidad que él estaba dirigiendo y Arrio se interesó sobremanera. No le costó nada ganarse la confianza de Alejandro. Cuando llegaron los Evangelios desde *Nicomedia*, la residencia imperial, Alejandro le invitó a cenar a su casa, para enseñárselos.

Arrio no se preocupó de qué otros se habían ganado, como él, la confianza de Alejandro. Se dedicó a hablar con sus amistades y procurar acercarlos al círculo de Alejandro. Lo logró con varios, pero ninguno de sus amigos sintió el fervor que él sentía por la historia que se narraba en los Evangelios. Pero su objetivo no era aportar futuros fieles, sino aportar contactos a Alejandro. Que éste viera que Arrio trabajaba en la nueva misión, impulsar el Cristianismo en Alejandría.

Quien obtuvo más conversos fue Atanasio, un joven de familia humilde. Vivía en el barrio judío y el hecho de que el protagonista de los Evangelios fuera judío le proporcionó credibilidad ante los suyos, cosa que no le sucedía a Arrio. Sus amigos de la Biblioteca se mostraban sorprendidos de que diera credibilidad a aquella historia. Porque unas copias de los dos Evangelios pronto circularon dentro de los círculos más selectos de la Biblioteca. Era lo que se hacía siempre con toda nueva doctrina.

De modo que Alejandro adquirió más y más confianza con Arrio, pero también con Atanasio. Entre ellos había una buena amistad, ambos trabajaban en la misma causa, la divulgación de la doctrina cristiana. Todo fue bien durante las primeras semanas, hasta que Arrio empezó a hacer matizaciones sobre el papel de Jesucristo, hincando el acento en su enseñanza y olvidando su calidad de Hijo de Dios.

En la incipiente comunidad de catecúmenos cristianos, algunos bautizados, como Atanasio y Arrio, y otros todavía no, Arrio comenzó a enseñar sólo la doctrina de Conocimiento esparcida por Eusebio aquí y

allá en ambos relatos. Su mayor cultura le daba prestigio entre sus oyentes y muchos escuchaban con entusiasmo los pasajes que Arrio, en su catequesis, les explicaba. Por su parte, Atanasio se vio muy contrariado de que los fieles que él había aportado a la comunidad hicieran más caso a lo que les enseñaba Arrio que a lo que él les decía. Eso generó una aversión en Atanasio, aversión que en poco tiempo se convirtió en odio hacia Arrio.

Llegó un momento que Atanasio dio cuenta a su superior, Alejandro, de que, a su juicio, Arrio no estaba enseñando el total del mensaje cristiano a los catecúmenos de Alejandría. Arrio empequeñecía el mensaje cristiano, reduciéndolo a una simple enseñanza, y anulando el papel del Hijo de Dios y sus milagros. Él había intentado empujar a Arrio a que enseñara la totalidad del texto evangélico, pero Arrio seguía predicando sólo lo que le parecía.

Alejandro llamó a Arrio a su despacho, en su casa. Quería saber qué había de cierto en las acusaciones que Atanasio le había hecho. Arrio, por su parte, vio la ocasión ideal para ganarse a Alejandro a su causa. Alejandro inició la conversación.

- "Mi querido Arrio, me ha llegado una … siento reparo en llamarla acusación contra vos. Se me informa que no enseñáis la totalidad de la doctrina, sino que os limitáis a algunos pasajes, que parece son de vuestro agrado, y que omitís, o ignoráis, otros, que parece que no os agradan tanto. ¿Qué me podéis decir sobre ese extremo?"

Arrio vio llegado el momento más importante de su labor en Alejandría. Debía convencer al primer *epískopo*, al suyo.

- "Veréis, Alejandro. Yo no recorto nada. Me he leído con toda atención los dos Evangelios recibidos. Y en ellos hay mensajes de una gran belleza y profundidad, por ejemplo el "Sermón de la montaña" en el Evangelio de Mateo, o la última Cena, en el de Juan. En ellos me parece ver clara la Sabiduría de un Maestro.

De un Maestro incomparable, cercano, actual. Alguien que puede cambiar las conciencias de nuestros catecúmenos, acercándolas a la virtud, más que lo hacen los relatos de milagros. Sólo me interesa mejorar la conciencia de los catecúmenos e interesarlos en la práctica de la virtud.".

Alejandro conocía el halo de elocuencia que rodeaba a su amigo. Por eso lo había aceptado sin reservas en la incipiente comunidad.

- "Comprendo vuestra buena intención, Arrio, y no es mala. Pero no debéis olvidar que yo, únicamente yo, he hablado con el enviado del

Augusto, Osio, y éste, al designarme como Instructor de la futura comunidad cristiana de Alejandría, me ha insistido mucho en el carácter de "enseñanza verdadera" del Cristianismo, porque es el mismísimo Hijo de Dios quien ha venido a la tierra a dejarla en nuestras manos. No nos compete a nosotros interpretar, ni elegir. Toda la enseñanza es igual de importante, lo dice el mismo Dios. Por tanto, enseñaréis todo el contenido de los textos recibidos, Arrio, no sólo lo que a vos os llame más la atención."

Arrio no quiso dar la batalla por perdida.

- "Pero no se puede negar que …"

Alejandro se puso en pié y le cortó la frase:

- "No hay pero que valga, Arrio. O se acepta la totalidad del mensaje de los Evangelios, o no se puede pertenecer a la comunidad cristiana bajo mi mando. Deberéis elegir. Ahora retiraos y reflexionad sobre vuestra postura."

Las últimas palabras de Alejandro habían sido frías y cortantes. No cabía hacerse ilusiones, lo había echado de su casa. Educadamente, pero lo había echado. Arrio salió de la casa. Tenía la fuerte impresión de que la batalla del Maestro del Conocimiento estaba perdida en su ciudad natal. De nada serviría hacerse expulsar de la naciente comunidad de Alejandría. Mejor era dar paso a la siguiente etapa.

Esa noche, en su casa, empezó a redactar una carta larga, argumentada, apasionada, a los *epískopos* elegidos en las ciudades importantes de Asia, Siria y *Mesopotamia* situadas entre *Nicomedia* y Alejandría. Eusebio, siguiendo lo acordado el año anterior en *Sirmium*, le había enviado puntualmente los nombres y las direcciones de los nuevo *epískopos*. Le iba a costar un poco de tiempo, para encontrar tantos mensajeros, y mucho dinero enviar dicha carta a las veintisiete ciudades por donde Osio había pasado. Pero él no tenía que preocuparse por el dinero. Tenía el suficiente.

Cuando todos los mensajeros hubieron partido hacia sus destinos, Arrio escribió una última carta.

"*Arrio, desde Alejandría, a Eusebio, obispo de Cesarea, en Nicomedia.*

Lo intenté, pero Alejandro me ha echado. Muy educadamente, pero me ha echado. Nada útil puedo hacer aquí. He escrito las cartas. Salgo

camino de Nicomedia. Cuídate.”

Cuando al día siguiente la carta había salido ya para la capital de Constantino, Arrio se dedicó a elegir qué bienes más preciados iba a llevarse consigo. Emprendía el viaje más incierto de su vida. No sabía si volvería de nuevo a su querida Alejandría, a su Biblioteca, donde tantos hallazgos le quedaban por descubrir, a su familia, informal, pero que llevaba en el corazón. La apuesta era alta, porque el premio a lograr lo requería. Él había jugado sus bazas. Ahora eran los dos Eusebios quienes debían jugar las suyas. Al menos veintisiete obispos de las nuevas comunidades cristianas estaban a punto de descubrir algo de lo que quizás no se habían dado cuenta.

Capítulo 179

En *Tesalónica*.

Año 324

Constantino había estado no cuatro, como pensó en un principio, sino seis meses en *Nicomedia*, desde Octubre hasta Marzo, esperando los informes de sus enviados a las provincias del Sur. Todos habían sido positivos. Las autoridades no estaban ligadas a Licinio más allá de los lazos normales debidos a un superior. Los cuatro recomendaban que se mantuviera en sus puestos a las autoridades locales, hasta tener una opinión de su eficacia en función de su respuesta a las órdenes que recibieran del Augusto. En cuanto tuvo todos los informes sobre su mesa, viendo que no exigían cambios, ordenó preparar el equipaje para ir a *Tesalónica*, ciudad de la que quería hacer su nueva residencia.

Quería estar cerca de Licinio. Había aprendido un viejo adagio romano que decía “el enemigo, cerca”. Constantino consideraba que Licinio seguía siendo su enemigo. Había tenido relación con él y en esa relación él le había dado informaciones que podían perjudicarle si llegaran a manos de sus enemigos. Le había confiado, en *Mediolanum*, su plan de implantar una nueva religión en el Imperio. Todo había ido bien en sus dos

Prefecturas de Occidente. Pero eso había sido antes de tener que tratar con él, con Licinio. Ahora que le había derrotado y reducido a la vida privada, suponía que le guardaría rencor y que procuraría causarle todo el daño posible. Por eso quería vigilarle.

En cuanto llegó a *Tesalónica*, a mediados de Abril, ordenó al responsable de Palacio que fuera a verle. Le pidió el libro de visitas. Había ordenado que todas las visitas que se solicitaran, tanto para Licinio como para su esposa, Constancia, fueran registradas con todos los datos relacionados. Para su sorpresa nadie había solicitado ver a ninguno de los dos recluidos en el Palacio. Nadie salvo su hijo Crispo. Cuando lo supo, Constantino se disgustó. Recordaba que le había dado un salvoconducto, pero había albergado la esperanza de que no lo usara, de que se hubiera olvidado del tema. Pero no, no se había olvidado, había estado allí, viéndose con Constancia.

Mandó llamar al oficial de guardia de aquel día. Y cuando lo tuvo ante sí, le ordenó darle cuenta con todo detalle de cómo había sido la visita. El oficial estaba nervioso y tragaba saliva con frecuencia. No se imaginaba, cuando tuvo lugar la visita, que ésta fuera tan importante.

- "El Cesar Crispo, *Dómine*, venía con una escolta de media docena de oficiales. Uno de ellos me dio una pequeña misiva para la esposa del anterior Augusto."

Constantino preguntó, airado:

- "¿La leísteis?

- "No, *Dómine*. Era del César Crispo … no la leí. Subí a las habitaciones de la señora y le entregué en mano el mensaje. Ella lo abrió, me dio la espalda mientras lo leía, y yo me retiré, *Dómine*."

- "¿Y qué sucedió después?"

El oficial estaba asustado.

- "La señora bajó al poco tiempo, se abrazó con vuestro hijo y se fueron. Como no había orden de restringir las visitas a la señora del anterior Augusto, les dejé marchar."

-"¿Cuánto tiempo pasó exactamente desde que os fuisteis de las habitaciones de mi hermana hasta que ella bajó. ¿Qué se podría haber hecho en ese tiempo? ¿Se podría haber redactado algún escrito? ¿De qué extensión?"

El oficial sudaba por todos los poros de su cuerpo. Su cara estaba encendida.

- “Muy poco tiempo, *Dómine*, muy poco tiempo. La esposa del anterior Augusto bajó con el mismo vestido que tenía cuando yo le entregué el mensaje. Supongo que el tiempo que necesitó para arreglarse, como se arreglan las mujeres, *Dómine*. Muy poco tiempo. Y de escribir algo … tendría que haber sido muy corto, apenas media docena de líneas, como máximo ... *Dómine*.”

Constantino reflexionaba. Parecía claro que su hijo no se había llevado ningún mensaje de Licinio. Eso le tranquilizó.

- “¿Cuánto tiempo duró la visita de mi hijo?”

- “Desde poco antes del mediodía, *Dómine*, hasta media tarde. Envié un par de legionarios a indagar y supe que comieron en la taberna del Cisne Negro, en el puerto. A esa hora vuestro hijo vino hacia Palacio, caminando lentamente con ella. Se abrazaron a la puerta del Palacio y ella entró. Se la veía triste. Fue un abrazo muy largo, *Dómine*.”

El oficial se esforzaba por dar toda la información que recordaba. Quería agradar a su Augusto, pero no sabía cómo lograrlo. Tampoco sabía cómo evitar ser degradado, o castigado. El Augusto no parecía quedarse muy satisfecho con lo que le contaba.

Constantino comprendió que no sacaría nada más del oficial. Tenía unas órdenes demasiado permisivas. En lo sucesivo toda la correspondencia de entrada o de salida para cualquiera de los dos, tanto su cuñado como su hermana, debería ser revisada y copiada. No quería volver a tener las cosas fuera de control. Llamó al responsable de Palacio y le dio las nuevas consignas. Él iba a residir en el Palacio y no quería sorpresas. La restricción de salir de Palacio afectaría también a su hermana, la esposa del anterior Augusto. No quería encontrársela por los pasillos, o a la salida. Ni quería que lo hicieran su esposa, o sus hijos.

Capítulo 180

Año 324

Los dos Eusebios estaban en *Nicomedia*. Eusebio, porque el Augusto Constantino le había ordenado trasladarse, con Eutropio, con y todo su equipo de escribas, a su nueva residencia en Oriente. Y su amigo, porque residía habitualmente en la capital de Asia. Desde mediados de Abril Constantino había abandonado *Nicomedia* con su familia, para trasladarse a *Tesalónica*, al Sur de la Macedonia. Osio viajaba aún, recolectando obispos. Los dos Eusebios eran los dueños de *Nicomedia*, como ellos, coloquialmente, decían.

La carta de Arrio, diciendo que no había logrado pasar al *epískopo* de Alejandría al bando propio, acompañada de una copia de la misiva que había enviado, siguiendo el plan trazado previamente, a todos los *epískopos* designados en las provincias de Asia, Siria y *Mesopotamia*, llegó a *Nicomedia* a finales del mes de Septiembre. Los dos Eusebios se reunieron. Había que darse prisa. Era preciso aprovechar que tanto el Augusto Constantino como Osio estaban ausentes, para convocar en un Sínodo a los recién elegidos *epískopos*. Eso debería hacerlo Eusebio, el obispo de *Nicomedia*, *epískopo* como ellos. Eusebio, obispo de *Cesarea*, se mantendría oculto, por el momento. Convenía, ya que tenían pocas cartas, jugarlas una a una. Eusebio, el obispo de *Nicomedia*, les escribió en estos términos:

"*Eusebio, epískopo de Nicomedia, a Fulano, epískopo de XXX. Salud.*

Enterado de vuestra feliz designación, permitidme invitaros a una primera reunión, y, además de tratar temas comunes, conocernos. Muchos son los temas que todos debemos resolver, y escaso el bagaje de que disponemos para ello. Por eso debemos poner en común aquello que conocemos bien, y así ayudar a todos los demás a resolver sus incertidumbres. Os invito a venir a Nicomedia, la residencia imperial, si buenamente podéis, el primero de Noviembre. El hospedaje corre a mi

cargo. Dadme vuestra conformidad, antes de emprender el viaje, a ser posible. Así os reservaré alojamiento conveniente. Cuidaos."

En la redacción intervinieron los dos. Los mensajeros partieron de inmediato hacia las treinta y tres ciudades de Asia, Siria, *Mesopotamia*, Egipto y *Cirenaica* con *epískopo* ya designado. El plazo era un tanto ajustado, pero si alguno de los invitados se retrasaba, habría forma de ponerle al día de lo tratado hasta su llegada. Y si llegaba cuando todo hubiera terminado y los asistentes hubieran vuelto a sus orígenes, tampoco se perdería nada. Se le acometería en privado y sería más fácil convencerle. De momento, el plan estaba funcionando aceptablemente.

Dos días antes del cambio de mes, los primeros *epískopos* comenzaron a llegar a *Nicomedia*. Los dos Eusebios habían preparado alojamientos cómodos, incluso lujosos, para los veinticinco que había anunciado su llegada y para tres más.

El día asignado para la reunión veintidós *epískopos* habían llegado a *Nicomedia*. Faltaban los de *Cirene*, *Menfis*, en Egipto, y *Bostra*, en *Mesopotamia*. Eran los lugares más alejados de *Nicomedia*, por lo que podía considerarse normal su retraso. Iniciaron la reunión. Eusebio, obispo de *Cesarea*, asistía como un invitado más.

El anfitrión, Eusebio, obispo de *Nicomedia*, comenzó así su exposición:

- "Amigos. Debemos felicitarnos todos. Hemos sido elegidos, entre todos los conciudadanos de nuestra propia ciudad, para dirigir un movimiento de salvación del Imperio, un sistema de regeneración, una vía de asegurar la salvación, que además es eterna, a nuestros contemporáneos, y a todas las generaciones venideras. Eso es algo como para sentirnos orgullosos.

Nos han llegado unos textos - tal vez alguno no los hayan recibido todavía - en los que se narra la vida de Jesús, el Cristo, el Ungido. La enseñanza que él nos dejó es un regalo divino. Supongo que ya lo habréis advertido. Y supongo que también habréis advertido que en los textos hay algo así como dos niveles de redacción. Uno auténtico y valioso, para la doctrina, que no tiene desperdicio. Y otro, alegórico, para los hechos de su vida. Pero ahora, para no cansaros, interrumpiré mi discurso en esos dos niveles. A ver si algunos de vosotros lo habíais advertido."

La sala de la Biblioteca donde estaban reunidos se llenó de murmullos. Los asistentes comentaban entre sí, por grupos, según estaban sentados. Al cabo de un rato, uno, sentado en la parte de atrás, se levantó y dijo:

- "Puesto que nosotros acabamos de recibir los textos y parece que vos, Eusebio, los tenéis desde hace más tiempo, sería quizás más conveniente que terminarais con lo que pensabais decirnos, y luego comentaremos sobre ellos, sabiendo de qué se trata de manera global."

Hubo un murmullo de aprobación general y todas las cabezas asintieron. Esto permitió a Eusebio terminar su alocución.

- "Está bien. Continúo entonces. Decía del nivel alegórico para los hechos de su vida. No así para la doctrina que se destila en numerosos pasajes. La doctrina está expuesta de manera diáfana, directa. En cambio, los hechos son una continua metáfora. Se han magnificado, sin duda para que las gentes sencillas tengan motivos para querer emular a un personaje tan excelso. Por eso no se le han escatimado honores, tributos, merecimientos.

A ese gran Maestro del Conocimiento que es el protagonista, se le ha elevado por encima de todo hombre, haciéndolo hijo de Dios. Todos podemos llegar a ese estado, aunque no son muchos los que lo logran. Hay que imitar sus actos, hay que seguir con fidelidad su doctrina. Y ésa es nuestra misión, amigos, ponerlo como modelo y lograr que los conciudadanos de nuestras diócesis quieran imitar sus actos, quieran imitarle a él. Eso sí, sin confundir la redacción real de la doctrina, y la redacción alegórica, como en metáfora, de sus hechos y vida material.

Lo que debo consultaros, amigos míos, es si habíais advertido esa doble redacción. Y qué opinión os merece."

Eusebio no había hecho mención alguna de la carta de Arrio. Quería dar la sensación de actuaciones independientes, muy diferente a lo que realmente era aquello. Ahora el murmullo se había transformado en fragor. Todos hablaban y gesticulaban. Poco a poco, conforme Eusebio se fue haciendo con el control de la reunión, y fueron exponiéndose posturas, las posiciones se definieron.

Los había que no se habían dado cuenta de la división indicada. Algunos se habían dado y coincidían con Eusebio. Pero los más estaban un tanto perplejos y no sabía qué pensar. La idea de la distinción era nueva para ellos. Habían aceptado el sentido literal de todo el relato evangélico.

En ese momento intervino Eusebio, que estaba sentado entre un grupo de *epískopos* de Asia. Apoyó el doble sentido del redactor. Se identificó como historiador y citó numerosos casos de escritos alegóricos, antiguos y más recientes. Y citó a Filón de Alejandría, que defendía una interpretación alegórica de la Biblia judía. Eusebio terminó preguntando:

- "¿Conoce alguien algún escrito de Filón de Alejandría?"

Pero nadie lo conocía. Paulatinamente, la mayoría de los *epískopos* se fue pasando a la postura defendida por los dos Eusebios. El anfitrión vio llegado el momento de interrumpir la sesión, e ir a tomar un refrigerio. Éste era muy abundante y exquisito. Y más lo fue la cena de la noche. Todo estaba dispuesto para halagar a los asistentes.

Tras cuatro sesiones, después de dos días de reuniones, en las que salió a relucir la carta de Arrio, la mayoría eran partidarios de dar esa doble interpretación a los textos cristianos. Media docena tenían sus dudas, o, al menos, eso era lo que aparentaban. Sólo dos, los *epískopos* de *Beritus* (Beirut) y de *Edesa* (Mesopotamia) mantenían su criterio de que todo era literal. Eusebio, el anfitrión, respetó sus posturas, y terminó la despedida con estas palabras:

- "Amigos, cumplamos con la misión que el Augusto nos confió. Hagamos que en nuestras ciudades, mayores o menores, la mayoría de los ciudadanos abracen la nueva fe que el Augusto desea. Pensemos lo que pensemos de la interpretación, promovamos la fe en Cristo con todas nuestras fuerzas."

Todos los invitados agradecieron a Eusebio, el *epískopo* de *Nicomedia*, por su acogida y atenciones. Al día siguiente, todos empezaron a buscar el medio de regresar a sus lugares de origen, la mayoría por mar.

Capítulo 181
La reacción.

Año 324

Cuando Osio, a mediados de Noviembre regresó a *Nicomedia*, a su nueva Oficina para la Propagación de la Fe, tenía algunas cartas esperándole. Miró los remitentes y tres de ellas era de *epískopos* nombrados en su viaje. Las abrió en primer lugar. La de Alejandro, obispo de Alejandría, decía lo siguiente:

"*De Alejandro, epískopo de Alejandría, en Egipto, a Osio, en Nicomedia. Salud.*
Debo comunicaros algo. He tenido que expulsar a Arrio, uno de mis ayudantes. Tuve una denuncia, de otro ayudante. Arrio predicaba a los catecúmenos, pero sólo parte de la doctrina, según afirmaba él, la auténtica. Los milagros, la resurrección, eso le parecía inútil. Le llamé al orden, ordenándole que debía enseñarlo todo, pero desapareció. Abandonó repentinamente la ciudad. Eso me hace sospechar. Os lo comunico. Cuidaos."

Pero más grave era la recibida de Melecio, *epískopo* de *Beritus*. Decía así:

"*De Melecio, epískopo de Beritus, a Osio, en Nicomedia. Salud.*
Me veo obligado a comunicaros que, al poco tiempo de recibir vuestra visita, fui citado a una reunión, celebrada en Nicomedia, dirigida por su epískopo Eusebio. Éste defendió dos redacciones, una real, conteniendo la doctrina, y otra simbólica, alegórica o metafórica, con todo lo demás, como milagros, resurrección, ser Hijo de Dios ... Vi en ello un fuerte ataque a lo que vos me expusisteis. Pero lo más grave, opino, fue que casi todos los asistentes acabaron dando su aceptación.

Había otra carta, remitida desde *Edesa*, con la misma información. Con tales cartas en su portafolio y su informe de las ciudades visitadas y de los *epískopos* designados, nombramientos para los que el Augusto le había habilitado antes de su viaje, Osio pidió audiencia con Constantino, quien a mediados del verano había vuelto de su estancia en Tesalónica. Éste le estaba esperando. Ansiaba recibir noticias suyas y saber cómo iba al plan de cristianizar la parte del Imperio que aún adoraba a múltiples dioses. Por eso le recibió de inmediato.

Tras la reverencia obligada, Osio expuso a su Augusto las novedades últimas.

- "*Dómine*, durante mi viaje sólo he cosechado noticias faustas, favorables todas ellas. Os las referiré en primer lugar.

Hay *epískopo* nombrado en 60 nuevas ciudades, las que figuran en la lista que os entrego. Disculpad si la presentación es deficiente, pero no he querido esperar a que me hicieran una copia más acorde con su destinatario. Al lado de cada ciudad está indicado el nombre de su *epískopo*, salvo vuestra mejor indicación. Puedo aseguraros que todos ellos son de mi entera confianza. Me resulta obligado deciros que dos obispos, el de *Cesarea* de Siria y el de *Nicomedia*, son elección de Eusebio, el director del equipo de redacción."

Constantino asintió, en señal de aprobación. Osio no supo si la aprobación era a los dos últimos obispos, o a todo su relato. En cualquier caso, siguió adelante.

- "Las nuevas inquietantes, *Dómine*, me han llegado apenas he puesto los pies en *Nicomedia*."

Osio se dio un respiro. Trataba de interesar al Augusto en lo que iba a decirle. Lo logró. Constantino le dijo, impaciente.

- "¿Y cuáles son?"

- "Alguien se mueve detrás de los *epískopos* recién nombrados, *Dómine,* para … desvirtuar la doctrina contenida en los textos sagrados del Cristianismo. Me he enterado por estas cartas que tres de los *epískopos* recién nombrados han enviado en mi ausencia. Vedlo por vos mismo."

Y le tendió las tres cartas.

Constantino las leyó detenidamente, con el ceño fruncido. Cuando las hubo leído, se dirigió a Osio, con el semblante airado.

- "Transmitid vos mismo mi orden a ese Eusebio, el obispo de mi capital, que venga a verme inmediatamente."

- "Así se hará, *Dómine*."

Y haciendo una profunda reverencia, Osio salió del despacho, sin volver la espalda a su Augusto. Estaba satisfecho. Nadie tenía derecho a modificar ni un ápice de los textos sagrados, que habían sido aprobados por el Augusto. De lo contrario, todo su trabajo no serviría para nada. Osio no se fijaba en lo que había escrito en los textos. Tampoco le interesaba. Para él lo fundamental era que nadie podía desobedecer al Augusto. Y como él era el portavoz del mismo, nadie podía desobedecerle a él. Arrio y Eusebio se le estaban enfrentando, estaban actuando contra su labor, ayudar al Augusto a extender el Cristianismo en el Imperio. E iba a oponerse a ellos con toda su energía. Ambos iban a saber quién era él.

Ese mismo día, Eusebio, obispo de *Nicomedia* acudió a la llamada de su Augusto. Su amigo Eusebio ya lo había previsto:

- "No nos engañemos, ahora tiene que llegar la reacción. Y partirá del Augusto. Tiene tanta importancia lo que se logre con los *epískopos*, nuestros colegas, como lo que se haga con el fin de atraer al Augusto. A fin de cuentas, todo depende de él."

Y ahora Eusebio, *epískopo* de *Nicomedia*, iba a dar el primer paso en la difícil tarea de atraerse al Augusto. Pasado a su presencia y habiéndose arrodillado ante él, se levantó al oír la voz seca de su superior.

- "Tenéis que explicarme qué es esa labor que realizáis a mis espaldas y sin mi consentimiento."

Eusebio iba ya preparado para una reprimenda aún mayor.

- "Mi Augusto, no hay ninguna labor hecha a vuestras espaldas. Se trata de empezar a enseñar a los ciudadanos del Imperio la nueva creencia que vos deseáis. Y para eso nosotros, los obispos, debemos aprender rápidamente, porque ninguno de nosotros tiene experiencia en este tipo de enseñanza. Como obispo de la capital de Asia, me pareció que debía tomar la iniciativa y convocar a los demás obispos, para que aprendiéramos unos de otros. Pusimos en común nuestras experiencias, no muy amplias, y todos salimos enriquecidos de la reunión."

Constantino parecía desconcertado.

- "Ésa no es la información que yo poseo. Según lo que me han dicho testigos presenciales, asistentes a vuestra reunión, elimináis parte de las enseñanzas y dais importancia a otras. Y eso sí es desobedecer mis órdenes."

Eusebio hizo ademán de reflexionar. Negó con la cabeza, como si estuviera hablando consigo mismo. Y luego, mirando fijamente a su Augusto, respondió:

- "La única explicación que se me ocurre, mi Augusto, es que quienes os han informado interpretaron mal lo que se dijo en la reunión. Todos estuvimos de acuerdo en que la primera labor era catequizar a los que deseaban hacerse cristianos, y que para eso hay que dejarles clara la doctrina a seguir, para asemejarse a Jesús, el Cristo.

Y que esa doctrina está perfectamente explicada en los dos Evangelios que poseen, el de Mateo y el de Juan. Que luego ya les insistiremos en la cualidades del Hijo de Dios. Pero que lo primero es la doctrina. No se me ocurre en qué os hayamos desobedecido. Más bien me atrevería a decir que ha sido lo contrario, lo que hemos intentado ha sido ver la manera de cumplir mejor vuestra voluntad."

Eusebio parecía desolado. Constantino dudaba. Al cabo de un rato de pesado silencio, el Augusto ordenó:

- "Está bien. Sea como sea, no quiero más iniciativas por parte de ningún *epískopo*. Ya tendréis órdenes mías. Retiraos."

Y Eusebio se retiró, satisfecho de cómo había pasado la prueba de fuego. Ahora había que esperar.

Por su parte, Constantino se sintió navegando en aguas procelosas y extrañas. Él sabía cómo habérselas con un general romano enemigo, con una hueste bárbara, en una emboscada artera, pero no sabía cómo discutir con hombres de Letras, con jurisconsultos, con magistrados y con *epískopos*. Notó que se sentía ganado por el último argumento que oía. Y eso le quitaba toda seguridad en sus propias ideas. Necesitaba alguien que le asesorara en asuntos religiosos. Antes tenía a Lactancio, pero, tras su muerte, se había quedado solo en ese terreno.

Inmediatamente pensó en su amigo Eusebio, pero enseguida lo descartó. En temas de autoridad sobre el Imperio había que tomar medidas que no deseaba someter al criterio de Eusebio. Era demasiado elevado, demasiado filósofo, y no sabía de las cosas del mundo. Osio sería mejor asesor. Él había viajado mucho y tenía mundo. También tenía estudios y hablaba varios idiomas, como Eusebio. Pero le aventajaba en trato con las gentes. Si Eusebio era un teórico, Osio era un hombre eminentemente práctico. Estaba decidido, Osio sería su asesor.

Le hizo llamar y le nombró su asesor para todo lo relacionado con el Cristianismo. Osio se deshizo en galanterías y agradecimientos, postrado a sus pies. Ya sentado ante su mesa, Constantino le dijo lo que había obtenido de Eusebio, el obispo de *Nicomedia*. En opinión de Osio, la clave estaba en Alejandría, donde había empezado la disensión, con la amplitud que ésta tuviera, y que convenía averiguar cuando antes.

- "¿Y qué sugerís? ¿Cómo hacer desaparecer esa disensión, todo lo amplia o lo mínima que sea?"

- "*Dómine*, si os parece adecuado, yo podría partir con una misiva vuestra personal al *epískopo* de Alejandría, ordenándole llegar a un acuerdo con su ayudante. Localizar a éste y obligarle a acomodarse a vuestras instrucciones, que nada me costará dárselas. Ninguno de los dos puede desobedeceros. Y con esta gestión se habrá terminado la disensión.

Si vuelve a haber alguna perturbación por parte de algún *epískopo*, siempre quedará como posibilidad convocarles a todos, como se hizo en *Arelate*, y ponerles las cosas claras, logrando un compromiso jurado de todos ellos a vos. A fin de cuentas, son como funcionarios bajo vuestra autoridad. Y deben hacer lo que vos deseéis."

Constantino se felicitó de su decisión, Osio tenía más experiencia incluso que él para el trato con civiles. No había hecho otra cosa en toda su vida.

- "Me parece adecuado. Volved mañana, dispuesto a desplazaros a Egipto. Lo haréis por la posta imperial. Llevad una escolta de doce jinetes. Hablad de los detalles con el Prefecto del Pretorio."

Capítulo 182

Osio en Alejandría.

Año 324

Osio estaba dispuesto a hacer valer su reciente nombramiento. Tenía pensado un plan que, sin duda, iba a agradar a su Augusto. Apenas tendría que emplear más tiempo del previsto para desplazarse a Alejandría, pero lograría que su viaje ganara en efectividad.

Tener autoridad, poseer *Imperium*, como se decía entre quienes lo tenían por algún tiempo, era algo grande. Suponía dominar la voluntad de las gentes. Y eso era más satisfactorio incluso que tener todas las mujeres que desees, o una fortuna en denarios. Porque con dinero, siempre habría alguien que tendría más que tú. Y no siempre se lograba concitar voluntades a base de dinero. Se conseguía con los desgraciados, pero no con los potentados. Con éstos era al revés, bastaba que supieran tus deseos para que se opusieran por sistema.

Su viaje duraría hasta bien entrado Febrero. Sería impensable hacerlo en las *Galias*, ni en la *Tracia*, por tales fechas, pero en Siria y Egipto, se podía viajar casi durante todo el año, siempre que se hiciera por la carretera de la costa. Fue la que siguió Osio hasta llegar a *Seleucia Pieria*, el puerto de mar de *Antioquía* sobre el *Orontes*, también llamada *Antioquía Epidafne*, por el vergel de ese nombre que crecía en sus inmediaciones. De *Seleucia* mandó, a través de un mensajero, una corta misiva a Melecio, el obispo de *Edesa*.

"*Osio, desde Seleucia Pieria, a Melecio, epískopo de Edesa. Salud.*

Bajad de inmediato a Seleucia. Necesito veros al volver de Alejandría. Imprescindible. Cuidaos."

Y prosiguió su marcha hacia Alejandría, adonde llegó a finales de año. Se entrevistó con Alejandro. No había nada como el trato en directo para llegar al fondo de los problemas. No obstante, advirtió a su hombre:

- "No quiero que exageréis el problema, necesito que seáis objetivo y preciso. Referidme exactamente vuestra discrepancia con Arrio, vuestro ayudante."

- "No exageraré, *Dómine*, no necesito hacerlo. Ante la denuncia puesta por mi mejor ayudante, Atanasio, interrogué a varios neófitos, que recibían catequesis de Arrio. Supe entonces que él les enseñaba que Jesús, el Hijo de Dios, no era tal, sino que era sólo un Maestro, como los Maestros griegos. Un Maestro que enseñaba el camino hacia la virtud. Nada les contaba de sus milagros, ni de que hubiera resucitado. Sólo les explicaba la doctrina que se encuentra en los textos recibidos.

Eso me parecido una deformación grave de la enseñanza a inculcar en nuestros catecúmenos. Por eso le llamé para decírselo, pero no lo aceptó y se marchó de la ciudad. Su familia me dijo que había ido a *Nicomedia*, y no sé más."

Esta última información le pareció muy interesante a Osio. Si había ido a *Nicomedia*, había ido a visitar a Eusebio, su obispo. Por tanto, había una relación entre la iniciativa de Arrio y la convocatoria de la reunión de *Nicomedia*. Eso sólo ya justificaba su viaje a Egipto. Instó a Alejandro a seguir fielmente sus instrucciones y a advertirle de cualquier otra novedad que se diera. Al día siguiente, volvió con su escolta hacia *Beritus*.

En *Beritus* tuvo una corta entrevista con su obispo. Éste le refirió que la principal novedad de la reunión de *Nicomedia* había sido la de que Jesús, el Cristo, era sólo un Maestro de Sabiduría, no el Hijo de Dios. Y que apoyaron decididamente esta postura tanto el obispo de *Nicomedia*, como otro Eusebio, obispo de *Cesarea* de Siria, que era historiador.

Éste fue otro descubrimiento de su viaje. Osio pudo confirmar este extremo en su entrevista con el *epískopo* de *Edesa*, al que encontró esperándole en *Seleucia Pieria*. Sin saber nada de lo que el de *Beritus* le había referido, el testimonio de Melecio coincidía exactamente con el anterior. Y ambos encajaban perfectamente con la postura de Arrio, en Alejandría. Estaba claro, al menos los tres indicados formaban parte de una facción decidida a enfrentarse al Cristianismo. El Augusto debía saberlo lo antes posible. Las jornadas que restaban hasta alcanzar *Nicomedia* se le hicieron eternas a un Osio impaciente por referir al Augusto lo que había averiguado en su viaje.

Finalmente, llegó a *Nicomedia* y le faltó tiempo para presentarse en Palacio y solicitar ser recibido por Constantino. Como ya había sucedido con anterioridad, éste estaba impaciente por recibir noticias de su enviado.

- "*Dómine*, traigo noticias por demás valiosas. Me permití hacer una modificación al viaje. Envié, al pasar, un mensaje al obispo de *Edesa*, para que bajara a la costa de Siria y me refiriera lo sucedido en la reunión convocada por nuestro obispo. Y con este aviso cursado, me llegué a Alejandría.

Su *epískopo*, Alejandro, me refirió la desviación de Arrio, que consiste en negar la divinidad del Cristo, y rebajarlo al papel de un simple Maestro de Sabiduría, al modelo de los Maestros griegos. Pero añadió que había sabido, por familiares de Arrio, que éste, cuando dejó Alejandría, se vino a *Nicomedia*."

Osio hizo un alto en su exposición. El Augusto seguía su relato claramente interesado. Prosiguió.

- "Al subir desde Alejandría, paré un día en *Beritus* y me vi con su obispo. Me ratificó lo que ya sabía, que la desviación consiste principalmente en negar la divinidad del Cristo y hacer de él un Maestro de Sabiduría. Y, por fin, me vi con Melecio, el obispo de *Edesa*. Que afirmó ser cierto lo que habían indicado los otros dos. Ambos me informaron, separadamente, de que Eusebio, obispo de *Cesarea Marítima*, el historiador, forma también parte del complot. Intervino activamente en la reunión, apoyando a Eusebio, el obispo de *Nicomedia*, en sus planteamientos."

Osio esperó alguna reacción por parte del Augusto. Éste se había quedado pensativo. Constantino se quedó perplejo al oír que Eusebio, su amigo Eusebio, formaba parte del complot para desvirtuar el Cristianismo, para quitarle uno de sus pilares principales, que el fundador del Cristianismo era el mismísimo Hijo de Dios. Él se lo había oído decir a Lactancio muchísimas veces, era vital la creencia en tal hecho. Era lo que daba autoridad a toda su doctrina, y convertía al Cristianismo en la única religión verdadera. Tenía que haber algún otro cerebro por encima de Eusebio. Y su pensamiento se fue de inmediato a su cuñado, a Licinio.

¡Tenía que ser él! De alguna forma, sin él saberlo, burlando la vigilancia de los guardias, había logrado comunicarse con Eusebio, y le había dado algunas claves de la ficción que estaban divulgando. Por eso Eusebio se atrevía a asegurar que algo era falso en los textos cristianos.

Constantino dudó si sincerarse con su asesor en temas religiosos y explicarle que había una persona que sabía parte de la verdad sobre los textos, su cuñado. Prefirió hacerlo a medias, en plan hipotético, sin dar nombres.

- "Suponeos que hubiera un hombre que supiera, desde antes del Sínodo de *Arelate*, parte de mi plan de promover el Cristianismo por mis Prefecturas. Porque yo, personalmente, se lo hubiera confiado.

Suponed que ese hombre hubiera hecho analizar los textos sagrados cristianos por personal competente y hubiera sabido que gran parte de ellos eran copia de otros textos sagrados anteriores. Suponed que ese hombre tuviera antaño mucho poder, pero ahora estuviera en mis manos. ¿Cómo me aconsejaríais actuar con ese hombre?"

Osio reflexionó sólo por unos instantes.

- "Yo no dudaría, *Dómine*. Haría desaparecer ese peligro de inmediato. Están en juego grandes cosas para que todas se arriesguen por una sola vida."

- "¿Lo haríais aunque formara parte de vuestra familia?"

Osio ya sabía a quien se refería su Augusto, pero la última pregunta se lo confirmó. Con voz firme respondió:

- "Aunque formara parte de mi propia familia, *Dómine*."

¿Qué perdía él porque se ajusticiara al anterior Augusto de Oriente? Constantino se quedó mudo, reflexionando. Se creó un silencio largo, denso. No era él, Osio, quien debía romperlo, interrumpiendo las reflexiones del Augusto.

Éste se dio cuenta de que no estaba solo. Luego pensaría más sobre aquel asunto. Antes era necesario reaccionar ante todo lo que estaba sucediendo. Ahora tenía un consultor sobre temas religiosos.

- "¿Qué me aconsejáis hacer para atajar tanta desviación?"

Osio lo había pensado una y mil veces, durante su viaje de vuelta. Era necesario otro Sínodo, en todo similar al de *Arelate*, pero haciendo gala de toda la autoridad del Augusto, para cortar por lo sano la conspiración en marcha. No obstante, había pensado hacer una petición a su Augusto. Comenzó respondiendo a su pregunta.

- "Un Sínodo, *Dómine*. Un Sínodo como el de *Arelate*, al que asistáis vos, y con vuestro poder traigáis al orden a cuantos se han desviado. Sólo vos podéis hacerlo."

Constantino pareció estar de acuerdo. Hizo un signo de asentimiento con la cabeza. Aprovechando el silencio que siguió a su proposición, Osio hizo otra.

- "*Dómine*, lo he pensado mucho al volver desde Alejandría. Y quisiera pediros una merced para los *epískopos* designados por mí, en vuestro nombre."

Constantino levantó la vista y le miró con expresión interrogante.

- "Decid."

- "Que vuestro castigo por sus veleidades sea, como máximo, el destierro, sin incautación de sus bienes. Pueden haber cometido errores, pero son sólo errores de pensamiento. Y pueden ver claro un día, arrepentirse, y volver al camino debido. No sería un buen precedente que alguno de ellos perdiera la vida por equivocarse en la manera de serviros."

Constantino pensó por un instante, antes de responder.

- "Os lo garantizo, mi buen Osio. Ninguna de ellos perderá la vida, ni sus bienes."

Osio se arrodilló ante su Augusto.

- "Os lo agradezco, *Dómine*."

Cuando se hubo levantado, Constantino hizo una seña con la mano y Osio entendió que la entrevista había terminado.

Capítulo 183

Ejecución.

Año 325

En el ala Este del Palacio imperial de *Tesalónica* el tiempo parecía haberse detenido. Cada día era exactamente igual al anterior. La última novedad, se habían prohibido las salidas de la

zona restringida también a Constancia. Ésta lo achacó a la visita de Crispo. Lo comentó con Licinio. Y éste vio confirmada su sospecha: Su cuñado les temía. Por eso les impedía el contacto con el mundo exterior.

Y, a raíz de la visita de Crispo, él había confirmado que era su negativa a propagar el Cristianismo en su territorio la razón por la que su cuñado lo había atacado. Ahora, con todo el Imperio bajo su mando, podría hacerlo sin ningún obstáculo. Pero, a lo que parecía, él, desde su prisión - porque prisión era aquella reclusión, sin comunicación alguna con el exterior - seguía suponiendo un problema. Por eso su cuñado le impedía contacto alguno con el mundo exterior.

Esto inquietaba a Licinio, aunque nada había comentado con su esposa. Sabía de la nula palabra de su cuñado. Por eso, el juramento hecho a Constancia - y que sólo ella había escuchado - no le parecía en absoluto la garantía de vida que para Constancia suponía. Ella estaba tranquila sobre el futuro, y él la dejaba seguir así. Pero, por su parte, temía que cada día de su vida fuera el último.

Esta sensación de que cada día era un regalo, que podía ser el último, le hizo disfrutar al máximo de los pequeños placeres cotidianos. Disfrutaba del sol, cuando lo había. Abría los ventanucos de que disponían sus habitaciones y dejaba crearse corriente, para que el aire húmedo de *Tesalónica* circulase libremente por ellas. Pidieron permiso para poder bajar al patio, dotado de un amplio jardín, que se divisaba desde algunas de sus habitaciones, pero les fue negado.

Se dedicaba a su hijo. Liciniano tenía ya diez años. Era un chico despierto, alegre, extrovertido, nervioso. Hablaba mucho con su madre, y, desde que estaban en *Tesalónica*, su padre hablaba mucho con él. Hablaban de las cosas que interesaban al niño, y a veces su padre le hablaba de lo que sería de mayor. El pequeño quería ser legionario unos días, y bombero, otros. Un día el niño le preguntó:

- "Papá, ¿por qué estamos siempre en la misma habitación? ¿Por qué no salimos a la calle?"

Licinio respondió, poniendo cara seria.

- "Hijo, de un tiempo a esta parte han cambiado las condiciones de nuestra vida. Tenemos que acostumbrarnos a cada cosa, según venga. Antes vivíamos con más lujo, con sirvientes, en un Palacio muy grande. Ahora nos toca vivir más humildemente. Y debemos aceptarlo. Todo lo que sucede en la vida sin que tú lo quieras, debes aceptarlo. ¿Comprendes lo que te digo?"

El niño se había puesto serio también. Por un instante Licinio tuvo la sensación de estar conversando con una persona mayor.

- "Sí, papá. Pero a mí me gustaría poder ver a mis amigos y jugar con ellos."

- "Algún día los verás, hijo. Quizás tarde un poco, pero algún día esto acabará y volverás a jugar con ellos. Estate tranquilo."

El niño se conformó y volvió con su madre.

Licinio había pedido ver a Constantino, pero también se le negó. Pensaba preguntarle de qué modo podía él dejar de ser una amenaza. ¿Necesitaba que firmara algún documento de renuncia? ¿Quería exiliarlo al extremo más lejano del Imperio?

¿De qué modo podía convencerle de que había aceptado su pase a la vida privada y no tenía ningún tipo de ambición personal, de mando, ni de nada? ¿Cómo podía garantizarle que se conformaba con vivir con su familia hasta el fin de sus días? Tenía a su esposa, tenía a su hijo, y tenía sus libros. No necesitaba nada más para vivir confortable y pacíficamente.

Desde hacía unos cuantos años el amigo de uno de sus generales, que era escritor, aunque no de gran fama, le había explicado cómo se escribían los libros. El autor los dotaba de una estructura, le había dicho. Se podía seguir esa estructura de forma parcial o completa. De forma parcial se hacía contando las palabras y anotando, en una pizarra, los *Sumatoriales* e *Ianuales* que se hallaran. Al final del capítulo - porque el capítulo era la unidad para contener una estructura –

se sumaban los hitos hallados y se comparaba con la cantidad de los mismos que se podían deber al azar. Así se veía el esfuerzo que había hecho el escritor. La norma universal era que, al menos, los hitos colocados por el autor fueran el doble de los que formaría el azar.

La forma completa de seguir una estructura era anotar cada total y buscar la combinación de números que el autor había logrado con ese total. Así se veía si componía el escrito buscando mantener la línea de desarrollo, o simplemente se guiaba de la Tabla, y sólo se ocupaba de pasar por los hitos. Así se distinguían si el autor cuidaba las líneas de desarrollo o no lo hacía. El trabajo era muy superior, pero se sacaba todo el fruto de una obra. Es lo que hacía él. Con ese trabajo sabía todo lo que había pensado el autor conforme escribía. Y eso le parecía una aventura fascinante. Además, no se había traído sino dos docenas de obras, históricas sobre todo, y debían durarle el mayor tiempo posible.

Claro que por encima de los libros y de su hijo estaba su esposa. Su compañía le resarcía del abandono y del desprecio que mostraba hacia él su cuñado. La única cosa buena que Constantino había hecho era haberle puesto en brazos de Constancia. Su esposa, pensaba Licinio, era un ser perfecto. No sólo su cuerpo se mantenía joven y terso, sino que - y sobre todo - su carácter seguía siendo inocente, entregado, lleno de ilusión por la vida. Constancia pertenecía a ese escaso grupo de personas a las que la edad no les cambia el carácter y que mantienen una eterna juventud interior.

Pero, además de ser tierna y comprensiva con él, se había dado cuenta de que en ocasiones sacaba de su interior una energía que le dejaba sorprendido que se diera en un cuerpo tan frágil como el suyo. Cuando su primera derrota, siete años atrás, fue la primera vez que lo apreció. Le sirvió de sosiego tener sus frases tranquilizantes cuando acababa el día; a veces bien entrada la noche, cuando regresaba de estar con sus mandos. Pero sobre todo en estos últimos meses, tras las dos derrotas sucesivas. Y no sólo su consuelo y su compañía, la negociación que ella había llevado a cabo con su hermano, Constantino, la había llevado sin una fisura, como si estuviera acostumbrada en este tipo de lides. Cosa que él sabía que no era así.

Por todo ello, cada día la admiraba más y encontraba más placer en conversar con ella y en tratar de averiguar cuál era la fuente de esa fuerza interior que había demostraba poseer en cada ocasión difícil que lo requería. Ella siempre le respondía que todo eso se lo había enseñado Eusebio, el bibliotecario jefe de *Augusta Treverorum*, que les enseñaba, a Crispo y a ella, cómo ser fuertes y saber disfrutar de la vida. Licinio pensó que hubiera sido muy deseable tener una persona así como preceptor en la juventud. Pero eso no tenía ya solución.

Había llegado la primavera. Sabía por Constancia que Constantino residía también en Palacio. Apenas se había iniciado el mes de Abril, cuando una mañana entraron en el vestíbulo de la zona donde residían un grupo de soldados de la guardia del Augusto.

Licinio los reconoció por sus uniformes, más lujosos que los habituales. El oficial al mando le dijo escuetamente, con un rostro impersonal:

- "Preparaos. El Augusto quiere veros."

Licinio pensó que al fin su cuñado entraba en razón y aceptaba dialogar con él. Constancia acudió al vestíbulo, inquieta. Él la tranquilizó.

- "No te preocupes, tu hermano quiere verme. Lo estaba esperando."

Se retiraron ambos a sus habitaciones, y allí Licinio se puso sus mejores galas. Su cuñado estaría asimismo con su mejor uniforme. Él no quería ser menos. Cuando estuvo listo, se despidió de Constancia, la tranquilizó de nuevo, y salió con los guardias.

- "Vayamos", dijo, y salió con ellos.

Licinio no conocía el interior del Palacio de *Tesalónica*. Pero se sorprendió, porque le pareció que bajaban demasiadas escaleras. Ellos residían en el primer piso y habían bajado más de dos pisos. Cuando dejaron atrás las escaleras, se dio cuenta de que estaba en los sótanos. Esto

le sorprendió mucho. No le veía sentido. Pero no tuvo tiempo de poner en orden sus ideas. Enseguida entraron en una sala más amplia y al fondo de la misma estaba su cuñado. Vestía el uniforme de campaña, no se había preparado para la ocasión, como él esperaba. A ambos lados, un poco separados de él, se encontraban varios mandos militares, a alguno de los cuales recordaba del momento de su rendición y entrega a su cuñado. Todos estaban de pie. Él, también.

Constantino habló con voz áspera y cortante.

- "Valerio Licinio Liciniano, estáis ante nuestra presencia para responder de una acusación de traición que pesa sobre vos. Habéis conspirado para impedir los planes de vuestro Augusto, a pesar de la palabra dada de no actuar jamás en contra mía. Años atrás os confié mis planes y vos os habéis aprovechado de mi confianza para volver tales informaciones contra mí. Eso es un delito de alta traición. ¿Qué tenéis que responder?"

Licinio no perdió el tiempo en sorprenderse. Ya sabía lo traidor que era su cuñado. Vio con claridad meridiana que no debía hablar para él, sino para todos sus acompañantes. Por eso dijo:

- "Como ciudadano romano que soy, reclamo un juicio según el Derecho romano. Reclamo un defensor y poder preparar con él mi defensa. Exijo un tribunal formado por magistrados y un fiscal. De lo contrario, esto será una farsa, no un juicio."

Constantino, casi gritando, respondió:

- "Vuestra traición os ha hecho indigno de todo derecho. Sólo el de responder cómo os declaráis, si culpable o inocente."

Licinio, sin gritar, pero con voz firme, respondió:

- "Reclamo un juicio con un juez, un fiscal y un defensor. No responderé a ninguna pregunta si no es en un juicio auténtico."

Constantino guardó silencio por unos momentos.

- "Vuestra negativa a responder me obliga a pensar que vuestra respuesta debe ser la de culpable, y que todas vuestras artimañas no son sino una manera de encubrir vuestra culpabilidad. En caso de no obtener respuesta, consideraré que ello sólo es porque os negáis a declararos culpable."

Licinio también pensó por un tiempo. Tal vez no tuviera otra ocasión de hablar.

- "Si vos, Constantino, hijo de Constancio, Augusto del Imperio, sois capaz de juzgar a un hombre como yo, constituyéndoos a la vez en fiscal, en defensor, en juez y os permitís también interpretar mis respuestas a vuestra conveniencia, todo lo que Roma ha representado en el pasado es cosa del pasado y está siendo pisoteado hoy, aquí, ante muchos testigos. No me duele dejar un Imperio así. Soy inocente de esos cargos."

Se hizo un silencio absoluto. Al cabo de un rato, Constantino preguntó:

- "¿Qué pruebas podéis aportar de vuestra supuesta inocencia?

- "Las prepararé con mi defensor y las presentaré en el juicio, ante el juez."

Constantino, de nuevo gritando, respondió.

- "¡¡Ya os he dicho que el juicio es aquí y ahora!! ¡¿Qué pruebas tenéis de vuestra inocencia?!"

Licinio, con calma, respondió.

- "Tengo las mismas que vos habéis exhibido de vuestra acusación. He estado recluido, nadie me ha visitado, con nadie me he comunicado. Eso lo saben bien vuestros carceleros. No estoy en condiciones de conspirar contra nadie. Y mi sentido del honor, que no me ha abandonado, me impide hacerlo contra quien me ha vencido y ha jurado a mi esposa respetar mi vida. Es vuestra palabra contra la mía.

Si en el Derecho romano está permitido ejecutar a un hombre por la palabra de un solo testigo, en tal caso no tengo salvación. Pero de la falsa acusación con la que se me calumnia, soy inocente."

- "Está claro que palabrería no os falta. De poco os ha servido vuestra arenga. No somos un ejército dócil y sometido a vos. Y puesto que no sois capaz de presentar prueba alguna de vuestra inocencia, yo os declaro culpable y os condeno a muerte. Seréis estrangulado, como ordenan nuestras leyes para los casos de alta traición. Le sentencia se ejecutará ahora mismo."

Todo debía estar ya hablado, porque no hubo la menor reacción por parte de los mandos militares. Todos permanecieron imperturbables. Los soldados de la guardia imperial le agarraron por detrás. Le ataron las manos a la espalda. Trajeron de la sala contigua una silla. Licinio la conocía. Era una banqueta de madera con un respaldo especial. El respaldo era un poste, también de madera. Contra ese poste se anudaba la cuerda que se pasaba antes por la garganta del reo. La cuerda se anudaba y se retorcía con un palo, estrangulando al desgraciado que habían sentado en la silla.

Licinio no se resistió. Sabía que era inútil. Al menos, moriría con dignidad.

Poco después sus piernas se quedaron quietas. Su cara estaba roja. La boca abierta. Su cuello, morado. El anterior Augusto de Oriente había muerto.

Los mandos situados a ambos lados de Constantino firmaron un documento que decía:

"*En el día de hoy, cuatro, del mes de Abril, año vigésimo primero de Constantino, Augusto del Imperio, en Tesalónica, Macedonia, ante los abajo firmantes, ha sido ejecutado por alta traición Licinio, anterior Augusto de Oriente. Publíquese este edicto en todas las Diócesis del Imperio.*"

Firmaban el edicto el Augusto Constantino y ocho miembros de su Estado Mayor. Con esta medida Constantino esperaba que los opositores al Cristianismo supieran que no contaban ya con apoyo alguno en las alturas, y cesaran en su conspiración.

Capítulo 184

Preparativos de *Nicea*.

Año 325

El edicto sobre la ejecución de Licinio llegó a *Augusta Treverorum* a finales de Abril. En la residencia imperial de *Palatiolum*, al Norte de la capital, produjo una enorme conmoción. Todos quedaron estupefactos. No se explicaban cómo las relaciones entre Constantino y Licinio se habían deteriorado hasta el punto de que uno conspirara contra el otro, y éste se viera obligado a ordenar su muerte.

El que más se sorprendió por la noticia fue el último que se enteró, Crispo. Sabía del juramento que su padre había hecho a Constancia y no comprendía qué fuerza había llevado a su padre a quebrantar su juramento. Máxime cuando estaba hecho a una hermana, y versaba sobre la vida del marido que él le había buscado en un momento en que necesitaba el concurso de ella para

mejor llevar las riendas del Imperio. A Crispo todo le parecía un despropósito. Pero no había duda sobre la veracidad de la noticia. La firmaba el propio Augusto y toda su plana mayor.

Estaba pensando en escribir a Constancia, aunque le costaba esfuerzo encontrar algo que pudiera servirle de consuelo, máxime en la distancia. ¿Qué iba a decirle él, que gozaba de dos mujeres a la vez, a alguien que acababa de perder, y de esa manera, a su esposo? Y entonces llegó la carta de Constancia. No iba dirigida a nadie en particular. La dirigía a su familia, a todos. Y decía:

"*Constancia, viuda de Licinio, que fuera Augusto de Oriente, desde Tesalónica, a mi familia. Salud.*

Sabréis la horrible noticia, mi hermano, el Augusto, ha asesinado a mi esposo. Porque no ha habido ninguna conspiración, en absoluto. Mi esposo sabía mantener su juramento; mi hermano, no.

Cuando intervine para acordar un pacto entre ambos, tras Crisópolis, me juró por todos los dioses que respetaría su vida. Falso. Falso el juramento y falso él. Constantino no tiene honor, ni palabra, ni dignidad. Es indigno del lugar al que su habilidad con las armas, que no tiene otro mérito, le ha izado.

Imaginaréis por lo que estoy pasando. Mi mundo se ha destrozado, con él mi alegría murió. Licinio era un hombre bueno, incapaz de la traición con la que le difaman. Quiero vivir con vosotros, con mi hijo, Liciniano. Pero no puedo acceder al Augusto. Rogadle por mí, para que me deje ir. Os necesito."

Si el edicto había causado consternación, la carta de Constancia produjo horror. Constantino no tenía un solo defensor en *Palatiolum*. Ni Teodora, ni Minervina, ni tampoco Crispo podían defender al Augusto. Mal podían justificar la muerte de Licinio, pero menos aún podían entender su comportamiento con su hermana Constancia. Y peor aún si Licinio, como aseguraba Constancia, nada había hecho para merecer la muerte.

Crispo no pudo aguardar por más tiempo. Primero escribió a su padre. Lo hizo desde *Palatiolum*, con la presencia, siempre tranquilizadora, de Elena, su esposa, y teniendo a ratos a sus pies a su pequeño Claudio. No iba a decir a su padre todo lo que sentía hacia él. Sería contraproducente. Debía pensar sólo en Constancia, en librarla de la soledad y de los recuerdos que sin duda tendría en *Tesalónica*, lugar al que nunca estuvo ligada. Con la idea de que debía, muy a su pesar, halagar a su padre, para conseguir su aquiescencia, comenzó a redactar.

"*Crispo, César de las Galias, a Constantino, mi padre. Salud.*

Lamento, y profundamente, lo sucedido. Cuando vaya de nuevo a visitaros, si os parece, me contáis qué pasó, que debe haber sido muy duro. Quisiera ahora, en nombre de todos, transmitiros el deseo que tenemos, de manera unánime, de cuidar de Constancia. Dadle un salvoconducto, os rogamos encarecidamente, para que pueda descansar entre nosotros, los suyos. Ella también, pero sobre todo nosotros, os lo agradeceremos de corazón. Cuidaos".

Crispo leyó la carta a sus mayores, empezando por su madre. Les explicó, antes de leérsela, que la escribía pensando sólo en Constancia y en conseguir el permiso para que viniera a *Augusta Treverorum*. Todo lo demás era secundario. Y todos estuvieron de acuerdo.

Todos menos su abuela Elena. De hecho, Crispo no mostró la carta a su abuela. Pocos días atrás, cuando su abuela tuvo ambas informaciones, el edicto y la carta, justificó a su hijo por encima de todo. Algo habría hecho Licinio para merecer la suerte que su hijo le había tenido que dar. Y nadie logró moverla de esa postura. Esto alejó a Crispo de su abuela. Y a Elena, de toda la familia de su hijo.

La carta llegó a Constantino cuando estaba en pleno Concilio de *Nicea*. La leyó, pero la dejó pendiente de respuesta. Lo importante ahora era acabar con la conspiración.

En cuanto Constantino arregló el asunto de Licinio, a mediados de Abril, partió de *Tesalónica* con su familia, Fausta y los hijos, para *Nicomedia* (Izmit). Supo que Constancia había pedido audiencia con él, pero no tenía ganas de recibirla. Sin duda le iba a resultar molesta la entrevista. Tardaría mucho en volver por *Tesalónica*. Su *status* quedaba modificado: Podía escribir cuantas cartas quisiera, pero las que recibiera debían ser abiertas, copiadas y luego entregadas, abiertas. Visitas, ninguna. Así era mejor.

Cuando iba a llegar a *Nicomedia*, cambió de opinión. No le apetecía verse con Eusebio. No estaba seguro de qué postura adoptar con él. No podía ignorar lo que sabía que había hecho. Pero si lo hacía, tendría que desterrarlo. Eso como mínimo. Y le hacía falta que siguiera suministrando copias de los textos sagrados cristianos. Y ahora más que nunca, que se avecinaba el Sínodo y se duplicaba el número de *epískopos*. Esperaba que la noticia de la ejecución de Licinio bastara para parar el complot en que de manera insensata se había metido. Pensó escribirle un corto billete, encargándole algo sin importancia. De ese modo mantenía la relación y le daba un toque de atención.

Entraron unas horas en Palacio, para que Fausta recogiera lo que necesitaba, y siguieron camino de *Nicea* (Iznik), de la que les separaban menos de treinta millas. *Nicea* era una ciudad al Este del *Ascania Lacus* (Lago Iznik). Allí algún Augusto desconocido por Constantino, deseoso de huir del ajetreo de *Nicomedia*, se había construido un Palacio de verano. Constantino no tenía tiempo de recreos, ni podía darse vacaciones con la cantidad de asuntos que le esperaban, tanto en Asia como en la *Tracia* y la *Panonia*. Tenía suerte de que el Imperio *Parto* estuviera en un período de debilidad, con un monarca, Sapor II, que era un niño, y un regente que a duras penas mantenía a los nobles bajo control. Eso le dejaba las manos libres para hacer y deshacer en su Imperio.

Cuando pasó por *Nicomedia*, mandó un mensaje verbal a Osio para que cogiera sus papeles y se le reuniera en *Nicea*. Con el único con el que le apetecía conversar era con Osio. Osio le era fiel. Lo sería siempre. Era uno de esos hombres fieles de que le había hablado su padre. Alguien que no compartía la fidelidad a él con nada, ni con nadie.

Sólo le era fiel a él. De pronto lo pensó. Osio no tenía familia, no tenía creencias, no tenía ideales éticos, como tenía Eusebio. Algo había encontrado Eusebio en el Cristianismo que no encajaba con sus ideales filosóficos. Cuando tuviera ocasión, le preguntaría qué era. Porque algo debía haber. Si no, no osaría enfrentársele.

En *Nicomedia*, los dos Eusebios y Arrio, ignorantes de la supuesta relación de sus actos con la suerte de Licinio, ultimaban su estrategia de cara al Sínodo al que los dos Eusebios estaban convocados. Desde que Arrio llegara a *Nicomedia*, lo habían mantenido en un segundo plano. Querían dar la sensación de que la reacción contra el Cristianismo se basaba en iniciativas individuales. Arrio había aprovechado los meses de inactividad para componer un libro de canciones. Las canciones estaban en verso y se acomodaban a tonadillas populares, que todo el mundo conocía, sobre todo la plebe. En cada canción se indicaba qué tonadilla le era de aplicación. Compuso canciones a los marineros, a los pescadores, a los agricultores, a los fabricantes de calzado, a los peluqueros, a casi todas las actividades de los artesanos. En los versos se explicaban sus vidas con un ánimo optimista y no lejano al Conocimiento. Arrio decía que sus canciones era "Conocimiento con minúscula", y también "Conocimiento para andar por casa". Llamó a su obra "Zalia", que significa "Dicha, Felicidad, Alegría" en griego, el idioma en el que estaban escritas sus coplillas.

Llegado el momento de presentarse ante los demás *epískopos*, decidieron que Arrio fuera el ayudante de Eusebio, obispo de *Nicomedia*. Cada *epískopo* tenía derecho a hacerse acompañar por un ayudante. Arrio lo sería del obispo de *Nicomedia*. El otro Eusebio, el *epískopo* de *Cesarea* de Siria - adonde algún día volvería - convenía que adoptara el papel de árbitro, distanciándose, en teoría, de sus dos amigos.

La defensa de la postura la llevarían Eusebio de *Nicomedia* y su ayudante, Arrio. El otro Eusebio actuaría sólo cuando las circunstancias lo exigieran, y trataría de mostrarse como un conciliador, mediando entre los que defendieran a ultranza la divinidad de Jesucristo y los que, como sus dos amigos, defendieran que Jesús era un Maestro del Conocimiento. Constantino haría presidir el Sínodo a Osio. Pero Osio apenas era interlocutor válido. No sabía nada de las ideologías que se habían dado en el mundo con anterioridad. Y, por descontado, lo ignoraba todo sobre el Conocimiento. No le sería difícil a Eusebio adoptar el papel de árbitro. Porque tampoco el Augusto tenía ni la más remota idea de ideologías.

Toda la estrategia estaba basada en que, entre los tres, definieran dos campos. El defensor de la no divinidad del Cristo, y el intermedio. El otro campo ya habría quién lo defendiera.

Fue entonces cuando Eusebio recibió un corto mensaje del Augusto. Decía:

"*De Constantino, Augusto, desde Nicea, a Eusebio, en Nicomedia. Salud.*

Necesito llamar a la reunión, por más amplia que la anterior, de otro modo. Encontrad otro nombre. Cuidaos."

A Eusebio le costó apenas nada hallar la palabra adecuada: Concilio. En latín, "*concilium*" significaba asamblea, reunión, consejo. Y eso era lo que los *epískopos* formaban, una asamblea. Pero tardó varios días en responder con la solución. También Eusebio había acusado el efecto de la ejecución de Licinio por parte del Augusto. Mucho más por Constancia que por el propio Licinio, a quien no conocía. Pero la herida que se había infringido a su querida Constancia le dolía en el alma. La pobre niña …

Capítulo 185

La llave del laberinto.

Año 325

Ahora que toda la atención estaba en los preparativos de la inminente reunión de *epískopos*, Eusebio decidió que era tiempo ya de redactar lo que él llamaba "la llave del laberinto". Había colocado infinidad de firmas de **SIMON** en muchos textos cristianos. Pero era imposibles hallar esas firmas si no se decía en algún lugar cuál era la palabra que había que encontrar y a qué distancia del extremo de las frases había que buscarla.

Para dar esa información, eligió una obra, el Martirio de Policarpo. Dentro de las Cartas que había escrito como si fueran obra de Ignacio, *epískopo* de *Antioquia* de Siria, había incluido una a Policarpo, falso *epískopo* de *Esmirna*. Redactó un martirio de Policarpo. Cuando lo había hecho todo, en *Augusta Treverorum*, había finalizado el relato dando detalles del día en que había tenido lugar el martirio.

Ahora preparó un corto Apéndice. En él pondría la información clave y lo añadiría en las copias que ordenara hacer a sus escribas. Hasta ahora no se podía encontrar firma alguna. A partir

de ahora, sería posible. Siempre y cuando él pusiera en circulación el martirio con el Apéndice. Y eso lo haría cuando lo juzgara conveniente.

Debía avisar de que iba a revelar algo importante. Y a continuación debía colocar una firma de **SIMON** fácil de detectar.

En el Apéndice, indicó que Ireneo, discípulo de Policarpo, tenía el martirio de Policarpo recogido en una de sus obras y que un discípulo suyo, Gayo, copió el martirio. Otro escriba cristiano, Sócrates, en Corinto, lo copió de las obras de Gayo. Y finalmente, Pionio lo volvió a copiar.

Martirio de Policarpo. Final del Apéndice.

Yo *de nuevo, Pionio, todo lo anteriormente*
escrito *lo investigué, según revelación que recibí*
del bienaventurado Policarpo, como demostraré
en lo siguiente:

Aunque el lector no captara el mensaje oculto, ese "***yo - escrito - en lo siguiente***", era forzoso que leyera con gran atención las últimas líneas del texto. Y en ellas, en un texto sin apenas contenido, estaba, clara como el agua, la firma de Simón.

S*in dudar tomé los libros - consumidos por el tiempo,*

i*ntentando encontrar gracia - y que el Señor Jesucristo,*

m*e elija para su Reino - con todos sus elegidos.*

O*h Dios Padre, sé alabado - junto al Hijo y al Espíritu - por los siglos de los siglos.*

*Amé****n****.*

Las letras de la firma sumaban ocho espacios, contados a partir del extremo inicial de las frases. Con esa misma medida había construido Eusebio todas las firmas de **SIMON**.

El texto en griego era:

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]
[illegible]

Esta firma era la clave de todas las firmas escondidas en Evangelios y Cartas. Los Martirios de Policarpo que se habían copiado hasta ese momento no tenían el Apéndice. Cuando

él juzgara conveniente, los que se pusieran a disposición de los obispos lo tendrían.

Eusebio no podía correr riesgos. Si Constantino falleciera antes que él, pondría el Apéndice en marcha. Si el propio Eusebio caía enfermo, llamaría a Eutropio y le encomendaría que añadiera el Apéndice al Martirio de Policarpo.

Ahora que su misión redactora había terminado, pediría a Constantino que lo destinara a la Biblioteca de *Cesarea Marítima*. Estaba ya cansado de residir allá donde al Augusto le llevaran sus asuntos de armas. Aprovecharía que en *Nicomedia* estaba con Arrio y con Eusebio, ahora *epískopo* de *Nicomedia*, para contarles parte del asunto de la redacción. Las firmas sólo las descubriría cuando fuera conveniente, cuando él no corriera peligro de seguir el camino del anterior Augusto Licinio, morir estrangulado por alta traición.

Nota del Autor.

Posteriormente, al descubrirse esta firma, las autoridades de la naciente Iglesia alteraron este texto para disimular la firma. Añadieron unas palabras sueltas, en ***azul***, para deshacer el ritmo que tenía la redacción original, y cambiaron una letra, la "**O**".

S*in dudar tomé los libros -* ***casi*** *consumidos por el tiempo,*

i*ntentando encontrar gracia - y que el Señor Jesucristo,*

m*e elija para su Reino* ***celestial - junto*** *con todos sus elegidos.*

A *él se le dé la gloria - junto al Padre y al Espíritu - por* ***todos*** *los siglos de los siglos.*

*Amé****n****.*

El texto griego que, alterado en algunas versiones, ha llegado a nuestros días es:

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Capítulo 186

El Concilio de *Nicea*.

Año 325

El clima no respetó las previsiones del Augusto del Imperio, Constantino. Más de la mitad de sus mensajeros no pudieron entregar la citación para acudir a *Nicea* a primeros de Mayo. Habían quedado atrapados por las nieves y tuvieron que pasar gran parte de ese invierno en la estación de la posta imperial que había quedado bloqueada por el frío y las heladas. Su mensaje se pudo entregar a mediados o finales de Marzo.

En *Nicea*, desconocedores de ese extremo, los organizadores de la reunión y los *epískopos* de Asia, Siria, *Mesopotamia* y Egipto llegaron puntuales a la cita. Habían sido avisados con tiempo suficiente. Pero muchos obispos de Italia, *Panonia*, *Moesia* y *Tracia* no acudieron. Se les esperó, por orden del Augusto. Llegarían a *Nicea* poco a poco, y el Concilio no daría comienzo hasta el día 19 de Junio, cuando llegó el último de los obispos retrasados.

En ese mes y medio la animación no dejó ni por un momento de reinar entre los cada vez más *epískopos*, algunos con una idea definida sobre lo que se iba a discutir, y los más con dudas sobre qué postura adoptar, si la defendida por Eusebio, obispo de *Nicomedia* y su ayudante Arrio, o la propugnada por el que representaba al obispo de Alejandría, un joven ayudante, de nombre Atanasio. La balanza llegó a ser favorable a la versión de los de *Nicomedia*. Pero sólo hasta que habló en público Osio, el enviado del Augusto. Cuando todos los obispos supieron que el Augusto y Osio defendían la versión de que Jesús, el Cristo, era el Hijo de Dios, los partidarios de que fuera un Maestro de Conocimiento fueron disminuyendo, hasta no llegar a la docena.

Eso no era obstáculo para que, cada vez que llegaba un nuevo *epískopo*, todos se congregaran a su alrededor, se le pusiera al día de la pugna ideológica que se había planteado desde un principio, y se le pidiera, con no poco interés, su opinión. La situación no cambió y en víspera de iniciarse la reunión, los dos Eusebios y Arrio ya sabían que tenían perdida la partida, y que la versión dominante era, con mucha diferencia, la que contaba con el respaldo del Augusto. A pesar de todo se decidieron a sacar a relucir en el Concilio todos los argumentos que habían elaborado en favor de su versión del Cristianismo. Que todos supieran con todo lujo de detalles las contradicciones en que incurriría el que defendiera la versión de un Hijo de Dios bajado del cielo.

El dieciocho de Junio habían llegado ya todos los convocados, un total de sesenta y cuatro *epískopos*. Los últimos llegados eran de Italia y de las Prefecturas orientales en que el Imperio había quedado dividido por Diocleciano, aunque ahora todo él estaba bajo el mando de Constantino. Las reuniones serían en el Palacio imperial de *Nicea*, un palacio pequeño, sólo diseñado como estancia del Augusto, acompañado de su familia, y asistido por sus más inmediatos colaboradores. El Aula Palatina tenía capacidad para más de cien personas, y en él se distribuyeron los asientos para los sesenta y cuatro obispos, quienes formarían la presidencia y el propio Augusto.

La sesión inaugural dio comienzo al mediodía del día diecinueve. Constantino hizo su entrada cuando ya todos los *epískopos* ocupaban sus lugares correspondientes. Y lo hizo con el mayor boato y solemnidad. Trompas, pífanos y timbales sonaron a su llegada. Todos los convocados se pusieron en pie.

Vestía con su uniforme de gala y se cubría con una larga capa de púrpura y forro de piel blanca, luciendo multitud de joyas engarzadas en los bordes de la capa, también de color blanco. Sobre su cabeza, una corona de oro, con forma de laurel. Tras él iban Osio, a su derecha, y Eusebio, obispo de *Nicomedia*, a su izquierda.

El discurso de apertura corrió a cargo de Osio. Fue un elogio continuo de las nobles cualidades del Augusto, que se preocupaba no sólo del bienestar material del Imperio, sino también del bienestar espiritual. Fruto de esa preocupación era dar la debida acogida al mensaje del ser divino enviado a la tierra por el Dios Único. Para eso estaban allí reunidos, para concertar la respuesta del Imperio a dicho mensaje. Respuesta que no podía ser doble, sino única. De ahí la necesidad de debatir, a fin de que se llegara a la unanimidad que el Augusto deseaba.

Todo el discurso había sido preparado por Eusebio de *Cesarea*, pero con Osio a su lado, controlando lo que éste iba a poner en su boca. Osio desconfiaba internamente de Eusebio, pero seguía manteniendo con él el trato cordial que habían alcanzado desde hacía varios meses.

Eusebio se ocupaba de la forma, pero respetaba a Osio en los temas de fondo. No obstante, le sugería aspectos que Osio podía haber descuidado.

Entre ambos concretaron la forma que tendrían las sesiones y la manera de trabajar, por Comisiones. Cada Comisión contaría con al menos un *epískopo* de cada Diócesis en que se dividía el Imperio. Como consecuencia de las ideas aportadas por cada una de las Comisiones, se convocaría una Sesión Plenaria cuando hubiera asuntos que requirieran el acuerdo de la totalidad. Cada Comisión nombraría su portavoz y la junta de portavoces decidiría la convocatoria de las Sesiones Plenarias y demás formalidades. El Augusto acudiría sólo a las Sesiones Plenarias, y sólo si Osio, a la vista de la importancia del tema a tratar, solicitaba su presencia.

Lo obispos se reunirían en sesiones diarias, seis días por semana, menos el día del Señor, el domingo. Las sesiones serían de nueve de la mañana hasta el atardecer. A la vista de los acuerdos a que se llegase en las Sesiones Plenarias se concretarían los resultados del Concilio.

Eusebio se ocupó de que los pocos partidarios que quedaban de su versión del Cristianismo se repartieran en las diversas Comisiones, a fin de lograr mayor eco. Y les dio como consigna solicitar una Sesión Plenaria, donde dos portavoces elegidos de cada corriente expusieran la totalidad de sus argumentos.

Reunidas las Comisiones, en total siete, se llegó en cinco de ellas a la solicitud requerida por Eusebio. En la Sesión Plenaria del día siguiente tomó la palabra Arrio.

- "Amigos todos, tenemos ante nosotros un asunto de no poca responsabilidad. Nos contemplan siglos de antepasados ilustres, que se han ocupado de las creencias de los humanos y han aportado las soluciones que los dioses les han sugerido. Y debemos estar a su altura. No debemos tomarnos nuestra tarea a la ligera, ni dejarnos llevar de la comodidad, ni de las adulaciones. Debemos actuar en conciencia.

Confesando todos una misma enseñanza, una misma fe - en Jesús, el Cristo - adorando todos a un Dios Único, padre del Cristo, debemos destinar un mensaje a las gentes sencillas, que caminan en tinieblas, a los que nosotros debemos guiar hacia la luz. Y tenemos en los textos cristianos un mensaje de moral básica, imprescindible, adecuada a ese tipo de personas. Y unos relatos en concordancia con su carácter sencillo y favorable a lo sobrenatural, a lo portentoso, que dan relieve y enmarcan esa moral.

Pero también tenemos, en esos mismos textos, una enseñanza más elevada, de Conocimiento, propia de un Maestro. Debemos ofrecerla a quienes estén preparados para ella. Y vosotros, que sois los líderes de las futura comunidades cristianas, debéis distinguir el Conocimiento elevado de la moral elemental. Y no mezclar, ni confundir, lo que es diverso."

Un silencio sepulcral se extendió por el Aula Palatina al terminar Arrio su discurso. No había empleado todos sus argumentos. Como buen orador, se guardó los más incisivos para responder a la intervención de Atanasio, el otro portavoz. Éste tomó la palabra.

- "Amigos venidos de todos los rincones del Imperio a este sagrado Concilio. Estoy muy de acuerdo con mi colega, el ayudante del obispo de *Nicomedia*, en que debemos actuar en conciencia. No otra cosa os voy a pedir, que actuéis de acuerdo con vuestra conciencia. Pero que esa conciencia esté libre de todo prejuicio, de todo orgullo, que esté ajena a toda vana palabrería que pretenda hacer distingos entre las enseñanzas de nuestro Salvador Jesucristo, Hijo de Dios, que murió y resucitó por nosotros.

Y toda pretensión de distinción, de dos clases de fieles, de dos clases de moral, es una muestra de orgullo y una pretensión vana, ya que supone enmendar la plana al mismo Hijo de Dios, y, con ello, al Dios Único, al que algunos dicen adorar mejor así.

No es eso lo que nos dicen los textos sagrados de nuestra religión. No es eso. Ellos no separan por capítulos, y menos por libros, lo que, según algunos, es para unos, y lo que, según esos mismos, es para otros. Los textos sagrados nos ofrecen una sola doctrina, igual para todos, y

nos solicitan la fe en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido en Belén en tiempos del Augusto Tiberio. Y todo lo que sea apartarse de esa enseñanza es herejía, y dar la espalda a la senda del Cristianismo."

Alguien clamó el nombre de Atanasio y docenas de voces respondieron con tal nombre en alta voz. Luego, los murmullos llenaron el aire del salón. Siguieron varios turnos de debate, múltiples argumentos, llamamientos a las más diversas virtudes, hechos por parte de ambos oradores. Arrio explicó lo extraño y ajeno que resultaba a la mentalidad greco-romana el concepto de un hijo de Dios venido a este mundo, lo que no sería extraño a los campesinos de Egipto. Atanasio replicó que lo que para un mortal era incomprensible, para Dios era el problema más sencillo, y que a algunos les sobraba orgullo y les faltaba humildad. Arrio habló del peligro de dar la espalda al Conocimiento, el mejor galardón del ser humano, y Atanasio redujo el Conocimiento a la palabrería de algunos antepasados, famosos sólo por su ignorancia.

No había forma de alcanzar unanimidad en las dos versiones que allí se ofrecían. Se impuso una votación secreta, para pulsar la opinión de los allí reunidos. La votación dio como resultado que sólo ocho de los reunidos apoyaban las tesis de Arrio. El Augusto estaba presente en la Sesión Plenaria en que se realizó la votación.

Con la abrumadora mayoría lograda por su concepción del Cristianismo, Atanasio de Alejandría, que ya se había consolidado como portavoz de la tendencia divina - en contra de la tendencia magistral, que defendían Arrio y los dos Eusebios - propuso que las definiciones del Concilio se concretaran en una fórmula. Se trataba de redactar un compromiso de fe para todos los presentes y para todas las comunidades cristianas. Se fijaron unos conceptos mínimos, que formaron un primer borrador. Eusebio, obispo de *Cesarea*, como escritor con más experiencia entre los reunidos, fue el encargado de reunir dichas ideas en una fórmula correctamente redactada.

Propuso Eusebio una redacción, pero Atanasio se opuso tajantemente. Según él, la fórmula propuesta por Eusebio deformaba las conclusiones del Concilio, acordadas por amplia mayoría, acercándolas a las tesis de Arrio. Se aceptaron algunas frases del enunciado de Eusebio, pero se modificaron otras muchas, para que expresaran exactamente lo que había elegido la mayoría.

La fórmula de fe nicena estaba redactada en griego. De inmediato, se tradujo al latín, para uso en la parte occidental del Imperio, que no hablaba mayoritariamente en griego. La primera palabra de la versión latina era "Credo". Ella le dio el nombre.

Credo niceno y su estructura. (1)

1 Creemos: 1
En un Dios, 3 **4**
Padre, 1 **5**
Todopoderoso, 1 **6=1(3)->3**
de-todo, 1 **7** = -
lo-visible y lo no-visible, 4 **11** = -
Creador. 1 **12=3(3)**
2 Y en-un solo Señor, 4 **16** = -
Jesús Cristo, 2 **18** = 3(4)
el Logos de Dios, 4 **22 = 4(4)**
Dios de Dios, 3 **25** = 3(5)

Luz de Luz, 3 **28 = 1(7)->7**
Vida de Vida, 3 **31** = -
Hijo Unigénito, 2 **33** = 3(6)
Primogénito de-todas las-criaturas, 3 **36 = 1(8)->8**
engendrado por Dios Padre
desde el principio del tiempo, 9 **45 = 1(9)->9**
del que todo luego fue engendrado. 6 **51 = 6(6)**
Que por nuestra salvación se encarnó, 6 **57** = 7(6)
y se hizo hombre, 4 **61** = -
y padeció, 2 **63** = 3(9)
y resucitó al tercer día, 5 **68** = 5(8)
y se fue al Padre, 5 **73** = -
y vendrá en gloria a juzgar vivos y muertos. 9 **82** =19(4)
3 Creemos también en un Espíritu Santo. 6 **88** = 3(11)
4 Los que digan: 3 **91 = 1(13)->13**
Que en algún momento no existió, 6 **97** = -
que antes-de ser-engendrado no existió, 5 **102** = 3(12)
que desde el no-ser fue engendrado, 6 **108** = 8(9)
o ser de otra naturaleza o esencia mortal, 8 **116** = 11(8)
o apartado o ajeno al Hijo de Dios, 8 **124** = 12(8)
los-excomulga la Iglesia Universal. 4 **128** = -

Eusebio, el autor formal del Credo, no quedó nada satisfecho con los conceptos que tuvo que incluir en él. Todo el trabajo para convencer a los obispos había sido en vano. La mayoría de los asistentes quedaron muy satisfechos con la hermosa estructura lograda por Eusebio y con el triunfo final de su versión. De esta opinión eran también el Augusto y Osio. Pero Atanasio no se iba a contentar con lo logrado. Se podía hacer más y él quería conseguir más.

(1) El texto griego original puede verse en el "Anexo 24. Nicea."

Capítulo 187
Reunión familiar.

Año 325

El Augusto Constantino no estaba satisfecho con la marcha de las cosas en la reunión de obispos. No esperaba encontrar, en un tema tan sencillo como acordar la nueva fe que le convenía al Imperio, una resistencia tan terca y tan estúpida. ¿Es que no tenían suficiente los recién nombrados *epískopos* con el apoyo del Augusto? ¿No les era bastante ser elegidos cada uno de ellos como cabezas de una extensa zona del Imperio para representar en ella los deseos de su Augusto? ¿No estaban recibiendo una manera de aumentar su prestigio ante sus conciudadanos, además del que ya tenían, y por el que habían sido elegidos? ¿Qué más querían?

Todos los asistentes sabían de la condena a muerte de Licinio, el que había sido, para muchos de ellos, su anterior Augusto. ¡Y persistían en su negativa a cumplir los deseos de su

Augusto! Osio procuraba calmar a Constantino.

- "*Dómine*, no debéis inquietaros. Acabarán aceptando lo inevitable. Ya veis que los recalcitrantes se han quedado reducido a poco más de media docena. Dadles un poco más de tiempo y la presión que todos los demás ejercemos sobre ellos terminará por decidirlos a aceptar vuestra propuesta."

Pero Constantino seguía dando vueltas por la sala, enfurecido.

- "Ganas me dan de emitir un edicto por el que todo el que no se integre en la fe que quiere la mayoría termine con sus huesos en la cárcel y lo que es peor aún …"

Osio, que presumió lo que su superior iba a decir, tuvo la audacia de cortarle.

- "Perdonadme, *Dómine*, por mi temeridad, pero ser duro con ellos no es lo más conveniente en estos momentos. Los necesitamos para llevar a cabo la implantación del Cristianismo en todo el Imperio. Es cierto que, igual que se les nombró, se les puede destituir. Pero cualquier acción contra ellos puede tener eco en el resto y una dimisión en masa nos haría retroceder en la tarea ya conseguida.

Además, tengo información de una propuesta que Atanasio - el portavoz de la versión que ya empieza a llamarse ortodoxa, la enseñanza correcta - está preparando. Consiste en una condena de Arrio, de su persona, sus obras y de todos sus argumentos. La propuesta va a calificar de heréticas y obscenas todas sus obras. Y si así os lo piden vuestros obispos, *Dómine*, no tendríais mejor salida que ordenar quemar todo lo que ese hereje ha dejado esparcido por Egipto, Siria y Asia. De ese modo, toda su obra de convicción y divulgación de la herejía se vería anulada. Y quienes leyeran sus obras podrían ser condenados a muerte por delito de alta traición."

Constantino pareció reflexionar sobre lo que acababa de oír. Pero insistió.

- "¿Por qué se siguen oponiendo a mis deseos? ¿Lo sabéis vos?"

- "No, *Dómine*, lo ignoro. Pero estoy de acuerdo con vos en que tanta resistencia es un tanto extraña."

Osio había observado que empujar y frenar alternativamente era una táctica que daba buenos resultados con su Augusto. Ahora tocaba apoyar lo que dijera.

- "Tienen que contar con un apoyo exterior. Deben confiar en alguien que les pueda respaldar en el momento oportuno. Y debemos encontrarlo."

Osio no tenía nada que perder. Su objetivo era salvaguardar a sus *epískopos* y cualquier chivo expiatorio que cargara con las iras del Augusto sería útil.

- "¿Pensáis en alguien en concreto, *Dómine*?"

Constantino se quedó un buen rato mudo, con el ceño fruncido. Al cabo de un tiempo, como si hubiera tomado una resolución repentina dijo:

- "He de enviar una misiva. Dejadme, y decid a mi secretario que acuda de inmediato. Tengo trabajo para él."

Osio hizo una profunda reverencia y salió del despacho de Constantino. Al primer oficial de la Guardia de Palacio con el que se encontró dio el recado que le habían encomendado.

Esa misma tarde, la misiva que escribiera el Augusto con la ayuda de su secretario, salió para *Tesalónica*. Decía así:

"*De Constantino, Augusto, a Constancia, mi hermana, en Tesalónica. Salud.*

He decidido que debéis venir, y vivir en familia con nosotros. Recoged cuanto necesitéis y venid con vuestro hijo. Fausta y nuestros hijos os acogerán bien. Así no estaréis tan sola. Venid mejor a Nicomedia, adonde he de volver en breve. Utilizad la posta. Cuidaos."

Después de escribir la carta a su padre y otra, más larga y sentida, redactada con el corazón sangrando, que dirigió a Constancia, Crispo no quedó satisfecho. No podía limitarse a escribir

palabras, más o menos certeras y emotivas, sobre un papiro y pensar que con eso ya había hecho bastante. Y que la vida podía seguir igual. Desde que supo la muerte de Licinio, y el efecto que la misma habría supuesto para Constancia, una idea había empezado a germinar en su cabeza e iba adquiriendo mayor peso. No merecía la pena pasarse toda la vida dirigiendo el Imperio, como estaba haciendo su padre. A él esa vida no le convencía. Es más, la rechazaba por absurda.

Cuando había viajado a ayudar a su padre con la flota, había conocido multitud de mandos de la Prefectura de la *Tracia*. Todos ellos habían servido a las órdenes de Licinio, y los mayores también habían estado bajo el mando del Augusto Diocleciano o del Augusto Galerio. Y había observado que todos ellos guardaban el mejor recuerdo del Augusto Diocleciano. Elogiaban el cambio que había sabido imprimir al Imperio, que pasó de la anarquía al orden. Y elogiaban también su retirada del poder a los veintidós años de servir a Roma. En el Palacio que se había hecho construir pasó, como un ciudadano particular, los últimos años de su vida. Algunos, los más veteranos, que le habían ido a visitar, aseguraban que en el mejor de los retiros.

En aquel momento Crispo no prestó demasiada atención a la idea del retiro. Pero ahora, esa idea iba ganando terreno. La vida de su padre no era vida. Apenas se había dedicado a su mujer, Minervina. Apenas se dedicó a su hijo, él. Su padre jamás había tenido tiempo para estar con él, ni de niño, ni de joven. Sólo le dedicó algún tiempo cuando siendo ya mayor, tuvo necesidad de él para que le ayudara a dirigir la Prefectura de las *Galias*. Y no quería que a él le pasara lo mismo con su esposa y con su hijo, o los que pudieran venir. Crispo no pensaba construir un Palacio para él solo, como había hecho Diocleciano, cerca de su lugar de nacimiento. Le bastaba con vivir en *Palatiolum*, con toda su familia.

Más de una vez había echado cuentas de las edades. De la suya, de la de su padre y de las de sus hermanos. Su padre tenía cincuenta y un años. Él, veintinueve. Su hermano mayor, Constantino, iba a cumplir ocho años en verano. Los otros tenían dos y tres años menos. Él llevaba desde los dieciséis años gobernando junto con su padre, desde que éste se fue a arrebatar Italia al usurpador Majencio. De eso habían pasado ya doce años. Para cuando el menor de sus hermanos tuviera edad de gobernar, los veinte años, debían pasar catorce años más. En ese momento él llevaría veintiséis años al frente de una Prefectura.

¿Viviría su padre catorce años más? Posiblemente, sí. Pero ahora que su padre se había hecho con el control de todo el Imperio, era de esperar que él llevara el Oriente, donde estaban los *Partos* y la frontera del Danubio. Y a Crispo le tocaría solucionar los problemas que se presentaran en las Prefecturas de las *Galias* e Italia. Lo que significaría que iba a tener que desplazarse a *Mediolanum* (Milán) en ocasiones, como había hecho su padre anteriormente. Eso suponiendo que los bárbaros de *Britania* no dieran problemas. Si todo seguía su marcha habitual, iba a pasar casi treinta años de su vida repitiendo la vida de su padre, viajando con mucha frecuencia, con problemas en todas partes y desatendiendo a su familia. Crispo no quería eso para él.

Conforme más pensaba en el tema, más claro le iba quedando que él no tenía obligación de repetir, punto por punto, la vida de su padre. Su padre había querido dominar todo el Imperio. Para él era suficiente con una sola Prefectura y durante un tiempo limitado. Por ejemplo veinte años, como el Augusto Diocleciano, más o menos. Eso significaba que le quedaban ocho años de llevar la púrpura. Luego, pasaría a la vida privada.

No diría nada de esto a su padre, no diría nada a nadie. Y cuando faltaran dos años, le anunciaría a su padre su decisión, para que buscara alguna persona de su confianza para ocupar su puesto. Dentro de ocho años, su hermano Constantino tendría dieciséis años, y los otros, catorce y doce. Su padre podría servirse de un Canciller de su confianza para repetir el proceso de aprendizaje que él había seguido bajo el Canciller Gleva, que tan buen resultado había dado. Se lo diría cuando le comunicara su decisión. Porque, conociéndole, sabía que su padre se iba a

disgustar. Es más, se iba a poner furioso. El Augusto, su padre, no admitía contrariedades. A la primera adversidad aparecía su lado malo, el arrebatado. Perdía el control de sus nervios y desgraciado de aquél a quien tomara como diana. Pero Crispo había llegado a la convicción de que sobre su vida tenía que decidir él. Sin darse cuenta, estaba hablando consigo mismo.

"Ya le he dado poder para decidir sobre mi vida durante bastante tiempo. Tal vez demasiado. A los treinta y cinco años - que serán los que tendré cuando se lo anuncie - ya es hora de que sobre mi vida mande yo."

Capítulo 188
Final del Concilio.

Año 325

La suerte estaba echada. Se habían terminado de redactar el símbolo, o fórmula, de Nicea, y la condena de Arrio y de sus obras. Todos los *epískopos* elegidos por Osio habían firmado ambas. Sólo tres se habían negado: Eusebio, obispo de *Nicomedia*, Theognis, obispo de la misma *Nicea*, y Secundus, *epískopo* de *Ptolemais*, en Egipto. Los tres sabían que su negativa a firmar ambos documentos les supondría el exilio y tal vez la confiscación de sus bienes. A pesar de ello, habían elegido ser fieles a sus principios y no pasar a la Historia como desertores del Conocimiento, la vía que la fórmula nicena despreciaba.

Eusebio, obispo de *Cesarea* Marítima, había firmado ambas declaraciones. Sus dos amigos, Arrio y el otro Eusebio, le habían convencido de que su puesto estaba junto al Augusto. Su posición de director del equipo redactor no debía echarse a perder por mantener una postura personal. Tiempo habría de tratar de cambiar los criterios del Augusto, pero para ello había que permanecer a su lado.

Eusebio, el obispo de *Nicomedia*, decidió finalmente firmar la fórmula del Credo, pero se negó a firmar la condena de Arrio y sus obras. Quedaba por ver el peso que el Augusto daba a su postura.

Arrio, chivo expiatorio de las iras del Augusto, no tenía ninguna posibilidad de escapar del destierro y pocas de la confiscación de sus bienes. Lo que Arrio más sentía era la pérdida de sus libros. Aunque se había llevado consigo, al abandonar Alejandría, sus ejemplares más queridos, había dejado atrás muchas obras que apreciaba.

Las penas no serían dictadas hasta que se diese por cerrado el Concilio. La razón de tal dilación era mantener una puerta abierta a los disidentes, por si cambiaban de opinión en el último momento. La sesión de clausura sería el término del plazo concedido al arrepentimiento.

En las últimas sesiones del Concilio se fijó la celebración de la Pascua. El tema resultaba indiferente a los *epískopos* disidentes, pero parecía de mucha importancia para los obispos firmantes, al menos para

Atanasio, líder reconocido por todos los demás. Los tres obispos no firmantes observaron un interés por fijar la celebración de la Pascua en fecha diferente a la que usaban los judíos. Sin ninguna oposición, se acordó que la Pascua cristiana se celebraría el primer domingo pasados catorce días de la luna nueva de Marzo.

Procedía dar por terminada la reunión episcopal con la sesión de clausura. Eusebio de *Cesarea* fue el encargado de pronunciar el discurso de elogio del Augusto Constantino. Lo haría con su habitual elocuencia y con su impecable estilo literario. Estaba acostumbrado a tales honores. El mismo Augusto le había encargado elaborar el discurso a pronunciar con motivo de sus *Bicenales*, que pensaba celebrar en Roma al año siguiente. El encargo le había llegado, en una corta misiva del Augusto, dos días después de haber firmado ambos documentos. No le costó mucho preparar un largo discurso, lleno de los tópicos que tan bien sonaban a los oídos del Príncipe. Este título, además de los de Augusto, *Dómine*, Excelencia Reverendísima, Suma Jerarquía y Obispo de los Pueblos Paganos - título que él mismo se había dado últimamente - se alternaban a lo largo de todo el discurso.

El discurso se pronunciaría durante el banquete que el Augusto ofrecería a sus invitados en la jornada de clausura, dentro de cuatro días.

Pero si el ambiente reinante entre los *epískopos* convocados era jovial y distendido, no lo era tanto entre los escasos obispos disidentes. En sus rostros se leía la preocupación. Pero lo era menos aún para el propio Augusto. Éste veía acercarse el final de la convocatoria y que no todos los convocados aceptaban sus órdenes. Eran pocos, solo tres, pero de Alejandría le habían llegado noticias de que otros dos ayudantes del *epískopo* Alejandro, colegas de Arrio, no deponían su postura de apoyo a las tesis de éste y se negaban a aceptar la autoridad de su superior, el obispo. Alejandro les había retirado el nombramiento como ayudantes, pero enseñaban - fuera de los locales de la comunidad cristiana y a quienes se les acercaban - las mismas tesis de Arrio, que el Hijo de Dios era sólo un Maestro, y no el Hijo de Dios.

Constantino veía peligrar su plan. Y no le aliviaba la mayoría aplastante de los que lo aceptaban. Necesitaba la unanimidad, el acuerdo de la totalidad, y poder dar por zanjado el asunto de la implantación de su religión en Oriente. En vísperas ya de la clausura y ninguno de los disidentes cambiaba de parecer. Osio debía darle el informe final.

- "Lo lamento mucho, *Dómine*, pero nada parece que vaya a hacer cambiar la opinión de los tres *epískopos* renuentes. Eusebio, el de *Nicomedia*, se niega a ratificar la condena de Arrio y sus obras. Y los otros dos, el de *Nicea* y el de *Ptolemais*, se niegan a firmar ninguna de las dos declaraciones. Es algo inexplicable. No comprendo qué mueve a tales hombres."

Osio deseaba descargar la responsabilidad en alguien ajeno a la reunión. Sospechaba que el Augusto tenía su propia teoría. Y sólo deseaba darle alas. Estaba decidido a apoyarle, sin freno alguno. Constantino se quedó un tiempo reflexionando antes de hablar.

- "Que alguien les mueve es indudable. Y creo saber quién puede ser. Sólo me frena la duda de cuándo será el mejor momento para dar el golpe, si antes de la clausura o después."

Osio debía jugar sus bazas para poder influir en la decisión de su superior.

- "Lamento deciros que no os entiendo plenamente, *Dómine*."

Constantino respondió de inmediato.

- "Se trata del hijo de Licinio. Sin duda su padre le confió algunos de los secretos más importantes antes de morir. Y esos desalmados esperan poder contar, en un futuro no lejano, con el apoyo de su testimonio para desmantelar toda mi obra."

Osio reflexionó sobre lo que acababa de oír y respondió:

- "En tal caso, *Dómine*, no hagáis nada hasta la clausura. Y en vuestro discurso de despedida haced una alusión a que su postura adversa traerá la adversidad para quienes más aprecian.

Si a pesar de vuestra advertencia, persisten en su oposición, cortad su único asidero. Y podéis hacerlo durante su viaje al exilio, dando orden para la publicación urgente de la sentencia. Al llegar a su lugar de exilio, o al poco de permanecer en él, alejados de todos y sin las esperanzas que alentaban, es muy posible que se derrumben y consientan en firmar. Y vuestras preocupaciones habrán desaparecido."

Constantino reflexionó un rato. Le pareció una postura acertada. Combinaba la clemencia y la severidad de que años atrás le había hablado su padre. Terminaría la convocatoria de obispos en el Palacio de *Nicea*, procedería a la clausura de la reunión, advertiría de sus intenciones, y si no había una reacción inmediata, ordenaría la ejecución del hijo de Licinio, al

que las circunstancias habían convertido en su principal enemigo, a pesar de su corta edad.

- "Me sois muy útil, mi fiel Osio, muy útil."

Constantino estaba satisfecho. Por fin veía la luz al final del túnel. Porque si, a pesar de todas la medidas tomadas, los pocos obispos recalcitrantes no se sometían a sus deseos, con nadie podrían contar ya para desbaratar su plan de cristianizar el Imperio. Con nadie.

Los días siguientes fueron de mucho ajetreo. Todos se preparaban para regresar a sus ciudades de origen. La oficina de la posta imperial era un hervidero de obispos con peticiones para las más diversas direcciones. La invitación del Augusto en su Palacio de *Nicea* tuvo todo el brillo que él acostumbraba a dar a los eventos que organizaba. El banquete fue digno del mismísimo monarca de *Partia*. El discurso de Eusebio, obispo firmante de *Cesarea*, fue largo, rico en metáforas grandiosas y lisonjero. El Augusto sonrió con frecuencia durante la alocución. Ésta fue interrumpida varias veces por los vítores de los asistentes. Todo parecía perfecto. Como colofón del acto, el Augusto se levantó, y ante un silencio sepulcral, tomó el guión que llevaba preparado, y leyéndolo, despidió a los invitados con estas palabras:

"Id todos, mis amados súbditos, a vuestros lugares de procedencia, a esparcir allá la doctrina que tan bien habéis defendido y definido en esta célebre reunión. Mantened la unidad a que habéis llegado en esta santa asamblea. Sabed que quienes rechacen la unión causarán con ello un daño irreparable a quienes más aprecian. Mi misericordia estará siempre con quienes se adhieran a la unidad. Con ella nos haremos respetables incluso ante los no cristianos.

Tratad a vuestros ciudadanos con la medicina adecuada a su dolencia. Si no se dejan convencer, adquirid para el Dios Único a los que no se puede atraer con razonamientos. Poned por obras las limosnas, la protección, la acogida, los presentes, si hicieran falta. Actuad como un médico hábil, variando el tratamiento según la disposición de aquél a quien desea curar. Sed efectivos, y mi respaldo y afecto os acompañarán siempre."

Un atronar de vítores acogió estas palabras. El nombre de "*Constantino Augusto eterno*", iniciado por Osio, fue repetido docenas de veces por los asistentes, según el uso de la época. Al cabo de un rato, el

Augusto se retiró, y entonces las aclamaciones se fueron atenuando, hasta cesar.

Tres días más tarde en *Nicomedia* tuvo lugar otra ceremonia menos concurrida y nada festiva. En los subterráneos del Palacio, el Augusto y sólo dos generales interrogaron a un niño de diez años. Éste sólo sabía repetir que quería estar con su madre y que no sabía nada de lo que le preguntaban. Viendo que nada en claro sacaban del interrogatorio, a una orden del Augusto, los verdugos sentaron al niño en la misma silla en que había muerto su padre. Su cuello se partió a la tercera vuelta del manubrio.

Capítulo 189
El dolor de Constancia.

Año 325

Desde hacía varios años Eusebio estaba queriendo volver a su *Cesarea* natal. Sus hijas estaban creciendo, eran ya unas mujercitas, y él no deseaba perderlas. Si se unían sentimentalmente a alguien en cualquiera de las estaciones en las que el servicio al Augusto le obligaba a vivir, las perdería para siempre cuando volviera a su tierra. Con el Concilio de *Nicea* terminado, vio llegado el momento de plantear a Constantino que tanto podría servirle en *Cesarea Marítima* de Siria como en *Nicomedia* de *Bitinia*. Su traslado equivaldría a que el centro de las ediciones de todos los textos cristianos pasara a ser *Cesarea Marítima*, pero iban a ser los mismos escribas y él seguiría como director.

Constantino se mostró amable con él. Eusebio pensó que debía haber hecho muy bien su papel de mediador y no había delatado su preferencia por las tesis de su amigo Arrio. Constantino creía haber resuelto el problema de los obispos disidentes, y había decidido pasar por alto la actuación de Eusebio. Recompensó sus servicios con una gratificación extra de veintidós mil denarios, mil - le dijo - por cada año de servicio. Cuando se arrodilló ante su benefactor, para agradecer su generosidad, Eusebio pensó que hubiera renunciado con gusto a ese dinero con tal de que el Augusto no hubiera accedido a los planes de Lactancio, pero para eso ya era tarde.

Le iba a costar un par de semanas preparar el viaje. Algunas obras se estaban terminando de copiar y era mejor terminarlas y partir un poco más tarde. Unos días antes de la fecha prevista para el viaje de toda la caravana, pues eran más de cincuenta personas las que marchaban para *Cesarea*, se publicó el edicto dado por el Augusto en la misma *Nicomedia*.

"*En el día de hoy, cinco, del mes de Septiembre, del año vigésimo de Constantino, Augusto del Imperio, en Nicomedia, Asia, ante los abajo firmantes, ha sido ejecutado por traición Liciniano Licinio, anterior César de Oriente. Publíquese este edicto en todas las Diócesis del Imperio.*"

Uno de los generales asistentes al juicio y a la ejecución indicó que tal vez no sería apropiado calificar el crimen del niño de alta traición. Eso sería rebajar el delito, al ponerlo al alcance de los niños. Con traición podría ser suficiente. El Augusto estuvo de acuerdo en rebajar la altura de la traición del hijo de Licinio.

En cuanto Eusebio se enteró de la infausta noticia, comprendió que no podía marchar de *Nicea*, la residencia que habían tenido desde el inicio del Concilio, sin ver a Constancia. Suponía que estaría en *Nicomedia*, pues el edicto indicaba que la ejecución de su hijo había sido en la capital. Y era de suponer que su madre estaría con él. Sólo a Lidia le indicó dónde iba. Los demás, Eutropio incluido, sólo supieron que debían esperarle, y que no iba a demorar el viaje. La misma tarde de recibir la noticia, Eusebio partió para *Nicomedia*. Viajaba con dos acompañantes, por seguridad en los caminos, aunque la calzada de *Nicea* a *Nicomedia* estaba muy transitada.

Recorrieron las treinta millas que separaban ambas ciudades durante la tarde, llegando al anochecer. Eusebio anunció su visita a Constancia al día siguiente, por la mañana. Le inquietaba encontrarse con el Augusto, pues estaba en Palacio. No sabía cómo podría tomar su iniciativa. Pero no sucedió tal cosa. Constancia le recibió en una sala pequeña, apenas amueblada con una mesa y dos sillas. Tenía los ojos enrojecidos.

Eusebio inició la conversación, ambos de pie.

- "En cuanto me he enterado de la terrible noticia, he venido a verte. ¿Cómo estás, Constancia?"

Era una pregunta diplomática. Eusebio sabía, aun antes de verla, que la viuda de Licinio, privada ahora de su único hijo, tenía que estar hundida. Y cuando la vio, confirmó sus sospechas. Pero tenía que preguntárselo. Ella se echó a llorar, avanzó unos pasos y se abrazó a él. No podía hablar y estuvieron un rato en silencio, abrazada ella a su Maestro. Finalmente, Constancia logró dominar su emoción y, aunque con el rostro húmedo por las lágrimas, se desasió y pudo decir:

- "Mal, Eusebio, me encuentro muy mal. A punto de desfallecer."

Eusebio asintió con la cabeza.

- "Lo comprendo, hija, lo comprendo."

No dijo más. No era él quien debía hablar, sino ella. Constancia tardó en rehacerse. Pero cuando lo hizo tenía otra expresión en la cara.

- "Es un monstruo. Un monstruo despreciable. Un asesino. No tiene palabra, no tiene dignidad, es un despojo de hombre. Un criminal crucificado tiene más dignidad que mi hermano. Vergüenza me da tener que compartir con él a mi padre, Constancio. Mi padre era noble, era recto, amable, cuidaba de su familia. El Augusto hace todo lo contrario: Utiliza a su familia cuando le interesa, y luego la tira lejos, como un despojo."

De nuevo las lágrimas acudieron a sus ojos, pero ella las contuvo y siguió, llevada por la ira.

- "Y aún tiene la desfachatez de ordenarme vivir con él y su familia. Le he suplicado que me deje ir a vivir con los míos, a *Augusta Treverorum*, pero él insiste en que me quede con él. Tal vez piense que yo deba ser la tercera víctima de su furor homicida …"

Eusebio la interrumpió.

- "No digas eso, Constancia. Eso no debe pasarte siquiera por la cabeza. El Augusto nunca haría eso. Puedes estar segura."

- "¿Y de qué me vale? ¿De qué me vale vivir, si mi vida ya ha muerto? Sin mi marido y sin mi hijo mi vida no vale nada, Eusebio, nada."

Y recalcó la última palabra.

- "No digas eso, Constancia. Tu vida sigue siendo valiosa. Yo tampoco entiendo lo que ha pasado, pero sé que toda vida tiene valor y no nos es lícito ponerle fin, si es eso lo que me imagino que en algún momento pensaste."

Constancia bajó la cabeza y no respondió, hasta un rato más tarde.

- "Acertáis, Eusebio. Y más de una vez. Y sólo vuestras enseñanzas me han impedido poner por obra lo que había pensado. Únicamente vuestras enseñanzas ..."

Parecía que las lágrimas iban a inundar de nuevo aquel rostro que todavía era hermoso, aun marcado por la sombra del dolor. Pero ella se dominó y prosiguió.

- "Ya que estáis aquí, decidme, ¿qué sentido puede tener mi vida, lejos de quienes me aman, privada de aquellos a los que he amado más que a mi vida? ¿Para qué seguir viviendo?"

Eusebio no dudó al responder:

- "Para crecer, Constancia, para madurar, para ayudar a quienes pueden necesitarte todavía. Eres fuerte, Constancia, muy fuerte. Más de lo

que imaginas. Podrás con la terrible prueba a que te ha sometido el destino. Y saldrás de ella fortalecida y mejorada. Ya lo verás."

Constancia parecía escucharle en la distancia. Como si se hubiera alejado millas y millas de allí. Al rato, con una voz helada, dijo:

- "Había pensado no volver a mirar a nadie más en mi vida. Ni a mi hermano, ni a mi cuñada, que es una pécora, ni a mis sobrinos. Me obligan a estar aquí, pero aquí estará sólo mi cuerpo, si es eso lo que quieren. Nunca más hablaré a ninguno de ellos, ni siquiera les miraré. Ahora procuro estar sola y si alguien me habla, doy media vuelta y me voy a otro lugar. Nadie insiste."

- "No lo hagas, Constancia. No hagas eso. Eso es anclarte en la desdicha, negarte a vivir. Es un suicidio, aunque incruento. Ya sé que es duro lo que te voy a decir, pero si reflexionas sobre ello con lo mejor que tienes, estoy convencido de que un día lo verás claro.

Debes dejar atrás la desgracia, y esforzarte en olvidar. No hablo de perdonar, pero no te afinques en el pasado. Sigue la vida, acepta lo que la vida te ofrezca. No te niegues a la vida, Constancia. Recuerda: Se te pide una heroicidad, que sigas siendo tú, sin que lo que otros te hayan hecho te transforme. Ahora no lo ves, pero espero que un día lo comprendas y lo puedas seguir."

Constancia estaba de nuevo en la estancia. Miraba fijamente a Eusebio conforme éste hablaba y sus ojos expresaban la duda que inundaba su corazón. Eusebio tuvo que conformarse con esperar que la duda fuera el primer paso hacia la comprensión plena.

La visita siguió. Y Eusebio llevó la conversación hacia temas inocuos, conscientes ambos de que no volverían a verse en mucho tiempo, tal vez nunca más. Cuando llegó el momento de despedirse, ella sonreía. Ligeramente, pero sonreía. Eusebio la abrazó. Y, con ella contra su pecho, le dijo en voz baja:

- "Escríbeme, no dejes de hacerlo. Eso nadie puede impedirlo. Y hablaremos en la distancia."

Constancia, con los ojos enrojecidos, sólo pudo asentir con la cabeza.

Capítulo 190

La entereza de Constancia.

Año 325

La totalidad de tribunos, centuriones, *optios,* y demás oficiales que leyeron el edicto de su Augusto, sobre la ejecución del César Liciniano, no le hicieron el menor caso, ni comentario alguno. El Augusto sabía, sin duda, lo que hacía, lo que convenía al Imperio. Pero hubo una persona en las Galias, su autoridad máxima, el César Crispo, al que la noticia dejó petrificado, estupefacto, y avergonzado. Al principio, Crispo no podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Tan absurdo e insensato le parecía el

edicto. ¿Cómo podía su padre haber ordenado semejante atrocidad? Poco a poco, conforme fue comprobando los datos que se ofrecían, tuvo que reconocer que el absurdo era real, se había dado. Constancia, además de viuda, había perdido también a su hijo. Su padre, el Augusto había ordenado la muerte de ambos.

No se entendía. Crispo no podía entenderlo. ¿Qué peligro podía suponer para el Imperio, o para el propio Augusto, un niño de diez años, que, además, era su sobrino? ¿Qué podía buscar su padre al ordenar la muerte del hijo de su hermana? ¿A quién quería perjudicar? A Constancia, no. Constancia no era nadie, ni siquiera un insignificante peón en el gran tablero del Imperio. Por más que lo intentaba. Crispo no podía responder. Nadie, absolutamente nadie podía sentirse dañado con la muerte de Liciniano. Nadie salvo su madre. Pero era demasiado atroz, una locura, pensar que ella fuera el blanco de las iras de su padre. La habría desterrado, pero junto con su hijo. Su hijo, al quedarse viuda, era el único sostén de su vida. ¿Cómo podía su padre portarse así con su propia hermana, después de ordenarle desposarse con Licinio? ¿Qué clase de hombre era su padre?

Por primera vez en su vida Crispo condenó el comportamiento de su padre. Y lo hizo sin ningún paliativo. No había razón en el mundo, de suficiente peso, suficientemente justa, como para justificar tamaña monstruosidad. Su padre, o quienes le asesoraran, habían perdido el juicio. Pero que tuviera asesores que le aconsejaran tal medida, no exoneraba a su padre. La autoridad era él. Sólo él. Y Crispo sabía bien que su padre no se dejaba convencer de lo que no le agradaba. Él había querido quitar la vida al pequeño de Constancia. No había manera de evitar tan infame conclusión.

Crispo se encontró ante la evidencia de que seguir colaborando con su padre significaba aprobar sus decisiones, las medidas tomadas. Significaba decirle a Constancia que él, Crispo, estaba de acuerdo con lo que su padre había ordenado. Y eso le repelió. Sintió con una fuerza irresistible, superior a él, que él no podía adoptar tal postura. No podía seguir colaborando con su padre. Él no quería dirigir el Imperio con tales directrices. No quería ser cómplice de semejantes aberraciones. ¿Quién estaba libre de las iras lejanas de su padre? ¿Quién sería el siguiente?

No esperaría seis años para plantear a su padre su decisión de retirarse. Lo haría de inmediato, en la primera ocasión que tuviera de verse

con su padre. Por la correspondencia que salía de *Augusta Treverorum* para *Nicomedia* y la que se recibía en sentido inverso, Crispo sabía que su padre viajaría a Roma, para celebrar allí sus Decenales. También su abuela Elena se había enterado de tal hecho, y había decidido viajar ella también a Roma, e irse a vivir, luego, con su hijo.

- "Ahora que la guerra ha terminado ya", decía ella.

Ésa era la ocasión, las *Decenales* de su padre. Y preferiblemente, antes de las celebraciones. Sería más fácil encontrar un momento y, a solas, planteárselo. Cuando lo hubo decidido se quedó más tranquilo. Era como si ya lo hubiera hecho, como si se hubiera desasido del yugo que le había mantenido uncido al carro de su padre. La tranquilidad que sintió le hizo pensar que había decidido lo correcto.

Y siguió con los temas de su vida cotidiana, repartida entre sus deberes militares y su complicada vida familiar. Se estaba dando cuenta de que cada vez distanciaba más sus visitas a *Mogontiacum*, donde vivían Yela y el pequeño Crispo. Y no es que sintiera menos pasión y afecto por ella y por el niño. Era que sus obligaciones familiares le retenían más de lo que hubiera querido en *Palatiolum*. No podía llegar, estar una semana y volver a marcharse hacia la frontera. No quería hacer lo mismo que había hecho su padre. Y tal vez su abuelo Constancio, anteriormente. Había tanteado a Teodora, y ella le confirmó que pasaba largas temporadas sin ver a su esposo, ausente por sus obligaciones militares.

- "Todo esto terminará cuando deje la púrpura y pase a la vida civil", se decía mentalmente.

Y poco a poco ese pensamiento se afianzó en su cerebro. Lo usaba para resarcirse internamente de todas las contrariedades que sus obligaciones suponían para su vida en el presente. Sólo tenía que esperar al verano siguiente, cuando su padre viajara a Roma. Pensado en cuál iba a ser su postura completa, pensó que le daría un año de tiempo para encontrar un sustituto para su labor al frente de las *Galias* e Italia. O tal vez tuviera que buscar dos. Eso para su padre no debía resultar ningún problema. Tenía todos los mandos militares del Imperio a su disposición, a sus órdenes. Hombres válidos, los había a docenas. A su padre tocaría elegir los más valiosos, o de más confianza.

Todos esperaban, aunque ninguno hablaba de ello, que Constancia enviara una carta desgarrada, desesperada, dando cuenta de su segunda y

aún más dolorosa desgracia. Pero pasaban las semanas y no llegaba la esperada misiva. Al fin llegó. Con este contenido:

"*De Constancia, hija de Constancio, Augusto de las Galias, a mi familia, en Palatiolum. Salud.*

Ya sabréis de mi segunda desgracia. El objetivo de ésta es tranquilizaros. Eusebio, nuestro querido Maestro, Crispo, vino a verme, afortunadamente, y me dio la serenidad que necesitaba. Sin él, lo sé muy bien, yo no la hubiera encontrado. Ahora, aunque el pesar me sacude, tengo la fuerza para sobrellevarlo sosegadamente. Y quería que lo supierais, para que no estéis preocupados por mí. Cuidaos."

Hubo sorpresa, alivio y, finalmente, inmensa alegría, tras leer todos la misiva de la ausente. Temían que no pudiera con su pena. Y, en cambio, la veían, a través de la carta, serena y dueña de sí misma. Todos se admiraron de lo fuerte que era Constancia. Todos aceptaron las noticias que ella les daba como si fueran la única verdad. Pero realmente había más.

Constancia no estaba, allá en *Nicomedia*, conviviendo con su hermano el Augusto, con su cuñada, y con sus sobrinos, tan serena como había aparentado en la carta. Tenía no pocas dificultades. Había días en que las lágrimas no la dejaban abandonar sus habitaciones. Esos días comía muy poco, apenas nada, y lo hacía en su pequeña salita de recibir visitas. Pero siempre se recuperaba. Cuando lograba resucitar las enseñanzas que le había recordado Eusebio en su visita. Y volvía a ser ella de nuevo, como él le había dicho años atrás.

Capítulo 191

Convivencia difícil.

Año 325

En *Nicomedia*, en el Palacio imperial, había planteada una pequeña batalla. Batalla que se ponía en marcha en ausencia de Constantino. Para Constancia, el enemigo era su cuñada Fausta. Cuando su marido estaba delante, Fausta se comportaba con ella con la educación más exquisita, la

que sin duda su madre le había enseñado, como correspondía a la hija de un Augusto. Pero en cuanto Constantino se ausentaba y quedaban a solas, la ignoraba. Actuaba como si ella no existiera. Si había sirvientes, oficiales o guardias de Palacio, volvía a ser cortés con ella. Pero delante de los hijos volvía a ser la cuñada despectiva, que a veces la hería gratuitamente, con la que no se podía hablar, ni tratar, como si fuera de la familia.

Constancia no tenía claro cómo reaccionar ante esta actitud. Por eso escribió a Eusebio.

"*Constancia, hija de Constancio, a Eusebio, en Cesarea* de Siria.

Mi cuñada me trata cordialmente. Yo le respondo de igual manera, como dijisteis, y todo parece ir bien. Pero Fausta, a veces, me insulta, me desprecia, me humilla, estando solas. Ante otros aparenta ser cordial, pero me odia. En tales ocasiones no sé qué hacer. Os agradeceré me indiquéis por este mismo mensajero qué debo hacer con mi cuñada. Cuidaos."

Había escrito la misiva de acuerdo con la clave que Eusebio le había dado. En sus cartas nunca debería hablar del Augusto. En la clave que habían establecido, Constantino era "su cuñada". Y su cuñada, era "Fausta, su cuñada". Cuando quisiera referirse a Fausta, debía mencionar su nombre. A partir de ahí, podía llamarla por su nombre o, simplemente, "mi cuñada".

Pero no todo eran afrentas y sinsabores para Constancia en *Nicomedia*. Estaba viviendo en el seno de una familia muy especial. Y estaba aprendiendo mucho sobre la forma de ser de las personas. En *Augusta Treverorum*, en su familia, siempre había sido bien tratada. Su padre y su madre eran amables con ella, la querían y nunca la riñeron sin motivo. Sus hermanos, menores que ella, apenas la molestaban con sus bromas o sus malos humores. Ella era demasiado mayor para participar en sus peleas. Con Crispo - teóricamente su sobrino, pero al que ella consideraba como un hermano - la relación que se estableció había sido siempre amistosa y entrañable. Sobre todo, tras compartir juntos las clases de Eusebio.

Luego había conocido a Licinio. Y éste había sido un esposo ejemplar con ella. Le había colmado de atenciones y había sido siempre

delicado y amable. Constancia no estaba acostumbrada a que la trataran con altanería, ni con malos modos. Por eso le sorprendía tanto el comportamiento de su cuñada Fausta. No comprendía qué podía tener contra ella. Constancia había procurado portarse de manera que Fausta no tuviera la menor queja. Pero, a pesar de todo, no lograba que Fausta respondiera con la misma moneda. La sometía a un ataque sistemático, como quien asedia una fortaleza. Y eso la desorientaba. Bastante tenía con tratar de superar su tristeza y su soledad, para tener que soportar también, y casi a diario, los ataques y desplantes de su cuñada.

Pero esa incomodidad venía compensada, al menos en parte, por lo que estaba observando en la familia de su hermano. El ambiente que ella detectaba en la familia a la que se había visto obligada a incorporarse era muy diferente a aquél al que estaba acostumbrada. En el Palacio en que vivía su hermano no había ambiente familiar. La forma de ser de los padres - de su hermano, Constantino, y de su cuñada, Fausta - hacían imposible la creación de un auténtico ambiente familiar.

Constantino era un hombre incapaz de sentir emociones. No las tenía hacia su esposa, Fausta. Y no las tenía para con sus hijos. Constancia no dejaba de observarle, sin que él se percatara, cada vez que coincidía con él, en la mesa, en los ratos en que toda la familia se reunía, en los jardines de Palacio, o en el interior del mismo. Y nunca vio un ademán cariñoso hacia sus hijos. Parecía que los niños le molestaran. Constancia llegó a la conclusión de que no los entendía. Por eso los rehuía. Nunca hablaba con ellos, nunca se ponía a su altura. Sólo sabía ordenarles que se estuvieran quietos, que se mantuvieran lejos, que no molestaran. Constancia comprendió que su hermano nunca haría el papel de padre para con sus hijos. Ni con los tres mayores, ni con las dos niñas, de cuatro y dos años, respectivamente, Constantina y la pequeña Elena.

Su hermano no sabía disfrutar con los niños. Ésa era también su desgracia. Había una faceta de la vida, una de las más gratas, de la que su hermano no gozaría nunca, la de volver a la infancia de uno mismo mezclándose en los juegos y confidencias de un niño. Sus hijos nunca tendrían confianza en un padre que nunca se había dirigido a ellos en su idioma. Constancia recordó los incontables momentos en que ella había tenido una relación de cariño y ternura con su pequeño Liciniano, y el placer que le había supuesto abrazarlo, besarle, acariciar su pequeña cabecita rubia, y apretarlo contra su pecho. Y no podría olvidar el agrado

con que el niño acogía aquellas muestras de cariño materno. Todo eso Constantino se lo perdía.

Constancia también observaba a Fausta, su cuñada. A sus treinta y dos años se conservaba muy bien. Había tenido cinco partos, pero se había cuidado mucho después de cada uno de ellos. Un equipo de médicos, masajistas y peinadoras se dedicaban exclusivamente al cuidado de la Emperatriz. De hecho, Fausta sólo ponía interés en ella misma. Al igual que su esposo, siempre encontraba con quiénes dejar a su hijos el máximo tiempo posible. Y cuando los tenía a su lado, imitaba la autoridad y la lejanía que veía en su esposo. Ella lo llamaba "educarlos en la disciplina". Constancia pensaba más bien que era tratarlos con nulo amor de madre. Con las niñas, en cambio, Fausta ejercía de madre. Para ellas todo eran sonrisas y caricias. Parecía como si amara sólo a sus hijas y aborreciera a sus hijos.

Los chicos reaccionaban ante esto de forma diferente. Los dos mayores se habían vuelto reservados, volcados hacia dentro, incluso un tanto huraños. Constancia pensaba que debía ser por el rechazo que habían sufrido, tanto de su padre como de su madre. En cambio, Constante, el menor, había reaccionado de forma distinta. El niño había captado que su madre atendía a sus hermanas y él, sin duda inconscientemente, adoptaba los aires de una niña. Estaba siempre con sus hermanitas, más pequeñas que él. Jugaba con los juguetes de ellas e imitaba sus gestos. Eso irritaba a su madre, que lo mandaba con sus hermanos. Pero en cuanto podía, el pequeño Constante, haciendo honor a su nombre, volví a actuar como una niña. Y recibía la consiguiente reprimenda de su madre.

No es que la desgracia ajena alegrara a Constancia. Pero observar cómo transcurría la vida de su hermano y de su familia le hizo darse cuenta de lo afortunada que había sido teniendo por padres a sus padres, por esposo a su esposo y por hijo a su pequeño Liciniano. Aunque a los dos últimos los había podido disfrutar un tiempo demasiado corto.

Y también comprendió que ella era de diferente pasta, de diferente materia, que su hermano y que su cuñada. Y que ella podía disfrutar en la vida de valores que ni su hermano ni su cuñada eran capaces de disfrutar. Por eso, porque le salía del corazón, presto atención a sus sobrinos. Aunque también con resultado diverso. Los dos mayores la rehuyeron. Al ver que la postura era permanente, Constancia no insistió. Con Constante, en cambio, logró una cierta confianza. El niño venía a ella siempre que la

veía, y buscaba su cariño y su atención. Pero este hecho no pasó inadvertido para Fausta. Y un día su hermano la mandó llamar. Tenía aspecto de estar disgustado.

- "Tengo noticias de que interferís en la educación de nuestros hijos, sobre todo con el menor de los tres, con Constante. Y eso es algo que no estoy dispuesto a tolerar."

Ella trató de explicar la razón de su intervención.

- "Sólo pretendo, hermano, que Constante tenga alguien con quien poder jugar. Sus hermanos no le hacen caso, por ser demasiado pequeño. Y no me parece que jugar con sus hermanas sea un hábito digno de un futuro César ..."

Constantino pareció no escucharla. Mantuvo su postura.

- "He recibido quejas de mi esposa de que obstaculizáis la educación que ella y yo les estamos dando. Os exijo que ceséis en tales obstrucciones. Espero que mi deseo sea respetado en mi propia casa y por mi propia familia."

Constancia hizo una reverencia ante su hermano.

- "Lo será, hermano. Perded cuidado."

Y Constancia buscó otros lugares para pasear, leer o rememorar su pasado feliz, bajo los árboles del jardín, y no coincidir con sus sobrinos. Le hubiera gustado tratar más a sus sobrinas, y llenar con ellas la necesidad de dar cariño que sentía su corazón. Pero la posibilidad de incomodar a Fausta y tener que soportar otra reprimenda de su hermano pudo más. Se concentró en su persona, en sus lecturas, en sus recuerdos. Y esperó la respuesta de Eusebio. Ésta llegó al fin.

"*Eusebio, desde Cesarea de Siria, a Constancia, hija de Constancio.*

Me alegro de lo primero. Perseverad, Constancia. Y deploro lo segundo. Deberéis ser sumamente amable con ella. Especialmente, cuando os menosprecie. Sedlo. Sé que parece absurdo, pero es la manera de que abandone su postura, y de acercarla a la virtud. Procurad que vuestra actitud os salga del corazón. Mientras eso no suceda, emplead vuestra voluntad. Lograréis los mismos efectos. Recordad que las personas no pueden actuar de forma distinta a como tienen por hábito. Nosotros debemos dejarlas ser como son. Cuidaos."

En una primera lectura, Constancia no pudo evitar extrañarse de la respuesta de Eusebio. Pero poco a poco surgió la confianza que tenía en él. Y decidió poner en práctica lo que se le indicaba. Tal vez lograra el efecto deseado, que Fausta cesara en su persecución.

Capítulo 192

Preparativos.

Año 326

Ahora que había alcanzado el poder sobre todo el Imperio, Constantino se iba a dedicar a favorecer la nueva causa del Cristianismo con todos los medios legales a su alcance, que eran muchos. Todavía en *Nicea*, recién terminada la reunión, redactó una circular a todos los Gobernadores de las provincias para que en el aniversario de su acceso al poder, cada veinticinco de Julio, se repartieran una cantidad generosa de trigo y diversos alimentos básicos a los más necesitados de la zona, dando órdenes expresas de que tal reparto se realizara a través de los *epískopos* designado en dicha Diócesis.

Otra medida que tomó fue la de prohibir la crucifixión como método de ejecución para los autores de diversos crímenes. En su lugar, las ejecuciones se harían por estrangulamiento. Este sistema de quitar la vida estaba más en consonancia con el espíritu compasivo del Cristianismo.

Recordó una sugerencia que le había hecho más de una vez Lactancio, años atrás. Y prohibió que se dieran luchas entre gladiadores en los Juegos que se celebraran en las festividades públicas. Según le

comentara Lactancio, la lucha a muerte entre gladiadores no estaba en consonancia con el espíritu de la nueva religión. Constantino había retrasado esta medida, porque sospechaba que iba a ser algo impopular, dada la gran afición que había en todo el Imperio a las luchas de gladiadores. Pero ahora que tenía el dominio sobre todo él, no había motivos para demorarla más.

Modificó también las leyes que había en torno al matrimonio y al cuidado de los hijos. Ya había emitido con anterioridad una ley por la que se recogían, con cargo a los bienes del Príncipe y al Tesoro municipal del lugar, a los niños abandonados en las calles, se les mantenía y se les educaba, con vistas a hacer de ellos adultos válidos para la vida del Imperio. Ahora completó lo ya establecido con diversas disposiciones relativas al tráfico de niños. Los padres que hubieran vendido a sus hijos sólo podrían recuperarlos de sus compradores si no eran reincidentes en este tipo de tráfico. Y deberían devolver el precio de venta. Caso de serlo, los compradores pasaban a ser los padres legales, siempre que los hubieran adoptado como hijos o los hubieran convertidos en sus esclavos. Los ladrones de niños para venderlos como esclavos serían devorados por las fieras, o degollados por los gladiadores en los Juegos. A éstas añadió algunas otras disposiciones, castigando los abusos de confianza de los esclavos que tenían a su cargo a los niños de la casa, y regulando las leyes del pupilaje.

Desde *Nicomedia*, dio las instrucciones necesarias para preparar el viaje de toda la casa imperial a Roma. No había podido celebrar con la debida solemnidad sus veinte años de reinado, las *Bicenales*, el pasado verano, por estar ocupado con la marcha del Concilio. Y había decidido que las celebraría debidamente en Roma, como había hecho con sus *Decenales*, diez años atrás. Quería dar a Roma la importancia que la vieja capital tenía como símbolo del Imperio.

Los preparativos se prolongaron durante todo el mes de Marzo. La inmensa comitiva, que se componía de más de dos mil personas, el doble de lo normal, dejó *Nicomedia* y se dirigió por la *Vía Egnatia* hacia *Macedonia*. Constantino no quería hacer el viaje por mar. En modo alguno su persona podía estar sometida al albur de las tempestades marítimas. Ni siquiera con buen tiempo. Nunca se sabe qué puede suceder en cualquiera de los mares que bordeaban el Imperio.

Como el viaje requería pasar por *Aquileia* (Aquilea), se le ocurrió dar una sorpresa a su esposa Fausta. *Aquileia* había sido durante un tiempo residencia de Fausta, mientras él estaba en *Sirmium*. Y ordenó que en *Aquileia* se construyera una basílica y que sus paredes se decoraran con unos gigantescos retratos de la familia imperial. A fin de no tener que posar para ello, ordenó que los artistas que fueran a pintarlos se trasladaran a *Augusta Treverorum* y copiaran los retratos que se habían hecho en la basílica de la capital gala. Cuando pasara con Fausta, al regreso de Roma, le mostraría la marcha de las obras. Mandó a *Aquileia* a su Arquitecto jefe.

Con algunos meses de retraso, pero también en *Augusta Treverorum* había cierta agitación en Palacio con motivo de las *Bicenales* del Augusto. No estaba claro quiénes irían a las *Bicenales* de Roma. El César Crispo tenía que ir. Iría con su esposa, Elena, y el pequeño Claudio. Debía hablar seriamente con su padre. Y procuraba convencer a Teodora para que se uniera a la comitiva.

- "Debéis venir, Teodora. Es una ocasión única para volver a ver a Constancia. Seguro que ella agradecerá vuestra presencia, al menos esos días, junto a ella."

Pero Teodora tenía otros planes.

- "Me parece más conveniente, Crispo, que vos habléis con vuestro padre e intercedáis para que permita a Constancia venir a vivir con su madre y sus hermanos. Eso me la devolverá para toda la vida, no sólo durante unos pocos días en Roma."

Desde siempre, Teodora había tuteado a Crispo. Lo había conocido, a su llegada, cuando era un niño de siete años. Pero desde que había sido elevado a la púrpura lo trataba como indicaba el protocolo.

Crispo, que sabía que el tema que llevaba no iba a ser del agrado de su padre, insistió para que Teodora viajara a ver a su hija, pero no logró convencerla. La que sí se había apuntado al viaje era Elena, su abuela. Crispo, en una de sus visitas, lo comentó con ella.

- "Abuela, ¿habéis puesto vuestro viaje en conocimiento de vuestro hijo?

Y su abuela se había revuelto, como tenía por costumbre cuando algo que oía no le agradaba.

- "¿Es que acaso debo pedir permiso a mi hijo para ir a verle?"

Crispo ya conocía a su abuela y no se sorprendió de la reacción. Pero añadió, en plan conciliador.

- "Ya sé que haréis lo que mejor os parezca. No era pedir permiso exactamente lo que os sugería, sino sólo ponerlo en su conocimiento, mediante una misiva escueta, y amable a la vez."

Pero su abuela no estaba dispuesta a perder terreno.

- "Una madre no tiene que pedir permiso a su hijo para ir a verle. Mi hijo ha subido muy alto, lo sé, pero no deja de ser hijo mío, aun en las alturas. Y una madre tiene sus derechos."

Crispo comprendió que su abuela había dado el tema por zanjado y no insistió.

Siempre que debía ausentarse por una temporada de las *Galias*, iba a ver a Yela, a *Mogontiacum*, y preparaba su futuro y el del niño, por si a él le pasaba algo en el viaje. En esta ocasión no se limitó a ponerla bajo el cuidado de Eroc. Éste la había recibido con la euforia de siempre. Crispo notó que los años iban pasando también para Eroc. Había engordado y se movía con cierta lentitud. Únicamente su humor seguía siendo el mismo. Pero el humor estaba fuera de lugar con el tema que Crispo llevaba para tratar con él.

- "Hoy debo hablarte de algo serio, amigo mío. Salgo de nuevo de viaje. Un viaje largo, a Roma."

Eroc comentó, con su risa eterna.

- "¿Y qué ser ir a Roma para ti, amigo? Roma estar ahí al lado."

- "No obstante quiero tomar medidas, por si me pasara algo en el viaje. He traído dinero, suficiente dinero como para asegurar la vida de Yela y de mi hijo. Y quiero que mañana vayamos a un banquero para depositarlo a favor de Yela y de Crispo. Tú actuarías como albacea y tutor en caso de fallecimiento de ella, si él fuera menor de edad."

- "Yo hacer lo que tú querer, Crispo amigo."

Eroc no se molestaba ya en mejorar su latín. Con lo que sabía se hacía entender, sobre todo por sus subordinados. Pero Crispo le entendía mejor que nadie, porque al hablar le miraba a los ojos, y nunca vio en ellos la menor sombra de posible deslealtad. Eroc le sería fiel hasta su muerte.

La tarde la pasó con Yela y con su pequeño, que ya tenía cuatro años. Era un niño fuerte, rubio, como su madre, activo. Se distraía y jugaba solo, tal vez por que no tenía, ni iba a tener, más hermanos. Cuando supo que Crispo se ausentaba, Yela no pudo evitar que las lágrimas asomaran a sus

grandes y verdes ojos. Pero Crispo se las secó con sus besos. Cuando el niño se fue a dormir, ellos cenaron frugalmente y se acostaron. Ambos sabían que no volverían a verse en varios meses. Eso hizo que su entrega fuera tan total que a ambos les costaría olvidar la noche que precedió al viaje a Roma. Al día siguiente, cuando el pequeño Crispo empezó a corretear por la casa, los dos se despertaron con mucho sueño atrasado.

Fausta no estaba nada contenta. Había albergado la esperanza de que actuando convenientemente sobre Constancia podría lograr que su cuñada desapareciera, de un modo u otro, de su vida, pero no le habían ido las cosas como ella esperara. Su cuñada era un ser extraño. Cuanto más la despreciaba y le demostraba lo poco que ella suponía en aquella casa, más atenta se mostraba con ella. Era algo incomprensible.

Y todavía más incomprensible fue que cuando dejó de mortificarla, su cuñada siguió mostrándose igual de amable y servicial con ella. Como si no hubiera pasado nada, como si nunca la hubiera hecho un desprecio. No podía entender la manera de ser de su cuñada. Pero, a pesar de las atenciones que tenía con ella, Fausta estaba malhumorada. No lograba entender a su esposo, ni a la familia de su esposo. Y, desde luego, no sentía hacia los familiares de su esposo ninguna simpatía. Más bien todo lo contrario. Le molestaba su presencia sólo por ser quienes eran, seres extraños.

Fausta había echado cuentas una y mil veces. El primer matrimonio de su esposo era todo un inconveniente. Porque su primer hijo, Crispo, había nacido veinticuatro años antes que su primogénito, Constantino. Fausta estaba convencida de que no habría problemas si su esposo, Constantino, vivía hasta la mayoría de edad de sus tres hijos. Pero para eso faltaban dieciséis años. Su esposo tenía cincuenta y dos años. ¿Iba a estar con las facultades suficientes como para mantenerse en el poder hasta los sesenta y ocho? Y, por más que Fausta quisiera responderse que sí, su intuición le negaba tal respuesta.

¿Qué pasaría si su esposo moría cuando su hijo mayor, Constantino, tuviera sólo quince años? En ese momento el hijo mayor del anterior matrimonio, Crispo, tendría treinta y seis años, estaría en la flor de la edad. Sus hijos con doce, trece y quince años y su hermanastro, hecho un hombre, con treinta y seis. Podría hacer con el Imperio lo que quisiera. ¿Quién le aseguraba a ella que iba a querer compartirlo con sus

hermanastros? Si seguía la línea de su padre, no querría compartirlo. Y eran de la misma familia, sangre de su sangre.

Fausta no podía dejar de darle vueltas a la situación a que se iba a ver abocada, de tener su futuro y el de sus hijos en manos de un ser que era un extraño para ella, al que no comprendía, en quien no confiaba. Al que odiaba desde hacía muchos años.

Y, lo que es peor, que contaba con el pleno respaldo de su esposo. Constantino no dejaba de elogiar todas las medidas que tomaba Crispo en la distancia, allá en su frontera, al Norte de las *Galias*. Y no hacía mucho le había dado un nieto. ¿Cuándo podrían sus hijos dar un nieto a su padre? Posiblemente nunca. Su esposo había tardado demasiado tiempo en consumar su matrimonio con ella. Y, según le había confesado un día en el lecho, había sido por no darle a su hijo Crispo la noticia de que iba a abandonar a su madre antes de que fuera mayor de edad. Siempre Crispo de por medio ... Cómo lo odiaba … Todo su problema de futuro era por su culpa. ¡Maldito Crispo …!

Capítulo 193
El enfrentamiento.

Año 326

La comitiva procedente de *Augusta Treverorum* - y Crispo con ella - llegó a Roma a primeros de Julio. Había salido con bastante antelación de la capital de las *Galias*. Crispo quería hablar con su padre antes de que éste se dedicara a los temas de su celebración. Se alojaron, él y su abuela, en el Palacio que había sido de Diocleciano, en el Palatino. Su padre se alojaría también allí.

Pero Constantino no llegó a Roma hasta el ocho de Julio. Había pasado por *Aquileia* y había parado en *Mediolanum* (Milán). Pero si Crispo tenía ganas de hablar con su padre, más deseos aún tenía de verse con Constancia. Y fue la primera visita que hizo, nada más conocer la llegada de la comitiva imperial. Constancia le esperaba con el mismo interés. Tras los efusivos saludos, vino la conversación calmada.

- "¿Que cómo me siento? Es difícil resumirlo en una sola palabra, porque se da una continua batalla en mi interior. Hay días en que vivo tranquila, ocupada en las novedades del momento. Y días en que no puedo evitar recordar el pasado y que eso me provoque dolor y tristeza. Pero ya he comprobado que los consejos de Eusebio son el mejor modo de superar el pasado, y procuro no pensar en lo sucedido. ¿Y tú, qué tal tu vida de matrimonio."

Crispo vio que Constancia no quería hablar de ella misma y respetó su decisión.

- "Muy grata, la vida de matrimonio es muy grata. No me imaginaba que fuera tan fácil y tan agradecida. Es gratificante dar amor y recibir el amor de una mujer. Y en mi caso, a eso se añade tener un hijo y verle crecer ...

Además, ya sabes que yo tengo doble motivo para ser feliz. Cada vez veo con más claridad que son dos maneras de obedecer a Cupido. En mi matrimonio con Elena sigo el camino que marcó mi padre. En mi unión con Yela sigo mi propio destino, mi propia elección. No digo que todo el mundo deba tener dos mujeres en su vida. Pero si yo hubiera seguido mi propio camino, sólo tendría una. Y sería Yela. Y ella sería mi esposa."

Constancia calló. Los años y el mando no habían cambiado a su compañero de juventud.

- "Tengo un mensaje que darte, Crispo. Se trata de Fausta. No me imaginaba que sería tan … perversa como estoy comprobando que es. Guárdate de ella, Crispo. Es una mujer no sólo malvada, sino falsa, doble. En la misma mañana es capaz de hacerte un desplante y lanzarte los peores insultos y, si entra en la habitación su esposo, el Augusto, cambia su tono, su rostro y sus maneras y se vuelve la persona más amable. Y finge, con la mayor simpatía, seguir una conversación conmigo, aun cuando antes no hablábamos de ese tema. Es muy buena actriz, pero sólo engaña a quienes no respeta ni teme. Si no te teme, teme tú lo peor de ella. Evítala. Es una mala mujer. La conozco bien. He tenido que convivir con ella."

Crispo sabía que Constancia era incapaz de decir algo así de nadie, y menos de una persona de tan alta posición como la Emperatriz, sin ser cierto.

- "Descuida, tendré en cuenta tu consejo. Nada se me ha perdido que mi madrastra me pueda devolver. Me cuidaré de ella. Y gracias por la advertencia."

Hablaron luego de temas de menor trascendencia. Y se despidieron. Ese día cada comitiva cenaba por separado.

Pasaron dos días hasta que Crispo pudo lograr audiencia con su padre. Los aprovechó para visitar Roma. El segundo día sacó a pasear a su abuela por los alrededores del Palacio en el que se habían alojado. Antes la llevó a la parte trasera, desde la que se divisaba una vista privilegiada sobre el Circo Máximo. Luego la llevó, en un *cisium* y con fuerte escolta, al Arco de Constantino, que la mujer admiró embelesada de que aquel precioso monumento estuviera dedicado a su hijo. Crispo le leyó la dedicatoria. Vieron el Coliseo por fuera, contiguo al Arco. Elena se sorprendió de que un Anfiteatro pudiera tener tan enormes dimensiones. Y finalmente, para no cansarla, la llevó en el *cisium* a las Termas de Diocleciano, las más modernas y las mayores, en la parte Norte de la gran ciudad. Eran de planta cuadrada, con un gran patio en el centro - donde estaba la palestra - y con un lujo, tanto en el exterior como en el interior, que impresionaba.

Le contaría a su padre que había visitado Roma con su abuela. Eso sin duda le agradaría. Conforme se acercaba el momento de comunicar a su padre su decisión, algo le hormigueaba en el estómago. Pero Crispo

estaba decidido. Le bastó recordar lo que le había dicho Constancia, de que un año después de la muerte de su esposo no lograba superar el dolor que le causó su muerte, por no hablar de la de su pequeño Liciniano, para afirmarse en su decisión.

El día siguiente llegó y Crispo se dirigió a la zona del Palacio donde sabía que se había alojado su padre. Éste le recibió con los brazos abiertos y la mejor de las sonrisas. Crispo ya tenía pensado el orden de los temas a tratar. En primer lugar, le contó de pasada que había llevado a su abuela a visitar Roma. Ella ya le había comentado que en cuanto su hijo llegó a Palacio, ella había ido a verle para darle la bienvenida. Crispo suponía que tal visita habría contrariado a su padre más que otra cosa. Pero éste no hizo ningún comentario. Luego siguió:

- "También debo informaros, padre, que, tal y como me avisasteis, madre quiso saber sobre vuestra ausencia, y cuánto iba a durar. Y vi el momento de darle el mensaje que me confiasteis, sobre vuestros nuevos esponsales con Fausta y vuestro deseo de librarla de un molesto proceso de repudio. Lo tomó bien, aunque en un primer momento no pudo evitar apenarse profundamente."

Hizo una pausa. Su padre no movió los labios. Crispo entonces prosiguió.

- "En segundo lugar quisiera transmitiros un ruego propio y de toda la familia de *Augusta Treverorum*, para que permitáis que Constancia vaya a vivir con su familia, con su madre y sus hermanos. Desde hace algún tiempo nada la liga a Oriente, incluso se le evitarían recuerdos dolorosos si pudiera compartir la vida con su madre, Teodora, que ya tiene bastante años y la echa mucho en falta. Espero que me podáis dar vuestro permiso, padre."

El Augusto no puso cara de verse satisfecho con la petición. Al contrario, Crispo adivinó que la suya le había desagradado abiertamente. Su padre permaneció en silencio. Parecía reflexionar sobre la respuesta que le iba a dar. Tras un rato, que a Crispo le pareció una eternidad, su padre sólo dijo:

- "Lo tengo que pensar. Aunque no te lo parezca, Constancia tiene un papel a desempeñar en la corte de *Nicomedia*. Pero ya te daré mi parecer después de las *Bicenales*, que es lo que nos trae aquí."

Crispo no se desanimó. Al menos no había recibido una negativa de entrada. Venía ahora el tema arduo. Crispo carraspeó, tanto para tomar

aliento como para hacer más hincapié en lo que venía.

-"Y por último, padre, tengo que transmitiros una decisión que he tomado y que debía comunicaros a la primera ocasión que nos viéramos."

Hizo un breve alto. Su padre le miraba fijamente, sin decir nada.

- "Quiero pasar a la vida civil, padre, cuando podáis encontrar un sustituto a mi labor al frente de la Prefectura de las *Galias*. No tengo prisa, pero en un plazo de doce meses quisiera pasar a vivir con Elena y nuestro pequeño Claudio en *Palatiolum*, o en otro lugar, si os parece mejor, libre ya de las tareas de gobierno. Creo que os lo debía decir a la primera oportunidad."

Se hizo un silencio absoluto en la sala. Su padre se quedó callado un instante, pero sólo un instante. Con el ceño fruncido y levantando los brazos, preguntó:

- "¿Pero qué dices? ¿Pero qué estás diciendo? ¿Es que has perdido el juicio? ¿Quién te ha metido esa absurda idea en la cabeza; ha sido tu mujer, eh? ¿Ha sido tu mujer?"

Crispo no esperaba un ataque por ese flanco.

- "No, padre. Nadie me ha metido ninguna idea. Es idea mía. Sólo mía. Tengo casi treinta años y es edad para que se me ocurra qué quiero hacer con mi vida."

Su padre se iba encolerizando conforme él hablaba.

- "¿Y quién te ha dicho que tienes derecho a decidir tú sobre tu vida? ¿Quién te ha dicho eso? Yo soy tu Augusto y yo decido sobre tu vida y sobre las vidas de toda la familia. Eso es lo que te debe quedar claro. Para hoy y para siempre."

Crispo se temía que iba a tener que plantear el verdadero motivo por el que tomaba tal decisión. Lo había tratado de evitar. Pero de no hacerlo se veía abocado a un callejón sin salida.

- "No, padre. No es así. Igual que el Augusto Diocleciano dimitió a los veinte años de gobierno, yo he servido a Roma y a vos durante catorce años y estoy cansado. No quiero seguir. Y por eso os lo comunico, para que tengáis tiempo para buscarme un sustituto."

- "No pienso buscarte ningún sustituto. Tú obedecerás mis órdenes y seguirás al mando de las *Galias* y de Italia. Y no se hable más de esta absurdo asunto."

Crispo cruzó los brazos.

- "No, padre, no lo haré."

Constantino levantó la voz. Sin duda se le estaba oyendo en varias habitaciones más allá de la puerta.

-"¡¡¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué te ha hecho forjarte esa idea absurda de retirarte sin cumplir siquiera treinta años?!!"

Crispo respiró hondo antes de responder.

- "Eres tú, padre. No puedo aprobar tus últimas decisiones."

- "¿A qué decisiones te refieres?"

- "Ya lo sabes, padre, a tus órdenes de matar al marido de Constancia y a su hijo."

Constantino ya había pensado en alguna ocasión que tales órdenes quizás iban a extrañarle a su hijo. Pero confiaba que su ascendencia como padre y como Augusto ahogara la extrañeza. Nunca imaginó que su hijo fuera a pedirle cuentas, como estaba haciendo ahora. ¡Qué alocada y qué idealista era la juventud! Tendría que enseñar a su hijo a ser un buen Augusto.

Despacio, para que su hijo le entendiera bien, Constantino empezó su enseñanza.

- "Ya entiendo lo que te sucede. Te horrorizan las decisiones comprometidas. Tú quisieras dar órdenes impecables, limpias, irreprochables. No, Crispo, no. La vida de un Augusto no es tan simple. A veces, para sacar adelante al Imperio, hay que dar órdenes sucias, hay que hacer cosas que a algunos, a los idealistas como tú, les pueden parecer vergonzosas. Y no te debe temblar el pulso al firmar una orden así. No si eres un buen Augusto. Esto lo debes entender aquí y ahora. Y para siempre."

Crispo empezó a comprender a su padre. No estaba dolido, y mucho menos arrepentido de lo que había hecho. Era lo que había que hacer.

- "¡Pero Licinio era tu cuñado! Tú lo llamaste para pactar con él. ¡Y Constancia era la prenda de tu acuerdo con él!"

Constantino sacudió la cabeza, parecía decir que no.

-"No, Crispo, no lo entiendes. Los pactos los firman los listos para engañar a los tontos. Un pacto vale sólo lo que vale para el que vale menos. Y si para ti un pacto no vale nada, tampoco valdrá nada para el otro. La ventaja es que podrás descubrir la verdad cuando más te convenga. Eso te dará una ventaja muy grande sobre el otro. Así se ganan las confrontaciones, hijo. No lo olvides nunca."

Crispo no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Su padre le estaba tratando de convencer de que fuera desleal con todos.

- "Pero, padre, tú hiciste a Licinio un miembro de tu familia. ¡Lo casaste con tu hermana!"

Constantino volvió a negar con la cabeza, lentamente.

- "Eres aún muy joven y la vida te ha enseñado poco. Aprende esto: Las personas son para utilizarlas, Crispo. Cuando te convenga, para utilizarlas. No lo olvides tampoco."

Crispo sentía que cuanto más hablaba su padre mayor era el abismo que se abría entre ambos. Una idea se abrió camino en su mente y salió a borbotones.

- "¡¿También Constancia está ahí para que la utilices?! ¡¿Eso es lo que has hecho con ella, utilizarla?!"

Y sin apenas darse un respiro prosiguió.

- "¡¿Y conmigo, padre, también me estás utilizando?! Casi no hace falta que me respondas a esto último, porque ya sé la respuesta. Lo llevas haciendo muchos años."

Constantino ya no podía dar marcha atrás.

- "¡¡¡Maldita sea, llámalo como quieras. He hecho lo que más convenía al Imperio. Eso métetelo bien dentro de la cabeza. Y ni tú ni nadie puede reprocharme nada. Soy tu Augusto!!!

Crispo volvió a respirar profundamente. Iba a cambiar su postura.

-"Serás mi Augusto, eso no lo negaré jamás. Pero yo ya no soy tu César, padre. Tienes docenas de generales, todo el Imperio está aquí, en Roma. Elige mi sucesor durante tus *Bicenales*, padre. A mi vuelta a la frontera quiero tener a mi sucesor conmigo, para irle pasando los temas que llevo entre manos."

Constantino notó algo en la manera de hablar de su hijo que le dio miedo. No era su hijo. Ni siquiera era su César. Era otro Augusto, con criterios independientes, que se le enfrentaba.

Capítulo 194
El plan de Fausta.

Año 326

El tiempo en Roma era fresco. El cielo, nublado. Soplaba un viento Norte que traía el frío de los lejanos Alpes. Fausta estaba de mal humor. Los hijos estaban revolucionados con el viaje y los nuevos aposentos, corrían por los pasillos y obedecían peor que en *Nicomedia*. Menos mal que su padre estaba reunido con sus generales y no se enteraría de la mala conducta de sus hijos. Porque Constantino la hacía responsable a ella del comportamiento de sus hijos.

Ese día su esposo vino antes que otras veces. Llevaban tres días en Roma y Constantino vino desquiciado. Pocas veces lo había visto tan excitado. Cuando así, Fausta sabía que lo mejor era dejar que él hablara, o descargaría su ira sobre ella. Calló, e hizo como que no se había dado cuenta del estado de ánimo de su esposo. Éste daba vueltas por la sala donde se encontraban, los dos solos. Al cabo de un rato, preguntó, vuelto hacia ella, con voz airada:

- "¿Te parece que son formas?"

Fausta no sabía qué decir, pero tenía que darle la razón.

- "Seguro que no, esposo mío."

Constantino, por fin, resolvió el misterio.

- "Crispo. Se trata de Crispo. Parece que se ha vuelto loco. De pronto viene y dice que lo quiere dejar todo. Como si a la púrpura se pudiera renunciar. Como si no fuera un deber, como si no fuera una obligación para toda la vida."

Fausta no sabía que decir, pero en su interior se alegraba de que por fin Crispo, el gran César Crispo, hubiera hecho algo que no le gustara a su esposo. Al fin, preguntó:

- "¿Y por qué lo hace?"
Constantino tardó en responder.
- "Dice que está cansado, que se quiere retirar a la vida privada … No me extrañaría que fuera cosa de su nueva esposa. No sé si elegí a la mujer apropiada ... Mi hijo antes no era así."
Fausta sabía que lo mejor era no decir nada, no dar ninguna opinión. No sin saber qué opinaba él. Pasó un largo rato, los dos en silencio. Al fin, ella aventuró:
- "¿Y qué vais a hacer, esposo?"
Constantino seguía dando vueltas por el salón. Se le notaba verdaderamente furioso.
- "No veo la solución clara, pero no puedo dejarle que haga lo que le dé la gana cuando está en juego el futuro del Imperio."
- "Desde luego que no. No debiera plantearte problemas ahora que llevas sobre tus hombros la responsabilidad de todas las Prefecturas ..."
Poco a poco Fausta consiguió calmarle. Logró que se sentara y se sentó a su lado. Ella ya sabía qué era lo que a su esposo más le agradaba, y lentamente bajó la mano que le quedaba libre.
Al poco rato, el Augusto estaba sobre ella y Crispo, muy lejos.

Al día siguiente, Crispo recibió un mensaje de Fausta, la Emperatriz. Decía así:

"*Fausta, esposa de Constantino, a Crispo, César de las Galias. Salud.*
Sé, por mi esposo, que tenéis problemas. Os puedo ayudar. Venid a verme mañana por la mañana. Cuidaos."
Cuando la leyó, recordó la advertencia de Constancia. Pero no habría hecho falta. Jamás se le hubiera ocurrido acudir a la cita que ella le ofrecía. Crispo odiaba los triángulos. Suelen ser origen de problemas. Y en lo que menos pensaba Crispo era en tener confidencias, en un tema tan difícil como el actual, con la esposa de su padre. Ella podría utilizar lo que él dijera, y lo que no dijera, en su contra, si quería. Pero había que tener tacto. El mensajero esperaba una respuesta. Rápidamente, se retiró a su escritorio y redactó:

"*De Crispo, César de las Galias, a Fausta, Augusta. Salud .*

“Bien quisiera visitaros, pero Elena, mi esposa, no se encuentra bien. El viaje la ha alterado un tanto. Debo permanecer con ella hasta que se reponga. Tal vez más adelante pueda visitaros. Os avisaré. Cuidaos.”

Era una excusa. Fausta sabría que era una excusa, pero no importaba. Crispo no necesitaba el apoyo de Fausta. De hecho, nada podía hacer ella para solucionar el problema que él tenia ahora con su padre. Si antes de la conversación habida con él ya estaba decidido a abandonar el cargo, tras ella su resolución era mucho más firme. Su padre no respetaba nada, ni a nadie. Empezaba por no respetarse a sí mismo. No cumplía su palabra. Crispo pensó que su padre no tenía palabra. Por eso mentía cuando le convenía. Por eso le mintió a él cuando iba a atacar a Licinio. Por eso haría lo que se le antojara en cada momento, porque no tenía reglas, no aceptaba compromisos. Ni siquiera las que él mismo acordaba.

Cuanto más alejado estuviera de su padre, tanto mejor. ¿Qué debería hacer si un día su padre le daba una orden “comprometida”, como él las llamaba? ¿Obedecerle y renunciar a sus principios? ¿O negarse a obedecer una orden del Augusto, y poder ser acusado de alta traición, como lo fue Licinio? Lo mejor era descender de la cúpula del Imperio antes de que pudiera darse esa circunstancia.

A Fausta le contrarió que Crispo evitara estar con ella. Le contrarió mucho. Había forjado un plan la noche anterior, en la soledad de sus habitaciones, tras enterarse de los deseos de su hijastro. Y en ese plan la visita de Crispo era una pieza fundamental. ¿Insistiría? ¿Abandonaría el plan? ¿O continuaría con el plan, aun sin la visita?

Decidió no tomar una decisión hasta la mañana siguiente. Esperaría a ver que sentía al despertarse a la mañana siguiente, si debía seguir, abandonar o insistir.

Capítulo 195
La violación.

Año 326

Constantino estaba contrariado. Su visita a Roma había empezado con mal pie. No sólo se le había presentado de improviso el problema con su hijo, había algo más en el ambiente. Captaba una diferencia en su relación con los principales personajes de Roma con los que se había entrevistado: Una cierta frialdad en algunos de ellos. Era como si no tuviera ya su plena adhesión, como si estuvieran esperando algo que no se había dado, pero que se podía dar.

Para organizar los festejos que debían celebrarse con motivo de sus *Bicenales*, tenía que relacionarse con cuantos intervenían en la preparación de los Juegos, a celebrar en el Anfiteatro Flavio - llamado Coliseo por la plebe - y también en el Anfiteatro *Statilii Tauri* y en el Castrense; en las carreras de cuadrigas a celebrar en el Circo Máximo, en el *Flaminius* y en el de Domiciano. El de Nerón, situado extramuros, se quedaría sin carreras.

Había que determinar el recorrido del desfile, dónde se darían las celebraciones públicas, los mercados, las representaciones a organizar en las calles y en los tres Teatros existentes en Roma, el Teatro de Pompeyo, el de Balbo y el de Marcelo, los tres junto al Tíber, en la parte Oeste de la ciudad.

Constantino no quería dejar nada al albur. Y menos aún en la celebración de sus veinte años en el poder. Había que prever las personas que acudirían a cada acto, para designar las fuerzas que deberían ocuparse de la vigilancia. Y todo ello en menos de quince días. Como para tener problemas extras.

Al tema de su hijo le dio prioridad. Y después de sopesar diversas posturas a tomar, decidió que no hablaría con él del tema durante los festejos. Finalizados los mismos, le propondría aceptar que Constancia viviera en *Augusta Treverorum* siempre y cuando él siguiera como César en las *Galias*. Acordaría con él un plazo de diez años. Finalizados los

cuales Constancia podría seguir toda su vida en la capital de las *Galias* y él podría pasar a la vida civil, tal como deseaba.

Constantino había calculado más de una vez los años que faltaban para que su hijo mayor, de su mismo nombre, pudiera incorporarse a las tareas de gobierno. Legalmente, era a los veintiún años, pero Crispo lo había hecho con dieciséis. Y con buenos resultados. Su hijo Constantino no tenía por qué ser menos, siendo como era hijo suyo. Ahora tenía nueve años. Por tanto, faltaban siete. Pero él redondearía a diez. Dentro de diez años sus tres hijos estarían preparados para gobernar cada uno una Prefectura. Era el plazo que necesitaba.

Su plan había sido que cuando él muriera, o se retirara por edad, Crispo le sustituyera en la Prefectura de Oriente. Pero su hijo mayor se estaba excluyendo por exceso de escrúpulos. Una persona débil como él no podía llevar adecuadamente la dirección de una Prefectura. Para gobernar a millones de ciudadanos había que tener un carácter fuerte y ser capaz de dar la orden que hiciera falta. Como le había dicho su padre, que el corazón no influyera en la directriz que marcaba la mente. Y su hijo mayor estaba demostrando que no tenía ese carácter. Tendría que estar muy pendiente de él estos diez años que le quedaban de dirigir las *Galias*. No fuera a actuar con debilidad, que luego le sería difícil corregir al hijo suyo que le sustituyera.

No consideró la posibilidad de que Crispo se negara a aceptar la propuesta de gobernar otros diez años. Tener que condescender en que se retirara dentro de diez años le pareció una dejación de su autoridad como Augusto. Pero no tenía otra opción. Lo necesitaba al menos durante esos diez años. Cuando dejara el poder, quedaría una Prefectura libre, pero también podría él cambiar los límites y eliminar la Prefectura del *Ilírico*. Oriente se quedaría con la *Tracia* y la *Moesia* e Italia incorporaría la *Panonia*, la *Macedonia* y la *Acaya* (Grecia). Era la situación que se había dado tras su primera victoria sobre Licinio.

Constantino se dijo que con tal repartición las obligaciones de cada uno de sus hijos, con las fronteras que les correspondían, estarían equilibradas. Uno debería ocuparse de las fronteras con la *Germania*, en la *Galia*, y con la *Caledonia*, en la *Britania*. El segundo debería cuidar la frontera del *Ister Flumen* (río Danubio). Y al que le correspondiera Oriente debería hacer frente a los *Partos* en el Este y vigilar el tramo final del *Ister Flumen* en el Norte.

Cada uno debería estar al frente de sus obligaciones hasta que alguno de sus hijos - no forzosamente el mayor - fuera capaz de tomar las riendas de su Prefectura. De ese modo, el linaje que él había fundado se prologaría durante mil años al frente del Imperio.

Pasaron dos días más, ocupado en recibir al *epískopo* de Roma, que apenas había comenzado su labor en la ciudad, y a otros muchos personajes involucrados en la organización de los festejos. Cuando ese día se retiró, ya entrada la noche, a sus habitaciones, en la segunda planta, se encontró un espectáculo insospechado. Fausta yacía en el lecho, hecha un mar de lágrimas, con las ropas en desorden y varios arañazos y moraduras en los brazos.

Constantino, sorprendido por el espectáculo, preguntó:

- "¿Qué ha pasado aquí?"

Fausta desde la cama, respondió, entre sollozos:

- "¡Crispo …! ¡Ha sido Crispo …! Vino a media tarde a hacerme una visita, estábamos hablando, y de pronto … pareció volverse loco, se abalanzó sobre mí y empezó a quitarme la ropa. Me resistí, pero él era más fuerte. Me tapó la boca y luego me amordazó. Me dejó desnuda, se desnudó él y se colocó sobre mí … En el último instante le empujé, y se salió, pero dejó su semen sobre la cama … aún se puede ver …"

Constantino se acercó y, en efecto, sobre la cama se veía la mancha inconfundible del semen de un hombre, casi seco ya. Incluso el olor lo delataba. Constantino pareció volverse loco.

- "¡¡¿Por qué no bajaste a decírmelo en cuanto ese degenerado se marchó?!!

Fausta, amedrentada, respondió:

- "Tenía miedo. Me dijo que si tú te enterabas, me mataría ..."

Al oír su respuesta, su marido pareció tomar de pronto una decisión. Dio media vuelta y salió de la habitación, dando un portazo que debió resonar por todo el Palacio.

Capítulo 196
Órdenes.

Año 326

Constantino dio una orden a uno de los dos soldados de la Guardia Imperial que estaba de pie ante la puerta.

- "Que venga inmediatamente el oficial de guardia."

El soldado partió corriendo en busca de su oficial. Al poco, llegaron los dos, también corriendo. Se paró el oficial ante su Augusto e hizo la genuflexión de ordenanza. Cuando se levantó, el Augusto le dijo:

- "Vais a salir al Pretorio y avisad a su Prefecto para que venga a verme inmediatamente, sin perder un instante. Debe traer consigo una centuria de soldados."

Con ochenta soldados sería más que suficiente para neutralizar la docena o dos docenas de guardias que su hijo pudiera tener como guardia personal. Y no quería que reunir más soldados retrasara su venida a Palacio. Constantino vio partir al oficial y volvió a la habitación de Fausta. Ésta se había tapado con la ropa de la cama, pero seguía con la cara llorosa. Constantino se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos.

- "No os preocupéis, amor mío, esto no volverá a suceder. Voy a dar tal escarmiento a mi hijo que no volverá a importunaros, tenedlo por seguro."

Ella le miró con lágrimas en los ojos aún.

- "Pero me dijo que si os lo decía me mataría ..."

Su marido respondió con rotundidad.

- "Adonde voy a mandarle no podrá haceros ningún daño, estad tranquila."

Fausta le miró a los ojos.

- "¿Qué vais a hacer, esposo mío?"

Constantino no comentaba jamás sus decisiones con su esposa.

- "No os preocupéis, todo se va a arreglar."

Y quedaron los dos en silencio. Fausta sabía que no debía preguntar más o encolerizaría a su esposo. Al cabo de un tiempo que pareció interminable, alguien llamó a la puerta. Constantino la dejó y fue a abrir. Era el Prefecto. Constantino despidió a los guardias de la antesala y se quedó a solas con el Prefecto, Acilius Severus.

Constantino, con semblante serio, se dirigió al recién llegado.

- "Prefecto, ha sucedido un hecho terrible en este mismo Palacio. Debo poner remedio de forma inmediata y drástica. Está en juego mi autoridad y mi honor. Por eso he de encargaros una misión delicada y quiero vuestra total colaboración Supongo que puedo contar con vos."

El Prefecto respondió, con la misma seriedad en el rostro:

- "Se hará lo que vos ordenéis, *Dómine*. Os lo garantizo con mi vida."

Constantino pareció complacido con la respuesta.

- "Bien, no esperaba menos. Ahora escuchad con atención. Quiero que mi hijo Crispo salga esta misma noche camino de *Sirmium*. Allá deberá esperarme, junto con su esposa y su hijo, mi nieto. Tenemos una conversación pendiente y no quiero tenerla aquí, en Roma. Vos os encargaréis de ponerle en camino."

El Prefecto respondió, relativamente aliviado

- "Entiendo, *Dómine*. No parece una misión difícil de cumplir."

Constantino quería atar todos los cabos.

- "¿Están con vos la tropas que os he ordenado?"

-"Están abajo, en la plaza ante el Palacio. No me ha parecido conveniente hacerlas entrar; harían cierto ruido. Sólo un par de oficiales me han acompañado hasta vos."

- "Está bien. Iréis al ala Sur del Palacio, donde mi hijo se aloja. Le daréis el recado de que su padre quiere verle. A él y a su familia. Y los traeréis aquí, a esta antesala. Es posible que quiera que le acompañe su guardia personal. Sabed que las órdenes son que en mis aposentos sólo puede permanecer la Guardia Imperial. El resto ha de esperar abajo, en el vestíbulo de entrada. Su guardia no debe subir con él. Espero que quede claro este extremo."

- "Clarísimo, mi Augusto."

- "Dejaréis a la mujer y al niño en una sala anterior, y haréis pasar a mi hijo al despacho, a él sólo. Y pasáis vos y diez soldados de vuestra escolta. Le decís que debe entregaros sus armas. En este despacho no se

puede portar armas. Se las tomáis y las sacáis del despacho. Y cuando esté desarmado, vuestros soldados lo reducen y lo amarran. Espero que os hagáis cargo de todos los detalles."

- "De todos, *Dómine*."

- "Quiero instruiros sobre la guardia. Con vos y mi hijo deben subir docena y media de soldados. Tres deben quedarse con su esposa y el niño, y el resto pasarán con vos a mi despacho. Con la guardia personal del César Crispo deben permanecer un número suficiente de soldados como para disuadir a su oficial de toda resistencia, que sería resistencia a mis órdenes. Debéis aleccionar bien a vuestro oficial."

- "Lo haré, mi Augusto. Todos mis oficiales son fieles y experimentados. No os preocupéis por eso."

- "Está bien. Antes de subir a las habitaciones de mi hijo, dad orden de que se preparen dos carruajes, uno para mi hijo y el otro para su familia. No deben ir juntos."

- "Así se hará, *Domine*."

- "Usad la posta imperial, eso acortará el plazo de llegada a *Sirmium*."

En ese momento el Prefecto tuvo una vacilación.

- "Disculpad, *Dómine*, pero tal vez me lleguéis a necesitar en Roma para la preparación de vuestras *Bicenales* ..."

Constantino se paró a reflexionar. Era cierto. No debía enviar al Prefecto de la Urbe lejos de Roma. Necesitaba una segunda persona para dirigir el traslado. Inmediatamente pensó en Marcelino Macro. Era uno de sus hombres de confianza. Crispo lo conocía desde hacía varios años, desde los tiempos de *Augusta Treverorum*. Eso alejaría cualquier sospecha.

- "Que varios de vuestros hombres vayan a buscar a Marcelino Macro. Debe presentarse en Palacio de inmediato. Le necesito."

El Prefecto había iniciado la genuflexión debida a la despedida, pero el Augusto le interrumpió.

- "Esperad. No debéis referir a Macro nada de esta conversación. Yo le diré lo que tiene que saber para cumplir su misión. Y esperaréis a cumplir vuestro cometido a que Macro haya subido a verme."

- "Descuidad, *Dómine*, así se hará."

Y, tras una nueva reverencia, el Prefecto salió. Constantino pasó de nuevo a las habitaciones de su esposa. Esta se había dormido. Mejor así. Constantino volvió a su despacho, a esperar la llegada de Macro.

Necesitaba contar asimismo con la fidelidad de Macro. Pero ésta la tenía asegurada. Era su asesor personal desde hacía quince años. No obstante, dado lo delicado de su misión, debería asegurarse del acatamiento estricto de sus órdenes.

Capítulo 197
Un viaje extraño.

Año 326

Crispo fue creando una cierta rutina para su estancia en Roma. Su padre estaba muy ocupado con los preparativos de los festejos. Tras la conversación tenida no era a él a quien correspondía convocar el siguiente encuentro. Su padre le había dicho que iba a pensar en su proposición y que, en cuanto tuviera decidida su postura, le llamaría. Desde su llegada a Roma Crispo había establecido un plan, con Constancia y con su abuela, para verse, si era posible, todos los días y reanudar la vida familiar que las circunstancias habían roto. Constancia, por su matrimonio con Licinio, y la Augusta Elena, porque residía en el pequeño Palacio que su hijo había preparado para ella en *Augusta Treverorum*.

En Roma, Crispo era el elemento de unión. Planeó que las comidas fueran en el ala de Palacio donde habitaban y en ellas estaban presentes Constancia, las dos Elenas - su abuela y su esposa - y él. La conversación era animada y grata. Constancia y Elena, la esposa de Crispo, entablaron pronto una relación cada vez más estrecha. La abuela intervenía en la conversación, aunque su conversación preferente era con su nieto Crispo. Por las mañanas hacían alguna salida a la ciudad, siempre en carruaje. A las tardes, esperaban a que el pequeño Claudio se levantara del descanso que guardaba después de comer y, cuando los sirvientes lo traían, hacía corro con los mayores, que se lo disputaban, sobre todo su bisabuela y su madre. Luego bajaban a los jardines que había detrás del Palacio, en el complejo palaciego del monte Palatino, que era enorme.

En su estado actual, permanecían en pié la Casa de Lidia, esposa de Augusto, el Palacio de Tiberio, hijo de Augusto, el Palacio de Domiciano, hijo de Vespasiano, el de Septimio Severo y el de Heliogábalo, sobrino nieto del anterior. El Palacio de Domiciano había sido construido por este

Emperador sobre la *Domus Áurea* de Nerón, que Domiciano derruyó para construir su Palacio. A su vez, Nerón había construido el suyo sobre la antigua *Domus Augustea*, ampliándola considerablemente.

Crispo se había percatado de que su padre no hacía ningún esfuerzo por unir a la totalidad de la familia. Tampoco él lo hizo, máxime tras la discusión tenida con él. Para evitar a Fausta, no bajaban a los jardines del Palacio de Domiciano, sino que pasaban a los del Palacio de Septimio Severo o al de Heliogábalo, contiguos al suyo. Constancia había expresado su deseo de verse lo menos posible con Fausta, sólo si era inevitable por una invitación de Constantino, cosa que no había sucedido.

Había pasado menos de una semana desde su llegada a Roma cuando una noche, se oyeron ruidos y voces en la zona del Palacio en que residían. Despertado por la guardia que había traído desde *Augusta Treverorum*, Crispo supo la razón del pequeño alboroto: El Prefecto del Pretorio de Roma, Acilius Severus, venía con una guardia numerosa y solicitaba ver al César Crispo. El oficial de servicio le había respondido que el César estaba descansando, y que no se le podía molestar hasta la mañana siguiente. Eso originó una discusión. Finalmente, el oficial avisó a su superior.

Acilius Severus se dirigió a él y, tras inclinarse debidamente, le informó:

- "César, vuestro padre, el Augusto Constantino, desea veros. Debéis acompañarme."

Crispo no pudo evitar sorprenderse por lo intempestivo del momento elegido para la entrevista.

- "¿A estas horas? ¿Estáis seguro de que interpretáis correctamente sus órdenes, Prefecto?"

Acilius no dudó.

- "Completamente, mi César. Vuestro padre ha indicado que os lleve ante él inmediatamente. Deben acompañaros vuestra esposa y vuestro hijo."

Crispo no entendía qué podía querer su padre de Elena y del pequeño Claudio. Pero, sabiendo que su padre le llamaba, decidió seguir al Prefecto.

- "Necesitaremos un tiempo para preparar al niño."

- "El que preciséis, César."

Crispo volvió a sus habitaciones y comunicó a Elena la noticia. Ésta levantó al pequeño, que dormía en otra habitación, con una esclava venida

de las *Galias*. El niño se puso a llorar. Tenía sueño y se frotaba los ojos. Su madre logró consolarse. Al rato, vestidos los tres, salieron adonde esperaba el Prefecto, su guardia y la guardia de Crispo, ya que toda ella se había presentado en el cuerpo de guardia. Cuando se ponían en marcha, hacia el vestíbulo que comunicaba las diversas partes del Palacio, el Prefecto se dirigió a Crispo.

- "Mis órdenes son que sólo me acompañéis vos y vuestra familia. Vuestra guardia deberá esperar a la entrada de la zona del Palacio donde reside el Augusto."

Crispo pensó por un momento que dentro del Palacio donde vivía su padre no había necesidad de llevar junto a él a su guardia personal. Sólo le acompañaban doce soldados y un oficial. Dio orden al oficial al mando de que esperaran en el vestíbulo hasta que él volviera a bajar. Se volvió hacia el Prefecto y le dijo:

- "Os seguimos."

Y él, su esposa y su hijo subieron hacia el segundo piso, donde su padre tenía sus habitaciones y su despacho de trabajo. Elena y el niño quedaron en una sala, con varios soldados. El Prefecto y él pasaron a la antesala del despacho de su padre, que Crispo ya conocía. El Prefecto se dirigió a él.

- "Debo pediros que me entreguéis vuestra espada y vuestra daga, César. Ante el Augusto nadie debe portar armas, salvo su guardia personal."

Crispo se desprendió de lo solicitado por el Prefecto. Su padre no le había exigido tales medidas en su última entrevista. Crispo supuso que la medida era una iniciativa del Prefecto. No le pareció mal. Éste dio las armas a un miembro de la guardia y éste salió de la sala. Y fue entonces cuando el resto de guardias se abalanzaron sobre Crispo y le sujetaron las manos a la espalda. Crispo sólo pudo protestar.

- "¡¡¿Pero qué hacéis?!! ¿Estáis locos?

Acilius, con gran calma, le respondió.

- "Obedecemos ordenes del Augusto, César. Demos llevaros a *Sirmium*, donde él os recibirá a su vuelta a la *Panonia*."

Crispo permaneció mudo de asombro. Si el Prefecto decía la verdad, y no parecía que mintiese, su padre evitaba verle en Roma. ¿Qué razones podía tener para ello? Poco a poco se hizo una cierta luz en su mente. Su padre no pensaba acceder a su petición. No iba a nombrar a ningún general

que le sustituyera. Y quería decírselo en condiciones favorables, cuando Crispo no tuviera ningún tipo de apoyo, en territorio propio, en la lejana *Panonia*. Crispo se rebeló.

- "¡¡Padre, padre quiero hablaros!! ¡¡Padre!!"

Pero el silencio más absoluto fue la respuesta. Sus captores le amordazaron. Si Crispo hubiera podido verlo, habría sabido que sus soldados, en el vestíbulo, habían sido rodeados por un número muy superior de soldados del Pretorio. Al oírse la voz del César a lo lejos, el oficial que había quedado al mando de las fuerzas del Prefecto se dirigió al oficial de la guardia de Crispo.

- "Haréis bien en permanecer donde estáis y no moveros. Todos tenemos que obedecer las órdenes del Augusto y éste ha ordenado que su hijo sea trasladado a un lugar seguro. No cometáis ningún error."

El oficial de Crispo miró a sus hombres. En el rostro de algunos se reflejaba el asombro; en el de otros, el temor. Ninguno había echado mano a la empuñadura de su espada. Los guardias del Prefecto estaban todos con la mano en la espada y no había asombro, ni temor, en sus rostros. Además, les triplicaban en número. El oficial comprendió que no podían hacer nada por su César. Relajó su cuerpo y, con un tono calmado, se dirigió al oficial del Prefecto.

- "Quedad tranquilo. Mis hombres y yo sabemos cuál es nuestro lugar."

El otro le respondió.

- "Así está mejor. Tenemos órdenes respecto a vosotros. Seguidnos."

Esa noche dos comitivas salieron del palacio de Domiciano, en el Palatino. La primera, formada por doce guardias y su oficial, desarmados y rodeados por una cohorte de la Guardia del Augusto, salieron por la *Puerta Tiburtina* con destino a Capua. De allí siguieron por la calzada de la costa hasta llegar al estrecho con Sicilia. Ya en la isla, serían recluidos en la ciudadela de Siracusa.

A lo largo del trayecto, el oficial de Crispo entabló cierta confianza con el oficial que les custodiaba. Y, aprovechando esa confianza, en una ocasión, ya cerca de Siracusa, le preguntó:

- "¿Qué hubiera ocurrido si mis hombres y yo nos hubiéramos negado a obedecer vuestra orden?"

El otro oficial respondió:

- “Si hubierais desenvainado vuestras armas, ninguno veríais el amanecer. Nuestras órdenes eran acabar con todo los que se resistieran. Si se daba resistencia por parte de algunos, los demás debían ser conducidos a la *Cárcel Tuliana* y allí decapitados por traición. Como veis, sólo os quedaba una vía correcta, la que elegisteis.”

La segunda comitiva salió de Roma algo más tarde y lo hizo por la *Puerta Flaminia,* rumbo al Norte. La formaban dos carruajes y soldados a caballo. Iba dirigida por Marcelino Macro, un general del Consejo privado del Augusto, al que Crispo conocía desde *Augusta Treverorum*. Al poco de salir de Roma, Marcelino paró al comitiva y se dirigió a Crispo, que viajaba, en uno de los carruajes, con tres guardias.

- “César, me duele, podéis creerlo, veros maniatado. Dadme vuestra palabra de que no intentaréis nada violento, y ordenaré que os desaten.”

Crispo, al que habían quitado la mordaza cuando salieron de Roma, respondió:

- “Tenéis mi palabra. Obedeceré las órdenes de mi padre con fidelidad.”

- “Me alegra oírlo, César.”

Y ordenó que Crispo quedara libre, siempre dentro del carruaje.

Iban por la posta imperial. Al llegar a las posadas y mansiones, a cambiar de caballo o a pasar la noche, la vigilancia se estrechaba en torno a Crispo, pero éste hizo honor a su palabra y nada intentó. Se había hecho una idea de los planes de su padre. Lo había separado de sus hombres por seguridad. No quería una confrontación verbal en Roma, en plenas *Bicenales*. Y lo había arrestado - porque aquello era un arresto en toda regla - junto con su familia porque el arresto podría durar tiempo, si él no cedía. Y Crispo no pensaba ceder.

Más aún, el método seguido por su padre para obtener la obediencia a sus planes le parecía indigno. Su padre no tenía la fuerza de la razón y recurría a la razón de la fuerza. Sólo eso ya demostraba dónde estaba la causa justa. Pero quedaba por ver el desenlace. Por un momento pasó por su cabeza que su padre podría amenazarlo con la integridad de su esposa o de su hijo. Pero sólo fue un momento. Rechazó la idea.

Capítulo 198

La noticia.

Año 326

La desaparición de Crispo y su familia fue advertida al día siguiente por Constancia y por la Augusta Elena. El día se pasó entre esperas, consultas y la extrañeza consiguiente. No sólo faltaban Crispo, Elena y el pequeño Claudio; también había desaparecido la guardia personal de Crispo. Al atardecer de ese día, Elena, la madre de Constantino, logró hablar con su hijo. Elena fue directa al tema que le preocupaba.

- "Por fin consigo hablar contigo, hijo. Estamos todos muy preocupados. Crispo no está en sus habitaciones, ni su esposa, ni su hijo. ¿Sabes qué les ha podido pasar?"

Constantino sabía que su madre preguntaría por Crispo. Y había tenido tiempo para preparar la manera en que iba a propagar el horrendo comportamiento de su hijo. Hablando lentamente, para que las palabras calaran en su madre, respondió.

- "Madre, asco me da hablar de mi hijo después de lo que ha hecho. Y espero que también a ti te dé repugnancia poner su nombre en tu boca cuando sepas cómo se comportó hace sólo unas horas, en estas mismas habitaciones."

Elena se sobresaltó. Tenía la mejor opinión de su nieto y le extrañaba que su hijo hablara de ese modo del suyo. Elena preguntó:

- "¿Y qué ha hecho mi nieto?"

- "Violar a mi esposa Fausta, aprovechando mi ausencia."

Elena se quedó muda. Tardó un tiempo en asimilar la idea. ¿Su nieto, un violador? ¿Y de su madrastra? Las ideas se agolparon en su mente, pero sobre todas ellas prevalecía una: No podía ser cierto. Repuesta de la sorpresa, preguntó:

- "¿Le viste salir de las habitaciones de Fausta?"

- "Ya te he dicho que aprovechó que yo estaba ausente. No, no le pude ver salir, no estaba en la planta. Visitó a Fausta cuando yo estaba en mis ocupaciones diarias."

Elena reflexionó. Tenía que averiguar paso a paso qué había pasado.

- "¿Le vio alguno de tus generales, alguna persona de tu confianza?"

Constantino, molesto por el interrogatorio de su madre, respondió con un punto de enfado en la voz:

- "Le vio Fausta. ¿Te parece que Fausta es persona que merezca mi confianza?"

Elena advirtió el disgusto de su hijo y dio un giro a la conversación.

- "Hijo, quiero averiguar los detalles de la monstruosidad que me dices, y si es así, yo seré la primera que renegaré de mi nieto. ¿Cuándo fue, qué día, a qué hora?"

- "¿Y qué importa eso, madre? Acepta los hechos, por amargos que sean."

Elena respondió con determinación:

- "Necesito saber el día y la hora. Tú lo recordarás."

- "Sí. Fue ayer; ayer a primera hora de la tarde. Fausta estaba sola y Crispo vino a verla. La desnudó, luego se desnudó él y copularon. Más bien lo intentó, porque ella lo rechazó en el último momento, y su esperma quedó sobre la cama. Yo lo pude ver."

Elena vio una luz. Pero no dijo nada y preguntó:

- "Ante todo quiero saber dónde está mi nieto, qué ha sido de él."

Constantino respondió, con un malestar aún más evidente:

- "¿Qué donde está? ¿Dónde puede estar un degenerado de ese calibre? Muerto. Le he mandado ajusticiar por su horrendo crimen contra natura."

Elena no pudo evitar que un sollozo saliera de su garganta. Un sollozo desgarrador. Cayó al suelo de rodillas, echándose las manos al rostro. Estuvo sollozando un rato. Constantino le ayudó a levantarse.

- "Levantaos, madre. Ese desalmado no se merece vuestro llanto; no después de lo que ha hecho."

Elena se levantó, apoyándose en los brazos del hijo. Los años habían debilitado sus movimientos y el disgusto recibido aún la debilitaba más. Se limpió la cara de todo rastro de lágrimas.

- "Yo averiguaré lo que pasó y te expondré los detalles, hijo. Se ha cometido un crimen horrible y es necesario saber cómo ha sido, momento a momento."

Constantino no entendía el súbito interés de su madre por saber los detalles de la violación.

- "Como quieras, madre. Yo no necesito saber más; con lo que sé me basta."

- "Pero yo sí, hijo. Si debo renunciar a mi nieto, quiero saber lo que había en su interior, y cómo pudo cometer semejante aberración. Yo sí quiero saber más, necesito saberlo todo."

Constantino acompañó a su madre hasta la puerta del despacho. La vio irse abatida.

Elena salió del ala de Palacio donde residía su hijo presa de sentimientos opuestos. El predominante, desesperación ante la previsible muerte de su nieto. Sabía a su hijo capaz de haber ordenado la muerte de su propio hijo. La segunda, aunque era positiva, no disminuía el pesar que causaba la primera: Elena sabía que su nieto no había violado a nadie. Ayer a primera hora de la tarde, y casi toda la tarde, estuvo junto con Constancia, con Claudio y con ella, en los jardines del Palacio de Heliogábalo. No podía estar en dos sitios a la vez. Fausta había mentido.

En el corto trayecto que le separaba de sus habitaciones, Elena se esforzó en averiguar la razón de tal mentira. Y enseguida le llegó el motivo, qué ganaba Fausta con la desaparición de Crispo: Futuro seguro para sus hijos. La muy arpía imaginaba que a la muerte de su marido, siendo sus hijos menores de edad, Crispo podía ambicionar todo el poder y causar daño a sus hijos.

Fausta no conocía a Crispo. Lo había podido tratar muy poco, apenas unas semanas, cuando Crispo había ido a *Sirmium* y había vuelto casado. Pero imaginó un posible peligro y había puesto remedio por anticipado, calumniándolo ante su padre. Y éste, ingenuo e impetuoso, había ordenado matar a su hijo.

Había hecho bien no adelantando a su hijo lo que sabía. Tenía que fingir que trabajaba contra Crispo cuando en realidad tenía que trabajar contra Fausta. Pero debía hacerlo sin que su hijo, Constantino, se diera cuenta de qué la movía. El enemigo no era su hijo, sino su nuera, esa maldita que había logrado quitar la vida a su nieto y a su bisnieto. Elena se preguntó:

- "¿Qué me queda a mí en la vida?"

Pero se dijo que no era el momento de ponerse sentimental. Eso cuando hubiera puesto al descubierto a la asesina de su nieto, y ésta hubiera pagado por su crimen. Le costó mucho dormir esa noche. Las imágenes de su nieto le venían una y otra vez, junto con pensamientos de cómo desenmascarar a la odiosa Fausta.

Sólo pudo dormirse cuando tuvo definido el plan que seguiría para averiguar la verdad de lo sucedido. Iba a ser una batalla de mujer a mujer. Y Elena confiaba en la experiencia adquirida en una larga vida. Vida en la que había conocido la cima y el barranco, el poder y el exilio. Enfrente

tenía a una jovencita que sólo había conocido el triunfo. Precisamente por eso podría con ella. Y con tan halagüeño pensamiento, se durmió mediada la segunda vigilia.

Capítulo 199

Muertes en *Pola* de *Istria*.

Año 326

La comitiva, al mando de Marcelino Macro, que conducía a Crispo y a su familia habían atravesado los Apeninos siguiendo la *Vía Flaminia*, la misma que Crispo sabía que había utilizado su padre cuando bajó desde las *Galias* a tomar Roma. Al llegar a la costa del Adriático, habían enlazado con la *Vía Aemilia*, pero sólo por un corto trecho, pues esta calzada se separaba de la costa y cortaba la Italia *Cisalpina* en dirección a las *Galias*, hacia el Noroeste. Macro, para seguir el camino más corto, dejó dicha Vía y tomó la *Vía Popilia*, que se mantenía pegada a la costa, subiendo hacia la *Iliria*.

Crispo no había comentado nada a su esposa, Elena, de sus planes para retirarse. Crispo no quería mezclar a su esposa en los temas de trabajo. Tampoco quería preocuparla.

"Con uno que se preocupe de las cosas, ya es suficiente", había pensado.

El pequeño Claudio era demasiado niño para disfrutar del viaje. Se cansaba y jugaba, en el suelo del vehículo, con unos pocos juguetes que su madre había recogido apresuradamente la noche de la partida. No obstante, Elena se dio cuenta de que la situación distaba mucho de ser normal. Había observado a su esposo y al general romano que mandaba la comitiva en los escasos momentos en que ellos se comunicaban en su presencia. Y se había dado cuenta de algo anormal. Como esta circunstancia se había dado por tres veces, decidió hablar con su esposo en la *mansio* (posada de la posta) en que pararon a la altura de *Patavium* (Padua).

- "Crispo, hay algo que me tiene preocupada y que quisiera comentaros."

Crispo le respondió, receloso de qué pudiera haberla inquietado.

- "Decidme el motivo de vuestra preocupación, Elena."

Elena pareció dudar.

- "No sé cómo explicarme … Es como si algo raro estuviera pasando. No sé bien qué es, pero he estado atenta cuando el general y vos habláis, y noto algo extraño, diferente. Me da la impresión como si él tuviera el mando y vos le obedecierais, siendo vos el César y, por tanto, su superior. Y tampoco veo claro por qué hemos sido separados de nuestra comitiva y no nos dirigimos hacia la *Galia*, sino que subimos por el Adriático, como si fuéramos a la *Iliria*, a mi casa en *Panonia* …"

Crispo se admiró de la capacidad de observación de su esposa, que parecía que sólo se ocupaba del pequeño Claudio, de sus comidas, sus deposiciones y sus sueños. Sonrió, como si la cosa no tuviera ninguna importancia.

- "Debéis tranquilizaros, os lo aseguro. No hay nada anormal. Veréis. Mi padre y yo hemos hablado en Roma sobre el futuro del Imperio, ahora que todo él está bajo su mando. Ya sabéis que antes había dos Augustos y dos Césares, que gobernaban cada uno una Prefectura. Con mi padre, las cuatro Prefecturas están ahora en dos manos, las suyas y las mías.

Yo le he sugerido que debiera nombrar a dos generales de su confianza para ocuparse de dos Prefecturas por un tiempo, hasta que mis hermanos sean mayores y puedan hacerse cargo ellos. Mi padre no quiere que esas conversaciones tengan lugar en Roma, delante de todos sus generales. Por eso me hace esperarle en *Sirmium*, adonde nos dirigimos. Eso es todo."

Elena pareció entender y aceptar lo que su esposo le decía. Pero preguntó:

- "¿Y ese cambio en el mando, que sea él quien manda y vos el que obedecéis?"

Crispo volvió a sonreír.

- "Es una impresión vuestra, Elena. Yo no le estoy sometido. En este viaje él representa a mi padre, y yo hago lo que mi padre quiere. Obedezco a mi padre, no a él."

Elena se quedó conforme.

"Habían sido imaginaciones mías", pensó.

Y no volvió a prestar atención a las cosas de los hombres.

Precisamente a partir de *Patavium*, volvieron a dejar la calzada por la que subían y tomaron la *Vía Annia*, que de *Bononia* (Bologna) llevaba a *Aquileia*, en el *limes* (frontera) con la *Iliria*.

“Ahora viene la parte más penosa del viaje”, pensó Macro esa noche.

Pero él no podía hacer otra cosa que obedecer las órdenes del Augusto. Caería la desgracia sobre toda su familia si desobedecía lo que se le había ordenado. Esa tarde, al llegar a la posta de *Aquileia*, había hablado privadamente con el responsable de la estación.

- “Mañana queremos salir tarde, a media mañana. Haced como si se hubiera presentado un problema con los caballos, haced lo que se os ocurra, pero que no salgamos a la hora normal de salida. De este retraso ningún empleado de la posta debe saber nada. Sólo vos y yo. ¿Queda claro?”

- “No os preocupéis, *Dómine*, se hará tal y como decís.”

Y así sucedió. Dos caballos de los seleccionados para tirar de los carruajes tuvieron problemas con las herraduras. Hubo que desuncirlos del tiro y herrarlos de nuevo.

- “No se podía sustituirlos - se excusó el responsable - porque los cuatro están entrenados para tirar de un carruaje, no así los demás.”

Salieron a media mañana. Gracias a esa estratagema llegaron a comer a *Tergeste* (Trieste). Y la parada de la noche les cogió en *Pola* de *Istria*. La calzada que llevaba a *Sirmium* no pasaba por *Pola*, sino que seguía por *Senia*, más al Este. Pero sus órdenes eran pernoctar precisamente en *Pola*. Lo harían en la residencia imperial que allí había.

Crispo no conocía la ruta que conducía a *Sirmium* y Macro contaba con ello. Tampoco tenía acceso a ningún mapa de la ruta. De haber vigilado sobre el mapa la ruta seguida, se hubiera percatado de que se habían salido de la ruta hacia *Sirmium*. Debido a ese desconocimiento todo fue normalidad al llegar a la residencia de *Pola*.

Pero Macro tenía que actuar rápido. Se fue directamente a las cocinas y pidió hablar con el jefe de cocina. Se llamaba Rufinus y era pequeño y gordo, como muchos cocineros. Se metieron en su pequeña oficina, repleta de recetas, listas de ingredientes y recipientes de las más variadas formas y tamaños.

- “Tengo un encargo importante del Augusto Constantino para vos. Como no me dio nada escrito, me dijo que os recordara lo sucedido cuando él fue vuestro huésped la última vez, cuando iba camino de Roma.”

Rufinus sonrió. Claro que recordaba lo amable que había sido el Augusto con él. Macro siguió:

- "Debo recordaros que cuando acabó la cena que le preparasteis, él os mandó subir al salón del banquete. Y os dijo que vuestra cena había sido digna de un sátrapa. Vos le respondisteis que os sentíais muy honrado de servirle. ¿Lo recordáis?"

Rufinus sonrió y a su boca asomó una hilera de dientes desiguales.

- "Fue exactamente como vos decía, *Dómine*."

Macro siguió:

- "Esto os demostrará que es él quien me envía. Tengo órdenes suyas muy precisas. Debéis poner un veneno potente en la comida de vuestros huéspedes de esta noche. Muy potente y de acción rápida. Supongo que eso no será problema para vos, ¿no es cierto?"

El rostro de Rufino denotó la extrañeza que le causaba la petición. Pero sí, sí, tenía el veneno adecuado. Claro que no lo había usado en años …

- "Tengo lo que me pedís, *Dómine*. Pero … ¿estáis seguro de que no me vendrá ninguna represalia por tratar así a mis huéspedes?"

Macro sonrió.

- "Al contrario, Rufinus. Os llegará la peor de las represalias si no hacéis lo que os digo."

E hizo un gesto con el dedo índice en torno al cuello que convenció al cocinero. Y Macro salió de las cocinas. Hacía demasiado calor allí.

El cocinero se apresuró a buscar en lo más profundo de un cajón disimulado en el armario del fondo. Le encantaban los muebles con compartimentos secretos. En la casa de sus antiguos señores tenían dos muebles con tales compartimentos. Uno de los hijos de la casa se los había mostrado un día. Guardaban las joyas de la familia en ambos. Por eso la casa no quedaba nunca sola. Siempre había alguien de confianza en el interior de la casa, además de una escolta de esclavos adiestrados.

El joven que le mostraba los muebles permitió a Rufinus abrir uno de ellos. Había que abrir un cajón, sacarlo, meter la mano y tirar de un muelle de cuerdas que estaba oculto en el interior. Gracias a eso se podía abrir un cajón inferior. Tuvieron que dejar la habitación con prisas al oír ruido de pasos de alguien acercándose. Rufino no debería estar allí.

Nunca olvidaría la excitación que le produjo conocer un secreto de los amos de la casa. Y cuando ascendió a cocinero jefe de la residencia de *Pola* de *Istria*, se hizo construir un compartimento secreto en un viejo

armario que había en las cocinas. Lo encargó a un carpintero ya retirado del oficio, que murió poco después, llevándose el secreto a la tumba, eso esperaba Rufinus. En él guardaba los venenos.

Rufinus tenía buen corazón. Por eso mezcló el veneno, que era muy fuerte y de acción rápida, con un potente somnífero. De ese modo, el receptor sentiría un sueño repentino, que le evitaría los efectos dolorosos del veneno. Ya que debía morir, que lo hiciera placenteramente …

La cena, como cada noche, se servía en una pequeña sala privada. Estaban solos Crispo, Elena y los sirvientes que iban y venían con los platos. Elena le preguntó a su esposo.

- "¿No os parece extraño que el general Macro no coma, ni cene, ningún día con nosotros?

Crispo sopesó la pregunta de su mujer.

- "Supongo que es para dejar claro que él se considera inferior a mí, y que no pretende ponerse a mi nivel, ni siquiera en la mesa."

Ella respondió, distraídamente.

- "Sí, puede ser que tengáis razón. Yo hubiera apreciado un poco más de … familiaridad en su trato."

- "Un soldado, mi querida Elena, no puede permitirse mostrar familiaridad en el cumplimiento de su deber."

Y siguieron tomando un delicioso plato de carne en trozos que les habían preparado. El niño estaba ya acostado. Le habían preparado un puré y un batido de frutas. Crispo notó al poco que su esposa cerraba los ojos repetidamente.

- "¿Te pasa algo, Elena?"

Apenas acababa de hacer la pregunta cuando su esposa apoyó la cabeza sobre el brazo derecho y se quedó dormida sobre la mesa. Extrañado, Crispo trató de levantarse. Y entonces fue él quien sintió un sueño extraño, imparable. Apenas pudo dar unos pasos en dirección a su esposa y cayó al suelo. Poco después estaba bajo los efectos del narcótico puesto en la carne. No se despertaron. Ambos murieron envenenados.

Uno de los sirvientes, asustado, dio la voz de alarma. Los soldados de la escolta entraron, sorprendidos por la escena. Su superior, Macro, fingió sorpresa, pero sólo la fingió. Sabía lo que tenía que pasar. Se agachó

sobre el cadáver del que había sido Cesar de las *Galias* y le sacó el anillo de la mano izquierda. Era la prueba que su padre había pedido.

Quedaba el niño. Macro y dos soldados subieron a las habitaciones. Una sirvienta de la residencia cuidaba el sueño del pequeño. El general le dio orden de salir. Ella, dudando, se quedó parada. Macro lanzó un formidable grito y dio un puñetazo sobre la mesa. La niñera salió apresuradamente, con la cabeza baja. Macro hizo una seña al centurión. Éste corrió la manta que lo cubría, agarró al niño sin ningún miramiento y lo levantó de su pequeño lecho. El niño se puso a llorar. El centurión lo agarró por un pie y lo volteó en el aire. A la segunda vuelta, se fue acercando a una pared que hacía esquina y golpeó con toda su fuerza la cabeza del niño contra la esquina. El cráneo del pequeño se rompió en varios pedazos. El llanto cesó. Algo de sangre manchó la esquina y las paredes contiguas.

La misión se había cumplido con éxito.

Capítulo 200
Cerrando el círculo.

Año 326

Elena pidió audiencia a la Augusta Fausta. Había sido nombrada Augusta por su esposo, y el protocolo obligaba a pedirle audiencia. Fausta, aunque recelosa, se la concedió. El oficial de guardia, un centurión ya veterano, condujo a Elena a una sala. Al rato la hizo pasar al despacho de la Augusta.

Fausta estaba sentada en un sillón con brazos y respaldo, y Elena se sentó en una silla con respaldo, pero sin apoyabrazos, que estaba colocada delante. Las dos Augustas se miraron fijamente. La anfitriona iniciaría la conversación. Fausta se hizo esperar.

- "Sois bienvenida a mi residencia, Augusta. Procuraré ayudaros en cuanto pueda."

Elena tenía bien aprendido su planteamiento.

- "Os lo agradezco, aunque yo también deseo ayudar. Ayudar a entender los motivos que pudo tener mi nieto para actuar como actuó. Aunque lo primero que quiero hacer es pediros disculpas, si pudiera haber alguna disculpa, que no la hay, para lo que os intentó hacer mi nieto. Es un acto miserable que me avergüenza. Y quería que lo supierais."

Fausta disimuló su extrañeza. Esperaba un combate, no una rendición desde la primera frase.

- "Me agrada mucho recibir vuestras disculpas, aunque no eviten el daño hecho. Pero os lo agradezco. ¿Y en qué aspectos creéis que podéis ayudar?"

Elena pareció reflexionar, como si no tuviera las ideas completamente claras.

- "Quisiera averiguar las razones que pudo tener Crispo para actuar así. Saber quién pudo influirle, o empujarle a un acto tan deshonroso. Y en eso sólo vos podéis ayudarme, puesto que he creído entender que sólo vos hablasteis con él."

Fausta comprendió que la vieja pretendía algo más de lo que confesaba, pero la dirección de la conversación le pareció favorable. Le

daba ocasión de hablar de los mensajes.

- "Veréis. Mi esposo me confesó que había tenido una discusión seria con vuestro nieto. Estaba furioso. Algo le había dicho su hijo para ponerlo así. Muy pocas veces lo había visto tan excitado. Procuré calmarle y cuando lo conseguí y me dejó sola, mandé un mensaje a vuestro nieto. Le decía que sabía que tenía problemas con su padre y que podría ayudarle, que viniera a verme."

Elena no pudo contenerse.

- "¿Y fue entonces cuando vino y os atacó?"

- "No, no fue así. Al contrario, me respondió que Elena, su esposa, se encontraba enferma y que debía quedar a su lado; que me vendría a ver en otra ocasión."

El rostro de Elena denotó extrañeza. Fausta prosiguió.

- "A mí también me extrañó, pero acepté su disculpa, porque supuse que era una disculpa. Pero horas más tarde solicitó verme. Di por hecho que lo había pensado mejor y le recibí. Y entonces fue cuando sucedió todo."

Elena había estudiado su papel.

- "¿Os dijo si había hablado con alguien después de recibir vuestro mensaje?"

- "No. Apenas hablamos dos o tres frases antes de que, como loco, saltara sobre mí y me abrazara."

- "¿Y tampoco después de su vergonzoso comportamientos dijo alguna frase nombrando a alguna otra persona?"

- "No, Augusta. No nombró absolutamente a nadie. Mentiría si os dijera lo contrario."

Elena se quedó pensativa. Y con gesto de resolución, se levantó.

- "Os doy las gracias por vuestra paciencia, Augusta. Me habéis ayudado, os lo aseguro."

- "Me alegro, Augusta. Hasta cuando queráis, sois bienvenida."

Fausta se levantó para acompañar a su suegra hasta la puerta. Y la conversación terminó con una despedida casi cordial. Cuando salió, Elena observó que dos soldados de la Guardia Imperial estaban firmes en la puerta opuesta de la sala. Tras comprobar que Fausta había cerrado la puerta y no la veía, preguntó a uno de ellos por su oficial superior. El soldado la dirigió al cuerpo de guardia del ala en que residían los Augustos.

Cuando llegó al cuerpo de guardia, Elena dijo al soldado que acudió a recibirla que la Augusta Elena, madre del Augusto Constantino, quería hablar con el oficial de guardia. Enseguida apareció en la puerta el veterano centurión, el que la guiara ante la Augusta. Era alto, grueso, de movimientos lentos. Aparentaba tener cincuenta años, aunque tal vez tuviera menos. Estaba próximo a retirarse.

A su nieto le había oído alguna vez que para guardia personal de los Augustos se elegían oficiales mayores. Estaban a punto de recibir el retiro, la paga extra de jubilación, y unos terrenos en alguna lejana provincia, donde poder asentarse y formar allí una nueva vida, teniendo la mujer que no habían podido tener en sus veinte, o más, años de milicia. Una persona así era fiel, y poco dada a cometer ninguna irregularidad. Además, eran demasiado mayores para las Legiones.

"Una persona así haría cualquier cosa que le pidiera su Augusta", pensó Elena.

El oficial le hizo una reverencia. Se le notaba nervioso. Elena le miró directo a los ojos, desafiante.

- "¿Sabéis a qué he venido, oficial? ¿Cómo os llamáis?"

El hombre respondió, visiblemente azorado:

- "No, Augusta, no lo sé. Me llamo Máximo."

- "He venido mandada por mi hijo, el Augusto Constantino, para averiguar todo lo sucedido anteayer en el turno de la tarde. Y quiero que me deis algunas informaciones, Máximo."

- "Poco puedo deciros yo, mi Augusta. Anteayer no era mi turno."

- "Pero sabéis qué oficial estuvo de guardia anteayer, Máximo."

- "Sí, Augusta, claro que lo sé. Era mi compañero Saturnino. Él estaba de guardia cuando sucedieron los terribles hechos que todos hemos sabido."

- "Bien. Ahora debo saber qué servicio tiene la Augusta. Cuántos hombres y cuántas mujeres le sirven. Seguro que vos, que formáis parte de su guardia desde hace mucho tiempo, debéis saberlo."

El oficial tragó saliva. Saturnino le había confiado algo singular, y la pregunta de la Augusta le hizo pensar que ella sospechaba algo. Pero Máximo no tuvo más remedio que responder:

- "La Augusta sólo tiene doncellas a su servicio, *Dómina*. No hay ningún hombre al servio de la Augusta Fausta. Podéis estar segura de ello."

Eso era lo que Elena quería saber. Ahora su siguiente objetivo era el tal Saturnino. Era el hombre del semen.

Capítulo 201
Descubierta.

Año 326

La primera que se había dado cuenta de la desaparición de Crispo había sido Constancia. Todas las mañanas, desde su llegada a Roma, Constancia pasaba a la parte del Palacio en que residía Crispo con su familia y ambos salían a conocer una nueva zona de la Ciudad. Elena se quedaba en Palacio con el niño. En los dos días que habían salido "en plan de reconocimiento", como decía Crispo, habían visitado el Coliseo y el *Ludus Magnus*, que estaba al lado, los Foros y el Capitolio. Constancia viajaba en un *cisium* de Palacio y Crispo iba a su lado, a caballo. La escolta seguía detrás.

El día en que ni Crispo ni Elena estaban en sus habitaciones, Constancia, desconcertada, esperó a ver si aparecían. Le resultaba extraño que Crispo hubiera salido sin dejarle ningún recado. A primera hora de la tarde se reunió con la Augusta Elena y le comunicó la extraña ausencia. A iniciativa de ella preguntaron en el cuerpo de guardia y supieron de la también extraña desaparición de la guardia que hacía el turno de noche. Fue entonces cuando Elena se decidió a hablar con su hijo.

Y fue a la salida de esa entrevista cuando tuvo que darle a Constancia la triste noticia. Elena comunicó a Constancia el crimen de que Crispo había sido acusado. No habían desaparecido, habían sido ejecutados. Una ola de emociones, en la que se mezclaban sorpresa, indignación y desesperación, agitó a Constancia. El destino se cebaba con ella, destruyendo uno a uno a todos sus seres queridos. Le costó reponerse, y cuando lo hizo sólo pudo exclamar con un hilo de voz:

- "Pero no puede ser, Crispo ha estado siempre con nosotras …"

Elena, con cara resignada, respondió:

- “Ya lo sé, hija. Fausta le ha tendido una trampa y mi hijo ha creído su mentira.”

Hubo un largo silencio. Ambas mujeres pensaban en qué se podría hacer. Constancia expresó sus pensamientos en voz alta.

- “¿Y qué podemos hacer nosotras?”

- “Mucho, hija, podemos y debemos hacer mucho. Aunque, hagamos lo que hagamos, no lograremos recuperar a Crispo ...”

Constancia era más consciente de su escasa efectividad. Ella estaba en inferioridad de condiciones, tanto con Fausta, como con su hermano Constantino. Miró a Elena con una muda pregunta en la mirada.

- “Nosotras sabemos bien que Crispo no violó a Fausta, porque esa tarde la pasó con nosotras. Pero nuestro testimonio no será válido ante mi hijo. Va a pensar que lo hacemos para salvar el honor de un ser querido, lo que era Crispo para nosotras. Debo encontrar las pruebas de la farsa que Fausta ha montado. Y para eso deberé moverme en la residencia de esa maldita mujer.

Lo primero, he de hablar con ella, para que no pueda oponerse a lo que yo deba hacer allá. Luego … ya veré. Debo ir forjando el plan conforme vaya adquiriendo certezas. Tú vuelve a tus habitaciones y haz la vida que te resulte más normal, dentro de la desgracia que ambas sufrimos.”

La conversación con Elena había distraído a Constancia de la enorme desgracia que para ella suponía la desaparición de su querido Crispo. Pero cuando volvió a su residencia y se enfrentó, a solas, con la terrible realidad, las lágrimas hicieron aparición y el dolor agarrotó su ánimo.

“¿Cómo podía haber en el mundo personas tan malvadas, tan sin entrañas?”, pensó Constancia.

En comparación con la nueva actuación de Fausta, las burlas y los desprecios que le había hecho a ella resultaban insignificantes. Constancia comprendía que no debía dejarse llevar por el dolor, tal y como le había dicho Eusebio. Pero le costaba, la nueva prueba le parecía insoportable, imposible de superar. Las horas se le antojaron días. Y había pasado escasamente un día cuando volvió a tener noticias de Elena. Se la veía con el rostro animado.

- “Las cosas van por buen camino. He hablado con Fausta y he visto las condiciones en que ella recibe a las visitas. Debiera haber un puñado de testigos de la visita de Crispo, toda la guardia que estaba en su puesto la

tarde en que se supone que todo sucedió. Pero me temo que Fausta tiene comprado al centurión que manda la guardia y no conseguiríamos nada por ese camino.

Voy a seguir otra vía. La del semen. Sobre la cama de Fausta alguien dejó su semen. Fausta le dijo a mi hijo que ese semen era el de Crispo. Y mi hijo se lo creyó. Pero no era de él, y sólo podía ser del capitán de la guardia. Sé su nombre, y voy a sacarle la verdad como sea."

- "¿Y cómo le obligaréis a confesar lo que realmente sucedió?"

Elena parecía determinada y segura de sus posibilidades.

- "Porque soy la Augusta, y tengo trato directo con mi hijo, querida. Eso para un simple centurión es como ser un dios. Y yo voy a aprovechar esa ventaja."

Y Elena dio media vuelta y se fue, dejando a Constancia sumida en al perplejidad. Apenas había tratado en *Augusta Treverorum* a la abuela de Crispo, pero ahora se daba cuenta de que era una mujer decidida y con una gran fuerza interior. Tenía de ella otro concepto. La tenía catalogada como una persona mayor que sólo sabía gruñir y protestar. Pero ahora estaba descubriendo nuevos valores en ella.

Esa tarde, Elena volvió a aparecer en sus habitaciones. Venía radiante. Salieron a los jardines que solían frecuentar días atrás, con más compañía. Y, cuando estaban a salvo de cualquier mirada u oído indiscreto, la Augusta le agarró de los brazos y le dijo, casi gritando:

- "Ya la tenemos. Su trampa está descubierta. El centurión de guardia esa tarde ha confesado. Ella le pidió que le diera una buena muestra de su esperma. El hombre - Saturnino, se llama - se extrañó de tan impropia petición. Éstas fueron sus palabras:

"Pero *Dómina*, eso no debéis pedírselo a un hombre."

La Augusta le habría respondido: "O me dais lo que os pido, o de lo contrario os acuso ante mi esposo de haberme faltado al respeto. Perderéis vuestro retiro, vuestra carrera y tal vez perdáis la cabeza. Vos decidís."

Y ante esta amenaza, el centurión se retiró con la pequeña vasija que ella le había proporcionado y al poco volvió con su semen en ella."

Constancia se quedó muda un buen rato. Luego preguntó:

- "¿Y el centurión sabía para qué quería la Augusta su esperma?"

Elena quedó muda un momento.

- "Él dice que no, que ella no le dijo nada. Y yo le creo. Sin duda, cuando supo lo que había pasado, tuvo que relacionar su semen con la

violación de la Augusta. Pero no lo sabía cuando se dejó convencer.”

A Constancia se le ocurrió una nueva cuestión.

- “¿Y cómo habéis logrado hacerle confesar?”

Elena sonrió.

- “Ha sido relativamente sencillo. Le he dicho que tenía media docena de testigos que habían estado conversando con el César Crispo mientras se daba la supuesta violación.

Le he dicho que la única prueba por la que mi hijo creyó a su esposa era el semen hallado sobre la cama. Y que él había conspirado con la Augusta para engañar al Augusto. Que sólo tenía una pequeña posibilidad de no perder la vida si se ponía de mi parte. Yo podría interceder por él ante mi hijo. Y lo haría, si él confesaba lo sucedido. A partir de ese momento se echó a mis pies y, llorando, imploró perdón. Me juró que él no sabía el uso que se iba a hacer de su semen. Que jamás lo hubiera hecho de haber sabido lo que iba a suceder.”

Hubo otro silencio. Constancia pensaba en lo que iba a suceder a continuación.

- “¿Vos creéis, Augusta, que vuestro hijo perdonará a ese hombre?”

Elena no lo pensó.

- “No. No lo hará. Ese hombre está perdido. Conociendo a mi hijo, creo que a ese centurión no le queda un día de vida.”

- “¿Y que vais a hacer ahora?”

Elena sonrió.

- “Lo más fácil y lo más grato, desenmascarar a esa bruja que ha condenado a mi nieto.”

Dicho esto, dio media vuelta y la dejó sola en el jardín.

Capítulo 202

Muerte en las Termas.

Año 326

Constantino seguía preocupado. Los preparativos para la celebración de sus *Bicenales* estaban casi ultimados. Pero no era eso lo que le inquietaba. Era el trato que tenía con una fracción importante de Senadores y Magistrados con los que se entrevistaba. Los encontraba distantes. Correctos, pero distantes. No había calor en su voz, ni ese respeto adulador al que estaba acostumbrado. Lo veían como un igual, o incluso como un extraño. No era su Augusto, era … su enemigo. Un enemigo al que se temía, pero al que no se quería.

Con el estamento militar era diferente. Con los mandos militares notaba el mismo temor respetuoso que en el viaje anterior, el mismo que en todas las Diócesis, el que un Augusto se merecía. Pero eso no era extensible al sector civil. Preguntó a los mandos romanos qué podían tener las autoridades civiles en contra de su Augusto, de él, y al principio no obtuvo sino evasivas. Cuando insistió, encolerizado, recibió la tímida respuesta de que quizás su apoyo a la nueva religión no había sentado muy bien entre los Senadores y Magistrados de Roma. Suponía una afrenta a los dioses ancestrales y éstos podían vengarse, no sólo del Augusto, sino también de Roma.

Constantino estuvo a punto de decirles que ahora estaban adorando al único y verdadero Dios, y que los dioses ancestrales eran sólo quimeras. Pero no lo hizo. No debía rebajarse a tratar con sus subordinados las razones que sólo los más inspirados, como Lactancio y él, recibían de lo alto. Decidió despreciar las opiniones de las autoridades civiles. Ya se darían cuenta de su error.

Uno de los mandos militares le dio la noticia de que un par de Senadores se habían convertido a la nueva religión. Eso le agradó. Y le compensó por unos momentos la amargura de saber que tenía una parte importante del estamento senatorial en su contra. Pero en cuanto terminaran sus *Bicenales*, dejaría Roma y tal vez no volviera a pisarla nunca más. Ellos, con sus prejuicios estúpidos, se lo habrían ganado.

A media mañana le anunciaron la visita de su madre, la Augusta Elena. Se dispuso a recibirla con la mejor de sus sonrisas y el afecto que se debía a una madre. Pero en cuanto entró, supo que su madre no venía con la misma actitud. No es que estuviera disgustada, o enfadada con él, pero la veía distinta, extraña. No se inquietó, iba a saber en breve la razón de tal postura.

Tras los saludos habituales entre madre e hijo, Constantino la invitó a sentarse, y él se sentó al otro lado de la mesa. Le daba la impresión de que iba a tener que defenderse de ella. La mujer inició la conversación.

- "Hijo, tengo algo importante y muy largo que contarte. Por eso te voy a pedir que no me interrumpas. Por extraño y adverso que te parezca lo que te voy a decir, no me interrumpas. Déjame llegar hasta el final. Cuando haya terminado, responderé a todas las preguntas que quieras hacerme, pero déjame llegar al final sin interrumpirme. Ya no tengo una mente ágil como la tuya y, si me interrumpes, se me pueden ir las ideas"

Constantino la tranquilizó.

- "No lo haré, madre. Os lo aseguro."

- "Bien, porque lo que debo comunicarte es muy grave."

Hizo una pausa para que la idea entrara en la mente de su hijo.

- "Hijo, te han engañado. Alguien que te conoce bien te ha engañado."

Nueva pausa. Elena quería, además, comprobar si su hijo cumplía su promesa de no interrumpirla antes de entrar en materia. Como nada cortara su silencio, Elena prosiguió.

- "Tu hermana Constancia y yo estábamos con tu hijo Crispo cuando él, supuestamente, violaba a tu esposa Fausta. Estábamos, como todas las tardes, en los jardines del Palacio de Heliogábalo, detrás de éste. Nos juntábamos, después de comer, Crispo, su esposa, Elena, tu hermana Constancia y yo. Al rato nos traían al pequeño Claudio, que se acababa de levantar de su descanso. Nos acompañaban, a lo lejos, media docena de soldados de la guardia de Crispo."

Elena vio que su hijo iba a intervenir y le hizo una seña con la mano.

- "Déjame que continúe. Cuando me enteré de la desgracia, pensé en comentártelo, pero también pensé que no me ibas a creer. Así que me informé.

Visité a Fausta. Me recibió muy amable. Entre mujeres sabemos reconocer a los enemigos, aunque nos sonrían. Una mujer no espera nada de la otra. Eso nos permite ser perspicaces y frías. Al visitarla, me di cuenta de que Fausta vivía encerrada en una jaula y que sólo unos pocos hombres le abrían la puerta. Y vi que todos los que la protegen conocen sus movimientos y sus visitas. Como estaba con nosotras, Crispo no podía haber estado en sus habitaciones aquella tarde. Aquel semen no era suyo. Aquel semen era de otro hombre. Del que más fácil acceso tenía a Fausta y Fausta a él, del capitán de la guardia.

Hablé con él. Le dije lo que sabía, que el César estaba con varias personas, yo entre ellas, y que el semen no era de mi nieto. Le prometí mi intercesión ante ti si confesaba lo sucedido, y el hombre se rindió. Él dio a Fausta su semen, porque ella se lo exigió. Le amenazó con denunciarlo ante ti, y el centurión se asustó. Me dijo que sólo le quedaban tres años para licenciarse, que tenía planes y que tuvo que hacerlo. No pensó para qué querría la Augusta su semen. No le importó darle algo, tenía más. Él no era un hombre de visitar prostitutas, me dijo. Tengo que pedirte por él, porque se lo prometí.

La culpa no la tuvo él. Tú te precipitaste. No hablaste con los tuyos, que te podíamos haber ayudado, y condenaste a mi nieto sin contrastar si era cierto lo que te decían. Y mataste también al pequeño Claudio, que era la alegría de la familia. Hiciste mal, hijo, hiciste muy mal. Y ahora todos lloramos por tu error.

Como tú no acudiste a los tuyos, ahora los tuyos acudimos a ti. Para que no sigas engañado. Para que sepas que tu hijo Crispo era inocente y no ofendió nunca tu honor. No te diré por qué hizo Fausta lo que hizo. Lo imagino, pero no te lo diré. Eso, si quieres, que te lo diga ella.

Pensaba venir a vivir contigo, pero lo sucedido me ha hecho cambiar de opinión. Necesito un cambio de aires. He decidido hacer un viaje a Siria, donde nació y murió el Hijo de Dios. He leído su vida y me ha enamorado su doctrina. Quiero rendirle culto en su lugar de nacimiento y muerte.

Luego … ya veré. Aún estoy bajo el impacto de la muerte de mi nieto y de mi bisnieto, del único que tenía, y del único que voy a tener ya. Cuando me recupere, ya veré qué hago con mi vida, si es que aún me queda algo ...”

Elena quedó pensativa por un momento. Había algo que debía decir, algo que era importante comentar a su hijo. De pronto recordó. Y siguió.

- "Volviendo al hombre del semen, se llama Saturnino. Puedes interrogarle si quieres, y confirmarás punto por punto lo que te he dicho. Él y todos los soldados que hicieron el turno de aquella tarde saben que Crispo no visitó a Fausta. Todos, hijo, todos. Todos saben que tu esposa te ha engañado, todos. Interrógalos. Todos te confirmarán lo que te estoy diciendo. Contrasta por ti mismo todo lo que te he dicho. No tengo nada que perder, y no tengo nada que ocultar."

La mujer calló. Había dicho todo lo que tenía que decir. No esperaba que su hijo le hiciera preguntas. Lo conocía bien, y sabía que era demasiado orgulloso como para reconocer nada ante ella. Pero esperó, mirándole con firmeza a los ojos. No quería dar ninguna señal de debilidad que pudiera hacer peligrar el fruto que esperaba de su visita.

Constantino estaba desconcertado. Había sido engañado. Todo había sido una comedia, preparada para hacerle reaccionar como lo hizo. Toda su guardia sabía que había sido burlado por una mujer, la suya. Aquello era una catástrofe. Peor aún, era la ruina. Si la noticia se corría, su prestigio sufriría un duro golpe. Tantos años trabajando y ahora una mujer lo estropeaba todo. Recordó a su padre: "No metas a ninguna mujer en los asuntos de gobierno". Tenía razón. Había hecho una pequeña confidencia a su esposa, una mujer, y se había desatado una tempestad.

Se había encargado de la guardia nocturna de Crispo. Los había destinado de por vida a Siracusa. Ahora tendría que encargarse de su propia guardia. Cambiarla entera. Y silenciar a los actuales. Todos le habían traicionado. Ninguno había venido a informarle, como era su deber. Todos habían hecho causa común con su esposa, engañándole a él. Seguirían la misma suerte que su esposa, su traicionera esposa.

Aquella misma tarde, por orden del Augusto, en las Termas de Palacio se calentaron los hornos al máximo. Toda la potencia de las calderas se envió a una sala de los cuatro *caldaria* de que disponían las Termas. Cuando el calor de la sala resultaba insoportable, unos guardias bajaron a la Augusta y tuvieron que empujarla dentro de la sala llena de vapor, porque ella se resistía con todas sus fuerzas. Cuando le dejaron sola, cerraron la puerta, que afianzaron con varias estacas. Cuatro soldados quedaron de guardia, oyendo las llamadas de auxilio y los golpes en la

puerta de la desgraciada. Al poco, éstos fueron debilitándose, hasta que cesaron. Se hizo el silencio.

Dentro del *caldarium*, el cuerpo enrojecido y cubierto de ampollas de la Augusta, en el suelo, con las manos cerca de la cerrada puerta, había cesado de moverse. Estaba muerta, asfixiada y quemada. Su esposo tampoco había hablado una palabra con ella.

Capítulo 203

La misión de Constancia.

Año 326

Las muertes de Crispo y Fausta sucedieron casi dos semanas antes del 25 de Julio, de las *Bicenales* de Constantino. Éste había perdido todo el interés por la celebración de sus veinte años en el poder. Pero todo el Imperio, y toda Roma, esperaban que tal hito se conmemorara. Y Constantino creyó conveniente seguir con los festivales previstos, a pesar de que en su interior sentía un gran vacío.

No se había conformado con ordenar la muerte de su hijo y de su esposa. También había añadido en el edicto que se les condenara a la "*damnatio memoriae*", a borrar sus nombres de todos los documentos oficiales y monumentos erigidos. Se trataba de seguir la vida como si ambos no hubieran existido.

Tras conocer el engaño de su esposa, y saber que Crispo era inocente del crimen del que Fausta lo acusó, Constantino reflexionó si debía seguir aplicando la "*damnatio memoriae*" a su hijo, o debía borrarla de su edicto. Dos razones le indujeron a mantener la condena.

En primer lugar, su hijo se había rebelado contra su autoridad, y eso merecía el más severo de los castigos. Si se invertía el orden de la autoridad, si un padre no podía estar seguro de la fidelidad de su propia familia, todo el orden universal quedaría trastocado. Y eso llevaría el mundo al caos.

Y por otra parte, su padre le había insistido varias veces en que un Augusto no debe confesar jamás sus errores. Nadie le obligaba a reconocer que erró en su sentencia de muerte sobre su hijo. Y eliminar la "*damnatio memoriae*" sería tanto como reconocer que él se había equivocado al condenarlo a muerte. Ambas lo empujaron a mantener la condena tal y como había sido dictada. Así se iba a hacer.

Como colofón de aquel desagradable suceso, dirigió una carta al padre de Elena, la esposa de Crispo. En ella la culpaba del desacato hacia su persona que había cometido su hijo, por instigación de ella, según había sabido, y justificaba así su doble sentencia por alta traición. Como una

concesión, le comunicaba que no haría extensiva a los padres el crimen de la hija, a pesar de que no habían sabido hacer de su hija una persona con el sentido del deber hacia Roma convenientemente desarrollado, y que podría seguir en el mismo destino y cargo.

Otra medida que tomó Constantino antes de las *Bicenales* tenía que ver con Constancia. Lo había decidido tras reflexionar sobre el estado en que quedaba su familia, privada de la madre de sus hijos.

Éstos estaban en una edad en que una madre era aún necesaria. Su hijo Constantino, el mayor, tenía nueve años. Había sido nombrado César al cumplir un año de edad. Licinio y él habían nombrado al mismo tiempo Césares a sus tres hijos, como medida de acercamiento. Desde los siete años su hijo Constantino tenía ya su Canciller Mayor y su Prefecto del Pretorio, que lo trataban como su superior, y le infundían las virtudes castrenses. Esta labor la hacían por las mañanas. Luego, el joven César comía con ellos, y, tras la comida, volvía a Palacio.

Su segundo hijo, Constancio, era asimismo César desde los cinco años y, siguiendo los pasos del mayor, tenía designados ya Canciller y Prefecto, que habían entrarían en funciones cuando cumplió los seis años, en Agosto del pasado año. Seguía por tanto el mismo proceso de formación que su hermano mayor.

Su tercer hijo, Constante, tenía seis años. No había sido nombrado César. Su padre conocía, y desaprobaba, sus inclinaciones feminoides. Las achacaba al trato diferenciado que le había dado su madre, al ser rubio y de facciones más delicadas. Por tal motivo se había negado a nombrarlo César, a pesar de las repetidas solicitudes de Fausta.

Sus hijas, Constantina y Elena, de cinco y tres años, no requerían atenciones especiales, al ser hembras. Vivían con su madre y ahora iban a quedar desamparadas si su padre no tomaba una medida adecuada. Y Constantino ya la tenía prevista: Constancia pasaría a ser su madre efectiva. Era su tía. Pasaría a ser su madre. Él le daría las instrucciones oportunas sobre cómo educarlos, y vigilaría que se cumplieran. Para ello, a los dos días de la condena de su esposa, citó a Constancia a su despacho. Ésta acudió, un tanto temerosa.

Constantino la recibió con amabilidad. Esto sorprendió a Constancia. Su hermano aparentaba portarse como si no hubiera sucedido nada en el seno de la familia. Pero el Augusto no le dejó tiempo de ampliar sus pensamientos.

- “Os he mandado llamar, Constancia, porque tengo una noble misión para vos.”

Constantino hizo una pausa, esperando captar algún indicio en el rostro de su hermana. Pero ésta se había hecho el propósito de permanecer inalterable, dijera lo que dijera aquel monstruo que tenía por hermano. El Augusto prosiguió.

- “Como sabréis, mi esposa ha fallecido. Y su hueco se hace notar en mi familia. Quiero que vos, de cara a mis hijos, ocupéis su lugar. Os encargaréis de su educación en el aspecto familiar.

Los dos mayores tienen ya asignados sus ayudantes militares, que se ocupan de su educación militar. En ese campo os abstendréis absolutamente de opinar, ni siquiera de comentar, con los Césares. No es para eso para lo que os requiero. Será su educación general, sobre todo las virtudes romanas, vuestro campo de acción. Quiero insistir desde un principio en el sentido de la disciplina, tan necesaria para un futuro Augusto. Espero que me hayáis comprendido.”

Constancia había pensado en los niños, que ahora habían quedado huérfanos de madre. Y se había hecho el propósito de estar más cerca de ellos, de tratarlos más de lo que lo había hecho en vida de su arisca madre. Ahora su hermano hacía oficial el acercamiento que ella ya pensaba iniciar. Eso le evitaría todo roce con su hermano. Pero tampoco quería darle la sensación de que le alegraba la decisión. Respondió sin emoción:

- “Haré lo que vos digáis, hermano.”

Éste no se sintió satisfecho con la reacción de ella, pero, se dijo, estaba conseguido lo fundamental; poco importaban las formas.

- “Comenzaréis vuestras funciones de inmediato. En lo sucesivo comeréis con ellos a diario. Y espero que vuestras nuevas directrices mejoren la educación que les daba mi difunta esposa.”

Constancia creía estar viviendo una ficción, una realidad paralela a la real, en la que se hablaba de temas que no fueran el fundamental. Tema éste que quedaba oculto, como si no existiera. Empezó a sospechar que su hermano vivía en el mundo que él mismo se creaba. Y que rechazaba, dando por no existentes, los asuntos que le contrariaban.

- “Pondré en mi nueva misión todo mi empeño, de eso podéis estar seguro.”

Constantino recuperó la jovialidad que tenía al inicio de la entrevista.

- "En tal caso, todo queda resuelto. Vuestras habitaciones serán las mismas que hasta ahora. Cualquier duda que tengáis me la comentaréis al final del día, cuando vuelva de mis ocupaciones."

Y Constantino se levantó, dando por terminada la visita. Constancia salió de la sala.

Ahora le quedaba aprovechar el viaje de su madre a Siria para que realizara, en su nombre, lo que él quería hacer en aquella provincia y no sabía cómo. Le mandó llamar por medio del Prefecto del Pretorio. Temía que su madre no fuera tan dócil a sus deseos como había sido su hermana. De paso, se felicitó por haber mantenido a ésta junto a sí. Hubiera sido un error dejarla partir hacia las *Galias*. La necesitaba.

Su madre llegó dos horas más tarde, casi al final de la mañana. No tenía cara de estar de buen humor. Pero su madre nunca estaba de buen humor.

- "Deben ser cosas de la edad", pensó Constantino.

No obstante, intentó suplir con su afabilidad el buen humor que vio que su madre no tenía.

- "¿Cómo os han ido las cosas esta mañana, madre?"

Su madre respondió con la voz cansada.

- "Igual que todas las mañanas en esta calurosa ciudad. Me siento agobiada."

Constantino estaba decidido a conseguir la adhesión de su madre a sus planes.

- "Recuerdo que me dijisteis que planeabais hacer un viaje, o más bien habría que hablar de una peregrinación, a Siria …"

La madre se sorprendió de que su hijo quisiera tratar con ella del viaje que le iba a llevar lejos de él y de sus métodos despiadados. Por eso no tuvo tiempo de componer en su mente una frase adecuada. Su hijo prosiguió.

- "Creo que podríais contribuir de forma muy apropiada al culto al Hijo de Dios, al que tanto apreciáis, si aprovecharais vuestro viaje para, en nombre de ambos, erigir algún Templo en los lugares que Lactancio llamaba santos, en los Santos Lugares. ¿Qué opináis?"

Elena se quedó pensativa. Su intención había sido hacer el viaje como particular, como una devota de aquel hombre que había dicho cosas tan maravillosas y realizado milagros tan impresionantes. Ya que no había tenido ocasión de conocerle en persona, al menos visitaría su tierra, y tal

vez captara en ella algún efluvio más cercano de su mensaje de salvación. Le contrariaba seguir los planes del que le había privado del ser más querido, de su nieto Crispo, pero pensó que negándose no iba a mejorar en nada su situación. Al menos, podría hacer algo por su cuenta allá en Siria. Y la encomienda de su hijo contribuiría a hacer más grato su viaje. Podía ser la enviada del Augusto.

- "No me parece mal."

Constantino se levantó de su asiento y fue al que ocupaba su madre. La cogió de las manos y, agachándose, se las besó. Se mostraba exultante.

- "Me parece magnífica vuestra disposición, madre. Y os animo a seguir con ella. Debemos concretar sin más tardanza las obras que se podrían hacer en aquellos Santos Lugares. ¿Habéis pensado en alguna obra en particular, madre?"

Elena estaba desconcertada por tanta efusividad. Máxime cuando sabía que su hijo era poco dado a tales extremos. Pero jamás se le había ocurrido pensar en qué Templos podrían levantarse en Siria. Tuvo que reconocer:

- "Lo cierto es que no he pensado en eso, hijo."

- "No importa. Yo sí lo he hecho. Debemos honrar como se debe al Hijo Único de Dios, que quiso venir al mundo y lo hizo, como no podía ser menos, en el Imperio romano.

Debemos levantar un Templo allá donde fue enterrado. Y de donde, a los tres días, resucitó. Esto me decía Lactancio que era un hito fundamental. Y también, ¿por qué no?, otro Templo, de menores dimensiones, en el lugar en que nació, en las afueras de Belén. ¿Os parece bien, madre?"

Elena estaba aturdida por tanta amabilidad. Decidió seguir la corriente a su hijo. La parecía bien que se honraran los lugares más ligados a la vida del Hijo de Dios. Y ella parecía ser la persona más indicada para llevar a cabo tal homenaje.

- "Me parece bien, hijo."

- "En ese caso no se hable más. Cuando terminen mis *Bicenales* - porque doy por hecho que os quedaréis a la celebración - concretaremos más estos temas y os daré cartas para las autoridades civiles y militares de la zona, para que se pongan a vuestras órdenes, como si fuera yo mismo quien les visitara."

Elena sintió que llegar a un acuerdo con su hijo - a pesar de lo mucho que aún le reprochaba - mejoraba su corazón, lo dulcificaba de alguna manera desconocida e imprevista. Por eso pudo sonreír.

"Eso hará que mi viaje no sólo sea útil para mí, para mi recuperación, sino provechoso para cuantas personas tengan los mismos sentimientos que yo ahora", pensó Elena

Constantino acompañó a su madre hasta la puerta, allá le dio un abrazo, y ella salió de la entrevista más dichosa que cuando entrara.

Capítulo 204
Los sobrinos.

Año 326

Aunque podía haberlo hecho esa misma tarde, Constancia prefirió esperar a la mañana siguiente para empezar su labor con los hijos de su hermano. Le pareció mejor empezar con los tres más pequeños, Constante y las dos niñas, de seis, cinco y tres años, respectivamente. Su hijo Liciniano ya había cumplido los nueve años cuando murió, de modo que ella ya sabía lo qué era tener un hijo de nueve años, pero apenas había tratado con los dos mayores de Constantino y algo le decía que iban a ser los más difíciles.

Sin duda los niños estaban ya advertidos por su padre, porque Constancia los encontró con la mirada baja y muy tímidos, esperándola, cuando entró en la habitación en la que estaban. Se dirigió a la mayor de las niñas, Constantina. Se agachó para ponerse a su altura y le dijo:

- "Tú eres Constantina, ¿verdad?"

A lo que la niña respondió afirmativamente con la cabeza.

- "Yo me llamo Constancia, y soy la hermana de tu padre. ¿Te acuerdas de mí?"

Y la niña volvió a asentir con la cabeza. No había forma de sacarle una palabra.

- "¿Cómo se llama tu hermanita?"

Y la niña, tras pensárselo, respondió con voz muy baja y mirando al suelo.

- "Elena, se llama Elena."

- "¿Puedes decirle que venga con nosotras?"

Constantina obedeció y trajo de la mano a la pequeña Elena, que con dos años se chupaba el dedo y no hablaba. Constancia la abrazó, saludándola.

- "Buenos días, Elena. Estoy muy contenta de estar contigo y con tu hermana."

Y dirigiéndose a la mayor, le preguntó:

- "Constantina, ¿crees que podremos ser buenas amigas nosotras tres?"

A lo que la niña volvió a responder afirmativamente con la cabeza. Entonces Constancia fue hacia el niño, hacia Constante. Era un niño rubio, de complexión fuerte; eso se distinguía incluso a su edad. Nada sabía Constancia de su tendencia a jugar con las niñas. Lo vio jugando con un par de sillas, metiéndose bajo las patas.

Constancia trataba de congraciarse con los tres más pequeños.

- "¿Te has construido una casa?"

El niño la miró muy serio.

- "No es una casa, es un castillo."

Constancia quiso jugar con él y el niño le dejó sentarse a las puertas del castillo.

- "¿Podemos decir a tus hermanas que vengan a ver este castillo?"

Y al poco rato los cuatro estaban agazapados al lado de las dos sillas, porque todos no cabían en el castillo. El juego tuvo la virtud de deshacer el hielo y al fin de la mañana los dos mayores hablaban ya con cierta confianza con su tía. Fue entonces, sin preguntarle nada, cuando la niña le dijo:

- "Mamá decía que tú eras mala. ¿Eres mala?"

A Constancia le sorprendió la confesión de la niña. Ya sabía que los niños lo decían todo, pero no se esperaba la noticia. Tragó saliva antes de responder.

- "Yo creo que no, cariño. Tu madre y yo discutimos un día, y quizás por eso te dijo eso. Pero creo que nosotras seremos muy buenas amigas. Tú quieres eso, ¿verdad?"

Y abrazó a la niña cuando ésta volvió a asentir con la cabeza.

Tras la primera mañana, y aunque aún era muy pronto para deducir nada, a Constancia le pareció que aquellos niños crecían en solitario, como si fueran huérfanos, como si no tuvieran ni padres, ni hermanos. Como si en el mundo estuvieran ellos solos, pero con muy escasa comunicación entre ellos. Ni se mostraban afecto, ni se peleaban; actuaban como si sus hermanos no existieran. Se propuso que, estando con ella, eso debía cambiar.

Tras la comida, que hicieron los cuatro juntos, la pequeña Elena fue a acostarse, y al poco llegaron los dos mayores. Constantino, el mayor, sin duda aleccionado por su padre, se dirigió a ella y le hizo una pequeña

reverencia, como a una persona mayor. Constancio apenas le prestó atención. Constancia habló con el mayor.

- "Tú ya sabes que soy tu tía, la hermana de tu padre, supongo ..."

El chico le respondió con mucha soltura:

- "Y ahora vas a ser nuestra madre, ha dicho padre."

Constancia le echó un brazo sobre el hombro y caminó con él hacia un extremo de la habitación.

-"Yo nunca seré como tu madre para ti, Constantino. Pero intentaré que nos llevemos bien y ayudarte en lo que pueda. Yo tenía un hijo de tu edad, ¿sabías?"

El niño no lo sabía.

- "¿Y dónde está?"

Constancia había decidido qué iba a decir a los niños del pasado reciente.

- "Tuvo una enfermedad y se murió. A mí me dio mucha pena, pero ya lo he superado."

El niño calló. A esa edad los niños no están habituados a encontrarse con la muerte en su entorno. Estuvo un rato cambiando impresiones con el mayor, sobre lo que había hecho ese día. Siguiendo las instrucciones de su padre, no hizo ningún comentario a los detalles que Constantino le contaba. Pero dedujo que no se encontraba cómodo con las tareas que le encargaban su Canciller y su Prefecto. En un momento al niño se le escapó:

- "No sé por qué quiere mi padre que pase todas las mañanas con ellos. Es muy aburrido ..."

Constancia vio la oportunidad de aplicar las enseñanzas que el Augusto quería para sus hijos.

- "No siempre podemos hacer lo que nos gusta, hijo. A veces tenemos que hacer cosas que no nos gustan, pero más adelante, cuando somos mayores, nos damos cuenta de que verdaderamente debíamos hacerlas. Pero de eso nos damos cuenta más adelante. ¿Lo entiendes?"

El chico meneó la cabeza. Constancia no supo si asentía o protestaba. Pero insistió:

- "¿Tú no podrías decirle a padre que me deje libre algunas mañanas?"

Constancia sonrió. El chico lo vio. Y le respondió, conciliadora:

- "Constantina, ¿crees que podremos ser buenas amigas nosotras tres?"

A lo que la niña volvió a responder afirmativamente con la cabeza. Entonces Constancia fue hacia el niño, hacia Constante. Era un niño rubio, de complexión fuerte; eso se distinguía incluso a su edad. Nada sabía Constancia de su tendencia a jugar con las niñas. Lo vio jugando con un par de sillas, metiéndose bajo las patas.

Constancia trataba de congraciarse con los tres más pequeños.

- "¿Te has construido una casa?"

El niño la miró muy serio.

- "No es una casa, es un castillo."

Constancia quiso jugar con él y el niño le dejó sentarse a las puertas del castillo.

- "¿Podemos decir a tus hermanas que vengan a ver este castillo?"

Y al poco rato los cuatro estaban agazapados al lado de las dos sillas, porque todos no cabían en el castillo. El juego tuvo la virtud de deshacer el hielo y al fin de la mañana los dos mayores hablaban ya con cierta confianza con su tía. Fue entonces, sin preguntarle nada, cuando la niña le dijo:

- "Mamá decía que tú eras mala. ¿Eres mala?"

A Constancia le sorprendió la confesión de la niña. Ya sabía que los niños lo decían todo, pero no se esperaba la noticia. Tragó saliva antes de responder.

- "Yo creo que no, cariño. Tu madre y yo discutimos un día, y quizás por eso te dijo eso. Pero creo que nosotras seremos muy buenas amigas. Tú quieres eso, ¿verdad?"

Y abrazó a la niña cuando ésta volvió a asentir con la cabeza.

Tras la primera mañana, y aunque aún era muy pronto para deducir nada, a Constancia le pareció que aquellos niños crecían en solitario, como si fueran huérfanos, como si no tuvieran ni padres, ni hermanos. Como si en el mundo estuvieran ellos solos, pero con muy escasa comunicación entre ellos. Ni se mostraban afecto, ni se peleaban; actuaban como si sus hermanos no existieran. Se propuso que, estando con ella, eso debía cambiar.

Tras la comida, que hicieron los cuatro juntos, la pequeña Elena fue a acostarse, y al poco llegaron los dos mayores. Constantino, el mayor, sin duda aleccionado por su padre, se dirigió a ella y le hizo una pequeña

reverencia, como a una persona mayor. Constancio apenas le prestó atención. Constancia habló con el mayor.

- "Tú ya sabes que soy tu tía, la hermana de tu padre, supongo ..."

El chico le respondió con mucha soltura:

- "Y ahora vas a ser nuestra madre, ha dicho padre."

Constancia le echó un brazo sobre el hombro y caminó con él hacia un extremo de la habitación.

-"Yo nunca seré como tu madre para ti, Constantino. Pero intentaré que nos llevemos bien y ayudarte en lo que pueda. Yo tenía un hijo de tu edad, ¿sabías?"

El niño no lo sabía.

- "¿Y dónde está?"

Constancia había decidido qué iba a decir a los niños del pasado reciente.

- "Tuvo una enfermedad y se murió. A mí me dio mucha pena, pero ya lo he superado."

El niño calló. A esa edad los niños no están habituados a encontrarse con la muerte en su entorno. Estuvo un rato cambiando impresiones con el mayor, sobre lo que había hecho ese día. Siguiendo las instrucciones de su padre, no hizo ningún comentario a los detalles que Constantino le contaba. Pero dedujo que no se encontraba cómodo con las tareas que le encargaban su Canciller y su Prefecto. En un momento al niño se le escapó:

- "No sé por qué quiere mi padre que pase todas las mañanas con ellos. Es muy aburrido ..."

Constancia vio la oportunidad de aplicar las enseñanzas que el Augusto quería para sus hijos.

- "No siempre podemos hacer lo que nos gusta, hijo. A veces tenemos que hacer cosas que no nos gustan, pero más adelante, cuando somos mayores, nos damos cuenta de que verdaderamente debíamos hacerlas. Pero de eso nos damos cuenta más adelante. ¿Lo entiendes?"

El chico meneó la cabeza. Constancia no supo si asentía o protestaba. Pero insistió:

- "¿Tú no podrías decirle a padre que me deje libre algunas mañanas?"

Constancia sonrió. El chico lo vio. Y le respondió, conciliadora:

- “Veré qué puedo hacer, pero no creo que consiga nada. Tu padre no es fácil de convencer.”

El hijo mayor empezaba a conocer a su padre:

- “No. Y menos cuando se enfada.”

Hablaron un poco más y Constancia le dejó.

- “Voy a hablar con tu hermano Constancio”.

Pero cuando se dirigió hacia él, Constancio se volvió bruscamente y salió de la habitación donde se encontraban, dando un portazo. Constancia no le siguió, ni lo llamó. Ya habría ocasión.

Capítulo 205
Cambio de asesor.

Año 326

Llegó el día esperado. Lo cierto es que era más esperado por la población de Roma y alrededores que por el homenajeado, el Augusto Constantino. Los sucesos familiares le habían hecho aborrecer Roma. Pero ello no debía alterar el programa de festejos. Constantino había querido que los hombres de su familia estuvieran presentes en su vigésimo aniversario del acceso al poder y, tan pronto ordenó la muerte de Crispo, ordenó a los hermanos que le quedaban por parte de padre, Dalmacio y Julio Constancio, que vinieran urgentemente a Roma, para asistir a las *Bicenales*. El otro hermano, Anibaliano, había muerto de enfermedad mientras él estaba en la *Tracia*.

Por orden suya vivían en *Tolosa* (Toulouse). Había decidido que, a partir de su mayoría de edad, vivieran apartados de la corte formada en torno al César Crispo, en *Augusta Treverorum*. Y *Tolosa*, en el interior de la *Galia Narbonensis*, le había parecido un lugar adecuado, apartado de las principales calzadas.

Su madre, por carta, le había alertado del peligro que para el futuro del Imperio tenía la excesiva familia de Teodora. No era por aprecio hacia los hijos tenidos con Fausta. Eran más bien, pensaba Constantino, celos que tenía de Teodora, que la había desplazado tiempo atrás del corazón de su esposo Constancio.

Tampoco Constantino había querido que sus hermanos por parte de padre intervinieran en la cosa pública, ni tuvieran un *cursus honorum* relevante. No podía dejar de pensar que cuando alcanzaran la mayoría de edad podrían exigirle algún puesto de poder. Puesto que él no estaba dispuesto a darles. Pero ahora las cosas habían cambiado y juzgó conveniente iniciar un acercamiento a los hijos de Teodora.

Llegaron el día antes de las *Bicenales*, forzando la marcha para llegar de *Tolosa* a Roma a tiempo. Y sólo fue para contemplar un desfile que distó mucho del que Constantino había esperado. Sin duda la muerte del César Crispo influyó en la frialdad con que, en muchos lugares del

recorrido, el pueblo mostró su indiferencia y marcó su distancia con su Augusto. En algunos momentos la plebe lo llegó a abuchear, con ese sonido inconfundible que se asemejaba al bramido del mar en tempestad.

Esta reacción fue especialmente ostensible cuando Constantino pasó por delante de la colina Capitolina sin subir al Templo de Júpiter, a ofrecer allí un sacrificio ritual al supremo dios romano. En su lugar, Constantino, en su anterior visita a Roma, había dado orden de que la basílica que Majencio había terminado se habilitara como Templo cristiano. Y allí finalizó su desfile, con una pequeña ceremonia que ofició Sulpicio, el recién nombrado *epískopo* de Roma.

A pesar de estar rodeado por una doble fila de oficiales de su Guardia Imperial, Constantino se percató del poco afecto que su persona despertaba en el pueblo de Roma. Y se forjó en su mente el propósito de que Roma pagaría por tamaño desplante. El modo de hacérselo pagar no estaba claro, pero sí el hecho de que habría alguno. Por de pronto se hizo el propósito de no volver a pisar la ciudad. Eso requería que en las semanas que estuviera en ella, ahora que los festejos estaban ya organizados, dejara establecida la fisonomía cristiana que él quería dar a la capital del Imperio.

Sin reponerse del mal efecto que le había causado el desfile, acto con el que se inauguraba la celebración de sus *Bicenales*, Constantino se reunió con el responsable de la planificación de la *Urbs* (Roma). Quería iniciar la construcción de una Basílica netamente cristiana, para destinarla al culto al Dios Único.

Hasta ese momento las Basílicas se construían para uso de la ciudad, como sede de los principales Tribunales y contenían las nuevas oficinas del Fisco y de la administración de la ciudad. De acuerdo con Lactancio, Constantino había diseñado una Basílica diferente, dedicada exclusivamente al culto. Debía ser un lugar con gran capacidad, para albergar, posiblemente en diferentes reuniones, a todos los habitantes de la ciudad, que en un futuro serían cristianos. Allí se les predicaría cada domingo la religión verdadera, que todos deberían practicar. Habían decidido, Lactancio y él, mantener la división de las Basílicas en tres naves. Pero se suprimirían los despachos y las oficinas, y todo el espacio se dedicaría al culto. En ella se celebrarían "los misterios cristianos", que así habían empezado a llamar los conversos la celebración de la Eucaristía.

La primera Basílica de Roma se dedicaría a San Pedro, primer Cabeza de la Iglesia, según los Evangelios redactados por Lactancio. Cada Basílica debía tener un atrio, un lugar cercado, contiguo a la salida, separado del entorno, donde los fieles pudieran reunirse y conversar después de la celebración de los misterios. Constantino tenía definida la longitud de la Basílica. El edificio debía tener 400 pies de longitud. Además, el atrio. Cuando planteó estas cifras al responsable, éste hizo un gesto de desaliento.

- "Con tales medidas, *Dómine*, queda excluido cualquier terreno dentro de la murallas. Habría que demoler varias *ínsulae* (manzanas) para conseguir librar el espacio que vos deseáis. Y despejar las ruinas, lo cual resulta muy costoso."

Constantino, impaciente, preguntó:

- "¿Y qué solución me proponéis?"

El responsable revolvió varios planos parciales, que estaba extendidos sobre la mesa. Tomó uno de ellos, de la parte Norte de la Ciudad.

- "Existe libre el terreno que vos indicáis, *Dómine*. Está en el *Ager Vaticanus*. (Campo Vaticano). En esa zona están el Mausoleo y el Circo de Adriano, así como el Circo de Nerón. El acceso a la zona está facilitado por el *Pons Neronianus* y el *Pons Aelius*. Podría ser un hermoso lugar para la Basílica en la que pensáis, *Dómine*."

Enfrentado a tener que construir su Basílica extra-muros, o expropiar una zona de similares dimensiones en el centro de la Ciudad, Constantino no lo dudó. El ambiente no estaba para expropiaciones. Su Basílica cristiana se construiría en el Campo Vaticano. Y ya que debía hacerlo fuera de las murallas, el atrio sería circular y enorme, diez veces mayor de lo que inicialmente tenía pensado. Decidió la zona exacta donde debía levantarse la primera Basílica cristiana de Roma. Y ordenó al responsable que le hiciera llegar los planos que elaborara, para su aprobación.

- "¿Y adónde deberé enviarlos, *Dómine*?"

Constantino le miró con cierta ironía.

- "No los enviaréis, los llevaréis en persona y me los entregaréis en mano. Y yo personalmente, tras estudiarlos, os daré las instrucciones pertinentes."

El hombre comprendió su error y quiso corregir.

- "Entendido, *Dómine*, os los llevaré en persona. ¿Y puedo saber dónde queréis que os los entregue?"

Constantino sonrió.

- "Eso no lo sabe ni Júpiter Capitolino. Mucho menos lo puedo saber yo. Id donde yo esté. Eso es todo."

Y el hombre bajó los ojos, hizo una genuflexión, besó el suelo ante el Augusto, se levantó y se retiró.

Había nombrado en la conversación a Júpiter Capitolino, el dios ante el que se había negado a sacrificar el día del desfile inaugural. Eso le recordó que tenía aún temas pendientes, cambios que realizar.

No podía echar en el olvido los últimos acontecimientos y lo que sin duda significaban. Estaba fuera de toda duda que cuanto había realizado en favor del Dios único contaba con la aprobación de tal Dios. Pero en algo había fallado para que se dieran las calamidades que últimamente habían sacudido su casa. Se había visto enfrentado a una disyuntiva, y había optado por el camino que él entendía era el de Lactancio, con Osio como su hombre de confianza, ahora que Lactancio había muerto.

Había sido Osio quien le había aconsejado eliminar a Licinio y a su hijo. Y luego su hijo Crispo le había reprochado tales sentencias. Y su esposa Fausta había aprovechado sus diferencias con su hijo para labrar la ruina de éste y la suya propia. Era toda una cadena, una cadena que arrancaba en las ejecuciones de los dos Licinios. Y Osio aparecía en su recuerdo como el hombre que le empujó a firmas tales sentencias.

Osio y todo lo que él representaba debía ser eliminado, reemplazado. Era la dirección equivocada, la que no quería el Dios Único. Éste favorecía, en cambio, la versión de Arrio, la de Eusebio, su amigo, y la de Eusebio, el que había sido *epískopo* de *Nicomedia*, y los otros, a los que él había desterrado. Quiso recordar el lugar del destierro, pero no fue capaz. Los volvería a llamar.

Pero no haría el cambio en pleno viaje. En los viajes era más vulnerable que alojado en cualquiera de sus residencias. Esperaría a volver a … ¿Dónde fijaría su residencia? No le agradaba volver a capitales donde hubiera estado con anterioridad. No sólo por los recuerdos, sino por las murmuraciones que podrían darse entre sus sirvientes. Eligió *Salona* y *Dirraquium* como residencias en la *Iliria*, y *Filipopolis* en la *Tracia*. Cambiaría de aires, como su madre.

Capítulo 206

Osio rememora.

Año 326

A escondidas, toda la servidumbre de la casa imperial no comentaba otra cosa que la muerte del César Crispo y la de la Augusta Fausta. A sus muertes se había sumado, también por orden del Augusto Constantino, la *damnatio memoriae*, que suponía el mayor castigo que el Imperio podía aplicar a una persona, borrarla de la memoria común. Si los comentarios sobre los hechos sucedidos se hacían con sigilo, nadie osaba entrar en las causas de tales condenas. Hacerlo podía ser peligroso y nadie se atrevía a correr riesgos.

También se hablaba, siempre con los más cercanos y en voz baja, de que la guardia del Augusto del día fatídico había sido condenada y todos sus miembros decapitados en la *Cárcel Tuliana*. Tampoco se sabían las causas, pero en algo habrían incumplido gravemente su deber para recibir tan duro castigo.

Osio, dada su posición, tan próxima al Augusto, no podía hablar con nadie del drama que había vivido la familia imperial. Se percató enseguida de que Constantino no había contado con él para nada en la decisión tomada respecto a su hijo. Y tampoco respecto a su esposa Fausta.

"En cierto modo, es natural - había pensado - dada la especial relación que con él tenían las dos personas culpables. Para consultarle, el Augusto debiera haberle confiado detalles que le repugnaría revelar a una tercera persona como era él."

Pero a partir de ese momento, Osio observó que el Augusto apenas lo llamaba. Sólo para aspectos sin importancia, en especial para recordarle antiguos temas que habían tratado. Pero no para ninguna nueva decisión o tema a estudiar. Empezó a sospechar que, por alguna razón, había perdido el favor imperial. Llevaba catorce años siendo el enviado especial del Augusto, contando con su confianza. Había llevado a cabo misiones que a nadie sino a él se habían confiado. Y de todas había salido airoso. Había

realizado una encomiable labor en favor de la propagación de la religión del Augusto. Esperaba que eso siempre pesara en su ánimo.

Reflexionando sobre cómo se habría dado el proceso antes de su aparición en escena, dedujo que la idea primitiva tenía que haber sido de Lactancio. Era impensable que Eusebio solicitara la ayuda de Lactancio, pero era muy plausible que éste hubiera necesitado a Eusebio, un historiador renombrado, para completar la vida del Hijo de Dios. Fuera como fuere, Lactancio había muerto y Eusebio había partido para su ciudad natal, *Cesarea Marítima*, en la Siria. Y, si las cosas no cambiaban, él partiría en breve para la ciudad que se había reservado, para *Córduba*, en la *Bética*.

Al principio, la misión que le encomendó Constantino, por intermedio de Lactancio, le resultó a Osio totalmente aséptica. Él se limitó a cumplir lo que le ordenaban, sin hacer ningún juicio de valor sobre el proceso que se estaba desencadenando. Se sentía orgulloso de asistir al nacimiento de una nueva religión, favorecida por el Augusto. Ni se planteó si estaba divulgando una historia verdadera o un bulo. Era lo que debía hacer, y eso le bastaba.

A raíz del Sínodo de *Arelate* cambió un tanto su juicio sobre su labor. Empezó a sospechar que la nueva creencia podía mejorar el Imperio. Las actitudes que veía en algunos de los *epískopos* designados le parecieron muy adecuadas, favorables a engendrar una ciudadanía más solidaria y compasiva.

La correspondencia que había mantenido durante años con todos los obispos de Occidente le confirmó sus primeras sospechas. Pero no todos eran iguales, y Osio percibía quién le escribía movido por su devoción y su preocupación por los fieles cristianos, y quiénes consideraban su nombramiento como una forma de aumentar su poder, su prestigio en la ciudad, o su capacidad de maniobra frente a las demás autoridades locales.

Él había sido el nexo que había recibido todas las prácticas que en cada diócesis se iban implantando y quien, comunicándoselas a los demás, favorecía las más adecuadas y eliminaba del uso las más torpes.

Para esto consultaba siempre con Eusebio, nunca con Lactancio. Le parecía que aquél tenía más sentido común y más seriedad. Por eso daba más peso a sus opiniones y había evitado comentar estos asuntos con Lactancio, hombre impulsivo y poco claro en sus explicaciones y

motivaciones. A su muerte, Osio experimentó un alivio. Nunca le había caído bien aquel hombre, demasiado pagado de sí mismo, siempre con unos aires de superioridad que no se correspondían con sus cualidades reales.

A Eusebio lo tenía por un intelectual puro. Vivía sólo para los libros. Había resuelto su vida por la vía fácil, tomando una esclava de su casa y convirtiéndola en su concubina oficial. Con ella había tenido tres hijas, y su amistad con el Augusto había hecho el resto. En cierto modo - no podía evitar hacer comparaciones - su historia era un tanto similar a la suya. Ambos de buena familia, tenían en común que su relación con Constantino había marcado su existencia.

Pero el trabajo de Eusebio no consistía en asesorar al Augusto. Él no tenía que tomar decisiones, ni aconsejar qué decisiones debía recomendar el Augusto. El trabajo de Eusebio era más fácil, sólo consistía en escribir libros. Libros sobre hechos que pertenecían al pasado. Hechos - ahora lo sabía perfectamente - que eran de su invención, que nunca habían sucedido realmente. Su mérito consistía en que eran los hechos que el Augusto quería hacer pasar por verídicos. Y que Eusebio, al igual que Lactancio, inventaba para él.

Osio se consideraba en parte fundador de las prácticas de la nueva religión. Las iniciativas que tomaban algunos *epískopos*, las consultaba con Eusebio y, contando con su opinión favorable, las presentaba a Constantino como propias. Siempre lograba su aprobación y entonces las comunicaba a las demás Diócesis. De ese modo las ceremonias del Bautismo, la Eucaristía y la Unción de los enfermos se realizaban con las mismas preces en todas las comunidades cristianas.

También se hacían del mismo modo las celebraciones del día del Señor, los domingos, temprano. El que hacía cabeza de la reunión leía un pasaje de los Evangelios, que luego comentaba. Recordaba que Lactancio había insistido mucho en la necesidad de la catequización continua de los fieles. Recordaba su muletilla, cuando hablaba de este tema:

- “El humano es olvidadizo. Y hay que estar recordándole continuamente que existe un solo Dios, que ve y toma nota de todos nuestros actos, y que seremos juzgados de manera inexorable al final de nuestros días.”

Osio no estaba tan seguro de que el Dios Único, cuya doctrina estaba contribuyendo a divulgar, llevara una lista detallada de las buenas y

malas acciones de cada ser humano. Le parecía más efectivo lo que había conocido cuando viajó por Egipto, en su visita al Imperio de Oriente: Que al morir cada humano se pesaba su alma en una balanza especial, que media sus buenas y malas acciones. Y lo que pesaba más decidía el destino de esa alma. Era mucho más sencillo inventar tal balanza que andar anotando todas las acciones de cada ciudadano del Imperio.

Osio siguió recordando las misivas que había enviado a tantos y tantos *epískopos* sobre cómo celebrar los misterios cristianos. Tras la lectura y la predicación, el *epískopo* ofrecía el vino y el pan que se distribuirían luego a los fieles. Primeramente debían consagrar el cáliz, con el vino. Y luego, el fragmento de pan.

Eusebio había inventado las fórmulas y Osio las consideraba muy apropiadas. Realmente, tenía que reconocerle a Eusebio un dominio muy notable de los conceptos sagrados. Él conocía al ser humano, sabía cómo ganar su respeto en una ceremonia, y sabía, como nadie que Osio conociera, dar unción y solemnidad a una fórmula verbal. Cuando la fórmula se terminaba y se imponía el silencio, quedaba flotando en el aire la sensación de que el mismo Dios estaba allí, observando aquello.

Sin duda, de la religión practicada en Egipto se había tomado la práctica de reclamar, para la comunidad cristiana, las primicias de los frutos del campo, y los diezmos de las ganancias de todos los hogares cristianos. En Egipto, durante su viaje, había observado esas mismas costumbres. Con eso se mantenían el *epískopo* y sus ayudantes.

Osio se adjudicaba el mérito de haber conseguido que el Augusto diera a sus comunidades cristianas el derecho a recibir legados y donaciones. Esa medida había marcado un antes y un después. Porque multitud de patricios pudientes se preciaban de haber sido a cual más generosos con la comunidad. Y esa emulación, que repercutía en beneficio de las comunidades, era la que había permitido comenzar la construcción de modestas basílicas locales, donde celebrar las reuniones de los domingos. De ese modo se liberaba al Tesoro Imperial de enormes dispendios.

Otro factor que influía muy poderosamente en la ampliación de la familia cristiana era el edicto, emitido por el Augusto, por el que los repartos de trigo y alimentos se hicieran a través del *epískopo* de la Diócesis, y no por mano del Gobernador, como venía siendo habitual hasta entonces. Sobre todo en las ciudades, donde la densidad de mendigos y de

familias con recursos insuficientes era mayor, la totalidad de las gentes humildes se sentían protegidas si eran cristianas. Y eso las atraía más que ninguna otra razón.

Osio había tratado con el Augusto el problema del *pagus* (campo). En el campo la situación era diferente. Casi todos los campesinos, menos algunos pocos mendigos que permanecían aún en cada *vicus* (aldea), poseían tierras y tenían animales para su sustento. No necesitaban que se les alimentara. El *epískopo* estaba lejos y la basílica se construiría en la capital de la Diócesis, no en su aldea. Por eso tampoco estaban interesados en las donaciones. El *pagus* seguía fiel a los dioses ancestrales, y rehuía la religión del Augusto. No había apenas Cristianismo en el *pagus*. Por eso, en las ciudades, los fieles cristianos empezaban a llamar *paganos* (campesinos) a los aldeanos no cristianos. Osio no había encontrado la manera de solucionar esta situación.

En general, y hasta el presente, las comunidades cristianas iban creciendo de manera constante y en la actualidad - calculaba Osio - podrían suponer la quinta parte de la población libre del Imperio. La mitad de la población total eran esclavos, y ésos no contaban. Aunque era normal que si se convertía el *parterfamilias*, lo hiciera toda la familia y todos los esclavos de la casa. Pero Osio sólo tenía en cuenta en su estadística a los ciudadanos.

Sabía que había hecho un buen trabajo y esperaba que su Augusto siguiera opinando bien de él. Era casi seguro que en breve Constantino le comunicaría su decisión de prescindir de sus servicios. Él iría entonces a *Córduba* y allí aplicaría todo lo que había aprendido. Estaba decidido a hacer una buena labor como *epískopo*.

Capítulo 207

Los meses del año.

Año 326

La comitiva de Constantino partió de Roma a finales de Septiembre, camino de *Mediolanum*. En esta ciudad Constantino sólo pernoctó dos noches. El día lo dedicó a revisar con los mandos militares locales la

situación en la frontera y a hacer una revisión del estado de las murallas y de los pertrechos disponibles en los almacenes municipales. Los *Germanos* al Norte del Danubio, lindando con las provincias de la *Retia* y el *Nórico*, no daban señal alguna de actividad guerrera. Y Constantino pudo seguir su viaje. Sus hijos viajaban en un carruaje, cada día con uno de sus Prefectos, que se turnaban. Las hijas viajaban con Constancia, en otro carruaje.

Si el viaje resultaba una rutina para el Augusto y toda la tropa que le acompañaba, para las hijas del Augusto suponía un enorme aburrimiento, todos los días con el mismo plan, en el mismo carruaje, forzosamente reducido, sin poderse bajar más que en las paradas de la posta ... En el viaje de ida, su madre ejercía su autoridad y las niñas permanecían en silencio. Pero con Constancia las cosas eran distintas. Su tía las trataba con más permisividad y las niñas se habían tomado confianza y eran más espontáneas, exponiendo sus deseos y sus quejas. Y se aburrían.

Constancia les había contado todos los cuentos infantiles que su madre le había contado a ella, y que ella, a su vez, había contado a su hijo cuando éste era pequeño. Pero había terminado ya su repertorio de relatos infantiles y no tenía ningún libro al alcance de la mano para poderse inspirar. De modo que al salir de *Mediolanum*, recurrió a otro tipo de relatos.

- "¿Sabéis en qué mes estamos?"

Las dos niñas abrieron mucho los ojos y negaron con la cabeza. Constancia les instruyó:

- "Estamos en *October* (Octubre)."

Las niñas se encogieron de hombros. Tanto les daba. Constancia prosiguió.

- "¿Y sabéis por qué ese mes se llama así, y no de otra forma?"

Nueva negativa.

- "Veréis. Hace muchísimos años Roma era una República y los romanos de entonces no medían muy bien el tiempo. Sus años tenían diez meses, en vez de los doce que tenemos ahora. Los meses tenían alrededor de 30 días, como ahora. Por eso faltaban días para completar el año, y a ese tiempo le llamaban "tiempo incierto".

A los cuatro primeros meses del año les pusieron el nombre de un dios, pero los seis últimos no tenían nombre, y se llamaban mes *Quintilis*

(Quinto), *Sextilis* (Sexto), *September* (Séptimo), *October* (Octavo), *November* (Noveno) y *December* (Décimo). ¿Lo entendéis?"

Las niñas afirmaron con la cabeza, pero Constancia no estaba muy segura del sí de las niñas. No obstante, tenía que seguir.

- "El primer mes del año, después del "periodo incierto", estaba dedicado a Marte, el dios de la guerra. Empezaba con el deshielo, cuando ya se podía hacer la guerra a los enemigos de Roma, porque las montañas se quedaban sin nieve y los mares se calmaban. Era el mes de *Martius* (Marzo). Así que el primer mes con nombre propio era el de Marzo."

Largo silencio por parte de las menores. Pero eso era lo que Constancia pretendía, llamar su atención, y que no se acordaran de lo monótono del viaje.

- "En el mes siguiente la Naturaleza, que había estado muerta durante el largo invierno, empezaba a mostrar todo su esplendor, se abrían las flores, verdeaban los campos, y por eso le llamaron *Aprilis* (Abril), que viene del verbo *aperio* (abrir). La Naturaleza es tan importante como los dioses, por eso los antiguos estaban muy atentos a ella."

Las niñas seguían calladas y miraban con grandes ojos a su tía. Ésta se sintió satisfecha de su labor.

- "Pero claro, los romanos de entonces no podían olvidarse de Júpiter, el mayor de los dioses, el rey de todos. Por eso al mes siguiente le llamaron *Maior* (Mayo), en honor a Júpiter.

Y si le dieron el nombre de un mes al rey de los dioses, el mes siguiente había que dedicárselo a su esposa, la diosa Juno. Y le llamaron *Junius* (Junio). ¿Vais comprendiendo?"

Las niñas no comprendían demasiado lo que su tía les contaba, pero todo aquello era nuevo para ellas, y eso era lo que les interesaba, lo nuevo. Por eso dijeron una vez más que sí con la cabeza. Y su tía se sintió satisfecha y animada a proseguir.

- "Pues bien, éstos son los cuatro meses que tenían su propio nombre, dedicados a los dioses y a la Naturaleza. Y luego vienen los meses *Quintilis*, *Sextilis*, *September* y los demás."

Constancia calló, a ver si había alguna reacción de las sobrinas. No la hubo, así que siguió.

- "Pero pasó el tiempo y a alguien se le ocurrió poner dos meses para llenar al "período incierto". Al mismo tiempo, se pensó que sería mejor que el año empezara por el primero de esos nuevos meses, que

dedicaron a Jano, el dios de los principios. Supongo que conocéis al dios Jano …”

Las niñas, al unísono, negaron con sus pequeñas cabezas.

- “El dios Jano es un dios muy antiguo, desde los primeros tiempos de Roma se le veneraba como el dios de las puertas, porque para entrar a cualquier ciudad lo primero que se pasa es por las puertas de las murallas. Se le representa con un doble rostro: Una cara mira hacia delante, y la otra mira hacia atrás. Y como el mes iba a ser el primero del año, lo dedicaron al dios Jano, dios de los principios. Y al primer mes le llamaron *Januarius* (Enero).”

-“¿Y al segundo mes, cómo le llamaron?”, preguntó Constantina, la mayor.

- “Al segundo mes le llamaron *Februarius*, ¿y sabéis por qué? Porque a finales de ese mes se celebraban las purificaciones de todos los ciudadanos, para comenzar el año con buena salud. Se purificaban con sacrificios, para que los dioses les sanaran. Como purificarse se dice *“februare”*, al mes le llamaron *Februarius*, el mes de las purificaciones.

Y ya conocéis el por qué de los nombres de todos los meses ... Bueno, de casi todos. Falta el último cambio.”

Las niñas seguían con gran atención el relato de su tía. Constancia continuó.

- “Fue el divino Julio César quien introdujo los últimos cambios en el calendario romano. Lo conoció en Egipto, y como vio que el de los egipcios era un calendario muy exacto, lo adoptó para Roma. En agradecimiento y a su muerte, el Senado dio al quinto mes el nombre de Julio, porque Julio César había nacido en el antiguo mes de *Quintilis*.

Y en honor a su sobrino, el divino Octavio César Augusto, pacificador del Imperio y primer Augusto, el Senado cambio el nombre del mes *Sextilis* y desde entonces se le llamó *Augustus* (Agosto), el nombre del primer Emperador. ¡Y ahora ya lo sabéis todo sobre los meses del calendario!”

Las dos pequeñas se quedaron calladas un buen rato. Constancia las miraba, tratando de adivinar qué estaban pensando. Constantina la sorprendió con una pregunta inesperada.

- “Oye tía, ¿tú crees que madre no sabría todo esto de los meses? Porque nunca nos lo contó …”

Constancia, que desde el primer día había querido ser llamada "tía" por sus sobrinas, no supo en el primer momento qué responder. Improvisó.

- "No, Constantina, vuestra madre seguro que lo sabía, pero posiblemente le pareció que no os iba a interesar todo esto. Y por eso no os lo contó."

La niña se quedó conforme y el viaje prosiguió.

De *Mediolanum* (Milán) volvieron hacia Oriente por el camino que ya conocían, por el *Ilírico* [(1)]. Constantino quería conocer las residencias imperiales de *Spalato*, en las afueras de *Salona* - donde Diocleciano se había hecho construir un Palacio como residencia para su retiro - *Dirraquium*, en *Macedonia*, que lo era con anterioridad, y *Filipopolis*, que había sido cuartel general de Licinio antes de su segundo enfrentamiento. Desde cualquiera de ellas vigilaba la frontera del Danubio, donde se producían las correrías más frecuentes de *Godos* y *Sármatas*, pueblos bárbaros que vivían al Norte del gran río.

Se trataban de correrías, de pequeñas bandas que caían por sorpresa en una zona, asolaban un pequeño territorio y volvían a cruzar el río con su botín. Pero Constantino no quería dejar impune ninguna violación de territorio del Imperio. O los bárbaros pensarían que Roma era débil y las correrías se multiplicarían. En este viaje Constantino quería conocer en persona las residencias bien situadas a este fin, y encontrar una ubicación para la que pensaba que sería su capital en Oriente.

Debía estar en el litoral, en las cercanías del *Ponto Euxino* (Mar Negro) y tener una posición privilegiada, fácil de defender y con agua abundante. Le había venido a la memoria la ciudad de Troya, bien situada en el *Helesponto* (Dardanelos), pero debía visitarla y ver si era la mejor opción.

A mediados de Octubre llegaron a *Spalato* (Split). A su llegada, la comitiva se alojó en *Salona*, que contaba con alojamiento para tantas personas. Constantino y su familia, con la escolta, siguieron un par de millas, hasta el que había sido Palacio de Diocleciano. Constantino se había informado previamente y había sabido que todavía residían en él Prisca, la viuda de Diocleciano, y su hija Valeria, viuda de Galerio. Por unos mensajeros, había enviado orden al oficial al mando del Palacio de que las alojara en una residencia adecuada en *Salona*. El Palacio sería su nueva residencia.

Llegaron tarde y esa noche sólo hubo tiempo de cenar frugalmente y acostarse. A la mañana siguiente, Constantino quiso visitar el Palacio con detenimiento y se hizo guiar por el oficial. El que actualmente tenía el mando de la guardia de Palacio había servido bajo Diocleciano los últimos seis años de la vida del antiguo Augusto. Eso era suficiente.

Constantino quería saber cómo era Diocleciano en la vida privada. Asaetó a preguntas al oficial y así supo que Diocleciano recibió varias visitas de Licinio.

- "Cada vez que el Augusto Licinio pasaba por esta ruta, venía a visitar al anterior Augusto, *Dómine*. Pasaban grandes ratos hablando, paseando por el jardín o en el despacho del Augusto. Por lo que pude observar, cuando conducía al Augusto Licinio ante Diocleciano, o cuando se despedían, se llevaban muy bien, y el viejo Augusto se alegraba mucho con sus visitas."

- "¿Y con su mujer y su hija? ¿Qué relación había entre ellos?"

(1) Las actuales Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina.

El oficial no tuvo que pensar la respuesta.

- "Muy buena, *Dómine*. Sobre todo la hija adoraba a su padre. Le ayudaba en la huerta, y subía a casa las verduras que entre ambos cortaban ese día. La esposa … no tanto, claro está. La Augusta era … un poco difícil, muy temperamental, diría yo. Pero el viejo Augusto la sabía tratar, y muy pocas veces le vi enfadado con ella. En cambio ella con frecuencia se enfadaba con él, y le decía cosas que no se deben decir a un Augusto, ni siquiera retirado. Pero yo hacía como que no las había oído.

Con quien la Augusta no se enfadaba nunca era con su hija. Se llevaban admirablemente bien. La Augusta tenía buen corazón, y sin duda quería hacerla olvidar su desgracia al haber perdido a su esposo, el Augusto Galerio."

- "¿Y con los soldados y oficiales de la guardia, qué postura tomaba el que fuera Augusto Diocleciano?"

El oficial se quedó extrañado de la pregunta y tuvo que reflexionar un poco.

- "Yo diría que era el superior ideal, *Dómine*. Tal vez fuera porque estaba ya retirado, pero nos trataba a los oficiales como si fuera nuestro padre. Nos llamaba a veces "hijo", cuando estábamos en su presencia. Se interesaba por nuestras familias y raras veces nos levantaba la voz para

amonestarnos. Muy grande tenía que ser nuestra falta para recibir una reprimenda suya. Todos lo sentimos mucho cuando murió."

Era lo que Constantino quería saber. Aquel hombre había hecho grandes cosas por el Imperio, se había retirado cuando aún le quedaban quince años de vida, y en su círculo más cercano había sabido formar un hogar donde era querido y respetado. Constantino quedó, ya a solas, mucho tiempo pensando. Se comparaba con el viejo Augusto y sólo encontraba una explicación:

"Él estaba rodeado de gente más dócil, por eso pudo llevarse bien con todos. A mí, en cambio, me han tocado familiares rebeldes, y he tenido que imponerme mediante la fuerza. El antiguo obispo de *Nicomedia*, el que desterré a *Nicea* de *Macedonia*, me ayudará a tomar las nuevas decisiones. Pasaremos por *Nicea* y le daré en persona la noticia de su nombramiento."

Osio todavía formaba parte de sus asesores. Pero ya apenas le veía. Había estado tentado de despedirlo y mandarlo a su *Hispania* natal, pero no quería hacerlo hasta contar con el consejo del obispo depuesto, alguien que se había atrevido a llevar la contraria a su Augusto. Una persona así necesitaba él.

Capítulo 208

El nuevo asesor.

Año 326

Eroc supo del edicto de Constantino sobre la muerte de su hijo y la *damnatio memoriae* durante el mes de Agosto, pero se abstuvo de ponerlo en conocimiento de Yela. Sabía que la noticia le iba a destrozar y pensó que era mejor que pasara todavía unos meses con la esperanza de que su amado Crispo volviera a ella. Yela apenas se comunicaba con más personas que con su mujer y con él mismo. Estaba gran parte del día pendiente de su pequeño Crispo. Por eso no había peligro de que supiera la mala nueva.

Pero llegó el otoño y Yela empezó a preguntar cuánto duraban unas *Bicenales*, ansiosa, sin duda, por volver a ver a su amado. Eroc juzgó que era ya el momento de comunicarle la infausta nueva, Crispo no volvería. Trató de convencer a su mujer para que se lo dijera ella. A fin de cuentas ambas eran mujeres y se entenderían mejor. Pero su mujer se negó en redondo. El César Crispo se la había confiado a él y él debía darle las noticias, las buenas y las malas. Eroc no encontró argumentos contra la postura firme de su mujer. Y una tarde luminosa, en que el sol lucía con todo su esplendor otoñal, separó a Yela de su hijo.

- "Debo hablarte."

Yela dejó al pequeño Crispo jugando con otros niños, bajo la mirada de la esposa de Eroc, y se sentó junto a éste con una sonrisa en los labios. Pero cuando, ya sentada, miró al rostro de Eroc, supo de pronto que iba a conocer algo adverso, muy adverso. Se le quedó mirando, ya sin sonrisa.

- "Debo hablarte de Crispo."

Pasó un tiempo que a Yela le pareció una eternidad. Tuvo tiempo de recordar la última tarde que pasaron juntos, de rememorar sus caricias, sus confidencias en voz baja, lo feliz que la hizo. Revivió la despedida, con su amante ya sobre el caballo, el saludo con la mano, y el polvo que les cubrió a ambos cuando ya se alejaba y no podía verle en la distancia.

Yela volvió al presente. Eroc seguía callado, sentado frente a ella, mirándola fijamente. Ella agarró sus ásperas manos con las suyas y, con un

velo en la garganta que no la dejaba hablar bien, dijo con voz muy ronca, una voz que no era la suya:

- "¿Qué pasarle a Crispo?"

Eroc bajó los ojos, y eso ya fue una respuesta para Yela. Algo se desgarró en su alma. Un grito de desesperación llenó la pequeña plaza donde sucedía la escena.

- "¡¡Noooo ….!!

Eroc trató de acariciar aquellas manos delgadas, pero las manos de ella se escurrieron entre las suyas. Yela se desplomó sobre ella misma, sentada, con la cabeza caída sobre sus rodillas, sollozando. Cuantas personas había en la plaza miraban las dos figuras, sentadas y quietas. Al poco volvieron a conversar entre ellas. Todas sabían quiénes eran los dos y sospecharon de inmediato de qué hablaban. Algunas se metieron en sus casas; otras se quedaron fuera, mirando disimuladamente.

Crispo, al oír gritar y llorar a su madre, acudió a ella corriendo. Antes de que el niño se les acercara, Eroc tuvo tiempo de decir:

- "Crispo es muerto. Su padre matarlo."

Yela abrió mucho los ojos. No comprendía lo que Eroc le acababa de decir, pero el niño estaba ya junto a ella. Yela lo estrechó entre sus brazos y contuvo el llanto.

Lentamente, Yela se levantó. Tomó a su hijo por el hombro y con paso inseguro se dirigió hacia su pequeña casa. Eroc la vio alejarse. Pensó que en estos momentos era mejor dejarla sola. Ya tendría ocasión de hablar con ella del futuro y le diría lo que había pensado en todos estos meses, que la tomaría bajo su protección. Era lo que Crispo hubiera querido.

Nicea de *Macedonia* estaba sobre la *Vía Egnatia*, calzada que estaban siguiendo Constantino y su comitiva para volver a *Nicomedia*, que era su destino final en este viaje. Pero éste no iba a recibir al que posiblemente iba a ser su consejero principal en una posada de la posta imperial. Sería un mal comienzo. Como iba a visitar la residencia imperial de *Dirraquium*, en el extremo Sur del *Ilírico*, decidió citar a Eusebio, el depuesto obispo de *Nicomedia*, en *Dirraquium*, distante sólo 100 millas de *Nicea*.

Apenas se acordaba de su rostro, pero sí recordaba que él y su amigo Eusebio estaban continuamente en contacto, y que se sentaban uno al lado

del otro en el pasado Concilio de *Nicea*, en el *Asia Menor*. Constantino estaba al tanto de que Lactancio y Eusebio tenían dos visiones muy distintas del papel jugado por el Fundador del Cristianismo, Jesucristo. Hasta ahora él se había puesto del lado de Lactancio, pero los dioses le estaban indicando que el camino que había tomado no era el adecuado.

En un primer momento le vino a la mente la posibilidad de volver a llamar a su amigo Eusebio y hacer de él su asesor principal, pero se contuvo. No le apetecía desvelar lo más profundo de sus pensamientos a Eusebio. Lo conocía demasiado. Le bastaba con que siguiera escribiendo los discursos para sus celebraciones, que con tanto acierto componía.

Una semana más tarde, Constantino estaba en *Dirraquium* y Eusebio, el obispo desterrado, estaba ante él. Tras postrarse a sus pies, Eusebio se había levantado y miraba a los pies de su Augusto. A nadie le estaba permitido mirar a los ojos del Augusto. Tal mirada sería interpretada como un signo de insolencia. Era parte del ceremonial instaurado por el ya difunto Diocleciano. Constantino guardó silencio. En vista de ello, Eusebio se atrevió a decir:

- "Me habéis mandado llamar, *Dómine* …"

Constantino quería saber cómo se desenvolvía el hombre que podía llegar a ser su asesor en los asuntos más arduos de gobierno. Con voz calmada repuso.

- "En efecto, así es."

Se hizo un nuevo silencio. Eusebio retomó el hilo de la incipiente conversación.

- "Me tenéis listo para escuchar lo que deseéis decirme, mi Augusto."

Constantino dejó pasar un tiempo antes de responder.

- "Apenas os recuerdo. Nos encontramos en *Nicea*, hace año y medio, pero se me habían borrado vuestras facciones."

Eusebio comprendió que el tema por el que había sido llamado iba a hacerse esperar. Intentó estar a la altura de la situación, ante el Augusto que le había depuesto y desterrado. Trataría de mostrarse sumiso, pero no adulador.

- "Lamento haberos contrariado en aquella ocasión, *Dómine*, pero no podía hacer otra cosa que respetar mis convicciones."

Constantino le sorprendió con su respuesta.

- "Esa costumbre vuestra de ser fiel a vuestras convicciones es lo que nos trae hoy aquí."

Eusebio estaba desconcertado.

- "Me temo que no os entiendo, mi Augusto."

Constantino quería conocer al hombre que tenía delante. Por eso le preguntó:

- "¿Os gustaría dejar atrás *Macedonia*, e incorporaros al que fue vuestro puesto en la capital, *Nicomedia*?"

Eusebio lo pensó bien antes de responder.

- "Debo confesaros que me gustaría volver a *Nicomedia*, aunque tal vez el pago que lleve consigo tal cambio lo vuelva imposible."

Constantino inclinó el cuerpo hacia delante, en el trono en el que estaba sentado, y preguntó, incisivo:

- "¿Y si os dijera que no habría que pagar nada a cambio?"

Eusebio procuró ser cauto, porque la pregunta le sonaba a trampa.

- "*Dómine*, si no hubiera que renunciar a nada a cambio, vos diréis cuando se puede dejar atrás *Macedonia* …"

Constantino juzgó llegado el momento de hablar claro.

- "He pensado en tomaros como consejero para temas privados, si tal puesto os parece adecuado."

Eusebio no podía creer que su Augusto hubiera cambiado tanto la consideración que él le merecía. Tenía que aprovechar tal cambio.

- "No puedo imaginar mayor honor que el que me ofrecéis, *Dómine*."

Constantino era partidario de la brevedad.

- "Entonces no se hable más. Formaréis parte de mi comitiva. Nos dirigimos a *Nicomedia*. Allá os presentaréis en Palacio y concretaremos los detalles."

La entrevista había terminado. Eusebio hizo la genuflexión que mandaba el protocolo y se retiró sin dejar de mirar al suelo. Los dioses le habían vuelto a sonreír. Aún quedaban grandes interrogantes en su mente sobre el papel que el Augusto querría que jugara él como asesor, pero la primera impresión era que tal vez Constantino quisiera favorecer la versión que su amigo Eusebio y él tenían del Cristianismo. No podían darle mejor noticia. Si así fuera, el año y medio de destierro habría valido la pena.

Capítulo 209

Eusebio asesora.

Años 327

Osio había partido ya hacia *Hispania*. Constantino lo despidió con suma amabilidad, agradeciéndole sus muchas aportaciones a la causa común, y retribuyéndole con una generosa donación de medio millón de sestercios. El Augusto sabía ser generoso con quienes le habían servido bien e, incluso, con las personas con las que simpatizaba en un primer contacto. Osio se deshizo en agradecimientos y partió, mejor librado de lo que había sospechado, hacia el destino que previsoramente se había reservado.

Ese mismo día Constantino había citado a su nuevo consejero. Cuando los dos hombres estuvieron solos, el Augusto tomó la palabra.

- "No ignoráis que mi primer consejero para estos temas arduos fue el ilustre Lactancio, a quien tengo en gran estima. A su muerte, tomé a Osio como mi consejero privado. Pero ciertos acontecimientos me han empujado a despedir a Osio, y me he acordado de vos, por la entereza con que defendisteis vuestras convicciones en *Nicea*. Un hombre que es capaz de contrariar a su propio Augusto no es fácil que retroceda ante nada en el cumplimiento de su deber."

Constantino calló. Eusebio tampoco habló. El Augusto prosiguió.

- "Pero quiero que quede claro lo que deseo de vos. Quiero tener vuestra opinión sincera sobre cuanto os consulte. Si tenéis dudas, me diréis las opciones que veis, y la que consideráis mejor, con sus inconvenientes. Cuando me sienta empujado a seguir vuestras indicaciones, lo haré; y cuando no, las rechazaré. Y nunca más volveremos a hablar de la decisión tomada. Quiero que sigáis estas normas fielmente."

Eusebio dejó pasar unos instantes.

- "Estad seguro de ello, mi Augusto."

Constantino hizo también una pausa. E inició el tema que más inquieto le tenía.

- "Según Lactancio, los humanos hemos abandonado la Edad de Oro primitiva, en que se adoraba a un Único Dios y los hombres no se mataban

entre ellos, y hemos contravenido el deseo de ese Dios, iniciando las guerras y adorando a muchos dioses. Por ese motivo, el Dios Único está indignado con la Humanidad y dispuesto a castigarla con un final trágico. Por eso es tan urgente implantar la religión cristiana en todo el Imperio. Y eso es lo que hemos cumplido hasta hoy."

Eusebio calló respetuosamente. No estaba de acuerdo con Lactancio, ni con su protector, el Augusto, pero esperó a saber cuál era la pregunta de su superior.

- "Lo que quiero saber es, según vos, qué convendría mantener y qué habría que modificar, sin que el Imperio sufra ningún desastre por ello."

Eusebio reflexionó. No podía decir a su Augusto todo lo que le había llegado mientras le escuchaba. Desde hacía ya mucho tiempo Eusebio no pensaba; le llegaban las ideas de algún sitio. De toda la información que le había llegado mientras escuchaba a su Augusto, eligió la parte más evidente y dejó para más adelante lo de menor relevancia.

- "Os seré totalmente sincero, como deseáis. El primer aspecto a desterrar, *Dómine*, es todo temor a recibir el Imperio las iras del Dios Único. Lactancio estaba en lo cierto al mantener que en la Edad de Oro se adoraba a un Dios Único. Así fue, en efecto. Sin embargo, me atrevo a sospechar que no conocía bien el carácter, bondadoso y tolerante, de ese mismo Dios."

Ahora fue Eusebio quien hizo una pausa. Quería que las ideas penetraran bien en la mente de su superior. Al ver que Constantino callaba, prosiguió.

- "Para el Dios Único, *Dómine*, el tiempo no existe. Esta noción resulta de difícil asimilación, pero estoy convencido de que vos podréis captarla sin dificultad.

Eso significa que Él ve, con toda precisión, las intenciones del humano, y que le concede un tiempo ilimitado para llegar a la meta que se ha propuesto. Por tal motivo, el Dios Único ha visto vuestra intención de sanear el Imperio, y las acciones que habéis tomado para ello. Y las bendice, y se siente satisfecho, porque vais por el camino correcto. Pero Él no tiene prisa, y no amenazará con ningún fin desastroso por un retraso que Él no siente."

Constantino quedó pensativo. No quería reconocerlo ante su interlocutor, pero lo que acababa de oír resolvía la principal duda que

martilleaba su mente: No había prisa. Quiso asegurarse de tan crucial tema.

- "¿Estáis completamente seguro de lo que decís?"

- "Absolutamente, *Dómine*."

Constantino siguió en silencio, asimilando lo que acababa de oír. Al rato dijo:

- "Entiendo."

Esto le sirvió a Eusebio de señal para seguir con lo que quería explicar.

- "Otro aspecto que conviene modificar, *Dómine*, es la naturaleza de la pasada Edad de Oro. El primero que explicó a los humanos tal concepto fue Pitágoras, como bien sabéis, se calcula que al mismo tiempo que Rómulo fundaba Roma, o por esa época. Pero la Edad de Oro no se caracterizaba por la ausencia de guerras - Pitágoras no dijo tal cosa - sino por la hermandad entre humanos y animales. Los hombres no comían carne de animales, sino hortalizas y frutos de los árboles. Por eso, los pitagóricos eran vegetarianos; no comían carne, ni pescado."

Constantino nunca había oído hablar de Pitágoras, ni de los pitagóricos, pero se guardó de decirlo. Asintió con la cabeza, como si Eusebio le estuviera recordando algo ya sabido. Pero había más aspectos sobre los que quería aclaración. Pensó sobre la mejor manera de exponer sus dudas.

- "Osio me informó, allá en *Nicea*, de la diferencia entre vuestra concepción de Jesucristo y la de Lactancio. Según él, Lactancio estaba en lo cierto. Ahora vos me debéis explicar vuestro punto de vista."

Era lo que Eusebio estaba esperando. Lo que iba a explicar a Constantino era de capital importancia. Por eso se quedó en silencio, para dar con el enfoque más propicio.

- "Lo haré con mucho gusto, *Dómine*. Todo estriba en a qué sector de la población se quiere conquistar con el relato, y disculpad que hable con tanta franqueza. Por lo que vimos en *Nicea*, Lactancio se dirigía, en sus escritos y con su planeamiento, al pueblo, a la plebe. La plebe, *Dómine*, es inculta, supersticiosa, amiga de lo mágico, de las emociones fuertes. Y Lactancio preparó su historia con el objetivo de edificar a ese sector de la población. Y lo logró, lo hizo francamente bien, extraordinariamente bien."

Eusebio hizo una alto en su exposición. No quería escatimar alabanzas al difunto Lactancio, porque eran otras tantas alabanzas a su protector, el propio Augusto. Pero tampoco quería darle toda la razón. No en este tema, que era vital.

- "Pero con ese deseo de agradar a la plebe, *Dómine*, se distanció de manera irreversible de los círculos más cultos, de los intelectuales, de los patricios. Y eso era, a nuestro juicio, un error. Porque la casta dominante nunca iba a aceptar una historia llena de milagros hechos por un Hijo de Dios al estilo egipcio. Porque estamos en el Imperio Romano, no entre las callejas de un poblado cercano a las pirámides de Egipto.

Por ese motivo, *Dómine*, y porque hay en los Evangelios abundantes pasajes de Conocimiento, que encajan con conceptos que han sido muy bien asimilados por los romanos más cultos, nos inclinamos por dar al enviado por el Dios Único el papel de Maestro del Conocimiento, mejor que el de Hijo de Dios, al modo faraónico."

Eusebio volvió a guardar silencio. Esperaba la reacción del Augusto. Éste tardó un tiempo en responder.

- "¿A qué círculos romanos os referís?"

- "A los mejores de vuestros senadores y caballeros, *Dómine*. A todo espíritu cultivado. A cuantos siguen la escuela estoica, como Séneca y tantos otros buenos romanos."

Constantino reflexionaba.

-"¿Y no se corre el peligro de que, al acercar los Evangelios a los patricios, se aleje irremisiblemente de los plebeyos?"

Eusebio ya tenía preparada la respuesta.

- *"Dómine*, lo que no se entiende queda rodeado del misterio, y a la plebe le seduce el misterio, lo incomprensible. La versión del Maestro del Conocimiento tiene la virtud de adaptarse a toda mentalidad, tanto a la elevada, como a la del pueblo llano."

Constantino se dijo que tener un asesor entendido en estas materias tenía sus ventajas. Él sólo jamás hubiera llegado a tales conclusiones. Era ya el momento de sacar a colación el tema más espinoso, su propia situación familiar, los motivos por los que en su propia casa se había cebado la desgracia.

- "Quiero tratar con vos un asunto que me hiere en lo más profundo: La razón por la que el destino se está ensañando conmigo, y está

destruyendo mi familia. Tal vez vos podáis tener alguna idea que alivie mi situación.”

Eusebio había tenido ocasión de hablar con Constancia, que formaba parte de la comitiva. Ésta le había confiado sus pasadas desgracias y le había dado una visión muy cruda y realista del proceder de su hermano. Jamás le podría perdonar lo que le había hecho, aunque debía disimularlo. Por su parte, Eusebio no podía decirle a su Augusto todo lo que pensaba. Debía ser eficaz, no sincero.

- “Sé, por referencias de muchas personas, el dolor por el que habéis pasado, *Dómine*. Nadie podrá devolveros lo que habéis perdido. Pero sí que podéis aliviar vuestro dolor, llenando el lugar que vuestros seres queridos dejaron vacío.”

Constantino se impacientó. Con voz un tanto agria repuso:

- “Deberéis ser más concreto.”

- “Lo seré, *Dómine*, pero para ello debo conocer qué familiares os rodean, y cuáles viven alejados de vos.”

Constantino no vio mal alguno en responder.

- “Conmigo viven mis hijos, los dos Césares y Constante, el menor; y las dos hijas. Mi hermana Constancia se hace cargo de ellos. De los dos Césares, en sus horas libres. Los tres menores no tienen obligación alguna, de momento, y están por completo al cargo de mi hermana.”

Eusebio tuvo que insistir.

- “Pero tenéis más familia que no vive con vos, mi Augusto.”

Constantino pareció caer en la cuenta de a quiénes se refería su asesor.

- “¡Ah, os referís a mis hermanastros! Ellos casi no cuentan como familia. Pero precisamente para las *Bicenales* los llamé, y estuvieron conmigo en Roma. Luego volvieron a Tolosa. Residen allí. El tercero ha muerto. Las dos hembras viven en *Augusta Treverorum*, con su madre, Teodora, la segunda esposa de mi difunto padre.”

Constantino no mencionó a su primera esposa, Minervina. Ella no existía.

Eusebio reflexionó. No debía mostrarse demasiado apremiante.

- “*Dómine*, el hueco de familiares cercanos sólo pueden llenarlo otros familiares, tal vez algo más lejanos. Ahí tenéis una fuente de trato familiar. Pero en esto debéis actuar conforme os lo dicte vuestro corazón, sin ningún sentido del deber. Más vale esperar y que su trato os alegre en

verdad, que adelantar el trato y éste os hastíe. Os ha de apetecer su compañía y su trato."

Constantino se quedó pensativo. No veía fácil que el trato con sus hermanastros le alegrara, más bien al contrario.

- "Con el pasado que se ha dado en mi familia, veo difícil que llegue a congeniar con mis hermanastros. Los siento como unos completos extraños."

Eugenio se vio obligado a ser diplomático.

- "Os agradezco la confianza que me mostráis, *Dómine*. Pero quizás hasta os pudiera ser útil contar con varones maduros que puedan resolver un problema puntual en alguna de vuestras Diócesis, mientras vos atendéis los asuntos del Imperio en su conjunto …"

Las palabras de Eugenio hicieron reflexionar a Constantino.

"Tal vez ahora que no cuento con mi hijo en las *Galias*, Eusebio tenga razón y pueda necesitar que alguien de mi linaje cumpla alguna misión en algún pequeño territorio con problemas. Constantino, mi hijo mayor, cumplirá doce años este verano. Aun estaré al menos ocho años sin poder contar con él. Y no es fácil que la bonanza se extienda durante otros ocho años sobre todas las fronteras del Imperio.

El rey *parto*, Sapor II, tiene ya dieciséis años, y en menos de ocho puede dirigir sus ejércitos contra mí. En el fondo mi asesor tiene razón, pero se me hace muy duro admitir a mis hermanastros en las tareas de gobierno, por ligeros que sean sus cometidos. Siempre los he considerado mis enemigos potenciales ..."

A Constantino aún le quedaba otro tema importante que tratar con su nuevo asesor. Pero quiso dejarlo para más adelante. Antes quería sopesar el acierto de sus palabras.

Nota del Autor.

Como consecuencia de esta conversación y de otros comentarios aislados que Eusebio le hizo a lo largo de las audiencias que tuvo con él, Constantino, cuatro años más tarde decidió incorporar a algunos de sus hermanastros a las tareas de gobierno. A primeros del año 331, nombró Cónsul a Dalmacio, el primogénito de su padre. Dos años más tarde, el 333, se produjo un levantamiento en la isla de Chipre y Constantino envió a Dalmacio a sofocarla.

Éste - como Julio César mucho antes - llegó, se hizo cargo de la situación y venció al oficial rebelado en pocos días. Lo tomó prisionero, lo llevó a *Tarso*, y allá, en la plaza mayor de la ciudad y para escarmiento general, lo quemó vivo. Ello le valió los mayores elogios de su Augusto. Dalmacio tenía dos hijos, Dalmacio II y Hanibaliano.

El año 335, Constantino nombró Cónsul al segundo hijo de su padre, Julio Constancio. También tenía Julio Constancio, de mujeres distintas, dos hijos, Galo y Juliano.

Al año siguiente, el 336, a Hanibaliano, el hijo de Dalmacio, lo nombró Rey del *Ponto*, con autoridad sobre el *Ponto*, *Capadocia* y *Armenia Menor*. Poco antes se había producido un intento *parto* de controlar *Armenia*, y Constantino quiso tener allá una persona de su confianza.

Capítulo 210

En Jerusalén.

Año 327

Elena estaba radiante. Era, casi, todopoderosa. Representar a su hijo, el Augusto, era un regalo. Todas las autoridades estaban a su disposición. Y todos sus deseos eran atendidos. Ella, que nunca antes había ejercido poder alguno, que había soportado inerme las decisiones de los hombres, se sentía importante, viendo que eran ellos los que se plegaban, complacientes, a su voluntad. Traía instrucciones muy detalladas de Constantino.

Éste quería que en las inmediaciones de *Aelia Capitolina*, la Jerusalén judía, se construyeran dos Templos. Uno en el Calvario, el lugar de la crucifixión. Se le llamaría el Templo del Santo Sepulcro. Y un segundo Templo, de menor tamaño, en el Monte de los Olivos, porque en él se había producido la Ascensión.

Ella, en contacto con el Gobernador de la Diócesis, debía contratar los servicios del mejor ingeniero, mostrarle los planos preparados por su hijo, y poner todo en marcha. El ingeniero enviaría a *Nicomedia*, para recibir la aprobación de Constantino, las modificaciones que fuera conveniente introducir en el proyecto. Y una vez aprobadas, se comenzarían a levantar los cimientos.

Otro Templo algo más modesto se levantaría en las afueras de Belén, en el lugar donde se localizara la ubicación del nacimiento del Salvador. Y ella, en la medida de sus fuerzas, debería supervisar todo lo que hubiera que realizar sobre el terreno. Y ello hasta que la propia Elena lo juzgara necesario.

En ese momento volvería a *Nicomedia*, informaría a su hijo Constantino de los avances logrados, y podría luego residir donde mejor le conviniera. Su hijo le había invitado a quedarse a vivir con él en *Nicomedia*. Pero Elena sabía el plan de vida de Constantino, lo que viajaba, y el poco caso que, aunque se lo propusiera, le iba a hacer, así que

tenía pensado regresar a *Augusta Treverorum*, donde viviría tranquila en su pequeño Palacio los años que aún le pudieran quedar de vida.

Pasadas las primeras semanas de su estancia en Siria, cuando su labor de poner en marcha los proyectos de su hijo estaba ya iniciada, Elena se percató de que tendría que esperar todavía unos cuantos meses. El ingeniero tenía que elaborar los planos, adaptando al terreno el proyecto que había sido forjado en *Nicomedia*, y, con los planos terminados, viajaría a *Nicomedia*, para recibir el visto bueno del Augusto. Todo ese proceso iba a durar meses. Meses que ella decidió emplear en visitar los lugares más significativos de la región, empezando por Jerusalén.

Había leído tantas veces los Evangelios que tenía ya una idea de cómo sería la ciudad en la que predicó y murió el Hijo de Dios. Había estado absorta en sus obligaciones como enviada de su hijo, hablando con las autoridades, y apenas se había dedicado a visitar la ciudad.

Decidida a conocer a fondo su historia, requirió los servicios de algún oficial que la pudiera guiar. El Gobernador puso a su disposición una escolta suficiente y, al mando de la misma, a Casio, un joven oficial, que le explicaría la historia de la ciudad y le enseñaría, si ella quería, sus rincones más atractivos. Al día siguiente, a la hora *tercia* (de 8 a 9 de la mañana), cuando todavía el sol no calentaba demasiado, iniciaron la visita.

Su superior le había advertido:

- "Explícale a la Augusta lo que sepas de la historia de la ciudad. Háblale poco de la actualidad, y explícale sobre todo de la ciudad antigua. Puedes hablarle hasta la época del rey Herodes. Es lo que a ella le interesa. La destrucción de Jerusalén en tiempos de Adriano y la nueva ciudad, pásalo por alto. Eso a ella le tiene sin cuidado. Y no hables mal de los judíos. Ella los adora."

Con tales instrucciones en su mente, Casio empezó la exposición.

- "La ciudad de Jerusalén, *Dómina*, se asienta sobre cuatro colinas, a diferencia de Roma, que cubre siete. Éstas son el Monte *Sión*, el Monte *Moriah*, la colina *Akra* y la colina *Bezetha*. Entre los dos primeros se extiende un valle, el *Tyropeon*.

Aelia Capitolina, *Dómina*, consta de tres recintos amurallados. El primer recinto, el más antiguo, de tiempos del rey David y los *jebuseos*, los primeros habitantes, cubre el Monte *Sión*, el *Tyropeon* y el Monte *Moriah*. Supone algo menos de la mitad de la ciudad actual. Este recinto era la vieja ciudad, la Ciudad de David, como la siguen llamando algunos.

Los judíos la llamaban Sión. Dominando la ciudad vieja estaba el Templo de Salomón, construido sobre una plataforma rocosa, al Este de *Sión*.

Este Templo era bastante menor que el que más tarde construyó Herodes el Grande, rey vasallo de Roma. El Templo de Herodes duplicaba el tamaño del Templo de Salomón. Este primer recinto estaba defendido por la primitiva muralla de la ciudad. Al Norte de la vieja ciudad el terreno era relativamente llano. Al Sur, al Este y al Oeste Jerusalén se alzaba sobre tres valles, el Valle de *Ginoh*, el Valle de la *Gehenna* y el valle de *Josafat*. El ataque desde estos flancos resultaba poco menos que imposible, por el gran desnivel existente, en algunos lugares de hasta 150 pies (50 metros). De ahí la excelente posición de Jerusalén, que sólo debía defender de un posible ataque enemigo el lado Norte.

Luego se añadió un segundo recinto amurallado que abarcó la colina *Akra*, que visitaremos cuando os plazca, *Augusta*. El rey que levantó esta segunda muralla, según dicen los entendidos, fue Ezequías, que también mejoró el suministro de agua a la ciudad. Una parte importante de este segundo recinto consistió en ampliar la plataforma rocosa del Templo, aunque no se construyó nada sobre dicha plataforma ampliada. El plan era sin duda ampliar el Templo, pero por guerras, o quizás por falta de oro, dicha ampliación nunca se llevó a cabo.

Tuvo que ser Herodes el Grande, ya bajo el dominio de Roma, quien amplió el Templo, y fue su sucesor, Herodes Agripa, quien, en tiempos del divino Claudio, construyó la tercera muralla, que cubre la colina de *Bezetha*, unos años antes de la primera rebelión judía contra Roma. La ciudad había crecido hacia el Norte, su única posibilidad, y las laderas de la colina se habían poblado de edificios, que había que proteger."

Elena escuchaba atenta el relato del joven oficial. Los soldados de la escolta, dos *turmae* de caballería, esperaban a distancia prudencial, aunque siempre se destacaban tres jinetes, que acompañaban al oficial. Elena le indicó:

- "Seguid con vuestro relato, oficial."

Casio, satisfecho de la atención de la Augusta, continuó.

- "Lo primero que os sugiero que visitemos es el palacio de Herodes. Es uno de los edificios que mejor se conservan, después de las guerras que han asolado esta ciudad, *Dómina*. Está situado estratégicamente en la muralla Oeste, lindando con la Puerta de *Joppe*

(Jaffa). Es una verdadera ciudadela, una fortaleza inexpugnable, rodeada de un profundo foso, construido al modo romano. Dentro de sus murallas se distribuyen cinco edificios, el mayor de los cuales, adosado a la muralla Oeste, es el Palacio de Herodes. Es un Palacio con lujosas estancias.

El más pequeño, en el lado Sur, es la prisión. Los otros eran para sus invitados y sirvientes. Está defendido por tres enormes torres, la Torre *Hippicus*, sobre la muralla, al Norte; la Torre de *Fassael*, en honor a su hermano, a la derecha de la anterior, y la Torre de *Maryamne*, que lleva el nombre de su esposa y cubre el flanco Este. Lindando con la fortaleza nosotros construimos un Cuartel, el Cuartel de Sión, para tener la guarnición repartida entre la Torre Antonia, al Norte, dominando el Templo, y el Oeste de la ciudad. Esta ciudad, *Dómina*, ha sido muy problemática, lo sabréis sin duda."

Elena no lo sabía, pero asintió. Los años le habían enseñado a no mostrar sus debilidades.

- "Joven, comprendo vuestro interés por mostrarme murallas y torres, pero lo primero que quiero ver es el promontorio que llamaban Gólgota. ¿Podréis mostrármelo?"

Conocedor de los gustos de la Augusta, Casio había preguntado en los archivos y se había hecho con una copia de un plano antiguo. Reflejaba el estado de la ciudad en tiempos de Octavio César Augusto. Casio no conocía bien toda la Jerusalén antigua, pero podía consultar.

Llamó a su *optio* (ayudante). Éste sacó el plano de su cápsula, lo desenvolvió y se lo dio. Casio, tras descabalgar, consultó el plano. Lo vio de inmediato, arriba, a la izquierda: *Gólgota sive locus Calvaria*e (Gólgota o lugar de la Calavera). Casio hizo un gesto de contradicción. Elena lo notó.

- "¿Pasa algo, oficial?"

El aludido enrolló el plano, y lo entregó a su *optio*. Eso le dio tiempo para pensar la respuesta más diplomática: No podrían pisar el Gólgota, sobre él estaba asentada la Torre *Pséphinos*, el extremo NorOeste de la tercera muralla, construida por *Agrippa*.

- "Una ligera contrariedad, *Dómina*. No podremos pisar la cima del promontorio, ya que, aprovechando esa altura, el rey *Agrippa* construyó una torre de su muralla, pero podremos estar sobre el lugar exacto donde estaba ese promontorio que decís. Poseo un plano que lo indica."

A Elena le interesaba menos la historia de la ciudad y sus murallas que los lugares que había pisado Jesucristo.

- "Llevadme a ese promontorio."

La comitiva se puso en marcha hacia el lugar, situado algo más arriba del Palacio de Herodes, que tanto le hubiera gustado a Casio mostrar a la viajera. Al poco llegaron a la zona. Felizmente para Elena, la cima del Gólgota caía dentro de la ciudad. La Torre *Pséphinos*, que coronaba la muralla, estaba situada ligeramente en la ladera exterior. Elena desmontó de su carruaje, y se dirigió, andando, a lo alto del promontorio. Había logrado su propósito.

Sobre aquella cima habían crucificado, en tiempos lejanos, a Jesucristo. Le embargó una imparable emoción. Se arrodilló y las lágrimas brotaron incontenibles. No las secó, dejó que resbalaran por sus mejillas y cayeran al suelo. Eran su contribución al dolor de Cristo. Sus acompañantes, respetuosos, se apartaron unos pasos. A aquellos hombres les infundía respeto una mujer llorando, máxime si era la Augusta.

Pasó el tiempo, Elena no podía, ni quería, ahogar su emoción. Tenía la sensación de que su corazón se liberaba con el llanto. También ella había sufrido mucho durante su vida. El último dolor se lo había causado Constantino, su hijo, poniendo fin a la vida de su nieto. La imagen de Crispo le vino a la mente; casi lo vio ante ella, en pie, sereno, sonriente, como era él. La emoción se incrementó. No pudo menos que sollozar. Casio se le acercó por detrás, ofreciéndole su ayuda. Ella le rechazó con el brazo.

- "No, dejadme, estoy bien."

El oficial se retiró. Todos estaban sorprendidos, sin saber qué hacer. Ninguno se movió. Pasó un tiempo que a todos se les antojó largo. La anciana seguía arrodillada; sus hombros se movían al compás de sus sollozos. Luego, se fue calmando. Y al fin se levantó, y se secó el rostro con algo que sacó del interior de su vestido. La Augusta, mirando al suelo, para no tropezar y sobre todo para no mostrar su rostro enrojecido, se dirigió hacia ellos. Cuando estuvo al lado de Casio levantó la vista, le miró fijamente, y con acento amable le dijo:

- "Gracias, oficial, me habéis hecho muy feliz."

Casio balbuceó algo, sin saber qué, y ayudó a su invitada a subir al carruaje.

Nota importante del Autor.

Como homenaje a tantos autores clásicos que las usaron, y en un intento de darles vida, la estructura que se ha dado a este Capítulo se indica en el "Anexo 25. Estructuras"

Todos los Capítulos terminados en "0" - es decir, 10, 20, 30, etc. - están dotados de estructura, todas diferentes.

Capítulo 211
Cambio de rumbo.

Año 327

A pesar de que Eusebio estaba deseando entrar en el tema del cambio de criterios sobre el Cristianismo, el Augusto no le llamó hasta una semana después de su primera charla. Eusebio vivía en Palacio, en una de las dependencias reservadas a los altos oficiales de Constantino. La condición que debían cumplir los mandos militares para vivir en Palacio era que no podían traer a sus esposas, ni a sus hijos. Por eso muchos elegían una vivienda particular, no lejos de Palacio.

La entrevista fue en el despacho privado del Augusto. Constantino inició la conversación.

- "Me habíais dicho que el Dios Único no tiene prisa por ver el Imperio adorándole sólo a Él."

- "Así es, *Dómine*."

- "Y que, por tanto, no hay temor a que descargue su ira sobre todos nosotros."

- "Estáis en lo cierto, *Dómine*."

- "En tal caso, ¿podéis decirme exactamente lo que Él desea que hagamos los humanos?"

Eusebio estaba preparado para responder a la pregunta de su Augusto. En sus conversaciones con su amigo, el ahora obispo de *Cesarea Marítima*, lo habían tratado más de una vez y los dos estaban de acuerdo.

- "Para ser totalmente sincero, *Dómine*, la Divinidad no está ansiosa de que la adoremos y le rindamos culto sólo a Ella. Lo que Ella desea es que compartamos sus criterios, sus valores, su forma de ser y de actuar.

Ella actúa con Perfección en todos sus actos, y eso mismo es lo que desea que hagamos los humanos. Claro que para ser y actuar como Ella, debemos imitarla, y para imitarla, debemos creer y confiar en Ella. Así que podríamos decir que no basta con la fe en Ella; que lo importante es la imitación de Ella."

Eusebio quería salir al paso del peso exclusivo de la fe, con que Lactancio había sembrado los Evangelios. Creer era lo fácil, lo que podía

hacer todo el mundo, hasta los mayores miserables. Lo difícil, y lo valioso, era adoptar sus modos.

Constantino se quedó callado. Lo que su asesor acababa de decirle cambiaba la perspectiva que él tenía del Cristianismo. Pero no quiso entrar en detalles en un tema que acababa de conocer y en el que, de entrada, no se veía en posición airosa. En todo caso, más adelante.

- "Comprendo. Sin embargo, me surge una duda. Decís que conocéis con exactitud la voluntad del Dios Único, que quiere ser imitado. ¿Cómo lo sabéis? ¿Quién os lo ha dicho?"

Eusebio sonrió. Era la suya una sonrisa de comprensión, no de ironía.

- "Os entiendo, *Dómine*. Deseáis conocer mis fuentes. Está bien, os las confiaré. Hay capacidades en el ser humano que nos pueden dar la conexión suficiente como para conocer los planes de la Divinidad respecto a los humanos. Mi amigo de igual nombre y yo las hemos desarrollado. Por eso lo sabemos."

Constantino reflexionó sobre lo que acababa de oír. La explicación de su asesor le parecía todavía demasiado vaga. Él quería entender al Dios Único como le entendía a su asesor, y aún no veía la manera que éste tenía de saber lo que pensaba ese Dios. De modo que insistió:

- "¿Y cómo se desarrollan esas capacidades que vos y mi amigo Eusebio, el historiador, decís que habéis desarrollado?"

Eusebio dejó de sonreír. Si su Augusto quería entrar en ese tema más en detalle, lo harían.

- "*Dómine*, para poner en marcha esas capacidades, la primera cosa que hay que hacer es imitar a la Divinidad, y actuar uno mismo, en todos los actos, con la Perfección que Ella posee por Esencia. Hacedlo y os pondréis en las condiciones para desarrollarlas. Yo, que ya conozco el camino, puedo ayudaros y lo haré gustoso. Ya os adelanto que es un proceso que cuesta años poner en marcha, pero todo humano puede hacerlo."

Constantino comprendió que lo que su asesor le estaba proponiendo era precisamente lo que él no quería hacer, abrirle el corazón y confiarle sus más íntimos pensamientos. Ese tema iba a esperar. Después de todo, con tener cerca alguien que tuviera esa capacidad bastaba.

Acababa de abrirse un abismo entre el Augusto y su asesor. Pero era un abismo en altura, no en anchura. Constantino acababa de darse

cuenta de que su asesor estaba a un nivel superior al suyo, muy superior. Supo también que había elegido al hombre adecuado. Hubo un largo silencio. El Augusto pareció recuperarse y volvió al tema que le interesaba.

- "Debemos concretar cuáles son las diferencias entre la forma de ver el Cristianismo de Lactancio y la de mi amigo Eusebio y vuestra. ¿Cuáles serían los cambios indispensables, según vuestro criterio, ése que compartís con el Dios Único?"

Había cierta ironía en la pregunta, pero Eusebio fingió no advertirla.

- "Se trata de cambiar la óptica, *Dómine*. De hacer menos hincapié en la fe en el Hijo de Dios venido a este mundo, y sustituirla por el cumplimiento de los mandatos de Sabiduría que hay puestos en su boca. De considerarlo como un Maestro que enseña y cuyas enseñanzas debemos cumplir. Menos adoración y más imitación, no lejos de lo que os acabo de decir."

El Augusto quedó pensativo. De nuevo se veía descentrado. Las cosas no eran tan fáciles como se las había expuesto Lactancio, el cual, por cierto, nunca le había hablado de las capacidades que Eusebio le acababa de mencionar. De pronto a Constantino se le ocurrió una dificultad.

- "¿Y no va a ser más difícil ese nuevo Cristianismo? ¿No encontrará más dificultad para expandirse por todo el Imperio?"

Eusebio volvió a sonreír.

- "*Dómine*, ya hay en el Imperio doctrinas y filosofías que divulgan el verdadero deseo del Dios Único. Si vos deseáis implantar una nueva doctrina, el Cristianismo, ¿la haréis inferior a ésas que ya enseñan ese camino, querido por el Dios Único?"

Constantino arrugó el ceño. Eusebio ya sabía que eso no era buena señal.

- "¿Por qué tiene que ser tan difícil y tortuoso todo lo relacionado con las creencias de los pueblos?"

Eusebio le respondió, con la máxima seriedad que supo dar a su rostro.

- "No es que sean difíciles, *Dómine*. Los asuntos de las conciencias parecen tortuosos al principio. Pero conforme uno progresa en el sendero correcto, llenan el espíritu de paz y seguridad. Porque uno va desarrollando poco a poco esas capacidades de que os he hablado. Y el Dios Único le premia, aquí, en vida."

Eusebio se daba cuenta de que estaba empezando a empujar a su Augusto hacia el Conocimiento, pero faltaba que éste consintiera. En lugar de ello, el Augusto cambió la dirección de la conversación.

- "En tal caso, ¿qué medidas proponéis?"

Se había llegado al punto que Eusebio esperaba. La respuesta surgió rauda.

- "Una carta firmada por vos, *Dómine*. Podría prepararos esa carta y, cuando vos la aprobéis, la enviaríais a todos los obispos designados por vuestro enviado, Osio. Se exigiría la conformidad de cada obispo a vuestras indicaciones."

- "Por supuesto."

Nuevo y largo silencio. Constantino estaba pensando en el paso siguiente.

- "Adelantadme - para eso sois mi consejero - las posibles reacciones de los obispos. Habréis pensado en ello."

- "Lo he hecho, Augusto. Salvo vuestro mejor criterio, podrían darse tres reacciones. La mayoría va a aceptar ese pequeño cambio. Con estas directrices de que hablamos, todo ciudadano honesto - y hay que suponer que Osio hizo bien su trabajo - captará la ventaja que supone hincar el acento en mejorar el comportamiento del ciudadano. Éste era el objetivo inicial - según me comentaba nuestro común amigo, el historiador - formar mejores ciudadanos. De modo que los mejores obispos verán la mejora en el cambio y lo acogerán con agrado.

Puede haber algún obcecado que se niegue a aceptar vuestras indicaciones. Esos pocos tendrán que adoptar una de estas dos posturas posibles: O bien se niegan abiertamente, e incurren en desobediencia a su Augusto, o bien fingen aceptarlas, pero, a escondidas, alientan, en círculos privados, la versión antigua. No veo más posibilidades, *Dómine*."

Constantino reflexionaba de nuevo. Al rato pareció ver claro algo, porque tomó la palabra.

- "A los que se nieguen, los depondré, desterraré y sustituiré por otro obispo más leal. Eso permitirá establecer ascensos entre ellos. Lo que no veo claro es la manera de luchar contra los que disimulen y engañen en sus respuestas. ¿Qué pensáis vos?"

- "El tiempo, *Dómine*. El problema afecta a quienes han vivido la etapa primera, la que arranca en el Concilio de *Nicea* y llega hasta hoy. Pero apenas ha pasado año y medio. Inculcad en vuestros hijos el mismo

criterio, el de favorecer la versión que protege el Conocimiento y no la fe, y los obispos que os puedan desobedecer se extinguirán y nadie defenderá la versión errónea."

Un nuevo y largo silencio reinó en la sala.

- "No creo que exista ninguna medida mejor. Habrá que confiar en el tiempo, como vos decís."

Y tras un nuevo silencio, el Augusto preguntó:

- "¿Para cuándo podréis redactar esa carta?"

Capítulo 212

Constantinopla.

Años 327 a 330.

A pesar de ser invierno, Constantino, en cuanto hubo enviado la carta a los obispos, ordenó salir para el *Hellesponto* (Dardanelos). Quería visitar Troya. La comitiva era numerosa. Estaba formada en exclusiva por tropa, que pudiera abrir pasos cerrados por la nieve. La componían quinientos legionarios y sus mandos correspondientes. Constantino ordenó a Eusebio que le acompañara, por si surgía algún tema del que pudieran conversar. A Eusebio le agradó la invitación. Lo mejor sería convertirse en la sombra del Augusto, para que nadie pudiera influirle en sentido contrario.

Troya estaba relativamente cerca de *Nicomedia*. Les separaban 275 millas romanas. Tuvieron que pasar por *Nicea*, y dar todavía una vuelta para poder tomar la carretera de la costa, llana y cómoda aun en invierno. Lo más incómodo fueron las colinas hasta llegar a la calzada de la costa. El viaje les llevó sólo cinco días. El día que llegaron a la antigua *Ilium* (Troya) había niebla y llovía ligeramente. Era media tarde. Podían haberse hospedado en la cercana *Dardanus*, pero Constantino ordenó que se montara un campamento de campaña sobre el terreno. Al día siguiente explorarían Troya con detalle.

El día siguiente amaneció nublado, pero sin lluvia. Eso era un buen presagio. Constantino, rodeado de sus mandos y cartógrafos, recorrió varias veces la distancia entre la vieja Ilion y las dos costas. El trazado de la nueva capital debía comprender el núcleo de la antigua Troya. Ello exigiría abarcar ambas costas. El *Simois Flumen* (río Simois), que desembocaba en el mar junto a Troya, tenía escaso caudal, aunque recibía agua de varios afluentes. Habría que traer agua de las cumbres cercanas.

El puerto debía situarse en el litoral Norte, donde la profundidad era mayor. Los cartógrafos improvisaron un mapa del terreno. Constantino trazó un plano provisional de la capital que deseaba. Estaría rodeada de agua por dos de sus lados, el Norte y el Oeste. Por los otros dos se precisaría construir una muralla de siete u ocho millas. El terreno era fértil. El clima sería benigno, como en toda población a la orilla del mar.

Constantino mandó exploradores para averiguar dónde nacía el río *Simois*, y qué ríos, capaces de surtir de agua a una población similar a la de Roma, de un millón de habitantes, había en la zona. A los dos días los informes de sus jinetes no fueron del todo alentadores. Sólo el *Macestus Flumen*, que desembocaba en la *Propontis* (Mar de Mármara) ofrecía posibilidades. En su curso alto, sus aguas se remansaban en un pequeño lago, junto a la pequeña ciudad de *Ancyra* de *Frigia*. De él, o del propio nacimiento, podría hacerse la toma de agua para el acueducto. Los ríos cercanos, como el *Granicus*, desembocaban en la *Propontis* y eran cortos y de escaso caudal. Había que confiar en el *Macestus* y en el *Simois*. Constantino viajó a la zona indicada por sus hombres y comprobó lo correcto de sus informes. No podía fundar su capital en una región con agua escasa. Fue entonces cuando uno de los mandos militares que le acompañaban le dio una noticia muy oportuna.

- "*Dómine*, se ha corrido entre la tropa la voz de la misión que traemos aquí y uno de los centuriones, natural de *Thimea*, en el *Bosporus Thrácicus* (Bósforo Norte), me ha hecho llegar la sugerencia de que *Byzantium*, que él conoce bien, ofrece mejores condiciones que la antigua Troya, tanto en defensa como en suministro de agua. Me ha parecido que debíais saberlo."

Constantino recordó los días de su última campaña contra Licinio. Éste se había refugiado en *Byzantium* y Constantino estableció su campamento delante de sus murallas. Pero Licinio consiguió pasar el estrecho con sus tropas, pues tenía el dominio del mar por aquellos días, antes de la llegada de Crispo y su flota. Lo cierto era que no se había fijado demasiado en las condiciones que reunía la ciudad, sólo le interesaba por aquel entonces vencer a Licinio. Ahora, para visitar *Byzantium*, tendrían que deshacer el camino hecho y, una vez en *Nicomedia*, bordear la *Propontis*. Podían pasar el estrecho del *Hellesponto* (los Dardanelos) en barca algunos hombres, pero no con los quinientos soldados de la comitiva, ni con los carros de las provisiones.

Dio orden de levantar el campamento y regresar. No pararían en *Nicomedia*, ni siquiera entrarían en la ciudad. Daría orden de que preparan carros con provisiones para otros quince días y, a su paso por ella, se unieran a los que ya llevaban. Quería tener decidido el lugar y comenzar con los planos. Sabía lo que cuesta levantar un edificio, como su Palacio al Norte de *Augusta Treverorum*, y ahora tenía que construir toda una ciudad, una ciudad que no tuviera nada que envidiar a Roma.

Se alojó en el Pretorio de *Byzantium*, con sus mandos, mientras los soldados montaban el campamento habitual, en las afueras de la ciudad. Ahora que venía con otra visión, Constantino captó desde el primer momento las enormes posibilidades de la pequeña *Byzantium*. Le pareció que era un desperdicio que una posición tan ventajosa estuviera tan mal aprovechada. Pero, escarmentado de lo sucedido en la vieja *Ilium*, mandó jinetes a explorar y darle cuenta de las posibilidades de captar agua suficiente.

Recorrió el terreno mientras sus exploradores volvían. *Byzantium* se hallaba en el extremo de una península con una forma redondeada en su extremo, que daba al Este. Constantino se había traído un plano de Roma. No quería que su nueva capital fuera menor.

Roma era una ciudad de forma cuadrada, aunque girada, como si fuera un rombo. Sus lados era de alrededor de tres millas. Constantino mandó medir la anchura de la península y comprobó con agrado que medía poco menos de tres millas. Luego podría conseguir para su ciudad la extensión que deseara, sin más que fijar el extremo occidental de la ciudad más cerca o más lejos del extremo oriental de la península. Pero no quería tomar ninguna medida sin asegurar el suministro de agua.

A los tres días volvieron sus exploradores. Éstos le informaron de que a poco más de cincuenta millas nacían una docena de ríos, afluentes de *Hebrus Flumen*, con suficiente caudal como para extraer de ellos el agua necesaria para abastecer una ciudad como Roma. Satisfecho con esta información, Constantino se dispuso a fijar los límites de la nueva ciudad. Incluiría en ella la ciudad ya existente, que ocupaba sólo la primera de siete colinas que daban un pequeño relieve a la península.

Para superar ligeramente a Roma, le bastaba con fijar el límite de la ciudad a tres millas y media del extremo oriental. Ordenó a sus cartógrafos que marcaran, en el punto medio de la península, el lugar que iba a ser el extremo de la ciudad por el Oeste, a tres millas y media del mar. Y que, a partir de ese punto, trazaran dos rectas perpendiculares a ambas costas, a la costa Norte, que daba a un largo entrante del mar, y a la costa Sur, que se abría sobre la *Propontis* (Mar de Mármara).

Al día siguiente, luciendo un sol tibio de invierno, Constantino, con su lanza en la mano derecha, encabezó una procesión de todos los ciudadanos y soldados presentes, que bordeó los que sería los límites de la ciudad futura, que Constantino había decidido se llamara Nueva Roma. Detrás de él, un par de bueyes blancos, conseguidos en la actual *Byzantium*, tiraban de un arado que marcaba la línea de lo que serían las murallas de la Nueva Roma. Casi todos los asistentes tenían la sensación de que vivían un momento del que se hablaría durante mucho tiempo. Y así era.

Su ciudad se iba a extender sobre cinco de las siete colinas. Constantino pensó en algún momento si abarcar la siete, para asemejarse en todo a Roma. Pero ello le obligaría a duplicar la extensión de su nueva capital, y eso le disuadió. Recordó además que durante el sitio de *Byizantium*, con Licinio dentro, su tienda estaba montada sobre la cima de la segunda colina. Y en recuerdo de este hecho, ordenó construir un Foro,

el que iba a ser el principal de la Nueva Roma, en el lugar donde había estado su tienda.

A imitación del Foro de Trajano, el suyo tendría forma ovalada, estando porticado todo el perímetro. En esos pórticos colocaría abundantes estatuas, que traería de las principales ciudades de Oriente. No quería quejas de los romanos. En los dos extremos, las entradas al Foro, colocaría dos Arcos de Triunfo, recuerdo de sus triunfos contra Majencio y contra Licinio. Y en el centro elevaría una columna con una estatua suya en lo alto. Se le representaría desnudo, con los rayos del dios Apolo en sus manos.

Al igual que Roma disponía de varios Foros, también su nueva capital dispondría de al menos otro Foro; éste cuadrado, situado más hacia el interior. En este Foro colocaría el *Augusteum*, un Templo no muy grande, pero muy lujoso, donde se diera culto a los Emperadores anteriores. Varios Emperadores habían colocado también templos en sus Foros, como Augusto, Nerva o Vespasiano. En este Foro colocaría el Miliario de Oro, el punto cero de todas las distancias en Oriente. Lo haría poner en alto, situado sobre un pedestal con escalinatas, bajo un arco, y adornaría el arco con estatuas.

Constantino no tuvo que pensar en dónde ubicar el Hipódromo. Sulpicio Severo lo había hecho por él. Había echado los cimientos de uno en las afueras de la vieja *Byzantium*, dentro de los límites de lo que iba a ser su nueva ciudad. Constantino lo terminaría y le daría la altura suficiente como para que pudiera recibir a 50.000 espectadores. Traería un obelisco de Egipto y en la espina colocaría también la columna entrelazada, construida en bronce, que sabía estaba en el santuario de Delfos, en Grecia. Había sido la ofrenda griega a los dioses por el triunfo sobre los Persas en su fracasada invasión de la *Hélade*. Ahora luciría en su Hipódromo. Y tal vez fuera el presagio de su triunfo sobre los enemigos de Roma.

Pondría su Palacio de modo que desde su mirador pudiera ver los Juegos y luego, retirarse por una escalera, al aire libre. Para ello debía ubicarlo contiguo al Hipódromo. Eso no sería difícil, ahora que todo el terreno estaba disponible para sus necesidades. El Palacio seguiría el modelo del de Diocleciano en *Nicomedia*. Inspirándose en él había mandado construir el suyo de *Augusta Treverorum*.

Cerca de su Palacio deberían estar la mejores Termas del Imperio. No es que él las fuera a utilizar. Usaría las propias de Palacio. Era por prestigio. Encargaría a sus mejores ingenieros que diseñaran unas que no envidiaran ni a las de Diocleciano, que pasaban por ser las más lujosas de Roma. Las adornaría con bronces y estatuas de mármol de los mejores escultores del pasado y del presente.

Cuando llegó el momento de decidir la construcción de Basílicas para los cultos cristianos, Constantino llamó a su consejero para asuntos internos.

- "Tengo unas preguntas para vos."

Eusebio respondió con el tono sumiso habitual.

- "Vos diréis, mi Augusto."

Constantino frunció el ceño. Estaba ante un dilema que se le antojaba arduo.

- "Mi primera duda es si erigir sólo Basílicas para los cristianos, o levantar también algún pequeño Templo a las deidades no cristianas. ¿Qué opináis vos?"

Eusebio había reflexionado sobre lo que, a su juicio, el Augusto debiera hacer, pero no respondió con presteza, sino que hizo ademán de reflexionar.

- "*Dómine*, si tenemos en cuenta que la Divinidad no muestra prisas, y que, por el contrario, podríais ser criticado si sólo favorecéis a los fieles cristianos, tal vez fuera más prudente levantar unos pocos Templos a tres o cuatro deidades no cristianas. Incluso podríais levantar tantos como Basílicas cristianas construyáis. De ese modo, evitáis todo agravio comparativo."

A Constantino la idea de igualar el número de Templos le agradó. En efecto, de ese modo no podría ser criticado. Salvo que …

- "¿Pero, y si se responde que los Templos no cristianos son de dimensiones más reducidas que las Basílicas cristianas?"

Eusebio reflexionó, esta vez con motivo.

- "*Dómine*, por una parte, en Constantinopla el culto a los dioses no cristianos va a ser muy escaso. Sus habitantes van a profesar la religión que vos favorecéis. Y por otra, las necesidades de unos y otros no son las mismas. Las Basílicas cristianas se llenarán de fieles en la celebración de los misterios cristianos. Deben estar preparadas para esa función. No

sucede lo mismo con los Templos a las deidades capitolinas, como lo demuestran los tamaños de esos Templos en cualquier ciudad del Imperio."

Constantino quedó convencido con la argumentación de su asesor. Levantaría el mismo número de Templos a unos que a los otros. Pero había más temas.

- "Hay otro asunto que aún me tiene más perplejo. Es mi deseo hacer una basílica especial, una joya arquitectónica, algo que si Vitrubio [1] lo viera palideciera de envidia. Pero mi gran duda es a quién dedicársela. La basílica por excelencia no quiero dedicarla a alguien irreal. Supongo que me comprendéis."

- "Perfectamente, *Dómine*."

Hubo un silencio. Eusebio no tenía una respuesta preparada para esta pregunta. De nuevo dejó pasar un tiempo, mientras pensaba algo. Algo le vino a la mente.

- "Tal vez haya una dedicatoria que cumpla vuestras condiciones, *Dómine*. Dedicarla a la Suprema Sabiduría (*Agia Sofía*). Es otra forma de referirse al Dios Único."

Constantino quedó pensativo. Parecía una buena solución. Tanto los cristianos como los no cristianos podían estar de acuerdo con ese nombre para su Basílica mayor.

- "Perfectamente, así lo haré. Y también había pensado en construir otra Basílica, menor, y dedicarla a los Doce Apóstoles."

Eusebio no podía hacer otra cosa que mostrarse de acuerdo.

- "Me parece muy acertado, *Dómine*."

Había pensado en su interior:

"De ese modo cazáis muchas aves con un solo dardo."

Pero se abstuvo de decir ni una palabra más. Al poco Eusebio se retiró.

Constantino situó el Templo a la Suprema Sabiduría cerca de su Palacio. Y el de los Doce Apóstoles, en la parte opuesta de la ciudad, hacia el interior. También era necesario prever la existencia de enormes cisternas, con capacidad suficiente para proveer de agua a la población en caso de sitio, ya que en tal situación, los acueductos podrían ser derribados por las tropas enemigas. En vez de situar varias en los diferentes barrios, entendió más económico situar sólo dos, enormes, que fueran auténticos

lagos subterráneos, sosteniendo el techo con altas columnas de mármol. Señaló en el plano los lugares que le parecían más apropiados.

Una vez ubicados los edificios principales, se ocupó de las que serían las Vías principales de la ciudad. Aunque eso era más bien cuestión de los ingenieros, quiso que la Vía principal se llamara Mediana, uniera su Foro con el *Augusteum*, y siguiera hasta la muralla occidental. Las procesiones triunfales recorrerían esa Vía.

[1] Famoso arquitecto romano de tiempos de Octavio Cesar Augusto, primer Emperador romano.

Igual que Roma, Constantino dividió la ciudad en catorce regiones, y, tras la inauguración, establecería cuerpos de vigilancia y de bomberos en cada región. Su idea era que en su capital moraran gentes pudientes. No quería un barrio como la *Subura* [1] de Roma. Atraería a su capital a familias adineradas de Asia, ofreciéndoles ventajas en los impuestos. Quería una capital digna de él, no el deshecho de todo el Oriente.

Los cartógrafos fueron tomando nota de todas las decisiones del Augusto y señalando con estacas sobre el terreno las ubicaciones de las diferentes construcciones. Con todo ello se elaboró un plano lo más detallado posible de la ciudad tal y como la quería su fundador. El trabajo se completaría en *Nicomedia*, bajo la supervisión de Constantino. Avanzado ya Enero la comitiva dio por terminados los trabajos de preparación y retornó a *Nicomedia*.

A lo largo de los tres años siguientes los trabajos de construcción se desarrollaron a ritmo febril. Las murallas constaban de una fila de lienzos, reforzados por torres cuadradas cada 100 pies (30 m.) [2].

La inauguración se llevó a cabo el 11 de Mayo del año 330 con la máxima pompa y circunstancia. Constantino, con sus mejores galas, recorrió la Vía Mediana, seguido de sus altos oficiales y personal de confianza. Entre ellos figuraba Eusebio, obispo de *Nicomedia* y asesor personal del Augusto. Siguieron cuarenta días de festejos populares, Juegos, carreras de cuadrigas, convites y mercados. Todo el entorno de la ciudad era una fiesta. Acudieron todos los miembros de la familia imperial, los hijos, Constantino, Constancio y Constante; las hijas del Augusto, Constantina y Elena, su hermana, Constancia; sus hermanastros, Dalmacio y Julio Constancio. Su madre, Elena, había fallecido al año anterior, en *Augusta Treverorum*, al poco de su vuelta de Siria. Minervina

había fallecido al año escaso de conocer la muerte de su hijo Crispo. Teodora era demasiado mayor para hacer semejante viaje.

[1] Barrio popular de Roma, con casas míseras y habitantes pobres.

[2] Se cerró el perímetro de la ciudad en el reinado de Constancio II, hijo de Constantino. Otros Emperadores añadieron otras dos capas de murallas, de forma que al final las defensas de Constantinopla, como pasó a llamarse la ciudad al poco de ser inaugurada, constaban de tres filas de murallas, una detrás de la otra, lo que la hacía inexpugnable.

Capítulo 213
El reparto.

Años 327 a 336

En los años de bonanza que había tenido la parte oriental del Imperio romano, las actividades guerreras bárbaras se habían reducido a pequeñas incursiones locales, que apenas causaban unas cuantas docenas de muertos y damnificados en las zonas en que sucedían. Pero, sin saberlo los romanos, porque los movimientos se daban a muchos cientos de millas al Norte y al Este de sus fronteras, nuevos pueblos estaban a punto de entrar en la Historia de Occidente.

Inmediatamente por encima de la frontera del Danubio habitaban los *Godos*. Los romanos empezaban a diferenciar entre *Visigodos*, los Godos situados al Oeste, y *Ostrogodos*, los *Godos* situados más el Este, que habitaban al Norte del *Ponto Euxino* (Mar Negro). Para los romanos, los *Godos* que les empezaron a causar problemas eran los que habitaban sobre el Danubio.

Por encima de los territorios ocupados por los *Godos* se extendía la inmensa *Sarmatia*, en una extensión equiparable a la Rusia europea. Al Este de la *Sarmatia* estaba la *Escitia*, encima del Mar Caspio. Más al Este todavía vivían los *Hunos*, pueblos mongoles, nómadas, excelentes jinetes, dedicados a la ganadería y con una agricultura rudimentaria. En su afán por expandirse y ocupar mejores tierras, los *Hunos* atacaron al Imperio chino, pero fueron derrotados por sus ejércitos. Esto les hizo volverse hacia Occidente, en busca de presas más fáciles. Y las encontraron: Eran, en primer lugar, los *Escitas* y, después, los *Sármatas*.

Los *Hunos*, en oleadas sucesivas e imparables, conquistaron grandes extensiones de la *Escitia*, empujando a los *Escitas* hacia el Oeste, contra los *Sármatas*. Éstos, a su vez, se vieron obligados a tomar de los *Godos* los territorios que sus enemigos del Este les habían arrebatado. De modo que, en lo sucesivo, Roma no tendría que vérselas con huestes de unas aldeas *godas* que habían sufrido una mala cosecha, o que obedecían a la ambición de su jefe, sino con una invasión en toda regla.

Cuando le llegaron noticias a Constantino de que los *Godos* habían vuelto a pasar el Danubio y habían entrado en la *Moesia*, antes de salir hacia allí con las tropas que pudo disponer en las zonas cercanas, pidió datos a los Archivos Imperiales, para saber en qué fechas se había repetido esta invasión. Recordó entonces que la anterior incursión había sido en la *Tracia* y la *Moesia*, siete años antes, y que él los había vencido. Retrocediendo más hacia atrás, hubo otra incursión, también de *Sármatas* y *Godos*, cuatro años antes, en la *Moesia* occidental. Y ya no había más registros.

- "Sería de preocupar si los ataques se hicieran más frecuentes, pero siete años son un período aceptable para recibir una nueva incursión. Habrá que darles, como siempre, un escarmiento."

La incursión había sido en la parte central de la *Moesia inferior*, al NorEste de *Sárdica*. Constantino no llegó a tiempo de atacar a los bárbaros todavía en territorio romano, pero hizo construir un puente de barcazas, y, al cabo de dos días, pasó, con dos Legiones, al lado Norte del Danubio. Los habitantes de la zona se resistieron, pero eran pocos, estaban desorganizados, y no pudieron hacer nada contra los soldados de Constantino, muy superiores en número. La represalia de éste dejó una extensa zona alrededor del *Alutus Flumen* (río Clantia) - que discurría por la *Dacia* conquistada por Trajano - con todos los poblados incendiados y cubiertos de cadáveres. No se perdonó a nadie. La ley del talión era necesaria para mantener el respeto a Roma.

Constantino ya sabía que los *Godos* que había exterminado no eran los mismos que habían atacado el Imperio. A fin de no tener que esperar en un futuro a construir un puente de barcazas, ordenó levantar un puente de piedra en las inmediaciones del lugar en que se había producido la invasión. En la ciudad fronteriza de *Oescus* confluían tres calzadas. A la que corría a lo largo del Danubio ascendían otras dos, procedentes de *Sárdica* y de *Filipopolis*. Era el lugar más apropiado para construir un puente permanente, de piedra, que protegiera la *Moesia inferior*. Al otro lado del Danubio, ordenó construir un fuerte que defendiera la cabecera del puente. Él quedó en la zona todo el verano, hasta que vio algunas columnas del puente levantadas. Sabía que la parte más difícil era levantar precisamente la parte inferior del puente. Una isla que el Danubio tenía en la mitad del curso ayudaría a terminar antes la obra.

Hecho esto, volvió con sus tropas a *Nicomedia*, dejando un par de cohortes como refuerzo en la zona. Corría el verano del año 328. Constantino aprovechó su paso por *Byzantium* para quedarse en la que sería en breve la futura capital del Oriente. Las obras progresaban a buen ritmo, gracias a la multitud de brazos que él había hecho llegar de todos los lugares de Oriente.

La ocupación de Constantino durante los dos años siguientes fue vigilar y acelerar la terminación de las obras de su nueva ciudad. Y gracias a ello pudo llevarse a cabo la inauguración en la primavera del año 330.

Pero iba a ser en la primavera del año 332 cuando de nuevo la frontera del Danubio se vio acometida por una horda de *Godos* y *Sármatas*. El ataque había tenido lugar en la *Escitia menor*, la región de la *Moesia* contigua al *Ponto Euxino* (Mar Negro). En esta ocasión Constantino llevó consigo en la expedición a su hijo mayor, que ya tenía 15 años, edad suficiente para acompañar a su padre. Al estar ambos en Constantinopla, más cerca de la frontera, pudieron llegar a la zona cuando los atacantes todavía no se habían retirado al abrigo de sus bosques, pasado el río.

Habían entrado en el Imperio por la calzada que bordeaba el *Ponto Euxino*, en la misma delta del *Ister Flumen* (río Danubio), después de cruzar el río en barcas. Se veía que conocían bien la zona y las calzadas romanas que la cruzaban, porque habían descendido, devastando y saqueando todas las localidades que había en la misma, hasta *Callatis*. Habían saqueado esta población, y habían vuelto por la misma ruta, en dirección al Norte. Esta calzada de la costa del *Ponto Euxino* no era accesible sino desde el Sur, desde *Marcianópolis* y *Odessus*, y los bárbaros había evitado acercarse a estas últimas ciudades.

Constantino, con las tropas que le acompañaban, subió desde *Byizantium* por la calzada de la costa, y alcanzó a los asaltantes en *Istros*. Allá, en la confluencia de dos calzadas que partían hacia el Norte, se dio la batalla. Los bárbaros superaban en número a los romanos, y quizás por eso plantaron batalla con cierta confianza en el triunfo. Pero no llegaban a la proporción de dos a uno, y eso les iba a perder, como Constantino sabía bien. Esta batalla campal fue una más de las muchas que Constantino ganó sin más que aplicar las normas que los romanos conocían a la perfección.

Dos horas después de iniciado el combate, sus hombres remataban con saña y agrado a los muchos *Godos* y *Sármatas* caídos en la llanura de

Istros, apenas a unas decenas de metros de las aguas azules y en calma del *Ponto Euxino*. Era el 20 de Abril.

Pero si el resultado de la batalla la había sido favorable, si su hijo había demostrado tener valor - aunque él había tenido que retenerle a su lado, pues su ardor juvenil le impulsaba a arriesgar demasiado en la batalla - si sus hombres le aclamaban, como cada vez que vencían al enemigo, a pesar de todo Constantino tenía el ceño fruncido. Dos ataques tan seguidos, siempre en la misma zona, era una señal inquietante.

Algo debía estar pasando allá en el Norte que empujaba a estos bárbaros a enfrentarse a los romanos, saqueando territorio ajeno. Constantino se entretuvo visitando aquel extremo del Imperio, en el que nunca había estado. Subió hasta *Noviodunum*, en el extremo Norte de la *Escitia menor*, y allá le llegó una embajada de los *Godos*. Por medio de un intérprete, un desertor de las Legiones, los enviados le manifestaron lo siguiente:

- "El pueblo *godo* no quiere pelear con los romanos. El pueblo *godo* ama la paz. Pero el pueblo *godo* ha sido expulsado de la patria de sus ancestros, y debe buscar una nueva patria, un lugar en el que vivir en paz. El pueblo *godo* quiere hacer una tratado de paz con el pueblo romano y vivir en paz, en el territorio romano que el gran jefe romano les ceda. El pueblo *godo* se compromete a proporcionar guerreros al gran jefe romano para ayudarle en sus guerras contra otros pueblos enemigos."

La propuesta de los *Godos* fue bien recibida por Constantino. Pero éste quería saber más. Con cierta reticencia indicó al ex-legionario:

- "Pregunta a tus amos quién les ha expulsado de sus lugares de origen y cómo de poderoso es ese pueblo."

Hubo una larga conversación entre el intérprete y los bárbaros. Éstos tuvieron necesidad de gesticular y gritar para explicar lo que el ex-legionario debía comunicar a Constantino.

- "Dicen que sus enemigos son los *Hunni*, que vienen del Sol - señalando a Oriente - que tienen los ojos rasgados y son muy crueles. Son rápidos como el viento, duermen y comen sobre el caballo, y lanzan flechas en pleno galope. Son invencibles. Ellos, los *Godos*, quieren hacerse aliados de los romanos, y que éstos les protejan contra los *Hunni*."

El hombre se calló. Pero luego añadió.

- "Han dicho también que un día los *Hunni* llegarán aquí y atacarán a Roma."

Constantino quiso tomarse un tiempo para reflexionar. Los citó para el día siguiente, a la tarde. Cuando la embajada se hubo marchado, el Augusto pensó en las ventajas que el pacto con los *Godos* podría aportarle. Podría hacer que los *Sármatas* fueran los únicos enemigos sobre el Danubio. Eso disminuiría el contingente de las incursiones y facilitaría su derrota. Además, podría aumentar las tropas al servicio de Roma, aspecto muy a tener en cuenta, para hacer frente tanto a los bárbaros del Norte como a los *Partos*. Decidió que si los *Godos* se comprometían a aportar al menos el equivalente a cuatro Legiones, unos 20.00 soldados, accedería a sus peticiones.

Al día siguiente los enviados estaban frente a él. Por medio del intérprete los bárbaros ofrecieron aportar 10.000 guerreros al jefe romano. Constantino hizo un gesto negativo con la cabeza, y su rostro expresó la contrariedad que la cifra le producía. Hubo un rápido cambio de palabras entre los bárbaros. El intérprete se volvió hacia Constantino y habló.

- "¡Dice que serán veinte mil!"

Era lo que Constantino esperaba oír. Ya tenía pensado dónde los asentaría. Había grandes territorios sin ciudades, ni pobladores, no lejos de las fronteras del Danubio, donde ellos no notarían cambio de clima alguno. Había hablado con sus mandos y éstos le habían sugerido recolocarlos en tierras de la *Escitia menor*, de *Tracia*, *Panonia*, *Macedonia* y del Noreste de Italia. Ordenó redactar un documento doble con los términos del acuerdo y los lugares de destino. Era una manera nueva de solucionar el problema de las invasiones bárbaras.

Pero no todos los *Godos* pensaban igual. Dos años más tarde, el año 334, otras tribus de *Godos* atacaron a los *Sármatas* que habían ocupados sus territorios, y éstos pidieron ayuda a los romanos.

Constantino volvió a firmar otro pacto y asentó a los *Sármatas* en territorios romanos despoblados. La contrapartida volvió a ser el alistamientos de varios miles de *Sármatas* en las Legiones romanas. Con estas medidas la paz volvió a reinar en el Danubio durante los siguientes dos años.

Constantino empezaba a notar cierta sensación de cansancio. Tenía sesenta y dos años, más de lo que podía esperar vivir el ciudadano romano medio. Le hubiera gustado enseñar mejor a sus hijos las artes de la guerra, en la que él era un maestro. Pero eran demasiado jóvenes y sólo había podido llevarse al mayor a sus dos últimas campañas contra *Godos* y

Sármatas. Pero una correría por el Danubio no era una guerra, era un simulacro de guerra. En cualquier caso debía establecer el reparto del Imperio que él deseaba se hiciera a su muerte. Y se decidió a poner por escrito lo que había pensado durante los últimos veinte años, desde que nació el primero de sus hijos.

Al tercero, a Constante, que era el más débil, lo dejaría al mando de la Prefectura de Italia, el *Ilírico* y África. Era la Prefectura que menos problemas tenía en las fronteras. Las dos provincias de la *Retia* y el *Nórico*, situadas sobre Italia, eran pobres y montañosas, y los *Germanos* nunca las habían invadido. Y en África, los *Mauros*, aliados de Roma, mantenían en su sitio a los *Getulos*, enemigos de Roma. Así Constante estaría flanqueado por sus dos hermanos, que podrían ayudarle, si tenía algún problema.

Al mayor, a Constantino, lo dejaría al mando de las Prefecturas que habían sido de su abuelo y de su padre, de las *Galias*, la *Hispania*, con la *Mauritania Tingitana*, y la *Britania*. Sólo iba a tener problemas en el Norte, con la *Germania*, y él, residiendo en *Augusta Treverorum*, debía poder con ellos. En *Britania* ya se había encargado él de dar un escarmiento cuyos efectos duraran dos generaciones.

A su segundo hijo, a Constancio, le encomendaría Oriente. Era el hijo que veía mejor preparado para asumir el mando de su bien más preciado, su nueva capital, que ahora todos llamaban Constantinopla. Al hijo mayor lo veía demasiado impulsivo. Se controlaba mal y eso era un obstáculo para gobernar con ecuanimidad. Del tercero, mejor no decir nada. Seguía siendo afeminado y débil. Pero era hijo suyo y tenía derecho a un lugar en el Imperio. Por eso procuraba dejarlo bien protegido. En cambio Constancio era equilibrado, reservado, reflexivo. Tenía sus mejores cualidades. Parecía como si sus mejores dones sólo hubieran llegado a su segundo hijo. Por eso le confiaba el Oriente, con el riquísimo Egipto - la provincia que daba de comer a Constantinopla y a Roma - la Siria y el *Asia menor*. Aunque, ahora que había dos capitales, debían traer también trigo de Sicilia, para Roma, y del *Ponto Euxino*, para Constantinopla.

A Dalmacio le adjudicó la *Tracia*, la *Panonia*, la *Moesia*, la *Macedonia* y la *Acaya* (Grecia). Había demostrado su coraje para ejercer el mando. A Hanibaliano lo confirmó como Rey del *Ponto*, *Armenia menor* y *Capadocia*.

Constantino se había ocupado también de sus hijas. A Elena, la menor, la había casado con Nepotiano, hermano de Fausta. Y nombró César a éste. A Constantina, la mayor, la casó con su sobrino Dalmacio. Y a Constante lo casó con Juliana, una hija de Julio Constancio, su hermanastro. Ahora lo que tenían que hacer todos era darle nietos.

Con estas decisiones, Constantino acabó de quitarle sentido a la vida de su hermanastra Constancia. El cuidado de las dos muchachas, Constantina y Elena, había sido su única dedicación. Tras sus esponsales, Constancia pidió permiso a su hermano para ir a vivir a *Augusta Treverorum* y cuidar allí a su ya anciana madre, Teodora. Éste se lo negó. La quería tener cerca, por si la necesitaba.

Habían sido demasiadas adversidades. Constancia perdió todo interés por la vida. Cortó sus comunicaciones con Eusebio y pocos meses después falleció de inanición. Los historiadores cristianos de la época aseguran que Constantino lamentó mucho su desgracia y la acompañó en su lecho de muerte.

Capítulo 214

La enfermedad.

Año 337

Nisibis era una plaza fuerte romana que siempre había resistido los ataques de los *Partos*. Formaba parte de la Prefectura de Siria y de la provincia de *Corduene*. Lindaba al Oeste con la *Osroene*, y ésta, con la Siria. Las principales ciudades de la *Corduene* eran *Tigranocerta* y *Nisibis*. Las principales ciudades de la *Osroene* eran *Edessa* y *Callínicum*. Y ya en Siria se asentaban *Antioquia*, la capital, *Seleucia*, *Laodicea* y *Apamea*.

Aquel día había mercado en *Nisibis*. *Nisibis* era la única ciudad romana donde estaba permitido traficar con mercaderes *partos*. Pero los romanos no podían vender a los *Partos* ningún metal, por razones obvias. El Foro de *Nisibis* hervía de ebullición. De toda la comarca contigua venían campesinos y artesanos con sus productos. Los *Partos* pagaban bien.

Pero era una mercancía diferente la que estaba esperando Claudio Gálico. Tenía un puesto en el Foro, con vasijas de llamativos colores. La mayoría eran de arcilla, pintadas al fuego, con una técnica que había

heredado de su padre, y éste, del abuelo. Pero el principal objetivo de su puesto en el mercado no era vender vasijas - aunque también se vendían - sino recoger información. Había habido algunos informes de que Sapor II, el rey de los *Partos*, estaba poniendo a punto sus tropas y el objetivo no podía ser otro que el Imperio. Pero no se daría crédito a estos rumores hasta que no llegara la confirmación de cierto oficial de alta graduación del ejército *parto*.

Claudio ya conocía al enlace del oficial, por eso su corazón comenzó a latir con fuerza cuando lo divisó a lo lejos, en el mercado. Curioseaba en casi todos los puestos, preguntaba algo al mercader y pasaba al de al lado. Le vio comprar alguna mercancía pequeña, que no pudo divisar de qué se trataba, en un puesto. Al rato llegó al suyo. Después de mirar todo lo que exponía, tomó una alcuza de vidrio, en tonos verdosos, y preguntó:

- "¿Esto, cuánto?"

La familia de Claudio no fabricaba recipientes de vidrio; los compraban a un soplador de *Tigranocerta*. Claudio respondió:

- "Cinco denarios."

El enlace pareció dudar.

- "Mucho caro. Yo pagar tres denarios."

Claudio se puso en su papel. Negó con la cabeza. Señaló con los dedos.

- "Cuatro."

El otro pareció dudar, pero finalmente aceptó. Claudio le envolvió la vasija en un pedazo de tela. El hombre sacó unas monedas de su bolsa y se las tendió. Llevaba un papel en la mano y se lo entregó con las monedas. Ninguno de los dos hizo signo alguno de conocer al otro. En cuanto pagó, el *Parto* desapareció entre el gentío. Claudio se metió el papel entre la ropa.

Al atardecer, ya en su casa, a solas, lo leyó. Decía:

"Veinte mil infantes y dos mil caballeros subirán por río *Eúfrates* hacia Siria."

El mensaje debía llegar cuanto antes a manos del Augusto. Claudio se dirigió al Pretorio de *Nisibis*. Pidió hablar con el oficial de guardia. Éste, un centurión entrado en años, que ya le conocía, llamó sin tardanza al comandante del Pretorio.

Diez días más tarde, Constantino, en su nueva capital, leía el mensaje de su más cualificado informador. Estaban a finales de Marzo. Había que ponerse en movimiento. Convocó a su Estado Mayor y les leyó el mensaje del oficial *parto*. Hubo consternación general.

Rápidamente, se hizo un recuento de las tropas de Oriente con las que se podía contar para detener a Sapor II. En principio, parecía no haber problemas. A un ejército persa de 22.000 soldados se debía oponer otro romano de, al menos, 15.000. Y esa fuerza se podía reunir entre Egipto, Siria y *Asia menor*. No obstante, convendría acudir a Siria con un refuerzo de legionarios de la *Tracia*. Era el momento de movilizar parte de las reservas de *Godos* y *Sármatas* que se estaban incorporando, dejándolos sobre el terreno, para suplir a las tropas autóctonas que bajaran a Siria con Constantino y su Estado Mayor.

Constantino se adelantaría a *Nicomedia*, y allá esperaría la llegada de las tropas que acudirían como refuerzo. Se mandaron mensajeros a las tres provincias afectadas, Egipto, Siria y *Asia Menor*, para que prepararan las tropas que formarían la expedición defensiva frente a *Partia*. Y fue a su llegada a *Nicomedia* cuando el Augusto se sintió desfallecer. Tuvo que guardar cama una semana, rodeado de sus médicos, los cuales no encontraban la causa de su profundo malestar.

Eusebio de *Nicomedia* departía con los médicos, atento a la salud de su Augusto. Éstos, tras otra semana de aplicar en él todos los remedios a su alcance, recomendaron que fuera a la estación de baños de *Drépanum*. El aire y las aguas termales de aquella ciudad, a sólo 30 millas de *Nicomedia*, podían sentarle bien.

Cuando Constantino había sabido la muerte de su madre, había ordenado cambiar el nombre de *Drépanum* por *Elenopolis*, en homenaje a su ya difunta madre. La indicación de los médicos, de que fuera a residir una temporada a *Elenópolis*, tuvo una interpretación por parte del hijo: En breve se reuniría con su madre. A nadie se lo dijo el augusto enfermo, pero la idea fue ganando terreno en sus pensamientos.

Antes de salir para *Drépanum*, llamó a Eusebio. Éste no tardó nada en aparecer en los aposentos del Augusto. Lo encontró muy desmejorado. Había adelgazado y envejecido. Hablaba en voz muy baja.

- "Eusebio, decid a mis médicos que tienen que curarme, no me puedo morir ahora, los *Partos* avanzan contra nosotros y no hay nadie para hacerles frente."

Aun en su estado, el Augusto conservaba algo de su energía. Eusebio había hablado repetidamente con los médicos y éstos le habían insistido en que convenía infundir ánimos y ganas de vivir al enfermo. Eusebio adoptó su papel.

- "No os preocupéis por eso, *Dómine*. Os pondréis sano y volveréis a vuestras ocupaciones habituales, ya lo veréis."

Constantino sólo tenía una idea, necesitaba curarse.

- "Me tienen que sanar, no puedo morirme ahora, Roma me necesita …"

El enfermo necesitó respirar profundamente varias veces, a fin de encontrar la energía para proseguir hablando. Cerró los ojos. Su voz era apenas audible. Eusebio tuvo que acercarse al enfermo para poder oírle.

- "Tengo unos sueños … horribles. Veo monstruos que me rodean, y espíritus de muchas gentes que no conozco vienen a visitarme y me amenazan."

Constantino temblaba al recordar sus visiones. Eusebio no supo reprimir un movimiento instintivo y le agarró la mano. Estaba sudorosa y fría. Repelía su contacto, pero se forzó y la mantuvo entre las suyas.

- "No les hagáis caso, *Dómine*, son producto de vuestra imaginación. Ya sabéis que no existen monstruos."

Pero el enfermo no se rindió a la primera.

- "En mis sueños sí existen, los veo cada noche. Quiero que me acompañéis a *Drépanum*."

- "Descuidad, *Dómine*, así se hará. Si lo deseáis, podremos vernos cada día."

Constantino dijo que sí con la cabeza y quedó inmóvil sobre la cama, con los ojos cerrados. Al día siguiente se organizó el traslado del enfermo a *Drépanum*. Pero todo fue en vano, las aguas no le hicieron ningún bien. Su estado de debilidad era tan extremo que los médicos no se atrevieron a hacerle tomar las aguas. Le lavaron el cuerpo varias veces con ellas, pero eso no mejoró su estado. A la vista de la situación, la comitiva imperial volvió a *Nicomedia*.

A la mañana siguiente, tres mensajeros partieron para *Antioquia* sobre el *Orontes*, en Siria, donde estaba Constancio II. Otros tres salieron para *Mediolanum*, donde tenía su residencia el hijo menor, Constante. Y tres más salieron para *Augusta Treverorum*, la capital de las *Galias*, donde

residía el mayor. Cuál de ellos llegaría a tiempo para despedirse de su padre, si llegaba alguno, era algo que sólo los dioses sabían.

Eusebio asistía cada día al lecho del enfermo, pero éste sólo en algunas ocasiones era consciente de su presencia. Cuando eso sucedía, preguntaba con voz débil:

- "Estás ahí?"

Eusebio respondía siempre lo mismo.

- "Sí, *Dómine*, estoy aquí, a vuestra disposición."

Algunos días que se encontraba con más fuerza o lucidez, y preguntaba:

- "¿Habéis dado a los médicos mi encargo?"

Y Eusebio respondía siempre a tal pregunta:

- "Se lo he dado, *Dómine*, y están haciendo todo lo posible. Os pondréis bien. Descansad."

Y el enfermo volvía a caer en el sopor que lo tenía inconsciente la mayor parte del día. (1)

Nota del Autor.

Siguiendo los consejos de Eusebio de *Nicomedia*, Constantino, en su último año de vida, había perdonado a Arrio y le hizo regresar a *Nicomedia*. Pero sus enemigos tramaron una conspiración contra él y lo envenenaron. Arrio murió súbitamente en *Nicomedia* en la segunda mitad del año 336.

(1) Los historiadores cristianos, conscientes de que Constantino no se había bautizado en vida, forjaron la leyenda de que se había bautizado en su lecho de muerte y tuvieron que admitir que el bautismo se lo había dado Eusebio de *Nicomedia*, obispo arriano, el único que le asistió en ese momento. Pero no hubo tal bautismo. Constantino no podía confiar en un invento cuyo origen conocía y que él mismo había promovido.

Capítulo 215

La matanza familiar.

Año 337

De las tres capitales a las que se habían despachado mensajeros, la más cercana a *Nicomedia* era *Antioquia* sobre el *Orontes*, en Siria. En ella residía Constancio II, César de Oriente. Constancio recibió el mensaje. Decía así:

> *"El Estado Mayor de Constantino, hijo de Constancio, Augusto, a Constancio, hijo de Constantino, César. Vuestro padre, desgraciadamente, ha caído enfermo. Los médicos temen seriamente por su vida. Apresuraos."*

Constancio preguntó a los mensajeros si el mismo mensaje había sido enviado a sus dos hermanos. Los tres asintieron de inmediato. Constancio los despidió. Se quedó solo.

Por fin había llegado su momento. El viejo, posiblemente, estaba agonizando. Ya era hora. Los había tenido sojuzgados como si fueran niños. Ahora ellos tomarían el poder y harían su voluntad. Iban a deshacer los errores que su padre había cometido en los años últimos.

"Por debilidad, - pensaba Constancio - sin contar para nada con ellos. No tenía derecho a privarles de lo que era suyo."

Pero debía medir sus movimientos. No debía llegar a *Nicomedia* demasiado pronto, ni demasiado tarde. Lo mejor sería enviar un par de personas de su confianza a la capital de su padre, para que le informaran día a día de su estado de salud. Si a él le iba a costar una semana llegar a *Nicomedia*, a su hermano Constante iba a costarle algo más del doble, tal vez 16 días. Y a Constantino, desde la frontera de la *Germania*, algo más, unos 18 ó 20 días. Eso significaba que él iba a sacar una ventaja de diez días a sus hermanos. Era el tiempo que podía esperar cerca de *Nicomedia* a recibir el aviso de sus personas de confianza. Irían en su séquito y,

llegados a *Nicea*, se adelantarían. Luego él aparecería cuando fuera el momento.

Eligió a tres oficiales de su guardia personal. Eran jóvenes que no conocían a nadie en *Nicomedia*, la capital de su padre. Y nadie los conocía a ellos. Y eso era lo importante. Pasado todo, y como promoción, los destinaría a mandar guarniciones de lugares alejados del Imperio. Había que apresurarse con los preparativos, para no perder la ventaja. Todo fueron prisas y gritos en el Palacio de *Antioquia* y en el campamento de las afueras. Al día siguiente, la comitiva partió para el Norte, hacia *Alejandría* de Siria, con ánimo de pasar por *Tarsus*, *Derbe*, *Iconium*, y seguir hasta *Nicea* y *Nicomedia*. Acompañaba a Constancio II una comitiva formada sólo por oficiales y altos mandos de su ejército. Iban a ser necesarios. En total, sólo eran 30 personas, que podían viajar por la posta imperial a la mayor velocidad posible

El viaje se desarrolló sin incidencias. Una semana después, los expedicionarios llegaron a *Nicea*. Constancio y su séquito se alojaron en el Pretorio de la ciudad y en residencias anexas, y sus tres oficiales de confianza siguieron camino a *Nicomedia*. Su misión era enviar cada día un mensaje al César comunicándole la situación en Palacio. Constancio debía conocer de inmediato si se daba un desenlace en la enfermedad de su padre. Los informadores actuarían con discreción, sin llamar la atención. Tenían bolsas suficientes como para conocer cualquier novedad por medio de servidores de Palacio.

Mientras, Constantino II y Constante, desde las *Galias* e Italia, respectivamente, se pusieron en camino, con menos prisa que su hermano Constancio, porque sabían que difícilmente llegarían a tiempo de ver vivo a su padre. En todo caso, deberían conformarse con llegar a los funerales.

Los informadores de Constancio llegaron a *Nicomedia* el 16 de Mayo. No les fue difícil ganarse la confianza de un par de servidores de Palacio, uno de ellos un soldado de la guardia personal del Augusto. Los citaban siempre por separado, de modo que uno no sabía de la existencia del otro. Les pagaban cien denarios a cada uno por cada día que les dieran información fidedigna de la situación del ilustre enfermo. Así supieron que Constantino dejó de existir el 22 de Mayo.

Ese día, como cada día, uno de los tres enviados partía para *Nicea*, a informar a su César. En cuanto supo que su padre había muerto, Constancio se puso en camino, con la comitiva, hacia *Nicomedia*. Llegó al

día siguiente, a media mañana. En la plaza del Palacio, los remitentes del mensaje se postraron ante el César para expresarle su condolencia. Cuando se levantaron, éste les preguntó.

- "¿Quiénes han sido advertidos de la grave enfermedad de mi padre?"

Los generales se miraron entre ellos. Algo en el tono del César Constancio les había alertado. El mayor de ellos respondió, con toda la firmeza que pudo dar a su voz.

- "*Dómine*, nos pareció oportuno avisaros a vos, a vuestros dos hermanos, al César Nepotiano, al César Dalmacio y al César Hanibaliano. Esperamos haber actuado conforme a vuestros deseos."

Constancio movió al cabeza afirmativamente. Era lo que esperaba oír. Al funeral de su padre asistirían todos los Césares. Ello era necesario y suficiente. Les tranquilizó.

- "Totalmente, totalmente."

Los tres mandos respiraron aliviados. Si el padre había sido exigente, el hijo que iba a gobernar Oriente no parecía serlo menos.

Constancio dio la aprobación al plan existente de trasladar los restos de su padre a *Constantinopla*. Presidió los funerales del Augusto. El desfile ante el féretro lo iniciaron los Condes, Senadores y Magistrados de *Constantinopla*, siguieron los generales y mandos militares de más alta graduación; acto seguido, numerosos oficiales y personajes importantes de la ciudad, y luego todos los fieles que había dentro del Templo. Sus hermanos no llegaron al funeral, sino bastantes días más tarde. Éste era el mayor deseo de Constancio, ser el único hijo del difunto Augusto presente en sus funerales.

Como familiar más cercano, organizó las diversas partes de la ceremonia, recibió la condolencia de todos los demás miembros de la familia, de sus tíos Julio Constancio y Dalmacio, y de sus primos Dalmacio II y Hanibaliano. Nepotiano, que residía en *Augusta Treverorum* no había llegado todavía. Esperaban que llegase junto a Constantino, el César de las *Galias*.

Finalizadas las exequias, Constancio invitó a sus tíos y primos a una cena en Palacio. Todos estaban fatigados, pero nadie supo negarse. El convite transcurrió entre la animación general y cometarios esporádicos al motivo luctuoso que les congregaba en Constantinopla. Y fue al final de la cena, ya servidos los postres, cuando llegó la sorpresa para casi todos los

comensales. Como si obedecieran a una señal convenida, docenas de soldados, espada en mano, invadieron la sala del banquete. Al mando parecían estar tres oficiales jóvenes. Uno de ellos, con voz agria, gritó:

- ¡¡Deben levantarse y venir junto a mí las personas siguientes: Él César Dalmacio, el César Hanibaliano, el que fue Cónsul Julio Constancio y el que fue Cónsul Dalmacio!!

Los citados por el oficial se pusieron en pie y miraron al César Constancio. Éste asintió con la cabeza. Lentamente, los cuatro hombres se acercaron al oficial al mando. Mientras lo hacían, los dos Césares se percataron de que sus guardias habían quedado en el patio del Palacio, confiando en la guardia imperial del anfitrión, Constancio.

Conforme se acercaban al centro de la sala, varias docenas de soldados les rodearon, siempre con las armas en la mano. Cuando todos estuvieron custodiados por los soldados de Constancio, el oficial saludó a éste y salió de la sala, seguido por los soldados y sus cuatro cautivos. Todos los rostros se volvieron hacia Constancio. Éste se levantó y con voz calmada, dijo:

- "Antes de tomar posesión de la Prefectura que mi padre me ha confiado, quiero tener una conversación privada con mis familiares con autoridad en el Imperio. Ahora todos nos iremos a nuestros aposentos, yo mantendré las entrevistas que quiero mantener, y mañana sabréis, por vuestros familiares, los acuerdos a los que hemos llegado. Ha sido un día muy largo, y todos tenemos ganas de que termine cuanto antes."

La sorpresa estaba pintada en la mayoría de los rostros, pero aún quedaban numerosos soldados en la sala, y sus espadas desnudas imponían temor. Los invitados restantes comenzaron a abandonar sus *triclinios* y dirigirse a la salida de la sala del banquete. Algunos se volvían hacia Constancio, pero éste miraba al frente y parecía no verles. Comentando entre ellos, cuando ya habían abandonado la sala, y siempre rodeados de soldados en actitud vigilante, bajaron hasta el patio.

Allá, las guardias de los dos Césares no sabían qué hacer, enterándose a retazos de lo que había sucedido arriba. El oficial que ostentaba el mando se dirigió a ellos.

- "Es orden del César Constancio que las guardias de los dos Césares, desarmadas, me acompañen y pasen esta noche en el Pretorio de la ciudad. Mañana, él, en persona, les indicará las nuevas misiones

asignadas. Cualquier desobediencia a estas órdenes será calificada como alta traición, y juzgada de acuerdo con las leyes romanas."

Los soldados se miraron unos a otros y miraron a sus oficiales. Éstos, rodeados como estaban por tropas muy superiores, no tuvieron otra opción que acceder a la orden recibida. Se adelantaron hacia el que hablaba y le entregaron sus espadas. Sus subordinados hicieron lo mismo. Así, las dos guardias, sin armas, siguieron a los oficiales que mandaban la comitiva, en dirección al Pretorio de la ciudad.

Mientras tanto, los cuatro invitados que habían seguido a los oficiales fueron conducidos a los sótanos del Palacio. Introducidos en una sala amplia, los soldados procedieron a atarles las manos. Los dos Césares se resistieron, pero recibieron cada uno un golpe en la cabeza, y cayeron al suelo, aturdidos. Cuando estuvieron atados, el más fornido de los soldados sacó su espada. Los demás hicieron arrodillarse a sus prisioneros, uno junto al otro. Al instante los cuatro hombres supieron la suerte que les esperaba. Poco después, cuatro cabezas rodaban, una tras otra, por el suelo ensangrentado de la sala de ejecuciones, las de los cuatro familiares de Constancio.

No fueron las únicas. Esa misma noche, los dos Prefectos del Pretorio de los dos Césares, que les había acompañado en su viaje, fueron sacados de sus lechos y conducidos a los sótanos de Palacio, donde sufrieron la misma suerte de sus Césares. Cuando el César Nepotiano, que venía desde *Augusta Treverorum*, llegó a Palacio, él y su Prefecto fueron conducidos al mismo sótano, y decapitados también. El César Constancio amplió con ello su Prefectura con la *Armenia menor*, la *Capadocia*, el *Ponto*, la *Tracia*, la *Panonia*, la *Moesia*, la *Macedonia* y la *Acaya*. Sus dominios se extendían ahora a la mitad oriental del Imperio, lo que le correspondía, según él.

Cuando llegaron sus hermanos, dos semanas más tarde, les dijo las medidas que había tomado para "mejorar" las disposiciones de su padre. Ninguno de ellos protestó por tales medidas. Estaban en Oriente y allí su hermano mandaba.

Capítulo 216

Despedida final.

Años 337 a 341

A Eusebio, obispo de *Cesarea* de Siria, le pesaban los años. Ese verano cumplía setenta y cinco, y ésos eran muchos años. Su mente seguía ágil, pero el cuerpo no le acompañaba. No obstante, al enterarse de la muerte de Constantino, sucedida el 22 de Mayo, se hizo el firme propósito de ir a *Nicomedia*, donde se decía que había fallecido. No llegaría a los funerales, que habrían sido ya, pero podría conversar, tal vez por última vez, con su amigo Eusebio, el obispo de la capital. Tenían muchas cosas de que hablar sobre las viejas ilusiones que habían compartido. Cuando se despidió de Constantino, hacía ya bastantes años, le había dado un pase perpetuo para la posta imperial. Haría uso de ese pase, aunque el firmante ya hubiera muerto. Nadie se atrevería a negar validez a su firma.

El viaje se le antojó más incómodo que otras veces, pero Eusebio tenía buen conformar y achacó a sus condiciones las incomodidades del trayecto. Debido a su edad, viajó en un carruaje, que en algunos trayectos tuvo que compartir con otros viajeros. Al cabo de diez días llegó a *Nicomedia*. Allí preguntó por la residencia del obispo, y se encontró, al poco, frente a frente con su amigo. Éste le recibió con los brazos abiertos y con gesto de sorpresa.

- "No he podido avisarte, la noticia se presentó de improviso y lo decidí de un día para otro. Pero aquí estoy, a pesar de mis articulaciones gastadas y mis pulmones agotados."

También Eusebio, el obispo de la capital, había envejecido, pero con sus 53 años se encontraba en buena forma y más jovial que su amigo. Pronto la conversación se centró en la situación que tanto habían contribuido a crear. El de *Nicomedia* informó al visitante.

- "Estos años últimos, desde que nos despedimos y tú bajaste a *Cesarea Marítima*, con tu familia, han sido años relativamente tranquilos. Desde que Constantino me llamó a su servicio, he llevado una vida no tan ajetreada como cuando tramábamos, junto con Arrio, la manera de inclinar la balanza a nuestro lado. Afortunadamente, el propio Augusto nos brindó la posibilidad. No fue difícil convencerle de que la alternativa que defendíamos era más moderada, y encajaría mejor en la mentalidad romana.

Creo poder decir que se ha conseguido lo más importante, que la irrupción de una nueva doctrina en el Imperio, aunque tenga el apoyo del

Augusto, no suponga la eliminación de todas las demás. Gracias al cambio realizado, la idea obsesiva de Lactancio no se ha convertido en realidad."

Eusebio, el visitante, asentía a su amigo. Cuando éste calló, Eusebio preguntó.

- "¿Lograste borrar de la mente del Augusto el temor al fin del mundo, que Lactancio había sembrado en él?"

- "Fue de las primeras ideas que procuré barrer, y lo cierto es que no fue difícil. Constantino no tenía base alguna en estos campos. En cuanto le citaba dos o tres autores en apoyo de determinada afirmación, como no los conocía ni de nombre, para no demostrarlo, no me discutía. Me explico cómo Lactancio le convenció de tantos errores, porque sembraba en terreno virgen."

Eusebio sabía que su amigo estaba más al tanto que él de las cosas de Palacio.

- "¿Y qué pasará ahora que ha muerto el gran hombre?"

- "¿No te has enterado de lo que ha sucedido?"

La cara de extrañeza de su amigo le indicó que no. Eusebio resumió.

- "El hijo segundo del Augusto, Constancio, ha dado muerte a sus primos, los Césares, y a sus tíos, los Cónsules. Los invitó a cenar a Palacio y allí ordenó su ejecución. No se habla de otra cosa en todo *Nicomedia*, y supongo que en las demás ciudades cercanas, donde la noticia haya podido llegar."

Eusebio quedó mudo de sorpresa, sin saber qué decir. Su amigo tomó la palabra.

- "Ya sabes que las acciones de los Augustos no se someten a crítica. Existe la tradición de darlas por buenas. Ellos saben mejor que nadie lo que conviene hacer. Y esta ocasión no ha sido la excepción."

Eusebio no se extrañó. Mejor así. El nuevo Augusto de Oriente iba a tener bastante con defender la frontera de los *Partos*, que era la que preocupaba en Siria, como para tener problemas domésticos. Eusebio se hospedó en casa de su amigo. Éste tenía un par de sirvientes, que le ayudaban en la casa y en su trabajo con los fieles.

- "Te presentaré al César Constancio, con quien tengo muy buenas relaciones, pero para ello debemos viajar a Constantinopla, si te sientes animado."

Eusebio se sentía anímicamente muy lejos del ajetreo de una capital tan inmensa como debía ser *Constantinopla*, pero asintió. Unas pocas

millas más no le iban a desmembrar más de lo que estaba.

El viaje tuvo dos consecuencias importantes. A Eusebio, el de *Cesarea Marítima*, el César Constancio le encomendó la redacción de una obra sobre la vida de su padre. Iba a ser su manera de honrarle. Y aprovechó la visita del obispo de *Nicomedia*, para nombrarle para el mismo puesto que ocupaba con su padre, el de asesor personal. Eusebio tuvo que responder:

- "Pero *Dómine*, debo atender a mis fieles de *Nicomedia …*"

Constancio II negó con la cabeza.

- "Eso se soluciona fácil. En muy poco tiempo seréis obispo de *Constantinopla*."

Y así sucedió. Eusebio escribió su "*Vita Constantini*", en la que, para agradar al hijo, sólo reflejó virtudes del padre. Casi todo en ella era ficción, pero era lo que el nuevo Augusto esperaba de él, y no le costaba nada agradarle, ahora que el peligro había pasado.

Eusebio aprovechó la estancia en *Nicomedia* para solicitar de Constancio II que nombrara un sustituto como Bibliotecario jefe de *Cesarea Martítima* y otra persona que le sustituyera al frente de la Oficina de copias. El Augusto aceptó sus peticiones y pocos meses después Eusebio se pudo dedicar a su vida familiar y a sus lecturas. Sus tres hijas se habían casado. Las dos mayores, con jóvenes de la misma *Cesarea Marítima*. La menor, Raquel, lo había hecho con un joven de *Trípolis*. Eusebio y Lidia tenían cinco nietos, todos de sus dos hijas mayores. Lidia se pasaba más de la mitad de su vida pendiente de sus nietos. Eusebio, de sus libros.

Había tenido que renunciar a visitar a su hija menor, a pesar de que residía a sólo 150 millas, porque los viajes en caballo se hacían insoportables para sus huesos. Hacía años que ya no escribía nada, sólo leía y estudiaba. Pero también le empezaba a fallar la vista. Sólo podía leer con luz del día y no más de dos horas seguidas.

"Cuando pierda la vista por completo, si eso llega a suceder, sólo tendré a mi familia como aliciente para vivir", pensaba Eusebio, recluido en su biblioteca particular.

También notaba que, conforme cumplía años, la vida y el mundo le importaban menos. Se consideraba más y más extraño a ambos. Venían nuevas generaciones y no le parecía que el mundo progresara, sino al revés. Notaba más libertad, pero también más desorden. Parecía como si

una generación no pudiera aprender de los hallazgos que había hecho la anterior. Y lo peor era que sus hijas le hacían muy poco caso ...

Su esposa, Lidia, notaba que Eusebio se iba encerrando más y más en sí mismo. Intervenía en las conversaciones familiares sólo con monosílabos. En comparación con lo hablador que había sido siempre, parecía que se estaba quedando mudo. Ella no se quejaba, ni le decía sus impresiones. Ahora eran sus nietos quienes le alegraban la vida. El mayor tenía ya diez años y la más pequeña, dos.

Eusebio había cogido la costumbre de acostarse un rato después de comer. Aquel día del verano del año 339 se acostó como de costumbre, sin un dolor, sin ningún síntoma anómalo. Mientras sentía cómo su cuerpo se iba relajando, fue repasando lo que había sido su vida, con sus claroscuros. Recordó cuando se vio envuelto en la creación de la nueva religión del Emperador, su horror ante tamaña aberración, y cómo vio claro que su lugar estaba allí para tratar de mantener la Sabiduría del Helenismo, y para poner algo de Conocimiento en toda aquella invención.

Pero debía hacer algo más, dejar patente que todo era una inmensa falsificación y así surgieron las firmas de "**SIMÓN**". Cómo legó el secreto a su amigo Eusebio, ahora obispo de *Constantinopla*, para que se hiciera público cuando él juzgara conveniente.

Le pesaba haber estado una gran parte de su vida sometido a los dictados de Constantino. Había tenido momentos de duda. Una lucha interna se había dado en él, por participar en aquel gran fraude. A veces se había preguntado con remordimiento si no había construido más que destruido aquella religión llamada Cristianismo. Pero ahora estaba tranquilo, porque el Emperador apoyaba la versión de Jesús como Maestro del Conocimiento, y lo que apoyaba el Emperador se imponía en el Imperio.

No se destruiría el Conocimiento, la búsqueda del Saber, del *Logos* innato, en cada uno, pensaba ya casi entre sueños Eusebio. No se destruirían las Escuelas de Filosofía, ni los Templos familiares de cada ciudadano. Habría concordia entre los ciudadanos del Imperio. No habría radicalismos por culpa de la religión, como Lactancio preconizara, ni persecuciones por ideologías distintas. Eusebio se congratuló de que ese Cristianismo apocalíptico, milagrero, y con un Dios castigador, el modelo de Lactancio, no regiría las conciencias de las personas.

Podía morir en paz. Ése había sido su legado a la Humanidad. Y sintiéndose cada vez más ligero, supo que había llegado el momento de unirse a la Luz que tanto veneraba. Y, con plena conciencia de lo que hacía, se abandonó serenamente a Ella.

Dos años más tarde, en *Constantinopla*, el obispo de la capital, Eusebio, se sintió un día repentinamente enfermo. Ni los médicos de la Corte pudieron evitar que, a los dos días del primer síntoma, Eusebio dejara este mundo. Lo que más sintió Eusebio, el obispo, en sus últimos momentos de conciencia, fue que no había transmitido el mensaje que le confiara su amigo a ninguna persona afín a sus ideas.

FIN

Libro 5

Y la historia sigue …

Capítulo 1
De Constancio II a Graciano.

Años 337 a 376

Constancio II y sus dos hermanos siguieron gobernando en nombre de su padre, hasta que en Septiembre del año 337, de común acuerdo, se nombraron Augustos, según el reparto del Imperio que su padre había fijado. Los tres Augustos siguieron también la corriente ideológica que había tenido su padre en sus últimos diez años de vida, y el Imperio se mantuvo en la tendencia favorecida por los dos Eusebios.

El año 340 se produjo una novedad: Constantino II, el hijo mayor de Constantino, no se sintió satisfecho con el reparto acordado. Por ser el hijo mayor entendía que debía tener alguna preponderancia sobre sus hermanos. Como éstos no aceptaron sus pretensiones, se lanzó contra el vecino, su hermano Constante. Desgraciadamente para él, en la batalla en que se enfrentaron los dos hermanos, resultó muerto, y Constante se vio gobernando la mitad occidental del Imperio.

Dueño de medio Imperio, Constante, con todo el poder a su alcance, se dedicó a sus diversiones más que a sus obligaciones como gobernante. Tampoco tenía muy claro cuáles eran sus obligaciones. Todos sus generales se enteraron de sus aficiones homosexuales. Y como éstas se hicieran más y más ostentosas, uno de sus generales, de raíces germanas, Flavio Magno Magnencio, se rebeló en las *Galias*, y lo mató el 18 de Enero del año 350. De hecho, todos los generales de Constante apoyaron a Magnencio, hartos de las frivolidades de su Augusto.

Constancio II, en Oriente, estaba peleando con los *Partos*, que desde la muerte de su padre no cesaban de atacar al Imperio. Ahora tenía otro problema en las *Galias*. Le faltaba alguien a quien poder dejar el mando de una parte del Imperio, para marchar él contra el usurpador Magnencio. Su primo Galo, hijo de su tío Julio Constancio, al que había ordenado matar en la cena de los funerales de su padre, tenía 25 años y estaba recluido en prisión. Lo mandó liberar, lo casó con su hermana Constantina, viuda de Dalmacio, otra víctima de la matanza familiar, y lo hizo César de Oriente. Él se desplazaría a Occidente para acabar con la

rebelión de Magnencio. Éste era un buen general y en un primer enfrentamiento, Constancio fue derrotado. Pero pocos meses más tarde, en Septiembre del 351, con nuevos refuerzos, logró una importante victoria en *Mursa*, en la *Panonia*. Pero no logró desalojar definitivamente a Magnencio hasta el año 353. Éste, para no caer en manos de su enemigo, se suicidó.

Cuando el problema de Occidente estaba resuelto, a Constancio le llegó la noticia de que su hermana Constantina, casada con Galo, había fallecido. Al mismo tiempo, los informes decían que su sobrino Galo se preparaba para levantarse contra él. Constancio recordó lo que había hecho su padre en parecidas circunstancias. Citó a su sobrino a medio camino, y cuando Galo estaba de viaje, fue muerto por orden suya. Pero librándose de Galo seguía sin poder atender las incursiones de los *Partos* y al mismo tiempo evitar las incursiones de los *Germanos* en el Rhin.

Juliano, el hermano pequeño de Galo, había estado en prisión con su hermano. Cuando Galo fue elevado a la dignidad de César, salió de prisión y fue libre de viajar. Lo hizo a Atenas. Cuando Galo fue muerto por orden de Constancio, Juliano volvió de nuevo a la prisión. El año 355 Juliano tenía 22 años. Constancio lo juzgó preparado para confiarle la Prefectura de las *Galias*, para que se ocupara de frenar a los *Germanos*, mientras él se ocupaba de los *Partos*. Lo sacó de la prisión, lo casó con su hermana Elena, viuda de Nepotiano, y lo nombró Cesar de las *Galias*.

En las *Galias*, sorprendentemente, Juliano, que se había dedicado a las Letras y a la Filosofía, venció a los *Germanos* en todos sus enfrentamientos. Pero al final de su quinta campaña, su tío le ordenó que le enviara la mayoría de sus tropas para luchar contra los *Partos*. Éstas, afincadas en las *Galias*, y que, en gran parte, habían sido contratadas para guerrear sólo en las *Galias*, se sublevaron y lo nombraron Augusto. Juliano pidió la confirmación de su tío, pero éste hizo una paz desfavorable con los *Partos*, y marchó desde Siria contra él.

Cuando estaba de viaje camino de las *Galias*, Constancio murió en *Tarso*. Juliano, con la aprobación del Senado de Roma, pasó a ser el Augusto único. Con sus victorias sobre los *Germanos* había pacificado dicha frontera. Pudo marchar contra los *Partos* y también los derrotó en los enfrentamientos que tuvo con ellos.

En el terreno ideológico, Juliano [(1)] no era cristiano, pero fue tolerante con ellos. Sólo les prohibió ejercer como pedagogos y como

maestros. No le gustaba la doctrina cristiana. Procuró revitalizar las creencias ancestrales del Imperio. Pero durante la expedición contra los *Partos*, hubo una conspiración en su contra. Un soldado de su propio ejército lo atravesó con su lanza y lo mató. Era el año 363. Juliano había sido Augusto menos de dos años.

Le sucedió uno de los generales involucrados en el complot, Joviano. Éste firmó una paz desventajosa con los *Partos* y se retiró con su ejército. Pero murió envenenado en *Bitinia*, antes de llegar a Constantinopla. Le sucedió Valentiniano, otro general de la expedición. Consciente de la necesidad de dos Augustos para controlar el Imperio en las circunstancias presentes, Valentiniano nombró Augusto a su hermano Valente, también militar. Valentiniano era cristiano niceno, pero fue tolerante con los no nicenos y con los no cristianos, sin duda porque su hermano Valente era cristiano no niceno. Ambos tomaron el acuerdo de no inmiscuirse en asuntos religiosos.

Valentiniano se adjudicó Occidente, dejando a su hermano el mando de Oriente. Su padre había sido un alto mando militar y Valentiniano aprendió con él en África. Al año siguiente, en 365, los *Germanos* derrotaron a los romanos en el Rhin. Valentiniano pasó a residir en *Lutecia* (París) y dirigió con éxito las operaciones contra ellos, derrotándolos repetidamente.

Mientras tanto, Valente tenía que hacer frente a la sublevación de Procopio, que se había amotinado en *Constantinopla*. Meses más tarde, en Mayo del 366, la consiguió abortar. Al año siguiente, los *Visigodos* pasaron el Danubio, e hicieron estragos en la zona. Valente los persiguió más allá del río y los derrotó.

Los *Sajones*, *Pictos* y *Caledones* invadieron *Britania*. Valentiniano envió allí a uno de sus generales, Teodosio (padre), que los sometió. Él pasó a residir en *Samarobriba* (Amiens), cerca de la costa de *Britania*, para mantener un contacto más estrecho con su general Teodosio. En Agosto del 367 nombró a su hijo Graciano, de 9 años, co-Emperador.

Dos años más tarde, en 369, Valente tuvo que volver a invadir las tierras de los *Visigodos*, más allá del Danubio, como castigo por una nueva correría. En el invierno del año 371 tuvo que abortar otra rebelión de un tal Teodoro en *Antioquía* de Siria.

Mientras tanto, Valentiniano residió siete años en *Augusta Treverorum* (Tréveris) y reforzó la frontera del Rhin con fortificaciones, para hacerla menos vulnerable a los invasores *germanos*.

(1) El apodo de “Apóstata”, con que le calificaron los “historiadores” cristianos, no tiene razón de ser, como puede comprenderse con facilidad.

Los *Partos* atacaron el Imperio el año 374, y Valente bajó a *Mesopotamia* para hacerles frente. Los derrotó en una batalla. Al mismo tiempo los *Quados*, bárbaros al Norte del Danubio, invadieron la *Panonia,* y Valentiniano se desplazó a *Sirmium* (Srem Mitrovica) para hacerles frente, pero enfermó y murió en pocos días, el 17 de Noviembre del año 375, con 54 años. Le sucedió su hijo Graciano, de 17 años.

Al año siguiente, el 376, los *Godos* se rebelaron en el Norte de la *Tracia*. Valente, que estaba en pugna con los *Partos*, tuvo que firmar con ellos una paz poco ventajosa para Roma, y subió a hacerles frente. Pero fue derrotado por la caballería *goda* en la batalla de *Adrianópolis*, donde él mismo encontró la muerte. Graciano, que venía con las tropas de Occidente a ayudar a su tío, llegó tarde, y debió encontrar una solución urgente a la situación en Oriente. Designó al general Teodosio, hijo del que había sido general de Valentiniano, como Augusto de Oriente.

Nota del Autor.

Este Capítulo y otros posteriores tratan de ofrecer al lector una visión de la situación en el Imperio romano desde la segunda mitad del siglo IV hasta su caída, el año 476. Se intentan analizar dos aspectos.

Por un lado, las causas de que el Imperio romano de Occidente sucumbiera ante el empuje de los pueblos que lo acosaban. Nótense las tareas que debían afrontar los Emperadores y la preparación que debían tener para cumplir con éxito su difícil misión.

Por otro, interesa dejar constancia de la situación ideológica en el Imperio, la tolerancia o intolerancia que hubo entre las dos corrientes cristianas, el predominio de una u otra, y la convivencia con los no cristianos.

Capítulo 2
Las batallas de Teodosio.

Años 313 a 395

En *Hispania*, el *Durius Flumen* (Río Duero) tenía varios afluentes, pero cuatro de ellos tenían especial importancia estratégica para los romanos: Por la derecha, el *Astura Flumen* (Esla), con su afluente, el *Urbius Flumen* (Tuerto). Los dos regaban *Legio VII Gémina* (León) y *Astúrica Augusta* (Astorga), respectivamente. Y por la izquierda, el *Areva Flumen* y el *Termes Flumen*, que bañaban *Cauca* (Coca) y *Salmántica* (Salamanca). El *Areva Flumen* derivaba su nombre de los primitivos habitantes de aquella región de la *Iberia* prerromana, los *Arevacos*. Y *Arevacos* eran los habitantes primitivos de la romana *Cauca*.

Cauca siempre formó parte de la provincia *Tarraconense*, desde que, con Quinto Cecilio Metelo y Pompeyo, Roma se hizo con el control de la meseta regada por el *Durius Flumen*. Por cercanía, *Cauca* era subsidiaria de *Segobia* (Segovia).

Cauca había tenido su importancia en los tiempos de la conquista de la meseta Norte por su excelente posición estratégica. En la bifurcación de dos afluentes del *Durius Flumen*, estaba rodeada de agua por tres de sus lados, quedando el lado Sur al descubierto. Metelo mandó construir en la posición que ocupaba *Cauca* un fuerte de madera, que años más tarde, con Octavio César Augusto, pasó a ser de piedra. En torno al *castrum* (campamento) romano creció un *vicus* (aldea) que, debido a lo fértil de la tierra, y a estar en la calzada que desde *Astúrica Augusta* (Astorga), cruzaba *Hispania*, hasta llegar el *Mare Internum* (Mar Mediterráneo) en *Urci* (Almería), logró ser la segunda población de la región, después de *Segobia*.

Y por *Segobia* pasó Osio el año 313 en busca de *epískopos* para la nueva religión que su Augusto quería implantar en su medio Imperio occidental. Allí designó a Flavio Primo, rico terrateniente de *Segobia*. Sus antepasados, propietarios de grandes rebaños, habían comerciado con lana,

pero el padre de Primo había centrado su actividad en la agricultura, y era dueño de extensas fincas en la fértil cuenca del *Durius Flumen*.

Después del Sínodo de *Arelate*, Primo se dedicó a organizar el culto cristiano en su propia ciudad, *Segobia*. Cuatro años más tarde, establecida ya la incipiente comunidad de fieles en su ciudad natal, Primo empezó a recorrer la comarca buscando nuevos adeptos. Y al primero al que acudió fue a su hermano, Flavio Secundo, que vivía en el *vicus* de *Cauca*.

Flavio Secundo, que a la sazón tenía 21 años, llevaba dos años en la Legión y, por sus contactos familiares, había conseguido un puesto en la pequeña guarnición de *Cauca*. Toda su familia y la de su madre, que vivía también en *Cauca* - pues su padre había fallecido seis años atrás - se hicieron cristianos, siguiendo el ejemplo de Primo, el obispo.

Diez años más tarde, el año 327, llegó a *Segobia* la orden del Augusto Constantino por la que todos los obispos debían jurar lealtad a la nueva versión del Cristianismo que ahora favorecía el Augusto. Para ese año Secundo se había desposado con una joven de *Cauca* y era padre de un niño de siete años y de una niña de tres. Su hijo se llamaba Flavio Teodosio (Teodosio, en griego, *alabo a Dios*), y la niña, Flavia Eudoxia (Eudoxia, en griego, *recta alabanza*). Su hermano, el obispo, se mostraba partidario de obedecer las órdenes del Augusto.

- "Ya comprenderás, hermano, que no puedo arriesgarme a perder todas mis fincas por desobedecer al Augusto. A fin de cuentas, tampoco importa demasiado si hay que resaltar la doctrina en lugar de los milagros. Supongo que serás de la misma opinión."

Pero Secundo no pensaba así.

- "No, Primo. A mi entender, no se puede renunciar a los principios porque lo mande alguien, aunque sea el Augusto."

- "Pero Secundo, ¿cómo vamos a desobedecer al Augusto? ¡Y menos tú, que militas bajo sus órdenes!"

Secundo también sabía entender las circunstancias de su hermano.

- "Hermano, las órdenes son para cumplirlas, eso está claro. Pero a quién rindes culto en tu corazón, eso sólo te pertenece a ti. Nadie tiene derecho a imponértelo. Puedes decir que harás lo que se te dice; pero tú, que eres un civil, no estás obligado a la disciplina castrense. Podrías seguir siendo fiel a tus creencias."

- "¿Y mis fieles? ¿Qué he de predicar a mis fieles?"

Secundo comprendió que su hermano ya tenía tomada su decisión y no insistió. Él sería fiel a su conciencia; su hermano, allá él. Aquel día se enfriaron las relaciones entre los dos hermanos. El obispo renunció a lo que había aceptado antes y abrazó la causa del Augusto. Secundo y los suyos siguieron siendo fieles a las consignas nicenas, aunque afirmaban lo contrario si alguien les preguntaba. Por precaución y, sobre todo, por pertenecer a la milicia, Secundo era totalmente contrario a mostrar sus creencias. Tanto bajo el Augusto Constantino, como bajo sus hijos, nadie fue molestado en *Cauca*, ni en ningún otro lugar del Imperio, a causa de sus creencias.

El año 338, al inicio del reinado de Constancio II, Flavio Teodosio, el hijo de Secundo, entró en las Legiones, como voluntario. Tenía 18 años. Por ser hijo de legionario, tuvo oportunidades de ascenso en la frontera del Danubio, adonde fue destinado.

Doce años más tarde, el año 350, a la muerte de su padre, había sido distinguido en el servicio y alcanzado el grado de *optio* (ayudante) del legado. Le habían destinado a *Britania*, más cerca de su tierra. Teodosio tenía 30 años, un futuro prometedor en el ejército, y cinco años antes se había desposado con una joven de la *Moesia*, donde estaba destinado. Tenían un hijo de seis años, al que habían puesto por nombre como su padre, Teodosio.

Siguiendo la tradición familiar, el hijo de Flavio Teodosio, ya legado de las Legiones en *Britania*, entró como voluntario en las Legiones el año 364, recién ascendidos Valentiniano y Valente a la púrpura. Fue destinado al Danubio, escuela por la que pasaban casi todos los voluntarios.

Pero en *Britania*, separada del resto del Imperio por el *Británnicus Oceanus*, el legado Flavio Teodosio, allí destinado, se encontró con una situación que iba a chocar con sus principios: El *Dux Britaniorum* le propuso, en una entrevista que celebraron en la villa que éste poseía en las afueras de *Londinium*, participar en una red de "distracción de fondos" que tenían montada las más altas autoridades militares de la isla.

- "Es muy sencillo, no tendréis que hacer nada. Todo está ya dispuesto y vuestro antecesor en el cargo sacó buenos frutos de ello. Os basta firmar las cantidades de alimentos que os mandarán, sin preocuparos de si reflejan la realidad, o falta algo. Debéis introducir en el juego a vuestro Jefe de Intendencia. Él recibirá la cuarta parte de lo que recibáis

vos. Y vos, lo suficiente como para retiraros, a su tiempo, con cerca de un millón de sestercios en vuestra cuenta con los banqueros que designéis."

Teodosio reflexionó. Si él recibiría tanto dinero, quería saber de dónde salía éste.

- "Son muchas pequeñas faltas que nadie va a detectar, legado. Son los suministros de carne y algunas otras mercancías para vuestras unidades. Vos firmáis que recibís más de lo que realmente recibís, y la diferencia se vende en el mercado negro, a precios muy interesantes, os lo puedo asegurar."

- "Es decir, que estaríamos robando a nuestros propios hombres, *Dómine*."

El *Dux* torció el gesto y respondió.

- "Es una forma muy brusca de decirlo, legado. No os aconsejo usar tales términos … Nosotros lo llamamos "distracción de fondos", que es menos ofensivo."

Flavio Teodosio pidió tiempo para pensar en el modo de salir del callejón en que querían meterle las autoridades militares que estaban por encima de él.

Debiera haber accedido. Corrían tiempos inseguros. Era el otoño del año 375. El Augusto de Occidente, Valentiniano, moría dos meses más tarde de muerte natural en *Augusta Treverorum*. Hacía dos años había nombrado como César a su hijo Graciano. Pero éste apenas era un adolescente, sin preparación alguna para gobernar. *Britania* estaba así más aislada del Imperio todavía.

Finalmente, el legado Flavio Teodosio decidió seguir sus principios y rechazó la oferta del *Dux*. Éste informó a la alta cúpula militar de *Britania* que el nuevo legado se negaba a colaborar. Podría denunciarles, al tener las manos limpias. Por ello, era peligroso. Tan peligroso que forjaron una conspiración en su contra. Compraron testigos falsos, compraron también al magistrado de la provincia; y montaron una acusación de asesinato en la persona de un oficial que había molestado a otros de los estafadores. De ese modo, cazaban dos pájaros con la misma flecha. La acusación salió adelante. Y Teodosio hijo, a través de su madre, recibió la noticia de que su padre había sido acusado injustamente, y había sido decapitado en *Britania*.

En vez de desanimarse por la injusticia cometida contra su padre, Teodosio se creció. No pudo saber si los enemigos de su padre, las

autoridades militares de *Britania*, eran cristianas de la otra corriente, o adoraban a los dioses ancestrales de Roma. Su padre, en una corta misiva, sólo había dejado indicado que "*no eran cristianos como él*".

Se juró a sí mismo que vengaría su muerte. Para ello debía ascender todavía más en el escalafón militar. Servía a las órdenes de Valente, el hermano de Valentiniano. Éste le tenía en gran estima. Tanta que le dejó al mando de las pocas tropas de reserva que no se llevó consigo para hacer frente a una rebelión de *Godos*.

Teodosio se quedaría con dos Legiones para salvaguardar *Constantinopla*, la *Tracia*, la *Panonia*, la *Moesia*, la *Macedonia* y la *Acaya*. Él ya sabía que eran pocas fuerzas para proteger tanto territorio, pero todos esperaban que el Augusto Valente volviera triunfante de su encuentro con los *Godos*. No fue así. Valente y sus tropas, cansadas y mal dirigidas, fueron destrozadas por los *Godos* en la batalla de A*drianópolis*.

Fue el primer desastre de las Legiones romanas en muchos siglos. Los *Godos*, excelentes jinetes, habían encontrado la manera de derrotar a las Legiones romanas. Todo el ejército de Oriente pereció en la llanura de *Adrianópolis*, incluido su Augusto. Para hacer frente a la amenaza bárbara, sólo había dos Legiones estacionadas en la *Tracia*, al mando del general Teodosio. Y en Occidente, el recién ascendido Graciano, con sólo veinte años, pasó a ser el Augusto único de todo el Imperio.

Graciano había acudido en apoyo de su tío Valente, pero éste celebró la batalla antes de la llegada de su sobrino. Graciano, al mando de gran parte del ejército de Occidente, retrocedió hasta *Sirmium*. Necesitaba alguien para hacerse cargo de la defensa del Oriente, y no tuvo otra elección que el general Teodosio, al mando de las escasas fuerzas que quedaban.

Llamó a Teodosio a *Sirmium* y allí, el 19 de Enero del año 379, lo asoció al trono, nombrándole Augusto de Oriente. Ya que él estaba en *Sirmium*, capital de la *Panonia*, Graciano hizo una nueva división de la Prefectura de la Tracia. La *Nórica* y el *Ilírico* ya pertenecían a Occidente. Ahora se les añadió la *Panonia*.

Oriente quedaba bajo el mando de Teodosio, que contaba 33 años. Graciano, Augusto efectivo de Occidente, tenía 20 años, y el joven Valentiniano II, su hermano, ocho. A pesar de su confianza en el general Teodosio, Graciano permaneció con su ejército un año en la *Panonia*.

Tenía que asegurarse de que Teodosio restablecía el dominio romano sobre todas sus provincias.

Teodosio comprendió que no podía enfrentarse a los *Godos* en campo abierto. No tenía tropas suficientes. Se apresuró a reclutar todas las que pudo en su territorio, incluyendo a los trabajadores de las minas de la *Tracia*. Por un tiempo se pasarían sin los metales que en ellas se extraían. Tuvo que llamar a los *Godos* que años atrás se habían instalado en territorio romano, y hacerles cumplir su tratado con Valente. Ellos le proporcionaron tres Legiones de bárbaros, a los que había que entrenar, para que pudieran luchar al modo romano. La caballería cobró nueva importancia y Teodosio la promocionó. Había muchos pastos y abundantes caballos en las provincias danubianas.

Pero aún así no le bastaban, por lo que envió numerosos emisarios para reclutar guerreros bárbaros más allá del Danubio. Con las nuevas aportaciones, se sintió con fuerzas para poder presentar batalla a los *Godos*, que estaban asolando toda su Prefectura, desde la *Moesia* hasta el *Peloponeso*, al Sur de Grecia. Al final de la campaña de ese mismo año, el 379, marchó contra los que estaban en la *Tracia* y los derrotó con facilidad. Los romanos habían aprendido la lección de *Adrianópolis*, y no se dejaron sorprender por los jinetes *Godos*.

Confiado por esta victoria, Graciano volvió grupas con sus tropas a *Mediolanum*. Los bárbaros supieron de la retirada de las tropas estacionadas en la *Panonia*, y al año siguiente cruzaron el Danubio e invadieron esta provincia. Pero Teodosio, que estaba atento y no lejos, en *Filipópolis*, capital de la *Tracia*, acudió con su ejército y los volvió a derrotar, acabando con casi todos ellos.

Al año siguiente, el 381, una nueva invasión del Danubio fue interceptada por Teodosio y los invasores, derrotados y muertos. A los guerreros que se habían alistado en su ejército los asentó en tierras de la *Moesia* y la *Escitia*, que estaban despobladas. Con la frontera del Danubio asegurada, Teodosio se volvió con sus hombres hacia el Sur, y fue barriendo las partidas de *Godos* que todavía seguían devastando sus tierras. Ese año y el siguiente completó la limpieza de toda la Prefectura, recibiendo el alborozo y las aclamaciones de todos sus habitantes.

Pero una nueva amenaza se cernía sobre la frontera Este. Sapor II había muerto el mismo año que Teodosio recibió la púrpura de manos de Graciano. Su hijo, Sapor III, quería demostrar que él era un buen monarca,

e inició los preparativos para atacar a sus vecinos romanos. Por medio de sus informadores, Teodosio lo supo, y bajó con sus hombres hacia Siria, instalándose en *Antioquía*, su capital. Hubo escaramuzas en diversos puntos de la frontera a cargo de la caballería, pero los *Partos* no se atrevieron a atacar con un ejército numeroso. Teodosio estaba decidido a asegurar la frontera *parta*, y permaneció en Siria cuatro años.

Hacia la mitad de dicho período, el año 384, nació su segundo hijo varón, al que llamó Honorio. Un año más tarde moría su esposa, Aelia Flacilla. La madre de Valentiniano II, y viuda de Valentiniano I, Justina, vio la ocasión de proteger con más fuerza la débil posición de su hijo, y propuso a Teodosio que se desposara con su hija Gala, hermana de Valentiniano II. Teodosió aceptó, y, a finales del año 386, se celebraron los esponsales en *Antioquia* de Siria, que Teodosio no podía abandonar.

Pero en todo ese tiempo otro peligro se estaba gestando en el extremo más occidental del Imperio, en la *Britania*. Magno Celso Máximo, un ambicioso general de *Britania*, astuto y hábil, convenció a los demás mandos de la isla de que el Imperio necesitaba un militar experimentado al mando de Occidente, como Teodosio en Oriente.
Incluso se atrevió a insinuar que contaba con la aprobación tácita del Augusto de Oriente para destituir al débil Graciano. Sus intrigas tuvieron éxito y las tropas de *Britania* lo aclamaron como su Augusto. Pasó a las *Galias* y allí fue aclamado también por todos los mandos, así como por los de *Hispania*, adonde envió delegados. Ahora Máximo debía esperar la reacción.

Graciano, que estaba en *Mediolanum* (Milán), subió con sus tropas para enfrentarse al usurpador. Llegó hasta *Lutecia* (París) y allí se instalaron, frente a frente, los dos campamentos enemigos. Pero Máximo rehuyó el combate, y no sacó sus tropas al campo de batalla, aunque Graciano lo hacía cada día. Estas maniobras se repitieron durante cinco días. Pero Máximo no estaba inmóvil, ni tenía miedo a su contrincante. Cada noche enviaba emisarios al campamento enemigo, para comprar a los generales de Graciano. Cuando obtuvo el acuerdo de una gran mayoría, formó a su gente y Graciano se encontró abandonado por sus tropas. Sólo pudo huir a uña de caballo con trescientos de sus jinetes. Máximo envió a un fuerte destacamento, al mando de uno de sus generales, en su persecución. Éste alcanzó a Graciano y le dio muerte. Era el 25 de Agosto

del año 383. Acto seguido, mandó emisarios a Teodosio, pidiendo su confirmación en el cargo.

Teodosio pensó que si abandonaba la frontera de Siria en plena efervescencia, Sapor III aprovecharía la ocasión e invadiría sus territorios. Decidió contemporizar con el usurpador y asegurar la frontera Este. Le mandó su aquiescencia y estableció con él un tratado, poniendo como condición que Valentiniano II, el hermano menor del difunto Graciano, conservara la Prefectura de Italia. Máximo aceptó, satisfecho de haberse hecho con la Prefectura de las *Galias* derramando sólo la sangre de su débil Augusto.

Pero Máximo no se conformaba con tener bajo su autoridad las *Galias, Britania* e *Hispania*. Si ellas, gobernadas por un Augusto débil, como Graciano, habían caído en sus manos sin necesidad de un solo combate, Italia estaba en manos aún más débiles, el pequeño Valentianiano II y su madre como autoridad efectiva. Teodosio seguía en el Este, peleando contra los *Partos*. Era su oportunidad. Y empezó a hacer preparativos para invadir Italia al año siguiente. Nombró a su hijo Víctor, todavía un adolescente, César. Italia, África y el *Ilírico* serían sus dominios.

Teodosio supo de las intenciones de Máximo por sus preparativos. Ahora que había entroncado con la familia imperial, era su obligación acudir en defensa del hermano de su nueva esposa. Pactó con el monarca *parto* una paz favorable a sus intereses, le cedió algunas provincias, y tuvo las manos libres para marchar hacia Occidente.

Al año siguiente se cumplían sus *Decenales*. Teodosio pensó en el futuro. Su cuñado, Valentiniano II, que ahora tenía 17 años, gobernaría las *Galias*. Pero todavía era demasiado joven para confiarle plenamente el gobierno. Lo dejaría al cuidado de uno de sus generales. Arbogasto le pareció el hombre indicado. A su primogénito, Arcadio, le dejaría el Oriente. Su hermana Pulqueria, juiciosa y sensata, le aconsejaría. Otro de sus generales, Estilicón - al que había casado con Serena, su sobrina favorita - quedaría al cuidado de su hijo Arcadio.

A su hijo Honorio dejaría la Prefectura de Italia, África y el *Ilírico*. Como él, después de derrotar a Máximo, celebraría sus *Decenales* en Roma, llevaría consigo a Honorio, para que el Senado romano lo conociera y le jurara obediencia.

Al pasar por la *Tracia*, volvió a reclutar guerreros bárbaros de las regiones del Danubio, a ambos lados del río, para compensar las numerosas y disciplinadas tropas que sabía militaban a las órdenes de Máximo. Éste, con residencia en *Aquileia*, en el límite Este de sus territorios, acariciaba ambiciosos planes.

Dueño de un ejército muy superior al de su enemigo, que había traído de sus dos Prefecturas, sabía de los apuros de su adversario y de las pocas tropas con las que contaba al principio de su mandato. Y sabía que formar un ejército aguerrido es labor que lleva muchos años, años que Teodosio no había tenido. Por tanto, no veía lejano el día en que su hijo y él dominarían todo el Imperio, asentado él en el rico Oriente y dejando al cuidado de su hijo, y de sus más fieles generales, la mitad occidental.

Había reflexionado sobre el itinerario que seguiría Teodosio y había llegado a la conclusión de que invadiría Italia por mar. Era el camino más seguro. Por ello, en vez de bloquear los pasos de los *Alpes Julianos*, en lo que uno de sus generales ya había empezado a trabajar, le ordenó que tomara la mayor cantidad posible de barcos, y patrullara el *mare Superum* (Adriático), convencido de que Teodosio seguiría esa ruta. No era así. Teodosio seguía la ruta por tierra, y atravesaba la *Panonia* siguiendo los ríos *Savus* y *Dravus*, acercándose a *Aquileia*.

Teodosio no era esperado por las tropas de Máximo, que se habían dividido en dos columnas. Las tropas de Teodosio sorprendieron a una de las columnas enemigas en las afueras de *Siscia*, y, sin darles tiempo a formar, arremetieron contra ellas por medio de la caballería bárbara. Se produjo la desbandada del enemigo, que trataba de refugiarse tras las murallas de la ciudad. La dificultad de entrar por las puertas jugó en contra de las tropas de Máximo. Muchos cayeron en los fosos, otros fueron masacrados al agolparse ante las puertas. Al poco, la ciudad abrió sus puertas al vencedor.

A los dos días, se produjo el encuentro con la otra columna. La batalla siguió el modelo habitual, formando los dos ejércitos uno frente al otro, con la infantería en el centro, la caballería en las alas, y los infantes ligeros adelantados sobre ambas. Ambos ejércitos avanzaron a la vez, produciéndose el choque de las primeras filas de combatientes. Durante una hora el resultado estuvo indeciso, pero las filas de Máximo empezaron a ceder, y una parte de sus hombres iniciaron la desbandada. Al romperse la formación, una parte importante del ejército de Máximo bajó las armas

y tiró los escudos. Los mandos de Teodosio ya estaban advertidos de que la rendición del contrario terminaba el combate. Teodosio no quería soldados romanos muertos sobre el terreno. Todos eran necesarios para defender las fronteras.

Máximo, que no había dirigido ninguna de las dos columnas, huyó a *Aquileia*. Arbogasto, general de Teodosio, le siguió con sus hombres. Las puertas de la ciudad, que estaban sin apenas defensores, fueron tomadas, y Máximo, apresado, fue llevado a presencia de Teodosio. Éste ordenó su muerte, y la de media docena de sus mandos más inmediatos. Era el 27 de Agosto del año 387. El Imperio estaba unido de nuevo. Teodosio se dirigió a *Mediolanum* (Milán). Desde allí envió a Arbogasto a *Augusta Treverorum*, a ejecutar a Víctor, el hijo de Máximo, nombrado César por su padre. Conociéndose la noticia de la derrota de Máximo, Arbogasto no encontró dificultad alguna en cumplir su misión.

Teodosio, en Mayo del año siguiente, bajó a Roma a celebrar sus *Decenales*. Había mandado llamar a su hijo Honorio, y éste le acompañaba. Tenía 5 años. Los romanos del 388 recibieron a Teodosio, vencedor de Máximo, con el mismo entusiasmo que sus conciudadanos, 77 años antes, habían recibido a Constantino como vencedor de Majencio. Toda la ciudad se echó a la calle y en el desfile triunfal, delante del carro de Teodosio, figuraban la representación de las batallas ganadas y de las ciudades recuperadas de los rebeldes.

El Senado le agasajó con una sesión solemne, en la que se leyó un panegírico en su honor, como era costumbre. Pasaron tres años en que la paz reinó en el Imperio. El de Oriente e Italia, gobernados por Teodosio, y las Galias, con Valentiniano II como Augusto nominal, aunque los temas de gobierno eran decididos por el general Arbogasto, a cuyo cuidado Teodosio lo había confiado.

Pero si a la muerte del usurpador Máximo Valentiniano II tenía 17 años, cuatro años más tarde tenía 21, la mayoría de edad. Y fue tomando conciencia de su capacidad de mando y recelando del poder de Arbogasto. Primero, la desconfianza, y luego una franca animadversión se interpuso entre ambos y Valentiniano, tan impulsivo como joven, solucionó la tensión desposeyendo a Arbogasto de todos sus títulos y funciones. Pasadas un par de semanas, Arbogasto zanjó la situación ordenando que unos soldados a su mando mataran al joven Augusto, como así se hizo. Su

familia, sus dos hermanas, solicitaron que los restos de su hermano fueran enterrados en *Mediolanum* (Milán) y Arbogasto no se negó.

Para Teodosio la noticia de que su hombre de confianza, el general Arbogasto, había terminado con la vida del joven Augusto, al que él había dado la misión de proteger, supuso un duro golpe. En ningún momento se planteó Teodosio que a un general se le pueden confiar con acierto misiones militares, pero no misiones de gobierno. Y menos dando tan difícil encomienda a alguien ajeno a la mentalidad romana, pues Arbogasto era *Franco*, una de las tribus de la *Germania*. Para él Arbogasto había desobedecido sus órdenes y sólo por eso merecía ser castigado. Además, había derramado sangre de un Augusto, su cuñado. Por eso merecía la muerte. Debía preparar la campaña contra él con detenimiento. Era un buen general.

Por su parte, Arbogasto era consciente de que, como bárbaro, no podía pretender ser cabeza de la Prefectura de las *Galias*, *Britania* e *Hispania*. Necesitaba para ello a un romano. Y eligió a un tal Eugenio, un retórico de buen porte, facilidad de palabra y no cristiano. Lo hizo primero secretario del Augusto, y al poco le desveló sus planes de conferirle la púrpura. Sus soldados lo aclamarían como Augusto. Y así fue.

En cuanto Eugenio se vio con el poder en las *Galias*, envió una embajada a Teodosio, que estaba en *Constantinopla*, solicitando su confirmación. Como cabeza de sus embajadores colocó a un obispo. Teodosio oyó la petición de Eugenio y, decidido a abortar la usurpación, les dio buenas palabras, sin dar su aprobación expresa. Ese año y el siguiente los dedicó a preparar su expedición militar a las *Galias*.

Por su parte, Arbogasto aprovechó ese tiempo para invadir el Norte de Italia y hacerse fuerte en los *Alpes Julianos*, al Norte del Adriático, la mejor barrera natural para impedir el paso de Teodosio y sus tropas. Éste, con su ejército reforzado de *Godos* y otros aliados más allá del Danubio, partió para el Oeste a finales de Mayo. Una desgracia se había abatido sobre su casa: Su esposa Gala había muerto al dar a luz a un niño, que no sobrevivió a su madre. Con dolor en el corazón, Teodosio tuvo que dejar atrás *Constantinopla*, con destino a Italia. En la capital dejó a sus dos hijos al cuidado de Rufino, su Prefecto del Pretorio y hombre de confianza.

Arbogasto había mandado con tropas suficientes, a Flaviano, uno de sus generales, a defender los pasos de los Alpes. Pero ni con todas las empalizadas que construyeron, ni con fuertes de madera defendidos por

soldados, pudieron impedir el paso de las tropas de Teodosio, que, a la semana siguiente, bajaba por la calzada que discurría por la ladera occidental de la cordillera. La batalla se dio en el valle regado por el *Frigidus Flumen* (río Vipava), cerca de la localidad de *Longaticum* (Ajdovscina). Era el 6 de Septiembre del año 394. Los efectivos eran similares, del orden de 30.000 soldados en cada bando. Teodosio contaba con menos caballería.

Pero las tropas de Teodosio habían luchado con él contra los *Partos* y contra otros muchos enemigos, y tenían plena confianza en las dotes de su comandante, muchas veces demostradas. Las tropas romanas de Arbogasto no ignoraban que defendían la causa de un usurpador, que había asesinado al Augusto Valentiniano. Pelearían, pero no lo harían con el ardor de las de Teodosio, decididas a no defraudar a su Augusto. Fue esta diferente moral la que dio la victoria a Teodosio y marcó el destino de Arbogasto y de su títere, Eugenio. Éste fue hecho preso sobre el campo de batalla, juzgado culpable, y decapitado esa misma tarde. Arbogasto, más avezado, logró escapar y adentrarse en los Alpes.

Pero sabía que sería localizado y que terminaría sus días decapitado, o estrangulado. Decidió no caer en poder de su antiguo superior, y, apoyando su espada en la base de un árbol, se arrojó sobre ella de modo que la hoja le entró a la altura del corazón. Era la manera de acabar con su vida que conocía todo guerrero. Su cadáver fue encontrado al día siguiente. Los exploradores le cortaron la cabeza, y se la presentaron a Teodosio. Su cuñado había sido vengado, y ahora sus dos hijos heredarían cada uno medio Imperio.

Teodosio se sentía agotado. La vieja enfermedad que le atacaba en ocasiones, volvía de nuevo. Se dirigió a *Aquileia*, distante sólo unas pocas millas. Allí descansaría.

Capítulo 3
El Cristianismo de Teodosio.

Años 379 a 395

El tema del anterior Capítulo han sido los hechos militares del Emperador Teodosio. Sólo por ellos Teodosio no tendría gran significación en el proceso de implantación del Cristianismo. Pero, simultáneamente a tal actuación militar, Teodosio tuvo una actuación muy importante en el campo ideológico. Por eso se le llama "Teodosio el Grande". En este capítulo se detalla dicha actuación.

Cuando el Augusto Graciano lo llamó a *Sirmium*, el general Teodosio no sospechaba que entraba en *Sirmium* como general, pero iba a salir de allí como Augusto. Como militar, estaba acostumbrado a esperar órdenes, sin pensar en cuáles podrían llegar a ser esas órdenes. Pero cuando, en la recepción, Graciano le comunicó sus intenciones, una convicción surgió en su interior: La Divina Providencia le daba la oportunidad de hacer realidad sus planes, vengar a su padre. Y, de paso que perseguía a los que acabaron con su padre, no cristianos, trabajaría en favor de su religión, la confirmada en *Nicea*, injustamente postergada bajo los últimos Augustos.

No aceptó el nombramiento desde un principio. Se negó, pero no lo suficiente como para vencer la insistencia del Augusto Graciano. Y cuando Teodosio partió de *Sirmium* con sus soldados, que ahora lo tenían como su Augusto, algo le decía en su interior que Graciano, que era un joven de sólo 20 años, tenía realmente menos poder que él mismo, general de sus aún escasas tropas. Ya aumentaría sus efectivos, y entrenaría a los novatos.

Sabía que el Imperio tenía problemas, lacras que la naturaleza de los hombres generaba inexorablemente. La corrupción era una de esas lacras. Él debería hacer algo al respecto. Pero también haría algo, incluso mucho, por defender la fe nicena y extirpar a los seguidores de Arrio y a los de otras creencias. Para eso lo habían puesto al mando de medio Imperio. Luego, ya sabría convencer a Graciano, que también era cristiano niceno, como él, de que le imitara. Para eso contaría con Ambrosio, el obispo de *Mediolanum* (Milán), de quien Graciano le había hablado en *Sirmium*.

Pero lo primero de todo era defender la *Tracia* de los *Godos*, que la habían dejado atrás y discurrían a placer por la *Macedonia*, el *Épiro* y la *Acaya* (Grecia). Cuando lo consiguiera, empezaría a ocuparse de legislar convenientemente.

Fue entonces cuando tuvo un ataque feroz de hidropesía. Era una enfermedad familiar; la había sufrido su padre y la sufría uno de sus tíos. Todo el cuerpo se le inflamaba, pero sobre todo el vientre, y debía guardar reposo absoluto. Los médicos le hacían punciones, para eliminar el líquido, pero no sabían el origen de la enfermedad. Los dos médicos cristianos que le atendían le decían que era la voluntad de Dios. Pero no le ponían remedio. Tuvo que pasar seis largos meses en *Tesalónica*.

Aprovechó su forzada quietud para legislar a favor de su fe nicena. La situación en todo el Oriente no podía ser peor. Constancio II y Valente, anteriores Augustos, habían sido partidarios de Arrio y habían favorecido la versión arriana del Cristianismo. En consecuencia, todo Oriente estaba regido por obispos que los nicenos llamaban arrianos. La mayor parte del pueblo era arriano. Él debía cambiar esa situación. Pero actuaría con prudencia. No sólo legislaría en materia religiosa. Lo haría también en diversos temas civiles que requerían un remedio urgente.

En la primera ley que emitió desde *Tesalónica*, a finales de Febrero del año 380, hizo, en forma de edicto, una declaración de intenciones de cara al futuro. Decía:

"Nos, Teodosio, Augusto de Oriente, queremos:

** Que todos los pueblos, a Nos sometidos, profesen la religión que, según una tradición constante, el mismo Apóstol Pedro enseñó en Roma, la profesada por el Pontífice de Roma, Dámaso.*

De modo que, según las instrucciones de los Apóstoles, y la doctrina del Evangelio, reconocemos en el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, una única Divinidad, la Santísima Trinidad.

Damos el título de cristianos católicos (1) *a los que siguen esta ley. Y, considerando a los otros como insensatos, ordenamos:*

** Lleven el nombre de heréticos.* (2).

** Sus comunidades no sean honradas con el nombre de Iglesias.*

A la espera de que sientan la venganza de Dios, y también la nuestra, según lo que la Divina Providencia nos inspirará."

La citada ley causó un enorme revuelo en todo el Oriente. No se hablaba de otra cosa en todos los círculos, tanto religiosos como no religiosos. No presagiaba nada bueno, sobre todo para los cristianos no nicenos, pero tampoco para los no cristianos, a pesar de no ser nombrados expresamente en el edicto.

En medio de la Cuaresma, guardada por los cristianos católicos, ordenó Teodosio suspender, durante los cuarenta días que preceden a la Fiesta de la Pascua, todas las causas judiciales. Tenía la convicción de que los Jueces no debían castigar a los criminales en un tiempo en que ellos, a su vez, esperaban el perdón de Dios por sus pecados.

Para no legislar sólo sobre temas religiosos, dictó leyes sobre temas civiles. Uno de los vicios del Derecho romano eran los delatores. Teodosio quería eliminar tal plaga. Para ello, y en otro edicto, condenó a la pena de muerte a todo esclavo que acusara a su dueño, incluso con fundamento. Y la misma pena de muerte contra todo delator que hubiera llevado con éxito tres denuncias diferentes. Siendo la muerte el premio de su tercera victoria, al menos reducía a dos las posibles denuncias de todo ciudadano.

Otra de las lacras lo constituían los ciudadanos que abusaban de su poder para oprimir a los débiles. Teodosio pensaba en los asesinos de su padre. Personas así siempre encontraban un magistrado corrupto, o de carácter débil, que se prestara a sus manejos. Bajo una acusación no confirmada, se arrestaba a los acusados, se los dejaba languidecer en cubículos estrechos e incómodos, donde ni siquiera podían acostarse. Estos desgraciados, muchas veces inocentes, eran abandonados a la avaricia de sus carceleros, que les vendían, a precios exorbitantes, los utensilios más necesarios para la vida, y les trataban con crueldad si no tenían con qué pagarlos. Algunos, incluso, morían de hambre antes del juicio. Los magistrados, ocupados en una vida cómoda, no encontraban tiempo para visitar las prisiones.

Teodosio prohibió poner en prisión a nadie que no fuera convicto. Ordenó que el acusador fuera puesto en prisión, para sufrir la ley del talión, si la suya había sido una calumnia. Ordenaba esta ley que el proceso fuera instruido con prontitud, y juzgado, para que el culpable no tardara en recibir su castigo, y el inocente, su liberación de los cargos. Prohibió a los carceleros los abusos inhumanos. Ordenó que todos los meses el guardián de los registros mostrara al Juez la lista de los presos,

con detalle de su edad, del crimen de que se le acusaba, y las circunstancias de su detención. Se ordenaba también que el Juez negligente, o perezoso, que no tuviera de su cargo más que el título, fuera condenado a una multa de diez libras de oro, y enviado al exilio.

(1) Del griego *kazólikos,* universal.

(2) Del griego *airétikos,* sectarios.

Tras la campaña del año 380, pudo entrar en *Constantinopla* por primera vez desde que era Augusto. La capital estaba en manos de los "heréticos", ya que los Augustos de Oriente habían protegido esa facción. Teodosio se propuso invertir la situación. El obispo de la ciudad era un tal Demófilo, "herético". Teodosio lo citó a Palacio. Tras el saludo que le era debido, Teodosio le interpeló.

- "Sabréis que vuestra versión de la doctrina cristiana es contraria a la verdad y que, como tal, no merece mi aprobación."

Demófilo no tuvo necesidad de pensar su respuesta.

- "Tal vez tengáis razón, Augusto, tal vez no. Nosotros, los que Vos llamáis "heréticos", nos regimos por las máximas de los Evangelios, una de las cuales dice: "Por sus obras los conoceréis."

Teodosio no quiso entender a qué podía referirse su interlocutor.

- "Ya sé que poseéis suficiente ingenio como para defender cualquier causa, con verdad o sin ella. Pero sólo quería preguntaros si aceptáis las creencias nicenas, para poder seguir siendo el obispo de mi capital."

Demófilo pensó esta vez la respuesta.

- "Si me dais a elegir entre enseñar una doctrina vana y renegar de la mía, o mantener mis creencias y huir de la creencia vana, ya sabéis qué elegiré, Augusto."

Teodosio ya tenía la respuesta que necesitaba para actuar.

- "Sabed entonces que deberéis partir para el exilio de inmediato. Ya se os dirá vuestro destino. Os sustituirá un obispo de la creencia verdadera. Y sabed también que todas las iglesias de la capital serán entregadas a sacerdotes que enseñen la verdadera fe."

Demófilo no podía oponerse a la voluntad de su Augusto.

- "No puedo sino obedeceros, Augusto."

Y Demófilo partió para *Berea* de *Tracia*, donde pocos años después acabó sus días. Teodosio no se conformó con dar todas las iglesias de la

capital a sacerdotes católicos. Legisló que no se permitiría ninguna secta "herética". Se les prohibía tener sus reuniones en el recinto de ninguna ciudad. Quedaban anulados cualesquiera edictos imperiales anteriores que pudieran ordenar lo contrario. La fe de Nicea sería la única que podría profesarse públicamente. Los obispos ortodoxos tomarían posesión de sus iglesias a lo ancho de todo el Imperio. Y si los "heréticos" se oponían a tales medidas, serían expulsados de la ciudad y no podrían volver nunca.

El general Sapor, uno de sus generales de confianza, se encargaría de hacer cumplir este edicto en todas las ciudades bajo la jurisdicción de Teodosio. Pero no contento con ello, Teodosio decidió convocar un Concilio en *Constantinopla*, similar al de Nicea, en el que los obispos católicos, por abrumadora mayoría, refrendarían sus decisiones. Sería como un nuevo comienzo. Y así fue. Mientras el Concilio preparaba los Cánones, que repudiaban todas las demás doctrinas, Teodosio, en contacto con los obispos, redactaba un edicto que quería que fuera definitivo. Lo emitió a principios de Mayo del año 381.

En él se decretaba que los seguidores de Mani, predicador *parto*, y los que hubieran apostatado de la doctrina nicena serían en el futuro inhábiles para emitir testamento, no podrían recibir herencia alguna, ni donaciones por vía testamentaria. Se prohibía a los seguidores de Arrio construir iglesia alguna, ni en las ciudades, ni en el campo, bajo pena de confiscación de los fondos que se hubieran utilizado para tal obra. Se les prohibió ordenar obispos o sacerdotes. Se les prohibió las reuniones, incluso en casas particulares. Si se contravenía esta prohibición, se permitía a los católicos usar las vías de hecho para dispersarlas.

Ordenó que se buscaran a los ministros de tales creencias y se les forzara a volver a sus países de origen, prohibiéndoseles salir de ellos, o volver a *Constantinopla*, bajo ningún pretexto.

Inducido no se sabe por quién, Teodosio se propuso sembrar el desprecio hacia los "heréticos". Para ello hizo poner en la gran plaza de *Constantinopla* los bustos en mármol de Sabelius, de Arrio, de Macedonio y de Eunomio, todos ellos disidentes de la fe nicena. Estos bustos se colocaron a medio metro de altura sobre el suelo, y así estaban expuestos a todas las señales de desprecio de los que pasaban.

También tuvo que dar un edicto sobre un tema enojoso. Había nacido una nueva especie de timo, que estaba llamado a convertirse en

muy frecuente y escandaloso en los siglos siguientes. Habían surgido charlatanes, monjes hipócritas y vagabundos, que abusaban de la ingenuidad del pueblo. Iban de villa en villa vendiendo falsas reliquias de mártires. Teodosio trató de abolir este vergonzoso tráfico, que podía desacreditar las reliquias auténticas, objeto de veneración por los fieles: Prohibió sacar un cuerpo fuera de su sepultura, así como vender, o comprar reliquias.

Hasta la llegada de Teodosio, Graciano, aunque cristiano niceno, se había mantenido neutral respecto a la religión que practicaban sus súbditos. A ello no era ajeno que, si bien su padre, Valentiniano I, había sido cristiano niceno, su madre, Juliana, y su hermano Valentiniano II eran seguidores de Arrio. En tales circunstancias, mal podía hacer otra cosa. Pero, al conocer los edictos de Teodosio, Ambrosio, el obispo de la capital de Graciano, *Mediolanum* (Milán), empezó a presionar a su Augusto para que se sumara a la política del otro Augusto, legislando en contra de los no cristianos.

Tanto presionó Ambrosio, o tan débiles eran las convicciones de Graciano, que en el año 382, éste dio fin a su política de tolerancia. Subsistía el altar de la Victoria, monumento a la diosa Victoria, situado en el Senado desde tiempo inmemorial, que los senadores cristianos no podían ver sin sentirse contrariados. Graciano hizo cesar tal escarnio: El altar de la Victoria fue destruido.

Pero Graciano hizo más. Confiscó los ingresos destinados a las retribuciones de los pontífices y cedió al fisco las tierras que los no cristianos, por superstición, habían dado como donación a dichos Templos. Anuló los privilegios e inmunidades de sacerdotes y Vestales. Ordenó que los fondos que les fueran legados por testamento pasaran al fisco. Sólo podrían legárseles bienes mobiliarios.

Poco más tarde, el año 383, Graciano promulgó los decretos que Teodosio había decretado para Oriente, con ocasión del Concilio de *Constantinopla* del año 381, en Occidente, pocos meses antes de morir a manos de Máximo. De ese modo, los frutos del Concilio de *Constantinopla* se aplicaron en todo el Imperio.

Teodosio siguió emitiendo leyes favorables a los cristianos nicenos, y contra los no nicenos y no cristianos, de manera esporádica, según se lo permitían sus muchas ocupaciones militares. Cuando bajó al Este, a hacer frente a las agresiones de los *Partos*, tuvo otro ataque de

hidropesía, que le tuvo en cama durante varios meses. El hecho se guardó en silencio, ya que podía favorecer la iniciativa enemiga. Ya recuperado, tuvo lugar la invasión de Italia por Máximo y la reacción de Teodosio.

Luego de la campaña, con ocasión de su viaje a Roma a celebrar sus *Decenales*, Teodosió fraguó su plan para asestar el golpe definitivo a los no cristianos. Los cristianos observaban que las creencias ancestrales romanas seguían extendidas con más fuerza en el *pagus* (campo). Por ello comenzaron a emplear el nombre de *paganos* (campesinos, aldeanos) para designar a los no cristianos. Al igual que había hecho en *Constantinopla*, al llegar a Roma, y celebradas las fiestas ligadas a las *Decenales*, convocó un día a todo el Senado, dirigiéndoles el siguiente discurso:

- "Senadores, Nos, Teodosio, Augusto del Oriente y de Italia, queremos exhortaros a abrazar una religión santa, emanada del mismo Dios, cuyos dogmas están autorizados por tantos milagros, cuya moral pura, simple y sublime, eleva al último de los hombres, sin afectación, ni estudios, por encima de los grandes filósofos, haciéndolo superior, incluso, a los dioses que adoran. Estoy dispuesto ahora a escuchar las razones que os dificultan aceptar lo que hemos aceptado la mayoría de ciudadanos del Imperio."

El mejor orador de los Senadores, Símaco, se levantó para responder a su Augusto. Se hizo el silencio en la Curia.

- "Permitidme, Augusto, que hable en nombre de los muchos Senadores y ciudadanos romanos que siguen fieles a las creencias de sus padres y ancestros. Podría decir que el culto que Vos queréis proscribir es tan antiguo como Roma; que esta ciudad ha subsistido con gloria desde hace casi mil doscientos años bajo la protección de sus dioses, o que sería una imprudencia abandonarlos para adoptar una religión nueva, cuyos efectos pudieran no ser tan favorables. Pero limitándome a estos argumentos, estaría pasando por alto los dos más importantes, que se complementan el uno con el otro.

Cada vez que nuestros antepasados conquistaron una ciudad, o una región vecina, se conformaron con tomar los bienes y las personas que en ellas habitaban, pero respetaron a los dioses que aquellos hombres tenían. Porque sabían que no se puede quitar a un hombre el dios que lleva en su corazón. Pero hicieron más nuestros ilustres antepasados, gracias a los cuales Roma es hoy lo que es. Incorporaron los dioses de los pueblos conquistados al Panteón de dioses romanos. Y entraron en él, y se pudo

rendir culto en la propia Roma a la diosa frigia Cibeles, a la egipcia Isis, a los dioses del Olimpo griegos, al dios Mitra de la India, y a otros muchos que sería largo nombrar.

Esa tolerancia con los dioses de los pueblos conquistados ha sido característica de Roma y de sus más insignes Augustos, Augusto. Malo sería que, después de más de mil años de llevar esta política, que nos ha dado la paz y el corazón de los pueblos que antaño eran nuestros enemigos, hoy se trunque la concordia interna y, desde la cúspide del Imperio, Vos contribuyáis a ese cambio, que no dudo en calificar de funesto.

Pero hay otro argumento, Augusto, que me permito exponer. Cuando Vos habéis alistado a guerreros bárbaros de más allá del Danubio, para engrosar las filas de vuestros ejércitos, tengo por seguro que no les habéis preguntado si eran cristianos católicos, "heréticos", o si honraban a algún otro dios. Porque lo prioritario era defender el Imperio, y las creencias de vuestros soldados eran algo secundario respecto al fin principal. Si habéis sido tolerante con los dioses de vuestros recién reclutados soldados, ¿no lo seréis con quienes llevan trabajando por Roma, ellos mismos y sus antepasados, desde muchas generaciones atrás?"

El orador calló. La tensión flotaba en el ambiente. Al poco prosiguió.

- "A modo de síntesis, permitidme, Augusto, que exponga el motivo más profundo por el que la praxis que intentáis implantar supone un camino no adecuado. No le está permitido a ningún hombre, por alta que sea su posición en la sociedad en que nació, modificar las creencias de otros hombres. Los dioses son tolerantes y no fulminan a quienes no les rinden culto, o los humanos se habrían extinguido siglos atrás. Lo que permiten los dioses, Augusto, con más motivo lo deben permitir los humanos."

Símaco se sentó. Un silencio preñado de amenazas se cernió sobre el recinto. Todos los Senadores estaban inmóviles, temiendo muchos de ellos la reacción del Augusto ante la osadía de Símaco. Otros habían acogido con agrado las arriesgadas palabras de su adversario, para justificar una reacción fulminante del Augusto.

Teodosio pareció reflexionar, sentado en el trono que había en medio del Senado. Al poco, se levanto y habló con firmeza, mirando en

especial a Símaco.

- "El Augusto Valentiniano, así como yo mismo, miramos con horror el culto impío en el que algunos siguen empecinados. Sólo me queda decir que no se puede sacar del Tesoro Público los gastos necesarios para los sacrificios. Tal carga resulta insoportable para el Imperio, que, rodeado de bárbaros en todas sus fronteras, necesita soldados más que víctimas."

Y dicho lo anterior, Teodosio despidió a los Senadores. A los pocos días emitió un edicto por el que se permitía al pueblo derribar los objetos de culto por parte de los paganos. Pero el Augusto reservó para adornar la ciudad e hizo colocar en diferentes lugares de la misma las estatuas de Emperadores, semidioses y dioses hechas por los mejores artistas de la Antigüedad.

El edicto llegó a Alejandría en pocas semanas. Allá Teófilo, su obispo, vio la ocasión de arremeter contra los santuarios de la herejía, tan abundantes en Alejandría. Rodeado de mercenarios contratados y de monjes llamados de sus cenobios, asaltaron los Templos de Alejandría y destruyeron cuanto en ellos había. Finalmente, sitiaron el Templo de *Serapis* y, con la protección de los soldados de Evagrio, Prefecto de Egipto, destruyeron el mismo y la Biblioteca que había en su interior, último resto de la famosa Biblioteca de Alejandría.

Cuando la noticia de la hazaña llevada a cabo por el obispo de Alejandría se extendió por Oriente, los demás obispos le imitaron. En las ciudades, en los campos, e incluso en los más alejados parajes, todos los Templos no cristianos, y todas las estatuas que los adornabas cayeron por tierra. La violencia se apoderó de Oriente y la población se dividió en dos facciones irreconciliables. Se inició una auténtica guerra de religión.

Teodosio, el 27 de Febrero del año 391, desde *Mediolanum*, emitió un edicto por el que se prohibía ofrecer víctimas, así como entrar en los Templos o capillas consagradas a las divinidades paganas, y también adorar a objetos que habían sido hechos por la mano del hombre. Todo Magistrado que entrara en un Templo, ya sea en una ciudad, o en el campo, para allí rendir culto, sería condenado a una multa proporcional a su rango, así como sus oficiales, por no haberse opuesto a esta profanación, o por no haber informado de inmediato de tal hecho al Emperador. Se comunicó esta ley al Prefecto del Pretorio de Roma.

El 17 de Junio del mismo año, y desde *Aquileia*, se extendió dicha ley a Egipto. En este caso, se añadió la disposición de que no habría piedad para quienes hubieran formado cualquier tipo de asociación en favor de los dioses, o de los sacrificios. El texto significaba la pena de muerte para los implicados.

Vuelto Teodosio a *Constantinopla*, emitió una ley el 8 de Noviembre del año 392, mientras preparaba su campaña contra Arbogasto, dirigida al Prefecto del Pretorio de Oriente, en la que prohibía todas las ramas de idolatría. Prohibía a todo hombre, de cualquier condición que fuera, inmolar víctimas en cualquier lugar; quedaban prohibidos los sacrificios y las ofrendas de todo tipo a los dioses domésticos en el interior de las viviendas, y también encender cirios en su honor, quemar incienso o adornar el lugar con guirnaldas. Seguía el texto del edicto:

"*Si alguno se atreve a sacrificar, o a consultar las entrañas de las víctimas, para descubrir el porvenir, toda persona estará obligada a acusarle como si fuera criminal de lesa majestad, y él será castigado como tal, incluso aunque su curiosidad no hubiera tenido como objeto la persona del Príncipe. Es culpable de querer franquear los límites que la Providencia ha puesto a nuestros conocimientos, y de instruirse sobre cuándo se cumplirán los votos criminales que él hace contra la vida de otros hombres.*

Los que ofrezcan incienso a los ídolos, los que adornen los árboles con cintas o tiras, los que erijan altares de hierba, hacen una gran injuria a la religión, aunque los homenajes que rinden a las falsas divinidades sean de escaso valor. Por ello serán castigados con la confiscación de la casa o tierras que su superstición ha profanado.

Si alguien hace un sacrificio en una casa, o sobre un terreno, que no le pertenece, suponiendo que el propietario no haya tenido conocimiento de ello, el culpable pagará una multa de veinticinco libras de oro. El propietario pagará otro tanto si es cómplice."

Resumiendo el final de esta ley, los Jueces, los Notarios y los oficiales municipales quedaban encargados de vigilar estas profanaciones y ponerlas en conocimiento de los Magistrados, bajo pena de volverse ellos mismos culpables si no lo hacían, sea por favor, o por negligencia. Los Magistrados que, habiendo sido advertidos, no cumplieran con su

deber, serían condenados, ellos y sus oficiales subalternos, a pagar treinta libras de oro.

El año 393 lo empleó Teodosio en preparar la campaña contra Arbogasto. En el siguiente se dio la batalla, y a principios del siguiente, en *Aquileia*, enfermo de hidropesía, Teodosio murió el 17 de Enero del año 395. Le sucedió su hijo Arcadio, de 17 años, en Oriente, y Honorio, de 10 años, en Occidente.

Capítulo 4
Jerónimo y Dámaso.

Años 370 a 420

Natural de *Stridona* (Brijegovi) - pequeña aldea junto al río Ugar, afluente del *Urbas*, afluente del *Savus Flumen* (río Sava), afluente del *Ister Flumen* (río Danubio) - Jerónimo había nacido en un *vicus* perdido, en la frontera, entre la *Dalmacia* y la *Panonia*. En tiempos de Octavio César Augusto *Stridona* formó parte del *limes* (frontera) del Imperio romano y contó con una numerosa guarnición. Pero, al conquistarse la *Panonia*, la *Moesia,* y la *Dacia*, perdió la importancia estratégica que había tenido antaño.

Su padre, el terrateniente más importante del lugar, quiso que su hijo único se educara en Roma, y allá lo envió, a estudiar con el gramático más famoso de su tiempo, Elio Donato. Bajo las órdenes de Donato, el joven Jerónimo aprendió las reglas de la buena composición, perfeccionó su vocabulario, tanto en latín como en griego, y se aficionó a la buena literatura.

Disfrutaba con Virgilio, que era su autor favorito. Virgilio era majestuoso en las descripciones, elegante en la estructura que daba a sus versos, brillante al describir los caracteres de sus personajes. Cicerón también estaba bien, pero Cicerón no era grandioso. Cicerón era un escritor doméstico, mientras que Virgilio escribía para las élites. Jerónimo apreciaba de Quintiliano la pureza de su estilo, pero lo veía frío, impersonal, demasiado académico. También leyó a Homero y a Platón, en griego, pero dominaba menos el griego y Homero le aburría. Platón, en cambio, le agradaba. Le descubría temas y valores que los demás escritores no trataban. Con Platón supo de la Ética, tema que a él le quedaba muy lejos.

Jerónimo vivía la vida que llevaba todo joven acomodado, como era su caso. Su padre hacía el esfuerzo de mandarlo a Roma, y él aprovecharía el tiempo. Jerónimo quería estudiar y aprender, pero también quería vivir. Y Roma ofrecía mil y una ocasiones para todo el que tuviera

sestercios fáciles en la bolsa. En la Escuela de Donato se formó un grupo de media docena de jóvenes ansiosos de vivir. Por la mañana seguían las clases de Donato; luego dormían, y a la noche vivían. Jerónimo sólo se prohibió emborracharse.

Un par de amigos suyos bebían hasta perder la noción y el equilibrio. Eso les impedía disfrutar de las mujeres, la distracción que venía después. Sus esclavos los tenían que acompañar a la posada, donde dormían hasta la lección de Donato de la mañana siguiente. Mientras, los sobrios se divertían con jóvenes encantadoras, que en Roma abundaban.

Jerónimo completó sus estudios en Roma y, cuatro años más tarde, junto con uno de sus amigos, el que más se parecía a él, con el que más congeniaba, se dedicó a viajar por la *Acaya* (Grecia) y por las islas del *Mare Aegaeum* (Mar Egeo). La vida en las islas resultaba más atractiva que tierra adentro. Jerónimo pensó que tal vez la pequeñez de una isla daba más libertad a sus mujeres. No había jóvenes estrechas. Todas querían salir de allí, sirviéndose de alguno de los viajeros que las visitaban. Y ese afán resultaba muy favorable a los visitantes.

Durante año y medio, Jerónimo y su amigo saltaron de isla en isla, saboreando los frutos locales. Hasta que una mañana, su amigo apareció muerto sobre el lecho. La noche anterior habían hecho el plan habitual, y se habían acostado tarde, pero sólo se levantó él. La repentina muerte de su amigo impactó fuertemente a Jerónimo.

Una luz se hizo de pronto en su mente y tuvo la certeza de que aquella vida que llevaba era equivocada. Decidió cambiar. Se acercó a una comunidad de la isla de *Rhodus*, en la que estaba, y cuando les expuso su experiencia y su deseo de cambiar de vida, le recomendaron el retiro con unos monjes de *Emesa*, al Norte de la *Galilea Celesiria*. Allá encontraría la paz que estaba buscando.

Con los monjes de *Emesa* Jerónimo permaneció dos años. Se dedicó al estudio de los libros que tenían los monjes, que versaban sobre una doctrina que no conocía, que se llamaba Cristianismo. Los libros disponibles estaban en griego. Gracias a ellos Jerónimo comprendió que su vida anterior era una completa equivocación y que, siguiéndola, se estaba labrando su desgracia eterna. Los monjes le dijeron que la muerte de su amigo era un aviso del cielo. Pero lo que más impactó a Jerónimo fue el amor que le mostraban aquellos hombres, para quienes era un

desconocido. Nadie en su vida había sido tan solícito con él, ni siquiera su padre. Su madre había muerto cuando él era un niño y apenas la recordaba.

Al cabo de un año de permanencia con los monjes, cayó en sus manos un librito de modesta apariencia. Narraba el martirio de un testigo de Cristo, un tal Policarpo, obispo de *Esmirna*, en Asia. Y al final del libro, Jerónimo, habituado a leer entre líneas, vio algo que le llamó poderosamente la atención: El autor del martirio se anunciaba bajo el pseudónimo de Simón. ¿Qué quería dar a entender el llamado Simón con tal artificio?

Estuvo varios días cavilando. No quería comunicar su hallazgo a ningún monje hasta no averiguar quién era Simón. Y al poco, leyendo uno de los Evangelios, el de Juan - que le parecía el más inspirado, y con ciertos toques de las enseñanzas de Platón - descubrió una firma de Simón. Ese mismo día descubrió varias más. También había firmas de Simón en los otros tres Evangelios. Aquello era un descubrimiento de la máxima importancia. Demostraba que los Evangelios no eran obra de cuatro autores, como los monjes le enseñaron, sino de uno solo. Pero su autor conocía verdades trascendentales, verdades que le habían salvado de un perjuicio eterno. Jerónimo decidió profundizar en la doctrina de los monjes y pidió ser bautizado.

Un año más tarde, Jerónimo se despedía de los monjes de *Emesa*. Llevaba una carta de presentación para el obispo de *Antioquia* de Siria. En la carta los monjes recomendaban vivamente a Jerónimo como apto para ser investido como ministro cristiano. El joven Jerónimo fue consagrado sacerdote por el obispo de *Antioquia*, y al poco de serlo, informó a éste de su deseo de ir a Roma. Era el año 378. Jerónimo contaba 33 años. En Occidente reinaba el Augusto Graciano, y en Oriente, Valente. En el transcurso del viaje por barco, desde *Antioquia* de Siria a Roma, el Augusto de Oriente, Valente, resultó muerto en la batalla de *Adrianópolis*. Graciano, que había acudido en su apoyo, llegó tarde y permaneció unos meses en la *Panonia*, a la espera de los logros que obtuviera el general Teodosio, su designado para hacerse cargo del gobierno de Oriente. Jerónimo se enteró del desastre a su llegada a Roma.

Tuvo que insistir en su petición de ver al obispo de Roma a solas.

- "Su Eminencia está muy ocupado, disculpas. Sólo podrá verle en audiencia colectiva, con otros sacerdotes que vienen de *Hispania* … y eso será … mañana … no, pasado mañana a última hora de la mañana."

Jerónimo no tuvo más remedio que aceptar. Resolvería la cuestión sobre la marcha. Se había hospedado en una pensión módica. Su padre se había vuelto muy comedido a la hora de mandarle crédito últimamente. Y eso le obligaba a una vida más austera, lo cual estaba más acorde con su nueva posición. Jerónimo ni siquiera pisó la *Subura*, el barrio de sus antiguas juergas. Ahora era una persona respetable. La audiencia colectiva transcurrió dentro de lo esperable; todos los sacerdotes venidos a dialogar con el obispo le expusieron sus peticiones, todos menos él.

Cuando Dámaso, que así se llamaba el obispo de Roma, los despidió, Jerónimo dio dos pasos hacia él. El obispo, ya entrado en años - tenía 74 - le miró sorprendido. Jerónimo se arrodilló ante él y bajó la cabeza. Dámaso le increpó, un tanto molesto:

- "¿Qué queréis, hombre de Dios?"

Jerónimo, de rodillas, levantó el rostro y, con la más humilde de las miradas, replicó:

- "Un instante a solas con vos, Eminencia."

El viejo obispo se extrañó.

- "¿Y a qué se debe tanto secreto?"

Jerónimo se levantó sin responder. Los sacerdotes de *Hispania* estaban fuera de la sala. Ya de pie, miró fijamente a su interlocutor, y en voz baja respondió:

- "He conseguido pruebas documentales de que los cuatro Evangelios son obra de un mismo autor, y pensé que eso os interesaría sólo a vos."

El obispo se quedó inmóvil por unos momentos. Lugo le hizo una seña.

- "No puede ser. Venid conmigo."

Pasaron al despacho privado del obispo. Éste se sentó ante la mesa en la que trabajaba y le dijo simplemente:

- "Hablad."

Jerónimo sacó el libro sobe el Martirio de Policarpo y le mostró la firma al obispo. Luego le pidió un Evangelio cualquiera y en él buscó los pasajes en los que había encontrado firmas de Simón. Dámaso no salía de su asombro. Después de pensar un tiempo, apoyado en el respaldo de su sillón, preguntó:

- "¿Y estáis seguro de que eso son firmas dejadas por el autor? ¿No podría ser algo surgido al azar?"

Jerónimo no pudo evitar una sonrisa.

- "Eminencia, es la manera de dejar claves en un escrito. Mi maestro de Retórica, Elio Donato, nos enseñó muchos ejemplos de los mejores autores, latinos y griegos. Sin duda habréis oído hablar de él. No sé si vive aún, pero si ha muerto, quien dirija su Escuela os lo confirmará. Informaos."

Dámaso pensaba hacerlo, pero respondió:

- "No es necesario, os creo."

Su mente, que, a pesar de los años, se mantenía ágil, pensaba con rapidez. Debía retener a aquel sacerdote a cualquier precio. Poseía una información que podía dar al traste con demasiadas cosas. Para tantear la situación, preguntó:

- "¿Tenéis dónde alojaros?"

Jerónimo había buscado ya una posada, pero se abstuvo de dar la dirección.

- "Sí, Eminencia, ese tema ya está resuelto."

- "¿Y contáis con contactos en la capital? ¿Tenéis ya un destino en Roma?"

Jerónimo prefirió dejar abiertas las puertas.

- "No, Eminencia. He venido desde Siria, directamente a hablar con vos. Había pensado que erais la persona adecuada."

- "Desde luego, lo soy … Habéis actuado correctamente."

Una idea le había venido a la mente.

- "¿Y en todo este tiempo, desde que os disteis cuenta del asunto ése de las firmas, habéis pensado en alguna solución?"

Era la pregunta que Jerónimo estaba esperando. Eso significaba que el obispo se tomaba en serio su descubrimiento.

- "Eminencia, se me han ocurrido dos posibles actuaciones para contrarrestar el hecho."

Ante el silencio del joven ministro, el obispo exclamó, impaciente.

- "¡Hombre de Dios, hablad!"

Jerónimo continuó.

- "Se podrían elaborar unos nuevos textos, eliminado las firmas. Y no lo había mencionado, Eminencia, pero hay otro fallo en la mitad de los escritos, o incluso en más, que están casi todos ellos escritos con la misma estructura. Por eso no recomendaría elaborar unos nuevos textos y realizar la sustitución. Siempre podría quedar algún ejemplar del texto antiguo y

sería fácil detectar cuál de los dos textos, el viejo o el nuevo, es el original.

En lugar de eso, yo me atrevería a recomendar otra actuación. En primer lugar se traduciría al latín el Nuevo Testamento. Y se prohibiría, en todo el territorio bajo vuestra jurisdicción, emplear la versión griega. Y en segundo lugar, se darían órdenes a cada iglesia, convento o cenobio donde hubiera una edición del Nuevo Testamento, que el más experto de sus gramáticos modificara todos los escritos, unificando las estructuras según sus autores."

Dámaso consideró los dos planes que acababan de exponérsele.

- "¿Y qué ventaja tiene esta segunda manera de proceder, según vos?"

Jerónimo sonrió, tan imperceptiblemente como pudo.

- "Eminencia, en el primer caso, sólo habría dos versiones del texto. Sería fácil estudiar ambas, porque sólo habría dos. Con el segundo sistema, por el contrario, habrá tantas versiones como ejemplares hay distribuidos por todo el Imperio, ¡y averiguar cuál es la versión primitiva será a todas luces imposible!"

Dámaso se quedó unos instantes mudo, reflexionando. La siguiente pregunta iba a ser vital.

- "Hijo, ¿qué diríais si ahora mismo os nombrara mi secretario personal?"

Era más de lo que Jerónimo se había atrevido a esperar.

- "Eminencia, diría que el viaje a Roma ha merecido la pena."

Dámaso suspiró, aliviado. Se levantó, y dio unos pasos hacia el lateral de la mesa. Cuando la hubo sorteado, abrió los brazos.

- "Venid a mis brazos, hijo mío."

Pero Jerónimo, en vez de aceptar el abrazo de su superior, se hincó de rodillas ante él y le pidió su bendición.

- "Para que sea capaz de hacer todo lo que vos me pidáis."

Aquel mismo día se forjó una amistad inquebrantable entre los dos ministros del Señor. Dámaso permaneció como obispo de Roma seis años más, hasta la avanzada edad de ochenta años. En ese tiempo Jerónimo tuvo tiempo de traducir al latín, en un estilo pulido y elegante, todo el Nuevo Testamento. Se le llamó la Vulgata y durante más de mil años fue el único texto permitido en Occidente. Actuando así se

imposibilitaba que se descubriera el mayor engaño de la historia de la Humanidad, la fraudulenta invención del Cristianismo.

Dámaso ordenó que la liturgia, que hasta ese momento, se hacía en griego, pasara a realizarse en latín. Prohibió el uso de las Sagradas Escrituras en griego, requisando y quemando todas las que se encontraban

Mientas Jerónimo realizaba la traducción del Nuevo Testamento griego al latín, y borraba así todo rastro de firmas, Dámaso pasó a la historia eclesiástica como un gran descubridor de tumbas de mártires. Con las reliquias de los mártires, así obtenidas, fundaba nuevas iglesias. Pronto Ambrosio, obispo de Milán, haría lo mismo.

En Roma, Dámaso se dedicó a restaurar catacumbas, adjudicándolas a mártires cristianos. A los mártires recién descubiertos les dedicaba inscripciones en verso en las catacumbas. Los versos eran obra de Jerónimo.

Ya en época de Teodosio, éste se vio obligado a dictar leyes contra los monjes ambulantes que vendían a los fieles cristianos reliquias de santos. El hallazgo de reliquias de mártires era labor exclusiva de los obispos.

Antes de morir, el año 384, con Teodosio en el poder, Damaso dejó un mensaje privado que debía ser entregado en mano a su sucesor. Decía así:

"*Dámaso, obispo de Roma, a quien me suceda. Salud.*

Os recomiendo, con la máxima fuerza, que sigáis las instrucciones que Nos, Dámaso, hemos dejado a Jerónimo, mi Secretario. Tiene encomendado un trabajo vital: Traducir, del hebreo al latín, la Biblia judía, según marca la Septuaginta. Terminado, deberán hacerse copias del mismo, y ser enviadas éstas, sin dilación, a todas muestras iglesias.

Mantened sin falta nuestros edictos. El futuro del Cristianismo depende de ello."

Le sucedió Siricio, romano, como Dámaso. Siricio aceptó las recomendaciones de su antecesor y lo mismo hicieron los dos obispos de Roma siguientes, Anastasio e Inocencio, en cuyo pontificado Jerónimo terminó la traducción al latín de la Septuaginta, que estaba redactada en griego.

Capítulo 5

De Honorio al final del Imperio romano de Occidente.

Años 395 a 476

A juicio del general Estilicón, su Augusto Teodosio tenía muy claro que al frente del Imperio, tanto de la parte Oriental como de la Occidental, tenía que estar un general experimentado y fiel a Roma, alguien que no persiguiera sus propios fines, sino el bien del Imperio. Por eso lo había elegido a él.

- "Quisiera disponer de dos como tú, mi apreciado Flavio - le había dicho - pero tu madre sólo te parió a ti, y fue una lástima."

Los dos rieron con las palabras del Augusto. El Augusto Teodosio le había manifestado de mil maneras su afecto y protección. Lo había promocionado, poniéndole por delante de militares más veteranos que él. Y, finalmente, lo había casado con su hija adoptiva, Serena. Serena era sobrina de Teodosio, hija menor de una hermana del Augusto, llamada María. A la muerte del marido de María, Teodosio llamó a *Constantinopla* a María y a sus dos hijas. Posiblemente previendo el futuro, casó a ambas con dos generales. La mayor, Thermantia, casó con un general romano, y la pequeña, Serena, se la dio a él, *vándalo* de ascendencia. Desgraciadamente, el general romano murió unos años después, luchando con los *Ostrogodos* (*Godos* del Este).

Y a él le confió el cuidado de Honorio, su hijo menor. Honorio apenas tenía diez años a la muerte de su padre; y su madre, Gala, había muerto años atrás. Sólo le tenía a él. Su padre le había indicado que él, Estilicón, gobernaría la parte que le había correspondido hasta su mayoría de edad. Y que, a partir de entonces, gobernaría de acuerdo con Estilicón.

Estilicón estaba presente cuando el padre explicó al niño lo que debía suceder si él faltaba. Cuando hubo terminado, Teodosio preguntó a su hijo:

- "Ahora dime lo que te acabo de ordenar. ¿Qué pasará si yo falto?"

El niño, mirando al suelo, dijo en voz baja, pero suficientemente alta como para que ambos lo oyeran.

- "Que el tío Estilicón mandará y que yo le obedeceré hasta que sea mayor. Y cuando sea mayor, que haremos todo juntos."

Teodosio le miró y ambos hombres sonrieron. El padre despidió al niño.

Ahora que el Augusto había muerto, Estilicón ya sabía lo que tenía que hacer. Lo había aprendido en los muchos años que sirvió a las órdenes del Augusto. Pero hubo un tema que se atravesó en la buena trayectoria que él deseaba para el Imperio de Occidente, del que tenía que cuidar. Apenas había tenido lugar el sepelio de Teodosio, que se celebró en *Mediolanum*, la capital en la que había fallecido, Rufino, el general al cuidado de Arcadio, y Prefecto de Constantinopla, había enviado tropas que habían tomado la *Panonia*, que desde Graciano formaba parte de la *Iliria*, y ésta de Occidente.

Cuando se conoció la noticia de que la *Panonia* había sido invadida por los vecinos del Este, todo el pueblo se sintió ofendido. Los cortesanos se hicieron eco del sentir del pueblo, y muchos oficiales le preguntaron si no se iban a tomas medidas para castigar aquel ultraje. Estilicón, que sabía que las fronteras hervían de enemigos dispuestos a lanzarse contra el Imperio, desoía tales presiones.

Sus informadores le habían comunicado movimientos en la *Moesia*. Los *Visigodos* (*Godos* del Oeste) que la habían ocupado tras la batalla de *Adrianópolis*, se movían hacia el Sur y sus intenciones eran atacar *Constantinopla*. Estaban dirigidos por un rey nuevo, un joven bárbaro llamado Alarico.

Alarico había guiado tropas *visigodas* al servicio de Teodosio. Conocía las tácticas romanas y aspiraba a encontrar unas tierras para asentar a su pueblo. Exigió a Rufino y a la corte de Constantinopla unas tierras tan amplias como la *Moesia* y recibió una negativa. Estilicón ofreció ir con su ejército y oponerse a Alarico, pero Rufino le negó permiso para entrar en las tierras del Oriente. En consecuencia, Alarico invadió la *Macedonia* y la *Acaya* y el año 396 destrozó toda Grecia, llegando hasta el *Peloponeso*.

Al año siguiente Estilicón no pidió permiso a Rufino y con sus tropas se dirigió al *Peloponeso* y allá hizo frente a las huestes de Alarico, derrotándolo. Pero su victoria no fue total y Alarico logró huir. Estilicón lo persiguió, pero Alarico se perdió entre los bosques de la *Tesalia*. Estilicón volvió a Italia y supo entonces que Arcadio había nombrado a Alarico

gobernador de la *Panonia*. Pensaron en Constantinopla que nada mejor que concederle la *Panonia*, la tierra que Alarico estaba buscando, la que lindaba con la Prefectura de Italia, la que Rufino había arrebatado a Occidente.

Estilicón no quería tener a un *Visigodo* agresivo como vecino. Sabía que antes o después atacaría Italia. Sabía también que tendría que ausentarse de la capital por largos periodos y que había muchas personas que podían influir sobre el joven Augusto. Reforzó su posición en la corte de *Mediolanum*, celebrando los esponsales del joven Honorio, que entonces tenía catorce años, con su hija María, de la misma edad.

Sus temores respecto a Alarico estaban bien fundados, pues dos años más tarde, el año 400, Alarico invadió el Norte de Italia desde el extremo Este, en la *Iliria*. Estilicón no se dio prisa por salir a su encuentro. Cuanto más se adentraran Alarico y sus huestes en Italia, más difícil les resultaría volver a sus tierras en la *Panonia* y más tiempo tendría él para darles caza. Le dejó cruzar toda el Norte de Italia y bajó a su encuentro cuando sus informadores le dijeron que estaba ya cercano a las *Galias*. El choque se dio en *Pollentia* (Bra). La victoria fue de Estilicón, pero por un margen muy estrecho. Su enemigo pudo huir y Estilicón no tenía fuerzas suficientes como para perseguirlo con certeza de éxito.

Al año siguiente Estilicón reunió un ejército mayor y se enfrentó a Alarico en Verona, cerca de la *Iliria*. Una nueva derrota, ésta ya rotunda, obligó al *Visigodo* a retirarse a sus territorios de la *Panonia*.

El año 404 Estilicón no tuvo otra opción que trasladar la capital de *Mediolanum* a Rávena, 225 millas al Sudeste, en la costa del *Mare Superum* (Mar Adriático). Rodeada de pantanos y con acceso al mar, Rávena tenía una posición inexpugnable. Honorio contaba 19 años. En Rávena estaría a salvo de cualquier sorpresa si Estilicón se encontraba ausente, máxime con el peligroso vecino de la *Panonia*.

El invierno del año 406 fue especialmente frío. Todos los ríos del Norte de las *Galias* se helaron. El último día del año un contingente inmenso de *Suevos*, *Vándalos* y *Alanos*, bárbaros de la *Germania*, se concertaron para atravesar el helado Rhin e invadir las *Galias*, buscando tierras donde poder establecerse, lejos de la amenaza de los *Hunos*. Dado su número, superaron con facilidad a las guarniciones de legionarios *limitatenses* que encontraron, y se derramaron como un torrente por toda la *Galia*. Cuando la ocuparon, un año más tarde, invadieron *Hispania*.

Al mismo tiempo, una horda de guerreros *Ostrogodos* y *Suevos* atravesó los Alpes e invadió el Norte de Italia. Estilicón pudo hacer frente a estos últimos, pero no pudo acudir en auxilio de la *Galia*. Salió contra los *Suevos* y *Ostrogodos* y los derrotó. Pero se percató de que las tropas que tenía a su disposición eran insuficientes para contener a las grandes masas de bárbaros que entraban por las fronteras. Le había costado dos años derrotar y expulsar a Alarico del Norte de Italia. De modo que decidió llamar a las Legiones estacionadas en *Britania*, para que cruzaran el *Mare Británicus* (Canal de la Mancha) y se pusieran bajo sus órdenes.

Britania quedó desguarnecida y paulatinamente fue presa de invasores *Anglos*, *Sajones* y *Jutos*, que empezaron a establecerse en sus llanuras años más tarde, tan pronto se enteraron de que las Legiones romanas las habían abandonado. Ese mismo año, el 407, el Augusto de Oriente, Arcadio, murió. Le sucedió su hijo, Teodosio II.

Pero en Rávena su unieron dos fuerzas que actuaban en la misma dirección. Honorio estaba molesto e indignado con Estilicón, porque lo había tenido sometido durante toda su juventud. Ahora tenía ya dieciocho años y no se acordaba de la promesa que había hecho a su padre.

Los cortesanos que le rodeaban cada día, en ausencia del general al mando, le convencieron de que Estilicón planeaba derrocarle y colocar a su propio hijo en el trono. Honorio fue tan insensato como para dar crédito a tal calumnia, sin darse cuenta de que Estilicón era la columna principal, y única, que sostenía su trono. Firmó un edicto por el que le condenaba a muerte por alta traición. Estilicón fue detenido y, al día siguiente, decapitado. Honorio se apresuró a repudiar a su esposa, la hija de Estilicón, con quien aquél lo había casado.

En las condiciones ya precarias en que el Imperio de Occidente se encontraba, quedarse sin el Emperador efectivo iba a precipitar su ruina.

Alarico, desde la *Panonia*, se había cuidado de enviar agentes suyos a las principales ciudades del Norte de Italia, y tenía un par de espías en Rávena, actuando como comerciantes. Uno llevaba los mensajes y el otro seguía en su puesto de observación. Éstos se enteraron de inmediato de la ejecución de Estilicón, y poco después lo supo también Alarico.

Alarico despreciaba a los romanos. En su opinión eran avaros, estúpidos, orgullosos y se dedicaban a explotar a los demás para mantener

un nivel de confort del que no eran merecedores. Tal vez en el pasado lo hubieran sido, pero ahora su raza había degenerado y ellos no se habían dado cuenta. Él se había dado cuenta en su trato con ellos, mientras les sirvió como mercenario. El difunto Teodosio lo había tratado bien, le dio la importancia que él merecía. Pero a su muerte dos advenedizos se habían ganado el favor de las cortes de los herederos, y a él lo habían postergado. Iban a pagar semejante afrenta.

A los pocos días de conocer la muerte de su enemigo, una noticia todavía más grata llegó a su conocimiento. Miles de guerreros *Godos* se sintieron traicionados con la ejecución de su general. Sus jefes enviaron mensajeros a Alarico, pidiendo ser admitidos entre sus filas. Los romanos le iban a proporcionar el ejército para invadirles. La respuesta fue, en todos los casos, afirmativa, pero Alarico les dijo que permanecieran en sus puestos, que se le unirían a su paso. Organizó las tropas que pudo reunir, y se puso en marcha por el itinerario que ya conocía, esta vez camino de Roma.

Su intención seguía siendo conseguir para sus hombres una tierra mejor que la que le habían dado. La *Panonia* era tan fría y estéril como las tierras de las que ellos venían, más allá del Danubio. La agricultura apenas daba fruto, mientras que toda Italia era un prado verde, donde los cereales, las huertas y los frutales se cuidaban solos. Alarico quería una tierra en Italia. Sabía que la decisión estaba en Rávena, pero esa ciudad era inatacable. Chantajearía a Rávena amenazando a Roma. Con las tropas propias y los 30.000 *Godos* que abandonaron sus campamentos y se le unieron, llegó hasta Roma sin encontrar ejército alguno que se le opusiera. En ocasiones aparecían algunas patrullas de jinetes a la vista, pero enseguida desaparecían, atemorizadas ante el número de tropas que le acompañaban.

Llegados a Roma, distribuyó a sus hombres, rodeándola. Sabía que, aunque no disponía de la maquinaria pesada necesaria para tomarla al asalto, siempre podría rendirla por hambre.

Pero su objetivo no era Roma, sino conseguir del joven y estúpido Augusto tierras para su gente. Dejó a la mayoría de sus tropas rodeando Roma, y marchó a Rávena. El Augusto se negó a las peticiones que le hicieron sus mensajeros.

Al año siguiente repitió la petición, con Roma padeciendo el sitio establecido un año atrás. En Roma Alarico hizo algo más, negoció con sus

autoridades. La respuesta en Rávena fue la misma. Honorio se sentía seguro tras sus muros y no cedió. Alarico lo maldijo una y mil veces. Tendría que saquear Roma y, con el botín que lograra en ella, dirigirse al Sur. Allí tal vez habría tierras fértiles esperándole.

Mientras tanto, Honorio, rodeado de los ministros que le habían inducido a matar a Estilicón, trató de evitar el mal efecto que podría causar la caída de Roma, y emitió una orden por la que informaba a todas las ciudades del Imperio de que, en caso de ser sitiadas por los invasores bárbaros, no iban a recibir auxilio de las autoridades militares del Imperio. Cada ciudad tendría que solucionar la situación por sus propios medios, con las tropas de que dispusiera. Era el verano del año 409.

Las ciudades que no habían sido tomadas por los bárbaros, se apresuraron a prepararse para una segura invasión de sus territorios. Los campesinos emigraron a las ciudades más próximas. Éstas se habían retraído respecto a la extensión que tuvieron en su época más floreciente. La decisión fue, en casi todos los casos, construir un lienzo de muralla que, junto con el resto de la antigua muralla, cerrara la porción que se podía defender con los hombres disponibles, dejando el resto de la ciudad fuera del nuevo casco urbano. Dentro de él se defenderían de los bárbaros.

En Agosto del año siguiente, Roma abrió sus puertas a Alarico. Sus gobernantes habían llegado a un acuerdo con él. Después de todo, nadie vendría en su ayuda y el hambre empezaba a hacerse sentir en la ciudad. Alarico no la tomó a sangre y fuego. Pensó que le vendría mejor la buena voluntad de los romanos que su odio. Por eso dio órdenes severas a sus hombres: El que matara a un romano, o quemara un solo edificio, sería decapitado. Sólo estaba permitido despojarles de sus bienes, sobre todo los de los Templos y de las mansiones de los ricos. Sus tropas se dedicaron durante seis días a cargar un inmenso botín en más de trescientos carros tirados por bueyes, además de las pequeñas piezas que sus hombres escondieron en las grupas de sus caballos. Con tan rico botín Alarico tuvo que conformarse, y salió de Roma camino del Sur.

Pero los buenos días de Alarico tocaban a su fin. Llegado al Sur, los jefes que le acompañaban se empeñaron en que estarían más seguros estableciéndose en el África. Alarico no temía a los romanos y era partidario de quedarse en el Sur de Italia. Pero se había sabido que África era el granero de Roma, y la codicia cegaba los ojos de los suyos. Podía haber ejercido su autoridad, pero prefirió transigir. Los pocos barcos de

que disponía, que le acompañaban por el *Mare Adriáticum*, embarcaron a una parte de sus hombres en *Tarentum* (Tarento) para pasarlos a África. Pero fueron desarbolados por una tormenta y se hundieron todos, con sus hombres dentro. Alarico enfermó, tal vez por el disgusto que le causó la noticia, y a los pocos días falleció.

Faltos de la dirección de Estilicón para sus ejércitos, las autoridades de Rávena buscaron entre sus generales quién podría sustituirle. Y lo hallaron en la persona de un general llamado Constancio. Era natural de *Naissus* (Nis) en la *Panonia*. Había sido *Magister mílitum* (general de los ejércitos), y se le encomendó la eliminación de un usurpador, de nombre Constantino, que se había sublevado en *Arelate*. Tan bien lo hizo Constancio que los ojos de toda la corte se fijaron en él.

Casi al mismo tiempo, tal vez por la falta de la autoridad de Estilicón, se sublevaron dos usurpadores más: Jovino, en *Narbo* (Narbona), y los hermanos Sebastián y Máximo en *Hispania*. Enviado Constancio a reprimirlos, lo logró en los dos casos.

En justa recompensa, se le puso al cargo de todas las tropas del Imperio, en el puesto de Estilicón. Y la mirada de Constancio se posó en la invasión de *Suevos*, *Vándalos* y *Alanos* que se habían apoderado de *Hispania*. Porque los *Visigodos* de la *Galia* ahora casi eran aliados de Roma. La causa era la hermana menor del Augusto Honorio, Gala Placidia.

Gala Placidia estaba en Roma cuando Alarico la sitió. Seguía en Roma cuando Alarico saqueó Roma, y formó parte del botín que éste se llevó al Sur. Pero al poco tiempo Alarico había muerto, y su cuñado Ataulfo accedió a la jefatura de los *Visigodos*. Viendo cortado el camino de África, Ataulfo tomó a su gente - Gala Placidia incluida - y ascendió por toda Italia, hasta recalar en el Sur de la Galia. Allá desplazó a otros bárbaros y se instaló. Ésa sería la tierra que llevaban tiempo buscando. Y para completar su plan de hacerse un hueco en el Imperio, convenció a la hermana de Honorio a desposarse con él. Y lo logró. Era el año 414.

Constancio entró en negociaciones con Ataulfo y le propuso que ayudara a Roma, ahora que era cuñado del Augusto Honorio, atacando y expulsando de *Hispania* a los invasores *germánicos* que la había ocupado, *Suevos*, *Vándalos* y *Alanos*. A Ataulfo le convenció el plan, que significaba conseguir botín y quizás nuevos territorios, y condujo a su

ejército a *Hispania*. Los *Alanos* ocupaban la parte central de *Hispania*. Contra ellos fueron las primeras acometidas de Ataulfo, y al cabo del tiempo los *Alanos* casi desaparecieron. Pero Ataulfo murió asesinado el año 415, y le sustituyó Valia.

Éste accedió a devolver a Gala Placidia a cambio de que se les permitiese asentarse en el Sudeste de las *Galias*. Con este acuerdo, Gala Placidia volvió junto a su hermano. Y éste dispuso que se desposara con el general Constancio, que debía suplir la labor que había realizado Estilicón. Gala Placidia se desposó con el victorioso general y un año después, el año 417, nació el fruto de tal unión, que se llamaría Valentiniano III.

La guerra de los *Visigodos* en Hispania iba dando los frutos deseados. Desaparecidos los *Alanos*, los *Suevos* fueron arrinconados en el extremo Noroeste, y los *Vándalos*, desplazados hasta el extremo Sur de *Hispania*. Pero entonces Constancio los mandó retirarse y volver a sus tierras, en torno a *Tolosa*. No quería que lograran un éxito completo y tuvieran la tentación de quedarse también con las tierras de *Hispania*.

El año 419 Valia murió y se hizo con el poder Teodorico. Fue éste el que volvió a la *Galia* y fundó el Reino de *Tolosa*, que perduraría durante siglos. En este primer reino *Visigodo*, los *Godos* eran los terratenientes, los señores, mientras que los romanos, en su mayoría campesinos, pasaban a ser sus siervos. Ésta fue la norma que se iba a instalar en las regiones donde los bárbaros se hicieran con el control.

El año 421 Honorio asoció al general Constancio, su cuñado, al poder. Se llamó Constancio III. Pero sólo estuvo en el poder siete meses, de Febrero a Septiembre, pues falleció de muerte natural ese mismo año.

Dos años más tarde, el año 423, murió Honorio. No había tenido hijos. Dejaba un sobrino, Valentiniano III, hijo de Gala Placidia, de seis años de edad, al frente del Imperio de Occidente. Era nieto de Teodosio y, por línea materna, bisnieto de Valentiniano I. Su madre ejercería la regencia hasta su mayoría de edad. Pero su madre necesitaba apoyarse en un hombre fuerte para controlar el Imperio. Dos opciones se iban a consolidar en unos pocos meses: Aecio y Bonifacio. La corte de Rávena se había decantado por el general Bonifacio, pero Gala Placidia decidió que su hombre de confianza sería Aecio. A Bonifacio se le hizo *Comes* (Conde) del África. Y allá fue.

Flavio Aecio, natural de *Durostorum* (Silistria, de Rumanía), estaba al mando de una fuerza de bárbaros, que incluía algunos *Hunos*. Un

usurpador, Juan, que se alzó el año 425 contra al poder central, fue derrotado por Aecio y ejecutado en Octubre. Sobre el Imperio, ocupado ya en parte por los bárbaros, se cernía la amenaza de los *Vándalos* y de los *Hunos*.

Y ello porque poco después de su nombramiento, Bonifacio, desde África, deseoso de resarcirse por el ostracismo a que se le había condenado, pensó en pedir ayuda para enfrentarse a Aecio, y no encontró otra opción disponible que los *Vándalos* del Sur de *Hispania*. Era el año 428. Éstos acababan de elegir a un nuevo rey, Genserico, de 40 años, y Genserico vio la oportunidad de hacerse con una provincia rica en trigo y aceite. Aceptó la oferta de Bonifacio y al año siguiente, en la flota que éste le envió, embarcó a 30.000 de sus guerreros. Pero su intención no era ser mercenario de Bonifacio, sino apoderarse de su territorio.

Éste se dio cuenta de su error demasiado tarde, y se opuso a los *Vándalos*, pero fue derrotado por Genserico y tuvo que huir, con las pocas tropas que le quedaban, a *Hippo Regius* (Bona), en la *Numidia*. Genserico persiguió a Bonifacio, sitió la ciudad y la tomó el año 431. Bonifacio escapó, pero al año siguiente fue encontrado y muerto.

Genserico dejó de enviar trigo y aceite a Roma, que lo necesitaba. Eso obligó a Rávena a entrar en negociaciones, y el año 435 se llegó a un acuerdo que daba legalidad a la ocupación del África por los *Vándalos*, con tal de que siguieran enviando los suministros habituales a Roma. Genserico debía respetar *Cartago*, que seguía siendo romana. Genserico respetó el pacto y no tomó *Cartago* … hasta el año 439.

Pero el enemigo más temible eran los *Hunos*. Se habían hecho con todo el territorio al Norte del Danubio, la frontera Norte del Imperio romano de Oriente. En el verano del año 433 Atila y su hermano Bleda se hicieron con el mando de los *Hunos*. Consciente de su poder, Atila aumentó el impuesto que venía pagando el Imperio de Oriente a 700 libras de oro anuales como precio por la paz. Teodosio II, su Augusto, aceptó. Con el Este controlado, Atila condujo a sus hombres hacia el Oeste y saqueó la *Germania*. Eso hizo que *Burgundios* y *Francos* se decidieran a probar suerte en el Imperio romano de Occidente. Aecio marchó contra ellos y en dos campañas sucesivas, los años 436 y 438, los derrotó y frenó su asentamiento, aun sin lograr expulsarlos al Norte del Rhin.

El año 437 Valentiniano III, con 18 años, se desposó con Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II, Augusto de Oriente, y su esposa Eudoxia.

Entre los años 440 y 450 *Britania* fue invadida por oleadas sucesivas de *Anglos*, *Sajones* y *Jutos*, que, desde las costas orientales, fueron desplegándose hacia el interior hasta ocuparla por completo, en lucha con los habitantes romanos de la isla. Los *Caledones* y los *Pictos* la asolaban desde el Norte.

Con la conquista de *Germania* por los *Hunos*, éstos controlaban toda la frontera Norte del Imperio Era cuestión de tiempo que atacaran, bien al Imperio romano de Oriente, bien al de Occidente.

El año 450 murió Gala Placidia, madre del Augusto de Occidente, Valentiniano III. Éste tenía 31 años. Siempre había estado sometido a su madre y no se había ocupado de los asuntos de gobierno, que recaían en su madre y en Aecio. Pero ahora que la titular del derecho a gobernar había dejado de existir, Valentiniano III empezó a interesarse por ello. Ese mismo año murió Teodosio II, Augusto de Oriente. Le correspondía el trono a Pulqueria, su hermana, nieta de Teodosio I. Y Pulqueria tomó una decisión afortunada, se desposó con un general ya mayor, pero hábil en el campo de batalla, Marciano. Cuando llegó el momento de pagar el tributo de oro a Atila, Marciano, ya Augusto, se negó a pagarlo. "Si hace falta - añadió - iré a la guerra."

Atila, con sus hombres dispuestos para la conquista de nuevas tierras, se percató de que en Oriente había surgido un hombre suficientemente fuerte como para hacerle frente. Atacaría a Occidente. En previsión de que los *Hunos* atacaran Occidente, Aecio había mantenido conversaciones con Teodorico I, *Visigodo* que gobernaba el Reino de Tolosa, para hacer causa común contra los *Hunos*, que si desbordaban el Norte de las *Galias*, llegarían a Tolosa y la saquearían también. Y cuando los *Hunos* atravesaron el Rhin y se esparcieron por todo el Norte de la *Galia*, un ejército conjunto romano-visigodo les salió al encuentro, en Junio del año 451, en las llanuras al Sur de *Durocatalauni* (Chälons-sur-Marne), en los llamados *Campos Cataláunicos*. En el campo de Atila formaban numerosos guerreros bárbaros, como los *Ostrogodos*, que se habían convertido en sus aliados. En el campo romano formaban éstos y los *Visigodos* de Teodorico I. Allí estaba también Torismundo, el hijo mayor del ya viejo Teodorico.

Aecio dispuso a los romanos y a los *Visigodos* en las alas y dejó un centro débil. Sabía que Atila se colocaba siempre en el centro de su formación, y que vencería a su centro. Pero las alas rodearon al ejército de

Atila y comenzó una masacre de *Hunos*. La batalla hubiera sido decisiva y favorable a los romanos si Teodorico no hubiera perecido en ella. Su hijo, que iba a su lado, lo supo y esto alteró sus planes. Apresuradamente y con la mayor parte de sus tropas, abandonó el campo de batalla para llegar a *Tolosa* y tomar posesión del trono, que ahora era suyo. La ausencia repentina de su ala derecha impidió a Aecio sacar todo el fruto posible de la victoria, y Atila, con una parte no despreciable de sus hombres, pudo escapar.

Apenas derrotadas las huestes de Atila, llegaron informes de que en el África, Genserico había reunido una gran flota y se disponía a pasar a Sicilia para luego invadir Italia. Aecio dejó defendidas las fronteras del Rhin lo mejor que pudo y condujo a su ejército al Sur de Italia. Pero Genserico, sabiendo que le esperaba Aecio con sus mejores tropas, retrasó la invasión.

Ese año, el 452, Atila, resentido con los romanos por la derrota sufrida, atacó el Norte de Italia. Sitió durante tres meses, y luego tomó y saqueó *Aquileia*. Siguiendo la calzada que las unía, asoló *Patavium* (Padua), Verona y *Mediolanum* (Milán). La resistencia de la primera de las ciudades no le permitió llegar todo lo lejos que hubiera querido. Con el mal tiempo, tuvo que volver a los territorios que dominaba, en la *Moesia* que había sido romana.[1] Con el botín conseguido y las ciudades arrasadas, Atila compensaba a sus hombres del amargo sabor de la derrota de las *Galias*.

Vuelto a su campamento, Atila se fijó en una joven esclava, capturada años atrás en una correría por el Sur de la *Sarmatia*. Entonces era una niña y Atila no se había fijado en ella, pero diez años después se había convertido en una hermosa mujer. Atila se encaprichó de ella y decidió sumarla a su ya numeroso harén. La haría su esposa.

Lo que Atila no sabía era que aquella joven se había jurado vengar a sus padres. Cuando supo de su elección por el caudillo odiado, consiguió, a través de otro cautivo que la pretendía, una generosa dosis de veneno. La noche de bodas, vertió la dosis en una jarra de vino y escanció dos copas. Ofreció una a Atila y ella bebió la otra de un trago. Atila no desconfió y bebió su copa, también de un trago. Al día siguiente, los dos aparecieron muertos en la tienda. La muchacha había vengado a sus padres.

[(1)] Esta incursión de Atila sólo por el Norte de Italia, en represalia por la derrota que las tropas romanas le habían causado el año anterior, ha servido de base para que los "historiadores" cristianos inventaran la leyenda de que el obispo de Roma, León, I, lo detuvo gracias a sus ornamentos y a su majestad. Para interponerlo en su camino, los más hábiles lo hacen subir hasta el valle del Po. Otros sitúan el encuentro a las puertas de Roma, adonde Atila nunca llegó.

La muerte de Atila tuvo efectos en todo el mundo civilizado de la época. Tenía muchos hijos, pero ninguno tenía el ascendiente del padre. Los *Germanos*, conociendo la noticia, se rebelaron contra los *Hunos* y los derrotaron. El Imperio *Huno* se rompió en mil pedazos. Los *Hunos* dejaron de ser una amenaza para el Imperio.

Valentiniano III, que tenía a la sazón 37 años, pensó que con la muerte de Atila todos los problemas del Imperio se solucionaban. No necesitaba a Aecio, al que odiaba por haberle dejado a un lado en las labores de gobierno. Quedó convenido que a la primera ocasión se desharían de él. Él daría la señal, hiriéndolo el primero. Y cuando Valentiniano III visitó Roma, donde Aecio esperaba todavía a Genserico, paseando por los jardines de Palacio, con Aecio desarmado, el Augusto sacó su espada e hirió con ella al general. Sus acompañantes lo apuñalaron hasta matarlo. Atila había logrado, muerto, lo que no pudo conseguir en vida.

El asesinato de Aecio no quedó sin consecuencias. La casi totalidad de sus hombres, indignados por el hecho, mandaron emisarios a Genserico, rey de los *Vándalos* en el África, ofreciéndole sus servicios. Era el guerrero reinante más cercano. Genserico aceptó los refuerzos que la suerte le proporcionaba. Preparó la invasión de Roma para el año siguiente. Pero no todos los hombres de Aecio se pasaron al jefe de los *Vándalos*. Hubo dos oficiales de su guardia, Optila y Thaustila, que se conjuraron para matar al Augusto. Tuvieron que esperar seis meses, hasta que, en Marzo del año 454, pudieron acercarse a Valentiniano III, que paseaba por el Campo de Marte, y lo apuñalaron hasta matarlo, la misma muerte que había sufrido su jefe Aecio.

Con la muerte de Valentiniano III, los desastres sobre el Imperio romano de Occidente se aceleraron. Genserico se presentó con sus naves en el puerto de *Ostia*, Roma le abrió las puertas y sufrió un saqueo de dos

semanas. Máximo, el primero de los Augustos que sucedieron a Valentiniano III, murió asesinado durante el saqueo.

En los veinte años que faltaban hasta el 476, otros ocho Emperadores nominales se sucedieron en el trono de un Imperio de Occidente inexistente. Todos eran títeres de algún jefe bárbaro que disponía de fuerzas en Italia. El Imperio romano de Oriente intervino y nombró a un par de ellos, pero, con la distancia a que estaba *Constantinopla*, duraron hasta que a otro jefe bárbaro se le antojó imponer su candidato. El año 476 se cuenta como el año que pereció el Imperio romano de Occidente. De hecho, había dejado de tener existencia real unos cuantos años antes, tal vez desde la muerte de Aecio, "el último de los romanos".

Capítulo 6

Recapitulación de la Antigüedad

Para poner fin a la Antigüedad, y antes de entrar en un breve repaso a acontecimientos relacionados con los Evangelios durante la Edad Media y más modernamente, resumamos cuanto llevamos visto.

Las fantasías de un solo hombre, Lactancio, iban a encontrar acogida en el joven Constantino, cuando éste residía en calidad de "invitado forzoso" junto a Diocleciano, hacia el año 303. Nadie en la corte de Diocleciano, como nadie en su propia patria, hizo el menor caso de tales ideas, salvo el joven Constantino. Éste, desconocedor de todo lo relacionado con la variada ideología existente en la Antigüedad, se sintió deslumbrado por la novedad, originalidad y encanto de las doctrinas que le exponía Lactancio. Abandonado por el poder supremo y sin esperanzas, Lactancio se vio apoyado sólo por aquel joven, que encerraba la promesa de ser el hijo del Augusto de Occidente.

La tesis de Lactancio, que Constantino asumió por entero mientras vivió aquél, era la necesidad urgente de sustituir las demás creencias y religiones por el Cristianismo, para evitar el fin del mundo que, de no hacerse así, era inminente. Esta preocupación por el fin del mundo y por su inminencia se trasladó a los Evangelios, aun cuando, supuestamente, habían sido escritos 250 años antes. Hasta ese momento, sólo había una visión, la necesidad de implantar cuanto antes y en todo el Imperio la versión del Cristianismo de Lactancio, su inventor. Y con tal visión iban a ser escritos más de la mitad de los "textos sagrados" cristianos, los redactados por Lactancio.

Pero hacia 307 entró en escena Eusebio, quien, apercibido del desastre que para el Conocimiento - esparcido hasta cierto punto por el Imperio - iba a suponer la implantación obligatoria del Cristianismo, modificó los "textos sagrados" del Cristianismo, en cuya elaboración intervenía, posibilitando la versión de que Jesucristo no era exactamente el

Hijo de Dios, sino más bien un Maestro del Conocimiento, compatible éste con las doctrinas del Helenismo, lo mejor salido de mente humana hasta aquel momento. Con Eusebio, por tanto, surgió la segunda versión del Cristianismo, la versión tolerante y respetuosa con el Conocimiento griego.

El año 314 en el Sínodo de *Arelate* (Arlés) se puso en marcha en Occidente - la parte del Imperio bajo el mando de Constantino - la versión fuerte del Cristianismo, la de Lactancio. Pero Constantino tenía que ir con prudencia, ya que le quedaba aún el otro medio Imperio por ganar para su nueva doctrina, y no debía forzar la marcha, ni realizar acciones que pudieran generar resistencia a la aceptación de su nueva religión por parte de Licinio, su cuñado. Como éste no accedió a implantar la religión de su cuñado en sus Prefecturas, Constantino marchó contra él y lo derrotó definitivamente el año 324. Al año siguiente, el 325, Constantino se dispuso a repetir en *Nicea* lo que ya había hecho con pleno éxito en *Arelate* once años antes.

Pero Lactancio había muerto el 317. Eusebio había interpolado con su versión tolerante incluso los Evangelios redactados originariamente por Lactancio, y preparado una campaña de resistencia a la versión de Lactancio, apoyando su versión del Cristianismo, con Jesucristo como Maestro del Conocimiento. Arrio, desde Alejandría, sería el cabeza y propagandista de la nueva versión.

En el Concilio de *Nicea* se puso en evidencia la pugna irreconciliable entre ambas versiones. Triunfó, lógicamente, la versión apoyada por el Emperador, y los pocos defensores finales de la versión tolerante fueron depuestos y desterrados.

Así pues, en *Nicea* se produjo una ruptura dentro del Cristianismo. Los que siguieron la versión de Lactancio, la original, se llamaron a sí mismos “ortodoxos” y también “nicenos”. Y llamaron a sus adversarios “arrianos” y también “herejes”. Los seguidores de Arrio, estaban defendiendo el Conocimiento, el Helenismo, intentando que el Cristianismo no lo destruyera en un futuro próximo.

Pero apenas año y medio después de *Nicea*, Constantino pasó por el drama familiar, al ordenar la muerte de su hijo Crispo y de su esposa Fausta. Este trauma trajo como consecuencia su pase a la versión tolerante del Cristianismo. Despidió a Osio como asesor y tomó a Eusebio, el depuesto y desterrado obispo de *Nicomedia*, la capital. Este cambio en las

preferencias del Emperador trajo consecuencias muy importantes, e iba a ser el origen de reacciones violentas futuras.

Del mismo modo que Constantino se ocupó de la uniformidad de creencias en *Nicea*, hizo lo mismo, pero imponiendo a todos los obispos la versión que los "nicenos" llamarán "arriana". Los que se resistieron a modificar sus creencias sobre el Hijo de Dios fueron depuestos y desterrados, como ya se hizo en *Nicea* con unos pocos "arrianos". Un ejemplo de la purga fue Atanasio, el nuevo obispo de Alejandría.

La mayoría aceptó las nuevas directrices del Emperador, de quien eran - digámoslo crudamente - empleados, o funcionarios. Otros se negaron y pagaron por ello. Y otros simularon aceptar, pero defendieron a escondidas la versión fuerte del Cristianismo. Los que antes pasaron por "herejes", ocupaban ahora todas las sedes como obispos, tenían todo el apoyo del poder, y los "nicenos" puros habían caído en la desgracia del Augusto. Se había dado un cambio total de la situación, con la particularidad de que los nuevos perdedores eran los más intolerantes y decididos.

Murió Constantino el año 337 y sus hijos, en especial Constancio II, que fue el que pervivió como Augusto único, favorecieron la opción tolerante del Cristianismo. Esta situación se mantuvo hasta el año 361, en que murió Constancio II. Su primo Juliano accedió al mando supremo del Imperio. Y Juliano favoreció los cultos tradicionales y relegó a los cristianos de ciertos puestos de influencia, como maestros y preceptores. La ruptura era también entre cristianos y no cristianos.

Cuando Juliano visitó diversas partes del Imperio en Oriente la ruptura social que había supuesto el Cristianismo resultó evidente. Pero Juliano fue muerto oportunamente por un cristiano durante su campaña contra los *Partos*, a finales del 363, y fue sustituido por Joviano, un general difuso que intervino en el complot contra Juliano. Joviano, a su vez, duró sólo unos pocos meses, hasta que la expedición romana estuvo en territorio propio y, ya en él, murió asesinado el año 364. Tomaron el poder otros dos generales de la expedición, Valentiniano y su hermano Valente.

Empezó a resultar evidente para las autoridades de las dos tendencias que lo importante era captar el favor del Emperador. Eso daría el triunfo a las propias ideas. Los Emperadores que siguieron tuvieron que ser tolerantes con las creencias establecidas, porque bastante trabajo

tenían con repeler las agresiones del exterior a que estaba sometido el Imperio y porque el colega en el mando era de la otra tendencia.

Valentiniano, niceno, fijó su capital en las *Galias* y reprimió las incursiones de *Germanos* en el Rhin y el Danubio. Pero murió el año 375, víctima de una enfermedad. Le sustituyó su débil hijo Graciano, un joven sin preparación para gobernar. Valente, arriano, tuvo que hacer frente a los *Godos*, que el año 378, cuando iba con todo el ejército del Este a impedir su invasión del Imperio, lo derrotaron en *Adrianópolis* y lo mataron.

Oriente quedó sin apenas soldados que lo defendieran, a merced de los *Godos* y los *Hunos*. Graciano no tuvo otra opción que elegir a un general enérgico para tapar el agujero creado en Oriente. Este general fue Teodosio.

Teodosio resolvió la situación, oponiendo a unos bárbaros contra otros, y contratando los servicios de otros más, a los que dio el mando de algunas Legiones. Pero su principal actuación de cara a esta historia fue su decisión de restituir al Cristianismo "niceno" sus preferencias, retirándolas de los "arrianos" y legislando también contra los cultos romanos tradicionales. Bajo su mando, sólo el Cristianismo "niceno" iba a ser tolerado.

En esta labor Teodosio fue ayudado por Ambrosio, obispo de Milán, la capital de Graciano. Si Graciano era tolerante con los diversos cultos, Ambrosio le presionó para que volviera sus favores al Cristianismo "niceno" y se opusiera a los cultos paganos. Graciano, débil y piadoso, cedió y el año 382 legisló en contra de los "nicenos" y de los cultos romanos clásicos. Un año más tarde el joven Graciano fue asesinado por Máximo, un general usurpador de *Britania*, que se había dado cuenta de la debilidad de su superior, y se hizo con el poder en Occidente. Teodosio, ocupado en el Este con los *Partos*, tuvo que aceptar la situación en el Oeste, al menos por un tiempo. Algo más tarde, en el 388, marchó contra el general usurpador, lo derrotó y lo mató.

Teodosio generó una verdadera ruptura social, la del Cristianismo "niceno" - el de Lactancio, intolerante y agresivo hacia todas las demás creencias - contra todos los demás, tanto "arrianos", como seguidores de las creencias ancestrales de Roma. Éstos serán llamados por los cristianos nicenos "paganos", personas del *pagus* (campo). Y ello porque las directrices del Augusto tenían menor efecto en el campo, y sus habitantes

tenían más oportunidades de resistir sus órdenes sobre qué versión del Cristianismo debían aceptar.

Y los cristiano "nicenos", con la impunidad que les dio el Emperador al mando, Teodosio, arremetieron contra los Templos y los bosques sagrados "paganos", las estatuas y las ceremonias que llamaban "paganas", y destruyeron todo a su paso. La ruptura social tomó la forma de casi una revolución. Y se dio la aparente paradoja de que los cristianos, que "eran" dóciles y carne de matadero en tiempos de los mártires, en los escritos creados por Lactancio, cuando se hicieron con el poder se comportaron de una forma diametralmente opuesta, agrediendo y quitando de en medio a todo el que no era de su bando.

La Cultura y el Saber sufrieron un duro golpe, pero el Imperio Romano de Occidente tenía los días contados. Teodosio murió el año 395. Le sucedió su hijo Arcadio, el mayor, en Oriente. Su otro hijo, Honorio, el nuevo Augusto de Occidente, sólo tenía 10 años. Ambos eran débiles, no sabían legislar con visión, ni tomar las decisiones correctas. Como guardianes de ambos había dos generales, Rufino y Estilicón, puestos por Teodosio, pero estallaron rivalidades y ambos generales pelearon al mando de sus ejércitos, en una muestra de insensatez sin par.

El año 404 en tiempos de Honorio se trasladó la capital de Milán a Rávena - más al Sur y más fácil de defender, por estar en una zona pantanosa - y se llamó a las Legiones de *Britania*, para poder defenderse de los *Godos*. El año 406 los *Suevos* y otros pueblos *Germanos* atravesaron el Rhin y llegaron hasta *Hispania*, estableciéndose en ella. El año 410 Alarico, jefe de los *Visigodos*, tomó y saqueó Roma. El año 476 un jefe *Ostrogodo*, Odoacro, destituyó al último Emperador romano, Rómulo Augústulo. El Imperio Romano de Occidente había dejado de existir. Desde el año 390, por orden de Teodosio, la religión del Imperio era el Cristianismo "niceno", el de Lactancio. Y así va a ser hasta nuestros días.

Quedaba el Imperio Romano de Oriente. Pero a este Imperio, tan romano como el Occidental, Occidente le cambió de nombre y en la Historia que llega a nosotros se le llama "Imperio bizantino", como si no fuera romano. Durará hasta 1.543, cuando *Constantinopla* sea tomada por los cañones musulmanes de Mohamed II, arma para la que las murallas erigidas mil doscientos años antes por Constantino y Teodosio no estaban preparadas.

En Occidente, los bárbaros procedentes de la *Germania* tenían religiones menos elaboradas que el Cristianismo. Tanto los *Visigodos* como los *Ostrogodos*, *Godos* del Oeste y *Godos* del Este, respectivamente, eran en gran parte cristianos “arrianos”, convertidos por un fraile “arriano” de tiempos de Constancio II. Y acabaron por pasarse a la versión “nicena”. Y cuando los europeos descubrieron y colonizaron América, llevaron allá su religión “nicena”.

Añadamos por último unas líneas sobre los historiadores, porque a ellos debemos las noticias que nos han llegado sobre lo sucedido en aquellos siglos.

El lector está leyendo una relación de los hechos que en absoluto se corresponde con la versión oficial, versión que hunde sus raíces en los “historiadores” de la época de los hechos, el siglo IV. Para entender esta discrepancia debemos definir algunos errores serios que se cometen cuando se da crédito a los “historiadores” que escriben sobre el siglo IV, sobre Constantino.

En primer lugar, consideremos a los dos *historiadores* contemporáneos, Eusebio de *Cesarea* y Lactancio. Ponemos *historiadores* en cursiva porque a ningún historiador profesional se le oculta que Lactancio no fue un historiador. Escribió un libro sobre historia contemporánea, pero era un ideólogo, un teórico, no un historiador. Su relato está tarado, porque escribe al servicio de su ideología. Deforma todo lo que le conviene. Porque, como harán muchos después de él, pone su ciencia al servicio de los desvaríos que le dicta su conciencia.

Y eso un profesional debiera captarlo, por comparación con lo que dicen los demás y la realidad histórica, por ejemplo, de Diocleciano. Da lástima ver libros de historiadores modernos que toman a Lactancio como referencia y citan sus palabras, dando por buenas sus afirmaciones.

El otro autor citado sí es historiador, Eusebio de *Cesarea*. Lo atestiguan otros libros que escribió al margen de su Historia Eclesiástica. Pero era amigo de Constantino, escribía todos los discursos con motivo de sus aniversarios. Y el libro “*De Vita Constantini*” es sólo una letanía laudatoria, alejada por completo de toda realidad creíble. Y eso también lo debiera ver un profesional.

No es el autor de estas líneas el primero que ha sospechado que Eusebio podría ser el primer interpolador para dar base a la realidad del Cristianismo en el siglo I. Es decir, hablando con claridad, el primer

tenían más oportunidades de resistir sus órdenes sobre qué versión del Cristianismo debían aceptar.

Y los cristiano “nicenos”, con la impunidad que les dio el Emperador al mando, Teodosio, arremetieron contra los Templos y los bosques sagrados “paganos”, las estatuas y las ceremonias que llamaban “paganas”, y destruyeron todo a su paso. La ruptura social tomó la forma de casi una revolución. Y se dio la aparente paradoja de que los cristianos, que “eran” dóciles y carne de matadero en tiempos de los mártires, en los escritos creados por Lactancio, cuando se hicieron con el poder se comportaron de una forma diametralmente opuesta, agrediendo y quitando de en medio a todo el que no era de su bando.

La Cultura y el Saber sufrieron un duro golpe, pero el Imperio Romano de Occidente tenía los días contados. Teodosio murió el año 395. Le sucedió su hijo Arcadio, el mayor, en Oriente. Su otro hijo, Honorio, el nuevo Augusto de Occidente, sólo tenía 10 años. Ambos eran débiles, no sabían legislar con visión, ni tomar las decisiones correctas. Como guardianes de ambos había dos generales, Rufino y Estilicón, puestos por Teodosio, pero estallaron rivalidades y ambos generales pelearon al mando de sus ejércitos, en una muestra de insensatez sin par.

El año 404 en tiempos de Honorio se trasladó la capital de Milán a Rávena - más al Sur y más fácil de defender, por estar en una zona pantanosa - y se llamó a las Legiones de *Britania*, para poder defenderse de los *Godos*. El año 406 los *Suevos* y otros pueblos *Germanos* atravesaron el Rhin y llegaron hasta *Hispania*, estableciéndose en ella. El año 410 Alarico, jefe de los *Visigodos*, tomó y saqueó Roma. El año 476 un jefe *Ostrogodo*, Odoacro, destituyó al último Emperador romano, Rómulo Augústulo. El Imperio Romano de Occidente había dejado de existir. Desde el año 390, por orden de Teodosio, la religión del Imperio era el Cristianismo “niceno”, el de Lactancio. Y así va a ser hasta nuestros días.

Quedaba el Imperio Romano de Oriente. Pero a este Imperio, tan romano como el Occidental, Occidente le cambió de nombre y en la Historia que llega a nosotros se le llama “Imperio bizantino”, como si no fuera romano. Durará hasta 1.543, cuando *Constantinopla* sea tomada por los cañones musulmanes de Mohamed II, arma para la que las murallas erigidas mil doscientos años antes por Constantino y Teodosio no estaban preparadas.

En Occidente, los bárbaros procedentes de la *Germania* tenían religiones menos elaboradas que el Cristianismo. Tanto los *Visigodos* como los *Ostrogodos*, *Godos* del Oeste y *Godos* del Este, respectivamente, eran en gran parte cristianos "arrianos", convertidos por un fraile "arriano" de tiempos de Constancio II. Y acabaron por pasarse a la versión "nicena". Y cuando los europeos descubrieron y colonizaron América, llevaron allá su religión "nicena".

Añadamos por último unas líneas sobre los historiadores, porque a ellos debemos las noticias que nos han llegado sobre lo sucedido en aquellos siglos.

El lector está leyendo una relación de los hechos que en absoluto se corresponde con la versión oficial, versión que hunde sus raíces en los "historiadores" de la época de los hechos, el siglo IV. Para entender esta discrepancia debemos definir algunos errores serios que se cometen cuando se da crédito a los "historiadores" que escriben sobre el siglo IV, sobre Constantino.

En primer lugar, consideremos a los dos *historiadores* contemporáneos, Eusebio de *Cesarea* y Lactancio. Ponemos *historiadores* en cursiva porque a ningún historiador profesional se le oculta que Lactancio no fue un historiador. Escribió un libro sobre historia contemporánea, pero era un ideólogo, un teórico, no un historiador. Su relato está tarado, porque escribe al servicio de su ideología. Deforma todo lo que le conviene. Porque, como harán muchos después de él, pone su ciencia al servicio de los desvaríos que le dicta su conciencia.

Y eso un profesional debiera captarlo, por comparación con lo que dicen los demás y la realidad histórica, por ejemplo, de Diocleciano. Da lástima ver libros de historiadores modernos que toman a Lactancio como referencia y citan sus palabras, dando por buenas sus afirmaciones.

El otro autor citado sí es historiador, Eusebio de *Cesarea*. Lo atestiguan otros libros que escribió al margen de su Historia Eclesiástica. Pero era amigo de Constantino, escribía todos los discursos con motivo de sus aniversarios. Y el libro "*De Vita Constantini*" es sólo una letanía laudatoria, alejada por completo de toda realidad creíble. Y eso también lo debiera ver un profesional.

No es el autor de estas líneas el primero que ha sospechado que Eusebio podría ser el primer interpolador para dar base a la realidad del Cristianismo en el siglo I. Es decir, hablando con claridad, el primer

tenían más oportunidades de resistir sus órdenes sobre qué versión del Cristianismo debían aceptar.

Y los cristiano “nicenos”, con la impunidad que les dio el Emperador al mando, Teodosio, arremetieron contra los Templos y los bosques sagrados “paganos”, las estatuas y las ceremonias que llamaban “paganas”, y destruyeron todo a su paso. La ruptura social tomó la forma de casi una revolución. Y se dio la aparente paradoja de que los cristianos, que “eran” dóciles y carne de matadero en tiempos de los mártires, en los escritos creados por Lactancio, cuando se hicieron con el poder se comportaron de una forma diametralmente opuesta, agrediendo y quitando de en medio a todo el que no era de su bando.

La Cultura y el Saber sufrieron un duro golpe, pero el Imperio Romano de Occidente tenía los días contados. Teodosio murió el año 395. Le sucedió su hijo Arcadio, el mayor, en Oriente. Su otro hijo, Honorio, el nuevo Augusto de Occidente, sólo tenía 10 años. Ambos eran débiles, no sabían legislar con visión, ni tomar las decisiones correctas. Como guardianes de ambos había dos generales, Rufino y Estilicón, puestos por Teodosio, pero estallaron rivalidades y ambos generales pelearon al mando de sus ejércitos, en una muestra de insensatez sin par.

El año 404 en tiempos de Honorio se trasladó la capital de Milán a Rávena - más al Sur y más fácil de defender, por estar en una zona pantanosa - y se llamó a las Legiones de *Britania*, para poder defenderse de los *Godos*. El año 406 los *Suevos* y otros pueblos *Germanos* atravesaron el Rhin y llegaron hasta *Hispania*, estableciéndose en ella. El año 410 Alarico, jefe de los *Visigodos*, tomó y saqueó Roma. El año 476 un jefe *Ostrogodo*, Odoacro, destituyó al último Emperador romano, Rómulo Augústulo. El Imperio Romano de Occidente había dejado de existir. Desde el año 390, por orden de Teodosio, la religión del Imperio era el Cristianismo “niceno”, el de Lactancio. Y así va a ser hasta nuestros días.

Quedaba el Imperio Romano de Oriente. Pero a este Imperio, tan romano como el Occidental, Occidente le cambió de nombre y en la Historia que llega a nosotros se le llama “Imperio bizantino”, como si no fuera romano. Durará hasta 1.543, cuando *Constantinopla* sea tomada por los cañones musulmanes de Mohamed II, arma para la que las murallas erigidas mil doscientos años antes por Constantino y Teodosio no estaban preparadas.

En Occidente, los bárbaros procedentes de la *Germania* tenían religiones menos elaboradas que el Cristianismo. Tanto los *Visigodos* como los *Ostrogodos*, *Godos* del Oeste y *Godos* del Este, respectivamente, eran en gran parte cristianos "arrianos", convertidos por un fraile "arriano" de tiempos de Constancio II. Y acabaron por pasarse a la versión "nicena". Y cuando los europeos descubrieron y colonizaron América, llevaron allá su religión "nicena".

Añadamos por último unas líneas sobre los historiadores, porque a ellos debemos las noticias que nos han llegado sobre lo sucedido en aquellos siglos.

El lector está leyendo una relación de los hechos que en absoluto se corresponde con la versión oficial, versión que hunde sus raíces en los "historiadores" de la época de los hechos, el siglo IV. Para entender esta discrepancia debemos definir algunos errores serios que se cometen cuando se da crédito a los "historiadores" que escriben sobre el siglo IV, sobre Constantino.

En primer lugar, consideremos a los dos *historiadores* contemporáneos, Eusebio de *Cesarea* y Lactancio. Ponemos *historiadores* en cursiva porque a ningún historiador profesional se le oculta que Lactancio no fue un historiador. Escribió un libro sobre historia contemporánea, pero era un ideólogo, un teórico, no un historiador. Su relato está tarado, porque escribe al servicio de su ideología. Deforma todo lo que le conviene. Porque, como harán muchos después de él, pone su ciencia al servicio de los desvaríos que le dicta su conciencia.

Y eso un profesional debiera captarlo, por comparación con lo que dicen los demás y la realidad histórica, por ejemplo, de Diocleciano. Da lástima ver libros de historiadores modernos que toman a Lactancio como referencia y citan sus palabras, dando por buenas sus afirmaciones.

El otro autor citado sí es historiador, Eusebio de *Cesarea*. Lo atestiguan otros libros que escribió al margen de su Historia Eclesiástica. Pero era amigo de Constantino, escribía todos los discursos con motivo de sus aniversarios. Y el libro "*De Vita Constantini*" es sólo una letanía laudatoria, alejada por completo de toda realidad creíble. Y eso también lo debiera ver un profesional.

No es el autor de estas líneas el primero que ha sospechado que Eusebio podría ser el primer interpolador para dar base a la realidad del Cristianismo en el siglo I. Es decir, hablando con claridad, el primer

falsificador. Porque "interpolar" es un eufemismo para no decir "falsificar". En efecto, Eusebio falsificó todo lo que escribió sobre Constantino y el Cristianismo, porque era, en parte, su creador fraudulento. Estaba obligado a mentir, porque estaba obligado a falsificar. En su descargo diremos que dejó una prueba bien visible de su falsificación, las firmas de **SIMON**, puestas por él para ser descubiertas.

Sobre todo su Historia Eclesiástica fue una falacia integral, de principio a fin. Era la obra que iba a consagrar la gran mentira de Lactancio; obra para la que Lactancio no estaba preparado, y hubo que recurrir a un historiador profesional de confianza, de la confianza de Constantino, Eusebio. Y Eusebio llevó a cabo la ingente tarea de escribir una "Historia a la carta", bajo pedido. Una Historia de 300 años. Toda ella cuajada de relatos falsos y de listas de obispos inventadas, incluida la de los obispos de Roma, inexistentes hasta el Sínodo de *Arelate*, del año 314.

Los servidores del poder ideológico alaban el valor de esta obra, diciendo que rescata numerosos documentos que, de otro modo, se hubieran perdido. Están errados. Expone numerosos documentos, todos falsos, inventados por el autor para servicio de quien le ordenaba, el Augusto Constantino. Ahora ya lo sabemos.

Veamos qué autores siguen el "relato" de Eusebio. Los "historiadores" siguientes son Sozomeno (400-450) y Sócrates (380-hacia 440), los dos de ideología cristiana. Ambos escriben hacia el año 425, en plena descomposición del Imperio, según acabamos de ver. Sozomeno es más ferviente cristiano que Sócrates. Éste es algo más imparcial, pero ninguno de los dos escribe sobre hechos que hayan vivido. Ninguno de los dos plantea la menor duda sobre los relatos de Eusebio y Lactancio. Al contrario, los prosiguen, dando por bueno todo lo que en ellos se contiene. Y su Cristianismo, en una época en que hay una pugna ideológica con los últimos restos del mal llamado "paganismo", les impide todo lo que no sea seguir abonando la veracidad y la realidad del inmenso montaje en el que han nacido y se han educado.

Los mal llamados "Santos Padres", contribuían, también por aquella época, a hacer más creíble y moderno el milagroso relato de la Vida, Pasión y muerte de Jesucristo. Y todo ello contaba con el apoyo del Emperador reinante, ya sea Teodosio, sus hijos, Arcadio y Honorio, o su nieto, Valentiniano III.

Hubo algún historiador - como algún literato o pensador - no cristiano, pero eran pocos, estaban asfixiados por la mayoría cristiana, apoyada por el poder, escribían de hechos sucedidos antes de nacer ellos, el Imperio se descomponía, y hubo siglos y siglos para hacer desaparecer o embellecer sus textos, y que no fueran demasiado molestos. En consecuencia, la mentira triunfó.

Pero hay otra acción que han repetido los historiadores eclesiásticos, casi todos los que se han interesado por la figura de Constantino, siempre para ensalzarla. Atribuyen a Constantino prácticas que se pusieron en marcha con Teodosio, tales como destrucción de templos paganos, quema de bosques, destrucción de imágenes paganas, persecución de "arrianos" y "paganos", etc. Estas acciones son propias de los cristianos *fuertes*, los "nicenos", y se realizaron sólo cuando contaban con el pleno apoyo imperial, con Teodosio y en años posteriores. No se olvide que Constantino fue "niceno" sólo doce meses, desde el Concilio de *Nicea* hasta el drama familiar.

Otra deformación que imprimen los historiadores interesados consiste en ignorar el tiempo que Constantino y sus sucesores favorecieron la versión "arriana" del Cristianismo. No hablan de tales períodos, o incorporan a los mismos actuaciones de otras épocas. El objetivo es adornar con las mejores virtudes al fundador del Cristianismo y difuminar, hasta casi hacer desaparecer, sus vaivenes doctrinales.

Hay que reconocer que la tarea de Lactancio y Eusebio fue ciclópea. Pero la ingente obra tenía fallos. Fallos que los trabajos de muchas personas durante siglos no han sido capaces de disimular. Y que ahora están al descubierto para todo el que tenga interés en profundizar.

Nota del Autor.

Cuando por primera vez el autor de este libro defendió que todo era un montaje literario, una colección de obras falsificadas, se levantaron voces que decían que era imposible que Eusebio, un solo autor – realmente, eran dos – hubiera escrito tal cantidad de libros. Pero así fue.

Capítulo 7

Años 1.450 y 1.850

Corre el mes de Marzo del año mil cuatrocientos cincuenta de Nuestro Señor Jesucristo. En Roma, en el Vaticano, unos pocos prelados y expertos están reunidos con el Papa, Nicolás V.

El que parece hacer cabeza de los reunidos se dirige al Sumo Pontífice:

- "Santo Padre, los editores nos solicitan un texto en griego del Nuevo Testamento. Dicen que hay numerosos manuscritos a los que acudir, pero que todos son diferentes. Y por eso piden un texto fiable, uno que venga de Roma."

- "Y de ese texto en griego, ¿cuantos ejemplares se editarán?"

- "Dicen que miles. Que se extenderán por toda la Europa cristiana y que será algo imparable."

El Santo Padre se paró a pensar.

- "¿Y no pueden editar la Sagrada Biblia en latín, como se ha hecho hasta ahora?

- "Santo Padre, insisten en que los tiempos modernos exigen la versión original, en griego, no una traducción."

- "Pero la traducción la realizó nada menos que San Jerónimo, preclaro Santo Padre de la Iglesia."

- "Parece ser, Santidad, que eso a los editores de Flandes les da igual. Sólo se conformarán con una versión en griego."

Nicolás V movió la cabeza de un lado a otro varias veces, negando.

- "¡Qué tiempos, Dios santo y bendito, qué tiempos! ¿Y qué podemos hacer?"

Hubo un largo silencio entre los miembros del conciliábulo. Nadie se atrevía a dar su opinión antes de que hablara el Santo Padre. Pero el Santo Padre callaba. Al fin, el más joven de los asistentes aventuró:

- "¿Por qué no elaboramos una versión que esté más alejada de la versión original que ninguno de los manuscritos existentes? De ese modo, partiríamos de una buena posición y nadie se pondría a buscar la versión

primera a partir de manuscritos sobre los que no hemos tenido control alguno."

Todos callaron, escrutando el rostro del Santo Padre. Éste suspiró aliviado. Aquel sacerdote le había quitado una responsabilidad de encima. Y dijo:

- "Me parece una idea muy adecuada."

Hubo un murmullo general. Algunas miradas se volvieron hacia el sacerdote de la idea. Otro de los asistentes preguntó:

- "¿Y quién redactará ese nuevo texto en griego?"

El Santo Padre no dijo nada, pero su dedo índice señaló el lugar que ocupaba el sacerdote de la idea.

- "Evidentemente, él."

Todos se mostraron satisfechos, menos el señalado. Le había caído un trabajo ímprobo. Pero quiso aprovechar el ambiente favorable a su idea y levantó la mano para hablar al Santo Padre. Éste le dio la palabra.

- "Santo Padre, os agradezco la confianza y el honor. Quisiera indicar que para llevar a cabo ese trabajo precisaré consultar en numerosas ocasiones el *Códex Vaticanus*."

El Santo Padre respondió condescendiente:

- "Desde luego, hijo. Cuenta con el permiso cuantas veces lo necesites."

Dos horas más tarde, y después de tratar otros temas de menor rango, la reunión se disolvió. Al día siguiente, el sacerdote empezó un trabajo de recopilación antes de empezar a redactar la primera línea de la versión encomendada. Tenía media docena de manuscritos del Nuevo Testamento en griego, *H Kainh Diazekh*, "La Nueva Alianza".

A Tomaso, que así se llamaba el sacerdote, le gustaba hacer las cosas bien. Si debía apartarse de la versión inicial, quería hacerlo con documentación suficiente.

A su juicio, la versión más cercana a la original era el texto del *Vaticanus*, el códice guardado en los Archivos Secretos Vaticanos. Él colocaría los seis manuscritos en paralelo con el texto del *Vaticanus*. Y para cada párrafo tomaría la versión del manuscrito que más se apartara del texto del *Vaticanus*. De ese modo el texto que resultara tendría algo en común con alguno de los textos que circulaban por las bibliotecas de los conventos y Universidades cristianas.

Estaba naciendo lo que se llamaría "*Textus Receptus*", o "Texto Recibido". Sería la peor versión que circulara por toda la Cristiandad durante siglos. En el siglo XIX todavía habría "expertos" que defendieran la preeminencia del *Textus Receptus* sobre otras versiones mejor documentadas y más parecidas al texto original desaparecido.

Año de gracia de mil ochocientos cincuenta.

Sede en Roma de la "Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe y las Buenas Costumbres", anteriormente "Alto Tribunal de la Santa Inquisición". Su Presidente ha convocado una reunión de emergencia ante las noticias que llegan de Alemania. Por las prisas, sólo han acudido a la convocatoria poco más de la mitad de sus miembros, repartidos por varias ciudades de Italia. Abre la sesión el Presidente.

- "Ilustrísimos Cardenales, Prelados y demás Canónigos aquí presentes, me temo que hoy tenemos noticias adversas que llegan de Alemania. En aquella brava tierra, en una de sus Universidades, concretamente en la de Tubinga, se han formado grupos de estudio para analizar, con perspectiva racional y laica, los textos sagrados del Antiguo Testamento. Por un miembro de una de las comisiones hemos llegado a saber las conclusiones a que se están llegando, y éstas no pueden ser más alarmantes y blasfemas."

Todos los presentes se removieron en sus asientos y se oyó algún murmullo de desaprobación. Al rato se hizo de nuevo el silencio y el Presidente prosiguió su alocución.

- "Las ideas que empiezan a aflorar como consecuencia de no sabemos qué análisis dan a entender que Moisés no fue el autor de los cinco Libros del Pentateuco. Que éstos son una especie de recopilación de diversos libros, escritos por diferentes autores, en diferentes épocas.

Pero no es eso lo más grave. Lo peor es que la irreverencia está llegando incluso a analizar los modos en que se escribieron los mismos Evangelios, quiénes fueron sus autores, en qué fuentes se basaron, en qué región se escribieron, y otros detalles que aún no conocemos con precisión."

Esta vez los murmullos no dejaron seguir al Presidente. Todos los asistentes hablaban al mismo tiempo. El Presidente dejó pasar un tiempo prudencial y luego reclamó silencio con su campanilla. Una vez estuvieron todos callados, continuó.

- “Mi ayudante y yo hemos llegado a pergeñar algunas medidas para contrarrestar estas manifestaciones de soberbia y de prepotencia racionalista. Os las expondré y reclamaré luego más ideas y opiniones, o mejoras, que se puedan aplicar.”

Los murmullos ahora eran de aprobación. Varias cabezas se movieron en sentido afirmativo.

- “Una medida que resulta obvia es que hay que boicotear la acción de tales comisiones. Y para ello no hay mejor solución que infiltrar elementos fieles y de plena confianza en dicha Universidad. Como Tubinga es una ciudad protestante, deberemos ponernos en contacto con las Jerarquías eclesiales Protestantes de Alemania para coordinar nuestros esfuerzos.”

Todas las cabezas se inclinaban afirmativamente.

- “Pero no es eso sólo. En previsión de males mayores, debemos dejar de enseñar en nuestras Universidades la manera de estructurar escritos, tal y como se ha venido haciendo hasta nuestros días. Todo sabemos que los Santos Evangelios poseen cada cual sus estructuras. Y es de temer que analizando dichas estructuras se pueda llegar, si no se tiene fe, a conclusiones … peligrosas. Por tal motivo solicito el acuerdo unánime de suprimir la citada enseñanza.”

De nuevo todas las cabezas se inclinaban en señal de muda aprobación.

- “Pero hay más. Dado que todas las obras antiguas, tanto en griego como en latín, están escritas con dichas estructuras, debiéramos eliminar también tales estructuras de todas las obras clásicas.”

Casi todos los asistentes dieron claras muestras de extrañeza. Uno de los presentes, alzó el brazo y, sin esperar permiso del Presidente, preguntó:

- “¿Y cómo lograremos ese milagro, Eminencia?”

Las cabezas se movían inquietas, sorprendidas por el ambicioso proyecto del Presidente.

- “No será un plan fácil de llevar a cabo, pero hay maneras. Sabéis que todos los *curatori* (experto que decide qué texto imprimirá el editor) realizan esfuerzos considerables para dotar a sus recensiones de la estructura que pudo darle el autor del original. En consecuencia, todos los libros editados hasta el presente tienen una, mejor o peor, estructura.

Debemos potenciar una Editorial, en la misma Alemania, que deshaga dichas estructuras, que reescriba todos los textos clásicos, griegos y latinos, sin estructura alguna. Además, desde todas nuestras Universidades divulgaremos las excelencias de dicha Editorial, hasta que sus ediciones pasen a ser las ediciones por excelencia para Filólogos y Profesores de todo Occidente.

Para esta labor habrá que contar también con la cúpula de la Jerarquía Protestante. A dicha Editorial le facilitaríamos no sólo la financiación necesaria para llevar a cabo cuanto antes tan ingente labor, sino a nuestros mejores filólogos, para colaborar en la traducción de tanta obra clásica con nuestras instrucciones concretas.

Como todos Vds. saben, es muy fácil destrozar una estructura. Basta eliminar una cantidad suficiente de signos de puntuación, especialmente comas. Si, además, se añade alguna palabra, aquí y allá, y se eliminan algunas otras, la estructura inicial resulta irreconocible. Ésa será la labor de los filólogos que cedamos temporalmente a la Editorial designada."

Los rostros de los asistentes reflejaban la satisfacción que les producía la información recibida. Otra mano se levantó entre los asistentes. El Presidente hizo una señal afirmativa con la cabeza, y el Canónigo peticionario preguntó:

- "¿Y los libros en circulación editados hasta el presente? ¿Cómo se explicará la diferencia entre las versiones de los *curatori* independientes y las de esa Editorial favorecida por nosotros?"

El Presidente afirmó con la cabeza.

- "Buena pregunta. Con nuestra capacidad de modificar los criterios generales, haremos llegar a todos los centros docentes europeos y americanos la idea de que las ediciones anteriores a las editadas por nuestra Editorial puntera carecen de validez.

No tienen rigor, están anticuadas y son inútiles a efectos de estudiar a los clásicos. Una campaña permanente de desprestigio de las ediciones anteriores logrará que no sea necesario dar ninguna explicación. Sólo existirán las versiones de nuestra Editorial."

El mismo clérigo hizo la siguiente pregunta, tras pedir el debido permiso:

- "¿Puedo preguntar a Su Eminencia si hay ya una Editorial candidata para tal tarea?"

Su Eminencia sonrió.

- "No os equivocáis, en efecto. La hay. Se trata de cierta Editorial de Lepzig. Reúne todas las condiciones para ser nuestra pieza clave en este plan a medio plazo. Falta contactarla, siempre que se obtenga el acuerdo de los presentes."

El acuerdo sobrevolaba ya la sala. El Presidente solicitó el voto favorable y todas las manos, aparentemente, se izaron al mismo tiempo. El Presidente preguntó por votos contrarios, pero nadie votó en tal sentido.

La suerte de las estructuras en escritos clásicos estaba echada.

Capítulo 8

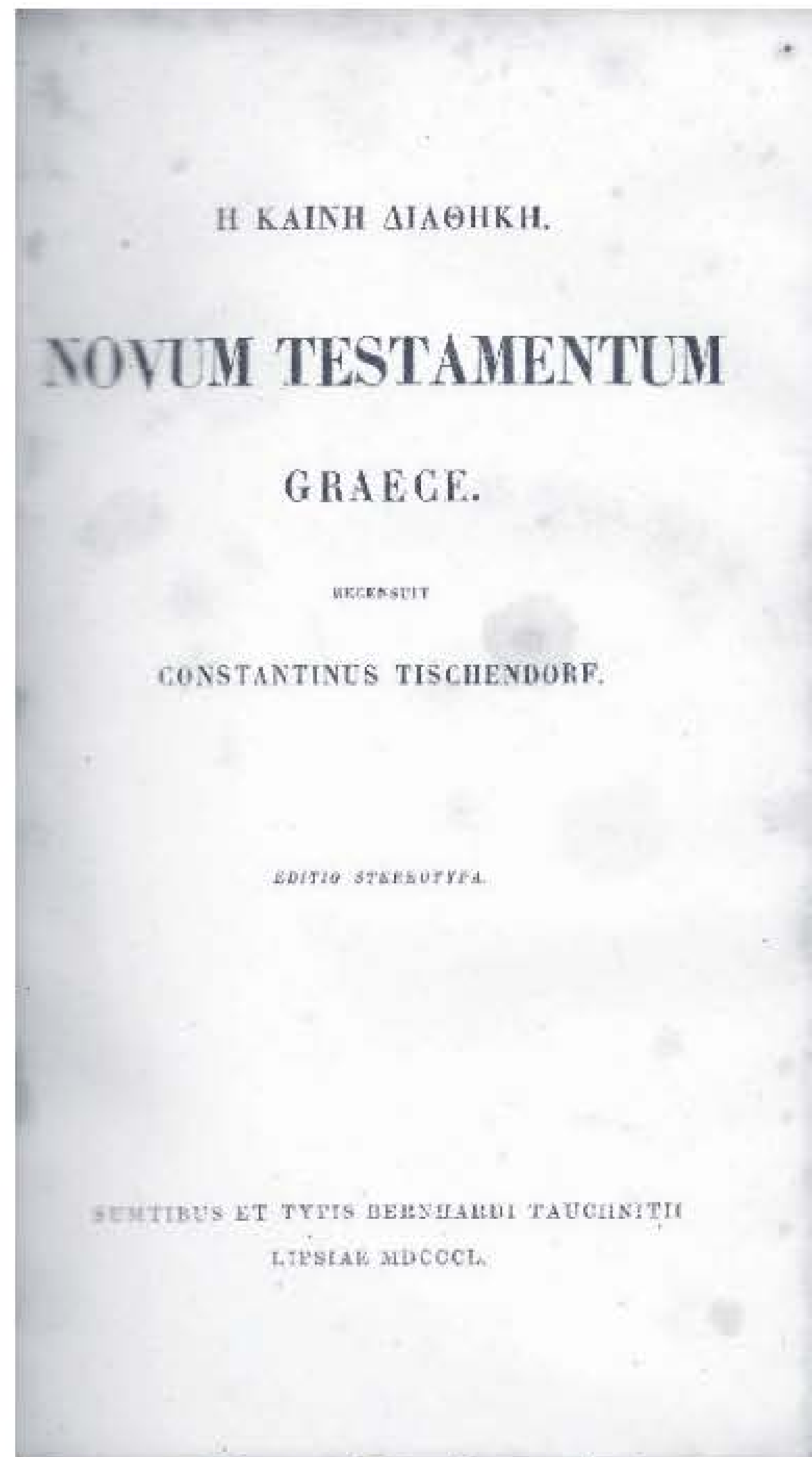
Años 1.850 y 1.950

Como reacción a la "ofensiva" iniciada por la Escuela de Tubinga, que empezó a investigar el Antiguo y el Nuevo Testamento, surge en medios próximos a la Santa Sede un movimiento de afirmación de las tesis oficiales y surge la "crítica testamentaria". En la inmensa mayoría de los casos se trata de personas pertenecientes al clero que se dedican a estudiar diversas ediciones anteriores y obtienen su particular hipótesis de versión original del Nuevo Testamento. Se les llamó "críticos", pero hay que advertir que no criticaron nada, sólo echaron nuevas capas de niebla a las ya existentes.

Su labor fue exclusivamente elegir un pasaje entre las opciones *Códex Vaticanus*, *Códex Sinaíticus* o *Códex Alexandrinus*. Eso y eliminar signos de puntuación, para dificultar el hallazgo de las estructuras y de las firmas de "**SIMON**".

Posiblemente el primero de ellos fue Constantino Tischendorf. Tuvo acceso al *Códex Vaticanus* y descubrió el *Códex Sinaíticus*. Ya sabemos que ninguno de los dos era la versión original. Parece que Tischendorf, en su pretendida reconstrucción del texto original, dio un mayor protagonismo al *Sinaíticus*; no en vano era su descubridor. También eliminó signos de puntuación, a pesar de que ediciones anteriores los incluían.

Portada del Nuevo Testamento en griego según Tischendorf. Leipzig, 1.850.



Η ΚΑΙΝΗ ΔΙΑΘΗΚΗ.

NOVUM TESTAMENTUM

GRAECE.

RECENSUIT

CONSTANTINUS TISCHENDORF.

EDITIO STEREOTYPA.

SUMTIBUS ET TYPIS BERNHARDI TAUCHNITII

LIPSIAE MDCCCL.

(Fuente: Colección propia.)

El libro que reproducimos es obra de Tischendorf, fechado en Leipzig (*Lipsiae*, en latín) en 1.850. Comprobaremos que las palabras con las letras de las firmas están en la versión que, según Tischendorf, era la versión original de los Evangelios. Y comprobaremos su afán por eliminar las comas que pueden ser eliminadas. El pasaje elegido es el de las bodas de Caná, que figura en el Capítulo 136 y en el Anexo 12. Se han subrayado las palabras que llevan las letras de las firmas de **SIMON**, y se ha enmarcado la letra de la firma.

Nuevo Testamento en griego de Tischendorf. Leipzig, 1.850.
Juan 2. Bodas de Caná.

II.

Jesus Canae vinum ex aqua facit. Mercatores templo pulsi; templum triduo restituendum. Jesus fidem habentibus non confidens.

1 Καὶ τῇ ἡμέρᾳ τῇ τρίτῃ γάμος ἐγένετο ἐν Κανᾶ τῆς Γαλι-
2 λαίας, καὶ ἦν ἡ μήτηρ τοῦ Ἰησοῦ ἐκεῖ· 2 ἐκλήθη δὲ καὶ ὁ Ἰησοῦς
3 καὶ οἱ μαθηταὶ αὐτοῦ εἰς τὸν γάμον. 3 καὶ ὑστερήσαντος οἴνου
4 λέγει ἡ μήτηρ τοῦ Ἰησοῦ πρὸς αὐτόν Οἶνον οὐκ ἔχουσιν. 4 λέγει
αὐτῇ ὁ Ἰησοῦς Τί ἐμοὶ καὶ σοί, γύναι; οὔπω ἥκει ἡ ὥρα μου.
5 5 λέγει ἡ μήτηρ αὐτοῦ τοῖς διακόνοις Ὅ τι ἂν λέγῃ ὑμῖν, ποιήσατε.
6 6 ἦσαν δὲ ἐκεῖ λίθιναι ὑδρίαι ἓξ κατὰ τὸν καθαρισμὸν τῶν Ἰου-
7 δαίων κείμεναι, χωροῦσαι ἀνὰ μετρητὰς δύο ἢ τρεῖς. 7 λέγει
αὐτοῖς ὁ Ἰησοῦς Γεμίσατε τὰς ὑδρίας ὕδατος. καὶ ἐγέμισαν
8 αὐτὰς ἕως ἄνω. 8 καὶ λέγει αὐτοῖς Ἀντλήσατε νῦν καὶ φέρετε
9 τῷ ἀρχιτρικλίνῳ. καὶ ἤνεγκαν. 9 ὡς δὲ ἐγεύσατο ὁ ἀρχιτρίκλινος
τὸ ὕδωρ οἶνον γεγενημένον, καὶ οὐκ ᾔδει πόθεν ἐστίν, οἱ δὲ διά-
κονοι ᾔδεισαν οἱ ἠντληκότες τὸ ὕδωρ, φωνεῖ τὸν νυμφίον ὁ ἀρχι-
10 τρίκλινος 10 καὶ λέγει αὐτῷ Πᾶς ἄνθρωπος πρῶτον τὸν καλὸν
οἶνον τίθησιν, καὶ ὅταν μεθυσθῶσιν, τότε τὸν ἐλάσσω· σὺ τετή-
11 ρηκας τὸν καλὸν οἶνον ἕως ἄρτι. 11 Ταύτην ἐποίησεν ἀρχὴν τῶν
σημείων ὁ Ἰησοῦς ἐν Κανᾶ τῆς Γαλιλαίας καὶ ἐφανέρωσεν τὴν
12 δόξαν αὐτοῦ, καὶ ἐπίστευσαν εἰς αὐτὸν οἱ μαθηταὶ αὐτοῦ. 12 μετὰ
τοῦτο κατέβη εἰς Καφαρναοὺμ αὐτὸς καὶ ἡ μήτηρ αὐτοῦ καὶ οἱ
ἀδελφοὶ αὐτοῦ καὶ οἱ μαθηταὶ αὐτοῦ, καὶ ἐκεῖ ἔμειναν οὐ πολλὰς
ἡμέρας.

Se aprecian siete palabras que contienen siete letras “**N**” (letra “ □ ” en griego). Siguen seis palabras con seis letras “**O**”. Son las letras “**NO**” de “**SIMON**”, leído al revés, “**NO**MIS”.

En la última frase, téngase en cuenta que delante de cada “*kai*” - que es la conjunción copulativa “y” en griego - comienza una nueva frase. De ese modo, la palabra anterior, última de la frase, lleva la letra de la firma. Y, eliminado las comas, esas letras pasan a estar dentro de una larga frase, y desaparecen como letras de la firma. Ésta fue la labor principal de los “críticos”. Labor que fue muy encomiada por los medios oficiales de la Iglesia.

Veamos la continuación de este pasaje en la obra de Tischendorf.

Nuevo Testamento en griego de Tischendorf. Leipzig, 1.850.
Juan 2. Bodas de Caná.

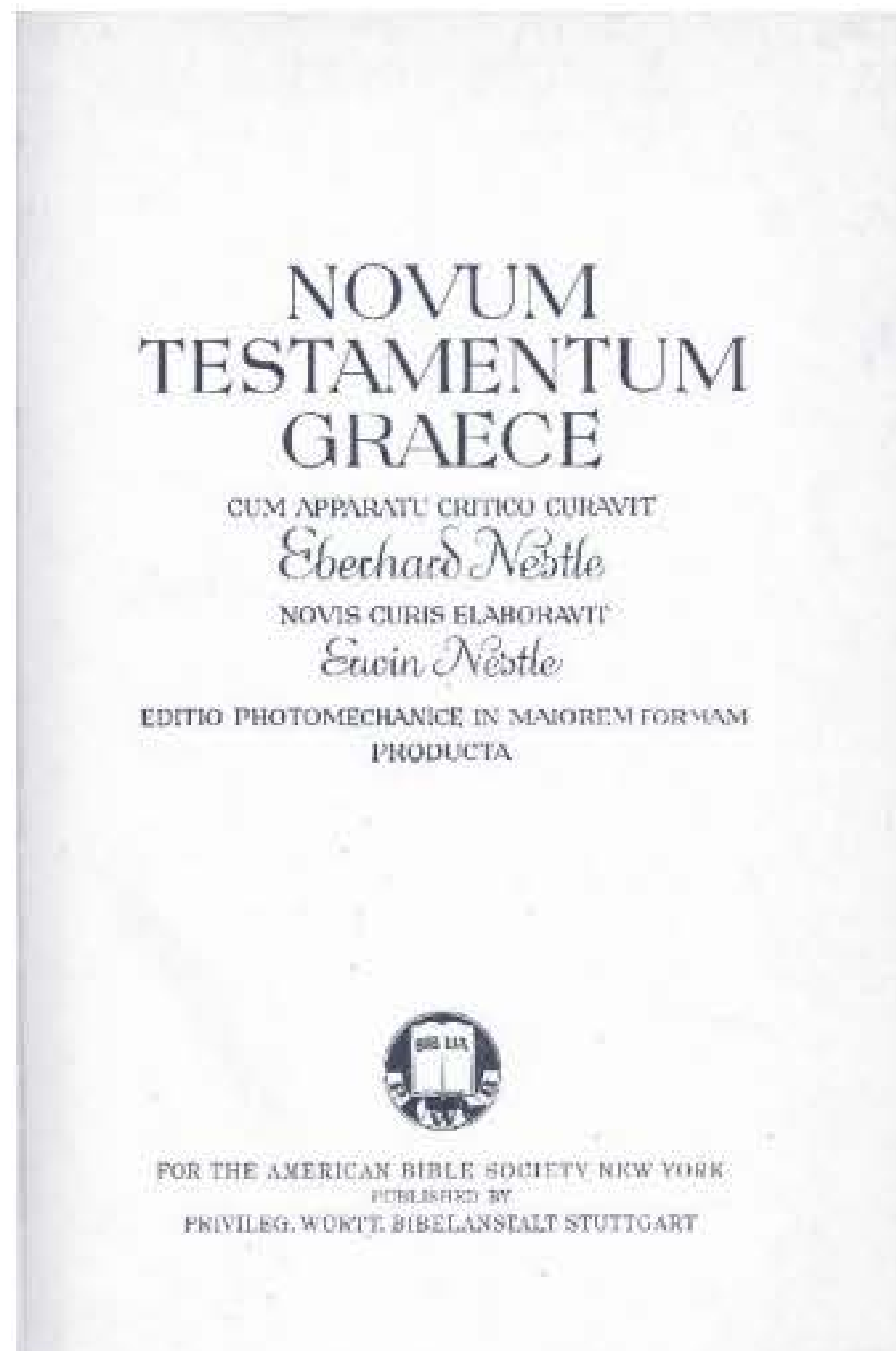
Καὶ ἐγγὺς ἦν τὸ πάσχα τῶν Ἰουδαίων, καὶ ἀνέβη εἰς Ἱερο- 13
σόλυμα ὁ Ἰησοῦς. 14 καὶ εὗρεν ἐν τῷ ἱερῷ τοὺς πωλοῦντας βόας 14
καὶ πρόβατα καὶ περιστερὰς καὶ τοὺς κερματιστὰς καθημένους,
15 καὶ ποιήσας φραγέλλιον ἐκ σχοινίων πάντας ἐξέβαλεν ἐκ τοῦ 15
ἱεροῦ, τά τε πρόβατα καὶ τοὺς βόας, καὶ τῶν κολλυβιστῶν ἐξέχεεν
τὸ κέρμα καὶ τὰς τραπέζας ἀνέστρεψεν, 16 καὶ τοῖς τὰς περιστε- 16
ρὰς πωλοῦσιν εἶπεν Ἄρατε ταῦτα ἐντεῦθεν, μὴ ποιεῖτε τὸν οἶκον
τοῦ πατρός μου οἶκον ἐμπορίου. 17 ἐμνήσθησαν οἱ μαθηταὶ 17
αὐτοῦ ὅτι γεγραμμένον ἐστίν Ὁ ζῆλος τοῦ οἴκου σου καταφάγεταί
με. 18 ἀπεκρίθησαν οὖν οἱ Ἰουδαῖοι καὶ εἶπαν αὐτῷ Τί σημεῖον 18
δεικνύεις ἡμῖν, ὅτι ταῦτα ποιεῖς; 19 ἀπεκρίθη Ἰησοῦς καὶ εἶπεν 19
αὐτοῖς Λύσατε τὸν ναὸν τοῦτον, καὶ ἐν τρισὶν ἡμέραις ἐγερῶ
αὐτόν. 20 εἶπαν οὖν οἱ Ἰουδαῖοι Τεσσεράκοντα καὶ ἓξ ἔτεσιν 20
ᾠκοδομήθη ὁ ναὸς οὗτος, καὶ σὺ ἐν τρισὶν ἡμέραις ἐγερεῖς αὐτόν;
21 ἐκεῖνος δὲ ἔλεγεν περὶ τοῦ ναοῦ τοῦ σώματος αὐτοῦ. 22 ὅτε 21 22
οὖν ἠγέρθη ἐκ νεκρῶν, ἐμνήσθησαν οἱ μαθηταὶ αὐτοῦ ὅτι τοῦτο
ἔλεγεν, καὶ ἐπίστευσαν τῇ γραφῇ καὶ τῷ λόγῳ ᾧ εἶπεν ὁ Ἰησοῦς.
Ὡς δὲ ἦν ἐν τοῖς Ἱεροσολύμοις ἐν τῷ πάσχα ἐν τῇ ἑορτῇ, 23
πολλοὶ ἐπίστευσαν εἰς τὸ ὄνομα αὐτοῦ, θεωροῦντες αὐτοῦ τὰ
σημεῖα ἃ ἐποίει· 24 αὐτὸς δὲ Ἰησοῦς οὐκ ἐπίστευεν αὐτὸν αὐτοῖς 24
διὰ τὸ αὐτὸν γινώσκειν πάντας, 25 καὶ ὅτι οὐ χρείαν εἶχεν ἵνα τις 25
μαρτυρήσῃ περὶ τοῦ ἀνθρώπου· αὐτὸς γὰρ ἐγίνωσκεν τί ἦν ἐν τῷ
ἀνθρώπῳ.

Siguen dos letras “M” (letra “ □ ” en griego). Luego, tres letras “i”, y tres letras “S”, porque una palabra que contenía otra letra “S” ha desaparecido en la versión de Tischendorf.

De modo que las firmas de **SIMON** están en todas las versiones del Nuevo Testamento que se han editado hasta el presente, incluidas las versiones de los mal llamados “críticos”. No es que este autor las forme en su versión personal, pretendidamente original. Están en todas las ediciones del Nuevo Testamento en el idioma griego original. Ningún Evangelio se escribió en hebreo, tampoco el de Mateo. Todos, en griego.

Pasan cien años. Se suceden los “críticos”, cuya labor se reduce a cambiar algunas palabras de lo que han dicho antes otros “críticos”. De ese modo las “versiones originales” donde poder elegir se multiplican. Y llegamos al siglo XX, al crítico que más fama ha adquirido hasta el presente, Eberhard Nestlé, cuyo hijo, Erwin Nestlé, prosiguió su obra.

Portada del Nuevo Testamento en griego, según Nestlé hijo. Stuttgart, 1.953.

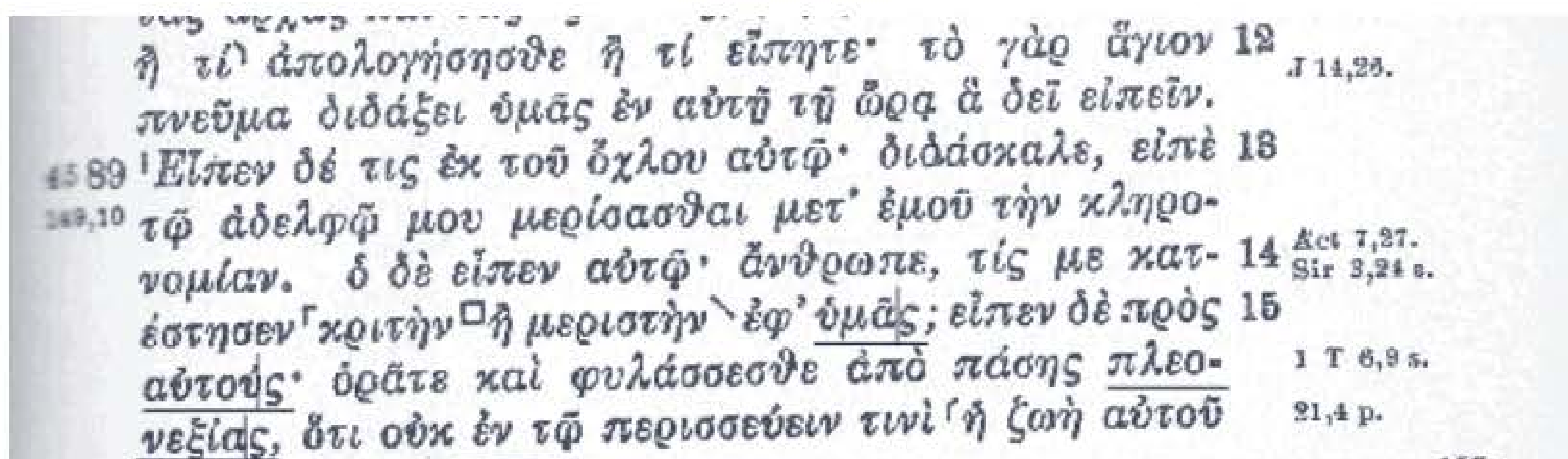

NOVUM
TESTAMENTUM
GRAECE

CUM APPARATU CRITICO CURAVIT
Eberhard Nestle
NOVIS CURIS ELABORAVIT
Erwin Nestle
EDITIO PHOTOMECHANICE IN MAIOREM FORMAM
PRODUCTA

FOR THE AMERICAN BIBLE SOCIETY NEW YORK
PUBLISHED BY
PRIVILEG. WÜRTT. BIBELANSTALT STUTTGART

Para comprobar la obra de los Nestlé, analizaremos el pasaje de Lucas 12 que ya revisamos en el capítulo 142. Es el pasaje en que Jesús dice que "*ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como un lirio*".

Nuevo Testamento en griego según Nestlé. Stuttgart, 1.953.
Lucas 12-15.


ἢ τί⸀ ἀπολογήσησθε ἢ τί εἴπητε· τὸ γὰρ ἅγιον 12 J 14,26.
πνεῦμα διδάξει ὑμᾶς ἐν αὐτῇ τῇ ὥρᾳ ἃ δεῖ εἰπεῖν.
65 89 ¹Εἶπεν δέ τις ἐκ τοῦ ὄχλου αὐτῷ· διδάσκαλε, εἰπὲ 13
249,10 τῷ ἀδελφῷ μου μερίσασθαι μετ' ἐμοῦ τὴν κληρο-
νομίαν. ὁ δὲ εἶπεν αὐτῷ· ἄνθρωπε, τίς με κατ- 14 Act 7,27. Sir 3,24 s.
έστησεν ⸀κριτὴν ⸋ἢ μεριστὴν⸌ ἐφ' ὑμᾶς; εἶπεν δὲ πρὸς 15
αὐτούς· ὁρᾶτε καὶ φυλάσσεσθε ἀπὸ πάσης πλεο- 1 T 6,9 s.
νεξίας, ὅτι οὐκ ἐν τῷ περισσεύειν τινὶ ⸀ἡ ζωὴ αὐτοῦ 21,4 p.

Como ya se vio en el Capítulo 142, en este pasaje un oyente pide a Jesús que medie entre su hermano y él, para que su hermano acceda a repartir con él la herencia de los padres. Y Eusebio aprovecha la respuesta de Jesús para comenzar una de sus firmas. La coloca, como casi siempre, al revés, de modo que se lea "**N-O-M-I-S**". Y la coloca del tipo cierre, de modo que primero va la letra "**S**" y luego aparecerá, según se lee, el resto, "**N-O-M-I**".

En estos primeros versículos vemos tres letras "**S**" al final de tres frases inequívocas. Todas ellas terminan con un signo de puntuación. Hay que aclarar que el punto y coma en un texto griego antiguo es un signo de interrogación. La frase, traducida es: "*¿Quién me hizo juez o repartidor entre vosotros?*"

Nuevo Testamento en griego según Nestlé. Stuttgart, 1.953.
Lucas 16-28.

12,16—28. ***Κατα Λουκαν***

16 ἔστιν ἐκ τῶν ὑπαρχόντων αὐτῷ⸃. Εἶπεν δὲ παρα- 46
βολὴν πρὸς αὐτοὺς λέγων· ἀνθρώπου τινὸς πλουσίου
17 εὐφόρησεν ἡ χώρα. καὶ διελογίζετο ἐν ⸀ἑαυτῷ λέγων·
τί ποιήσω, ὅτι οὐκ ἔχω ποῦ συνάξω τοὺς καρπούς
18 μου; ⸆ καὶ εἶπεν· τοῦτο ποιήσω· καθελῶ μου τὰς
ἀποθήκας καὶ ⸂μείζονας οἰκοδομήσω⸃, καὶ συνάξω
Jc 4,13 s. Sir 11,19. 1 K 15,32. 19 ἐκεῖ ⸄πάντα τὸν σῖτον καὶ τὰ ἀγαθά μου⸅, ⸆καὶ
ἐρῶ τῇ ψυχῇ μου· ψυχή, ἔχεις πολλὰ ἀγαθὰ
16,19. ⸋κείμενα εἰς ἔτη πολλά· ἀναπαύου, φάγε, πίε,⸌
Jr 17,11. H 9,27. Sap 15,8. 20 εὐφραίνου. εἶπεν δὲ αὐτῷ ὁ θεός· ἄφρων, ταύτῃ
τῇ νυκτὶ τὴν ψυχήν σου ⸀ἀπαιτοῦσιν ἀπὸ σοῦ· ἃ δὲ
Mt 6,20. 1 T 6,17—19. 21 ἡτοίμασας, τίνι ἔσται; ⸋οὕτως ὁ θησαυρίζων ⸀αὑτῷ
22—31: Mt 6,25—33. 22 καὶ μὴ εἰς θεὸν πλουτῶν.⸌⸆ Εἶπεν δὲ πρὸς τοὺς 150,3
μαθητὰς [αὐτοῦ]· διὰ τοῦτο ⸉λέγω ὑμῖν⸊· μὴ μεριμ-
νᾶτε τῇ ψυχῇ ⸆τί φάγητε, μηδὲ τῷ σώματι [²ὑμῶν] τί
23 ἐνδύσησθε. ἡ °γὰρ ψυχὴ πλεῖόν ἐστιν τῆς τροφῆς καὶ
Ps 147,9. R 1,20. 24 τὸ σῶμα τοῦ ἐνδύματος. κατανοήσατε ⸂τοὺς κόρακας⸃,
ὅτι ⸀οὔτε σπείρουσιν ⸀οὔτε θερίζουσιν, οἷς οὐκ ἔστιν
ταμιεῖον οὐδὲ ἀποθήκη, καὶ ὁ θεὸς τρέφει ⸀²αὐτούς·
25 πόσῳ μᾶλλον ὑμεῖς διαφέρετε τῶν πετεινῶν. τίς
δὲ ἐξ ὑμῶν °μεριμνῶν δύναται ⸉ἐπὶ τὴν ἡλικίαν
26 αὐτοῦ προσθεῖναι⸊ πῆχυν; ⸂εἰ οὖν οὐδὲ ἐλάχιστον
R 1,20. 27 δύνασθε, τί περὶ τῶν λοιπῶν⸃ μεριμνᾶτε; ⸆κατα-
νοήσατε τὰ κρίνα, πῶς ⸂οὔτε νήθει οὔτε ὑφαίνει⸃·
λέγω δὲ ὑμῖν, ⸆οὐδὲ Σολομὼν ἐν πάσῃ τῇ δόξῃ
28 αὐτοῦ περιεβάλετο ὡς ἓν τούτων. εἰ δὲ ἐν ἀγρῷ

El versículo 16 contiene la cuarta letra "**S**". Vienen a continuación siete versículos sin letra de firma, porque el pasaje es bastante largo. Y a partir del versículo 24 se va a leer "**N-O-M-I**". Primero, cuatro letras "**N**", que son las que se aprecian en la parte inferior del texto reproducido.

En la continuación vienen cuatro letras "**O**", enmarcadas en el texto ofrecido. Y acto seguido dos letras "**M**". Esta letra es la más difícil de encontrar en textos griegos, por eso aparece en menos ocasiones que las demás.

Y, por último, tres letras “**I**”. Todo ello como en el texto que se ofreció en el Capítulo 142 y en el Anexo 15. Faltan varias comas, porque Nestlé - al igual que hicieron Tischenfdorf y todos los “críticos” - se dedica a eliminar signos de puntuación.

Nuevo Testamento en griego según Nestlé. Stuttgart, 1.953.
Lucas 29-36.

Κατα Λουκαν 12,29—41.

τὸν χόρτον ὄντα σήμερον καὶ αὔριον εἰς κλίβανον
βαλλόμενον ὁ θεὸς οὕτως ἀμφιάζει, πόσῳ μᾶλλον
ὑμᾶς, ὀλιγόπιστοι. καὶ ὑμεῖς μὴ ζητεῖτε τί φάγητε 29
καὶ τί πίητε, καὶ μὴ μετεωρίζεσθε· ταῦτα γὰρ 30
πάντα τὰ ἔθνη τοῦ κόσμου ἐπιζητοῦσιν· ὑμῶν δὲ
ὁ πατὴρ οἶδεν ὅτι χρῄζετε τούτων· πλὴν ζητεῖτε 31
τὴν βασιλείαν ⸀αὐτοῦ, καὶ ταῦτα ⸆ προστεθήσεται 22.29. Act20,28.
91 ὑμῖν. Μὴ φοβοῦ, τὸ μικρὸν ποίμνιον· ὅτι ⸆ εὐδό- 32 1P5,2. Is41,14. Dn 7,27 Lxx.
,10 κησεν ὁ πατὴρ ὑμῶν δοῦναι ὑμῖν τὴν βασιλείαν.
,2 ⸂Πωλήσατε τὰ ὑπάρχοντα ὑμῶν καὶ δότε ἐλεημο- 33 33. 34: Mt 6,20.21.
,5 σύνην· * ποιήσατε ἑαυτοῖς βαλλάντια μὴ παλαιού- 10,4; 11,41.
μενα, θησαυρὸν ἀνέκλειπτον ἐν τοῖς οὐρανοῖς, 18,22; 19,22.
ὅπου κλέπτης οὐκ ἐγγίζει οὐδὲ σὴς διαφθείρει·
⸂ὅπου γάρ ἐστιν ὁ θησαυρὸς ὑμῶν, ἐκεῖ καὶ ἡ 34
92 καρδία ὑμῶν ἔσται. ⸂Ἔστωσαν ὑμῶν αἱ ὀσφύες 35 Ex12,11. E6,14. 1 P 1,13.
,10 περιεζωσμέναι⸃ καὶ οἱ λύχνοι καιόμενοι· καὶ ὑμεῖς 36

El hecho de que - después del paso sobre los textos neo-testamentarios de los mal llamados “críticos” - quedaran borradas unas pocas letras de unas pocas firmas, se presta a la elucubración. El que se borraran ciertas letras, por eliminación de signos de puntuación o por alteración en el orden de la frase con letra de firma, indica que se conocía la existencia de firmas y que se intentaron eliminar algunas de ellas.

Pero ante la realidad de que fueran tan pocas las alteradas, cabe preguntarse si los “críticos” y demás eruditos eclesiales habían detectado todas las que había o no lo hicieron.

Que sólo detectaran las que intentaron eliminar sería la primera posibilidad. En tal caso, sobre todas las que detectaron actuaron. Ésa es una postura lógica, intentaron solucionar el problema que había.

Pero existe a posibilidad de que conocieran todas las que había, que eran una enormidad. Y, ante la magnitud del problema, llegaran a la conclusión de que resultaba imposible eliminar todas las firmas existentes. Si esto fue lo que sucedió, tuvieron que conformarse con alterar las más fáciles, las más cortas. Y eso hicieron.

Pero lo que sucedió realmente queda sumido en la bruma de la incertidumbre.

Otra duda que puede plantearse sobre este tema es la guía que recibieron los “críticos” por parte de las jerarquías eclesiales. Es evidente que los críticos no actuaban de *motu propio*, por su cuenta y

riesgo. Se sabe que Tischendorf, tal vez el primero de los "críticos", tenía inmejorables relaciones con las máximas jerarquías romanas y tuvo acceso al Códice Vaticanus.

¿Recibió Tischendorf información completa de todo lo que se escondía en los "textos sagrados" cristianos y de lo que las jerarquías esperaban de él, o, por el contrario, fue abandonado a su propia iniciativa con una información elemental sobre la posible existencia de firmas de "SIMON"?

Y lo mismo con los demás editores del texto neo-testamentario en griego.

Como muestra de esa acción parcial, que no resuelve nada, veamos un pasaje que acabamos de citar. En él observaremos que los Nestlé consiguen eliminar tres letras "**O**" de las cuatro que hay en el pasaje de Lucas 12,28. Lo hecho da pie a pensar que la consigna era: "Borre Vd. todas las letras que le sea posible, pero sin alterar el texto. Hasta ahí no podemos llegar."

Traducción que respeta la estructura y la firma.

28. Si a la hierba, que adorna el campo h**O**y,
y mañana en los horn**O**s,
así la viste Di**O**s,
¿cuánto más a-vosotros, incrédul**O**s?

Original de Lucas 12,28.

28. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

El mismo pasaje según Nestlé hijo, 1.953.

28. [illegible]

Y hasta aquí es hasta donde podemos llegar.

Capítulo 9

Escritores de la Antigüedad.

Se ha comentado que en la Antigüedad todos los escritores, que componían sus obras tanto en prosa como en verso, dotaban a sus obras de estructura. En este Capítulo se mostrarán cinco ejemplos de autores romanos antiguos. Cuatro son poetas y el quinto, un conocido nuestro, historiador. Se muestran sobre todo obras en poesía porque en ellas la fidelidad de los textos que nos han llegado, después de tantos siglos, es mayor. Los cuatro poetas elegidos son contemporáneos de Julio César (100-44 AEC.). Dos de ellos, Virgilio y Horacio, fueron amigos de Octavio César Augusto, (63 AEC, 14 EC), sobrino del anterior y primer Emperador romano. Fedro fue esclavo de Augusto.

El más antiguo de los poetas fue Flavio Valerio Catulo, (84-54 AEC.). Fue el primer poeta lírico romano. De familia aristocrática, se alineó en el bando contrario a Julio César, aunque más tarde se reconciliaron. A pesar de haber vivido sólo 33 años, dejó una abundante obra, toda ella en verso.

Se ha elegido una corta Oda, en que narra la anécdota sucedida con una mujer a la que conoció. A lo que parece, la mujer yació con Catulo, y éste se quedó dormido después del acto. Catulo llevaba unos borradores con su última producción de versos, y la mujer, aprovechando su sueño, se quedó con ellos. En el verso, Catulo se los reclama.

En primer lugar, la versión en latín, el idioma de Catulo. Las mayúsculas indican inicio de estrofa. Catulo va a colocar seis Sumatoriales en las 45 frases de que consta la Oda, y un Ianual, el de 6. Con él indica que hay seis Sumatoriales en su escrito.

A continuación viene una traducción, que conserva la estructura. Como se aprecia, el formato es similar a cuanto llevamos visto, de tiempos de Constantino, principios del siglo IV.

		Catulo 42. Adeste.		
N	**Pal.**	**Texto**	**Sumas**	**Estructura**

1	1	Adeste,	1	
2	1	hendecasyllabi,	2	
3	4	quot estis Omnes undique,	6	
4	3	quot estis omnes.	9	**2**(3)
5	6	Iocum me putat esse moecha turpis,	15	**4**(3)
6	5	Et negat mihi nostra reddituram	20	**2**(5)
7	1	Pugillaria,	**21**	**1(6)->6**
8	3	si patis potestis.	24	**7**(3)
9	2	Persequamur eam,	26	**5**(4)
10	2	et reflagitemus.	**28**	**1(7)->7**
11	2	Quae sit,	30	**4**(5)
12	1	quaeritis.	31	-
13	1	Illa,	32	-
14	4	quam videtis Turpe incendere,	**36**	**1(8)->8**
15	7	mimice ac moleste Ridentem catuli ore Gallicani.	43	-
16	2	Circumsistite eam,	**45**	**1(9)->9**
17	2	et reflagitate,	47	-
18	2	Moecha putidam,	49	**4**(7)
19	2	redde codicillos,	**51**	**6(6)**
20	1	Redde,	52	**3**(8)
21	2	putida moecha,	54	**2**(9)
22	1	codicillos.	**55**	**1(10)->10**
25	3	Non assis facis?	58	**13**(4)
26	2	o Iutum,	60	**4**(8)
27	1	lupanar,	61	-
28	6	Aut si perditis potes quid esse.	67	-
29	7	Sed non est tamen hoc satos putandum.	74	**17**(4)
30	5	Quod si non aliud pote,	79	-
31	6	ut ruborem Ferreo canis exprimatur ore,	85	**4**(10)
32	6	Conclamate iterum altiore voce Moecha putida,	**91**	**1(13)->13**
36	2	redde codicillos,	93	**13**(6)
37	1	Redde,	94	**22**(4)
38	2	putida moecha,	96	**31**(3)
39	1	codicillos.	97	-
40	3	Sed nil proficimus,	100	**9**(8)
41	2	nihil movetur.	102	**3**(12)
42	5	Mutanda est ratio modusque vobis,	107	-
43	4	Siquid proficere amplius potestis,	111	**16**(6)
44	3	pudica et proba,	114	**4**(12)
45	2	redde codicillos.	116	**11**(8)

Se han subrayado las palabras con las que se consiguen cada uno de los Sumatoriales. Catulo forma su primer Sumatorial con sólo 21 palabras, disponiendo frases con 1, 1, 1, 3, 4, 5 y 6 palabras. Acto seguido, tiene que añadir 7 palabras, lo que hace en tres frases. Luego, debe añadir 8 palabras, lo que hace en cuatro frases. Luego, 9, en dos frases. Y así sucesivamente.

Cuando, al alcanzar el texto una longitud de 91 palabras (frase 32), ha dispuesto su sexto Sumatorial, ya no puede colocar más, porque se ha comprometido a disponer sólo seis Sumatoriales. Por eso termina su obra sin más Sumatoriales.

Ahora, una traducción, en que se ha puesto más énfasis en mantener la estructura que en la literalidad.

		Catulo 42. Adeste.		
N	**Pal.**	**Traducción**	**Sumas**	**Estructura**
1	1	Venid,	1	
2	1	endecasílabos,	2	
3	4	todos los que estáis,	6	
4	3	que estáis todos.	9	**2**(3)
5	6	Esa adúltera infame cree que bromeo,	15	**4**(3)
6	5	y rechaza devolverme mis cosas.	20	**2**(5)
7	1	A-puñetazos,	**21**	**1**(**6**)->6
8	3	si puede soportarlo.	24	**7**(3)
9	2	Persigámosla entonces,	26	**5**(4)
10	2	e insistamos.	**28**	**1**(**7**)->7
11	2	¿Quién es,	30	**4**(5)
12	1	preguntas?	31	-
13	1	Aquélla,	32	-
14	4	la que ves provocando,	**36**	**1**(**8**)->8
15	7	gesticulando y riendo con-molesta voz-de-perro y-cara de-Galo.	43	-
16	2	Rodeémosla ahora,	**45**	**1**(**9**)->9
17	2	e insistamos:	47	-
18	2	Adúltera infame,	49	**4**(7)
19	2	devuelve los-cuadernos.	**51**	**6(6)**
20	1	Devuelve,	52	**3**(8)
21	2	adúltera infame,	54	**2**(9)
22	1	los-cuadernos.	**55**	**1**(**10**)->10

25	3	¿No haces caso,	58	**13**(4)
26	2	mujer sucia,	60	**4**(8)
27	1	lupanar?	61	-
28	6	Piensa de ella lo que quieras.	67	-
29	7	Pero que no falte el esfuerzo final,	74	**17**(4)
30	5	incluso si no hacemos más,	79	-
31	6	que se-ruborice esa cara de-perro áspero,	85	**4**(10)
32	6	gritemos en alta voz: Adúltera infame,	**91**	**1(13)->13**
36	2	devuelve los-cuadernos,	93	**13**(6)
37	1	devuelve,	94	**22**(4)
38	2	infame adúltera,	96	**31**(3)
39	1	los-cuadernos.	97	-
40	3	Pero nada conseguimos,	100	**9**(8)
41	2	nada se-mueve.	102	**3**(12)
42	5	Debéis cambiar vuestro trato y-modo,	107	-
43	4	para así conseguir más:	111	**16**(6)
44	3	Pura y casta,	114	**4**(12)
45	2	devuelve los-cuadernillos.	116	**11**(8)

Catulo fue un poeta desinhibido, que a veces mezclaba palabras malsonantes en sus escritos. Por eso, en épocas pasadas, algunos de sus versos fueron censurados. Eran demasiado crudos para la sensibilidad de los censores.

Veamos ahora al príncipe de los poetas latinos, Virgilio, (70-19 AEC.). Su obra más conocida es la Eneida, en 12 libros, que le costó escribirla diez años. Se narran las aventuras de Eneas, que sale de Troya tras su destrucción, para fundar Roma, en Italia. Sobre todo por esta obra los romanos se consideraban herederos de las glorias de Troya. Se analizarán las 200 primeras palabras de la Eneida, obra compuesta por unas 10.000 estrofas.

		Eneida de Virgilio. Libro I.		
N	**Pal.**	**Texto**	**Suma**	**Estructura**
1	1	Arma,	1	
2	2	virumque cano,	3	
3	6	Troaie qui primus ab oris Italiam,	9	
4	2	fato profugus,	11	
5	3	Laviniaque venit litora;	14	
6	7	multum ille et terris iactatus et alto,	21	**6**(3)

7	2	vi superum,	23	-
8	5	saevae memorem Iunonis ob iram;	**28**	**1(7)->7**
9	5	multa quoque et bello passus,	33	**3**(6)
10	3	dum conderet urbem,	**36**	**1(8)->8**
11	3	infeterretque deos Latio:	39	**4**(6)
12	3	genus unde Latinum,	42	**3**(7)
13	2	Albanique patres,	44	**2**(8)
14	4	atque altae moenia Romae.	48	**15**(3)
15	1	Musa,	49	**4**(7)
16	3	mihi caussas memora,	52	**3**(8)
17	3	quo numine laeso,	**55**	**1(10)->10**
18	2	Quidve dolens,	57	**7**(6)
19	8	regina deum tot volvere casus insignem pietate virum,	65	**2**(10)
20	4	tot adire labores inpulerit.	69	**9**(6)
21	5	Tantae ne animis coelestibus irae!	74	**17**(4)
22	3	Urbs antiqua fuit;	77	**2**(11)
23	3	Tyrii tenuere coloni;	80	**14**(5)
24	1	Carthago,	81	**5**(9)
25	5	Italiam contra Tiberinaque longe Ostia,	86	**20**(4)
26	2	dives opum,	88	**3**(11)
27	3	studiisque asperrima belli:	**91**	**1(13)->13**
28	10	quan Iuno fertur terris magis omnibus unam posthabita coluisse Samo;	101	-
29	3	hic illius arma,	104	**2**(13)
30	3	hic currus fuit;	107	-
31	5	hoc regnum dea gentibus esse,	112	**13**(7)
32	4	Si qua fata sinant,	116	**11**(8)
33	4	iam tum tenditque fovetque.	**120**	**1(15)->15**
34	8	Progeniem sed enim Troiano a sanguine duci audierat,	128	-
35	5	Tyrias olim quae verteret arces;	133	**3**(14)
36	4	hinc populum late regem,	137	-
37	5	belloque superbum venturum excidio Lybiae:	142	**34**(4)
38	3	sic volvere Parcas.	**145**	**10(10)**
39	2	Id metuens,	147	**4**(14)
40	4	veterisque memor Saturnia belli,	151	-
41	8	prima quod ad Troiam pro caris gesserat Argis:	159	**24**(6)
42	4	necdum etiam caussae irarum,	163	-
43	4	saevique dolores exciderant animo;	167	-
44	6	manet alta mente repostum iudicium Paridis,	173	-
45	3	spretaeque iniuria formae,	**176**	**11(11)**

46	3	et genus invisum,	179	-
47	4	et rapti Ganimedis honores;	183	**28**(6)
48	3	his accensa super,	186	**10**(12)
49	4	iactatos aequore toto Troas,	**190**	**1(19)->19**
50	5	reliquas Danaum atque inmitis Achillei,	195	**6**(15)
51	3	arcebat longe Latio;	198	**11**(12)

En las primeras 200 palabras de su Eneida, que se distribuyen en 51 frases, Virgilio coloca 6 Sumatoriales y 2 Ianuales. El primero lo forma con 28 palabras, a base de colocar sus primeras frases con 1, 2, 3, 2, 2, 5, 6 y 7 palabras. Luego, e igual que Catulo, en las dos frases siguientes, coloca 8 palabras, y ya tiene el Sumatorial de 8. Y así prosigue, formando su estructura.

Veamos una traducción de este pasaje.

		Eneida de Virgilio. Libro I.		
N	**Pal.**	**Traducción**	**Suma**	**Estructura**
1	1	A-las-armas,	1	
2	2	y-al-hombre canto,	3	
3	6	que primero de-Troya en nave a-Italia,	9	
4	2	hecho prófugo,	11	
5	3	vino al-litoral de-Lavinia;	14	
6	7	mucho tiempo estuvo-arrojado por tierra y por-mar,	21	**6**(3)
7	2	por-voluntad de-los-dioses,	23	-
8	5	cruelmente por la-ira de-la-rencorosa Juno;	**28**	**1(7)->7**
9	5	Mucho sufrió también en guerras,	33	**3**(6)
10	3	hasta que-fundara la-Ciudad,	**36**	**1(8)->8**
11	3	y-trajera sus-dioses al-Latio:	39	**4**(6)
12	3	de-ahí el-linaje Latino,	42	**3**(7)
13	2	y-los-senadores Albanos,	44	**2**(8)
14	4	y las-altas murallas de-Roma.	48	**15**(3)
15	1	Musa,	49	**4**(7)
16	3	dime por-qué causas,	52	**3**(8)
17	3	qué divinidad injuriada,	**55**	**1(10)->10**
18	2	por-qué ofensa,	57	**7**(6)
19	8	la-reina divina hizo-pasar tantas desgracias a-un-hombre de-gran piedad,	65	**2**(10)
20	4	le-empujó a-arrostrar tantos trabajos.	69	**9**(6)
21	5	¡No tanta ira en-corazones divinos!	74	**17**(4)

22	3	Hubo una-ciudad antigua,	77	**2**(11)
23	3	gobernada por-colonos de-Tiro,	80	**14**(5)
24	1	Cartago,	81	**5**(9)
25	5	frente a-Italia lejos del-Tiber-y de-Ostia,	86	**20**(4)
26	2	fortaleza consagrada,	88	**3**(11)
27	3	bien preparada para-la-guerra:	**91**	**1(13)->13**
28	10	Dicen Juno la-habitaba mejor-que ninguna otra ciudad de-la-tierra incluida Samos:	101	-
29	3	allá tenía sus-armas,	104	**2**(13)
30	3	allá estaba su-carro;	107	-
31	5	ser señora de-las-gentes en-este reino,	112	**13**(7)
32	4	si el-destino lo permitiera,	116	**11**(8)
33	4	ya entonces favorecía y-procuraba.	**120**	**1(15)->15**
34	8	Pero oyó que del-linaje troyano procedería una raza,	128	-
35	5	que derribaría las fortalezas tirias;	133	**3**(14)
36	4	de-aquí un-pueblo más-tarde dominador,	137	-
37	5	glorioso en-la-guerra destinado a-arrasar Libia:	142	**34**(4)
38	3	así lo-hilaron las-Parcas.	**145**	**10(10)**
39	2	Temiendo esto,	147	**4**(14)
40	4	recordaba la-hija-de-Saturno la-antigua guerra,	151	-
41	8	que ella la-primera llevó a-Troya por los griegos:	159	**24**(6)
42	4	había otras causas de-su-ira,	163	-
43	4	crudos resentimientos venían a-su-ánimo;	167	-
44	6	Permanecía presente en-su-alta mente el-juicio de-Paris,	173	-
45	3	y-su-injuria en-forma de-desprecio,	176	**11(11)**
46	3	y el-odiado linaje,	179	-
47	4	y los-honores al-raptado Ganímedes;	183	**28**(6)
48	3	muy irritada por-esto,	186	**10**(12)
49	4	arrojaba al-mar a-todo troyano,	**190**	**1(19)->19**
50	5	a-los-restos de-los-griegos y del-inexorable Aquiles,	195	**6**(15)
51	3	apartaba lejos del-Latio;	198	**11**(12)

En este caso no podemos adivinar el uso que Virgilio dio a los Ianules, porque no se ha analizado la totalidad del primer libro de la Eneida. Virgilio escribe con la mentalidad de su época, en que los dioses intervenían en los asuntos de los humanos, favoreciendo a unos y dificultando las cosas a otros. Juno era la esposa, y hermana, de Júpiter, el dios supremo romano. Por eso Virgilio la llama, poéticamente, la reina de los dioses. Y la adjudica deseos y pasiones como los humanos, pero a lo

grande. Esa mentalidad, que se ha mantenido hasta época muy reciente, la heredó el Cristianismo.

Veamos ahora una Oda de Horacio, (65-8 AEC.). Se ha elegido la Oda segunda de su primer libro de Odas, dedicada a Octavio César Augusto. En ella Horacio debe esmerarse al máximo, dada la dignidad del destinatario de la misma.

Es el momento de advertir que cada autor daba a Sumatoriales e Ianuales el uso que le parecía. No había una regla única; había tantas como autores. Pero con ambos el autor señalaba al lector la estructura que había dispuesto en su obra, o en el Capítulo de su obra, si ésta era larga y se dividía en varios Capítulos. Siempre había que hacer una lectura diferenciada de los Ianuales, porque ellos indicaban la estructura del escrito.

En este caso, Horacio pasa por 8 Sumatoriales y 2 Ianuales, un total de 10 hitos. Y eso lo indica con su último Ianual, el de 10. Era bastante habitual que el escrito terminara con un Sumatorial, o casi terminara, como sucede en esta Oda.

		Horacio. Libro I. Oda II. A César Augusto.		
N	**Pal.**	**Texto**	**Suma**	**Estructura**
1	4	Iam satis terris nivis,	4	
2	5	atque dirae Grandinis misit Pater,	9	
3	1	et,	10	
4	5	rubente Dextera sacras jaculatus arces,	15	**4**(3)->6
5	2	Terruir Urbem.	17	-
6	2	Terruit gentes,	19	-
7	5	grave ne rediret Seculum Pyrrhae,	24	**7**(3)->9
8	3	nova monstra questae,	27	**2**(6)->7
9	8	Omnes cum Proteus pecur egit altos Visere montes:	**35**	**5(5)**
10	6	Piscium et summa genus haesit ulmo,	41	-
11	5	Nota quae sedes fuerat columbis;	46	**10**(4)->13
12	6	Et superjecto pavida natarunt Aequore damae.	52	**3**(8)->10
13	3	Vidimus flavum Tiberim,	**55**	**1(10)->10**
14	5	retortis Littore Etrusco violenter undis,	60	**4**(8)->11
15	4	Ire dejectum monumens regis	64	-
16	2	Templaque Vestae:	**66**	**1(11)->11**
17	7	Iliae dum se nimium querenti Jactat ultorem,	73	-
18	5	vagus et sinistra Labitur ripa,	**78**	**1(12)->12**
19	2	Iove (**non**) probante,	80	**14**(5)->18

20	2	uxoris amnis.	82	**19**(4)->22
21	1	Audiet,	83	-
22	3	cives acuisse ferrum,	86	**20**(4)->23
23	5	Quo graves Persae melius perirent:	**91**	**1(13)->13**
24	2	Audiet pugnas,	93	**13**(6)->18
25	4	vitio parentum rara iuventus.	97	-
26	7	Quem voces Divum populus ruentis Imperi rebus?	104	**2**(13)->14
27	9	prece qua fatigent Virginae sanctae minus audientem Carmina Vestam?	113	-
28	6	Cui dabit partes scelus expiandi Jupiter?	119	**2**(14)->15
29	2	tandem venias,	121	**6**(11)->16
30	1	precamur,	122	**29**(4)->32
31	6	nube candentis umerois amictus augur Apollo;	128	**19**(6)->24
32	3	Sive tu mavis,	131	-
33	2	Erycina ridens,	133	**3**(14)->16
34	3	Quam Iocus circumvolat,	**136**	**1(16)->16**
35	2	et Cupido:	138	**6**(12)->17
36	3	Sive neglectum genus,	141	**21**(6)->26
37	4	et nepotes Respicis Auctor,	**145**	**10(10)**
38	5	Heu nimis longo fatiate ludo;	150	**3**(15)->17
39	3	Quem iuvat clamor,	**153**	**1(17)->17**
40	2	galeaeque leves;	155	**11**(10)->20
41	8	Acer et Mauri peditis cruentum Vultus in hostem.	163	-
42	8	Sive mutata Juvenem figura ales in terris imitaris,	**171**	**1(18)->18**
43	3	almae Filius Maiae,	174	**9**(12)->20
44	4	patiens vocari Caesaris ultor:	178	**43**(4)->46
45	4	Sereus inm coelum redeas,	182	**8**(13)->20
46	5	diuque Laetus interfis populo Quirini:	187	**3**(17)->19
47	8	Neve te nostris vitiis iniquum Ocior aura Tollat.	195	**6**(15)->20
48	4	Hic magnos potius triumphos,	199	-
49	6	Hic ames dici Pater atque Princeps;	205	**16**(10)->25
50	5	Neu sinas Medos equitare inultos,	**210**	**1(20)->20**
51	2	Te duce,	212	**23**(8)->30
52	1	Caesar.	213	**33**(6)->38

Nótese cómo Horacio actúa para pasar del Sumatorial de 10 al de 11, añadiendo 11 palabras en tres frases. Y lo mismo para lograr el de 12 y el de 13. El mismo procedimiento, en los Sumatoriales de 16, 17 y 18. De modo que va quedando claro que cuando había que medir muy bien las

frases era a la hora de lograr el primer Sumatorial. A partir de él, las cosas eran ya fáciles: Bastaba añadir unas pocas frases con las palabras del Sumatorial siguiente.

Vemos en la traducción que Horacio, con un lenguaje pomposo y con rebuscadas imágenes, invita al sobrino de Julio César a convertirse en guía único de Roma.

N	Pal.	Traducción	Suma	Estructura
1	4	Ya bastante nieve a-la-tierra,	4	
2	5	y terrible granizo envió el-Padre,	9	
3	1	e,	10	
4	5	hirió las-cumbres sagradas con-su diestra.	15	**4**(3)->6
5	2	Temió la-Ciudad,	17	-
6	2	temieron las-gentes,	19	-
7	5	volviera el temible siglo de-Pirra,	24	**7**(3)->9
8	3	deplorando nuevos prodigios,	27	**2**(6)->7
9	8	cuando Proteo trajo su rebaño a los montes.	**35**	**5(5)**
10	6	Y los-peces se fijaron a-lo-alto de-un-olmo,	41	-
11	5	lugar que fue nido de-palomas;	46	**10**(4)->13
12	6	y en-el-mar los-gamos nadaban con temor.	52	**3**(8)->10
13	3	Vimos el-dorado Tíber,	**55**	**1(10)->10**
14	5	con-violentas olas devueltas de-la-orilla etrusca,	60	**4**(8)->11
15	4	precipitarse airadamente sobre-los-monumentos reales,	64	-
16	2	y-sobre-el-Templo de-Vesta:	**66**	**1(11)->11**
17	7	De la todavía quejosa Ilia arrojarse vengador,	73	-
18	5	errante y deslizándose por-la-ribera izquierda,	**78**	**1(12)->12**
19	2	aprobándolo Júpiter,	80	**14**(5)->18
20	2	de-la-corriente de-la-esposa.	82	**19**(4)->22
21	1	Oirá,	83	-
22	3	al-ciudadano afilando su-arma,	86	**20**(4)->23
23	5	que mejor matara al-peligroso Persa.	**91**	**1(13)->13**
24	2	Oirá las-luchas,	93	**13**(6)->18
25	4	por-culpa de-los-padres la-juventud escasa.	97	-
26	7	¿A-qué-dios invocará el-pueblo que evite derrumbarse al-Imperio?	104	**2**(13)->14
27	9	¿Cansarán los-cantos y preces de-las-santas vírgenes a-la-poco receptiva Vesta?	113	-
28	6	¿A-quién dará Júpiter la-misión de-expiar el-crimen?	119	**2**(14)->15
29	2	Ven finalmente,	121	**6**(11)->16
30	1	te-rogamos,	122	**29**(4)->32

31	6	de-nube candente cubierto el-hombro, augur Apolo.	128	**19**(6)->24
32	3	O-si tú prefieres,	131	-
33	2	sonriente Ericina,	133	**3**(14)->16
34	3	del-que la-Gracia vuela-en-torno,	**136**	**1(16)->16**
35	2	y el-Amor.	138	**6**(12)->17
36	3	O-si rechazado el-linaje,	141	**21**(6)->26
37	4	y los-nietos consideras, Fundador,	**145**	**10(10)**
38	5	¡ay! cansado de-un-juego demasiado largo,	150	**3**(15)->17
39	3	que te-complace el-clamor,	**153**	**1(17)->17**
40	2	y-el-casco liso.	155	**11**(10)->20
41	8	y el-cortante rostro del infante Mauro por enemigo.	163	-
42	8	O-si cambiando tu figura alada por-joven soportas en-la-tierra,	**171**	**1(18)->18**
43	3	hijo de Maya,	174	**9**(12)->20
44	4	ser llamado vengador de-César.	178	**43**(4)->46
45	4	Que retornes tarde al-cielo,	182	**8**(13)->20
46	5	y-pases alegres días con-el-pueblo de-Quirino.	187	**3**(17)->19
47	8	Que-no por-nuestros vicios hostiles te lleve temprana brisa.	195	**6**(15)->20
48	4	Aquí más-bien grandes triunfos,	199	-
49	6	aquí te-agrade ser-llamado Padre y Príncipe,	205	**16**(10)->25
50	5	y-no permitas que-los-Medos saqueen impunemente.	**210**	**1(20)->20**
51	2	Guía tú,	212	**23**(8)->30
52	1	César.	213	**33**(6)->38

Hagamos una salvedad. En la frase 19, todas las ediciones latinas que poseo de Horacio mantienen

"*Iove non probante*"

con tres palabras. Significa

"*no aprobándolo Júpiter*".

Pero el análisis por la estructura dice que no es posible. Debe ser

"*Iove probante*"

Ese "*non*" tiene que ser un añadido posterior, ajeno a Horacio. Porque de aceptarlo, la Oda tendría los Sumatoriales de **10**, **11** y **12**. Y aparecerían **105=1(14)** y **120=1(15)**, lo que haría que tuviera 5 Sumatoriales y dos Ianuales, los de 5 y 8, **92=8(8)**. Y sobraría el Ianual de 8.

Horacio refiere en su escrito que, al conocer los dioses la noticia del asesinato de Julio César, se indignaron con los romanos. Y el río Tíber

se desbordó e inundó parte de Roma. Y eso "*lo aprobaba Júpiter*". En origen la Oda tenía diez hitos, ocho de ellos Sumatoriales.

Posteriormente, se prefirió decir que Júpiter no podía aprobar que el Tíber inundara Roma, y se añadió el "*non*". Con ello la Oda quedaba con 5 Sumatoriales y dos Ianuales, y con un vacío exagerado en su mitad final, desde la palabra 120 hasta la 213. Así no la pudo componer Horacio, y menos dedicado al Príncipe del momento, en torno a la batalla de *Actium*.

Añadamos que la camarilla de Augusto - de la que Virgilio y Horacio formaban parte, a través de Mecenas – trabajaba al servicio de los planes reformadores del mismo. Por encargo de Augusto compuso Virgilio sus Geórgicas, en que animaba a los campesinos latinos a labrar sus tierras. Y compuso la Eneida, en que daba un pasado glorioso al pueblo romano, descendiente de un patricio troyano, Eneas.

A la muerte de Virgilio, Augusto revisó la Eneida e hizo modificar algunos pasajes que no eran de su gusto. En ese momento pudo añadirse la corta introducción, que no hemos considerado aquí como parte de la Eneida de Virgilio.

Y no sería extraño que el conservador Augusto ordenara añadir, en la Oda que Horacio le dedicó, ese "*non*" que volvía a colocar a Júpiter a favor del pueblo romano en cualesquiera circunstancias.

De una u otra forma, Horacio compuso su Oda dedicada a Augusto usando Sumatoriales y, en menor cuantía, Ianuales.

Veamos ahora el primer Capítulo de la única obra que Eutropio - el Eutropio de nuestro relato - escribió y firmó con su nombre. Se trata de una Historia de Roma resumida, escrita por orden y para uso del Emperador Valentiniano.

Este Emperador era de extracción popular y le cansaba leer. No se decidía a leer la Historia de Roma de Titio Livio, en más de 100 libros, y encargó a su secretario, Eutropio, que le hiciera un resumen. Veamos el primer Capítulo de su *Breviarium*.

		Eutropio. *Breviarium*. Cap. I.		
N	**Palabras**	**Texto**	**Sumas**	**Estructura**
1	2	Romanum imperium,	2	
2	7	quo neque ad exordio ullum fere minus,	9	
3	5	neque incrementis toto orbe amplius,	14	
4	4	humana potest memoria recordari,	18	**5**(3)
5	4	a Romulo exordium habet;	**22**	**4(4)**

6	3	qui Reae Silviae,	25	**3**(5)
7	2	Vestalis virginis,	27	**2**(6)
8	1	filius,	**28**	**1(7)->7**
9	1	et,	29	-
10	3	quantum putatus est,	32	-
11	1	Martis,	33	**3**(6)
12	3	cum Remo fratre,	**36**	**1(8)->8**
13	4	uno partu editus est.	40	**6**(5)
14	1	Is,	41	-
15	4	cum inter pastores latrocineretur,	**45**	**1(9)->9**
16	3	octodecim annos natus,	48	**15**(3)
17	6	urbem exiguam in Palatino monte constituit,	54	**2**(9)
18	1	XI.	**55**	**1(10)->10**
19	1	Kal.	56	**5**(7)
20	1	Maii,	57	**7**(6)
21	4	Olympiadis sextae anno tertio,	61	-
22	3	post Troia excidium,	64	-
23	5	ut qui plurimus minimumque tradunt,	69	**9**(6)
24	3	trecentesimo nonagesimo quarto.	72	**4**(9)

Todos los Capítulos del *Breviarium* de Eutropio son muy cortos y fáciles de leer. En este primer Capítulo su autor indica que va a colocar cuatro Sumatoriales, pasando por el Ianual de 4, **22=4(4)**. Y coloca, sucesivamente, los de 7, 8, 9 y 10. Y ya no puede colocar más, porque se pasaría de los cuatro que ha indicado que va a formar. Nótese que es lo mismo que hizo Catulo en su Oda a la mujer ladrona. Veamos la traducción.

		Eutropio. Breviarium. Cap. I.		
N	**Palabras**	**Traducción**	**Sumas**	**Estructura**
1	2	El-Imperio romano,	2	
2	7	que ni al inicio fuera alguno menor,	9	
3	5	ni-de mayor crecimiento en-todo el-mundo,	14	
4	4	puede recordar la-memoria humana,	18	**5**(3)
5	4	tiene origen en Rómulo.	**22**	**4(4)**
6	3	Quien de-Rea Silvia,	25	**3**(5)
7	2	virgen Vestal,	27	**2**(6)
8	1	hijo,	**28**	**1(7)->7**
9	1	y,	29	-

10	3	según se dice,	32	-
11	1	de-Marte,	33	**3**(6)
12	3	con-su hermano Remo,	**36**	**1(8)->8**
13	4	en-un parto fue engendrado.	40	**6**(5)
14	1	Él,	41	-
15	4	tras-dedicarse-al-robo viviendo entre pastores,	**45**	**1(9)->9**
16	3	teniendo dieciocho años,	48	**15**(3)
17	6	fundó una pequeña ciudad en-el-monte Palatino,	54	**2**(9)
18	1	el-once	**55**	**1(10)->10**
19	1	de-las-Calendas,	56	**5**(7)
20	1	de-Mayo,	57	**7**(6)
21	4	el-año tercero de-la-Olimpiada sexta,	61	-
22	3	después-de destruida Troya,	64	-
23	5	como más o menos cuentan,	69	**9**(6)
24	3	trescientos noventa y-cuatro-años.	72	**4**(9)

En la mayoría de las obras antiguas no se alteró el texto, no había nada que ocultar. Tal es el caso de las fábulas de Fedro. De un libro titulado "Fábulas" de Fedro, editado en *Neapoli* (Nápoles) en 1.836, en el que se han conservado bastante bien los signos de puntuación - aunque no todos - obtenemos el siguiente texto. Se trata de la conocida fábula del lobo y el cordero.

El lobo, y el cordero en el río.

FABULA I.

LUPUS, ET AGNUS AD RIVUM.

Ad rivum eumdem Lupus, et Agnus venerant,
Siti compulsi: superior stabat Lupus,
Longeque inferior Agnus. Tunc fauce improba
Latro incitatus jurgii causam intulit.
Cur, inquit, turbulentam fecisti mihi
Istam bibenti? Laniger contra timens:
Qui possum, quaeso, facere, quod quereris, Lupe?
A te decurrit ad meos haustus liquor.
Repulsus ille veritatis viribus,
Ante hos sex menses male, ait, dixisti mihi.
Respondit Agnus: Equidem natus non eram.
Pater, hercle, tuus, inquit, maledixit mihi.
Atque ita correptum lacerat injusta nece.
Haec propter illos scripta est homines fabula,
Qui fictis causis innocentes opprimunt.

(Fuente: **Fábulas. Fedro**. Neapoli, 1.836. Colección propia.)

Detallaremos a continuación la puntuación y la estructura que de esta fábula.

Fábula del Lobo y el Cordero, de Fedro.

N	Palabras	Acumulado	Sumas	Texto
1	4	4	-	Al mismo río Lobo,
2	3	7	**3+4**	y Cordero venían,
3	2	9	**2**(3)->4	con sed.
4	3	**12**	**3(3)->5**	Arriba estaba Lobo,
5	2	14	**2**(4)->5	aguas abajo,
6	1	**15**	**1(5)->5**	Cordero.
7	3	18	**3**(4)->6	Entonces garganta malvada,
8	2	20	**2**(5)->6	salteador compulsivo,
9	3	23	-	inicia la pelea.
10	1	24	7(3)->9	

				¿Cómo,
11	1	25	3(5)->7	pregunta,
12	5	30	4(5)->8	hiciste esa turbulencia cuando bebía?
13	3	33	3(6)->8	Responde Cordero temeroso:
14	2	35	**5(5)->9**	¿Cómo puedo,
15	1	36	**1(8)->8**	pregunto,
16	3	39	8(4)->11	hacer lo-que dices,
17	1	40	6(5)->10	Lobo?
18	7	47	-	El agua discurre de ti hacia mí.
19	4	51	**6(6)->11**	Afectado por lo evidente:
20	5	56	5(7)->11	Hace de esto seis meses,
21	1	57	7(6)->12	dice,
22	2	59	-	me criticaste.
23	2	61	-	Responde Cordero:
24	4	65	2(10)->11	Entonces no había nacido.
25	1	66	**1(11)->11**	El-padre,
26	1	67	-	por-Hércules,
27	1	68	5(8)->12	tuyo,
28	1	69	9(6)->14	dice,
29	2	71	-	me criticó.
30	6	77	2(11)->12	Y cogiéndolo luego lo desgarra injustamente.
31	7	84	7(8)->14	Esta fábula se escribe para ciertos hombres,
32	5	89	-	que sin motivo oprimen inocentes.
			3 □	
			3 Ianuales	
			1´9 □	

Así pues, durante todo el Imperio romano, tanto prosistas como poetas emplearon estructuras, con **Sumatoriales** e **Ianuales**, como queríamos demostrar.

En el “Anexo 26. Tabla” figuran todos los **Sumatoriales** e **Ianuales** hasta 4.600.

Epílogo

En un libro como el presente no sería aceptable que dijera sólo lo que he descubierto, sino que debo dar cuenta de cómo lo he hecho, de qué fuentes me he servido, cuál fue el hilo conductor que me llevó a los resultados que se han expuesto. Ésos son los objetivos del presente Epílogo.

Para situar al lector en las fases de la investigación y en el tiempo, se indica en el siguiente esquema cómo se encadenaron los hallazgos cuyo fruto es este libro:

1. Antecedentes. Octubre de 2.002 y Octubre de 2.004.
2. Inicio de mi biblioteca. Octubre de 2.006.
3. Lactancio y sus "Instituciones divinas". Diciembre de 2.006.
4. Indicio de estructura, contando palabras. Agosto de 2.007.
5. Estructuras en Catulo, Avieno y Cicerón. Febrero de 2.009.
6. Hallazgo de las firmas. Julio de 2.009.
7. El orden en que se escribieron los libros. Agosto de 2.010.
8. Obtención de textos Originales. Diciembre de 2.010.
9. Documentación sobre Constantino. Años 2.011 a 2.013.
10. Escritura y corrección del libro. Años 2.014 y 2.015.
11. Dificultades.
12. Cortinas de humo.

1. Antecedentes.

El presente es el tercer libro en el que doy cuenta de mi investigación sobre cómo surgió el Cristianismo y quiénes escribieron los Evangelios y demás "textos sagrados" cristianos. En el primero, "El Grupo de Jerusalén", narraba el inicio de la investigación, los primeros pasos. El libro resume la mitad de la investigación realizada entre los años 1.992 y 2.002. En él se explica cómo averigüé que una parte de los libros del Nuevo Testamento estaban redactados en dos etapas de redacción. Un método creado "*ad hoc*" me permitió encontrar los Evangelios originales

de Marcos y Juan. No ponía en duda la existencia real de Jesucristo. Publiqué el libro en Octubre de 2.002.

En el segundo, "Simón, opera magna", resumía la otra mitad de lo hallado en el decenio antes citado. En esta segunda parte de la investigación llegué a conocer quiénes habían redactado el Nuevo Testamento, Eusebio de Cesarea y, pensaba entonces, Osio. También encontré firmas en los Evangelios, con el nombre de Simón, pero no eran las correctas, sino otras, debidas al azar. Llegué a la conclusión de que Jesucristo era una figura literaria, creado por los autores citados. El libro se publicó en Octubre de 2.004.

Inmediatamente a su publicación abundaron los detractores, que tenían el *blog*

http://simonoperamagna.blogs.com

como nexo de contacto. Nadie objetó nada a la doble etapa de redacción de los Evangelios. En cambio, hubo bastantes comunicantes que se opusieron a las firmas de Simón. Ello me llevó a realizar, en colaboración con dos lectores amigos, que llamaremos "E" y "G", un par de programas informáticos para analizar las firmas.

El primero de ellos buscaba firmas de Simón en el texto en griego que se le introdujera, usualmente un capítulo de los Evangelios. Lo hacía de acuerdo con las reglas que yo aplicaba para encontrar firmas. Y el segundo, una ampliación del primero, aplicaba repetidamente el mismo programa anterior para hallar todas las firmas de un texto muy largo, varios capítulos de los Evangelios.

Se tomó un texto largo de los Evangelios y otro texto que resultaba de cambiar de posición, uno a uno, dos párrafos consecutivos del texto anterior. La cantidad de firmas halladas en ambos escritos, el Evangelio auténtico y el texto con los capítulos cambiados de orden, eran muy similares. Ello demostraba que tales firmas se debían al azar. A esta conclusión llegamos en Marzo de 2.005.

Esto me supuso un duro golpe. Golpe que asumí y reconocí en el *blog*. Ello significaba que la investigación no había terminado aún. Había mucho adelantado, aunque ni yo ni nadie sabía si todo lo descubierto era cierto o no. Y ello porque las pruebas que había aportado, descartadas las firmas de "SIMÓN", no eran concluyentes. Había muchos indicios razonables, pero no una prueba documental como podrían serlo unas firmas.

“Se abrían, por tanto, dos posibilidades”, pensé. O bien no había realmente firmas de Simón en los Evangelios, o las había, pero aún no las había encontrado. Había seguido una pista falsa. Y mis detractores, en ese tema, tenían razón.

La firma que sirvió para saber que había firmas de Simón no estaba en los Evangelios, sino en el Martirio de Policarpo, un escrito cristiano anterior a *Nicea*. Para mí esa firma - la del Martirio de Policarpo - era auténtica, colocado por el autor de ese supuesto escrito cristiano, Eusebio de *Cesarea*. Luego debía haber firmas en los Evangelios, también obras de Eusebio. Lo que sucedía era que no había sabido deducir, de esa única firma, la ley a la que obedecían las firmas sembradas por Eusebio. Había que rastrear de nuevo en busca de esas firmas, que seguía convencido de que existían, y hallarlas.

Este convencimiento no era una cuestión de orgullo herido, ni de tozudez. Había demasiados indicios razonables como para despreciarlos todos. Y todos apuntaban a que los Evangelios eran una obra literaria y que sus personajes eran tan reales como los personajes del Quijote. Algo extraño se escondía en la redacción de los Evangelios. ¿Por qué esa doble redacción, que nadie me había criticado, ni refutado? Es más, parecían pasar por ella como con deseos de no hacer ruido. No había encontrado las firmas de Simón en los Evangelios, de acuerdo, pero seguían allá dentro, esperándome.

2. Inicio de mi biblioteca. Octubre 2.006.

Pero en lugar de seguir rastreando en los Evangelios en griego, el idioma original, tomé otro camino. Los Evangelios habían tenido un proceso de redacción intrincado, como lo demostraban sus dos etapas de redacción. ¿Por qué empeñarme en seguir buscando en unos textos con problemas?

La idea que propició el cambio en la búsqueda fue la siguiente: Si Eusebio de *Cesarea* empleó firmas como acrósticos en los Evangelios y algún tipo de defensa, que debía buscar, tenía que ser porque esa práctica fuera la habitual en su tiempo y en tiempos anteriores. Luego debían emplearla todos los escritores; en particular aquéllos que mantenían correspondencia con monarcas, con Emperadores, puesto que la acción ocurría en tiempos del Imperio romano.

De la decisión tomada de pasar a analizar escritores antiguos vino la idea de formar una biblioteca de libro antiguo, clásico, con libros editados en versión original, en latín, griego o hebreo, lenguajes antiguos todos y que podía traducir. Y de la idea de analizar en particular la correspondencia mantenida por los Emperadores, surgió la importancia de las Cartas de Plinio a Trajano. La economía me hizo tener que retrasar el inicio de la biblioteca hasta que la diosa Fortuna me visitara. Lo iba a hacer en el mes de Junio de 2.006.

3. Lactancio y sus "Instituciones divinas". Diciembre 2.006.

En el verano de 2.006 un amigo me había llamado la atención sobre Lactancio. Yo ya sabía que era un autor cristiano del tiempo de Constantino. Por tanto, pertenecía a la época en que ya había Cristianismo, era un autor real. En Octubre de 2.006 adquirí su principal obra, las "Instituciones divinas." Conforme iba leyendo dicho libro me di cuenta de que Lactancio era mi hombre. ¡¡Él era el germen de la idea del Cristianismo!! ¡¡Lo decía con claridad meridiana en sus "Instituciones divinas"!!

Conforme iba leyéndolas iba colgando en el *blog* las conclusiones que iba extrayendo. Fue una serie que titulé "Lactancio, abogado de Constantino." Los artículos estuvieron colgados en el *blog* unos meses. Hasta que me di cuenta de que en ellos daba demasiadas pistas sobre la trama que estaba investigando. Entonces los eliminé. Durante años ha habido un hueco en el *blog* que afectaba a los meses de Diciembre de 2.006 y Enero de 2.007. Eran los artículos sobre Lactancio y su obra. Ahora que el libro ha sido editado, los he vuelto a colgar.

Quizás convenga aclarar por qué para mí fue tan revelador leer las "Instituciones divinas" de Lactancio y otros muchos las han leído sin ver claro lo que yo vi. Yo daba por sentado ya que los Evangelios eran una creación literaria, realizada por orden de Constantino, en su tiempo. Eusebio era uno de los redactores, y, pensaba, Osio era el otro. Ambos falsificadores habían escrito, además, otros muchos textos, atribuyéndolos a escritores cristianos primitivos, que nunca habían existido. Y ello para llenar el tiempo transcurrido entre la venida del Hijo de Dios y la época de Constantino.

"Se abrían, por tanto, dos posibilidades", pensé. O bien no había realmente firmas de Simón en los Evangelios, o las había, pero aún no las había encontrado. Había seguido una pista falsa. Y mis detractores, en ese tema, tenían razón.

La firma que sirvió para saber que había firmas de Simón no estaba en los Evangelios, sino en el Martirio de Policarpo, un escrito cristiano anterior a *Nicea*. Para mí esa firma - la del Martirio de Policarpo - era auténtica, colocado por el autor de ese supuesto escrito cristiano, Eusebio de *Cesarea*. Luego debía haber firmas en los Evangelios, también obras de Eusebio. Lo que sucedía era que no había sabido deducir, de esa única firma, la ley a la que obedecían las firmas sembradas por Eusebio. Había que rastrear de nuevo en busca de esas firmas, que seguía convencido de que existían, y hallarlas.

Este convencimiento no era una cuestión de orgullo herido, ni de tozudez. Había demasiados indicios razonables como para despreciarlos todos. Y todos apuntaban a que los Evangelios eran una obra literaria y que sus personajes eran tan reales como los personajes del Quijote. Algo extraño se escondía en la redacción de los Evangelios. ¿Por qué esa doble redacción, que nadie me había criticado, ni refutado? Es más, parecían pasar por ella como con deseos de no hacer ruido. No había encontrado las firmas de Simón en los Evangelios, de acuerdo, pero seguían allá dentro, esperándome.

2. Inicio de mi biblioteca. Octubre 2.006.

Pero en lugar de seguir rastreando en los Evangelios en griego, el idioma original, tomé otro camino. Los Evangelios habían tenido un proceso de redacción intrincado, como lo demostraban sus dos etapas de redacción. ¿Por qué empeñarme en seguir buscando en unos textos con problemas?

La idea que propició el cambio en la búsqueda fue la siguiente: Si Eusebio de *Cesarea* empleó firmas como acrósticos en los Evangelios y algún tipo de defensa, que debía buscar, tenía que ser porque esa práctica fuera la habitual en su tiempo y en tiempos anteriores. Luego debían emplearla todos los escritores; en particular aquéllos que mantenían correspondencia con monarcas, con Emperadores, puesto que la acción ocurría en tiempos del Imperio romano.

De la decisión tomada de pasar a analizar escritores antiguos vino la idea de formar una biblioteca de libro antiguo, clásico, con libros editados en versión original, en latín, griego o hebreo, lenguajes antiguos todos y que podía traducir. Y de la idea de analizar en particular la correspondencia mantenida por los Emperadores, surgió la importancia de las Cartas de Plinio a Trajano. La economía me hizo tener que retrasar el inicio de la biblioteca hasta que la diosa Fortuna me visitara. Lo iba a hacer en el mes de Junio de 2.006.

3. Lactancio y sus "Instituciones divinas". Diciembre 2.006.

En el verano de 2.006 un amigo me había llamado la atención sobre Lactancio. Yo ya sabía que era un autor cristiano del tiempo de Constantino. Por tanto, pertenecía a la época en que ya había Cristianismo, era un autor real. En Octubre de 2.006 adquirí su principal obra, las "Instituciones divinas." Conforme iba leyendo dicho libro me di cuenta de que Lactancio era mi hombre. ¡¡Él era el germen de la idea del Cristianismo!! ¡¡Lo decía con claridad meridiana en sus "Instituciones divinas"!!

Conforme iba leyéndolas iba colgando en el *blog* las conclusiones que iba extrayendo. Fue una serie que titulé "Lactancio, abogado de Constantino." Los artículos estuvieron colgados en el *blog* unos meses. Hasta que me di cuenta de que en ellos daba demasiadas pistas sobre la trama que estaba investigando. Entonces los eliminé. Durante años ha habido un hueco en el *blog* que afectaba a los meses de Diciembre de 2.006 y Enero de 2.007. Eran los artículos sobre Lactancio y su obra. Ahora que el libro ha sido editado, los he vuelto a colgar.

Quizás convenga aclarar por qué para mí fue tan revelador leer las "Instituciones divinas" de Lactancio y otros muchos las han leído sin ver claro lo que yo vi. Yo daba por sentado ya que los Evangelios eran una creación literaria, realizada por orden de Constantino, en su tiempo. Eusebio era uno de los redactores, y, pensaba, Osio era el otro. Ambos falsificadores habían escrito, además, otros muchos textos, atribuyéndolos a escritores cristianos primitivos, que nunca habían existido. Y ello para llenar el tiempo transcurrido entre la venida del Hijo de Dios y la época de Constantino.

Y de pronto tenía en mis manos una obra en la que se decía que su autor, Lactancio, iba a conducir a los hombres del error a la verdad. Y que defendía el Cristianismo de todos sus enemigos. Era una Apología igual a las que ya conocía por la investigación anterior, ¡pero ésta la escribía un hombre de carne y hueso! Lactancio defendía sus ideas, que yo había leído mil veces en escritos cristianos primitivos. Realmente, no era necesaria una nueva Apología en época tan tardía como el año en que Constantino se hacía con el poder. Pero Lactancio no había podido resistir la tentación de escribir su versión directa del asunto. Más tarde lo adjudiqué a que tenía que escribir libros sin citas de los Evangelios, y sus obras no era necesario que las tuvieran.

Lo que hasta ese momento yo había adjudicado a Osio, era obra de Lactancio. Osio haría otras cosas, pero el ideólogo era Lactancio. Para que su labor pasara inadvertida, se le dio el papel oficial de preceptor de Crispo. Pero en realidad él era el hombre de la idea. Había estado en *Nicomedia* desde el año 303. Entonces conoció a Constantino y éste se lo había llevado a *Augusta Treverorum* consigo.

Éste fue un gran paso en el descubrimiento de la trama cristiana. Era el eslabón perdido, o, mejor dicho, no hallado hasta ese momento. Ahora ya tenía localizados a todos los protagonistas. Compré los demás libros de Lactancio, unos que son suyos y alguna poesía que se le atribuye. Comprendí así su mentalidad.

4. Indicio de estructura, contando palabras. Agosto 2.007.

Como siguiente trabajo me propuse averiguar qué forma tendrían las defensas a colocar por un autor antiguo para evitar ser interpolado. La interpolación era una práctica muy común. A estas alturas el lector ya sabe perfectamente en qué consiste una interpolación. La idea base surgió en Agosto de 2.007.

Me preguntaba: ¿De qué es dueño absoluto el autor que escribe un libro? ¿Qué variable domina perfectamente, él y sólo él? Y llegó la respuesta, del número de palabras de que va a constar la frase siguiente a escribir.

¡¡Luego habría que contar las palabras de cada frase y ver si entre dichas cantidades había alguna ley aritmética!! Caso de ser ésa la forma de

formarse una estructura, el hallazgo era muy prometedor.

En Octubre de 2.006 pude empezar a crear mi biblioteca de libro antiguo. Conforme iba comprando nuevos libros, ya situado en el 2.008, fui comprobando que de una determinada obra no había dos versiones que coincidieran, ni siquiera en un solo capítulo. En una frase determinada variaban los signos de puntuación y variaban algunas palabras, que aparecían en unas versiones y no estaban en otras. Eso suponía una dificultad: No podía fiarme de ninguna edición de las que iba comprando.

Deduje que, para que el análisis de una obra determinada tuviera solidez, debía comprar al menos seis ediciones de una misma obra, y comparar las seis ediciones, capítulo a capítulo, para dar con la que me pareciera la versión original, para ese pasaje.

Se imponía decidir a qué autores y a qué obras me iba a dedicar. Tenía ya algunas ediciones de la Ilíada y la Odisea, de Homero. Pronto rechacé las obras largas, porque tenían Capítulos largos. Y resultaba muy pesado llevar la cuenta de las sumas sin saber si lo que hacía servía para algo. Para analizar obras en prosa seleccioné las cartas de escasa longitud. Y un libro muy idóneo donde encontrar cartas de poca longitud eran las "Epístolas a Familiares", de Cicerón. Leí las "Epístolas a Familiares", editadas por Joanem Manfré en 1.753, en Agosto de 2.008. En aquel tiempo yo consideraba las palabras que había en una frase entera. Una frase era todo lo que había entre dos puntos consecutivos.

Para no recibir reproches de nuevo, diré que los antiguos empleaban tres signos de puntuación y lo hacían desde antes del comienzo de nuestra era: El punto bajo, el punto medio y el punto alto. Había luego otro signo, el iniciar la primera frase un poco adentrada en el texto, lo que actualmente se llama "sangría".

El punto medio era el equivalente a nuestro punto y seguido. El punto alto equivalía al punto y coma. El punto bajo era nuestra coma. La primera letra de una frase adentrada en el texto indicaba inicio de párrafo. Estuve muchos meses contando las palabras de las frases, que estaban separadas unas de otras por puntos medios. Resultaban números muy grandes y no se obtenían relaciones apreciables. A estas estructuras las llamaba estructuras "según los puntos", los que separaban las frases.

5. Estructuras en Catulo, Avieno y Cicerón. Febrero 2.009.

Hasta que un día, cansado de no obtener nada consistente, se me ocurrió empezar a contar "según las comas", cuántas palabras había en trozos de frases que estaban entre dos signos de puntuación consecutivos cualesquiera, no sólo entre puntos medios. Se obtenían números muy bajos, porque las frases ahora eran mucho más cortas.

Pero mejor aún que las cartas me parecieron las poesías de corta extensión, como muchos versos de Catulo. Catulo, poeta romano de tiempos de Julio César, tenía poemas muy cortos, en los que las cifras que se llegaban a barajar eran muy razonables. De una recopilación de poesías en latín de 1.767, la Colección Pisaurensis, entresaqué también algún verso corto de Avieno, un poeta romano poco conocido, que me ayudó mucho a estas alturas del proceso.

Las cifras, consideradas aisladamente, no obedecían a ninguna ley de formación. Luego había que sumarlas. Sumándolas, se podían obtener sumas que fueran números consecutivos. Pero esto era insuficiente. Uno de los ensayos fue ir acumulando la cantidad de palabras de un escrito. Y entonces noté algo curioso. Repitiendo ese proceso de acumular "según las comas", había ciertos números, que se repetían en varias obras.

Se repetían, entre otros números, longitudes de 15, 21 y 28 palabras. ¿Qué tenían de particular esas cifras? No eran múltiplos de ningún número. La diferencia entre las dos mayores era siete. La diferencia entre las dos menores era seis. Le resté cinco a la menor, obteniendo 10. Le resté cuatro a 10, obteniendo 6. Y me di cuenta de que 6 era uno, más dos, más tres. 6 = 1+2+3. Si le sumaba 4 obtenía 10. Sumando 5, daba 15. Sumando 6, 21. Sumando 7, 28. Habían nacido los Sumatoriales.

¿Por qué ese nombre de Sumatoriales? Recordé mis tiempos de estudiante. Estudiábamos Variaciones, Combinaciones y Permutaciones. Y aparecían en las fórmulas lo que aprendimos entonces que se llamaba "factorial de un número". Por ejemplo, 5 factorial era el producto de 1 por 2, por 3, por 4 y por 5, lo que da 120. De 120 se decía que era "cinco factorial". Luego si los productos eran llamados "cinco factorial", la suma de los cinco primeros números, empezando por uno, debería llamarse "cinco Sumatorial". O "Sumatorial de cinco". Los Ianuales aparecieron en escena bastante después, en Abril de 2.011, porque salían en las estructuras que ya iba descubriendo que tenían todos los textos antiguos.

Llegó un momento en que, para poder saber si un número era Sumatorial o no lo era, tuve que elaborar la Tabla que viene en el Anexo 26.

Así que para los primeros meses de 2.009 ya había encontrado otro aspecto consistente: La estructura que los antiguos daban a sus escritos, para asegurar al lector que estaba leyendo la versión original. Rastreé tales estructuras para saber hasta cuándo se emplearon. Y encontré este tipo de estructura ininterrumpidamente hasta en escritos de Victor Hugo (1.802-1.885). Es decir, hasta hace 125 años. Por su utilidad para reconstruir textos clásicos, el descubrimiento de tales estructuras ha quedado registrado.

Revisando distintas ediciones de las "Epístolas a Familiares", comprobé que había dos Editores, uno español y otro francés, que obtenían de la misma Epístola de Cicerón, dos Epístolas con pequeñas diferencias en el texto. Una misma Epístola tenía longitudes diferentes en las dos ediciones, y por tanto, estructuras diferentes, pero ambas con abundantes Sumatoriales. Uno eliminaba alguna palabra que el otro aceptaba como buena. Repetido este hecho en varios lugares, ambos Editores obtenían para la misma Epístola estructuras aceptables desde el punto de vista de los Sumatoriales. Deduje que ambos actuaban más como escritores que como recopiladores. Este detalle sería de utilidad más adelante.

6. Las firmas. Julio 2.009.

Cuando tuve más de una edición de las Cartas de Plinio a Trajano, me sentí con base suficiente como para volver al tema de las firmas. Comencé mi búsqueda tratando de encontrar un acróstico, ya fuera al inicio de las frases, o al final. No sabía la palabra que Plinio iba a usar como clave. Luego debía buscar una palabra, o frase corta, en latín.

Di varias vueltas a todas las Cartas hasta que en una de ellas, en los finales de las frases "según los puntos", pude leer "*A te metus*", que significa "*Ante ti temor*" en una misiva de Plinio a Trajano. Por su importancia, se reproduce a continuación.

Carta 118

Carta de Plinio a Trajano.

Atletae, domine, ea, quae pro iselasticis certaminibus constituiste,

deberi sibi putant statim ex eo die, quo sunt coronati;

nihil enim referre, quando sint patriam invecti,

sed quando certamine vicerint, ex quo invehi possint.

Ego contra scribo "iselastici nomine":
Itaque forum vehementer addubitem,

an sit potius id tempos, quo □□□□□□□□□ intendum.
Idem obsonia petunt pro eo agonem(,) qui a te iselasticus factus est,

quamvis vicerint, antequam fieret.
Aiunt enim congruens esse, sicut non detur sibi pro his certaminibus,
quae esse eselastrica, postquam vicerunt, desierunt,

ita pro his dari, quae esse coeperunt.
Hic quoque non mediocriter aéreo, ne cuisquam retro habeatur ratio dandumque,

quod tunc, cum vincerent, non debebatur.
Rogo ergo, ut dubitationem meam regere,

id est beneficia tua interpretari, ipse digneris.

Distancias al extremo = 12

Mirando con atención la respuesta de Trajano, se podía leer "*Erit*", que significa "*Será*".

Carta 119

Carta de Trajano a Plinio.

Iselasticum tunc primum mihi videtur incipere deberi,

cum quis in civitatem suam ipse □□□□□□□□□.
Obsonia eorum certaminum, quae eiselastica esse placuit mihi,

*si ante iselastica non fuerunt, retro non debentu***r.**
Nec proficere pro desiderio atletarum potest,
quod eorum quae postea iselastica non lege constitui,

*quam quierant, accipere des***i***erunt.*
Mutata enim conditione certaminum nihilo minus,

*quae ante perceperant, non revocan***t***ur.*

Distancias al extremo = 12

¡¡Esto era un hallazgo de primera magnitud!!

Las letras de la frase de Plinio, "*a te metus*", distaban doce lugares del extremo de las frases. Las letras de la palabra de Trajano, "*erit*", distaban los mismos doce lugares. Me fui a Simón. Las palabras de las letras de "Simón" en la firma que había denominado "la llave del laberinto", al final del "Martirio de Policarpo", distaba ocho lugares del extremo de las frases. Luego había que buscar la firma de Simón a una distancia de ocho lugares de los extremos de las frases, fueran inicios o finales.

¿En qué escrito del Nuevo Testamento buscar? En el más corto. Donde la firma tenga que estar en un pequeño número de frases. Y el texto más corto era la "Carta 3 Juan".

Sabiendo qué forma debía tener la firma, letras de Simón distantes un total de 8 lugares de un extremo, fue fácil encontrar la firma. Pero la puntuación no acompañaba a la firma. Había que forzar mucho la puntuación para que las frases "según los puntos" dieran la firma de Simón. Me paré a reflexionar. ¿Habría en la "Carta 3 Juan" una doble redacción, siendo tan corta como era? ¡La había! Y entonces apareció la firma de Simón tal y como la tiene el lector en el Capítulo 138 y en el Anexo 13. Fue un momento memorable. Julio del año 2.009. Por fin aparecía la prueba documental

Las firmas en las otras dos Epístolas de Juan aparecieron en los días siguientes. Empezó entonces la búsqueda persistente de firmas en los Evangelios. Logré frutos lentamente. El trabajo de encontrar las firmas me llevó hasta Junio de 2.010.

Pero al hacerlo era consciente de que no tenía seguridad en el texto que manejaba. Había logrado hacerme con casi treinta ediciones diferentes del Nuevo Testamento en griego. Y trataba de recomponer el texto original cotejando varias ediciones. Empleaba la Biblia real, encargada por Felipe II, datada en 1.571; el *Textus Receptus*, la versión crítica de Tischendorf, una versión ortodoxa griega moderna que adquirí en Atenas, el Códice *Bezae* y una edición hecha en *Patavi* (Pavía) en 1.820, seleccionadas de mi biblioteca.

7. El orden en escribirse los libros. Verano de 2.010.

Quedaba pendiente de obtener el texto Original, el escrito por Lactancio y Eusebio. Tenía que encontrar un método infalible. Porque, empleando las versiones citadas, debía verificarse que toda frase del Original, separada por dos signos de puntuación consecutivos, tenía que estar presente en alguna de las versiones usadas. De no ser así, esa frase quedaría mal recogida en mi eventual reconstrucción.

Pero antes de acometer tal empresa decidí averiguar el orden en que Lactancio había escrito sus obras. Sabía ya que en el año 303 había ido a visitar a Diocleciano. Que éste no le hizo caso y que sí se lo hizo Constantino. Pero Constantino no marchó junto con su padre, Constancio, hasta el año 305. Y no fue César hasta el año siguiente, el 306. Luego Lactancio había estado él solo desde el año 303 al 307, año en que podía haber llegado Eusebio a *Augusta Treverorum*. Habría escrito las Epístolas de Pablo en ese tiempo, sin poder citar los Evangelios. ¿Qué más escribió sin citar los Evangelios?

De todos los libros que figuraran escritos antes de *Nicea* debía encontrar un método para saber cuáles había escrito Lactancio y en qué orden. Sabía que unos libros citaban a otros. Y entre todos formaban una tupida red de enlaces, de modo que daban la apariencia de que todos eran auténticos, ya que todos estaban relacionados.

Me puse en el lugar de Lactancio. Debía escribir libros y atribuirlos a autores ficticios. Iba a empezar la redacción del primero. No podía citar los Evangelios, todavía no escritos. Y tampoco podía citar libro alguno de ningún autor cristiano, puesto que empezaba a escribir el primero. Mi primer libro no tendría cita alguna de otro libro cristiano. Cuando lo terminara y empezara a escribir el segundo, podría citar en él

alguna frase del primero. Y cuando estuviera escribiendo el tercero, podría citar frases de los dos primeros. Y así sucesivamente.

Los primeros libros que había comprado fueron todos los escritos anteriores al Concilio de *Nicea* (año 325) en edición bilingüe, griego y castellano. Y los había leído detenidamente y trabajado con ellos durante la investigación realizada entre 1.992 y 2.002.

Esta vez los volví a revisar todos, pero me interesé solamente en las citas que había en cada libro. El que un libro cite frases de otro implica que el libro citado ha sido escrito antes que el que lo cita. Yo desechaba los libros cristianos primitivos con muchas citas. Me interesaban los que tuvieran muy pocas, o ninguna. Hice una lista con el título del libro y las obras que aparecían citadas en cada uno. Y luego los ordené de pocas citas a más citas. Y así me encontré que el libro "*Adversus Nationes*" ("*Contra los pueblos*"), de Arnobio de *Sicca*, no tenía ninguna cita. Luego había sido el primero en ser escrito. Además, Arnobio era africano, como Lactancio.

El "Octavio", de Minucio Felix, sólo citaba a Arnobio, luego fue el segundo libro escrito por Lactancio. El "*Apologeticum*", atribuido a un tal Tertuliano, el tercero, ya que sólo citaba frases de las dos obras recién mencionados. Y así sucesivamente.

Este trabajo de recomponer el orden de actuación de Lactancio, en la época en que había estado solo, fue sencillo. Lo realicé durante el verano de 2.010.

8. Obtención del texto original. Diciembre 2.010.

Me quedaba el último reducto por conquistar, lograr un método infalible para reconstruir los textos que habían escrito Lactancio y Eusebio. Recapacité sobre lo que había hecho hasta ese momento en el campo de la reconstrucción. Me había basado en unos textos de los siglos XVI y posteriores. Hice cuenta de cuántas ediciones habían tenido los Evangelios. Sabía que un libro usado a diario puede durar alrededor de 300 ó 400 años hasta destrozarse lo suficiente como para no poderse manejar bien. Las tapas se habrían caído; las primeras páginas y las últimas empezarían también a deshojarse y perderse. Sería preciso sustituirlo por otro libro igual, pero nuevo.

De modo que los códices originales, los elaborados para el Concilio de Nicea, copiados con todo cuidado de los Originales de Eusebio y Lactancio, fueron producidos hacia el 325 y debieran haber durado hasta el 650 ó 700. Los llamé "textos primarios". Pero se descubrieron las firmas de Eusebio y las estructuras idénticas de Lactancio y se ordenó sustituir los "textos primarios" por otros. Los llamé "textos secundarios".

Los "textos secundarios" verían la luz a finales del siglo IV, bajo el reinado de Teodosio, a la vez que san Jerónimo (345-420) traducía el texto original al latín y se sustituía el texto griego por la versión latina, o Vulgata. Tal vez el proceso de nueva redacción y sustitución no fuera inmediato, sino que tardara entre 10 y 50 años.

¿Qué "textos secundarios" habían llegado hasta nuestros días? Sabía de tres códices de entre los siglos IV y VI: El Sinaíticus, el Alejandrinus y el Vaticanus. Me propuse conseguir los tres, pero sólo pude hacerme con dos. El Vaticanus no estaba a la venta, según comprobé. El Texto del Códice Alejandrinus lo conseguí en formato CD. En el mismo se reproduce el texto editado por C. G. Woide, con B. H. Cowper como *curatore*, editado en Londres y Edimburgo en 1.860. Felizmente, el Códice Sinaíticus había sido colgado en la red unos pocos años antes y estaba disponible.

Así pues, yo disponía de dos "textos secundarios". Además, estaban las ediciones que se hicieron durante la Edad Media, a mano. De ellas ha llegado a nosotros un ejemplar que se denomina Códice *Bezae*, del que había logrado bajar de la red algunos pasajes. Y allá por 1.455 llegó la imprenta. Tenía la idea de que al tener que imprimir el Nuevo Testamento se preparó en algún lugar de Europa el que se llamaría "*Textus Receptus*". Lo tenía. Así como todos los que figuran en la bibliografía. A estas alturas había logrado reunir 32 ediciones distintas del Nuevo Testamento en griego. La mayor parte de ellas en papel. A los textos derivados de los "textos secundarios" los llamé "textos terciarios". El *Textus Receptus* y mi Biblia real, de tiempos de Felipe II, eran "textos terciarios".

No era lo mismo trabajar con "textos terciarios" que hacerlo con "textos secundarios". Puesto que los tenía, yo debía trabajar sólo con "textos secundarios". Me olvidé de todos los "textos terciarios" con los que había trabajado anteriormente. En lo sucesivo sólo emplearía los dos códices, el Sinaíticus y el Alejandrinus. Empecé a mirar y a dejar por escrito la comparación de un mismo texto evangélico en uno y otro códice.

Y vi que había varias variantes en cada Capítulo. Es decir, el copista del Sinaíticus no había copiado una determinada frase del Original, que sin duda tenía delante, con las mismas palabras que había usado el copista del Alejandrinus.

Seguí cotejando los textos paralelos de ambos códices durante semanas. Había variantes en cualquier texto que analizara. Pero hubo ciertas variantes que me llamaron mucho la atención: Cuando uno de los copistas, generalmente el copista del Sinaíticus, se saltaba una frase entera. Por ejemplo, para la primera frase del Padre nuestro, que está en Lucas 11,2, Alejandrinus copia, sin duda del original, "*Padre nuestro, que habitas los cielos*", mientras que Sinaíticus parece tener prisa y sólo escribe "*Padre*".Y en la última frase, lo mismo. Sinaíticus elimina una frase de seis palabras, "*y líbranos de hacer el mal.* " Y es siempre Sinaíticus el que omite palabras.

Se empezó a fraguar la sospecha de que no copiaban, sino que actuaban con gran libertad creativa. Y el golpe de gracia vino al analizar el pasaje de Marta y María en Lucas 10:42. Jesucristo le reprocha a Marta que se ocupe de muchas cosas. Literalmente le dice: "Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas."

Y copia acto seguido el escriba del Alexandrinus:

"Una en-cambio es necesaria" = □□□□□□□□□□□□□□□□ . (*evos de estin jreia*)

En cambio, el copista del Sinaiticis escribe:

Muy-pocas en-cambio son o una = □□□□□□□□□□□□□□□□□□ (*oligwn de estin h enos*)

Si la palabra "***oligwn***" (muy-pocos) estaba en el Original, no cabía pensar que un copista se la dejara por inadvertencia. Y si no estaba, no cabía pensar que otro copista la introdujera en la copia que estaba haciendo. Además, eran miles de variantes las que aparecían. Muy malos copistas eran ambos. No sabían copiar cien frases seguidas sin cometer varios errores, que en el pasaje comentado de Lucas eran veinte errores. Y el colmo ya: Además de ser malos copistas, no repasaban.

Yo tenía copia de papiros escritos en griego de la época y los copistas repasaban y corregían los errores que habían cometido. Esto lo hacían en los márgenes, que siempre eran amplios. ¿Qué clase de copistas eran los que habían hecho el Sinaíticus y el Alejandrinus? No podía cerrar

los ojos a la realidad: **No eran copistas. Eran redactores, con una misión.**

Hacían lo mismo que hacían los dos Editores de las "Epístolas a Familiares" de Cicerón. Retocaban el texto original, quitando o añadiendo unas pocas palabras, para que resultara una estructura decente. Que omitieran una palabra de dos o tres letras, como □□□ , □□ , □□□□□□ o algo así, era comprensible. Pero debían haber repasado y corregido el fallo. Pero no, fallaban y no corregían. Porque estaban plenamente satisfechos con el texto que habían dejado. No copiaban, creaban.

Yo tenía una ventaja a la hora de interpretar los fallos de los copistas: Sabía que el texto original tenía un fallo inmenso, las estructuras iguales de Lactancio en todos los autores que se inventó. Y que era conveniente cambiarlas.

La no coincidencia de "copias" de Sinaíticus y Alejandrinus, me dio la forma en que se había planeado la transformación: Al azar. Cada monje o ***epískopo*** que tuviera un Nuevo Testamento Original debía transformarlo, para que las estructuras de los diferentes autores fueran diferentes. Y para cumplir esa misión cada cual hizo lo que le pareció.

Esa forma de actuar de entonces tenía una consecuencia fantástica para lo que yo buscaba, poder reconstruir el texto primitivo, el texto Original de los Evangelios. Las variantes estaban hechas al azar, **eran todas ellas iniciativa personal de <u>un</u> "copista"**. Luego allá donde ambos coincidieran, estaba leyendo el texto Original de Eusebio, o de Lactancio. Y donde no coincidieran, había que elegir, porque **una de las dos variantes era el texto Original**. ¡¡A los dos no se les iba a ocurrir cambiar una misma palabra y sustituirla por la misma palabra extraña al texto que tenían delante, estando como estaban a cientos de millas de distancia uno del otro!!

La otra era la alteración introducida por el otro "copista". La introducía para formar su propia estructura, pero destrozaba la estructura del texto primitivo. Una de las dos variantes proseguiría la estructura del autor original. Como yo estaba reconstruyendo esa estructura, la variante que la conservara era el texto Original. Bastaba elegir entre las dos posibilidades. Esto sucedía en Diciembre de 2.010.

Así han surgido las reconstrucciones que se han ofrecido en este libro y las indicadas en los Anexos 6, 7, 9 y 15 del libro.

El 4 de Abril de 2.011 había reconstruido los cuatro primeros Capítulos de cada uno de los Evangelios de Marcos, Mateo, Lucas y Juan. No tuve dificultades con ninguno de ellos. El método de servirse del Sinaíticus y el Alejandrinus para ir formando el texto Original funcionaba a la perfección. Ese día di por concluida la investigación. Tenía todo lo necesario para escribir el libro. Libro que ya tenía decidido que fuera una novela histórica, absolutamente fiel a la Historia.

9. Documentación sobre Constantino. Años 2.011 a 2.013.

Escritos los primeros capítulos del libro con el único argumento de la redacción de los Evangelios, se vio que resultaba una historia densa, un poco pesada. Había que esparcirla en otra historia más mundana, más dinámica, la vida de Constantino. La conocía a grandes rasgos, por eso sabía que había sido ajetreada. Pero para escribir un libro sobre su vida tenía que documentarme, no sólo sobre Constantino, sino sobre la vida, las costumbres y la geografía del Imperio romano de su tiempo. Tuve que adquirir y consultar libros sobre tales temas, leerlos y recopilar las informaciones útiles. Eso me llevó dos años.

10. Escritura y corrección del libro. Años 2.014 y 2.015.

Y por último, faltaba escribir el libro. La redacción final que el lector tiene en sus manos es la cuarta versión, producto de tres enmiendas a la totalidad, siendo la primera redacción aquella en que sólo se hablaba de cómo se redactaron los Evangelios, con Eusebio y Lactancio como protagonistas principales.

11. Dificultades.

Cuando se lee el fruto de la investigación puede parecer que la secuencia de hallazgos tuvo su lógica, y que todo tuvo que ser fácil, casi un gol cantado. Nada más lejos de la realidad. Realmente, ha sido un trabajar a ciegas la mayor parte del tiempo. Las sendas que no conducían a ninguna parte han ocupado más de la mitad del tiempo empleado, que ha sido mucho, más de mil horas, quizás dos mil, de media al año.

Además, como era un continuo "prueba y error", cuando surgía una nueva senda, había que volver a reconstruir todo lo que se había hecho con anterioridad - ya que con el método que se había empleado no se obtenía nada - y volver a hacer todo el trabajo con el nuevo método.

Por ejemplo, estuve muchos meses tratando de encontrar una estructura con "las frases en los puntos". Es decir, contando las palabras que había, en docenas de textos, desde un punto medio hasta el siguiente punto medio. Sin éxito.

Se me ocurrió hacer lo mismo con "las frases en las comas", es decir, considerar frase y contar sus palabras, desde el inicio de la frase hasta el primer signo de puntuación, fuera el que fuera. Y apareció la estructura de los Sumatoriales. Ahora tenía que volver a repetir todos los textos que había revisado con las frases largas, pero haciéndolo con las frases cortas.

Lo mismo cuando aparecieron los Ianuales, dos años más tarde que los Sumatoriales. Todos los textos que había analizado y establecido su estructura en base a Sumatoriales debían ser revisados, para ver si contenían también Ianuales. Eso explica el tiempo que fue necesario para culminar todo el proceso de investigación.

Cierto que cada nuevo hallazgo era una inyección de moral para proseguir la investigación. Pero el trabajo de campo era muy metódico y repetitivo, cuando operaba en una senda acertada, y un tanto desconsolador cuando recorría una senda que no llevaba a ningún sitio. Para llegar un momento en que había que reconocer que aquella senda era equivocada y que la solución tenía que estar por otro lado. ¿Dónde? A ver qué pasaba con una senda nueva ... Era un trabajo de locos.

12. Cortinas de humo.

Ahora que se conoce toda la historia y se pueden comparar el texto oficial y el texto Original, se aprecian con toda claridad las modificaciones que han realizado las jerarquías eclesiales a lo largo del tiempo, para enmascarar el proceso escandaloso con el que se dio origen a la religión cristiana. No sólo se rehicieron todos los escritos, como se acaba de ver, sino que se alteraron las longitudes de los Capítulos, uniendo unos con otros, y dividiéndolos de forma diferente a la inicial, para que se perdiera todo rastro de las estructuras originales.

La primera decisión falsificadora fue inventar la llamada "escritura continua", con escasez de signos de puntuación, a finales del siglo IV. Y sembrar la idea de que en griego se escribía sin signos de puntuación. Incluso modernamente siguen afirmando los falsos entendidos que se escribía sin signos de puntuación, cuando el análisis minucioso de un papiro, o un códice, cristiano, muestra claramente lo contrario. Porque se usaban los finales de línea a modo de comas o puntos. Pero claro, ¿qué lector, que no sea del gremio eclesiástico, va a ponerse a buscar, encontrar y mirar con lupa un papiro o códice evangélico, buscando puntos altos, bajos o medios? Y además, ¿qué repercusión mediática va a tener si alguno lo hace y se da cuenta de que los hay?

Otra cortina de humo fue crear la leyenda de que los signos de puntuación en griego no se inventaron hasta el siglo VII, patraña burda donde las haya, pero que todavía se exhibe como argumento.

Otra actuación de los "historiadores" cristianos de la época fue rejuvenecer a Crispo, para que su tutor, Lactancio, acudiera junto a Constantino más tarde de lo que lo hizo. Incluso, durante un tiempo, se inventaron un segundo Eutropio, para oscurecer la fecha de su obra, el *Breviarium*, o Resumen, y situarlo a principios del siglo V, en tiempos de San Agustín, desligándolo de Constantino.

Y creo poder decir que otra actuación descubierta es algún decreto, dado hacia 1.730 por quien pudiera hacerlo, para que en las sucesivas ediciones se deformaran los escritos clásicos, las obras de Virgilio, Horacio, Ovidio, Julio César, Tito Livio, Lucano - en fin, todos - eliminando signos de puntuación y variando la cantidad de palabras, para que sus estructuras desaparecieran.

Y dar prestigio a una Editorial con sede en Lipzig, campeona en llevar las deformaciones al máximo nivel. Al mismo tiempo, se desprestigiaban las ediciones más antiguas y se tomaba la versión de Lipzig como la edición más fiel. Esta fiebre, eliminadora de signos de puntuación, se ha extendido, y hoy en día ninguna versión moderna es útil para estudiar las estructuras aquí encontradas, porque los signos de puntuación han desaparecido casi en su totalidad. Las Tesis sobre temas de Letras se basan en las ediciones de la Editorial favorecida y posteriores. Las anteriores no son fiables ...

Y es que el que miente, está obligado a hacer muchas maniobras para mantener oculta su mentira.

Hay una idea que no ha dejado de acompañarme a lo largo de toda la investigación: No hay peor cosa que mentir por escrito. Porque la mentira queda ahí, perenne, a la vista de todos. Hasta que alguien sea capaz de mirar donde hay que mirar.

Por eso nunca dejé de estudiar los escritos. Y sólo ellos. Porque la verdad, la historia auténtica, estaba oculta entre sus líneas. Y por fin apareció.

Nota del Autor.

Como noticia de última hora, han aparecido más acrósticos ocultos en las Cartas de Plinio. Se muestran en

http://www.sofiaoriginals.com/tambien-hay-acrosticos-ocultos-en-las-epistolas-de-plinio/

Anexos

Anexo 1

Capítulo 27, página 90.

En la carta que el César Constancio escribe al Augusto Diocleciano, se pasa sólo por el ***Ianual*** de 6, que es 51. Con ello se indica que el escrito tendrá seis ***Sumatoriales***, que son los de **4**, **5**, **9**, **12**, **13** y **14**. Al colocar la frase séptima con 9 palabras, a partir de ese momento sólo puede formarse el ***Sumatorial*** de 9, que es 45, luego 28 y 36 no son los ***Sumatoriales*** de 7 y 8, porque en ellos no puede aparecer el 9. (1)

N	Palabras	Texto	Suma	Estructura
1	3	"El César Constancio,	3	
2	3	al Augusto Iove,	6	
3	1	Diocleciano.	7	-
4	1	Salud.	8	-
5	2	Ahora que,	**10**	**1(4)->4**
6	5	porque vos así lo dispusisteis,	**15**	**1(5)->5**
7	9	el proceso de sucesión se ha puesto en marcha,	24	7(3)->9
8	4	permitidme que os haga,	28	-
9	4	mi respetado Augusto Diocleciano,	32	-
10	4	un ruego de padre.	36	11(3)->13
11	2	Os confié,	38	8(4)->11
12	4	porque lo considerasteis conveniente,	42	3(7)->9
13	3	a mi hijo,	**45**	**1(9)->9**
14	1	Constantino.	46	10(4)->13
15	5	Han pasado ya diez años.	**51**	**6(6)**
16	5	Y en las circunstancias presentes,	56	5(7)->11
17	7	deseo servirme de su reconocida habilidad militar,	63	3(9)->11

18	6	organizando una expedición contra los Pictos,	69	9(6)->14
19	4	bárbaros despiadados del Norte,	73	4(9)->12
20	5	que han invadido nuestras tierras,	**78**	**1(12)->12**
21	6	sembrando la ruina y la muerte.	84	7(8)->14
22	1	Reiterándoos,	85	4(10)->13
23	1	Augusto,	86	20(4)->23
24	5	mi respeto y absoluta lealtad,	**91**	**1(13)->13**
25	7	os ruego escuchéis mi súplica de padre,	98	13(6)->18
28	6	y le permitáis que vuelva conmigo.	104	2(13)->14
30	1	Cuidaos."	**105**	**1(14)->14**

(1) Carta elaborada por el autor de este libro.

Anexo 2

Capítulo 29, página 96.

La respuesta del Augusto Diocleciano es también un escrito con una estructura muy cuidada. Coloca cuatro ***Sumatoriales***, los de 3, 4, 5 y 7, que arropan al ***Ianual*** de 4, que es 22. Y acto seguido pasa por el ***Ianual*** de 5, indicando que colocará otros cinco ***Sumatoriales***, que son los de 8, 9, 11, 12 y 14. El escrito termina con un ***Sumatorial***, el de 14, ya que el número posterior y final, 109, es un hueco.

Nótese cómo las tres primeras frases tienen 1, 2 y 3 palabras, para formar con ellas el ***Sumatorial*** de 3. Y acto seguido se añaden una frase con 4 palabras, con lo que se logra el ***Sumatorial*** de 4. Y lo mismo con el de 5. [1]

N	Pal.	Texto	Sumas	Estructura
1	3	El Augusto Diocleciano,	3	-
2	2	a Constancio,	5	-
3	1	César.	**6**	**1(3)**->3
4	4	He recibido la vuestra,	**10**	**1(4)**->4
5	3	que considero apropiada.	13	-
6	1	Efectivamente,	14	**2**(4)->5
7	1	Constantino,	**15**	**1(5)**->5
8	2	vuestro hijo,	17	-
9	5	aprovechó su estancia entre nosotros;	**22**	**4(4)**->7
10	6	ha dado muestras de su valía.	**28**	**1(7)**->7
11	4	Se parece a vos,	32	-
12	3	tiene vuestro carácter.	**35**	**5(5)**->9
13	1	Espero -	**36**	**1(8)**->8
14	6	y sé que no me defraudaréis -	42	**3**(7)->9
15	3	que con él,	**45**	**1(9)**->9
16	4	consigáis realizar vuestro propósito,	49	**4**(7)->10
17	9	libraros de esos bárbaros que acosan a nuestros ciudadanos,	58	**13**(4)->16
18	6	impidiendo la paz romana en Britania.	64	-

19	2	He dispuesto,	**66**	**1(11)->11**
20	4	respondiendo a vuestros deseos,	70	**7**(7)->13
21	5	que os reunáis en Mediolanum,	75	**3**(10)->12
22	3	en dos meses,	**78**	**1(12)->12**
23	4	cuando recibáis la púrpura.	82	**19**(4)->22
24	6	Ello revalorizará sin duda vuestra investidura.	88	**3**(11)->13
25	7	Sabéis que entonces me retiraré a Spalatum,	95	**5**(10)->14
26	3	cerca de Salona.	98	**11**(7)->17
27	4	Apreciaré recibir vuestras nuevas,	102	**3**(12)->14
28	3	sobre los Pictos,	**105**	**1(14)->14**
29	4	o sobre otros asuntos.	109	-

(1) Carta elaborada por el autor de este libro.

Anexo 3

Capítulo 30, páginas 99 y 100.

En este escrito su autor se esfuerza por lograr una gran cantidad de ***Sumatoriales*** en un texto corto. De hecho, pasa por todos los ***Sumatoriales*** de los diez primeros números que es posible lograr. Dado que el ***Ianual*** de 10, que es 145, es superior a las palabras del escrito, compone el 10 por suma de los ***Ianuales*** de 4 y de 6.

Con ello indica que va a colocar diez ***Sumatoriales***, que es lo que hace. (1)

N	Pal.	Texto	Sumas	Estructura
1	1	Constantino	1	
2	3	hijo de Constancio	4	
3	2	a Eusebio.	6	**1(3)->3**
4	1	Salud.	7	-
5	3	Hubiera querido verte,	10	**1(4)->4**
6	5	pero no he podido hacerlo.	15	**1(5)->5**
7	6	Mi padre pide vaya con él,	21	**1(6)->6**
8	1	y,	22	**4(4)**->7
9	3	concedido el permiso,	25	**3**(5)->7
10	3	parto de inmediato.	28	**1(7)->7**
11	8	Hubiera querido recoger tu última remesa de libros,	36	**1(8)->8**
12	7	y charlar de nuevo en tu jardín,	43	-
13	2	tan solitario,	45	**1(9)->9**
14	2	tan entrañable.	47	-
15	2	Recuérdame siempre,	49	4(7)->10
16	2	como yo.	51	**6(6)**->11
17	4	Espero volver a verte,	55	**1(10)->10**
18	11	aun precisándose tener que cruzar el Imperio de Este a Oeste.	66	**1(11)->11**
19	10	Que no pase mucho tiempo sin gozar de tu presencia.	76	**6**(8)->13
20	2	Cuídate entretanto.	78	**1(12)->12**

[1] Carta elaborada por el autor de este libro.

Anexo 4. Carta de Eusebio a su primo Samuel. [1]

Capítulo 34, página 113.

N	Pal.	Texto	Suma	Estructura
1	1	Eusebio,	1	
2	3	hijo de Eusebio,	4	
3	2	a Samuel.	6	1(3)->3
4	1	Salud.	7	-
5	5	Eladio es un muchacho magnífico	12	3(3)
6	1	capaz,	13	-
7	4	con unas capacidades excelentes,	17	-
8	2	poco frecuentes,	19	-
9	4	que no deben desaprovecharse.	23	-
10	6	Por eso me permito proponerte algo,	29	-
11	2	querido primo,	31	-
12	6	que tengo la esperanza que aceptarás.	37	-
13	4	Convendría ampliar sus estudios,	41	-
14	2	para que,	43	-
15	4	en un futuro lejano,	47	-
16	6	pudiera llegar a ser también bibliotecario,	53	-
17	6	oficio que ya sabes conozco bien.	59	-
18	2	Para ello,	61	-
19	3	en primer lugar,	64	-
20	3	debe hablar griego,	67	-
21	4	y escribirlo también correctamente.	71	-
22	2	Por eso,	73	-
23	6	debería recibir clases de griego diariamente,	79	-
24	4	y estudiar cada día.	83	-
25	6	Eso exige que deje de trabajar.	89	-
26	8	Tengo medios para hacerme cargo de su mantenimiento.	97	-
27	4	Tendría una habitación aquí,	101	-
28	2	comería conmigo,	103	-

29	4	y recibiría cierto dinero,	107	-
30	2	no demasiado,	109	-
31	4	para tener sus gastos.	113	-
32	7	Claro está que todo ello debes aprobarlo,	**120**	**1(15)->15**
33	7	y me parecerá bien lo que decidas,	127	-
34	1	evidentemente.	128	-
35	9	Espero que el compromiso con el comerciante sea evitable,	137	-
36	2	y así,	139	-
37	10	podría completar sus estudios de Letras y forjarse un futuro.	149	-
38	2	Cuídate mucho.	151	-
39	2	Tu primo.	**153**	**1(17)->17**

(1) Carta elaborada por el autor de este libro.

Anexo 5

Capítulo 51, página 186.

En la misiva de Constantino a su padre, se pasa por casi todos los Sumatoriales y no se indica cuántos hay, porque tampoco es muy necesario. (1)

N	Pal.	Final de frase	Sumas	Estructura
1	1	Constantino,	1	-
2	3	hijo de Constancio,	4	-
3	3	al Augusto Constancio.	7	-
4	1	Salve,	8	-
5	1	padre.	9	**2**(3)->4
6	1	Sabrás,	**10**	**1(4)->4**
7	5	por el mensaje del legado,	**15**	**1(5)->5**
8	2	lo conseguido.	17	-
9	6	Los dioses nos siguen siendo favorables.	23	-
10	5	He observado que los Pictos,	**28**	**1(7)->7**
11	3	en ningún caso,	31	-
12	5	incendian las ciudades que toman.	**36**	**1(8)->8**

13	7	No hemos encontrado ni un solo picto.	43	-
14	2	Sus barcos,	**45**	**1(9)->9**
15	7	que dejaron mal vigilados en los puertos,	52	**3**(8)->10
16	3	ya no existen.	**55**	**1(10)->10**
17	5	Yo diría que los bárbaros,	60	**4**(8)->11
19	2	creyéndose invencibles,	62	**14**(4)->17
20	9	han bajado por la calzada de la Britania Secunda,	71	-
21	2	saqueándola y,	73	-
22	5	cargados con un abundante botín,	**78**	**1(12)->12**
23	6	volverán obligatoriamente por el mismo camino.	84	**7**(8)->14
24	4	Podríamos salirles al paso,	88	**3**(11)->13
25	3	con tu aprobación,	**91**	**1(13)->13**
26	14	en algún lugar adecuado situado entre Deva		
		y el Sur de la Britania Secunda,	**105**	**1(14)->14**
27	7	y por las calzadas que las unen,	112	**13**(7)->19
28	3	que son pocas.	115	**7**(10)->16
29	5	Vigilando continuamente a los Pictos,	**120**	**1(15)->15**
30	7	labor que nuestra caballería sabe hacer bien,	127	-
31	6	tus Legiones podrían acabar con ellos.	133	**3**(14)->16
32	3	Cuando nos veamos,	**136**	**1(16)->16**
33	7	en una reunión general como la anterior,	143	**5**(13)->17
34	4	si así lo dispones,	147	**4**(14)->17
35	3	te ampliaré detalles.	150	**3**(15)->17
36	2	Cuídate mucho,	152	**2**(16)->17
37	1	padre.	**153**	**1(17)->17**

[1] Carta elaborada por el autor de este libro.

Anexo 6. Marcos. Capítulo 76, página 280.

Conozcamos el Capítulo primero del Original que preparó Eusebio.

N	Orifr	Vers.	Oriac	Estructura	Texto original	Var.
1	**2**		2		**Vino Juan,**	**2 3**
2	**1**		3		**el-Bautista,**	**1 2**
3	3		6	1(3)->3	**en el desierto,**	
4	4		**10**	1(4)->4	**predicando un bautismo de-penitencia,**	
5	3	4	13		**para perdón de-los-pecados.**	
6	4		17		**Y venían a él,**	
7	4		**21**	1(6)->6	**toda la-región de Judea,**	
8	4		25		**y de Jerusalén, todos,**	
9	3		**28**	1(7)->7	**y los bautizaba,**	
10	4		32		**en el río Jordán,**	
11	4	5	**36**	1(8)->8	**habiendo confesado sus pecados.**	
12	2		38		**Y sucedió,**	
13	4		42		**en los días aquellos,**	
14	2		44		**vino Jesús,**	
15	4		48		**de Nazaret de Galilea**	
16	2		50		**y bautizose,**	
17	3		53	,	**en el Jordán,**	
18	2	9	**55**	1(10)->10	**con Juan.**	
19	**6**		61		**Después de la prisión de Juan,**	**5 6**
20	**5**		**66**	1(11)->11	**vino Jesús a la Galilea,**	**5 6**
21	**7**	14	73	-	**predicando el Evangelio del Reino de Dios,**	**5 7**
22	**1**		74		**enseñando:**	**0 1**
23	4		**78**	1(12)->12	**Se cumplió el tiempo,**	
24	6		84	-	**se acerca el Reino de Dios,**	
25	1		85		**arrepentíos,**	
26	5	15	90	-	**y creed en el Evangelio.**	
27	4		94		**Y entran en Cafarnaúm,**	
28	2		96		**y frecuentemente**	
29	2		98		**en sábado,**	
30	4		102		**enseñaba en la sinagoga,**	
31	**0**	21	102	-	-	**0 1**
32	6		108		**y se asombraban de su enseñanza.**	
33	7		115	**9(9)->17**	**ya que la decía como con autoridad,**	
34	5	22	**120**	1(15)->15	**y no como los escribas.**	

35	5		125		**Pronto se extendió su fama,**	5 6
36	6	28	131		**por toda la comarca de Galilea.**	
37	1		132		**Y,**	
38	1		133		**temprano,**	
39	2		135		**apenas amanecido,**	
40	1		**136**	**1(16)->16**	**levantándose,**	
41	1		137		**salía,**	
42	5		142		**y marchaba a lugar desierto,**	
43	1		143		**y,**	
44	1		144		**allí,**	
45	**1**	35	**145**	**10(10)->19**	**oraba.**	**0 1**

Eusebio coloca 10 Sumatoriales y 2 Ianuales. El azar formaría 4´1 Sumatoriales. Veremos que en el Capítulo primero del texto Total, Eusebio pasa por 15 Sumatoriales y 10 Ianuales, cuando el azar formaría 8´5 Sumatoriales. Para ello Eusebio divide su **Original** en rodajas de uno o dos versículos. Cuando añade las frases de la Interpolación, calcula para que haya Sumatoriales e Ianuales en las frases del **Original**. Así nadie sospechará que hay un **Original** dentro del **Total**.

Interesa ver ahora cómo se le añaden ideas ajenas al **Original**. En la Interpolación hay milagros. En el Original, no. Y nótese cómo se adapta la Interpolación (en rojo) al argumento del texto Original (en negro).

Marcos Total, Capítulo 1.

N	Orifr	Vers.	Oriac	Sumas	Texto	Var.
1	**5**		5		Principio del Evangelio de Jesucristo,	**5 8**
2	**5**		10		como está en la profecía,	**7 5**
3	1		11	-	"**Mira**,	
4	8		19	-	envío el ángel mío delante de tu faz,	
5	**5**	2	24	-	él preparará el camino tuyo."	**5 7**
6	5		29	-	Una-voz en el desierto clama:	
7	4		33	10(3)->**12**	Preparad el camino del-Señor,	
8	5	3	38	**8**(4)->11	volved rectas las sendas suya."	
9	**2**		40	**6**(5)->10	**Vino Juan,**	
10	**1**		41	-	**el-Bautista,**	
11	**3**		44	**2**(8)->9	**en el desierto,**	
12	**4**		48	15(3)->**17**	**predicando un bautismo de-penitencia,**	
13	**3**	4	**51**	**6(6)->11**	**perdonando los pecados.**	
14	**4**		**55**	**1(10)->10**	**Y venían a él,**	
15	**4**		59	-	**toda la-región de Judea,**	

16	4		63	3(9)->11	**y de Jerusalén, todos,**	3 4
17	3		66	1(11)->11	**y los bautizaba,**	
18	4		70	7(7)->13	**en el río Jordán,**	
19	4	5	74	17(4)->20	**habiendo confesado sus pecados.**	
20	2		76	6(8)->13	Y estaba,	
21	2		78	1(12)->12	Juan Bautista,	1 2
22	3		81	5(9)->13	vistiendo pieles de-camello,	
23	7		88	3(11)->13	y tiras de cuero ceñian sus lomos,	
24	3		91	1(13)->13	y comía langostas,	
25	3	6	94	22(4)->25	y panes ácimos.	
26	2		96	31(3)->33	Y predicaba,	
27	1		97	-	diciendo:	
28	4		101	-	Viene el-más-fuerte que yo,	
29	2		103	-	detrás de-mí,	
30	4		107	-	del-que digno no soy,	
31	1		108	8(9)->16	arrodillado,	
32	6	7	114	4(12)->15	de-soltar las correas de sus calzados.	
33	4		118	28(4)->31	Yo bautizo en agua,	4 6
34	6	8	124	12(8)->19	él os bautizará en Espíritu Santo.	6 7
35	2		126	5(12)->16	**Y sucedió,**	
36	4		130	4(13)->16	**en los días aquellos,**	
37	2		132	7(11)->17	**vino Jesús,**	
38	4		136	1(16)->16	**de Nazaret de Galilea**	
39	2		138	6(12)->17	**y bautizose,**	
40	3		141	21(6)->26	**en el Jordán,**	
41	2	9	143	5(13)->17	**con Juan.**	
42	2		145	10(10)->19	Y a-continuación,	
43	4		149	-	saliendo él del agua,	
44	4		153	1(17)->17	vio abiertos los cielos,	
45	3		156	6(13)->18	y el Espíritu,	
46	2		158	38(4)->41	como paloma,	
47	3	10	161	5(14)->18	bajando hacia él.	5 3
48	2		163	-	Una voz,	
49	3		166	40(4)->43	como de huracán:	3 4
50	5		171	1(18)->18	"Tú eres el hijo mío,	
51	2		173	-	el amado,	
52	3	11	176	11(11)->21	en ti me-complazco."	
53	1		177	27(6)->32	Y,	
54	1		178	43(4)->46	entonces,	
55	7	12	185	14(10)->23	el espíritu suyo lo llevó al desierto.	

56	7		192	63(3)->**65**	Y estuvo en el desierto cuarenta días,	
57	4		196	**21**(8)->28	siendo tentado por Satán,	
58	5		201	31(6)->**36**	y vivía entre las fieras,	
59	**4**	13	205	**16**(10)->35	y ángeles le servían.	**4 5**
60	**6**		211	-	**Después de la prisión de Juan,**	**5 6**
61	**5**		216	**6**(16)->21	**vino Jesús a la Galilea,**	**5 6**
62	**7**	14	223	-	**predicando el Evangelio del Reino de Dios,**	**5 7**
63	**1**		224	29(7)->**35**	**enseñando:**	**0 1**
64	**4**		228	**3**(19)->21	**Se cumplió el tiempo,**	
65	**6**		234	**12**(13)->24	**se acerca el Reino de Dios,**	
66	**1**		235	**19**(10)->28	**arrepentíos,**	
67	**5**	15	240	**9**(15)->23	**y creed en el Evangelio.**	
68	7		**247**	**13(13)->25**	Y caminando cerca del mar de Galilea,	
69	2		249	39(6)->44	vio a-Simón,	
70	2		251	-	y a-Andrés,	
71	**3**		254	62(4)->**65**	hermano de Simón,	**3 4**
72	**4**		258	**16**(12)->27	cosiendo junto al mar.	**4 5**
73	3	16	261	**6**(18)->23	Pues eran pescadores.	
74	5		266	**5**(19)->23	Y les dijo entonces Jesús:	
75	3		269	-	Venid tras de-mí,	
76	6	17	275	**2**(22)->23	y haré que seáis pescadores de-hombres.	
77	2		277	-	Y entonces,	
78	**3**		280	37(7)->**43**	dejando las redes,	**3 4**
79	2	18	282	**18**(12)->29	le siguieron.	
80	1		283	-	Y,	
81	**2**		285	**6**(19)->24	más adelante,	**2 3**
82	2		**287**	**14(14)->27**	vio a-Santiago,	
83	3		290	**5**(20)->24	el del Zebedeo,	
84	2		292	33(8)->**40**	con Juan,	
85	3		295	**25**(10)->34	el hermano suyo,	
86	5		**300**	**1(24)->24**	que estaban en la barca,	
87	**1**	19	301	**15**(14)->28	remendando.	**1 3**
88	4		305	26(10)->**35**	Y entonces les llamó.	
89	5		310	**6**(20)->25	Y dejando a su padre,	
90	1		311	-	Zebedeo,	
91	3		314	77(4)->**80**	en la barca,	
92	3		317	-	con los jornaleros,	
93	3	20	320	62(5)->66	fueron tras él.	
94	**4**		324	**2**(24)->25	**Y entran en Cafarnaúm,**	

95	**2**		326	80(4)->**83**	**y frecuentemente,**	
96	**2**		328	**13**(16)->28	**en sábado,**	
97	**4**		332	38(8)->**45**	**enseñaba en la sinagoga,**	
98	**0**	21	332	-	-	**0 1**
99	**6**		338	**20**(13)->32	**y se asombraban de su enseñanza,**	
100	**7**		345	**4**(23)->26	**ya que les enseñaba como con autoridad,**	
101	**5**	22	350	**2**(25)->26	**y no como los escribas.**	
102	1		**351**	**1(26)->26**	Y,	
103	**0**		351	-	-	**0 1**
104	1		352	27(11)->**37**	había,	
105	4		356	41(8)->**48**	en la sinagoga de-ellos,	
106	1		357	**7**(21)->27	un-hombre,	
107	3		360	**15**(16)->30	con espíritu impuro,	
108	2	23	362	89(4)->**92**	y gritaba,	
109	1		363	**6**(22)->27	diciendo:	
110	**0**		363		-	**0 1**
111	4		367	-	"¿Qué entre-tú y nosotros,	
112	2		369	**12**(18)->29	Jesus Nazareno,	
113	3		372	**20**(14)->33	vienes a perdernos?	
114	4		**376**	**16(16)->31**	Ya sabemos quién eres,	
115	4	24	380	**11**(19)->29	el Santo de Dios.	
116	5		385	**7**(22)->28	Y entonces le ordenó Jesús,	
117	**1**		386	95(4)->**98**	diciendo:	**0 1**
118	1		387	**13**(18)->30	Cállate,	
119	4	25	391	**6**(23)->28	y sal de él.	
120	1		392	**17**(16)->32	Y,	
121	6		398	98(4)->**101**	sacudiéndole con fuerza el demonio impuro,	
122	4		402	28(12)->**39**	y dando un-gran grito,	
123	3	26	405	**2**(27)->28	salió de él.	
124	3		408	**16**(17)->32	Se asombraban todos,	
125	3		411	66(6)->**71**	hasta preguntarse ellos,	
126	1		412	48(8)->**55**	diciendo:	
127	3		415	37(10)->**46**	¿Qué es esto?	
128	2		417	67(6)->**72**	Enseñanza nueva,	
129	2		419	-	con autoridad,	
130	6		**425**	**17(17)->33**	y a los espíritus impuros manda,	
131	3	27	428	50(8)->**57**	y le obedecen.	
132	**5**		433	-	**Pronto se extendió su fama,**	**5 6**
133	**6**	28	439	-	**por toda la comarca de Galilea.**	

134	2		441	**11**(21)->31	Y entonces,	
135	4		445	**40**(10)->**49**	saliendo de la sinagoga,	
136	7		452	53(8)->**60**	fueron a casa de Simón y Andrés,	
137	4	29	456	**15**(19)->33	con Santiago y Juan.	

138	5		461	-	La suegra de-Pedro estaba enferma,	
139	1		462	**3**(28)->30	con-fiebre,	
140	6	30	468	**8**(24)->31	y le hablaron de sus dolencias,	
141	2		470	**14**(20)->33	Y llegando,	
142	2		472	**22**(16)->37	la levantó,	
143	**4**		476	**20**(17)->36	agarrándole de las manos.	**3 4**
144	**6**		482	**119**(4)->**122**	y entonces le dejó la fiebre,	**5 6**
145	3	31	485	**44**(10)->**53**	y ella servíales.	
146	3		488	**23**(16)->38	Por las tardes,	
147	4		492	**58**(8)->**65**	con las últimas luces,	
148	7		499	-	llevaban ante él a todos los enfermos**,**	
149	3	32	502	**124**(4)->**127**	y los endemoniados.	
150	9	33	511	**30**(14)->43	Y estaba toda la ciudad agolpada ante la puerta.	
151	7		518	**5**(28)->32	Y curó a muchos aquejados de enfermedades,	
152	4		522	**4**(29)->32	y echó muchos demonios,	
153	6		**528**	**1(32)->32**	y prohibía hablar a los demonios,	
154	3	34	531	**21**(18)->38	porque le conocían.	
155	**1**		**532**	**19(19)->37**	**Y,**	
156	**1**		533	**8**(26)->33	**temprano,**	
157	**2**		535	**49**(10)->**58**	**apenas amanecido,**	
158	**1**		536	**26**(16)->41	**levantándose,**	
159	**1**		537	**87**(6)->**92**	**salía,**	
160	**5**		542	**134**(4)->**137**	**y marchaba a lugar desierto,**	
161	**1**		543	**88**(6)->**93**	**y,**	
162	**1**		544	**24**(17)->93	**allí,**	
163	**1**	35	545	**50**(10)->**59**	**rezaba.**	**0 1**

Los Capítulos siguientes se exponen en:

http://sofiaoriginals.com/evangelio-de-marcos-2/
http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-marcos-3/
http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-marcos-4/
http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-marcos-5/
http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-marcos-recopilacion/

Anexo 7. Mateo.

Capítulo 80, página 293.

Lactancio empieza a formar Sumatoriales desde muy al principio. En Mateo 1 empieza en **21 = 1(6)->6**. El autor elige una manera muy monótona de hacer el relato, con la que parece imposible formar una estructura cerrada. Emplea frases de 5 palabras. Sólo de vez en cuando añade una frase de 3 o de 4 palabras. Obsérvese cuando ha llegado a **153=1(17)**. En ese momento debe añadir **18** palabras, y lo hace con **5+5+4+4=18**. Así llega a **171=1(18)**. A continuación debe añadir **19** y lo hace con **5+5+5+4=19**. Así llega a **190=1(19)**. Para lograr el siguiente Sumatorial debe añadir **20**. Y lo hace con **5+5+5+5=20**.

Digamos que en griego la frase típica de este capítulo es:

“Ezekias de egennhsen ton Manessh,

(□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□)

“ Ezequías luego engendró a Manasés, ”

Bastaba cambiar el primero y el último nombre y resultaba toda la genealogía. Cuando necesitaba una frase de tres palabras, intercalaba un

“tenido de Fulanita”

que en griego resulta ser

“ek ths Fulanita”

(□□□□□□□□□□□□□□□□)

Como se ve, todo estaba medido. Pero ello sólo para el que conocía el hecho de la estructura de un escrito, que era toda la gente culta de la Antigüedad.

Mateo Capítulo 1. Autor: Lactancio.

N	Orifr	Vers.	Oriac	Sumas	Texto original	Var.
1	4		4		Libro de-la-genealogía de Jesucristo,	
2	2		6	-	hijo de-David,	
3	2	1	8	-	hijo-de Abraham.	
4	1		9	**2**(3)->4	Abraham.	
5	3		12	**3**(3)->5	Engendró a Isaac,	
6	4		16	-	Isaac engendró a Jacob,	
7	5		**21**	**1(6)->6**	Jacob engendró luego a Judas,	

8	4	2	25	**3**(5)->7	y a sus hermanos,	
9	5		30	**4**(5)->8	Judas luego engendró a Fares,	
10	3		33	**3**(6)->8	y a Zará,	
11	3		**36**	**1(8)->8**	ambos de Zamar,	
12	5		41	-	Farés luego engendró a Esrom,	
13	5	3	46	**10**(4)->13	Esron luego engendró a Aram,	
14	5		51	**6**(6)->11	Aram luego engendró a Aminadab,	
15	5		56	**5**(7)->11	Aminadab luego engendró a Nasón,	
16	5	4	61	-	Nasón luego engendró a Salmón,	
17	5		**66**	**1(11)->11**	Salmón luego engendró a Booz,	
18	3		69	**9**(6)->14	tenido de Rajab,	
19	5		74	17(4)->**20**	Booz luego engendró a Jobed,	
20	3		77	**2**(11)->12	tenido de Ruth,	
21	5	5	82	19(4)->**22**	Iobed luego engendró a Jesaí,	
22	5		87	**12**(6)->17	Jesaí luego engendró a David,	
23	2		89	-	el rey.	
24	**5**		94	22(4)->**25**	David luego engendró a Salomón,	**5 7**
25	4	6	98	**11**(7)->17	de su esposa Urías,	
26	5		103	-	Salomón luego engendró a Roboam,	
27	5		108	**8**(9)->16	Roboam luego engendró a Abías,	
28	5	7	113	-	Abías luego engendró a Asá,	
29	5		118	28(4)->**31**	Asá luego engendró a Josafat,	
30	5		123	18(6)->**23**	Josafat luego engendró a Joram	
31	5	8	128	-	Joram luego engendró a Ozías,	
32	5		133	**3**(14)->16	Ozías luego engendró a Joatam,	
33	5		138	**6**(12)->17	Joatam luego engendró a Ajaz	
34	5	9	143	**5**(13)->17	Ajaz luego engendró a Ezequías,	
35	5		148	**15**(8)->22	Ezequías luego engendró a Manasés,	
36	5		**153**	**1(17)->17**	Manasés luego engendró a Amón,	
37	5	10	158	38(4)->**42**	Amón luego engendró a Josías,	
38	5		163	-	Josías luego engendró a Jeconías,	
39	4		167	-	y a sus hermanos,	
40	4	11	**171**	**1(18)->18**	desterrados ya en Babilonia.	
41	5		176	**11**(11)- >21	Después del destierro de Babilonia,	
42	4		180	**5**(15)->19	Jeconías engendró a Salatiel,	
43	5	12	185	**14**(10)- >23	Salatiel luego engendró a Zorobabel,	
44	5		**190**	**1(19)->19**	Zorobabel luego engendró a Abiud,	
45	5		195	**6**(15)_>20	Abiud luego engendró a Eliakim,	

46	5	13	200	**5**(16)->20	Eliakim luego engendró a Azor,	
47	5		205	**16**(10)->25	Azor luego engendró a Sadok,	
48	5		**210**	**1(20)->20**	Sadok luego engendró a Akim,	
49	5	14	215	**17**(10)->26	Akim luego engendró a Eliud,	
50	5		220	**15**(11)->25	Eliud luego engendró a Eleazar,	
51	5		225	**4**(18)->21	Eleazar luego engendró a Matán,	
52	5	15	230	**2**(20)->21	Matán luego engendró a Jacob,	
53	5		235	**19**(10)->38	Jacob luego engendró a José,	
54	3		238	**6**(17)->22	esposo de María;	
55	4		242	**17**(11)->27	de ella nació Jesús,	
56	3	16	245	**11**(14)->25	el llamado Cristo.	
57	8		**253**	**1(22)->22**	Así todas las generaciones de Abraham a David:	
58	2		255	**7**(17)->23	catorce generaciones.	
59	7		262	64(4)->**67**	Y de David al destierro de Babilonia:	
60	2		264	**9**(16)->24	catorce generaciones.	
61	8		272	**8**(17)->24	Y desde el destierro de Babilonia al Cristo:	
62	2	17	274	67(6)->**72**	catorce generaciones.	
63	8		282	**18**(12)->29	El nacimiento de Jesús llamado Cristo fue asÍ:	
64	**8**		290	**9**(17)->25	Estando desposada María su madre con José,	**7 8**
65	4		294	**4**(21)->24	antes de cohabitar ambos,	
66	3		297	**3**(22)->24	se encontró embarazada,	
67	4	18	301	**15**(14)->28	obra del Espíritu Santo.	
68	2		303	48(6)->**53**	Entonces José,	
69	3		306	**10**(17)->26	marido de ella,	
70	2		308	**23**(11)->33	siendo justo,	
71	5		313	-	y no queriendo provocarle infamia,	
72	4	19	317	-	decidió repudiarla en secreto.	
73	4		321	51(6)->**56**	Estando en estos pensamientos,	
74	1		322	**3**(23)->25	**mira**,	
75	6		328	**13**(16)-	un ángel de Dios le visita,	

				>28		
76	1		329	**17**(14)->30	diciendo:	
77	1		330	**7**(20)->26	José,	
78	2		332	38(8)->**45**	hijo de-David,	
79	7		339	54(6)->**59**	no temas recibir a María tu esposa.	
80	9	20	348	**3**(24)->26	pues lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.	
81	3		**351**	**1(26)->26**	Parirá un hijo,	
82	6		357	**7**(21)->**27**	y le pondrás por nombre Jesús.	
83	10	21	367	-	Sábete que él salvará a su pueblo de sus pecados.	
84	4		371	**20**(14)->33	Y así sucedió todo,	
85	9		380	**11**(19)->29	para cumplirse lo que anunció Dios por el Profeta,	
86	1	22	381	61(6)->**66**	diciendo:	
87	1		382	94(4)->**97**	**Mira**,	
88	8		390	**10**(20)->29	la virgen queda embarazada y pare un hijo,	
89	6		396	**5**(24)->28	y le ponen de nombre Emmanuel,	
90	7	23	403	**3**(26)->28	que quiere decir "con nosotros está Dios".	
91	6		409	-	Habiéndose despertado José de su sueño,	
92	**7**		416	**26**(13)->38	hizo como le ordenó el ángel de Dios,	**7 8**
93	5	24	421	-	y recibió a su esposa.	
94	4		425	**5**(25)->29	Y no la conoció,	
95	**4**		429	**4**(26)->29	hasta tener el hijo.	**4 8**
96	6	25	**435**	**1(29)->29**	Y le pusieron por nombre Jesús	
			10 □			
			4´2 □			

Lactancio es aficionado a terminar un Capítulo con un Sumatorial. Era una demostración de “saber hacer”. En la última columna se indican las Variantes. Las cifras de **Oriac** en rojo son Sumatoriales.

Para entender mejor lo que sigue, veamos el significado de las cabeceras.

Var.	Sin-fr	Sin-ac	Ale-	Ale-ac	Sin-net	Ale-net

			fr			

Var. es "Variantes" en ambos códices.

Sin-fr es "**Sinaíticus** Frases", las palabras que hay en cada frase del **Sinaíticus**.

Sin-ac es el acumulado de palabras en el **Sinaíticus**.

Ale-fr y **Ale-ac** son los mismos conceptos en el **Alexandrinus**.

Sin-net es el acumulado del **Sinaíticus** menos el acumulado del Original.

Ale-net es el acumulado del **Alexandrinus** menos el acumulado del Original.

Sinaíticus pasa por 10 Sumatoriales y **Alexandrinus**, sólo por 5.

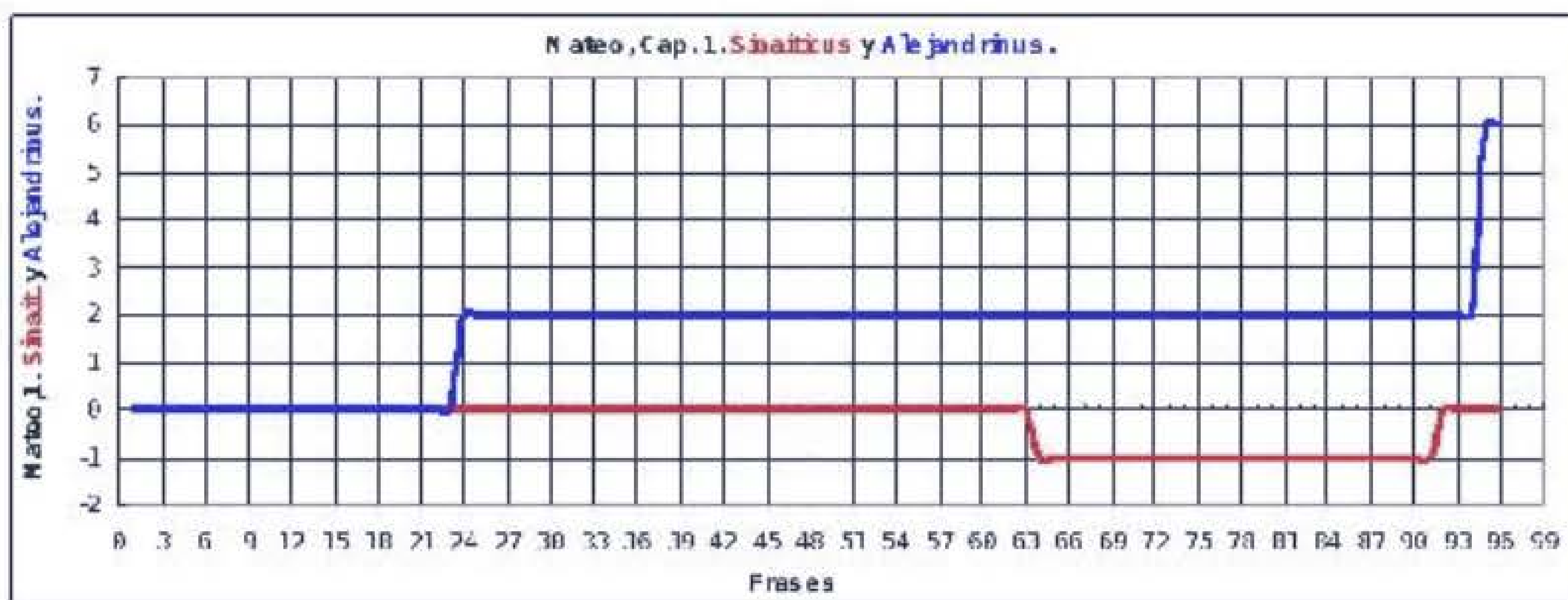
Comparación de Mateo 1 en los Códices Sinaíticus y Alexandrinus.

Var.	Sin-fr	Sin-ac	Ale-fr	Ale-ac	Sin-net	Ale-net
	4	4	4	4	0	0
	2	6	2	6	0	0
	2	8	2	8	0	0
	1	9	1	9	0	0
	3	12	3	12	0	0
	4	16	4	16	0	0
	5	**21**	5	**21**	0	0
	4	25	4	25	0	0
	5	30	5	30	0	0
	3	33	3	33	0	0
	3	**36**	3	**36**	0	0
	5	41	5	41	0	0
	5	46	5	46	0	0
	5	51	5	51	0	0
	5	56	5	56	0	0
	5	61	5	61	0	0
	5	**66**	5	**66**	0	0
	3	69	3	69	0	0

	5	74	5	74	0	0
	3	77	3	77	0	0
	5	82	5	82	0	0
	5	87	5	87	0	0
	2	89	2	89	0	0
5 7	**5**	94	**7**	96	0	2
	4	98	4	100	0	2
	5	103	5	105	0	2
	5	108	5	110	0	2
	5	113	5	115	0	2
	5	118	5	120	0	2
	5	123	5	125	0	2
	5	128	5	130	0	2
	5	133	5	135	0	2
	5	138	5	140	0	2
	5	143	5	145	0	2
	5	148	5	150	0	2
	5	**153**	5	155	0	2
	5	158	5	160	0	2
	5	163	5	165	0	2
	4	167	4	169	0	2
	4	**171**	4	173	0	2
	……..	…………	…….	……….	…………..	……….
7 8	**8**	416	**7**	418	0	2
	5	421	5	423	0	2
	4	425	4	427	0	2
4 8	**4**	429	**8**	**435**	0	6
	6	**435**	6	441	0	6
		10 □		**5** □		
		5´2 □		**5´2** □		

Graficando **Sinet** y **Alenet** se observa cómo se desviaron ambos copistas del Original que tenían delante. Con esas variaciones ambos Códice logran los Sumatoriales que se ha indicado debajo de sus acumulados. Diez mantiene **Sinaíticus** y 5 consigue **Alexandrinus**. Debajo, los Sumatoriales debidos al azar, 5´2.

Desviaciones de Sinaíticus y Alexandrinus en Mateo 1.



Como se puede apreciar, sabían no desviarse. Es lo que hacen la mayor parte del texto. Pero no siempre querían.

Un último detalle. Una forma de llamar la atención de Lactancio sobre un hecho insólito, milagroso, es ese "*Idou*", que traducimos por "*Mira*". Podría traducirse también por "He aquí", pero entonces serían dos palabras. Aparecerá en muchos de sus Capítulos, porque era una muletilla suya.

Los Capítulos siguientes se exponen en:

http://www.sofiaoriginals.com/mateo-y-eusebio-2/
http://www.sofiaoriginals.com/mateo-y-eusebio-3/
http://www.sofiaoriginals.com/mateo-y-eusebio-4/
http://www.sofiaoriginals.com/mateo-y-eusebio-5/
http://www.sofiaoriginals.com/mateo-y-eusebio-6/

Anexo 8. Lucas. Capítulo 82, página 301.

Lactancio emplea su muletilla favorita, "*Idou*", "mira". En este Capítulo la usa seis veces. En una de ellas, cuando la pone en boca de María, se ha traducido por "*he aquí*", porque la frase, "*he aquí la esclava del Señor*", es una frase muy conocida.

Lactancio escribe como piensa, por eso su estilo es siempre el mismo. No sabe fingir personalidades distintas a los diferentes autores.

Hablemos ahora de estructuras. Escribiendo como Lucas, Lactancio repite el mismo tipo de estructura que usó cuando escribía como Mateo. Una estructura compacta, en la que nada queda al azar. En un Capítulo largo, con un total de 200 frases y 871 palabras, coloca **19** Sumatoriales y **6** Ianuales.

Lucas, Cap. 1. Autor, Lactancio.

N	Orifr	Vers.	Oriac	Sumas	Texto original	Var.
1	**3**		**3**		Como muchos intentaron,	
2	**2**		**5**		ordenar el-relato,	
3	**3**		**8**	-	sobre las verdades,	
4	**3**	1	**11**	-	entre nosotros sucedidas,	
5	**3**		**14**	-	según nos informaron,	
6	**1**		**15**	**1(5)->5**	los-que,	
7	**2**		**17**	-	al principio,	
8	**1**		**18**	3(4)->6	viéronlo,	
9	**5**	2	**23**	-	y devinieron servidores de la-palabra,	
10	**2**		**25**	3(5)->7	resolví yo,	
11	**3**		**28**	**1(7)->7**	analizadas todas detenidamente,	
12	**1**		**29**	-	cumplidamente,	
13	**3**		**32**	-	escribírtelas por orden,	**2 3**
14	**2**	3	**34**	7(4)->10	noble Teófilo,	
15	**2**		**36**	**1(8)->8**	buscando conozcas,	
16	**4**		**40**	4(6)->9	de las enseñanzas recibidas,	
17	**2**	4	**42**	3(7)->9	la solidez.	
18	**5**		**47**	-	Hubo en tiempos de Herodes,	
19	**4**		**51**	6(6)->11	el rey de Judea,	**3 4**
20	**2**		**53**	-	cierto sacerdote,	
21	**2**		**55**	**1(10)->10**	llamado Zacarías,	
22	**3**		**58**	13(4)->**16**	del-turno de Abías,	
23	**4**		**62**	14(4)->**17**	y la mujer suya,	**3 4**
24	**4**		**66**	**1(11)->11**	de la descendencia de-Aarón,	
25	**3**		**69**	9(6)->14	y su nombre,	**3 4**

26	**1**	5	**70**	7(7)->13	Isabel.	
27	**7**		**77**	2(11)->12	Y eran ambos justos delante de Dios,	
28	**5**		**82**	19(4)->**22**	siguiéndole en todos sus mandamientos,	
29	**5**	6	**87**	12(6)->17	irreprensibles en obedecer al Señor.	
30	**5**		**92**	8(8)->15	Y no tenían ellos hijos,	
31	**5**		**97**	-	ya que era Isabel estéril,	**5 6**
32	**8**	7	**105**	1(14)->14	y ya eran los dos de edad avanzada.	
33	**6**		**111**	16(6)->**21**	Y sucedió realizando él su ministerio,	
34	**9**	8	**120**	1(15)->15	en el orden de su turno delante de Dios,	
35	**5**		**125**	8(10)->17	según la costumbre del sacerdocio,	
36	**3**		**128**	-	para ofrecer incienso,	
37	**6**	9	**134**	32(4)->**35**	entró en el santuario del Señor,	
38	**9**		**143**	5(13)->17	y estaba toda la gente del pueblo arrodillada fuera,	
39	**4**	10	**147**	4(14)->17	al tiempo del incienso.	
40	**5**		**152**	2(16)->17	Vio un ángel del Señor,	
41	**7**	11	**159**	24(6)->**29**	a la derecha del altar del incienso.	
42	**4**		**163**	-	Y turbose Zacarías viéndole,	
43	**5**	12	**168**	3(16)->18	y el miedo le sobrecogió.	
44	**6**		**174**	9(12)->20	Y entonces le dijo el ángel:	
45	**2**		**176**	11(11)->21	No temas,	
46	**1**		**177**	27(6)->**32**	Zacarías,	
47	**5**		**182**	8(13)->20	porque fue escuchada tu oración,	
48	**8**		**190**	1(19)->19	y tu mujer Isabel te dará un hijo,	
49	**6**	13	**196**	21(8)->**28**	y le pondrás por nombre Juan.	
50	**4**		**200**	5(16)->20	Y será tu gozo,	
51	**2**		**202**	49(4)->**52**	y alegría,	
52	**7**	14	**209**	2(19)->20	y muchos en Israel celebrarán su nacimiento.	
53	**5**		**214**	52(5)->**55**	Porque será grande ante Dios,	
55	**7**		**221**	5(17)->21	él no beberá ni vino ni sidra,	
56	**9**	15	**230**	4(18)->21	y será lleno del Espíritu Santo desde su nacimiento.	
58	**8**		**238**	6(17)->22	Convertirá a muchos hijos de Israel al Señor,	
59	**3**	16	**241**	-	Dios de ellos.	
60	**5**		**246**	15(12)->26	Y él marchará ante él,	
61	**5**		**251**	-	en-el-espíritu y poder de Elías,	
62	**5**		**256**		unirá corazones de-padres e hijos,	
63	**5**		**261**	6(18)->23	a los rebeldes volverá justos,	
64	**5**	17	**266**	5(19)->23	preparará al-Señor un pueblo dispuesto.	**4 5**
65	**6**		**272**	8(17)->24	Y le dijo Zacarías al ángel:	
66	**4**		**276**	1(23)->23	¿Cómo puede esto suceder?	
67	**4**		**280**	10(16)->25	Yo ya soy anciano,	
68	**9**	18	**289**	9(17)->25	y la mujer mía está muy avanzada en años.	

69	**4**		**293**	-	Y respondiendo el ángel,	
70	**2**		**295**	**25**(10)->34	le dijo:	
71	**3**		**298**	73(4)->**76**	Yo soy Gabriel,	
72	**5**		**303**	48(6)->**53**	el que permanece ante Dios,	
73	**5**		**308**	**23**(11)->33	he sido enviado a hablarte,	
74	**4**	19	**312**	**12**(16)->27	dándote estas buenas nuevas.	
75	**2**		**314**	77(4)->**80**	**Y mira,**	
76	**2**		**316**	36(8)->**43**	quedarás mudo,	
77	**4**		**320**	62(5)->**66**	y no podrás hablar,	
78	**5**		**325**	**1(25)->25**	hasta que esto se cumpla.	
79	**7**		**332**	36(8)->**43**	porque no diste crédito a mis palabras,	
80	**6**	20	**338**	**20**(13)->32	que se cumplirán a su tiempo.	
81	**7**		**345**	**4**(23)->26	Y estaba el pueblo esperando a Zacarías,	
82	**9**	21	**354**	**24**(12)->35	y se sorprendían de que se demorara tanto tiempo.	
83	**2**		**356**	41(8)->**48**	Y salió,	
84	**4**		**360**	**15**(16)->30	pero no podía hablarles,	
85	**8**		**368**	**5**(23)->27	y supieron que tuvo una-visión en el santuario.	
86	**5**		**373**	-	porque él les hacía gestos,	
87	**3**	22	**376**	**16**(16)->31	pero permaneció mudo.	
88	**2**		**378**	**1(27)->27**	Y sucedió,	
89	**7**		**385**	**7**(22)->28	al terminar los días de su liturgia,	
90	**5**	23	**390**	**10**(20)->29	que marchó a su casa.	
91	**7**		**397**	35(10)->**44**	Y pasados ya algunos días concibió Isabel,	
93	**3**		**400**	**4**(25)->28	la mujer suya,	
94	**5**		**405**	**2**(17)->28	pero permaneció escondida cinco meses,	
95	**1**	24	**406**	**1(28)->28**	diciendo:	
96	**6**		**412**	48(8)->**55**	Esto lo ha hecho el Señor,	**5 6**
97	**4**		**416**	**26**(13)->38	el día que me-miró,	
98	**6**	25	**422**	104(4)->**107**	borrando mi afrenta entre los hombres.	
99	**6**		**428**	50(8)->57	En el sexto mes del embarazo,	
100	**4**		**432**	**3**(27)->29	fue-enviado el ángel Gabriel,	
101	**3**		**435**	**1(29)->29**	por parte de-Dios,	
102	**4**		**439**	-	a una-ciudad de Galilea,	
103	**3**	26	**442**	**18**(17)->34	de nombre Nazaret,	
104	**4**		**446**	110(4)>**113**	a una-virgen desposada con-un-hombre,	
105	**3**		**449**	-	de nombre José,	
106	**3**		**452**	53(8)->**60**	de la-casa de-David	**3 5**
107	**6**	27	**458**	113(4)->**116**	y el nombre de la-virgen María.	
108	**1**		**459**	**4**(27)->30	Y,	

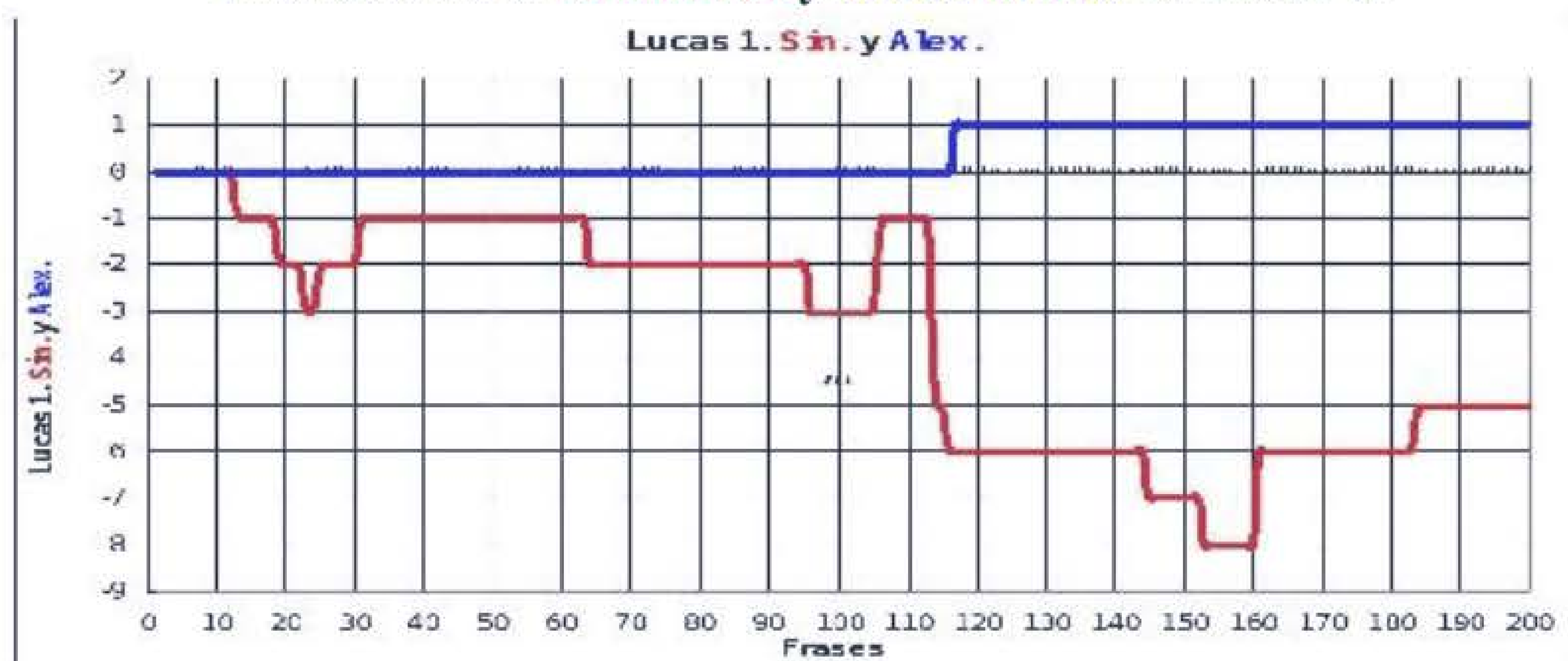
109	**5**		**464**	**2**(29)->30	entrando el ángel ante ella,	
110	**1**		**465**	**1(30)->30**	dijo:	
111	**1**		**466**	**115**(4)->**118**	Ave,	
112	**1**		**467**	-	llena-de-gracia,	
113	**4**		**471**	76(6)->**81**	el Señor está contigo.	
114	**4**	28	**475**	**7**(25)->31	Bendita tú entre las-mujeres.	**0 4**
115	**2**		**477**	**18**(18)->35	Y ella,	
116	**1**		**478**	**118**(4)->**121**	viéndole,	**0 1**
117	**4**		**482**	**119**(4)->**122**	se turbó ante el-mensaje,	**4 5**
118	**7**	29	**489**	79(6)->**84**	y reflexionaba qué podría ser ese saludo.	
119	**5**		**494**	**17**(19)->35	Y le dijo el ángel:	
120	**2**		**496**	**1(31)->31**	No temas,	
121	**1**		**497**	**9**(24)->32	María.	
122	**6**	30	**503**	-	Porque has hallado gracia ante Dios.	
123	**2**		**505**	46(10)->**55**	**Y mira,**	
124	**3**		**508**	**8**(26)->33	concebirás en tu-seno,	
125	**3**		**511**	**30**(14)->43	y tendrás un-hijo,	
126	**6**	31	**517**	**13**(22)->34	al que pondrás por nombre Jesús.	
127	**3**		**520**	**25**(16)->40	Él será grande,	
128	**4**		**524**	62(8)->**69**	será llamado Hijo del-Altísimo,	
129	**9**		**533**	**8**(26)->33	le dará el Señor Dios el trono de David,	
130	**3**	32	**536**	**26**(16)->41	el padre suyo,	
131	**9**		**545**	50(10)->**59**	y reinará sobre la casa de Jacob para siempre,	
132	**7**	33	**552**	**13**(23)->35	y el reino suyo no tendrá fin.	
133	**6**		**558**	**3**(31)->33	Y le dijo María al ángel:	
134	**3**		**561**	**1(33)->33**	¿Cómo será esto,	
135	**4**	34	**565**	52(10)->**61**	si no conozco varón?	
136	**4**		**569**	-	Y respondiendo el ángel,	
137	**2**		**571**	-	le dijo:	
138	**5**		**576**	60(9)->**68**	El Espíritu Santo te cubrirá,	
139	**5**		**581**	35(14)->**48**	y el-poder del-Altísimo te envolverá.	
140	**8**	35	**589**	**4**(31)->34	Por eso lo-que nacerá será-llamado Hijo de Dios.	
141	**2**		**591**	96(6)->**101**	**Y mira,**	
142	**1**		**592**	**3**(32)->34	Isabel,	
143	**3**		**595**	**1(34)->34**	de tu familia,	
144	**7**		**602**	**8**(28)->35	también ella lleva un-hijo en su seno,	
145	**7**		**609**	**19**(21)->39	y está ya en su sexto mes,	**6 7**
146	**3**	36	**612**	**14**(24)->37	la llamada estéril.	

147	**8**	37	**620**	**5**(31)->35	Porque no existe para el Señor nada imposible.	
148	**3**		**623**	38(14)->**51**	Dijo pues María:	
149	**1**		**624**	**4**(32)->35	**He-aquí**,	
150	**3**		**627**	**3**(33)->35	la esclava del-Señor.	
151	**6**		**633**	103(6)->**108**	Hágase en mí según tu palabra.	
152	**6**	38	**639**	**27**(18)->**44**	Y retirose de ella el ángel.	
153	**4**		**643**	-	Y levantándose luego María,	**3 4**
154	**4**		**647**	-	por el tiempo aquel,	
155	**6**		**653**	-	fue con prisa a las montañas,	
156	**3**	39	**656**	**5**(32)->36	a una-ciudad de-Judá,	
157	**6**		**662**	164(4)->**167**	y entró en casa de Zacarías,	
158	**4**	40	**666**	**1(36)->36**	y saludó a Isabel.	
159	**2**		**668**	80(8)->**87**	Y sucedió,	
160	**8**		**676**	46(13)->**58**	en cuanto oyó Isabel el saludo de María,	
161	**7**		**683**	-	daba saltos el niño en su seno,	**7 9**
162	**6**	41	**689**	**14**(26)->39	y se-llenó Isabel del Espíritu Santo,	
163	**4**		**693**	**21**(22)->42	exclamando en alta voz,	
164	**2**		**695**	65(10)->**74**	y diciendo:	
165	**4**		**699**	114(6)->**119**	Bendita tú entre las-mujeres,	
166	**7**	42	**706**	175(4)->**178**	y bendito el fruto de tu vientre.	
167	**4**		**710**	**26**(20)->45	¿De qué a-mí esto,	
168	**9**	43	**719**	178(4)->**181**	que venga la madre de mi Señor a mí?	
169	**2**		**721**	45(14)->**58**	**Y mira,**	
170	**11**		**732**	**19**(24)->42	nada más sonar la voz de tu saludo en mi oído,	
171	**9**	44	**741**	**1(38)->38**	saltó de alegría el niño dentro de mi seno.	
172	**4**		**745**	70(10)->**79**	Dichosa eres por haber-creído,	
173	**8**	45	**753**	123(6)->**128**	porque se cumplirá lo que te dijo Dios.	
174	**3**		**756**	**15**(27)->41	Y dijo María:	
175	**6**	46	**762**	58(12)->**69**	Canta alabanzas mi alma al Señor,	
176	**8**		**770**	**5**(35)->39	y se alegra el espíritu mío en Dios,	
177	**3**	47	**773**	-	el Salvador mío.	
178	**8**		**781**	**25**(22)->46	porque se-fijó en la humildad de su esclava.	
179	**2**		**783**	**13**(39)->41	**Y mira,**	
180	**8**	48	**791**	50(14)->**63**	desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones.	
181	**6**		**797**	-	Porque hizo en-mí maravillas el Todopoderoso,	

182	**5**	49	**802**	199(4)->**202**	y santo es su nombre.	
183	**4**		**806**	**11**(31)->41	Y la misericordia suya,	
184	**3**		**809**	-	por generaciones y-generaciones,	**3 4**
185	**3**	50	**812**	**14**(29)->42	a-los que le-temen.	
186	**5**		**817**	**3**(38)->40	Demostró poder con su brazo,	
187	**5**	51	**822**	63(12)->**74**	desbarató los proyectos de los-soberbios,	
188	**4**		**826**	**16**(28)->43	derrocó a los-poderosos del-trono,	
189	**3**	52	**829**	-	y ensalzó a-los-humildes.	
190	**3**		**832**	58(13)->**70**	Colmó de-bienes a-los-buenos,	
191	**4**	53	**836**	**35**(19)->53	y despidió vacíos a-los-ricos.	
192	**2**		**838**	208(4)->**211**	Protegió a-Israel,	
193	**2**		**840**	**7**(35)->41	su siervo,	
194	**2**	54	**842**	209(4)->**212**	desplegando misericordia,	
195	**6**		**848**	**11**(32)->42	como había dicho a nuestros padres,	
196	**2**		**850**	**33**(20)->52	A Abraham,	
197	**4**		**854**	**17**(28)->44	y a su descendencia,	
198	**3**	55	**857**	-	por los siglos.	
199	**8**		**865**	82(10)->**91**	Permaneció María con ella como unos tres meses,	
200	**6**	56	**871**	**21**(26)->46	y volvió luego a su casa.	
				19 □		
				6 Ian.		
				8´4 □		

¿Qué hacen los autores del Sinaíticus y el del Alexandrinus? Veámoslo.

Desviaciones de Sinaíticus y Alexandrinus en Lucas 1.



147	**8**	37	**620**	**5**(31)->35	Porque no existe para el Señor nada imposible.	
148	**3**		**623**	38(14)->**51**	Dijo pues María:	
149	**1**		**624**	**4**(32)->35	**He-aquí**,	
150	**3**		**627**	**3**(33)->35	la esclava del-Señor.	
151	**6**		**633**	103(6)->**108**	Hágase en mí según tu palabra.	
152	**6**	38	**639**	**27**(18)->44	Y retirose de ella el ángel.	
153	**4**		**643**	-	Y levantándose luego María,	**3 4**
154	**4**		**647**	-	por el tiempo aquel,	
155	**6**		**653**	-	fue con prisa a las montañas,	
156	**3**	39	**656**	**5**(32)->36	a una-ciudad de-Judá,	
157	**6**		**662**	164(4)->**167**	y entró en casa de Zacarías,	
158	**4**	40	**666**	**1(36)->36**	y saludó a Isabel.	
159	**2**		**668**	80(8)->**87**	Y sucedió,	
160	**8**		**676**	46(13)->**58**	en cuanto oyó Isabel el saludo de María,	
161	**7**		**683**	-	daba saltos el niño en su seno,	**7 9**
162	**6**	41	**689**	**14**(26)->39	y se-llenó Isabel del Espíritu Santo,	
163	**4**		**693**	**21**(22)->42	exclamando en alta voz,	
164	**2**		**695**	65(10)->**74**	y diciendo:	
165	**4**		**699**	114(6)->**119**	Bendita tú entre las-mujeres,	
166	**7**	42	**706**	175(4)->**178**	y bendito el fruto de tu vientre.	
167	**4**		**710**	**26**(20)->45	¿De qué a-mí esto,	
168	**9**	43	**719**	178(4)->**181**	que venga la madre de mi Señor a mí?	
169	**2**		**721**	45(14)->**58**	**Y mira,**	
170	**11**		**732**	**19**(24)->42	nada más sonar la voz de tu saludo en mi oído,	
171	**9**	44	**741**	**1(38)->38**	saltó de alegría el niño dentro de mi seno.	
172	**4**		**745**	70(10)->**79**	Dichosa eres por haber-creído,	
173	**8**	45	**753**	123(6)->**128**	porque se cumplirá lo que te dijo Dios.	
174	**3**		**756**	**15**(27)->41	Y dijo María:	
175	**6**	46	**762**	58(12)->**69**	Canta alabanzas mi alma al Señor,	
176	**8**		**770**	**5**(35)->39	y se alegra el espíritu mío en Dios,	
177	**3**	47	**773**	-	el Salvador mío.	
178	**8**		**781**	**25**(22)->46	porque se-fijó en la humildad de su esclava.	
179	**2**		**783**	**13**(39)->41	**Y mira,**	
180	**8**	48	**791**	50(14)->**63**	desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones.	
181	**6**		**797**	-	Porque hizo en-mí maravillas el Todopoderoso,	

Veamos cómo reflexiona el autor del **Alexandrinus**: Analiza detenidamente el texto original que tiene delante, y se da cuenta de un detalle: Lactancio ha colocado abundantes Sumatoriales (14) e Ianuales (6) en la primera mitad del capítulo.

Y en la segunda mitad hay dos sumas que están a una palabra por debajo del Ianual correspondiente. Luego si aumenta una sola palabra puede añadir esos dos Ianuales. Y eso hace. Como reproduce una gran parte de los hitos por los que pasó Lactancio, su capítulo primero de Lucas contiene 14 Sumatoriales, todos ellos de Lactancio, y 8 Ianuales, seis de Lactancio y 2 suyos. Y con eso se considera satisfecho.

El autor del **Sinaíticus** es menos estudioso y razona de diferente manera. Él improvisa. Va a basar su estructura en Ianuales, no en Sumatoriales. Los Sumatoriales de Lactancio no le sirven, y abandona el texto original en cuanto ha pisado dos Sumatoriales. Y va separándose más y más del texto original buscando pasar por Ianuales. Y gracias a esas desviaciones logra pasar por 9 Ianuales, que son totalmente propios. Claro está, para ello necesita forzar el texto en múltiples ocasiones, añadiendo y eliminando palabras nada menos que en trece ocasiones, como se aprecia en la gráfica. Eso mismo ya demuestra que no era un copista, sino un compositor redomado.

Ahora ya puede saberse por qué deformaron el texto original como lo hicieron: Buscaban una estructura propia.

Reflexionemos ahora sobre la situación si sólo tuviéramos el **Alexandrinus** como texto del Nuevo Testamento. Y supongamos que nada sabemos de estructuras, ni de Sumatoriales, ni de nada. En tal caso nada podríamos opinar, y seríamos fáciles de engañar. Podríamos creernos que el **Alexandrinus** era el texto original.

Pero supongamos que conocemos la existencia de estructuras y de los Sumatoriales. Entonces descubriríamos que se ha introducido una palabra de más. ¿Por qué? Y ésta es la utilidad del método de las estructuras y los Sumatoriales. Porque veríamos con claridad manifiesta que el autor había dotado a ese capitulo de una estructura espectacular hasta la frase 110ª, antes de la cual había colocado nada menos que 13 Sumatoriales. ¡Y a partir de ahí desaparece todo Sumatorial y no hay ni uno hasta el final del texto! ¡Qué raro …!

Pero si seguimos mirando, veremos que el texto del **Alexandrinus** pasa por 497, que es **1(31)** más uno. Y por 562, que es **1(33)** más uno. Y por 596, que es **1(34)** más uno. Y también por 667, que es **1(36)** más uno, y por 742,

que es **1(38)** más uno. Demasiadas coincidencias. Deduciremos que se ha añadido una palabra entre las frases 111 y 120. Como en la frase 110 aparece el último Sumatorial del **Alexandrinus**, esa frase está bien copiada. En la frase 120 aparece el primer Sumatorial más uno, luego ahí el **Alexandrinus** ya contiene la palabra de más, introducida por error.

¿Se comprende la utilidad de las estructuras y los Sumatoriales? Advierten al lector de cuándo el texto es fiel y cuándo está alterado.

¿Qué haríamos si fuéramos un lector culto de la Antigüedad que lee en la Biblioteca de Alejandría el **Alexandrinus** y advierte lo ya indicado? Buscaríamos otro códice del Nuevo Testamento cristiano. Y miraríamos esa parte del Capítulo 1 de Lucas. Y descubriríamos la palabra añadida de más. Porque el escriba que copió el segundo ejemplar no sería el mismo que el que elaboró el **Alexandrinus** y no se iban a equivocar ambos en la misma palabra de la misma frase. De ese modo corregiríamos el **Alexandrinus** con una nota al margen, o haríamos que lo corrigiera el Bibliotecario jefe. Problema solucionado.

Anexo 9. Juan

Capítulo 84, página 312.

Con Eusebio, el **Original** presenta a Jesús como un Maestro de Sabiduría. En la **Interpolación** Jesús es el Hijo de Dios y, por tanto, hace milagros. Éste es el Jesús de Lactancio. Veamos el Jesús de Eusebio en este Capítulo 1º del **Original**.

Juan Capítulo 1. Original.

N	Orifr	Vers.	Oriac	Sumas	Texto original	Var.
1	5		5	-	**Al principio existía el Logos,**	
2	7		12	-	**y el Logos estaba junto a Dios,**	
3	5	1	17	-	**y Dios era el Logos.**	
4	7	2	24	7(3)->9	**Él estaba al principio junto a Dios.**	
5	4		28	-	**Todo fue-hecho por Él,**	
6	1		29	-	**y,**	
7	2		31	-	**sin Él,**	
8	2		33	7(4)->10	**nada existió,**	
9	**1**		34		**dentro,**	**0 1**
10	2	3	**36**	**1(8)->8**	**de-lo que-existe.**	
11	4		40	6(5)->10	**En Él estaba la-Luz,**	
12	8	4	48	15(3)->**17**	**y la-Luz era la vida de los hombres**	
13	7		**55**	9(5)->13	**y la Luz brilla en las tinieblas,**	
14	6	5	61	-	**pero las tinieblas no le recibieron.**	
15	2		63	3(9)->11	**Existió un-hombre,**	
16	3		**66**	**1(11)->11**	**enviado por Dios,**	
17	**3**	6	69	9(6)->14	**su nombre Juan.**	**3 4**
18	4		73	-	**Éste vino como testigo,**	
19	5		**78**	**1(12)->12**	**para testimoniar sobre la Luz,**	
20	5	7	83	-	**para que creyeran todos en Él.**	
21	5		88	3(11)->13	**Éste no era la Luz,**	
22	6	8	94	22(4)->**25**	**sino para testimoniar sobre la Luz.**	
23	5		99	4(11)->14	**Era la Luz de verdad,**	
24	4		103	-	**que ilumina a-cada hombre,**	
25	4	9	107	-	**venido a este mundo.**	
26	4		111	16(6)->**22**	**En el mundo estaba,**	
27	6		**117**	9(9)->17	**y el mundo por Él existió,**	

28	6	10	123	18(6)->**23**	**pero el mundo no le conoció.**	
29	4		127	-	**Vino a los suyos,**	
30	6	11	133	**3**(14)->16	**pero los suyos no le recibieron.**	
31	4		137	-	**Pero a-quienes le recibieron,**	
32	6		143	**5**(13)->17	**les dio poder volverse hijos de-Dios,**	
33	6	12	149	-	**los que creen en su nombre,**	
34	4		**153**	**1(17)->17**	**ellos no de sangre,**	
35	4		157	-	**ni de deseo de-carne,**	
36	4		161	**5**(14)->18	**ni de deseo de-hombre,**	
37	4	13	165	**4**(15)->18	**sino de Dios nacieron.**	
38	5		170	**2**(17)->18	**Y el Logos se hizo carne,**	
39	4		174	**9**(12)->20	**y acampó en nosotros,**	
40	5		179	-	**y vimos la gloria suya,**	
41	5		184	**4**(16)->19	**gloria como Unigénito del Padre,**	
42	4	14	188	20(8)->**27**	**lleno de-gracia y de-verdad.**	

Eusebio, al componer su Evangelio de Juan, sigue una táctica diferente que en el de Marcos. La primera mitad del Capítulo es el **Original**, hasta el versículo 14, según acabamos de ver. Lo que viene a continuación es la **Interpolación**. De esta forma, proseguir la estructura es muy sencillo, porque todo lo conseguido en el **Original** se continúa en la **Interpolación**.

El **Total**, **Original** seguido de la **Interpolación**, suma un total de 528 palabras. En él aparecen 12 Sumatoriales, cuando el azar forma 5´4. Además, hay 3 Ianuales.

Los Capítulos siguientes se exponen en:

http://www.sofiaoriginals.com/juan-1-original/
http://www.sofiaoriginals.com/juan-1-interpolacion-Nicodemo/
http://www.sofiaoriginals.com/juan-2-original/
http://www.sofiaoriginals.com/juan-4-original/

Anexo 10. Tibulo.
Capítulo 113, página 406.

En este corto mensaje, Tibulo invita a su amigo a una cena empleando una estructura muy sofisticada: Todas las sumas son huecos, menos los tres **Sumatoriales** y el **Ianual** de 3. [(1)]

		Tibulo a Crispo		
N	**Palabras**	**Texto**	**Sumas**	**Estructura**
1	**2**	De Tibulo,	**2**	
2	**3**	hijo de Tibulo,	**5**	
3	**2**	a Crispo,	**7**	-
4	**3**	hijo de Constantino,	**10**	-
5	**2**	Augusto Máximo.	**12**	**3(3)**
6	**1**	Salud.	**13**	-
7	**2**	Pasado mañana,	**15**	**1(5)->5**
8	**4**	a la hora sexta,	**19**	-
9	**2**	estás invitado,	**21**	**1(6)->6**
10	**2**	en casa,	**23**	-
11	**5**	a una cena con sorpresa.	**28**	**1(7)->7**
12	**3**	No puedes faltar.	**31**	-
13	**1**	Cuídate.	**32**	-

Otro ejemplo de este tipo de escrito, en que sólo se pasa por hitos (Sumatoriales e Ianuales) y huecos, se ha ofrecido en el Anexo 4.

[(1)] Carta elaborada por el autor de este libro.

Anexo 11. Didajé Original.
Capítulo 124, página 440.

A continuación de los dos Capítulos de la Didajé **Original** citados en el Capítulo 124, venían los siguientes.

Capítulo III.

1 No te exaltarás a ti mismo,
ni admitirás en tu alma la osadía.
No se juntará tu alma con los malvados,
sino vuélvete más bien hacia el honrado y el humilde.
2 No desearás la división,
vivirás en paz con los que están querellados.
Juzga con justicia y no hagas acepción de personas al reprender los fallos.
3 No serás indeciso;
el mal está allí.
4 No vacilarás en dar, ni murmurarás al dar,
sabiendo Quién es el que devuelve.
5 No despedirás al necesitado,
harás partícipe en todas las cosas a tu hermano y no dirás que nada es tuyo,
pues si en lo inmortal las cosas son comunes,
¿cuánto más en lo mortal?
6 No levantarás la mano a tu hijo, ni a tu hija,
sino que desde la juventud les enseñarás el temor de Dios.
7 No dejes de vigilar, para que nadie te engañe sobre esta vía de enseñanza,
porque sin Dios te enseñaría.

Capítulo IV.

1 Buscarás cada día la compañía de los santos,
para que te apoyes en sus palabras.
2 En la celebración confesarás tus faltas
y no irás al Templo en mala conciencia.
3 Si puedes, soporta todo el yugo del Señor; es lo perfecto.
Si no puedes, lo que puedas.
4 Sobre alimentos soporta lo que puedas;
sobre todo, de lo ofrecido a los ídolos no comas.
5 De lo que consigues con tus manos
ofrecerás como rescate por tus pecados.
6 Todas las primicias de los productos de tu casa
las darás como ofrenda a los misioneros.
7 Si no tienes misioneros,
dalo a los pobres.

Capítulo V.

1 Sobre el Bautismo,

bautizarás en agua de vida.
2 Si no tienes agua de vida,
bautizarás con otra agua.
3 Si no tienes ninguna de las dos,
derrama sobre la cabeza agua.
4 Antes del Bautismo ayunarán el que bautiza,
los que se bautizan y los que puedan.
5 Sobre la Eucaristía,
así darás gracias :
6 Primero sobre el Cáliz : "Te damos gracias, Padre nuestro,
por el Vino sagrado que nos ha sido dado a conocer por Jesús, tu siervo."
7 Sobre la fracción del Pan : "Te damos gracias, Padre nuestro,
por la Vida que nos ha sido dada a conocer por Jesús, tu siervo."

Capítulo VI.

1 A los misioneros se ha encomendado celebrar la Acción de gracias
como deben.
2 Así pues, al que venga enseñándoos todas las cosas antedichas
le darás la bienvenida
3 Pero si el que enseña trastorna la enseñanza a otra,
no le escucharás.
4 Respecto a los apóstoles y misioneros
actúa así:
5 A todos los apóstoles que lleguen a vosotros,
recíbelos como al Señor.
6 No se detendrá sino un día.
Si hay necesidad, otro.
7 Cuando el apóstol se marche nada llevará,
sino pan hasta su destino de esa noche.

Capítulo VII.

1 A todo misionero que hable en espíritu
no corromperás, ni rechazarás.
2 No todo el que hable en espíritu es misionero,
sino el que tiene el estilo del Señor.
3 Todo misionero que pida comida en espíritu
no comerá de ella.
4 Todo misionero que no haga lo que enseña,
es un falso misionero.
5 Todo misionero que no enseñe todo lo que hace,
no lo escojáis.
6 Quienquiera que diga en espíritu "dadme dinero",
no le oigáis.
7 A cuantos vengan acoged favorablemente.
Tras haberlos examinado, conoceréis.

A fin de no alargar excesivamente el análisis de la Didajé, se resume en el cuadro siguiente las primeras letras de los versículos de la Didajé completa, una vez interpolada, tal como nos ha llegado. En negrita, los versículos que, por comenzar por la letra correcta, pueden ser de la primera fase del Original. En rojo, los demás.

Esta constatación, la peculiaridad de las primeras letras de los versículos, fue el primer paso en la investigación de la Didajé, para hallar la primera etapa redaccional. Y resultó que también la Didajé tenía dos etapas redaccionales, no sólo los Evangelios.

Didajé. Primera letra de cada versículo.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14
1	□	□	□	□	□	□								
2	□	□	□	□	□	□	□							
3	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□				
4	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□
5	□	□												
6	□	□	□											
7	□	□	□	□										
8	□	□	□											
9	□	□	□	□	□									
10	□	□	□	□	□	□	□							
11	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□	□		
12	□	□	□	□	□									
13	□	□	□	□	□	□	□							
14	□	□	□											
15	□	□	□	□										
16	□	□	□	□	□	□	□	□	□					

Analizando el texto de los versículos, se ve que hay una unidad y que la parte Original primera obedece al siguiente esquema, trazado por su autor, Eusebio.

Esquema de la primera parte

1	□□□□□□□□
2	□□□□□□□□
3	□□□□□□□□

La parte de los "misterios cristianos" tiene la siguiente forma, empezando todos los versículos por las letras de la palabra "***pote***", "alguna vez" en griego.

Esquema de la segunda parte.

4	□□□□□□□□
5	□□□□□□□□
6	□□□□□□□□
7	

En la Didajé es la única vez que Eusebio emplea un acróstico elemental en una de sus obras.

Anexo 12. Caná. Juan 2, 7-23. **Capítulo 136, página 483.**

Anexo 13. Carta 3 Juan. Capítulo 138, página 487.

Original en griego, con la firma de "Simón".

Como se aprecia, las letras de "**S-I-M-O-N**" están en las posiciones **1-1-3-2-1**. Era la combinación que más usaba Eusebio. Una vez escrito el Original, con estructura y firma, Eusebio procedió a interpolar su propio escrito. Al hacerlo, la firma se borraba, ya que intercalaba nuevas frases entre las que contenían las letras de la firma.

Original e Interpolación mezclados. (1)

Como todos los "textos sagrados" cristianos escritos por Eusebio estaban hechos en dos etapas de redacción, las firmas estaban en el Original, o en la Interpolación.

Anexo 14. Sermón de la montaña.
Capítulo 140, página 492.

El texto griego del inicio del Sermón de la montaña, creado por Eusebio, viene a continuación.

Mateo 5

[illegible]

Como se aprecia, la firma se inicia en el versículo 4 y empieza como **S-I-M**. Y finaliza en el versículo 1 de este Capítulo, con las letras que faltan: **O-N**. De ese modo, la firma acota y define el Capítulo. Es una firma múltiple del tipo cierre.

Anexo 15. Lucas. Capítulo 142, página 498.

Lo que Eusebio escribió figura a continuación.

Lucas 12, 13-34.

[illegible]

Eusebio añadió varios pasajes más, con firmas de Simón, en el Evangelio de Lucas. No muchos. El lector los podrá encontrar en:

http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-lucas-y-simon-1/
http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-lucas-y-simon-2/
http://www.sofiaoriginals.com/evangelio-de-lucas-y-simon-3/

"**Anexo 16. Lucas 2". Capítulo 142, página 498.**

Las bienaventuranzas en Lucas. Lucas 6, 20-49.
Traducción que conserva la estructura y las firmas.

20. Y dijo él alzando sus ojos hacia los que le seguía**n**:
Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

21 Bienaventurados quienes hambre tiene**n**,
quedarán satisfechos.

Bienaventurado los que llora**n**,
porque reiréis.
22 Bienaventurados sois, cuando os odien los hombres,

y cuando seáis rechazados, e injurie**n**,

y como un ser maldito os rechace**n**,
por el Hijo de Hombre.
23. Alegraos en aquel día y regocijaos.
Porque mirad, vuestra recompensa será grande en los cielos.

Con los Profetas sus padres lo mismo hiciero**n**.

24 Ay de vosotros los ricos, porque no tendréis más consolació**n**.

25 Ay tambié**n**,
los saciados, porque padeceréis.

Ay tambié**n**,

los que ríe**n**,
porque penaréis y lloraréis.

26. Ay, cuando todos digan cosas gratas de vosotr**o**s.
Porque igual hacían los falsos profetas a sus padres.

27. A quienes me escucháis yo os digo, devolved bien por **m**al,

Tratad benévolamente a los infa**m**es.

28. Bendecid a todo próji**m**o,

Disculpad quien actúa **m**al.
29. Si alguien te golpea una mejilla, ofrécele también la otra.
Y al que te quite el manto, no le resistas la túnica.

30. A cualquiera que te pida, dale. A quien te quite lo tuyo, dile s**í**.

31. Y como quieras que te hagan a t**i**,

actúa así tú con ello**s**.

32. Si a quienes te quieren quiere**s**,
¿qué mérito tiene eso? También los pecadores aman a quienes les aman.

33. Devolver el bien a vuestros benefactore**s**,
¿qué mérito tiene eso? Si hasta los pecadores hacen lo mismo.

34. Y si prestáis a quien os devolverá, ¿qué mérito tiene eso?
También los pecadores prestan a los pecadores, para recuperar su dinero.

35. Amad incluso a vuestro enemigo, tratadlo bien, y prestad sin devoluciones.

Y serán muy grandes vuestros rendimientos,
seréis hijos del Altísimo. Porque con los ingratos y malvados Él es bondadoso.

36. Volveos compasivos,
Lo mismo que vuestro Padre es compasivo.

37. Y no juzguéis; no seréis juzgados. No condenéis; no seréis tratados así.

Perdonad; corresponderán así.

38. Dad; os darán más.
Recompensa amplia, apretada y plena,

y rebosante se os dará como premio.

Con el mismo metro que midiereis, los demás.
39. Les dijo esta parábola: ¿Guiará un ciego a otro? ¿No terminarán en un pozo?

40. No están los discípulos sobre los Maestros.

Pero bien preparado será igual que su preceptor.
41. ¿Cómo dices que ves la mota en el ojo de tu hermano,

pero no ves la viga que tienes en tus ojos?

42. ¿Y cómo puedes decir a tus hermanos,

perdona, deja que te quite la mota de los ojos,
cuando tú no ves la viga en tu ojo?

¡Hipócrita! Saca tú primero la viga de tus ojos.

Entonces podrás ver la mota que hay en los ojos de tus hermanos.

43. No hay árboles buenos,

produciendo frutos malos.

Ni árboles malos,

produciendo frutos buenos.
44. Cada árbol por sus propios frutos se conoce.
De los espinos no salen higos, ni de las zarzas uvas.

45. Porque el hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca sentimientos buenos.

Y el hombre malvado del mal tesoro de su corazón saca sentimientos malvados.

De la abundancia del corazón hablan las bocas de ambos.
46. ¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, no haciendo lo que digo?
47. Todo el que me sigue, y acepta lo que digo,

y lo practica, diré con quién tiene parecidos.

48. Un hombre construyó su mansión,

cavó profundamente con tesón,

hasta encontrar la roca como cimentación.
Llegaron las lluvias, embistieron los torrentes contra aquella casa,

sin embargo derribarla no pudieron.

Tenía sobre roca su cimentación.

49. Quien oye sin practicar es semejante al hombre
que edifica su casa sobre tierra sin cimientos.
Y embistió el torrente, y enseguida derrumbose, y fue la ruina de aquella casa grande.

El pasaje que escribió Eusebio, en griego, figura a continuación.

Lucas 6, 20-49.

Eusebio añadió varios pasajes más, con firmas de Simón, en el Evangelio de Lucas. No muchos. El lector los podrá encontrar en

http://sofiaoriginals.com/evangeliodelucasysimon.htm

Anexo 17. Marcos. Capítulo 146 página 508.

Firma de SIMON en Marcos, Capítulo 1.

[illegible]

Anexo 18. Juan. Capítulo 150, página 519.
Firma de "Simón" en Juan 1 Interpolación.

Anexo 19. Santiago.

Capítulo 155, página 533.

Carta de Santiago. Fin del Capítulo 1 y Capítulo 2.

Santiago 2.

Anexo 20. 2 Juan.

Capítulo 157, página 538.

La firma de **SIMÓN**, colocada por Eusebio en la Carta 2 Juan, es como sigue.

Anexo 21. 1 Juan.

Capítulo 161, página 550.

La firma múltiple de **SIMÓN**, colocada por Eusebio en la Carta 1 Juan, es así:

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

Anexo 22. Abgaro.

Capítulo 165, página 561.

Historia Eclesiástica de Eusebio de Cesarea. Libro 1, capítulo 13.
Correspondencia entre Jesucristo y el rey Abgaro, “hallada” en Edesa.

Nota del Autor.

Múltiples indicios muestran que las firmas de “**SIMON**” fueron descubiertas y, al menos algunas, se intentaron borrar, cambiando el orden de las palabras de la frase, para que la palabra final no contuviera la letra acusadora. Las dos letras “**N**” de este pasaje se ocultaron, metiendo la palabra que la contenía dentro de la frase. Las frases modificadas terminan en el signo [(1)].

Anexo 23. Ignacio.

Capítulo 169, página 572.

Original griego de la Carta de Ignacio a Policarpo.

[illegible] 1
[illegible] 2 3
[illegible] 5 8
[illegible] 1 9
[illegible] 3 12 = 3(3)->5
[illegible] 5 17 = -
[illegible] 3 20 = 2(5)->6
[illegible] 2 22 = 4(4)->7

[illegible] 2 24 = 7(3)->9
[illegible] 2 26 = 5(4)->8
[illegible] 2 <u>28 = 1(7)->7</u>
[illegible] 2 30 = 4(5)->8
[illegible] 2 32 = -

[illegible] 4 <u>36 = 1(8)->8</u>
[illegible] 2 38 = 8(4)->11
[illegible]
[illegible] 7 <u>45 = 1(9)->9</u>
[illegible] 4 49 = 4(7)->10
[illegible] 3 52 = 3(8)->10
[illegible] 3 <u>55 = 1(10)->10</u>
[illegible] 4 59 = 8(4)->11

[illegible] 1 60 = 4(8)->11
[illegible] 3 63 = 3(9)->11
[illegible] 3 <u>66 = 1(11)->11</u>
[illegible] 3 69 = 9(6)->14
[illegible] 5 74 = 17(4)->20

[illegible] 2 76 = 6(8)->13
[illegible] 3 79 = -
[illegible] 3 82 = 19(4)->22
[illegible] 2 84 = 7(8)->14
[illegible] 2 86 = 20(4)->23

[illegible] 5 <u>91 = 1(13)->13</u>
[illegible] 3 94 = 22(4)->25
[illegible] 4 98 = 11(7)->17
[illegible] 2 100 = 9(8)->16
[illegible] 2 102 = 3(12)->14

3 105 = 1(14)->14

2 107 = -

2 109 = 8(9)->16

4 113 = -

7 120 = 1(15)->15

3 123 = 18(6)->23

Este Original fue luego interpolado por su autor, Eusebio. Y fue en la Interpolación donde éste colocó la firma delatora. La traducción del texto que viene a continuación ha sido mostrada en el Capítulo 169.

Firma de Simón en la Carta de Ignacio a Policarpo.

…

Cap. I

Cap. VIII

[illegible]

[illegible]

3. [illegible]
[illegible]

[illegible]

. [illegible]

Anexo 24. Nicea.

Capítulo 186, página 628.

Credo niceno en griego y su estructura.

[illegible] 1
[illegible] 3 **4**
[illegible] 1 **5**
[illegible] 1 **6=1(3)->3**
[illegible] 1 **7** = -
[illegible] 4 **11** = -
[illegible] 1 **12=3(3)**
[illegible] 4 **16** = -
[illegible] 2 **18** = 3(4)
[illegible] 4 **22 = 4(4)**
[illegible] 3 **25** = 3(5)
[illegible] 3 **28 = 1(7)->7**
[illegible] 3 **31** = -
[illegible] 2 **33** = 3(6)
[illegible] 3 **36 = 1(8)->8**
[illegible]
[illegible] 9 **45 = 1(9)->9**
[illegible] 6 **51 = 6(6)**
[illegible] 6 **57** = 7(6)
[illegible] 4 **61** = -
[illegible] 2 **63** = 3(9)
[illegible] 5 **68** = 5(8)
[illegible] 5 **73** = -
[illegible] 9 **82** =19(4)
[illegible] 6 **88** = 3(11)
[illegible] 3 **91 = 1(13)->13**
[illegible] 6 **97** = -
[illegible] 5 **102** = 3(12)
[illegible] 6 **108** = 8(9)
[illegible] 8 **116** = 11(8)
[illegible] 8 **124** = 12(8)
[illegible] 4 **128** = -

¿Serían las letras señaladas una firma de “**SIMÓN**”, en posiciones **1-1-3-2-1**, siendo como era Eusebio de *Cesarea* el creador de este Credo? No nos atrevemos a afirmarlo, pero …

Anexo 25. Estructuras.

Capítulo 210, página 700.

N	Pal.		Texto	Sumas	Estructura
1	3		Elena estaba radiante.	3	
2	1		Era,	4	
3	1		casi,	5	
4	1		todopoderosa.	**6**	**1(3)->3**
5	4		Representar a su hijo,	**10**	**1(4)->4**
6	5		el Augusto, era un regalo.	**15**	**1(5)->5**
7	13	6+7	Todas … atendidos.	**28**	**1(7)->7**
8	8		Ella, que …poder alguno	**36**	**1(8)->8**
9	9		que había … los hombres,	**45**	**1(9)->9**
10	21	10+11	se sentía … Constantino.	**66**	**1(11)->11**
11	12		Éste quería que … judía,	**78**	**1(12)->12**
12	13		se construyeran … crucifixión.	**91**	**1(13)->13**
13	29	14+15	Se le llamaría … Ascensión.	**120**	**1(15)->15**
14	16		Ella, en contacto … ingeniero,	**136**	**1(16)->16**
15	17		mostrarle … *Nicomedia,*	**153**	**1(17)->17**
16	37	18+19	para recibir … Belén,	**190**	**1(19)->19**
17	20		en el lugar … de sus fuerzas,	**210**	**1(20)->20**
18	21		debería … lo juzgara necesario.	**231**	**1(21)->21**
19	45	22+23	En ese momento … Constantino,	**276**	**1(23)->23**
20	24		lo que viajaba, ...*Treverorum,*	**300**	**1(24)->24**
21	25		donde viviría … estancia en Siria,	**325**	**1(25)->25**
22	53	26+27	cuando su labor … *Nicomedia,*	**378**	**1(27)->27**
23	28		y, con los planos … de la región,	**406**	**1(28)->28**
24	29		empezando por … Dios.	**435**	**1(29)->29**
25	61	30+31	Había estado …oficial,	**496**	**1(31)->31**
26	32		que le explicaría … mañana),	**528**	**1(32)->32**
27	33		cuando todavía el sol … actualidad,	**561**	**1(33)->33**
29	69	34+35	y explícale … Jerusalén,	**630**	**1(35)->35**
30	36		*Dómina,* se asienta … un valle,	**666**	**1(36)->36**
31	37		el Tyropeon. … y el Monte Moriah.	**703**	**1(37)->37**
32	77	38+39	Supone algo menos … Salomón.	**780**	**1(39)->39**
33	40		Este primer recinto … Valle de Ginoh,	**820**	**1(40)->40**
34	41		el Valle de … posición de Jerusalén,	**861**	**1(41)->41**
35	85	42+43	que sólo debía … Templo,	**946**	**1(43)->43**
36	44		pero por guerras … Claudio,	**990**	**1(44)->44**

37	45		construyó la tercera … proteger.	**1035**	**1(45)->45**
38	93	46+47	Elena escuchaba atenta … (Jaffa).	**1128**	**1(47)->47**
39	48		Es una verdadera … el más pequeño,	**1176**	**1(48)->48**
40	49		en el lado Sur, … Maryamne,	**1225**	**1(49)->49**
41	101	50+51	que lleva el … de la Augusta,	**1326**	**1(51)->51**
42	52		Casio había preguntado … cápsula,	**1378**	**1(52)->52**
43	53		lo desenvolvió y … a su *optio,*	**1431**	**1(53)->53**
44	109	54+55	Eso le dio tiempo … hacia el lugar,	**1540**	**1(55)->55**
45	56		situado algo más arriba … su carruaje.	**1596**	**1(56)->56**
46	57		y se dirigió … Sus acompañantes,	**1653**	**1(57)->57**
47	117	58+59	respetuosos, se apartaron … estoy bien.	**1770**	**1(59)->59**
48	60		El oficial … de su vestido.	**1830**	**1(60)->60**
49	61		La Augusta, mirando … subir al carruaje.	**1891**	**1(61)->61**

Anexo 26. Tabla para Estructuras.

N	Hito	N	Hito	N	Hito
6	**1(3)->3**	**595**	**1(34)->34**	**2147**	**38(38)->75**
10	**1(4)->4**	**630**	**1(35)->35**	**2211**	**1(66)->66**
12	**3(3)->5**	**651**	**21(21)->41**	**2262**	**39(39)->77**
15	**1(5)->5**	**666**	**1(36)->36**	**2278**	**1(67)->67**
21	**1(6)->6**	**703**	**1(37)->37**	**2346**	**1(68)->68**
22	**4(4)->7**	**715**	**22(22)->43**	**2380**	**40(40)->79**
28	**1(7)->7**	**741**	**1(38)->38**	**2415**	**1(69)->69**
35	**5(5)->9**	**780**	**1(39)->39**	**2485**	**1(70)->70**
36	**1(8)->8**	**782**	**23(23)->45**	**2501**	**41(41)->81**
45	**1(9)->9**	**820**	**1(40)->40**	**2556**	**1(71)->71**
51	**6(6)->11**	**852**	**24(24)->47**	**2625**	**42(42)->83**
55	**1(10)->10**	**861**	**1(41)->41**	**2628**	**1(72)->72**
66	**1(11)->11**	**903**	**1(42)->42**	**2701**	**1(73)->73**
70	**7(7)->13**	**925**	**25(25)->49**	**2752**	**43(43)**
78	**1(12)->12**	**946**	**1(43)->43**	**2775**	**1(74)->74**
91	**1(13)->13**	**990**	**1(44)->44**	**2850**	**1(75)->75**

92	8(8)->15	1001	26(26)->51	2882	44(44)
105	1(14)->14	1035	1(45)->45	2926	1(76)->76
117	9(9)->17	1080	27(27)->53	3003	1(77)->77
120	1(15)->15	1081	1(46)->46	3015	45(45)
136	1(16)->16	1128	1(47)->47	3081	1(78)->78
145	10(10)->19	1162	28(28)->55	3151	46(46)
153	1(17)->17	1176	1(48)->48	3160	1(79->79
171	1(18)->18	1225	1(49)->49	3240	1(80)->80
176	11(11)->21	1247	29(29)->57	3290	47(47)
190	1(19)->19	1275	1(50)->50	3321	1(81)->81
210	1(20)->20	1326	1(51)->51	3403	1(82)->82
210	12(12)->23	1335	30(30)->59	3432	48(48)
231	1(21)->21	1378	1(52)->52	3486	1(83)->83
247	13(13)->25	1426	31(31)->61	3570	1(84)->84
253	1(22)->22	1431	1(53)->53	3577	49(49)
276	1(23)->23	1485	1(54)->54	3655	1(85)->85
287	14(14)->27	1520	32(32)->63	3725	50(50)
300	1(24)->24	1540	1(55)->55	3741	1(86)->86
325	1(25)->25	1596	1(56)->56	3828	1(87)->87
330	15(15)->29	1617	33(33)->65	3876	51(51)
351	1(26)->26	1653	1(57)->57	3916	1(88)->88
376	16(16)->31	1711	1(58)->58	4005	1(89)->89
378	1(27)->27	1717	34(34)->67	4030	52(52)
406	1(28)->28	1770	1(59)->59	4095	1(90)->90
425	17(17)->33	1820	35(35)->69	4186	1(91)->91
435	1(29)->29	1830	1(60)->60	4187	53(53)
465	1(30)->30	1891	1(61)->61	4278	1(92)->92
477	18(18)->35	1926	36(36)->71	4347	54(54)
496	1(31)->31	1953	1(62)->62	4371	1(93)->93
528	1(32)->32	2016	1(63)->63	4465	1(94)->94
532	19(19)-	2035	37(37)-	4510	55(55)

	>37		>73		
561	1(33)->33	2080	1(64)->64	4560	1(95)->95
590	20(20)->39	2145	1(65)->65	4656	1(96)->96

Bibliografía

Atlas del mundo antiguo.

Geographia Antiqua. Hermann Moll. London, 1.721.
Geographia Antiqua. Cellarius. London, 1.819.
ATLAS ANTIQUUS. Dr. C. de Spruner. Gothae, 1.855.
Philips´School Atlas of Classical Geography. William Hughes. London, 1.868.
ATLAS ANTIQUUS. Dr. Henry Kiepert. Berlín, 1.890.
Longmans Atlas of Ancient Geography. Longmans and Green. London-Bombay 1.902.
Artero. Atlas de Historia Universal. Juan de la G. Artero. Barcelona, 1.906.
Atlantino Storico d´Italia. Parte I: Storia romana. Bergamo, 1.912.
Atlas of Ancient Geography. Everyman´s Library. 451. London and New York 1.942.
Hammond´s Complete World Atlas. C.S.Hammond and Co. Minnesota, 1.961.
Russell´s Atlas of Ancient Geography. J.C.Russell. 48, Paternoster Row. London.

En ingles, Imperio Romano.

A History of Fortification. Sidney Toy. Pen & Sword Military Classics, 2.006.
An Elementary Manual of Roman Antiquities. William Ramsay. London, 1.858.
Ancient Rome. Rodolfo Lanciani. Macmillan and Co, Ltd. London.
Building a Roman Legionary Fortress. Elizabeth Shirley. Tempus Publishing Ld, 2.001.
Daily Life in Ancient Roma. Jérôme Carcopino. Penguin Books, 1.978.
Diocletian´s Palace, Split. J.J. Wilkes. University of Sheffields, 1.993.
History of England. Cassell´s. La Belle Sauvage.
Roman Britain. H.H. Scullard. Thames and Hudson, Ltd. London, 1.991.

Roman Cook Book. Frank Graham. Newcastle upon Tyne.
Roman France. Paul Mac Kendrick. London. G. Bell and Sons, Ltd, 1.971.
Roman Forts. Anne Johnson. Adam & Charles Black. London, 1.983.
Roman Fortresses and their Legions. Richard J. Brewer, Editor, 2.000.
Roman Gaul. Olwen Brogan. London. G. Bell and Sons, Ltd, 1.953.
Roman Gaul and Germany. Anthony King. British Museum Publications, 2.000.
Roman Roads of Europe. N.H.H. Sitwell. Cassell Ltd. London, 1.981.
Sexual Life in Ancient Rome. Otto Kiefer. London, 1.950.
The Walls of Rome. Nic Fields. Osprey Publishing, 2.008.
Wealth of the Roman World. Gold and Silver AD 300-700. British Museum, 1.977.

En inglés, Britania, Londinium y Muro de Adriano.

Arquitecture in Roman Britain. Guy de la Bédoyère. Shire Publications, Ltd, 2.009.
Britania. Sheppard Frere. Cardinal, 1.974.
Hadrian´s Wall AD 122-410. Nic Fields. Osprey Publishing, 2.003.
Housesteads in the days of the Romans. F. Graham – R. Embleton. F.Graham, 1.978.
Housesteads. Roman Fort. J.G. Crow. English Heritage, 2.007.
Life in Roman Britain. Anthony Birley. BT Batsford Ltd. London, 1.972.
Life in Roman London. Simon Webb. The History Press, 2.011.
Londinium. Architecture and the Crafts. W.R.Lethaby. London, 1.923
Londinium. London in the Roman Empire. John Morris. Phoenix Giant, 1.999.
Mons Graupius, AD 83. Duncan B. Campbell. Osprey Publishing, 2.010.
Roman Auxiliary Forts 27 BC-AD378. Duncan B. Campbell. Osprey Publishing, 2.009.
Roman Britain. John Wacher. Sutton Publishing, 1.998.
Roman Britain. Historical Map. Ordnance Survey, 2.011.
Roman London. Peter Mardsen. Thames and Hudson, Ltd. 1.980.
Roman Roads in South-East Britain. G.M. Hughes. Allen & Unwin Ltd. London, 1.936.
Roman Towns in Britain. Guy de la Bédoyère. B.T. Batsfort Ltd, 1.992
Roman York, Patrick Ottaway. B T Batsford Ltd, 1.993.

Sassanian Elite Cavalry, AD 224-642. Dr. Kaveh Farroch. Osprey Publishing, 2.005.
Strongholds of the Picts. Angus Konstam. Osprey Publishing, 2.010.
The Army of Hadrian´s Wall. B. Dobson-D. Breeze. Northern History Booklets, 1.978.
The Future of London Past. Martin Biddle, Daphne Hudson. Worcester. Rescue, 1.973.
The History of London. W.R. Dalzell. Book Club Associates. London, 1.981.
The Last Age of Roman Britain. Edward Foord. George Harrap, Ltd. London, 1.925
The North-West Frontier of Rome. David Divine. Macdonald. London, 1.969.
The Port of Roman London. Gustav Milne. BT Batsford Ltd. London, 1.985.
The Story of Prehistoric & Roman Britain. C.W. Airne. An All British Prodution.
The Towns of Roman Britain. John Wacher. Book Club Associates. London, 1.974.
Vindolanda. Robin Birley. Amberley Publishing, 2.009
Wandering in Roman Britain. Arthur Weigall. London, 1.926.

En francés.
L´art dans l´Occident Romain. François Braemet. Palais du Louvre, 1.963.
La Bretagne romaine: De l´Armorique à la Bretagne. P. Galliou. J.P. Gisserot, 1.991.
La France Romaine. Gavin´s Clemente Ruiz. Editions de Lodi, 2.006.
Histoire des Empereurs Romains. J.C. Royou. Paris, 1.826.
La Vie quotidienne en Gaule. Paul-Marie Duval. Hachette, 1.952.
Les Derniers Jours de Jérusalem. F. de Salcy. Hachette, 1.866.
Les Voies romaines en Gaule. Gérard Coulon. Editions Errance, 2.009.
Memoires d´un Roman, Paul Bory. Alfred Mame et fils, Editteurs, 1.890.
Voyage en Gaule Romain. G. Coulon, J-C. Golvin. Actes Sud, 2.002.

En castellano.
Arte y Arquitectura. ROMA. Brigitte Insten-Bohlen. Könemann, 2.005.
Ciudades del mundo clásico. Angel Luis Vera Aranda. Ediciones Nowtilus, S.L., 2.010.

Breve Historia de Bizancio. John Jilius Norwich. Ediciones Cátedra, 2.000.
Constantinopla. Stéphane Yerasimos. Ullman & Könemann, 2.007.
El Evangelio según Tomás. Ediciones Prisma. México, 1.988.
El Evangelio según Tomás. Traducción de J. Peradejordi. Obelisco, 1.992.
El Mundo de los Romanos. Dr. J.F. Drinkwater at alia. BLUME, 1.994.
El siglo de Augusto. Pierre Grimal. Fondo de Cultura Económica, 1.996.
Guía de la Roma antigua. Georges Hacquard. Palas Atenea, 1.995.
Historia Antigua. J.M. Roberts. BLUME, 2.005.
Italia Antigua. Furío Durando. Ediciones Folio, S.L., 2.005.
La Antigua Biblioteca de Alejandría. Mustafá El-Abbadi. UNESCO, 1.994.
La Ciudad Antigua. Peter Connolly, Hazle Dodge. Acento Editorial, 1.998.
La prostitución en la Antigüedad. Pierre Dufour. Roger Editor, 1.999..
Libia Antigua. Antonino Di Vita el alia. Könemann. Colonia, 1.999.
Los olvidados de Roma. Robert C Knapp. Editorial Planeta, S.A., 2.011.,
Los Romanos. Su vida y Costumbres. E. Guhl & W. Koner. M.E. Editores, 1.997.
Nuestros antepasados los romanos. R. Hanoune – J. Seheid. B.S.A., 1.999.
Roma Antigua. Anna María Liberati, Fabio Bourbon. Ediciones Folio, S.A., 2.005
Roma, legado de un Imperio. Tim Cornell, John Matthews. Ediciones Folio, S.L., 1.93.
Vrbs Roma. Vida y costumbres de los romanos. Tres tomos. Salamanca, 1.997.
Vías Romanas. Isaac Moreno Gallo. Ministerio de Fomento, 2.004.

Constantino.

Historia Ecclesiastica. Eusebii Pamphili, Socratis Scholastici, Hermaie Sozomeni,
Theodotiri Episcopi Cyri et Evagrii Scholastici. Petri Le Petit. Parisiis.1.677.
Histoire du Bass-Empire. Tome 1º. Mr. Le Beau. Constantino. Paris, 1.757.
Histoire du Bass-Empire. Tome 2º. Mr. Le Beau. Constancio y Juliano. Paris, 1.757.
Histoire du Bass-Empire. Tome 3º. Mr. Le Beau. Juliano y Joviano. Paris, 1.758.
Histoire du Bass-Empire. Tome 4º. Mr. Le Beau. Valentiniano y Valente. Paris, 1.759.

Histoire du Bass-Empire. Tome 5º. Mr. Le Beau. Graciano y Teodosio. Paris, 1.762.
Histoire du Bass-Empire. Tome 6º. Mr. Le Beau. Honorio y Arcadio. Paris, 1.762.
Constantino Magno. R. P. Ramón Sarabia. El Perpetuo Socorro. Madrid, 1.951.
Constantine. Ramsay MacMullen. Croom Helm´s Classical Lives. London, 1.969.
Constantino. Manfred Clauss. Acento Editorial, 2.001.
The Emperor Constantine. Hans A. Pohlsander. Routledge. New York, 2.004.

Nuevo Testamento en griego. □□□□□□□□□□□□□□.
Nuevo Testamento bilingüe, de Hechos a Apocalipsis. *Arias Montano.* Louani, 1.571.
□□□□□□□□□□□□□□. Cantabrigiae-Cambridge. Ioanou Fieldou. 1.641.
□□□□□□□□□□□□□□. Londini. *A & J. Churchil*. 1.701.
□□□□□□□□□□□□□□. B.C. Breitkoff & Filium. Lipsiae. 1.766.
□□□□□□□□□□□□□□. London, Longman, 1.794.
□□□□□□□□□□□□□□. Lipsiae. 1.811.
□□□□□□□□□□□□□□. Patavi, 1.820.
□□□□□□□□□□□□□□ OXONI. 1.827.
□□□□□□□□□□□□□□. Londini, *G. Whitfield curante*. Cadell, Longman et Simkin 1.840.
□□□□□□□□□□□□□□. C. Tischendorf. Lipsiae 1.850
□□□□□□□□□□□□□□. C.G.G. Theile. Lipsiae, 1.852
The Greek Testament. Henry Alford. Deighton, Bell and Co. Cambridge, 1.865
□□□□□□□□□□□□□□. F.H.A. Scrivener. Deighton, Bell, et Soc. Cantabrigiae, 1.877
□□□□□□□□□□□□□□. Hansell. Oxford. *Nikolas*, 1.888.
□□□□□□□□□□□□□□. Tisch, Tregell, Wescott & Hort. B. Tauchnitz. Lipsiae, 1.891.
□□□□□□□□□□□□□□ London. Scholz. Samuel Bagster and Sons. 1.894.
Nuevo Testamento. Londres, *Wescott-Hort*. Mac Millan. 1.896.

Nuevo Testamento. Expositor. *Bruce y Dods*. London, 1.910.
Nuevo Testamento Graece. Friburg, *F. Brandscheir.* 1.893.
Novum Testamentum Graece. Stutgart, *E. Nestle*. 1.906.
New Testament Greek. *Wescott-Hort*. London, 1.907.
Nuevo Testamento. A. Souter. Oxoni, 1.920.
Novum Testamentum Graece. Stutgart, *E. Nestle*. 1.930.
Novum Testamentum Graece. Eberhaar Nestlé. Edwin Nestlé. Ulm, 1.953
[illegible] . Atenas, *Biblique Etaireia*. 1.956.
[illegible] . London. *Bible Society.* 1.979.
Nuevo Testamento Interlineal. *F.Lacueva,* Clíe. Barcelona, 1.984.
Novum Testamentum Graece. *Nestlé-Aland.* Munster, 1.993.
Nuevo Testamento trilingüe. *Bover-O´Callaghan*. Madrid, BAC. 1.994.
[illegible]. Apostolike Diaconía, Atenas, 2.000.

VIRGILIO.
Eneida, libros X-XII. Lyon, 1.721.
Obra completa. Collectio Pisaurensis. 1.766.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. Amsterdam. 1.775.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas, 5 libros Neapolis. 1.787.
Eneida, Geórgicas, Bucólicas y Epístolas varias. Madrid. 1.790.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas, 4 Tomos. París. 1.802.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. Neapoli, 1.820.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. 2 Tomos. 1.825.
Eneida, 2 Tomos. David Passigli. 1836.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. Torino, 1.841.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. París1.843.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. París. París1.843.
Eneida, Libros VII a XII. París 1.846.
Eneida, Bucólicas y Geórgicas, 1866.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. Madrid, 1.869.
Eneida, libros IV a XI. Torino, 1.887.
Eneida. Teubner. Lipsiae, 1.892.
Eneida, libro I. Madrid, 1.897.
Obra completa. Oxford, Clarendon Presse, 1.925.
Eneida, libro II. Con traducción al francés. 1.936.
Eneida, libro XII. Traducción al italiano. 1.938.

Eneida, Geórgicas y Bucólicas. 1.941.
Eneida, libro II. Madrid. Gredos. 1.962.
Traducción de la Eneida. Barcelona 1.972.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. 1.985.
Eneida. Fabri Edit. 1.994.
Eneida, Geórgicas y Bucólicas. Cátedra. 2.008.

CATULO - TIBULO - PROPERCIO.
Catulo. Venecia. Joan Gryphivs, 1.553.
Catulo. Basilea. Sebastianum Henricpetri, 1.592.
Catulo, Tibulo, Propercio y Gallo. Ámsterdam, Elzevir, 1.630.
Catulo. Amsterdam. Joan Jansonius, 1.640.
Catulo, Tibulo y Propercio. Patavi, Corona, 1.710.
Catulo. Piel, cantos dorados. París, 1.754.
Catulo. Collectio Pisaurensis. 1.766.
Catulo, Tibulo y Propercio. Bertrand. París, 1.816.
Catulo, Tibulo y Propercio, 1.826.
Catulo, Tibulo y Propercio, 1.837.
Catulo.Tibulo y Propercio, 1.848.
Catulo.Tibulo y Propercio, 1.860.
Catulo. Corpus Poetarum Latinorum. G. Sydney W. London, 1.896
Catulo. Clarendon Presse, 1.924.
Catulo.Tibulo y *Pervigilium Veneris*. Harvard, 1.950.
Catulo y Tibulo. Trad. Barcelona, 1.966.
Catulo. Madrid. Alma Mater. Madrid, 1.997.
Catulo. Universidad de California, 2.003.
Catulo, Tibulo y *Pervigilium Veneris*. Harvard-Loeb, 2.005.

EUTROPIO.
Breviarium. Lyon, Gryphius, 1.552.
Breviarium. Amstelodami, Iansonius, 1.630.
Breviarium. Amstelodami, Iansonius, 1.705.
Breviarium. París. Aumont. Gilibert Torino, 1.753.
Breviarium. París. Barbou, 1.754.
Breviarium. Novi Castri, Bertrand. 1.762.
Breviarium. Monachi. 1.779.
Breviarium. París. Barbou. 1.793.
Breviarium. Rothomagi. 1.782.

Breviarium. Edinburgui, con traducción inglesa. 1.799.
Breviarium. Paris, Didot. 1.855.
Breviarium y otros. Gascó, Aguilar. 1.884.
Breviarium. Roma, Lapi. 1.913.
Breviarium. Verona, Mondadori. 1.926.
Breviario. Gredos, 1.999.

Marco Tulio CICERÓN.
Epístolas a Familiares. Antwerpen. 1.643.
Epístolas a Familiares. Mediolanum. Montice, 1.674.
Epístolas a Familiares. Venecia, 1.686.
Epístolas a Familiares, 4 tomos, 1.704.
Epístolas a Familiares, 16 libros, 1.716.
Epístolas a Familiares y otras. Patavi. *J.Manfré,* 1.753.
Epístolas a Familiares. *Italiano. Venecia, Remondini,* 1.761.
Epístolas a Familiares. Mediolani. Marellum, 1.767.
Epístolas a Familiares. Madrid, 1.792.
Epístolas a Familiares, libros 12 a 16. Venecia. Storti, 1.793.
Epístolas a Familiares Selectas. Prólogo alemán. Augusta Vindelicorum, 1.798.
Epístolas a Familiares. Napoli. 1.820.
Epístolas a Familiares. Neapolis, 1.832.
Epístolas a Familiares, lib. I-IV. Epístolas Selectas. Teubner, 1.868.

HOMERO.
Ilíada, tomo III. En verso francés. 1.772.
La Ilíada, completa. Glasgow, Dunccon. 1.818.
La Ilíada, vol. 2º/2. G. Augusti, S. Clarke. Londres, 1.818.
La Ilíada Oxford, 1.856.
La Ilíada, primera mitad. Prato, 1.863.
Ilias. Homero. Teubner, 1.886.
Iliada 13 cantos. Griego y latín, 1.890
Iliade, libro 2. Livorno, Giusti, 1.914.
Ilíada. Oxford, Clarendon Presse, 1.920.

PLINIO.
Epístolas, 10 libros. 1.693.
Epístolas, 10 libros. Amstelodami, *Jansonius*, 1.734.

Algunas Epístolas, Tomo 2, en francés. 1.760.
Epístolas. París, *Barbou*, 1.769.
Algunas Epístolas. Aug. Vin. Prólogo alemán. 1.798.
Epístolas. Clermont. Andriot-Rousset, 1.799.
Algunas Epístolas, tomo II, latín+francés. Clermont, 1.809.
Antol. Plinio y otros. 1.825.
Epístolas, 10 libros. 1.828.
Epístolas. Lipsiae, Weise, 1.867.
Epístolas. 9 libros. Dos tomos. Latín-catalán, 1.927.
Epístolas, 9 libros. Madrid. Biblioteca Teubneriana. Leipzig, 1.988.

PRUDENCIO.
Obra completa[1], *facsímil*. Venetiis, Aldo. 1.501.
Obra creo que completa. Norimbergae. 1.697.
Obra completa. Magdeburgo. Cellarius. 1.739.
Himnos. Colección Pisaurensis. 1.766.
Carmina. Torino. 1.877.
Peri Stefanon. Torino. 1.887.
Himnos. Madrid, Fuentenebro. 1.897.
Himnos. Milano, Rusconi. 1.998.

TÁCITO.
Germania, Anales, Historias y Agrícola, 5 tomos. 1.822.
Germania, Historia y Agrícola. Weise. Lipsiae, 1.846.
Germania, Historia y Agrícola, tomos 3-5. 1.848.
Germania, Historia y Agricola. Teubner, 1.885.
Germania, latín e italiano. Milán. Mondadori, .991.
Germania. A cura di Elisabetta Risari. Oscar Mondadori, 2.004.

LACTANCIO.
Obra completa. Lugduni. Sebastian Grifium. 1.543.
Obra completa. Lugduni. Ioanem 1.556.
Divinas instituciones, libro V. Torino. 1.887.
Sobre la muerte de los perseguidores. Gredos, 1.982.
Instituciones divinas. Gredos, 1.990.

AUSONIO.

1.730. Opera. Amstelodami. J.Wetstenium.
1.767. Opera. Collectio Pisaurensis.
1.785. Opera. Biponti.
1.823. Opera. Londini. 3 tomos.

ARNOBIO.
Adversus Nationes. BAC. Madrid, 2.003.
Disputationes Adversus Gentes. Romae, 1.583. Copia moderna.

MINUCIO FÉLIX.
Octavius. Boutestein. Lugduni, 1.709.
Octavius. Crounfield. Cantabrigiae, 1.712.
Octavius. Dosel. Munich, 1.965.
Octavius. Ciudad Nueva. En castellano. 2.000.
Octavius. Roma. 1.583. Copia moderna.

CIPRIANO.
Opera. Venecia. Grifium & Piterium. 1.728.
Correspondence. París. Les Belles Lettres. 1.925.
Opúsculos. Torino. Editora Internacional. 1.935.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.
Opúsculos. Torino. Editora internacional. 1.935.

EUSEBIO DE CESAREA.
Historia Ecclesiastica. Eusebii Pamphili, Socratis Scholastici, Hermaie Sozomeni,
Theodotiri Episcopi Cyri et Evagrii Scholastici. Petri Le Petit. Parisiis.1.677.
Historia eclesiástica. Edgard Burton. 1.845.
Historia eclesiástica. BAC. 1.997.

CLEMENTE PAPA.
Apostolic Fathers. Loeb. Kirsopp Lake. 1.985.
Padres Apostólicos. BAC. Daniel Bueno. 1.993.

JUSTINO.
Opera Omnia. Latín. Julianus. Paris, 1.575.
Padres Apologetas griegos. BAC. Daniel Bueno. 2.004.

TERTULIANO
Obra completa. 1.700.
Apologetico, Ad Nationes, etc. 1.831.
Apologetico y Ad Nationes. 1.849.
Apología contra los gentiles, Exhortación, Paciencia. 1.945.
Prescripciones contra las herejías y traducción. 2.001. .
Mártires, Escorpión y Huida. 2.004.
A los paganos. Alma Mater. 2.004.
Baptismo, Orationes. 2.006.

APOLOGÉTICA.
Actas de los Mártires. D. Daniel Ruiz Bueno. BAC, 1.996.
Padres Apologetas Griegos. D. Daniel Ruiz Bueno. BAC, 1.996.
Padres Apostólicos. D. Daniel Ruiz Bueno. BAC, 1.993.

Fastorum Romanorum Consularium. Iansonio-Waesbergios. Amstelodami, 1.740

Cartago Nova = Cartagena
Castra Exploratorum = Netheby
castrum = campamento militar fortificado
catafractas = jinetes con armadura
Cataractonium = Caterick
Catenusca = Cattenon
cauponae = prostíbulos
cella = habitación en un Templo
carpentum = vehículo de 2 ruedas, cubierto
Chaboras Flumen = Río Araxes
Chatullonum = Chalon-sur Saone
Cibalis = Vinkovci
Cimbis = Chiclana de la Frontera
circum-cellae = merodeadores de graneros
Clambetae = Bunic
Colapis Flumen = Río Kupa
Colonia = Lanark
Colonia = ciudad con derecho romano
Colonia Agrippina = Colonia, Alemania
comes = conde
Comes Tractus Maritimi =

Conde
de la Región Marítima
comitatenses = guarnición en las
ciudades
Conovium = Caerhun
Córduba = Córdoba
Coria Damniorum = Kirkintilloch
Corinium = Cirencester
cubicula = Habitaciones de una casa

DICCIONARIO

A

Acaya = Grecia
Ad duodecim = De la 12ª = Delme
administri = ayudantes militares
Aelia Capitolina = Jerusalén romana
África Tingitana = Parte Oeste de Marruecos
Ager Vaticanus = Campo Vaticano
Anatolia = Turquía = Asia Menor
Anfiteatrum Flavium = Coliseo de Roma
Aquae Sulis = Bath
Aquileia = Aquilea
Aquincum = Budapest
Arar Flumen = Río Saona
Arelate = Arlès (Francia)
Argentoratum = Estrasburgo
Ars = ciudadela en lo alto de una ciudad
ascopera = mochila de viaje
Asia Menor = Turquía
Astacus Sinus = Golfo de Astaco
Augusta Praetoria Salasorum = Aosta
Augusta Treverorum = Tréveris

B

balista = arco de grandes dimensiones
Barbara Flumen = Río Kir

Barcino = Barcelona
Bellisama Aestuarium = Bahía de Liverpool
Benacus Lacus = Lago de Garda
Beritus = Beirut
Bergamum = Bérgamo
Bizancio = Estambul = Constantinopla
Blatobulgium = Birrens
Bravinium = Leintwardine
Bremenium = High Rochester
Britania Prima = Sur de Inglaterra
Britania Secunda = Provincia, capital Isca.
Brixia = Brescia
Brundisium = Brindisi
Burnum = Zadar
Busadir = Melilla

C
Caesaromagus = Chelmsfold
Caesar Augusta = Zaragoza
Cesarea de Mauritania = Tenès
cálamo = caña afilada para escribir
Calleva Atrevatorum = Silchester
Camulodunum = Maldon
Carnuntum = Halnburg, *circa* Rohrau
Cartago = Túnez

Itius Portus = Calais

L
Labeatis Lacus = Lago de Skadar
Lactodurum = Towcester
Leptis Magna = Al-Khums
limes = frontera
limitatenses = guarnición en las fronteras
Lindum = Lincoln
Lugdunum = Lyon

Luguvallium = Carlisle
luna = mes
Lutecia = París

M
Magne = Kenchester
Mayor Flumen = Río Ouse
Malaca = Málaga
Mancunium = Manchester
mansio = edificio
principal de la posta
mansionarius = responsable
de la

mansio
Mare Internum = Mar
Mediterráneo
Massilia = Marsella
Máxima Caesariensis =
Provincia de
    Britania, capital York
Mediolanum = Milán /
Chesterton
                /Witchurch
Mogontiacum = Maguncia
Monaeda = Isla de Man
Mona = Isla de Anglesey
Mosa = Sedán
Mossella Flumen = Río
Mosela
Mursa = Osijek
mutationes = establos de
la posta imperial

N
Naissus = Nis
Narbo Martius = Narbona

Naro Flumen = Río Neretva
Narona = circa Metkovic
Nicea = Iznik, Turquía
Nicea de Macedonia =
Capari
Nicomedia = Izmit, Turquía
nomenclator = secretario
particular
Numidia = Argelia

Duria Flumen = Dora Báltea
Durovernum = Canterbury
Dux Britaniorum = Duque de los Britanos

E
Eboracum = York
Echedorus Flumen = Río Gallikos
ekklesia = comunidad cristiana, en griego
Emérita Augusta = Mérida
Enchiridion = manual, en griego
Eporedia = Ivrea
Esmirna = Izmir, Turquía
Etocetum = Wall
Eunostos Portus = Puerto del Buen Viaje

F
Filipopolis = Plovdiv
Flavio Caesariensis = Provincia de Britania, capital Londres

G
Gades = Cádiz
Garum = salsa de pescados muy apreciada
Geneva = Ginebra
Genua = Génova
Gesoriacum = Boulogne
Getulos = nómadas africanos, enemigos de Roma

Glevum = Gloucester
grammateos = escriba con estudios, en griego
gustatio = entrantes en una comida

H
Habitancum = Risingham
hebdomada = semana
Hebrus Flumen = Río Evros
Hélade = Grecia, en griego
Heraclea Lyncestis = Bitola
Hibernia = Irlanda
Hiberus Flumen = Río Ebro
Hippo Regius = Annaba
Hispalis = Sevilla
hoplita = guerrero griego antiguo

I
Icosium = Cherchell, Argelia
Ilicis = Elche
ínsula = manzana de casas
Ioppe = Tel Aviv
Isca Silurum = Caerleon
Ister Flumen = Río Danubio
Isurium = Aldborough

T
tabernae = tiendas
Tarraco = Tarragona
Tarsatica = Rijeka
Tergeste = Trieste
Ticinum = Pavía
Tipasa = Beni-Haqua
Toesobius Flumen = Río Conway
Tres Tabernae = Saverne
triclinium = comedor
Trimontium = Newstead
turma = escuadrón de 30 jinetes

jinetes
Tyrus = Tiro

V
Vanduara = Paisley
Venonae = High Cross
Viena = Vienne, Francia
Valentia = Valencia
Valentia = Valence,
Francia
Valentia = Provincia entre
los dos Muros
vicus = aldea
Viminacium = Kostolac
Vindonbona = Viena
Voreda = Old Penrith

O

Oceanus Británnicus = Canal de la Mancha
Oceanus Hibérnicus = Mar de Irlanda

Olisipo = Lisboa
onagro = catapulta que lanza piedras
oppidum = aldea primitiva fortificada
ostiario = portero

P
Padus Flumen = Río Po
Palatiolum = Pequeño Palacio
paterfamilias = cabeza de familia
pedisequi = esclavos de escolta a pie
polis = ciudad, en griego
Pompelo = Pamplona
Pons Saravi = Sarrebourg
póntifex = pontífice
Ponto Euxino = Mar Negro
Praetorium = Flamboroug
prima mensa = ración de una comida
Propóntide = Estrecho del Bósforo
puerta quintana = puerta de atrás

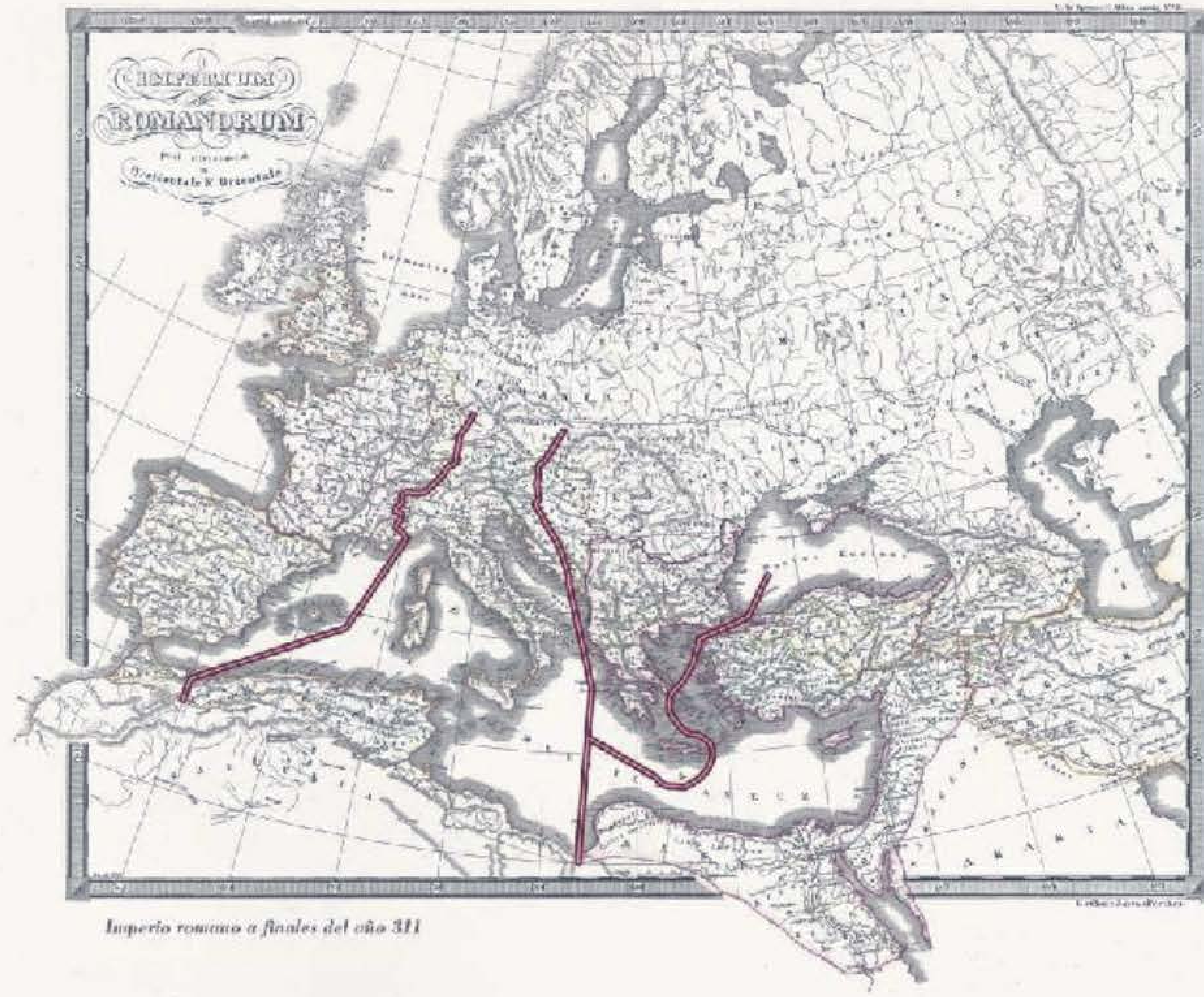
R
raeda = carro de cuatro ruedas
Ratae = Leicester
Regnium = Chichester
Rhenus Flumen = Río Rhin
Ricciacum = Remich
Rigodunum = Warrington
Rutupiae = Deal

S
Sabrina Flumen = Río Severn
Saravi Flumen = Río Sarre
Sárdica = Sofía
Savus Flumen = Río Sava
Scampa = Elbasan
Scodra = Skhodër
secunda mensa = postres

Segontium = Caernarvon
Singidunum = Belgrado
Sirmium = Sremska Mitrovica
Siscia = Sisak
Spalatum = Split
stikos = medida de un texto, en griego
stola = vestido largo, con cinturón

Índice

Anexos



Imperio romano a finales del año 311